AITANA
SANBLANCO

VIAJERAS DEL TIEMPO

La saga completa

VIAJERAS DEL TIEMPO

LA SAGA COMPLETA

AITANA SANBLANCO

©Aitana Sanblanco, 2025

©Todos los derechos reservados.

Primera edición: febrero 2025

Diseño de cubierta: A. Sánchez

Corrección: L. M. Mateo

Maquetación: A. Sánchez

Ilustraciones: @kamal_must

Imágenes: @halayalex

SI VOLVIERA A TENER DIECISÉIS

Depósito legal: A 197-2022

Cap. 4: versos de Everybody (Backstreet's Back), de Backstreet Boys, del álbum Backstreet's Back (1997); Cap. 5: versos de Despacito, de Luis Fonsi, del álbum Vida (2017); Cap. 7: versos de Dos hombres y un destino, de David Bustamante, del álbum Bustamante (2002); Cap. 8: versos de Total Eclipse Of The Heart, de Bonnie Tyler, del álbum Faster Than The Speed Of Night (1983).

CUANDO VUELVA A TENER VEINTIOCHO

Depósito legal: A 498-2022

Cap. 4 versos de *Sin documentos*, de Los Rodríguez, del álbum Sin documentos (1993); Cap. 11: versos de *Despacito*, de Luis Fonsi, del álbum Vida (2017); Cap. 13: versos de *Y viva España*, de Manolo Escobar, del álbum Y viva España (1973); versos de *Amar el conflicto* (Todo lo que importa), de Viva Suecia, del álbum Otros principios fundamentales (2018).

AQUEL VERANO DE 1997

Depósito legal: A 393-2023

Cap. 2: versos de *Libre*, de Nino Bravo, del álbum Mi tierra (1972); Cap. 4: versos de *Mucho mejor*, de Los Rodríguez, del álbum Palabras más, palabras menos (1995); Cap. 10: versos de *Lágrimas de amor*, de Camela, del álbum Lágrimas de amor (1994); Cap. 12: versos de *Sin documentos*, de Los Rodríguez, del álbum Sin documentos (1993); Cap. 13: versos de *Mi soledad y yo*, de Alejandro Sanz, del álbum 3 (1995); Cap. 14: versos de *Cuando los sapos bailen flamenco*, de Ella baila sola, del álbum Ella baila sola (1996).

SI LLEGAMOS A CUMPLIR CUARENTA

Depósito legal: A 685-2024

Cap. 1: versos de *Para no olvidar*, de Los Rodríguez, del álbum Palabras más, palabras menos (1995); Cap. 8: versos de *Despacito*, de Luis Fonsi, del álbum Despacito (2017); Cap. 21: versos de *Súbeme la radio*, de Enrique Iglesias, del álbum Súbeme la radio (2017).

———

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar en la web www.conlicencia.com o por teléfono 91 702 19 70 / 93 272 04 45.

ÍNDICE

SI VOLVIERA A TENER DIECISÉIS

VIAJERAS DEL TIEMPO 1

Antes de todo

1. Como si fuéramos adolescentes
2. ¿Dónde estoy?
3. Al instituto
4. Martín
5. El cumple de Sofía
6. Y encima, lo de Nacho
7. Aún estamos a tiempo
8. Chan around
9. Jorge
10. Una palmera de chocolate
11. Madrid
12. ¿De verdad era tan fácil?
13. Tienes mala cara
14. Saltar al vacío

Después de todo

Agradecimientos

CUANDO VUELVA A TENER VEINTIOCHO

VIAJERAS DEL TIEMPO 2

Unas horas antes de todo

1. Como dijiste
2. Quinto C
3. La boda de Sofía
4. A Blanca, siempre
5. La decisión correcta
6. Roy
7. Curiosa casualidad
8. No lo hagas, cielo
9. Whisky con hielo
10. Zumo, tostadas y huevos revueltos
11. Mentirijillas
12. La casa rural
13. Todo lo que importa
14. Bienvenidos a Los Ángeles
15. Seguir las señales
16. Lo que tiene que pasar

Un año después de todo

Agradecimientos

AQUEL VERANO DE 1997
VIAJERAS DEL TIEMPO 3

1. Selectividad, otra vez
2. Deseos de San Juan
3. Las sartenes
4. Hace calor
5. A por el pan
6. Reescribiendo los recuerdos
7. La corbata plateada
8. Una novia de dieciocho
9. Sin rebobinar
10. Nos vamos de camping
11. Acojonados
12. La verbena
13. Una señal
14. Y yo, lentamente, te pierdo
15. Siempre

Quince años después de todo
Agradecimientos

SI LLEGAMOS A CUMPLIR CUARENTA
VIAJERAS DEL TIEMPO 4

Siete años antes de todo

1. Un recuerdo encontrado
2. Noche de viernes en el sofá
3. Café con canela
4. La boda de Rober
5. Lo sabía
6. Embarazados
7. No me dejes sola
8. Despacito
9. Clavadita a mí
10. La teoría de Roy
11. Gloria
12. Un astrofísico
13. Cuatro gin tonics y todo su amor
14. Lo que nunca pensé que diría en esta dimensión
15. Dafne
16. Viajeras
17. Guasap
18. La librería
19. Sigue jugando
20. Un auténtico gilipollas
21. La noche de la tormenta
22. El día después

¿Y si nunca hubiéramos viajado?

Agradecimientos

SI VOLVIERA A TENER DIECISÉIS

VIAJERAS DEL TIEMPO 1

AITANA SANBLANCO

SI VOLVIERA A TENER DIECISÉIS

@aitanasanblanco

VIAJERAS DEL TIEMPO 1

Este libro tiene música.
Escucha su *playlist* en Spotify.

A mis padres, que me han
regalado tantos libros.

Y a mis abuelos, porque la vida
era mejor cuando estabais aquí.

ANTES DE TODO

Madrugada del sábado al domingo,
29 de julio de 2007

Miré el reloj: las dos y media de la mañana. No sé cuánto tiempo llevábamos en aquel antro, pero juraría que no habían pasado ni quince minutos y mis amigas ya se habían perdido por el local. Vega nos hacía señas desde la barandilla del reservado del tercer piso, Paula se enrollaba con un morenazo cachas junto a la barra, y yo acababa de dejar a Sofía y a Raquel abrazadas en el baño en plena exaltación de la amistad, repitiendo lo bien que se caían, jurando que siempre estarían en contacto y convencidas de que ninguna boda cambiaría nada. La despedida de soltera estaba en su punto álgido. Era el momento de pedir otra copa.

Me acerqué a Paula y extendí la palma de mi mano frente a ella. Sin dejar de enrollarse con aquel tipo, sacó del bolsillo uno de los descuentos que nos habían dado en la puerta y me lo entregó con disimulo, como si pasara droga. Sonreí y caminé hacia el otro lado de la barra para darle un poco de intimidad. Ese lateral estaba más vacío y enseguida entendí el porqué: el camarero estaba tan distraído mirando a mi amiga y a su ligue que no respondía a mis gestos de llamada. Si quería esa copa, tendría que entrar en su campo de visión. Justo cuando iba a regresar, una voz profunda susurró en mi oído:

—Vaya, así que estás aquí. Como dijiste.

Me giré de golpe, sobresaltada, aunque también con curiosidad por saber de quién sería esa voz tan sensual. Y allí estaba él. Moreno, guapo, de unos treinta y tantos… Me sonreía confiado, como si ya me conociera. Debía de ser un error, porque yo a él no lo había visto en mi vida.

—Creo que te confundes de persona —le contesté.

—Ah, que ahora vamos a jugar a eso. —Levantó una ceja—. Bien, entonces tendré que presentarme formalmente. Soy Jorge, encantado.

—Blanca.

Él asintió, como si ya lo supiera.

—Encantado de conocerte, Blanca. —Señaló mi vaso vacío con la barbilla—. ¿Qué quieres tomar?

—Eh…, un *gin tonic*.

Hizo un gesto con el brazo para llamar al camarero, quien, increíblemente, vino a la primera. Contemplé a Jorge con admiración.

—Vas a tener que enseñarme ese truco —le dije, y él se rio.

Mientras el camarero servía las copas y Jorge sacaba la cartera, aproveché para echarle una

mirada fugaz de abajo arriba. Vestía un vaquero oscuro, no demasiado ceñido —lo justo para insinuar que tenía un buen culo—, y una camisa azul marino, algo ajustada, arremangada a la altura del codo y que dejaba expuesto en su brazo izquierdo un reloj de acero con la esfera oscura. Siempre me habían gustado mucho ese tipo de relojes masculinos, me parecía que añadían un punto extra de atractivo a ciertos hombres. Y en Jorge funcionaba realmente bien. Hizo un movimiento rápido de muñeca y subió el brazo para retirar un mechón de pelo de su frente, peinándose con los dedos hacia atrás, en un gesto casi mecánico. Su pelo era lacio y oscuro, y por cómo le molestaba sobre los ojos, daba la sensación de que lo tenía algo más largo de lo habitual, como si llevase un par de semanas postergando la visita a la peluquería. «Pero no le queda nada mal», pensé, y controlé el impulso de estirar mi mano para acariciarlo.

El camarero empujó las copas hacia nosotros y Jorge depositó un billete de veinte euros en la barra, echando un vistazo alrededor para buscar un taburete libre. Encontró uno detrás de él y lo acercó hacia mí. Sonreí, agradecida. Los tacones me estaban matando.

—Y, entonces, Blanca, ¿qué es lo que te ha traído por aquí? —preguntó mientras me entregaba mi *gin tonic* y me miraba con una sonrisa enigmática.

—Estoy de despedida de soltera —respondí.

—Vaya, espero que no sea la tuya. —Levantó las cejas, algo sorprendido.

—¡No, no! —me reí mientras movía las manos en un gesto de negación—, esas cosas no son para mí. La que se casa es mi amiga Sofía, con su novio del instituto.

—Menos mal —soltó un suspiro de alivio—, por un momento me habías asustado.

—Y tú, ¿qué haces por aquí? —Le di un trago a mi copa.

—Estoy de despedida de casado.

—¿La tuya? —Jorge movió lentamente la cabeza arriba y abajo, poniendo una cara de circunstancias muy graciosa. Solté una risa burlona—. ¿En serio? ¿Y lo celebras tú solo o es que tus amigos han preferido volver a casa temprano?

—Mis amigos están pasándoselo tan bien en la barra de la planta de arriba que dudo mucho de que se hayan dado cuenta de que estoy aquí.

—¿Y qué ha pasado para que el anfitrión haya decidido venir a la barra de la planta de abajo?

Jorge enarcó una ceja.

—Pues no sé por qué, pero he tenido la sensación de que aquí encontraría a una chica muy interesante a la que tenía que conocer hoy.

Dio un trago a su copa sin quitarme los ojos de encima y yo lo imité, aprovechando para observar su rostro. «¿Se está quedando conmigo? —me pregunté, dubitativa—. Seguro que es el típico treintañero aburrido de su matrimonio que quiere demostrarse a sí mismo que aún puede ligarse a una chica de veintitantos».

—¿No me crees? —preguntó divertido al ver mi cara de desconfianza.

Me encogí de hombros, sin saber muy bien qué pensar, e inconscientemente levanté la vista hacia el primer piso. Allí, un par de tíos medio calvos y con algo de tripa me hacían señas para que lo avisara. Le di un par de toquecitos y señalé hacia arriba. Jorge se giró hacia ellos. Le gritaron algo que no pudimos entender y después empezaron a hacerle gestos con las manos para que se diera prisa en subir. Como Jorge no se movía, uno de sus amigos señaló a un par de chicas que estaban detrás, con el resto del grupo; dibujó unas curvas en el aire e hizo un gesto obsceno. Jorge estiró el brazo hacia ellos y levantó el dedo corazón. Sus amigos lo abuchearon y él negó con la cabeza, volviéndose de nuevo hacia mí.

—Perdóname, no tienen modales y me acaban arrastrando —dijo un poco abochornado mientras se pasaba otra vez la mano por el pelo.

Sonreí para quitarle importancia a la situación. Al final, parecía que la historia que me había contado era cierta. Levanté mi *gin tonic* para hacer un brindis.

—Por la soltería, entonces.

—Por la soltería.

Entrechocamos las copas, con los ojos fijos el uno en el otro. Los suyos eran marrón oscuro, bonitos y profundos, y miraban directamente a los míos. Noté una sensación extraña en el estómago y bajé la vista unos instantes, un poco intimidada. Pero enseguida la subí de nuevo. Él sonreía. Di un trago a mi copa e inspiré hondo. Me estaba poniendo un poco nerviosa y supuse que sería por cómo clavaba sus ojos en mí. Pero había algo más. Su mirada era intensa, como si fuera capaz de verme por dentro, pero, aunque me hacía sentir vulnerable, no quería que la retirase. Y eso era nuevo para mí. Por norma, a esas alturas de la conversación, ya hubiera decidido que Jorge era demasiado atractivo como para querer algo más con él, y que se acabase de divorciar hizo saltar todas mis alarmas. «Blanca, no juegues con fuego —me repetía mi voz interior—. Sabes que este tío no te conviene. Mejor termínate la copa y sal corriendo de aquí antes de que sea demasiado tarde».

Que me partieran el corazón era uno de mis mayores miedos, aunque no recordaba haberme enamorado nunca. Supongo que ver a mi amiga Vega sufriendo tanto por un novio que no hacía más que ponerle los cuernos hacía que se me quitasen las ganas de involucrarme demasiado en mis relaciones. Para mí, tener pareja significaba estar con un chico con el que me divertía hasta que las cosas se terminaban o se empezaban a poner más serias, que era cuando yo solía alejarme sin remedio.

Las horas siguientes volaron. Jorge era un encanto: educado, divertido y seductor; y yo me lo estaba pasando genial. Hablamos de su trabajo en el departamento de soporte de una cadena de televisión y de todos los planes que tenía para su futuro. Sus ojos brillaban al explicármelos, contagiándome su ilusión. Después me preguntó por mis sueños. Le resultó muy interesante la forma en la que yo me ganaba la vida y se rio, divertido, con mis anécdotas del último rodaje, en el que había trabajado como auxiliar de producción. Incluso me pasó un par de contactos que tenía en una productora de cine, convencido de que me ayudarían a conseguir un puesto mejor en su próxima película. En los cuatro años que llevaba en Madrid, fue la primera vez que alguien me ofreció su ayuda y el detalle me encantó. Al fin y al cabo, solo era un extraño al que acababa de conocer en un bar, no tenía ninguna obligación de echarme una mano en mi carrera. Me invitó a un par de copas y dejó que lo invitase a unos chupitos después de que le soltara un alegato sobre por qué no aceptar mi ofrecimiento lo convertiría, automáticamente, en un machista.

—Vamos a ver, Blanca ¿no te das cuenta de que, después de diez años casado, estoy tan acostumbrado a pagarlo todo que me resulta rarísimo no hacerlo? —dijo sorprendido ante mi vehemencia.

—¡Pero eso era antes, en tu otra vida! Ahora eres un soltero y tienes que empezar a aprenderte las reglas para que no se aprovechen de ti. O sí, pero de otra manera muy distinta. —Le guiñé un ojo en un intento por parecer *sexy*.

Jorge soltó una carcajada y yo sonreí como una idiota al verlo reír. «Joder, Blanca, ¿qué estás haciendo?», se quejó mi voz interior, a la que llevaba ignorando toda la noche. «¿Qué más da? —le respondí, en un intento por hacer que mi conciencia se callara—. Si no creo que lo vaya a volver a ver nunca». Y, agarrando a Jorge de la mano, tiré de él para llevarlo a la pista, donde sonaba *Beautiful Liar*. Una vez allí, lo miré a los ojos y me acerqué más. Apoyé mi mano en su hombro y él me cogió de la cintura, pegándome a su cuerpo. Cerré los ojos e inspiré en su cuello, mientras bailábamos juntos ese tema tan sensual.

—¿Llevas Esencia…? —pregunté cerca de su oído. Era adicta a los perfumes de hombre y reconocía enseguida los que me gustaban.

Jorge asintió sin mirarme. Tenía los ojos cerrados y se movía al ritmo de la canción, con una mano en la parte baja de mi espalda y la otra sobre la mía, en su hombro, como si quisiera asegurarse de que no la iba a retirar. Después, bajó sus dedos por mi brazo hasta llegar a mi cintura. Giré la cabeza hacia él, que volvía a mirarme fijamente con una media sonrisa. «Estás cayendo, Blanca. Te tiene hipnotizada», me reproché. Y, de verdad, lo estaba: me movía con él, siguiendo la música, pero no podía retirar mis ojos de los suyos. No era capaz ni de pestañear, segura de que iba a besarme de un momento a otro…

Pero no lo hizo. Y, un rato más tarde, cuando volvimos a la barra a por una última copa, ya no sabía qué pensar. O no le atraía o era un auténtico *gentleman*, porque, después de varios *gin tonics* y unos cuantos bailes sensuales, no había perdido la compostura ni se me había tirado al cuello y, debo confesar, eso me descolocó, porque el tío parecía realmente interesado en mí. Con cualquier otro, aquel hubiera sido el mejor momento para decirle que iba al baño y desaparecer para siempre, pero, con Jorge, quería más. Por eso me quedé sentada en aquel taburete, enfrente de él, con ganas de descubrirlo todo, de averiguar qué tipo de magia escondía esa mirada que me recorría por dentro y no me dejaba pensar en otra cosa que no fuera agarrarlo por las solapas de la camisa y besarlo como llevaba deseando hacer casi desde ese primer susurro en mi oído.

Cuando empezaron a encender las luces del local, Sofía se acercó a nosotros. Vega apoyaba la cabeza en su hombro, seminconsciente, aunque emitía algunos sonidos inteligibles y eso me tranquilizaba. Miré alrededor, buscando a Paula y al morenazo, pero Sofía me interrumpió.

—Hace como tres horas que mi prima se ha marchado con ese chico, y a Raquel la he metido en un taxi hará unos veinte minutos. ¿Te vienes con nosotras? Necesito ayuda con Vega.

—Sí, claro. —Me levanté de la silla y me acerqué a Jorge—. Me ha encantado conocerte, ¿crees que volveremos a vernos?

—Siempre. —Sonrió mientras le pedía al camarero un bolígrafo que me tendió—. Dame tu número.

Lo cogí y busqué en mis bolsillos algún papel donde apuntarlo. Encontré el descuento que me había dado Paula y que no había usado. Escribí mi teléfono y, guiñándole un ojo, lo dejé en la barra, junto a él. Me giré hacia mis amigas, dispuesta a marcharme, pero Jorge me agarró de la mano y me dio un ligero tirón para que me volviese de nuevo hacia él. Nos miramos. Le sonreí. Y entonces, me cogió de la cintura, me atrajo hacia él con ambas manos y me besó, provocándome de golpe tantas sensaciones que, en un solo instante, supe que estaba perdida.

Diez minutos más tarde, Sofía y yo habíamos conseguido meter a Vega en el taxi. Sentada entre las dos, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en mi hombro, no paraba de quejarse porque quería tomarse otra copa. Estaba a punto de estrangularla cuando noté que algo vibraba en mi bolsillo. Saqué el móvil: me acababa de llegar un mensaje de un número desconocido.

«Ya te echo de menos, ¿quedamos mañana?».

Al leerlo, enseguida comprendí de quién era y sonreí.

Estaba totalmente perdida.

CAPÍTULO 1
COMO SI FUÉRAMOS ADOLESCENTES

Martes, 23 de abril de 2019

—Y tú, ¿qué cambiarías si volvieras a tener dieciséis?

Vega me señalaba con la copa de vino mientras buscaba un cigarrillo entre las sobras de la cena. La conversación se nos estaba yendo un poco de las manos, pero me daba igual. Eso era exactamente lo que necesitaba después de lo que había pasado con Jorge la noche anterior. Aunque las últimas semanas habían sido muy estresantes para ambos, no estaba segura de que la decisión de separarnos por un tiempo hubiera sido una buena idea.

Di un trago a mi copa y recordé la absurda discusión que habíamos tenido. Habían vuelto a cancelar el rodaje de la serie y nos despedían a todos otra vez. Así era la vida de los equipos técnicos: parecía muy glamurosa desde fuera, pero la precariedad laboral estaba a la orden del día. Al subir al autobús, saqué mi móvil y sumé todos los pagos que me quedaban pendientes a final de mes. «¡Y aún tengo que comprarle un buen regalo a Sofía!». Suspiré con tristeza, pensando en la fiesta de su cuarenta cumpleaños que me iba a perder por vivir a cuatrocientos kilómetros. Si no encontraba otro curro enseguida, tendría que volver a pedirles dinero a mis padres, que era lo que más odiaba en el mundo porque siempre aprovechaban la ocasión para recordarme que «eso de los rodajes» no era un trabajo de verdad.

Cuando llegué a casa, necesitaba mimos de mi chico. Muchos. Y desahogarme, también; pero, sobre todo, algo de cariño: uno de sus abrazos o de esas frases de «no te preocupes cielo, que todo irá bien». Sin embargo, como venía ocurriendo en los meses anteriores, Jorge estaba tan enfrascado en su trabajo que no me prestó ninguna atención. De hecho, esa vez ni siquiera me miró. Era consciente de la importancia de ese proyecto para su carrera, era su última gran oportunidad para conseguir el puesto que siempre había deseado, pero parecía que no había nada más en su vida. Y cuando le insistí, me contestó, con malas formas, que ya estaba harto de resolver los problemas de todos, que lo que estaba haciendo era muy importante y que no estaba dispuesto a poner a nadie más por delante de él, como había pasado cuando le llamaron de Connecticut.

No era la primera vez que discutíamos y, en el fondo, sabía que no se refería a mí, pero, algo en la manera en la que lo dijo, activó una alarma en mi cerebro que me volvió a convertir en la chica desconfiada que era antes de conocerlo. «A lo mejor quiere romper conmigo y no sabe cómo», sopesé, convencida de que no podían ser solo los nervios los que lo hacían actuar de

aquella forma.

Hacía tiempo que ya no sentía que ese fuera mi Jorge, el hombre divertido, cariñoso y atento que siempre me había tratado tan bien. Si alguien me hubiese dicho que algún día llegaría a hablarme en ese tono, nunca lo habría creído. «Quizá es porque ya ha dejado de quererte, Blanca», concluyó mi vocecita interna. Y yo lo acepté. Tenía que ser eso. Habían tardado mucho, pero, al final, a mí también me iban a romper el corazón. Y aunque no estaba del todo segura, no pensaba quedarme allí para comprobarlo. Por eso, aun a sabiendas de que en unos instantes todo sería diferente, le solté la única frase que jamás pensé que le diría:

—Creo que es mejor que lo dejemos.

Jorge dejó de teclear en su portátil y me miró, paralizado.

—¿Qué dices, cielo?

—Me has oído perfectamente —le contesté con aquel tono de voz altivo que me salía en esas situaciones y me hacía resultar tan odiosa.

Jorge me observó, intentando encontrar algún gesto que invalidase mis palabras, pero yo ya me había puesto esa coraza que me transformaba en una mujer sin sentimientos. Una de las muchas que llevaba dentro. Por suerte para él, esta nunca se le había mostrado antes, quizá por eso el impacto era todavía mayor.

—¿En serio, Blanca? ¿Estás segura de que eso es lo que quieres? —preguntó, perplejo.

Lo vi tan sorprendido que me hizo dudar, pero estaba dolida por la forma en la que me había hablado y no quise reconocer mi error, así que me encogí de hombros, con los brazos cruzados, como si no viera otra solución.

—No me lo puedo creer… —masculló. Después, se levantó de la mesa, cogió la chaqueta y se fue de casa dando un portazo.

Siempre tuve la facultad de terminar bruscamente con todo cuando las cosas dejaban de ser maravillosas. Era mi *modus operandi*: ser la primera en saltar del barco en vez de hundirme con él. Al primer bache, me iba, y, en ocasiones, incluso lo hacía antes. Si notaba que alguien me empezaba a gustar más de lo normal, lo dejaba para que no pudiera hacerme daño. Solo estaba con un hombre mientras fuera capaz de controlar mis sentimientos y asegurarme de que no sufriría. Había sido así con todas mis parejas anteriores, aunque referirme de esa manera a los chicos con los que había salido antes de Jorge quizá era mucho decir. La suya era la única relación de verdad que había tenido y había durado casi doce años. Antes de eso, ninguno había pasado de los seis meses.

—¿No vas a contestar? —insistió Vega, que había encontrado el cigarrillo y trataba de encenderlo con un mechero al que no le quedaba mucho gas.

Me froté los ojos, intentando recordar qué me había preguntado. Estaba bastante cansada, apenas había pegado ojo en toda la noche. Al amanecer, había llamado a mis padres y les había contado que Jorge y yo íbamos a darnos un tiempo. Después, metí cuatro cosas en una maleta y compré un billete de tren para volver a Alicante. En casa me habían acogido sin cuestionarme demasiado. Sabían que antes de tomar una decisión definitiva tenía que aclarar mis pensamientos. Y para eso, ¿qué mejor que una cena con mis dos mejores amigas y varias botellas de vino?

—¿Cuál era la pregunta? —Miré a Sofía.

—Qué cambiarías tú si volvieses a tener dieciséis años —me contestó.

Mientras pensaba una respuesta, encendí otro cigarrillo y le pasé mi mechero a Vega para que encendiera el suyo. Entre el fresquito que hacía en su terraza y todo el tabaco que habíamos fumado, estaba segura de que al día siguiente me dolería un montón la garganta.

—Dejaría de fumar. —Exhalé el humo y me encogí en la silla.

—Sí, claro, yo también —Vega puso los ojos en blanco—, pero estábamos arrepintiéndonos de otras decisiones cruciales que tomamos en aquel momento, ya sabes: estudios, trabajos, novios…

Sofía levantó su copa al escuchar la palabra «novios». Vega y yo la miramos mientras bebíamos de las nuestras.

—Yo cambiaría… —empezó a decir.

—¿De verdad cambiarías algo? —la interrumpí—. ¡Pero si tienes la vida perfecta! El trabajo de tus sueños; un marido listo, guapo y cariñoso que, además, es tu socio en la empresa; dos niñas preciosas, una casa grande… Joder, si tienes hasta un perro y un gato. ¡Yo me cambiaría por ti si pudiera!

Sofía sonrió y desvió la mirada, dando un buen trago a su copa. Y yo pensé que quizá me hubiera equivocado más de lo que me gustaría reconocer.

Nada en mi vida había sido duradero desde que dejamos el instituto. Después de cuatro años matriculada en Derecho, solo había aprobado un puñado de asignaturas, así que, para disgusto de mis padres, me marché a Madrid a estudiar Arte Dramático, convencida de que sería actriz. Pero después de un par de cortos, con los que perdí dinero y amigos, solo conseguí trabajo como meritoria de producción, es decir, como la correveidile que se encargaba de llenar de agua la cafetera, llevar la ropa sucia de los actores a la tintorería o comprar ibuprofeno para el productor, que solía tener unas jaquecas espantosas. Tras varias películas y hacer algunos contactos, ascendí en el equipo, primero como auxiliar y, más tarde, como coordinadora, pero, aunque ahora el ibuprofeno me lo traían a mí, no dejaba de ser un trabajo precario que podía terminarse en cualquier momento.

Como mi relación con Jorge. Yo me había hecho siempre la moderna, diciendo que no necesitaba bodas ni compromisos, pero nunca habría pensado que lo nuestro fuera tan frágil. Y aunque había sido yo la que había propuesto dejarlo, me dolía que todavía no me hubiese llamado echándome de menos. «Aunque no sé qué esperabas de un divorciado, Blanca —pensé —, a esos los han sangrado tanto que han dejado de creer en el amor».

Me parecía que el hombre irritable y estresado que era entonces ya poco tenía que ver con el Jorge soñador y optimista que había conocido hacía más de una década. A ese se lo habían comido la vida, la crisis y las movidas con su exmujer. Di un trago de vino y suspiré. «Ojalá hubiera estudiado otra carrera y me hubiese casado con un buen chico. Ahora tendría una vida perfecta, como la que tiene Sofía» —deseé mientras las escuchaba discutir de fondo.

—… yo lo he dejado claro —dijo Vega—: nunca nunca saldría con Rubén. ¡Ese hijo de puta me amargó la vida!

—Más bien te la amargaste tú solita —replicó Sofía—. A fin de cuentas, la decisión de perdonarlo, una y otra vez, fue tuya.

—¡Porque estaba enamorada! —le gritó Vega—. Yo quería estar con él para siempre y por eso le daba otra oportunidad…

—Hasta que te dejó del todo —la corté—. No sé por qué volvía contigo si luego se liaba con la primera que le hacía caso. Menos mal que la última vez tuvo la decencia de largarse para siempre.

Nos quedamos en silencio y escuchamos a Love of Lesbian cantar *Allí donde solíamos gritar* —que Vega tenía puesta en bucle en su Spotify— mientras Sofía rellenaba las copas de vino. Como no quedaba suficiente para todas, se levantó para traer otra botella.

—¿Sabes lo que más me duele? —dijo de repente Vega. Negué con la cabeza, invitándola a

continuar—. Me duelen todas las cosas que he dejado de hacer por él, aunque no me lo pidiese… De hecho, lo peor de todo, es que fueron decisiones que tomé yo misma, porque siempre antepuse su bienestar a mis sueños. —Vega dio un trago a su copa y continuó, enfadada, enumerando con los dedos—: No estudié empresariales porque implicaba irme a vivir a otra ciudad y no quería dejarlo solo, no invertí en la empresa de Sofía porque me gasté ese dinero en regalarle un viaje a Nueva York…

—Ahí te equivocaste mucho —dijo Sofía, que había vuelto a la terraza con la tercera botella de vino.

—Lo sé —dijo Vega—, me equivoqué en muchas cosas y, total, ¿para qué? Aquí estoy, a mis treinta y nueve años, con un trabajo de mierda, más sola que la una y viviendo de alquiler en un piso que nunca podré comprar.

—¡Ya somos dos! —Levanté mi copa haciendo un brindis—. Por los treinta y nueve años sin hijos, sin maridos y sin pisos en propiedad. ¡Como si fuéramos adolescentes!

—Adolescentes que van a cumplir cuarenta y que tienen tarjetas de crédito —se rio Sofía—. ¡Y *smartphones*!

—¡Menos mal que os tengo a vosotras, chicas! —Vega derramó la mitad del vino en la mesa al levantar la copa con demasiado ímpetu.

—¡Por las malas decisiones! —dije yo.

—¡Por las malas decisiones! —repitieron mis amigas.

Alzamos las copas de vino. De pronto, una fuerte ráfaga de viento cruzó la terraza, volcó las botellas vacías de la mesa e hizo que la ceniza y las colillas se esparcieran por todo el suelo. Vega miró hacia abajo y, cuando estaba a punto de quejarse por todo lo que tendría que limpiar al día siguiente, el cielo se iluminó durante unos segundos, como si se hiciese de día.

—¡Joder! —gritó Vega, asustada—. ¿Qué coño ha sido eso?

—Parecía un relámpago, ¿no? —Miré a mis amigas.

Sofía se puso el dedo sobre los labios para indicarnos que guardásemos silencio. Vega y yo nos callamos, y nos dimos cuenta de que no se oía nada. Ni el ladrido de un perro, ni el ruido de los coches…, nada. Nos miramos unas a otras sin mover ni un solo músculo. Parecía una de esas películas de terror en las que no podías evitar encogerte en el sofá, atenta al próximo susto.

De repente, el brusco sonido de un trueno nos sobresaltó y nos hizo gritar a las tres. Y empezó a llover con fuerza, como si no hubiera llovido en años.

Con las copas aún en la mano, nos asomamos a la barandilla de la terraza, sorprendidas ante la gran cantidad de agua que había empezado a caer en un instante, y, de pronto, como si cerraran un grifo, dejó de llover. Me giré hacia Sofía, que arqueó las cejas, estupefacta, como intentando encontrarle una explicación lógica a todo aquello. Me miró, sacudiendo la cabeza, y oímos la risa nerviosa de Vega.

—¡¿Pero qué cojones ha sido eso?! —dijo sin parar de reír—, ¿lo habéis visto o he sido yo, que he bebido demasiado?

Sofía asintió, sin ser capaz todavía de pronunciar ninguna palabra. Yo me asomé al balcón para echar un vistazo alrededor. Inexplicablemente, no había ni una sola nube ni un charco en el suelo. La luna brillaba en un cielo despejado. Era de locos.

—Creo que es el momento de pedir un taxi y volver a casa. —Dejé la copa en la mesa y cogí el móvil para buscar la aplicación.

—Sí, yo voy a hacer lo mismo —dijo Sofía—, creo que no estoy en condiciones de conducir.

Vega asintió, dio un trago largo a su copa y nos acompañó hasta la puerta. Sofía y yo cogimos los abrigos y los bolsos, y nos despedimos de ella.

—Ánimo, Blanqui. Si necesitas algo, llámame —dijo Vega, dándome un abrazo.

Asentí y le di un beso en la mejilla.

—Mañana hablamos, que duermas bien.

Vega nos dijo adiós con la mano y cerró la puerta.

—¿Estarás bien con tus padres? —me preguntó Sofía en el ascensor—. Si quieres venir unos días a casa, nosotros tenemos sitio de sobra, ya lo sabes.

Sofía y David vivían en un chalet de dos plantas bastante grande, con una habitación de invitados en la que Vega y yo habíamos dormido más de una noche, sobre todo si nos habíamos tomado unos vinos de más.

—Gracias, Sofi, creo que estaré bien, pero si empiezan a darme el coñazo, te avisaré, te lo prometo. —Sonreí.

Al salir a la calle, nos encendimos otro cigarrillo. No habíamos dado ni dos caladas cuando un taxi paró junto a nosotras.

—¿Es el tuyo o el mío? —dudó Sofía.

—¿Blanca Suárez? —preguntó el taxista mientras bajaba la ventanilla.

—El mío. —Levanté la mano.

Tiré el cigarro, le di un beso rápido en la mejilla a mi amiga, subí y le indiqué la dirección al conductor.

—Qué casualidad que se llame Blanca Suárez —comentó cuando arrancamos, mirándome por el retrovisor.

—Sí, como la actriz —contesté mecánicamente. Terminé la frase con una sonrisa, tal y como había hecho más de mil veces en los últimos diez años.

He de reconocer que, al principio, me hacía mucha gracia llamarme igual que una famosa, era divertido cuando me nombraban en una sala de espera y la gente se giraba con curiosidad, esperando encontrarla a ella. Pero después de la emoción de las primeras veces, todo se volvía un poco repetitivo. Y si tenía un día malo, como ese, incluso me molestaba. Me entraban ganas de poner cara de sorpresa y contestar alguna bordería, del tipo: «¡No jodas! ¿Me llamo como la actriz? ¡No me había dado cuenta!».

Como no me apetecía darle conversación, saqué el móvil del bolsillo y abrí WhatsApp. Dudé un instante, pero al final pinché en la foto de Jorge para comprobar, de nuevo, su última hora de conexión. Había sido a las 21:27, hacía más de dos horas. Eché un vistazo al chat que me había escrito la noche anterior, después de la pelea: «Quizá tengas razón y lo mejor sea tomarnos un tiempo. Estaré unos días en casa de mis padres para aclarar mis ideas». Y abajo, mi respuesta: «La que se va unos días soy yo, tú haz lo que quieras». Así de fría y así de borde. Esa era mi peor versión.

Jorge apareció en línea. El corazón me latió deprisa. Esperaba que me escribiera un mensaje, pero, tras un par de segundos, se volvió a desconectar. «¿También está comprobando mi última hora de conexión?», me pregunté. Dudaba si escribirle algo, cuando el taxi se detuvo.

—Ya hemos llegado, son siete con cincuenta.

Después de cerrar la puerta, envié un mensaje a mis amigas por el grupo, para que supieran que ya estaba en casa. Vega respondió con un pulgar levantado. «Entrando», escribió Sofía. «Buenas noches a todas», contesté yo, seguido de varios emojis de besos.

Estaba tan cansada que no tenía ganas de deshacer la maleta, así que dejé la ropa sobre la silla y me puse un viejo pijama que usaba de adolescente. Volví a mirar la última conexión de Jorge, pero no había cambiado, así que me metí en la cama, suspirando al darme cuenta de que lo

echaba de menos. Tenía ganas de mandarle un mensaje de buenas noches, aunque, con todo el alcohol que llevaba en sangre, no parecía la mejor idea. «Mañana, cuando me levante, le escribiré y lo arreglaremos», me dije colocando el móvil en la mesita de noche. Y con ese pensamiento, me quedé dormida.

CAPÍTULO 2
¿DÓNDE ESTOY?

Miércoles, 24 de abril…

—¡Blanca, despierta que vas a llegar tarde!

Me desperté, sobresaltada, con los gritos de mi madre. No debían de ser más de las siete, porque la habitación estaba en penumbra. Me froté los ojos y tanteé la mesita de noche con la mano, buscando mi móvil para ver la hora, pero no lo encontré allí y me resultó rarísimo porque siempre lo dejaba cerca de la cama. Sé que suena a tópico, pero el WhatsApp era lo último que miraba por la noche y lo primero que consultaba al despertarme, sobre todo si no dormía con Jorge. Por un segundo pensé que, quizá, lo había olvidado en el taxi, y el corazón se me paró, pero luego recordé que lo llevaba en la mano al entrar en casa, porque había enviado un mensaje a las chicas. «Seguramente lo dejé en el baño». Aunque estuve tentada de levantarme e ir a buscarlo, preferí dar media vuelta y seguir en la cama un ratito más.

Me estaba quedando dormida de nuevo cuando la puerta de mi habitación se abrió de golpe.

—Son las siete y media, no te lo digo más. Como no estés lista en cinco minutos, te vas andando —gruñó mi madre.

«¿Andando, a dónde?». Estaba segura de que era el primer día, desde hacía más de dos años, en el que no tenía, literalmente, nada que hacer. Aun así, decidí preguntarle, por si acaso.

—¡Mamá! —grité desde la cama—, ¿a dónde tengo que ir?

—Qué graciosa… ¡Te quedan cuatro minutos!

Me incorporé en la cama, confusa. ¿Le pasaba algo a mi madre? Ni ella ni mi padre habían cumplido todavía los setenta, por lo que asumí que aún no tenía que preocuparme por ellos, ¿o quizá sí? Me estiré mientras bostezaba y eché un vistazo a la mesita de noche. No, efectivamente, ahí no estaba el móvil. Ni tampoco el *smartwatch*. Qué raro…

Parpadeé un par de veces para acostumbrarme a la claridad que empezaba a entrar por la ventana y me fijé en el póster que estaba pegado en la puerta del armario. Era idéntico a aquel de Alejandro Sanz que me gustaba tanto y que mi hermano había roto hacía años después de una gran bronca que tuvimos. Me acerqué al armario y pasé los dedos por encima del papel. Estaba intacto. ¿Cómo era posible? «A lo mejor mi hermano ha encontrado otro en eBay y lo ha colocado aquí, ahora que he vuelto a casa de mis padres». Como broma era graciosa, aunque un poco cruel. Tendría que pensar cómo devolvérsela.

Bostecé, echando un vistazo al resto de la habitación. Todo parecía como siempre, aunque

enseguida eché en falta mis maletas y la ropa que llevaba puesta la noche anterior. Estaba segura de que la había dejado en la silla cuando me la quité, pero solo veía mi antigua cazadora de pana con borreguito. «¿Qué está pasando aquí?», me pregunté al darme cuenta de que la foto que me había hecho con Vega y Sofía en la Nochevieja del 2000 tampoco estaba en su sitio. Ni los álbumes del viaje de fin de curso. Me estaba agachando para ver si mi madre los había guardado en un cajón, cuando su voz me sobresaltó.

—¿Qué haces, Blanca? ¡Pero si todavía no estas lista!

Me giré hacia ella y se me cortó la respiración: aquella mujer era mi madre, sí, pero una versión mucho más joven. Llevaba el pelo largo y rubio, gafas grandes y apenas tenía arrugas. ¿Cuántos años tendría? ¡Parecía de mi edad!

—Blanca, hoy no llegas al instituto.

Me quedé muda. Intenté decir algo, pero no podía. Sentí náuseas y contuve una arcada. Empezaba a entrar en pánico.

—¿Qué te pasa hija? ¿Te encuentras bien? —Negué con la cabeza—. Estás tiritando… Puede que tengas fiebre. —Me puso la mano en la frente para medir la temperatura, aunque yo estaba segura de que temblaba de miedo—. Métete en la cama y luego vamos al médico. ¿Tienes algún examen hoy? —Volví a negar mientras la obedecía—. Necesito hacer una gestión urgente, pero volveré en un par de horas. Aprovecha y duerme un rato más.

Asentí y me cubrí con el edredón por encima de la cabeza. Mi madre cerró la puerta y la escuché hablar con mi hermano por el pasillo. Salieron de casa y cerraron de un portazo. Durante un rato, me quedé en silencio, con los ojos cerrados, respirando hondo e intentando dejar de temblar.

—Tranquilízate, Blanca, solo es un sueño —dije en voz alta—. Y ahora, te vas a despertar.

Abrí los ojos despacio, retiré el edredón y me giré hacia el armario, pero Alejandro Sanz seguía allí. Volví a cerrar los ojos con fuerza y los abrí un par de veces más. Continuaba mirándome, con esa sonrisa misteriosa, como si supiera algo que yo desconocía. Me pellizqué tan fuerte que estuve segura de que me saldría un moratón enorme en el brazo, pero no funcionó.

¿Sabes cuando sueñas que te despiertas dentro del sueño y luego, por fin, te despiertas de verdad? Pues eso me estaba ocurriendo a mí, excepto que no acababa de despertarme nunca, por mucho que quisiera. Me pellizqué un rato más, hasta que me hice tanto daño que preferí levantarme de la cama y averiguar qué pasaba.

Nada más asomarme al pasillo me di cuenta de que la casa no estaba igual que la noche anterior. Desde la puerta de mi dormitorio veía el cuarto de baño, que conservaba la antigua bañera en vez del plato de ducha que habían puesto hacía casi una década. Recorrí el pasillo hasta llegar al salón, que tampoco había sido reformado y parecía mucho más pequeño sin esos metros adicionales que le había ganado a la terraza.

Noté enseguida un olor raro, como a cuero mezclado con limón. Di una vuelta sobre mí misma, olisqueando, hasta fijarme en que los sillones de piel estaban nuevos y relucientes. Me reí al recordar aquel tufillo característico que desprendían durante las primeras semanas y a mi madre, desesperada, rociándolos sin parar con espray ambientador. Sonreí también al encontrar la tele de tubo, un auténtico armatoste, con esa parte trasera abultada que sobresalía un poco de la mesita auxiliar. A pesar de lo grande que parecía a primera vista, la pantalla de veintiocho pulgadas me resultaba pequeña, sobre todo al compararla con mi televisor. En un lateral, el escritorio con el ordenador, que solo usábamos para pasar los trabajos de clase y jugar a videojuegos porque aún no teníamos conexión a internet, y el mueble del salón, que era el

mismo, pero sin las fotos de las bodas de plata de mis padres, ni las de la graduación de mi hermano.

Todo era familiar pero muy diferente. Me planteé si había viajado en el tiempo o si todo lo que había vivido en los últimos años formaba parte de un sueño.

—O a lo mejor es que te estás volviendo loca —me escuché decir en voz alta, y me sobresalté.

Me froté los ojos y decidí que necesitaba un café; me despejaría y podría pensar con claridad, pero, al entrar en la cocina, la conmoción fue aún mayor: era la cocina antigua, la de antes de la reforma, con los fuegos de gas butano. La que, por supuesto, no tenía cafetera de cápsulas. Perfecto, ahora solo debía recordar cómo hacíamos el café entonces.

Abrí la nevera. Inconscientemente, busqué el brik morado de leche sin lactosa, hasta que me di cuenta de que en aquel entonces la bebíamos entera. La saqué, sonriendo al ver el antiguo logo de la marca, y registré la despensa, llena de envases de la época. Me parecía estar en el decorado de alguna de las pelis en las que trabajaba, aunque este era mucho más inmersivo. No encontré café molido, pero había un bote de Nescafé, que mi madre compraba para cuando tenía prisa. Me valía.

Llené de leche hasta arriba un vaso de cristal y miré a mi alrededor, buscando el microondas. No tardé mucho en recordar que era la única de mis amigas que no tenía uno, así que tuve que pasar la leche a un cazo y calentarla sobre los fuegos de gas.

Mientras esperaba a que hirviera, eché un vistazo a la cocina, preguntándome en que año estaríamos. Por la pinta de la casa, supuse que en algún momento entre 1994 y 1997, aunque si fuera ese último año habría encontrado las fotos del viaje de fin de curso. Reparé en el calendario que colgaba en la pared del fondo y me acerqué a mirarlo: abril de 1996.

—Ahora solo tengo que saber qué día es —dije en voz baja para romper el silencio.

Algunos números estaban enmarcados por un círculo, otros tenían anotaciones, como «pedir butano» o «reunión instituto Blanca». Estaba intentando encontrar alguna pista cuando empecé a oler a quemado.

—¡Mierda, la leche! —Me giré de forma brusca para retirar el cazo del fuego, con tan mala suerte que me golpeé el dedo pequeño con la pata de la mesa.

Solté un grito de dolor, me agarré el pie con una mano y di saltitos sobre la otra pierna hasta la encimera. Apagué el fuego, apoyé la espalda en la nevera y resoplé. Me dolía bastante. Había sido un buen golpe y solo esperaba no habérmelo roto. Miré hacia abajo, levantando el pie para examinar el daño, y me percaté de que no tenía el tatuaje del tobillo. Casi me caigo de culo al suelo. Me impresionó tanto que dejó de dolerme el dedo. Estaba tan acostumbrada a ese pequeño sol que ya no recordaba cómo era mi pie sin él.

Y caí en la cuenta de que todavía no me había mirado en el espejo.

Mi corazón latió con fuerza.

¿Me reconocería en ese cuerpo?

Pasé la mano por mi pelo. Lo llevaba bastante largo, así que era un poco antes de que me lo rapara en aquel extraño arrebato. Cogí un mechón entre mis dedos y me fijé en que tenía reflejos cobrizos. A los dieciséis quería ser pelirroja porque me encantaba la melena de Sofía, por eso me echaba aquellos tintes que se iban con los lavados. Traté de recordar mi cara en esa época, pensando en las fotos antiguas de los álbumes. Cuando conseguí hacerme una idea, me coloqué delante del espejo del baño, mirando al techo, respiré hondo y bajé la vista poco a poco.

Lo primero que descubrí fue mi pelo: ese tinte debía de llevar ya muchos lavados, porque estaba prácticamente en su rubio natural. Debajo distinguí unas cejas pobladísimas, sin depilar, y

me dio la risa. En el espejo, una adolescente sin arrugas de expresión, con la cara más redonda y aniñada, y algún granito —aunque nada preocupante— se reía. No sé por qué me recordaba mucho peor. Y lo mismo ocurría con mi cuerpo. A los dieciséis siempre me veía gorda, pero ahora, al mirarme, me di cuenta de que no estaba nada mal. Moví mi cabeza hacia un lado y admiré mis piernas sin celulitis, mis brazos mucho más delgados, el culo respingón.

—Joder, Blanca, qué buena estás —le dije a la adolescente del espejo—. ¿Por qué no te sacabas más partido?

Aunque los sábados por la noche me arreglaba para salir, entre semana siempre iba con vaqueros y una sudadera ancha, como si tuviera miedo de mostrar mi cuerpo a la luz del día. Recordé que los noventa fueron la época de las supermodelos y de las chicas delgadísimas como Kate Moss, y esos cánones de belleza resultaban imposibles de alcanzar si eras una adolescente con la talla treinta y ocho. Por suerte, al hacerme adulta, empecé a quererme más y aprendí a resaltar las partes que más me gustaban. Imaginé lo feliz que habría sido a los dieciséis si hubiera aplicado todo lo que había aprendido con los años.

Después de tanta tensión, me apeteció un cigarrillo. ¿Dónde solía esconderlos? Me vino a la cabeza la imagen de un paquete de tabaco en el fondo del último cajón del escritorio, así que corrí a mi habitación para comprobarlo. Y, por supuesto, allí me esperaba una cajetilla algo arrugada, con un mechero dentro. Saqué un cigarro y abrí la ventana. Estaba a punto de encenderlo cuando el timbre del teléfono me sobresaltó.

—¡Joder! —grité asustada. Dejé el cigarrillo en la mesa y corrí hacia el salón.

El teléfono era uno de esos antiguos modelos Heraldo de sobremesa que todo el mundo tenía en su casa y que hacía un ruido infernal cuando sonaba. El mío era color crema, con teclas que se pulsaban y un auricular enorme, con aquella forma tan característica que siempre me había recordado a la montera de un torero. Lo descolgué despacio, como si fuera a romperse, y lo acerqué con cuidado a mi oído.

—¿Diga? —respondí en un susurro, intrigada por saber quién llamaba a esas horas.

—¿Estabas durmiendo? —preguntó mi madre al otro lado.

—No, ya me había levantado.

—¿Cómo te encuentras, «hijica»? —interrumpió mi abuela desde el teléfono que tenían en la cocina.

Al oírla, sentí un nudo en la garganta. Hacía más de tres años que no escuchaba su voz, pero todos los días la echaba un poco de menos. Tardé unos segundos en procesar que mis abuelos aún vivían y que estaba hablando con ellos.

—Hola, yaya… Bueno, bien —respondí con un hilo de voz.

Mi abuela le gritó a mi abuelo que era yo y que cogiera el teléfono del despacho. Sonreí. Eran las únicas personas que conocía que tenían tres aparatos en casa porque les gustaba hablar a todos a la vez.

—Hola, joven —dijo mi abuelo—, ¿estás enferma?

—Ya me encuentro mejor.

—¿Tienes fiebre? —preguntó mi madre.

—No, tengo treinta y seis con cinco. Me he puesto el termómetro —mentí para que se quedase tranquila.

—Igual has cogido frío esta noche —opinó mi abuela.

—Entonces, ¿estás mejor, Blanca? ¿No necesitas ir al médico? —quiso confirmar mi madre.

—No, no hace falta —le contesté—. He dormido un rato más y ahora me encuentro bien. Estaba a punto de tomarme un café.

Mi madre respiró aliviada. Trabajaba como autónoma en el negocio familiar y siempre iba estresada de un lado a otro, encargándose de todo. Si podía ahorrarse el tiempo de una visita al médico, mucho mejor.

—Vale, cariño. De todas maneras, tómate un paracetamol y estate tranquila en casa. Yo volveré en un par de horas —dijo mi madre.

—Hasta luego, «cariñico», que te mejores —dijo mi abuela.

Colgué el teléfono e inspiré hondo. Tenía un nudo en la garganta y no sabía si reír o llorar. Me agobiaba estar en casa y decidí salir a dar una vuelta. Todo lo que me estaba pasando esa mañana era demasiado raro y necesitaba un poco de aire fresco para digerirlo.

En la calle todo parecía normal. ¿De verdad había viajado en el tiempo hasta 1996? Tenía que asegurarme antes de dar ningún otro paso, así que lo primero fue confirmar qué día era. Me pareció una buena idea mirarlo en un periódico, así que me dirigí al quiosco del barrio. Estaban atendiendo a una señora que hablaba sin parar y había otras dos personas que esperaban su turno. Era la situación perfecta para echar un vistazo sin que nadie me apremiara.

Me acerqué a la mesa donde estaban colocados los diarios, uno junto a otro, y cogí el que tenía más cerca. «Miércoles, 24 de abril de 1996», leí en la primera página. Tuve que agarrarme con disimulo a la tabla porque sentí vértigo. Lo volví a dejar en la pila y agarré el ejemplar que estaba a su lado: tenía la misma fecha. Pasaba igual con el resto. También me fijé en que la revista *Hola* publicaba la luna de miel de Rociíto y el *Pronto,* la adopción de la hija de la Pantoja. No había duda de que había viajado al pasado.

—¿Buscas algo? —preguntó el quiosquero, y di un bote.

—¿Tiene la *Ragazza*? —Respondí con lo primero que se me ocurrió.

—La de mayo aún no, pero estará al caer. Pásate mañana.

Asentí, colocando la revista en su sitio antes de marcharme. Deambulé por el barrio, fijándome en los carteles, los coches, la ropa de la gente… Era una sensación muy extraña porque todo se veía bastante nuevo pero pasado de moda a la vez, y nadie se percataba. Nadie, excepto yo. Volví a notar esa sensación de náusea y me senté en un banco para relajarme: tenía que poner algo de orden en todos los pensamientos que se agolpaban en mi cabeza.

Encendí un cigarrillo y le di una larga calada. «Vale, Blanca, tranquila, pero empieza a asimilar que has viajado en el tiempo». Y de lo absurda que sonaba aquella frase, me dio un ataque de risa nerviosa, de esos en los que casi no puedes coger aire y empiezas a llorar. En lugar de reprimirme, me permití soltar todos los nervios acumulados. Mi cuerpo y mi mente habían sobrepasado el umbral de tensión que podían soportar, así que necesitaba relajarme por completo.

Una vez dejé de llorar, me encontré mucho mejor. Decidí ser práctica: si había podido viajar al pasado, sin duda habría una manera de regresar al futuro. Repasé todas las películas que conocía, intentando entender cuáles eran los mecanismos que desencadenaban ese tipo de viajes. En algunas era bastante obvio porque se servían de máquinas para ir a o volver de una fecha determinada. En otras, los protagonistas solo tenían que concentrarse en un momento concreto para transferir su consciencia a su yo más joven. «¿Es eso lo que hicimos ayer en la cena?». Había bebido bastante vino, pero recordé que imaginamos cómo habrían sido nuestras vidas si hubiésemos tomado otras decisiones a los dieciséis. Reviví mentalmente la conversación. Había pensado que me gustaría tener una vida perfecta como la de Sofía, con un buen trabajo, un marido atento y una casa grande. «Ojalá hubiera estudiado otra carrera y me hubiese casado con un buen chico», resonó en mi cabeza. Sí, esas habían sido mis palabras exactas, pero ¿estaba

segura de quererlo de verdad?

Tiré el cigarrillo, estiré las piernas y dejé caer la cabeza hacia atrás, apoyándola en el respaldo del banco y mirando al cielo. Echaba de menos a Jorge. Nunca habíamos estado tanto tiempo sin hablarnos. «¿Me estará echando de menos él también en el futuro?». Al recordar que no había sido capaz de enviarme ni un solo Whatsapp en las últimas veinticuatro horas me puse de mal humor. Y sí, había sido yo la que lanzó el órdago de dejarlo, pero la culpa era claramente suya por haber sido tan insensible conmigo.

Me levanté del banco, enfadada, y fui hacia casa. Quizá no era tan malo haber vuelto al pasado. Recordaba los dieciséis como una época feliz de mi vida, en la que no tenía grandes preocupaciones. Entre semana iba a clase y los fines de semana salíamos por ahí de botellón y a bailar en algún *pub*. Pasaba todos los días con mis mejores amigas, porque íbamos las tres al mismo instituto: Vega y yo a la misma clase de letras mixtas y Sofía, a la clase de al lado, con los de ciencias puras. «¿Habrán viajado mis amigas también al pasado?». Di por sentado que Vega sí, porque llevaba más de diez años repitiendo lo mucho que le encantaría cambiar las cosas y no haber salido nunca con Rubén. Pero no estaba tan segura de que Sofía lo hubiera hecho. Todo en su vida era estupendo: dudaba que pudiese irle aún mejor. De todas maneras, tenía que hablar con ellas y enterarme cuanto antes.

Mi madre todavía no había llegado, así que era la ocasión ideal para llamar a Vega, pero no recordaba su teléfono: desde que existían los móviles no solo había dejado de memorizar los números nuevos, sino que también había olvidado los antiguos. «Debo tenerlo apuntado en la agenda». Revolví los cajones de mi habitación hasta que la encontré. Era bastante infantil, de color rosa y con dibujos de *Rainbow Brite* en la portada, pero ahí estaban los teléfonos de casi todas las personas con las que había ido a clase desde primero de EGB. Busqué en la V, descolgué el auricular y marqué los números en las teclas del teléfono fijo. Sonaron doce tonos que conté, nerviosa, esperando escuchar su voz al otro lado, pero nadie contestó. Había dado por hecho que mi amiga estaría en su casa, igual de descolocada que yo. Me resultaba extraño que no lo cogiera y aún más que todavía no me hubiera llamado. No me cabía en la cabeza que estuviese en el instituto como si nada.

«¿Y si yo soy la única?». En ese caso, debería de tener mucho cuidado con lo que le decía para que no creyese que estaba loca. Quizá lo mejor era esperar a que me llamase ella: si no comentaba nada, tal vez la de 1996 era su yo adolescente, porque si mi amiga había viajado en el tiempo, estaba segura de que me lo diría de alguna manera. Vega era incapaz de callarse las cosas.

Después de comer, me senté a ver un rato la tele. Hice un poco de *zapping*, aunque no había demasiadas opciones: noticias, la peli de Antena 3, el concurso *Cifras y letras*… Me decanté por los cotilleos del *Qué me dices* mientras esperaba la llamada de Vega. Al principio me pareció divertido: había famosillos que ya tenía olvidados y muchas de las parejas de entonces hoy resultarían increíbles; pero una hora más tarde, el teléfono aún no había sonado y yo me subía por las paredes. Avisé a mi madre de que iba a dar una vuelta.

—¡Abrígate bien, no cojas frío! —me gritó antes de que cerrase la puerta al salir.

Encendí un cigarrillo y bajé las escaleras. Ya en la calle, dudé si acercarme a casa de Vega, o incluso a la de Sofía. Necesitaba compartir aquello con mis amigas y buscar una solución lo antes posible, pero si, al final, resultaba que yo era la única viajera, no tenía muy claro qué decir ni qué hacer. «Ojalá estuviera aquí Jorge —deseé—, él mantendría la calma y sacaría partido de esta situación». Y, de repente, me di cuenta de que sabía exactamente con quién quería pasar esa

tarde de 1996.

—¿Quién es?

—Soy yo, Blanca.

Cuando sonó el ruido del interfono, empujé la puerta metálica y subí corriendo las escaleras hasta el primer piso. En la puerta de su casa, me esperaba mi abuela.

—Anda, hija, ¡qué sorpresa verte por aquí! Pasa al cuartito, que está la estufa…

Sonreí y la acompañé a la salita de estar, donde tenía puesta de fondo la televisión. Esa mañana había hablado con los padres de mi madre, así que por la tarde decidí visitar a los de mi padre primero. Me senté en el sofá a charlar con ella, esperando que se levantara mi abuelo, que solía dormir una buena siesta al mediodía porque, como trabajaba vendiendo pescado en el mercado central, madrugaba mucho para ir a la lonja. No tardó demasiado en aparecer, seguramente le había despertado el ruido del timbre.

—Mira quién ha venido a vernos —le dijo mi abuela.

Mi abuelo sonrió y yo me levanté a darle un beso, intentando no llorar. A mi abuela la había tenido hasta hacía un par de años, pero habían pasado más de veinte desde la última vez que lo había visto a él. El día que falleció, pasé por la puerta de su casa unas horas antes, de camino al lugar donde había quedado con una amiga. Como iba con prisa, decidí dejar la visita para otro día, pero ya no hubo más oportunidades y nunca me lo perdoné. Darle un beso y un abrazo era un regalo para mí. Estuvimos hablando durante más de una hora y, al despedirme, insistí en dejarles claro lo mucho que los quería.

Lo mismo pasó con mis otros abuelos. Pese a que había disfrutado de ellos hasta bien entrados los treinta, no había día en que no los echara de menos. Compartimos un bíter, que era la bebida favorita de mi abuela, y charlamos durante un buen rato. Les pedí que me contaran historias de su juventud, que nunca me cansaba de oír. También algunas recetas y trucos de cocina, porque por más que lo intentaba, las croquetas no me quedaban igual. Fue una tarde maravillosa.

Cuando volví a casa, pregunté si me había llamado alguien.

—Sí, un chico —dijo mi padre.

—¿Un chico? —repetí sorprendida—. ¿Quién?

—No sé, le he dicho que habías salido y me ha contestado que ya te vería mañana. Será alguien de tu instituto.

—¿Y no me ha llamado Vega?

Mi padre negó con la cabeza sin dejar de mirar la tele.

Confundida, fui a mi habitación para quitarme la ropa de la calle y ponerme otra más cómoda. Me resultaba muy raro que mi amiga se hubiera despertado en 1996 y no me hubiera llamado en todo el día, así que, definitivamente, parecía que yo era la única viajera del tiempo. Aunque lo mismo era todo un sueño o algún tipo de regresión espiritual… Conforme avanzaba el día, cada vez entendía menos. Lo único que tenía claro era que, si un pensamiento había provocado mi viaje al pasado, era lógico que otro me hiciera regresar, así que, esa noche, antes de dormir, me concentraría en un momento determinado del futuro, como había hecho la noche anterior, y al día siguiente me volvería a despertar en 2019.

—¡A cenar! —gritó mi madre desde el salón.

Mientras me ponía las zapatillas, decidí que lo mejor sería volver justo un día antes de romper con Jorge. Aún no habría pasado nada y seguiríamos juntos. Empezaba a pensar que

dejarlo de aquella manera había sido una de las peores decisiones de mi vida.

CAPÍTULO 3
AL INSTITUTO

Jueves, 25 de abril de 1996

Esa mañana me desperté descansada y feliz. Con los ojos aún cerrados, me arropé con el edredón, reviviendo el sueño que había tenido. No pude evitar sonreír al acordarme de mis abuelos. Estiré la pierna, buscando el cuerpo caliente de Jorge en la cama, pero solo noté el frío de la pared. Suspiré al recordar lo que había ocurrido entre nosotros en el par de días anteriores, aunque me animé pensando en que quizá me había mandado un WhatsApp. Palpé la mesita de noche con la mano, pero como no encontraba el móvil, decidí abrir los ojos. Y ahí estaba. No mi móvil, porque aún faltaban unos cuantos años para que tuviera uno. Ahí estaba yo, en 1996. No había sido un sueño. Y no tenía pinta de que fuese a cambiar pronto.

—¡Blanca! ¡Son las siete y cuarto! —me gritó mi madre desde la puerta para que me levantara.

Parecía que mi táctica de concentrarme en un momento determinado para regresar al futuro no había funcionado. Y eso que lo había intentado con fuerza antes de dormir. Elegí la cena del día anterior a nuestra pelea: como no teníamos ganas de cocinar, pedimos que nos trajesen un *poke* de salmón y nos lo comimos viendo una serie de Netflix. Había sido muy minuciosa con los detalles, tratando de recordar desde el sabor salado del aderezo hasta el sonido de la risa de Jorge al ver algunas escenas. Y cuando estaba sumergida en ese recuerdo, pronuncié la frase mágica: «Ojalá no hubiera cortado con Jorge». Pero no había sido suficiente. O quizá el universo trataba de decirme que no volviera con él. Fuera lo que fuese, seguía atrapada en los noventa, y ese día ya no tenía ninguna excusa que inventarme, así que, al final, tendría que ir al instituto… ¡a mi edad!

Me dio la risa solo de pensarlo, pero, a la vez, empezó a apetecerme muchísimo. Por lo que podía recordar, mis grandes preocupaciones se limitaban a elegir si ponerme falda o pantalón para salir los sábados y cómo aprobar todas las asignaturas para que mis padres me dejaran ir al viaje de fin de curso. No había cortado con Jorge porque ni siquiera lo conocía, y no tenía que buscar otro empleo porque aún no tenía edad para trabajar. ¡No tenía problemas porque todavía no había sucedido nada de eso! Inmediatamente, me sentí mucho mejor.

—Vaya, qué contenta te levantas hoy —dijo mi madre cuando me la crucé por el pasillo al volver del baño—. Date prisa, salimos en diez minutos.

Abrí el armario para elegir qué ropa ponerme. Me habría gustado probarme un par de

opciones, pero no tenía mucho tiempo, así que decidí ir a lo seguro, pero dándole un toque diferente: unos vaqueros, un *body* negro con escote redondo y mis queridas Dr. Martens. Me puse también unos aritos de plata, de los que comprábamos en los puestos de los *hippies* del paseo. Me recogí el pelo en una coleta alta y agarré mi cazadora de pana negra con forro de borreguito. Al mirarme en el espejo, me volvió a dar la risa. Tenía la impresión de que iba a una fiesta de disfraces. Pero no, no había ninguna fiesta. Volvía al instituto.

Mi madre detuvo el coche en el aparcamiento y se inclinó hacia mí mientras yo abría la puerta.

—Voy a hacer menestra de verduras para comer, ¿te parece bien?

—Claro, mamá, me encanta. —Le di un beso y salí—. ¡Que tengas un buen día! —Cerré la puerta.

Mi madre puso cara de sorpresa durante unos segundos. Luego sonrió y me dijo adiós con la mano antes de volver a arrancar. «Tengo que acordarme de ser un poco más borde, para que no me descubran. —Su coche se alejó por la cuesta. Pero entonces me di cuenta de que aquello era imposible y me reí—. ¿Cómo van a descubrirme? No creo que nadie pueda imaginar lo que me está pasando».

—Hola, preciosa —alguien me agarró de la cintura y me sacó de mis pensamientos. Al girar la cabeza, un chico alto me plantó un beso en los labios—. No viniste ayer, ¿qué te pasó?

Tardé unos segundos en darme cuenta de que había sido Martín, mi antiguo novio del instituto, el que acababa de besarme. La última vez que me lo había encontrado había sido comprando regalos de Navidad, un par de años atrás… ¿o debería de decir dentro de veinte? Entonces parecía más cansado, como si la vida le hubiera pasado por encima, pero sus ojos azules brillaban del mismo modo.

Estiré la mano para acariciar su melenita corta de color castaño claro, que llevaba peinada con raya en medio, muy al estilo de los noventa, y sonreí, fascinada al verlo tan joven.

—No me encontraba bien ayer —contesté—, pero ya estoy mucho mejor.

Entramos al instituto, una construcción bastante moderna para la época: las aulas estaban repartidas a lo largo de dos pisos, y las de la planta inferior tenían una puerta adicional que daba al patio. Mientras lo cruzábamos andando, Martín me pasó su cigarrillo y le di un par de caladas antes de devolvérselo. Me parecía surrealista que pudiésemos fumar dentro del recinto sin que nadie nos dijera nada.

Al llegar a la puerta de nuestra clase, Vega ya estaba allí, compartiendo un cigarro con Raquel.

—Tía, ¿qué te pasó ayer? —me preguntó—. Nos pusieron un examen sorpresa de latín. Supongo que te lo repetirán…

La miré, desconcertada. Resultaba muy difícil reconocer a mi amiga en la adolescente que tenía frente a mí. De las tres, ella era la que más había cambiado físicamente. Estaba tan acostumbrada a verla con su pelo corto rubio platino que esa larga melena color castaño me chirriaba bastante. Y lo mismo me ocurría con la ausencia total de maquillaje: la Vega del futuro era incapaz de salir a la calle si no se había pintado, por lo menos, los labios.

Busqué, de arriba abajo, alguna pista que me indicase si ella también había viajado en el tiempo. Fiel a su estilo de los noventa, vestía unos vaqueros azul claro y una camiseta ancha de manga corta verde sobre una camiseta ajustada de manga larga marrón. Encima, su *bomber* de color granate y, por supuesto, las Dr. Martens que usábamos con todo. Recordé que solía llamarla United Colors of Vegetton, en referencia a la marca de ropa que era famosa por sus anuncios tan coloridos. En fin, no sabía muy bien qué esperaba encontrar, pero no había ni rastro

de la Vega del futuro.

—¿Hay alguien en casa, McFly? —Vega chasqueó sus dedos delante de mis ojos y yo regresé de mis pensamientos—. Tía, te has quedado en la parra.

—¿McFly? —repetí mientras la miraba fijamente.

La frase que acababa de usar era de *Regreso al futuro*. ¿Intentaba decirme algo? No podía preguntarle delante de los demás, así que entorné los ojos, esperando por si añadía alguna otra señal. Vega me miró y entornó los suyos. Sonó el timbre que marcaba el inicio de las clases.

Martín me pasó su cigarrillo.

—Mátalo.

Durante las dos horas siguientes, pensé en cómo preguntarle a Vega si había viajado en el tiempo sin parecer una loca. Al final, me decidí a escribirle una nota en la que ponía «¿Tú también?».

Se la pasé al compañero de atrás para que se la hiciera llegar y observé a mi amiga. Confusa, levantó los hombros, vocalizando «¿Yo también, qué?». Sostuve su mirada durante unos segundos y después sacudí la cabeza para indicarle que daba igual. En ese momento, la profesora de Filosofía detuvo su explicación.

—Señorita Suárez, parece que no necesita que siga aclarando este concepto, así que puede usted continuar leyendo en voz alta por donde lo dejamos el martes.

«¿Por dónde lo dejamos el martes?». Tragué saliva, intentando adivinar qué leíamos hacía veintitrés años. Por suerte, Martín, que se sentaba a mi lado, me lo señaló con disimulo en su libro. Comencé a leer y ella torció el gesto.

—Está bien, Suárez. Pero procure estar más atenta.

Decidí prestar atención a la clase. Ya encontraría la forma de hablar con Vega más tarde.

No hubo manera de estar a solas con mi amiga en ninguno de los dos recreos, así que, al terminar las clases, me levanté y corrí a su mesa. Ella recogió rápidamente sus libros y salió disparada hacia la puerta.

—¡Blanqui, hablamos luego, que tengo prisa! —me gritó sin detenerse.

Rubén la esperaba en el pasillo. ¿Habían empezado ya a salir? Se me encogió el corazón al recordar lo mal que lo había pasado mi amiga durante muchos años. Tenía que avisarla de alguna manera para que no cometiese los mismos errores.

—Toma, cariño, he guardado tus cosas. —Martín me dio mi mochila. Eché un vistazo a mi pupitre, que estaba vacío.

Sonreí. «Este chico es un cielo. ¿Por qué lo dejamos?». Intentaba hacer memoria cuando me tendió la mano.

—¿Nos vamos, preciosa? Me muero de hambre.

Al llegar al aparcamiento, por inercia, anduve hacia la avenida principal. Martín se detuvo en seco y tiró de mí.

—Blanca, ¿a dónde vas?

—A mi casa. —Me giré hacia él, extrañada.

—¿No quieres que te lleve? —Señaló con la cabeza la fila de motos.

«¡La moto! ¿Cómo se me puede haber olvidado?». Martín tenía una Rieju con la que íbamos a todas partes. Era su tesoro. A mi madre no le gustaba que subiese en ella, por eso, cuando Martín me llevaba a casa, me dejaba justo en la esquina antes de entrar a mi calle por si ella

estaba asomada a la ventana. A mí me parecía una idea buenísima para que no nos pillase, aunque, años después, me enteré de que mi madre siempre lo supo, porque a los pocos segundos de verme girar la esquina, yo saludaba a una moto que pasaba por mi lado. Me reí un poco al recordarlo y asentí mirando a Martín. Él me sonrió y me pasó mi casco.

A pesar de cargar con la mochila, subirme fue menos complicado de lo que pensaba; enseguida encontré la postura correcta, bien erguida y con las manos sobre los muslos. Martín salió del *parking* acelerando a fondo, lo que hizo que perdiese el equilibrio y mi cuerpo se inclinase un poco hacia atrás. Me agarré a su cintura con fuerza para no caerme.

—¡Así está mejor! —gritó, riéndose dentro de su casco.

Me pase todo el viaje aferrada a él, disfrutando de esa sensación de libertad al notar el viento en la cara. Cuando parábamos en los semáforos, él me acariciaba el brazo y comprobaba que me hubiera agarrado bien antes de volver a salir a toda prisa. A veces se me escapaba un pequeño grito y me apretaba contra su espalda, por lo que podía sentir la vibración de su cuerpo cuando se reía.

Paró en la esquina, bajé de la moto y me quité el casco. Martín se quitó el suyo y me sonrió. Entendí que estaba esperando a que lo besara para despedirme, así que me acerqué a darle un morreo, como recordaba que solíamos hacer. Entre que hacía más de diez años que no besaba a otro, y lo jovencito que estaba Martín, me resultó un poco raro. Tenía la impresión de que hacía algo prohibido. Pero enseguida recordé que en esa época yo también tenía dieciséis y que aún no conocía a Jorge, así que di rienda suelta a mis instintos y le di a Martín lo que yo consideraba un inocente morreo de adolescentes, aunque quizá resultó algo más lento y sensual de lo que estaba acostumbrado.

—Joder, Blanca. —Se llevó la mano con disimulo a la entrepierna cuando me retiré.

Le guiñé un ojo, sonriendo. Estaba a punto de irme, pero noté cómo me agarraba de las caderas y me atraía de nuevo hacia él. Me volvió a besar con todas las ganas del mundo, metiendo su mano en el bolsillo trasero de mi vaquero y apretándome contra su cuerpo. Y yo me dejé besar, como si no me hubieran besado nunca, mientras acariciaba su pelo, despacio, con las yemas de mis dedos. Nos enrollamos durante mucho rato, sin prisa. Todo lo demás podía esperar.

Unos diez minutos más tarde, entré a pie en mi calle, sin parar de sonreír. Martín pasó por mi lado con la moto y le guiñé un ojo; el corazón me latía deprisa. Después de tantos meses, por fin me sentía feliz.

Al acabar de comer me puse a echar un ojo a los deberes de Matemáticas que había que entregar al día siguiente. Según estaba leyendo los ejercicios, empecé a sudar frío.

—Pero ¿qué es esto? —dije en voz alta, desconcertada.

Pasé las páginas del libro hacia delante y hacia atrás, tratando de recordar algo de todo lo que había estudiado durante ese año. Supuestamente sabía hacerlo porque aprobé los exámenes en su momento, pero todo me sonaba a chino. «Relájate, Blanca —intenté tranquilizarme—, no entres en pánico. Esto es para chavales de dieciséis y tú ya estás muy por encima de esa edad». Respiré y leí en voz alta:

—«Hallar el área comprendida entre la recta $y=2x+1$, el eje de abscisas y las ordenadas correspondientes a $x=0$ y $x=2$».

¡Joder, joder, joder! Necesitaba hablar con Vega para preguntarle si lo entendía y me lo podía explicar. O pedirle que me dejase copiar, directamente. Llamé por teléfono a su casa, pero me lo cogió su madre.

—Hola, Blanca. Vega se ha quedado a comer con Sofía en el instituto para estudiar no sé qué y luego iban a un partido de fútbol. ¿No estás con ellas?

«Perfecto. Ahora, además, mis amigas me evitan». Le puse una excusa a la madre de Vega y llamé a Martín, quien se ofreció enseguida a explicarme los ejercicios.

—¿Te pasas por mi casa ahora? Tengo partido a las seis, pero yo creo que nos da tiempo.

Eran las cuatro menos diez y vivía bastante cerca. Si los ejercicios no eran demasiado complicados, nos daba tiempo.

—Sí, ya salgo. Llego en diez minutos.

—Hasta ahora, preciosa.

Con una sonrisa, Martín me abrió la puerta y me hizo un gesto para que pasara a su habitación. Dejé la mochila en el suelo al entrar y me quité la chaqueta, echando un vistazo alrededor. Ya había estado allí antes, pero hacía tanto tiempo que casi no me acordaba de cómo era.

—¿Quieres un café? —me preguntó—. Estaba a punto de hacerme uno.

—Sí, por favor. Con leche…

—Con leche y dos de azúcar, lo sé.

Le devolví la sonrisa. Paseé la mirada por la habitación. Tenía algunos pósteres en las paredes: el de *Pulp Fiction*, que consiguió que le regalaran en el videoclub después de mucho pedirlo; uno con la alineación completa del Real Madrid, y otro de Cindy Crawford en una pose *sexy* en blanco y negro. La estantería de la pared estaba llena de cintas de casete en las que grabábamos de la radio y escribíamos «Varios» y la fecha. Me acerqué a la librería. Allí, algunos CD originales, más cintas grabadas de U2, Oasis, R.E.M., Garbage, No Doubt… Cogí una de las fotos, donde aparecíamos los dos haciéndonos un selfi o, como se decía en los noventa, una autofoto. Nos reíamos, algo desenfocados por estar tan cerca del objetivo y con la cara blanca del fogonazo del *flash*. No recordaba muy bien cuándo había sido, pero parecía que lo estábamos pasando bien. La dejé en su sitio y miré las otras fotos: eran del equipo de fútbol a través de los años. Me reí de las caras de críos que tenían todos en las más antiguas. Ojeaba sus libros cuando entró con los cafés.

—Pensaba que ya estarías con Mates —dijo extrañado.

—¿Te gusta leer? No lo sabía. —Saqué de la estantería un libro de Noah Gordon.

Aunque había estado varias veces en su cuarto, no recordaba haberme fijado en sus libros.

—Me encanta leer. —Dejó las tazas en la mesa de su escritorio y se acercó a mí por detrás—. ¿Y a ti? Ese es muy bueno, por cierto.

Asentí mirando el libro que tenía en la mano: *El médico*.

—Sí, lo he leído. Me encantó —le contesté.

—Entonces, llévate este. —Cogió *Chamán* de la librería y me lo puso en la mano, dándome después un beso en el cuello—. Te gustará también, es la segunda parte.

Le sonreí y dejé el otro libro en su sitio. Al parecer, Martín y yo teníamos en común muchas más cosas de las que recordaba.

—Bueno, ¿te explico lo de Mates? —preguntó mientras iba hacia su escritorio—, es más fácil de lo que parece, lo vas a pillar enseguida.

Asentí, metí el libro en mi mochila y saqué el cuaderno de ejercicios.

La verdad, fue bastante sencillo de entender, así que terminamos antes de lo previsto. Cuando estaba guardando mi cuaderno, Martín me preguntó, dubitativo:

—¿Quieres venir al partido?

—Claro, ¿por qué no? —respondí cerrando la mochila.

—¡Genial! Me encanta que vengas a verme jugar. —Sonrió feliz—. ¡Qué lástima que casi nunca te apetezca!

Me reí. La verdad es que nunca me había gustado mucho el fútbol, pero ¿tan poco como para ni siquiera ir a sus partidos? «Ya te vale, Blanca —me recriminé—, ¡con lo bien que te trata el chaval!».

—No pensaba que te importase que fuera a verte —le dije, y él me miró sorprendido—. Vale, a partir de ahora, iré más veces —le prometí antes de darle un beso.

Nos despedimos de su familia y volvimos al instituto en moto. Como Martín vivía cerca, no tardamos mucho. Cuando llegamos al *parking*, vi a Vega y a Sofía hablando con Rubén.

—¡Anda que avisáis! —les grité.

Vega se volvió hacia mí, sobresaltada.

—¡Blanca! No te hemos dicho nada porque como no te gusta el fútbol… —se excusó, y miró al suelo.

Le clavé la mirada. Mentía. Conocía a mi amiga y sabía que me ocultaba algo. Ella levantó la vista y se sonrojó de golpe. Sí, la había pillado.

—Pues eso, que os espero el sábado. Blanca, a vosotros también —dijo Sofía.

Martín asintió y levantó el pulgar. Sofía se despidió de todos nosotros con un gesto de la mano y se marchó prácticamente corriendo. Me di cuenta de que había estado tan pendiente de Vega que casi no me había fijado en ella, aunque tampoco había notado nada en su aspecto que me llamase demasiado la atención. Quitando que en los noventa su melena pelirroja y rizada era mucho más larga, Sofía no había cambiado mucho en los últimos veinte años. Su armario seguía repleto de vaqueros oscuros, camisas claras y jerséis azul marino, aunque en el futuro sus Dr. Martens habían sido sustituidas por zapatos de tacón.

Echamos a andar hacia el campo de fútbol. Al llegar a la zona de vestuarios, los chicos se despidieron y nosotras fuimos a sentarnos en las gradas.

—¿Qué habéis hecho? —le pregunté, intentando no sonar dolida.

Vega se encogió de hombros.

—Bueno, ayer, en el recreo, hablamos de lo mal que se nos da el inglés a Rubén y a mí. Hay examen el lunes y, a este paso, lo suspendemos seguro. Y Sofia se ofreció a explicárnoslo; ya sabes, como es bilingüe…

Asentí. La madre de Sofía era irlandesa y con ella solo hablaba en ese idioma, así que para nuestra amiga lo que dábamos en esa asignatura era facilísimo. Siempre estaba dispuesta a ayudarnos cuando no entendíamos algo.

—… y aprovechando que Rubén tenía partido hoy, pues decidimos quedar a comer y luego venir al fútbol.

—Pero Sofía no se ha quedado.

—Ya, no sé. —Vega movió la cabeza y levantó los hombros—. Después de comer ha dicho que no podía, pero no ha explicado más.

«Pues sí que están misteriosas mis amigas». En ese momento, salió Nacho López del vestuario y se llevó toda mi atención. Se puso a calentar en el campo, miró hacia donde estábamos sentadas y nos guiñó un ojo.

—Qué bueno está este tío —le dije a Vega, cambiando de tema.

—Sí, la verdad es que está buenísimo. Lástima que sea tan gilipollas.

Vega se echó hacia atrás, apoyó la espalda contra la grada y estiró las piernas. Sacó un paquete de tabaco del bolsillo y me ofreció. Me encendí un cigarrillo, le di fuego a Vega y,

exhalando el humo, me recosté en la grada junto a ella. Saludé a Martín, que me sonreía desde el campo.

—¿Y qué pasa con Rubén? —le pregunté a Vega.

—¿Qué pasa con Rubén? —repitió sin mirarme—. Somos amigos, ya lo sabes.

—¿Solo amigos? —insistí. Necesitaba saber en qué punto estaban para decidir cómo actuar. No quería que volviese a sufrir por él.

—Luego hablamos, Blanqui, que va a empezar.

Me habría gustado seguir charlando con ella para conseguir más información. Sabía que me escondía algo, pero no tenía ninguna pista de que también hubiera viajado en el tiempo. Observé a mi amiga: enfrascada en lo que sucedía en el campo, vivía cada minuto del partido como si ella estuviera jugando también. Cada vez que Rubén metía un gol, se levantaba a aplaudir. Se le caía la baba, y eso me ponía bastante nerviosa porque, sin conocer todos los detalles de lo que ocurría, no sabía qué hacer ni qué decirle.

Fue un partido bastante animado. Ganaron 5-2 a los del otro equipo, sus eternos rivales, contra los que llevaban perdiendo desde hacía más de un año. Para celebrarlo, el entrenador los invitó a unas cervezas en el bar del instituto y nosotras nos unimos a la fiesta. Martín estaba feliz, encantado de haber podido lucirse metiendo uno de los goles justo el día que había ido a verlo.

—Tienes que venir más veces, que me das suerte —me susurró al oído mientras me abrazaba por la espalda, sentado en uno de los taburetes altos.

Me reí, de pie entre sus piernas, y me recosté sobre él. Me besó en el cuello antes de dar otro trago al botellín y se giró hacia el entrenador, que le acababa de preguntar por una de sus jugadas. Yo eché un vistazo: desde mi posición, los distinguía a casi todos, así que me fijé en ellos uno a uno, de izquierda a derecha, recordando la última vez que los había visto en el futuro y el aspecto que tendrían dentro de unos años. Era un juego bastante divertido, lástima que no tuviese con quien compartirlo.

—¿De qué te ríes tanto, rubita?

La voz de Nacho López me hizo volver al presente. Estaba muy cerca de mí y me miraba con una sonrisa burlona. Me encogí de hombros y sacudí la cabeza, dándole a entender que no me reía de nada importante.

—No esperaba encontrarte por aquí —continuó—. Tú no sueles venir a los partidos.

Se acercó más, invadiendo mi espacio personal, y me hizo sentir incómoda. Retrocedí un poco. Al notar el contacto de mi espalda, Martín me apretó contra él de forma distraída, en un gesto cariñoso, mientras seguía hablando con el entrenador.

Di un trago a mi cerveza.

—Bueno —le contesté a Nacho—, hoy lo he pasado muy bien, quizá venga más veces.

Nacho se rio y terminó su cerveza de un trago, dando unas palmaditas suaves en mi muslo. Después dejó el botellín en la barra, cogió la mochila y fue hacia la puerta.

—Bueno, tíos, yo me piro, que aquí ya se ha acabado la cerveza. —Se giró hacia nosotros—. Hasta luego, señores. Y señoritas…

Me observó unos segundos, se dio la vuelta y se marchó. Bajé la mirada hacia mi muslo, que Nacho había acariciado un momento antes. «¿Qué había sido eso?». Mi corazón iba a mil por hora. Inspiré y di otro trago, girándome hacia Martín e intentando integrarme en la conversación.

Unos diez minutos más tarde, el dueño de la cantina se puso a recoger las mesas y los chicos se despidieron.

—Parece que ya nos vamos todos. ¿Te llevo a casa, preciosa?

Asentí, le di el último trago a mi cerveza y me incorporé para que Martín pudiera levantarse

del taburete. Cogimos las mochilas y los cascos y salimos del bar, cantando «Campeones» con todo el grupo hasta el aparcamiento. El resto del camino a casa lo pasé intrigada, intentando averiguar por qué Nacho me trataba con tanta familiaridad.

CAPÍTULO 4
MARTÍN

Viernes, 26 de abril de 1996

Cuando el viernes sonó el despertador, apreté los ojos y deseé, con todas mis fuerzas, no haber regresado al futuro todavía. Quería quedarme un poco más en esa época tan maravillosa donde podía visitar a mis abuelos, tenía un novio guapo con moto y no había roto con Jorge. Para ser exactos, no había roto con Jorge porque aún no nos habíamos conocido. Viajar en el tiempo estaba siendo la mejor terapia para superar nuestra ruptura.

Crucé los dedos y conté hasta tres antes de abrir los ojos. Tumbada boca arriba, solo distinguía el techo de mi habitación. «Perfecto, si ahora me giro y encuentro el póster de Brad Pitt, es que sigo en 1996». Muy despacio, moví la cabeza hacia mi lado izquierdo… y ahí estaba él, con sus ojos intensos y ese pelo rubio y largo de *Leyendas de pasión*. Me reí feliz, besé los labios sensuales del póster y me levanté. Fui dando saltitos de alegría hacia mi armario mientras pensaba en qué ponerme para ir a clase.

Llegué al instituto unos diez minutos antes de que sonara el timbre de entrada, pero Vega ya estaba allí, sentada en un banco. Desde lejos vi cómo tonteaba con Rubén, quien le hacía señas desde el otro lado del patio. Inspiré. Sabía que tenía que advertirle sobre él, pero ¿cómo? Cualquier cosa que le dijera carecería de fundamento y, desde luego, no podía contarle la verdad.

—Buenos días.

Dejé la mochila en el asiento y me subí al respaldo para sentarme a su lado. Ella me pasó el cigarro que fumaba.

—Tía, creo que me gusta Rubén —dijo sin dejar de mirarlo—, y creo que yo también le gusto a él. —Se giró hacia mí, seria—. ¿Tú qué opinas?

Me atraganté con el humo del cigarrillo y me puse a toser. Intenté aprovechar ese momento para buscar la respuesta correcta. ¿Y cuál era la respuesta correcta?

Sentía la obligación de avisar a Vega de lo que sufriría por ese tío, pero también habían vivido muchas cosas buenas y ella siempre contaba que los primeros años juntos fueron maravillosos. No quería dejar a mi amiga sin esos recuerdos. Aunque, por otro lado, la noche de la tormenta fue muy clara: si volviera a los dieciséis, nunca nunca saldría con Rubén. Y recalcó mucho el «nunca». ¿Qué debía contestarle?

—No sé, es mono —murmuré mientras recuperaba el aliento y buscaba a Martín, que, al

parecer, justo ese día, llegaba tarde.

—¿Mono? ¡Está muy bueno! —Vega se mordió el labio—. Joder, Blanca, es que me gusta mucho.

Por el tono en el que lo dijo, tuve la impresión de que me pedía permiso para salir con él, como si supiera que estaba a punto de hacer algo peligroso y necesitara que alguien le parase los pies… o la animara a hacerlo.

—En serio, ¿qué quieres preguntarme, Vega? —Decidí tomar las riendas de la conversación —. ¿Qué crees que pasará si sales con Rubén?

Ella estudió mi cara y dudó. Miró al frente e hizo crujir sus nudillos.

—Necesito... comprobarlo. Saber que… —titubeó Vega.

—Buenos días, chicas —nos interrumpió Martín, que dejó caer la mochila en el banco y se acercó para darme un beso largo.

—Por Dios, ¡iros a un hotel! —bromeó mi amiga, aliviada.

Sonó el timbre y Vega puso cara de no querer entrar a clase. Propuse que nos fugásemos.

—¿Fugarnos tía? No sé —vaciló.

—Yo me apunto. —Martín agarró de nuevo su mochila.

—Venga, tía, ¿no has visto qué buen día hace? —la tenté.

Para ser abril, hacía un día estupendo. Estábamos casi a veinte grados y se esperaba mucho más calor durante la mañana. Mi padre se había encargado de darme el parte meteorológico al ver que iba a salir de casa con un jersey bastante grueso. Por suerte, le había hecho caso y me había cambiado de ropa.

—Vega, decídete pronto que nos van a pillar.

—No, id vosotros, que me da palo —dijo finalmente.

—Vale, luego nos vemos.

Cogí la mochila y fui con Martín hacia la puerta de entrada. Éramos los únicos que andábamos en dirección contraria, esquivando al resto de los alumnos, que corrían a clase. Me sentía una rebelde.

—Espero que podamos llegar a la moto sin cruzarnos con ningún profesor —dijo Martín.

Apreté el paso, nerviosa, bajando la cabeza y tapándome la cara con el pelo para camuflarme. Él se rio y echó a correr. Lo seguí lo más rápido que pude. Tuvimos suerte y llegamos a la moto sin que nos llamaran la atención. Nos pusimos los cascos y salimos a toda prisa del *parking* del instituto.

—¡¿Dónde vamos?! —Me gritó Martín desde dentro de su casco.

—¡Llévame a desayunar! —le contesté a gritos desde dentro del mío.

Martín asintió y aceleró. Yo me agarré a él y cerré los ojos, libre y feliz.

Unos quince minutos más tarde, paramos en un pequeño centro comercial muy cerca de la playa de San Juan.

—¿Te gustan las palmeras de chocolate? —preguntó Martín mientras aparcaba la moto.

—¿Y a quién no le gustan las palmeras de chocolate? —me reí.

Entramos en la cafetería y pedimos dos, y un par de cafés. Nos sentamos en una de las mesas del fondo, que no se veía desde la entrada. Había poca gente y no queríamos llamar mucho la atención.

—¿Sabes que aquí al lado viven mis tíos? —comenté.

Martín abrió mucho los ojos, asustado.

—¡No me digas! Si precisamente te he traído aquí porque está bastante retirado de tu casa y

de la mía. ¿Quieres que vayamos a otro sitio?

—No, estarán trabajando, no creo que haya peligro. —Me incliné hacia él y bajé un poco el tono de voz, como si fuera a contarle un secreto—. Además, correr el riesgo de que te pillen es parte de la emoción de fugarse, ¿no crees?

Se echó hacia atrás en la silla y me miró divertido.

—Me sorprende, señorita Suárez. Pensaba que era una niña buena.

—No siempre, señor Giner. Se asombraría de lo que soy capaz.

Intenté poner cara de interesante, pero la camarera trajo el desayuno y las palmeras captaron mi atención. Cogí una, le di un buen bocado y cerré los ojos mientras saboreaba el chocolate.

—Mmm…, esto está buenísimo.

—Estaba seguro de que te gustaría —Martín se acercó un poco más y, mientras me colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja, dijo en voz baja—. Y sabes que a mí me encanta hacerte disfrutar.

Lo miré. «¿Seguimos hablando de las palmeras?». No supe muy bien qué contestar, así que le acerqué el plato y él cogió la suya, observándome mientras le daba el primer mordisco.

—Cuéntame cosas sobre ti —le pedí para cambiar de tema. Tenía la impresión de que era un chico muy interesante al que apenas conocía.

—¿En serio? Pero si ya lo sabes todo… —respondió desconcertado.

—No es cierto. —Negué con la cabeza—. Cuéntame algo que no le hayas contado a nadie. Un secreto, un vicio oculto…

Sonreí y mordí un buen trozo. Él me miró, dubitativo. Al final, se decidió.

—Quiero ser escritor —dijo con timidez, atento a mi reacción.

Levanté las cejas, admirada. Nunca lo hubiera imaginado.

—¡Hala! ¿Y sobre qué escribes? —pregunté con interés.

—Relatos de ciencia ficción —contestó.

—¡Me encantan! Sobre todo los de viajes en el tiempo. —Me reí de mi propia ocurrencia—. Pero también Orwell, Huxley, Asimov…

Martín me escuchaba gratamente sorprendido.

—Vaya, así que tengo una novia preciosa que ha leído *1984*. ¿Se puede pedir más?

—Puedes pedir que también me gusten tus relatos. ¿Cuándo me los dejarás?

Cogió uno de los sobres de azúcar, rasgó una esquina y vació el contenido dentro de su taza.

—Creo que aún no estoy preparado. —Removió el café con la cucharilla.

—¿Por qué? Si soy yo…

—Pues por eso, Blanca. Me importa mucho lo que tú opines. Y ahora todavía más, sabiendo a qué tipo de autores lees —bromeó.

—Te prometo que te daré mi opinión más sincera, pero con cariño. —Nos reímos y me acerqué a darle un beso—. Me encantaría leerlos, pero solo si tú quieres.

Martín asintió con una sonrisa. Después, me dio unas palmaditas en el muslo y cambió de tema.

—Y tú, ¿de qué quieres trabajar?

—Me gustaría ser actriz…

—¡Guau! Lo serás, estoy seguro —dijo convencido. A mí se me escapó una carcajada y él se extrañó—. ¿De qué te ríes? Se que tú conseguirás todo lo que te propongas.

Lo miré, complacida por ese apoyo incondicional. «¿En serio fui tan tonta de cortar con el mejor novio del mundo?».

—Tú también serás escritor si es lo que de verdad quieres.

—¿Lo dices en serio? —preguntó, esperanzado—. Mis padres no hacen más que repetir que eso no es un trabajo de verdad, así que al final estoy empezando a creérmelo.

Recordé que en el futuro Martín trabajaba en una gestoría y sentí una punzada de tristeza por él. Era un buen chico y se merecía algo mejor en la vida.

—Bueno, primero tendría que leer tus relatos —respondí para pincharle, y él sonrió—. Pero sí, creo que, si alguien trabaja duro por lo que le gusta de verdad, es muy probable que lo consiga. Y no te preocupes por tus padres, los míos también son especialistas en desmotivarme, pero cuando logro mis metas, siempre son los primeros en estar orgullosos.

—Gracias, preciosa —dijo ilusionado—. Te prometo que serás la primera persona que los lea.

Sonreí, echando de menos esa época en la que aún no había elegido ningún camino en la vida y tenía delante de mí todas las posibilidades del mundo. Imaginé cómo sería Jorge de joven, antes de tomar ese par de malas decisiones que marcaron su futuro. ¿Nos habríamos llevado bien? Es cierto que, cuando lo conocí, se sentía liberado después de divorciarse y tenía la sensación de que el Jorge de treinta y cinco años era lo más parecido al adolescente que fue. Pero poco después llegó la crisis y sus proyectos se truncaron. Tras esa breve subida, cayó en picado y no había vuelto a levantarse. Yo sentía que existía otro Jorge, pero no sabía cómo sacarlo.

—¡Mierda! —dijo Martín de repente.

Me giré para ver qué ocurría. Un grupo de mujeres de unos cuarenta años acababa de entrar en la cafetería y estaban moviendo un par de mesas para sentarse todas juntas. Me volví de nuevo hacia él y esperé a que me explicase qué pasaba.

—Esa señora rubia del pelo rizado es la mejor amiga de mi madre. Preferiría que no me viera aquí: es tan cotilla que seguro que se lo cuenta. —Me miró—. ¿Te importa si nos vamos?

—No, claro, sin problema.

Estaban muy ocupadas acomodándose, así que aprovechamos para coger los cascos y las mochilas antes de acercarnos a pagar a la barra. Martín se puso la capucha de la sudadera.

—¿Quieres que te preste mis gafas de sol? —me burlé.

Él me sacó la lengua y yo me acerqué como si fuera a mordérsela. Terminamos besándonos otra vez.

Al salir de la cafetería, pasamos por el supermercado para comprar un par de cervezas y una bolsa de patatas. Por suerte, no nos encontramos a nadie más. Ya en el aparcamiento, Martín me preguntó a dónde quería ir.

—¡A la playa! —improvisé—. ¿Te apetece?

—Te lo iba a proponer —se rio—. Sube, preciosa.

Me subí en la moto y fuimos hacia una zona de calas junto al cabo, seguros de que allí habría menos gente. Y acertamos. Estábamos prácticamente solos, a excepción de alguna persona que pasaba caminando y de los obreros que construían las primeras urbanizaciones de chalets. Qué raro se me hacía que apenas hubiera casas en esa zona. Martín apoyó su mochila en el asiento de la moto para buscar algo.

—Hoy tengo entrenamiento, así que vamos a tener hasta toalla

Di unas palmaditas, feliz.

—¡Qué bien! Lástima que me esté asando de calor con los vaqueros y este suéter.

—Quítatelos —dijo Martín—, nos quedamos en ropa interior. —Lo miré, no sabía si hablaba en serio o solo me estaba tomando el pelo—. Es como si llevaras un bikini. —Se encogió de hombros, como si le fuera indiferente.

—No hay huevos —le solté.

Levantó las cejas y, en nada, se quitó las zapatillas, la sudadera y los vaqueros. Se quedó solo con unos calzoncillos tipo bóxer, de esos holgados que parecían un pantalón corto.

—Te toca —me retó.

Dejé en el suelo mi mochila y me quité el suéter y los vaqueros. Hice equilibrios para volver a ponerme las botas sin caerme, ya que el suelo estaba lleno de piedrecitas. Por suerte, gracias a algún tipo de alineación de los planetas en el universo, me había puesto mi conjunto de encaje negro en lugar de cualquier otro sujetador deportivo o unas de las viejas braguitas rosas de Snoopy que tenía en el cajón.

—Joder, cariño, qué *sexy*. —Martín me miraba de arriba abajo, encantado con la situación.

—Ya sabes, una niña buena.

Me acerqué a él, le arrebaté la toalla de las manos y fui hacia la arena, caminando con chulería. Martín soltó una carcajada y vino a sentarse junto a mí. Dejó la ropa y sus zapatillas a un lado, sacó un *walkman* de la mochila y me pasó un auricular mientras se colocaba el otro. Me apoyé en su hombro y cerré los ojos, escuchando *Losing My Religion*, de R.E.M.

—Me gusta este tema —le dije.

—¿En serio? Yo pensaba que eras más de los Backstreet Boys.

Le di un puñetazo en el brazo, haciéndome la ofendida. Pero era verdad. En esa época, a Vega y a mí nos encantaban: nos sabíamos todas las canciones e incluso nos aprendimos algunas coreografías.

—*Everybooody…, yeah* —canté, moviendo mis manos como en el vídeo musical.

Él puso cara de confundido.

—No sé cuál es esa.

«Mierda, esa es del año que viene».

—Si fueras tan fan como yo, lo sabrías —me reí, abrí una cerveza y le di un trago antes de pasársela.

Martín cogió la lata y se quedó mirándome, mientras yo todavía me reía.

—Te noto distinta —dijo sonriente.

—¿Distinta? —Enarqué las cejas—. ¿Qué quieres decir?

—No sé, estás más feliz, muchísimo más cariñosa… —Se acercó a darme un beso, que transformamos en un morreo. Me retiré de su boca despacio, tirando de su labio— y más *sexy* que nunca —añadió con la respiración algo agitada.

—¿Y no te gusta? —pregunté, desconcertada.

—¡Claro que me gusta! —se apresuró a contestar—. Es solo que llevabas unos días muy seca conmigo. Pensaba que querías dejarlo.

Noté cómo se ponía tenso. Giró la cabeza, miró hacia el mar y su cara se tornó también más seria. Le eché los brazos al cuello y me coloqué en su campo de visión.

—No quiero dejarlo, bobito —le dije.

Me sonrió. Lo hacía de una manera sincera, con toda la cara, sin ningún tipo de falsedad. Le sonreían hasta los ojos. Unos ojos azul claro que, como los míos, cambiaban un poco de tono según la luz del día. Le acaricié el pelo, castaño y liso —una melenita corta que siempre llevaba limpia y suave—, y se lo coloqué detrás de la oreja. Pasé un dedo por sus labios y él lo besó. Era un chico guapo. Alto y guapo. No parecía un crío como otros muchos chicos de clase, podría pasar por alguien mayor. Y me encantaba cómo me trataba, lo pendiente que estaba siempre de mí. Quizá de adolescente eso me había resultado pesado o incluso molesto, pero en ese momento de mi vida sabía valorarlo.

—Me gustas mucho —le susurré.

Martín dejó la lata a un lado y me abrazó. Yo apreté mi cuerpo contra él. Unos segundos después, sus manos me hacían cosquillas en la cintura. Intenté resistirme, pero me tenía bien sujeta y no podía escapar. Siguió haciéndome cosquillas por todo el cuerpo y yo traté de devolvérselas. Nos reímos los dos como tontos.

—¡Vamos al agua! —gritó de repente. Se levantó y, en un par de movimientos, me cargó sobre su hombro.

—¡Estás loco! —Pataleé, sin parar de reírme—. ¡Deja que me quite las botas por lo menos!

Tiró de mis botas para quitármelas y las lanzó hacia atrás, a la toalla. Yo me reía cada vez más nerviosa, sobre todo cuando entramos en el mar y Martín no se detuvo.

—¡Joder, esta fría! —Le cubría hasta las pantorrillas.

—¡Nooo! —grité—. ¡No me tires, por favor!

—Una, dos y… ¡tres!

Caí al agua helada y chillé. Cuando se me pasó la impresión, se la lancé con las manos.

—¡Eres un cabrón!

Él se reía y empezamos una guerra. Al final, llegó hasta mí y me dio un abrazo para inmovilizarme. Me resistí un rato, pero, como no me soltaba, tuve que rendirme.

—¡Ya te vale, Martín!

—A ver si te crees que vas a tener la exclusiva de niña mala…

Acercó su cara para besarme y yo se lo impedí, retirando la cabeza, jugando.

—¡Me estás haciendo la cobra! —se rio.

Asentí y volví a echarme para atrás cuando hizo el ademán de aproximarse de nuevo. Puso cara de pena, y me acerqué a besarlo. Lo empujé con todas mis fuerzas, y se tambaleó un par de veces antes de caer al agua.

Corrí hacia la orilla sin parar de reír, soltando algunos gritos histéricos, como una verdadera adolescente. Cuando llegué a la toalla, me giré para ver si me seguía y Martín me abrazó desde atrás, me estrechó contra él y me susurró al oído:

—Tú también me gustas mucho, niña mala.

Antes de vestirnos para volver al instituto, decidimos quitarnos la ropa interior y secarla al sol, para no mojarlo todo. Martín me prestó su camiseta del equipo, que me quedaba enorme y me cubría casi hasta la mitad del muslo, como si llevase un vestido. Con ella puesta, y sin mostrar ni un centímetro más de piel, me quité el sujetador en un par de movimientos rápidos y lo saqué por una de las mangas con un gesto mecánico, perfeccionado por la cantidad de veces que lo había hecho en mi vida.

—Vaya, yo que esperaba que me hicieras un *striptease*… —dijo decepcionado.

Me reí mientras me quitaba las braguitas, tirando de la camiseta hacia abajo con una mano, aunque me quedaba tan larga que no era necesario, y coloqué las dos prendas bien estiradas sobre uno de los coches aparcados. Con suerte, no tardarían en estar secas.

—Hoy no te lo has ganado —le contesté, chulita.

Martín se acercó y extendió también sus bóxer. Lo miré de reojo, pero ya se había puesto el pantalón corto de la equipación de fútbol.

—O todos, o ninguno, listilla —bromeó al percatarse mientras se apoyaba en el capó. Tiró de mi camiseta para atraerme hacia él, me rodeó la cintura con las manos y me dio un beso en el cuello—. No puedo parar de pensar en que estás totalmente desnuda debajo de mi camiseta —susurró.

Me apreté contra su cuerpo y noté su erección. Sonreí. «Parece que el baño de agua fría no ha servido para nada». Me separé un poco de él para mirarlo y sus manos se colaron por dentro de la camiseta, subiendo por la parte de atrás de mis muslos. Iba a besarlo cuando una chica de unos treinta años se nos acercó.

—¿Os importa levantaros ?

—Sí, claro, perdone.

Nos incorporamos como un resorte y recogimos las cosas. Cuando se marchó, volvimos a vestirnos, y nos tomamos la otra cerveza a medias, apoyados en la moto y riéndonos de la cara que había puesto la chica al darse cuenta de que lo que se secaba encima de su coche era nuestra ropa interior.

Llegamos al instituto justo a la hora de la salida. Me despedí de Martín, que se quedó allí a comer porque tenía entrenamiento, y me fui andando a casa con Vega. Después de lo de esa mañana, tenía la sensación de que era posible que mi amiga también fuera una viajera.

—¿Qué tal ha ido? —me preguntó Vega—. No te has perdido nada.

—Muy bien, la que te lo has perdido has sido tú.

—Ya… Sales mañana, ¿verdad? —confirmó—. Haremos botellón. Es el cumple de Sofía.

¿El cumple de Sofía? Y caí en la cuenta. Era el cumple de Sofía. ¡El cumple de Sofía de 1996! Recordé que esa noche había sido mítica: Vega empezó a salir con Rubén, Sofia con David, el que después acabó siendo su marido, y yo… ¡Yo corté con Martín!

—Sí. Claro que saldré. —Hice un esfuerzo por acordarme del por qué Martín y yo lo habíamos dejado.

—¿Qué te vas a poner, Blanqui? —continuó Vega—. Yo creo que la minifalda negra y, a lo mejor, voy a comprarme algo para la parte de arriba, ¿o puedes dejarme tu top negro? Ese que es cortito. Porfa, tía….

Vega unió las palmas de las manos en actitud suplicante. Puse los ojos en blanco.

—¡Pues claro! —le contesté—. Ven a arreglarte a mi casa y nos vamos juntas. Yo me voy a poner… el pichi, creo.

Me encantaba aquel pichi negro, de tirantes y minifalda, con dos bolsillos delante. Me lo ponía con un *body* blanco de manga corta y escote redondo, para que se viera mi gargantilla. Y en los pies, mis queridas botas y unas calzas negras por encima de la rodilla. No se podía ir más noventera.

—¡Sí! Ese te queda muy bien.

Llegamos al semáforo donde nos separábamos y el muñequito verde parpadeó. Vega aprovechó para cruzar corriendo. Al llegar a la otra acera, me hizo con la mano el gesto del teléfono, vocalizando: «Llámame luego», y yo asentí, algo frustrada por no haber averiguado nada todavía.

Cuando llegué a casa, sonaba el teléfono. Desde la entrada escuché que mi madre respondía.

—Espera, creo que acaba de entrar por la puerta. —Se asomó para comprobar si era yo la que había llegado y me tendió el auricular—. Para ti.

Mientras me acercaba, la miré y levanté la barbilla, preguntando así quién llamaba. Mi madre negó con la cabeza y subió los hombros para subrayar que no tenía ni idea.

—Un chico —contestó—. No tardes mucho, que ya está la comida.

Agarré el auricular y me senté en el brazo del sillón.

—¿Diga? —Esperaba escuchar la voz de Martín.

—¿¿Diga?? —escuché una risa socarrona al otro lado—. ¿Qué formas son esas de contestar al teléfono, rubia?

Se oía mucho ruido de fondo, pero esa risa era inconfundible. Desde luego, no era Martín.

—¿Nacho? —pregunté extrañada de que me llamase. Como se habían quedado a entrenar, supuse que lo hacía desde la cabina del bar del instituto, lo que me resultaba todavía más raro. ¿Era algún tipo de broma?

—Ese soy yo, no me gastes el nombre. ¿Vas mañana al cumpleaños de Sofía? Ya sabes lo que me prometiste. —Volvió a reírse.

—¿Qué te prometí? —Intenté hacer memoria, pero no recordaba haberle prometido nada a Nacho López.

De pronto salió mi madre de la cocina con los platos y cubiertos, los apoyó en la mesa del comedor y empezó a colocarlos muy despacio. ¡Dios! Ya no me acordaba de la poca intimidad de los teléfonos fijos. Me giré, agarré el aparato con la otra mano y me fui al baño, dejando un rastro de cable que cruzaba el pasillo. A lo lejos, mi madre gritó:

—¡Blanca, no te enrolles mucho, que la comida está lista!

—Yo a ti no te he prometido nada —le susurré a Nacho. Después, tapé el auricular con la mano y le contesté a mi madre—. ¡Ya voy!

Nacho se rio al otro lado de la línea.

—Vaya, Blanquita, ¡qué rápido olvidamos los buenos momentos! Con lo bien que nos lo pasamos el sábado pasado… Lástima que tu amiga nos interrumpiese.

Entonces, como en un *flashback*, me vinieron a la cabeza las imágenes de lo que había ocurrido y lo entendí todo. Ya sabía por qué había cortado con Martín. Nacho había estado varios días tonteando conmigo en el instituto y el sábado anterior, después de invitarme a unos chupitos, se había lanzado a besarme. Nos dimos un par de morreos hasta que Vega llegó, me agarró de la mano y me sacó del *pub*, preguntándome qué narices se me pasaba por la cabeza. ¿Por qué lo hice? No lo sé. Supongo que, a veces, las adolescentes éramos así: podías tener un novio maravilloso, pero llegaba un capullo que estaba buenísimo, te decía cuatro tonterías y te volvías loca. Las hormonas, quizá. O la falta de experiencia. Quién sabe. A lo mejor, por eso había estado tan seca con Martín los días anteriores.

En mi favor, debo decir que Nacho estaba tremendo: alto, moreno, pelo corto, ojos casi negros y un rollo de malote que me resultaba difícil resistir. Recordé también que en el cumple de Sofía volvimos a enrollarnos, hasta que nos pilló Martín. ¡Claro! por eso lo habíamos dejado… ¿En serio fui tan cabrona? Ahora me sentía fatal.

—¡A comer! —Mi madre llamó a la puerta del baño.

—¡Ya voy! —contesté. Y luego me dirigí a Nacho a través del auricular—: Mira, no sé qué crees que pasó el sábado pasado, pero para mí no fue nada, y te agradecería que no me llamaras para esto. No va a pasar nunca más.

—Vaya, si te estás haciendo la dura —se rio—. Ahora me gustas aún más, Blanquita… —susurró.

Sentí un escalofrío por todo el cuerpo. De verdad, Nacho estaba muy bueno, pero esta vez no iba a hacerle daño a Martín. No se lo merecía.

—Tengo novio —le dije, y soltó una carcajada al otro lado de la línea.

—No soy celoso. Nos vemos mañana, rubia. —Y se cortó.

Colgué el teléfono y me mordí el labio, preocupada. Parecía que la noche siguiente también me pondrían a prueba en esta dimensión.

CAPÍTULO 5
EL CUMPLE DE SOFÍA

Sábado, 27 de abril de 1996

Habíamos quedado a las cinco en mi casa para arreglarnos juntas, pero Vega llegó pasadas las cinco y media. Tarde, como siempre. Un defecto que mis amigas nunca corregirán, aunque pasen mil años.

—Perdona, tía, se me ha hecho supertarde. —Entró en mi habitación, dejó la chaqueta y el bolso sobre la cama, y se quitó la sudadera que llevaba—. ¿Tienes el top negro?

Lo saqué del cajón del armario y se lo lancé a la cabeza.

—¡Cuidado! Que me he tirado mucho rato alisándome el pelo —refunfuñó.

—Mucho rato, sí…, ¡por lo menos cuarenta minutos! —me reí.

—¿Tanto? —preguntó como si le sorprendiese y yo asentí, resignada—. Bueno, ¿qué tal estoy? —Dio una vuelta sobre sí misma.

Llevaba una minifalda negra de tablas, mi top negro de manga larga, que dejaba el ombligo al descubierto, y sus Dr. Martens con unas medias negras transparentes.

—Guapísima —le contesté—. Rubén no se va a poder resistir. —Vega se sonrojó y soltó una risita tonta—. Venga, tía, vamos a pintarnos, que no llegamos —la apremié.

Fuimos al baño y esparcimos el contenido de nuestras bolsas de maquillaje por el mueble del lavabo. Siempre lo hacíamos así: lo compartíamos todo sin tener en cuenta ni el tono de piel ni el color de ojos. Pero ¿qué importaba eso si en los noventa solo utilizábamos maquillaje de color marrón? Colorete, sombras, pintalabios…, todo marrón. De distintos tonos, pero marrón.

Vega cogió mi perfilador, se estiró del párpado y entreabrió los labios, preparada para dibujarse la raya del ojo.

—Blanqui, pon música anda, que así me concentro mejor.

—Dame un segundo, que termine con la sombra —contesté, con un ojo abierto y otro cerrado —, pero, si quieres, te canto yo…

—Vale —dijo Vega. Aunque, como tenía la boca abierta, sonó algo así como «ahe».

La observé a través del espejo: estaba concentradísima. Y en ese momento se me ocurrió una forma de averiguar si ella también había viajado en el tiempo. Elegiría una canción que aún no existiera en 1996, y si me seguía la corriente y la cantaba conmigo, era porque también venía del futuro. Necesitaba algo pegadizo, un tema de esos que tarareas sin pensarlo porque te lo sabes de memoria después de haberlo escuchado una y otra vez.

—*Des-pa… ci-to* —canté, mirándola de reojo para ver su reacción—, *quiero respirar tu cuello despacito…* —Vega terminó de perfilarse un ojo y movió el culo al ritmo de la canción antes de pasar al otro. Debía de estar escuchando la melodía en su cabeza. Seguí cantando—, *deja que te diga…*

Y entonces, pasó: canturreó la letra con la boca abierta, sin reparar en lo que hacía.

—*Eja he te 'iga 'osah al oi'o…* —Acabó de pintarse y, sin dejar de mirarse al espejo, se desgañitó con la última estrofa—. *Para que te acuerdes si no estás conmigooo…*

De pronto, paró en seco y abrió mucho los ojos, asustada, consciente de lo que acababa de ocurrir.

—¡Hiiija de puuuta! —Me giré hacia ella, que se tapó la cara con las manos—. ¡Tú también estás aquí! ¡Y llevas cuatro días mintiéndome!

Escuché su risa nerviosa. Separó los dedos para mirarme, pero sin retirar del todo las manos de su cara. Estaba completamente roja.

Respiré hondo, apoyándome en el mueble del lavabo. Estaba aliviada de no ser la única viajera y contenta de que mi amiga estuviera allí, pero también muy sorprendida. «¿Por qué me ha engañado Vega?».

—Tía, perdóname, por favor, ¡no sabía qué hacer! —dijo abochornada—. Te juro que cuando me levanté y me di cuenta de dónde estaba, lo primero que pensé fue en hablar contigo, pero no viniste a clase…

—¡¿Y por qué no me llamaste?! —la interrumpí.

—¡No me sabía tu teléfono! —me contestó—. Hace años que no me acuerdo de ningún número, ¡y no era ningún problema hasta el miércoles pasado!

Crucé los brazos y resoplé.

—Vale, en eso tienes razón, pero ¿después? ¡Joder, Vega…!

—Ya, lo siento mucho, Blanca. Rubén se puso a ligar conmigo y yo lo disfruté tanto que preferí no decirte nada, porque, si te enterabas, me echarías la bronca por caer otra vez… —Se volvió a tapar la cara con las manos.

—¡¿En serio era eso lo que te preocupaba?! —Solté una carcajada, incrédula—. ¡Ya te vale! Yo intentando averiguar qué está pasando y tú no has hecho más que tirar balones fuera.

Vega me miró, avergonzada. No pude evitar reírme y la abracé.

—¡Cuánto me alegro de que tú también estés aquí! La Vega del futuro, quiero decir. —Le di un beso sonoro en la mejilla—. Haz lo que te dé la gana con Rubén, pero ya sabes cómo acaba.

—Lo sé —contestó—, pero aún queda mucho para eso.

Me separé un poco para mirarla y luego la volví a abrazar con fuerza. Estaba feliz de tenerla conmigo.

—No sé cómo has aguantado tanto sin decirme nada. ¡Con lo que te cuesta a ti guardar un secreto!

—Porque, por las preguntas que me hacías, enseguida me di cuenta de que tú también habías viajado al pasado.

Abrí la boca, entorné los ojos y moví la cabeza hacia los lados.

—Eres una cabrona.

Vega soltó una risa malévola y después entrelazó las manos.

—Perdóname, por favor.

—¿Sabes si Sofía también…?

—No tengo ni idea —me cortó Vega—. En la comida del jueves no pudimos hablar mucho porque estaba Rubén. Nos explicó lo de inglés y, después, ya viste lo deprisa que se marchó. Y

como esta semana los de ciencias han tenido varios exámenes, cada vez que me acercaba a ella estaba repasando los apuntes. No sé si ha sido una forma de esquivarnos, pero ya sabes que siempre ha sido una empollona, así que tampoco me ha resultado raro. Deberíamos de intentar hablar con ella esta noche.

—Sí, tenemos que hacerlo. —Asentí, pensativa, dándome cuenta de que yo tampoco había visto mucho a Sofía en toda la semana.

Vega cogió un pintalabios y me sonrió a través del espejo.

—Oye, ¿y tú con Martín? —Me dio un par de codazos—. Os he visto en el instituto…

—Pues, tía, creo que me gusta. —Me sonrojé—. Más de lo que recordaba.

—No me extraña, es un cielo. Y muy guapo, también. —Se rio—. Te viene genial después de lo de Jorge. ¿Lo verás esta noche?

—No creo, tiene una historia familiar en el pueblo y parece que no le dará tiempo a llegar.

Martín me había llamado al mediodía para decirme que no podría venir al cumpleaños y, aunque le había insistido para que se escapase en cuanto fuera posible, por dentro me había alegrado. Si no venía a la fiesta, no cortaríamos. Estaba tan a gusto con él, que no quería que nada lo estropease. «Evita la ocasión y evitarás el peligro», me repetí. Por eso había decidido no acercarme a Nacho en toda la noche.

—Bueno, ya estoy lista, ¿nos vamos? —preguntó Vega.

Asentí. Nos despedimos de mis padres, que me dieron las mil pesetas de paga, y fuimos andando hacia el parque donde habíamos quedado para hacer botellón. Por el camino nos pusimos al día sobre lo que habíamos hecho esa semana y hablamos sobre esas personas, situaciones y lugares tan cotidianos para nosotras en esa época, pero que, poco a poco, con el paso de los años, habíamos olvidado.

—Por cierto, Vega —le pregunté—, ¿tú te acordabas de que yo me había enrollado con Nacho?

—¡Pues claro! Como para no acordarse… —Vega se rio, pero al ver mi cara de sorpresa, preguntó extrañada—: ¿Tú no? —Negué, sacudiendo la cabeza—. Bueno, es que fue todo un poco traumático. —Buscó su paquete de tabaco en el bolso—. Sofía y yo incluso pactamos no hablar más de eso contigo si tu no sacabas el tema.

Nos detuvimos un momento para encendernos un pitillo.

—¿Qué pasó? —pregunté después de dar la primera calada.

—Pues, no sé qué te dio de repente con Nacho, pero estabas coladita por él. Y él también te buscaba todo el rato. —Vega estudió la expresión de mi cara antes de continuar—: Un sábado que no salió Martín, estuvisteis toda la noche tonteando hasta que, al final, te invitó a un tequila y se te tiró al cuello. Yo lo vi desde el otro lado del local. Sabía que habías bebido, pero no te apartaste cuando él te besó, así que corrí a separarte de él, porque pensé que te arrepentirías después —asentí, atenta—, pero el domingo estabas muy enfadada conmigo.

»Y lo mismo la semana siguiente: os tomasteis unos chupitos y desaparecisteis juntos. Supongo que para que no os interrumpiera nadie. Martín estaba preocupado por ti y estuvo buscándote un buen rato. Hasta que te encontró en el fondo de un *pub*, enrollándote con Nacho… Joder, Blanca, ¿de verdad que no te acuerdas?

—Lo había borrado de mi mente… Hasta ayer.

—Luego estuviste saliendo con Nacho unas dos o tres semanas, y pasabas de todo y de todos, hasta de nosotras. Estabas obnubilada. Yo creo que, en realidad, no eras muy consciente del daño que hacías, pero fuiste muy cabrona, sobre todo con Martín. No sé cómo pudo seguir hablándote. Entiendo que, en el fondo, aún le gustabas mucho. —Vega se puso más seria—. Después de eso,

nunca más te he vuelto a ver así, pero en ese momento dudé de si realmente te conocía.

Miré al suelo, impactada por lo que estaba escuchando. Me costaba un poco procesar que había actuado así.

—¿Y cómo terminamos?

Vega apretó los labios. Dudó unos segundos, pero al final continuó.

—Pues, por lo que nos contaste, Nacho insistió mucho en que os acostaseis juntos. Tú al principio no querías, porque aún no lo habías hecho con nadie y no estabas segura, pero te lo pidió tantas veces que, al final, cediste. Y después de hacerlo, él perdió todo el interés y se lio con…

—Y se lio con Paula, la prima de Sofía —terminé la frase por ella—. Vale, ya me acuerdo.

Vega se detuvo.

—¿Seguro que no te acordabas?

—No.

—La verdad es que a Sofía y a mí siempre nos sorprendió que nunca más mencionases tu historia con Nacho, ni siquiera para criticarlo o como el recuerdo lejano de una primera vez, pero como lo pasaste tan mal cuando te dejó, no quisimos volver a sacar el tema.

—¿Por eso me rapé el pelo?

—Dijiste que no querías tener nada que ver con la antigua Blanca —dijo Vega, preocupada —. Tía, ¿estás bien?

¿Bien? Estaba abrumada por la cantidad de emociones que acompañaban a esos recuerdos. Me habían invadido de repente y podía experimentarlas todas a la vez: el chute de adrenalina de los besos de Nacho se mezclaba con la rabia y el dolor cuando pasó de mí de un día para otro. Lo que envidié a Paula, la culpa por lo que le había hecho a Martín y el miedo de que alguien me hiciera a mí lo mismo. Nacho estaba acostumbrado a conseguir siempre lo que quería y sabía cómo hacerlo. Y yo me sentía estafada, estúpida, avergonzada por haber caído en su trampa. Ahora entendía que mi cerebro lo hubiera borrado todo para protegerme de aquellas sensaciones tan amargas.

Inspiré profundamente, miré a Vega y me forcé a sonreír.

—Estoy un poco en *shock*, creo. Ya no me acordaba de nada de esto, y ahora me ha vuelto todo a la cabeza de golpe.

Vega me agarró del brazo de manera cariñosa y seguimos andando.

—No te preocupes, tía, ahora nos tomamos algo y sales del *shock*. Además, hoy es el cumpleaños de Sofía y… —De repente, Vega cayó en la cuenta y abrió mucho los ojos, sorprendida—. ¡Joder! Hoy es el día en que pasa lo de Nacho, ¿no? Cumpleaños de Sofía…

—Sí, pero esta vez no va a pasar porque no quiero que pase. Me gusta mucho Martín.

—No te preocupes, que yo estaré pendiente de ti para que no se te vaya la olla. —Sonrió—. Además, me has dicho que no sale, así que no hay ningún peligro.

Vega tenía razón, no había ningún peligro. Martín y yo no lo dejaríamos esa noche.

El parque Canalejas estaba muy animado, con muchos chicos y chicas haciendo botellón. Como solíamos ponernos siempre en el mismo sitio, era muy fácil encontrar a quienes buscábamos. Hasta resultaba curioso que, aunque el parque estuviera lleno de gente, si alguna vez llegábamos más tarde de lo normal, ningún otro grupo ocupara nuestro rincón, que seguía vacío, esperándonos. Era como si cada instituto tuviera un espacio asignado por algún tipo de regla no escrita.

Fuimos directas al lugar donde se juntaban los de nuestro curso y enseguida vimos a Sofía,

que nos hacía señas con la mano.

—¡Felicidades, Sofi! —Nos abrazamos las tres con fuerza.

—¡Muchas gracias, chicas! —respondió ella, dándonos un beso a cada una.

Cuando nos separamos, miré a mi amiga, que estaba guapísima. Llevaba un vestido negro, corto y bastante ajustado, que no le había visto antes, y una cazadora de antelina en color melocotón. Nunca habría imaginado que fuera capaz de ponerse unas calzas hasta la rodilla, pero lo cierto es que le quedaban genial con las botas militares. Sus ojos claros destacaban más que nunca con el *eyeliner* negro. Pero no era solo el maquillaje, tenía un brillo especial.

—¡Guau! Qué bien te sientan los diecisiete… —comenté, impresionada.

—Tía, es cierto. ¡Estás espectacular! —dijo Vega con admiración.

Sofía se rio, quitándole importancia.

—¡Para guapas, vosotras! ¿Qué queréis tomar?

Nos pusimos un par de vasos de ron con limón y saludamos a la gente. Nacho me observaba desde el banco de al lado y desvié la vista antes de que se le ocurriera acercarse. Intenté hablar un poco con Sofía, pero todo el mundo quería felicitar a la cumpleañera, así que me resultó imposible entablar una conversación. Al final, Vega y yo le hicimos una seña para indicarle que nos íbamos con Rubén y sus amigos. Sofía movió la mano en el aire, haciéndonos saber que nos veríamos luego. Asentí y le di un buen trago a mi copa, esquivando, de nuevo, la mirada de Nacho. Todavía no había asimilado lo que había ocurrido en la otra dimensión y, aunque tenía muy claro que no volvería a suceder, parecía que iba a ser una noche complicada.

El último chupito me había sentado fatal. Se me había subido a la cabeza. Aunque quien dice el último chupito dice los dos anteriores, los que nos habíamos tomado con Rubén y sus amigos. Y la media botella de ron de marca blanca que me había bebido con Vega en el botellón. Me sentía mareada, por lo que decidí salir del *pub* para que me diese un poco el aire. Así se lo hice saber a Vega, que asintió distraída sin apartar los ojos de Rubén.

Mientras me abría camino entre la gente, eché un vistazo alrededor, buscando a Sofía. La encontré bailando encima de un altavoz. En cuanto me vio, me saludó con la mano para después hacer lo que nosotras llamábamos «el paso gogó»: una especie de coreografía *sexy* que nos habíamos inventado inspiradas por los movimientos de las bailarinas de las discotecas. Me reí y señalé la puerta, haciendo con la otra mano el gesto de abanicarme. Sofía enseguida entendió que iba a tomar el aire, por lo que asintió y levantó el pulgar hacia arriba. Después, continuó bailando sobre el altavoz mientras unos chicos la coreaban.

Cuando por fin salí, me apoyé en la pared y saqué un cigarro del bolsillo. Al encenderlo, unas gotitas lo mojaron. «¡Mierda! Justo ahora empieza a llover». Busqué cobijo debajo de una cornisa cercana mientras escuchaba gritar a la gente, que corría a resguardarse dentro de los *pubs*. En unos segundos, la calle se quedó vacía. Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás, dejando que algunas gotas de agua me refrescasen la cara.

—¿Estabas esperándome, rubia?

Me sobresalté y abrí los ojos de golpe. Enfrente de mí estaba Nacho, algo bebido también.

—Joder, lo que me faltaba… —musité. Giré la cabeza hacia un lado para evitarlo.

Nacho se apoyó en la pared y se acercó más a mí.

—¿No te alegras de verme, rubita? —me susurró, acariciando mi cadera.

—Nacho, déjame en paz. —Agarré su mano y se la retiré tan bruscamente que se me cayó el cigarrillo.

—Venga, Blanquita, no seas así. Los dos sabemos que te gusto. —Lo miré y él sonrió.

—No seas tan creído —le contesté, arisca. Iba a girarme de nuevo, pero me sujetó la barbilla.

Puse mis manos en su pecho para apartarlo, pero ni se inmutó. Lo escuché reírse, así que debía de estar tomándoselo como un juego. Volví a empujarlo con más fuerza y aquello pareció animarlo todavía más, porque se me echó encima y me besó. Yo estaba cada vez más agobiada. Quería gritar, pero con su boca sobre la mía no podía hacerlo. Le di un par de golpes, pero me agarró por las muñecas y las sujetó contra la pared, por encima de mi cabeza.

—¿Sabes que estás muy *sexy* cuando te enfadas? —me susurró al oído, bajando a besarme el cuello.

—¡Suéltame, Nacho! ¡Déjame en paz! —Aproveché para gritar.

Eché un vistazo alrededor para pedir ayuda, pero por lo poco que pude ver, la calle estaba totalmente desierta. «No me creo que esté pasando esto. —Apreté los párpados con fuerza—. ¿Por qué no me apunté con Sofía a esas clases de defensa personal?».

De repente, alguien tiró de Nacho, apartándolo de mí.

—¡Que la dejes en paz te ha dicho, hijo de puta!

Abrí los ojos y allí estaba Martín. Nacho se tambaleó, desorientado, intentando comprender qué acababa de pasar. Martín lo volvió a empujar con toda su rabia y Nacho cayó al suelo esta vez.

—¿Estás bien, Blanca? ¿Estás bien? —me preguntó preocupado Martín, que corría hacia mí.

Asentí con la cabeza y rompí a llorar en cuanto me abrazó.

—Yo no quería…, te juro que no quería —le dije mientras sollozaba muy nerviosa—. ¡Cuidado! —grité al ver que Nacho se levantaba y corría hacia él para golpearlo.

Martín se giró y empezaron a pegarse. Yo chillé pidiendo auxilio. Alguien gritó «¡Pelea!», y varias personas corrieron a separarlos. La gente salió de los locales e hizo un círculo a nuestro alrededor. Vega se abrió camino hacia mí y me pasó el brazo por el hombro, consolándome sin saber muy bien qué ocurría. A Martín le sangraba el labio y Nacho se había llevado un buen golpe en el ojo, pero no parecía dolerle, porque le sonreía con superioridad.

—¡¿De qué te ríes, subnormal?! —le gritó Martín forcejeando para liberarse de la gente que lo sujetaba—. ¡Como la vuelvas a tocar, te mato!

—Qué poco la conoces, tío —se burló Nacho—. Dile que te cuente lo que hace conmigo cuando tú no estás. —Nacho se giró hacia mi—. Anda, Blanquita, cuéntale lo de la semana pasada. ¡Si hasta tuvo que venir tu amiga a separarte porque te me echabas al cuello!

Yo negué con la cabeza, horrorizada, pero Vega le contestó a gritos:

—¡Eso no pasó así, chaval! ¡Fuiste tú el que le comió la boca!

Cerré los ojos. «Joder, Vega, ya te vale; era su palabra contra la mía y acabas de darle la razón».

—¿Es verdad eso, Blanca? —escuché que decía Martín. Abrí los ojos. Me miraba con una mezcla de sorpresa y decepción—. ¿Es verdad? —repitió—. ¿Te enrollaste con él la semana pasada?

Retiré el brazo de Vega y me acerqué a él, que se agarraba el puño dolorido a la altura del pecho. Hizo un movimiento de cuello y sus músculos crujieron. No dejaba de mirarme, serio, pero con la esperanza de que lo que acababa de escuchar no fuera cierto.

—Déjame que te explique… —Alargué mis manos hacia su labio, que sangraba.

Martín echó la cabeza hacia atrás para evitar que lo tocase, sorprendido de que yo no lo negase todo. Después, la expresión de su cara cambió y me miró con tanta rabia que me estremecí. Retiré mi mano, asustada. Martín miró al suelo y exhaló bruscamente.

—No hay nada que explicar.

Y se dio la vuelta y se marchó.

Me quedé petrificada. Quería echar a correr detrás de él, pero no dejaba de pensar en esa mirada. Le había hecho daño, otra vez. A pesar de no querer hacerlo, había vuelto a ocurrir. Recordé la última vez que lo había visto en el futuro: era Navidad y yo había ido a pasar las fiestas con mi familia. Estaba en una librería, ojeando un libro de la mesa de los más vendidos y, cuando levanté la cabeza, lo vi enfrente de mí, echando un vistazo al mismo título. Me quedé observando hasta que al final me decidí:

—Me han dicho que está muy bien.

El levantó la vista, sorprendido, pero, al reconocerme, sonrió.

—Eso me han dicho a mí también. —Dejó el libro en la mesa y la rodeó para acercarse—. ¡Cuánto tiempo! Estás estupenda.

Estuvimos hablando unos minutos hasta que alguien gritó: «¡Blanca, no toques eso!», y una niña de unos tres años corrió hacia nosotros, riéndose. Martín la cogió en brazos.

—Qué nombre tan bonito —le dije a la niña, que se volvió a reír, pataleó un poco para que su padre la dejase en el suelo y corrió de vuelta hacia su madre. Los miré y sonreí—. Me alegro de verte, Martín. Felices fiestas.

—Felices fiestas —contestó.

Nos dimos dos besos y nos fuimos en direcciones distintas, pero, al separarnos, nuestras manos se tocaron. No supe si había sido un roce casual o si, inconscientemente, ambos lo buscábamos, pero yo sentí un hormigueo y creo que él sintió algo parecido, ya que, cuando miré hacia atrás, él estaba haciendo lo mismo.

Una vez leí que, a partir de cierta edad, todas las cosas que ocurren en tu vida son consecuencia de las decisiones que tomaste anteriormente. A veces no somos conscientes de que una elección que hacemos en nuestra adolescencia puede afectar a toda nuestra vida adulta. Es el efecto mariposa. Al ponerlo en perspectiva, te das cuenta de que, quizá, al encapricharte de alguien que no merecía la pena, rompiste una relación con quien podría haber sido el amor de tu vida. Pero cuando te das cuenta, ya es tarde.

«A no ser que hayas viajado en el tiempo por una razón. A lo mejor no teníamos que cortar hoy. Quizá debíamos seguir juntos y por eso tengo esta segunda oportunidad». Consulté la hora: eran casi las doce. Mi padre estaba a punto de venir a buscarme en coche, así que me limpié las lágrimas y me despedí de Vega. Eché a andar hacia la esquina donde me solía recoger, pensando que al día siguiente hablaría con Martín y le explicaría lo ocurrido. Seguro que lo solucionábamos.

Por la mañana lo llamé un par de veces por teléfono, pero no quiso ponerse.

—¡Ay, hija! Yo no sé lo que os habrá pasado, pero ayer llegó hecho un cristo y hoy lleva todo el día encerrado en su habitación —me dijo su madre—. A lo mejor por la tarde tiene otro humor.

Acostumbrada a la inmediatez de WhatsApp, se me hizo durísimo estar tantas horas sin poder contactar con él, así que por la tarde decidí pasarme por su casa en lugar de volver a llamar.

Martín vivía en un barrio cercano, en una de las casas antiguas de planta baja que ya no existían. De hecho, mientras andaba hacia allí, me di cuenta de la cantidad de cosas que habían cambiado en los últimos años: los pequeños comercios que habían cerrado cuando abrieron el centro comercial, el paso a nivel del tren que después soterrarían o el descampado en el que más tarde construirían varias urbanizaciones, en una de las cuales viví durante unos años. Era una

sensación extraña, como un *déjà vu*. Pasear por esas calles me trajo muchos recuerdos, del pasado y del futuro.

Llegué a su casa y llamé al timbre. Escuché unos pasos y el ruido de la mirilla. Quise sonreír, pero estaba demasiado nerviosa. Pasaron unos segundos, que se me hicieron eternos, hasta que Martín abrió la puerta. Resignado, cruzó los brazos y se apoyó en la pared, levantando la cabeza para no mirarme.

—¿Qué parte de «no quiero hablar contigo» no has entendido, Blanca? —dijo contemplando el techo—. Porque le he dicho a mi madre que te lo dejara bien claro.

«Joder, pues empezamos bien. No se puede estar más borde». Lo observé con detenimiento: tenía el labio hinchado y los nudillos rojos, con un par de cortes en la mano derecha. Respiraba nervioso, como si le costase mucho esfuerzo estar cerca de mí. Mi mente pensó a mil por hora, intentando encontrar las palabras perfectas para suavizar la situación, pero Martín movía la pierna de forma repetitiva, ansioso por dar por terminada la conversación. Al final, no se me ocurrió nada mejor que la frase torpe del día anterior.

—Por favor, cariño, déjame explicártelo…

Martín resopló y me miró con la misma rabia que la noche de antes.

—¡¿En serio, Blanca?! ¡¿Pero no te das cuenta de que no hay nada que explicar?! —me soltó levantando la voz. Después respiró, se calmó un poco y continuó—: Mira, me asusté muchísimo al oírte gritar en la calle anoche. Pensaba que te estaba haciendo algo malo —compuso una media risa burlona y volvió a mirar al techo, mientras movía la cabeza—, pero no, yo partiéndome la cara por ella y resulta que mi novia se dedica a enrollarse con otros cuando yo no estoy.

—¡Eso no es así! —me defendí—. Ayer, Nacho me estaba sujetando mientras se me tiraba al cuello. No me podía mover. ¡Tú lo viste!

—¿Y la semana pasada? —me cortó—. ¿También te obligó a besarlo la semana pasada?

Mire al suelo, sonrojándome.

—No —contesté—, pero solo fueron dos morreos, eso no significa nada… —Levanté los hombros, dándole a entender la poca importancia que tenía.

—¿En serio dos morreos no significan nada para ti? —Martín me miró perplejo—. Entonces, lo nuestro tampoco, claro, porque morrearnos es lo único que hacemos tú y yo.

«Mierda, tiene razón». Hasta ese momento, nuestra vida sexual se había limitado solo a eso, a morrearnos.

—No es eso lo que quería decir… —musité.

—Mira, Blanca, no creo que sea una buena idea seguir con esta conversación.

Martín entró en casa y empezó a cerrar la puerta, pero lo detuve con una mano.

—Oye, solo quería decirte que lo siento mucho. Sé que no es excusa, pero la semana pasada había bebido más de la cuenta y cuando Nacho se acercó, me dejé besar. Estuvo mal y no sabes cuánto me arrepiento, pero ya no puedo hacer nada para cambiarlo. Solo quiero que sepas que el único que me gusta eres tú. Y, de verdad, Martín, me gustas muchísimo.

Nos miramos durante unos segundos en los que deseé con todas mis fuerzas que se acercase y me abrazara, pero él solo asintió, se dio media vuelta y cerró la puerta.

«Bueno, yo ya he hecho todo lo que podía hacer. Ahora le toca a él mover ficha». Me coloqué los auriculares del *walkman* y volví a casa.

CAPÍTULO 6
Y ENCIMA, LO DE NACHO

Lunes, 29 de abril de 1996

El lunes por la mañana no tenía ningunas ganas de ir al instituto. Estaba bastante jodida por todo lo que había pasado el sábado. Y después de lo del domingo, habría preferido evitar a Martín unos días, para dejar que la tensión se relajase. Que nos hubiéramos peleado había hecho que regresaran también todas las emociones de mi ruptura con Jorge, por lo que, en ese momento, no me apetecía ni salir de la cama. «Hay que joderse, Blanca, dos novios en seis días. Y encima, lo de Nacho». Además de haber recuperado unos recuerdos que me seguían haciendo daño, sentí una punzada de asco al acordarme de cómo me había besado contra mi voluntad. Y a cualquiera que se lo contase se pondría de su parte. Al fin y al cabo, ya nos habíamos enrollado antes, ¿por qué no iba a ser consentido eso también? Si en el futuro ya costaba que la gente lo entendiera, en los años noventa era mil veces peor.

Utilicé esa rabia que sentía para salir de la cama y vestirme. Decidí arreglarme más que de costumbre para subirme el ánimo. Escogí un jersey negro ajustado, de cuello alto, y la minifalda de pana marrón, con unas medias negras y las Dr. Martens. Me miré al espejo y me dije que yo podía con todo. Varias veces. Hasta que me lo creí.

Al llegar al instituto, varias personas me miraron, murmurando a mi paso. «Vaya, parece que todo el mundo ya sabe lo de la pelea». Aceleré la marcha y fui directa a nuestro banco de siempre, donde ya estaba Vega, fumando.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

Me encogí de hombros y me senté junto a ella. Eché un vistazo rápido al patio y divisé a Martín, sentado con sus amigos y con un par de chicas de otro curso a las que conocía de vista. Una de ellas le dio fuego y se rio de algo que dijo él. Noté un pinchacito de celos. «En fin, este debe de ser el karma, castigándome por lo hija de puta que fui con él en la otra dimensión».

—Oye, ¿tú que tal con Rubén el sábado? —le pregunté a Vega, quitándole el cigarrillo para darle una calada.

Al oír el nombre de Rubén, le cambió la cara de golpe. No pudo evitarlo: se le iluminó de felicidad. Y yo me alegré por ella. Hacía muchísimos años que no estaba así de ilusionada con alguien. «Más o menos desde 1996», recordé.

—¡Ay, Blanca! Fue tan bonito…

Me gire hacia ella, sentándome de lado en el banco para no tener que soportar a Martín tonteando con esa otra chica y así prestarle más atención a mi amiga, que me contaba lo que le había pasado el sábado.

—Después de la pelea, Rubén me acompañó a casa. ¡Y pasó exactamente como lo recordaba! —Vega soltó una risita—. Estuvimos un poco cortados todo el camino y, al llegar al portal, me dijo que yo le gustaba mucho desde hacía tiempo, pero que le daba miedo pedirme salir por si yo lo rechazaba.

Sonreí. Vega nos había contado muchísimas veces esa historia, sobre todo con una copa de vino en su terraza, pero nunca en un tono tan alegre. Por norma, después de esa última frase, Vega siempre añadía furiosa: «¡Por si yo lo rechazaba, me dijo el muy hijo de puta!». Pero ese día no. Ese día no paraba de soltar risitas bobas mientras me explicaba que le pareció tan mono que fue ella quien le pidió salir a él.

—Y después, me besó, y yo no pude dormir en toda la noche.

—¿Y dónde está ahora? —pregunté.

Vega señaló al otro lado del patio.

—Está ahí, con David, el de Sofía.

Me volví hacia donde me indicaba y los encontré hablando, pero no parecía una conversación alegre. David se había quitado las gafas y se frotaba los ojos. Tenía muy mala cara y daba la impresión de que Rubén intentaba animarlo. Busqué a Sofía por todo el patio: estaba sentada en las escaleras con Alba, una chica morena y guapísima que estuvo en nuestro instituto solo un par de cursos. Se fue a vivir a Barcelona y acabó siendo una bloguera de viajes famosa; incluso había escrito un libro sobre su vida. David había salido con ella justo antes de empezar con Sofía y, por eso, en uno de sus últimos cumpleaños, le regalamos la biografía de Alba. En el libro, contaba que un amor de instituto la había dejado marcada, y dimos por hecho que hablaba de él.

—Oye, Vega, ¿no se supone que este sábado también empezaban a salir Sofía y David?

—Sí, es verdad. Compartíamos aniversario —contestó Vega—. ¿Por qué?

Señalé las escaleras y Vega siguió la dirección de mi dedo.

—Es Sofía la que está riéndose con… ¿cómo se llamaba?

—Alba —contesté.

—Eso, Alba —repitió Vega. Al otro lado del patio, David se puso las gafas, cogió la mochila y lo cruzó corriendo en dirección a la puerta de salida—. Tía, aquí está pasando algo muy raro.

—Sí —le contesté—. Después del sábado, di por hecho que Sofía también había viajado en el tiempo, como nosotras, pero esto no me cuadra.

—Ya… Sofía y David siempre han sido la pareja ideal. ¿Por qué no empezaron a salir el sábado? ¡Tenemos que hablar con ella!

Asentí, pensativa. Debíamos hablar con ella lo antes posible para averiguar qué había ocurrido, pero ¿y si habíamos alterado algo que repercutiese en el futuro? En todas las películas de viajes en el tiempo advierten a los protagonistas de que no deben tocar ni cambiar nada del pasado. Me asusté al recordar la película *El efecto mariposa*, en la que, al modificar ciertas situaciones, el futuro solo empeoraba.

—Tenemos que solucionarlo pronto.

Sonó el timbre y me giré para buscar a Martín, pero ya no estaba en el banco. Inspiré hondo, nerviosa; sabía que nos encontraríamos en clase dentro de unos minutos. «Bueno, por lo menos podré hablar con él».

Al entrar en el aula me extrañó que fuera Julio, un chaval con granos del que ya ni me acordaba, el que se sentaba en el pupitre de al lado. Ante mi cara de sorpresa, señaló unas filas

más atrás.

—Me ha pedido que le cambie el sitio.

Martín estaba sentado con Paula, riéndose. «Precisamente con ella. —Resoplé por la nariz. Ahora que recordaba lo que había ocurrido con Nacho y la prima de Sofía en la otra dimensión, aprecié la ironía de la coincidencia—. Bueno, es lo que hay, Blanca, respira y concéntrate en la clase».

Dejé mi mochila al lado de la mesa y me agaché para sacar el libro de Mates y el estuche.

—Oye —me susurró Julio—, ¿es cierto eso que dicen de que Martín te ha dejado porque le estabas haciendo a Nacho una…? —echó un vistazo a su alrededor y, al comprobar que nadie lo miraba, movió su puño arriba y abajo en el aire con disimulo—. Ya sabes… una…

Me incorporé de golpe, horrorizada.

—¡¡No!! —Sonó algo más fuerte de lo que me hubiera gustado.

La clase se quedó en silencio y todos se giraron hacia mí.

—¡Claro que no! —repetí, con cara de asco, y miré directamente a Martín—. Yo no le hice a Nacho nada de eso.

Martín mantuvo unos segundos mi mirada, inexpresivo. Escuché a Vega a mi lado, chasqueando los dedos:

—Julio, Julio… —Cuando consiguió captar su atención, señaló con el pulgar hacia su mesa, al otro lado de la clase—. Allí… —Como este dudaba, le gritó—: ¡Ahora!

Impactado, Julio recogió sus cosas a toda prisa y corrió hacia el pupitre de Vega. Ella se sentó a mi lado y echó un vistazo rápido a Martín, que volvía a charlar con Paula, como si no existiéramos.

—Buah, ni caso, tía —me dijo Vega—, son unos niñatos. Literalmente.

—Ya, pero yo voy a ser recordada toda la vida como «la que le hizo la paja a Nacho».

Nos dio la risa a las dos, pero enseguida tuvimos que callarnos, ya que entraba el profesor de Mates por la puerta.

—Gracias —le susurré a Vega.

Ella sonrió y me apretó la mano.

En el recreo, fuimos directas a hablar con Sofía. La encontramos sentada con Alba en las escaleras de entrada al laboratorio, riéndose de algo que les había pasado en clase.

—Hola, Sofía. Tenemos que hablar contigo —dijo Vega, seria.

—Sí, tenemos que hablar contigo —repetí—. Es importante.

Dejaron de reírse, extrañadas. Alba se levantó de las escaleras y se despidió con una sonrisa.

—Bueno, guapa, luego nos vemos. Hasta luego, chicas.

Sofía se puso de pie, para quedar a nuestra altura.

—Vosotras diréis… —Nos miró a las dos de frente.

—¿Tú no tienes nada que contarnos? —Fui directa al grano.

Sofía puso cara de sorprendida, abriendo mucho los ojos.

—¿Yo? Vaya… —Nos miró primero a una y luego a la otra, cruzando los brazos—. No, no tengo nada que contaros. ¿Por qué? ¿Acaso debería?

Yo también crucé los brazos. Aquello no iba a ser fácil.

—Bueno, yo creo que sí que deberías contarnos algo. Algo raro que te ha pasado en los últimos días.

Sofía levantó las cejas, invitándome a continuar.

—Ya sabes… —Moví la mano, intentando que fuera ella la que dijera algo más.

—*Des-pa-ci-to*… —cantó Vega—, *na na na na na, despacito*…

Las dos nos giramos hacia ella, desconcertadas.

—Tenía que intentarlo, tía —dijo Vega con voz inocente—. Conmigo funcionó.

De repente, Sofía soltó una carcajada.

—No sé si quiero saber qué relación tiene Luis Fonsi con todo esto.

—¿Ves cómo tenía razón? ¡Funciona! —Vega dio un gritito de felicidad.

Abrazamos las dos a Sofía, que no paraba de reírse.

—¡Menos mal que estás aquí! Estábamos preocupadas por si habíamos cambiado algo en el pasado —le dije.

—Vamos, tienes que empezar a salir con David antes de que sea demasiado tarde. —Vega la cogió de la mano.

—Para el carro —Sofía la frenó en seco—, no voy a salir con David.

—¿Por qué? —pregunté.

—Es complicado de explicar —dijo mirándonos a las dos y hablando en voz baja—, y este no es ni el momento ni el lugar para hacerlo. Si queréis, quedamos esta tarde para tomar café y os lo cuento, ¿vale?

Vega y yo asentimos.

—Por cierto, ¿tú no decías que nunca nunca saldrías con Rubén?

Sofía le dio un codazo a Vega, que se ruborizó. Después, muy animada, le contó la historia de cómo Rubén la había acompañado el sábado a casa, y que ella le pidió salir. Sofía la escuchaba, le hacía comentarios y le decía cuánto se alegraba de verla tan feliz. Mientras hablaban, eché una ojeada y busqué a Martín por el patio. Estaba sentado solo en un banco y miraba en mi dirección. Me levanté, dispuesta a acercarme para arreglar las cosas, pero no había dado ni tres pasos cuando las dos chicas de esa mañana aparecieron por sorpresa y se sentaron con él. Le ofrecieron un cigarro, él sacó su mechero, les dio fuego y se pusieron a charlar. Como ya no volvió a mirarme, retrocedí y me senté otra vez con mis amigas, escuchando lo que decían, pero sin apartar la vista de Martín.

Habíamos quedado a las cinco y media en *Cheers*, nuestra cafetería favorita, pero ya eran las seis menos diez y Sofía todavía no había llegado.

—No es normal que tarde tanto, ¿no? —preguntó Vega.

Me encogí de hombros. No sabía si era normal, pero sí bastante habitual que mis amigas llegasen veinte o treinta minutos tarde por sistema. Yo ya estaba acostumbrada, pero Vega estaba sufriendo. Como siempre era la última, eso de llegar puntual y que Sofía se retrasase la había puesto más nerviosa si cabía.

—Voy a llamar a su casa, ¿tienes cinco duros para la cabina? —me preguntó—. ¡Dios! Cómo echo de menos el WhatsApp…

Me reí mientras le daba un par de monedas que había encontrado en el bolsillo de mi chaqueta. Vega las cogió y salió corriendo hacia el final de la calle.

No había pasado ni un minuto cuando Sofía entró por la puerta. Le hice señas desde los sofás del fondo.

—¿No ha llegado Vega aún?

—Ha ido a llamarte. No te has cruzado con ella de milagro —le dije mientras se quitaba la chaqueta y la dejaba sobre las nuestras.

—Pues ya verás qué risa le va a dar cuando mi madre le diga que ya he salido.

Sofía pidió un café y me preguntó qué tal estaba.

—Primero Jorge, y luego Martín… Esta no ha sido mi mejor semana.

—Ya imagino. —Me dio una palmadita en la rodilla.

Vega entró por la puerta y, al descubrir a Sofía, se dio golpecitos en la muñeca con dos dedos, como si tuviera un reloj.

—Pero ¿qué horas son estas de llegar? —le increpó.

Sofía la miró con expresión de incredulidad.

—¿En serio, tía? —dijo fingiendo indignación—. ¿Llegas pronto una sola vez y te conviertes en la guardiana de la puntualidad?

—¡Es que nos tienes en ascuas!

La camarera llegó con el café. En cuanto se marchó, Sofía empezó a contarnos.

—David tiene una amante…

—¡¿Qué?! —dijo Vega—, ¡no puede ser!

Sofía asintió con expresión calmada.

—Pero ¿desde cuándo? —pregunté sin dar crédito.

—Hará unos tres años más o menos…

—¡No me jodas! —Vega se echó hacia atrás en el sofá.

—Pero ¿quién es?, ¿y por qué no nos habías contado nada? —Puse una mano en su brazo, en un gesto de cariño.

—Es una de las madres del colegio de las niñas. —Sofía se encogió de hombros—. No os lo he contado porque al principio me costó mucho aceptarlo. No quería enfrentarme al problema ni tomar ninguna decisión definitiva. Y ahora… Bueno, digamos que ahora me viene muy bien que la tenga para no sentirme culpable.

—Pero culpable ¿de qué? —le pregunté—. ¿Por qué tendrías tú que sentirte culpable?

—Pues porque no lo quiero, Blanca —dijo Sofía muy seria—. Hace mucho que no lo quiero… O quizá es que no lo he querido nunca.

Vega resopló, asombrada y agarró un cigarrillo mientras movía la cabeza.

—No lo entiendo, Sofía; lo siento, pero no lo entiendo —musitó.

—No me malinterpretes, quiero a David, es de mi familia, pero nunca he sentido lo mismo que tú con Rubén —después, me miró— o lo que te ocurría a ti con Jorge.

—Pero, y si no lo querías, ¿por qué te casaste con él? —preguntó Vega—. Joder, ¡si hasta tenéis dos hijas!

—Pues no lo sé, Vega, porque supongo que tardé mucho en darme cuenta de que solo había querido a una persona en mi vida.

—¿Y quién es esa persona? —pregunté, bastante sorprendida con lo que escuchaba.

Sofía nos miró, titubeante.

—Alba —dijo finalmente—. Alba Torres.

—¡¿Qué coño dices, Sofía?! —Vega se levantó de golpe del sofá—. Estoy flipando, necesito tomar el aire.

Cogió su chaqueta y salió. Sofía se echó a temblar al observar la reacción de Vega. La abracé para que se tranquilizara.

—Por favor, Blanca, no podéis juzgarme así. Si vosotras no me apoyáis, ¿quién lo va a hacer?

—Tranquila, Sofi. No creo que Vega te juzgue. Más bien pienso que está alucinando. Ya sabes que tiene a David en un pedestal.

Ella asintió y las dos sonreímos. Siempre bromeábamos con que deberían haber acabado juntos de tanto que se admiraban. Vega pensaba que David era el marido perfecto y quería

encontrar a un tío como él, y David opinaba que Vega era la única mujer que lo entendía, sobre todo si había fútbol.

—Y lo es, Blanca, David es el marido perfecto…, pero no para mí. De verdad, no quiero reprocharle nada porque, en cierta manera, comprendo su frustración.

—Pero ¿él sabe que tú lo sabes?

—Supongo que sí. Al principio dejó muchas pistas: pagos de hoteles en la cuenta conjunta, su teléfono sin desbloquear cuando se metía en la ducha, el navegador abierto en la bandeja de entrada de su *email*… Era tan fácil pillarlo, que creo que lo hacía a propósito.

La miré extrañada. Sofía continuó:

—Me daba la sensación de que, de alguna manera, intentaba que yo reaccionase, ¿sabes lo que quiero decir? Que le montase un numerito de celos o algo así para comprobar que todavía lo quería… —asentí, atenta—, o quizá fuese por cobardía, para que yo lo dejara. No lo sé. ¿Pero sabes lo que hice? —Moví la cabeza—. No hice nada, Blanca. Nada.

»Bueno, lloré y estuve muy asustada durante un tiempo, pensando en la que se me venía encima: las explicaciones a la familia, el papeleo, la empresa, las niñas… Pero a él nunca le dije nada. Tampoco se lo conté a nadie. Fue como si no estuviera ocurriendo. Y a la vez me liberé de cualquier tipo de culpa y de responsabilidad. ¿Tiene sentido, Blanca?

Asentí y le sonreí. En ese momento, volvió Vega.

—Lo siento, Sofi. Siempre he pensado que tú lo tenías todo y que eras muy feliz. Me ha sobrepasado lo que nos estabas contando. Ya sabes que me afectaron tanto los cuernos de Rubén que yo solo deseaba tener un novio como el tuyo, y al escuchar lo que ha pasado con David, me ha vuelto todo de golpe. Siento haber reaccionado así.

Vega y Sofía se abrazaron.

—Lo que no entiendo muy bien es lo de Alba —dije—. ¿No era la novia de David?

Sofía soltó una carcajada.

—Tengo que confesaros que nunca os he contado la verdadera historia de cómo David y yo empezamos a salir.

—Joder, ¡pues a qué esperas! —Vega se encendió otro cigarrillo y se sentó en el sofá.

—No sé vosotras, pero a mí me apetece mucho una copa de vino —les dije—. ¿Sería muy raro que las pidiésemos?

Asintieron con cara de reproche.

—¿Adolescentes bebiendo un crianza? Sí, es muy raro —dijo Vega—. Pídete una cerveza y no interrumpas más, que quiero saber qué pasa con Alba.

Sofía se rio. Después, se encendió un cigarrillo.

—¿Os acordáis de que David salía con ella? —Asentimos—. Alba y yo nos hicimos muy amigas a principio de curso, lo pasábamos genial juntas, nos reíamos, nos lo contábamos todo. Muchas veces incluso quedaba con ella y con David.

—Es verdad —dijo Vega, recordando—, tuviste una temporadita en la que no quedabas mucho con nosotras.

—Sí… Pues bien, un día antes de mi cumple quedé con Alba y me dijo que acababa de cortar con David porque estaba enamorada de otra persona. Y que esa persona era yo.

—¡Joder! —gritó Vega, emocionada—. Eso fue el viernes pasado, ¿no? ¿Y qué pasó?

—Sí, fue el viernes pasado. —Sofía dudó un poco antes de seguir—. ¿Queréis saber qué pasó el viernes pasado o el viernes antes de mi cumple de… de la otra vez… eh, del otro 1996? —Suspiró—. No sé cómo llamarlo.

—Lo llamamos «la otra dimensión» —puntualicé—. Creo que sería mejor que nos contases

primero lo que ocurrió entonces y, después, lo de este viernes.

—Vale, pues me dijo que estaba enamorada de mí… y me besó.

—¿Y tú qué hiciste? —preguntó Vega intrigada.

—¿Yo? Salí corriendo, acojonada —se rio Sofía.

Las dos la miramos, extrañadas.

—Chicas, me encantó besarla, pero me costó bastante procesarlo. Yo diría que por lo menos quince años.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Vega.

—Al día siguiente fue mi cumpleaños y David estaba hecho polvo por lo de Alba. Como en esa época ya teníamos confianza, hablamos de ella durante todo el botellón. A él le dijo que lo dejaba porque le gustaba otra persona, pero no le había dicho quién era.

»Él estaba fatal y yo me sentía cada vez más culpable por haber provocado aquella situación, así que lo abracé para consolarlo, y él me besó. Y yo no fui capaz de apartarme porque pensé que, si lo rechazaba, se hundiría del todo. —Sofía soltó una carcajada—. Y así empezamos a salir. Luego nos casamos y tuvimos hijas… Y todo porque yo me sentía tan culpable de su sufrimiento que no quería causarle más dolor. Qué absurdo, ¿no?

—Joder, tía, y nosotras que pensábamos que tenías la vida perfecta con él. ¡Si nunca discutíais! —le dije.

—Bueno, es que es muy fácil vivir con David. Es un tío trabajador, se cuida, hace deporte, se esfuerza en la cama… Es un padre cojonudo y un buen socio en el trabajo. No puedo quejarme, la verdad.

—Pero no lo quieres… —dijo Vega.

—No lo amo en el sentido romántico —puntualizó Sofía—, pero lo quiero mucho y por eso quiero que sea feliz.

—¿Y qué pasó este viernes con Alba? —pregunté.

—La besé, y le dije que también estaba enamorada de ella.

—¡Joder! ¡Tú eres el «antiguo amor del instituto» que decía en el libro! —gritó Vega

Sofía soltó una carcajada.

—¡Que engañadas nos tenías! —me reí yo también—. Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿te quedas con Alba?

—No lo sé, no sé qué pasará mañana, pero ahora mismo solo quiero disfrutar de mis dieciséis años. Necesitaba unas vacaciones de mí misma.

—Pero ¿y tus hijas? —preguntó Vega—. Si no sales con David…

—No te creas que no lo he estado pensando durante toda la semana —la interrumpió Sofía—. Llevo solo unos días sin ellas y no sabes cuánto las echo de menos… ¡A todas horas! Pero no puede haber solo una única posibilidad causa-efecto. Es decir, las gemelas nacerán dentro de quince años. Por lo tanto, para que eso ocurra ¿es estrictamente necesario que comencemos a salir este fin de semana? —Vega y yo no supimos qué contestar—. Podría ser la semana que viene o incluso dentro de dos años y no cambiaría nada respecto a nuestras hijas.

»Para ser más exactos, en principio solo sería necesario que nos acostásemos juntos esa noche. Pero todavía faltan muchos años para eso, por lo que creo que me merezco aprovechar mis dieciséis al menos un par de semanitas, ¿no creéis?

Las dos miramos a Sofía y nos encogimos de hombros. Visto así, tenía razón.

—Además, después de lo que os ha pasado a vosotras, parece que existe una fuerza que provoca que lo que tenga que pasar, pase —continuó—. Tú has vuelto a salir con Rubén —señaló a Vega, que se sonrojó— después de haber jurado durante años que no lo harías; y tú, has

acabado enrollándote con Nacho y cortando con Martín, aunque me parece que no era eso lo que querías hacer, ¿no es cierto?

—Es posible… Quizá lo que tiene que pasar, acaba pasando, de una manera o de otra —repetí, aunque no estaba muy segura de entenderlo.

Vega me miró desde el otro sofá y, por la cara que puso, creo que estaba igual de desconcertada que yo, pero Sofía sonaba tan vehemente, que no había quien le llevase la contraria.

Solo esperaba que aquella no fuera una de esas decisiones de las que tuviera que lamentarse después.

CAPÍTULO 7
AÚN ESTAMOS A TIEMPO

Miércoles, 1 de mayo de 1996

—Blanca, ¿de verdad crees que lo que tiene que pasar acaba pasando? —me preguntó Vega al otro lado de la línea.

Eran las diez y media de la mañana de un día festivo. Si me había sacado de la cama para preguntarme eso, era porque algo no la había dejado dormir.

—No lo sé, tal vez… O a lo mejor no. —Disimulé un bostezo.

—¿Sí o no?

—No tengo ni idea, ¿por qué quieres saberlo?

Vega resopló, frustrada por no haber conseguido una respuesta.

—Tengo miedo de que Rubén me vuelva a poner los cuernos —dijo con un hilo de voz.

Me froté los ojos. No estaba preparada para tener aquel tipo de conversación con Vega antes de tomarme un café. Conociendo el historial de Rubén, lo más seguro era que ocurriese otra vez, por un tema de estadística más de que del destino. Si había pasado hasta cuatro veces, habría una quinta. No hablábamos de un hecho aislado. Era parte de su personalidad enamoradiza.

—¿Por qué piensas que esta vez será diferente? —Elegí las palabras con mucho cuidado para no meter la pata.

—A lo mejor lo sería si nunca conoce a esas chicas. —Vega suspiró, cansada. Se notaba que llevaba mucho rato dándole vueltas al tema—. No sé, tía, siento que tengo una oportunidad para recuperar al amor de mi vida, quizá, si hago las cosas de otra manera, los resultados sean distintos.

—Vega, las dos sabemos quién es el único que debería hacer las cosas de una forma diferente.

—Ya, pero ¿y si hay algo que yo puedo cambiar para evitar que pase todo eso?

Lo que me faltaba por oír. Ahora parecía que la culpa de que fuera un cabrón era de mi amiga. Recordé cuánto la había visto llorar en el futuro por culpa de Rubén y empecé a enfadarme. Tenía que sacarla de ese estado cuanto antes.

—Creía que esto ya lo teníamos superado. Sabes que bajo esos rizos rubios y esa cara de niño bueno hay un *fucker* de mucho cuidado. Y eso es así en la otra dimensión, en esta y en la de más allá. Entendería que fuera algo evitable si solo hubiera ocurrido una vez y después estuviera muy arrepentido. Pero fue él quien decidió serte infiel cada una de las cuatro veces. Sabía lo que

hacía. Y sabía que te afectaría. Pero, aun así, decidió que quería que pasara.

La escuché sollozar al otro lado de la línea. Quizá había sido demasiado rotunda, pero no quería que mi amiga entrase otra vez en una espiral de ansiedad y sufrimiento. Inspiré y suavicé el tono.

—Vega, ¿ha sucedido algo con Rubén? —pregunté con una voz mucho más cariñosa.

—No. Todo es maravilloso, y no quiero que se acabe. —Vega sorbió por la nariz—. No quiero volver a pasarlo mal.

—Cariño, sabes que la única manera de que no vuelvas a pasarlo mal es que lo dejes tú antes de que ocurra todo.

—Ya, pero no puedo romper con él por algo que en el fondo aún no ha pasado, ¿qué motivo le voy a dar? ¡Si está siendo un cielo! —Vega suspiró y se sonó la nariz con fuerza junto al auricular.

—¡Me acabas de dejar sorda! —grité, riéndome.

—Perdón, perdón. —Vega se rio también y volvió a sonarse.

—Por cierto, ¿qué tal ayer? —Sabía que había ido a la cena del equipo de fútbol y quería enterarme de cómo estaba Martín—. ¿Fue mucha gente? ¿Muchas chicas?

—Bueno, no muchas, las de siempre. Lo pasamos bien. Me preguntó por ti…

—¿Quién, Martín? —la interrumpí—. ¿Te preguntó por mí?

—No, fue Raquel. Me preguntó cómo estabas. Qué maja es. No deberíamos haber perdido el contacto con ella en el futuro…

—Pero ¿estaba Martín? —le pregunté para volver a lo que de verdad me interesaba.

—Sí. —Parecía que iba a decir algo más, pero se calló y me puse nerviosa.

—¿Pasó algo ayer?

Vega respiró con fuerza en el teléfono. Creo que dudaba si contármelo o no.

—Me parece que no pasó nada, pero estuvo con una chica.

—¿En la cena? ¡¿Con quién?! —El corazón me latió con fuerza.

—No. Vino a la cena solo, pero luego fuimos a un bar donde había gente del insti y allí estaba la rubia esa de segundo, la que tiene un lunar en la barbilla… ¿Sabes quién te digo?

—Sí —contesté. Sabía de sobra a quién se refería. Era la chica con la que lo había visto en el instituto un par de veces—. ¿Se enrollaron?

—Yo no vi que se enrollaran —dijo Vega—. Estuvieron charlando. Ella lo tocaba mucho al hablar y parecía más lanzada, pero Martín se fue pronto y ella se quedó allí, así que no creo que pasara nada más. —Respiré, aliviada. Había pensado que lo perdía—. El que se enrolló con alguien fue David —dijo con un hilo de voz.

—No jodas, tía. ¿Estás segura?

—Sí.

—Qué movida.

—Ya.

—¿La conocemos?

—No, es de otro instituto. Raquel la conoce de su *urba*.

Mi madre dio un par de golpes en la puerta del baño para que colgase, tenía que hacer una llamada.

—Tía, mi madre me mete prisa. ¿Nos vemos esta tarde o has quedado?

—No, no he quedado aún, aunque Sofía quería que nos viésemos… ¿Te parece si hablamos a mediodía y decidimos?

—Vale, no le has dicho nada a Sofía, ¿no?

—No, no sé si deberíamos hacerlo.

Volvieron a golpear la puerta y me despedí de Vega rápidamente. Al salir del baño, le di el teléfono a mi madre, que ponía mala cara, y fui a la cocina a prepararme ese primer café que tanta falta me hacía.

Mientras esperaba a que la cafetera estuviese lista, le di vueltas a la pregunta de Vega: «¿De verdad acaba pasando lo que tiene que pasar?». Yo no confiaba demasiado en el destino, prefería tenerlo todo bajo control, aunque los acontecimientos de los últimos días estuvieran siendo la excepción. Necesitaba hablar con Martín para arreglar las cosas. Me había dado cuenta de que el domingo me había precipitado al ir a su casa con todo tan reciente. Debería de haber dejado que las aguas se calmasen un poco. Pero aún estaba a tiempo de volver a intentarlo, quizá en un par de días.

Me puse un poco nerviosa al imaginarme la escena del bar que me había descrito Vega. «Por favor, Martín, no hagas ninguna tontería que pueda fastidiarlo todo», recé. También tenía que pararle los pies a Nacho. La historia de la paja que iba contando se extendía demasiado rápido y tenía que detenerlo antes de que me afectase en otros aspectos. Por suerte, aún me faltaban varios años para conocer a Jorge y los problemas que tenía que solucionar con él habían dejado de ser urgentes.

El líquido borboteó y el intenso aroma a café que desprendía me recordó al que me llevaba Jorge a la cama los domingos, con espuma de leche y canela por encima. «El especial de la casa», lo llamaba. Dejaba la taza encima de mi mesita de noche y me despertaba con besos por todo el cuerpo. Sonreí al darme cuenta de que nunca fui capaz de tomármelo caliente. Nos entreteníamos tanto el uno con el otro, que cuando le daba el primer sorbo ya estaba helado.

Me serví un café con leche y le puse un poco de canela en honor a Jorge. Lo echaba de menos. ¿En qué momento habíamos dejado de hacer el amor los domingos por la mañana? La culpa no era solo suya, yo era consciente de que había priorizado asuntos que no tenían tanta importancia. Si lo hubiera hecho de otra manera, todo habría sido diferente. En parte, entendía cómo se sentía Vega. «Cuando vuelva de nuevo al futuro, van a cambiar muchas cosas». Pero no parecía que el universo estuviese muy por la labor de devolverme a 2019. Y, para ser sincera, aquí aún tenía bastante trabajo por hacer.

Salí del ascensor y llamé al timbre, distraída. Unos segundos después, abrió la puerta un hombre guapísimo que me sonreía. Moreno, musculoso, pelo corto y facciones marcadas. Me recordaba un poco a Jon Kortajarena. Di un paso hacia atrás para comprobar el número del rellano, pensé que quizá me había equivocado. Pero no, estaba en el sexto piso, letra D. Era la casa de Sofía.

—Hola, Blanca, pasa; Sofi está en su cuarto. Ya sabes dónde es.

Me quedé parada unos segundos en la puerta, sonriendo como una boba. «¿Este es el padre de Sofía? ¡Joder! Está buenísimo ¿Por qué no lo recordaba así?».

—Adelante, señorita. —Se echó a un lado para dejarme pasar.

—Gracias… —dije con un hilo de voz ronca mientras tropezaba contra el mueble de la entrada. Solté una risita estúpida.

«Perfecto. Ahora, además, parece que estoy borracha».

—Voy… a verla —tartamudeé, colorada—. Es al fondo, ¿no?

El padre de Sofía asintió, sorprendido. Me di media vuelta y eché a andar deprisa hacia la habitación de Sofía, poniendo mucho cuidado en llegar hasta allí sin tropezar con nada más.

—¡Joder, qué guapo es tu padre! —dije al abrir la puerta de su habitación.

Sofía levantó la mirada del libro que leía, tumbada en la cama, y se rio.

—Lo sé. Creo que no había sido consciente hasta esta semana.

—Te entiendo. Yo lo recordaba como…, como un padre. Pero ¡joder, pedazo de hombre! —me reí—. Por cierto, he traído chuches.

Levanté la bolsa que había comprado en el Deshoras y la agité en el aire. Había todo tipo de gominolas, chicles y picapicas. Sofía se levantó de un salto y corrió a por ellas como una drogadicta.

—¡Peta Zetas! Me encantan. —Rompió el envoltorio con ansia y vació el contenido en su boca. Cerró los ojos y disfrutó de las explosiones que se producían cuando los trocitos de caramelo entraban en contacto con su lengua.

Me reí al verla abrir y cerrar la boca, como si estuviera en trance, para escuchar ese sonidito tan característico. Lo más gracioso de todo era que, en el futuro, se había convertido en una madre defensora de la comida real, experta en repostería saludable y bastante estricta con el azúcar que no dejaba que sus hijas tomasen ese tipo de golosinas.

Acababa de coger un regaliz rojo y de tumbarme boca arriba en la cama a mordisquearlo cuando escuchamos el timbre.

—Ya está aquí Vega. —Sofía abrió el segundo sobre de Peta Zetas y se recostó al otro lado de la cama.

—Verás cuando vea a tu padre.

Nos reímos, imaginando su cara de sorpresa. Unos segundos después, entró en la habitación, totalmente sofocada.

—¡Joder! ¡Tu padre está tremendo! —Se abanicaba con la mano—. Os juro que cuando ha dicho mi nombre se me ha escapado hasta un gemido.

Sofía se tapó la cara con las manos, riéndose

—¡Por Dios, Vega! Que estás hablando de mi padre.

—Entonces, mejor no te cuento lo que le haría… ¿Cuántos años tiene?

—Treinta y siete.

—Mmmm… Me gustan jovencitos.

Vega cerró los ojos y puso morritos. Al abrirlos, reparó en la bolsa de chuches sobre la cama junto a los dos envoltorios de Peta Zetas vacíos.

—¡Eh, cabrona! ¿No te los habrás comido todos?

—Es mierda de la buena. —Asintió entre ruiditos de explosiones.

Saqué otro par de sobres del bolsillo de mis vaqueros y se los ofrecí a Vega mientras mordía mi regaliz.

—Los llevaba escondidos porque ya sabía lo que iba a pasar.

Vega cogió uno y lo abrió refunfuñando. Se sentó en el suelo sobre unos cojines y apoyó la espalda en la mesa del escritorio. Nos quedamos unos segundos en silencio, escuchando el chasquido de los Peta Zetas mezclado con la música de fondo.

—¿OBK? —pregunté

—*Historias de amor* —confirmó Sofía.

—Muy apropiado —contestó Vega.

Cuando terminó la canción, sonó *Self Estime,* de Offspring, que nos sacó de golpe de nuestras ensoñaciones.

—Joder, Sofi, pasas de una a otra como si nada. Pon OBK otra vez, porfa —dijo Vega.

Sofía se levantó de la cama y se acercó a la minicadena. Paró el casete, rebobinó unos segundos. Volvió a parar. Pulsó *play*. Escuchó un par de notas de la canción, se dio cuenta de que estaba por la mitad y continuó rebobinando. Vega y yo nos miramos, alucinadas de todo el

tiempo que llevaba poner el mismo tema. Nos reímos con ganas. Sofía se giró hacia nosotras, mosqueada.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Vaya tela con la tecnología de los noventa. Acabo de recordar por qué grabábamos en una cinta varias veces seguidas la misma canción —dijo Vega

—Ya ves, qué ganas tengo de que inventen las *playlists* de Spotify —contesté.

Sofía pulsó otra vez el *play* y se escucharon los últimos acordes de *La princesa de mis sueños*.

—Va detrás de esta. —Se tumbó otra vez en la cama.

—¿Qué cosas del futuro echáis de menos? —preguntó de golpe Vega.

—A mis niñas…

Vega puso los ojos en blanco.

—Ya, bueno yo también echo de menos al repartidor de Amazon de mi barrio, que está buenísimo, pero he dicho «cosas».

Sofía, lejos de enfadarse, se rio.

—Déjame que piense…

—Yo echo de menos hacerme fotos y verlas en el momento. Odio esperar tanto para que las revelen. Y si encima quedan borrosas o quemadas, ya no las puedes repetir —dije yo.

—Google… —dijo Vega—. El otro día pensé en cuántos años debe tener Brad Pitt en este momento y me jodió muchísimo quedarme con la duda.

—Es verdad, qué buenos tiempos aquellos, cuando podíamos consultar todo desde el móvil en cualquier momento —se rio Sofía—. Ahora mismo es que no tengo internet ni en el ordenador.

—Yo tampoco tengo internet —contestó Vega.

—Ni yo… —puse cara de pena—. Creo que faltan, por lo menos, tres o cuatro años para que mis padres lo pongan en casa.

—¿Sabéis lo que echo de menos? ¡Los filtros de Instagram! —dijo Sofía. Después, se lo pensó mejor y, acariciándose las mejillas, añadió—: Aunque la verdad es que ahora mismo no necesito muchos filtros porque mi piel es tersa como la de una adolescente.

—Es el filtro 1996 —me reí, y Sofía se rio también.

—Lo malo de no tener Instagram es que no podemos cotillear lo que hacen los demás —se lamentó Vega.

—Casi mejor así… —Intenté no pensar en Martín tonteando con la chica del lunar—. Hay cosas que es mejor no saber.

—Sí, calla, calla —dijo Sofía—, menos mal que no hay redes sociales y no quedan pruebas de lo borrachas que íbamos el sábado.

—¡Tenía que haberte grabado bailando encima del altavoz mientras te vitoreaban desde abajo! —le dije a Sofía, riéndome—. ¡Lo estabas dando todo!

Avergonzada, se cubrió la cara mientras se reía, pero enseguida cargó contra mí.

—Tú no hables mucho, porque la escenita que montasteis en la puerta del *pub* fue memorable…

—*Por el amor de esa mujeeer…* —cantó Vega— *somos dos hombres con un mismo… destino…* —corearon al unísono las dos.

Solté un bufido y me eché a reír, tapándome con la almohada.

—*Y aunque me digas que ella es para ti…* —cantó Sofía gesticulando con exageración y mirando a Vega

—*… y aunque seas, mi amigo…* —le siguió ella.

—*¡Lucharéeeee!* —cantaron a la vez antes de estallar en carcajadas.

—¡Cabronas! —les grité.

Tras recuperar el aliento, le pedí a Sofía que me enseñara alguna táctica de las que aprendió en esas clases.

—Lo pasé fatal el sábado y no me hace mucha gracia que me tengan que rescatar siempre. Además, en algún momento tendré que hablar con Nacho sobre lo que va diciendo de mí en el instituto y quiero saber defenderme. Por si acaso.

Sofía se levantó de la cama y se colocó en posición.

—Ven aquí. —Me hizo un gesto con la mano.

Me puse a su lado y la imité. Durante los siguientes veinte minutos, me explicó un par de movimientos sencillos que me permitirían escapar si me volvía a encontrar en una situación parecida a la del sábado anterior. Vega mordisqueaba, distraída, un regaliz rojo y no parecía prestarnos demasiada atención.

—Me he acostado con Rubén —dijo de repente.

Sofía se giró, perpleja, cuando yo ya tenía mi pierna en el aire , por lo que mi patada la pilló desprevenida y la tiró al suelo. Cayó de culo, agarrándose la entrepierna y emitiendo quejidos varios. Yo me quedé de pie, parada entre la una y la otra, sin saber muy bien a quién atender.

Al final, me acerqué a Sofía.

—Tía, ¿estás bien? Perdóname, no ha sido a propósito.

Sofía asintió, aguantándose el dolor, e hizo un gesto con la mano para que no me preocupara. Me volví hacia Vega.

—¿Que te has acostado con Rubén? Pero ¿cuándo? —Me senté en el suelo junto a ella, escuchando con atención.

—Ayer, antes de la cena —contestó Vega, como si no tuviera importancia, sin dejar de morder el regaliz.

Sofía se arrastró hasta nosotras. Las dos miramos a Vega con interés.

—Chicas, tampoco es para tanto —se rio al vernos tan sorprendidas—, no es la primera vez que me acuesto con Rubén. Bueno, técnicamente sí… ¿O no?

Vega miró al techo, pensativa, intentando llegar a una conclusión.

—Pero ¿cómo fue? —preguntó Sofía—. ¿No se supone que tardasteis más de un año hasta que lo hicisteis?

—Pues sí, en la otra dimensión sí. Pero ayer pensé: ¿y para qué esperar tanto, si total ya sé de qué va todo esto? Así que, aprovechando que por la tarde sus padres se fueron al cine, nos acostamos.

—¿Y qué tal? —pregunté, curiosa.

Vega guardó silencio durante unos segundos para crear expectación.

—Pues una mierda. ¿Para que os voy a engañar? —Soltó una risa—. Yo pensaba que, al tener tanta experiencia, ahora todo sería más fácil, pero es que no me duró ni cinco minutos. Voy a tener que empezar a enseñarle tantas cosas…

No pudimos evitar reírnos de lo frustrada que estaba.

—¡La que le acaba de caer encima al pobre chaval! —dije sin poder parar de reír. Ha llegado la *amantis* religiosa…

—A ver, que fue muy bonito, pero demasiado rápido —se justificó Vega—. Yo no había empezado casi a disfrutar y él ya había terminado.

—¿Y no fue raro? —preguntó Sofía—. Es decir, él es un chavalín…

—Pues, realmente, no —contestó Vega—. Es Rubén. Y para mí Rubén siempre tendrá mi edad. Lo he conocido a los catorce, a los veinticinco y también con cuarenta. Cuando lo miro no veo a un chico de dieciséis, veo a… Rubén. No sé si me explico.

Asentí. La entendía muy bien. A mí me había pasado lo mismo con Martín. No veía a un adolescente, sino a un chico de mi edad. Porque nuestra generación está formada siempre por las mismas personas, tengamos dieciséis o cuarenta. Y entonces, por un momento, imaginé cómo habría sido acostarme con Martín en vez de haberlo fastidiado todo enrollándome con Nacho.

—Por cierto, ¿cuándo nos vas a presentar a Alba? —le preguntó Vega a Sofía

—Ya conocéis a Alba —dijo Sofía extrañada.

—Me refiero a una presentación oficial, como tu pareja.

—Ah, no, no. —Sofía negó con la cabeza, poniéndose a la defensiva—. No estoy preparada.

—¿En serio? —pregunté yo—. ¿Por qué no? Somos tus amigas.

—Pues porque no. —Cruzó los brazos, mirando al suelo—. Además, Alba no es mi pareja.

Vega y yo nos miramos confundidas. El lunes parecía que tenía muy claro que quería estar con ella. Sofía suspiró.

—Chicas, estar con Alba es… fantástico. Nos entendemos, lo pasamos genial juntas y me encanta la manera en la que me besa. Pienso en ella todo el día —Levantó la mirada, sonriendo. Se le iluminaba la cara cuando hablaba de Alba—. Esto debe ser lo que se siente al enamorarse… —Era cierto que debía de ser la primera vez que le ocurría, porque nunca la había visto brillar tanto como esa última semana—, pero aún no tengo claro qué hacer con David. Es mi socio, es parte de mi familia. No voy a dejarlo sin más.

Miré a Vega y levanté las cejas. Ella apretó los labios. La señalé con la barbilla. Vega negó con un movimiento casi imperceptible.

—¿Qué? —preguntó Sofía, mosqueada.

Inspiré. Una de las dos tenía que contárselo.

—David se ha enrollado con una chica —me atreví a decir.

Sofía nos miró estupefacta. Abrió la boca como para decir algo, pero no le salieron las palabras. Movía la cabeza sorprendida, como si lo que le habíamos contado no pudiera ser verdad.

—Pero ¿con quién? —atinó a decir con una expresión de desconcierto más que de tristeza.

—Es de otro instituto, una vecina de Raquel —respondió Vega.

—Pero no puede hacerme esto ahora… —Se paró en seco y soltó un grito. Nos miró aterrada —. Acabo de darme cuenta de que vosotras sois las únicas que conocéis todo lo que he vivido con David. ¡Ni siquiera él lo sabe!

Asentimos con cara de circunstancias. Sofía bajó la vista al suelo y se echó a llorar. Vega se acercó para abrazarla y me miró, preocupada. Dejamos que se desahogase llorando.

—¿Estás bien, Sofí? —preguntó Vega tras varios minutos, y le acarició el pelo.

Se encogió de hombros, sorbió por la nariz y señaló el escritorio. Cogí un paquete de pañuelos de papel que había encima y se lo pasé. Sofía se sonó la nariz y se limpió las lágrimas.

—He sido una idiota —dijo sin dejar de mirar al suelo—, pensaba que podría dejarlo en espera mientras disfrutaba un poco de la vida que me perdí.

—Tranquila, seguro que lo de esa chica no ha sido nada serio y todavía estás a tiempo de salir con David —le contestó Vega.

—Ya, pero es que… no quiero romper con Alba. Nunca había sentido algo así y no quiero que se acabe tan pronto porque sé muy bien cómo es vivir sin esto. —La miró, sabiendo que ella la entendía. Vega asintió—. No puedo elegir. También necesito a David: es el padre de mis hijas,

mi socio, mi familia…, aunque él ni siquiera lo sabe. —Las lágrimas empezaron a caer de nuevo.

Sentí su tristeza. No era justo. Ella siempre se había preocupado mucho por que los demás estuvieran bien. Se merecía disfrutar de su propia adolescencia.

—No lo alejes de ti —dijo Vega—. No puedes alejarlo sin más.

—Pero ¿cómo lo hago? ¿Y Alba? —preguntó Sofía.

—Si Alba es para ti, tendrá que entenderlo —dije yo.

—Pero, Blanca ¿cómo le explico esto? ¿Cómo puedo explicárselo a ninguno de los dos? —Sofía negó otra vez, empezaba a entrar en pánico—. No puedo decirles que he viajado en el tiempo, pensarían que estoy loca, no lo entenderían… ¡Ni siquiera yo lo entiendo!

Vega le puso las manos sobre los hombros para que dejase de mover la cabeza y se calmase. Sofía la miró. Vega le limpió una lágrima y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Ninguna lo entendemos. Pero tiene que haber un motivo para que hayamos acabado aquí las tres, y vamos a descubrirlo. No estás sola. —Vega sonrió y Sofía la imitó—. A todas nos están pasando cosas que hace unos días habríamos jurado que eran imposibles. Así que estoy segura de que también encontraremos juntas la solución a esto. —Vega me hizo un gesto para que me acercase más—. Juntas lo solucionaremos todo, ¿vale?

Asentí, y nos abrazamos las tres.

—Gracias, chicas —Sofía nos dio un beso a cada una—, no sé qué haría sin vosotras.

Miré a mi amiga. Por primera vez, me di cuenta de lo vulnerable que parecía. Siempre escuchaba nuestros problemas y nos aconsejaba de la mejor manera posible, aunque supiera que luego haríamos todo lo contrario. Ahora era ella la que nos necesitaba. Quería ayudarla, pero no sabía cómo. Imaginé qué me diría si fuera yo la que estuviese en su situación. Y lo tuve claro.

—Acércate a él —le dije—. Empieza a construir vuestra relación tal y como te gustaría que fuera, incluso si no es romántica, sino de amistad. —Sofía me escuchaba atenta—. Dices que David es muchas cosas para ti, así que tienes que luchar por que continúe siendo todas esas cosas. No sé, tiene que haber más de una sola forma de tenerlo en tu vida. Tú eres la persona que mejor lo conoce, llevas más de veinte años con él, seguro que sabes cómo hacerlo.

Sofía asintió en silencio durante unos segundos, asimilando todo lo que acababa de decirle. Después, me abrazó con fuerza. Le acaricié el pelo, contenta de haber podido ayudarla, aunque solo fuera una vez.

CAPÍTULO 8
CHAN AROUND

Viernes, 3 de mayo de 1996

—¿Qué vais a hacer mañana?

Miré a mis amigas. Era el segundo recreo del viernes y estábamos las tres sentadas en nuestro banco del patio. Sofía repasaba unos apuntes antes de entrar en clase y Vega rebañaba con el dedo el fondo de una bolsa de gusanitos para coger las últimas migas.

—He quedado con Alba —dijo Sofía sin levantar la vista de sus apuntes.

—Yo vendré al partido. —Vega se miraba las yemas de los dedos, que se le habían quedado naranjas—. ¿Por qué no te apuntas?

—¿Fútbol? ¿Después de la semana que llevo? —Arrugué la nariz, no demasiado convencida —. No sé si me apetece.

—Venga, tía, vemos el partido y luego salimos por ahí con Rubén y con estos; creo que hay un cumpleaños, lo pasaremos bien. —Me miró y me tentó con las palabras que sabía que podían hacerme cambiar de opinión—: Y a lo mejor se viene Martín…

La miré, dubitativa. Tal vez podía aprovechar para hablar con él ahora que las aguas ya se habían calmado un poco.

—Bueno, dicho así, no suena tan mal.

—¡Sí, tía! —Vega sonrió feliz y se levantó a tirar la bolsa a la papelera—. Ya verás qué bien lo pasamos.

Cuando se sentaba de nuevo, vimos que, a unos metros de nosotras, David cruzaba el patio en dirección a su clase. En unos instantes pasaría a nuestro lado. Vega le dio una patada a Sofía para que levantase la vista de los apuntes y le hizo un gesto con la barbilla para que le dijera algo. Sofía negó con la cabeza, dándonos a entender que no sabía qué decirle. David pasó por delante y Vega se incorporó de pronto, cortándole el paso.

—Hola, David, ¿cómo estás? —le dijo con una sonrisa.

Él se detuvo de golpe y nos miró, algo sorprendido.

—Hola, chicas —saludó. Como no decíamos nada más, se puso en marcha de nuevo.

Me levanté, metiendo una mano en el bolsillo de mi chaqueta y saqué un cigarrillo que llevaba suelto.

—¿Tienes fuego? —pregunté.

David volvió a detenerse. Dejó la mochila en el suelo y buscó el mechero en los bolsillos de

su pantalón.

—Siéntate con nosotras un rato, ¿qué prisa tienes? —Vega tiraba de su brazo para acercarlo a nuestro banco.

David me pasó el mechero mientras se sentaba. Me encendí el cigarrillo y se lo devolví con un «Gracias». Lo guardó en su bolsillo y sonrió.

Durante unos segundos, nos quedamos todos en silencio. Era una situación muy extraña porque, aunque en el futuro teníamos mucha confianza, cualquier cosa que se me ocurría estaba relacionada con algo que todavía no había pasado. No podía preguntarle por el trabajo o por las niñas, ni por cómo se preparaba para la maratón de ese año. Al final, fue Vega quien rompió el hielo, con uno de sus temas de conversación favoritos:

—¿Viste el partido del Madrid?

—¡Claro! —respondió David—. No sabía que te gustaba el fútbol.

Empezaron una conversación muy animada sobre los últimos partidos del Real Madrid, sus mejores goles y de los jugadores que el equipo debería conservar o prescindir durante la próxima temporada. «Hay cosas que nunca cambian», pensé. Y parece que Sofía me leyó la mente, porque justo en ese momento cruzamos la mirada y nos reímos.

Cuando sonó el timbre para volver a clase, Sofía le preguntó a David si ya tenía pareja para el trabajo de ciencias.

—No, todavía no. Me encantaría ir contigo, si quieres —contestó él.

—Sí, sería genial, porque tengo unas cuantas ideas sobre fuentes de energía que seguro que te interesan.

Los vi caminando juntos y respiré aliviada de que las cosas comenzaran a encauzarse. Luego, en un gesto que ya se había convertido en costumbre, busqué a Martín. Se terminaba un cigarro en la puerta de clase. Al pasar por su lado le sonreí con timidez, tanteando si seguía enfadado o si ya estaría receptivo para hablar conmigo al día siguiente. Para mi sorpresa, él sonrió también. Entré en clase emocionada. Después de una semana que se me había hecho eterna, parecía que por fin podríamos hablar, arreglar las cosas y volver a salir juntos.

El sábado por la tarde, a las cuatro y media, Vega pasó por mi casa para ir al partido. Ya empezaba a hacer calor, así que aproveché para estrenar mi *body* negro de manga corta. Como era escotado, quedaba genial con el colgante de la letra «B» que me había regalado Martín por nuestro primer mes juntos. Ante la duda de falda o pantalón, decidí ponerme un vaquero negro, mis eternas Dr. Martens y mi chaqueta vaquera atada a la cintura, por si después hacía frío. Me gustaba cómo iba vestida. Cogí las gafas de sol redondas con los cristales azules, me guardé en el bolsillo el billete de mil pesetas que me dio mi madre y le planté un sonoro beso en la mejilla. Estaba feliz.

Abajo, en el portal, Vega me esperaba fumándose un cigarrillo. Cuando me vio se echó a reír. Íbamos vestidas prácticamente iguales, aunque su *body* era gris y el vaquero, azul marino. Puse los ojos en blanco:

—Subiría a cambiarme, pero ya vamos tarde, para variar.

—¡Ni de coña! —Vega me cogió del brazo y echó a andar con rapidez—. Date prisa, que quiero ver a mi novio antes de que empiece el partido.

Nada más llegar al instituto, Vega corrió a darle un beso a Rubén, que charlaba con otros seis o siete chicos, pero Martín no estaba entre ellos. Tampoco su moto. Me acerqué a saludarlos. Estaban decidiendo a qué *pub* iríamos después, cuando llegó el entrenador y les pidió que fueran

a cambiarse. Todos se marcharon hacia el vestuario, pero yo preferí esperar un poco.

—Vale, tía, te guardo sitio en la grada —me dijo Vega.

Asentí y me encendí un cigarro. Saludé con la cabeza a un par de jugadores que llegaban en ese momento y que fueron directos al vestuario. Miré el reloj, nerviosa: las cinco menos cinco. Era raro que Martín llegase tan tarde.

—Qué sorpresa encontrarte otra vez por aquí, rubita.

Todo mi cuerpo se tensó al escuchar a Nacho. Apreté los puños al verlo caminar hacia mí. Se detuvo demasiado cerca, como siempre, con esa mala costumbre que tenía de invadir mi espacio personal.

—¿Hoy también has venido a ver a tu novio? Ah, no, si ya no tienes novio —se burló—. Entonces, es que has venido por mí.

Se acercó todavía más a mi cara y me sonrió con chulería, como si no existiera ninguna otra razón en el mundo que justificara mi presencia allí. Lo miré con odio, la rabia me subía desde el estómago.

—Venga, Blanquita, no te enfades, si sabes que estoy de coña. —Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, como si estuviera a punto de besarme.

Escuché una moto detenerse detrás de mí. Se me paró el corazón. «Por favor, no, justo ahora no», recé. Después me giré despacio, cruzando los dedos para que no fuese Martín, pero, por supuesto, era su *Rieju* la que acababa de aparcar. Nacho se asomó por encima de mi hombro y soltó una carcajada al percatarse de quién había llegado.

—Hay que joderse, rubia, ¡nos ha vuelto a pillar otra vez! —gritó Nacho.

Martín se quitó el casco, clavó su mirada en mí y movió ligeramente la cabeza hacia ambos lados, con una mueca que mostraba su decepción. Después se bajó de la moto y echó a andar deprisa hacia el vestuario.

—¡Martín, espera por favor, no es lo que crees! —Corrí hacia él e intenté detenerlo, pero no quiso pararse.

—Tengo prisa, Blanca, llego tarde.

Volví hacia Nacho, rabiosa, hasta que me quedé tan cerca de su cara que sentí su respiración.

—Escúchame bien, pedazo de gilipollas. Hasta aquí hemos llegado —le dije en voz baja, pronunciando con agresividad cada una de las palabras—. Deja de montarte películas y de inventarte esas historias que cuentas por ahí. Es mi último aviso. A partir de aquí, habrá consecuencias.

Nacho se acercó un poco más, pegó su nariz a la mía y preguntó de forma juguetona:

—¿Ah, sí, rubita? ¿Qué consecuencias?

—Estas. —Levanté la pierna con fuerza, y le di con el hueso de la rodilla en los testículos a la vez que echaba mi cabeza para atrás y me cubría con el brazo, tal y como me había enseñado Sofía.

Soltó un grito de dolor, se llevó las manos a la entrepierna y se dobló por la mitad. Dio un par de pasos hacia un lado, tambaleándose, hasta que cayó al suelo en posición fetal.

—¡Joder! Serás zorra… —soltó cuando recuperó el aliento.

—¡Que sea la última vez que me llamas zorra! —le grité, y me fui, de prisa, hacia las gradas.

Al llegar donde estaba Vega, me temblaba todo el cuerpo. Me ofreció un cigarro y le conté lo que había sucedido en el aparcamiento. Ella me escuchaba sorprendida. Contuvo la risa cuando supo cómo había tumbado a Nacho de una patada.

—Bueno, esperemos que ya no moleste más. —Apretó mi mano.

Le sonreí y respiré hondo, mirando al campo, donde estaba a punto de comenzar el partido.

Nacho salió encorvado del vestuario y no pudimos evitar reírnos a carcajadas. Algunos jugadores le preguntaron qué le pasaba, pero él hizo un gesto con la mano, quitándole importancia.

El partido no fue tan animado como el de la semana anterior. A Nacho le costaba correr y Martín no daba pie con bola, nunca mejor dicho. Estaba disperso. Llegó un par de veces a la portería contraria, pero falló los tiros. Sus compañeros se enfadaron tanto que el entrenador tuvo que sustituirlo. Menos mal que Rubén metió un gol en los últimos minutos que los hizo ganar, porque, si no, me habría sentido fatal.

Tras el partido, fuimos al aparcamiento, donde ya esperaban Raquel y otro par de chicas. En cuanto me vio, me dio un abrazo y me preguntó qué tal estaba. Vega tenía razón: era una pena que, en el futuro, hubiésemos perdido el contacto con ella después de que se casara. Hablamos un rato mientras los chicos se duchaban y se arreglaban. Según salían del vestuario, se unían al grupo. Martín fue de los últimos, pero en lugar de quedarse con los demás, fue directo hacia su moto.

—¡Eh, tío! ¿No te vienes? —le preguntaron.

—Hoy no… Otro día —contestó. Se puso el casco y salió del *parking* a toda prisa.

Me quedé un poco desilusionada. Miré a Vega con un gesto de fastidio. Ella se encogió de hombros.

—¿Quién falta? —preguntó alguien.

—Rubén y… Nacho, creo —respondió Raquel.

Llegaron los dos juntos, hablando. Vega se acercó a Rubén y le dio un beso.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Santi, el cumpleañero.

Todos echaron a andar hacia las escaleras y, durante un par de segundos, dudé si acompañarlos o volver a casa. No sabía si me apetecía mucho salir con ese nuevo plan. Nacho se me acercó y yo volví a apretar los puños.

—¡Eh, tía! Vengo en son de paz —dijo levantando las manos.

Lo miré con desconfianza, pero lo dejé hablar.

—Mira, rubita, lo siento. Por cómo me besabas el sábado anterior, pensaba que yo te gustaba, pero al final me llevé un par de hostias como un pringado. —Nacho hizo una mueca—. Estaba cabreado contigo y me lo inventé todo para putearte, pero igual tienes algo de razón y me he pasado un poco. —Me tendió la mano—. ¿Estamos en paz?

Miré la mano que me ofrecía y vacilé. Me preguntaba cuál sería el truco. Nacho se acercó un poco más y añadió en voz baja:

—Por favor, rubia, no cuentes que me has hecho caer de un golpe.

Abrí mucho los ojos, sorprendida. Nacho ladeó un poco la cabeza para preguntar si había trato.

—Pero primero quiero que desmientas todo lo que has ido contando por ahí, sobre todo lo de la…

Nacho se rio como si no tuviera importancia, pero, al verme tan seria, asintió

—Vale, rubia.

Me volvió a tender la mano y, esta vez, se la estreché. Después caminamos deprisa para alcanzar al grupo.

El resto de la tarde la pasamos en el *pub* de siempre. Mientras Rubén y sus amigos bebían unos cubalitros en la barra, Vega y yo bailábamos en la pista, disfrutando como enanas, entre chupito y chupito, de todos esos temas. Para nosotras era música *remember*, de la que ponían en las

bodas al final de la noche, cuando los padres y abuelos de los novios se habían ido a casa. Habíamos bailado *Memories Of Love, Yo te siento así, Scatman*…

—¡Vamos a pedir el *Chan Around*! —gritó Vega cerca de mi oído.

—¡¿Cuál?! —pregunté sin entenderla.

—¡El *Chan Around*!

Puse cara de no tener ni idea. Vega resopló.

—¡Joder, tía, el *Chan Around*! Ya sabes: *¡Chan around… every now and then I fall apaaart…!* —cantó a gritos.

—¡¿*Total Eclipse Of The Heart*?!

—¡Eso, coño! —Soltó una carcajada.

Nos dio un ataque de risa. Cuanto más nos mirábamos, más nos reíamos.

—*Chan Around*, ¡hay que joderse! —Me sequé las lágrimas.

—¡Necesito otro chupito! —pidió Vega al recuperar el aliento.

Nos fuimos a la barra a por otro par de chupitos de tócame los huevos, ese que preparaban con tequila, lima y Seven Up. Los agarramos, cubrimos el vaso con la mano, y contamos hasta tres para darle, a la vez, un golpe seco contra la barra antes de bebérnoslos de un trago. Cuando dejábamos los vasos vacíos empezaron a sonar las primeras notas de *Get It Up*. Vega soltó un grito, me agarró de la mano y corrimos a seguir dándolo todo: interpretamos la parte cantada haciendo un falsete de esos que hacen que te duela la garganta, saltamos como locas, bailamos el paso del boxeador, el de dar cartas… De repente, Vega vio algo a mi espalda que hizo que le cambiara la cara y se parase en seco. Hice el ademán de girarme, pero ella me detuvo con la mano.

—No, Blanca, mejor no mires ahora.

En cuanto Vega dijo esa frase, sentí la urgente necesidad de saber lo que ocurría detrás de mí, aunque intuía que no era nada bueno. Retiré su mano y me di la vuelta.

Y lo que vi, me paralizó.

Como si me dieran un puñetazo en el estómago.

A unos dos metros de mí, Martín se enrollaba con la chica del lunar. La sujetaba del culo con ambas manos, atrayéndola hacia él. Ella le acariciaba la nuca y se restregaba contra su cuerpo. Se estaban dando el lote a base de bien. Me subieron de golpe las ganas de llorar y me volví hacia Vega.

—Vámonos fuera, por favor —supliqué.

Ella me cogió de la mano y se abrió paso deprisa hacia la puerta.

Ya en la calle, me senté en el bordillo y me agarré las piernas. Vega encendió dos cigarros a la vez y me pasó uno.

—Joder, tía, se me ha caído Martín —me dijo, decepcionada—, con lo mono que parecía…

Lloré. No podía parar. Mi amiga se sentó en el bordillo a mi lado y me pasó el brazo por el hombro para consolarme.

—Venga, tranquila, tranquila… —susurraba mientras me pasaba la mano por el pelo—. Si es que es un crío. Porque esto es de primero de venganza.

—Pero no es justo Vega —le contesté—, me estaba empezando a gustar mucho… y… y… me ha dejado por algo que pasó hace veinte años.

—Tienes toda la razón. ¡Malditos viajes en el tiempo injustos! —se quejó Vega.

Eso me hizo sonreír un poco, pero enseguida recordé cómo besaba Martín a esa chica y volvieron las ganas de llorar.

—Es todo una mierda, no soy capaz de mantener ni una relación adulta ni una de

adolescentes…. —sollocé.

—¿Estás llorando ahora por Martín o por Jorge?

—No…lo…sé… —Y lloré con más fuerza.

Vega me abrazó, meciéndome un poco para tranquilizarme. Así estuvimos un buen rato, hasta que algo la hizo levantarse.

—¡Eh, tú! ¡Niñato!

Se fue decidida hacia la esquina contraria, donde Martín y la chica del lunar estaban a punto de subirse a la moto. Se volvieron hacia Vega.

—¿Quién es esta? —preguntó la chica.

—¿Qué pasa, que no había más sitios por donde salir? —le increpó Vega a Martín.

—Me gusta este *pub* —le contestó encogiéndose de hombros, aunque se notaba que estaba un poco avergonzado.

—¿Esa no es tu ex? —La chica me señaló.

Él se giró y nos miramos a los ojos. Le cambió la cara al instante. Parecía bastante sorprendido de verme llorar, quizás incluso algo asustado. Sacando fuerzas de no sé dónde, me levanté del bordillo, respiré hondo y me froté los ojos con la mano para limpiarme las lágrimas. Me acerqué a Vega y la agarré de un brazo, tirando de ella.

—Vamos, tía, pasa de él, ¿no ves que con esto ya me lo ha dejado todo bien claro?

—Muy bien, machote. —Vega aplaudió un par de veces mirando a Martín y luego levantó el pulgar—. Acabas de aprender cómo se pierde a una chica para siempre.

Y nos dimos la vuelta para volver dentro. Sin mirar atrás.

Para mí, Martín acababa de pasar a la historia.

Al llegar a la barra, Rubén se acercó a Vega para preguntarle qué había pasado. Vega vocalizó «Martín», señalándome con la cabeza. Rubén asintió y me pasó su cubalitro. Le di un buen trago y se lo devolví con un amago de sonrisa. El resto de la noche estuvimos con ellos, y tengo que decir que lo pasé bastante bien. Los chicos eran divertidos y Rubén no parecía tan capullo como lo recordaba. Quizá haber visto a Vega sufrir durante tantos años había distorsionado mi imagen de él. A lo mejor, en esa dimensión las cosas podían ser de otra manera.

Los observé a los dos, divertidos y felices, con esa naturalidad con la que tratas a alguien con quien estás a gusto. Y eché mucho de menos a Jorge. Deseé que estuviera allí conmigo. Me lo imaginé riéndose del numerito de venganza que me había montado Martín, o bebiendo los mismos chupitos que nosotros, y ser el único que no parecía borracho.

Y me di cuenta de que no tenía que esperar al futuro para volver a verlo. Sabía dónde encontrarlo en 1996, porque habíamos hablado de esa época alguna vez, comparando lo diferentes que habían sido nuestras vidas en los noventa. Mientras yo era una adolescente que iba al instituto en Alicante, él tenía unos veinticinco años y trabajaba en El Corte Inglés de Sol, en Madrid.

—Voy a buscar a Jorge —le dije a Vega, que puso cara de no entender nada.

—¿Dónde? ¿Ahora?

—No, no. En Madrid.

Rubén se acercó a nosotras, abrazó a Vega por la espalda y apoyó la barbilla en su hombro después de darle un beso en el cuello.

—¿Te vas a ir a Madrid a buscar a Jorge? —dijo extrañada Vega.

Asentí, moviendo la cabeza arriba y abajo.

—¿Quién es Jorge? —preguntó Rubén.

Vega levantó una mano para taparle la cara y me hizo un gesto con los ojos para que no hablara de aquello delante de él.

—Blanca, ahora mismo he bebido tantos chupitos que no sé si tiene sentido o si es una idea malísima —dijo Vega—. ¿Lo hablamos mañana?

Volví a asentir, sonriendo. Estaba emocionada con mi nuevo plan

Iba a encontrar a Jorge.

CAPÍTULO 9
JORGE

Lunes, 6 de mayo de 1996

Era noche cerrada cuando llegué a la estación de tren. A mi alrededor, algunos viajeros somnolientos arrastraban sus maletas por los andenes, aunque, en esa primera hora de la mañana, casi todos los pasajeros eran hombres de negocios sin equipaje. Volví a mirar el reloj: pasaban cinco minutos de las seis y media. Apreté el paso; quería subir al vagón lo antes posible para poder relajarme.

Como la idea era ir y volver en el día, necesitaba salir en el tren de las 6:45, pasar un par de horas en Madrid para ver a Jorge y regresar en el de las 14:15, que llegaba a Alicante sobre las seis de la tarde. Por eso, la noche anterior había dormido en casa de Sofía. Su madre estaba de viaje y su padre entraba a trabajar muy temprano, así que no habría nadie que me viese salir de allí a las seis y media de la mañana. A mis padres les había dicho que me quedaba a dormir en su casa para estudiar el examen de Mates, a lo que no se habían opuesto, ya que sabían lo mal que se me daban. A primera vista era un plan perfecto, pero después de todo lo que me había pasado la última semana, ya no ponía la mano en el fuego por nada.

Me había vestido con ropa de la madre de Sofía. No quería que me pidieran el carnet de identidad, así que intentaba pasar por una veinteañera. Llevaba pantalones *palazzo* negros y camisa blanca; pendientes y colgante de oro, salones negros de tacón y mucho maquillaje. Lo único que desentonaba era mi mochila negra del insti, donde había metido mis vaqueros, deportivas y una sudadera para cambiarme antes de volver a casa.

Mostré mi billete a la azafata al subir al Talgo azul y blanco, y le pregunté si saldríamos en hora.

—Tengo una entrevista de trabajo importante —añadí en mi intento de disimular que solo era una adolescente muy maquillada.

La mujer me devolvió la sonrisa.

—Descuide, señorita, llegaremos a las 10:30 a la estación de Atocha, como está previsto.

Subí al vagón y caminé despacio entre las dos filas de asientos hasta que encontré mi butaca. Me senté, cerré los ojos y pude, por fin, respirar tranquila. Casi no había dormido la noche anterior. Estaba muy emocionada al pensar que iba a ver a Jorge y demasiado asustada por si mi plan salía mal y me pillaban.

El tren arrancó a la hora prevista. Saqué de la mochila una chocolatina y el libro que me había prestado Martín, pero era incapaz de concentrarme en la lectura. Ahora que estaba de camino, empezaba a pensar que todo era un disparate. Al llegar a Madrid, tenía pensado coger el metro hasta la Puerta del Sol y visitar el edificio de informática de El Corte Inglés, donde, en esa época, Jorge vendía ordenadores, aunque no sabía si trabajaría un lunes ni qué horarios tenía. Si llegaba hasta allí y no estaba, ¿qué haría, esperar varias horas dando vueltas por la planta de Informática? O aún peor, si llegaba y sí que estaba, ¿le compraba un ordenador? Imaginé la cara que pondría si le dijese: «Hola, soy tu exnovia del futuro. Te echaba de menos y vengo a arreglar lo nuestro». Respiré hondo para tranquilizarme. La mejor opción sería hacerme pasar por alguien que buscaba un portátil y, a partir de ahí, ya vería por dónde iban los tiros.

Guardé el libro y saqué el *walkman*. Me puse los auriculares, cerré los ojos al recostarme en el asiento y pulsé el *play*. Sonaron los primeros acordes de *Don't Speak*, de No Doubt y pensé en Jorge. ¿Cómo sería en 1996? Había visto algunas fotos suyas de joven, por supuesto, sobre todo las típicas de los viajes en grupo con sus amigos. Pero eran momentos congelados en el tiempo. No conocía su manera de hablar ni su forma de moverse en esa época. ¿Sería igual que en el futuro? ¿Olería como siempre? Recordé cómo me gustaba apoyar mi cabeza en su hombro al abrazarlo, respirando en su cuello. «¿Ya me estás olisqueando?», solía preguntarme en broma, como si se indignara. Y yo casi siempre acababa con un ataque de risa por las cosquillas que me hacía al imitarme, restregando su nariz por mi clavícula y olfateándome como si fuera uno de esos perros policía en busca de droga.

En Atocha me invadió una sensación muy extraña. Había estado en el mismo lugar hacía menos de dos semanas, pero mi vida actual ya poco tenía que ver con aquella. Para mi sorpresa, la estación no había cambiado tanto como imaginaba. Por supuesto, los trenes eran mucho más antiguos y no estaba construida la terminal de llegadas, pero apenas encontré diferencias en la zona del jardín tropical. Quizá los letreros digitales con los horarios de los trenes y el mobiliario urbano, aunque ya estaba tan acostumbrada a los noventa que casi no me llamaron la atención. Si caminaba entre las palmeras y miraba al techo, era capaz de imaginar que todavía estaba en el futuro.

Aproveché que aún se podía fumar en todas partes para encenderme un cigarrillo, aunque tuve la sensación de que alguien me regañaría en cualquier momento. Por supuesto, no ocurrió. Paseé, fumando por la estación con tranquilidad, hasta que di la última calada y apagué la colilla en el cenicero de una de las papeleras que había junto al metro. Era la hora de ir a ver a Jorge. Saqué un billete sencillo y me monté en el vagón que me llevaría directamente a Sol.

Cuando el dependiente me indicó dónde estaba la sección de Informática, mi corazón se aceleró. Me sudaban las palmas de las manos. Estaba muy nerviosa. «Respira, Blanca», me dije, deteniéndome junto a la estantería de videojuegos y aparentando que buscaba alguno en especial. Unos minutos después, reuní todo el valor que fui capaz y eché a andar hacia los ordenadores.

Inspeccioné la zona. Había muy poca gente en esa sección y supuse que se debía a que era lunes por la mañana. Vi a un señor de unos cincuenta años, con un chaleco de punto, junto a las impresoras, y a un hombre engominado de unos treinta, con pinta de ejecutivo, que echaba un vistazo a los portátiles. Pero ni rastro de Jorge. Un par de dependientas, en la caja, charlaban entre ellas. Tenían pinta de criticar a alguien, porque se acercaban mucho para susurrarse y luego se separaban, riéndose en voz alta.

De repente, las dos voltearon la cabeza, a la vez, hacia un lateral. Me giré. Un chico joven,

moreno y guapo, que sujetaba un ordenador portátil con ambas manos, se apresuraba por el pasillo. El traje del uniforme le quedaba algo holgado, sobre todo la chaqueta, que parecía, por lo menos, un par de tallas mayor de la que necesitaba. Al pasar junto a las chicas, les guiñó un ojo y estas soltaron una risita. Él sonrió y pasó por mi lado.

Se me paró el corazón. Era… ¿Jorge?

—Buenos días —dijo sin detenerse.

Solté un gruñido ininteligible. En aquel momento no fui capaz de hilar una frase completa. Roté a su paso, siguiéndolo con la mirada hasta que se detuvo junto al hombre engominado y le enseñó el portátil que llevaba. Me fijé un poco más en su cara. Era una versión mucho más joven de Jorge, con rasgos menos afilados y la piel más tersa, pero era él. También estaba mucho más delgado. Jorge siempre había estado en forma, pero su «yo» de veinticuatro años no tenía ni un solo gramo de grasa. Pura fibra. Mi mente imaginó cómo sería su cuerpo sin aquel uniforme…

—¿Buscas algo?

Estaba tan absorta mirando a Jorge que di un respingo al escuchar aquella voz femenina. Al darme la vuelta, descubrí a una de las dos chicas que charlaban en la caja. Tenía el pelo rubio teñido y las cejas oscuras muy depiladas, tal y como se llevaban entonces. Su rostro me resultaba familiar, aunque no conseguía recordar a quién se parecía.

—No te preocupes, Asun, ya la atiendo yo —dijo Jorge.

«¿Asun? ¡Claro!». Era la exmujer de Jorge. No la conocía en persona, pero había visto varias fotos de ella, aunque en ninguna estaba tan joven. Forcé una sonrisa y ella regresó a caja.

—Buenos días, ¿en qué la puedo atender?

No sé si fueron los nervios o lo absurdo de la situación, pero, al advertir que Jorge me hablaba como si no me conociese, me reí. Él me miraba perplejo, sin entender qué había dicho para provocar esa reacción.

—Perdona, es que nunca me habían llamado de usted. Y menos alguien joven como tú —le dije.

—No es por edad, es por respeto —sonrió Jorge—, pero si prefieres que te tutee, no tengo ningún problema.

—Sí, tutéame, mejor —le respondí. «Que ya tenemos mucha confianza».

No dejaba de pensar que ese chico que tenía delante era el hombre con quien había dormido, cada noche, durante los últimos diez años. Y, obviamente, no solo dormido.

—¿Buscas algún equipo en particular? —me preguntó.

—Pues no sé si algo de sobremesa o un portátil. He estado viajando mucho. —le contesté—. ¿Qué me recomiendas? Tú eres el experto.

Sabía cuánto le gustaba a Jorge hablar de tecnología, así que dejé que me hiciera un recorrido por toda la sección y me explicara las características de cada uno de los modelos y sus aplicaciones tanto a nivel de usuario como empresarial. Yo lo escuchaba y le daba mi opinión. Jorge estaba sorprendido conmigo. Confieso que jugaba con bastante ventaja: además de los más de veinte años que había viajado desde el futuro, habíamos estado juntos casi doce, así que, de alguna manera, repetía todo lo que él me había enseñado a lo largo de ese tiempo. También le hacía preguntas, animándolo a contarme más cosas. No tenía ninguna prisa por terminar con el encuentro y parecía que él tampoco.

Media hora más tarde, Asun se volvió a acercar.

—Es la hora del desayuno —nos interrumpió—, ¿te vienes? Puede atenderla Mayka.

—No, yo me quedo, gracias —le respondió Jorge.

Sonreí mientras Asun se alejaba, satisfecha con mi pequeña victoria. Veinte minutos después,

decidí lanzarme.

—Oye, déjame que te invite a un café por lo menos, que te he tenido secuestrado casi una hora.

—Me ha encantado hablar contigo, no conocía a ninguna chica que supiera tanto de tecnología —se rio Jorge—. Acepto la invitación, pero pago yo.

Me reí. En esas cuestiones, Jorge siempre me había parecido muy caballeroso. Un poco anticuado, incluso. Pero estábamos en los noventa y no era tan raro que un hombre actuase así. Al igual que había pasado con lo de la edad, aquello era galantería más que machismo.

—Bueno, ya veremos —contesté—. Conozco una cafetería aquí al lado, en Ópera, pero si quieres ir a otro sitio, no hay problema.

—No, cualquier lugar me viene bien. —Jorge consultó el reloj y le cambió la expresión de la cara—. Vaya, las doce y diez. Se me ha pasado la hora del descanso, pero termino de trabajar a la una y media, que hoy tengo solo medio turno. —Me miró y, esperanzado, añadió—: ¿Puedo invitarte a comer? Me encantaría seguir hablando contigo. Si te apetece, por supuesto.

Dudé unos instantes. Mi tren salía a las dos y cuarto, por lo que, si me quedaba a comer con él, lo perdería. Había otro a las cuatro y cuarto que llegaba a Alicante sobre las ocho. Cambiar el billete era una opción, aunque seguro que me llevaba una bronca por llegar tan tarde a casa sin avisar. Miré a Jorge. «Merece la pena», decidí casi sin pensarlo.

—Claro, ¿aquí a la una y media? —Sonreí.

Jorge asintió y me guiñó un ojo. Después, se dio media vuelta y fue a atender a una pareja de unos cuarenta años que le hacían gestos para que se acercara.

Una hora y cuarto más tarde, ya estaba de vuelta en la sección de Informática. Había aprovechado ese rato para acercarme a la estación de Atocha y cambiar mi billete. Menos mal que no había comprado el más barato, que no admitía cambios, porque al final me habría salido por una pasta. Pensaba en qué excusa ponerles a mis padres por llegar tan tarde cuando Jorge se acercó.

—¡Has venido! Voy a fichar y salgo enseguida.

Asentí, correspondiendo su sonrisa. Se apresuró hacia una puerta de acceso privado que estaba medio escondida en un lateral. Asun y su amiga lo vieron entrar y se giraron hacia mí, cuchicheando y sin molestarse en disimular. Enarqué una ceja mientras las miraba. Un minuto más tarde, Jorge salió con la chaqueta doblada bajo el brazo y quitándose la corbata. Se despidió al pasar por su lado, y ellas dejaron de hablar durante unos segundos, aunque retomaron el critiqueo enseguida al darse cuenta de que nos íbamos juntos.

Salimos a la calle y Jorge guardó su corbata en el bolsillo de la chaqueta.

—Aún no sé cómo te llamas.

—Blanca.

—Encantado, Blanca, yo soy Jorge.

Se acercó a darme dos besos y percibí su perfume favorito de Loewe mezclado con su aroma personal, que daba lugar a ese «olor a Jorge» tan familiar al que era adicta. Inspiré, intentando disimular en lo posible para que no se diera cuenta. Y en esa inspiración, me vinieron a la cabeza decenas de momentos felices vividos con él, como pequeños *flashes* en una película.

—Conozco un sitio de tapas muy bueno aquí al lado… —empezó a decir Jorge.

—No quiero ser aguafiestas, pero sobre las cuatro tengo que coger un tren —avisé, poniendo cara de circunstancias.

—Sin problema. —Miró el reloj—. Sirven bastante rápido, así que nos dará tiempo incluso

de tomar café.

Caminamos por la calle Arenal, que, en esa época, todavía estaba abierta al tráfico. Debía de ser la hora punta del lunes, porque en algunos tramos de acera había tanta gente que tuve que pegarme a él para que no me empujaran a la calzada. Cuando estábamos a punto de cruzar, observamos que una mujer corría directamente hacia nosotros. Para que no chocase conmigo, Jorge pasó su brazo por mi cintura y me atrajo hacia él con tanto ímpetu que se me dobló el tacón y tuve que agarrarme a su cuello para no caerme. Durante un momento, nos quedamos congelados en esa posición, con los ojos fijos el uno en el otro, como en una película, a punto de besarnos. Estaba tan cerca, que escuchaba su respiración. Y, como la primera vez que me había mirado a los ojos cuando nos habíamos conocido en el futuro, me recorrió por dentro aquella corriente eléctrica que fluía entre los dos. Jorge entreabrió los labios y yo levanté la barbilla, segura de que iba a besarme…

—Perdón, ¿me deja pasar? —refunfuñó una mujer mientras me daba un ligero codazo. Me volví hacia ella sin pensarlo.

Cuando me giré de nuevo, ya había pasado el momento. Echamos a andar, mirando al suelo, un poco cortados, asimilando lo que había ocurrido.

—Entonces, te vas de viaje esta tarde… —Jorge intentó sacar un tema de conversación neutro—. ¿Puedo preguntar a dónde?

—Eh… A Alicante —respondí—, pero volveré pronto.

—¿Por trabajo?

—Algo así…

Entramos en el bar y conseguimos un buen sitio junto a la barra. Él buscó un taburete y me lo acercó para que me sentara. Sonreí: reconocía al Jorge del futuro en aquel pequeño gesto. Era muy raro estar en una primera cita con mi novio de joven. Habíamos vivido juntos más de una década, pero, en ese instante, ninguno de los recuerdos que tenía con él habían pasado todavía. Era como abrir un cuaderno en blanco. Supongo que con todos sus pros y sus contras, aunque, de momento, yo solo veía ventajas.

Pedimos unas claras de cerveza y algunas raciones. Después, me ofreció un cigarrillo. «Si supiera que ha dejado de fumar y se pone muy pesado para que yo haga lo mismo…», me reí para mis adentros. Saqué un cigarro del paquete y me incliné para que me diera fuego. Charlamos de lo que deseábamos hacer en el futuro. Yo quería trabajar en el mundo del cine y Jorge no pensaba pasarse la vida vendiendo ordenadores.

—Lo que de verdad me gustaría es encontrar trabajo en el departamento de Innovación Tecnológica de alguna gran empresa internacional…

—Bueno, aún tienes veinticuatro años, eres muy joven —le dije.

Él se detuvo, sorprendido.

—No recuerdo haberte dicho mi edad.

—Eh…, no, no la has dicho, pero soy buena adivinando. ¿He acertado?

Jorge asintió. «Joder, Blanca, céntrate, que casi la lías».

—¿Y tú, cuántos tienes?

—¿Cuántos crees? —pregunté, juguetona.

—Pues, por tu cara, diría que quince, pero cuando hablo contigo tengo la impresión de que eres mucho mayor, como de treinta y tantos. Así que diré que tienes… veintidós.

—Diecinueve. —Mentí—. Pero sí, siempre me dicen que parezco mayor.

—Vaya, diecinueve, qué jovencita…

Jorge dio un trago a su cerveza sin quitarme los ojos de encima. Su mirada intensa me

aceleró el pulso, así que desvié la mía unos segundos hacia el interior del local, y observé, distraída, a los demás comensales. Me fijé en unas chicas que nos vigilaban con cara de pocos amigos. Tardé unos segundos en darme cuenta de que se trataba de Asun y su amiga Mayka, de la sección de Informática. Se me escapó la risa. Jorge se giró hacia donde yo miraba, sin entender qué sucedía.

—Creo que tu novia se ha enfadado —le dije.

—No es mi novia. —Jorge las reconoció y se volvió hacia mí con cara de fastidio.

Levanté una ceja.

—¿Estás seguro?

—Totalmente —me respondió sin dudar—. Hemos salido un par de veces, pero no tenemos nada serio.

Me incliné un poco más hacia él.

—¿Y ella sabe que no es tu novia? —le pregunté, divertida.

Jorge soltó una carcajada. Y, en ese momento, lo vi tan guapo, tan relajado, tan familiar que, sin pensarlo dos veces, me acerqué para darle un beso, como acostumbraba a hacer en el futuro. En cuanto toqué sus labios con los míos, me di cuenta de mi error, pero no supe si debía apartarme enseguida o esperar su reacción. A él lo debió de pillar por sorpresa, porque se quedó quieto, aunque no se retiró. Luego se acercó más a mí, puso su mano en mi espalda y me besó intensamente. Al separarnos, Asun estaba a nuestro lado, echa una furia. Acercó su mano a la barra, agarró el vaso con lo que quedaba de mi clara de cerveza y se la tiró a Jorge por encima. Después, volvió a dejar el vaso vacío, me miró airada, y se largó.

Estuve varios segundos con la boca abierta, aguantando la risa, y observando cómo Jorge cogía un par de las servilletas enceradas del bar y se limpiaba la cerveza de los ojos.

—Pues parece que no lo sabía —refunfuñó.

Y los dos nos reímos a carcajadas, incapaces de parar.

Después de tomarnos un café, cuando pasaban unos minutos de las tres y media, volvimos a Sol. Al llegar a las escaleras del metro, me giré hacia él.

—Al final no te he comprado el ordenador.

Jorge sonrió.

—No importa, me lo he pasado muy bien.

—Yo también —contesté—. Gracias por la comida…, ¡y siento lo de tu novia!

—No es mi novia —repitió—. Y supongo que después de lo de hoy, no lo será nunca.

Nos reímos juntos al recordar la cara que había puesto Asun, pero al ver la hora en el reloj que presidía la plaza, resoplé, fastidiada.

—Tengo que irme.

—¿Volveré a verte? —preguntó Jorge.

—Dame tu teléfono —le dije— y te llamo esta semana si quieres.

—¡Por supuesto!

Buscó en sus bolsillos y sacó un *ticket* arrugado. Cogió un bolígrafo de su chaqueta y anotó un teléfono de siete dígitos.

—¿Es correcto el número? —le pregunté, extrañada.

—Sí. —Revisó lo que había escrito—. Bueno, con el noventa y uno delante si llamas desde fuera de Madrid. —Lo apuntó deprisa y me volvió a entregar el papel—. Ahora, sí.

—Vale, te llamo esta semana entonces. —Me lo guardé en el bolsillo y empecé a bajar los escalones, despacio.

«Ojalá pudiera quedarme con él. En Madrid. En nuestra casa —me lamenté—. No quiero irme y perderlo otra vez». Me detuve un momento y me di la vuelta para comprobar si ya se había ido.

Pero todavía estaba allí, plantado al final de las escaleras, mirándome. Y sonrió. Subí corriendo a darle un último beso antes de irme.

Jorge me abrazó y me atrajo hacia él mientras me besaba con urgencia. Después, apoyó su frente en la mía.

—Quiero seguir besándote, Blanca, pero me voy a sentir fatal si pierdes el tren por mi culpa —me susurró. Suspiré. Tenía razón, se estaba haciendo muy tarde—. Llámame. —Se separó un poco más para mirarme a los ojos.

Sonreí. Y no me quedó otra opción que salir disparada escaleras abajo para coger el metro que me llevaría a la estación.

Para cuando llegué a Alicante, volvía a ser una adolescente. Me había cambiado de ropa en el minúsculo baño del tren, aunque todavía conservaba parte del maquillaje, que era muy difícil de retirar con tanto traqueteo. «Mejor ir medio maquillada que sacarme un ojo en uno de esos giros bruscos», había decidido después de intentarlo un par de veces. Al pasar por debajo del reloj de la estación, comprobé que eran casi las ocho. Me iba a caer una buena bronca. No me importaba demasiado porque había merecido la pena, pero no me gustaba que mis padres se preocupasen, así que caminé lo más deprisa que pude, para que no se me hiciera mucho más tarde.

Me sorprendió encontrar a Martín en mi portal, apoyado en la pared, junto a los telefonillos.

—¿Hola? —le dije al pasar a su lado mientras metía la mano dentro de mi mochila para buscar las llaves.

Amagó una sonrisa, aunque se lo notaba bastante nervioso.

—Hola, Blanca, ¿cómo estás? —Se incorporó y se acercó un poco más.

Enarqué las cejas, pero no respondí. Seguía buscando las llaves. «¿Por qué siempre se esconden cuando más las necesito?». Levanté la rodilla, apoyé la mochila en mi muslo y metí todo el brazo dentro para tantear el fondo, haciendo equilibrios sobre un pie para no caerme.

—Soy un gilipollas —dijo Martín, al darse cuenta de que no le respondía.

—Anda, en eso estamos de acuerdo —contesté sin mirarlo.

Toqué las llaves con los dedos y sonreí, victoriosa. Las saqué de la mochila y las hice tintinear en el aire, junto a mi cara. Pero enseguida tuve que concentrarme para localizar la del portal entre ese manojo lleno de llaveros y chinos de la suerte. Tenía que hacer limpieza lo antes posible.

—Soy un auténtico gilipollas, Blanca —repitió.

Lo ignoré. Había encontrado la llave y ya estaba abriendo la puerta, pero Martín puso su mano sobre la mía para detenerme. Me quedé quieta, y luego, muy seria, levanté la mirada despacio hasta él. Intimidado, retrocedió un paso.

—Blanca, perdóname, por favor. De verdad, no sé en qué cojones estaba pensando. —Se pasó las manos por la cabeza, agobiado, retirándose el pelo de la cara. Me miró, suplicante—. Por favor, cariño, solo quiero que me perdones y que volvamos a estar juntos.

Me hablaba visiblemente arrepentido. Tenía la voz entrecortada y parecía a punto de llorar. Me dio hasta pena, el chaval. Pero luego recordé todas las tonterías que había tenido que aguantar esa semana.

—Claro, ahora quieres que volvamos a estar juntos y yo tengo que perdonarte como si no hubiera pasado nada. —Pretendía sonar irónica, pero se notaba lo mucho que me dolía—. ¿Qué

pasa, que no estábamos en paz hasta que tú no te liaras con otra? Supongo que ahora ya te sientes mejor…

—Blanca, en serio, me siento fatal. Mucho peor que antes…

—¡Pues imagínate como estoy yo! —lo interrumpí, enfadada—. Joder, Martín, si es que fuiste a buscarla solo para hacerme daño… ¡Como si no hubiera sido suficiente tener que aguantar lo que decían de mí en el instituto mientras tú tonteabas con todas! —Escupí mi rabia en cada palabra. Martín contemplaba el suelo, avergonzado—. ¡Por Dios! Siento haberme dejado besar por Nacho, pero fue una estupidez, y no significó nada. Yo solo quería estar contigo —Martín levantó la vista y yo lo miré a los ojos—, pero ahora ya se ha jodido todo.

En ese momento, se abrió el portal y apareció mi madre, que bajaba a tirar la basura.

—¡Ah, si estás aquí! —dijo con una mezcla de alivio y enfado. Echó un vistazo a Martín y después se giró de nuevo hacia mí—. Sube a casa ahora mismo, estábamos muy preocupados.

—Ahora voy, mamá.

—Ahora voy, no —dijo muy seria—. Mira, voy a tirar la basura allí a la esquina —señaló el contenedor—, cuando vuelva, te quiero ver en casa o estarás castigada de por vida.

Y echó a andar enfadada hacia el cubo de la basura.

Iba a entrar, pero Martín me agarró del brazo.

—Blanca, perdóname, por favor. Te prometo que nunca más volveré a hacerte daño.

—Martín, ya has oído a mi madre: o subo ya, o estoy castigada de por vida.

—¿Hay algo que pueda hacer para que vuelvas conmigo?

Me encogí de hombros.

—No lo sé, pero ahora tengo que irme.

Él asintió y soltó mi brazo. Y yo corrí escaleras arriba, preparándome para la bronca que me esperaba.

Fui directa a mi habitación, a esconder la ropa de la madre de Sofía que llevaba en la mochila. Mi padre me interceptó en el pasillo.

—Nos han llamado del instituto…

—Me he encontrado a mamá abajo, ahora sube. —En ese momento, mi madre abrió la puerta. Lo miré—. ¿Puedo dejar la mochila? Pesa bastante.

Mi padre asintió, distraído, y se dirigió a la entrada. Corrí a mi habitación y metí la ropa en uno de los cajones. Estaba cerrando el armario cuando mi madre abrió la puerta.

—Ven, tenemos que hablar contigo.

Pasé por delante de ella para ir al salón y me senté en el brazo del sofá. Mis padres se sentaron enfrente, muy serios.

—Nos han llamado del instituto —repitió mi padre—. Hoy no has ido a clase y, por lo que parece, tienes dos faltas más sin justificar.

—¿Has estado con ese chico? —preguntó mi madre.

—¿Con Martín? No.

—Pero es tu novio, ¿no habréis…? —Se llevó las manos a la boca. Debía de imaginar un embarazo adolescente.

—¡No! —respondí indignada—. Martín ya no es mi novio. Cortamos hace una semana.

Mi madre respiró con alivio y se volvió hacia mi padre.

—Y, entonces —me preguntó él—, ¿qué has estado haciendo hasta ahora? —Bajé la cabeza. Intentaba buscar una buena excusa, pero no se me ocurría ninguna—. ¿No nos dices nada? —me apremió—. Al final, vamos a tener que castigarte…

Mi madre le hizo un gesto con la mano para que dejase de hablar. Después se acercó a mí y puso las manos en mis rodillas, cariñosa. «Poli bueno y poli malo —pensé—, el viejo truco». Levanté la mirada hacia ella.

—Blanca, siempre has sido una chica muy responsable y esto nos tiene muy confundidos. Sabes que puedes confiar en nosotros y contarnos lo que te pasa.

«Bien, así que esas tenemos». Si hubiera tenido dieciséis años de verdad, habría caído en la trampa y me habrían castigado, pero era una mujer de casi cuarenta, así que decidí seguirles el juego.

—Y vosotros, ¿confiáis en mí? —Me dirigí a mi madre y luego a mi padre, apelativa.

—Claro hija —contestó ella—, claro que confiamos en ti.

—Bien, porque, de momento, no puedo contaros nada todavía. Es algo muy importante relacionado con mi futuro. —Mis padres estaban desconcertados. No sabían qué decir, así que aproveché para ir a por todas—: Castigadme si queréis, aunque no sería demasiado justo, porque no he hecho nada malo ni que me pusiera en peligro. Y no lo voy a hacer más.

Mi madre se giró hacia mi padre, esperando su veredicto, pero él se encogió de hombros. Era la primera vez que ocurría algo así. Hasta entonces, yo había sido una hija responsable que sacaba buenas notas y nunca llegaba tarde, por lo que no sabían cómo reaccionar. Mi madre tomó las riendas y me mandó a mi habitación.

—Bien, te lo pasamos por esta vez, pero que no vuelva a ocurrir.

Asentí y salí disparada hacia mi habitación antes de que cambiaran de idea. Me habría encantado llamar esa noche a mis amigas y contarles durante horas todo lo que había sucedido con Jorge en Madrid, pero comprendí que era más sensato no darles a mis padres ningún motivo más para enfadarse, no fuese que, al final, me castigasen.

CAPÍTULO 10
UNA PALMERA DE CHOCOLATE

Martes, 7 de mayo de 1996

Mis amigas me esperaban en el aparcamiento del instituto. Habían llegado antes que yo. «Seguro que me odian porque no las llamé ayer». Me despedí de mi madre, bajé del coche y fui directa hacia ellas.

—¡Tía! ¿Qué tal? ¿Qué pasó, viste a Jorge? —Sofía me agarró del brazo.

Se me puso una sonrisa bobalicona que era incapaz de disimular.

—Ha visto a Jorge, seguro. ¡Mira la cara que se le ha puesto cuando hemos dicho su nombre! —gritó Vega.

Sin dejar de sonreír, les conté a mis amigas todo lo que había pasado en Madrid el día anterior: lo diferente que estaba Jorge con veinticuatro años, la conexión que habíamos tenido desde el primer momento, cómo me había besado en el restaurante…, y también lo que había pasado con Asun. Vega se rio mucho, pero Sofía se puso muy seria de repente.

—¿Has hecho que corte con Asun?

—La verdad es que, para ser exactos, no ha cortado con ella porque nunca han empezado a salir. ¿Por qué lo dices? —pregunté un poco asustada al ver su cara de preocupación.

—Bueno, conociste a Jorge en mi despedida de soltera porque él salió a tomar algo después de firmar su divorcio. —Y matizó—: Su divorcio de Asun.

—Ya, pero eso fue en la otra dimensión. En esta, ya lo conozco.

Sofía dudó unos segundos.

—No sé, Blanca. Después del otro día, empiezo a ser consciente de las consecuencias que pueden tener los cambios que estamos provocando.

—Pero, Sofi, si tu sigues con Alba, a lo mejor no hay despedida y nunca conozco a Jorge en el futuro —contesté.

—Ahí estoy con Blanca —dijo Vega—. Tú has cambiado tu historia y, a lo mejor, eso repercute en nosotras. Por eso, tenemos que asegurarnos de que las personas que nos importan estén en nuestras vidas. Ahora y en el futuro.

—Yo solo tengo miedo de que hagamos algo irreversible.

Sonó el timbre. Martín pasó junto a nosotras y me sonrió con timidez. Intenté ser lo más inexpresiva que pude.

—Ayer nos preguntó por ti —dijo Vega al darse cuenta de que nos habíamos mirado.

Cogí mi mochila y fui hacia clase. No tenía ganas de hablar de Martín, estaba demasiado entusiasmada por todo lo que me había pasado con Jorge.

—Hasta luego, chicas —se despidió Sofía en el aula de ciencias.

—¿Tú crees que tiene razón con lo de Asun? —le pregunté a Vega al entrar en la nuestra.

—No tengo ni idea, tía; no sé muy bien cómo funciona esto de los viajes en el tiempo. —Se rio de su propia ocurrencia, pero se paró en seco al distinguir un pequeño paquete encima de mi mesa, envuelto en un papel blanco encerado—. ¿Qué es eso?

Intrigada, dejé mi mochila en el suelo y rasgué un lateral.

—Parece un bollo —dijo Vega, tras dejar su chaqueta en la silla, mientras se sentaba en el pupitre de al lado.

Me percaté de lo que había dentro y enseguida supe quién lo había dejado allí. No era solo un regalo, era el recuerdo de una mañana muy especial.

—Para ti. —Empujé el paquete de mi mesa a la suya—. Es una palmera de chocolate. Te va a encantar. —Vega no entendía nada—. La ha dejado Martín. —Hice un gesto con la mano para quitarle importancia—. Una larga historia.

—Ah, no. Regalos envenenados, no. —Vega la empujó de vuelta hacia mi mesa—. No me metas en tus movidas.

—Está buenísima, pero cómetela tú —se la volví a pasar—, a mí no me compran con chocolate.

Vega partió un trozo y me lo acercó a la boca.

—¿Cómo qué no? ¡Si eres una adicta! Qué bien te conoce…

Moví la cabeza riéndome y apreté los labios. Tras un par de intentos, Vega se rindió y le dio un bocado. Sorprendida, miró a Martín y levantó el pulgar, asintiendo con la cabeza. Luego se volvió hacia mí.

—Me la comería entera, pero es un regalo para ti. Guárdatela y ya decidirás qué haces con ella.

La metí en mi mochila para no pensar en eso. Seguía dándole vueltas a lo que había dicho Sofía. ¿Cuántas cosas estábamos cambiando? Desde que habíamos regresado, muchas habían sucedido igual que las recordaba, pero otras eran completamente nuevas. Era cierto que, aun queriendo enmendar errores del pasado, parecía que algunos eventos estaban destinados a ocurrir de una manera u otra. Pero ¿qué los distinguía? ¿Había determinados momentos que podríamos llamar esenciales o todo era fruto de la casualidad y las circunstancias?

En el tren había pensado mucho acerca de por qué habíamos vuelto al pasado durante esa semana en concreto, como si, en la otra dimensión, durante esos siete días, hubiésemos tomado un montón de decisiones que marcarían toda nuestra vida adulta. El ejemplo más claro era el de Sofía, que se había convertido en la novia de David, aunque lo que realmente quería era estar con Alba. Y si Vega no hubiera sido tan feliz con Rubén al inicio de su relación, quizá habría roto con él la primera vez que le puso los cuernos. Pero en lugar de eso, intentó, una y otra vez, recuperar esa complicidad del principio. Y cuando Rubén acabó marchándose para siempre, mi amiga jamás se permitió volver a enamorarse, porque creía que él había sido el único amor de su vida.

En cuanto a mí, lo de Nacho me había marcado más de lo que pensaba. Ahora entendía por qué nunca fui capaz de confiar en los hombres. Siempre los dejaba yo antes de que ellos me dejasen a mí. Mi miedo al compromiso y mi adicción a las relaciones imposibles debían de tener el mismo origen, porque, si las cosas se ponían serias, me iba. Y nunca me importó. No eché de menos a ninguno. Excepto a Jorge. ¿Habría sido diferente mi vida si no hubiera roto con Martín?

Bueno, ya nunca lo sabríamos…

En el recreo, Sofía vino con Alba a sentarse en nuestro banco. Era un gran paso para ella y se la notaba bastante nerviosa.

—Hola, chicas —nos saludó Alba, que estaba feliz.

Me fijé en ella con otros ojos. Era una chica muy guapa, con la piel morena, ojos castaños y una larga melena, oscura y ondulada. Me recordaba un poco a Penélope Cruz, pero mucho más joven.

—¿Te gusta el chocolate? —Le ofrecí un pedazo de la palmera de Martín.

—¡Sí! Me encanta. —Se acercó a cogerlo.

—Ya me caes bien. —Miré a Sofía, que sonrió aliviada y se sentó sobre el respaldo del banco.

—¡Joder, qué buena! —dijo Alba después de haberle dado un mordisco—. ¿De dónde la has sacado?

—Se la ha regalado su exnovio —dijo Vega con retintín.

—Pues no sé lo que os habrá pasado, pero, solo por esto, deberías darle otra oportunidad —dijo Alba muy seria mientras engullía, de un bocado, la otra mitad.

Las tres nos reímos. Dividí lo que quedaba de la palmera en cuatro trozos y los repartí. Mis amigas hablaban de su bollería favorita y discutían acerca de cuál era la mejor panadería de la ciudad. Yo miré de reojo al otro lado del patio, desde donde Martín, sentado con sus amigos, me sonreía.

Pasé las dos clases siguientes dándole vueltas a cómo ver a Jorge de nuevo. Si era esa semana, mucho mejor. Me había quedado con ganas de más, y que no existiera WhatsApp me estaba matando.

En el segundo recreo, fuimos a buscar a Sofía a su clase. Al pasar por el tablón de anuncios, uno de los carteles me llamó la atención. Me acerqué para leerlo y dejé a Vega hablando sola.

—¡Ya lo tengo! —Me giré feliz hacia ella y señalé el cartel.

—¿El qué? Joder, Blanca, no me estabas escuchando.

—Tía, perdona, es que llevo toda la mañana ideando cómo ir a Madrid, ¡y ya tengo la solución!

Vega se acercó para leer el anuncio.

—«Decide tu futuro. Salón del estudiante y oferta educativa…», pero esto es en Valencia —dijo sin entender nada.

—Lo sé, pero no iremos a Valencia, iremos a Madrid. —Vega parecía entender menos cada vez—. La excursión es este fin de semana. Diremos en casa que vamos al Salón del Estudiante con el instituto, pero nos iremos a Madrid por nuestra cuenta. Son dos días: sábado y domingo. —Señalé el punto del cartel donde ponía la fecha.

—«Salida: sábado a las nueve y media. Regreso: domingo a las siete y media de la tarde. Precio: cuatro mil quinientas pesetas. Incluye comidas y alojamiento».

—¡Es perfecto! —le dije emocionada.

—¿Qué es perfecto? —preguntó Sofía, que ya había salido de clase y se había acercado a nosotras.

—¡Nos vamos a Madrid! —Me giré hacia ella.

Sofía miró a Vega; esperaba una explicación de alguien que no estuviera en pleno momento de euforia. Vega suspiró y luego puso los ojos en blanco.

—Blanca quiere ir a ver a Jorge este fin de semana, así que pretende que digamos en casa que vamos al Salón del Estudiante con el instituto, pero que en realidad nos vayamos a Madrid.

—Ni de coña —respondió Sofía, tajante.

—Pero ¿por qué? —pregunté.

—Porque es muy arriesgado —dijo Sofía—, seguro que nos pillan.

Busqué el apoyo de Vega, pero todavía no había decidido si le parecía una buena o una mala idea.

—No es arriesgado, no nos van a pillar —intenté convencer a Sofía—. Nunca se imaginarían que hemos ido a Madrid a visitar a mi novio del futuro porque hemos viajado en el tiempo.

—Ya sabes a lo que me refiero —respondió ella con una mueca.

—En realidad, si decimos que nos vamos de viaje a Valencia con el instituto y les llevamos la hoja de inscripción, no tienen por qué sospechar nada. —Vega acababa de decidir que no era tan mala idea, a pesar de todo—. Saben que somos buenas chicas, confían en nosotras.

Aplaudí y la abracé, dándole un sonoro beso en la mejilla. Después, me dirigí a Sofía con cara de corderito.

—Venga, Sofi, ya fuiste una adolescente coñazo en la otra dimensión. ¡Vive un poco en esta! —la piqué.

Sofía dudaba. Le di un codazo a Vega para que me ayudara a presionarla, así que ambas pusimos caritas suplicantes y repetimos «por favor» en bucle, hasta que Sofía se rindió.

—Está bien. Sé que me voy a arrepentir, pero, vale: nos vamos a Madrid.

Las tres nos abrazamos y coreamos «Sí, sí, sí, nos vamos a Madrid», dando saltos en círculos e ilusionadas con el fin de semana que teníamos por delante.

CAPÍTULO 11
MADRID

Sábado, 11 de mayo de 1996

Habíamos puesto tanta atención en planificar la ida y la vuelta de Madrid para que no nos pillaran, que no habíamos trabajado demasiado otros detalles como, por ejemplo, dónde dormiríamos esa noche. Al bajar del tren en Atocha, decidimos que lo primero era encontrar un hostal barato.

—Por cierto, chicas —dijo Vega—, ¿cómo se buscaban los hostales antes de internet? Porque me parece que Tripadvisor todavía no está inventado.

Sofía y yo nos miramos. No teníamos ni idea de cómo hacerlo.

—Me acabo de dar cuenta de que todas las reservas de hoteles que he hecho en mi vida han sido a través de internet —dijo Sofía.

Asentí, consciente, por primera vez, de que me ocurría lo mismo. Todas mis búsquedas y reservas de hoteles habían sido siempre *online*.

—Cerca de Sol hay un par de calles con un montón de hostales. —Recordé los letreros que estaba acostumbrada a ver en las fachadas antiguas cuando paseaba por el centro—. Seguro que allí encontramos algo.

—Vale, pero procuremos no gastar más de dos mil pesetas por persona —dijo Sofía—, aunque no tengo ninguna referencia de lo que cuesta un hostal ahora mismo, tenemos que poner un límite para que nos quede dinero para salir y comer.

Vega y yo asentimos, y nos acercamos a la máquina expendedora de billetes de metro.

—Tres billetes de un viaje, a ciento treinta pesetas cada uno. ¿Cuánto es eso en euros? —preguntó Vega.

—Pues, si un euro eran ciento sesenta y seis pesetas con algo, trescientas sesenta pesetas son… —Intenté multiplicar, pero me resultaba muy difícil hacerlo sin la calculadora del móvil —. Pues serán…, no sé, dos euros y pico. ¿Para qué quieres saberlo?

—Para comparar cuánto han subido los precios. —Vega se encogió de hombros—. Cosas de señora, ya sabes.

—Trescientas sesenta pesetas son unos 2,16 euros, así que cada viaje sale a 0,78 más o menos. —Sofía demostró, una vez más, que su mente científica estaba mejor preparada para el cálculo que la nuestra—. Procuraremos ir andando este finde si es posible, que estos billetes resultan caros.

Cogimos el metro hasta Sol. Cuando subimos las escaleras y salimos a la plaza, mis amigas fliparon con todo, tal y como me había pasado a mí unos días antes. Éramos una especie de versión futurista de Paco Martínez Soria.

—¡Mira cómo ha cambiado esta plaza! —dijo Vega.

—Anda, ¡si pasan coches por ahí! —contestó Sofía—. Pero el reloj está igual…

Me maravillaba lo irracional de la situación. Hacía un par de años que habíamos estado las tres juntas en Madrid, pero eso no ocurriría hasta dentro de mucho tiempo, más de veinte años en el futuro.

—Mirad, ahí trabaja Jorge. —Señalé el edificio de El Corte Inglés donde estaba la sección de Informática—. ¿Vamos a verlo?

—Primero el hostal, por favor —dijo Sofía—. Me agobia un poco no saber dónde vamos a dormir.

—Vale, busquemos aquí cerca, en la calle Arenal.

—¡No puede ser! —chilló Vega, señalando a un chico que pasaba cerca de nosotras—. ¡Hugo! ¡Hugoooo! —Lo llamó a gritos y corrió hacia él.

Asustadas, volteamos la cabeza para ver quién era. Después de fijarnos mucho, nos dimos cuenta de que se trataba de un jovencísimo Hugo Silva, que observaba a nuestra amiga sin entender nada.

—¿Nos… conocemos? —Entornó los ojos, como tratando de recordar si la había visto antes.

Vega frenó en seco al darse cuenta de que su actor favorito aún no era famoso. De hecho, juraría que aún no era ni siquiera actor.

—Eh…, sí, claro, del campamento —improvisó Vega. Y antes de que el chico pudiera decir nada más, se arrimó a él—: ¿Nos hacemos una foto?

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta. Seguro que estaba buscando su móvil. Como no lo encontró, probó en el otro lado. Y, después de palpar los bolsillos del pantalón, debió recordar que estábamos en los noventa, así que miró hacia nosotras, moviendo la mano como si nos metiera prisa.

—¿Nos hacéis una foto? —Vega agarraba al futuro actor del brazo.

Sofía y yo nos encogimos de hombros a la vez.

—No hemos traído la cámara. Dijimos «sin pruebas», ¿no te acuerdas? —le respondió Sofía.

Vega echó la cabeza hacia atrás y soltó maldiciones varias, quejándose de su mala suerte. El chico nos miró a Sofía y a mí, como si nos pidiera permiso para irse. Yo diría que estaba incluso un poco asustado. Asentimos y se fue casi a la carrera.

—¡Un placer, Hugo! —Vega le dijo adiós con la mano. Y luego se volvió hacia nosotras—. La única vez en mi vida que he estado tan cerca de él, ¡y no voy a poder enseñárselo a nadie! —Vega lloriqueó y Sofía le pasó el brazo por el hombro para consolarla.

En la calle Arenal encontramos varios hostales. Entramos en un par para preguntar si tenían habitaciones y cuál era el precio. Aunque estaban dentro de nuestro presupuesto, decidimos visitar alguno más. Unos metros más allá leímos el cartel de un hostal que se llamaba como nuestra ciudad y nos hizo mucha gracia, así que subimos al segundo piso.

Como el precio nos pareció adecuado y tenían una habitación triple, decidimos quedarnos allí. La recepcionista nos pidió un carnet de identidad y el pago por adelantado.

—Es copia. —Coloqué el papel encima del mostrador.

Antes de que pusiera alguna pega, Sofía sacó un billete de cinco mil pesetas y lo puso también allí. La mujer nos miró, cogió la fotocopia y le dio la vuelta para comprobar la fecha de

nacimiento, que nosotras habíamos modificado —ahora ponía 1977 en vez de 1979— para que pareciera que teníamos dieciocho años. Había sido bastante fácil de hacer con un par de copias y un poco de típex.

—Me vale con la fotocopia —dijo. Escribió mi nombre en la ficha de registro—. Anda, si te llamas Blanca Suárez, como…

—Sí, como la actriz, lo sé —respondí mecánicamente mientras contemplaba distraída uno de los cuadros que colgaban de las paredes, que mostraban fotos antiguas de Madrid.

—¿Qué actriz? —preguntó la mujer extrañada—. Iba a decir que te llamas como mi hija.

Vega soltó una risita a mi espalda. Yo me puse roja. Me había colado. Intenté encontrar alguna respuesta convincente mientras la mujer me observaba.

—Hay una actriz en Argentina que se llama así, pero aquí no la conoce nadie, aparte de mi amiga, claro —dijo Sofía para echarme un cable.

—Anda, pues se lo diré, que le hará ilusión.

«Ya verás cuánta ilusión le va a hacer en el futuro —pensé—. Seguro que tanta como a mí». Y sonreí malévolamente.

Una vez registradas, la recepcionista nos dio la llave y nos acompañó hasta la puerta de nuestra habitación.

—Esta es. Tiene vistas a la calle Arenal. Al salir, debéis dejar la llave en recepción. El hostal está cerrado por las noches, así que, si no habéis vuelto antes de la una y media, tendréis que esperar hasta las seis de la mañana para entrar. Que tengáis una feliz estancia.

Le dimos las gracias y abrimos la puerta. La habitación era muy sencilla, con tres camas individuales y un pequeño balcón. El cuarto de baño era minúsculo, con una ducha pequeña, un retrete antiguo que tenía la cisterna en el techo, y un lavabo diminuto. El espejo estaba un poco desvencijado y las luces no alumbraban apenas, pero era más que suficiente para una sola noche.

—No sé cómo nos vamos a maquillar aquí las tres —dijo Vega, preocupada.

—Ya improvisaremos —contestó Sofía, que dejó la mochila sobre la cama del centro. Sacó las gafas de sol y guardó el monedero en su chaqueta—. Bueno, chicas, ¿salimos a conocer el Madrid de los noventa?

Mis amigas me acompañaron a saludar a Jorge. Cuando llegamos a la sección de Informática, estaba casi tan nerviosa como el lunes anterior. Sofía se dio cuenta, así que me agarró la mano y me sonrió para tranquilizarme.

—Espero que no nos encontremos a Asun. —Eché un vistazo alrededor.

Tuvimos suerte, porque parecía que no trabajaba esa mañana. El que sí que estaba era Jorge, que atendía a una pareja en la caja. En cuanto me vio, sonrió y me guiñó un ojo.

—¿Ese es Jorge? —preguntó Vega, sorprendida—. Está jovencísimo, ¿cuántos años tiene?

—Veinticuatro —respondí.

—¡Joder! Si es un niño…

Me reí. Hacía más de una década que habíamos conocido a Jorge, y entonces él ya tenía treinta y cinco, así que a todas nos chocaba verlo ahora.

—Pues ya veréis lo raro que os va a resultar que no os conozca de nada.

—¡Ostras! Es verdad… —contestó Vega—. Gracias por avisar, tía, que casi meto la pata.

Después de cobrar a la pareja, Jorge se acercó a nosotras, sonriendo.

—Hola, chicas, ¿qué tal?

—Te presento a mis amigas: Vega y Sofía. —Las señalé.

—Soy Jorge, encantado. ¿Es la primera vez que venís a Madrid?

—No realmente, pero hace tanto tiempo que no parece la misma ciudad —dijo Sofía, y Vega soltó una risa cómplice.

—¿Y ya tenéis planes para hoy? —preguntó Jorge.

—Bueno, hay un par de sitios que queremos visitar —contesté—, pero estamos abiertas a nuevas propuestas… Si tienes alguna…

—Ya me gustaría, pero hoy me han puesto turno doble, así que me toca estar aquí hasta las ocho de la tarde. —Jorge resopló—. Pero, esta noche, salimos juntos, ¿verdad?

—¡Claro! —contesté sin pensar, y mis amigas asintieron.

—Perfecto, quedamos en el Oso y el Madroño… ¿a las diez? —Jorge nos guiñó un ojo y se marchó a atender a unos clientes, no sin antes acariciarme en el costado. Sentí un escalofrío.

Sonreí como una boba mientras se alejaba. Cuando me volví a mis amigas, las dos se rieron. Vega puso los ojos en blanco.

—Controla, tía, que se te pone una cara de enamorada… —se burló Sofía.

—¡Y eso que lo acabo de conocer! —respondí.

Dejamos la sección de Informática y salimos a la calle. Hacía un día buenísimo para hacer turismo, así que fuimos a Gran Vía, para descubrir cómo eran en los noventa algunos de nuestros sitios favoritos.

Después de llevarnos un gran chasco, porque la mayoría de los lugares que pretendíamos visitar aún no existían en 1996, dimos una vuelta por el Madrid de los Austrias, nos comimos un bocadillo de calamares en la Plaza Mayor, y volvimos al hostal para descansar un rato antes de vestirnos y pintarnos para salir esa noche.

Insistí en que primero se duchase Vega y, después, Sofía, porque eran las más tardonas, pensando que, si ellas empezaban a prepararse antes, terminaríamos de arreglarnos más o menos todas a la vez. Y, por supuesto, pequé de ingenua. Había sido la última en entrar en la ducha, pero les había sacado a las dos mucha ventaja y, aunque ya debían de ser algo más de las diez, yo era la única que estaba lista.

—Vamos, tías, no me hagáis llegar tarde a mi primera cita con Jorge, que quiero causar buena impresión —les rogué, mirándome al espejo para darme los últimos retoques.

Tiré de la sisa del vestido y lo bajé poco a poco, ajustándolo al cuerpo para que me hiciera un escote bonito. Coloqué bien los tirantes anchos y estiré de la falda hacia abajo. Me puse de perfil, saqué pecho y aguanté la respiración.

—Pero ¿cómo no le vas a dar buena impresión con ese vestidazo? ¡Bombón! —Sofía me dio una palmada en el culo que me hizo sonreír. Después, se colocó a mi lado y se dio el último retoque de pintalabios—. Te queda a ti mejor que a mí…

—Gracias por prestármelo, Sofi. Me encantó cuando te lo vi en tu cumple.

«Negro, ajustado, escotado y corto. Va a flipar». Imaginé la cara que pondría Jorge. Después, sonreí a Sofía a través del espejo.

—Tú también estás guapísima… Por cierto, ese no te lo había visto hasta ahora.

Llevaba un minivestido de color blanco en dos capas: la de abajo era como de raso, lisa y con tirantes; la de arriba era de encaje blanco, cuello barca y manga francesa. Tenía una ligera forma *evasé*. Era precioso y le sentaba genial.

—Es nuevo, ¿te gusta? —Apretó los labios para unificar el carmín.

—Mucho.

—Estoy renovando vestuario, porque casi todo lo que tenía es azul marino. —Puso morritos, se retocó el pelo y dio un paso hacia atrás para verse de cuerpo entero.

—Por cierto, ¿qué hora es?

Sofía consultó su reloj y levantó las cejas.

—¡Vega! ¡Son y diez, nos vamos! —Tapó el pintalabios, lo metió en su bolso y cogió su chaqueta de antelina.

—¡No me jodáis, que ya estoy! —Vega salió del cuarto de baño perfectamente maquillada, pero vestida solo con los *panties* y la ropa interior. En menos de un minuto, se puso la minifalda negra de tablas y un top ajustado color granate, de cuello alto y sin mangas.

—Pásame la chaqueta vaquera, porfa; está en la cama, junto a la tuya. —La señaló con la barbilla mientras se anudaba las botas. Cogí las chaquetas, admirada por la velocidad a la que se estaba vistiendo y me juré que ya nunca más aceptaría sus excusas por llegar tarde—. ¡Estoy! —Se levantó de la cama de un salto, me quitó la chaqueta de la mano y salió de la habitación la primera.

Eran casi las diez y media cuando llegamos a la estatua y yo me moría de vergüenza por presentarnos tan tarde. Jorge estaba de espaldas, fumándose un cigarro con un par de chicos y dos chicas más.

—¡Perdón, perdón! —dije—. Nos ha costado un poco terminar de arreglarnos, y luego no encontrábamos la estatua. ¿La han cambiado de sitio? Pensaba que estaba un poco más hacia el centro de la plaza…

Jorge se giró a mirarnos. Si estaba molesto porque fuésemos unas tardonas, no se le notó en absoluto. Es más, por la cara que puso, parecía que el vestido le había gustado mucho más de lo que imaginaba.

—No, siempre ha estado aquí, al final de la calle del Carmen… —dijo uno de los chicos, vestido con unos pantalones vaqueros blancos y una camisa negra—. No os preocupéis, acabamos de llegar, que aquí estas dos nunca son puntuales. —Señaló a las chicas rubias, que pusieron cara de fastidio—. Por cierto, soy Paco, encantado.

—Yo soy Blanca —contesté sonriendo.

Se acercó a darme dos besos e intenté recordar si ya lo conocía. Me sonaba mucho el nombre, pero en ese momento no lo ubicaba. Se pasó la mano por el pelo, peinándoselo con los dedos, tenía una buena melena… «¡Joder, Paco!». Me acababa de dar cuenta de quién era. En el futuro estaba prácticamente calvo, por eso no lo había reconocido. Y si ese era Paco, comprendí quiénes eran las dos chicas, porque habíamos salido varias veces con ellas.

—Bueno, ya conoces a Paco —dijo Jorge—, ella es su novia, Arancha. Y estos son Carmen, Toño y Fran.

Me mordí la lengua para no reírme. Arancha era una de esas mujeres que había mejorado mucho con la edad, sobre todo después de divorciarse. No de Paco, porque nunca llegaron a casarse, sino de un empresario alemán al que había dejado casi en la ruina después de encontrárselo en la cama con su secretaria. Esa noche estaba guapa, con un top plateado y una melenita rizada, aunque no tan espectacular como en el futuro. O quizá es que estaba tan acostumbrada a verla con su pelo largo liso, su tipazo (del gimnasio, decía ella) y sus vestidos ajustados que esta versión de 1996 me parecía demasiado normal y corriente.

La que sí me sorprendió fue Carmen, que era todo un bellezón en los noventa. A ella el divorcio le había sentado peor. A su lado, estaba el que sería su marido, Toño, que parecía un poco arisco, y su hermano, Fran, que no debía tener más de veinte años y que parecía encantado porque hubiesen llegado chicas nuevas esa noche.

Después de que saludase a todos, Jorge les presentó a mis amigas. Empezó una ronda de

besos que yo aproveché para acercarme a él. Como me sentía intimidada delante de tanta gente, opté por darle solo uno en la mejilla. Él se rio, deslizó su mano por dentro de mi chaqueta, me sujetó por la cintura y me besó en los labios.

—Estás muy guapa esta noche —me susurró con esa voz seductora y profunda que me hacía desearlo tanto.

Sonreí y lo miré de arriba abajo. Llevaba unos vaqueros azules y una camisa blanca, con una chaqueta marrón de piel encima. Atemporal, así era él. Ni viajando en el tiempo lo pillaba mal vestido.

—Bueno, ¿nos vamos? —dijo Paco, y todos asentimos.

La primera parada fue en un bar de los de toda la vida, de barra de aluminio y servilletas en el suelo. Había muchos grupos de chavales y era difícil encontrar un sitio libre. Cuando estábamos a punto de marcharnos, se levantaron unas chicas, que dejaron libre una de las mesas del fondo, así que corrimos a por ella antes de que nadie la ocupase. Pedimos unos combinados, tres minis de *whisky* con cola y, por petición de Toño, también un par de raciones de bravas.

—¡Ya está Toño con las bravas! A ver si te enteras de que aquí hemos venido a beber, no a comer —le increpó Arancha.

—Es que, si no, el *whisky* me sienta mal —contestó Toño—. Además, ¿me meto yo con las pijadas esas que pides tú?

—Es Licor 43 con piña, paleto, y no me pidas que lo mezcle con las bravas.

—Venga, chicos, no discutáis… —dijo Carmen, y luego puso los ojos en blanco. Se notaba que no era la primera vez que su novio y su mejor amiga tenían esa conversación.

Fran charlaba con mis amigas. Debía de estar valorando si entrarle primero a la del pelo castaño o a la pelirroja. La verdad es que parecía que los tres se lo pasaban muy bien, porque mis amigas no dejaban de reírse.

Jorge sacó un paquete de tabaco y me ofreció un cigarrillo. Cogí uno y le di las gracias mientras me daba fuego. Encendió el suyo antes de invitar a los demás.

—Oye, ¿y Asun? —preguntó de repente Arancha.

—¿Qué pasa con Asun? —dijo Jorge.

—Que por qué no ha venido….

—¿Y por qué tendría que venir? —Jorge empezaba a sentirse molesto.

Arancha me miró y dudó un poco antes de contestar.

—Pues porque es tu novia…

Solté una risita contenida. «Arancha, tan indiscreta como siempre». Mis amigas dejaron de hablar con Fran y atendieron a la conversación. Noté que Jorge se ponía más tenso.

—No sé por qué todo el mundo piensa que Asun es mi novia. —Miró muy serio a Arancha.

—Porque ella nos lo dijo —intervino Carmen.

—¿Os dijo eso? ¡Pero si solo hemos salido dos veces! —Suspiró, exasperado. Levantó dos dedos en el aire y los marcó al enumerarlas—: Una vez que la invité a cenar y otra que se vino de copas con nosotros. Pero nada más…

—Pues ella tenía otra película en la cabeza. Decía que os veíais todos los días —contestó Arancha.

—¡En el trabajo! Pero eso no cuenta —se defendió Jorge.

—¡De la que te has librado, chaval! —bromeó Paco—. Esa te pilla, y te amarga la vida…

Todos se rieron, incluido Jorge, que dio un trago a su cubata y movió la cabeza, sonriendo. Ya se le había pasado el mosqueo.

—Pues menos mal que no salimos una tercera vez. ¡Me hubiera tenido que casar con ella! —Soltó una carcajada.

Volvieron a reírse todos, menos mis amigas, que me miraban asustadas. Sabía lo que estaban pensando. Nos habíamos cargado la línea temporal. A partir de aquí, la historia de Jorge nunca sería la misma. Me encogí de hombros para indicar que no pensaba hacer nada por enmendarlo.

—¿Estáis bien? —les preguntó Fran, desconcertado.

—Sí, eh…, cosas de chicas —dijo Sofía—. Vamos un momento al baño, ahora venimos.

Mis amigas se levantaron, pero yo me quedé sentada, haciéndome la distraída. Al pasar por mi lado, me agarraron del brazo y tiraron de mí hasta que me incorporé.

—Ahora venimos —le dije a Jorge.

Cerré la puerta del baño y me volví hacia ellas.

—Pero ¿qué queréis que haga? ¿La voy a buscar para que se líe con Jorge?

—No, pero Asun y Jorge tenían que casarse —me dijo Sofía.

—Y tu tenías que casarte con David, pero las dos te hemos apoyado en tu historia con Alba —le solté, enfadada—. Joder, Sofía, que parece que tú eres la única que tiene derecho a cambiar las cosas para ser feliz.

—Pero eso es diferente. Todavía quedan muchos años para mi boda, así que no tengo que decidir aún con quién me voy a casar.

—Pues a mí me parece que Jorge también tiene derecho a decidir con quién se quiere casar. Y por lo que acaba de decir ahí fuera, no parece que sea con ella. Y ¿sabes qué? ¡Que me alegro! Porque Asun es una egoísta y Jorge no se merece acabar con alguien así. —Puse los brazos en jarras y respiré hondo para calmarme.

—Chicas, haya paz —medió Vega, intentando calmar los ánimos—. Blanca, creo que Sofía lo dice con buena intención. No sabemos qué consecuencias tendrá que Jorge no se case con ella.

—Pero ¿por qué tienen que ser consecuencias negativas? —Se quedaron calladas, sin saber qué decir—. Casarse con Asun fue una mala decisión de la que después se arrepintió, por eso están divorciados. —Parecía que Sofía iba a decirme algo, pero la detuve—. Y si me vas a volver a decir que nos teníamos que conocer en tu despedida, olvídate, porque no nos vamos a conocer allí. ¡Ya nos hemos conocido!

—Eso es cierto. Y se han gustado —dijo Vega—. Que no conociera a Blanca sería el mayor peligro, pero eso ya ha pasado y va todo bien.

Miré a Sofía con cara de «te lo dije». Ella suspiró.

—Vale, Blanca, es verdad, tienes razón, perdóname. No sé cómo solucionar lo de Alba y David, y creo que por eso lo proyecto en los demás, porque las vidas de otros sí que se me da bien arreglarlas.

—Sofi, creo que tu problema es que ya has escogido, pero estás acojonada porque puedes conseguir todas las cosas buenas que tenías con David, pero no puedes tener lo de Alba sin estar con Alba.

—No es tan fácil —contestó Sofía, cruzando los brazos.

Sabía que había dado en el clavo, pero mi amiga todavía no quería admitirlo para sí misma y no me lo iba a reconocer. Aun así, estaba enfadada con ella, por lo que seguí soltándole, sin filtro, todo lo que pensaba.

—Y estar con Alba volvería todo tu mundo del revés, porque estás acostumbrada a hacer siempre lo que te dicen que tienes que hacer, a seguir las normas. Y que dos chicas adolescentes puedan disfrutar de su historia de amor en los noventa está todavía muy al margen de la sociedad. Y te mueres de miedo. Pero no quieres volver a vivir sin Alba, porque sabes que no

serías feliz. ¿Tengo razón?

Sofía me miró con rabia. En vez de contestarme, salió llorando del baño. Vega me hizo un gesto de reproche y corrió tras ella. Respiré hondo. Me había pasado.

Decidí que antes de salir a hablar con mis amigas, debería pasar primero por la mesa, aunque fuera para decirles que aún seguíamos allí. Me acerqué y Jorge se levantó, preocupado.

—¿Todo bien, Blanca? —Me puso la mano en el brazo, en un gesto cariñoso—. Espero que no te hayas molestado por lo de Asun, nunca ha sido mi novia…

—No, tranquilo, hemos discutido por una cosa nuestra, pero todo bien. Voy a salir un momento a solucionarlo. Estamos fuera, no os vayáis sin nosotras. —Intenté sonreír.

—Ni se me ocurriría. —Me acarició la mejilla—. No hay problema, cielo. Tómate tu tiempo y arregla las cosas. Estaremos aquí.

Me dio un beso y me guiñó un ojo. Cogí la chaqueta y salí a la calle, acercándome al bordillo del escaparate donde se habían sentado mis amigas. Encendí un cigarro y les ofrecí otro a ellas.

—Sofi, lo siento —dije mientras les daba fuego—. No era ni el momento ni el lugar. No te enfades, por favor.

Se secó las lágrimas, tenía los ojos emborronados de rímel. Saqué un pañuelo de papel de mi chaqueta y le limpié los churretes negros, intentando arreglar su maquillaje. Ella me sonrió. Le di un beso en la mejilla.

—Perdóname tú a mí también —me dijo Sofía, más calmada—. Creo que tienes mucha razón en todo lo que dices. Si te soy sincera, no me lo había planteado, pero ahora que me lo has puesto delante, creo que es exactamente así.

—A ver si en esta dimensión voy a ser yo la que da los buenos consejos y tú la que los ignoras y toma malas decisiones… —bromeé.

Sofía soltó una carcajada.

—Ahora entiendo lo difícil que es estar en el otro lado. Tengo mucho que asimilar y en lo que pensar, pero creo que me has dado la clave para salir de mi bucle. Y en cuanto a Jorge y Asun, te prometo que no diré nada más. Quizá el que nunca sean pareja suponga mejoras en su vida. El tiempo lo dirá.

—¿Vamos dentro? —preguntó Vega—. Me estoy quedando helada sin la chaqueta.

Regresamos al bar, donde Jorge y sus amigos acababan de pedir otra ronda de minis. Al vernos, nos hicieron la ola y aplaudieron. Nos reímos y aplaudimos también.

—Venga, chicas, que vamos a jugar a un juego de beber —dijo Jorge—. Seguro que este no lo conocéis.

Vega me miró. Éramos expertas en juegos de beber.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—¡El duro! —contestó Paco.

—Pero ¿quién no conoce el duro? —me reí, y luego señalé a Jorge con el dedo—. Prepárate, que vas a flipar.

Colocaron cuatro vasos en la mesa y los rellenaron del *whisky* con cola de uno de los minis. El juego consistía en hacer rebotar una moneda por turnos en la mesa y meterla en uno de los vasos. Quien lo conseguía, elegía a la persona que se lo tenía que beber de un trago. Y así hasta acabar con el *whisky*.

—Muy bien, señorita. —Jorge sujetó la palma de mi mano boca arriba y colocó el duro en ella antes de cubrirla con la otra mano y aprovechar para acariciarme—. Empieza usted.

Sonreí con fanfarronería. Solía ser muy buena en aquello, pero justo esa noche no podía fallar. Respiré hondo. Me coloqué en posición, lancé la moneda, que rebotó… y entró en uno de

los vasos.

—Bebes. —Señalé a Jorge mientras mis amigas aplaudían.

Cogió el vaso, me miró y se lo bebió de un trago.

—Muy bien, con que esas tenemos… —me retó.

La siguiente en tirar fue Arancha, que falló. Y luego Toño, que consiguió que la moneda rebotara en el borde del vaso, pero cayó fuera.

Le tocaba a Jorge. Cogió el duro, echó un vistazo rápido para calcular la distancia y, después, en un ataque de chulería sin precedentes, lo lanzó con la mirada fija en mí.

—Bebes —dijo milésimas antes de que la moneda cayera en el vaso.

Paco soltó una carcajada y hasta mis amigas le aplaudieron. «Traidoras…». Agarré el vaso y me lo bebí con tanto ímpetu que casi me trago el duro.

Después, le tocó el turno a Sofía, que falló. A Vega, que me ayudó a emborrachar a Jorge. A Fran, que lo lanzó hacia la otra mesa porque había visto a una morenita que estaba muy buena. A Paco, que parecía que iba a también a por mí, pero en el último momento eligió que bebiera Vega, y a Carmen, que por primera vez metía el duro en un vaso y, para celebrarlo, decidió beberse ella misma el contenido.

Varias rondas más tarde, Jorge se había bebido, por lo menos, cinco vasos, aunque seguía sin parecer borracho.

—Ya verás mañana qué resaca —dijo, divertido.

—Qué flojito eres… —le vacilé, haciendo una mueca. Él soltó una carcajada.

Cuando terminamos los minis, decidimos ir a bailar. Fran propuso un *pub* cercano donde ponían buena música y conocía a una de las camareras.

—Seguro que nos invita a unos chupitos —dijo para convencernos.

Como ya estábamos muy animados, lo seguimos a ese *pub*, y luego al siguiente. Y al otro. Al final, Arancha, harta de ir de aquí para allá, propuso acabar la noche en una discoteca, a lo que mis amigas se apuntaron encantadas.

Después de dejar las chaquetas en el guardarropa, y aprovechando que Jorge había ido a por unas copas a la barra, sus amigas vinieron a sonsacarme.

—¿Y cuánto hace que os conocéis? —preguntó Carmen.

—Es la segunda vez que nos vemos. —Me reí de la cara que pusieron.

—Guau, pues tenéis una complicidad tremenda —dijo Arancha, sorprendida.

—Vamos, igualito que con la otra —contestó Carmen, irónica, y las dos se rieron.

—Perdona si antes te ha podido molestar lo de Asun. —Arancha me cogió del brazo para que me girase hacia ella—. Solo he preguntado porque me ha extrañado que no viniera si era su novia, pero la verdad es que no nos caía nada bien.

—No te preocupes, no me lo he tomado a mal… —Sonreí.

Jorge volvió de la barra y me pasó mi copa. Después, me cogió de la cintura

—Esta chica nos gusta más que Asun —dijo Carmen.

—A mí también —contestó él, mirándome. Y me dio un beso, cariñoso.

Me pegué a él, disfrutando de esa forma de besarme que ya conocía, pero que tenía un punto mucho más ansioso que de costumbre. Esa versión de Jorge estaba llena de energía y de ganas de disfrutar la vida. Y a mí no me podía gustar más.

—Os dejamos solos… —dijo Arancha con retintín antes de irse a bailar con los demás.

Para cuando nos acabamos de tomar un chocolate con churros en San Ginés, ya era completamente de día. Mis amigas se fumaban un cigarro sentadas en el bordillo, junto a la

puerta del hostal. Los amigos de Jorge le hacían señas desde el otro lado de la calle para que se diera prisa. Y nosotros seguíamos parados en medio de la acera, uno frente al otro. Besándonos. Ignorando todo lo demás.

—Lo he pasado genial. —Me retiré un poco y lo miré a los ojos.

Aunque se suponía que no deberíamos habernos conocido hasta muchos años más tarde, tuve la sensación de que estar con él esa noche de 1996 era una de las pocas cosas que tenían sentido en esa nueva dimensión. Con Jorge me parecía que todo era normal. Nos gustábamos. Nos entendíamos. Todo fluía. Había una química especial entre nosotros. Mis amigas y las suyas se habían dado cuenta.

—Yo también lo he pasado muy bien —me respondió Jorge—. No quiero que se acabe esta noche…

—Te invitaría a subir, pero creo que no soportarías los ronquidos de Vega —bromeé.

—¡Os estoy oyendo! —gritó Vega desde la acera.

Jorge soltó una carcajada y me abrazó. Me puse de puntillas y apoyé la cabeza en su hombro, respiré en su cuello y lo besé, como había hecho mil veces. Al sentir el contacto, me apretó más contra él.

—¡Eh, tío! ¿Vienes o te quedas? —gritó Paco

Jorge exhaló, hastiado. Se separó de mí y les hizo una seña con la mano para que esperaran un momento.

—¿A qué hora te vas? —me preguntó Jorge

—El tren sale a las cuatro y cuarto —contesté.

—Vale, ¿te parece bien si os recojo aquí a la una y os llevo a la estación en coche? Me gustaría tomarme un café contigo y comentarte una cosa antes de que te vayas.

Asentí, intrigada. «¿Qué será lo que quiere decirme?». Iba a pedirle que me diera alguna pista cuando me besó.

—Tengo que irme, pero luego nos vemos. —Echó a correr hacia sus amigos, que ya se habían puesto en marcha.

—¡Hasta luego! —le grité.

—Me muero de sueño… ¿Vamos a dormir? —lloriqueó Vega

Las ayudé a incorporarse y subimos a la habitación.

A pesar de haber descansado solo unas horas, no teníamos resaca. Si acaso, algo de sed y un ligero dolor de cabeza. Era lo bueno de ser adolescente, que a nuestro cuerpo todavía no le afectaba tanto el alcohol.

—Joder, ¡esto es un chollo! —Vega se levantó con energía.

Nos dimos una ducha y bajamos a tomar café en un bar cercano al hostal. A la una menos cinco, estábamos de nuevo en la puerta, esperando a Jorge.

—Qué majo es tu chico, que viene a buscarnos —comentó Sofía.

Sonreí y, mirando alrededor, busqué el Golf GTI blanco que me había dicho que tenía. Aunque, para ser sincera, realmente buscaba un coche blanco con Jorge dentro, porque distinguir modelos de vehículos no era mi fuerte.

Como siempre, llegó puntual. Me di cuenta de que el alcohol le había afectado un poco más que a nosotras: las gafas de sol y la botella de agua, de la que bebía sin parar, lo delataban. Y, sin embargo, ahí estaba, en su día libre, recogiendo a tres chavalas que apenas conocía para acercarlas a la estación de tren.

—Hola, chicas. —Nos saludó cuando entramos—. ¿Qué tal habéis dormido?

—Pues creo que mejor que tú —respondí con una risita—. Muchas gracias por llevarnos a la estación.

—No hay de qué, cielo. —Arrancó y se concentró en la conducción.

Mis amigas se pusieron a hablar en el asiento trasero y yo miré a Jorge. Me resultaba surrealista pensar en la discusión que habíamos tenido hacía unas tres semanas, cuando rompí con él. Había sido demasiado impulsiva y ahora estaba pagando las consecuencias. «Si volvemos a ser una pareja de verdad, prometo que nunca más me dejaré llevar por un arrebato irracional». Y Jorge, como si supiera lo que estaba pensando, puso una mano en mi muslo y sonrió.

Después de comernos una hamburguesa en la estación, mis amigas decidieron dar una vuelta para dejarnos intimidad.

—Vamos a por unas revistas. Nos vemos aquí —dijo Vega.

Jorge y yo nos sentamos en una de las mesas junto al jardín tropical, y pedimos un par de cafés, que nos sirvieron enseguida. Jugué con el sobre de azúcar, intrigadísima por escuchar lo que tenía que contarme.

—Bueno, tú dirás…

Jorge sonrió con timidez y apoyó los brazos en la mesa.

—Blanca, igual esto suena como una locura, porque nos hemos visto solo un par de veces, pero contigo estoy muy a gusto. Siento que puedo ser yo mismo porque es como si me conocieses. —Bajó la mirada hacia su taza—. No sé si tiene mucho sentido, de hecho, suena todavía más raro al decirlo en voz alta —susurró, como si le diera vergüenza.

—Yo estoy muy a gusto contigo también, así que supongo que sí que tiene sentido.

Jorge levantó la cabeza. Sonreí, para invitarlo a continuar.

—No te lo quise contar ayer, pero, desde lo del otro día, Asun me putea.

—¡No me digas! —dije, sorprendida.

—Sí, me está haciendo el trabajo bastante imposible. Me pone turnos dobles, me quita comisiones… He oído que incluso le ha hablado mal de mí al jefe de planta. —«Típico de Asun, egoísta y rencorosa hasta decir basta»—. Y como ella lleva más tiempo y la conocen mucho más que a mí, creo que esto solo puede ir a peor. No tengo ninguna opción de ganar esta batalla. Así que se me ha ocurrido, que, quizá, pueda pedir un traslado de centro… No sé, a lo mejor a Alicante… —Jorge esperó mi reacción.

—¡Eso sería genial! —exclamé contenta.

—¿Te gustaría? —preguntó, ilusionado.

—¡Me encantaría!

Jorge se rio, feliz de que no me pareciese una locura.

—He pensado que podría ser un traslado para dos o tres años, mientras acabas la carrera…

Tragué saliva al escucharlo. Había olvidado que Jorge creía que tenía diecinueve y estaba en la universidad. «Bueno, ya se me ocurrirá algo en su momento», y asentí, contenta, mientras Jorge me explicaba su plan.

—… yo puedo hacer algún curso a distancia mientras trabajo —continuó—. Y después podemos decidir si volver a Madrid o mudarnos a otro país. ¡O a otro continente!

Todo sonaba maravilloso. Era el futuro que Jorge y yo habíamos querido siempre. Con el que soñábamos cuando habíamos empezado a salir hacía tantos años. Lástima que, en aquel momento, nos pillase la crisis de 2008. Pero ahora teníamos una nueva oportunidad. Me levanté de la silla y me senté encima de él.

—Cuenta conmigo —le susurré al oído.

Jorge me abrazó con fuerza.

—Mañana mismo pregunto por el traslado. Y te llamo para contarte lo que me han dicho… Por cierto, creo que no tengo tu teléfono.

Cogí una servilleta y busqué en mi mochila algo con lo que escribir. Encontré un bolígrafo y le apunté mi número. Se la pasé a Jorge y, entonces, vi a mis amigas. Se habían detenido a un par de metros de nuestra mesa para no molestar, pero se tocaban la muñeca, porque ya era la hora. Hice una seña para pedirles un minuto más.

—Tengo que irme, pero gracias por un finde fantástico. —Me levanté mirando a Jorge, que también se puso en pie.

—Gracias a ti, cielo, por venir. Mañana te llamo.

Nos besamos, contentos, seguros de que volveríamos a vernos pronto.

—Qué ganas tengo de que no tengas que irte siempre corriendo —suspiró.

Solté una carcajada, cogí la mochila y me fui con mis amigas, que le dijeron adiós con la mano. Jorge sonrió e hizo lo mismo. Y yo me giré para mandarle un beso, antes de correr hacia el andén para coger el Talgo.

CAPÍTULO 12
¿DE VERDAD ERA TAN FÁCIL?

Lunes, 13 de mayo de 1996

Toda la tarde del lunes esperé, nerviosa, la llamada de Jorge. «Debería de haberle preguntado qué turno tenía hoy, para calcular a qué hora me llamaría», me lamenté. Al final, sobre las ocho de la tarde, sonó el teléfono.

—¡Yo lo cojo! —Corrí hacia el salón y crucé los dedos para que fuera él.

Descolgué el auricular y me lo llevé al oído. Levanté el hombro para sujetarlo mientras agarraba el aparato con una mano y con la otra estiraba del cable.

—¿Diga? —respondí al meterme en el baño, que era el único sitio donde tenía algo de intimidad.

—¿Blanca? —preguntó él, al otro lado de la línea.

—Sí, soy yo, ¿qué tal?

—Muy bien, ¿quieres comer conmigo mañana? —Se rio.

Yo me reí también, sin saber muy bien por qué. Tal vez porque estaba feliz de escucharle.

—¡Claro! ¿Qué celebramos? —pregunté, ansiosa por que me contase más.

—De momento, todavía nada —dijo Jorge con cautela—, pero mañana tengo una entrevista en Alicante y, a lo mejor, la semana que viene podemos celebrarlo todos los días.

—¡¿En serio?! —Se me escapó un gritito de felicidad.

—La entrevista es a las doce y media, ¿te viene bien quedar sobre la una y media? —me preguntó—. En la puerta de El Corte Inglés.

—Me viene muy bien. —Pensé en que tendría que inventarme alguna cita médica para salir una hora antes de clase—. ¿En El Corte Inglés nuevo o en el viejo? Es que hay dos…

—Me han dicho que es en la avenida Maisonnave —leyó Jorge despacio, haciendo hincapié en la doble ene—. ¿Está lejos de la estación?

—No, está justo al lado. Lo verás al salir.

—Perfecto, cielo. Qué ganas tengo de verte mañana.

—¡Yo también! Hasta mañana.

Colgué el teléfono y me di cuenta de que me dolía la cara de tanto sonreír. ¿De verdad era tan fácil? Las cosas con Jorge estaban saliendo a la perfección, y a la primera. Todo fluía como si hubiésemos apartado un obstáculo del camino. «Quizá es así como tenía que pasar». Y, por fin, le encontré el sentido a eso de haber viajado en el tiempo.

Al día siguiente, al entrar en el instituto, escuché que alguien detrás de mí me llamaba. Me giré y divisé a Paula, que se acercaba corriendo y movía la mano en el aire para indicarme que la esperase. Me detuve, sorprendida. Cuando llegó a mi altura, caminamos juntas hacia el patio.

—Hola, Paula, ¿qué tal?

—Bien, bien, ¿y tú? ¡Qué guapa vienes!

Me había arreglado algo más que de costumbre para ver a Jorge, pero me resultaba muy raro que Paula me hiciera un cumplido así, de primeras. Seguro que quería pedirme algo.

—Gracias —respondí con una sonrisa.

—Oye, Blanca, yo te quería preguntar una cosa —dijo sin andarse mucho por las ramas.

¡Bingo! Típico de Paula. Conocíamos muy bien a la prima de Sofía: si se te acercaba con halagos, quería algo de ti.

—Tu dirás.

—Mira, tía, es que me gusta Martín. El sábado me lo encontré de fiesta y lo pasamos muy bien, pero no quiero intentar nada con él si a ti todavía te gusta. —Se detuvo para comprobar mi reacción—. Ya sabes, mi prima me mataría…

Confieso que no me sentó demasiado bien. Aunque había decidido que quería estar con Jorge, me reconfortaba saber que Martín todavía seguía ahí. Noté una punzada de celos al imaginarlo con Paula, pero enseguida me di cuenta de que estaba actuando como el perro del hortelano. Tenía que ser adulta y dejar que pasara lo que tenía que pasar. Estaba claro que, al final, Martín no era para mí. Por lo menos, esta vez Paula había preguntado antes de liarse con él, no como había hecho con Nacho en la otra dimensión. Me paré y forcé una sonrisa.

—Entre Martín y yo no hay nada. Así que, si a él le gustas, por mí no hay ningún problema en…

—¡Ay, gracias, Blanca! —Paula me abrazó, sin dejarme terminar siquiera. Después, salió corriendo hacia Martín, que estaba al otro lado del patio, con sus amigos.

Fruncí los labios, no demasiado convencida de lo que acababa de decir, pero era consciente de que no habría sido justo darle ninguna otra respuesta. Seguí hasta el banco donde estaban mis amigas.

—¿Qué te ha dicho mi prima? —me preguntó Sofía, que no le había quitado los ojos de encima a Paula.

—Que le gusta Martín. Le he dicho que no me importa que salga con él.

—¿Estás segura? —Me miró, inquisitiva.

Sabía que, dijera lo que dijese, no me creería y seguiría con sus preguntas, así que, preferí cambiar de tema.

—Jorge viene hoy a las doce a hacer la entrevista. Si sale bien, la próxima semana estará viviendo aquí.

—¡¿En serio?! —preguntó Vega—. ¡Qué rápido!

—Sí —asentí, contenta—, crucemos los dedos.

En ese momento sonó el timbre.

—Id vosotras, yo tengo que hacer una cosa rápida antes de entrar.

Mis amigas se marcharon sin hacer preguntas. Saqué el libro que me había prestado Martín un par de semanas antes y lo esperé.

—Hola, preciosa. —Sonrió al llegar a mi altura.

—Tu libro. —Extendí los brazos para entregárselo—. Gracias por dejármelo, me ha gustado mucho.

—Quédatelo, Blanca. Te lo regalo. —Señaló hacia las aulas—. ¿Vas para clase?

—Gracias… Sí, aunque preferiría ir a cualquier otro sitio. —Suspiré con resignación mientras caminábamos juntos.

Martín se detuvo en seco.

—Tengo la moto ahí fuera, solo tienes que decir a dónde. —Me paré a su lado y no supe distinguir si hablaba en serio o bromeaba, así que me reí y eché a andar de nuevo.

—¿Qué tal el sábado? —Intenté que sonara trivial, pero me moría de ganas por saber qué había ocurrido con Paula.

—Como siempre. —Se encogió de hombros—. ¿Tú no saliste? No te vi por allí.

—Eh…, no, estaba castigada —improvisé.

Sofía nos había hecho prometer que nunca le diríamos a nadie que habíamos estado en Madrid. «Sin pruebas y sin cabos sueltos», dijo, muy seria. Y cuando se ponía así, daba un poco de miedo, por lo que Vega y yo preferíamos no llevarle la contraria.

—Vaya, espero que no te dure mucho el castigo —contestó Martín al entrar en clase.

Le sonreí, dando por terminada la conversación, y me dirigí a mi sitio junto a Vega. Él se sentó con Paula un par de filas atrás, y, aunque, no quise darme la vuelta por si los descubría tonteando, durante toda la mañana sentí que Martín no dejaba de mirarme.

Unas horas más tarde, estaba enfrente de la puerta de El Corte Inglés, aguardando a que se detuviesen los coches para cruzar a la otra acera. Había conseguido escabullirme del instituto, falsificando, una vez más, una nota con la firma de mi madre. Se me daba tan bien imitarla que, no me castigó cuando me pilló una de esas notas falsas porque estaba segura de que la había firmado ella y no se acordaba. Distinguí a Jorge al otro lado y moví mi mano en el aire para saludarlo. Él enseguida advirtió mi presencia y me sonrió. Me esperaba relajado, con las manos en el pantalón de su traje. En cuanto el muñequito se puso verde, crucé corriendo el paso de cebra.

—Bonita corbata… —Tiré de ella con suavidad, obligándolo a bajar un poco la cabeza.

—Hola, cielo —susurró antes de besarme despacio—, te he echado de menos.

—Yo también —contesté después.

—¿Qué te apetece comer? —dijimos a la vez, y nos echamos a reír.

—Pues sé que aquí sois muy de arroz, pero a mí me apetece algo de pasta.

—Genial, me gusta la pasta. —Recordé que muy cerca había un restaurante italiano al que solía ir bastante en los noventa—. Vamos por aquí.

Mientras caminábamos, le pregunté qué tal había ido la entrevista. Estaba contento, creía que había causado una buena impresión.

—Me ha dicho el jefe de planta que no tienen a nadie que sepa tanto de ordenadores como yo, así que lo mismo no solo me trasladan, sino que, quizá, hasta me asciendan.

Me reí con él. Estaba muy emocionado. Me preguntó cuáles eran las mejores zonas para vivir por allí. Tendría que alquilar un piso y necesitaba que lo ayudase. No sabía si prefería mudarse cerca del trabajo o de la playa, aunque la verdad es que le parecía que nada estaba lejos. Yo asentía y sonreía. Estaba feliz. Ni en mis mejores fantasías lo habría imaginado de esa manera. Jorge y yo, con todo el futuro por delante para conseguir nuestros sueños, sin cargas ni obligaciones. Era como comenzar de cero, pero a lo grande.

Llegamos al restaurante, pedimos vino y elegí para él una pasta que sabía que era su favorita. Jorge se quedó boquiabierto, como siempre que le hacía uno de «mis trucos», porque así había empezado a llamarlos.

—No me lo puedo creer… Es como si estuvieras dentro de mi cabeza. —Me miró

anonadado.

—Era fácil, a todo el mundo le gusta la carbonara. —Sonreí, para quitarle importancia, y le di un trago a mi copa de vino.

—¿Y qué tal las clases? —me preguntó Jorge—. Me dijiste que estudiabas…

—Comunicación Audiovisual —mentí.

—Sí, es verdad. —De pronto, puso cara de sorpresa—. Vaya, pensaba que solo se estudiaba en Madrid o en Barcelona.

—Bueno, tiene una parte troncal común con la carrera de Publicidad. Luego, en los dos últimos años, te especializas —improvisé.

Me puse muy nerviosa, porque no sabía cómo iba a decirle que todavía tenía dieciséis años y estaba en el instituto. Imaginé su cara de decepción al enterarse. No podía hacerlo. Lo perdería. Jorge nunca saldría con una menor de edad… Respiré, intentando tranquilizarme. «Bueno, en un par de meses tendré diecisiete. Quizá puedo escondérselo durante un año y contárselo todo a los dieciocho».

Levanté mi copa de vino. No quería pensar en aquello, sino disfrutar del momento.

—Brindemos por los nuevos comienzos.

—Mejor brindemos por ti, Blanca. Por haberme cambiado tanto la vida en una semana. —Jorge entrechocó su copa de vino con la mía.

Yo sonreí, pero, por primera vez, pensé que Sofía podría tener razón. Había hecho demasiados cambios en la vida de Jorge en muy poco tiempo y era difícil prever las consecuencias. Aunque, de momento, todo en su vida parecía ir a mejor.

Después de comer, volvimos deprisa a la estación porque el tren de Jorge salía a las cuatro y cuarto. En el andén, me abrazó por la cintura y me miró.

—Mañana me dirán algo, cielo. No quiero cantar victoria antes de tiempo, pero estoy bastante convencido de que me lo van a dar. Así que busca un piso que te guste y que esté cerca de tu casa, porque me encantará que me visites todos los días.

Sonreí feliz. Sonó el pitido que indicaba que el tren estaba a punto de ponerse en marcha. Jorge me dio un beso rápido y subió, gritándome desde lo alto de las escaleras:

—¡Mañana te llamo y te cuento! ¡Y el fin de semana, nos vemos! —Me lanzó un beso antes de que se cerrara la puerta.

Le dije adiós con la mano, dando besos al aire y riéndome, hasta que el tren abandonó la estación. Estaba muy emocionada porque, en cuatro días, tendría a Jorge conmigo. Se cerraría el círculo que había abierto al dejarlo de esa manera tan absurda en el futuro. Seríamos una pareja. Y esa vez, no lo volvería a fastidiar.

Estaba en mi habitación terminando los deberes de Lengua, aunque no hacía más que pensar en Jorge. No había dejado de sonreír desde que nos habíamos despedido en la estación de tren el día anterior. «¿Le habrán confirmado ya lo del traslado?». Imaginé la cara que pondría Asun al enterarse que Jorge se trasladaba a otra ciudad. Aún no podía creerme que en unos pocos días estaría viviendo tan cerca.

Iba a consultar la hora cuando escuché el teléfono. Salí corriendo de la habitación, tropecé con mi hermano y entré de un salto en el salón. Allí caminé por encima del sofá para llegar al teléfono antes que mi padre, que me miraba asombrado. Agarré el aparato con una mano para llevármelo al baño, y descolgué el auricular. Estaba segura de que era Jorge.

—¿Diga? —Traté de poner la voz más *sexy* de la que era capaz mientras recuperaba el

aliento.

—¿Blanca? —dijo Jorge al otro lado de la línea.

—Sí, soy yo.

—¿Qué tal? Soy Jorge… —Lo noté un poco más serio que el día anterior, pero no le quise dar mucha importancia.

—Hola, cielo, ¿cómo estás? —dije con alegría.

—Bien… —contestó, y luego carraspeó—. Bueno, para ser sincero, tengo que decir que estoy un poco impactado.

—¿Y eso? —Se me aceleró el corazón y deseé que no hubiera tenido ningún problema con el traslado—. ¿Te han dicho algo?

—Sí, sí. Me han dicho que el puesto de Alicante es mío si lo quiero.

—¡Qué bien! —Solté un gritito de felicidad. Después de unos segundos, me di cuenta de que no escuchaba su alegría al otro lado de la línea—. ¿No te parece bien?

—Sí, está bien. Es solo que… me han llamado también de otro sitio.

Y, entonces, lo supe. No necesité escuchar nada más. Había oído esta historia miles de veces, sobre todo los últimos meses. Había renunciado a un puesto en el extranjero porque acababa de empezar a salir con Asun, dando por hecho que en el futuro tendría más oportunidades laborales como esa. Pero no las hubo. Y siempre se reprochó no haberlo aceptado. Era uno de esos «Y si hubiera…» que nunca te perdonas en la vida.

—¿De qué sitio? —pregunté con un hilo de voz, aunque ya lo sabía.

—Pues es una compañía americana de vídeo. Están buscando perfiles como el mío. Eché la solicitud hace un par de meses, pero pensaba que nunca me llamarían. El puesto, el sueldo y las condiciones que ofrecen son inigualables. Incluyen alojamiento, dietas y formación de tres años, pero es en…

—Estados Unidos —respondí por él.

—Sí, en Connecticut —dijo Jorge.

Nos quedamos en silencio. Los dos sabíamos lo que eso significaba.

—Así que parece que esto es una despedida. —Rompí el hielo.

—Eso parece —contestó Jorge—. Bueno, podría quedarme…

—Ni se te ocurra, cielo —lo corté—, no me parece que sea una buena opción. Te arrepentirías toda tu vida.

—Quizá tenga más oportunidades como esta —dudó Jorge. Después, lo escuché respirar hondo—. Oye, Blanca, de verdad, me gustas mucho. No me había sentido nunca con nadie como me siento contigo. Y quizá te suene un poco tonto, pero en parte te he llamado deseando que me dijeras que me quedase. No quiero tomar la decisión de irme y dejarte aquí, porque sé que me arrepentiré.

Cerré los ojos. No podía pedirle que renunciara y se quedara. Sabía lo que ocurriría, y no quería joderle la vida de la misma manera en que lo había hecho Asun. Yo no era como ella.

—Tienes que ir. Es una oportunidad fantástica y no sabemos si se repetirá. El momento es ahora, Jorge —le contesté. Y como no me respondía, añadí—: Mira, me encantas. Me gustas muchísimo. Y, precisamente por eso, no voy a decirte que te quedes.

—¿Me esperarás? —preguntó con la voz casi ronca—. Joder, no puedo pedirte eso…

En ese instante, se me ocurrió algo que sonaba muy loco, pero que, a la vez, tenía todo el sentido del mundo.

—Te voy a proponer algo, pero no te rías ¿vale? —Solté una risita—. Necesito que cojas papel y boli. ¿Lo tienes?

—Qué misteriosa… Dame un segundo. —Escuché ruido de fondo—. Vale, ya está.

—Apunta: La Posada, dos y media de la madrugada, 29 de julio de 2007…

Escuché una carcajada al otro lado de la línea.

—¿2007? ¡Pero si faltan más de diez años! —Jorge se rio—. ¿Te estás quedando conmigo?

—No, no me estoy quedando contigo. —Me reí también, para quitarle dramatismo—. Será la noche del sábado al domingo, en la barra de la planta baja… Pero apúntalo, por favor.

—Vale, vale. —Lo oí susurrar «esto es de locos»—. La Posada, dos y media de la madrugada de la noche del sábado al domingo 29 de Julio de 2007. Barra de la planta baja. ¿Dónde es? No me suena.

—Ya te sonará —lo corté—. Igual te parece una frase muy manida, pero no quiero que dejes de hacer nada por mí. Tienes un montón de oportunidades por delante y debes aprovecharlas. —Suspiré, procurando no llorar—. Sé que nos volveremos a ver. Seguramente, mucho antes de esa fecha. Pero si pasa cualquier cosa, si todo se complica o si no volvemos a hablar nunca más…, que sepas que estaré allí. —Sonreí al otro lado del teléfono—. ¡Por favor, no pierdas ese papel!

—Vale —respondió muy serio—. Creo que mejor lo voy a memorizar, por si acaso, que mi madre es muy dada a hacer limpieza de papeles importantes.

Me reí, aunque me caían algunas lágrimas por las mejillas. Sabía que aquello era una despedida, aunque deseaba que solo fuera temporal. No quería dejar ir a Jorge, pero aceptar ese empleo era lo mejor para él. Y esa era la única manera. No podría irme con él, aunque quisiera. ¡Por Dios! Solo tenía dieciséis años en esa dimensión.

—¿Seguro que volveré a verte, Blanca? —me preguntó.

—Siempre… —le contesté.

Y, después de unos segundos en silencio, nos despedimos. Me quedé en el baño con el auricular en la mano. Llorando. Echando de menos al Jorge que conocía y a todo lo que habíamos vivido juntos en el futuro, porque sabía que ya nada de eso sucedería. Lo había perdido. A partir de entonces, empezaba un nuevo Jorge, uno desconocido para mí, que iría a Connecticut como siempre había querido. Y crearía nuevos recuerdos. Y sería feliz… Y yo solo deseaba volver a encontrarme con él en el futuro y poder formar parte, también, de esa nueva vida.

Diez minutos después, me sequé las lágrimas y regresé a mi habitación. Busqué alguna de las cintas donde tenía las canciones melancólicas que tanto me gustaba escuchar en momentos como aquel, y me lamenté de que fuera 1996 y no pudiese oír la voz de Laura Pergolizzi cantando *Lost On You*, porque así era exactamente como me sentía.

Cuando me fui a dormir esa noche, deseé, más que nunca, volver al futuro. Despertarme veinticinco años después para descubrir si aún formaba parte de la vida de Jorge. O si, con el paso del tiempo, él me habría olvidado para siempre.

CAPÍTULO 13
TIENES MALA CARA

Jueves 16, de mayo de 1996

Nunca odié tanto los noventa como aquella mañana. La alarma del despertador me recordó que aún tenían que pasar muchos años para volver a ver a Jorge. Y eso con suerte, porque podía quedarse en Estados Unidos para siempre. O volver a Madrid y conocer a alguien… o, simplemente, olvidarse de mí. Y eso último parecía ser lo más probable, porque solo nos habíamos visto tres veces. Noté cómo volvían a caerme las lágrimas, así que me levanté rápido de la cama para meterme en la ducha, que era el único sitio donde tenía intimidad para llorar. Además, eso me despejaría, y lo necesitaba, porque casi no había podido pegar ojo.

Cuando mi madre me dejó en el instituto, busqué a mis amigas en el aparcamiento. Me sentía incapaz de atender en clase con todo lo que tenía en la cabeza. La noche anterior había tenido claro que debía dejar que Jorge se fuera, aunque esa mañana, después de darle tantas vueltas, ya no sabía si era lo mejor. Necesitaba desahogarme y conocer su opinión. Como no las encontraba, decidí buscarlas en el patio, pero la voz de Vega me detuvo. Me giré y ella se sobresaltó.

—¡Joder, tía, qué mala cara tienes! ¿Qué te ha pasado? ¿Es por Jorge? —Asentí con la cabeza sin contestar. Sabía que, en cuanto empezase a hablar, no sería capaz de contener las lágrimas—. Voy a por Sofía y nos fugamos la primera hora para tomar café, ¿vale?

Volví a asentir y me encendí un cigarro, mirando al infinito y tratando de no pensar en nada. Tras un par de minutos, Sofía me agarró del brazo y fuimos hacia una cafetería cercana al insti, donde solíamos escondernos cuando nos saltábamos alguna clase.

—¿Blanca, estás bien? —me preguntó, cariñosa.

Negué con la cabeza y rompí a llorar. Sofía me abrazó.

—Venga, vamos, chicas, que ya casi hemos llegado. Si nos pillan aquí, será aún peor. —Vega nos metió prisa.

Al entrar, nos sentamos en una de las mesas del fondo. Mis amigas pidieron unos cafés y me encendieron un cigarrillo. Cuando me calmé un poco, les conté la conversación que había tenido con Jorge la noche anterior. Ellas me escuchaban, atentas. Al terminar, Sofía me cogió la mano.

—Blanca, es una mierda, pero has hecho lo correcto. Y lo sabes.

La miré en silencio, esperando que dijera algo más. En el fondo, lo que quería era que mis amigas me pidiesen que fuera a Madrid a detenerlo, porque dejarlo marchar era una locura. Pero no era eso lo que parecía que fueran a hacer, así que le pregunté.

—¿Tú crees?

Sofía asintió y giré la cabeza para mirar a Vega, que asintió también. Me tapé los ojos y me puse a llorar de nuevo. Sofía me acarició la espalda.

—Mira, Blanca, sabes lo importante que era ese puesto para Jorge y lo arrepentido que ha estado toda su vida por no haber aprovechado la oportunidad. Hemos culpado a Asun durante años porque le pidió que se quedara en Madrid. Y ahora que ella es historia, ¿quieres hacer tú lo mismo? ¿Vas a ser tú la que acabe con sus sueños en esta nueva dimensión?

Busqué el apoyo de Vega, pero esta cruzó los brazos, echándose un poco hacia atrás en la silla.

—Estoy de acuerdo con Sofía. Yo no lo hubiera explicado mejor.

—Pero ¿y si no tiene que irse? —pregunté, en un último intento por ponerlas de mi parte.

Sofía me sonrió, hablándome con cariño.

—Si no tuviera que irse, no lo habrían llamado para ofrecerle el trabajo. —Me limpió una lágrima y me miró a los ojos—. Blanca, en tus manos está que vaya o no a Connecticut, literalmente. Todo tendrá consecuencias, unas buenas, otras malas y otras que no podemos prever en absoluto. Tú eliges si quieres lo mejor para él… o lo más cómodo para ti.

Intenté contestarle, pero ya no tenía más argumentos. En el fondo, sabía que era así. Y en esos días, me había dado cuenta de cuánto quería a Jorge y lo importante que era para mí. Vega me cogió de la otra mano.

—Estoy de acuerdo con Sofía. Sé que es una putada, sobre todo ahora que estaba todo tan cerca —me miró con empatía—, pero es la decisión correcta. Si no la tomas, la que se arrepentirá toda la vida serás tú.

Asentí con la cabeza. Tenían razón. Sofía consultó la hora.

—No quiero resultar borde, pero son casi menos diez y tengo que entregar unos ejercicios importantes —dijo un poco nerviosa.

Vega y yo nos levantamos enseguida para pagar los cafés y volver a clase. La vida seguía. Y había que seguir viviéndola.

Durante toda la mañana estuve en mi mundo, mirando por la ventana, pensando en Jorge y en todos los años que me quedaban para encontrármelo de nuevo. Imaginaba mil y una historias en las que iba al aeropuerto, compraba un billete de avión y aparecía en su apartamento de Connecticut. Pero cuando volvía a la realidad y era consciente de mi situación, odiaba con todas mis fuerzas ser adolescente de nuevo. No entendía como habíamos estado tanto tiempo echando de menos aquella época. En el segundo recreo, Vega me ofreció que me quedase a comer con ella en el instituto.

—Si es que, tía, no estás bien. Y si te vas a casa, va a ser peor. Allí sola, comiéndote la cabeza… Mejor tomamos algo, te vuelves a desahogar si quieres, y luego vamos al partido. ¿Qué te parece?

A pesar de que no me apetecía mucho ver el fútbol, me di cuenta de que Vega tenía razón. En casa iba a darle todavía más vueltas a las cosas. En el partido, por lo menos, me entretendría.

—Vale, después llamo a mi casa para avisar.

Nos sentamos en nuestro banco y encendimos un cigarrillo. En ese momento, se nos acercó Alba.

—Hola, ¿habéis visto a Sofía? —nos preguntó con timidez.

—Creo que iba a la cantina con David para decidir no sé qué del trabajo de ciencias —respondió Vega.

—Gracias, chicas. —Alba arrugó un poco la nariz—. Últimamente pasan demasiado tiempo juntos… Me voy a poner celosa. —Forzó una risa.

Aunque había intentado que sonara como una broma, no le había salido muy bien. Se notaba que empezaba a preocuparle. Vega y yo cruzamos la mirada.

—¿Quieres sentarte un rato con nosotras? —le pregunté.

Alba se sentó y reparó en el aspecto tan horrible que tenía.

—¿Estás bien, Blanca? Tienes mala cara… —dijo, preocupada. Me encogí de hombros para no tener que responderle—. ¿Es por tu novio?

—¿Mi novio? —pregunté sorprendida, intentando averiguar qué sabría Alba sobre lo mío con Jorge. ¿Le habría contado algo Sofía de nuestro viaje a Madrid, después de haber sido tan insistente con nosotras para que no dijésemos nada?

—Sí, el de la palmerita de chocolate —contestó Alba—. Lo he visto antes en las escaleras, con la prima de Sofía.

«Es verdad. Paula y Martín, ya ni me acordaba. Justo lo que me faltaba por escuchar hoy». Suspiré, sin saber qué decir. Por suerte, sonó el timbre del final del recreo.

—No te preocupes, guapa, ya verás cómo todo se arregla —me dijo Alba acariciándome el brazo antes de levantarnos para volver a clase.

Después de comer, fuimos directas al campo de fútbol. Nos apetecía tomar un poco el sol en las gradas antes del partido. Al sentarnos Vega se puso muy tensa. Lo supe por cómo se le marcaba la vena del cuello.

—Tía, ¿estás bien? —pregunté.

Vega respiró hondo

—¿Ves a esa chica pelirroja que está con Raquel? La del pelo largo… —Señaló disimuladamente con la cabeza.

Las busqué con la mirada y las encontré en la entrada de los vestuarios, charlando con Santi y con Rubén.

—Vale, ya la he localizado.

—Se llama Dafne. —Intenté recordar de qué me sonaba ese nombre. Como si supiera lo que estaba pensando, Vega añadió—: La conoces, trabajamos juntas en el *pub* hace unos años, éramos bastante amigas.

—Ah, sí, Dafne.

Me volví a fijar en ella y, entonces sí, la ubiqué, aunque en el futuro llevaba el pelo mucho más corto. Era una chica muy maja, alguna vez se había venido con nosotras de fiesta y lo habíamos pasado bien. Extrañada, me giré hacia mi amiga, no comprendía qué quería decirme. Vega titubeó un poco antes de hablar.

—Se enrolló con Rubén.

—¿Cómo? —Miré a Dafne y después a Vega—. Pero ¿eso en qué momento fue?

—Fue… Será… dentro de dos meses más o menos. —Vega encendió otro cigarro—. ¿Te acuerdas del verano que le conseguí a Rubén ese trabajo de relaciones públicas? Pues trabajaban juntos y se enrollaron varias veces…

No entendía nada de lo que me contaba. Por lo que Sofía y yo sabíamos, Rubén le había sido infiel por primera vez cuando teníamos unos veinte años. Nunca nos había contado esa historia. Y tampoco entendía muy bien por qué se había hecho tan amiga de Dafne después de aquello. Ante mi cara de desconcierto, intentó explicármelo.

—Yo me enteré hace cuatro o cinco años, un día que Rubén vino al *pub* donde trabajábamos

Dafne y yo. Me saludó a mí y luego la saludó a ella. Estuvieron hablando un buen rato y parecía que tenían mucha confianza. —La escuché con atención—. Y al irse Rubén, le pregunté a Dafne de qué lo conocía. Ella me dijo que era un viejo amigo con el que había estado enrollándose desde que tenían dieciséis, pero que nunca habían tenido nada serio. Te puedes imaginar lo mucho que flipé…

—Supongo que incluso más de lo que yo estoy flipando ahora.

—Pues imagínate la cara de Dafne al enterarse de que era mi ex… Ella conocía la historia, pero no sabía que se trataba del mismo Rubén. Así que hicimos cálculos y nos dimos cuenta de que la primera vez que se enrollaron fue en el verano del 96, cuando los dos trabajaron de relaciones públicas. Y, a partir de ahí, muchas más veces en los siguientes quince años…

—Joder con Rubén… —le dije—. ¿Y qué vas a hacer?

—No sé… Pensaba que no se conocerían hasta principios de verano. Creía que, si nunca le conseguía el trabajo de relaciones públicas, ya estaba todo arreglado. —Tiró la colilla al suelo—. Pero ahora me doy cuenta de que Raquel ya los presentó antes. —Vega se frotó la cara con las manos, un poco agobiada—. Tía, a veces pienso que no ha sido buena idea volver a salir con él. No tengo claro si me merece la pena. La primera vez, en la otra dimensión, fue todo muy bonito y estaba enamorada, pero ahora me pongo nerviosa cada vez que habla con una chica.

Sacó el último cigarrillo del paquete y reparó en que estaba partido por la mitad. Intentó arreglarlo, pero el cigarro cada vez perdía más hebras, así que lo tiró y se incorporó de un salto.

—Voy a por tabaco.

Le ofrecí un cigarrillo de mi paquete, pero lo rechazó con la mano.

—Tía, si es que ya no me queda, voy a tener que comprar de todos modos. Ahora vengo —dijo. Y salió disparada hacia la cafetería.

Mientras se alejaba, me vino la imagen de Jorge a la cabeza de nuevo, así que decidí poner la mente en blanco. Me eché hacia atrás, apoyé mi espalda en la grada y cerré los ojos, respirando profundamente. «Blanca, acuérdate de lo que decían los audios de esa *app* de meditación guiada que tenías. —Crucé las piernas en una postura cómoda y coloqué las manos sobre mis muslos. Empecé a imaginar—: Estoy en una playa solitaria, siento el sol en mi piel, escucho el sonido de las olas…».

—Blanca, ¿te encuentras bien?

Debía de tener una pinta horrible, porque era la tercera vez que me lo preguntaban el mismo día. Abrí los ojos despacio, para descubrir quién había interrumpido mi momento introspectivo.

—Ah… Hola, Martín —respondí sin mucho entusiasmo.

Después de lo que me había contado Alba, era la última persona con la que me apetecía hablar.

—¿Estás bien? —preguntó algo preocupado.

Asentí con la cabeza y me mordí el labio para no llorar. Martín me miró y sentí que dudaba si acercarse o no. Por un momento, deseé que me abrazara con fuerza, como antes, pero recordé que a él también lo había perdido, y ese pensamiento me provocó tristeza. Desvié la vista hacia el campo, donde los chicos calentaban. El partido empezaría en unos minutos. Martín se giró hacia sus compañeros, como calculando de cuánto tiempo disponía antes de tener que regresar. Después, se volvió hacia mí.

—El sábado celebro mi cumpleaños. Haré botellón donde siempre y me gustaría mucho que vinieras. Tú y tus amigas, por supuesto.

Lo miré y asentí.

—Claro, allí estaremos. —Intenté sonreír.

El entrenador lo llamó con un grito. Martín le hizo una seña para indicarle que iría enseguida. Después, se acercó un poco más y puso su mano en mi rodilla.

—¿De verdad estás bien, Blanca? ¿Has venido sola?

—Ha venido conmigo —dijo Vega, que llegó en ese momento con un cigarro encendido—. No te preocupes, está bien. Cosas de chicas, ya sabes.

Me encogí de hombros y sonreí. Martín asintió, dio un par de palmaditas en mi pierna y bajó corriendo al campo, donde se puso a calentar sin dejar de mirar en nuestra dirección.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Vega.

—Cumpleaños de Martín, el sábado. —Me giré hacia ella—. Botellón en Canalejas.

—Ah, genial… Oye, ¿ese no es David? —Vega señaló a alguien a mi espalda y me di la vuelta. Le hizo señas con la mano para que se acercase.

—Hola, chicas, ¿qué tal estáis? —nos saludó al llegar.

Vega se separó un poco de mí y dio unas palmaditas en el espacio que había dejado libre para que se sentase entre nosotras.

—Bien, ¿y tú? —Vega sonreía—. ¿Qué haces aquí? Creo que no te había visto nunca en los partidos.

—Bueno, es que mi hermano es el entrenador.

—¡Anda! —Eché un vistazo a su hermano, que les gritaba a los chicos desde el banquillo—. No lo sabía.

—¿Y a ti no te apetece jugar en el equipo? —preguntó Vega.

—Pues, como os he dicho, mi hermano es el entrenador, así que no, gracias. Ya me grita bastante en casa.

Soltamos una carcajada.

—¿Y te has quedado para disfrutar de cómo les grita a los demás? —pregunté yo.

—No, no —se rio David—. Hoy he tenido una tutoría con el de Física para que me oriente sobre qué carrera escoger. Después de hacer el trabajo con Sofía, me he dado cuenta de que me interesan mucho las energías alternativas, pero no sé muy bien cómo enfocar mis estudios…

Vega y yo nos miramos. La empresa que habían creado en el futuro se dedicaba al desarrollo de proyectos de energías renovables, así que, al parecer, Sofía estaba sentando bien las bases para conservar a David en su vida.

—… y ya que estaba aquí, he comido con mi hermano y luego he venido al partido. Quiere saber mi opinión sobre el equipo. —David lo señaló con la barbilla—. Ahí donde lo veis, no es tan seguro como aparenta, pero no digáis que os lo he dicho yo. —Se puso un dedo en los labios —. Y vosotras, ¿qué tal?

Dejé hablar a Vega, que le contó una de sus últimas anécdotas. Mi amiga era especialista en que le pasasen cosas absurdas, de las que solo ocurrían en las películas o en los dibujos animados, como clavarse un anzuelo en la lengua la primera vez que lanzó una caña de pescar o tirarse a una piscina completamente vestida para salvar su teléfono móvil, que se le había caído desde el balcón. En el futuro, a David siempre le habían hecho mucha gracia las historias de Vega y, por la carcajada que soltó, parecía que acababa de recuperar a su mayor fan.

Después del partido, le pedí a Vega que me acompañase al centro, a comprarle un regalo a Martín por su cumpleaños.

—Había pensado en el libro *La doctora Cole*, que ha salido hace poco, para completar la trilogía de Noah Gordon.

—Vale, tía, pero vamos primero a despedirnos de Rubén.

Nos acercamos a la puerta del vestuario, donde Raquel también esperaba a su chico. Ellos habían sido de los primeros en entrar a ducharse después del partido, pero todavía quedaban algunos jugadores rezagados en el campo, como Nacho, que venía hacia nosotras junto a un par de chicos más.

—Vaya, si está aquí mi rubita preferida…

No tenía un buen día, así que preferí ignorarlo. Estaba a punto de girarme de nuevo hacia Vega cuando escuché las risas de los chicos que iban con él. Los miré extrañada y ellos me guiñaron un ojo, haciendo un movimiento obsceno con la mano antes de entrar en el vestuario.

No me lo podía creer. Agarré a Nacho del brazo antes de que entrara también.

—Oye, tú, ¿no habíamos quedado en algo?

Nacho se encogió de hombros, con una sonrisa burlona.

—Bueeeno, rubia… No pretenderás que vaya uno por uno desmintiendo los rumores. —Soltó una risa ronca, moviendo la cabeza, como si diera por hecho lo absurdo de la situación, y pasó al vestuario. Cerró la puerta detrás de él.

Me giré hacia mis amigas para buscar apoyo, alucinada por lo que acababa de ocurrir, pero su respuesta me sorprendió.

—No hagas ni caso, ya se les pasará —dijo Raquel—. Son tíos, ¿qué esperas?

—¿Y qué vas a hacer, Blanca? ¿Decir que es mentira? —dijo Vega, resignada—. A la gente lo que le gusta es cotillear, da un poco igual si es verdad o no.

Las miré, incrédula, durante varios segundos, hasta que se me ocurrió una idea.

—Muy bien, pues si lo que quieren es un buen cotilleo, lo van a tener.

Abrí la puerta del vestuario y entré con determinación.

Aquello estaba lleno de chicos y de vapor de agua. Además de los jugadores de nuestro instituto, estaban también los del otro equipo. Pensaba que sería fácil encontrar a Nacho, pero me equivoqué. Me puse de puntillas, intentando distinguir si estaba al fondo sin que nadie se percatara de mi presencia. Los que se vestían más cerca de la puerta fueron los primeros en darse cuenta de que yo no era uno de ellos.

—¡Eh! Pero ¿qué coño?…

—¡Ha entrado una chica!

—¿Y esta quién es?

Algunos de los que estaban duchándose se asomaron para ver qué pasaba. Los chorros de agua hacían bastante ruido, así que muchos cerraron el grifo para escuchar mejor.

—Tranquilos, chicos —miré alrededor y moví los brazos de arriba abajo, llamando a la calma—, solo busco a Nacho, los demás podéis continuar a lo vuestro.

—Eh, tía, al final te has animado —dijo uno de los chicos que se habían reído antes. Había salido desnudo de la ducha y mostraba una sonrisa burlona.

Me detuve frente a él, miré directamente a su entrepierna y solté una risita. Al chico se le congeló la sonrisa. Después, subí la mirada.

—¿Hablas en serio? —le dije con chulería, bien alto para que me oyeran todos—. Pero si es minúscula… No había visto nunca una tan pequeña como esa.

El chico se metió corriendo en la ducha mientras los demás se reían con ganas. Algunos incluso aplaudieron.

—Si quieres, puedes venir, que aquí sí que tengo de donde agarrar —se escuchó al fondo.

—Santi Álvarez, tu novia te espera en la puerta, ¿en serio quieres que le cuente esto?

—¡No jodas! Tía, no se lo digas por favor, que era solo una coña…

Se escucharon más risas. Eran solo unos niñatos, al fin y al cabo. Avancé y, al fondo, estaba

Nacho. Se había quitado la camiseta, aunque todavía llevaba los pantalones de deporte.

—Joder, rubita, qué ganas me tienes, que no puedes ni esperarme fuera con las demás. —Se plantó delante de mí con las piernas entreabiertas, en una pose chulesca.

Fingí una sonrisa. Después metí la mano entre sus piernas y, de un solo movimiento, lo tenía bien cogido por los huevos. Literalmente. «Gracias, Sofía, por las mejores lecciones de mi vida».

A Nacho se le cortó la respiración y se dobló un poco hacia mí.

—¿Qué coño haces tía? —me susurró—. No tiene ni puta gracia.

—Y menos que te va a hacer ahora… Así que tranquilito, porque como hagas un gesto raro, empiezo a apretar.

Después me dirigí a los demás, moviendo en el aire la mano que tenía libre.

—Chicos, ¡prestad atención, que Nacho quiere contaros algo!

Él hizo el amago de moverse, pero apreté. Soltó un «Joder, cabrona». Suspiré con hastío.

—Venga, Nachito, acabemos cuanto antes. Cuéntales a tus amigos lo mentiroso que eres. Y, esta vez, quiero que digas la verdad, que te inventaste lo de la paja.

Eché un vistazo alrededor y reparé en Martín, apoyado en la entrada de las duchas, con una toalla en la cintura. Me miraba sorprendido, aunque se notaba que estaba disfrutando.

Me volví hacia Nacho y le susurré:

—¿En serio quieres que te dé otra patada aquí, delante de todos?

—Me inventé lo de la paja —musitó, con odio.

—Más fuerte, chaval, que los del fondo no te han oído. —Apreté un poco más, retorciendo la mano.

—¡Me inventé lo de la paja! ¡Joder! —Soltó un grito—. ¡Me lo inventé! ¡Me lo inventé…, hostia!

—Eso está mejor.

Abrí mi mano para liberarlo y Nacho se echó hacia atrás, recuperando el aliento. Después, fue hacia mí, como si quisiera pegarme. Aunque en un primer momento me asustó, enseguida me di cuenta de que no sería capaz de hacerlo delante de todos. Así que me quedé en mi sitio, sin achantarme, con los brazos en jarras, y lo miré a los ojos desde mi pose de poder.

—¿Qué pasa, Nachito? ¿Me vas a pegar por contar la verdad? Si no eres más que un fantasma…

Y era verdad que solo era eso, un fantasma del pasado. Y yo me acababa de enfrentar a él, furiosa porque me había dejado embaucar por alguien que no supo valorarme en su momento e hizo que yo misma dejara de hacerlo durante mucho tiempo. Porque había perdido a Martín dos veces por un imbécil que no merecía la pena. Porque me había hecho huir de todos los hombres que habían querido algo más conmigo, porque siempre pensaba que querían engañarme, y de todos aquellos con los que yo quería algo más, porque me daba miedo que me dejaran tan tirada como había hecho él. Y porque me había hecho perder a Jorge… Porque lo había perdido una vez en el futuro y, quizá, ahora, lo había vuelto a perder para siempre.

Y entonces, Nacho, que me había mirado rabioso hasta ese momento, se asustó. Sentí el miedo en sus ojos. Acababa de perder esa coraza de chulería bajo la que se ocultaba. Vi cómo era realmente: un niñato inseguro y egoísta que hacía creer a todos que era el mejor para que nadie se diera cuenta de cómo necesitaba la aprobación de los demás. Moví la cabeza, me entraron muchas ganas de reír. Al final, lo había desenmascarado.

—No vales nada —le dije, riéndome delante de él.

Me di la vuelta y me dirigí a los demás.

—Espero que todos contéis lo que ha pasado aquí, que me encanta ver como se extiende un

buen cotilleo, aunque este sí que es de verdad.

Y eché a andar hacia la salida, con la adrenalina por las nubes, mientras algunos me vitoreaban y casi todos aplaudían.

La puerta del vestuario estaba entreabierta. Al otro lado, Vega y Raquel presenciaban, asombradas, lo que acababa de ocurrir.

—¿Nos vamos? —pregunté entre risas—. Quiero comprarle un regalo de cumpleaños a Martín.

CAPÍTULO 14
SALTAR AL VACÍO

Sábado, 18 de mayo de 1996

Llegué cinco minutos tarde a la esquina de la Caja de Ahorros, donde había quedado con mis amigas, pero, para variar, aún no estaban allí. Encendí un cigarro y examiné mi reflejo en el cristal del escaparate. Me había cambiado tres veces de ropa antes de salir de casa; aun así, no estaba del todo convencida con lo que me había puesto esa noche. La minifalda en color melocotón tenía un poco de vuelo y me daba la sensación de que, en cualquier momento, enseñaría el culo. Tiré de ella hacia abajo para ajustarla un poco más en la cadera. «Sí, así está mejor», pensé mientras remetía, por dentro de la falda, el top negro de manga corta y ataba la chaqueta vaquera a mi cintura. Me agaché un poco, como si fuera a atarme el cordón de mis Dr. Martens, y miré de reojo al cristal para comprobar si enseñaba más de la cuenta. Todo parecía en orden. Perfecto, entonces.

Terminé el cigarro y volví a comprobar el reloj. Sofía vivía más lejos, así que iba primero a por Vega y luego habían quedado conmigo en esa esquina a las siete menos cuarto, pero pasaban más de quince minutos de la hora y aún no habían llegado. A pesar de que mis amigas nunca eran puntuales, si la que tardaba un poco era yo, me entraban las dudas: «¿Y si, justo hoy, han llegado pronto, no me han visto y se han ido al botellón?». Decidí llamar a casa de Vega. Busqué una moneda de veinticinco pesetas en mi bolso y corrí hacia la cabina que estaba en la calle de atrás. Desde allí no podría verlas si llegaban, así que quería tardar lo menos posible. Marqué el número, que me había vuelto a aprender de memoria y, tras un par de tonos, contestó su madre, que me dijo que hacía rato que se habían ido. «Lo que me faltaba, el día que soy yo la que llega tarde, mis amigas no me esperan». Estaba tan agobiada, que cogí un atajo para ir directa al botellón, en vez de volver a pasar por la esquina donde habíamos quedado.

Al llegar a Canalejas, las busqué, pero allí tampoco estaban. «A lo mejor nos hemos cruzado cuando he ido a la cabina… O lo mismo ahora están en la Caja de Ahorros. —Sonreí, pensando en lo complicado que resultaba quedar antes de los teléfonos móviles—. Bueno, supongo que llamarán a mi casa y, después, vendrán hacia aquí». No me quedaba otra que esperarlas.

Me acerqué a uno de los bancos a por un vaso de plástico. Cogí unos hielos de una bolsa de supermercado y me serví un ron con limón. Luego me senté en el respaldo, di un trago y eché un vistazo. El botellón estaba muy animado, había ido mucha gente del instituto al cumpleaños. Al

otro lado del parque, hablando con los chicos del equipo y algunas chicas, Paula entre ellas, estaba Martín. Vestía una camisa de color azul claro y unos vaqueros azul oscuro. Se había cortado el pelo y me pareció que estaba muy guapo. Como si notase que lo observaban, levantó la cabeza y miró a su alrededor, hasta que me localizó. Le sonreí desde mi banco y lo saludé con la mano. Él me guiñó un ojo. Dudaba si acercarme, cuando escuché:

—Aún no entiendo por qué no estáis juntos.

A mis pies, David cogía hielo de una bolsa para echarlo en su vaso. Se puso un buen chorro de *whisky*, lo rellenó con Coca Cola y, señalando el respaldo, me preguntó si podía sentarse a mi lado. Asentí

—Os gustáis, está claro… No ha dejado de buscarte desde que ha llegado.

—Es complicado —dije encogiéndome de hombros.

—Explícamelo, seguro que puedo entenderlo, soy un tío listo. —Se ajustó las gafas y me miró, dispuesto a escucharme.

Le devolví la sonrisa. A pesar de que todavía tenía dieciséis años, reconocí a mi amigo en esa frase. Era la que siempre nos decía en el futuro, a cualquiera de las tres, si creía que necesitábamos desahogarnos. Y cuando le habíamos soltado todo lo que nos preocupaba, trataba de darnos su mejor consejo o, por lo menos, su punto de vista, para que pudiéramos hacernos una idea más objetiva de la situación. Por un momento imaginé la cara que pondría si le contase todo lo que había ocurrido en los últimos años o, mejor dicho, en los próximos veinticinco, y solté una carcajada. David arqueó las cejas.

—Blanca, ¿te estás riendo de mí?

—No, no…, para nada —me apresuré a contestar—, solo me ha hecho mucha gracia tu comentario. Seguramente tengas razón y no sea para tanto, pero nos empeñamos en hacer que lo parezca. —David sonrió otra vez. Yo me puse un poco más seria—. La cagué con él. Mucho. Me parece que le hice más daño de lo que pensaba. Y aunque en un momento dado creí que podría arreglarlo, salió todo al revés y ahora es más difícil. —Bajé la mirada hacia mi vaso—. No sé, a lo mejor le va mejor sin mí… —En ese momento, ya no sabía si hablaba de Martín o de Jorge.

David dio un trago antes de contestar.

—No sé si entiendo muy bien lo que quieres decir, pero estoy seguro de que todo es bastante más sencillo. Yo creo que a Martín le gustas mucho, y me parece que él a ti también. Y no sé por qué te comes tanto la cabeza, todos cometemos errores. Pero si ambos os gustáis y ninguno está con nadie más, ¿por qué no intentarlo? No tenéis nada que perder…

¿Tenía razón? Aunque no lo quisiera admitir, Martín me gustaba. Pero también Jorge. Y me acordé de esos últimos días con él… No me parecía justo volver con Martín si tenía a otro en la cabeza. Además, estaba Paula. Seguro que empezaban a salir en cualquier momento. Levanté la mirada: se reían juntos y ella le pasaba la mano por el pelo. Definitivamente, con Martín ya estaba todo perdido.

—Y a ti, ¿quién te gusta? —le pregunté, cotilla, cambiando de tema.

David me observó durante unos segundos, sin saber si contestar o no. Supongo que me estaba evaluando para decidir si podía confiar en mí. Al final, se animó a contármelo.

—Mira, ahí está la que me gusta. —Señaló con la barbilla unos metros más allá.

Sofía había llegado, riéndose de algo que decía Vega. Debía de estar contándole alguna historia de las suyas, porque gesticulaba mucho y ponía caras extrañas.

—¿Sofía? —Intenté que no se me notase la cara de preocupación.

David se rio.

—No, Sofía no. Quien me gusta de verdad es Vega. Siempre me ha gustado muchísimo —

dijo, y dio un buen trago. En ese momento, Rubén se acercó a mis amigas, abrazó a Vega por la cintura y la saludó con un beso—. Pero creo que no tengo ninguna oportunidad con ella.

Me quedé mirando a David, sorprendida por la revelación. Pero, entonces, recordé esa complicidad y esa admiración mutua que se tenían en el futuro. Cuando estaban juntos, siempre lo pasábamos bien. Si ella proponía ir a un karaoke, David era el primero en seguirla; y si a él se le ocurría meterse en la fuente de Luceros, porque su equipo había ganado la liga, Vega iba detrás. Eran el alma de la fiesta. Y aunque a ella jamás se le habría ocurrido intentar nada, porque, además de su amigo, era el marido de Sofía, era cierto que siempre hubo una química especial entre ellos.

Puse la mano en su brazo y sonreí.

—¿Sabes qué? —le dije—, creo que a Vega le gustas mucho también, solo que ella aún no lo sabe. Yo de ti, seguiría ahí, por lo menos los dos próximos meses.

—¿De verdad? —preguntó ilusionado, con una sonrisa gigante—. Si me dices que tengo una oportunidad, yo sigo ahí dos meses ¡y lo que haga falta! Joder, Blanca, no sabes… Vega ha sido mi amor platónico desde que la conocí en primero, pero siempre he pensado que no tenía nada que hacer con una chica como ella…

—¡Tía, menos mal que estás aquí! —gritó Vega, y los dos nos giramos en su dirección.

—Te hemos estado esperando como diez minutos —dijo Sofía—. Al final hemos llamado a tu casa y tu madre nos ha dicho que hacía mucho rato que te habías ido.

—Yo también os he estado esperando —les dije—, nos debemos de haber cruzado al ir a llamaros.

—Puto WhatsApp, ¿por qué no existes cuando más falta nos haces? —Vega había levantado los brazos, clamando al cielo.

—¿Qué es «guasap»? —preguntó David intrigado.

Vega hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Nada, cosas nuestras. ¿Qué bebes? ¿Es *whisky*? —Le quitó el vaso y le dio un buen trago. Puso cara de asco—. ¡Joder, está fuerte! —Un par de segundos después, le sonrió mientras le devolvía el vaso casi vacío—. Ponme otro de esos a mí, anda.

David soltó una carcajada y se agachó para coger la botella. Le guiñé un ojo con disimulo cuando se giró hacia mí. La verdad era que hacían muy buena pareja.

—Voy a saludar al cumpleañero —comenté mientras me levantaba del banco.

Mis amigas asintieron sin prestar mucha atención. Las dos sujetaban sus vasos frente a David, concentradas en medir cuánto *whisky* les echaba, para decir «ya» y pararlo en el momento preciso. Yo crucé el parque, sonriendo a Martín, que se separó un poco del grupo y caminó hacia mí.

—Felices diecisiete —le dije mientras me acercaba a darle dos besos. Y se me hizo muy extraño no darle solo uno.

—Muchas gracias, preciosa —me contestó—, pero sabes que son dieciocho…

—¿Dieciocho? —pregunté sin entender nada.

—Repetí primero de EGB, ¿no te acuerdas? —Se rio al ver mi cara, cada vez más confundida —. Estuve enfermo en el hospital un par de meses cuando era muy pequeño. Estaba seguro de que te lo había contado…

Moví la cabeza; posiblemente lo había hecho, pero no lo recordaba. Ahora entendía por qué siempre me había parecido más maduro que el resto de los chicos de clase.

—Te has cortado el pelo. —Alargué la mano para acariciarle la nuca. Las puntas de su cabello rapado me hicieron cosquillas en la yema de los dedos. Martín cerró los ojos un segundo,

disfrutando de la caricia—. Te queda muy bien, estás muy guapo.

Retiré despacio mi mano. Él abrió los ojos y sonrió, musitando un «gracias»… Nos miramos unos segundos sin decir nada, y pensé en lo que me había dicho David.

—¡Felicidades! —gritó Vega, que levantó su vaso de plástico para hacer un brindis. Martín se rio y entrechocó su vaso con ella, derramando un poco de *whisky* en el suelo.

—Muchas gracias, chicas —sonrió—. Gracias por venir.

—Claro, no nos lo perderíamos por nada…

Mientras Vega y él hablaban, fui consciente de que no podía quitarle los ojos de encima. Definitivamente, me gustaba mucho. Era absurdo seguir negándomelo a mí misma. Me acerqué un poco más a él y aspiré su perfume —«¿Aqua de Gio?»—, que me trajo recuerdos del día en que empezamos a salir. Aunque había ocurrido solo tres meses antes, para mí era un recuerdo antiguo, de hacía muchísimos años.

Sucedió en un botellón como ese, era el cumpleaños de alguien de clase y Martín y yo no hacíamos más que mirarnos. Unos días antes, me había enterado por Raquel de que yo le gustaba y que quería saber si a mí me pasaba igual. Me vine muy arriba y contesté que, para saberlo, tendría que preguntármelo él. Pero en el botellón, tras casi dos horas de miraditas, no estaba segura de que hubiera sido buena idea. Llegué a pensar que nunca se atrevería a decirme nada. Por eso, cuando Vega me pidió que fuésemos a saludar a unos amigos de otro instituto, decidí acompañarla. Y entonces, no sé si porque pensó que perdería la oportunidad, Martín corrió hacia mí y me cogió del brazo.

—Blanca, perdona, ¿podemos ir a dar una vuelta? Tengo que hacerte una pregunta.

Asentí, nerviosa por lo que estaba a punto de pasar. Caminamos hacia unos bancos del paseo en los que no había nadie y nos sentamos allí, mirándonos inquietos, pero sin decir nada. Decidida a romper el hielo, me incliné un poco hacia él y le dije que me encantaba la colonia que se había puesto. El me confesó que había cogido prestada la botella de Aqua de Gio de su hermano mayor. Me pegué un poco más a su cuello e inspiré. Cuando me retiraba, él se acercó a mí y, justo antes de besarme, me preguntó:

—¿Quieres salir conmigo?

Sonreí al recordarlo. Bebí un trago de mi vaso, volví a inspirar y moví la cabeza hacia otro lado para que no fuera tan evidente. Me encontré con la inquisitiva mirada de Sofía. Negué, pero mi sonrisa me delataba. Ella puso cara de «No me cuentes milongas», y yo me reí.

—¡Martín! No quedan más hielos, ¿vamos a comprar? —Paula corría hacia nosotros.

Sofía miró a su prima de una forma tan amenazadora que esta frenó en seco y dio un paso atrás, asustada.

—Chicas, lo siento, voy a por más hielos…, pero luego nos vemos, ¿vale? —dijo Martín.

Asentimos y nos dimos media vuelta, de regreso a nuestro banco. Y en ese instante, como en aquel día en que nos habíamos encontrado en el futuro en una librería, sentí el roce de sus dedos en mi mano. Volví la cabeza hacia atrás, a cámara lenta, y lo vi girarse también hacia mí, sonriendo.

Después del botellón, acabamos en el *pub* de siempre, pero, aunque sonaban todos los temas que me gustaban, esa noche no era capaz de bailar ninguno. Estaba nerviosa. No dejaba de mirar a Paula y a Martín, consciente de que en cualquier momento se enrollarían. Y no quería que pasara, porque acababa de reconocer lo mucho que me gustaba y lo idiota que había sido al darles mi visto bueno. Así que, por un lado, sentía que tenía que hacer algo antes de perder mi oportunidad, pero también que era una egoísta incapaz de mantener su palabra. Y luego estaba lo

de Jorge… Tenía mucho lío en la cabeza.

Sofía me hizo una seña para que la siguiese a la barra, donde pidió tres chupitos. Mientras los servían, aproveché para girarme, otra vez, hacia el fondo del local. Martín me miró de reojo. A su lado, Paula parecía contarle algo muy gracioso, porque no paraba de reírse, aunque él no le hacía mucho caso.

—Blanca, aterriza.

Sofía chasqueó los dedos delante de mis ojos, y volví con ella. Cogí el chupito que me ofrecía.

—Una, dos, y…

—¡Esperadme! —Vega se acercó para reclamar el suyo y Sofía se lo pasó—. Ahora, sí.

—Una, dos y… ¡tres! —dijimos al unísono antes de bebérnoslo de un trago.

Después de recuperarnos del sabor fuerte del tequila, Vega se giró para controlar a Rubén. Yo aproveché para echar otro vistazo disimulado y comprobé que Martín y Paula todavía hablaban. Sofía soltó una carcajada, nos agarró a cada una de una mano y tiró de nosotras hacia la salida. En la calle, se nos plantó enfrente y puso los brazos en jarras.

—¿Me vais a contar qué narices os pasa hoy?

Vega se encogió de hombros como si no supiera de qué le hablaba.

—Nada —contesté yo.

—¿En serio pensáis que soy imbécil? —dijo Sofía, muy seria, con su mejor voz de madre—. Chicas, aunque tengáis dieciséis años, os conozco desde hace más de treinta, así que vale ya de tonterías. —Movió las manos en el aire—. Venga, empezad a soltar…

Me giré hacia Vega que, enseguida, esquivó mi mirada. «Cabrona, me has dejado sola ante el peligro». —Respiré hondo—. Bien, tendré que ser yo la primera que confiese».

—Me gusta Martín —le dije a Sofía—, y no quiero que se líe con tu prima.

—¡Por fin! Menos mal que lo reconoces. Pues ve a por él. Lleva toda la noche pendiente de ti.

—No es tan fácil… —contesté con una mueca—. ¿Y qué pasa con Jorge? ¿Y con Paula?

—¿Qué pasa con Jorge? —repitió Sofía con cara de no entenderme—. Me parece que con Jorge ya has hecho todo lo que podías hacer, por lo menos, por ahora. ¿O piensas que con dieciséis años puedes irte sola a Estados Unidos para vivir con él? —Sofía se golpeó la frente con un par de dedos y yo sonreí—. Porque no creo que quieras pedirle que renuncie a todo y se quede contigo. Sabes que, tarde o temprano, eso acabaría con vuestra relación.

Miré al suelo. Sofía bajó el tono y me habló de manera más pausada.

—Blanca, sé que te duele que las cosas hayan pasado así, pero sabes que lo que vaya a ocurrir con Jorge a partir de ahora, está totalmente fuera de tu control. —Le presté toda mi atención—. Y me preocupa que te quedes estancada en este punto y que no te atrevas a vivir más cosas. Que dentro de unos años tengamos cuarenta otra vez, estemos en casa de Vega, arrepintiéndonos de aquello que no hicimos, y que tú te quejes porque te encantaría volver a este momento y te preguntes qué habría pasado si hubieras ido a por Martín. —Asentí, entendiendo lo que me quería decir—. Porque a mi prima que le den… Pasado mañana se enamorará de otro, lo sabemos todas. Así que no te preocupes por ella.

Me reí y le di un abrazo.

—Y tú, Vega —continuó Sofía—, no puedes ser su niñera y, menos aún, su guardiana. Te mereces algo mucho mejor. Si te rayas con Rubén, recuerda que no le debes nada. Sabes cómo es y, en serio, no creo que sea posible cambiarlo.

»Disfrútalo mientras dure o rompe con él sin darle explicaciones. Es tu vida. Reescríbela

como más te apetezca, pero haz solo lo que te haga feliz a ti. —Vega la miró, sin decir nada, mientras procesaba sus palabras. Sofía continuó—: De verdad, chicas, después de darle muchas vueltas a lo de la semana pasada, he llegado a la conclusión de que tenemos que vivir el presente, sea cual sea. Podemos preocuparnos por lo que sucederá en el futuro o lamentarnos por el pasado, pero lo único que de verdad existe es lo que ocurre ahora. —Se puso un poco más seria —. No tengo ni idea de por qué hemos vuelto a 1996 ni de cómo acabará todo, pero sé que la vida no suele dar segundas oportunidades como estas, así que, en vez de agobiarme por lo que no puedo controlar, he decidido aprovechar lo que tengo y disfrutarlo…

—¿Quién eres y qué has hecho con nuestra amiga? —la interrumpió Vega.

Sofía soltó una carcajada. En ese momento, Alba se asomó a la puerta del *pub*, y a Sofía se le iluminó la cara.

—Y aunque me muera de miedo y me saque del todo de mi zona de confort —dijo sonriendo, sin dejar de mirarla—, me voy a atrever a romper las reglas por la persona que más me ha gustado en la vida, porque no quiero vivir otra vez sin ella.

Fue directa hacia Alba, le pasó la mano por la mejilla y la besó delante de todos. Alba la cogió por la cintura y la atrajo hacia su cuerpo. Y así estuvieron las dos, besándose mientras nuestros compañeros de clase las miraban sorprendidos. Vega y yo aplaudimos.

—¡Bravo! —gritó Vega. Después, colocó dos dedos bajo su lengua para soltar un silbido.

Sofía se volvió hacia nosotras, riéndose, cogió a Alba de la mano y entraron juntas al *pub*.

—Pues a mí me ha quedado claro. —Miré a Vega.

—A mí también —contestó ella—. Sé que algún día tendré que dejar a Rubén, por eso quiero disfrutarlo hasta que ya no me haga feliz.

Entramos de nuevo en el *pub* y nos guiñamos un ojo, entendiéndonos sin palabras. Ella se marchó al rincón donde estaba Rubén con sus amigos, y yo hacia la esquina contraria, buscando a Martín. Crucé los dedos para que no fuera demasiado tarde. Lo encontré apoyado en la barra, sacando un cigarrillo del paquete que luego ofreció a sus amigos. Ni rastro de Paula. Cogí aire y fui hacia él. Mientras me acercaba, las luces del *pub* dejaron de parpadear y comenzó a sonar *With Or Without You*, de U2. Era la hora de las lentas. Martín levantó la mirada del cigarrillo que se estaba encendiendo y buscó alrededor. Al ver que me acercaba, sonrió, sorprendido.

—Hola, Martín.

—Hola, preciosidad —me saludó, cariñoso.

No lo dejé decir nada más. Levanté los brazos para rodear su cuello, mirándolo un momento a los ojos antes de besarlo. Él tiró el cigarrillo y me acarició la cintura con sus manos. Me atrajo hacia él y, sin dejar de besarme, me abrazó como si no quisiera soltarme nunca más. Y así estuvimos hasta que acabó la canción y Vega tiró de mi brazo.

—Blanqui, siento interrumpir, pero mi madre dijo que nos llamaría a la una y ya son menos veinte. —Me pasó mi chaqueta.

Ya no me acordaba de que esa noche me quedaba a dormir con ella. Sus padres estaban de viaje y nos llamarían al teléfono en veinte minutos para comprobar si estábamos bien y, de paso, asegurarse de que habíamos llegado en hora.

—¡Es verdad! —Me volví a Martín—. Me voy a dormir con Vega, que hoy está sola en casa.

—Mis padres tampoco están en casa esta noche… —Martín me tentaba con su mirada inocente. Se notaba que no tenía ganas de que me fuera tan pronto.

—Quédate con él si quieres, Blanca —dijo Vega enseguida—. No pasa nada, de verdad. Puedo decirle a Rubén que se venga conmigo…

Me dio la risa. Moví la cabeza como diciendo: «Anda, qué bien te ha venido», y Vega se rio

también.

—¿No te importa? —le pregunté.

—¡No, no! Para nada, no hay ningún problema —me aseguró. Después, se acercó a susurrarme para que no la oyese Martín—: Disfrútalo como tú sabes, que yo también lo voy a hacer.

Me guiñó un ojo al separarse de mí, agarró a Rubén de una mano y con la otra hizo el gesto de hablar por teléfono, vocalizando un «Te llamo mañana» mientras salían del *pub*.

—¿Nos vamos? —susurró Martín en mi cuello mientras me abrazaba por detrás.

Asentí, feliz. Me puse la chaqueta y agarré su mano. Le guiñé un ojo a Sofía, que nos sonrió cuando pasamos por su lado al salir.

En su casa, me asusté un poco al ver luz en el salón, al final del pasillo.

—Es mi hermano, no te preocupes —me tranquilizó al notar que me había sobresaltado.

El hermano de Martín me intimidaba un poco, porque era bastante mayor que nosotros, aunque, en ese momento, caí en que no tendría más de veintidós o veintitrés años. Después de cerrar la puerta con llave, pasamos a su habitación. Él dejó la chaqueta en la silla, encendió la lámpara de la mesilla de noche y conectó el radiocasete.

—Había grabado esta cinta para ti —dijo, y pulsó el *play*.

Sonó el mismo tema de U2 que habíamos escuchado en el *pub*. Me reí mientras me quitaba la chaqueta y la dejaba también en la silla. Al darme la vuelta, Martín estaba junto a mí.

Sus ojos parecían esperarme, y cuando nuestras miradas se cruzaron, me sonrió con toda la cara, de esa manera tan especial. Cogió mis manos y las llevó hacia su cuello, para que lo abrazara.

—Te he echado de menos —susurró al acariciarme las mejillas, y yo sonreí.

Luego, se inclinó hacia mí y me besó. Al principio, despacio. Mis dedos se deslizaron entre su pelo. Los suyos recorrieron mi columna, con suavidad, siguiendo la música. Nos acariciábamos sin prisa. Disfrutábamos de estar juntos otra vez.

Los besos cobraron intensidad al ritmo de la canción. Las manos de Martín bajaron por mi espalda, me agarró de las caderas y me atrajo hacia él. Pegué mi cuerpo al suyo, sujetándole de la nuca y bajando mi otra mano hasta el bolsillo trasero de su pantalón. Nos besábamos cada vez con más urgencia. Apretó mis nalgas, gemí en su boca y bajé los labios para besar su cuello, mordisqueándolo despacio hacia el lóbulo de su oreja. Jadeaba cerca de mi oído y yo me apreté más contra su cuerpo.

Lo escuché soltar un «Joder», y después exhaló con fuerza. Cerré los ojos y apoyé la frente en su hombro, respirando por la boca. Y durante un segundo, un montón de imágenes de Jorge cruzaron mi mente, recuerdos desordenados de un futuro —tal vez un pasado, no estaba segura —, que ya solo existía en mi cabeza.

Inspiré y miré a Martín. Él me sonreía, sofocado, intentando relajarse. Recordé las palabras de Sofía y, de pronto, lo entendí. «Esto es lo único real, lo que está pasando ahora. Y no voy a perdérmelo esta vez», me dije. Quería vivir aquello con Martín, el momento especial que nunca tuvimos porque, hacía muchos años, yo lo había estropeado todo al enrollarme con Nacho.

Le devolví la sonrisa. Después, me puse de puntillas y me acerqué a su oído.

—Quiero hacerlo contigo —le susurré.

Se le cortó la respiración. A pesar de la tensión sexual, parecía que mis palabras lo habían pillado por sorpresa, porque dio un paso atrás y me separó de él para analizar mi cara.

—¿Estás segura, Blanca? —Me observó, serio y algo nervioso.

Moví la cabeza arriba y abajo varias veces.

—Sí. —Y para que no tuviera ninguna duda, repetí—: Quiero hacerlo contigo.

Martín seguía mirándome con esa mezcla de asombro e incredulidad, como si fuera a echarme a atrás en cualquier momento. Como no decía nada, añadí:

—Solo si tú también quieres, claro.

Eso lo hizo reaccionar, y empezó a hablar, apresurado.

—Joder, cariño, ¡claro que quiero! —Sujetó mi cara entre sus manos y me besó—. ¡Dios! ¿Cómo no voy a querer, Blanca? Si me vuelves loco… —Me atrajo hacia él y me demostró, al besarme, todas las ganas que me tenía.

Tiré de su camisa para sacarla del pantalón y Martín, echó a andar hacia atrás mientras me besaba, estirando de la tela de mi falda para que lo siguiera. Ese movimiento me desequilibró y me hizo tropezar con él. Caímos los dos sobre la cama, haciendo mucho ruido. Los primeros segundos nos miramos, asustados, comprobando que los dos estábamos bien, pero después nos entró un ataque de risa. Una risa floja e imparable, que nos sirvió para calmar los nervios y la tensión del momento.

Tras unos minutos sin poder parar de reír a carcajadas, respiramos más calmados. Aprovechamos para quitarnos las botas antes de subir de nuevo a la cama. Martín se recostó, boca arriba, y tiró de mí para colocarme encima de él.

—Ven aquí, preciosa.

Se estiró para besarme y yo me incliné, notando el calor de sus manos por dentro de mi camiseta. Me acarició, nervioso, por encima del sujetador y luego las bajó por los costados. Al llegar a mis caderas, vaciló un segundo, pero enseguida las yemas de sus dedos me tocaron por debajo de la falda. Volví a gemir y me agarró con fuerza, apretándome contra su cuerpo. Me incorporé, sentada sobre él a horcajadas, y le desabotoné la camisa, sin apartar mis ojos de los suyos. Desde abajo, él me miraba, acariciándome los muslos. Los dos respirábamos por la boca, excitados.

—¿Lo has hecho antes con alguien? —Le desabroché los puños de la camisa.

Se incorporó para quitársela y negó con la cabeza.

—¿Y tú? —preguntó también, algo cohibido.

Sonreí. Quizá verme tan decidida esta noche lo intimidaba. Me acerqué a susurrarle:

—No, no lo he hecho con nadie todavía. —Técnicamente, era verdad. Al menos en esta dimensión—. Y quiero que sea contigo.

Martín me miró, emocionado, y me besó con todas las ganas del mundo. Me hizo rodar en la cama hasta dejarme tumbada boca arriba. Estiró del elástico de mi falda y yo lo ayudé a quitarme las medias. Después, levanté los brazos para que pudiera sacarme el top por la cabeza. Forcejeó un par de veces con el cierre del sujetador, por lo que coloqué mis manos sobre las suyas para ayudarlo.

—No puedo creerme la suerte que tengo —susurró, mirándome, tras dejarlo en el suelo.

«Yo también tengo mucha suerte de poder reescribir este momento». Recordé lo diferente que había sido mi primera vez con Nacho, en la otra dimensión. Volví a besarlo y acaricié la piel de su abdomen con la yema de mis dedos. Tenía un cuerpo fibroso de jugar al fútbol y podía notarlo cuando le tocaba. Él cerró los ojos y gimió en mi boca. Caí en la cuenta de algo muy importante cuando le desabrochaba los vaqueros.

—¿Tienes condones, Martín? —Abrió los ojos y me miró, sorprendido. Después levantó la vista hacia la pared y resopló. No supe qué hacer, así que volví a preguntarle—: ¿No tendrás algún condón…?

El asintió, pensativo. Se incorporó de un salto y se abrochó los pantalones.

—Ahora vuelvo —dijo, y salió de la habitación.

Me dejé caer en la cama, tapándome los ojos. «Joder, Blanca, ¿cómo no has pensado en esto antes?», me reproché. Oí que hablaba con su hermano, aunque, con la música, no entendí muy bien lo que decían. Me incorporé, aguzando el oído. Escuché unos murmullos, unos sonidos secos, como si le diera un par de palmadas y, después, los pasos apresurados de Martín de vuelta a la habitación. Entró con una sonrisa y cerró la puerta, enseñándome, triunfante, una ristra de tres preservativos que colgaban de su mano derecha.

—Por si acaso. —Se acercó y me dio un beso.

—¿Qué ha dicho tu hermano? —pregunté, un poco avergonzada.

—Que si eras tú.

Arqueé las cejas, sin entender nada. Martín se sonrojó.

—Bueno, él sabía… —inspiró—. Blanca, yo siempre he querido que fuera contigo.

Nos miramos, y me di cuenta de lo que yo había significado siempre para él. El roce de su mano en la librería no había sido casual.

Le sonreí. Volvimos a besarnos. Lo ayudé a quitarse los pantalones mientras escuchábamos de fondo *Crazy*, de Aerosmith, pero cuando tiré de sus bóxer hacia abajo, se me quedó congelada la sonrisa.

—¡Jo… der! —solté sin poder evitarlo al verlo desnudo por primera vez.

Martín estudió mi cara con preocupación.

—¿Todo bien?

Asentí, tragando saliva. Y me puse nerviosa después de lo que acababa de ver, porque, aunque fuera una mujer con bastante experiencia, mi cuerpo era virgen y ese chico estaba demasiado desarrollado para su edad. Se me acababa de quitar, de golpe, toda la seguridad que tenía. Respiré hondo. «Ahora sí que va a parecer una primera vez de verdad».

—Sí, bueno, no pensaba que fuera… así.

Martín sonrió con timidez mientras abría un condón y lo giraba, averiguando cómo desenrollarlo. Se lo quité de las manos, sin pensar, y lo coloqué en un par de movimientos. Me miró bastante sorprendido.

—Aprendí en… —iba a decir «En un tutorial de YouTube», pero por suerte me di cuenta antes de meter la pata—, eh…, en la *Nuevo Vale*. No sabes lo bien que explican estas cosas en esa revista.

Me encogí de hombros, quitándole importancia, mientras me volvía a tumbar en la cama. Martín asintió, y me acarició despacio, besándome la piel. Cerré los ojos y me concentré en las sensaciones, procurando relajarme. Las manos de Martín llegaron a mis caderas y sus dedos jugaron con la goma de mis braguitas. Contuve la respiración y lo miré. Él se detuvo un momento antes de desnudarme del todo.

—Blanca, ¿estás segura, de verdad, de que quieres que lo hagamos? —me volvió a preguntar.

Habría parado si se lo hubiese pedido, pero yo quería hacerlo. Quería que fuese esa noche y quería que fuera con él.

—Sí. —Sonreí—. Completamente.

Sosteniéndole la mirada, levanté las caderas, para que me quitara las braguitas. Él las deslizó despacio por mis muslos. Me contemplaba con una mezcla de excitación y nervios, respirando por la boca. Después, se colocó encima de mí, aguantando su peso con los brazos. Me mordí el labio, nerviosa. Él me besó y trató de sonreír, pero también estaba algo tenso, así que, sin dejar de mirarlo, bajé mi mano por su abdomen, lo agarré con firmeza y lo guie despacio entre mis

piernas. Y mientras en la habitación sonaba *More Than Words*, de Extreme, Martín y yo lo hicimos juntos por primera vez.

Media hora más tarde, me miraba en el espejo del baño. Estaba algo dolorida, pero no dejaba de sonreír. Martín había estado todo el rato pendiente de mí, parando y besándome si veía algo de dolor en mi cara. Al final, consciente de que sería más cómodo para ambos, le dije que prefería ponerme encima de él. Y así, despacio, mirándonos, empezamos a movernos… Hasta que no pudo aguantar más. Si cerraba los ojos, aún lo sentía temblar. Pero lo que, sin duda, nunca borraría de mi memoria, era la manera tan dulce e intensa en la que me había abrazado justo después. Me había hecho sentir la persona más especial del mundo.

Apagué la luz y salí del baño tratando de no hacer ruido y esperando no cruzarme con su hermano por el pasillo. No tuve suerte.

—Hola, Blanca. —Aunque habló casi en susurros, su voz a mi espalda me sobresaltó.

Me giré hacia él y sonreí, nerviosa. Estiré todo lo posible de la camiseta que le había cogido prestada a Martín al salir de la habitación y recé para que su hermano no se diera cuenta de que no llevaba nada debajo. Me sonrió también, apretando los labios para no reírse.

—A mi hermano le gustas muchísimo —continuó—, y no es tan capullo como parece. De verdad, es un buen tío.

—Lo sé. —Asentí con la cabeza.

Me miró unos instantes y parecía que iba a decir algo más, pero creo que se dio cuenta de que no hacía falta, porque lo entendía perfectamente. Se acercó, me pellizcó la nariz, como si fuera una cría, y me guiñó un ojo antes de desaparecer por el pasillo.

Martín ya estaba dormido boca arriba sobre la cama. Me tumbé a su lado, nos cubrí a los dos con el edredón y lo abracé. Él se movió en sueños, girando su cabeza hacia mí. Lo besé con suavidad, cerré los ojos y me dormí.

Me despertó la luz que entraba por la ventana. Me asusté porque no supe dónde estaba, pero, al ver el póster de *Pulp Fiction*, enseguida recordé lo que había pasado la noche anterior y sonreí. Martín entró, con un par de tazas de café caliente en la mano.

—Buenos días, cariño —dejó las tazas en la mesilla de noche—. Qué guapa estás por la mañana.

Me estiré y lo miré de arriba abajo. Iba vestido solo con un pantalón de pijama holgado, de esos con goma en la cintura y cordones para ajustarlo. Se sentó en la cama y yo me incorporé, acercándome para besarlo.

—Buenos días…, gracias —dije cogiendo la taza de café que me ofrecía.

—De nada, preciosa. —Sonrió—. Joder, estoy tan contento de que volvamos a estar juntos… —Solté una risita de felicidad y él puso cara de duda—. Porque estamos juntos, ¿no?

Arqueé una ceja, di un sorbo al café y apoyé la taza en la mesilla.

—¿En serio, Martín? ¿Me acabo de levantar medio desnuda en tu cama después de lo de anoche y tú aún dudas de que estemos saliendo juntos? —dije con una sonrisa burlona—. Pensaba que estaba claro, pero si te quedas más tranquilo, puedes pedírmelo…

Él dio otro sorbo a su café y dejó la taza junto a la mía.

—Blanca, ¿quieres salir conmigo? —dijo ceremonioso.

Solté una carcajada. Hacía miles de años que nadie me hacía esa pregunta y no pensaba que me la fueran a hacer nunca más.

—¡Claro!

Martín se acercó, parecía que iba a besarme, y yo levanté la barbilla, entreabriendo los labios y cerrando los ojos, pero, de repente, retiró el edredón de un solo movimiento.

—A ver cómo es eso de que estás medio desnuda…

Se echó encima de mí sin avisar. Yo solté un par de gritos y me revolví en la cama, sin parar de reír, intentando liberarme. Martín se incorporó, apoyó sus manos y sus rodillas en la cama y observó con una sonrisa cómo reía debajo de él.

—No sé tú, preciosa, pero yo me muero de ganas de hacerlo contigo otra vez.

Respiré, soltando todavía alguna risita, y le eché los brazos al cuello, atrayéndolo hacia mí. Después, rodeé sus caderas con mis piernas.

—Yo también me muero de ganas —le susurré.

—Joder, Blanca, me gustas tanto…

Iba a besarme cuando unos golpes en la puerta lo detuvieron. Nos quedamos en silencio, atentos, y escuchamos a su hermano al otro lado.

—Chicos, perdonad si interrumpo, pero los papás acaban de llamar desde el pueblo porque al final vienen a comer aquí. Tardarán una media hora.

—Vale, gracias por avisar —dijo Martín mirando a la puerta. Después, se giró hacia mí—. Pues parece que hoy no vamos a poder. —Puso una cara tan triste que tuve que reírme—. ¿Vienes a la ducha conmigo? Luego te llevo a casa.

—Tú lo que quieres es verme desnuda, listillo.

—O todos, o ninguno —dijo riéndose también—. ¿Vamos?

Se levantó de un salto y me tendió la mano. Lo miré unos instantes, respiré hondo y se la di. Tiró de mí con fuerza para sacarme de la cama y yo me sentí como si saltase al vacío. Acababa de cambiar la historia de mi vida. Volvía a estar con Martín y nunca había pasado lo de Nacho. En esta dimensión, lo había hecho con alguien que sabía valorarme y había sido muy especial. Sabía que a partir de aquí entraba en un terreno desconocido y no tenía ni idea de lo qué ocurriría después. Pero no me importó. Había decidido no salir corriendo, sino dejarme llevar. Pasara lo que pasase. Porque, yo, ya no quería controlarlo todo.

Cuando el lunes mi madre me dejó en el aparcamiento del instituto, Martín ya me esperaba, apoyado en su moto con una enorme sonrisa. Me acerqué a él, le eché los brazos al cuello y le di uno de nuestros morreos, lento y largo.

—Buenos días, preciosa.

Todo parecía como antes de que ocurriera lo de Nacho, pero, al mismo tiempo, algo había cambiado y sabía que era para mejor. Me acarició la cadera con las manos mientras me guiñaba un ojo. Cogió los cascos de la moto y me pasó uno para colgarse la mochila del hombro. Entramos en el instituto y fuimos hacia el banco de siempre. Por el camino nos cruzamos con Paula, que me lanzó una mirada llena de odio. Me giré hacia Martín, que pasó su brazo por encima de mi hombro y me besó la sien. Deslicé mi mano por su cintura, y me agarré a la trabilla de su vaquero. Y así llegamos a nuestro banco, donde me sorprendió encontrar a todos nuestros amigos: Vega sentada sobre las piernas de Rubén. Alba y Sofía en el respaldo, y David en uno de los extremos, con la espalda apoyada en el reposabrazos.

—Vaya, si ya ha llegado la parejita feliz —dijo Vega con retintín, y añadió—: ¿Qué tal os fue el sábado? ¿Al final hubo tema…?

Martín, que estaba dejando la mochila en el suelo, se incorporó sorprendido y sonrojado. A mí me dio la risa. No se podía ser más indiscreta que mi amiga.

—¿En serio era necesario hablar de esto en público, tía? —le pregunté sin dejar de reír.

Vega soltó una carcajada. Sofía levantó las cejas y movió la cabeza en un gesto con el que me preguntaba si nos habíamos acostado. Asentí y ella me guiñó un ojo, contenta por mí. David, que seguía con la mirada nuestra conversación sin palabras, de pronto, entendió todo y se rio también.

Alba dijo muy seria:

—¿Y no habéis traído palmeritas de chocolate para celebrarlo?

Me tapé la cara avergonzada mientras todos se reían. Martín me pasó un brazo por la cintura y me atrajo hacia su cuerpo.

—Menudas amigas que tienes —bromeó.

—Lo sé, lo sé —asentí. Y después le acaricié el pelo—. Pero te acostumbrarás…

—Sí, creo que podré acostumbrarme.

Sonó el timbre para entrar en clase. Él me sonrió, feliz, y yo supe que, por fin, había llegado el momento de averiguar qué habría pasado si hubiera hecho las cosas de otra manera cuando tenía dieciséis.

DESPUÉS DE TODO

Madrugada del sábado al domingo,
29 de Julio de 2007

Nunca volvimos al futuro. Es decir, nunca regresamos en un salto temporal como el que habíamos dado al viajar al pasado. En su lugar, los días se sucedieron uno tras otro, unas veces muy rápido y, otras, mucho más lentos. Como si fuera una broma pesada, el universo nos obligó a tomar, de nuevo, todas las decisiones cruciales de nuestra vida. Y ahora, viéndolo con perspectiva, quizá fue ese el motivo de nuestro viaje en el tiempo: que jamás volviésemos a arrepentirnos de nada, ni a preguntarnos «¿Qué habría pasado si…?».

Volver con Martín fue una de las mejores decisiones que tomé. Lo pasábamos tan bien y estábamos tan a gusto juntos, que no me cabía en la cabeza haberme perdido todo eso en la otra dimensión. Dicen que hay personas que te destruyen y otras que te reconstruyen, y eso es lo que me pasó a mí con él. Martín me ayudó a recuperar mi confianza y a derribar ese muro de autoprotección que levantaba cuando las cosas no eran perfectas, porque, aunque a veces discutíamos, aprendimos a entendernos y nunca volvió a hacerme daño, tal y como me había prometido aquella tarde que me esperaba en el portal.

Nos graduamos juntos en el instituto y, años después, también en la misma carrera. Ambos decidimos estudiar Publicidad para contentar a nuestros padres, aunque yo empecé a actuar en algunos cortos y él no paró de escribir relatos. Eran realmente buenos. Me dejó leerlos un par de semanas después de que volviéramos a salir, con la única condición de que lo hiciera delante de él, para ver mi reacción al terminar. Al principio, me costó concentrarme mientras me observaba, nervioso, pero, después, la historia me atrapó. Y la verdad es que me quedé muy sorprendida, porque no me imaginaba que escribiera tan bien.

Fue muy divertido volver a vivir la llegada de internet y de los teléfonos móviles, hacernos las últimas fotos con cámaras analógicas y las primeras con digitales, pasar del *walkman* al *discman*, y después al *ipod*, y brindar borrachos en Nochevieja para recibir al año 2000, aunque nadie, excepto nosotras, sabía si los ordenadores funcionarían después de las doce. Era el principio de un milenio y todo estaba por estrenar. Volver a vivir nuestra juventud nos enseñó a valorar ese momento en que lo teníamos todo. Porque el tiempo pasa muy rápido. Y esta segunda vez, conscientes de ello, supimos aprovecharlo.

Disfruté mucho con Martín en el estreno de *Matrix*, y supe, por la cara que tenía al encenderse las luces, que esa siempre sería su película favorita. También me encantó ir a verlo jugar a todos sus partidos, primero en el instituto y luego en la universidad; sacarnos el carnet de

conducir casi a la vez, aunque él tuvo que repetir la parte práctica y yo le restregué mi L durante toda la semana; dejar de fumar, a pesar de que nunca habíamos discutido tanto como en esos meses; hacer nuestro primer viaje los dos solos al terminar la carrera, a Londres, con los ahorros de casi dos años, y ver cómo se convertía en un veinteañero muy atractivo con el que probé todos los trucos que leía en la *Nuevo Vale*. Vivimos un montón de primeras experiencias y fue maravilloso. Me enamoré como una adolescente e incluso llegué a pensar que estaríamos juntos para siempre.

Pero casarme con un buen chico y estudiar una carrera no resultó ser lo que yo esperaba. En realidad, Martín y yo nunca tuvimos una boda, pero, a principios de 2003, nos fuimos a vivir juntos. Él había empezado a trabajar en una agencia de publicidad pequeñita, con un sueldo que no estaba nada mal, y yo hacía de azafata en lo que me salía, ya fueran congresos, ferias o promociones. Le había insistido tanto en que comprásemos una casa lo antes posible, sabiendo la burbuja inmobiliaria que se avecinaba, que cuando sus padres se fueron a vivir al pueblo y vendieron la suya a una constructora que quería levantar un bloque de pisos, Martín aprovechó el dinero que le prestaron para dar la entrada. Era un piso nuevo y bonito, en una de las muchas urbanizaciones que surgieron por toda la ciudad y que conseguimos a un precio mucho más que aceptable, teniendo en cuenta que duplicaría su valor en tan solo un par de años.

Allí comenzamos una etapa nueva, juntos también. Para mí fue un sueño volver a recuperar esa independencia. Éramos adultos, aunque todavía demasiado jóvenes para tener obligaciones reales. Con nuestros sueldos cubríamos la hipoteca, la luz, el agua y la compra mensual, que incluía mucha comida congelada y mucha pasta, porque era lo más barato. Por suerte, quemábamos muchas más calorías de las que ingeríamos. Hartos de usar el coche, era fantástico no tener que esperar a que sus padres o los míos pasasen la noche fuera, ni rogarle a su hermano que nos prestase su piso de vez en cuando. Tener nuestra propia casa nos daba la libertad de asaltarnos en la ducha antes de ir a trabajar o de terminar el día metiéndonos mano en la cocina mientras preparábamos uno de esos platos de espagueti que nos quedaban tan pasados porque perdíamos la noción del tiempo.

Y, aunque al principio disfrutábamos de cada minuto de nuestra vida en común, después de un par de años, nuestra relación pasó a ser rutinaria. Teníamos apenas algo más de veinticinco, pero ya parecíamos un viejo matrimonio que se conocía demasiado bien. Habíamos vivido nuestra historia de una forma tan intensa, que me dolía ver cómo se apagaba poco a poco. Yo sentía que necesitaba algo más. Y a él le pasaba lo mismo.

Podíamos haber seguido años así, incluso toda la vida, pero una noche fuimos valientes y nos atrevimos a poner las cartas sobre la mesa. Los dos queríamos crecer, descubrir quienes éramos por separado, porque, después de nueve años juntos, estábamos anclados el uno al otro. Nos dijimos lo mucho que nos queríamos, pero los dos sabíamos que ya éramos más amigos que amantes. Aquella noche, Martín y yo hicimos el amor por última vez, lentamente, durante mucho tiempo, como si quisiéramos guardar en la memoria cada rincón de ese otro cuerpo que conocíamos tan bien, porque ambos sabíamos que, después de esa noche, ya nada volvería a ser igual entre nosotros. Allí terminaba nuestra vida como pareja y comenzaba nuestra amistad.

Nuestros amigos no lo entendieron al principio y no hacían más que repetirnos que nos estábamos equivocando. Sobre todo, David, que se había hecho muy colega de Martín desde que había entrado en el equipo de fútbol para cubrir el puesto que dejó Nacho al marcharse precipitadamente a otro instituto. Pero, después de unas semanas, ellos también se dieron cuenta de que fue una de las mejores decisiones que habíamos tomado. Ya no éramos novios, ni vivíamos en la misma casa, pero continuamos muy cerca el uno del otro porque éramos familia.

Yo seguí animándolo a presentar sus escritos a todos los concursos literarios. Sabía lo mucho que valía, aunque a veces él mismo dudaba. Por eso, lloré con él de felicidad el día que recibió la carta de una editorial interesada en publicar su novela. Al igual que él fue el primero en abrazarme cuando me llamaron del *casting* que hice en Madrid y me dijeron que tendría que mudarme porque me habían dado el papel de un personaje secundario en una famosa serie nacional.

Y cuando Martín conoció a una chica por la que empezó a sentir algo muy fuerte, fue a mí a la primera persona a quien se la presentó. Yo no pude alegrarme más porque reconocí en ella a la mujer que lo acompañaba en aquella librería del futuro.

Vega no tardó demasiado en dejar a Rubén. Me parece que no llegaron juntos ni al verano. Ella mantuvo su decisión de disfrutarlo mientras la hiciera feliz, pero enseguida se dio cuenta de que ya solo ocurría si estaban los dos solos. El resto del tiempo estaba tensa y agobiada: cada vez que Rubén saludaba a una chica, Vega no podía evitar pensar que estaban liados. Como había predicho Sofía, se había convertido en su guardiana.

La noche que se fue a dormir llorando, porque pese a sus intentos de evitarlo, Rubén había encontrado un trabajo de relaciones públicas, se dio cuenta de que había llegado el momento de cortar. Sabía que no soportaría seguir así mucho más tiempo. La angustia y la incertidumbre la estaban destrozando y arruinaban el recuerdo de los años buenos que había pasado con él en la otra dimensión.

Vega sacó fuerzas de donde no sabía que las tenía y tomó una de las decisiones más difíciles de su vida. Una decisión que le había costado casi dos décadas tomar. Para los demás, que dejara a Rubén, no fue más que un arrebato en un momento de locura transitoria. Solo Sofía y yo entendimos lo que significaba. Porque, en realidad, Vega no estaba cortando con Rubén, sino eligiéndose a ella misma, a sus sueños y a su felicidad por encima de todo. Incluso del que había sido el amor de su vida durante tantos años.

Al principio, Rubén se quedó descolocado y le suplicó que no lo hiciera. La llamó tantas veces llorando para que volvieran, que la madre de Vega descolgó el teléfono, harta de que no dejara de sonar. Pero mi amiga se mantuvo firme. Y a pesar de que él repetía que estaban hechos el uno para el otro, enseguida nos llegaron los rumores de que había empezado a salir con una compañera de trabajo llamada Dafne.

Y unas semanas después, una de esas tardes que pasábamos en casa de Sofía, mientras comíamos chuches y oíamos música, Vega nos soltó la bomba, con esa manera tan particular que tenía de contar las cosas importantes:

—Por cierto, me he liado con tu marido…, y creo que me gusta mucho.

Aún recuerdo la cara de sorpresa de Sofía. Se quedó tan impresionada que no supo ni qué decir. Al principio no se lo tomó muy bien, aunque ahora lo niegue. Se sintió traicionada, como si Vega le hubiera quitado algo que hasta entonces era suyo. A Sofía le costaba entender que, después de tanto tiempo, ahora fueran pareja, aunque, a medida que lo asimiló, se dio cuenta de que, en el fondo, siempre había sabido que David era el chico perfecto para Vega, no solo porque tenía más cosas en común con su amiga que con ella misma, sino porque también existía entre ellos esa conexión especial que nunca había sabido identificar hasta que le ocurrió con Alba.

Y eso era lo que le había pasado a Vega, para quien David había sido siempre tan solo un amigo. Ella no tenía ni idea de lo que me había dicho en el botellón y yo no había querido contárselo para no condicionarla, porque sabía que se habría alejado de él antes de que ocurriese algo. Por eso, no le pareció raro que David la invitara a ver el fútbol un par de sábados después de dejarlo con Rubén. Aceptó encantada: jugaba el Madrid, no quería perdérselo y él era mucho

mejor compañía que nosotras para un partido. Lo que no se imaginaba era que se divertirían tanto en el *pub* irlandés donde empezaron bebiendo cerveza y acabaron tomando chupitos de *whisky*. Y, con la valentía que da el alcohol y la emoción de la victoria, David cruzó los dedos, la cogió de la cintura y la besó. Sabía que se arriesgaba a recibir un guantazo, o incluso a romper su amistad, pero la posibilidad de conseguir a la chica de sus sueños hacía que valiese la pena. A Vega la pilló desprevenida, pero, tras unos segundos de desconcierto, le echó los brazos al cuello y lo besó también. Y ese beso, lo cambió todo.

De repente, todo tuvo sentido. Vega tenía la vida con la que siempre había soñado y David la respaldaba en todo lo que decidía. La animó a que estudiara Empresariales, aunque significara que ella tuviera que mudarse a otra ciudad y tener que estar un tiempo separados. Si un sábado ella no podía ir a Alicante, él iba a verla a su piso compartido, para pasar juntos el fin de semana. Y cuando Vega terminó el máster en el que había invertido casi todos sus ahorros, David le regaló ese viaje a Nueva York que ella tanto deseaba y al que había tenido que renunciar.

Hace mucho tiempo que ya no es David, el de Sofía, sino David, el de Vega y, aunque mis amigas evitan comentar ese tema que todavía no saben cómo resolver, ahora, a nuestros veintisiete años, ya llevan juntos más de una década y aún vemos esa ilusión en sus caras. De hecho, se llevan tan bien que siempre decimos que son la pareja perfecta.

Para Sofía, su vida en esta dimensión fue más complicada que en la otra. Acostumbrada a seguir las normas, le costó mucho tener que enfrentarse a los prejuicios sociales. Poco después de besar a Alba en la puerta del *pub*, comenzaron los rumores de que habían metido mano a una compañera en el vestuario, y algunas de las chicas del instituto se quejaron por tener que compartir ducha con ellas tras la clase de gimnasia. Al principio, Sofía creyó que lo mejor era ignorarlas, pero cuando las mentiras subieron de tono, e incluso a su prima se le ocurrió hacer una broma de mal gusto en el recreo, se le hincharon las narices y decidió que no lo iba a tolerar más. Sin pensarlo demasiado, se levantó del banco en el que estábamos sentadas, se fue directa hacia Paula y se enfrentó a ella, intentando que comprendiese que estaba siendo ridícula e infantil. Pero como su prima continuó con la misma bromita, Sofía la tiró al suelo de un puñetazo que nos pilló a todos por sorpresa. Sus padres se enfadaron mucho con ella porque la pelea conllevó que la expulsaran una semana, pero no tuvieron ningún problema con que Alba fuera su novia y siempre han presumido mucho de nuera.

En la universidad, Sofía estudió Física con David y se hicieron muy amigos. Prepararon juntos tantas prácticas de la carrera que ahora, a veces, se entienden casi sin palabras. Forman un buen equipo, por eso tienen planes para montar su propia empresa. Sus novias fingen que están celosas, pero todos sabemos que el amor entre los dos es más platónico que romántico. Y aunque Sofía no puede contarle a David que todas las noches se queda dormida pensando en sus hijas, todavía no ha perdido la esperanza de volver a abrazarlas en el futuro.

Con Alba, Sofía dejó de vestir de azul marino y aprendió a disfrutar improvisando. Les encanta viajar juntas y, en cuanto tienen unos días libres, cogen la mochila, un tren o un avión, y se van a la aventura. Ya se han recorrido casi toda Europa y algunos lugares de América y Asia, han comido insectos y dormido en playas, pero siempre regresan con una sonrisa y un montón de recuerdos. Tienen tantas fotos y tantas historias que, hace unos meses, Vega y yo las animamos a escribir un blog, ahora que empiezan a ponerse tan de moda. A Sofía se le escapó una carcajada al escucharnos, pero a Alba le encantó la idea y enseguida se puso a trastear por internet, hasta que publicó el primer post de *viajandoconsofiayalba.wordpress.com.*

Al leer su blog nos enteramos de que Alba le había propuesto matrimonio a Sofía desde lo alto de la torre Eiffel y ahora estamos celebrando su despedida de soltera en este antro de

Madrid.

Son casi las dos y media de la mañana y mis amigas ya se han perdido por el local. Acabo de dejar a Sofía y Raquel en el baño, abrazadas, y desde aquí veo a Paula dándose el lote con un morenazo cachas junto a la barra. Estoy segura de que si miro hacia arriba, encontraré a Vega haciéndome señas desde la barandilla del reservado del tercer piso. La despedida de soltera está en su punto álgido. Es el momento de pedir otra copa.

Al sentarme en la barra, me doy cuenta de que estoy temblando. Hace tanto que espero este momento que todo me parece irreal. Ya ni siquiera recuerdo la cara de Jorge, porque no tengo ni una sola foto suya. Miro el reloj: faltan dos minutos. ¿Y si no viene?

Después de que me dijese que se iba, nunca más volví a hablar con él. Mis padres cambiaron el número de teléfono tres años más tarde, cuando nos pusieron internet, por lo que nunca supe si me llamó al regresar a Madrid. De hecho, ni siquiera sabía si había regresado. Quizá aún esté en Connecticut.

Al principio pensaba mucho en él. Me gustaba imaginar cómo sería su vida y qué hacía en cada momento. Era una forma de sentirlo cerca. Pero, poco a poco, dejé de imaginar porque fui consciente de todas las cosas que me estaba perdiendo. Y preferí pensar en él como algo más lejano, como uno de esos planes tan remotos que son más un deseo que una intención. Como quien habla en febrero de lo que hará en Nochevieja o de dónde quiere viajar el verano siguiente. Cuando lo echaba de menos y me sentía triste, me consolaba pensando en que teníamos una cita en el futuro y que lo encontraría en ese bar. Imaginé nuestro reencuentro de miles de formas diferentes. Y en algún momento, Jorge dejó de ser una persona real y se convirtió en mi fantasía.

Por eso, aunque acabé viviendo en Madrid, y sabía dónde estaba la casa de sus padres, nunca fui a buscarlo. No quería enterarme de si estaba casado o tenía pareja, o incluso hijos. Me daba miedo darme cuenta de que tenía una vida sin mí. Prefería imaginar que me esperaba en un futuro que entonces parecía muy lejano.

Pero en unos segundos alcanzaré ese futuro. Y estoy aterrorizada. Me siento como una niña a punto de descubrir que los Reyes Magos son los padres, porque me lo juego todo esta noche. Si no viene, nunca sabré por qué. Y no puedo culparlo, diez años son mucho tiempo. Puede estar en otro país, o aquí en Madrid, con su propia familia; quizá se haya olvidado de mí o, peor aún, no haya querido venir. Es todo o nada, a una sola carta.

Llamo al camarero para pedirle una copa que calme mis nervios y escucho una voz profunda que susurra en mi oído:

—Vaya, así que estás aquí. Como dijiste…

Cierro los ojos y sonrío.

Ahora, vuelve a empezar nuestra historia.

AGRADECIMIENTOS

Viajar en el tiempo no ha sido fácil, pero sin las personas que ya forman parte de este libro ni siquiera habría sido posible. Por eso, quiero darles las gracias.

A mis padres y a mi hermano, por darme ánimos y recordarme que puedo conseguir aquello que me proponga. Sé que estáis orgullosos y eso me hace muy feliz.

A Carlos, por apoyarme y creer en mí, por sobrevivir al proceso creativo, a los spoilers y a los temazos de la playlist en bucle; y por inspirarme a unos personajes a los que les he cogido mucho cariño.

A Vane, por animarme a seguir escribiendo desde el principio, por prestarme tanto de ella para crear a Vega y por vivir todo el proceso con la misma ilusión que yo. Gracias también por las noches de sushi en la terraza con las amigas de siempre (Ana M., Rosa, Mayte y Ana C.), y por todos los buenos recuerdos de los años del instituto.

Gracias a Tamara, por ser la primera lectora cero y por entusiasmarse con la historia cuando todavía era solo un borrador. Por haberla releído casi más veces que yo y, aun así, estar siempre dispuesta a darme su opinión y volver a comentarla.

A Gemma, por leerla enseguida y ayudarme mucho con todas sus impresiones.

A L. M. Mateo, que nunca se creyó que fuese rubia, por su gran trabajo de corrección y edición, por enseñarme tantos trucos y por retarme a escribir de nuevo todos aquellos momentos en los que los personajes respiraban demasiado fuerte.

A Vicky, por sacarme de mi zona de confort y darme la clave para conseguir la portada que quería.

Gracias a las Milenarias (Erica, Arya, Sara, Isa y Tamara), por vuestros comentarios y sugerencias, y por esos ratos en el chat, en los que me habéis hecho llorar de la risa.

A todas las personas que les pareció que volver a 1996 era una idea fantástica.

Y a ti, que acabas de leer mi primera novela, muchas gracias por darme esta oportunidad.

CUANDO VUELVA A TENER VEINTIOCHO

VIAJERAS DEL TIEMPO 2

AITANA SANBLANCO

CUANDO VUELVA A TENER VEINTIOCHO

@aitanasanblanco

VIAJERAS DEL TIEMPO 2

Este libro tiene música.
Escucha su *playlist* en Spotify.

A Vane, con quien me encantaría
viajar en el tiempo.

Y a Tamara, que conoce
a los personajes mejor que yo.

UNAS HORAS ANTES DE TODO

Sábado, 28 de julio de 2007

—¡Vega, necesito entrar! —golpeé la puerta con los nudillos.

—¡Sin presión, Blanca!

Suspiré al mirar la hora otra vez. Mi amiga llevaba cuarenta minutos acaparando mi cuarto de baño y yo aún no había terminado de maquillarme. Sofía había ocupado el espejo de mi habitación y su prima, Paula, el de la entrada. Me recosté contra el marco de la puerta, esperando a que alguna terminase, y me di cuenta de que me había precipitado al decirles que no se fueran a un hotel. Estaba claro: no cabíamos las cuatro en mi piso de cuarenta y cinco metros cuadrados, en el que vivía sola desde que me había mudado a Madrid hacía poco más de un año.

Las tres habían viajado desde Alicante porque esa noche celebrábamos la despedida de soltera de Sofía con una cena y unas copas en la capital. Raquel, nuestra otra amiga, se nos uniría en el restaurante, ya que había aprovechado la excusa de la despedida para hacer una escapada de fin de semana con Santi, su marido.

En realidad, no era la primera despedida de Sofía, pero como si lo fuese, porque la otra no había llegado a suceder nunca…, o quizá debería decir que había ocurrido hacía muchos años, una noche como esa, en la otra dimensión. Aquella vez se había casado con David y cometido así un error enorme. Por suerte, al viajar al pasado, tomamos otras decisiones y lo pudimos enmendar: David había acabado con Vega, de quien había estado enamorado desde el instituto, y Sofía se casaría en unas semanas con Alba, el gran amor de su vida.

Sonreí. Aún me resultaba extraño pensar que Sofía, Vega y yo éramos viajeras del tiempo. No se lo habíamos contado a nadie porque sonaba como el argumento de esas películas domingueras de mediodía, pero una noche de 2019 nos lamentábamos de las malas decisiones que habíamos tomado en el instituto y, al despertar, volvíamos a ser adolescentes en 1996. Aunque, al contrario que en las pelis, nunca regresamos al futuro. O, mejor dicho, no volvimos en un salto temporal como el que dimos cuando viajamos al pasado. Creímos que, tras cambiar algunas decisiones, nos despertaríamos en otro 2019, uno mejorado, en el que todas tendríamos vidas perfectas, pero no ocurrió así.

Nuestro retorno era muchísimo más lento: día a día, minuto a minuto…, y solo habíamos recorrido la mitad del camino. Pero aquella era una noche importante: si todo salía bien, en unas horas, después de cenar, me reencontraría con Jorge en La Posada. Hacía más de diez años que no lo veía, desde que se había marchado a Connecticut en 1996. Entonces no había sido nuestro momento y cruzaba los dedos para que, a partir de esa noche, lo fuera. Quería ser optimista, pero

estaba muerta de miedo por si al final no se presentaba a nuestra cita.

—Anda, pasa. —Vega abrió la puerta del baño en ropa interior, pero perfectamente maquillada y con su melenita rubia tan lisa como si acabase de salir de la peluquería.

—Tenemos la reserva dentro de cinco minutos y se tarda veinte en llegar —le recordé.

—¿En serio? —Corrió a vestirse, sorprendida de la hora que era.

Suspiré.

Volvíamos a llegar tarde.

CAPÍTULO 1
COMO DIJISTE

Madrugada del sábado al domingo,
29 de julio de 2007

—Vaya, así que estás aquí. Como dijiste…

Cerré los ojos y sonreí al escuchar a mi espalda la voz profunda de Jorge.

«Ha venido». El corazón me latió con fuerza y un intenso calor me subió hasta la nuca. «Blanca, por Dios, no te desmayes ahora, que te conozco», me suplicó mi voz interior.

Había estado histérica toda la noche en el restaurante, contando los minutos para ir a La Posada y rezando por que él apareciera en la barra de la planta inferior. Con tanta expectación apenas había conseguido cenar y, en ese instante, al relajar toda la tensión de golpe, empecé a marearme. Me sujeté a la barra con disimulo, respiré hondo y me di la vuelta con lentitud.

Jorge estaba igual, tal y como lo recordaba. Y no era que mi memoria hubiera permanecido inmutable durante todos esos años. Lo supe nada más verlo, como cuando tienes la impresión de que lo que sucede ya lo has vivido antes, solo que yo sabía en qué momento exacto había ocurrido. Me acordé de que también llevaba el mismo vaquero oscuro y la camisa azul marino la noche que nos conocimos en la otra dimensión.

—Hola, Blanca. —Me saludó con una sonrisa tímida, y se pasó la mano por el pelo, retirando de su frente algunos mechones de cabello oscuro.

—Hola… —Un nudo en la garganta me impidió añadir nada más.

Me puse a temblar, no sé muy bien si por los nervios acumulados o por la impresión de volver a verlo diez años después de despedirnos con un rápido beso antes de subir al tren. O tal vez por todo. Había imaginado muchas veces nuestro reencuentro, pero ahora que lo tenía delante era incapaz de articular ni una sola palabra.

Jorge dio un paso al frente y me abrazó.

Cerré los ojos. Noté el calor de su cuerpo y la presión de sus brazos estrechándome contra él. Ladeé la cabeza, pegué la nariz a su cuello e inspiré. Olía a su perfume favorito y a Jorge. A mi Jorge. Y en ese preciso instante sentí que había vuelto a casa.

—¡Hostia, pero si ha venido!

Vega me sacó de golpe del momento más romántico de mi vida, sin ningún tipo de anestesia. Enfadada, le hice señas con la mano para que se largase de allí, pero ya era demasiado tarde. Jorge aflojó el abrazo para darse la vuelta.

—Anda… —Sonrió al reconocerla—. Tú eres… ¿Vega? —Mi amiga asintió, encantada de que recordase su nombre—. ¿Qué queréis tomar? —preguntó Jorge.

—Yo, un *gin tonic*, pero Vega no quiere nada porque ya se va. Sofía la buscaba en la zona del ropero, o a lo mejor era en el baño. —«O en Cuenca», quise añadir, pero me contuve.

Hacía más de diez años que no veía a Jorge y no dejaría que mis amigas me estropearan ese momento. Por suerte, Vega pilló la indirecta y se despidió enseguida.

Nos acercamos a la barra y él buscó un taburete. En cuanto lo encontró, me lo acercó. Me senté y sonreí, agradecida. Los tacones me estaban matando.

—Así que ahora debes de tener unos treinta. —Hizo una seña al camarero, que vino enseguida a servirnos las copas.

—Veintisiete, en realidad —confesé con una risita.

—Pues o te ponías años antes o te los quitas ahora, porque, si tienes veintisiete, entonces tenías… —Jorge se puso a calcularlo, desconcertado por el resultado de la resta.

—Dieciséis —dije con la boca pequeña.

—¡Dieciséis! —exclamó, asombrado—. Pero, no puede ser, eras demasiado madura para tener dieciséis. —Bajó la vista, pensativo, y se peinó hacia atrás con los dedos antes de lanzarme una mirada reprobatoria—. ¡Por Dios, Blanca! Menos mal que no se me ocurrió tocarte ni un pelo.

Miré hacia otro lado, un poco avergonzada. Jorge sacó la cartera y depositó un billete de veinte euros en la barra. El camarero empujó las copas hacia nosotros y se marchó.

—Así que, todo este tiempo, ¿he echado de menos a una adolescente? —se cuestionó, confundido, acercándome el *gin tonic*.

—¿Me has echado de menos?

—Claro que sí. —Se giró hacia mí con esa media sonrisa que tanto me gustaba—. Pero esa no es la cuestión.

«Yo también te he echado muchísimo de menos —pensé—. Pero las cosas van a cambiar a partir de ahora». Recordé cuántas veces me había arrepentido de haber cortado con Jorge en la otra dimensión, y en la promesa que le había hecho al destino de que todo sería muy diferente si nos daba otra oportunidad.

—¿Y cuál es la cuestión? —Di un trago a mi copa.

—¿Qué hacía una chica de dieciséis años mirando ordenadores en mi sección aquella mañana?

Me mordí el labio para no reírme. Era una buena pregunta. Por suerte, llevaba más de diez años elaborando una respuesta que pareciese creíble, casi desde que me había subido a aquel Talgo para ir a verlo a Madrid. Si le decía la verdad, me tomaría por loca, así que no me quedaba más remedio que engañarlo un poquito más. «Pero no me lo tengas en cuenta, por favor —le rogué al karma—. A partir de ahora, seré sincera».

—Me salté las clases para ir a un *casting*. La productora estaba en Gran Vía, terminé pronto y me puse a hacer tiempo antes de volver a la estación. —Miré a Jorge, que levantaba las cejas, sorprendido—. Siempre quise ser actriz…

—¿Y lo lograste?

—¿Ser actriz? —Bebí sin apartar los ojos de él, que asintió—. Esa vez no. Pero el año pasado hice una prueba para una serie y conseguí el papel.

—Vaya, ¿estoy tomando una copa con una famosa?

—No eres consciente de la suerte que tienes… —bromeé—. Y tú, ¿has regresado a Madrid?

Me contó que, después de pasar ocho años en Connecticut como especialista en vídeo digital,

había vuelto a España a finales de 2004 para trabajar en el desarrollo de las primeras inteligencias artificiales. Era la gran apuesta tecnológica de una multinacional de las telecomunicaciones, y lo había contratado uno de sus antiguos compañeros de la empresa americana que estaba a cargo del proyecto. Todo aquello era muy interesante, pero me costaba prestarle atención. Mi mente no hacía más que cuestionarse si quien tenía delante era real, y necesitaba abrazar de nuevo a Jorge para comprobarlo.

—¿Quieres bailar? —lo corté.

Aunque sonase a pregunta, era una orden directa, así que lo agarré del brazo y tiré de él para llevarlo a la pista justo cuando Shakira cantaba *Beautiful Liar* con Beyoncé. Apoyé mi mano en su hombro y él me cogió de la cintura, pegándome a su cuerpo. Nos movíamos con esa música sugerente y decidí tomar la iniciativa en lugar de esperar a que Jorge me besara. Coloqué mi otra mano en su nuca y la acaricié con los dedos, despacio, levantando la vista hasta encontrarme con esos profundos ojos oscuros.

Y, entonces, volvió suceder.

Aquella sensación extraña en el estómago.

Esa corriente eléctrica que fluía entre nosotros de una forma tan intensa que me costaba hasta respirar.

Tomé aire, en una inspiración profunda, y percibí aquel aroma de Loewe que tanto me gustaba.

—¿Llevas… Esencia? —susurré, cada vez más cerca de su boca.

Jorge asintió con los labios entreabiertos y supe que era el momento.

Nos besamos con ansia, con urgencia. Con las ganas contenidas desde aquella despedida torpe en la estación, antes de que subiera al Talgo, en la que no fuimos conscientes de que sería la última vez que nos veríamos. Nos besamos como me habría gustado besarlo de haberlo sabido. Como si pudiésemos recuperar todos los besos que nos quedaban pendientes. Como había imaginado, durante más de una década, que lo besaría si volvía a encontrármelo en aquel bar.

Cuando fuimos capaces de separarnos, quise invitarlo a otra copa y volvimos algo cortados a nuestro rincón de la barra. Jorge hablaba del calor seco que hacía en Madrid, tan diferente del bochorno de Levante.

—¿Me llamaste al volver? —lo interrumpí.

—¿Cómo?

—Al volver de Connecticut —repetí—. ¿Me llamaste? —Mis padres habían cambiado el número de teléfono unos tres años después de nuestra despedida, al poner internet en casa, y nunca supe si me había llamado al regresar.

—No, no te llamé. —Jorge se rio al ver mi cara de decepción—. Pero porque perdí tu número. Guardé el papel en el bolsillo la última vez que hablamos, y mi madre lo lavó con el pantalón.

—¡No! —Me llevé la mano a la boca al imaginarlo.

—Sí —asintió, resignado—; me asustó tanto la posibilidad de perder el contacto para siempre que volví a Alicante ese mismo viernes por si te encontraba. Di unas vueltas por el centro y por los barrios de alrededor, supongo que esperaba verte por la calle, porque no sabía dónde vivías. Pregunté en el restaurante italiano donde habíamos comido juntos el día de la entrevista. ¡Incluso fui a buscarte a la universidad! Pero, claro, tampoco estabas allí. —Negué con la cabeza, atónita—. Y tengo que confesarte que lo intenté un par de veces más en los tres o cuatro años siguientes, cuando venía a España de vacaciones.

—¿Y nunca me viste?

—No. —Negó Jorge en redondo—. Al menos, no en Alicante —añadió, misterioso. Me acerqué un poco más a él—. Una vez, en Londres, durante un viaje de negocios, me pareció ver a una chica igualita a ti en una cafetería. Estaba con un chico, consultaban un mapa y compartían un bollo de chocolate.

—¿Cuándo fue eso? —Abrí mucho los ojos.

—Pues hará… unos cinco años, más o menos. —Levantó las cejas ante mi cara de estupefacción—. No me digas que eras tú…

—¿Verano de 2002? ¿Cerca de Russell Square? —Solté una carcajada en cuanto Jorge asintió.

Ese había sido el primer viaje al extranjero que habíamos hecho Martín y yo solos, el verano justo después de terminar la universidad. Estuvimos una semana alojados en un hotel de la zona y siempre desayunábamos en la misma cafetería. En esa época estábamos enamorados, y casi me alegré de no haber visto a Jorge, porque no sabía cómo hubiera reaccionado.

—¡¿Eras tú?! —se rio, impresionado. Después, se puso un poco más serio—. Ahora solo puedo desear que no te casaras con aquel chico, aunque, si me dices que sí, me tendría que alegrar por ti. Parecías muy feliz.

—Cortamos hace un par de años —respondí. Él respiró, aliviado—. Y tú, ¿te casaste? —pregunté con un hilo de voz.

Jorge me lanzó una mirada enigmática y yo contuve la respiración. El corazón me latía con fuerza. Me iba a contestar, pero las luces del local se encendieron y Sofía y Vega se acercaron a nosotros.

—Blanca, sabes que odio molestar, pero me está costando controlar a Vega para que no se suba a bailar en la barra, y creo que es el momento de irnos a dormir. Mi prima se ha ido con un tío hará un par de horas, y Raquel ha vuelto con Santi al hotel. Si quieres quedarte, no pasa nada, pero, por favor, déjame las llaves de tu casa y ayúdame a meterla en el taxi.

Eché un vistazo alrededor. Nos habíamos quedado prácticamente solos y parecía que el local estaba a punto de cerrar. Estuve muy tentada de quedarme, pero no me parecía bien dejarlas tiradas el fin de semana que habían venido a Madrid. Además, Jorge y yo teníamos todo el futuro para pasarlo juntos.

—No, me voy con vosotras —le dije a Sofía, y luego me giré hacia él—: Tengo muchas ganas de volver a verte. Te doy mi teléfono si prometes tener más cuidado esta vez…

—Lo prometo —se rio él, y le hizo una seña al camarero, que le trajo un bolígrafo.

Apunté mi número. Por si acaso, le pedí también que me anotase el suyo en una servilleta. Y, antes de que me marchase con mis amigas, me cogió de la cintura, me pegó contra su cuerpo y me besó. Lo hizo de ese modo tan suyo, dulce e intenso, y me provocó tantas sensaciones que, en un solo instante, confirmé que estaba perdida.

Diez minutos más tarde, sentada en el taxi, con la cabeza de Vega apoyada en mi hombro y los ojos fijos en la pantalla del móvil, esperaba ansiosa el mensaje de Jorge. En la otra dimensión me había llegado poco después de que el coche arrancara, pero esa noche parecía resistirse: estábamos a punto de llegar a casa y no lo había recibido. Moví el teléfono en el aire varias veces, dibujando un ocho. Sofía puso los ojos en blanco.

—¿Alguna vez te ha funcionado ese movimiento absurdo? —me dijo—. Admítelo, Blanca, no sirve para acelerar la recepción de mensajes, ni siquiera para conseguir más cobertura.

—Yo qué sé…, por si acaso. —Aceleré la velocidad en el último par de vueltas. Coloqué el móvil frente a mí y volví a comprobar la pantalla.

Y en ese momento, el aparato vibró y mostró el icono de un sobre seguido de un número que no tenía grabado en la agenda. Ahogué un gritito y miré a mi amiga, que estaba igual de asombrada que yo.

—¿Qué dice? —preguntó Sofía, intrigada.

Al abrirlo, comprobé que había vuelto a escribir la misma frase, aquella que recordaba tan bien.

«Ya te echo de menos, ¿quedamos mañana?».

Sonreí. Empezábamos de nuevo.

Y esta vez todo sería diferente.

CAPÍTULO 2
QUINTO C

Viernes, 3 de agosto de 2007

Pulsé el botón del interfono y esperé, nerviosa, a que Jorge me abriera. Cuando me dio la dirección de su casa, no me lo podía creer.

—No sé si sabes dónde es… —había comentado, y a mí se me había escapado una carcajada.

Conocía muy bien aquella calle, sobre todo la puerta roja de hierro, que daba paso a un jardincillo hasta el portal interior. Conocía también el rellano de la quinta planta, el que siempre olía a ambientador de rosas y tenía dispuestas de forma semicircular las entradas de los pisos. A la derecha del ascensor, estaba el suyo, el quinto C. Lo conocía perfectamente: era el mismo en el que habíamos vivido juntos durante once años, en la otra dimensión.

—¿Contraseña? —preguntó Jorge por el telefonillo.

—Eh… *¿Hola, Raffaella?* —respondí con mi mejor acento italiano.

Escuché su risa y el pitido que indicaba la apertura. Me coloqué la botella de vino bajo la axila y tiré con fuerza de uno de los pesados barrotes rojos, con cuidado de que no se me cayera la bandeja de pasteles que llevaba en la otra mano.

—Espere, que la ayudo. —Un chaval joven llegó deprisa y sujetó la puerta. Yo volví a agarrar la botella de vino con mi mano libre.

—Gracias, Alfredo. Se me estaba empezando a resbalar… —contesté, aliviada. Al ver la cara de sorpresa de mi antiguo vecino, porque una desconocida lo acababa de llamar por su nombre, hice un leve movimiento de cabeza y, con prisa, crucé el jardincillo hasta el interior del zaguán, donde pulsé el botón del ascensor.

Era viernes por la noche y habíamos quedado casi toda la semana: el domingo anterior, unas horas después de separarnos, Jorge me había enviado otro mensaje.

«Todavía no me creo que estuvieras en La Posada. Juraría que lo he soñado, pero apenas he podido dormir. ¿Te tomas un café conmigo?».

Enseguida le contesté que sí. Me despedí de mis amigas, las metí en un taxi en dirección a Atocha y les dije adiós con la mano mientras daba saltitos de la emoción.

Quedamos en Sol, en la estatua de *El oso y el madroño*, como aquella noche con sus amigos, en 1996. Al salir del metro, Jorge me esperaba con las manos en los bolsillos de sus vaqueros azules, una camiseta básica gris y unas Converse negras. Atemporal, como siempre. Sonrió al verme, un poco nervioso.

—Me parece que no lo hemos soñado —le dije al llegar a su altura. Me subí el tirante de mi vestido de rayas, que también se me resbalaba en esta dimensión.

—No sabes cuánto me alegro… —Colocó una mano en mi cadera y se acercó a mí.

Nos saludamos con un beso, un gesto que nos salió natural, como si lo llevásemos haciendo toda la vida. Al separarnos, pareció que se lo pensaba mejor y me atrajo otra vez hacia él. Me reí, le eché los brazos al cuello y volvimos a besarnos.

Jorge me cogió de la mano y andamos hacia la plaza de Ópera, por la calle Arenal, que acababa de ser pavimentada.

—¿Te gusta la tarta de zanahoria? En el Café del Real está de vicio —comentó, y recordé que ya habíamos estado durante una de nuestras primeras citas, en la otra dimensión.

Hablamos durante horas. Tomamos tantos cafés que estábamos seguros de que esa noche tampoco dormiríamos. Nos contamos anécdotas que nos hicieron reír a carcajadas y nos besamos mucho, muchas veces, sin parar de tocarnos. Como si nos costara asimilar nuestro reencuentro y necesitásemos comprobar que aún seguíamos allí.

De camino a la parada de taxis, un par de mujeres se nos acercaron. Eran seguidoras de la serie y le pidieron a Jorge que nos sacara una foto a las tres.

—Así que eres famosa… —me dijo él en cuanto se marcharon—. Me tienes muy impresionado, Blanca. Al final has conseguido trabajar de lo que querías.

—Sí, he tenido suerte en esta… —iba a decir «En esta dimensión», pero me contuve a tiempo— en esta vida. He tenido suerte en esta vida.

—Yo también. Mucha suerte. —Jorge me pasó el brazo por los hombros y me atrajo hacia él —. Oye, cielo, ¿te apetece volver a quedar conmigo mañana?

El lunes, después del trabajo, nos tomamos unas tortitas en el VIPS. El martes tuve rodaje nocturno, así que no pudimos vernos, pero nos enviamos mensajes casi toda la noche. El miércoles fuimos al cine, donde vimos *Next*, la peli en la que Nicolas Cage tenía la habilidad de predecir lo que iba a pasar. «Muy apropiada», pensé al comprobar que trataban de cambiar el presente para evitar una catástrofe en el futuro.

Y el jueves, al despedirnos en la puerta de mi casa después de haber cenado en un tailandés exquisito con el que pretendía sorprenderme, Jorge había insistido en cocinar para mí.

—Hago una carbonara riquísima que me enseñó a preparar un compañero italiano, y creo recordar que te gustaba la pasta —me comentó, y a mí me pareció una idea estupenda. Aunque no era de tomar hidratos por la noche, estaba bastante convencida de que ya los habríamos quemado para cuando me fuera de su piso.

Antes de salir del ascensor, me miré con rapidez en el espejo. Ese viernes estrenaba un vestidito negro sin mangas, con un cuello redondo cubierto de tachuelas, como si llevase un enorme collar. Había sido la mejor compra de las rebajas de aquel verano: cómodo, *sexy*, el último de la tienda y, además, de mi talla. Si triunfaba esa noche, pensaba convertirlo en mi talismán.

Jorge me esperaba con la puerta abierta. Llevaba un vaquero, una camisa blanca y un paño de cocina colgado del hombro. Me recorrió de arriba abajo con la mirada, encantado con mi nueva adquisición.

—Hola, cielo, qué guapa estás… Déjame que te ayude. —Se acercó y agarró la botella de vino. Iba a coger también los pasteles, pero moví la cabeza para indicarle que no hacía falta. Me dio un beso y se echó hacia un lado para que pasara—. Vaya, parcela El Nogal… ¿También entiendes de vinos?

—Un poco. —Eché un vistazo alrededor. Había sido Jorge, precisamente, quien me había

descubierto aquella bodega de la Ribera del Duero hacía más de quince años—. Me gustaría guardar el postre en la nevera.

Hizo un gesto para que lo siguiese y entré en la cocina detrás de él. Sonreí al ver aquellos armarios blancos tan conocidos, los azulejos rectangulares, como de estación antigua de metro, y las baldosas del suelo marrón oscuro. La mesa de madera con las cuatro sillas negras también eran las mismas, igual que la estantería metálica que hacía las veces de despensa y que le daba un ligero toque industrial.

Se me puso una opresión en el pecho al acordarme de la última vez que había estado allí en el futuro, en la otra dimensión: era la mañana siguiente a nuestra pelea y, antes de irme, había dejado la taza sucia de café en el fregadero porque el lavavajillas tenía los platos limpios y no me apetecía nada colocarlos. Dudé también si tirar la basura al salir, pero al final no lo hice porque iba demasiado cargada con la mochila y la maleta. «Si hubiera sabido entonces cuánto me costaría volver… Por suerte, ya estoy otra vez aquí». Me mordí el labio para que no se me escapase ninguna lagrimilla de la emoción y guardé los pasteles en aquel frigorífico enorme que siempre me había gustado tanto.

Jorge descorchó la botella y sacó dos copas de uno de los armarios. Me puse a su lado mientras servía el vino.

—Es una cocina muy bonita. —Sujeté la copa que me ofrecía.

—Muchas gracias, cielo, pero te voy a echar de aquí ahora mismo. —Se rio al ver mi cara de sorpresa—. Necesito unos veinte minutos de concentración para hacer la carbonara… Ya sabes, quiero lucirme. —Se acercó a darme un beso.

—Bien, te esperaré en la terraza, entonces.

—¿Cómo sabes que tengo terraza? —preguntó Jorge, sorprendido.

«¡Ay, mi madre!».

—Me lo has dicho —improvisé.

—No, no te lo he dicho, no me ha dado tiempo… ¡Si acabas de llegar!

—A ver, no me lo has dicho ahora, pero estoy segura de que me lo has comentado en algún momento. —Fingí una risa—. ¿Cómo iba a saberlo, si no?

—Ya, es verdad, tienes razón. —Jorge se rascó la frente—. Ven, que te enseño la casa.

Después de un breve *tour* por aquellos ochenta metros cuadrados, en el que intenté no hacer muchos comentarios para no meter la pata de nuevo, llegamos a la puerta de la terraza.

—¿Seguro que no necesitas ayuda con la cena? —le pregunté, condescendiente.

—Blanca, he vivido solo muchos años, aprendí a cocinar por pura necesidad —me contestó, algo extrañado, mientras ponía un CD en la minicadena. Hice el gesto de la cremallera sobre mis labios. Empezó a sonar *Rehab,* de Amy Winehouse; Jorge reguló el volumen y señaló con la barbilla la mesa del comedor—: Te he preparado algo de picar, yo que tú me lo comería cuanto antes, no vaya a ser que la pasta salga mal por haberla preparado yo solito.

Arrugué la nariz, refunfuñando. Jorge me guiñó un ojo y volvió a la cocina. Salí a la terraza y contemplé aquellas vistas de Madrid que había echado tanto de menos. Estaba en casa. Algunos muebles eran diferentes, pero me gustaban. El nuevo Jorge tenía buen gusto y, a juzgar por las láminas enmarcadas sobre el sofá, cierta afición por la fotografía en blanco y negro. En general, todo era bastante sobrio y elegante. Quizá pusiera algún toque de color cuando me mudase con él otra vez. Di un trago a mi copa y mi estómago emitió un rugido. Volví al salón, donde esperaba encontrar unas patatas fritas y unas aceitunas sobre la mesa, pero empecé a salivar al ver aquellos aperitivos.

—¿Esto lo has hecho tú? ¡Pero si está buenísimo! —Me asomé al pasillo, sorprendida,

después de haberle dado un bocado a una de esas bolitas de arroz rellenas con queso y setas.

—¡No sé si sentirme halagado u ofendido! —contestó desde la cocina—. ¡Son *arancini!*

—¡Deliciosos, tendrías que ir a *MasterChef*!

Me metí en la boca la otra mitad y busqué una servilleta para limpiarme los dedos. «Pues sí que han cambiado las cosas en esta dimensión». Me acordé de aquel Jorge que no sabía cocinar más allá de unos macarrones con tomate frito o unos huevos revueltos.

—¿A dónde has dicho que vaya? —preguntó al entrar con los dos platos de pasta en la mano. Negué con la cabeza, sonriendo, y él los colocó sobre la mesa—. *La cena è pronta, signorina*.

La pasta estaba exquisita, cremosa y al dente. Me comí todo el plato, junto con mis propias palabras. Jorge me miraba y se reía. Ni siquiera le hizo falta preguntar qué me había parecido. Mi cara de sorpresa al probarla lo había dicho todo.

Bebimos vino y charlamos mucho. Jorge estaba entusiasmado por un nuevo proyecto en el que entrenaban a las máquinas para detectar rasgos faciales en una fotografía. Era un gran avance a nivel tecnológico y me agradecía que lo hubiera animado a dejarlo todo y marcharse a Connecticut, aun cuando él no había estado seguro de querer tomar esa decisión.

Le pregunté por su vida allí: me apetecía mucho conocer los pequeños detalles de su rutina para imaginar todos esos años que había estado sin él. Me habló del choque cultural al llegar a Estados Unidos, de sus compañeros de empresa, llegados de todas partes, y de lo diferente que sonaba el mismo idioma en boca de cada uno; del pequeño apartamento que había compartido con Álvaro —el que ahora era su jefe en Madrid—, en el que aprendió, por las malas, por qué nunca se debe lavar la ropa blanca junto a la de color; y de su casera, que al enterarse de que eran españoles se sorprendió de no haberlos visto nunca vestidos de toreros, convencida de que ese era el traje habitual que usábamos en nuestro país.

Casi sin darnos cuenta, había pasado más de una hora desde que habíamos terminado de cenar y aún no habíamos probado el postre. Jorge retiró los platos y yo aproveché para sacar a la mesa la bandeja que había guardado en la nevera al llegar.

—¿Bocaditos de nata y trufa? Me flipan… —dijo Jorge cuando rasgué el papel encerado de la pastelería.

—¿En serio? ¡Qué casualidad!

Desenvolví las dos velitas que el dependiente había incluido y las coloqué sobre un par de pasteles para formar un veintiocho. Saqué un mechero de mi bolso y las encendí.

—¿Y esto? —preguntó Jorge, extrañado.

—Es mi cumpleaños.

—¿Estás de broma, Blanca? No tengo ningún regalo para ti.

—Bueno, seguro que se te ocurre alguna manera de compensármelo… —respondí chulita con una media sonrisa. Apagué las velas de un soplido, cogí uno de los pastelitos y fui a sentarme a horcajadas sobre su regazo. Se lo acerqué para que lo probara.

—¿Has pedido un deseo? —Jorge dio un mordisco y yo asentí con la cabeza antes de meterme en la boca la otra mitad.

Terminó la canción y sonó *Chasing Cars*, de Snow Patrol. Retiró un mechón de pelo de mi cara y me lo colocó detrás de la oreja. Miró mis labios. Me limpió un poco de nata con el pulgar.

—Concedido —susurró. Se lamió el dedo, clavando sus ojos en los míos.

Un intenso calor me recorrió por dentro como un relámpago, desde las mejillas hasta los dedos de los pies. Tragué con dificultad. La ráfaga volvió a subir, algo más lenta, y se escabulló con un ruidito a través de mis labios entreabiertos. Ese suspiro captó su atención, porque bajó la

vista y se acercó a mi boca.

Nos besamos. Deslicé mis manos por sus hombros y las bajé por su espalda dibujando pequeños círculos con los dedos. Sentía el calor de las suyas, que presionaban mi cuerpo con suavidad y me acariciaban por encima del vestido. Contuve el aliento. Aunque pareciese muy decidida, por dentro estaba hecha un flan. Desde que lo había dejado con Martín, mi vida sexual había sido más bien escasa —un par de noches divertidas con un atrecista de la serie y otra con un italiano que conocí en Benidorm— y me daba miedo haber volcado demasiadas expectativas en ese encuentro con Jorge. ¿Sería como lo recordaba o lo habría mitificado después de tantos años?

—¿Puedes creer que estoy nervioso? —susurró, y trazó una línea de besos en torno a mi escote.

—¿Tanto te intimido? —respondí de broma, con una risita, aunque me temblaba la voz.

—Bastante más de lo que pienso reconocer… —Las manos de Jorge se agarraron a mis nalgas, sus dientes se posaron en mi cuello con delicadeza, haciéndome gemir.

Con los ojos cerrados, palpé su pecho hasta encontrar los botones de su camisa, que desabroché a tientas, nerviosa, y estiré para sacarla del pantalón. Acaricié su vientre y los músculos de su abdomen se tensaron. Suspiró cerca de mi oído. Lo empujé hacia atrás con suavidad y me agaché para besar su pecho, respirando con la nariz pegada a su piel. Era adicta a su olor y llevaba demasiado tiempo añorándolo. Jorge retiró su camisa y aprovechó para bajarme la cremallera, situada en la espalda de mi vestido. Estiró de la tela hacia arriba y yo me incorporé para que me lo quitase.

Me quedé sentada sobre él, solo con las braguitas y las sandalias. No llevaba sujetador porque odiaba que se vieran los tirantes con aquel extraño escote—y no, no pensaba ponerme uno de esos de silicona tan horrorosos que anunciaban como transparentes—. «Mucho más *sexy* sin nada», había pensado al salir de casa. Entonces me había venido arriba, pero ahora que estaba encima de él, casi desnuda, y me miraba de esa manera… Me sentí vulnerable y me ruboricé. Como no podía cubrirme, me incliné de nuevo para besarlo y bajé las manos al botón de sus vaqueros. Jorge me detuvo y las retiró.

—Espera, Blanca, deja que te vea…

Me incorporé otra vez, sonrojada, estudiando su expresión. Él se mordió el labio y paseó su mirada de abajo arriba por mi cuerpo, tan intensa que rozaba mi piel. Al llegar a mis ojos, sonrió. Tragué saliva. Pensaba que iba a vacilarme porque yo me había metido antes con él, pero se acercó y me susurró al oído.

—No estoy seguro de que esto sea real, así que voy a tener que pellizcarte para comprobarlo…

—¡Au! —Me quejé al sentir un pinchazo en mi nalga derecha—. Pero ¿no se supone que eres tú quien tiene que pellizcarse?

—¿Ves cómo me pones muy nervioso?

Solté una carcajada. Aquella broma me ayudó a relajarme.

—¿Vamos a la habitación? —dijo acariciando mi cuello con la nariz.

Moví la cabeza para asentir y nos levantamos. Aunque sabía de sobra que era la puerta al final del pasillo, esperé a que Jorge me lo indicara antes de dirigirme hacia allí.

Encendí la luz y me sobresalté porque algo se movió al entrar, pero enseguida me di cuenta de que era yo, reflejada en un espejo rectangular de cuerpo entero que colgaba de la pared. También debía de ser nuevo, porque no lo recordaba. La cara de Jorge asomó por encima de mi hombro y me besó en el cuello. Ladeé la cabeza sin dejar de mirarnos. Observé cómo cubría con

las manos mis pechos; sentía el calor de su piel sobre mi espalda y la presión de sus dedos al aferrarse a ellos. Gemí bajito. Levantó la vista, cruzamos la mirada y mordisqueó mi hombro, empujando contra mis nalgas su erección. Me di la vuelta para besarlo.

—¿Sabes cuántas veces te he imaginado entre mis brazos, desnuda? —me susurró al clavar sus dedos en mis caderas. Desabroché sus vaqueros.

—¿Cuántas?

—Muchas.

—¿Y ocurría así?

Tiré de sus pantalones hacia abajo y él me ayudó. Entre los dos nos deshicimos de su ropa interior. «Joder, qué bueno está el Jorge de treinta y cinco años», pensé al mirarlo mientras se agachaba para retirarse los calcetines. Ya desnudo, se sentó en la cama y me hizo un gesto con la mano para que me acercase. Me coloqué de pie entre sus piernas.

—Esto es muchísimo mejor. —Besó uno de mis pezones, que quedaba a la altura de sus labios. Acarició mi cintura y bajó mis braguitas despacio hasta que cayeron al suelo. Las eché hacia atrás de una patada.

Me apoyé en su hombro para quitarme las sandalias. La primera fue fácil de desabrochar, pero con la segunda me entró el ansia. Me separé de Jorge para concentrarme en la hebilla, pero resultaba muy difícil con sus impacientes manos recorriendo mi cuerpo. Después de un par de intentos, lo conseguí.

—¿Ya?

—Ya —respondí, triunfante, con una sonrisita, como si hubiera logrado una proeza.

Volvimos a besarnos, y subí mis rodillas a la cama para sentarme sobre él. Mordisqueé sus labios con los míos, juguetona, y estiré despacio con los dientes. Cuando quiso intensificar aquellos besos, eché la cabeza hacia atrás.

—Así que quieres jugar… —Envolvió mi cintura con los brazos. Con un movimiento que me pilló por sorpresa, me tumbó boca arriba y se colocó sobre mí.

Se me escapó una risita nerviosa que silenció con un beso. Su mano bajó poco a poco por mi cuerpo y se detuvo entre mis piernas. Gemí para invitarlo a continuar. Jorge se separó de mi boca y me sonrió mientras sus dedos me acariciaban con habilidad. Me tocaba de una forma diferente, estaba segura de que antes no lo hacía así. Me habría acordado.

—¿Te gusta, Blanca?

Suspiré al asentir, me encantaba lo que Jorge había aprendido en esta dimensión.

Se acercó a besarme, apenas rozándome los labios. Me apreté contra su boca y quise buscar su lengua con la mía, pero echó hacia atrás la cabeza.

—Eres un cabrón… —Me reí, frustrada.

—Ah, ¿que ya no quieres jugar? —preguntó con inocencia fingida. Negué después de que me besara, esta vez con más intensidad—. Déjate llevar, cielo, relájate.

Cerré los ojos, decidida a hacerle caso. Jorge me besaba el cuello y movía sus dedos dentro de mí. Arqueé la espalda. Bajé la mano a su entrepierna y lo agarré con firmeza. Gimió en mi cuello cuando lo empecé a acariciar.

—Saca un condón… —musité y se incorporó para rebuscar en la mesita.

Lo observé mientras se lo colocaba y luego volvió a tumbarse encima de mí. Se acomodó entre mis piernas, me miró a los ojos y, empujando muy despacio, susurró:

—Cumpleaños feliz…

Estaba muy a gusto tumbada en aquella cama, como había imaginado tantas veces. Jorge me

abrazaba desde atrás, con el pecho pegado a mi espalda. Su respiración sosegada y profunda, tan cerca de mi oído, me confirmó que no era solo un sueño. Por si acaso, eché la mano hacia atrás para tocarlo. Sí, Jorge era real.

Después de la tensión del último par de meses, aterrada ante la posibilidad de que nunca apareciera en aquel bar, estar con él en casa era el paraíso. Me habría quedado en esa posición para siempre, pero mi vejiga tenía otros planes.

—Voy al baño —susurré.

—La segunda puerta a la derecha —me indicó, medio dormido.

—No te preocupes, sabré encontrarlo.

Podría haber recorrido aquel piso con los ojos cerrados, porque había estado más de diez años haciéndolo en mi memoria. Durante mucho tiempo tuve miedo de perder todos aquellos recuerdos de mi vida con Jorge, porque no volveríamos a crearlos jamás si no nos encontrábamos en el futuro. Y aunque había soñado muchas veces con estar de nuevo en esa casa, nunca habría imaginado que él la compraría al volver de Connecticut.

Al echar mano del papel higiénico me di cuenta de que el rollo se había acabado y, por inercia, abrí la puerta derecha del armarito bajo el lavabo, que era donde solíamos guardarlo en el futuro. «Bingo». Sonreí al sacar el último rollo, pero se me borró de golpe la sonrisa al darme cuenta de lo que había detrás: casi al fondo del armario, encontré un paquete de Tampax.

—¿Y esto? —se me escapó en voz alta.

Tiré de la cadena y me acerqué para cogerlo. Estaba abierto y faltaban la mitad. Por supuesto, no era de Jorge. ¿Sería de su hermana? ¿De una antigua inquilina que lo había olvidado allí al mudarse?

Volví a dejarlo en su sitio y me incorporé para lavarme las manos. Mi reflejo me miraba, hecho un mar de dudas, y formulaba las preguntas que ni yo misma me atrevía a hacer. ¿Y si Jorge tenía novia? ¿Y si estaba casado?

«No, no puede ser —respondió, rotunda, mi voz interior—. Jorge no es un mentiroso. Si estuviese con alguien, te lo habría dicho. Y no habría insistido en cocinar para ti en su propia casa».

—Ahí tiene razón —le dije a la Blanca del espejo—. Podríamos haber cenado en cualquier parte y haber terminado la noche en mi piso. Si se toma tantas molestias, es que te quiere conquistar. No deberías preocuparte.

Me sequé las manos, un poco más tranquila, y volví a la cama.

Por la mañana, me despertó el aroma de la taza que Jorge dejó a mi lado, en la mesita de noche.

—Buenos días, cielo. —La palma de su mano acarició mi cintura—. ¿Te gusta la canela? Le he puesto un poco por encima.

«El especial de la casa», reconocí al instante. Al abrir los ojos, me devolvió la sonrisa. Le eché los brazos al cuello para atraerlo a la cama y nos besamos. Algo me decía que en esta dimensión también me tomaría frío el café.

Quizá no era necesario que todo fuera diferente: teníamos muchos buenos recuerdos que me encantaría revivir con él. «Es mejor que haya cosas que no cambien nunca». Y crucé los dedos para que todas las mañanas de nuestros domingos volvieran a ser así.

La relación con Jorge avanzaba muy deprisa, aunque fluía de manera natural. La semana siguiente dormí dos noches en su piso, y el sábado ya hacíamos la compra juntos en el supermercado. En un par de ocasiones había estado tentada de preguntarle de quién era esa caja

de tampones que había encontrado en el baño, pero, cuanto más tiempo pasaba, menos ganas tenía de saber la verdad. De alguna manera, había aceptado mi propia excusa de que eran de su hermana y con eso me había dado por satisfecha.

Jorge esperaba su turno en la pescadería porque quería unas doradas, y yo volvía de la zona de precocinados, después de haberle prometido que le prepararía mi especialidad. Se echó a reír cuando dejé las dos cajas de cartón en el carro.

—Espero que te guste la piña en la *pizza*, porque la segunda unidad estaba al setenta por ciento de descuento. —Levanté las cejas varias veces—. Cocinillas y ahorradora, no puedes tener ni una sola queja.

—Qué apañada eres…, ¡si es que me ha tocado la lotería contigo! —Jorge me pasó el brazo por los hombros, sin dejar de sonreír.

—¿Nos falta algo más aparte de las doradas?

Negó con la cabeza. La pescadera pulsó el botón para avanzar un turno y dimos un paso al frente.

—¿Te apetece que vayamos a una casa rural el próximo finde? —me preguntó Jorge mientras esperábamos a que limpiasen el pescado.

—Pues…, me encantaría, pero tengo una boda.

—¿La de tu amiga Sofía?

—Sí, me iré a Alicante el viernes por la tarde, volveré el domingo. —Fruncí los labios, me sentía un poco mal por no haberlo invitado a ir conmigo—. No te he dicho nada porque estaré en casa de mis padres. Supuse que aún era pronto para que conocieses a todo el mundo…

—Tranquila, cielo, lo entiendo perfectamente. —Jorge se acercó a recoger el paquete que le tendía la pescadera desde el mostrador—. Aunque parece que ha pasado mucho tiempo, solo llevamos juntos un par de semanas.

Anduvimos hacia las cajas. Jorge empujaba el carrito con una mano y sujetaba la lista de la compra con la otra, haciendo un recuento rápido para ver si se nos había olvidado alguna cosa.

—A principios de septiembre tengo un evento… —le dije ya en la fila—. Es la fiesta de una revista de moda y me dejan llevar a un acompañante. ¿Te apetecería venir conmigo?

—¿En serio? —Jorge se giró hacia mí, con los ojos muy abiertos y una gran sonrisa—. Por supuesto que me encantaría ir contigo, Blanca. Me haría mucha ilusión.

Sonreí, contenta de que, por fin, volviéramos a ser una pareja.

Esta vez no la iba a fastidiar.

CAPÍTULO 3
LA BODA DE SOFÍA

Sábado, 18 de agosto de 2007

La finca que Alba y Sofía habían elegido para su boda era una construcción del siglo XVIII, que había sido una bodega, rodeada de un enorme patio exterior con adoquines rojizos, en el que ya estaban montadas las mesas redondas para el banquete. Los centros, con los que nuestra amiga llevaba meses dándonos la brasa, mezclaban flores rosas, moradas y blancas, y combinaban con los manteles verde lima que había elegido Alba.

Al lado del patio, dos espaciosos jardines decorados en los mismos tonos. En el más grande se celebraría la ceremonia civil y en el otro, el cóctel antes de la cena. Un cuarteto de cuerda tocaba música clásica detrás del enorme arco de rosas y, enfrente, había seis filas de sillas con lazos verdes, dispuestas en dos grandes hileras, en las que algunos invitados empezaban a sentarse. Cruzando todo el recinto, y enroscadas en los troncos de las palmeras, docenas de bombillas blancas que ya habían encendido, a pesar de que, a las seis de la tarde, aún era de día.

—¡Qué bonito ha quedado todo! —Vega miró a su alrededor entusiasmada, y yo esquivé a unos niños que pasaban corriendo a mi lado.

Asistía a la boda con ella y con David, su marido, que nos llevaba a cada una de un brazo. Echaba de menos a Jorge y me arrepentí un poco de no haber ido con él, pero me consolaba al pensar que en tres semanas acudiríamos juntos a esa fiesta que ya anunciaban como el evento del año.

—¿Nos sentamos? —David saludó con la mano a Raquel, que nos hacía señas desde la tercera fila—. No debe faltar mucho para que empiece.

Nos acercamos a ella y tuvo lugar una ronda de abrazos, besos, y las mismas frases de «A ver si hacemos una cenita» y «Tenemos que quedar más» que se habían convertido en habituales las pocas veces que nos veíamos.

—Os hemos guardado sitio detrás de nosotros. —Raquel retiró el *foulard* extendido que cubría los asientos—. Los dos de delante son para Martín y su novia…

—Mira, aquí están. —Santi señaló a mi espalda y le tendió la mano—. ¿Qué pasa, Giner?

Me giré hacia ellos. Aunque hacía más de dos años que lo habíamos dejado y ya me había presentado a Gloria —que me había caído genial—, aún me resultaba un poco extraño verlo con otra chica, sobre todo si estábamos con nuestros amigos de siempre.

—¿Vienes sola? —me preguntó Martín, que se acercó a darme dos besos después de saludar

a Raquel—. ¿No estabas saliendo con alguien?

—Llevamos menos de un mes, ¿no te parece pronto para traerlo a una boda?

—Blanca se avergüenza de nosotros —bromeó Santi.

—De ti, seguro que sí, como nos pasa a todos… —Martín le dio una colleja y retrocedió para esquivar el golpe con el que Santi respondió—. Tenía ganas de conocerlo.

—Quizá para cuando vengáis de visita a Madrid.

—Pues estaré por allí en unos días… —empezó a decir mientras pasaban a sus asientos, en la fila de delante, pero se escuchó un murmullo y el cuarteto de cuerda interpretó la marcha nupcial.

Sofía llegó del brazo de su padre, vestida con un palabra de honor ceñido hasta la cadera y volantes en el bajo. Había dejado suelta su melena pelirroja y, en un costado, llevaba prendida una enorme flor blanca. Estaba guapísima, pero su padre no se quedaba atrás: conservaba sus facciones angulosas y, aunque había perdido algo de músculo con la edad, aquel traje oscuro le sentaba de maravilla. Además, le habían salido algunas canas en las sienes que le daban un aspecto muy interesante.

Al pasar por nuestro lado nos guiñó un ojo y a las dos se nos escapó una risita nerviosa, como si aún fuéramos adolescentes.

—Para tener casi cincuenta años sigue estando buenísimo —comentó Vega, como si me hubiera leído la mente.

—Tengo que salir a correr por las mañanas. —David se ajustó las gafas, muy serio—. Quiero llegar a su edad y que todas me miréis así.

—Me da la impresión de que tú también serás un madurito muy interesante. —Vega se acercó a darle un beso y le agarró el trasero con disimulo.

—Compórtese, por favor, señora, que soy un hombre casado —le contestó David, como si se escandalizara. Vega se aguantó la risa.

—¡Por Dios! Idos a un hotel… —susurré, y escuché a Martín, que se reía delante de mí.

Tras Sofía llegó la otra novia, con un vestido blanco de tirantes recubierto de encaje. El pelo oscuro le caía en ondas sobre los hombros y llevaba uno de esos velos estilo pirata que se habían puesto tan de moda.

—¡Guapa! —Una mujer bajita de unos treinta y tantos, con el pelo muy corto, teñido de rojo, aplaudía ruidosamente. Alba se rio y le mandó un beso desde el pasillo.

Por la cara que puso Sofía, entendí que esa era la jefa de ambas; la famosa Olga, de la asesoría. La que, según mi amiga, estaba enamorada de su novia y llevaba años intentando enfrentarlas para que cortasen. Para Alba, sin embargo, Olga solo era una buena amiga y Sofía, una exagerada.

La ceremonia fue muy emotiva y a todos se nos escapó alguna lagrimita. La oficiante elogió lo valientes que habían sido por atreverse a vivir su historia de amor desde el instituto.

—Si no os hubieseis arriesgado entonces, vete a saber dónde estaríais las dos ahora… —dijo, y todos los asistentes se rieron.

Sofía nos guiñó un ojo. Nosotras lo sabíamos. Y no podíamos estar más felices de cómo habían cambiado las cosas en esta dimensión. Me giré hacia Vega y David, que se sonreían, y pensé en Jorge y en todo lo que teníamos por delante, con los trabajos que siempre habíamos soñado y sin ninguna exmujer entrometida.

—Os declaro unidas en matrimonio. Podéis besaros.

Mientras Sofía y Alba se besaban y los asistentes lo celebrábamos con vítores y aplausos, me di cuenta de que las tres lo habíamos conseguido. En esta dimensión ya no teníamos que lamentarnos por nuestras malas decisiones, porque todo era muy diferente a la noche en la que

habíamos hecho aquel brindis en la terraza y deseado con todas nuestras fuerzas volver a tener dieciséis años.

Ahora sí que teníamos una vida perfecta.

—¿Os acordáis de cuando Blanca entró al vestuario y agarró a Nacho de las pelotas? —dijo Santi, y toda la mesa estalló en carcajadas.

No habíamos terminado el segundo plato y ya estábamos con las batallitas. En esa boda llegaban incluso antes del postre. Y, como siempre, salía aquella anécdota, una de las que habían marcado nuestra adolescencia.

—Los tuviste bien puestos para meterte allí tú solita, rodeada de tanto cafre —dijo Raquel.

—Tenía que hacerlo, la historia de la paja que se inventó se estaba extendiendo por los demás institutos.

—Me acuerdo de la cara de subidón que tenías al salir del vestuario —continuó ella— y de lo que nos reímos las tres…

—Ni te imaginas lo que nos reímos nosotros de Nacho después de que Blanca se largase —la interrumpió Santi—. El chaval ya no sabía ni dónde meterse. Sobre todo cuando Giner le dijo lo de «Esa rubita es mucha mujer para ti».

Martín soltó un bufido y todos nos volvimos a carcajear. Llevábamos ya unas cuantas copas de vino.

—Aún no entiendo qué le veías a ese tío, Blanqui —me señaló Vega—, porque estaría muy bueno, pero era un gilipollas.

—Por cierto, ¿os acordáis del día de la acampada, que todo el *camping* escuchó la primera vez de Vega y David? —Intenté meterme un poco con mi amiga, para sacarle los colores, como hacía ella siempre con nosotros.

—¿Y del viaje de fin de curso, cuando Vega trepó por el canalón de vuestra terraza para coger las cervezas? —contraatacó David, sin dejarme continuar con la historia.

Soltamos tal risotada que los de la mesa de al lado se giraron para ver qué era ese jolgorio. Raquel incluso aplaudió. La única que no se reía era Gloria, que no entendía de lo que hablábamos.

—Había un botellón clandestino en la habitación de David —le explicó Raquel—. Pero Vega se había olvidado la bebida en la suya, la que compartía con Blanca….

—Y no se había llevado la llave —añadí.

—Estuve como diez minutos llamando a la puerta, pero estos dos cabrones —Vega nos señaló a Martín y a mí— no me abrían.

—Estaban muy ocupados, mujer —le dijo Raquel a Vega.

—La culpa fue de Blanca, que decía «Si no le hacemos caso, enseguida se irá». —Martín fingió inocencia y yo solté una carcajada.

—¿Irse? Si hay cervezas en juego, mi mujer jamás abandona una misión. —David sonrió, orgulloso.

—No, no; abandonar, ni de coña. En cuanto recordé que había dejado el balcón abierto, me transformé en Spiderman. —Vega giró las muñecas y se puso a hacer ruiditos, como si lanzara telarañas—. ¡Suerte que era un primer piso!

Todos nos reímos, menos Gloria, que jugueteaba con un trozo de miga de pan entre los dedos.

—¡Qué susto nos diste, cabrona! —Sonreí al acordarme de aquel momento.

Hacía un par de semanas que Martín y yo habíamos vuelto a salir. Estábamos en ese punto en

el que no podíamos quitarnos las manos de encima y aprovechábamos cualquier ocasión para enrollarnos. Justo eso hacíamos aquella noche en la habitación, cuando escuchamos unos ruidos en la terraza y luego una voz: «Tranquilos que no miro, solo cojo las cervezas y me voy». El grito que pegué no fue de placer precisamente. Martín agarró una lámpara de la mesilla y se dio la vuelta, dispuesto a enfrentarse al intruso. Descubrimos a Vega en cuclillas: con una mano rebuscaba en su maleta y con la otra se cubría los ojos para no mirarnos. En cuanto tocó el *pack* de seis latas, lo agarró y salió a toda prisa por la puerta.

—¿Susto? ¡Susto el que me di yo al encontraros medio desnudos en esa postura! —me echó en cara Vega.

—¿Nos viste? —le pregunté, sorprendida—. Si llevas años jurándome que no viste nada. —Miré a Martín, que levantó las cejas y apretó los labios para darme a entender que a su novia no le estaba haciendo mucha gracia—. Por cierto, ¿ese no fue el viaje en el que Raquel y Santi…? —Intenté cambiar de tema.

—Joder, Blanca, como para no veros —me interrumpió Vega—. Sobre todo a él, con la lámpara y tan… tenso. —Soltó una risita y señaló a Martín, sin reparar en Gloria.

—Y que sepáis que Vega nos lo contó todo, con muchísimos detalles —bromeó David, que se ajustó las gafas—. Más detalles, incluso, de los que habría querido conocer.

—Es que en ese momento entendí por qué habían estado todo el viaje dale que te pego —Vega movió la mano en el aire— en vez de venirse de botellón con nosotros.

Raquel volvió a aplaudir, riendo, y todos la acompañaron. De reojo vi que Gloria contemplaba muy seria el trozo de miga de pan que estrujaba entre los dedos. Martín fue a hacerle una caricia en la mejilla, pero ella retrocedió un poco para evitar el contacto.

—Lo que no me ha quedado muy claro es en qué postura os encontró —dijo Santi entre risas —. ¿Podéis explicárnosla, por favor?

Gloria echó la silla hacia atrás, cogió el bolso y se levantó de la mesa.

Nos callamos todos de golpe y la observamos caminar deprisa hacia la zona de los baños.

—Lo siento, tío, no he caído en que estaba tu chica —se disculpó Santi.

Martín suspiró, resignado, y salió tras ella.

Sofía llegaba en ese momento y se extrañó al verlos marcharse a toda prisa.

—¿Ha pasado algo? —Todos pusimos cara de circunstancias. Al darse cuenta de que nadie iba a contestar, Sofía se acercó a mí—. ¿Vienes al baño? Con este vestido necesito ayuda…

La acompañé a lo que en la finca llamaban el baño de la novia, aunque en esta ocasión era el de las dos novias. Era un aseo bastante más grande, apartado del resto, y que se cerraba con llave para garantizar que no lo usaba nadie más.

—A ver, sujeta por aquí… —Se levantó los volantes del vestido y yo tiré de ellos con ambas manos mientras Sofía se inclinaba, agarrada de la barra de la pared. Era una postura extraña y soltamos un bufido de risa.

—Es como cuando jugábamos al Twister —bromeé.

—No me hagas reír, Blanca…, ¡y no me mires, que me cuesta más!

—Vaaale… —Giré la cabeza. Nos quedamos en silencio en esa pose tan difícil.

Iba a soltar otra tontería, pero escuchamos voces a través del ventanuco del baño.

—¡Cada vez que quedamos con tus amigos es lo mismo! «¿Te acuerdas del instituto? ¿Y de la universidad? ¡Qué bien lo pasábamos!». Y yo siempre acabo excluida de la conversación. —Enseguida nos dimos cuenta de que era Gloria—. Como si cualquier tiempo pasado con Blanca hubiera sido mejor y ahora tuvieses que conformarte con lo que hay.

—Sabes que eso no es así, chulita mía —la interrumpió Martín—, pero Blanca y yo

estuvimos juntos muchos años, tenemos recuerdos en común…

—Y podríamos crear nuevos recuerdos si no estuvieseis siempre tan preocupados por revivir los antiguos. —Suspiró—. Joder, Martín, siempre es «Blanca esto, Blanca aquello», con tu familia, con tus amigos… ¡Parece que a todos se les olvida que ahora tienes otra novia! Que conste que no me cae mal, me parece una tía muy maja, pero no quiero vivir siempre a su sombra. —Hizo una pausa—. A veces desearía que nunca hubieseis salido juntos.

Al oír esa última frase, miré a Sofía, que enarcó una ceja. Hubo un silencio prolongado y volvimos a escucharla:

—Mira, chulo, sabes que me encantas, pero hay veces que ni siquiera yo tengo claro que lo vuestro se haya acabado de verdad. —Resopló con fuerza—. No sé, a lo mejor deberíamos dejarlo.

—Cariño, sé que mis amigos son un poco brutos y te pido perdón, porque han estado fuera de lugar, pero creo que le das demasiadas vueltas a cosas que no tendrían que ser un problema. Yo estoy muy bien contigo, ¿tú no lo estás? —contestó, calmado—. Venga, chula —añadió con voz melosa—, dame un beso…

—Lo siento, Martín. Me voy —contestó Gloria, tajante—. Necesito pensar si nuestra relación merece la pena.

—¿De verdad? —preguntó, incrédulo—. Te acompaño a casa y hablamos.

—No, no, quédate con tus amigos; yo voy a llamar a un taxi.

—¿Lo dices en serio?

Escuchamos el repiqueteo de sus tacones, que se alejaban, y luego un suspiro de Martín.

Sofía se incorporó. Empecé a recolocarle los volantes del vestido, pero me dio un par de golpecitos en el hombro y señaló el ventanuco para que fuese con él. Salí del baño mientras mi amiga se quedaba para retocarse.

Me asomé a la parte trasera y descubrí a Martín fumándose un cigarrillo, apoyado contra la pared. Al percatarse de que no estaba solo, lo ocultó en un costado, como si fuera un chaval al que acabaran de pillar. Me acerqué a él y se lo robé para darle una calada.

—Creía que lo habíamos dejado. —Exhalé el humo, le coloqué el nudo de la corbata para que quedara centrado y le devolví el cigarro.

—Solo a veces. —Le dio otra calada.

—¿Estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo?

Me toqué el oído y miré hacia arriba, señalando el ventanuco. Martín soltó un bufido.

—Mañana se le pasará. —Miraba al suelo—. Hemos bebido, se ha rayado… A veces es un poco impulsiva, pero no lo ha pensado bien. —Compuso una media sonrisa—. O eso quiero creer.

—Seguro que solo ha sido un arrebato —dije para tranquilizarlo y, como si la edad lo explicara todo, añadí—: Tiene veinticuatro años.

—Ya, pero tú también los tuviste y eras mucho más madura. —Extendió la mano para pasarme el cigarrillo, pero lo rechacé.

—¡Parejita! —nos gritó Vega—. Venid, que van a cortar la tarta.

—¿Vamos? —Martín tiró la colilla, me ofreció su brazo y volvimos a la mesa.

Unas horas más tarde, cuando ya habíamos bailado desde *Paquito el Chocolatero* hasta los Chemical Brothers —pasando por Coyote Dax—, Martín y yo nos acercamos a la barra. Yo pedí las bebidas y él aprovechó para volver a comprobar su móvil.

—¿Nada? —pregunté.

Negó con la cabeza y lo volvió a guardar en el bolsillo. Le pasé su *gin tonic*, apoyé la espalda en la barra y le di un buen trago a mi copa, echando un vistazo a la pista de baile. Sonaba *You're Beautiful*, de James Blunt, y me fijé en David y Vega, que bailaban en un lateral. Mi amiga le rodeaba el cuello con los brazos y él la sujetaba de la cintura. Se miraban a los ojos, felices. David dijo algo y Vega soltó una carcajada. Volví a acordarme de Jorge y pensé en mandarle un mensaje, pero eran casi las tres de la mañana y seguro que estaba durmiendo.

—A veces me dan una envidia… —escuché que decía Martín. Me giré hacia él, que señaló con la barbilla a nuestros amigos—. No sé cuál es su secreto para que les vaya tan bien.

—A nosotros nos salió casi bien —respondí, y él se rio con un resoplido. Le di otro trago a mi copa—. ¿Cuándo vienes a Madrid?

—La semana que viene. A lo mejor podríamos quedar, si la superestrella no está muy ocupada.

—Tengo un *casting*, pero aún no sé qué día. —Me reí porque Martín puso los ojos en blanco, como si con esa respuesta confirmase lo que acababa de decir—. Pero avísame, te prometo que sacaré tiempo para ir a tomar algo.

La madre de Sofía se acercó a la barra y pidió un par de copas. Al percatarse de que estábamos a su lado, nos dedicó una sonrisa:

—Hola, chicos, qué guapos estáis y cuánto me alegro de veros juntos. —El barman dejó las copas sobre la barra y ella cogió una en cada mano, poniendo mucho cuidado para no derramarlas. Antes de irse, nos guiñó un ojo—. Si es que no sé por qué lo dejasteis, hacéis muy buena pareja.

Le sonreímos con educación y la miramos regresar con su marido.

—Parece que la gente aún no ha superado lo nuestro —le dije a Martín, que se encogió de hombros, como si estuviera demasiado acostumbrado a escuchar ese tipo de comentarios.

Bebí de mi copa. Yo llevaba un año viviendo fuera, pero si era siempre así, entendía a Gloria.

«Ya estoy en el tren. Llego a las 19:40. ¿Cenamos juntos? Tengo ganas de verte».

Le envié el mensaje a Jorge y me recosté en el asiento, ahogando un bostezo. La boda había terminado sobre las ocho de la mañana y yo no había dormido más de tres o cuatro horas. A la una de la tarde me había acercado a visitar a mis abuelos, que querían saludarme antes de que volviese a Madrid. Aunque hablábamos por teléfono cada semana, echaba de menos darles un beso y un abrazo, y aprovechaba cada uno de mis viajes. Cerré los ojos un minuto, para descansar la vista, mientras esperaba la respuesta de Jorge.

Los volví a abrir cuando anunciaban por megafonía que estábamos a punto de llegar a Atocha. Me incorporé, frotándome los ojos y comprobé mi móvil: eran las 19:35 y tenía un mensaje de Jorge.

«Voy un poco apurado con una presentación de última hora. Mejor quedamos mañana y te invito al tailandés, ¿vale? Yo también te he echado de menos».

Suspiré con fastidio. Tenía muchas ganas de pasar la noche con él, pero esa presentación parecía bastante importante si prefería terminarla antes que quedar conmigo.

Me levanté del asiento para bajar mi bolsa de viaje del compartimento superior y reparé en el paquete con las palmeras de chocolate que le había comprado. Tras la boda, habíamos acabado desayunando todos juntos en aquella cafetería cerca de la playa de San Juan. Como me sentía culpable por no haberlo invitado, pensé que sería una buena idea llevarle un par, pero si no nos veíamos esa noche, ya no estarían tan crujientes.

Al subir en el taxi decidí pasarme primero por su piso para dárselas. Jorge y yo vivíamos muy cerca, a unas tres manzanas, por lo que no me suponía ningún esfuerzo ir andando a mi casa desde allí. Dudé si avisarlo con otro mensaje, pero no quería interrumpirlo más. «¿Le molestará que aparezca de improviso? —dudé—. Bueno, será solo un minuto, y seguro que el detalle le hace ilusión».

Bajé del vehículo y me colgué del hombro la bolsa de viaje. Estaba a punto de pulsar el interfono cuando se abrió el portón y salió su vecino, que lo sujetó para que entrase. El portal interior se había quedado entreabierto, así que no tuve que llamar al timbre hasta que salí del ascensor.

—¡Entrega especial! —grité con el segundo timbrazo, entusiasmada al escuchar unos pasos que se acercaban. Tenía curiosidad por ver su cara de sorpresa.

Pero, en lugar de Jorge, quien abrió la puerta fue una chica morena y guapísima: alta, ojos claros, tipazo… Tendría alrededor de unos treinta y no me sonaba haberla visto nunca, ni en esta ni en la otra dimensión.

—¿Qué es esto? —preguntó, sorprendida.

Me quedé petrificada. Había dado por hecho que Jorge estaría solo: no se me había pasado por la cabeza que la preparase con alguien más. ¿Y por qué no me había dicho nada?

Tenía que ser un error.

—Perdón, creo que me he equivocado —me disculpé—. Es para el quinto C. Jorge Cruz.

—Sí, aquí es. —Extendió las manos y agarró el paquete.

—Es una entrega personal, solo al destinatario. —Di un paso hacia atrás y tiré con brusquedad para que lo soltase.

—¡Cariño! —Se giró hacia el interior de la vivienda—. ¡Te traen una cosa!

«¿Cariño?». En ese momento entendí de quién eran los tampones que había descubierto en el baño y me sentí tan engañada que corrí escaleras abajo sin ni siquiera esperar a Jorge.

—¿Quién es?

—No sé, era una chica rubia. Se acaba de ir —escuché a lo lejos.

Al llegar a la calle, seguí corriendo durante un par de manzanas, hasta que giré una esquina y me detuve a recuperar el aliento. El corazón me retumbaba en los oídos. Dejé la bolsa en el suelo antes de sentarme en un bordillo, y me di cuenta de que todavía sujetaba el paquete con las dos palmeras. El chocolate se había pegado al papel, de apretarlas con tanta fuerza, y se las notaba partidas, aplastadas en los laterales.

«¿Cómo he sido tan imbécil de no preguntarle a Jorge por los Tampax?». Eché la cabeza hacia atrás. Pensaba que, después de tanto tiempo, ya habría equilibrado con creces el karma de aquel estúpido arrebato en la otra dimensión, cuando se me ocurrió decirle que lo dejásemos. Pero el destino me había estafado, porque, después de haber tardado más de diez años en recuperar a Jorge, esta vez la relación no nos había durado ni un mes.

Al pasar junto al contenedor de la basura tiré los restos de las palmeras, como si tuvieran la culpa de lo que acababa de pasar. Y, aunque pareciera absurdo, me hizo sentir un poquito mejor.

—Tiene que haber una explicación —me dijo Vega, al otro lado de la línea.

—Bien. Dámela. —Cerré la puerta al entrar en casa y dejé la bolsa de viaje en el suelo de la entrada.

—Déjame que piense…

Como Vega se tomaba su tiempo, fui a la cocina, abrí el frigorífico y bebí a morro de la botella de agua que tenía en la puerta.

—¿A que no se te ocurre ninguna? —Volví a colocarla en su sitio y cerré la nevera de un empujón—. Eso es porque no la hay.

—Seguro que sí… ¿Y si era su hermana?

—Conozco a su hermana de la otra dimensión y no, no era ella.

—¿Una compañera de trabajo?

—¿Qué lo llama «Cariño»?

—Joder, es verdad —se percató Vega.

—¿Y qué me dices de los Tampax? —Me agaché junto a la bolsa de viaje y abrí la cremallera.

—¿Qué Tampax?

—Encontré una caja de tampones en el armario del baño hace un par de semanas. —Mientras deshacía el equipaje y metía la ropa sucia en la lavadora, le conté a mi amiga que aquella noche no había querido darle mucha importancia, y que incluso pensé que serían de una inquilina anterior; pero la presencia de esa chica en casa de Jorge le daba la vuelta a todo.

—No sé, Blanca, pinta bastante mal —me contestó Vega después de una pausa—. Te diría que no me cuadra que Jorge te hiciera una cosa así, pero, claro, hablo del Jorge que conocíamos. No estoy segura de quién es ahora…

Mi amiga tenía razón. En el fondo, no sabíamos mucho de este nuevo Jorge. Lo había visto tres veces en 1996 y casi a diario durante las últimas tres semanas, pero algunas cosas eran diferentes —como el hecho de que fuera un chef experto o que hubiese adquirido nuevas habilidades en la cama— y no tenía ni idea de en qué más había cambiado.

«Quizá ya no es la misma persona de la que me enamoré en la otra dimensión. —Toda mi rabia se transformó en tristeza—. ¿Para esto he esperado tanto? Hace diez años no era nuestro momento, estaba claro, pero ¿y ahora? Ahora tenía que serlo». Escuché un pitido y me separé el móvil del oído para confirmar que acababa de llegar un mensaje de texto.

—Vega, es suyo. Hablamos luego, ¿vale?

—Tranquila, Blanqui. Un beso fuerte y llámame para lo que necesites.

Me despedí de mi amiga y leí el mensaje de Jorge.

«Blanca, por favor, dime que no eras tú la que ha venido».

Estuve tentada de contestarle, de decirle que sí, que había sido yo, y de preguntar quién era aquella mujer, pero enseguida me di cuenta de que eso no arreglaría el problema. No me había dicho la verdad y yo merecía mucho más por su parte. Para empezar, una disculpa y, después, una larga explicación del por qué me había contado que tenía que trabajar si, en realidad, estaba con alguien. Y, por supuesto, también quería ver más arrepentimiento.

—Venga, puedes hacerlo mejor —le dije al teléfono.

Encendí la radio para llenar de ruido el silencio de mi piso mientras ponía una lavadora. Sonaba *Big Girls Don't Cry*, de Fergie, y el título me pareció tan apropiado que decidí dejarla. Acababa de pulsar el botón de prelavado cuando me llegó el segundo mensaje.

«Blanca, ¿estás en casa? Me paso por allí y te lo explico».

Llené la bañera y eché en el agua una de esas bombas efervescentes que alguien me había regalado por Navidad y que nunca veía el momento de utilizar. El teléfono sonó a lo lejos y supe que era Jorge, pero me mantuve firme y no lo cogí. Necesitaba relajarme para pensar con claridad.

Muchas canciones más tarde salí del agua, que se había quedado helada. Me envolví en una toalla y me acerqué a comprobar mi móvil: además de las cinco llamadas de Jorge, que había contado desde la bañera, había cuatro mensajes.

«La chica era mi ex. Ha venido a por sus cosas, pero no sabía cómo decírtelo por si te molestaba».

Bueno, por lo menos ahora sabía de quién eran aquellos Tampax.

«Por favor, Blanca, perdóname por no haberte contado la verdad, pero te juro que no ha pasado nada con ella».

El tercer mensaje era de Martín: «Firmo en La Casa del Libro el próximo miércoles. De 18:00 a 19:00. Por si te apetece venir».

El último, de Angie, mi representante: «Acuérdate de que el martes a las 17:30 tienes el *casting* para la película de Roy Gonzalo. Te confirmaré la dirección».

Apagué el móvil. No tenía ganas de contestarle a nadie. Calenté en el microondas unos canelones que me había dado mi madre y me serví una copa de vino. Esa noche vería la tele hasta quedarme dormida. Lo demás, ya lo pensaría al día siguiente.

CAPÍTULO 4
A BLANCA, SIEMPRE

Miércoles, 22 de agosto de 2007

La cola de gente que esperaba su turno era de lo más variopinta. Desde algunos frikis de la ciencia ficción hasta un grupo de mujeres en la cincuentena, que habían comprado el libro por lo guapo que les parecía el autor que estaba firmando.

—No sé quién es, pero espero que me escriba su teléfono junto a mi nombre —comentó una de ellas, y las demás se rieron.

Al escucharla, a mí también se me escapó una risita y me miró con complicidad, pero enseguida entornó los ojos, como si tratase de recordar de qué me conocía, y dibujó en su rostro esa expresión a la que empezaba a acostumbrarme.

Antes de que me reconociese, me di la vuelta y bajé la vista a mi ejemplar. La portada era atrayente, con esa mezcla de tonos azules y morados que reflejaban el ambiente de aquel futuro distópico. Pero, sin duda, lo que más me gustaba era la página de la dedicatoria: «A mis padres, que están orgullosos de mí. Y a Blanca, siempre».

—Siguiente, por favor. —La pareja de delante se despidió y el empleado junto al autor hizo un gesto para que me acercara.

Avancé un par de pasos y coloqué el libro sobre la mesa.

—Si me escribes tu teléfono, voy a ser la envidia de ese grupo de señoras que hay detrás.

Martín levantó la mirada, algo descolocado, y yo sonreí.

—¡Has venido! —Rodeó la mesa y me dio un abrazo.

—¿Cómo iba a perdérmelo? —dije, emocionada—. ¡Estás firmando tu novela!

Me acordé de la primera vez que leí uno de sus relatos, cuando éramos adolescentes: estaba tumbada en su cama y él se mordía las uñas, observando mis reacciones. A pesar de lo difícil que resultaba concentrarse en una situación así, escribía muy bien y la historia me enganchó. Desde entonces, nunca dejé de animarlo para que consiguiera su sueño, incluso después de romper.

—¡¿La has comprado y todo?! —se rio. El empleado le dedicó una mirada reprobatoria por saltarse el protocolo y se volvió a sentar.

—Me hacía ilusión. —Encogí los hombros.

—Pensaba regalarte una, Blanca…

—¡¿En serio está aquí mi cuñada favorita, la que sale en la telenovela con más audiencia del mediodía?! —gritaron a mi espalda. Al darme la vuelta, descubrí al hermano de Martín. Me

alegré tanto de verlo que solté un grito y le eché los brazos al cuello.

—¡Rober! Pero cuánto tiempo…

—Si ya sabía yo que esta chica me sonaba… —escuché que comentaba con sus amigas la mujer que estaba detrás de mí.

—Siguiente, por favor.

Rober y yo nos apartamos un poco de la fila para no interrumpir el paso.

—¿Cómo estás, Blanca? ¿Qué tal te va la vida ahora que eres famosa? —dijo mi antiguo cuñado.

—Bueno, famosa famosa… —Me reí. Solo interpretaba un papel secundario en una de las series diarias que emitían después de comer, pero eso ya era mucho más de lo que había conseguido en la otra dimensión.

—¿Has visto a mis padres?

—¿Están aquí? —pregunté, sorprendida.

—¡Claro! Están tan orgullosos de su hijo el escritor que no se lo querían perder. Ven. —Rober me tomó de la mano y me llevó hacia una de las mesas de la entrada, donde una pareja mayor con una maleta elegía su próxima lectura. Le dio unos golpecitos en el hombro a la mujer, que se volvió hacia nosotros—. Mirad a quién me he encontrado…

—¡Ay, Blanca! ¿Cómo estás, hija? —Su madre me dio un abrazo—. ¿Cómo están tus padres?

—Ellos bien, yo también —respondí después de darle dos besos al padre de Martín—. ¿Qué tal vosotros?

—Nosotros como siempre… —contestó ella por los dos—. Por cierto, te vemos en la tele todas las tardes. ¡No sabes cómo presumo de nuera en la carnicería!

—Mari, que ahora tienes otra nuera —dijo su marido.

—Que sí, que a la nueva también la queremos mucho —se acercó un poco más a mí—, pero a ti te conocemos desde que erais unos niños, porque anda que no habéis estado años juntos vosotros dos…. Lo que todavía no entiendo es por qué peleasteis si os llevabais tan bien.

Forcé una sonrisa y me encogí de hombros. Realmente compadecía a Gloria.

—¿A qué hora sale el tren, Roberto? —Su padre cambió de tema. Era un hombre muy discreto al que no le gustaba poner a nadie en un compromiso.

—A las ocho, deberíamos ir a la estación.

—¿Os volvéis los cuatro? —les pregunté.

—No, yo me quedo también esta noche; mañana me hacen una entrevista —dijo Martín, que llegaba en ese momento. Me devolvió el ejemplar, que había olvidado en su mesa—. Tu libro, firmado por el autor.

Les dio un abrazo a sus padres, y yo aproveché para abrirlo por la primera página, intrigada por saber lo que me había escrito: «¿Cenamos juntos?».

Contuve la risa. Lo miré de reojo y asentí.

—Blanca, hija, me alegro mucho de verte. —Su madre se acercó a despedirse—. Para cualquier cosa que necesites, ya sabes dónde estamos.

Les dimos besos a todos y los acompañamos a la calle para buscar un taxi. Como estábamos en mitad de la Gran Vía, no tardamos demasiado en encontrar uno.

—No sé tú, pero a mí me apetece una cerveza —dijo Martin mientras decíamos adiós al taxi con la mano.

—Sí, por favor, una muy fría. —Señalé hacia la calle Fuencarral—. ¿Vamos por ahí?

—Por donde tú me digas, Blanca. Me dejo llevar…

Caminamos hasta Chueca, donde encontramos una mesa libre en las terracitas de la plaza. El camarero recogía los vasos sucios y pasaba la bayeta, así que nos sentamos y pedimos un par de quintos que anotó mentalmente con un leve movimiento de barbilla.

—¿Qué tal con tu chico? —me preguntó Martín.

—Pasa palabra.

—Vaya… —Frunció los labios y me entregó uno de los botellines que el camarero acababa de dejar en la mesa.

—¿Y tú con Gloria?

—Me mandó un mensaje el domingo y me volvió a decir que necesitaba tiempo. —Se encogió de hombros y le dio un trago a su cerveza—. Ya no he sabido nada más.

—Pues menos mal que nos va bien en el trabajo… —Levanté la mía para brindar—. Por Martín Giner, el escritor que tanto dudaba de sí mismo, aunque yo tenía claro lo mucho que valía.

—Por Blanca Suárez, el nuevo talento del cine español… De ti nunca dudé, siempre supe que lograrías todo aquello que te propusieras. —Entrechocamos los botellines y les dimos un buen trago—. Por cierto, ¿qué tal el *casting*?

—Pues no quiero decir mucho para no gafarlo, pero salí bastante contenta.

—Entonces, deberíamos celebrarlo ya, por si acaso, ¿no crees?

Asentí, y una idea estúpida cruzó por mi mente. Una de esas que solemos desechar—. Pues sí, creo que esta noche deberíamos pasar de todo y emborracharnos.

—¡Otras dos cervezas! —le pidió Martín al camarero con un gesto, y después se terminó, de un trago, lo que le quedaba en el botellín.

A las cervezas les siguieron unos chupitos. Después, en una taberna andaluza, un par de vinos con unas raciones. Y, a partir de ahí, pasamos a los cubatas en un garito pequeño que estaba lleno de turistas.

—Vamos a un karaoke —se me ocurrió de repente.

—Ni de coña… —Martín se rio.

—No hay huevos —lo reté, y él levantó las cejas.

Veinte minutos más tarde nos tomábamos otra copa en el karaoke más casposo de Madrid. Los sofás negros se hundían al sentarte, y las carpetas plastificadas, en las que se recogían los títulos de las canciones, se te pegaban a los dedos al pasar la página. Había pocos clientes, pero eran auténticos personajes: las dos mujeres que elegían temas de la Pantoja, pero que no llegaban a las notas más altas; el señor que imitaba a Nino Bravo como si le fueran a pagar por ello; las cinco chicas con diademas de minipenes luminosos, que se reían por todo; y la pareja sentada en los sillones del fondo, en la zona más oscura, y que preferíamos no saber qué hacían en realidad. El ambiente estaba cargado de un humo denso, con olor a cigarrillo rancio, que me recordaba demasiado al plató de *Lluvia de estrellas*.

«Martín y Blanca serán esta noche… ¡Los Rodríguez!», pensé al subir al escenario mientras sonaban los primeros acordes de *Sin documentos*. El grupito de chicas piropeó a Martín y se me escapó la risa. Se volvió hacia mí para darme a entender que esa me la tendría guardada para siempre, y agarró el micrófono para recitar las dos palabras que aparecían en la pantalla.

—*Ahí vamos*…

En cuanto empecé a cantar, me transporté a 1997, a la verbena de las fiestas de su pueblo, donde ese tema sonaba cada noche. Aquel había sido el mejor verano de nuestras vidas: habíamos acabado el instituto y no habíamos empezado la universidad. No teníamos nada más

que hacer que disfrutar de la playa, salir de fiesta y ser los únicos que nos mordiésemos la boca, como decía Calamaro en aquella canción.

—*Quiero saber que la vida contigo no va a terminar…* —Al entonar esa frase, miró en mi dirección y sonrió.

Noté un cosquilleo en el estómago. Me parecía haber regresado a aquella época en la que pensábamos que lo nuestro duraría para siempre. Me planteé que, tal vez, no deberíamos de haber cortado. Encontrarnos otra vez sin pareja parecía una señal. ¿Y si volvíamos a intentarlo? Como si me entendiese, Martín me guiñó un ojo. Luego se giró de nuevo hacia el monitor.

Al bajar del escenario, me avisó de que iba un momento al servicio. Me acomodé en el sillón, y eché un vistazo al listado de canciones, con la voz del falso Nino Bravo de fondo.

—Hola, perdona que te moleste —una de las chicas de la despedida se había acercado a la mesa—, ¿nos podemos hacer una foto con tu novio? Es muy guapo y parecéis muy majos los dos… Mi amiga me ha dicho que a lo mejor te sentaba mal, pero yo he pensado que no te importaría.

Estuve tentada de explicarle que ya no estábamos juntos, pero, en el fondo, no me apeteció. Él regresó del baño en ese momento.

—Dicen que si te haces una foto con ellas… —aproveché para preguntarle.

—¿Yo? ¡Pero si tú eres la famosa!

—¿Tu novia es famosa? —preguntó la chica.

—Es actriz —contestó Martín, y me fijé que tampoco había hecho ningún esfuerzo por corregirla.

—Joder, ¡qué fuerte, es verdad! —Abrió mucho los ojos al reconocerme—. Yo te he visto en la tele… En la primera, después de comer.

Llamó a sus amigas para que se acercaran y le pedimos al camarero que nos hiciera una foto a todos juntos. A Martín le colocaron en la cabeza una de sus diademas luminosas y a mí me pasaron un ramo de novia que no llevaba flores precisamente.

Cuando se fueron, lo convencí para subir a cantar otra vez. «Qué más da, si la noche ya no puede ir a peor…», murmuraba, resignado, mientras pasábamos las hojas de aquella carpeta. Estábamos seguros de que nos habíamos saltado alguna página porque no éramos capaces de encontrar un tema muy conocido. A la hora de cerrar, se encendieron las luces y entendimos por qué no lo habíamos localizado. Nos entró la risa: habíamos buscado durante cuarenta minutos *Hace calor* y, en realidad, esa canción de Los Rodríguez se titulaba *Mucho mejor*.

Agradecí el aire fresco en la cara. Habíamos tomado demasiado alcohol y me ardían las mejillas, pero no me parecía estar borracha. Si acaso, un poco más eufórica de lo normal.

—¿Madrugas mañana? —me preguntó Martín.

—Tengo rodaje nocturno, así que no me recogen hasta las seis de la tarde —contesté—. ¿Y tú?

—La entrevista es a las doce. —Miró su reloj y abrió mucho los ojos—. ¿En serio son las tres?

—¿De verdad? —Solté una risa al comprobarlo en mi móvil—. Se me ha pasado rapidísimo. Y yo que te iba a proponer que nos tomásemos otra copa…

Nos estudiamos el uno al otro, dudando entre liarnos la manta a la cabeza y cerrar todos los bares de Madrid o comportarnos como los adultos responsables que se suponía que éramos.

—Deberíamos dejarlo ¿aquí? —Terminé la frase con un tono de pregunta, porque, aunque sabía que era lo más sensato, no me apetecía nada despedirme.

Supuse que a él le ocurría algo parecido, porque me miró unos segundos antes de responder.

—Sí, tendría que irme a dormir —suspiró, no muy convencido.

—¿Está muy lejos tu hotel?

—Calle… Chinchilla —leyó en la tarjeta magnética que sacó de uno de los bolsillos del pantalón. Está junto a la librería —añadió mientras volvía a guardarla—, es una de las que corta la…

—Te acompaño —lo interrumpí—. Desde allí puedo coger un taxi.

Sonrió y levantó un poco el brazo, en un ofrecimiento que conocía muy bien. Me acurruqué debajo y él rodeó mis hombros, estrechándome contra su costado. Pasé una mano por su espalda y caminamos en silencio por Gran Vía.

—Nunca vinimos a Madrid —dijo al cabo de un rato.

Era cierto. En los nueve años que habíamos sido novios, nunca habíamos viajado a Madrid. Pero no había sido casual. Madrid me recordaba a Jorge, a los dos días que habíamos pasado allí en 1996 y a los doce años que habíamos vivido juntos en el futuro de la otra dimensión. Y, aunque parecía una estupidez, tenía la absurda creencia de que, si paseaba por aquellas calles con Martín, nunca más las recorrería con Jorge. Como una loca supersticiosa, había sido capaz de inventar los rituales más absurdos para conservar la fe, convencida de que, si los cumplía, tendríamos una posibilidad de reencontrarnos. Y parecía que habían funcionado, porque, a fin de cuentas, Jorge había ido a buscarme aquella noche a La Posada. ¿Había merecido la pena? No supe decirlo.

Al llegar a la puerta del hotel, nos separamos.

—Lo he pasado tan bien… —dijo.

—¿Seguro que no quieres otra copa? —insistí.

—Me estás tentando demasiado, Blanca.

Nos quedamos en silencio y en sus ojos vi las mismas dudas que rondaban mi cabeza desde hacía varias horas.

—¿Y si nos equivocamos al dejarlo? —me preguntó.

Me encogí de hombros. No sabía qué contestar. El último año que habíamos vivido juntos había sido como compartir piso con alguna de mis amigas. Como si, después de tanto tiempo, en algún punto que no sabíamos definir, algo hubiera cambiado entre nosotros. Nos llevábamos bien, pero ya no nos buscábamos. Habíamos perdido la pasión, aquellas ganas locas que siempre nos habíamos tenido y, aunque nos queríamos mucho, nuestra relación ya no era igual.

Tal vez fue una simple crisis, pero durante casi diez años lo habíamos hecho todo juntos y los dos necesitábamos encontrarnos a nosotros mismos por separado, probar otras cosas, salir de nuestra zona de confort. Yo quería ser actriz desde hacía muchísimo tiempo, pero no me había atrevido a intentarlo de verdad porque sabía que, tarde o temprano, tendría que mudarme a Madrid, y toda nuestra vida estaba en Alicante.

En aquel momento había tenido claro que debía romper con Martín. Sentí que estaba a punto de perderme una parte importante de mi vida y aún me quedaban un par de «Y si…» que necesitaba comprobar. Si no lo intentaba entonces, quizás ya no lo hiciese nunca. Pero esa noche, al echar la vista atrás, no sabía si habíamos hecho lo correcto, y mucho menos después de lo que había pasado el domingo con Jorge.

Volvimos a quedarnos callados el uno frente al otro.

—Voy a pillar un taxi —dije al final.

Me acerqué a darle dos besos, pero me abrazó con fuerza, estrechándome contra su cuerpo. Cerré los ojos. Sus brazos me acogían de aquella forma tan familiar… Su cuello olía a Aqua de Gio y su camisa, al mismo detergente que compraba cuando vivíamos juntos. Todo en él me

reconfortaba.

—Te echo de menos, Blanca —susurró.

Me separé un poco y miré hacia arriba. Él retiró una mano de mi espalda para acariciarme la mejilla, despacio, con el pulgar. Estábamos muy cerca, escuchaba su respiración. Miré su boca. Martín se inclinó un poco más.

Nos besamos. Un roce en los labios primero, dándonos la oportunidad de retirarnos sin culpa, sin haber llegado a más.

Otro beso. Rápido. Ruidoso.

Y luego uno más lento, húmedo, sensual…

Sus manos en mis caderas. Las mías acariciaban su nuca y bajaban por su espalda.

—¿Quieres subir? —susurró junto a mi boca.

Asentí. Me cogió de la mano y entramos en el hotel.

Saludamos a la chica de recepción con un leve movimiento de barbilla y fuimos directos a los ascensores. Presioné el botón, Martín se colocó detrás para besarme el cuello y noté como se apretujaba contra mí.

—¿Por qué me gustas tanto, Blanca?

Respondí con un gemido y me di la vuelta para besarlo. Al abrirse las puertas del ascensor, entré caminando de espaldas, porque no podíamos dejar de comernos la boca.

—¿Piso? —pregunté al tomar algo de aire.

—Tercero.

Miré de reojo y le di a un botón. No estaba segura de haber pulsado el correcto, pero ¿acaso importaba?

En cuanto las puertas se cerraron, Martín me apoyó contra la pared. Volvimos a besarnos. Su mano me acarició despacio por debajo de la blusa. Era grande, cálida y sabía cómo me gustaba que me tocase.

El ascensor se detuvo y él miró el número en la pantalla. Debía de haber acertado, porque sacó la mano y la colocó en mi espalda.

—Vamos, cariño —susurró.

Después de un par de intentos fallidos —porque las llaves de los hoteles nunca funcionan cuando más lo necesitas—, entramos en la habitación. Levanté los brazos, tiró de mi blusa hacia arriba y cerró la puerta con el pie. Bajó la cabeza para besarme y desabrochó su camisa con tanta ansia que se trabó con los botones. Lo ayudé, impaciente. En cuanto terminé con ella, se la quitó, la tiró al suelo junto a mi sujetador y mordisqueó la piel de mi cuello mientras me acariciaba con las manos. Cerré los ojos, respirando por la boca, y le quité el cinturón. Empecé a bajar la cremallera de sus vaqueros…

Y, entonces, Martín tuvo aquel maldito instante de lucidez.

—Para, para, Blanca, para, no podemos hacer esto… —Sujetó mi mano con la suya para detenerme.

—¿Por qué? —me quejé, todavía jadeando.

—Porque lo joderíamos todo. —Resopló.

—¿Qué es todo?

—Todo, Blanca, todo cambiaría entre nosotros, y con… —Soltó mi mano, echó la cabeza hacia atrás y exhaló con fuerza toda su frustración—. Joder, ahora no dejo de pensar en Gloria. Ni siquiera sé si ella y yo aún tenemos algo, pero no quiero mandarlo a la mierda porque haya bebido y no sepa controlarme.

Abrí los ojos, como si despertase de una hipnosis. Tenía razón. Estábamos a punto de

complicar mucho las cosas. Me cubrí con las manos e intenté localizar mi ropa en el suelo.

—Lo siento, de verdad, pero no puedo, así no. —Dio un paso atrás, y yo aproveché para agacharme y recoger mi sujetador.

—Me voy. —Cogí mi blusa y me di la vuelta para vestirme a toda prisa.

—Espera, Blanca, no te vayas corriendo —me pidió—. Quédate.

—No sé si es una buena idea.

—Quédate, por favor, aunque sea un rato —insistió, preocupado—. Me voy en unas horas y no quiero que nos despidamos así.

Me giré hacia la puerta y dudé unos instantes, confusa y avergonzada por lo que había estado a punto de ocurrir; pero sabía que, si me iba en ese momento, la relación entre nosotros se enturbiaría.

—Un rato, y luego me voy.

Martín asintió, agradecido, con esa sonrisa que le llenaba toda la cara.

—Gracias, preciosa. —Me dio un beso en la frente y recogió su camisa—. ¿Quieres un poco de agua? Creo que hemos bebido demasiado.

Después de dos botellitas de agua fría, un bote de Pringles, un zumo de piña y todas las chocolatinas que había en el minibar, el sol se coló entre las rendijas de la persiana y me molestó en los ojos. Me di media vuelta en la cama y me giré hacia Martín, que contemplaba el techo, tumbado boca arriba.

—¿Te has planteado alguna vez qué habría sido de tu vida si hubieses tomado otras decisiones? —me preguntó, perdido en sus pensamientos.

—Nunca se me ha pasado por la cabeza. —Puse los ojos en blanco.

—Estos días no he parado de pensar qué habría sucedido si no lo hubiésemos dejado —continuó Martín—. Si hubiéramos puesto algo más de nuestra parte, un poco de empeño en reconectar. No sé si fue la rutina o es que nos acojonamos porque lo siguiente era casarnos y tener hijos…

Cerré los ojos mientras lo escuchaba y recordé aquellos últimos meses: David y Vega estaban a punto de casarse y todo el mundo nos preguntaba que nosotros para cuándo. Siempre decíamos que pronto o en cuanto ahorrásemos un poco, pero, a solas, en casa, evitábamos hablar del tema. Hasta que tuvimos aquella conversación. Fui yo quien lo sacó con un «¿Qué nos está pasando?». Fue Martín quien concluyó que lo mejor era separarnos por un tiempo, y yo le di la razón.

En el fondo, quizás siempre había pensado que aquella separación era reversible, como si nunca me hubiera llegado a creer que hubiésemos roto definitivamente. Al menos hasta esa misma noche, unas horas antes, cuando Martín había detenido mi mano al ir a meterla por dentro de sus pantalones.

—… Blanca. Llevo toda la noche recordando lo felices que fuimos y hasta me he planteado que debería venirme a vivir contigo a Madrid. Pero en cuanto hemos entrado en la habitación, besándonos… He empezado pensar en Gloria y me he sentido como un auténtico cabrón por lo que estaba a punto de hacer. Pase lo que pase entre nosotros, primero tengo que resolver las cosas con ella, para bien o para mal.

Respiré hondo. Recordé las palabras de Gloria: «A veces desearía que nunca hubieseis salido juntos…», y me vino a la cabeza aquella Navidad del futuro en la que me los encontré comprando regalos en una librería. Estaban casados y tenían una hija; esa niña rubia que se llamaba Blanca. ¿Y si era así como tenía que pasar? No podía ser casualidad que también se hubieran enamorado en esta dimensión.

—… yo la quiero, pero quizá no es para mí. Contigo era mucho más fácil y, aun así, lo dejamos.

—Lo nuestro fue diferente. Lo dejamos por otros motivos.

—Ya lo sé, pero, y si…

—Es Gloria —lo corté.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque he viajado en el tiempo.

Martín soltó una carcajada.

—Vale McFly, pillo la indirecta. No quieres hablar de ella conmigo, y supongo que es normal. No tendría que haberme tomado esas dos últimas copas, porque me vuelvo un bocazas sin tacto. —Miró el reloj y, suspirando, se dio media vuelta en la cama, como dispuesto a dormir un par de horas antes de la entrevista.

Durante los siguientes treinta segundos mantuve en mi cabeza uno de los debates más importantes de mi vida. Podía reírme y darle las buenas noches —o los buenos días—, y confirmar que solo se trataba de una broma, de un modo divertido de terminar esa conversación.

O podía decirle la verdad.

Al final, opté por lo segundo: después de tantos años, necesitaba contárselo a alguien que no fuera Vega o Sofía, quienes, por su parte, habían dejado de hablar de eso hacía mucho tiempo para acallar el problema al que no se querían enfrentar. Y si había alguien en quien de verdad confiaba y que tenía la mente lo bastante abierta como para intentar entenderlo, ese era Martín. Respiré hondo.

—No, he viajado en el tiempo de verdad. De 2019 a 1996, para ser más exactos.

—Ya, y yo soy un replicante… —bromeó.

—Bueno, ríete si quieres.

Me di media vuelta hacia el lado contrario. Martín se volvió a colocar boca arriba, y dejó escapar una risita.

—A ver, Blanca, como idea para mi próxima novela me parece buenísima… Aclárame una duda, ¿con el DeLorean volador se accede bien al *parking*?

—No tendría que habértelo contado —dije, avergonzada, sin moverme de mi posición.

—Venga, preciosa, no te enfades… —Me acarició en el costado y me susurró al oído—. ¿Has traído el almanaque de resultados de las apuestas deportivas? —Volvió a reírse.

—¿Te acuerdas de aquella vez, en 1996, que nos fugamos de clase y acabamos en la playa bañándonos en ropa interior? —Me di media vuelta y me coloqué a su lado, boca arriba.

—Claro, ¡¿cómo podría olvidarlo?!

—Acababa de llegar del futuro y tú me dijiste que me notabas distinta.

—De eso no me acuerdo, Blanca. —Sonrió—. Ha pasado mucho tiempo…

—¿Te acuerdas del verano siguiente, cuando adiviné la muerte de Lady Di un día antes de que sucediera? ¿O la riada del primer día de universidad? ¿El final de *El sexto sentido*? —Me giré hacia él, que contemplaba el techo sin decir nada—. ¿Y el accidente de Santi? Él se salvó, pero si hubiera habido alguien más en el coche, no lo habría contado. La policía dijo que menos mal que te había convencido para que no te fueras con él… —Volví a mirar hacia arriba—. Me evitaste durante días porque me tenías miedo. Me inventé que había tenido un sueño premonitorio, pero lo cierto era que sabía lo que iba a ocurrir. De eso tienes que acordarte.

Martín se frotó los ojos y se levantó.

—Voy a darme una ducha.

Lo vi coger un par de cosas de la maleta, entró en el baño y cerró la puerta. Di unas vueltas

en la cama, escuchando el sonido del agua desde allí. Después de todo lo que había pasado con Jorge, solo deseaba no haber metido la pata con Martín. Era mi mejor amigo y no quería perderlo justo en ese momento.

Volvió con los vaqueros puestos, el pelo mojado y olor a desodorante, y cogió la camisa que estaba colgada del armario. Mientras se la abrochaba, se acercó a la cama y me dio un par de palmaditas en el muslo.

—¿Bajamos a desayunar? —me apremió—. Hay algunas cosas sobre el futuro que quiero preguntarte.

Salimos a la calle y caminamos en silencio por los alrededores, buscando una cafetería. Era muy temprano y las tiendas de la calle Preciados todavía no estaban abiertas, aunque los camiones de reparto y los mozos que los descargaban armaban bastante bullicio.

Martín miraba al suelo, perdido en sus pensamientos, y a mí me daba miedo imaginar qué estaría cavilando. Se me habían pasado por completo los efectos del alcohol y me daba cuenta de que contarle lo del viaje en el tiempo había sido la peor idea de mi vida.

—¿Te parece bien aquí? —Se detuvo en la puerta de una cafetería de las de toda la vida, con la barra de metal y fotos de platos combinados en la pared.

—Perfecto.

Elegimos la mesa del rincón, para hablar más tranquilos. Él se acercó a la barra a pedir unos cafés y yo miré a los demás clientes, distraída. Me fijé en un grupito de gente con el uniforme de El Corte Inglés, que desayunaban antes de empezar la jornada. Había una mujer que me recordaba mucho a Asun, la ex de Jorge en la otra dimensión, aunque habían pasado más de once años y no estaba segura de que fuera ella.

—He pedido también unos churros —dijo Martín al sentarse.

—Lo mejor para la resaca.

El camarero se retiró tras dejar la comanda en la mesa. Cogí un churrito y lo mojé en mi café. Martín rasgó el sobre del azucarillo y lo echó en su taza antes de removerlo. Sonreía sin mirarme, aguantándose la risa.

—Sé que no me crees —él levantó las cejas, para reafirmar que era obvio—, y te entiendo: a mí me pasaría lo mismo si estuviera en tu lugar, pero te juro por lo que más quieras que te estoy contando la verdad.

Dio un sorbo a su café, se echó hacia atrás en la silla y cruzó los brazos.

—Supongamos, y digo solo supongamos, que me creo que vienes del futuro… —dijo con sorna—. ¿Qué número tocará esta noche en la Lotería?

—Joder, Martín, ¿en serio? —Puse los ojos en blanco—. ¿Tú te acuerdas de todos los números premiados en los últimos diez años? Si fuera tan fácil, ¿no crees que sería rica desde hace mucho tiempo?

—Vale, en eso tienes razón. —Cogió un churro y lo mordisqueó, pensativo, antes de seguir —. Me has dicho que en el futuro estoy casado con Gloria… Entonces, ¿lo de esta noche ya había ocurrido?

—Creo que no me he explicado bien. —Cogí un par de servilletas enceradas del dispensador metálico y me limpié el aceite de los dedos—. Yo vengo de una dimensión paralela… ¿Te acuerdas de que Marty llega a otro 1985 en *Regreso al futuro 2*? —Le conté lo que había ocurrido la noche de la tormenta de 2019, en la terraza de Vega, cuando mis amigas y yo habíamos deseado volver a los dieciséis, y cómo las tres nos despertamos al día siguiente en 1996, siendo adolescentes—. …y nunca volvimos al futuro, así que hemos cambiado muchas

cosas desde entonces.

—Entiendo. Al tomar otras decisiones en el pasado, os cargasteis la línea temporal, y por eso lo que ocurre en este 2007 no es exactamente igual al de tu otra dimensión.

—Sí, allí las cosas eran muy diferentes. —Bebí un sorbo de café—. Para que te hagas una idea, Sofía y David estaban casados y tenían dos hijas.

—¡¿David y… Sofía?! —Soltó una carcajada y la pareja que entraba por la puerta se giró a mirarnos—. Estás de coña, ¿no? Pero si a ella le gustan las mujeres…

—Ya, yo tampoco me lo podía creer cuando volvimos a 1996 y Sofía nos dijo que estaba enamorada de Alba… —Di otro sorbo a mi café, escuchando cómo se reía.

—¿Y Vega? David está loco por Vega…

—Siempre lo estuvo, pero ninguna lo supimos ver.

Martín cogió el último churro y me lo ofreció. Negué con la cabeza. Lo mojó en el café, sin dejar de observar la taza:

—¿Y qué pasó entre nosotros? —preguntó antes de morderlo

Apreté los labios, dudando si debería contárselo. Como tardaba en contestarle, alzó la mirada.

—Nosotros nunca estuvimos juntos. Solo salimos un par de meses, hasta que me enrollé con Nacho. —Pasé la yema del dedo índice por el plato de los churros para atrapar parte del azúcar que se había quedado pegado.

—¿Nacho López? —Levantó las cejas.

—Sí, y tú y yo lo dejamos porque… —me lamí el dedo y volví a recoger azúcar del plato—, bueno, porque yo estaba con él.

—¿Me dejaste por Nacho López? Ya te vale, Blanca, pero si era un gilipollas… —Puso tal cara de asombro que tuve que reírme—. Espero que te dieras cuenta pronto y rompieses con él.

—Cortamos a las dos semanas, si te sirve de consuelo. —Evité decirle que fue Nacho quien me dejó en cuanto se acostó conmigo, porque sabía que eso le dolería—. Pero tú y yo ya no volvimos a salir.

—No, no me sirve de consuelo. —Volvió a mirar su taza con una mezcla de rabia y tristeza.

—En el fondo eso nunca ha pasado, era otra dimensión…

Puse mi mano sobre su brazo y él asintió, absorto en su café. Le hice una caricia con los dedos y me eché hacia atrás en la silla. Paseé la mirada por los demás clientes que ocupaban las mesas de la cafetería.

—¿Y qué tal me iba con Gloria allí?

—Pues no lo sé. —Me encogí de hombros—. Tú y yo no teníamos mucho contacto. Desde que dejamos el instituto, nos vimos alguna noche de fiesta y tres o cuatro veces por la calle. La última fue en Navidad, en 2016 o 2017, estabas con Gloria y… —En ese momento, me di cuenta de que quizá no debería mencionar que tenían una hija, por si acaso.

—¿Y?

—Y parecíais muy felices —reaccioné con rapidez—. Por eso creo que lo deberíais de intentar.

—Pero, si en tu dimensión Sofía no está con Alba, ni David con Vega…, ¿cómo puedes estar tan segura de que Gloria es para mí? —preguntó, confuso.

—Volviste a encontrarla. A pesar de que casi todo lo demás es diferente, que conocieras a Gloria y que los dos sintieseis algo ha ocurrido igual en las dos dimensiones. La verdad es que no estoy segura de nada, pero a lo mejor es importante que ella esté en tu vida.

—¿Y qué hay de ti? —me preguntó—. ¿Te casaste en el otro futuro?

—No exactamente. —Compuse una media sonrisa—. Ya sabes que lo de las bodas nunca ha sido para mí.

—Pero ¿hay alguien?

—Lo hubo. —Como si las palabras me quemasen en la boca, le conté a Martín todo lo que había ocurrido con Jorge desde aquella tarde de 2019, en la que cortamos después de que cancelasen el rodaje de mi serie, hasta lo que había sucedido al volver a Madrid el domingo anterior, cuando aquella chica tan guapa me había abierto la puerta.

—Quizá deberías dejar que se explique, Blanca —dijo al cabo de un rato—. Ninguno somos perfectos.

—Pero estaba con su ex…

—No seas dramática, no tiene por qué haber pasado nada entre ellos. —Martín se rio y me hizo sonreír. Apoyó su mano boca arriba, en la mesa; coloqué la mía encima y me la estrechó—. Mira, Blanca, voy a confiar en ti y a intentar arreglarlo con Gloria, pero tú también deberías de darle a ese chico otra oportunidad. Si las cosas son como dices que son, si se acordó de aquella cita que teníais y fue a buscarte a aquel bar once años después…, parece que quiere tenerte en su vida. Por lo menos, déjalo que se explique, a fin de cuentas, no es el único que ha escondido cosas.

«Visto así, tiene razón». Durante años, yo había ocultado que era una viajera del tiempo, así que, tal vez, debería dejar que Jorge me aclarase lo que había pasado el domingo con esa ex, la que guardaba un paquete de tampones en su armarito del baño.

CAPÍTULO 5
LA DECISIÓN CORRECTA

Lunes, 27 de agosto de 2007

Lo ignoré durante toda la semana, aunque Jorge insistía en quedar. No paraba de pedir disculpas por haberse inventado lo de la presentación, de repetir que esa chica era su ex y que no había pasado nada entre ellos. Parecía arrepentido, así que el domingo le mandé un mensaje con la hora y la dirección de aquella cafetería: «Nos vemos mañana».

Habíamos quedado a las seis, pero llegué tarde adrede. Diez minutos tarde. Pretendía ponerlo un poco más nervioso y que dudase de si al final aparecería, que sintiera el miedo a perderme para siempre.

Entré con unas gafas de sol enormes que bajé despacio mientras lo buscaba con la mirada, en un gesto muy estudiado que había practicado frente al espejo la tarde anterior. Imaginaba que Jorge me hacía señas desde una de las mesas del fondo y yo me acercaba andando de manera elegante.

Pero nadie saludó. Y después de inspeccionar la sala, fui yo la que se puso nerviosa. «¿Llega con retraso o no va a venir? ¿Y si doy una vuelta a la manzana para hacer tiempo?».

—Hay una mesa libre junto a la ventana —me indicó una camarera un poco arisca, que me sacó de mis pensamientos.

No sé por qué, le di las gracias y fui hacia allí. Colgué mi bolso del respaldo de la silla que estaba frente a la puerta y eché un vistazo alrededor. El sitio era una chulada, con sus mesas de madera oscura, sus sillas metálicas de colores —de estilo industrial— y esa vitrina pecaminosa, llena de tartas y pastelitos, a la que trataba de no mirar. Lo había descubierto un año antes, con algunos compañeros de la serie, y enseguida me había acordado de Jorge. «Tengo que traerlo aquí», pensé la primera vez que probé las tartas, y lo apunté mentalmente en la lista de lugares a los que lo llevaría si volvíamos a encontrarnos en La Posada.

Saqué mi móvil para mirar otra vez la hora: casi las seis y cuarto. Resoplé al darme cuenta de que tenía dos mensajes en los que Jorge me avisaba de que llegaría tarde. También había otro de mi repre. «Están encantados con tu prueba para la peli de Roy. Quieren verte otra vez el sábado por la tarde. Te paso la dirección».

—¿Qué va a tomar? —preguntó la camarera, dispuesta a anotar mi pedido.

Estuve tentada de contestar que un *gin tonic* y una porción doble de aquella tarta de chocolate tan deliciosa, era lo que me pedía el cuerpo, pero pensé que parecería la viva imagen del

desamor, y no era eso lo que le quería transmitirle a Jorge. Aunque quedase como una ansiosa por haber sido la primera en llegar, por lo menos no parecería superada por las circunstancias.

—Una manzanilla, por favor.

—¿No quieres algo de comer? —Parecía que insinuase que tomar solo una infusión no era suficiente gasto como para ocupar una mesa entera.

—De momento, no… Estoy esperando a alguien —me vi forzada a añadir para sentirme mejor.

Levantó una ceja y se marchó sin decir nada más. En ese momento, Jorge entró por la puerta, algo agobiado y mirando a su alrededor. En cuanto me vio, le cambió la cara y se acercó a la mesa con una sonrisa.

—Hola, cielo, menos mal que sigues aquí. —Se agachó para darme un beso, pero yo crucé los brazos y giré un poco la cabeza para evitarlo.

—Acabo de llegar —murmuré.

—Perdóname, la reunión ha terminado con retraso. He cogido un taxi, pero había muchísimo atasco en el centro, así que me he tenido que bajar en medio de la calle y venir en metro. Debe de haber vuelto ya todo el mundo de vacaciones…

La camarera dejó la manzanilla en la mesa con brusquedad y me sobresalté.

—Buenas tardes —saludó a Jorge con voz melosa—, ¿qué desea tomar?

—Un café solo y, veamos… —Jorge cogió la carta y echó un vistazo a las porciones de pasteles—. Estoy entre la tarta de chocolate y la de dulce de leche, ¿cuál me recomiendas?

—La de chocolate es nuestra especialidad —respondió la camarera poniéndole ojitos—. Y, no es porque lo diga yo, pero el que la prueba repite.

—Pues la de chocolate; no se hable más. —Jorge me miró—. Con dos cucharitas, por favor —añadió, sonriendo.

—Con una —le dije muy seria a la camarera—. Yo no voy a comer.

—Con una, entonces —repitió él, encogiéndose de hombros.

La camarera soltó una risita antes de marcharse. Fruncí los labios y sacudí el sobrecito de azúcar con mucha más fuerza de la necesaria.

—Blanca, lo siento muchísimo —dijo Jorge—. Tenía que haberte contado que esa tarde había quedado con Marta en vez de ponerte aquella excusa absurda, pero, no sé por qué, te mentí. Pensé que sería mejor explicarte toda la historia desde el principio la noche siguiente, cara a cara, cuando saliésemos a cenar. Me siento como un imbécil y entiendo que estés enfadada conmigo, pero te juro que no pasó nada más.

Rasgué una esquina del sobre y vertí su contenido en mi taza. Levanté la vista hacia él, que me miraba fijamente. Estaba a punto de responderle, pero la camarera nos interrumpió.

—Aquí está la tarta de chocolate. —La depositó en la mesa con parsimonia—. He traído dos cucharitas, porque no se va a resistir —dijo intentando crear cierta complicidad entre Jorge y ella. Resoplé y di un sorbo a mi manzanilla. Casi la escupí: estaba amarga. Contemplé su interior, me di cuenta de que no la había removido y todo el azúcar se había quedado en el fondo. La camarera continuaba parloteando—: El café suele salirnos un poco fuerte, así que te he traído dos sobrecitos para endulzarlo, pero puedo traerte otro más…

—Perfecto, gracias —la cortó Jorge con educación, sin quitarme los ojos de encima.

—Si necesitáis cualquier otra cosa…

—Está bien así —respondí, tajante, después de tragar.

La camarera se fue y volvimos a quedarnos solos. Cogí una cuchara y removí la infusión. Jorge echó el azúcar en su café.

—¿No me vas a decir nada? —me preguntó después de darle el primer trago.

—¿Y qué quieres que te diga? —Lo miré a los ojos—. Te pregunté si tenías pareja y me dijiste que no.

—En realidad, me preguntaste si me había casado —dijo Jorge, y yo levanté las cejas—, pero, de todas maneras, no te mentí. Marta ya no era mi pareja, hacía más de dos meses que no vivíamos juntos. Aun así, tienes toda la razón, debería de habértelo contado. —Bajó la vista a su taza. Agarré el sobrecito vacío del azúcar y lo enrollé sobre sí mismo como si fuera un cilindro —. Lo siento, Blanca, me acojoné. Creí que, si te decía que estaba en un *impasse* con mi novia, desaparecerías, y eso era lo último que deseaba después de haber vuelto a encontrarte…

El sobre se convirtió en un tubo de papel, que coloqué entre mis dedos índice y pulgar. Lo observé con toda mi atención, como si fuera lo más interesante del mundo. Jorge seguía con sus disculpas:

—… por eso, cuando Marta me llamó el domingo para preguntarme si podía pasar por casa a despedirse, vi la ocasión ideal para cerrar esa etapa. Pensaba que recoger sus cosas sería cuestión de media hora, pero la conversación se alargó mucho más de lo previsto y no sabía cómo decírtelo, así que improvisé aquella estupidez de la presentación.

—Me mentiste.

—Perdóname, Blanca. No sabes cuánto me arrepiento.

Respiré hondo, chafé el tubito, doblándolo por la mitad, y lo tiré sobre la mesa.

—¿Cómo se lo ha tomado tu…? —Iba a decir novia, pero me resistía a llamarla así porque yo quería ser la única novia de Jorge—. Marta… ¿Cómo se ha tomado Marta que vuestra ruptura sea definitiva?

Jorge desvió la mirada y frunció los labios. Mi corazón empezó a latir más deprisa.

—Verás, Blanca —Jorge se pasó la mano por el pelo y clavó los ojos en el tubito que estaba doblado sobre la mesa—, Marta vino para recoger sus cosas, pero, después de nuestra charla, me ha pedido que lo volvamos a intentar… Lleva insistiendo toda la semana y yo todavía no sé muy bien qué hacer.

Abrí mucho los ojos, incrédula. «Esto no puede estar pasando. No era así como tenían que ocurrir las cosas en el futuro», me dije mientras lo escuchaba hablar a lo lejos.

—No pienso volver a mentirte nunca más, así que voy a ser totalmente sincero: me gustas mucho. Me has tenido obsesionado durante un montón de años, y estos días contigo han sido maravillosos porque es como si tuviésemos una conexión especial. Pero no me parece justo para ella negarme a intentarlo otra vez, sobre todo después de lo que hemos vivido en estos cinco años…

«¿Y lo que hemos vivido tú y yo?», quise decirle, pero él no tenía esos recuerdos. Los doce años que pasamos juntos solo existían en mi cabeza. Para Jorge éramos unos desconocidos.

—… y necesito un poco más de tiempo para pensar, Blanca, porque no sé lo que debería hacer y quiero estar seguro de tomar la decisión correcta.

Lo miré a los ojos. «La decisión correcta», repetí para mí. Durante todos esos años había aprendido que no existían las decisiones correctas o incorrectas, que solo el tiempo confirmaba si habías escogido la mejor opción. Y, por primera vez en una década, dudé de si haberlo animado a marcharse a Connecticut había sido una buena idea.

Guardé el móvil en el bolso, saqué un billete de diez euros y lo deposité en la mesa. Jorge intentó devolvérmelo, pero lo esquivé y me levanté para irme. Al pasar por su lado, le toqué en el hombro.

—Ojalá sea la decisión correcta —murmuré.

Jorge acarició mi mano y me la estrechó.

—Lo siento muchísimo, Blanca…

Me solté con brusquedad. Le di un par de palmaditas en el hombro y, colocándome las gafas para que no me viera llorar, me largué de allí lo más rápido que pude.

El sábado siguiente, llegué diez minutos antes de la hora a la segunda prueba para la película de Roy. La recepcionista, una chica rubia, me acompañó a una zona de espera con un sofá y dos sillas de piel situados junto a una máquina dispensadora de agua. Me senté en una de las sillas.

—Están con otra actriz, pero te llamarán enseguida. ¿Quieres beber algo?

Negué con la cabeza y le di las gracias. La chica rubia se retiró a su mesa, junto a la entrada.

Estuve tentada de sacar el móvil para volver a comprobar si Jorge me había escrito. El lunes, al llegar a casa, todavía conservaba la esperanza, pero llevaba desde entonces sin noticias suyas y ya no sabía qué pensar. «Tranquilízate, Blanca, y concéntrate en este *casting*, que es lo que de verdad importa».

Respiré hondo. Como siempre que estaba nerviosa, pasé mi dedo pulgar por el tatuaje que tenía en la muñeca izquierda. Una de las cosas nuevas de esta dimensión. Angie, mi representante, se había echado las manos a la cabeza al descubrirlo y había insistido mucho en que debía quitármelo con láser. Pero yo no había querido. Ese círculo era muy importante para mí. Por suerte, se tapaba fácilmente con maquillaje si el guion lo requería.

—¿Blanca Suárez? —preguntó la asistente de *casting*.

Sonreí. Me pidió que la siguiera y entramos juntas en aquella habitación.

Sentado en una de las dos sillas, revisando la separata del guion, estaba Roy Gonzalo, el nuevo actor revelación que traía de cabeza a las adolescentes y que, como yo, venía de trabajar en un par de series. Alto, moreno, guapo, con cuerpazo…, el típico chico del poster de la *Súper Pop* que a tu madre le gustaría como yerno. Tenía pinta de niño pijo, aunque intentaba parecer un rebelde con sus vaqueros rotos y su barba de dos días.

—Soy Blanca, encantada. —Fui directa hacia él y extendí la mano de forma profesional.

Lo debí pillar desprevenido, porque levantó la mirada de los papeles y tardó un par de segundos en reaccionar.

—Roy, un placer. —Me la estrechó y me fijé en que, al sonreír, se le marcaba un pequeño hoyuelo en la mejilla derecha.

Me senté en la otra silla, enfrente de él. La asistente que había salido a buscarme se dirigió a mí:

—Blanca, no sé si te lo habrá comentado tu repre, pero antes de elegir el *casting* definitivo nos gustaría comprobar si hay química entre vosotros. —Pulsó el botón de la videocámara, que estaba colocada en un pequeño trípode sobre la mesa, y luego comprobó que se hubiera encendido el piloto rojo en la parte superior—. Muy bien, grabando… Cuando queráis.

Buscaban química, y nosotros la teníamos. Nos enzarzamos en una pelea de enamorados con demasiada tensión sexual. Yo tenía que llorar y gritarle que volviera con su exnovia. Había pensado en Jorge al ensayar el texto, pero delante de aquel chico tan atractivo no me costaba mucho entender por qué a mi personaje la fascinaba tanto. Y cuando Roy me respondió, jurando que para él ya no existía nadie más, nos besamos por puro instinto, a pesar de que la escena no lo indicaba en ninguna parte.

Salí de allí con mi primer papel protagonista. Había que celebrarlo, así que le propuse a Roy que nos tomásemos unas cervezas por Malasaña, y a él le pareció genial. Conocía bien la zona porque vivía muy cerca. Me enseñó algunos de sus locales preferidos, donde lo saludaban al

entrar y, al contarles que íbamos a rodar una película juntos, nos invitaban a chupitos. Brindamos toda la noche, nos reímos un montón y comprobamos que la química de aquella tarde era de verdad.

A las cuatro de la mañana, al parecer, un *paparazzi* nos sacó unas fotos besándonos en su portal: Roy me había invitado a tomar la última en su casa, y yo quería olvidar que Jorge no me había llamado en toda la semana, desde que me había ido tan deprisa de aquella cafetería.

—Buenos días…

Abrí los ojos de golpe al escuchar una voz masculina que, de primeras, no supe identificar, pero enseguida tuve que cerrarlos de nuevo porque me cegó la luz que entraba por la ventana. Me di media vuelta y oí que se reía detrás de mí. Parpadeé un par de veces, intentando acostumbrarme a la claridad de la habitación antes de volver a girarme hacia él. Estaba sentado, desnudo, en el borde de la cama y, por la humedad de su pelo y el olor a gel, recién duchado.

—Buenos días. —Disimulé un bostezo y me llevé la mano a la cabeza para frotarme la sien —. Dios…, qué resaca.

—Sí, demasiados chupitos, pero lo pasé muy bien ayer. —Roy se acercó a darme un beso.

—Yo también —respondí cuando se retiró. Notaba en mis labios el sabor de su pasta de dientes.

—¿Café, té, zumo, agua…, ibuprofeno? —Me acarició la pierna con la yema de los dedos.

—¿Puede ser un poco de cada? Y una ducha, que me vendría genial —bromeé—. Gracias, Roy, pero no hace falta…

—Primera puerta a la derecha. —Se levantó de la cama y me dio una palmadita en la pantorrilla—. Te espero en la cocina. Tras la ducha me sentí algo más persona. Me vestí con mi ropa del día anterior, que recogí del suelo del dormitorio, y me peiné el pelo mojado hacia atrás con un cepillo que siempre llevaba en mi enorme bolso. «Chica precavida, vale por dos». Sonreí al ponerme en el cuello unas gotas de la muestra de perfume que encontré en un bolsillo interior y rebusqué un poco más, rezando por que apareciera también un cepillo de dientes. Como no hubo tanta suerte, tuve que improvisar uno con mi dedo índice y una pizca de esa pasta con sabor a menta.

Me asomé por la puerta de la cocina, para despedirme de Roy antes de volver a casa, pero, al ver el desayuno que me había preparado, se me escapó una risita. En la mesa, dispuestos en una fila, había dos tazas y dos vasos: café, té, zumo de naranja y agua. A su lado, una pastilla de ibuprofeno.

—No sé si eres maravilloso o es que no pillas la ironía… —le dije a Roy, que daba sorbos a un café, desnudo y apoyado contra la encimera.

—Quiero pensar que lo primero, aunque probablemente tengas razón y no haya entendido la broma. —Se rio al incorporarse. Dejó la taza en la mesa, se acercó a besarme el cuello, y retiró el bolso de mi hombro para colgarlo en una silla—. ¿Ya te vas, Blan? ¿Tanta prisa tienes?

—Prisa, ninguna… Hoy es domingo, no trabajo y no sabía que el desayuno estuviera incluido. —Eché un vistazo a su cuerpo. Tremendo. No me extrañaba que se sintiera tan cómodo desnudo.

—Tómate el ibuprofeno, anda, que no quiero que te duela la cabeza. —Me dio una palmada en el trasero.

Sonreí y me acerqué a la mesa. Cogí la pastilla y me la tragué con un sorbo de zumo.

—¿Lo has exprimido tú?

—No, no, ha sido el señor Hacendado. Cocinar no es mi fuerte. —Roy se pegó mucho a mí

—, pero hay otras cosas que hago muy bien…

Sonó el pitido de un mensaje dentro de mi bolso y, por instinto, giré la cabeza, aunque por primera vez en varios días no sentía la urgencia de comprobar quién me lo enviaba.

—Otras cosas que haces muy bien… —Repetí su última frase y me volví de nuevo hacia Roy, retándolo con la mirada—. ¿Me las vas a enseñar?

Se acercó a mi cuello y retiró mi pelo mojado.

—Tendrías que estar desnuda para eso… —me susurró al oído.

Volvimos a escuchar otro mensaje y Roy dio un paso atrás, enarcando una ceja. Estuve tentada de coger el móvil, pero supuse que sería el ayudante de dirección, que me mandaba la orden de rodaje y la hora de recogida del día siguiente. Si detenía el juego y el mensaje no era de Jorge, me frustraría aún más.

Llevé las manos a mi espalda, bajé la cremallera de mi vestido y lo dejé caer al suelo. Roy sonreía. Sin apartar la mirada, me deshice de la ropa interior.

—Ya estoy desnuda. —Me terminé, de un trago, lo que quedaba del zumo—. Ahora, sorpréndeme.

Pasamos el resto del día en la cama. Sobre las seis de la tarde, a punto de morir de inanición, decidimos ducharnos y salir a comer algo.

—Vale, me has convencido, Roy, esto compensa que no cocines. —Me sequé el pelo con la toalla por segunda vez en el mismo día.

—Hay un italiano aquí cerca, ¿te apetece pasta? —me preguntó abrochándose los vaqueros. Asentí y sacudí mi vestido antes de ponérmelo.

—Sí, deberíamos recuperar fuerzas, sobre todo tú, que lo has dado todo —me reí—. Pero me has impresionado, hablaré bien de ti para convertirte en una leyenda.

Roy soltó una carcajada y luego se acercó a besarme.

—Además de estar muy buena, eres muy divertida, Blan. Me gustas. Y creo que nos lo vamos a pasar de maravilla en el rodaje.

Al salir de su casa, me tendió la mano. Para ser sincera, me sorprendió un poco el gesto, pero se la di. A fin de cuentas, llevábamos varias horas haciendo cosas mucho más íntimas.

Un par de personas nos reconocieron y se giraron a mirarnos, pero nos dio un poco igual. No nos soltamos hasta llegar al restaurante, donde necesitábamos las dos manos para sostener las enormes cartas. Y solo al leer en el menú la palabra «carbonara», me di cuenta de que llevaba todo el día sin pensar en Jorge.

El miércoles siguiente por la mañana, mientras me tomaba un café antes de ir al rodaje, recibí una llamada de Vega.

—¡¿Estás saliendo con Roy Gonzalo y no nos has dicho nada, cabrona!? —chilló en cuanto descolgué el teléfono—. Tú no eres una amiga, eres una mala zorra.

—Buenos días, Vega, yo también te quiero. —Di un sorbo a mi café—. Lo primero: no creo que estemos saliendo, solo nos hemos acostado.

—Y habéis ido a cenar.

—¿Tú cómo sabes eso? —pregunté, mosqueada.

—Joder, tía, porque salís en la portada del *Cuore*.

—¡¿Qué?! —grité— ¿Cuándo lo has visto?

—La he comprado hace un rato al pasar por el quiosco. Creo que es de hoy, déjame comprobarlo.

—¿Qué pone exactamente en la revista?

—«Blanca y Roy, pillados *in fraganti*» —leyó Vega—. Sales muy mona, tía, el vestido un poco arrugado, pero no te han puesto ningún «Aargh».

Necesitaba leer el artículo completo antes de que me llamase mi repre y que se quejara por no haberla avisado. Miré el reloj de la cocina: el auxiliar de la serie me recogería en diez minutos y tenía que acabar de vestirme, pero, si me daba prisa, quizá pudiese acercarme hasta el quiosco en una carrerita.

—Vega, te llamo luego, que voy tarde. —Colgué sin dejar que se despidiera.

Quince minutos después estaba en el coche de producción con mi ejemplar del *Cuore*, hablando con Angie.

—Blanca, es perfecto. Que seáis pareja en la vida real va a dar mucha publicidad a la película.

—Pero no estoy segura de que seamos…

—Pasasteis la noche en su casa, eso está claro —me cortó—. Se os ve besaros en al portal y luego entrar juntos.

Revisé la secuencia de fotos en las páginas interiores. Debían de haberlas tomado de madrugada, cuando estaba bajo el efecto de los chupitos, porque no era consciente de haberle agarrado el culo a Roy de aquella manera. Sí que recordaba, en cambio, ese susurro en mi oído, con el que me preguntó si me apetecía subir a tomar la última, y que a mí me pareció que no había nada de malo en divertirme un poco después de todo lo que había ocurrido en las dos últimas semanas. Me reí al ver el vestido arrugado en las imágenes del día siguiente, en las que aparecíamos cogidos de la mano camino del restaurante, y cómo habían señalado en la revista aquel gesto cariñoso con un círculo y un bocadillo en el que se leía: «¡Parecemos dos tortolitos!».

—¿Debería llamarlo? —le pregunté a mi repre. Roy me había escrito el lunes para ver qué tal, pero, después de dos días, aún no le había contestado.

—¡¿No habéis vuelto a hablar?! —exclamó Angie. Emití un gruñido para darle a entender que no.

El domingo por la noche, al subir al taxi después de cenar, había comprobado mi móvil. Allí estaban los mensajes de Jorge: los dos pitidos que habíamos escuchado en la cocina y otros dos más que no oímos porque llegaron mientras Roy y yo estábamos en la cama. En todos decía lo mismo, con distintas palabras, y yo había necesitado unos días para asimilar la información.

—Sí, Blanca, creo que deberías llamar a Roy. Dame un toque luego y me cuentas lo que habéis acordado. —Angie se despidió y colgó el teléfono.

Suspiré y busqué su número en la agenda.

—¿Has visto el *Cuore*? —pregunté según descolgó.

—¿Blan? —La risa de Roy me hizo sonreír—. Lo he visto y, si ha servido para que me llames, incluso me alegro.

—Perdona por no haberte respondido antes.

—Tranquila. ¿Todo bien?

—Regular, pero lo superaré… Por cierto, mi repre, que también es la tuya, quiere saber qué le cuenta a la prensa.

—Joder con Angie. —Roy volvió a reírse—. He hablado con ella hace diez minutos y le he dicho que lo que quisieras tú…

—Pues… —titubeé.

—… y también que me apetecía mucho volver a verte —me interrumpió—. ¿Tienes algún

plan el sábado?

El sábado… En cuanto Roy lo mencionó, recordé que era esa fiesta de una revista de moda a la que iba a asistir con Jorge.

—Voy al evento del año.

—Yo también, ¿quieres que vayamos juntos? —me preguntó.

Dudé. Ir con Roy sería la confirmación que necesitaban los medios para convertirnos en pareja, y ambos los sabíamos. Daría mucha publicidad a la película, pero, si cruzábamos aquella línea, sería mucho más difícil dar marcha atrás.

«Déjate llevar, Blanca —me animó mi vocecita interior—. Parece que el futuro ya no es como lo recordabas». Aunque una parte de mí todavía quisiera creer que iría a esa fiesta con Jorge, después de los mensajes del domingo había quedado claro que ya no existía un nosotros.

—¿A qué hora pasas a por mí? —le respondí al final, y concretamos los detalles logísticos.

Después de colgarle a Roy, releí el último mensaje de Jorge.

«Lo siento, Blanca, Marta y yo vamos a darnos otra oportunidad. Me gustas mucho, y no estoy seguro de que sea la decisión correcta, pero creo que es la más justa para todos. Te deseo mucho éxito y que seas muy feliz».

«¿Seguro que quiere borrar este mensaje?».

Respiré hondo y pulsé «Ok».

Al final, parecía que todo iba a ser diferente en esta dimensión.

CAPÍTULO 6
ROY

Jueves, 6 de diciembre de 2007

A principios de diciembre, después de rodar durante casi dos meses, terminamos la película. No había sido mi primer rodaje, porque había trabajado durante muchos años en producción de cine, en la otra dimensión, pero era el primero delante de una cámara y me había gustado tanto la experiencia que había decidido no volver a ponerme detrás.

Compartir aquello con Roy lo había hecho aún más especial, porque nos entendíamos muy bien. Ambos veníamos de hacer series diarias, donde la forma de trabajar era diferente. En televisión, el plan de rodaje era mucho más apretado: con varias cámaras a la vez, grabábamos más escenas en menos tiempo.

En cine, podíamos pasarnos la mañana entera con la misma secuencia: primero se rodaban mis planos o los de Roy, después el contraplano, luego uno general… Debíamos tener mucho cuidado y repetirlo exactamente de la misma forma, con los mismos gestos, para que no hubiera ningún fallo de rácord. Mientras cambiaban la cámara de posición, aprovechábamos para repasar los diálogos y ensayar nuestras escenas. Las preparábamos a conciencia, sobre todo si incluían aquellos besos tan apasionados.

Trabajábamos mucho y dormíamos muy poco porque no solo ensayábamos durante el día: rara era la noche en que no acabábamos los dos en su piso. O más bien en su cama.

—Yo soy un actor de método, Blan, necesito crear estos recuerdos contigo, para saber qué se siente al echarte de menos —bromeaba Roy quitándose la ropa—. Mi expresión melancólica debe ser veraz…

—Es muy importante, la veracidad —me reía al subirme encima de él—, porque, si es fingido, el público lo nota.

Fue uno de esos rodajes que se disfrutaban. Además de la química que tenía con Roy, los dos habíamos hecho buenas migas con el resto de los departamentos. La mayoría era gente joven, menor de treinta años, sin pareja ni hijos y con ganas de divertirse. Solíamos ir a tomar cañas con ellos al acabar la jornada.

El equipo enseguida dio por hecho que estábamos saliendo. Diría que desde el tercer día de rodaje, cuando a las siete de la mañana volví a avisar a producción, muerta de vergüenza, de que tampoco fueran a recogerme a mi casa porque había dormido en la de Roy. Despertarse con él era como cumplir los sueños de mi yo adolescente —la de la otra dimensión—, porque era el tipo

de chico que solía recortar de las revistas y con el que forraba mis carpetas. Era perfecto para lamerme las heridas después de lo de Jorge, pero no era amor, por eso nunca me tomé lo nuestro muy en serio.

A la prensa le encantaba que estuviéramos juntos. Todas las semanas nos sacaban fotos en algún sarao. Pero, para ser sincera, y a pesar de lo que escribían sobre nosotros en esas revistas, estaba convencida de que al terminar el rodaje también se acabaría nuestra relación y todo volvería a la normalidad. Por eso me sorprendió tanto que Roy quisiera alquilar una casa en la playa para disfrutar de unas vacaciones conmigo.

—Hemos trabajado mucho y nos merecemos un descanso. Podemos invitar a tus amigas si quieres. Estás todo el día hablando de ellas, así que, en cierta forma, es como si ya las conociera. ¿Qué te parece, Blan?

Y a mí me pareció genial, porque con Roy la vida era divertida y todo se saboreaba intensamente —por algo lo apodaban el Bon Vivant—. Le encantaban las fiestas, pero era un tío muy currante que parecía tener un talento natural para la bolsa —por cada euro que invertía, ganaba tres— y no le importaba gastar su dinero con la gente que apreciaba.

Roy alquiló una casa en Altea para todo el puente de diciembre. Era una villa enorme con vistas al mar, barbacoa y una gran piscina. Tenía cinco dormitorios, así que invitamos a todos mis amigos, que se morían de ganas de conocer al que, según todas las revistas, ya era mi novio formal.

Casi estábamos en invierno, pero hacía muy buena temperatura para estar fuera, en la zona de la piscina. Mis amigas y yo cogimos unos botellines de cerveza y fuimos derechitas a las hamacas. Nos tumbamos a tomar un poco el sol, aunque vistiésemos vaqueros y jersey.

—Está buenísimo, tu novio. —Vega miraba hacia la barbacoa.

Me incorporé un poco y me giré en la misma dirección. Santi y David preparaban el fuego; Roy, apoyado en la pared, se tomaba una cerveza y los miraba distraído, como si aquello no fuera con él.

—Lo está, aunque yo no lo llamaría mi novio.

—¿Y cómo lo llamarías?

—Follamigo —respondí.

—¿Solo follamigo? —preguntó Sofía—. ¡Pero si salís cogidos de la mano en todas las fotos!

—Follamigo venido a más —especifiqué, y nos dio la risa.

—Lo que tú digas, pero que sepas que está en mi Top 3 de Tíos Buenos a los que Conozco, junto con el padre de esta. —Vega señaló a Sofía con el culo del botellín.

—No sé si quiero saber quién es el tercero —respondió mi amiga, y dio un buen trago.

—Hugo Silva.

Sofía soltó un bufido y la cerveza le salió por la nariz. Vega, al verla, tuvo que contener una arcada. Acabamos riéndonos las tres.

—¿A vosotras os suena Roy de la otra dimensión? —les pregunté a mis amigas después de calmarnos un poco.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sofía, intrigada.

—Que me acuerdo de casi todos los actores de las series españolas, pero no me acuerdo de Roy. ¿Y vosotras?

Sofía se incorporó en la tumbona y se giró para echarle un vistazo con disimulo.

—Pues ahora que lo dices… No, no me suena haberlo visto antes.

—¿No salía en aquella serie de un periódico…? —Vega también se había girado y lo miraba

de frente, sin cortarse. Sofía y yo negamos con la cabeza—. ¿La de los policías? —Volvimos a negar—. ¿Y en la del hospital?

—No, no salía tampoco en la del hospital… Llevo varios días intentando hacer memoria, pero no recuerdo haberlo visto nunca en la otra dimensión.

—Qué raro —dijo Vega.

—Algo habremos tocado. —Bebí un trago de mi cerveza y me encogí de hombros.

—¿Y qué puede ser?

—A saber… —respondió Sofía—. Estoy segura de que todo lo que hemos cambiado desde 1996 habrá tenido consecuencias en la vida de mucha gente, lo que pasa es que nunca lo sabremos.

Roy se dio cuenta de que lo mirábamos y nos sonrió. En cuanto le devolvimos la sonrisa, encontró la excusa perfecta para acercarse a nosotras.

—¿Qué tal con los maridos? —le preguntó Vega—. ¿Ya han encendido el fuego?

—Sigo pensando que habría sido mejor encargar un par de paellas —le respondió Roy, sentándose en el borde de mi hamaca—. Se supone que este finde era para descansar.

Escuchamos un ruido de timbre. Martín y Raquel, que hablaban cerca del telefonillo, miraron en nuestra dirección.

—¿Falta alguien? —preguntó Roy.

—Esa debe de ser Alba, mi mujer. —Sofía le hizo una seña a Martín para que abriese—. Viene con Olga, nuestra jefa, que se moría por conocerte. Lo siento, pero es tu mayor fan, así que te va a tocar hacerte unas fotos con ella, seguro.

—Bueno, no hay problema, tampoco es para tanto… —Roy le dio un buen trago a su botellín.

—¡¿Roy Gonzalo?! —chilló Olga desde el otro lado de la piscina—. ¡Madre mía! ¡Eres muchísimo más guapo en persona que en la tele!

Sofía miró al cielo como diciendo «Dios, qué cruz». Roy se sonrojó y yo no pude evitar reírme.

—Estás como un tomate, chaval. Van a quedar unas fotos cojonudas… —susurró Vega, muerta de la risa.

Roy la miró de reojo y se mordió los labios. Yo sabía que no quería reírse en la cara de Olga por educación, pero mis amigas se lo ponían muy difícil.

Carraspeó un par de veces y la saludó con su voz más seductora:

—Hola, soy Roy, encantado de conocerte.

Olga ahogó un gritito y se llevó las manos a las mejillas. Lo contemplaba emocionada, le costaba asimilar que era de verdad. Después se le tiró al cuello y lo abrazó.

—¡Ay!, que no me creo que te esté tocando… —Lo estrechaba con fuerza, ajena a todo lo demás.

Vega y yo observábamos a Roy, que le daba palmaditas en la espalda, un poco cortado ante aquella demostración de afecto. Sofía miraba hacia otra parte, como si sintiese vergüenza ajena.

—Suelta un poco al pobre chico, mujer, que lo vamos a asustar —bromeó Alba.

—¿Te haces una foto conmigo? —Se separó a regañadientes y sacó de su bolso una pequeña cámara digital.

—Por supuesto. —Roy le pasó el brazo por los hombros y sonrió.

Alba se acercó a coger la cámara que le tendía su jefa y luego retrocedió unos pasos mirando la pantalla.

—A ver, juntaos un poco… —Les hizo una seña con la mano para que se arrimasen. Olga le

rodeó la cintura con ambos brazos, como para evitar que se le escapase—. Otra más. Sonreíd. Muy bien, salís muy guapos.

—Unos más que otras, seguro —dijo Olga y, antes de separarse de Roy, bajó la mano que tenía a su espalda y le pellizcó la nalga izquierda—. Joder, qué culo más duro tienes, cabrón.

La cara que puso Roy fue todo un poema. No lo había visto venir y no sabía dónde meterse. Menos mal que ya le habían hecho la foto, porque estaba del mismo color que los guiris en Benidorm. Aun así, trató de mantener la sonrisa. Era muy profesional.

—Me voy, que me he dejado el coche en doble fila… Aunque, si me ponen una multa, habrá merecido la pena, porque ha sido todo un placer. —Le guiñó un ojo a Roy y luego se volvió hacia mí—. Trátamelo bien, que no sabes la suerte que tienes.

—¡A la orden! —Coloqué la mano en la sien, a modo de saludo militar.

La jefa de mis amigas se despidió de todos —de Roy con otro abrazo muy efusivo— y luego se marchó, revisando las fotos en la pantalla de la cámara.

—Es muy divertida. —Alba se rio y se sentó junto a su mujer.

—Voy a por una cerveza, ¿alguien quiere otra? —Me levanté de la tumbona y miré a Roy, que aún no había recuperado su color habitual.

—¿Me traes una, Blan? Y la botella de orujo también —bromeó—. Necesitaré un par de días y unos cuantos chupitos para superar lo de ese pellizco.

—Yo tardaré más —lloriqueó Sofía—. Hablará de esto en el trabajo durante semanas…

Crucé, riéndome, la zona de la piscina hasta la cocina exterior, donde Raquel y Martín charlaban. Al llegar junto a ellos, Santi llamó con un grito a su mujer, que dejó la cerveza en la mesa y fue deprisa a la barbacoa.

—Ahora vengo —dijo, y me dio un toquecito en el brazo al pasar por mi lado—. Por cierto, tu chico es un encanto…

—Gracias, guapa. —Sonreí—. ¿Y a ti qué te parece? —le pregunté, distraída, a Martín, y abrí la nevera para coger un par de cervezas. Esperaba una respuesta rápida, de las de cortesía, del tipo «Es majo» o «Hacéis muy buena pareja» que estaba tan acostumbrada a escuchar. Por eso me sorprendió tanto su silencio. Cerré la puerta y me acerqué a él con los dos botellines en la mano.

Martín me miró de reojo y se encogió de hombros. Dio un trago para no tener que contestar.

—Vaya, pensaba que te alegrarías por mí… —Me giré hacia la encimera, donde apoyé los dos botellines para buscar un abridor.

.

—Me alegro por ti si te hace feliz. —Martín sacó uno del bolsillo y me lo ofreció—. Pero, no sé, Blanca, me da la sensación de que con él no eres del todo tú…

—¿Qué quieres decir? —Le devolví el abridor.

—Tú eres muy cariñosa y aún no te he visto darle ni un beso —dijo muy serio, y yo solté una carcajada—. No te rías, sabes que es verdad. Cuando salíamos juntos, no parabas de acariciarme el pelo.

—He madurado, ya no soy tan empalagosa como antes… —Regresé a la piscina, intentando quitarle importancia, aunque por dentro sabía que tenía razón. Me había dolido tanto perder a Jorge que había vuelto a ponerme mi coraza porque no quería sufrir más. ¿De verdad se me notaba, o solo lo veía Martín, que me conocía demasiado bien?

En ese momento de mi vida, Roy era justo lo que necesitaba: me divertía, no tenía que involucrarme mucho a nivel afectivo y podía centrarme en mi carrera, que se había convertido en mi única prioridad. No me gustaba que nadie me compadeciera, y estar con él era perfecto para

que no lo hiciesen.

Le pasé la cerveza a Roy y lo besé, para demostrarle a Martín que se equivocaba y que no tenía que preocuparse por mí. Por la forma en la que Roy levantó las cejas al retirarme, pareció que aquel beso tan cariñoso también lo había pillado por sorpresa, aunque enseguida reaccionó. Se levantó, me agarró por la cintura y me atrajo hacia él para darme un morreo con mucha lengua, del que me liberé entre risas.

—¡Por Dios!… Idos a un hotel —dijeron, a la vez, mis amigas.

Después de comer, Martín fue a recoger a Gloria, que había estado toda la mañana estudiando porque preparaba una oposición. O eso nos habían dicho, aunque todos sabíamos que era solo una excusa. Se habían reconciliado unas semanas después de la bronca en la boda de Sofía y, aunque entre ellos las cosas parecían ir bastante bien, Gloria trataba de evitar, en la medida de lo posible, las reuniones donde nos juntábamos todo el grupo de amigos. En esa ocasión, tal vez por la curiosidad de conocer a Roy o por la insistencia de Martín, que le había mandado mensajes durante toda la mañana para convencerla, al final había decidido venir. Trajo una enorme bandeja de pasteles, como si viniera en son de paz.

—Ahora que estamos todos, queremos haceros una propuesta. —David miró a Sofía, que se levantó a por la carpeta que llevaba en el bolso—. Hace tiempo que le damos vueltas a la idea de montar nuestra empresa y pensamos que este es el mejor momento para hacerlo, pero necesitamos vuestra ayuda con la inversión inicial.

—¿A qué os queréis dedicar? —preguntó Raquel.

—Desarrollo de proyectos de energías renovables —respondió David.

—Aquí tenéis más información sobre el mercado, el modelo de negocio y nuestra propuesta de valor. —Sofía nos repartió unos dosieres y se aseguró de que cada uno tenía el suyo—. Hemos tenido algunas reuniones con un par de posibles clientes, por lo que calculamos que pronto empezaríamos a obtener beneficios, incluso en el peor de los escenarios. Podéis ver una simulación en la página seis.

—Estamos a las puertas de una recesión económica —dijo Roy ojeando el dosier—, pero parece que lo tenéis todo bastante bien estudiado.

—Exacto. —Sofía enarcó las cejas, sorprendida por los conocimientos financieros de Roy—. Ahora es el momento de ponerla en marcha, pero necesitamos que nos ayudéis, porque con nuestros ahorros y el préstamo no es suficiente…

—Sofi, perdona, ¿de qué ahorros hablas? —preguntó Alba, confusa.

—Cariño, lo hemos hablado, el dinero del viaje… —respondió mi amiga.

—¿No será el de la luna de miel? —Alba abrió mucho los ojos.

—Yo me apunto. —Levanté la mano para desviar la atención y que mis amigas no siguieran esa discusión en público.

—Yo también —dijo Martín desde el otro lado de la mesa—. Acabo de decidir en qué voy a invertir el cheque de la editorial.

—Contad conmigo —añadió Roy.

—Sofía, ¿podemos hablar un momento en privado?

Mi amiga suspiró y siguió a su mujer hacia el interior de la casa.

Nos quedamos en silencio, un poco cortados por lo que acabábamos de presenciar, y fingimos concentrarnos en aquel informe.

—Café, ¿alguien quiere café? Voy a hacer café —dijo Raquel, de repente.

—Te acompaño, y así te ayudo. —David se puso de pie.

—Voy con vosotros, que son muchos cafés… —se sumó Vega—. ¿Vienes, Blanca?

Seguí a mis amigos al interior de la casa, pero, en vez de dirigirse a la cocina, caminaron de puntillas hasta la puerta cerrada de una de las habitaciones. Al otro lado se las escuchaba discutir.

—¿En serio? —pregunté, y mis amigos se pusieron el dedo en la boca para que no hiciera ruido. Se pegaron más a la puerta y me hicieron señas para que me acercara.

—Pensaba que la luna de miel se retrasaba porque tu abuela estaba enferma, no era consciente de que la hubiéramos anulado para montar una empresa —decía Alba.

—Y no la hemos anulado, solo la posponemos un poco —le contestó Sofía.

—¿Hasta cuándo?

—No sé, cariño, dos, tres años… Hasta que ahorremos otra vez.

—Pero es nuestro viaje de novias, Sofí. Hemos soñado con este viaje demasiado tiempo —gimoteó Alba—. ¿No podéis esperar un par de años para montarla?

—Estoy segura de que ya habíamos hablado de esto y me habías dicho que te parecía bien.

—¡Porque no pensaba que sería algo tan inmediato!

—Alba, ahora es el momento. Ya has oído a Roy, se nos viene encima una gran crisis económica. Si esperamos un par de años, es posible que perdamos nuestra oportunidad. —Sofía suspiró—. No vamos a trabajar toda la vida en la asesoría. Como primer empleo, no estaba mal, pero…

—¡Ah, claro, la asesoría! —Alba soltó un bufido—. Ese es el problema, como siempre… Sofía Calero es demasiado brillante para trabajar en una simple asesoría.

—¿Tú no prefieres tener un empleo más estimulante? —Por el chirrido del colchón, parecía que alguien se había sentado en la cama.

—Yo tengo una buena vida, Sofi. Trabajo ocho horas, de lunes a viernes, con mi mujer y con una de mis mejores amigas, en una oficina muy cómoda que está bastante cerca de casa. Tengo los fines de semana libres, el curro no es complicado y gano un buen sueldo que me permite hacer un par de viajes al año, mi auténtica pasión. Para mí, la asesoría es un medio, no un fin. Y soy feliz con mi vida, aunque parece que para ti no es suficiente…

—Confía en mí, podemos tener una vida mucho mejor —la interrumpió Sofía.

—¡¿Mejor para quién?! Te acabo de decir que soy feliz con mi vida, pero parece que no me escuchas o no te importa… No me puedo creer que nos hayamos quedado sin ese viaje. —Alba resopló con fuerza—. Necesito tomar el aire. Me voy a dar una vuelta. —Oímos los pasos apresurados de Alba y corrimos a escondernos en la cocina. Desde allí la escuchamos hablar por el móvil y caminar hacia la entrada—. ¿Olga? Sí, soy yo, ¿puedes venir a por mí, por favor? Sí, donde esta mañana. Gracias, corazón, te espero en la calle.

Cerró de un portazo la puerta principal.

Crucé la mirada con Vega, que frunció los labios, tan frustrada como yo. Entendíamos a Sofía, ese era el momento exacto para montar su empresa, tal y como lo había hecho con David en la otra dimensión: si esperaban unos meses, quizá fuera demasiado tarde y perdieran su oportunidad. Le hice un gesto con la cabeza para que fuéramos con ella a la habitación. Iba a darme la vuelta cuando escuché gritar a Roy.

—¡No me jodas, tío!

Acudí deprisa para enterarme de lo que sucedía y mis amigos me siguieron. Roy rebuscaba por la encimera, nervioso, Martín intentaba calmarlo.

—Tranquilo, estoy seguro de que estaba ahí hace un rato. —Martín señaló una esquina de la mesa de madera en la que habíamos comido—. La he cogido, junto con el bolso de Raquel y alguna otra cosa más, porque David venía con la bandeja de las chuletas, y lo he puesto todo

aquí. —Dio un par de pasos e hizo un gesto con las manos, como si depositase unos objetos imaginarios sobre la encimera—. Pero, claro, alguien lo ha debido mover al recoger la mesa para dejar todo esto…

Miré el lugar que Martín nos indicaba. La encimera estaba llena de platos sucios y bandejas, que esperaban su turno para el lavavajillas, amontonados unos sobre otros.

—Seguro que aparece, Roy, muy lejos no ha podido ir —intenté tranquilizarlo.

—No lo entiendes, Blan, es muy importante, no puedo perderla.

—¿Qué buscamos? —Vega se acercó a nosotros.

—Mi Moleskine —respondió Roy, y apartó una pila de platos para asomarse detrás—. Pequeña, negra, de piel. Lleva una goma que la cierra por encima.

—¿Es esto? —Raquel levantó una libretita oscura en el aire, al otro lado de la mesa—. Ha debido de caerse dentro de mi bolso.

—Joder, menos mal… —Roy respiró aliviado y cruzó la estancia deprisa para recogerla. En cuanto la tuvo en las manos, intentó justificar su reacción—. Esta libreta es un regalo familiar, tiene muchísimo valor para mí y me he agobiado al pensar que la había perdido.

—Era obvio que no podía estar muy lejos —dijo Martín. Al ver la mirada de hostilidad que le dedicó Roy, levantó las cejas, sorprendido.

—¿Quién quiere unos chupitos de orujo? —Vega sacó la botella del congelador y la movió en el aire, intentando relajar la tensión.

Antes de que nos diera tiempo a contestar, Sofía entró en la cocina con el móvil en la mano y todos nos giramos a mirarla.

—Alba me ha pedido que me despida de su parte… Se va al pueblo de Olga a pasar el puente. —Se sentó en una silla y dejó el teléfono sobre su regazo. Raquel se le acercó y le pasó el brazo por los hombros.

—No hay más que hablar… —Vega colocó de un golpe la botella de orujo sobre la mesa—. Marchando una de chupitos.

El resto del puente lo pasamos bien, aunque aquellas minivacaciones no se parecían en absoluto a lo que me había imaginado. Desde el incidente de la Moleskine, se creó cierta tensión entre Martín y Roy, que incluso se evitaban, lo que dio al traste con mis planes de que se hicieran amigos. Sofía tenía la cabeza en otro sitio y saltaba cada vez que recibía un mensaje, porque imaginaba lo peor. En tres o cuatro ocasiones, tuvimos que darle un codazo a Santi para que no contara, por enésima vez, las mismas batallitas de siempre. Por suerte, teníamos a David y Vega para animarnos. Y, si todo fallaba, a la botella de orujo.

El domingo por la tarde, mientras volvíamos a Madrid en tren, decidí mandarle un mensaje a Sofía para ver qué tal le había ido con Alba. A los dos minutos, mi amiga me llamó. Me levanté de mi asiento y salí a uno de aquellos espacios entre vagones para no molestar a los demás pasajeros.

—¿Sofi? —La cobertura no era muy buena—. ¿Sofi? ¿Qué ha pasado?

—Alba me ha dicho que monte la empresa, pero…. quiere seguir… con Olga… y que es su vida… —Mi amiga se escuchaba entrecortada, así que me tapé con el dedo el otro oído y miré al suelo para concentrarme en sus palabras—. … los ahorros… puede renunciar a…

—¡¿Sofi?! —grité—. ¡No te entiendo!

Nos metimos en un túnel y se cortó la llamada. Miré el móvil, lo moví un par de veces en círculos, para recuperar la señal, pero no había manera. Resoplé, frustrada, y esperé unos minutos antes de volver al vagón.

Me senté de nuevo junto a Roy, que dejó de ojear su revista.

—¿Todo bien, Blan? —Me puso la mano en el muslo y le dio un trago al vasito de cava que nos habían servido como bienvenida.

—Espero que sí… —Coloqué la palma boca arriba y me echó un puñado de frutos secos del paquetito con el logo de Renfe. Señalé la revista que descansaba sobre sus piernas—. ¿Qué lees?

—Tú sales guapísima. —Pasó unas cuantas páginas y puso el dedo sobre una foto en la que aparecíamos los dos en el *photocall* de un estreno—. Pero no dejes que me vuelva a poner ese traje azul, creo que me engorda.

—No digas tonterías, Roy —me reí—, si no tienes ni un gramo de grasa…

—Después de tanta barbacoa y tanto pastelito, no sé qué decirte. —Se acercó a mi oído y bajó la voz—. ¿Te vienes a dormir a casa y lo quemamos?

Solté una carcajada. Aquel fin de semana me había dado cuenta de que Roy no encajaba con mis amigos, pero a mí me divertía mucho y entendía mi profesión. Hacía unos meses que había decidido concentrarme en mi carrera, apostarlo todo por un sueño que en la otra dimensión no había podido cumplir, y Roy se acoplaba perfectamente a esa parte de mi vida porque sabía cómo funcionaba este mundo.

El móvil vibró en mi regazo al recibir un mensaje de Sofía. Habíamos recuperado la señal.

«Todo Bien. Alba dice que no le importa que use los ahorros para montar la empresa, pero que ella va a seguir con Olga en la asesoría».

Antes de que hubiese terminado de leerlo, me llegó otro.

«Ya la haré cambiar de opinión. ¡Que tengáis buen viaje!».

Sonreí. Cuando a Sofía se le metía algo entre ceja y ceja, era muy convincente.

—¿Qué me dices, Blan? —insistió Roy—. ¿Te vienes a quemar calorías en mi cama?

—Vale, pero que conste que solo lo hago para que puedas volver a ponerte ese traje azul.

Roy se rio, me pasó un brazo por los hombros y seguimos comentando las fotos de aquella revista.

CAPÍTULO 7
CURIOSA CASUALIDAD

Jueves, 24 de abril de 2008

Aquella vez, en la otra dimensión, había sido la última en entrar en la sala 2 de los multicines y ya habían apagado las luces. En la pantalla, la cabecera de Movierecord indicaba que la película estaba a punto de comenzar. Sujeté las palomitas contra mi pecho, di un trago al vaso enorme de Coca Cola que llevaba en la otra mano y, fijándome en los números iluminados del suelo, subí los escalones laterales con cuidado de no tropezar. Al llegar a la fila 9, levanté la vista y distinguí a Jorge, que me hacía una seña con la mano desde uno de los asientos centrales.

—Perdón, ¿me permite…? —susurré al señor que se sentaba junto a la escalera, y le indiqué que mi sitio estaba un poco más allá. El hombre se puso en pie y suspiró. La señora a su lado encogió las piernas. Y así uno tras otro, mientras me disculpaba e intentaba pasar deprisa para molestar lo menos posible.

Al llegar junto a Jorge, le entregué la bebida y bajé el asiento plegable. Una vez acomodada, le ofrecí palomitas.

—¿De quién me has dicho que era esta peli? —Metió la mano en el bol y cogió un buen puñado.

—De Hugo Silva. Y ella es…

La señora de delante nos chistó y los dos dimos un respingo. Cruzamos la mirada, aguantándonos la risa para que esa mujer no volviera a regañarnos.

—¿Te vienes, Blan? —susurró Roy en mi oído, y me sacó de mis pensamientos—. Vamos a tomar algo enfrente mientras proyectan la película.

En la otra dimensión la habían protagonizado Hugo Silva y aquella actriz de la que no recordaba su nombre, pero en esta éramos Roy y yo los que dábamos vida a los personajes. Atravesamos la fila procurando no molestar al resto de los asistentes al preestreno, que se levantaban de sus butacas con una sonrisa para dejarnos pasar. En el pasillo nos esperaban Angie, junto con otros tres actores, la chica de la productora y el encargado del Palacio de la Música, que nos sacó del cine por una puerta lateral.

—Los espero aquí en una hora y cuarto para acompañarlos de vuelta, y tienen el número del móvil, por si acaso.

—Muchas gracias, como siempre. Si hay cualquier cambio, te damos un toque —contestó Angie, y el encargado cerró la puerta.

Echamos a andar hacia el restaurante, donde nos habían reservado una mesa discreta durante el pase. Me encogí un poco y froté mis antebrazos desnudos. Estábamos a finales de abril y, aunque mi vestido era precioso —corto, blanco y con una ligera forma de globo—, hacía demasiado frío para llevar aquel escote palabra de honor.

Roy se dio cuenta y se quitó la chaqueta para ponérmela sobre los hombros. Después me rodeó con el brazo y me atrajo hacia él para que entrase en calor.

—¿Mejor así, Blan? —me preguntó, y yo asentí.

—Sois muy monos, vosotros dos —dijo la actriz que hacía de mi madre en la película—, y se os ve tan enamorados…

Roy y yo sonreímos. Era verdad que teníamos mucha química y una vida sexual fantástica, pero no estábamos enamorados. Nunca lo habíamos dicho en voz alta, aunque ambos éramos conscientes. Aun así, nuestra relación funcionaba: nos divertíamos mucho juntos, cuidábamos el uno del otro y teníamos metas comunes. Nos iba mil veces mejor que a muchos matrimonios.

Llegamos al restaurante y le devolví la chaqueta. Cuando nos íbamos a sentar, Angie se acercó.

—Chicos —nos dijo en voz baja—, he estado esta tarde con la gente de la productora. Quieren continuar la historia de la película en una segunda parte y van a haceros una oferta para protagonizarla también. La única condición que han puesto es que tenéis que seguir siendo pareja durante otro año, hasta que la estrenen, para darle publicidad. Ya sabéis: el amor vende. Nos reuniremos con ellos la semana que viene y concretaremos los detalles antes de firmar, pero quería avisaros por si os comentan algo esta noche. —Asentimos, y Angie se fue otra vez con la chica de la productora.

—Vaya, así que tendríamos que estar juntos un año más. —Levanté las cejas, sorprendida por la petición. Disfrutaba de mi relación con Roy, pero no me había planteado que fuéramos a durar tanto.

—Si es como este último, yo firmo encantado. —Colocó la chaqueta en el respaldo de la silla —. ¿Tú que dices, Blan? ¿Quieres firmar conmigo hasta que el contrato nos separe?

Me reí de aquella frase, que parecía una declaración, hasta que me di cuenta de que hablaba en serio. Carraspeé. La pregunta me había pillado por sorpresa y no sabía qué contestar. Opté por desviar el tema con una broma.

—Roy, deberías saber que esas proposiciones solo se contestan si hay un anillo de por medio. —Fingí indignación.

Chasqueó los dedos, como si se lamentara por no llevar uno encima, y nos reímos. Enseguida nos trajeron las bebidas y algo de picar, y nos olvidamos del tema, porque nos pusimos a recordar algunas anécdotas del rodaje con los otros tres actores.

Volvimos al cine justo a tiempo para ver el final. Al encenderse las luces, nos pusimos en pie y saludamos al público, que nos aplaudía. Muchos se acercaron a felicitarnos por nuestro trabajo y enseguida nos vimos rodeados por todo aquel tumulto. Roy y yo nos mirábamos, asombrados por la respuesta del auditorio. La noche de antes habíamos fantaseado con la reacción de la gente, pero tanta atención era abrumadora. En algún momento dejé de ver a Roy, a pesar de que había estado a mi lado desde que nos habíamos levantado de nuestro sitio. Le hice un gesto a Angie para preguntarle si sabía dónde estaba.

—Está con una marca, ultimando los detalles para una colaboración. No te preocupes, luego lo veremos en la fiesta.

Asentí con la cabeza y continué mi conversación con la periodista de un magacín. Me comentaba lo mucho que le gustaría hacernos un reportaje a los dos para el próximo especial de

nuevos talentos. De todas las propuestas que había recibido, no sabía cuántas se quedarían solo en la intención, pero, si la mitad de ellas se concretaban, íbamos a estar muy ocupados durante los próximos meses.

—Blanca, nos vamos al Café Larios. —Angie me dio un toque en el brazo y yo me despedí de mi interlocutora, que me entregó su tarjeta de visita.

Antes de salir del cine, me volví y eché un último vistazo al patio de butacas, consciente de que apenas quedaban un par de meses para que cerrara sus puertas de forma definitiva. «Adiós, Palacio de la Música. Te echaré de menos».

Pensaba que en la fiesta el ambiente sería más distendido y se hablaría menos de trabajo, pero me equivoqué. Según entramos en el local, Angie se acercó a uno de los productores y se pusieron a hablar sobre el nuevo guion. El director de la película me cogió de la cintura y me llevó junto a dos de sus compañeras, profesoras de la Escuela de Cine de Madrid, que querían conocerme.

Después de muchas presentaciones, enhorabuenas y abrazos, necesitaba un respiro. Me despedí educadamente del organizador del Festival de Cine de Alicante, con quien me acababan de hacer una foto, y eché un vistazo alrededor para ver si encontraba a Roy. Como no lo vi, me acerqué a pedir una copa. El grupo de música se puso a tocar *Te entiendo,* de Pignoise, y enseguida reconocí las primeras notas de aquella canción que siempre me había gustado tanto.

—Un *gin tonic*, por favor. —Apoyé los brazos sobre la barra.

Mientras el camarero se daba la vuelta para prepararlo, cerré los ojos, ladeé la cabeza y me presioné la nuca con los dedos. Aún tenía la contractura porque, por mucho que lo intentara, los masajes de Roy siempre acababan del mismo modo. Sonreí al recordar la noche anterior, cuando sus manos habían frotado con ganas todo mi cuerpo, excepto aquel punto que tanto me molestaba y que no había parado de señalarle. «Que no se me olvide llamar mañana al fisio». Hice un leve movimiento circular con el cuello e inspiré hondo antes de abrir los ojos.

Y en el tiempo que tardó mi mente en procesar aquel perfume tan conocido, lo supe.

En esa milésima de segundo.

Antes, incluso, de escuchar aquella voz profunda.

—Hola, Blanca. No sabes cuánto me alegro de volver a verte.

Jorge estaba allí.

Es curiosa, la casualidad. Puedes pasar una década deseando ver a una persona y no tropezarte con ella, como nos había ocurrido a Jorge y a mí. Tras mudarme a Madrid, habíamos vivido en el mismo barrio sin saberlo. Estábamos a menos de diez minutos andando el uno del otro, pero no nos habíamos encontrado hasta que los dos acudimos a aquella cita, la noche de La Posada. El destino tampoco quiso que nos cruzásemos en los once años anteriores, a pesar de que Jorge me había buscado varias veces por Alicante.

Pero, esa noche, en el momento en el que había conseguido superarlo, cuando había dejado de esperarlo y había tomado las riendas de mi vida, cuando todo me empezaba a ir bien, allí estaba él. Como si lo hubiese invocado, unas horas antes, con aquel recuerdo del cine de la otra dimensión.

—Su *gin tonic,* señorita. —El camarero colocó la copa frente a mí.

Procurando no temblar, la sujeté con ambas manos y di un buen trago. Repasé mi apariencia mentalmente —«Tranquila, Blanca, justo hoy estás espectacular»— y forcé una sonrisa para que no se me notasen los nervios.

—Hola, Jorge, qué sorpresa encontrarte por aquí. —Le eché un vistazo fugaz de arriba abajo.

Estaba tan guapo como siempre, con una camisa de color claro y esos vaqueros que le sentaban de maravilla. ¿Seguiría con su chica? Intenté fijarme en si llevaba alguna alianza en el dedo, pero no me dio tiempo, porque levantó la mano para echarse el pelo hacia atrás.

—Blanca, siento mucho cómo pasaron las cosas… —me dijo.

La sonrisa congelada de mi cara tembló, así que le di otro trago a mi copa y desvié la mirada. Aproveché para saludar con un guiño a uno de los actores secundarios, que me sonreía desde el otro lado de la barra.

—Jorge, me parece que no es el momento ni el lugar para hablar de eso.

—Sí, es verdad… ¿Puedo llamarte para quedar algún día? ¿Tienes el mismo número? —me preguntó.

Asentí con la cabeza y alguien me cogió de la cintura.

—Hola, soy Roy —escuché que decía a mi lado. Al girarme, vi que le extendía la mano con una sonrisa.

—Eh… Te presento a Jorge, un… amigo de hace muchos años.

—Encantado. —Roy le estrechó la mano. Después se acercó a mi oído y me dijo en voz baja —: Blan, voy a hacer una cosa, pero no me odies, ¿vale?

—¿Qué vas a hacer? Roy, no me asustes… —pregunté, algo nerviosa con la situación.

Me guiñó un ojo y se fue directo a una tarima que había en un lateral, sobre la que tocaba el grupo. Al verlo llegar, se detuvieron y el cantante se acercó a hablar con él. Jorge y yo nos miramos antes de volvernos de nuevo hacia el escenario.

—Buenas noches a todos, y muchas gracias por venir. —Roy había cogido el micrófono y se desenvolvía con soltura—. No se preocupen, no voy a ponerme a cantar… —Se escucharon risas —. Como ya saben muchos de ustedes, este último año ha sido fantástico. El mejor de mi vida. Gracias a esta película he podido cumplir el sueño que tenía desde que era un chaval y, además, he conocido a la mujer más maravillosa del mundo… Hola, Blan. —Me mandó un beso desde el escenario y sonreí—. Creo que ha sonreído, así que eso es bueno.

Se escucharon más risas. Roy descolgó el micrófono del soporte, bajó de la tarima y tendió su mano hacia mí. Un foco lo siguió y el guitarrista empezó a tocar. Avancé un par de pasos con el corazón en la garganta.

—Alguien me dijo que las proposiciones solo se contestan si hay un anillo de por medio, así que esta vez voy a hacerlo bien… —Sacó una cajita del bolsillo y me la puso en la mano.

Al ver el logo de Bvlgari, dejé de respirar. La abrí, temblando, y descubrí una sortija de platino con un diamante enorme, rodeado de pequeños brillantes, engastados en la montura. Me llevé la mano a la boca para camuflar mi expresión de pánico. Roy se arrodilló, tomó aire y pronunció las últimas palabras que habría querido escuchar:

—Blan, ¿te casas conmigo?

Se oyeron murmullos y algún gritito. Sabía que cualquier mujer de este país habría deseado estar en mi lugar, pero yo solo quería desaparecer. Salir de allí. Que me tragase la tierra. Me giré, buscando a Jorge, pero ya no estaba. Todos me observaban, expectantes, y me di cuenta de que solo podía resolver la situación de una manera. No tenía otra alternativa, sobre todo al estar en juego nuestra carrera profesional. Me volví hacia Roy y, mordiéndome los labios, a punto de llorar de frustración, asentí con la cabeza.

Él se levantó para besarme, me puso el anillo y me abrazó con fuerza. A mí se me escaparon las lágrimas y todos los asistentes aplaudieron a nuestro alrededor.

Al día siguiente, la prensa contaría lo emocionada que estaba en ese momento, pero, al abrazarlo, solo pude pensar un «No me jodas, Roy, ¿cómo has sido capaz de hacerme esta

encerrona?».

Es curiosa, la casualidad: en un minuto recuperas al amor de tu vida, y al siguiente vuelves a perderlo.

—Blan, ¿estás bien? —Roy giró la cabeza hacia mí.

Desnudos y sudados sobre su cama, recuperábamos el aliento esa mañana de domingo. Estiré poco a poco las piernas, que tenía flexionadas, y exhalé el aire con un ligero quejido. Sentía cada músculo de mi cuerpo, incluso algunos que no sabía que existían, pero mi mente no estaba allí: desde que el jueves anterior me lo encontrase en el preestreno, no hacía más que pensar en Jorge. Por supuesto, no me había llamado y no parecía que fuese a hacerlo después del numerito improvisado de mi «prometido».

Miré a Roy. Iba a casarme con aquel chico guapísimo, un actor con talento al que admiraba, y, además, íbamos a ganar muchísimo dinero, porque esa pedida de mano en público había disparado nuestro caché. Una cosa era que los actores de moda saliesen juntos y otra, que estuviesen comprometidos. La productora había duplicado la cifra de su oferta: querían cerrar el trato cuanto antes porque sabían que, a partir de entonces, tendríamos muchas más propuestas para actuar juntos. Y así llevaba ocurriendo desde el viernes por la mañana, no solo con nuevos proyectos de cine, sino también de series, entrevistas y publicidad.

El martes aprobaríamos el contrato para rodar aquella película y, de alguna manera, blindaríamos nuestra relación, porque el proyecto se encontraba supeditado a que fuéramos pareja. «El amor vende», había dicho Angie, y la productora quería vender nuestra historia con cada entrada. Por eso habían incluido aquella cláusula tan inusual en el apartado de *marketing* y promoción: si Roy y yo lo dejábamos antes del estreno, tendríamos que pagar una buena suma en concepto de daños y perjuicios.

Necesitaba hablar con Jorge antes de firmar, pero no tenía su teléfono. Lo había borrado después de eliminar su último mensaje, aquel en el que me había dicho que iba a darle una oportunidad a Marta. En aquel momento, Roy había sido mi tabla de salvación, pero estaba a punto de convertirse en un ancla muy pesada.

Sus dedos acariciaron la piel alrededor de mi ombligo y le sonreí. Lo peor de todo era que no podía odiarlo. Roy no sabía nada de mi vida con Jorge y, después de haber bromeado con lo del anillo, seguro que había creído que a mí me haría ilusión.

—¿De verdad estás bien, Blan? Tengo la impresión de que hoy no ha sido como siempre. —Recorrió con sus dedos la piel entre mis pechos y subió hasta mi cuello—. ¿Te ha gustado, reina? ¿Te has…?

Asentí con la cabeza, sin dejarlo terminar la frase, y me acerqué a besarlo para que no me preguntase más. Era la primera vez que había fingido un orgasmo y no quería que se enterase, o pensaría que era culpa suya y trataría de enmendarlo. Y no lo era: mi cabeza estaba en otra parte, con otra persona, nada más.

—Voy a la ducha. —Me levanté de la cama.

—Voy contigo, que me apetece mucho enjabonarte…

—¡No, joder! —le grité. Roy, que ya se había incorporado, se detuvo en seco y me miró sin entender nada. Me percaté de que había elevado la voz y traté de justificarme—. Acabo de recordar que tengo que llamar a mi madre… Desde que se enteró de lo de la boda no deja de mandarme mensajes y ya no puedo evitarla más. Perdona, todo esto me tiene un poco nerviosa.

Roy frunció los labios y asintió, no demasiado convencido. Dudé si acercarme a besarlo de nuevo, pero se dio media vuelta en la cama y me dio la espalda. Cogí mi móvil, marqué el

número de casa de mis padres y aproveché la excusa para salir de la habitación.

Treinta minutos después, aún hablaba con mi madre. O, más bien, hablaba ella, que tenía muchas sugerencias de fincas preciosas para celebrar el banquete, y yo la dejaba divagar mientras intentaba acordarme de dónde tendría apuntado el número de Jorge. Se me pasó por la cabeza ir a su piso para hablar en persona, pero, después de la mala experiencia del día de las palmeras, se me habían quitado las ganas de volver por allí. Además, desde la noche del preestreno no podía salir de casa sin que me siguiesen, por lo menos, dos *paparazzi*, y una visita como esa sería difícil de justificar.

—… y la finca era preciosa. Eso sí, no sé con cuánta antelación reservaron ellos y cómo todo esto ha sido tan precipitado… —continuaba mi madre—. Los manteles y las servilletas eran morados, y los centros de mesa…

«¡Claro, la servilleta!». Caí en la cuenta de que conservaba aquel papel en el que Jorge me había apuntado su número la noche de La Posada. Debía de estar en una de las cajas de recuerdos que tenía al fondo del armario.

La interrumpí con la excusa de que estaba a punto de quedarme sin batería, no sin antes jurar que iríamos pronto a Alicante para que conociesen a ese novio tan guapo con el que me iba a casar. Corrí a la habitación para vestirme y volver a mi piso. En el pasillo me crucé con Roy, que salía del baño, recién duchado.

—¿Bajamos a tomar el *brunch*?

—Eh…, no, me voy a mi casa porque mi madre quiere que le envíe una cosa y tengo que ir a buscarla —improvisé de camino al dormitorio.

—Blanca… —Que Roy me llamase por mi nombre completo captó mi atención. Me volví hacia él, que se acercó despacio, puso las manos en mis hombros y me miró a los ojos—. Tú y yo teníamos algo muy bueno y creo que lo he estropeado todo al pedirte que te casaras conmigo. —Bajé la vista y me mordí el labio, sin saber qué responder—. Todavía estamos a tiempo de anular el compromiso si es lo que quieres, pero supongo que tendría consecuencias laborales y, de verdad, creo que esta es una oportunidad única para los dos. Es nuestro momento.

Lo miré y me di cuenta de que tenía razón. Cancelar el compromiso implicaría perder también todos los proyectos que acabábamos de conseguir.

—No quiero que te estreses por nada, reina —continuó—. Contratemos a alguien para que organice nuestra boda. Hagamos algo loco e inesperado…, no sé, algo tipo Las Vegas. ¿Te apetece? —Solté una carcajada al imaginarme a Angie vestida de Elvis—. Pero quiero que estes bien, que estemos bien, que sigamos como hasta ahora. Quiero trabajar contigo, follar contigo, reírme contigo. No quiero perderte, Blan.

Dudé. Buscar esa servilleta dejó de parecerme tan buena idea. Ni siquiera sabía lo que le diría a Jorge si la encontraba, porque no tenía ninguna pista sobre cuál era su situación. «¿Y si no ha dejado a su novia? ¿Y si solo quiere que lo perdone antes de casarse con ella? ¿Y si en esta dimensión Jorge no es para mí?». Eran muchas preguntas y tenía miedo de conocer las respuestas, por si resultaban demasiado dolorosas.

Prefería vivir anestesiada en la burbuja de placer y diversión que había creado junto con Roy, pero estaba a punto de arriesgar mi mundo perfecto por una versión de Jorge que casi no conocía. Una que ni siquiera me había llamado desde el jueves. Una de la que no sabía si aún sentía algo por mí.

Miré a Roy, que esperaba mi respuesta. Y aunque algo dentro de mí me advertía de que estaba a punto de equivocarme, me escuché decir:

—Yo tampoco quiero perderte, Roy. Me ducho y bajamos a tomar el *brunch*.

CAPÍTULO 8
NO LO HAGAS, CIELO

Jueves, 18 de septiembre de 2008

Dos noches antes de nuestra boda, ya estábamos alojados en el hotel. Nos habían reservado las doce *suites* de la última planta, pero a nuestros padres les habíamos dicho que no estarían disponibles hasta el mediodía del viernes. La noche del jueves era solo para nosotros y nuestros amigos más íntimos.

Roy estaba en otra *suite* con su primo, que había venido de Santander, y con su antiguo compañero de piso, el sevillano, a quien había conocido nada más mudarse a Madrid. Cenarían fuera y luego irían al reservado de una discoteca. Nos habían preguntado si queríamos unirnos a ellos, pero Vega, Sofía y yo preferíamos quedarnos a solas para ponernos al día, vaciando el minibar. Cada vez tenía más trabajo y menos tiempo libre para ir a Alicante a ver a mis dos mejores amigas, y esa noche quería disfrutar de ellas.

Pedimos que nos subiesen algo de picar y un par de botellas de Rioja.

—Veo poco vino —comentó Vega en cuanto se marchó el chico del servicio de habitaciones.

—Vega, cariño, es un gran reserva, selección especial… Si quieres, pedimos también que nos suban Coca Cola y nos hacemos un calimocho. —Sofía puso los ojos en blanco.

—Yo solo aviso, que os conozco. —Vega se metió un trozo de jamón en la boca y sirvió tres copas. Al terminar, nos pasó una a cada una y alzó la suya para hacer un brindis—. Bueno, por la novia, ¿no?

—Por la novia —repitió Sofía—. Aunque siempre pensé que, al final, acabarías con Jorge…

—O podía haber sido Martín —la interrumpió Vega—, no todo tiene que terminar como en la otra dimensión.

—Pues no acertasteis ninguna. Me voy a casar con uno de los hombres más deseados de este país. —Levanté mi copa, la entrechoqué con las suyas y me bebí de un trago todo el contenido.

—Vaya, empiezas fuerte. —Sofía me hizo una caricia en el brazo—. ¿Estás bien, Blanca?

La observé unos segundos y después me encogí de hombros. Me estiré a coger la botella para rellenar mi copa, pero Vega fue más rápida. La agarró del cuello y la retiró de mi alcance.

—No hay más vino hasta que nos cuentes qué te pasa —me amenazó.

—Me parece que estoy a punto de hacer la mayor estupidez de mi vida. —Coloqué la copa en la mesa y la empujé hacia ella, que vertió solo un chorrito. Hice un gesto con la mano para indicarle que echara más.

—Al final va a faltar vino, tenías razón —murmuró Sofía, y Vega levantó las cejas con cara de «Te lo dije».

—El otro día soñé que iba a casarme con Roy y, de repente, tenía la cara de Jorge. Y me decía que no lo hiciera.

Mis amigas se miraron. Hacía tiempo que no me oían hablar de él, pero en el fondo sabían que todo lo que me había guardado, fingiendo que no pasaba nada, saldría tarde o temprano.

El año anterior, cuando Jorge había decidido volver con Marta, yo había sufrido una auténtica conmoción. Los seis primeros días no paré de llorar por las noches, sola en casa, mientras le daba vueltas al tema e imaginaba que había hecho las cosas de otra manera. «Si lo hubiera invitado a la boda de Sofía —pensaba—. Si le hubiera preguntado por aquellos Tampax. Si nunca lo hubiera dejado irse a Connecticut…». Me dolía muchísimo que todas aquellas decisiones hubieran tenido consecuencias que no supe prever. Deseé con fuerza volver al pasado o incluso a la otra dimensión. Pero cada mañana, al levantarme, el tatuaje de mi muñeca me recordaba que seguía ahí, en esa realidad cruel en la que Jorge ya no formaba parte de mi vida.

El séptimo día había decidido centrarme en lo que había conseguido en los últimos meses, sobre todo en mi carrera, que despegó con fuerza cuando entré de la mano de Roy en aquel evento del año. Me convencí de que era la mejor forma de superar mi ruptura bidimensional.

Y creía haberla superado hasta que vi a Jorge en la fiesta del estreno, hacía ya cinco meses, la noche de mi pedida de mano. Como no me volvió a llamar, supuse que había sido un encuentro fortuito y di por hecho que aún seguía con Marta. Mis amigas, conscientes de lo mucho que me había dolido perderlo, no hicieron más preguntas.

En aquel momento, todas nos entusiasmamos por mi boda con Roy, pero esa noche, en el hotel, las notaba muy desconcertadas e intentando entender aquel sueño. No sabían a qué atenerse.

—¿Quién te decía que no te casaras? —Vega me miraba, confusa—. ¿Jorge o Roy?

—Jorge. Es decir, Roy, que se convertía en Jorge, y me pedía que no me casase con Roy… O eso creo, no lo tengo muy claro —les expliqué, consciente de la lógica absurda que siguen los sueños—. Pero lo que recuerdo perfectamente era su voz, la voz de Jorge, que me decía: «No lo hagas, cielo». —Di un trago a la copa.

—Blanca, estás a tiempo de no casarte… —empezó a decir Vega.

—Sabes que no es verdad —la interrumpí. Extendí los brazos y señalé a mi alrededor—. Mira dónde estamos. El hotel, el banquete, el traje de novia… Todo esto me lo han regalado porque he firmado exclusivas y contratos de promoción. Pero no es gratis. Detener la boda tendría muchísimas consecuencias legales… y laborales. —Me entró la risa floja—. Esto se me ha ido por completo de las manos.

—Pero ¿qué pasa con Roy? ¿No lo quieres? —preguntó Sofía.

Negué con la cabeza y la risa se transformó en llanto nervioso. Nunca había querido a Roy, no en el sentido romántico de la palabra, no como para casarme con él.

Sofía me apartó el pelo de la cara y me miró a los ojos:

—Escúchame, Blanca, no tienes que hacer nada que no quieras hacer.

—No sé cómo he acabado aquí, Sofi, no sé en qué momento se complicó todo…

—Aún puedes detener la boda y no complicarlo más. Te lo digo por experiencia, que yo también metí la pata en la otra dimensión. Hasta el fondo. —Sofía me limpió las lágrimas y me sonrió—. Decide primero si quieres estar con Roy o con Jorge, y luego ya veremos cómo salimos de esta.

—Ojalá fuera tan fácil… —Suspiré—. Roy y yo tenemos una relación que funciona en

muchos aspectos, aunque no me salgan corazoncitos de los ojos cada vez que nos miramos. Y con Jorge… Ni siquiera sé lo que hay entre nosotros, no he vuelto a saber de él desde la noche del estreno.

—¿No has pensado en llamarlo? —preguntó Sofía, extrañada.

—No tengo su número. —La semana anterior había buscado por todas partes aquella servilleta en la que me había apuntado su móvil la noche de La Posada, pero debía de haberla perdido.

—¿Has probado a ir a su casa? —preguntó Vega. Negué con la cabeza y ella gritó entusiasmada—: ¡Vamos ahora!

—No creo que sea una buena idea —la frené.

—¿Por qué?

—Primero, porque hay prensa abajo, en la puerta del hotel. Nos seguirían y todo esto se convertiría en un circo. Segundo, porque Roy no se merece que dos noches antes de nuestra boda vaya a buscar a otro a escondidas. Una cosa es que no esté enamorada y otra, que lo traicione. Y tercero, porque no sé nada de la vida de Jorge ni de lo que le pasa por la cabeza. No me llamó ni me mandó un solo mensaje, ni aunque fuera para despedirse. ¿Vale la pena arriesgarlo todo sin saber lo que siente por mí? Si por lo menos tuviera alguna pista…

Nos quedamos en silencio y nos terminamos las copas. Vega las rellenó hasta que vació la segunda botella. Después se levantó despacio y, tras descolgar el teléfono fijo que había en una mesita, se giró hacia nosotras.

—¿Cómo habéis dicho que se llamaba ese vino? Voy a pedir más.

Dos días más tarde me casé con Roy. Fue una boda diferente y atrevida, poco convencional. La ofició un concejal amigo de Angie, y nuestra repre fue la maestra de ceremonias. Yo iba vestida con un traje de chaqueta blanco y una pamela enorme, al estilo de Bianca Jagger. Roy llevaba uno de tres piezas en color *beige*, con la cadena de un antiguo reloj de su abuelo asomando del bolsillo. No dejamos a nadie indiferente: «Que ROYazo tienen», lo tituló el *Cuore*. «¿De qué vais disfrazados?», preguntó mi madre.

Lo celebramos en la terraza del hotel, que tenía unas vistas espectaculares de Madrid. Los camareros ofrecían *sushi*, jamón, quesos y cócteles con nombres raros. En vez del típico banquete, había un *showcooking* y un *buffet* autoservicio, en el que los invitados podían probar comida de diferentes países. La gente se divirtió muchísimo, excepto mis padres y los de Roy, que se habían hecho muy amigos y se juntaron en un rincón para criticarnos.

—No entiendo por qué no han querido hacerlo en una finca, como su prima —decía mi madre cuando nos acercamos—. Tenían unos manteles morados preciosos…

—Lo mismo le he dicho a Rodrigo —le respondió mi suegra—, pero dice que ellos son modernos y que esto les gusta más… ¡Qué le vamos a hacer!

—Mamá, te he dicho mil veces que me llames Roy.

—¡Ay, hijo, es que no me sale! Yo, como mucho, te puedo llamar Rodri.

Roy puso los ojos en blanco y yo me reí. Mi madre se acercó a colocarme bien la solapa de la chaqueta, refunfuñando porque en cualquier momento se me iba a salir un pezón.

—¿No te sientes como si tuvieras trece años? —le susurré a Roy, y él sonrió con complicidad.

—A mí lo que me da pena es que no hayan venido los abuelos —dijo su madre.

Sus abuelos y los míos ya estaban bastante mayores para una boda en la que se cenaba de pie, así que les prometimos que pasaríamos a verlos muy pronto y haríamos una pequeña celebración

privada en cada ciudad.

Antes de que volviésemos a explicarles, por enésima vez, que esa boda era más para la prensa que para las familias, apareció Angie.

—Perdonad, pero me tengo que llevar a la parejita. Hay un director que les quiere dar la enhorabuena… —nos agarró a cada uno de un brazo.

Mientras Angie nos arrastraba al otro lado de la terraza, saludamos con la cabeza a su hermana y a mi hermano, que charlaban animados con algunos actores de la serie *Física o química*. Roy le dio unas palmaditas en la espalda a su amigo el sevillano, que le contaba chistes a Maribel Verdú. Me reí al pasar junto a Vega, que estaba entusiasmada por haberse reencontrado con Hugo Silva.

—¿De verdad no te acuerdas de mí? —le preguntaba, sorprendida ante la negativa del actor —. Nos vimos en la puerta del Sol hace unos años… Por cierto, ¿nos hacemos una foto? Esta vez sí que me he traído la cámara. David, amor, haznos una foto —le pidió a su marido.

Raquel, embarazada de cinco meses, se quejaba porque no podía comer de ese jamón que tenía tan buena pinta. A su lado, Santi se abanicaba la boca, con lágrimas en los ojos, porque Sofía y Alba lo habían hecho creer que aquel cuenco de *wasabi* junto al *sushi* era, en realidad, guacamole.

Eché de menos a Martín, que había declinado la invitación con la excusa de que no le parecía apropiado asistir a la boda de su exnovia. De haber venido de otro, lo habría creído, pero, en nuestro caso, el problema era Roy. Nunca le había caído bien y yo sabía que aquel rechazo era mutuo. La tensión podía cortarse si estaban los dos en el mismo lugar.

—¿Estás segura de que quieres casarte con él? —me había preguntado Martín por teléfono un par de días después de que saltara la noticia—. Te he visto la cara en una revista y no pareces exactamente feliz.

Me conocía demasiado bien después de los nueve años que habíamos pasado juntos. Sabía interpretar mis gestos, por eso era el único que se había dado cuenta de mi mirada de frustración.

—Es bueno para mi trabajo —le había respondido para no mentir.

—No todo es trabajo, Blanca, no te escudes siempre en eso.

Angie se detuvo delante de un chico joven, de unos treinta y pocos. Sonreí al reconocerlo del futuro. Aún no era demasiado famoso, pero yo sabía que, en unos años, conseguiría lo imposible.

—Te presento a la parejita, Jota.

—Angie, ¿nunca paras de trabajar? —le contestó a mi repre, que soltó una carcajada.

Brindamos con aquel director, por nuestra boda y por sus próximos proyectos. Luego con un matrimonio de productores muy reconocidos a nivel internacional, a quienes también nos presentó. Más tarde, con tres miembros de la Academia de Cine, una figurinista, dos directoras de *casting*, el ganador del Goya al mejor actor secundario… No conocíamos ni a la mitad de los asistentes a nuestra boda, porque Angie se había encargado de confeccionar la lista de invitados.

Cuando nos dimos cuenta, eran las ocho de la mañana y llevábamos una buena tajada con tanto brindis. Nuestra *suite* estaba solo una planta por debajo de la terraza, pero tardamos casi veinte minutos en llegar, incapaces de pulsar el botón correcto en el ascensor.

—Creo que le has vuelto a dar al tres… —me reí en cuanto se abrieron las puertas y volvimos a ver esa enorme lámpara de cristal en medio de tanta oscuridad.

—¿Estás segura, Blan?

—Sí.

—Joder. —Pulsó otro botón y las puertas se cerraron de nuevo. Al abrirse, Roy asomó la cabeza a un *lobby* de paredes de color rojo brillante—. Y este es el seis… Es oficial, Blan, tienes

un marido gilipollas.

—¡Qué bien! Tengo un marido gilipollas… —repetí, y me entró un ataque de risa etílica. De repente, fui consciente de lo que significaba aquello y me detuve en seco, sorprendida—. ¿Sabes que eres mi marido?

—¿Es una pregunta trampa? —Roy enarcó una ceja. Sin dejar de mirarme, pulsó un botón al azar.

—No, es que nunca había tenido un marido.

—Pues ahora tienes uno, y esta noche tienes que acostarte con él… Lo dice la ley. —Levantó las manos en el aire, dando a entender que no era una invención suya.

Las puertas del ascensor se abrieron otra vez y nos asomamos. Vimos aquel poema escrito en diferentes idiomas sobre las paredes negras, con la franja de luz roja en la parte inferior.

—Es esta —susurré, y me puse el dedo sobre los labios—. No hagas ruido, no quiero despertar a mis padres y que me vean borracha.

Roy asintió con la cabeza y me dio la mano al salir del ascensor. Caminábamos despacio, en silencio, como si fuéramos dos adolescentes que llegaban tarde a casa. Al llegar junto a la puerta de nuestra habitación, me miró, asustado.

—Dime que tienes una llave, por lo que más quieras, Blan —me rogó entrelazando las manos —. Si no, dormiremos en el pasillo. Soy incapaz de volver a esta planta si bajamos a recepción y nos metemos otra vez en ese maldito ascensor.

Solté una carcajada nerviosa e intenté recordar. Angie me había entregado una tarjeta un par de horas antes. «Toma, la llave —me había dicho—. Guárdatela en la chaqueta, no la vayas a perder». Metí la mano en el bolsillo de mi *blazer* y sonreí. Allí estaba. La saqué y la sacudí en el aire, delante de la cara de Roy.

—Por suerte, tú no tienes una mujer gilipollas.

—Soy un tío tan afortunado… —Roy me abrazó desde atrás y me besó el cuello mientras yo introducía la tarjeta en la ranura.

Entramos dando un traspié. Nos desnudamos como pudimos y nos dejamos caer en la cama. En cuanto mi cuerpo tocó el colchón, me subió de golpe todo el cansancio.

—Roy, solo necesito cerrar los ojos cinco minutos ¿vale?, pero después hacemos lo que marca la ley.

Ni siquiera supe si me contestó. En cuanto acabé la frase, caí profundamente dormida.

Me desperté, muy resacosa, sobre las seis de la tarde. Me habría quedado durmiendo, pero recordé que cenábamos con los amigos y la familia para despedirnos: al día siguiente, todos regresarían a casa. Fui a comprobar la hora en el móvil, pero no estaba en la mesita. Me di cuenta de que llevaba sin usarlo desde la tarde del viernes, porque me había quedado sin batería antes de ir a cenar y lo había puesto a cargar en algún lugar de la *suite*.

Salí de la cama y, sujetándome la cabeza, di un par de vueltas de reconocimiento, sin acordarme de dónde lo había dejado. Lo encontré sobre el brazo del sofá. Retiré el cargador y lo encendí. Al introducir el pin, recibí docenas de mensajes y de llamadas perdidas. La mayoría eran de amigos o conocidos que me daban la enhorabuena por mi boda, pero hubo uno que me llamó la atención: me había llegado a las 21:38 del viernes, desde un número que no tenía registrado. En cuanto lo leí, me puse a temblar.

«No lo hagas, cielo».

Escuché el ruido del agua en la ducha. Roy se acababa de levantar y me pedía que me uniese a él debajo de aquella cascada porque, según sus palabras, teníamos que consumar el

matrimonio. Lloriqueaba, quejándose de que llevaba casi tres días sin tocarme. Le pedí un minuto y le aseguré que iría enseguida.

Volví a leer el mensaje de Jorge. Quise contestarle que lo había visto demasiado tarde, que lo echaba de menos y que, tal vez, las cosas habrían sido diferentes si me hubiera llamado para tomarnos un café, como me había propuesto la noche del estreno… Pero enseguida me di cuenta de que cualquier respuesta que le diera solo nos haría más daño a los dos.

Miré mi anillo. Acababa de casarme con Roy y tenía que ser consecuente con mis decisiones.

Borré el mensaje de Jorge, aunque guardé su número en la agenda.

Por lo que pudiera pasar.

CAPÍTULO 9
WHISKY CON HIELO

Miércoles, 15 de julio de 2009

Llegué al restaurante pasadas las diez, maquillada y peinada como el personaje de nuestra última película: un ama de casa de los años cuarenta que, por amor a su marido, acababa convertida en espía en la España de la postguerra civil.

El rodaje llevaba una hora y media de retraso, así que, al terminar mi último plano del día, había ido corriendo al camerino para cambiar el traje de chaqueta con falda lápiz por unos *shorts* vaqueros, camiseta blanca y sandalias negras de estilo gladiador. Sabía que aquel semirecogido con las ondas marcadas quedaba fuera de lugar, pero me habían puesto tanta laca que la única manera de deshacerlo habría sido lavándome el pelo, y ya no me daba tiempo. Cogí el bolso y pasé por el *set* para avisar a Roy, al que aún le quedaban un par de planos por grabar, y le supliqué al auxiliar de producción que, en lugar de conducir, volara.

—Buenas noches, tenía una reserva a las nueve y media, pero se me ha hecho un poco tarde… —le dije al *maître*—. Creo que mis amigos ya están aquí.

—A nombre de…

—Blanca Suárez.

—Acompáñeme, por favor.

Habíamos quedado para cenar con Vega, David, Martín y Gloria, que pasaban esa noche en un hotel de Madrid. A la mañana siguiente, las dos parejas cogerían un vuelo a México, donde pasarían diez días de vacaciones. Para ser sincera, me daban bastante envidia, no solo porque estarían tomando margaritas en la playa mientras nosotros trabajábamos todo el verano en la capital, sino también porque los viajes con mis amigos eran muy divertidos y me habría encantado que nos fuésemos con ellos.

Llevábamos fantaseando con viajar a Cancún, por lo menos, una década. «Iremos en 2009, que ya habremos cumplido todos los treinta, y nos pondremos hasta el culo de coco locos», solíamos decir. El plan original incluía también a Raquel y Santi —que estaban desaparecidos desde que habían tenido al bebé—, y a Sofía y Alba, a quienes ese año les había resultado imposible cuadrar las vacaciones porque ya no trabajaban juntas.

A mí me lo habían preguntado unos tres meses antes, cuando estaban a punto de sacar los billetes, pero Roy acababa de perder mucho dinero con una mala inversión y, tal y como estaban poniéndose las cosas por la crisis económica, no quiso rechazar ningún proyecto, sobre todo si

estaba tan bien pagado como el que rodábamos ese verano.

—La fama es efímera, Blan, y nuestra última peli no tuvo tanto éxito como esperaban en la productora… En cualquier momento se nos puede terminar el chollo —me había dicho. Y aunque en eso estábamos de acuerdo, que al viaje fuera Martín, con quien nunca había congeniado, también influía un poco.

El *maître* se detuvo en el reservado, donde todos se levantaron de la mesa y me hicieron la ola.

—Presenciamos, con emoción, el momento en el que Blanca llega tarde por primera vez en su vida. —Vega aplaudía con ganas y los demás hacían ruidos de ovación. Al fijarse en mi peinado, se paró en seco—. ¡Joder! Alerta, tendencia: pero ¿qué coño te has hecho? —preguntó tocándome el pelo con el dedo estirado como si fuera E.T.

—Los años cuarenta… Vengo directa del rodaje. —Vega siguió con los toquecitos, embelesada, hasta que le aparté la mano de un manotazo—. Roy sigue todavía allí.

—¿Lo esperamos para cenar? —Martín se había acercado a darme dos besos.

—No, vamos pidiendo, que no sé cuánto tardará. —Saludé a los demás y nos sentamos a la mesa.

Lo pasamos muy bien en la cena. Aquel restaurante era un poco pijo, pero la comida era fantástica. Y la cara que puso Vega al enterarse de que el aperitivo que tanto le había gustado llevaba lengua de vaca no tuvo precio. Pedimos también un par de botellas de vino. Acababan de traernos la segunda, cuando David se puso nostálgico.

—¿Os acordáis de la vez que estuvimos en aquel hostal…?

—Sicilia, 1912 —lo interrumpí, poniendo los ojos en blanco—. A ver si este verano en México os pasan muchas cosas y renováis el repertorio.

Vega soltó una carcajada y todos nos reímos.

—Vaaale, tienes razón. —David levantó su copa para hacer un brindis—. Por los que no vienen de viaje, que tendrán que soportar nuestras nuevas batallitas durante muchos años.

—Que os den por culo. —Entrechoqué mi copa con las suyas, una por una, mientras se reían. Al cruzar la mirada con Gloria, le guiñé un ojo.

Roy llegó una hora y media después, mientras terminábamos el postre. Saludó con desgana a mis amigos y se dejó caer en la silla vacía que había a mi lado.

—*Whisky* con hielo —le pidió al camarero, que se había acercado a nosotros.

—Muy bien, señor. La cocina cerrará en veinte minutos, por si desea pedir algo de comer… —empezó a decir, pero Roy hizo un movimiento con la mano para indicarle que no quería nada.

—¿Solo *whisky*? —le pregunté en voz baja.

—No empieces —respondió con brusquedad—. Llevo currando desde las ocho de la mañana y me voy a tomar una copa para relajarme.

Apreté los labios para no discutir delante de mis amigos. No habíamos tenido un buen día: la jornada de rodaje se había complicado más de la cuenta y los dos estábamos nerviosos, pero no era necesario que se pusiera tan borde.

Llevábamos casados algo menos de un año y, aunque en lo profesional disfrutábamos de un buen momento, nuestra relación ya no era igual que al principio. Desde hacía dos o tres meses me daba la sensación de que Roy bebía más de lo habitual: si algo no iba como él esperaba, se tomaba una copa y, una vez se había tomado la primera, le costaba demasiado parar. Había dejado de ser el tío despreocupado de siempre a agobiarse por todo.

La última película que habíamos estrenado no había sido un éxito de taquilla —como recordaba que lo fue en la otra dimensión—, y que se desplomasen las acciones en las que había invertido tanto dinero había supuesto un buen revés en nuestra economía, pero no parábamos de trabajar. Hacía muchos meses que encadenábamos un proyecto tras otro —algunos incluso se solapaban— y ambos estábamos agotados. Yo le había insistido varias veces en que debíamos bajar un poco el ritmo y tomarnos un descanso, pero Roy no quería ni oír hablar del tema.

—Hoy estamos arriba y mañana estamos abajo —me repetía—. Tenemos que aprovechar este momento porque no sabemos cuánto va a durar. No te preocupes, reina, puedo con ello.

Pero cada vez tenía más claro que Roy no podía con ello. Las circunstancias habían empezado a superarnos, sobre todo a él. Y, si en algún momento había pensado que nuestra relación se sostendría al compartir aficiones y metas comunes, hacía bastante que ya no nos divertíamos juntos, ni dentro ni fuera del dormitorio. Estaba conociendo su peor parte y no me gustaba nada.

El camarero trajo el *whisky* y lo dejó en la mesa. Roy se lo bebió de un trago y le hizo un gesto con la mano para que le sirviera uno más.

—¿Otro? —pregunté, sorprendida.

—¡Hostia, Blan! ¡¿Ahora vas a contarlos?! No me jodas, que sabes que llevo un puto día de mierda… —Dio un golpe al dejar el vaso vacío en la mesa.

—Eh, tío, tranquilo, que no te ha dicho nada como para que le hables así —soltó Martín, muy serio.

Roy se volvió hacia él y entornó los ojos. Martín le sostuvo la mirada, desafiante. En un segundo, el ambiente se cargó con toda aquella testosterona.

—No me digas cómo hablarle a mi mujer. —Roy pronunció despacio aquella frase, haciendo hincapié en las dos últimas palabras. No quise echar más leña al fuego, así que me mordí la lengua para no contestar que yo no era la propiedad de nadie. Se levantó, sacó un billete de cincuenta euros de la cartera y lo dejó sobre la mesa—. Te veo en casa, reina.

Al agacharse para darme un beso, le aparté la cara. Resopló por la nariz y salió del reservado murmurando.

Nos quedamos en silencio, tensos, sin saber cómo reaccionar.

—No necesito que me salves siempre —le dije a Martín.

—Perdona, Blanca, pero no me gustaba ni un pelo cómo te estaba tratando.

—Está muy estresado —dije para quitarle importancia, aunque por dentro estaba enfadadísima con Roy.

—Blanqui, no lo defiendas, se ha comportado como un gilipollas —me contestó Vega—. ¿Siempre es así?

Negué con la cabeza y desvié la mirada. Era la primera vez que me montaba una escena como aquella, aunque llevaba semanas bastante arisco. «Tengo que hablar muy seriamente con Roy. Así no podemos seguir». Gloria estiró el brazo para cogerme la mano y sonreí al apretársela.

—¿Os apetece que vayamos a un karaoke? —sugirió Vega, y yo me reí de la cara de tortura que puso Martín.

Volvimos al karaoke casposo en el que habíamos estado hacía un par de años. A los dos nos dio la impresión de que no había cambiado en absoluto.

—Juraría que hasta el señor que imita a Nino Bravo es el mismo. —Martín señaló el escenario y yo solté una risita.

Nos acomodamos y pedimos las copas. En cuanto nos trajeron el archivador y los papelitos para pedir las canciones, Vega y David se lanzaron sobre ellos como si fueran hienas. Mi amiga fue más rápida: consiguió coger antes el bolígrafo y tomó el control de la situación.

—Blanqui, ¿cantamos la de Camilo Sesto? —me preguntó Vega, que apuntaba en el papel el número que correspondía a ese tema tan famoso.

—Mejor salid vosotros, yo no tengo mucho cuerpo de fiesta hoy.

Vega levantó la mirada y arrugó la nariz en un gesto de fastidio. Su marido aprovechó ese momento de vulnerabilidad para quitarle el boli. Se pelearon por él, como si tuvieran tres años, hasta que a Gloria se le ocurrió pedirle otro al camarero. Menos mal que a ese viaje iba alguien sensato…

En cuanto sonaron los acordes de *Vivir así es morir de amor*, David y Vega corrieron al escenario. Gloria se levantó y tiró un par de veces del brazo de Martín, que negó con la cabeza y puso cara de pena para que lo dejara quedarse en el sofá.

—Vale, chulo, pero solo hoy y para que Blanca no se quede sola…

Martín hizo un gesto afirmativo y le guiñó un ojo. Ella le dio un beso rápido antes de subir a la tarima, desde donde mis amigos le hacían señas.

—Parece que os va genial —le comenté.

—Sí, estamos muy bien. —Sonrió al mirarla.

En el escenario, los tres intentaban llegar a la nota más alta del estribillo. Vega cambió la letra original de la canción por un *Me la comíía.…*, y Gloria soltó un bufido. Desde los sillones, nosotros nos reímos también.

—Me alegro mucho, Martín. —Me dio unas palmaditas en la rodilla y me giré hacia él.

—Perdona si antes me ha salido el machito que llevo dentro. Me ha molestado mucho que te hablara de esa manera, pero sé que me he metido donde no me llamaban —se disculpó. Fruncí los labios, transformando mi sonrisa en una mueca tensa, y volví a mirar al escenario—. ¿De verdad estás bien, Blanca? Últimamente solo te escucho hablar de la crisis y de los nuevos proyectos que vais a rodar juntos. No paras de trabajar…, y me habría encantado que vinieras a Cancún.

—A mí también, pero es una época complicada.

—Lo es para todos. —Dio un trago a su cubata—. Mira, Blanca, por todas las cosas que me has contado sobre el otro futuro, estoy seguro de que mi vida es mejor ahora gracias a ese viaje en el tiempo. También la de David, Alba y tus amigas. Por eso no me parece justo que tú no seas feliz…

—Yo no me puedo quejar —lo interrumpí—. Tengo mucho trabajo y me encanta lo que hago. Habría pagado por esto en la otra dimensión. —Solté una risita—. Y Roy y yo nos llevamos bien, pero cualquiera puede tener un mal día. —«O un par de malos meses», añadí para mí.

Pareció que Martín iba a decir algo más, pero el poco público que había en la sala se puso a aplaudir y nosotros también nos unimos. Nuestros amigos bajaron del escenario y volvieron a sentarse en los sofás.

—Vega, busca la de *Mucho mejor*, de Los Rodríguez, y subo a cantarla con vosotros. —Traté de parecer más animada. No quería que me preguntaran nada más.

Un par de horas más tarde me despedía de todos en la puerta de su hotel.

—Pasadlo muy bien, cabrones. —Los abracé con cariño, uno por uno. Me había divertido mucho esa noche y habría dado lo que fuera por pasar de todo y acompañarlos—. Tomaros unos cuantos coco locos a mi salud.

—¡Cuenta con ello! —Vega me estrechó con fuerza, me dio un beso ruidoso en la mejilla y susurró—: ¿Seguro que estás bien, Blanqui? —Asentí con la cabeza—. No le debes nada a Roy. Si se pone gilipollas otra vez, mándalo a la mierda y vente con nosotros.

—Vale, tía —me reí al separarnos.

Lancé unos cuantos besos con la mano, me subí en un taxi para volver a casa y crucé los dedos deseando que Roy ya estuviera dormido.

Al día siguiente, cuando cortamos para comer, le dije a la ayudante de dirección que no tenía mucha hambre y que prefería aprovechar esa hora para descansar. La chica me acompañó a mi camerino, pero antes hicimos una parada en la mesa del *catering*, de la que pillé una botella de agua y un par de manzanas verdes, de esas ácidas que me gustaban tanto.

Al cerrar la puerta, respiré hondo. Había sido una mañana bastante intensita. Desde que se había marchado del restaurante la noche anterior, solo había intercambiado cuatro frases con Roy, exactamente las mismas que se decían nuestros personajes. Habíamos tenido que repetirlas varias veces, porque, por supuesto, no sonábamos todo lo cariñosos que a la directora le habría gustado. «Demasiado agradable estoy siendo para la escenita que me montó anoche». En días como esos, odiaba trabajar con mi marido porque tenía que besarlo con dulzura, aunque lo que me apeteciese de verdad fuera darle un rodillazo en los huevos. En fin. Gajes del oficio.

Mordí, distraída, una de las manzanas mientras conectaba el móvil. Enseguida me llegó un mensaje de Sofía: «Llámame cuando puedas hablar».

—Hola, guapa, ¿cómo estás? —contestó al segundo tono, como si esperase, nerviosa, mi llamada.

—¿Sofi? —Sonreí al escucharla al otro lado de la línea—. ¿Te ha dicho Vega que me llames después de lo de ayer?

—¿Qué es lo de ayer? Yo solo quería saber qué tal te va todo… —Dejó la frase a medias y suspiró. Luego cambió ese tono evasivo que no le pegaba nada para volver a sonar mucho más directa, como era ella—: Bueno, sí, me lo ha contado, para qué nos vamos a engañar.

—Solo tuvimos un día de mierda.

—Dice Vega que se portó como un auténtico capullo…

—Sí, es cierto, pero ya lo hemos arreglado —la interrumpí.

No sé por qué no le conté la verdad. Supongo que aún estaba demasiado molesta por el numerito de Roy y quería evitar hablar sobre ello. Solía encantarme ser el centro de atención, pero no que se compadeciesen de mí. Y, desde la noche anterior, mis amigos no paraban de preguntarme si estaba bien.

No tenía ganas de volver a tener con Sofía la misma conversación de antes de mi boda, ni de oír el discurso de «La vida es muy corta para no ser feliz» que ya me sabía de memoria. Era muy consciente de que, en otras circunstancias, nunca me habría casado con Roy, pero mi relación estaba tan unida a mi carrera que era casi imposible separar la una de la otra. A mis amigas, el viaje en el tiempo les había regalado la oportunidad de conseguir a sus grandes amores. A mí me había salido peor en esta dimensión, pero a cambio tenía el trabajo de mis sueños.

—Solo estamos un poco estresados, pero no nos va mal —repetí, porque aún no quería enfrentarme al hecho de que mi marido bebía más de la cuenta y que, si continuaba así, tendría que tomar una decisión mucho más drástica que no solo afectaría a mi vida personal.

—¿Estás segura, Blanca? —insistió Sofía.

—Sí —respondí, tajante, y cambié de tema—. ¿Qué tal la empresa? ¿Has conseguido ya que Alba se decida a trabajar contigo?

—No, no hay manera, no se quiere mover de la asesoría —dijo, abatida—. Me estoy planteando en serio que quizá tenga algo con Olga…

—Pero ¿qué dices? —Estuve a punto de atragantarme, así que me incorporé en el asiento y bebí un poco de agua antes de volver a preguntar—: ¿Has hablado con ella?

—Sí, y dice que son todo imaginaciones mías, que a su amiga le gustan los hombres, pero, no sé, no me lo acabo de creer… Fue tan efusiva al conocer a Roy que me da la sensación de que lo hizo para esconder algo. Creo que estoy celosa, Blanca. Muy celosa.

—Tú nunca has sido celosa.

—Lo sé, y me cuesta un poco gestionarlo. Supongo que era más fácil en la otra dimensión, cuando no estaba enamorada de David. Perdí tanto al viajar al pasado que me aterroriza perderla a ella también, porque entonces me quedaría sin nada. —Sofía suspiró—. Hay veces que me encantaría volver y solo tener que cambiar a David por Alba. Ojalá fuera tan fácil.

—Sofi, tienes que relajarte. Yo confío en ella y tú deberías de hacer lo mismo. Si dice que solo son amigas, estoy segura de que solo lo son… —Intenté encestar el corazón de la manzana en la papelera que había junto a la puerta. Como era de esperar, rebotó en el borde y cayó fuera. Me levanté para recogerlo.

—Qué mal se nos dan nuestras propias relaciones y qué bien las de los demás —se lamentó Sofía.

—A la única que le va bien es a Vega. Debería aconsejarnos a todas.

—Supongo que nadie tiene una vida perfecta…. —Dejó la frase en el aire, pensativa—. En fin, Blanca, si necesitas hablar de cualquier cosa, ya sabes dónde estoy.

—Lo mismo digo, Sofi. Y deja de montarte paranoias con Olga y tu mujer. Hazme caso. Estoy convencida de que no hay nada entre ellas.

Después de colgarle a mi amiga, me puse los auriculares del iPod y me tumbé en el sofá, mordisqueando la otra manzana. Escuchaba *Pienso en aquella tarde,* de Pereza, cuando llamaron a la puerta.

—Pasa —dije sin moverme, convencida de que era la ayudante de dirección.

—¿Blan? —Roy entró en el camerino.

Lo miré de reojo y fingí concentrarme en la pantalla. Se acercó al sofá y señaló el hueco que quedaba libre a mis pies. Estiré las piernas para evitar que se sentase.

—Estoy muy enfadada contigo, aunque haya tenido que besarte varias veces esta mañana.

—Lo he notado, sobre todo por la forma en la que me has mordido el labio al terminar. —Roy echó un vistazo alrededor y cogió una silla. La colocó junto al sofá y se sentó.

—¿Qué quieres? Es mi hora de descanso. —Pulsé varias veces el botón del iPod, como si buscara una canción.

—Reina, siento mucho lo de ayer. Aunque me joda admitirlo, tu noviete tenía razón. No debería de haberte hablado así. —Puso la mano sobre mi pierna y lo miré—. Admito que últimamente bebo más de la cuenta, y sé que eso te preocupa. Estoy un poco asustado por… el futuro. —Desvió la mirada, abstraído—. Con esta crisis no sé lo que nos va a pasar y me agobia imaginar que, de repente, se caigan un par de proyectos y nos quedemos sin trabajo los dos, porque como siempre actuamos juntos…

—Eso es cosa de Angie, a mí no me importaría actuar sola —lo interrumpí—. Tuve un par de propuestas, pero ella insistió en que las mejores ofertas son las conjuntas porque la gente prefiere vernos en pareja. Ya sabes, el amor vende.

—Lo sé, Blan, ese no es el problema…

Me incorporé en el sofá y tiré despacio del cable de los auriculares para quitármelos.

—¿Y si nos damos una tregua? —le propuse—. Sé que no podemos irnos de vacaciones un mes, pero sí un fin de semana, a la playa o a un *spa*. A descansar, relajarnos, dejar que nos den unos masajes…

—Suena muy bien. —Me acarició la pierna, subiendo la mano desde la pantorrilla hasta el muslo, y se acercó a besarme en el cuello—: Voy a hacer que vengas a trabajar el lunes muy muy relajada —susurró.

—¿Por qué no le preguntas a Aitana, de producción? —Lo empujé con suavidad para apartarlo. Aún estaba un poco resentida con él—. Seguro que puede recomendarnos algún sitio.

—Vale. —Suspiró al ponerse de pie, y sacó un cigarrillo del paquete. Después, se palpó los bolsillos, algo angustiado.

—Llevo fuego en el bolso, si lo necesitas. —Le señalé el perchero y volví a tumbarme en el sofá.

—No es eso, Blan —Miró por el suelo y debajo de su silla—. ¿Has visto mi Moleskine? Estaba seguro de que la llevaba encima al llegar… —Salió corriendo del camerino.

«¿Qué pasa con esa libreta?». No era la primera vez que Roy se agobiaba por no tenerla a mano. Me coloqué los auriculares. Estaba a punto de pulsar el *play* cuando volvieron a llamar a la puerta.

—¿La has encontrado? —Di por hecho que era otra vez mi marido, pero era la ayudante de dirección, que venía a buscarme para volver al trabajo.

—Blanca, es la hora. Te esperan en peluquería.

Dejé el iPod en la mesa y suspiré. Entre unos y otros, no me habían dejado descansar.

CAPÍTULO 10
ZUMO, TOSTADAS Y HUEVOS REVUELTOS

Viernes, 25 de septiembre de 2009

El verano transcurrió mucho más deprisa de lo que me esperaba. Después del incidente de la cena, Roy y yo disfrutamos de un fin de semana fantástico en un *spa* en Lanzarote. No era lo mismo que viajar diez días con mis amigos, pero el sitio era espectacular, lo pasamos genial y Roy cumplió su promesa: el lunes volví a trabajar muy muy relajada.

El número de fiestas a las que solíamos asistir también disminuyó en agosto, porque todo el mundo estaba en alguna playa de vacaciones. Y, aunque el rodaje de esa película duró hasta final de mes, la tensión que arrastrábamos disminuyó muchísimo.

Pero llegó septiembre y, con él, la nueva temporada de saraos. Los compromisos aumentaron y también nuestro nivel de estrés. Habíamos empezado otro proyecto, cuyo director no se entendía nada bien con Roy y lo obligaba a repetir sus planos más tomas de las necesarias. Por las noches, en lugar de descansar, nos tocaba acudir a esas fiestas en las que, en el fondo, seguíamos trabajando: siempre había que hacer una entrevista o conocer a alguien muy importante para nuestra carrera. Teníamos los nervios a flor de piel y saltábamos a la mínima. Nos crispábamos el uno al otro. Era el caldo de cultivo ideal para la bronca que ambos sabíamos que, tarde o temprano, llegaría.

Esa noche, una diseñadora de moda presentaba su nueva colección y, por supuesto, contaba con nuestra asistencia. Angie me había mandado un mensaje para recordármelo, pero se había olvidado de avisarlo a él. Al llegar a casa, a menos de media hora de que empezase la fiesta, mi marido estaba tirado en el sofá, en chándal, con una copa de vino al lado y escuchando música *chillout*.

—¿Aún estás así? Nos mandan un taxi en quince minutos…

—¡¿Tenemos algo esta noche?!

—¡Desfile de moda! —le grité de camino al vestidor; aún tenía que elegir qué ponerme. Debíamos de tener cuidado con la ropa que vestíamos en cada evento y seguir las tendencias, procurando no repetir modelito, si no queríamos que las revistas de cotilleos se ensañaran con nosotros, como ya nos había pasado en una ocasión. Por suerte, en maquillaje y peluquería me habían dado unos retoques antes de volver a casa.

Acababa de escoger un vestido lencero negro cuando escuché un ruido fuerte.

—¡Su puta madre! —maldijo Roy.

Regresé corriendo para ver qué había pasado. Debía de haber volcado la copa al levantarse del sofá, porque estaba todo lleno de vino tinto.

—Dúchate, yo limpio esto. —Me agaché para recoger los tres pedazos grandes de cristal en los que se había partido, con cuidado de no cortarme.

—Paso de la fiesta. Ve tú sola.

—No me jodas, Roy. Si voy yo sola, Angie se pondrá muy pesada con lo de que somos un *pack* indivisible. La prensa empezará con los rumores de crisis y me acribillarán a preguntas de por qué no has venido. No me pienso comer todo eso mientras tú te quedas aquí tan a gusto con tu copita de vino. Yo también estoy cansada.

—¡¿Qué tú estás cansada?! ¡A ti no te han hecho repetir el mismo puto plano más de doce veces!

—¡¿Y lo vas a arreglar bebiendo, como siempre?!

Me miró, rabioso. Me percaté de que apretaba los puños y se mordía el labio, supuse que para no contestar. Éramos como dos ollas a presión. No podíamos más e íbamos a explotar en cualquier momento. Respiré hondo, recogí los cristales rotos y fui a tirarlos a la basura de la cocina.

—Avisa a Angie para que retrase el taxi diez minutos —lo escuché decir—. Voy a ducharme.

Las modelos paseaban entre nosotros, agitando los flecos de los coloridos mantones de seda al ritmo de *Stereo Love*. «Me vais a soñar», rezaba en el centro de uno de ellos, con las letras enmarcadas entre los disparos imaginarios de aquel par de revólveres antiguos. Alrededor, bordadas a mano, las ilustraciones canallas de inspiración mexicano-japonesa, a medio camino entre el cómic y el tatuaje, me tenían fascinada.

—¿Desea beber algo? —La camarera me acercó la bandeja.

—Muchas gracias. —Cogí una copa de vino tinto.

Me devolvió la sonrisa e hizo un leve asentimiento. Iba a dar el primer trago cuando alguien me tomó del brazo.

—¿Dónde está tu marido? Tengo a los del programa del corazón esperando para haceros unas preguntas.

—Ni idea, Angie, hace un rato que no lo veo —le respondí.

—Echa un vistazo fuera, por favor. Yo voy a mirar en los baños.

Suspiré. Después del encontronazo que habíamos tenido en casa, necesitaba un poco de espacio, pero era consciente de que estábamos en esa fiesta para trabajar. Le di un trago a mi copa, la deposité en la bandeja de otro camarero, que regresaba a la cocina, y salí al patio de aquel palacete reconvertido en restaurante y club. Al notar el airecillo, me estremecí: estábamos a finales de septiembre y hacía frío para llevar aquel vestido de tirantes, aunque en el interior del local no se apreciara tanto.

Roy estaba sentado en uno de los sofás del reservado exterior, con una actriz jovencita de la última peli en la que habíamos trabajado. Ella sujetaba con una mano las dos copas vacías, y él liaba lo que podría pasar por un cigarrillo, aunque yo sabía que mi marido solo fumaba Marlboro Light. Deslizó la lengua por la parte engomada del papel y luego presionó para cerrarlo.

—¿Vas a fumarte un porro aquí? —le pregunté al llegar a su altura. Roy me echó una mirada fugaz y volvió a concentrarse en que quedase bien sellado.

—¿Sabes, Blan? Tú antes molabas, pero ahora te has convertido en un puto coñazo… —Se lo puso en la boca y se inclinó hacia la actriz, que le dio fuego con su mechero.

—Ya vale, Roy.

—Ya vale, ¿qué? —Me miró fijamente y exhaló todo el humo en mi dirección. Al aspirar, confirmé que era marihuana—. No puedo descansar en casa porque tengo que venir a una puta fiesta, pero cuando vengo aquí tampoco quieres que lo pase bien… Esta noche me estás tocando muchísimo los cojones, así que, «mi vida», ¿por qué no te vas un rato a la mierda?

La chica soltó una risita contenida y Roy sonrió. Yo levanté las cejas, sin creerme lo que acababa de escuchar.

—¿Qué has dicho?

—¿No me has oído, Blan? Que te pires y me dejes vivir… —Chasqueó los dedos en el aire y señaló la puerta con la cabeza antes de recostarse en el sofá.

—A mí no me vuelvas a hablar así, ¿está claro? —Me clavé las uñas en la palma de las manos.

Roy me miró sin decir nada. Esperaba que me pidiese perdón, pero me di cuenta de que no iba a hacerlo. «No tengo por qué aguantar esta mierda». Regresé, furiosa, dentro del palacete y lo crucé en dirección a la salida. A mitad de camino, Angie me interceptó, agarrándome del brazo.

—¿Qué haces?

—Me voy a casa —le contesté, intentando liberarme de su mano.

—Espera, ¿dónde está Roy? —Me sujetó, lo que me obligó a detenerme.

Le conté lo que acababa de pasar. Al oír mi historia, soltó mi brazo y me acarició la espalda, como con cariño, aunque fue inflexible en su respuesta—: No puedes irte sola, toda la prensa está junto a la entrada y te preguntarían. Quédate aquí. Voy a hablar con él y le pido que entre para que hagáis las paces.

Me quedé clavada en el sitio, observando cómo se daba media vuelta en dirección al patio. «¿Para que hagamos las paces? ¿Como si fuéramos dos críos?», me repetía a mí misma con incredulidad. Me fijé en que aquella camarera que antes me había ofrecido una copa de vino estaba a un par de pasos de mí, y por la cara de asombro que tenía, deduje que había presenciado toda la escena.

—Sácame de aquí, por favor —le supliqué a la chica—. Quiero irme a casa.

Dejó la bandeja en una mesa, agarró mi mano y me metió por el pasillo que llevaba a las cocinas. Íbamos deprisa, sorteando a un montón de camareros que venían hacia nosotras cargados con todo tipo de bebidas y canapés.

Giramos bruscamente a la derecha, la chica empujó una puerta y salimos a una calle lateral. Mientras intentaba situarme, ella se asomó a la esquina. Unos segundos después, levantó el brazo y paró un taxi. Me hizo señas para que me acercara.

—No sabes cuánto te lo agradezco —le dije, estrechándole la mano.

—Entre mujeres tenemos que cuidarnos. —Me guiñó un ojo—. No dejes que nadie te vuelva a hablar así.

Entré en el vehículo y le indiqué mi dirección al conductor. Mi teléfono sonó. Era Angie. No me apetecía contestar, así que apagué el móvil, cerré los ojos, y me recosté sobre el asiento. Al cabo de un buen rato, el taxi se detuvo y los abrí.

—Ya hemos llegado, señorita.

Bajé del coche y me entró la risa nerviosa al darme cuenta de dónde estaba. En un intento desesperado por ponerme a salvo, mi subconsciente le había indicado al taxista otra dirección. Y no era una dirección cualquiera, era la dirección «de casa».

—¿Sí? —preguntó la voz de Jorge por el altavoz del interfono.

—Soy yo…

—¿Blanca?

—Ábreme, por favor.

Sonó el zumbido que indicaba la apertura. Sin pensarlo demasiado, empujé el portón y crucé corriendo el jardincillo hacia el segundo portal. Al salir del ascensor, Jorge me esperaba con la puerta abierta. En cuanto lo vi, me puse a temblar de nuevo, aunque ya no sabía si era del frío o de los nervios. Avanzó un par de pasos.

—Lo siento —me dijo.

—Yo también lo siento —le respondí.

Nos quedamos parados el uno frente al otro, sin añadir nada más. El corazón me iba a mil. Estaba segura de que en cualquier momento Marta se asomaría a la puerta, pero no podía despegar mis ojos de los suyos. Nos miramos en silencio, mucho más tiempo del necesario, hasta que me cuestioné qué hacía allí. «Subir ha sido un error. Tengo que irme antes de meter la pata otra vez». Di un paso atrás y me giré hacia las escaleras.

—Espera, Blanca… —Jorge me cogió del brazo para impedir que me fuese. Me volví de nuevo hacia él, que tomó mi cara entre las manos.

Y, en ese momento, nos besamos.

No sé si soy muy consciente de cómo ocurrió todo. Creo que fue Jorge quien me metió en casa, sujetándome de la cintura. Sé que empezamos a desnudarnos en cuanto cerró la puerta y que dejamos un reguero de ropa y zapatos por el pasillo. El tirante de mi vestido debió de romperse al quitármelo, cuando se me enganchó en la mano y los dos tiramos con demasiada fuerza. Recuerdo que me di un par de golpes en la pierna con un mueble que nunca había estado ahí en la otra dimensión, así que Jorge me agarró de las nalgas y me levantó a pulso. Me sujeté a sus hombros y lo besé, sintiendo el calor de su pecho contra el mío. Nos reímos al chocar con el marco de la puerta del dormitorio.

—Voy a acabar llena de moratones —bromeé.

—Pues aún tengo que bajarte a la cama.

Solté una carcajada que me aflojó la fuerza en los brazos, por lo que Jorge avanzó deprisa para que cayese sobre el colchón como si fuera un saco de patatas. Solté un gritito. Me besó la clavícula y yo cerré los ojos, todavía sonriendo.

—Blanca, sé que estás casada. Todavía podemos parar…

—No quiero parar —lo interrumpí.

Levanté los brazos por encima de mi cabeza y me tensé al recordar lo que había pasado en la fiesta con Roy. Las manos de Jorge bajaban por mis costados, desde las axilas hasta las caderas, y el calor de su boca acariciaba mi piel. Se recreaba paseando sus labios por mi cuerpo, muy lentamente, mientras mi respiración se volvía cada vez más rápida. Al notar su aliento entre mis piernas, arqueé la espalda y contuve un suspiro. Mis latidos se aceleraron y retumbaron en mis oídos.

—Solo seguiremos si tú quieres. —Besó la cara interior de mi muslo.

—Sigue, por favor. —Enrosqué mis dedos en su pelo y lo atraje para que no tuviese ninguna duda.

Primero un beso, luego el roce de su lengua. Solté un gemido. La succión de sus labios. Otro gemido, más largo. Su lengua, otra vez, dibujando círculos, y añadió ese nuevo truco en el que movía el índice y el pulgar. Cerré los ojos y disfruté de las sensaciones. «¿Dónde aprendió a hacer esa cosa con los dedos? ¿En Connecticut? —Retorcí la sábana con la otra mano; mis músculos más tensos—. ¿Y cómo lo hacía antes, en la otra dimensión?». Como una descarga eléctrica, un orgasmo me sacudió por sorpresa en mitad de mis pensamientos y solté un grito.

—La virgen… —susurré mientras recuperaba el aliento. Jorge se rio y a mí se me escapó una

sonrisita de felicidad.

Tiré de su pelo con suavidad para que se acercase. Se incorporó dejando un rastro ascendente de besos por mi sensible piel y me estremecí otra vez.

—Hola, cielo —susurró junto a mi boca.

—Dime que tienes condones —le pedí, ansiosa, antes de besarlo.

—Tengo condones —respondió, y me besó de nuevo.

—Vamos a gastarlos todos…

Con una carcajada, se levantó para cogerlos de la mesita. Yo me estiré en la cama y solté todo el aire en una exhalación. Deseaba a Jorge. Lo deseaba con todas las ganas del mundo. Necesitaba sentir su cuerpo, tan familiar, en medio de aquel caos absurdo en el que había convertido mi vida. Mientras él se ponía el preservativo, yo eché un vistazo alrededor.

La habitación era la misma…

Jorge subió a la cama. Me besó de un modo muy dulce y, colocándose entre mis piernas, empujó con lentitud para que lo notase. Suspiré en su boca y rodeé su cadera con ellas. Nos besamos con mayor intensidad.

… él y yo éramos los mismos…

Metió sus manos entre el colchón y mi cuerpo, y tiró de mí, con cuidado de no salirse, para hacernos rodar sobre la cama hasta dejarme tumbada sobre él. Me incorporé, despacio, mirándolo a los ojos, y me contoneé. Puso sus dedos en mis caderas y acompasamos la cadencia de nuestros movimientos.

… pero en esta dimensión me acababa de convertir en una mujer casada que se acostaba con su exnovio del futuro.

Y antes de que volviese a pensar en Roy, Jorge se incorporó, atrapó mi pezón entre sus labios y lo succionó. Solté un gemido. Él agarró mis nalgas y aceleró el ritmo. Yo me sujeté a sus hombros y me dejé llevar, con la mente en blanco, escuchando nuestros jadeos cada vez más rápidos, más profundos, más intensos.

—¡Dios, Blanca! —Jorge levantó las caderas con fuerza y me apretujó contra él.

Eché la cabeza hacia atrás, cerré los ojos y ahogué en la garganta un gruñido casi animal. Mi cuerpo tembló al dejar salir toda aquella tensión, sacudiéndose una y otra y otra vez.

Cuando volví a abrir los ojos, había olvidado hasta en qué año estaba.

La luz de la luna se colaba en la habitación. Serían las dos o las tres de la madrugada, porque no se escuchaba ningún ruido en la calle. Sentada en la cama, apoyaba la espalda en el cabecero de piel, con Jorge recostado entre mis piernas. Estábamos desnudos y relajados.

Acaricié su pelo, disfrutando de la tranquilidad de aquel barrio, tan distinto del centro de Madrid, donde vivía con Roy.

—¿Qué pasó con Marta? —le pregunté en voz baja.

—No funcionó. Lo dejamos unas semanas después de aquella Navidad.

—Vaya. Lo siento.

—Pensaba en ti, Blanca, todo el día. Si intentaba no hacerlo, te veía por todas partes: en las revistas, en la televisión, en aquella puta valla junto a la carretera de Burgos donde anunciabas ese champú.… Vivía en un recordatorio constante de mi grandísima cagada. —Jorge echó la cabeza hacia atrás para mirarme y yo me agaché para besarlo en los labios—. No sabía cómo recuperar el contacto contigo después de lo que te había dicho, hasta que te vi en el tráiler de tu película. Hice todo lo posible para conseguir estar en ese preestreno. No sabes a cuánta gente le debo favores todavía…

Volví a reclinarme contra el cabecero, y miré hacia la ventana. Me di cuenta de lo que me había equivocado al pensar que aquel encuentro había sido fortuito. Él acarició mi rodilla con las yemas de los dedos.

—Estuve toda la noche tratando de acercarme a ti para pedirte perdón —continuó—, pero no parabas de hablar con unos y con otros. Tan guapa, tan feliz… Al verte sola en la barra, supe que era mi oportunidad y, cuando por fin te tuve delante, me encontré presenciando tu pedida de mano en primera fila.

—Y te fuiste.

—No quería ver cómo le decías que sí.

—¿Y si le hubiera dado otra respuesta?

—Me habría encantado, cielo, pero soy realista. No me habías vuelto a llamar desde aquella tarde en la cafetería, y con toda la razón. —Jorge suspiró—. En ese momento creí que lo correcto era volver con Marta, pero está claro que me equivoqué.

—Todos tomamos malas decisiones. —Me encogí de hombros—. En cierta manera, entiendo por qué lo hiciste. Llevábamos juntos tres semanas, apenas nos conocíamos, y con ella habías compartido tanto…

—No, Blanca, tenía que haberle hecho caso a mi instinto —me cortó Jorge—. Me he arrepentido muchísimo durante todo este tiempo.

Nos quedamos callados, acariciándonos despacio, hasta que se me escapó un bostezo: por primera vez en muchos días estaba relajada.

—Es tarde, cielo. —Jorge se incorporó y levantó el edredón para que me metiera en la cama. Después se colocó a mi espalda y me abrazó hasta que nos quedamos dormidos.

Me desperté pasadas las once. El sol me daba en la cara y se escuchaba el ruido de cacharros en la cocina. Por unos segundos dudé de si habría regresado a la otra dimensión, pero al ver el tatuaje del círculo en mi muñeca recordé todo lo que había ocurrido aquella noche.

Me froté la cara y miré alrededor para localizar mi ropa. Estaba colocada sobre una silla y deduje que Jorge la había dejado allí. Me puse las braguitas y cogí una sudadera gris que estaba debajo de mi vestido. Olía a él y me hizo sonreír.

Encendí el móvil, que pitó a todo volumen al recibir los avisos de nuevos mensajes. Lo metí bajo la almohada para ahogar aquel escándalo. En cuanto estuve segura de que las notificaciones habían dejado de entrar, lo saqué para revisarlas: la mayoría eran llamadas perdidas de Angie. Había una de mi madre y otra de Vega. Y luego varios mensajes de mi marido, que decidí leer más tarde.

Al entrar en la cocina vi que, además del café con canela, Jorge había preparado zumo de naranja natural, tostadas y huevos revueltos.

—Buenos días, cielo. —Apartó la sartén del fuego y se acercó a darme un abrazo. Aproveché para respirar en su cuello con disimulo antes de que se retirase—. Siento no haberte despertado antes, pero no quería que te fueras de mi cama.

—Se está genial en tu cama. Yo tampoco quería salir de allí. —Le di un beso y forcé una sonrisa, consciente de que en un rato tendría que volver a casa. En cierto modo resultaba irónico porque aquella era la única casa en la que quería estar. Con Jorge.

—Siéntate. —Me señaló la mesa—. Hay tostadas y la mermelada es de arándanos. Si lo prefieres, puedo abrir una de melocotón…

—Me gusta la de arándanos. —Cogí una rebanada y la unté con mantequilla.

—Y ahora vas a probar estos huevos revueltos y vas a flipar.

Levanté una ceja. No quería decepcionar a Jorge, pero había probado los huevos revueltos que cocinaba en la otra dimensión y eran lo peor del mundo. Tan secos que costaba tragarlos. Inspiré hondo, preparándome para reaccionar con un «Mmm…, deliciosos» en caso de que fuera necesario, y me metí el tenedor en la boca. Por suerte, no tuve que fingir.

—Los mejores que he probado nunca —comenté, maravillada.

Jorge sonrió con expresión triunfal, cerró el puño y movió el brazo hacia abajo, al estilo de Nadal cuando celebraba un punto, y yo me reí.

Desayunamos juntos, felices y relajados, como si fuera uno de aquellos primeros sábados en la otra dimensión, sin dejar de besarnos ni de acariciarnos. Me di cuenta de lo que me costaba apartar las manos de él y me acordé de lo que me había dicho Martín cuando le presenté a Roy. Tenía razón, yo era muchísimo más cariñosa.

Salir de su cocina me costó casi tanto como salir de su cama. Pero después de terminarme el café, los huevos, el zumo y las dos tostadas; tras recoger la mesa y haberme ofrecido incluso a fregar los platos —propuesta que Jorge declinó, sorprendido, mientras los metía en el lavavajillas — poco más me quedaba por hacer allí.

—Siento tener que irme —le dije en el rellano, después de pedir un taxi.

Nos miramos en silencio. Me apetecía muchísimo que nos viésemos otra vez, aunque no sabía cómo planteárselo. Estaba casada con Roy y eso era jugar a dos bandas, pero no quería perder de nuevo a Jorge. Pulsé el botón de llamada del ascensor buscando una frase que no sonara demasiado egoísta.

—Te gustaría que… —empecé a decir.

—Me encantaría volver a verte —terminó por mí.

—A mí también —dije con una sonrisa.

—Ya te echo de menos. —Al llegar el ascensor, me besó—. ¿Tienes mi teléfono?

Saqué el móvil y lo comprobamos para estar seguros de que era correcto. Volví a besarlo para despedirme.

—Cuídate mucho, cielo —lo escuché decir antes de que las puertas se cerrasen.

Llegué a casa sintiéndome muy feliz, pero, a la vez, muy culpable. Me había convertido en una de esas personas a las que siempre había criticado, de las que acababan en la cama con otro incluso teniendo pareja. Y, aunque mi matrimonio siempre había sido una cuestión de trabajo más que una historia de amor, me invadían los remordimientos al pensar que había engañado a Roy.

Saqué las llaves del minúsculo bolso y crucé los dedos para que mi marido no estuviera en casa. En el taxi había leído los mensajes que me había mandado de madrugada y parecía muy arrepentido por la forma en la que me había tratado en la fiesta. También estaba bastante asustado por lo que me hubiera podido pasar. No era normal que yo tuviese el móvil apagado durante tanto tiempo.

—¿Blan? —Roy llegó corriendo en cuanto abrí, y me abrazó con fuerza—. Reina, perdóname, soy un capullo y lo siento muchísimo. —Me besó en la cabeza y se retiró un poco para examinarme—. Estás bien, ¿verdad? Dime que estás bien.

—Estoy bien, Roy. —Dejé las llaves y el bolso sobre el mueble de la entrada. Él repasaba mi atuendo, algo sorprendido. Sobre mi vestido lencero llevaba la sudadera de Jorge, que me quedaba enorme. Había sido una solución improvisada para tapar el tirante roto, pero, si me hubieran sacado así en una revista, seguro que habría marcado tendencia—. He estado en casa de… una amiga. Me olvidé la chaqueta en la fiesta, me ha dejado esto para que no me muriese de

frío.

—Estaba tan preocupado por ti… —Me acarició la mejilla y me besó. Apreté los labios en una especie de sonrisa—. ¿Te apetece que bajemos a comer?

—No, solo quiero ducharme y ponerme cómoda.

—Voy a pedir que nos traigan algo de *sushi*.

Me dirigí al cuarto de baño con la vista clavada en el suelo, para no mirarlo a la cara. Que me hubiera pedido perdón y que estuviera tan cariñoso conmigo no hacía más que acrecentar mi culpabilidad, y que yo no pudiese dejar de pensar en Jorge lo empeoraba.

«Lo hecho está hecho, Blanca —me dije al entrar en la ducha—. No puedes cambiarlo, pero piensa bien lo que quieres hacer a partir de ahora». Y aunque sabía que estaba mal y no era justo para ninguno, tenía muy claro que quería seguir viendo a Jorge.

El lunes fui a trabajar vestida con su sudadera. Me encantaba estirar del cuello de aquella prenda y meter mi nariz por dentro. Olía a él, a su perfume y al suavizante que utilizaba. Cerré los ojos en el asiento trasero del coche y recordé la noche del viernes, cuando sus manos me sujetaban de las caderas, para marcar el ritmo sobre él, y sus labios succionaban con ansia mi pezón…

—¿Qué tal el finde? —me preguntó el auxiliar de producción que me había recogido esa mañana. Abrí los ojos y me encontré con los suyos, que me observaban a través del espejo retrovisor.

Saqué la nariz del interior de la sudadera con rapidez. Me estaba sonrojando, como si existiera alguna remota posibilidad de que aquel chico se hubiera colado dentro de mi cabeza y hubiera visto lo que imaginaba.

—Bien, bastante tranquilo. —Contemplé el paisaje por la ventanilla, no tenía muchas ganas de continuar la conversación.

—Si yo estuviera casado con Roy Gonzalo, seguro que mi fin de semana sería de todo menos tranquilo… —musitó el auxiliar, aunque lo dijo lo bastante alto como para que se me escapase un resoplido al escucharlo—. ¡Uy, perdón! No pretendía molestarte, Blanca… ¡Pero es que tu marido está tremendo!

—No te preocupes, lo sé. —Forcé una sonrisa y saqué del bolso las separatas del guion. Fingí que repasaba las secuencias que rodaríamos aquella jornada.

Por suerte, ese día solo compartía con Roy una escena, prevista para después de comer. La mayoría de mis planos estaban programados durante la mañana y los suyos, a partir de mediodía, así que, una vez terminásemos de rodar la secuencia conjunta, quedaría liberada durante toda la tarde. «A lo mejor podría quedar con Jorge», se me ocurrió en ese momento. Le escribí un mensaje en el que le daba los buenos días y le pregunté si tenía algún plan. Enseguida recibí su respuesta.

«Buenos días, cielo. Hoy termino pronto de trabajar. Sobre las cuatro estaré en casa. ¿Quieres venir? Me muero de ganas de verte otra vez».

Nos enviamos mensajitos durante toda la mañana. Cada vez que gritaban «¡Corten!», corría a mi camerino para ver si Jorge me había contestado, y siempre encontraba en la pantalla un nuevo sobre sin abrir. Empezamos contándonos las ganas que teníamos de vernos, pero la conversación subió de tono y acabamos enumerando, con demasiados detalles, todo lo que nos gustaría hacernos el uno al otro aquella tarde, en cuanto nos viésemos.

Sobre las cuatro menos cuarto, al terminar mi última secuencia, me despedí de Roy y me monté en el coche de producción que me llevaría de vuelta a casa.

—¿Te importaría acercarme a otro sitio? —le pregunté al auxiliar que me había recogido esa

mañana.

—Ay, pillina… —Me echó una mirada cómplice a través del retrovisor.

Y aunque intenté aparentar no saber de qué me hablaba, no pude evitar que aquella sonrisilla tonta apareciese en mi cara.

CAPÍTULO 11
MENTIRIJILLAS

Miércoles, 7 de octubre de 2009

Abrí los ojos, sobresaltada, al escuchar unos ruidos en la puerta principal. En un primer momento me asusté, pensando que eran ladrones, pero enseguida me di cuenta de que, en ese caso, serían más sigilosos. Debía de ser Roy con la llave equivocada, porque, por más que hurgaba en la cerradura, no podía abrir. Escuché que el manojo de llaves caía al suelo y luego un «Su puta madre» que me confirmó que, efectivamente, era mi marido quien trataba de entrar. Un par de intentos después, por fin lo consiguió.

Serían más de las dos de la madrugada y hacía al menos cuatro horas que me había acostado. Quería descansar, porque al día siguiente nos recogían a las siete y media para ir al rodaje, pero casi no había dormido porque no dejaba de darle vueltas a la cabeza.

Había visto a Jorge casi a diario las dos últimas semanas. El auxiliar de producción ya ni siquiera preguntaba dónde tenía que llevarme. Si estaba yo sola en el coche, me dejaba en su portal. Y, aunque entre las cuatro paredes de nuestro antiguo hogar todo tenía sentido, al subirme en el taxi de vuelta a casa, también regresaba la culpabilidad.

La relación con Roy había cambiado desde el incidente de la fiesta, como si se hubiera asustado ante la posibilidad de perderme. Mi marido no podía estar más cariñoso, y yo no podía estar más fría. Si se acercaba a besarme, me quedaba quieta, tensa, pensando en Jorge. No quería seguir así, tenía que tomar una decisión. Nunca había sido infiel y me incomodaba serlo, aunque no sabría decir a cuál de los dos engañaba con el otro.

El ruido de la cisterna cuando Roy tiró de la cadena me sacó de mis pensamientos. Me quedé en silencio. Debió de refrescarse un poco la cara, porque escuché el grifo. Luego el sonido metálico de algo contra el suelo, tal vez la hebilla del cinturón. Parecía que se quitaba la ropa. Entró en la habitación y se tumbó junto a mí. Me puse de costado para darle la espalda.

—¿Estas despierta, Blan? —susurró en mi oído, pegándose a mi cuerpo. Aunque había intentado taparlo con enjuague bucal, olía demasiado a *whisky*. Parecía que, otra vez, volvíamos a las andadas.

No contesté. Su mano acarició la curva de mi cadera, despacio, y mi cuerpo se tensó. No sabía si solo me hacía un cariño o si buscaba algo más, pero hacía mucho tiempo que no nos acostábamos y no tenía ninguna intención de hacerlo esa noche, menos aún si estaba borracho. Quería seguir durmiendo, pero parecía que no iba a ser fácil. Le aparté la mano. Roy suspiró y se

retiró. Tras unos segundos en silencio, se echó a llorar.

Me impresionó tanto escucharlo que me di la vuelta. Tumbado boca arriba, se tapaba la cara, como si de esa forma pudiese contener el llanto. Le temblaba todo el cuerpo.

—¿Estás bien? —Estiré la mano y le toqué el brazo. Se volvió hacia mí y me abrazó con fuerza, como si fuera un niño. Lo mecí con suavidad, acariciándole el pelo.

Cuando se relajó un poco, le volví a preguntar. Roy asintió, y se volvió a colocar boca arriba, sorbiendo por la nariz. Lo contemplé bajo la tenue luz que entraba por la ventana hasta que cerró los ojos. Apoyé la cabeza en su hombro, en silencio. Su respiración se hacía cada vez más pesada, como si se estuviera quedando dormido.

—¿Te has enamorado alguna vez? —dijo de repente. Me incorporé a mirarlo. Seguía con los ojos cerrados, en la misma posición—. No digo de mí, porque tengo muy claro que no estás enamorada de mí…

Dudé qué contestar. «¿Por qué me hace esa pregunta? ¿Se ha enterado de lo de Jorge?». Aunque me pesara, era mejor decirle la verdad.

—Sí, me he enamorado.

—Yo también… Hoy me he dado cuenta de lo enamorado que estuve… Y lo he jodido todo. Todo, Blan… —Roy me cogió de la mano y sentí su dolor. Vi cómo volvían a caerle las lágrimas por las mejillas.

—Tranquilo, cariño, todo va a salir bien. —No sabía qué decir, así que lo abracé hasta que se quedó dormido.

Aquella noche me costó mucho conciliar el sueño. No dejaba de preguntarme si le estaba haciendo daño a Roy. Y por más que intentaba buscar una solución al lío en el que me había metido no tenía ni idea de cómo salir de él.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, mi marido ya estaba en la ducha. Me di cuenta de que iba muy justa de tiempo, así que entré al baño para meterle prisa.

—*Des-pa-ci-to…* —Canturreaba bajo el agua, pero se paró en seco al escuchar la puerta—. ¿Blan?

—Son las siete, voy a lavarme los dientes mientras terminas, que se me ha hecho tarde. —Mojé mi cepillo bajo el grifo, sorprendida por su elección musical—. ¿Qué cantas?

—¡Jodeeer! —Me interrumpió con un grito—. Por favor, reina, no abras el agua, que me sale helada.

—Perdona. —Me giré hacia el espejo conteniendo una risita y, tras poner un poco de pasta, empecé a cepillarme los dientes—. ¿Cuál es esa canción? —insistí, tratando de parecer casual.

Roy cerró el grifo y cogió la toalla que estaba colgada frente a la mampara.

—Ni idea, se la escuché a alguien el otro día…, creo que a ti —contestó mientras se la pasaba por el cuerpo para secarse. Volvió a dejarla en su sitio—. Ya tienes la ducha, voy a hacerme un café antes de irnos, que odio el que ponen en el *catering*, ¿quieres uno, Blan?

Me dio un beso en el hombro y salió del baño a toda prisa, sin darme tiempo ni a responder, como si estuviera avergonzado después de lo que había ocurrido de madrugada.

Terminé de enjuagarme la boca, me desnudé y me metí en la ducha. Eché cuentas: aún faltaban muchos años para que *Despacito* sonase en la radio. Debería de tener más cuidado con lo que cantaba, sobre todo con ese tipo de temas tan pegadizos.

Abrí el grifo, tarareando la melodía dentro de mi cabeza, pero procuré que no se me volviera a escapar ni una sola nota. Tal y como estaban las cosas, ya tenía suficientes preocupaciones.

Durante todo el día, los dos evitamos hablar del tema, como si no hubiera pasado nada la noche anterior. Roy estaba cariñoso conmigo, pero también parecía melancólico. Cuando me giraba hacia él, distraída, lo descubría ensimismado, contemplándome. Si cruzábamos la mirada, me sonreía con tristeza y yo le devolvía la sonrisa, aunque cada vez me sintiera peor.

Esa noche cenamos unas hamburguesas veganas en la cocina y repasamos las secuencias del día siguiente. Al terminar, me dijo que se iba a la cama.

—¿De verdad estás bien, Roy? —le pregunté, un poco preocupada.

—Sí, reina, solo estoy cansado porque casi no he dormido. —Me dio un beso—. Buenas noches.

Dejó el plato sucio en el fregadero y se fue a la habitación.

Otra vez la culpabilidad. Para no volver a flagelarme tuve que recordar que era el mismo capullo que me había mandado a la mierda en aquella fiesta hacía un par de semanas. Sabía que lo de Jorge no era justo para nadie, pero casarme con Roy tampoco había tenido sentido nunca. Era una de esas malas decisiones que se acababan yendo de las manos.

Recogí mi plato y pensé, por primera vez, qué consecuencias tendría que nos divorciásemos. Ya no pagaríamos ninguna penalización, porque el acuerdo que habíamos firmado el año anterior con la productora había prescrito unos meses antes. Los dos sabíamos que estábamos liberados de nuestro compromiso, pero a nivel laboral nos iba bastante bien como pareja y ninguno habíamos planteado nuestra separación. Además de las ofertas conjuntas para actuar, teníamos contratos publicitarios con varias marcas que se verían afectados por nuestro divorcio: ¿quién querría usar el mismo champú que un matrimonio fracasado de actores?

Recibí un mensaje en el móvil y el pitido me sacó de mis pensamientos. Era de Jorge.

«Están echando una peli que te gusta en la primera. ¿La vemos? Ojalá estuvieras conmigo en el sofá».

Encendí la tele, justo a tiempo de ver a Brad Pitt descender de su caballo en *Leyendas de pasión*. Era una de mis películas preferidas en los noventa y supuse que había sido entonces cuando lo habríamos comentado.

«¿Tú y Brad Pitt? Esto es un planazo».

Dejé el móvil en la mesita después de contestarle y me tumbé en el *chaise longe*. Me imaginé con Jorge y aquella sonrisita volvió a apoderarse de mi cara. Sabía que tenía claro con quién quería estar, ya solo debía pensar en cómo plantearlo.

Después de lidiar una semana con la melancolía de mi marido y con mi culpabilidad, dentro y fuera de casa, estaba deseando disfrutar de mi día libre.

—Hasta luego, reina, me voy a la guerra… —Roy se despidió con una risita y yo me di media vuelta en la cama para acurrucarme bajo el edredón.

Ese viernes se rodaba la secuencia de la batalla. Yo no tenía que ir a trabajar porque mi personaje no aparecía en ninguna de las escenas, así que mis planes para aquel día consistían en levantarme tarde, acercarme a la mutua a recoger los resultados del último reconocimiento médico y vaguear el resto del tiempo. Me habría encantado pasarlo con Jorge, pero estaría en Sevilla los siguientes tres días, en un congreso sobre inteligencia artificial.

Al pensar en él, sonreí por instinto. Cogí el teléfono de mi mesita y descubrí que ya tenía un mensaje suyo.

«Buenos días, cielo. Acabo de ver un bote de nata montada en el *buffet* del desayuno y me he acordado de ti. A ver cuándo lo repetimos…».

Solté una carcajada y le contesté enseguida. Al dejar el móvil otra vez en la mesita, me di

cuenta de que debería de llamar a mis amigas en algún momento para ver qué tal estaban. Decidí dejar la llamada para más tarde. «Quizá cuando vuelva de la mutua».

Vivía pegada al móvil desde que había recuperado a Jorge unas semanas atrás, pero nunca encontraba el momento adecuado para hablar con ellas porque tendría que confesarles que era una casada infiel. Sabían que mi matrimonio era más bien un contrato laboral y no creía que fueran más duras conmigo de lo que era yo misma, pero temía su reacción, ya que cada una lidiaba con sus propios fantasmas. No sabía cómo justificarme ante Vega después de todo lo que había criticado a Rubén en la otra dimensión, y me preocupaba que Sofía se obsesionara con que Alba también tenía una aventura.

El teléfono móvil sonó y me incorporé, sobresaltada. Ni siquiera eran las ocho y esperaba que no fuera nada grave.

—Me ha venido la regla —dijo Vega al otro lado de la línea.

Tardé unos segundos en asimilar aquel saludo. En cuanto lo hice, me eché a reír.

—Enhorabuena, mi niña, ya eres toda una mujer.

—No, joder. —Vega soltó una carcajada al otro lado del teléfono—. Me refiero a que acaba de bajarme ahora mismo.

—Maravilloso. ¿Vas a llamarme cada mes para darme el parte? Por comprarme un calendario en el que tachar los días… —Me senté en la cama, resignada a levantarme.

—Joder, Blanqui, ¿estabas dormida? Sé que es muy temprano, pero David se acaba de ir a correr y quería aprovechar que estaba sola para hablar contigo.

—No, ya no estaba dormida, pero no entiendo lo que me quieres decir. —Entré en la cocina, saqué la cafetera italiana del armario y, sujetando el teléfono con el hombro, desenrosqué con ambas manos la parte inferior, que siempre estaba un poco dura.

—Creo que nunca tendré hijos.

—A ver, Vega, no soy una experta en el tema, pero me parece que, a veces, no es tan fácil quedarse embarazada. —Llené de agua el recipiente de la cafetera y busqué el paquete de café en el armarito sobre el microondas—. ¿Lleváis mucho tiempo intentándolo?

—Si, algo más de un año, desde tu boda. A David le entraron las ganas de ser padre al ver a Raquel de cinco meses.

—Vaya… ¿Habéis ido al médico?

—Sí, y todo es normal. Así que el único problema somos yo y mi vagina impostora. Y el karma, que me avisa de que cada vez queda menos para… —Vega dejó la frase a medias y resopló.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que ya falta poco para que Sofía y David… —Vega suspiró, angustiada.

Estaba claro que llegaría ese momento. Llevábamos más de diez años sin tratar el tema y, por nuestro bien, teníamos que empezar a enfrentarlo.

Sofía había estado casada con el marido de Vega en la otra dimensión —o quizá Vega estaba casada con el marido de Sofía en esta. En fin, daba lo mismo— y habían tenido dos hijas, las gemelas, a las que Vega y yo queríamos con locura. Las niñas formaban parte de nuestra otra vida, pero llevábamos demasiado tiempo en esta realidad, donde las cosas eran muy diferentes. Era una situación muy difícil que teníamos que solucionar. No ganábamos nada evitándola.

—Vega, ¿quieres que hablemos de qué va a pasar con las niñas? —Decidí tomar el toro por los cuernos.

—Blanqui, estoy muy asustada. ¿Y si se termina lo mío con David? Joder, es que mi mejor amiga quiere volver a tener a sus hijas con mi marido, parece de telenovela de serie B, no me

jodas… Tengo un marrón muy gordo.

—Ya, lo sé, cariño. No quisiera estar en tu lugar. —Cerré la cafetera con fuerza y la coloqué en el fuego—. Ni en el tuyo ni en el suyo.

—Ella está peor que yo, y lo sé. Adoro a Sofía y a esas niñas, pero las tuvo con David, y yo no quiero arriesgar mi matrimonio.

—No me parece que sea tan sencillo romper vuestra relación. Tenéis una vida perfecta…

—No digas eso —me interrumpió Vega—. Las relaciones perfectas no existen. Las relaciones se trabajan. Y, sí, Sofía tenía razón en que es muy fácil vivir con David, porque es un buen tío, se cuida, se esfuerza…, pero una relación es cosa de dos y nosotros la trabajamos todos los días —expuso con vehemencia—. Y no nos olvidemos de que David no es ningún santo, acuérdate de que tuvo una amante en la otra dimensión.

—Pero eran otras circunstancias, Vega. —El café borboteó y lo retiré del fuego. Saqué una taza y la llené hasta la mitad—. Está loco por ti, no era lo mismo con Sofía. Su matrimonio se parecía más al mío con Roy.

—Blanqui, como me digas que el capullo de tu marido te ha puesto los cuernos, voy allí y le arranco…

—No, no es Roy —la interrumpí, removiendo las dos cucharadas de azúcar que acababa de echar en mi café—. Soy yo. He vuelto a ver a Jorge… y me estoy acostando con él.

—¡¿Qué?! —gritó Vega—. ¡Pero ¿desde cuándo?, ¿cómo ha sido?, ¿y por qué no nos lo has dicho antes?!

Di un sorbo a mi café y le conté todo lo que había pasado la noche del desfile de moda. La bronca en la fiesta, la equivocación en el taxi y el reencuentro. Los mensajes de Roy arrepintiéndose a la mañana siguiente, y la noche en la que había acabado llorando al meterse en la cama. Vega me escuchaba con interés, preguntándome algunos detalles. Le expuse también todas mis dudas sobre mi futuro laboral, el miedo que tenía a estar haciéndole daño a mi marido y las ganas de volver con Jorge en esta dimensión. Al terminar, Vega fue rotunda.

—Blanca, no puedes seguir así, tienes que decírselo a Roy.

Mi amiga tenía razón. Esa misma tarde se lo diría. Ya no quería retrasarlo más.

Unas horas después, al volver de la mutua con los resultados del reconocimiento médico —en el que todo estaba perfecto—, me senté en el sofá, nerviosa, para esperar a mi marido. Ensayé diferentes frases para iniciar la conversación. Primero hablaría de lo importante que él había sido para mí; después, de todo lo que habíamos conseguido juntos; y por último le expondría la situación de manera positiva, como el final de una etapa y el comienzo de otra. Necesitaba que nuestra ruptura fuera lo menos dolorosa posible. Tampoco quería que supusiera un escándalo en nuestra carrera, así que quería que lo hablásemos los dos con Angie para ver cómo debíamos enfocarlo de cara a los medios.

Sobre las siete y cuarto, Roy entró por la puerta.

—¿Blan? —Lo escuché dejar las llaves sobre el mueble de la entrada—. Voy a la ducha, que se ha estropeado la del camerino y yo vengo de la guerra, cubierto con la sangre de mis enemigos, literalmente… —Soltó una risa y se asomó a la puerta del salón mientras terminaba de quitarse la camiseta. Llevaba chorretones de sangre falsa desde la frente hasta el ombligo. En algunas zonas estaba emborronada, como si hubiera intentado retirarla con toallitas desmaquilladoras. Al verme tan seria, le cambió al instante la expresión de la cara—. ¿Qué te pasa, cariño?

Ese inusual «Cariño» me puso tan nerviosa que me quedé en blanco. Era incapaz de recordar

ninguno de aquellos brillantes comienzos que había estado preparando. Al final, me levanté y solté la única frase que no quería decirle:

—Roy, tenemos que hablar.

—¿Ha ocurrido algo? —Dejó la camiseta sobre el respaldo del sofá y se acercó.

—A ver, cómo te lo cuento…

—Los resultados de la revisión son buenos, ¿verdad? —dijo al fijarse en mi dosier, que había olvidado sobre la mesita.

—Sí, todo está bien, pero…

De repente, abrió mucho los ojos, como si hubiera tenido una revelación.

—¿Estás embarazada?

—¿Qué? ¡No! —le respondí, llevándome por instinto una mano al vientre.

—¡¿Entonces?! —No dejaba de preguntar, asustado—. ¿Está todo bien?

—Roy, has sido muy importante para mí, y hemos conseguido muchas cosas…

—¡Blan! ¡Por Dios! ¡Pero ¿qué coño te pasa?! —me gritó, histérico.

—¡Pues que tengo un amante, joder! —respondí con otro grito.

Nos quedamos en silencio. Roy me miraba con los ojos entornados, como si no se lo acabase de creer. Me dejé caer en el sofá y bajé la vista hacia el suelo, un poco avergonzada. Me habría gustado decírselo de otra manera, pero, bueno, ya estaba hecho.

Soltó una carcajada.

—¿Solo era eso? —preguntó—. Ya lo sabía.

—¿Lo sabías? —Levanté la mirada.

—Me lo dijo hace unas semanas el auxiliar de producción. Por lo visto, en varias ocasiones has pedido que te lleven a otra dirección en lugar de volver a casa después del rodaje.

—¿Me has espiado?

—No, reina, en ningún momento. —Se sentó a mi lado y sonrió—. Ese chico ha intentado acostarse conmigo desde que empezamos los ensayos. Debió de pensar que, al contármelo, tendría alguna posibilidad.

—Lo siento mucho, Roy… —me disculpé, pero él negó con la cabeza y me acarició la mejilla.

—¿Qué quieres hacer, Blan? Haremos lo que tú quieras.

—Soy consciente de que aún tenemos compromisos…

—Sí, hay que terminar esta película y la coproducción con Argentina, esos contratos ya están firmados. Tenemos también la publi del champú y la del perfume. Y me dijo Angie que había otro proyecto grande, pero nos querían a los dos. Supongo que, si salta la noticia de que nos separamos, lo perderemos…

Roy se encogió de hombros y yo miré al suelo. No me gustaba nada que rechazásemos un trabajo en mitad de aquel año de tanta incertidumbre económica.

—Mira, reina, sé que he sido un capullo y que nuestro matrimonio hace tiempo que solo se sostiene por los trabajos que compartimos, así que te voy a hacer una propuesta: tú haces tu vida, aparecemos juntos en público en los eventos que lo requieran y seguimos viviendo aquí; en habitaciones separadas, si prefieres. Serán ocho, nueve meses…, un año como mucho. En cuanto terminemos la última peli, te prometo que no te pondré ninguna traba para divorciarnos. Haremos una declaración conjunta, entrevistas, lo que haga falta. Pero, por favor, esperemos un poco para no fastidiarlo todo ahora. Solo te pido que tengas mucho cuidado para que no te pillen.

Resoplé con fastidio. Si algo había aprendido en este viaje en el tiempo es que nos pasábamos la vida esperando. Primero a ser adultos, después a tener más estabilidad.

Aguardábamos al momento perfecto para hacer ese viaje, para ir de vacaciones a ese lugar: «Cuando ahorre un poco, cuando consiga el ascenso…», y el mañana no existía, era solo una ilusión. Volver a viajar en el tiempo me había hecho ser consciente de lo valioso que era el ahora. Y después de una década esperando para recuperar a Jorge, cuando por fin lo había conseguido, un año me parecía una eternidad. Sin embargo, sabía que no tenía muchas más opciones. No en ese momento.

—Está bien, Roy. Haremos cada uno nuestra vida y fingiremos en público que nuestra relación es perfecta —dije con ironía.

Roy me dio un beso en la mejilla y me acarició el pelo.

—Sabes que es lo mejor, Blan. —Se levantó del sofá—. Me voy a la ducha.

Entró canturreando en el cuarto de baño, como si al escuchar aquella revelación se hubiera quitado un peso de encima. En cuanto oí el ruido del agua, llamaron al telefonillo.

—¿Blanca? Soy la ayudante de vestuario. Perdona que te moleste, pero tu marido no me coge el móvil y creo que se ha llevado por error la cadena con las dos chapas militares del personaje, o eso espero, porque las he buscado por todas partes y no las encuentro. ¿Podrías comprobarlo, por favor? Si las he perdido, me va a dar algo, porque tienen rácord y, si usamos otras nuevas, se va a notar…

—Dame un momento, voy a preguntarle, que se está duchando. —Colgué el telefonillo y fui al baño. Di un par de golpes en la puerta antes de abrir—. Viene la chica de vestuario a por unas chapas militares, ¿las tienes?

Roy cerró el grifo y se asomó tras la mampara, todo cubierto de jabón.

—Sí, las he guardado en el bolsillo… —Señaló con la esponja el pantalón, que estaba tirado en el suelo—. ¿Se las das tú? Aún tardaré un poco hasta que termine de limpiar toda esta sangre.

—Claro, sin problema. —Recogí el vaquero y me lo llevé a la entrada, hurgando en los bolsillos hasta que las encontré. Pulsé el botón del interfono—. Están aquí, sube.

Una vez se hubo marchado, después de darme las gracias unas veinte veces, fui al dormitorio pensando en la propuesta de Roy, que no era tan descabellada. «A fin de cuentas, será un año como mucho», me dije, y coloqué el vaquero sobre el respaldo de una de las butacas. Escuché que algo caía al suelo y me agaché a cogerlo.

Era la Moleskine de Roy, esa pequeña libreta de piel negra que siempre llevaba encima y que nunca le dejaba ver a nadie. Me incorporé, aguzando el oído: aún escuchaba el ruido del agua y, por lo que me había comentado, iba a tardar un poco. Inspiré, nerviosa. Sabía que estaba mal, pero me moría de curiosidad por saber qué ocultaba en esa libreta. El corazón me iba a mil. Era mi oportunidad. Ahora o nunca….

Con muchísimo cuidado, retiré la goma elástica y ojeé las páginas.

Había fechas, muchas fechas, y anotaciones al lado. La primera era el 16 de agosto de 1997, y junto a ella había escrito «A Madrid!!!!». Nombres de actores, actrices, directores…, títulos de películas que se convirtieron en auténticos éxitos de taquilla —como la primera que protagonizamos juntos— y otras que en esta dimensión habían resultado un fracaso.

Continuaba con un recorrido por ciertas fechas relevantes en la historia del siglo XXI: la caída de las Torres Gemelas, el naufragio del Prestige, el atentado de Atocha en Madrid, la burbuja inmobiliaria, el lanzamiento del iPhone… Junto al 15 de septiembre de 2008, había subrayado tres veces «Quiebra de Lehman Brothers».

Hasta ese punto mi marido solo era un tío extraño al que le gustaba anotar acontecimientos en una libreta, pero lo peor venía después.

El terremoto de Haití en 2010, el de Lorca en 2011. Un «No pasa nada» junto al 21 de

diciembre de 2012. «Obama, dos mandatos; luego Trump. ¿Ébola 2014? Brexit…».

Había apuntado un montón de hechos, como si creyera que pudiesen tener cierta relevancia para tomar algún tipo de decisión. Algunas fechas las escribía entre interrogaciones, como si no estuviera del todo seguro o no se acordase bien.

«España: Mundial de 2010; Facebook: salida a bolsa, mayo de 2012». WhatsApp, Snapchat, Instagram, TikTok… Un dibujo con la gráfica aproximada de la subida del Bitcoin señalaba el periodo entre 2015 y 2018 con un «Compra, Roy, compra, por lo que más quieras».

El corazón me retumbaba en los oídos, tan rápido y tan fuerte que pensé que me desmayaría. Para cualquier otra, aquello no habrían sido más que predicciones aleatorias: nombres, años y sucesos que podrían haber sido apuntados incluso al azar. «Para cualquiera que no los haya vivido», me dije. Y en cuanto me di cuenta de lo que eso significaba, tuve que ahogar un grito.

—¿Qué estás haciendo, Blan? —lo escuché preguntar desde la puerta de la habitación.

Al levantar la vista, lo encontré frente a mí. Me miraba, asustado.

—Roy, no me jodas…, ¿tú también eres un viajero del tiempo?

Nos costó reaccionar. Durante los siguientes segundos nos estudiamos el uno al otro, incapaces de decir nada. En mi cabeza tenía miles de preguntas, pero eran palabras sueltas: ¿cuándo?, ¿cómo?, ¿dónde?, ¿por qué? Me resultaba imposible juntar más de dos y formar una frase completa.

—¿También? —acertó a decir Roy—. ¿Cómo que también, Blan?

Asentí, como si eso fuera una respuesta. Avancé un par de pasos y me senté en la cama. Me di cuenta de que todavía tenía la Moleskine en la mano, así que estiré el brazo y se la tendí.

—No sé ni por dónde empezar…

—¿2022? —preguntó Roy, tomando su libreta.

—2019…, y al día siguiente era 1996.

—1997 para mí. —Roy guardó la Moleskine en el bolsillo del pantalón del que se había caído, sacó un paquete de Marlboro Light y me ofreció.

—¿Hubo una tormenta? —Me puse un cigarrillo en los labios y levanté la cabeza para que me diera fuego.

Roy asintió y encendió el suyo. Volvió a guardar el tabaco, cogió un cenicero que había sobre la cómoda y se sentó en la cama, junto a mí.

—Joder, Blan, con razón no me sonabas de la otra realidad, pero pensaba que había sido yo, que habría cambiado algo…

—¡A mí me pasó lo mismo! —Lo interrumpí, y nos reímos con esa risa nerviosa de los momentos tensos.

—Vaya puta coincidencia…, ¿crees que habrá más?

—¿Viajaste tú solo?

—¿Tú no? —Roy me miró, desconcertado.

—Vega y Sofía también.

—Joder… —Desvió la mirada hacia la pared y se perdió en sus pensamientos.

Me levanté y abrí la ventana, necesitaba un poco de aire. Contemplé distraída a la gente que pasaba por la calle mientras fumábamos en silencio, asimilando lo que acabábamos de descubrir.

—¿Y cómo lo supisteis? ¿Aparecisteis las tres?

Me giré hacia Roy, que me miraba fijamente y le daba otra calada a su cigarrillo.

—No, cada una se despertó en su casa, pero estábamos juntas durante la tormenta.

Le conté lo que había sucedido aquella noche, cómo se había puesto a llover de forma

descontrolada y cómo había parado de golpe, sin explicación y sin dejar ningún rastro. Roy tenía una historia muy similar, aunque él estaba solo cuando ocurrió.

—Salí del bar para fumarme un cigarro, sería medianoche de un día entre semana y la calle estaba desierta. Ya al salir me di cuenta de que algo no era normal, porque no se oía nada. Por un momento incluso pensé que se me habían taponado los oídos, así que carraspeé un poco y supe que no era yo. Y, de repente, el diluvio. Abrí la puerta del bar y le grité a mi colega que saliese a ver aquel aguacero. Se asomó a la calle, pero ya no había nada, ni siquiera un charco o una nube. «Vaya pedo que llevas, tío. Será mejor que te vayas a casa, a dormir la mona», me dijo. Al día siguiente, me desperté con dieciocho años.

—Y flipaste.

—Muchísimo. Sobre todo, al ver a mis padres con mi edad… Mi antigua edad, por supuesto. —Roy apagó el cigarrillo, me pasó el cenicero y se dejó caer en la cama.

Di la última calada y también apagué el mío. Coloqué el cenicero en el suelo y me tumbé junto a él. Nos quedamos callados, mirando el techo.

—¿Cómo era tu vida en la otra dimensión? —le pregunté, curiosa, al cabo de un rato.

—Curraba en un banco… —Solté una carcajada—. ¿De qué te ríes? —preguntó, como si se hubiera ofendido.

—Me cuesta mucho imaginarte en un banco.

—Pues era subdirector de una sucursal en Santander. Llevaba el pelo bastante corto y me afeitaba cada mañana… —Se pasó la mano por las mejillas y acarició su barba de dos días—. Y tú, ¿dónde trabajabas?

—Era coordinadora de producción.

—¿Tele?

—Cine.

—No ibas tan desencaminada. Yo siempre quise ser actor, pero mi padre estaba empeñado en que estudiase una carrera, así que me licencié en Económicas. Además, para hacer Arte Dramático habría tenido que venirme a Madrid, y estaba enamoradísimo por aquel entonces…

—¿En serio? —Me coloqué de lado y apoyé la cabeza en mi mano—. ¿Qué pasó?

—Nos casamos. —Roy miró al techo y sonrió, como si recordase buenos momentos. Pero enseguida frunció los labios—. Nos compramos un piso y nos metimos en una hipoteca a cuarenta años que nos concedió muy amablemente el director de mi sucursal, en multidivisa y con un montón de cláusulas abusivas. Aún hoy me pongo de mala hostia al pensar en cómo me la coló, el muy hijo de puta…

—Joder. —Arrugué la nariz al escucharlo.

—Novecientos euros pagábamos al mes. Pero nos daba igual, ganábamos mucho dinero trabajando: yo, en el banco, y mi mujer, en una inmobiliaria. Había meses que, entre unas cosas y otras, nos juntábamos con más de cinco mil. Y nos lo fundíamos todo, aún no sé muy bien en qué… —Resopló—. Supongo que siempre he tenido gustos caros, aunque esta segunda vez he aprendido a administrarme.

En ese momento entendí el talento de Roy para las finanzas. Volví a tumbarme boca arriba.

—Cuando estalló la burbuja, fuimos de los primeros que se quedaron sin trabajo. Cerraron la inmobiliaria y, poco después, la sucursal. En cuestión de meses, estábamos en la cola del banco de alimentos, porque todo el dinero del paro se nos iba en pagar la hipoteca y algunos gastos fijos. —Se frotó la cara y se levantó a coger otro cigarrillo del pantalón—. En fin, no tengo muchas ganas de contarte toda esa mierda.

—¿Qué pasó con ella en esta dimensión? —Me senté en el colchón, con las piernas cruzadas.

—Tenía que haberla conocido en las fiestas de Torrelavega, en el verano del 97… —Roy se encendió el cigarrillo y volvió a coger el cenicero—. Pero no fui. Elegí ese día para venirme a vivir a Madrid. —Se sentó en el suelo, frente a la cama, y apoyó la espalda en la pared. Dio una calada profunda y exhaló el humo, despacio, antes de continuar—: La quería mucho, Blan, pero no quise arriesgarme a que nos volviera a pasar lo mismo. No nos merecíamos una vida así.

No pude evitar pensar en Jorge y en cómo había estado a punto de perderlo varias veces en esta dimensión. Y por un segundo se me encogió el estómago al imaginar que no se hubiera presentado la noche de La Posada.

—¿Alguna vez la has vuelto a ver? —le pregunté.

Roy asintió con la cabeza. Apagó el cigarro y estiró las piernas.

—Hace una semana, volviendo del rodaje, me pareció verla en Gran Vía. Me bajé del coche y la seguí hasta un hotel…

—¿Era ella?

—Era ella. —Sonrió—. Me senté a su lado en el bar y empezamos a hablar sobre el tiempo. Y, ¿sabes?, fue muy raro, porque me reconoció. Me miró a los ojos y preguntó «¿Roy?». Durante un puto segundo, pensé que había vuelto a viajar en el tiempo, porque ella era la única persona que me llamaba así en la otra realidad. Pero, en cuanto hablamos un poco más, enseguida me di cuenta de que solo sabía quién era porque había visto mis películas. Ya no compartíamos ninguno de mis recuerdos, porque nunca habían pasado. No había sido del todo consciente hasta ese momento.

—¿Fue la vez que…? —Roy asintió, sin dejarme terminar. No habíamos vuelto a mencionar el llanto de aquella noche. En ese momento, lo entendí todo—. Quizá aún podrías recuperarla.

—No lo creo, Blan. Ahora somos dos personas distintas. Nuestro momento pasó. Además, por lo que me estuvo contando, parecía feliz: tenía trabajo, marido, un chaval… Una buena vida. No voy a jodérsela también en esta realidad.

—¿Y si todavía estáis a tiempo?

—Lo que tenga que ser, será. —Se levantó y recogió el cenicero, dispuesto a marcharse, zanjando así la conversación. Al llegar a la puerta, se giró—: Voy a pedir algo de cena, Blan, necesito asimilar todo esto… ¿Te apetecen unas ensaladas del sitio ese de comida orgánica?

Asentí, y Roy salió de la habitación.

«¿Lo que tenga que ser, será?». Yo había dejado que los acontecimientos se me echaran encima durante mucho tiempo, así que esta vez estaba dispuesta a tomar las riendas de mi vida. Había recuperado a Jorge y tenía un pacto con Roy para no arriesgar nuestro trabajo.

Cada vez estaba más cerca de conseguirlo todo.

CAPÍTULO 12
LA CASA RURAL

Jueves, 8 de abril de 2010

—¿Qué haces el sábado? —me preguntó Jorge.

Terminé de abrocharme los vaqueros y me senté en la cama para ponerme los calcetines.

—¿El sábado? Déjame pensar… —Cogí una de mis Converse blancas y deshice el nudo de los cordones para meter el pie—. Roy y yo vamos a la presentación de un vodka, o un ron… No sé, algo de una bebida. ¿Por? —Me agaché para hacer el nudo.

—Es el cumpleaños de mi padre. —Jorge se acercó y me acarició la espalda, pasando las yemas de los dedos a lo largo de mi columna—. Nos invita a todos a cenar en un restaurante nuevo que han abierto cerca de su casa… y me encantaría que vinieras. Mi familia se muere de ganas de conocer a esa chica por la que estoy coladito.

Recogí la otra zapatilla y repetí, en silencio, la misma operación.

—Sabes que no puedo —le dije al levantarme de la cama, y Jorge se dejó caer boca arriba, abatido.

—¿Hasta cuándo, Blanca?

—No lo sé, cielo. Cuatro, cinco meses… —Me encogí de hombros, buscando por el suelo mi jersey de cuello alto.

—¿De verdad? ¿Cinco meses todavía? —resopló.

Una de las mangas asomaba por debajo de la cama. Lo recogí y me lo puse.

—Es trabajo, ya lo sabes. —Apoyé la rodilla en el colchón y me incliné para darle un beso rápido antes de volver a casa.

—No sé si puedo con esto, Blanca.

—¿Qué quieres decir? —Me eché para atrás y me senté sobre una pierna.

—Hace más de seis meses que nos vemos a escondidas y ese no es el tipo de relación que imaginaba contigo… —Resopló—. Nos estamos perdiendo un montón de cosas.

—No puedo irme a cenar contigo y con tu familia a un restaurante, cariño, tengo contratos y compromisos con Roy. Si la prensa se enterase…

Jorge contemplaba el techo. Lo miré en silencio. Al final le di un par de palmaditas en la pierna.

—Tengo que irme. —Me levanté de la cama y cogí el bolso, que colgaba del brazo de la silla. Cuando salía por la puerta, escuché que preguntaba:

—¿Y los dos solos a una casa rural?

Suspiré. Era arriesgado, pero sabía que tendría que ceder en algo si pretendía que lo nuestro durase. No quería perder a Jorge, pero había hecho un pacto con Roy para separarnos de manera amistosa, sin montar ningún escándalo que pudiera interferir en los contratos que ya teníamos firmados o en futuras colaboraciones con las marcas. Esas cosas llevaban su tiempo y no quería fastidiarlo todo por precipitarme.

Pero Jorge tenía razón: nos estábamos perdiendo esos momentos bonitos del principio de las relaciones. Yo conservaba los buenos recuerdos de la otra dimensión, pero, para él, nada de eso había ocurrido nunca.

Tenía que encontrar un equilibrio y, hasta ese momento, Jorge siempre había estado en la peor posición. Me volví hacia él.

—Vale, cariño, un fin de semana en una casa rural. Pero, por favor, seamos muy discretos.

—Por supuesto, cielo. No te preocupes. Yo me encargo de todo. —Se levantó de un salto y corrió a darme un beso.

Una semana más tarde, el viernes a mediodía, después de recogerme con el coche a un par de manzanas de mi piso, por precaución, salimos hacia la sierra de Madrid. La casa rural estaba algo retirada del pueblo, en la falda de una montaña. La había escogido por su ubicación. No había más alojamientos en varios kilómetros a la redonda, por lo que estaríamos tranquilos todo el fin de semana.

Jorge estaba muy ilusionado con la escapada. Había planeado un par de rutas para salir a pasear, pero también unos juegos de mesa, por si llovía. Llevaba vino, ensaladas, carne y embutido para la barbacoa, y un par de *pizzas* hawaianas para cenar, porque recordaba que eran mis favoritas.

—Tengo aceite de masaje, para relajarnos frente al fuego —dijo con su voz más sugerente—. Por cierto, recuérdame que compremos unas briquetas cuando recojamos las llaves en la gasolinera.

—¿La casa no tiene calefacción central? —pregunté, asustada.

—¡Claro que sí! —se rio—. Pero, sobre la alfombra, frente a una chimenea con el fuego encendido, es muchísimo más romántico. Tú me entiendes…

Se giró fugazmente hacia mí para guiñarme un ojo. Solté una carcajada.

Una hora y media después, llegamos a una estación de servicio, en las afueras del pueblo. Jorge sacó su cartera y buscó el papel donde había impreso la reserva.

—Quédate en el coche, vengo enseguida —me dijo al salir.

Por la ventanilla, vi cómo le indicaba a un empleado que nos llenara el depósito antes de pasar al interior de la tienda. Saqué el móvil y me bajé la visera de la gorra mientras revisaba mis últimos *emails*.

—¿Blanca? —Unos golpecitos en el cristal me sobresaltaron. Me giré a mirar quién me llamaba y, bajo aquel mono gris con el logo rojo, me encontré a la última persona que me habría imaginado—. Joder, rubita, ¡qué casualidad!

No lo había visto desde que acabamos las clases aquel año y, si no hubiera sido por la risa socarrona, tampoco lo habría reconocido, porque no se parecía en nada al recuerdo que conservaba de él. En el instituto era un gilipollas que estaba tremendo. Ahora era, simplemente, un gilipollas.

—¿Nacho?

—Ese soy yo, no me gastes el nombre. —Abrió la puerta y se acercó a darme dos besos, sin

darme tiempo a reaccionar—. Joder, Blanquita, qué buena estás. Porque he visto en la tele que estás casada, que, si no…

—Cielo, ya tengo las llaves y las briquetas… —Jorge entró en el coche en ese momento y se paró en seco al ver junto a mí al empleado de la gasolinera—. ¿Hay algún problema?

—Es un antiguo amigo que ha querido saludar —respondí, y luego me volví hacia Nacho—. Me alegro de verte, espero que sigas tan bien.

—Lo mismo digo, rubita. —Miró a Jorge, entornando los ojos, antes de despedirse de mí—. Dale recuerdos a tu marido.

Tiré de la manilla para cerrar la puerta y dio un paso hacia atrás para que no lo golpease. Le dije adiós con la mano al irnos. Durante el breve trayecto hasta la casa rural, Jorge me preguntó de qué nos conocíamos, sorprendido de que aquel tipo extraño y yo tuviésemos alguna relación. «Si tu supieras…», pensé, y le conté la famosa anécdota del vestuario en el instituto. No paramos de reír. Al llegar, detuvimos el coche en la explanada frente a la puerta y descargamos el equipaje.

La casa rural era enorme. Tenía capacidad para seis personas, pero Jorge la había alquilado entera para nosotros. Al abrir la puerta, pasamos a un salón muy acogedor, con dos sofás y varias butacas dispuestos alrededor de una mesita baja de cristal. Una alfombra grande frente a una chimenea de piedra. La tele, en un rincón. A un lado, una cocina americana con una enorme barra y taburetes altos que separaban los dos espacios. Y en el otro, la mesa de comedor. Grande, de madera oscura y con ocho sillas pintadas de colores diferentes que formaban un conjunto armonioso, con mucha personalidad.

Jorge fue directo a la cocina, apoyó las bolsas en la encimera y colocó toda la comida que había llevado; guardó primero lo que iba en la nevera. Yo dejé mi bolsa de viaje sobre uno de los sofás, me quité el abrigo y sacudí las briquetas en el aire para captar su atención.

—¿Dónde quieres que las ponga? —le pregunté.

—Junto a la chimenea, cielo.

Las saqué de la bolsa y las coloqué donde me había indicado. Apoyé la caja de cerillas y el periódico sobre la repisa, y me acerqué a él, formando una bola con la bolsita de plástico.

—Tendríamos que hacer cuentas. —La dejé en la encimera y señalé con la barbilla las dos botellas de vino que sujetaba en las manos—. Me siento fatal por no haber traído nada.

Jorge se rio. Dejó las botellas en la barra y rodeó mi cintura con sus brazos.

—Has venido tú —me susurró al oído—. Es lo único que importa. —Me besó el cuello con delicadeza.

—Me alegro mucho de estar aquí. —Deslicé mis dedos por su pelo, y le acaricié la nuca.

Jorge me estrechó contra su cuerpo y nos movimos despacio, como si bailásemos.

—Ven, quiero enseñarte el dormitorio. —Me dio un beso rápido en los labios y agarró mi mano. Tiró de mí hacia las escaleras.

Lo seguí hasta el piso de arriba con una risita. En el descansillo, Jorge empezó a abrir puertas, una tras otra.

—Este no es, este tampoco… —Giró el pomo de la tercera y se asomó al interior. Sonrió con satisfacción—. ¡Este!

Se echó a un lado para que pasase yo primero. Era un dormitorio abuhardillado, con vigas de madera en el techo y una enorme cama en el centro. En la pared de enfrente, otra chimenea de piedra, y una gran cristalera en un lateral, desde donde se podían contemplar unas vistas impresionantes de la sierra norte de Madrid.

Abrí las puertas de cristal y me asomé al balcón. El paisaje era maravilloso. Estábamos a las

afueras del pueblo, por lo que no teníamos vecinos en varios kilómetros a la redonda. Jorge salió detrás de mí y se puso a mi espalda.

—¿Te gusta, cielo? —Retiró el pelo de uno de los lados de mi cuello y me besó una y otra vez con suavidad.

—Es precioso. —Cerré los ojos e inspiré hondo. No se escuchaba nada. Era como si estuviéramos solos en el mundo.

—Ven a ver la bañera de hidromasaje… Es tan grande que me parece que cabemos los dos. —Jorge se pegó a mi espalda y sonreí al notarlo tan excitado.

—¿Solo te parece? —Me di media vuelta y nos besamos. Las manos de Jorge desabrocharon los botones de mi camisa de franela.

—Deberíamos comprobarlo. —Mordisqueó la piel de mi escote.

Eché la cabeza hacia atrás. Estábamos muy lejos de la casa más cercana y no podía vernos nadie. Por una vez, me dejé llevar. Hacía demasiado tiempo que no disfrutaba de aquella sensación de libertad.

—No sé si vamos a llegar a la bañera… —dije con un gemido, su boca subiendo poco a poco por mi cuello.

—Pues hagámoslo aquí. —Jorge retiró mi camisa para besarme los hombros, y el aire de la sierra impactó en mi piel como un cuchillo.

—No, no, mejor vamos dentro —me reí, cubriéndome otra vez—. Ahora me apetece, más que nunca, un buen bañito caliente.

El sábado por la mañana, después de desayunar, salimos a dar una vuelta por los alrededores. Hacía frío y el cielo estaba lleno de nubes grandes y oscuras, como si fuera a llover de un momento a otro. Jorge cerró con llave la puerta de la casa y miró hacia arriba.

—Se está poniendo feo —comentó, algo preocupado—. ¿Quieres que nos quedemos?

—Prefiero dar un paseo contigo. —Le tendí la mano. Él la tomó con cara de sorpresa—. No creo que nos encontremos a mucha gente por aquí.

Echamos a andar por un camino de tierra que pasaba cerca de la casa. Tras una hora, aún no nos habíamos encontrado a nadie por aquel sendero. Era muy agradable ir cogidos de la mano sin preocuparme de que nos viesen.

—Tengo tantas ganas de que te divorcies y de que podamos ir así por la calle… —Jorge me besó—. La verdad, tengo ganas de hacer muchísimas cosas contigo, como una pareja normal.

—Yo también. —Entrelacé mis dedos con los suyos.

—¿Qué es lo primero que te gustaría que hiciéramos juntos? —me preguntó con curiosidad.

—Ir a una fiesta. —Me reí—. Me lo debes, porque me quedé con las ganas de ir contigo al evento del año.

—Ya… —Jorge arrugó un poco la nariz—. Te vi por la tele al día siguiente, cuando fuimos a comer a casa de mis padres. Creo que, en ese momento, empecé a arrepentirme de mi decisión.

Me pasó el brazo por los hombros y me atrajo hacia él. Caminamos en silencio, con la vista en el suelo. Todo habría sido muy diferente si hubiésemos ido juntos a aquella fiesta. Nos habíamos perdido muchas cosas, pero ya no servía de nada lamentarnos. Procuré que nos animásemos al imaginar lo que nos esperaba después del verano, cuando ya no estuviera con Roy.

—¿Y a ti qué te apetece? —le pregunté.

—Sin duda, llevarte al supermercado para que hagas la compra conmigo, porque si voy yo solo no encuentro tantas ofertas. —Me miró de reojo y nos reímos—. Como aún hará calor,

quiero ir contigo a la piscina…, o mejor a la playa. Bañarnos juntos y darnos besos en el agua mientras las señoras nos miran y se escandalizan. Pasear contigo por el centro de Madrid. Tomarnos unas cañas y compartir unas croquetas en la barra de un bar…

—La última vez te tiraron una clara de cerveza por encima, acuérdate —le dije, refiriéndome al día en que nos habíamos conocido en 1996, cuando su ex se había puesto hecha una fiera al ver que nos besábamos.

—¡Es verdad! —Jorge soltó una carcajada y se tapó la cara con la otra mano—. Vaya genio. Me pregunto qué habrá sido de Asun…

—A mí me encantaría volver a salir de fiesta con tus amigos, como aquella vez…

—Pues no vas a reconocer a Paco, ¡ahora está calvo! —exclamó Jorge, y yo me reí, porque lo recordaba de la otra dimensión—. ¿Y podré ir a verte a un rodaje? Nunca he estado en uno.

—¡Claro! Será genial enseñártelo todo.

—Tendré que presentarte a mi familia. Mi hermana dice que eso de que salgo con una chica es solo una excusa para esconder la relación secreta entre Álvaro y yo. —Jorge sonrió—. Álvaro te va a caer muy bien, ya lo verás.

—Y a ti Martín. Hace tiempo que tiene ganas de conocerte.

—Yo también tengo ganas de conocerlo… —Jorge se detuvo y nos besamos. Al retirarse, como si acabase de caer en la cuenta, me preguntó—: Oye, Blanca, ¿ya sabes dónde vas a vivir cuando te divorcies?

Me encogí de hombros. Aún no había pensado en las cuestiones logísticas. Un poco antes de casarme había dejado mi piso y me había mudado al de Roy porque era más grande y estaba mucho más céntrico. Algunas de mis cosas me las había llevado a Alicante, a un pequeño apartamento en la playa que había comprado para ir de visita, pero la mayoría estaban todavía metidas en cajas, en un altillo sobre la puerta del vestidor.

—Alquilaré un piso, seguramente —le respondí—. ¿Por qué?

Pareció que iba a contestar, pero dudó, como si se lo pensara mejor. Después se rascó la frente y se detuvo, mirándome de reojo, como si no estuviera seguro de si iba a decir algo inapropiado.

—Blanca, ¿te gustaría… venir a vivir conmigo?

Me detuve junto a él.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. —Jorge me miró a los ojos y repitió la pregunta con más decisión—: ¿Quieres venir a vivir conmigo, Blanca?

La idea de vivir de nuevo con Jorge me hizo demasiado feliz. Lo había deseado durante tantos años que no me creía que fuera de verdad. Y aunque pareciera una locura, porque en esta dimensión casi no nos conocíamos, tenía el presentimiento de que, a partir de entonces, todo nos saldría bien.

—Claro que quiero, cariño —afirmé mientras lo abrazaba.

Nos estrechamos con fuerza, en silencio, porque ya no hacía falta decir nada más. Era uno de esos momentos perfectos que sabes que recordarás durante mucho tiempo. Nos separamos un poco y ladeamos la cabeza, buscando nuestras bocas, a punto de besarnos…

Un trueno nos sobresaltó. Miramos hacia arriba y empezó a llover. Después de caminar casi dos horas, al final nos había pillado la tormenta. Por suerte, ya estábamos de vuelta, muy cerca de la casa. Jorge me agarró de la mano y echamos a correr bajo la lluvia.

Esa noche nos sentamos a cenar *pizza* frente a la chimenea, con una copa de vino y la televisión

de fondo. En cuanto se terminó el informativo, anunciaron la película que emitirían a continuación. Era la primera que había hecho con Roy, la que habían proyectado en el Palacio de la Música la noche del preestreno.

—Esta ya la he visto —me reí. Cogí el mando e hice *zapping*.

—¿Nunca te has planteado trabajar en una peli en la que no esté Roy? —preguntó Jorge.

—Sí, claro, muchas veces, pero no depende de mí. Es Angie quien elige los proyectos más interesantes y lo que es mejor para nuestra carrera… —Me percaté de que siempre hablaba en plural al referirme a mi trabajo, como si me hubiese acabado creyendo que de verdad éramos un *pack* indivisible.

—¿Lo mejor para vuestra carrera? —Me miró con curiosidad—. ¿Por eso te casaste con él, porque era lo mejor para vuestra carrera?

—En parte, sí. —Me encogí de hombros y miré hacia otro lado, porque no era una decisión de la que estuviera muy orgullosa—. Nunca he creído demasiado en las bodas, me parece que firmar un papel no garantiza que una pareja dure para siempre. —Di un trago de vino y lo miré —. Además, estaba convencida de que tú seguías con Marta, como no me habías llamado desde la noche de la pedida…

—¿Y por qué no me llamaste tú? —me interrumpió.

—Quise hacerlo, pero no tenía tu número —le contesté. Jorge abrió mucho los ojos al escucharme—. ¿Qué esperabas? Lo borré en cuanto volviste con ella.

—No me lo puedo creer, Blanca —repetía, atónito, negando con la cabeza—. Estaba convencido de que no querías saber nada de mí, que habías pasado página. Nunca se me ocurrió pensar que no tuvieras mi número. —Bebió un sorbo de vino y bajó la vista, como si todavía estuviera asimilando lo que acababa de descubrir—. Supongo que por eso tampoco contestaste al mensaje, porque no sabrías de quién era.

—¿El de antes de mi boda?

—La tarde antes de tu boda, me envalentoné. Me había tragado casi dos horas de programas del corazón y ya sabía quién te había diseñado el vestido, lo que ibais a cenar y cuántos invitados habían confirmado… —Jorge se ruborizó un poco al confesarlo y a mí se me escapó una carcajada—. Retransmitían desde la puerta del hotel, donde ya estabais alojados, así que me vine arriba y me fui derechito hasta allí, dispuesto a recuperarte.

—¿De verdad? —Di un trago, intrigada.

—Sí, lo tenía clarísimo. En el coche preparé un discurso épico para pedirte una oportunidad. Estaba convencido de que funcionaría, pero, al llegar allí, me desinflé. No habías mandado ningún mensaje en meses, ibas a casarte, di por hecho que eras feliz… ¿Quién era yo para meterme en medio? Solo el idiota que había cortado contigo para volver con su ex. Así que me fui a tomar algo al bar del hotel y, en un último intento por no perderte, te escribí. Esperé allí hasta que cerraron, casi a las dos de la mañana, por si acaso contestabas, pero no lo hiciste. Y me fui. No pensé que acabarías presentándote en mi rellano un año después.

La noche anterior a mi boda, tras dejar el móvil cargando en la *suite*, Roy y yo cenamos con las dos familias en el restaurante de la última planta. Recordaba que había pensado en Jorge durante toda la cena… mientras él me esperaba en el bar, solo unos pisos más abajo. Tan cerca y tan lejos. Separados por trece plantas y un montón de malentendidos.

—Estabas en el bar… No me jodas. —Se me puso un nudo en la garganta. Apuré mi copa de un trago, me mordí los labios y miré hacia arriba.

—Eh, cielo. —Dejó la copa en la mesita de cristal y tomó mi cara entre sus manos—. Ahora estoy aquí, contigo. Al final, llegaste.

—Un año más tarde…

—Llegaste, Blanca. —Me acarició la mejilla hasta que sonreí—. Mereció la pena esperar.

Sin darme tiempo a añadir nada más, se acercó a mi boca y nos besamos.

Aquella noche me alegré muchísimo de que Jorge se hubiera empeñado tanto en comprar briquetas para la chimenea, porque tenía razón.

Con el fuego encendido, era muchísimo más romántico.

La llamada de Angie a las ocho de la mañana del domingo me sobresaltó. Cogí el teléfono, intentando no despertar a Jorge, que dormía a mi lado, y salí deprisa de la habitación.

—Dime, Angie —respondí en un susurro.

—¿Dónde coño estás?

—Buenos días a ti también. —Cerré la puerta muy despacio, para no hacer ruido, y bajé las escaleras hasta el salón—. Estoy en la sierra, en una casa rural, ¿por?

—¿Estás con tu marido?

Iba a contestarle que eso no era de su incumbencia, pero entonces me asusté: pensé que le había pasado algo a Roy y que por eso me llamaba tan temprano.

—No, no estoy con él, ¿qué ocurre?, ¿está bien?

—Mira, Blanca, voy a ir al grano: me acaban de mandar unas fotos en las que apareces medio desnuda y besándote con otro tío en un balcón.

Me quedé muda. ¿Me habían pillado? Eso debía de haber sido el viernes al llegar, antes de meternos en la bañera… ¡Joder! ¿Cómo había sido tan descuidada? Me puse a temblar y me envolví con la mantita que había sobre el sillón.

Durante los últimos meses, Roy y yo habíamos engañado a todo el mundo. Como habíamos pactado, dormíamos en habitaciones separadas, pero aparecíamos juntos en los eventos, contando que éramos muy felices en nuestro matrimonio. Y, quizá, esto último era verdad, porque no recordaba otra época en la que hubiésemos estado mejor.

Pero me habían pillado. Mientras trataba de asimilarlo, hice un recuento mental de daños: Roy le había dicho a Angie que necesitábamos bajar el ritmo y que, después de ese último gran proyecto que ya habíamos empezado a rodar, nos tomaríamos un par de meses de vacaciones. Por eso, exceptuando la campaña de verano de unos grandes almacenes, no teníamos firmado nada más. Visto así, no parecía tan grave. A lo mejor perdíamos la *publi*, pero estaba segura de que acabaríamos la película, no se les ocurriría despedirnos a la mitad del rodaje.

Eso sí, tendríamos que adelantar un par de meses la noticia de nuestra separación y debía decírselo a Angie cuanto antes. Inspiré hondo.

—Roy y yo nos vamos a divorciar. —En ese momento fue ella la que se quedó muda—. Teníamos pensado anunciarlo en julio o agosto, después de la gira de promoción de la coproducción argentina, pero, ahora que nos han pillado, parece que no lo vamos a poder retrasar, así que dinos cómo crees que deberíamos enfocarlo…

—Para el carro, Blanca —me interrumpió—. Lo primero es que aún puedo hacer algo para que no las publiquen. Conozco a la editora jefa de la revista y, siempre que les demos una buena exclusiva, estoy segura de que no habrá ningún problema en que esas fotos desaparezcan. Sobre lo del divorcio, ya hablaremos.

No me gustó ni un pelo la forma en la que lo dijo, pero tenía curiosidad por saber cuál era esa propuesta de exclusiva que tenía.

—Bien, ¿cuál es el plan?

—Me lo confirmaron ayer por la tarde, pero quería esperar al lunes para daros a los dos la

noticia. ¡Nos vamos a Los Ángeles! —exclamó con alegría.

Solté una carcajada tan fuerte que, por un segundo, temí haber despertado a Jorge en el piso de arriba.

—¿Qué dices?

—Sé que Roy quería tomarse un descanso, pero llevo más de un mes en contacto con una agente de *casting* que busca una pareja de hispanos. El director está muy empeñado en que sea un matrimonio real porque hay varias escenas que los muestran en momentos íntimos. Será por la química, o por el morbo, no sé. Me ha costado mucho convencerlos de que vosotros seríais ideales. Y, ayer, al final, dijeron que sí. Es cine independiente, pero es una gran oportunidad para trabajar en Hollywood. Aunque, claro, si os vais a separar…

—¿Cuánto tiempo habría que retrasarlo?

—Entre que acabáis la peli que estáis rodando ahora, los primeros ensayos, viajes y demás… Terminaríamos el rodaje en unos diez, doce meses, más o menos. A partir de ahí, hacéis lo que queráis. Ya veremos cómo enfocarlo.

No iba a esperar tanto. Cuatro meses ya me parecía mucho, no quería ni imaginar pasar otro año más sin Jorge. Encima, en la otra parte del mundo.

—Olvídalo, Angie, tardaríamos demasiado en divorciarnos y no quiero…

—No lo entiendes, ¿verdad, Blanca? —me cortó Angie—. No se trata solo de divorciaros. Te han pillado con otro. Eres una mujer casada e infiel. ¿Sabes en qué lugar te deja eso delante de la opinión pública? Además, ya tienes más de treinta; si esto sale a la luz, olvídate de seguir trabajando, porque tu imagen tardará años en recuperarse. Tú verás, pero, como tu representante, debo avisarte de que estás a punto de tirar tu carrera a la basura.

Vacilé. ¿Tenía razón? Quizá no había valorado del todo lo que supondría que aquellas fotos comprometidas vieran la luz.

—Y no solo tu carrera, porque también te vas a cargar la oportunidad de Roy para dar el salto a Hollywood. El director lo ha dejado bien claro: o los dos, o ninguno —añadió Angie, y yo me sentí aún peor—. En fin, te dejo que lo consultes con tu marido —pronunció las dos últimas palabras con retintín—, pero dame una respuesta rápida, porque como no los llame hoy, no lo voy a poder parar.

Dejé el teléfono en mi regazo y me tapé la cara con las manos, abrumada. Parecía que no tenía muchas opciones: o aceptaba irme a los Ángeles, o mi carrera se terminaba justo en ese punto. No quería perder el trabajo de mis sueños después de haber llegado hasta allí, pero tampoco dejar a Jorge por unas simples fotografías.

En ese momento, me di cuenta de que él también estaba en ese balcón, por lo que el escándalo le afectaría. ¿Qué diría su familia? ¿Tendría consecuencias en su carrera? Jorge trabajaba en una empresa importante, y aquello podía convertirse en un grandísimo circo que él no tenía por qué soportar. Ser actriz era mi profesión, con todo lo que implicaba. Sabía a lo que me arriesgaba al ir allí y me habían pillado, así que lo justo era asumir las consecuencias y no complicarlo más. Volví a coger el teléfono.

—Vale, Angie, está decidido. Haré lo que sea para que no salgan esas fotos.

Después de colgar, me quedé sentada en silencio. Miraba el teléfono móvil y me preguntaba qué acababa de ocurrir. El día anterior Jorge me pedía que me fuera a vivir con él, mientras hacíamos planes para que me presentara a su familia después del verano, y esa mañana había aceptado irme a los Ángeles con Roy durante un año. Ni siquiera sabía cómo decírselo a Jorge. Me daba la sensación de que, en cuanto se enterase, todo se terminaría entre nosotros.

—Buenos días, cielo, te echaba de menos en la cama. —Di un respingo al escucharlo. Bajaba

las escaleras, vestido con el pantalón del pijama y una sudadera. Al llegar junto a mí, me dio un cariñoso beso en los labios—. Vaya, qué seria estás… ¿Va todo bien?

Señaló mi teléfono móvil y se acercó a la cocina, a preparar el café.

—¿Eh? Ah, sí… —Forcé una sonrisa, intentando reunir el valor para decírselo. Pero él estaba tan contento y había sido un fin de semana tan mágico que lo no quise estropear con malas noticias. Quedaban todavía dos meses, ya tendría tiempo de contárselo más adelante—. Era una cosa del rodaje de mañana, hay un cambio en la primera secuencia.

Sin quererlo, lo compliqué todavía más. No sabía cómo lo hacía, pero cada vez que estábamos a punto de ser felices ocurría algo que nos alejaba. Como si regresara, una y otra vez, a la casilla de salida de un videojuego. Como cuando intentas escapar de unas arenas movedizas y te acabas hundiendo del todo. Esa era mi relación con Jorge en esta realidad.

Esa tarde, durante el trayecto de vuelta, me di cuenta del gran error que había cometido al darle una respuesta a Angie de forma tan precipitada. Tenía que volver a hablar con ella y preguntarle cuáles eran las otras opciones, porque debía de haber más, no podía ser todo tan drástico.

—¿Hay algún problema, cielo? —Jorge puso una mano en mi rodilla mientras nos incorporábamos al tráfico de Moncloa—. Te noto muy rara desde esta mañana.

—Ha sido un fin de semana maravilloso, y no me apetece nada que se termine… —Acaricié el dorso de su mano con las yemas de los dedos.

Nos detuvimos en un semáforo y Jorge se inclinó para besarme.

—Cada vez falta menos para que vivamos juntos, Blanca —me dijo al oído al retirarse—. No paro de pensar en eso, y me hace muy feliz.

Le acaricié el pelo y forcé una sonrisa. Iba a besarme otra vez, pero el semáforo se puso en verde y el coche de detrás le pitó para que arrancase.

«En cuanto llegue a casa, llamo a Angie. —Miré como conducía—. Seguro que estamos a tiempo de encontrar otra solución».

Solo esperaba que aún no se lo hubiera dicho a Roy Crucé los dedos para que hubiera decidido aguardar hasta el día siguiente antes de darle la noticia a mi marido: no quería desilusionarlo cuando no nos mudásemos al final.

Al entrar por la puerta, enseguida me percaté de que llegaba tarde, porque Roy corrió a recibirme, entusiasmado.

—¡Nos vamos a Hollywood! —Se agachó para abrazar mis piernas y me levantó en el aire, moviéndome arriba y abajo.

Me agarré a sus hombros e intenté sonreír. Roy se dio cuenta al instante de que algo no iba bien.

—¿Qué ocurre, Blan? —Me dejó en el suelo, preocupado—. ¿Ha habido algún problema con ese chico?

—Me han pillado. —Me di cuenta de que aún llevaba las llaves de casa en la mano y las dejé sobre el mueble. Roy me observaba sin entender muy bien qué le quería decir—. Nos han sacado unas fotos en la casa rural… Pero, tranquilo, nuestra superrepre lo ha parado todo a cambio de la exclusiva de Los Ángeles.

—Joder… —Roy se llevó las manos a la nuca y contempló el suelo, pensativo. Después levantó la mirada hacia mí—. ¿Se ha tomado muy mal que te vayas? ¿Habéis discutido por eso?

—No, no se lo he dicho, porque no voy a ir… Necesito hablar con Angie para ver las demás opciones antes de que sea demasiado tarde. —Me agaché junto a mi bolsa de viaje para sacar el

móvil.

—¿No vas a ir a Hollywood? —Roy levantó las cejas, sorprendido—. ¿Estás segura, reina? Es una de esas oportunidades que no se deben desperdiciar, porque luego te lamentas durante toda la vida…

Me levanté despacio, sin dejar de mirarlo a los ojos. ¿Tenía razón? Por mi mente pasaron los recuerdos del otro futuro, todas aquellas veces en las que Jorge se había arrepentido de no haberse ido a Connecticut. ¿Terminaría así yo también? No quería acabar echándole la culpa por no haber cumplido mis sueños, porque, al final, esos deseos frustrados acabarían con nosotros también en esta dimensión.

Si había viajado al pasado, tenía que ser por algo. La vida de los que me rodeaban era mucho mejor en esta realidad, como había dicho Martín, y yo también me merecía tenerlo todo. Me había esforzado mucho por llegar a donde estaba y no quería echar por tierra el sacrificio de tantos años: los madrugones, las jornadas interminables, el estrés, las noches en Madrid, tan sola, lejos de mi familia y de mis amigos. Incluso cuando Jorge había decidido volver con Marta, el trabajo había sido lo único que me había salvado de hundirme del todo. No, no podía renunciar a mi carrera. Jorge tenía que entenderlo.

—Tienes razón, Roy. No puedo desperdiciar esta oportunidad.

—¿Vas a decírselo ahora? —me preguntó.

Negué con la cabeza. Estaba cansada de hacer planes que luego el destino me truncaba, por lo que prefería no volver a adelantarme. Todavía faltaba mucho tiempo para que nos fuéramos y existía una gran probabilidad de que se cayera aquel proyecto independiente o de que encontrasen a otros actores.

No pensaba decírselo hasta que fuera evidente que nos íbamos a Los Ángeles.

Por el momento, me centraría en disfrutar de Jorge.

CAPÍTULO 13
TODO LO QUE IMPORTA

Jueves, 10 de junio de 2010

«Os invito a cenar el viernes. Tenemos que tratar un tema muy importante. Blanca, ¿podrías venir este finde? Me gustaría que estuviésemos las tres».

El lunes anterior, cuando Sofía envió el mensaje, supe al instante de lo que se trataba: había llegado la hora de tener la gran conversación. En cuanto compré los billetes de tren, escribí a mi amiga para confirmarle que contase conmigo, y avisé a Roy de que me tomaría una semana de descanso en Alicante.

Hacía unos días que habíamos terminado el rodaje y, excepto por un par de eventos a finales de mes, patrocinados por la marca de champú y a los que tendríamos que asistir como un matrimonio feliz, el resto del tiempo estaríamos libres de compromisos. Era lo más parecido a unas vacaciones que había tenido en los últimos dos años.

Al entrar en mi apartamento, me sentí en casa. Era mi refugio, el sitio en el que conectaba con la Blanca de siempre. Allí estaban todas mis cosas, desde los álbumes de fotos de mi adolescencia hasta unas mesitas auxiliares que me había llevado del piso en el que había vivido con Martín. También había comprado algunos muebles muy parecidos a los que tenía con Jorge en la otra dimensión, como el aparador rojo de la entrada sobre el que dejé las llaves.

Recorrí las habitaciones subiendo las persianas para que entrara la luz. Era un piso reformado de dos dormitorios, en la decimoquinta planta. Estaba en tercera línea de playa, pero se veía el mar gracias a su altura. Me quedé embobada mientras aquella sensación de paz volvía a embargarme.

Salí a la terraza con el móvil en la mano y marqué el número de Jorge.

—¿Ya estás en la playa, cielo? —me preguntó al contestar.

—La veo desde aquí. Solo llamo para darte envidia…

—No me das envidia, porque voy a estar allí contigo dentro de dos días. —Se rio—. Qué ganas tengo de verte.

Había invitado a Jorge a mi apartamento porque quería enseñarle parte de mi mundo. Casi siempre nos encontrábamos en su casa, a escondidas, así que había decidido ser su anfitriona durante ese fin de semana largo.

Jorge llegaría el sábado y se quedaría hasta el miércoles siguiente. Había aprovechado para

pedir en el trabajo unos días libres que le debían. «Tendré que terminar una memoria de proyecto —me había dicho—, pero como mucho me llevará dos o tres horas, el resto del tiempo será todo para ti».

—¿Vamos a ir a la playa, o me vas a tener todo el finde encerrado en lo alto del castillo? Es para saber si me llevo el bañador —consultó.

«Chico listo», pensé, consciente de lo que preguntaba en realidad. Desde que nos habían pillado en la casa rural había relajado poco a poco mis propias reglas sobre la discreción. Habíamos salido a correr algunas veces por un parque que había cerca de su casa; a comer a tres restaurantes, simulando motivos profesionales, y al cine en un par de ocasiones. Al apagar las luces de la sala, incluso nos habíamos besado.

No sabría decir si me había vuelto más valiente o solo temeraria, pero a veces me atraía demasiado la idea de que nos volvieran a pillar. ¿Qué pasaría entonces? Suponía que Angie lo pararía todo, como había ocurrido con las fotos en el balcón. ¿Y si no podía detenerlo? Quizá sería la excusa perfecta para volver a la idea original, en la que sería una mujer divorciada al acabar el verano.

Para Jorge ese seguía siendo el único plan. Cada vez estaba más ilusionado con lo de vivir juntos, y yo no era capaz de decirle que me marchaba a Los Ángeles. «Espera un poco más, Blanca, aún pueden cambiar las cosas», me decía mi voz interior. Y yo estaba de acuerdo: si al final iba a terminarse todo entre nosotros, mejor que fuera lo más tarde posible.

—Entonces, ¿me llevo el bañador? —insistió Jorge.

—El sábado voy a tenerte secuestrado, pero, si te portas bien, el domingo ya veremos… —bromeé.

—Yo siempre me porto muy bien… A no ser que quieras que me porte mal —contestó con voz sugerente.

Después de colgar, me senté en la mesita de la terraza con una lata de refresco. Revisé los mensajes y me di cuenta de que tenía uno de Vega.

«Blanqui, ¿estarás en la cena mañana? No sé si puedo enfrentarme yo sola a esto».

Enseguida le respondí.

«Claro que iré. No te preocupes. Para eso estamos las amigas».

Entré en el restaurante diez minutos antes de la hora, segura de que sería la primera en llegar, por eso, cuando el camarero me acompañó a nuestra mesa, me sorprendió mucho encontrarla allí.

—¿Cómo estás? —Le di un abrazo a mi amiga.

—Acojonada —respondió Vega, que volvía a sentarse—. He temido esta conversación desde aquella bronca, en 1997, y parece que, al final, ha llegado el día.

Durante años, mis amigas habían evitado ese tema que las enfrentaba. Pero que no hablasen de ello no lo hacía desaparecer, sino todo lo contrario.

Vega me miró y enseguida supe lo que iba a decir. Nunca la habíamos formulado en voz alta, pero aquella pregunta había estado latente en muchas de nuestras cenas.

—¿Cómo lo vamos a hacer, Blanca?

Me encogí de hombros. No tenía ni idea, y era una cuestión muy complicada para dar una respuesta a la ligera. Había demasiado en juego y, a la vez, muy pocas opciones en las que todo saliese bien.

Si éramos realistas, solo existía una mínima posibilidad de que Sofía recuperase a sus gemelas, de que volviesen a ser exactamente las mismas niñas de la otra dimensión. Era como jugar a la ruleta, con un coste demasiado alto para una única tirada, porque apostábamos cosas

tan importantes como el matrimonio de David y Vega o nuestra amistad. La de las tres, porque, tarde o temprano, yo tendría que tomar partido por una de ellas o las perdería a las dos. Y para Vega era todavía peor: decidiera lo que decidiese, ya nada sería lo mismo.

—Hola, chicas. —Sofía llegó acompañada por el *maître*. Colgó el bolso en la silla y rodeó la mesa para venir a saludarnos—. Gracias por venir —susurró en mi oído, y yo la estreché con fuerza tras presenciar cómo Vega le había dado el abrazo más frío de la historia.

—Es un restaurante precioso, no había estado nunca —dije para romper el hielo.

Sofía sonrió. Supuse que había elegido un sitio elegante para que Vega no montase ningún drama y que a mí me había llevado como mediadora, para ayudarlas a ver las cosas de la forma más objetiva posible.

—Yo tampoco había estado nunca —murmuró Vega, y dio un trago a su copa.

—Deberías venir con David, estoy segura de que le va a encantar… —comentó Sofía, que levantaba la mano para llamar al camarero.

—¿Estás segura de que le va a encantar porque ya habíais venido en la otra dimensión? —Vega estaba tan nerviosa que se había puesto a la defensiva.

—¿Qué? —Sofía la miró, sin entender qué había dicho para disgustarla—. No, no; lo que quería decir es que es el tipo de sitio en el que a David le gusta celebrar las ocasiones especiales.

—Pues lo estás arreglando… —Vega arqueó las cejas.

—¿Desean algo las señoras? —interrumpió el camarero.

—De momento, más vino, por favor —le pedí. «Y un poquito de paciencia, porque parece que me espera una velada movidita», añadí en mi cabeza.

La comida era espectacular, pero casi no probaron bocado ninguna de las dos: Sofía no hacía más que mirar a Vega, buscando el momento idóneo para sacar el tema, pero mi otra amiga se lo ponía muy difícil y esquivaba su mirada sin ningún disimulo.

El ambiente estaba demasiado tenso, así que intenté que tuviésemos primero un par de conversaciones insustanciales sobre el tiempo o el trabajo, pero no nos dio más que para intercambiar cuatro o cinco frases.

En algún momento, antes de que trajesen el segundo plato, a Sofía se le ocurrió preguntarme si ya le había dicho a Jorge que me iba a los Ángeles con Roy, y entonces mis amigas se aliaron para arreglarme la vida.

Al principio las dejé que hicieran equipo, creyendo que era mejor que se unieran contra mí en vez de encararse entre ellas, pero, cuando el sermón ya duraba más de cuarenta minutos, me planté.

—A ver, chicas —dejé los cubiertos en la mesa—, entiendo que no os apetece nada enfrentaros a vuestro enorme marrón, pero, como alguna vuelva a decirme lo que tengo que hacer con Jorge, os juro que me levanto y os dejo aquí solas. Por mí, como si os dais de hostias. ¿Ha quedado claro?

Las dos bajaron la cabeza, con las miradas concentradas en sus platos, como dos niñas a las que un adulto les acabase de reñir.

—Perdona, Blanqui, no te enfades… —se disculpó Vega.

Hice un gesto de asentimiento y avisé al camarero para que rellenase mi copa. En cuanto se fue, Sofía suspiró.

—Todas sabemos por qué os he invitado a cenar, así que no voy a retrasarlo más. —Apoyó los codos sobre la mesa—. Soy muy consciente de que la posibilidad de volver a ver a las gemelas es muy reducida, pero soy su madre y voy a hacer lo que sea para intentarlo. Lo que sea —repitió.

Vega se bebió de un trago su copa de vino. Sofía le cogió la mano.

—Por favor, necesito que entiendas que esto no va contra ti, pero tenemos que intentar encontrar una solución.

—¿Qué dice Alba de todo esto? —pregunté, para desviar un poco el tema y dejar que Vega lo asimilara.

—Al principio se sorprendió mucho de que lo eligiera a él. Incluso me recordó que sería un poco raro porque David y ella salieron unos meses en el instituto.

—¡Es verdad! —solté una carcajada. Y añadí, de broma, para destensar el ambiente—: Creo que yo soy la única que todavía no ha tenido nada con él…

Por la mirada que me echó Vega, deduje que no le había hecho ninguna gracia mi comentario. Carraspeé y miré a Sofía, invitándola a seguir.

—Después del impacto inicial —continuó ella—, Alba y yo hicimos una lista de pros y contras…, y había muchas más ventajas que inconvenientes.

—¿Como por ejemplo? —preguntó Vega, curiosa.

—Pues, a ver: David es un tío listo, está sano, no tiene enfermedades genéticas hereditarias —enumeraba con los dedos—, y lo tendríamos a mano si nos tuviera que donar un riñón. —Sofía y yo nos reímos, pero Vega puso los ojos en blanco—. De verdad, lo único que quiero que nos done David es una cosa. Bueno, dos, para ser más exactos.

El camarero vino a retirar los platos y nos preguntó si queríamos algo de postre. Elegimos unas milhojas para compartir. En cuanto se fue, Sofía volvió a tomar la mano de Vega.

—David te quiere más que a nada en el mundo. Lo sé porque lo conozco muy bien. Tengo que confesar que a veces siento un poco de envidia cuando os veo juntos, a mí jamás me miró como te mira a ti. —Sonrió con tristeza—. Sabes que nunca te pediría esto si tuviera otra opción, pero necesito que él sea el donante… Y él solo lo hará si se lo pides tú, porque eres lo que más le importa.

Se miraron a los ojos hasta que el camarero regresó con el postre. Vega cogió uno de los tenedores y lo clavó en la milhoja.

—Está bien, pero déjame planteárselo a mi manera.

Sofía partió un pedacito de hojaldre.

—He reservado cita para el sábado 10 de julio por la mañana, porque tiene que ser ese fin de semana para que funcione…

—¿La final del Mundial? —pregunté, aguantándome la risa.

Sofía se llevó el tenedor a la boca y asintió, ruborizándose.

—*La gente canta con ardor… que viiiiva España…* —canturreé bajito y moviendo los hombros. Sofía se mordió los labios, en un enorme esfuerzo para contener la risa.

—Hay que joderse —soltó Vega, y estallamos en carcajadas las tres, llamando la atención de las otras mesas del restaurante.

Dos días más tarde, Jorge apareció en la puerta de mi apartamento con un enorme ramo de flores y una maletita.

—¿Y esto? —pregunté con una gran sonrisa, sujetándolo con ambas manos. Era precioso, con gerberas, lirios y rosas rojas.

—Te estoy sobornando para que vayamos a la playa.

—Creo que empezamos a entendernos. —Le di un beso y me eché a un lado para que pasara —. Son preciosas, cariño, muchísimas gracias.

—Gracias a ti por invitarme, cielo. —Miró alrededor—. No sabes la ilusión que me hace

estar aquí, contigo.

Después de poner las flores en agua, le enseñé la casa… o, mejor dicho, le hice un recorrido rápido por todas las estancias, hasta que acabamos en el dormitorio. Jorge se sentó en la cama y me hizo una seña para que me acercase a él. Me coloqué de pie, entre sus piernas.

—Muy bien, señor Cruz —le susurré mientras le desabotonaba la camisa—. Comencemos la prueba. Si se porta bien, esta noche saldremos a cenar.

—Ya puedes ir eligiendo sitio —contestó con chulería, agarrándome de las caderas. Se echó hacia atrás para que cayésemos los dos sobre la cama, y sin dejar de besarme, me hizo rodar sobre el colchón para colocarse encima.

El sitio ya lo tenía elegido…, y la compañía. Solo esperaba que esa cena saliese bien y que ambos congeniaran, porque los dos eran muy importantes para mí.

—Es en el tercero B. —Le indiqué a Jorge, señalando el panel del interfono. Al principio se extrañó de que estuviéramos en un barrio residencial, pero, al explicarle de quién era la casa en la que íbamos a cenar, se alegró mucho de poder conocerlo.

—¿Tú también viviste aquí? —Pulsó el botón y enseguida sonó el zumbido del portero automático.

—Durante dos años. —Empujé la verja de metal con la cadera.

Jorge la sostuvo con su mano libre y me dejó pasar primero. Le di las gracias y entré en el portal, con cuidado de que no se me cayeran los dos litros de horchata con *fartons* que había comprado para el postre. Él, mucho más clásico, llevaba una botella de vino tinto.

Habíamos quedado para cenar con Martín y Gloria. Siempre me pregunté qué tal se llevarían los dos si se conocieran y era el momento ideal para comprobarlo.

—Me encantaría presentarte a alguien —le había dicho a Martín por teléfono la tarde anterior.

—Venid a cenar a casa —me había contestado en cuanto le expliqué de quién se trataba—. Aquí estaremos mucho más tranquilos.

Al salir del ascensor, nos esperaba con la puerta abierta. Me acerqué a darle dos besos, un poco nerviosa, porque deseaba con todas mis fuerzas que se llevaran bien.

—Te presento a Jorge. —Retrocedí un paso para echarme a un lado.

—Soy Martín, encantado de conocerte. —Le tendió la mano con una de sus sonrisas—. Blanca me ha hablado de ti.

—Lo mismo digo. —Jorge se la estrechó y le tendió la botella de vino—. Espero que os guste el tinto.

—Y espero que os guste esto también. —Le guiñé un ojo al entregarle los *fartons* y la horchata.

—Muchas gracias, no hacía falta. —Lo sujetó todo como pudo y nos hizo una seña con la barbilla para que entrásemos—. Pasad al salón, voy a guardar la horchata en la nevera.

La casa estaba diferente. Más elegante, más adulta. No parecía la misma. Habían cambiado el sofá por uno mucho más cómodo, y tenían una pantalla plana de treinta y dos pulgadas donde antes estaba la vieja televisión de su hermano. Muchísimos más libros, fotos de Martín y Gloria en los marcos, otros objetos de decoración —como un alebrije que debían de haber traído de México—. Sonreí al encontrar, en un rincón de la librería, la bola de cristal con nieve que habíamos comprado en nuestro viaje a Londres.

Jorge observaba a su alrededor con disimulo y curiosidad. Se fijó en los dos cuadros grandes que estaban encima del sofá: un par de *geishas*, de espaldas. Eran modernos y coloridos, y

predominaban los tonos azules y rojos.

—Estos también son nuevos —le dije a Martín, que ya había regresado con nosotros.

—Los ha pintado Gloria. —Señaló a su chica, que entraba en ese momento por la puerta del salón con una enorme fuente de lasaña.

—Son preciosos —la felicité después de saludarla, y los cuatro nos sentamos a cenar.

Jorge y Martín conectaron enseguida. Me había percatado al presentarlos, por la forma en la que sonrieron a la vez, pero lo confirmé durante la cena, cuando se pusieron a hablar sobre los últimos avances en robótica e inteligencia artificial y se olvidaron del resto del mundo.

—¿Crees que se darían cuenta si nos desnudásemos aquí en medio? —Gloria me sirvió un poco más de vino, y yo me reí.

—La lasaña estaba buenísima —dijo Jorge al advertir que nos habían dejado fuera de la conversación—. Además de pintar, ¿también cocinas?

—Pues… —Gloria intercambió con Martín una mirada de complicidad y los dos se echaron a reír.

—Cocinar cocinar… Hace una lasaña deliciosa, pero mejor nos olvidamos del *risotto* que preparó por mi cumpleaños —bromeó Martín.

—La pinta ya era bastante chunga, pero incluso sabía peor. —Gloria soltó una carcajada.

—Y me lo comí todo. Eso es amor del bueno. —Martín le dio un beso y luego se puso en pie para recoger la mesa. Cuando ella hizo el ademán de levantarse, la detuvo colocándole la mano en el brazo—. Tranquila, chula, tú has cocinado…, pero cuéntale, por favor, lo de ese *risotto.* —Miró a Jorge y añadió en voz baja—: No le pidas la receta.

Gloria contó que lo había visto en un blog, pero que debían haber puesto mal la cantidad de vino, porque quedó como una especie de arroz caldoso alcoholizado. Martín me hizo un gesto con la cabeza para que lo acompañase. Agarré la fuente con los restos de lasaña, cogí la botella de vino vacía y lo seguí.

—Me ha caído muy bien —dijo al entrar en la cocina—. ¿Por fin vas a dejar a tu marido?

—Esa era la idea…

Apoyé sobre la encimera lo que llevaba entre las manos y lo ayudé a colocar los platos en el lavavajillas, como solíamos hacer mucho tiempo atrás. Él tiraba los restos a la basura y me los pasaba para que los organizase en la bandeja inferior.

—Voy a casarme con Gloria… —empezó a decir, y me tendió un plato sucio.

—¡¿De verdad?! —Abrí mucho los ojos. Nos miramos en silencio hasta que Martín asintió y me acerqué para abrazarlo. Dejó el plato sobre la encimera y me estrechó con fuerza. Estaba muy feliz por él, pero no pude evitar ese pinchacito de nostalgia al darme cuenta de cuánto nos había cambiado la vida. Era una sensación un poco agridulce—. Enhorabuena, cariño. Me alegro muchísimo por los dos. —Le di un beso en la mejilla y me retiré con una sonrisa. Cogí el plato que me pasaba y me agaché para colocarlo—. ¿Cuándo es la boda?

—Este verano.

—¡¿Este verano?! —Me incorporé, sorprendida—. Pero si ya estamos en junio…

—Iba a ser el año que viene, pero no había disponibilidad en el sitio que nos gustaba. Y, de repente, una cancelación de última hora. Reservamos sin pensarlo. —Me pasó el último plato y se enjuagó las manos en el fregadero—. Así que nos vamos a casar el cuatro de septiembre. Mi madre quiere matarnos, la suya también, pero Gloria es fantástica: lo ha organizado casi todo en menos de dos meses. —Sacudió las manos un par de veces en el fregadero y luego se las secó con un paño de cocina—. Va a ser algo íntimo, familia y unos cuantos amigos. No queremos una

boda multitudinaria ni nada de eso. —Vio que me acercaba a enjuagármelas en el grifo y me tendió el paño—. ¿Cuento con vosotros dos?

—¿Cómo era eso de «No es de buena educación ir a la boda de un ex»? —contesté con ironía mientras me secaba las manos.

—Venga, Blanca, sabes que no era más que una excusa. Los dos tenemos claro quién era el verdadero motivo. —Se dio media vuelta y abrió la nevera.

—Me voy a vivir a Los Ángeles con Roy. —Le solté como respuesta. Martín se volvió hacia mí, sin entenderme—. Vamos a rodar una película juntos allí, buscan un matrimonio y, bueno, es la oportunidad perfecta para dar el salto a Hollywood. Nos marchamos en cosa de un mes…

—¿Se lo has dicho a Jorge? —me interrumpió. Negué con la cabeza—. Deberías hacerlo. Me ha parecido muy buen tío.

—Lo es, pero creo que, en cuanto se lo diga, se acabará todo, y no quiero que se termine.

Martín se asomó al interior del frigorífico, sacó una fuente redonda y la dejó en la encimera. Luego apoyó las manos y suspiró.

—Blanca, sé que vuelvo a meterme donde no me llaman, pero, como te quiero, te lo tengo que decir. Nunca habías mencionado que quisieras trabajar en Los Ángeles y, de repente, ¿te vas en menos de un mes? Siempre estás a la sombra de Roy, viviendo sus sueños. ¿Cuándo empezarás a vivir los tuyos?

—Es Hollywood, ¿qué actriz no sueña con trabajar en Hollywood, Martín?

—No me has entendido…

—Chulo, me acaban de dar otra receta de *risotto*, pero con esta vas a flipar. —Gloria entró en la cocina, seguida de Jorge. Ambos venían cargados con las copas vacías.

—Flipar, seguro que flipo, Arguiñana, lo que aún no tengo claro es si será en el buen sentido. —Martín le dio un beso. Fue a coger la fuente que acababa de sacar de la nevera y puso cara de asco al reparar en su interior—. Por cierto, cariño, ¿esto qué se supone que es?

—*Mousse* de limón. —Gloria echó un vistazo dentro y se rio a carcajadas. Vertió el contenido por el fregadero—. Blanca, menos mal que has traído los *fartons*.

—Me han caído genial, tus amigos —volvió a decirme Jorge cuando regresábamos en el coche, y yo sonreí—. ¿Sabes? Durante muchos años, al pensar en ti, me preguntaba qué harías y cómo sería tu vida. Hoy ha sido un poco como asomarme a ella.

—¿Y qué te ha parecido?

—Me ha parecido que fuiste feliz. Y me alegro muchísimo, cielo. —Me puso la mano en la pierna y yo se la acaricié—. Martín me ha pedido información sobre algunos temas de inteligencia artificial para una nueva novela que está preparando. Deberíamos quedar con él a finales de agosto, cuando vaya a firmar a Madrid.

«La próxima, en mi casa», había dicho Jorge al despedirnos, dando por hecho que los cuatro nos veríamos más de una vez.

—Claro, cielo, quedaremos con él —respondí con una sonrisa, y lo observé conducir.

No tenía ni idea de cómo decirle que, para entonces, ya me habría marchado a Los Ángeles.

El lunes por la mañana, Jorge se quedó en mi apartamento preparando la memoria para su empresa, y yo bajé a la ciudad a visitar a mi familia. Después de desayunar con mis abuelos, decidí acercarme a pie hasta casa de mis padres a recoger unas cosas que querían que me llevase de allí. Preferí callejear para evitar las vías más comerciales, que estarían llenas de gente.

Al pasar junto a unos coches aparcados, reconocí en el interior a una chica pelirroja que

miraba su reloj de forma compulsiva.

—¿Sofi? —pregunté, extrañada de verla allí a esas horas de un lunes por la mañana.

Mi amiga se asustó, como si la hubieran pillado. Al darse cuenta de quién era, movió la mano para indicarme que entrase. Rodeé el coche y me senté en el asiento del copiloto.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

—¿Ves aquella terracita? —Señaló con la cabeza unas mesas metálicas en la acera de enfrente, dispuestas bajo los toldos color crema de una cafetería—. Alba y Olga suelen desayunar ahí todas las mañanas, pero hoy no han venido y empiezo a preocuparme…

—Sofía, ¿se te ha ido la olla? ¡Estás espiando a tu mujer! —exclamé, sorprendida, porque no podía creérmelo—. Vamos, ¡no me jodas!

—Blanca, tengo mis razones —me dijo muy seria. Resoplé y tiré de la manilla para salir del coche porque me negaba a ser parte de aquello, pero Sofía me detuvo—. Escúchame, por favor. Hace un par de semanas me las crucé en la calle por casualidad. Y te juro que fue por casualidad —repitió cuando puse los ojos en blanco—. Ellas no me vieron, pero se abrazaban. Luego Alba se limpió la cara con las manos, como si hubiera llorado. Al llegar a casa le pregunté qué tal la tarde y me dijo que había estado con su madre. Me mintió, Blanca…

—Te mintió porque también tenía sus razones —escuchamos decir a alguien junto a su ventanilla. Nos quedamos mudas al descubrir de quién se trataba.

—Hola, Olga —la saludó mi amiga, a la que casi no le salió la voz.

—Sofía, tú y yo deberíamos tener una charla. —Señaló la terraza de la cafetería—. Blanca, tú también puedes venir.

Después de pedir los cafés, miramos a Olga, esperando que fuera ella la que empezase a hablar. Apoyó los brazos sobre la mesa y se inclinó un poco hacia delante.

—Mira, Sofía, el otro día quedé con tu mujer porque me llamó muy preocupada. Cree que estás enamorada de tu socio. Al parecer, estás obsesionada con tener un hijo suyo.

—¡¿Qué?! —exclamó Sofía—. ¡Yo no estoy enamorada de David!

—Eso le he dicho yo, pero tienes que entenderla: primero te empeñaste en montar la empresa juntos, a pesar de que no era el mejor momento. Incluso invertiste el dinero de ese viaje, que era su gran ilusión. Y ahora, lo del bebé…

Trajeron los cafés. Mientras la camarera preguntaba cuál era para cada una, Sofía bajó la cabeza, como si asimilara lo que acababa de escuchar. Yo sabía que mi amiga tenía muy buenos motivos para tomar esas decisiones, pero nunca habíamos pensado que Alba pudiera percibirlo de esa otra forma.

—¿Por qué no me ha dicho nada? —Mi amiga removió el azúcar de su café.

—¿En serio me lo preguntas? ¡Ay, qué risa, tía Felisa! —Olga soltó una falsa carcajada—. Seamos claras, Sofía. Sé que nunca te he caído bien y no tengo ningún problema con eso, no podemos caerle bien a todo el mundo, pero lamento decirte que te equivocas en tus motivos: yo no estoy enamorada de Alba, a mí me gustan los hombres. —Olga se volvió hacia mí—. Especialmente los altos, morenos y con un culito para partir nueces, como el que tiene tu marido. Así que ándate con cuidado, rubia, que, si voy a robarle la pareja a alguien, será a ti. —Me guiñó un ojo y le dio un sorbo a su café. Me reí.

—Perdóname, Olga —añadió Sofía, avergonzada—, es que nunca he visto que estuvieses con nadie…

—Porque suelo acabar coladita por gilipollas que pasan de mí, por eso llevo mucho tiempo soltera. Pero, aunque quisiera intentarlo con Alba, no tendría ninguna oportunidad. Ella te adora,

Sofía. Está todo el día hablando de ti. Ojalá yo estuviera con alguien que me quisiera de esa forma… —Terminó su café de un trago—. Tuviste mucha suerte de encontrarla tan pronto, y fuisteis muy valientes las dos.

—Por favor, no le digas que os estaba espiando.

—Yo no le voy a decir nada, porque es mi mejor amiga y la aprecio muchísimo, pero tú deberías valorarla más. Mira, sabes que, si quisiera joderte tu matrimonio, tendría un buen argumento, pero no lo voy a hacer. Alba no se lo merece. —Olga echó un vistazo rápido a su reloj y fue a sacar la cartera del bolso, pero mi amiga le hizo un gesto para indicar que invitaba ella—. Y ahora, si me perdonáis, se me ha acabado el descanso y tengo que volver a trabajar —dijo al levantarse de la mesa—. Hasta luego, chicas. —Olga nos sonrió y se marchó.

—Parece que al final es una tía maja —le dije a Sofía mientras la veía alejarse.

—¿Sabes, Blanca? Alba me dijo una vez que parecía como si yo tuviera un plan establecido de antemano y que ella fuese solo una pieza. Yo le decía que no, pero ella insistía. Ahora entiendo lo que quería decir… —Sofía bajó la vista y se concentró en su taza—. Durante años he tratado de recuperar la vida que tenía en la otra dimensión para vivirla con ella. Como si esa fuera la vida perfecta y yo solo tuviese que cambiar a uno por la otra… Qué idiota soy. —Dio un sorbo a su café y me miró con una sonrisa—. Ella es lo que más me importa, Blanca, ella y las gemelas… Menos mal que Vega ha accedido a decírselo a David. —Sofía se terminó el café de un trago, sacó un billete de diez euros e hizo una señal al camarero para que viniera a cobrarnos.

Aquella tarde, Jorge y yo fuimos a la playa. Parecía que mi chico tenía un enorme interés en bañarse conmigo y a mí también me apetecía mucho. Habíamos esperado hasta el lunes por la tarde porque sabía que entre semana habría menos gente. No me equivoqué.

Dejamos las toallas en la arena y corrimos hacia la orilla. Al entrar en el agua, la noté un poco fría, pero Jorge se puso detrás de mí y me empujó para que nos metiésemos juntos. Cuando ya nos cubría por encima de la cintura, echó un vistazo alrededor, comprobó que no nos miraba nadie y me abrazó.

—Dame un beso, cielo… —Se echó a reír al ver que me daba la vuelta para cerciorarme de que no nos observaban—. Confía en mí, por favor.

—Lo de las señoras escandalizadas lo dejamos para la próxima vez, ¿vale? —Rodeé su cintura con mis piernas.

Nos besamos abrazados, como habíamos imaginado durante el paseo que habíamos dado el finde de la casa rural. Las manos de Jorge me acariciaban debajo del agua, y saboreé la sal en sus besos mientras las olas nos mecían.

—Me encanta tenerte así, Blanca.

—Hay que ver como os gusta el mar a los de *Madrizzz* —bromeé, y Jorge se rio.

—Es que los de aquí estáis tan acostumbrados a tenerlo que no lo apreciáis igual. —Me atrajo hacia su cuerpo para besarme otra vez—. Si mañana desapareciera, lo echarías mucho de menos…

Lo miré a los ojos y me tensé un poco al darme cuenta de lo mucho que lo echaría de menos a él en poco más de un mes. «Disfruta del momento, Blanca», me dije y me apretujé contra Jorge para besarlo de nuevo. Hasta que tuviese que irme, lo aprovecharía todo lo que pudiera.

Después de muchos más besos, le propuse salir a tomar el sol, pero Jorge me pidió que me adelantara.

—Necesito unos minutos, para no escandalizar a las señoras al salir del agua. —Me guiñó un ojo.

Llegué riéndome a la toalla. Antes de envolverme con ella, saqué mi móvil del bolsillo impermeable, que estaba en el lateral. Me extrañó ver cuatro llamadas perdidas de Vega, así que marqué su número enseguida.

—David dice que no —me dijo al contestar.

—Vega, por favor, explícate —le pedí, aunque estaba segura de a qué se refería.

—Pues que no quiere ser el donante —aclaró con una mezcla de alivio y pánico en la voz—. Cree que sería muy raro quedar con nuestras amigas y saber que ese bebé es hijo suyo, así que dice que no, que se busquen a otro.

—¿Y si le cuentas lo del viaje en el tiempo?

—¡Anda, es verdad! Eso lo arreglaría todo… No te preocupes, que esta noche, en la cena, se lo explico —Y, poniendo una vocecita muy dulce, añadió—: «David, amor, que se me había olvidado decirte que hace catorce años viajé en el tiempo y, ¿sabes, tu socia, la pelirroja, la que está enamoradísima de una mujer? Pues estuvisteis casados un huevo de años y dice que a ver cuándo tenéis otra vez a vuestras hijas. Sí, hijas, en plural. Gemelas, para ser más exactos».

—Mujer, no se lo tienes que decir así, hay otras formas…

—¿Estás loca, Blanca? —me interrumpió—. Entonces sí que se termina mi matrimonio, porque pensará que estoy como una puta regadera. No, ni de coña. —Se quedó callada un instante y luego soltó un bufido, como si lo que acababa de pensar le pareciera muy gracioso—. Más de diez años evitando este tema, y a ninguna se le ocurrió pensar en lo que querría David.

—¿Y si lo hacemos sin que se entere? —Al darnos cuenta de la estupidez que acababa de decir, nos reímos las dos a carcajadas

—Blanqui, por favor, te aseguro que, cuando recojo muestras, se entera. —Vega seguía riéndose.

—Me queda claro, no necesito detalles. —Me sequé las lágrimas de la risa.

—¿Qué vamos a hacer? —Vega suspiró para recuperar el aliento—. A lo mejor debería aprovechar que David se ha ido para llamar a Sofía y decirle…

—¿David se ha ido? —pregunté, algo alarmada—. ¿Es que habéis discutido?

—No, no… Solo ha salido para tomar una cerveza con Martín.

¡Martín! En ese instante tuve claro quién iba a ayudarnos.

—Vega, no hables con Sofía aún, te llamo luego.

Con las manos temblorosas por los nervios, busqué el número de Martín en la agenda y lo llamé. Sonaron varios tonos y saltó el contestador. Volví a pulsar sobre su nombre. Vi que Jorge salía del agua y le hice un gesto para indicar que era una llamada importante. Jorge levantó el pulgar.

—Blanca, ¿estás bien? ¿Te ha pasado algo? —Martín respondió al tercer intento, un poco alarmado por mi insistencia.

—Hola, Martín; todo bien, perdona. —Eché a andar por la orilla para alejarme un poco de Jorge. No era plan que escuchase esa conversación tan rara.

—Otra de estas y me matas del susto… Dime, ¿qué pasa?

—¿Estás con David? —Esperé a que me lo confirmara—. Necesito que me hagas el favor de tu vida. Te juro que, después de esto, nunca más te pediré nada.

—Tu dirás.

—¿Recuerdas cuando te conté que David y Sofía tenían dos hijas porque estaban casados en el otro futuro? Pues tienes que convencerlo para que sea el donante…

Aquella noche, en mi apartamento, mientras Jorge me enseñaba a preparar una tortilla de patatas,

recibí un mensaje en el móvil.

«Hecho».

—¿Me das un minuto? —Le acaricié la espalda—. Tengo que hacer una llamada rápida.

—Tranquila, sigue con tus llamaditas secretas, ya me quedo yo cuajando la tortilla —fingió que se ofendía. Me acerqué a darle un beso.

—Luego te lo compenso. —Le guiñé un ojo y pulsé sobre el número de Martín.

Salí a la terraza y me asomé a la barandilla. La luna se reflejaba en el mar.

—Hola, Blanca, ¿has recibido el mensaje?

—Sí, ¿cómo lo has conseguido? —pregunté, ansiosa, porque me comía la curiosidad.

—Solo le he recordado qué es lo que importa.

—¿A qué te refieres?

—A que, a veces, hay que tomar decisiones complicadas que no has planeado y que no sabes cómo van a afectar a tu vida. Pero que la única manera de hacerlo es pensar en lo que más te importa…

—¡Ya está la cena! —gritó Jorge desde la cocina.

Por instinto, me volví hacia el interior del apartamento y lo vi entrar en el salón. Al ver que lo miraba, levantó el plato, orgulloso, antes de dejarlo en la mesa. Le sonreí a través del cristal.

—… y también le he dicho que debía confiar en Vega, porque ella jamás pondría en peligro su matrimonio con una petición como esa si antes no la hubiera meditado bien —concluyó Martín.

Jorge me devolvió la sonrisa, y señaló la mesa con ambas manos. Asentí con la cabeza.

—Muchísimas gracias por ayudarme, Martín —me despedí antes de ir a cenar—. Te debo un grandísimo favor.

Todo lo que importa está en el aire…

Esa noche tardé mucho en dormirme. La melodía de aquella canción de Viva Suecia llevaba resonando en mi mente varias horas y se mezclaba con esa frase: «La única manera de tomar decisiones complicadas es pensar en lo que más te importa».

Salí al balcón. Apoyé los brazos en la barandilla y miré al mar. «¿Cómo puedo escoger entre dos opciones igual de importantes? ¿Cómo puedo elegir solo una y tener que renunciar a la otra?».

Deseaba quedarme en Madrid, con Jorge, porque llevaba muchísimos años esperando ese momento, pero entonces esas fotos saldrían a la luz, con todas sus consecuencias. No quería renunciar a mi carrera por nadie. Y no quería acabar proyectando toda esa frustración entre nosotros, o al final nos destruiría. Estaba claro que lo mejor era hacer esa última película con Roy.

En el fondo solo sería un año, ¿no?

CAPÍTULO 14
BIENVENIDOS A LOS ÁNGELES

Martes, 13 de Julio de 2010

Roy, Blanca:
Os envío los billetes de avión para el viernes 23. Ya está hecha la reserva del apartamento en el que os quedaréis los primeros meses (abajo podéis ver fotos). No es gran cosa, pero pensad que solo es el punto de partida en vuestro sueño americano. Podéis llevar dos maletas cada uno en el vuelo, pero controlad el peso, por favor (esto va, sobre todo, por ti, Roy). Si os falta espacio en vuestro equipaje, avisadme y mandamos cosas por mensajería. Pero recordad que es Estados Unidos y que HAY DE TODO. (Sí, esto también va por ti, Roy).
Nos vemos en diez días.
Besos,
Angie

Abrí el archivo PDF con los billetes de avión que venían adjuntos en el *email* y pulsé la tecla de imprimir. La máquina cargó el papel con un ruido infernal y, después, emitió sonidos diversos al estampar unas letras negras sobre el folio en blanco. Miré embobada cómo aparecían poco a poco nuestros nombres, y se me hizo evidente que, en algo más de una semana, tendríamos que dejar Madrid para marcharnos a Hollywood.

Inspiré hondo, llenando mis pulmones. Diez días. Solo quedaban diez días para que me fuera a vivir a Los Ángeles y todavía no se lo había contado a Jorge. No sabía cómo decírselo y, para ser sincera, tampoco tenía ganas de hacerlo. Había intentado retrasarlo hasta el último momento, convencida de que la suerte evitaría que me alejase de él, pero, como siempre, el destino se reía de mí.

Mejor dicho, no se reía: esa vez se estaba descojonando.

La impresora se detuvo y expulsó las dos hojas de papel. «Ahí los tienes —pareció decirme —. Ahora sé adulta y enfréntate a tus problemas».

Miré nuestros nombres escritos en ese folio: Gonzalo Aranda, Rodrigo Jesús; Suárez Alonso, Blanca María. Debajo, la fecha, los horarios y el número del vuelo Madrid-Los Ángeles de Iberia.

Estaba claro. Nos íbamos en diez días.

Cogí el móvil y le mandé un mensaje a Jorge.

«Tengo que verte, ¿puedes ahora?».

En un par de minutos recibí su respuesta.

«Para ti, puedo siempre. ¿Vienes a casa?».

Hice una perdida para indicarle que sí. Me puse unos vaqueros, una gorra y las gafas de sol; cogí las llaves de su piso y llamé a un taxi.

Al escuchar la puerta, Jorge vino a mi encuentro.

—Hola, cielo. Cómo me gusta que no tengas que llamar al timbre. —Me sonrió con cariño antes de besarme.

Hacía un par de semanas que me había entregado una copia de sus llaves. «Enseguida estaremos viviendo juntos», había dicho, y yo me había sentido como una mierda, aunque no era nada al compararlo con la opinión que tenía de mí misma en ese momento.

—¿Qué tal el día? —preguntó, feliz, y yo lo miré sin contestar—. ¿Estás bien, Blanca? —volvió a preguntar, más preocupado esta vez.

Para que no dijera nada más, coloqué mi mano en su nuca, me puse de puntillas y lo besé con deseo, a sabiendas de que, tal vez, no volveríamos a besarnos de aquella manera.

Jorge me pasó las manos por la espalda, desplazándolas a destiempo. El beso lo había pillado por sorpresa y necesitó un par de segundos para centrarse y coordinar sus movimientos. Cuando se acompasaron, las bajó por mis caderas hasta agarrarme de las nalgas. Me sujeté de sus hombros y me impulsó hacia arriba. Enrosqué mis piernas alrededor de su cintura.

—Llévame a la cama —le rogué con un susurro, ansiosa.

Nos miramos. Lo noté dubitativo, como si fuera a preguntarme de nuevo, pero no lo dejé hacerlo porque lo volví a besar. Todo estaba a punto de cambiar entre nosotros y necesitaba disfrutar de Jorge. Tenerlo para mí una última vez antes de soltarle la bomba que volvería a desordenar nuestras vidas.

Aquella tarde lo hicimos varias veces. Era incapaz de saciarme, me saboteaba mi voz interior. «Joder, diez días», repetía en mi cabeza cada vez que estaba a punto de llegar, e impedía que me abandonase. Como si no quisiera que acabase nunca, porque entonces tendría que enfrentarme a la realidad.

Pero el final fue inevitable, por más que intentara retrasarlo. Jorge me indicó, con un movimiento de manos que necesitaba tiempo para recuperarse. Se tumbó boca arriba, cerró los ojos y tomó aire, apoyando el brazo derecho sobre su frente. Me recosté a su lado.

—Me voy a los Ángeles con Roy —le solté a quemarropa.

—¿Qué?

—Dentro de diez días. Estaremos allí un año, más o menos.

—¿En serio, Blanca? —Se incorporó para mirarme, más sorprendido que enfadado, pero yo continué contemplando el techo—. ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—¿Qué más da? —Me encogí de hombros—. No habría cambiado nada, así que he preferido disfrutar los últimos días contigo sin hablar de esto todo el rato.

Jorge se dejó caer de nuevo en la cama, con la mirada perdida.

—No te vayas, Blanca, por favor —dijo al cabo de un rato—. Quédate conmigo.

Cerré los ojos al escucharlo. En un instante, todo se me vino encima. Me había negado lo evidente durante meses porque no quería creer que me fuera tan lejos. Pero me iba. Acababa de darme cuenta.

Inspiré hondo para asimilarlo. Sentí que se me cerraba la garganta y procuré no ponerme a llorar. Su mano acarició la mía y la apreté por instinto. Durante un segundo, se me pasó por la cabeza la posibilidad de renunciar a todo para quedarme con Jorge, pero, como decía Roy, aquella era una oportunidad única en nuestra carrera. No sabíamos si se repetiría y había que aprovecharla.

—No puedes pedirme que me quede contigo cuando yo fui la primera que te animó a irte a Connecticut. —Le solté la mano para frotarme los ojos antes de abrirlos—. Es Hollywood, quiero cumplir mi sueño…

—¿Es tu sueño o es el de tu marido? —me interrumpió.

Aquel comentario no me sentó nada bien. Exhalé un resoplido de indignación. Me levanté de la cama, recogí mi ropa del suelo y empecé a vestirme.

—Cielo, nunca me has hablado de que quisieras trabajar en Hollywood —intentó justificarse Jorge—. Me sorprende que te vayas así, tan de repente, y doy por hecho que ha sido idea de Roy. Aún no te he visto brillar por ti misma porque siempre estás a su sombra, pero sé que tú vales muchísimo más…

Me quedé quieta, con el vaquero a medio abrochar, procesando lo que acababa de decirme. Era lo mismo que me había comentado Martín la última vez que habíamos cenado con ellos. ¿Y si estaban en lo cierto? No, ninguno tenía ni idea de cómo funcionaba ese mundo.

—Tú no sabes cómo es la vida de los actores —le dije a Jorge, y me subí la cremallera del pantalón. Me puse la camiseta, me di media vuelta para sentarme en la cama y me até las deportivas—. Hoy estamos arriba y mañana estamos abajo, por eso tenemos que aprovechar y trabajar todo lo que podamos, porque no sabemos cuánto va a durar… —Me di cuenta de que repetía las palabras de Roy.

—¿Te merece la pena, Blanca? —preguntó Jorge con un tono de voz más pausado; triste, incluso.

—No lo entiendes… No puedes pedirme que renuncie a mi trabajo. —Me puse de pie, pero no me di la vuelta.

Jorge saltó de la cama y vino deprisa hacia mí. Sujetó mi cara entre sus manos.

—Escúchame, amor. —Levanté la vista en cuanto dijo esa última palabra. Era la primera vez que me llamaba así en esta dimensión—. Jamás se me ocurriría pedirte que renunciases a tu trabajo. Solo te pido que te quedes en Madrid, que no te vayas a Los Ángeles. —Jorge sonrió—. Eres una actriz fantástica, Blanca, y tienes muchísimo que ofrecer, pero no puedes hacerlo si solo eres la mitad de un *pack*.

»Empieza una nueva carrera, lejos de Roy. Yo estaré a tu lado. Te acompañaré a los *castings*, te ayudaré a buscar a otro representante, estoy seguro de que hay un montón de proyectos para ti… Sé que nos espera una vida estupenda juntos. Pero no te vayas, cielo. Quédate conmigo, por favor. —Me acarició las mejillas y me miró, esperanzado.

Habría dado lo que fuera por quedarme con Jorge, pero el futuro que pintaba había dejado de existir: todo había cambiado hacía casi cuatro meses, el día que nos habían pillado besándonos en el balcón. Como decía Angie, si esas fotos salían a la luz, podía olvidarme de mi carrera, porque tardaría años en recuperar mi imagen.

No le había dicho nada a Jorge para que no se sintiera responsable. Estaba segura de que intentaría encontrar una solución alternativa, una en la que yo permaneciera en Madrid. Pero la única manera de evitar aquel escándalo era darle a la revista la exclusiva que quería, la de nuestro sueño americano, y, al tratarse de mi profesión, no quería jugármela. Prefería hacer caso a mi repre. Angie sabía qué hacer.

—No puedo, Jorge…

—¿No puedes o no quieres? —me interrumpió.

—Ojalá fuera tan fácil. —Intenté coger aire; volvía a notar esa opresión en el pecho—. No tienes ni idea de cómo funciona esto.

—Es posible, aunque estaba dispuesto a aprender. —Jorge retiró las manos de mi cara y se sentó en el borde de la cama. Apoyó los codos en las rodillas y se inclinó hacia delante, bajando la vista al suelo—. Está bien, Blanca, parece que ya has tomado una decisión. En ese caso, solo puedo aceptarlo y desearte que seas muy feliz.

—Solo sería un año… —susurré con un hilo de voz, porque el nudo en mi garganta ya me ahogaba.

—Los dos sabemos que no. —Jorge movía la cabeza—. Esto será solo el principio. Dentro de un año os saldrá otro proyecto juntos, y luego lo que llamaréis vuestra gran oportunidad… —Se encogió de hombros mientras contemplaba los dedos de sus pies—. Es mejor que no nos engañemos, Blanca. No tiene sentido esperar un futuro que nunca llegará, ¿no crees?

Nos miramos. «¿Es todo? ¿Tantos años para esto?». No era justo. Yo había tenido que lidiar con que Jorge se fuera a Connecticut, también con su decisión de volver con Marta. Y lo de irme a Los Ángeles… Ni siquiera había sido mi idea. Si nunca hubiéramos ido a esa puñetera casa rural…

—¿Quieres que se acabe así? —pregunté.

—¿Hay otra opción, Blanca?

Jorge me miraba con tristeza y entendí que ya no iba a luchar más. Noté que me subía la rabia por el estómago. Quería gritarle que estaba siendo muy injusto conmigo, que era mi trabajo y que no tenía elección. Literalmente. Estaba dolida, pero, sobre todo, cabreada. Y no quería dejar escapar ni una sola palabra porque sabía que, en el instante en el que comenzase a hablar, no podría contener ni mi furia ni mis lágrimas.

—Adiós, Blanca. —Jorge miró al techo—. Ojalá sea la decisión correcta.

No pude ni despedirme. Solté un gruñido, tiré las llaves sobre la mesita, y me largué dando un portazo.

Abrí la puerta despacio al llegar a casa. Roy maldecía y rebuscaba en la nevera. Acababa de darse cuenta de que se le había terminado el zumo y había olvidado comprar más. Dejé mis cosas en el mueble de la entrada y fui a mi habitación, fingiendo que nada había ocurrido, que era un día como otro cualquiera.

Pero me rompí al entrar. Me dejé caer sobre la cama, llorando como una adolescente a la que le habían partido el corazón. Había conseguido ser fuerte cuando salía de casa de Jorge y saludaba al portero, para quien ya era una de las caras conocidas de aquel edificio; también al parar un taxi y darle conversación al conductor, que no era el primero que me confundía con aquella otra actriz de *Los hombres de Paco*. Lo había conseguido incluso al cruzarme en el ascensor con la vecina antipática del quinto, que me comentó que no le había gustado el modelito que había llevado en el último estreno.

—¿Estás bien, Blan?

Lo escuché entrar en la habitación, pero no respondí. En parte porque no hacía falta ser un lince para darse cuenta de que, obviamente, no estaba bien; y en parte porque lloraba tan desconsolada que era incapaz de verbalizar. Mi marido se sentó en la cama y me abrazó. Me apretujé con fuerza a él. Lo notaba incómodo. Sabía que Roy odiaba ver cómo alguien sufría, y que desearía estar en cualquier otro sitio, pero se quedó conmigo para consolarme. Me dejó llorar

todo lo que me hizo falta. Después se ofreció para hacerme una tila.

La dejó en la mesita de noche y se dio media vuelta para salir de la habitación, pero le pedí que se quedara.

—Ya le has dicho que nos vamos, ¿verdad, reina? —Se tumbó a mi lado.

Nos entendimos sin palabras. Los dos sabíamos lo que dolía perder aquellos recuerdos felices, darse cuenta de que todo lo que echábamos de menos nunca había llegado a pasar. Parecía que ser viajeros del tiempo tenía un precio y el universo se lo estaba cobrando.

—No los necesitamos, Blan. Nos tenemos el uno al otro, estamos juntos en esto. —Roy me acarició el pelo y me besó la cabeza—. Vamos a conseguir nuestros sueños, reina. Todo irá bien, ya lo verás.

Asentí, aunque no estuviera del todo convencida, por la simple razón de que necesitaba creérmelo. Ya estaba bien de pasarlo mal. Era hora de empezar una nueva vida.

Había tanto que hacer antes de nuestra partida que me vino genial para no pensar todo el rato en Jorge. Me mantenía ocupada preparando el equipaje para un año, y me entretenía bastante con Roy, que no quería dejar nada en Madrid por si acaso después le hacía falta.

—¿Has visto mis Rayban? —preguntaba, agobiado, mientras abría y cerraba cajones como si le fuera la vida en ello.

—Las de aviador creo que están en la entrada.

—Me iba a llevar las Wayfarer, ¿crees que son mejor las otras? Ante la duda, las dos —concluía siempre—. Por cierto, Blan, ¿te sobra sitio en la maleta?

Durante el día conseguía controlar mis pensamientos, pero resultaba más complicado después de la cena. Veía la tele hasta que me entraba el sueño, que solía ser muy tarde, y me iba a la cama medio dormida, pero, en cuanto me acostaba, me venía todo a la cabeza. Había tenido que elegir entre Jorge y mi carrera de la forma más radical. Escoger una opción implicaba renunciar a la otra y, aunque estaba convencida de haber hecho lo correcto, me dolía muchísimo que se hubiera acabado así. ¿Por qué no podía tenerlo todo yo también? Era muy injusto.

La tercera noche, Roy se asomó a mi habitación.

—Hazme un sitio, anda. No puedo dormir si te escucho llorar.

Abrazarme a él me ayudó a tranquilizarme. Descansé bastante bien, por eso, la noche siguiente fui yo quien se presentó en su cama. No era nada sexual, lo buscaba porque necesitaba su compañía. A partir de la quinta, volvíamos a dormir juntos.

Mi marido se portó fenomenal. Además de estar siempre ahí para darme un abrazo si veía que me hacía falta, me obligaba a salir de casa para distraerme. Fuimos varias veces a correr por el Retiro, a hacer algunas compras para el viaje y a cenar, porque queríamos despedirnos de nuestros restaurantes favoritos antes de marcharnos. También salimos un par de noches a tomar algo y me di cuenta de que ya no se pasaba tanto con la bebida.

En el último año, Roy parecía haber recuperado el control. Salía de copas con amigos, pero ya no se le iba de las manos ni me había vuelto a hablar de aquel modo tan desagradable.

Desde que habíamos descubierto que los dos éramos viajeros, la relación entre nosotros había cambiado, como si hubiésemos abierto la válvula de la olla a presión. A partir de entonces, se desahogaba con libertad y compartía sus miedos conmigo: aunque conocía el futuro, no todo ocurría siempre de la misma manera exacta, por lo que nunca podía dar por hecho que algo tendría éxito —como le había ocurrido con algún proyecto o un par de inversiones— y, por el contrario, existían ciertos sucesos que parecían imposibles de evitar. Siempre acababan pasando, de una forma u otra, como si estuvieran condenados a repetirse.

En el fondo, lo que más asustaba a Roy era regresar al mismo punto en el que estaba al principio, en la otra dimensión, cuando deseó que las cosas hubieran sido diferentes, porque eso significaría que había fracasado, incapaz de aprovechar la oportunidad mágica que le había regalado el destino.

Lo entendía a la perfección. A mí me ocurría exactamente igual.

Mudarnos a Los Ángeles fue como volver a empezar. Me recordaba un poco a aquella vez, tres años atrás, en la que estábamos a punto de rodar nuestra primera película, aunque hacerlo en Hollywood era mucho más emocionante.

Nuestra repre vino a recogernos al aeropuerto, con un coche grande y espacioso —conocía bien a Roy, porque tenía un maletero enorme—. Mientras cargábamos el equipaje y subíamos al vehículo, nos puso al día con el proyecto. Llegábamos muy ilusionados, pero agotados después de un vuelo transatlántico de más de doce horas. La temperatura tampoco ayudaba a despejarnos: al abandonar el aire acondicionado de la terminal, el calor nos había impactado de golpe, como si hubiéramos abierto la puerta del horno. En cuanto apoyé la cabeza contra el respaldo, me puse a bostezar. Angie me miró de reojo por el retrovisor.

—Podéis dormir un poco en el atasco si estáis cansados, pero lo mejor es que vayamos a conocer al director enseguida, así aprovechamos para que también os tomen medidas en vestuario…

—Para ti son las cuatro de la tarde —mi marido le paró los pies—, pero para nosotros es la una de la madrugada. Si no te importa, preferimos descansar. Mañana por la mañana haremos lo que tú quieras.

Angie insistió un par de veces, pero, ante la negativa de Roy, nos llevó a regañadientes a nuestro nuevo apartamento.

Estaba en la primera planta de un edificio moderno de dos pisos, bastante impersonal, que olía a desinfectante. Al abrir la puerta entramos directos a un salón con cocina americana, con muebles básicos de color claro de estilo Ikea. Además de los dos taburetes en la barra, había un sofá *beige* de dos plazas, una mesita de café y dos auxiliares a los lados, sobre las que habían colocado unas lámparas de cerámica que parecían rescatadas de alguna película de los noventa. Enfrente, un aparador blanco con la televisión; al fondo, un pequeño balcón con una mesa, dos sillas y una macetita roja con un cactus, que era lo más original de la casa, porque ni siquiera teníamos cuadros. No había nada de amor en aquella decoración.

En el suelo, junto a una planta artificial, nos esperaban las tres cajas con enseres que habíamos enviado unos días antes desde Madrid, con todo lo que no nos iba a caber en las maletas. Preguntamos a Angie a dónde daban las dos puertas de la pared izquierda, y nos indicó que se trataba del baño y el dormitorio.

Como nos había comentado en el *email*, el sitio no era gran cosa, pero tenía mucha luz y estaba bien situado, porque en los alrededores vivían varios cineastas españoles que se habían afincado durante los últimos años en la ciudad. Roy y yo habíamos leído un par de artículos en el periódico sobre aquella comunidad que iba en aumento, en la que todos se conocían y a la que ya habían apodado la Spanish Mafia.

—Hay un gimnasio en la planta baja, y bastantes sitios para comer o cenar por aquí cerca. Me han recomendado el vegetariano que hay al final de la calle. —Angie buscó en su bolso y sacó un par de teléfonos, que levantó en el aire, antes de apoyarlos sobre la barra de la cocina—. Vuestros nuevos móviles. Son de la productora, tenedlos encendidos por si os tienen que localizar. Y en esta carpeta tenéis toda la información sobre el wifi, las claves de acceso al

edificio y cualquier otra cosa que os pueda hacer falta. —Dejó el dosier junto a los teléfonos y volvió a colgarse el bolso en el hombro—. Mañana vendré a por vosotros a las ocho y media.

—Es sábado, ¿no nos vas a dar ni un día para hacer turismo? —bromeó mi marido.

—Hemos venido a trabajar, Roy —respondió muy seria—. Mañana nos vemos.

En cuanto Angie se marchó, hicimos un reconocimiento rápido del apartamento. Si se tenían en cuenta las dimensiones totales de la vivienda, el baño era bastante grande, con una ducha que ocupaba toda la pared. Al abrir la segunda puerta, Roy torció el gesto.

—Puedo dormir en el sofá si lo prefieres.

Me asomé detrás de él y descubrí que solo había una cama de matrimonio. Me volví hacia el salón: el sofá *beige* parecía cómodo, pero era demasiado pequeño y tendría que encogerse.

—Descansarías fatal… No te preocupes, la cama es enorme, no nos vamos ni a tocar.

—Gracias, Blan. —Roy me dio un beso en la frente y tumbó una de sus maletas en el suelo. Sacó la bolsa de aseo, que dejó a un lado, y siguió rebuscando en su interior—. Por cierto, ¿recuerdas si mi pijama venía en tu equipaje?

El director dio un portazo al abandonar la sala de ensayos. No era la primera vez que salía de allí con un gesto airado: llevaba toda la semana echándonos en cara que no veía amor en nuestros ojos: *It's not real love!*, gritaba de una forma bastante desagradable. Yo me había ido poniendo cada vez más nerviosa, hasta acabar bloqueada, incapaz de continuar. Roy se había acercado a él y le había pedido que nos diera diez minutos, porque quería hablar conmigo antes de repetir la escena.

—*Ten minutes, or you're fucked* —le contestó, y luego me miró, furioso, antes de irse.

Mi marido se acercó a la mesa del *catering* que había en un lateral. Cogió una botellita de agua fría y caminó hacia mí, desenroscando el tapón.

—Toma, reina. —Me la pasó para que le diera un trago y se sentó conmigo en el suelo. Di un par de sorbos y se la devolví a Roy, que se bebió lo que quedaba y la volvió a cerrar.

—No sé cómo hacerlo…

—Tranquila, este tío es muy desagradable, y por eso nos cuesta más, pero la escena no es tan difícil. —Levantó el envase en el aire y apuntó a la papelera que estaba en un rincón.

—Ahí no la vas a meter.

—Eso decís todas… —La botella entró limpiamente a la primera y yo me reí. Roy sonrió y me puso la mano en el muslo—. Blan, una vez me dijiste que te habías enamorado. Sé que esa historia terminó, o no estarías aquí conmigo, pero estoy convencido de que, en algún momento, fuiste muy feliz con él.

Pensé en Jorge y, al instante, me volví a tensar. Tenía muchos recuerdos felices con él, pero al imaginarlos, me dolía.

—No sé si es una buena idea… —Levanté la vista al techo.

—Escúchame, reina, por favor… —Me tomó de la barbilla y, con mucha delicadeza, me giró la cara para que lo mirase—. Necesito que, al besarte, te dejes llevar, que imagines que estás con él, que regreses a aquel momento. Estoy convencido de que, si los dos lo hacemos, funcionará. Podemos con esto, pero necesito que confíes en mí….

El director nos interrumpió al entrar en la sala. Gritaba y daba palmadas en el aire para confirmar que se nos había acabado el tiempo. Antes de levantarnos, le hice a Roy un gesto de asentimiento.

—*Ok. Three, two, one… Action!*

En cuanto terminó la cuenta atrás, mi marido me retiró un mechón de la cara y me peinó con

los dedos, con muchísima suavidad. Pronunciaba las mismas frases del texto, pero descubrí en su tono un matiz diferente, muy sutil. Me rodeó la cintura con la otra mano y me atrajo hacia su cuerpo.

Cerré los ojos y evoqué el olor de Jorge y la presión de sus abrazos. Roy me besó, muy despacio, de un modo completamente nuevo. Era lento y delicado. Me acariciaba las mejillas de la misma manera en que lo había hecho Jorge al pedirme que me quedase en Madrid.

Y, entonces, me transporté. Lo besé con dulzura, porque ya no besaba a Roy. Era como en el sueño antes de mi boda, que se transformaba en Jorge y me pedía que no lo hiciera.

Al separarnos, abrí los ojos y, durante unos instantes, lo seguí viendo a él. Intuí que a Roy le sucedía lo mismo, porque nunca me había mirado así. Mi marido estaba perdido en los ojos de otra persona, en otra realidad.

Ese «Te quiero» fue el primero que nos dijimos y, aunque no iba destinado a nosotros, fue sincero. Todos lo notaron. Sobre todo, el director, que, por fin, sonrió satisfecho.

Aquella tarde, tras el ensayo, fuimos a tomar algo los dos solos. Lo pasamos bien, nos reímos mucho juntos y, de alguna manera, reconectamos. Volvimos a encontrar esa química del principio. Y no sabía si habían sido los chupitos, pero en algún momento se me pasó por la cabeza que, quizá, nuestro matrimonio podría funcionar. Nos divertíamos, cuidábamos el uno del otro y seguíamos teniendo metas comunes.

Estábamos juntos en aquello.

Después de casi siete semanas en Los Ángeles, mis amigas no paraban de mandarme *emails* para preguntarme cuándo nos tomaríamos un vino virtual. Esa mañana me había parecido idónea porque estaría sola en casa: Roy tenía una audición para una de las *majors* y luego la reunión con ese director mexicano que habíamos conocido en una fiesta. En cuanto aparecieron en línea, pulsé el botón de la aplicación para iniciar la llamada.

A pesar de que solo eran las diez y media, me serví un poco de vino en una taza de desayuno, y tarareé la musiquita de Skype.

—¡Eeey! —Dieron un grito al salir en la pantalla, pero a los dos segundos se quedaron congeladas en una pose extraña, con la boca abierta.

—¿Hola? ¿Blanca? —Se oía ruido de fondo, así que quizá era mi cobertura. Cogí el móvil con una mano y la taza con la otra y me desplacé por el apartamento, esperando que recobrasen el movimiento lo antes posible.

Al salir al balcón, la imagen se pixeló, pero se recuperó enseguida.

—¿Ahora, Blanqui? —preguntó Vega.

Apoyé el móvil contra la macetita que había sobre la mesa y levanté la taza.

—¡Que sepáis que dentro hay vino! —La incliné un poco para mostrarlo.

—¡Sin alcohol! —gritó Sofía, y las dos alzaron sus botellines para brindar.

—¿Qué tal en Hollywood? —preguntó Vega—. ¿Te has encontrado ya con Brad Pitt?

—Pero, tía, ¿tú te crees que esto es un pueblo?

—Si fui capaz de cruzarme con Hugo Silva en la Puerta del Sol, yo me creo cualquier cosa… ¡Lo mismo lo conoces y se enamora de ti!

—Y con ese se cumplirían todos mis sueños de adolescente, porque no sé si me faltaría alguno más… —dije entre risas—. A todo esto, ¿qué tal la boda de Martín?

Bebí un par de tragos de vino y sonreí mientras mis amigas me contaban detalles sobre la ceremonia del sábado anterior —«Muy familiar, en un hotelito en La Romana, rodeado de viñedos»—, la decoración —«Preciosa, con muchas flores amarillas, superoriginal»— y las tres

porciones de tarta de chocolate que se había comido Sofía —«Que es culpa del embarazo, como siempre, ya sabes que a mí no me gusta mucho el dulce»—.

Me había dado muchísima rabia no asistir a la boda de Martín, por eso, además de la típica transferencia, quise tener con él un detalle más especial y le había mandado unos gemelos redondos de acero, muy bonitos, con una nota que decía: «Perdóname por no estar, os deseo lo mejor». Martín me había contestado por *email*: «Tú siempre estás», junto a una foto de su muñeca en la que mostraba el puño de la camisa.

—¿Y cómo va todo por allí, Blanca? —preguntó Sofía.

—Adaptándome a la ciudad y al idioma, pero mejor de lo que pensaba, la verdad. —Me recosté en la silla—. Durante el día estamos con las pruebas y los ensayos, y por la noche no paramos de salir y conocer a gente nueva. Estas primeras semanas se me han pasado volando.

—¿Qué tal con Roy? —preguntó Vega—. ¿Sigue siendo tan capullo, o ya se ha vuelto normal?

—Estamos durmiendo juntos… —Solté una risita y mis amigas se acercaron a la cámara, intrigadas—. Es que el apartamento solo tiene una cama.

—¿Y ha habido tema? Cuenta, cuenta —indagó Vega, curiosa.

—No, no ha pasado nada guarro, en eso parecemos un matrimonio de verdad. —Las tres nos reímos—. Pero nos va mejor que nunca.

«La cama es grande, cabemos los dos sin tocarnos», le había dicho, pero en un par de ocasiones habíamos amanecido abrazados. Aún no había ocurrido nada más, pero ya no me parecía tan mala idea.

—¿Sabes algo de Jorge? —Sofía cambió de tema—. A lo mejor tendrías que llamarlo…

Negué con la cabeza antes de dar un buen trago de vino. Según una de las teorías de Roy, el viaje en el tiempo te daba la oportunidad de conseguir algo que siempre habías querido, pero, a cambio, debías pagar un precio. En la otra dimensión, Jorge y yo habíamos sido felices, aunque nuestra carrera fuese un desastre. En esta, disfrutábamos del trabajo de nuestros sueños, pero la relación no había llegado nunca a despegar.

Y si observaba la historia de mis amigas, tenía que admitir que era posible que mi marido tuviese razón. Al elegir a Alba, Sofía había arriesgado a sus gemelas, porque aún no estaba claro que fuera a conseguirlas. Y algo parecido le pasaba a Vega, que llevaba más de dos años intentando quedarse embarazada.

—Quizá debería olvidarme de Jorge; no parece que pueda hacer nada para recuperarlo —le contesté a Sofía—. Lo he intentado, sabéis que lo he hecho, pero las cosas siempre salen mal. Esas putas fotos lo jodieron todo. Así que ya está. Se terminó. No hay nada más que pueda hacer. Roy tiene razón: este es el momento para cumplir nuestros sueños… —Me bebí, de un trago, todo el vino que me quedaba en la taza. Agarré el teléfono con la otra mano y fui a la cocina para volver a rellenarla—. Por cierto, ¿qué tal el embarazo?

—Pues… —empezó a decir Sofía, y mis amigas se miraron con complicidad—, ¡parece que viene más de un bebé!

—¡¿De verdad?! —Solté un grito de la emoción y apoyé la taza en la encimera.

—¡Sí! Hay dos embriones. —Sofía se acarició el vientre, feliz—. No quiero cantar victoria todavía, Blanca, pero creo que van a ser ellas…, lo presiento.

—Crucemos los dedos. —Hice el gesto. Después estiré la mano libre para coger la botella de vino y le quité el tapón con los dientes—. No sabes cuánto me alegro.

—Y tenemos otra noticia.

Sofía volvió a mirar a Vega, a la que se le escapó una risita.

—¡Yo también estoy embarazada! —Se cubrió la cara con las manos.

—¡No me digas! —Miré a la cámara, sorprendida. El vino que estaba sirviendo se derramó por toda la encimera. Retrocedí un paso para no mancharme y dejé la botella en la mesa—. Pero ¡¿cómo ha sido?!

—¿En serio quieres que te lo cuente? —Vega levantó una ceja. Nos echamos a reír.

—¡Ojalá pudiera daros un abrazo! —me lamenté, porque me habría encantado estar allí para achucharlas. Cogí la taza y la levanté delante de la cámara para hacer un brindis—. ¡Salud!

—¡Sin alcohol! —gritó Vega, y las dos levantaron sus botellines de cerveza.

Cuando colgamos, dejé la taza en el fregadero y cogí una bayeta para recoger el vino que se había vertido. «Los hijos de mis mejores amigas van a ser medio hermanos… David debe de estar flipando ahora mismo», me reí mientras limpiaba. Estaba muy feliz por ellas, pero las noticias me habían dejado un poco pensativa porque desmontaban la teoría de Roy. Si ellas no habían tenido que pagar ningún precio para conseguir lo que querían, ¿significaba que yo me había equivocado con Jorge?

Enjuagué la bayeta en el fregadero y miré el tatuaje de mi muñeca, ese círculo que me recordaba que ya no era la misma persona que había sido en la otra dimensión. Pasé el dedo por encima.

«No son más que suposiciones. Hay cosas que no se pueden explicar, como los viajes en el tiempo», dije para mí, y volví a reírme, porque me di cuenta de que parecía una loca, intentando comprender cosas que, en el fondo, no tenían ningún sentido.

—Buenos días, reina… —Roy se inclinó sobre la cama y me despertó con un beso.

—Buenos días… —Sonreí. Al abrir los ojos, me di cuenta de que ya estaba duchado y vestido. Le acaricié la mejilla, que notaba muy suave—. ¿Te has afeitado?

—Exigencias del guion, ¿a que estoy guapo? —Me guiñó un ojo y se incorporó para irse—. Te veo luego en el *set*.

Era el primer día de rodaje. El director había preferido empezar por los planos más sencillos y grabarían una secuencia en la que solo aparecía él. A mí me recogerían un par de horas más tarde. Tenía tiempo de sobra para desayunar y dar un repaso rápido a mis escenas.

Me metí en la ducha y sonreí al acordarme de esa noche. Habíamos estado en una fiesta, en una de esas casas enormes con piscina, como las que salen en las películas. Después de dos meses, nos estábamos integrando en el ambiente de Hollywood y cada vez teníamos más amigos en el mundillo.

Nos había invitado Jennifer, una actriz joven, compañera de reparto. Tenía mucho talento y sabíamos que se haría muy famosa, porque los dos la recordábamos del futuro.

—¿Crees que habrá más en la fiesta? —le pregunté a Roy—. Famosos que aún no saben que serán famosos.

—Me da que sí —se rio mi marido—. ¿Quieres que juguemos a encontrarlos?

Con una copa en la mano, paseamos entre la gente, reconociendo a las futuras estrellas de cine. Cada vez que encontrábamos una, ganábamos puntos, y si éramos capaces de relacionarla con alguna película, sumábamos más. Nos divertimos muchísimo. Estaba segura de que se iba a convertir en nuestro pasatiempo favorito.

Además, no paramos de tontear. Un roce casual en el brazo, una mano en la cintura durante más tiempo del necesario, un susurro en el oído de los que te erizan la piel… Al llegar a casa, pasó lo que tenía que pasar. Según cerramos la puerta, nos besamos. Había transcurrido más de un año desde la última vez que nos habíamos acostado juntos y fue como redescubrirnos.

Esa noche me había recordado a los maratones apasionados del principio de nuestra relación, aunque Roy parecía algo más tierno que de costumbre: me había vuelto a besar de ese modo tan cariñoso y delicado, como en los ensayos de unas semanas atrás.

Con el albornoz puesto, me acerqué a la cocina. Coloqué la cápsula en la máquina y fui a buscar las separatas de las secuencias de esa jornada. A lo mejor ir a Hollywood no había sido tan mala idea. Quizá ya no tenía que elegir entre mi carrera y el amor —o algo parecido—, porque con Roy podía tenerlo todo. Tal vez había sido la decisión correcta.

Al llegar al *set*, todo el mundo estaba un poco raro. Me extrañó no ver a mi marido ni a mi representante, que nos había avisado de que el primer día lo pasaría con nosotros, para supervisar que las cláusulas de nuestros contratos se cumplieran.

—Me han pedido que vayas a la *roulotte* de Roy —me dijo mi asistente, y me acompañó. Al abrir la puerta, descubrí que Angie también estaba allí. Él levantó la mirada, sentado en un sillón. Ella se apoyaba en la encimera de la cocina. Los dos estaban tan serios que me asustaron.

—¿Qué pasa?

—Siéntate, Blanca, por favor.

Caminé hacia ellos sin entender nada. Busqué alguna pista en la cara de Roy, pero volvió a bajar la mirada al suelo. Confundida, me senté en el otro sillón.

—Tú dirás —le respondí a Angie.

—Han pillado a Roy con Jennifer. Estamos haciendo un gabinete de crisis para ver cómo enfocamos las cosas.

—¿Qué? —Me sorprendí tanto que casi no me salió la voz.

Angie me pasó su iPhone para enseñarme una imagen de los dos en las hamacas de una piscina. Se estaban besando y Roy le metía mano. Deslicé el dedo por la pantalla para pasarla. En las fotos siguientes se los veía en otras posiciones comprometidas.

Aunque no éramos un matrimonio corriente, ver aquello me dolió. Supongo que una cosa era intuir que mi falso marido había estado con otras mujeres y otra, confirmarlo así, de un modo tan gráfico, sobre todo después de nuestro acercamiento de las últimas semanas. Volví a acordarme de la noche anterior y ya no me sentí tan contenta como al levantarme.

—Las han mandado esta mañana por *email* —me dijo Angie, distraída, al coger de nuevo su teléfono.

—Bien, ¿y qué opciones tenemos? —le preguntó Roy.

—En principio, dos: o dices que estás arrepentido y sigues con Blanca, o dices que estás enamorado de Jennifer y os divorciáis. La segunda beneficia más a tu carrera. Ya sabes, cuando el amor triunfa…

—Pues entonces no habría nada más que decir —le contestó Roy.

Hablaban como si yo no estuviera. Fríos, calculando el impacto de sus acciones y las repercusiones laborales que implicaba cada una de ellas.

—Esperad un momento —los interrumpí—. ¿Ahora vamos a divorciarnos?

—¿No es lo que querías, Blanca? —contestó Angie—. No me pongas esa cara de sorpresa ni vayas ahora de mujer despechada, que todos sabemos que tú fuiste la primera a la que pillaron con otro tío…

—Angie, sal de la caravana. —Me puse de pie, cortándola—. Quiero hablar a solas con mi marido.

Nuestra repre cogió su bolso y puso los ojos en blanco.

—Roy, estoy fuera. Voy a llamar al agente de Jennifer para preparar un comunicado.

Hablamos luego. —Cerró la puerta al salir.

Di un par de pasos y me coloqué frente a él, esperando una explicación.

—Lo siento, pero no es nada personal…

—¡¿Cómo que no es personal?! —Elevé el tono de voz y Roy desvió la mirada—. No me jodas, acabas de mandar a la mierda nuestro matrimonio.

—Este matrimonio nunca ha sido real del todo y lo sabes. —Volvió a mirarme, enarcando las cejas—. Creía que había quedado claro desde el principio: no estábamos enamorados, pero nos venía bien estar juntos.

—Entonces es eso, yo ya no te vengo bien, así que puerta. —Chasqueé los dedos en el aire.

—No es exactamente así.

—Pues yo creo que es exactamente así.

—Mira, Blan —Roy inspiró hondo y se levantó del sillón—, una de las ventajas de viajar en el tiempo es la posibilidad de enmendar los errores. Yo aprendí en la otra realidad que enamorarse te hace débil y te aleja de tus propósitos. Por eso, esta vez decidí que haría las cosas de otra manera y… ¡¿te has dado cuenta?! —Extendió los brazos y miró a su alrededor—. ¡He llegado a Hollywood! No me va tan mal en esta dimensión. El precio ha sido alto, pero merece la pena.

—¿En serio merece la pena? —Crucé los brazos y apoyé la espalda en la encimera—. Por cómo llorabas aquella noche, creía que te dolía haberla perdido…

—¡Claro que me duele! —me interrumpió—. ¿Pero crees que en la otra realidad no me dolía verla apagarse en mis narices? Yo la adoraba y la había atado a esa mierda de vida… Fue por mi culpa. Intenté arreglarlo todo, pero no sabía cómo hacerlo; tenía tantas deudas que me ahogaba… ¡Me ahogaba, Blanca! —Golpeó la pared de la *roulotte* y me hizo dar un respingo.

»Y, sí, también bebía. Una noche me tomé un par de copas y me di cuenta de que en la barra del bar no me dolía tanto. Volví la noche siguiente. Y así hasta que me descontrolé. Me convertí en un borracho y, al final, se largó. ¡¿Era eso lo que querías saber?! —gritó con rabia, tensando la mandíbula. Luego se dejó caer en el sillón—. No tengo ni puta idea de por qué he viajado en el tiempo, pero, al despertar otra vez en 1997, decidí que, si tenía que perderla, mejor que fuera desde el principio. Ella sería feliz y yo cumpliría mi sueño de ser actor. —Cruzó los brazos y se echó hacia atrás—. Eso es lo que elegí. No voy a dejar que nadie me lo joda.

—De acuerdo, Roy. Entonces, disfrútalo. —Salí dando un portazo.

En cuanto se enteró de lo ocurrido, el director se negó a continuar el rodaje con nosotros. Siempre había dejado muy claro cuál era su planteamiento, así que no nos pilló por sorpresa. Perdimos la película, pero esa misma tarde Roy ya tenía una oferta para protagonizar una comedia romántica con su nueva novia. Como decía Angie: «El amor vende».

Desde entonces, Roy y Jennifer hasta en la sopa. *Ronnifer*, los llamaban. Eran el centro de atención. Las revistas llenaron sus páginas con aquel romance sorpresa y, en unos días, no había una sola persona en Hollywood que no supiera quién era mi marido, al que apodaron el nuevo Banderas.

Se mudó con ella esa misma noche. No se despidió. Dos días más tarde mandó a una asistente para que recogiera sus cosas y yo me quedé sola en aquel apartamento.

Acudí a varias audiciones, tratando de enfocarme en mi profesión, pero, en cuanto se enteraban de quién era, pasaban a la siguiente. Me había convertido en la ex de Roy, la perdedora, la cara B de la cinta. El lado que a nadie le gusta mirar. Todos aquellos amigos que habíamos hecho en Los Ángeles preferían estar con ellos. A mí dejaron de invitarme a sus

fiestas.

Tres semanas después de que estallara el escándalo me di cuenta de que no quería intentarlo más.

«A la mierda el sueño americano».

Despedí a Angie, empaqueté mis cosas y regresé a Madrid.

CAPÍTULO 15
SEGUIR LAS SEÑALES

Martes, 19 de octubre de 2010

Volví a España en un vuelo extraño, de esos que aterrizaban a primerísima hora, porque quería cruzarme con la menor gente posible. Solo llevaba una maleta de mano, para no tener que esperar al equipaje. El resto de mis cosas llegarían unos días después, junto con los papeles del abogado, porque parecía que, en esa ocasión, había mucha prisa en que nos divorciásemos.

Los primeros tres días los pasé metida en la cama. Al llegar a Madrid, mandé un mensaje a mi madre, otro a mis amigas y me fui a dormir. Dormí muchísimo, porque no quería volver a despertarme en esta realidad. Deseé volver a los noventa, al año anterior o al futuro de la otra dimensión, pero, cada vez que abría los ojos, al ver el círculo tatuado en mi muñeca, recordaba que seguía en 2010. El círculo, y las veinte llamadas perdidas que no quería contestar de Vega, Sofía y mi madre. No tenía fuerzas para hablar con nadie sobre lo que había pasado. Mandaba otro mensaje de «Mamá, estoy bien», y volvía a darme media vuelta en la cama.

El viernes a mediodía llamaron al timbre con insistencia. Traté de ignorarlo, pero unos golpes retumbaron por toda la casa. Me tuve que levantar, convencida de que eran los bomberos a punto de tirar la puerta abajo.

Al abrir, descubrí en el rellano a mis amigas: Sofía sujetaba dos cajas de *pizza* y con el codo pulsaba el timbre; Vega levantaba una pierna en el aire. No me dio esa última patada de milagro.

—Esta versión embarazada de nuestra amiga se parece mucho a Hulk… —le dije a Sofía, y antes de que empezara a reírse, me eché a llorar.

Dejó las dos cajas de *pizza* en el suelo y me abrazó con fuerza, frotándome la espalda.

—Blanca, tienes que llamar a tu madre, que está muy preocupada. —Mi amiga me acariciaba el pelo y yo asentía mientras sorbía por la nariz.

Vega me dio unos golpecitos en la espalda.

—Chicas, no quiero parecer una insensible, pero ¿podemos ir dentro? —nos dijo dando saltitos—. Tengo ganas de ir al baño desde que hemos salido del tren.

Ya sentadas en la mesa de la cocina, mis amigas me observaban devorar mi quinta porción.

—¿Cuánto tiempo llevabas sin comer? —Sofía levantó una ceja.

Me encogí de hombros. Había comido por última vez en el avión, y ni siquiera había sido capaz de terminármelo todo. Desde que estaba en Madrid había sobrevivido a base de picar cuando salía de la cama.

—He tomado zumo… y unas galletitas saladas que había por ahí.

Vega abría y cerraba armarios, haciendo un reconocimiento rápido de lo que había en la cocina.

—No tienes de nada.

—Me había mudado a Hollywood, ¿recuerdas? —refunfuñé, como si el viaje lo explicara todo, pero la verdad era que Roy y yo preferíamos que nos llevaran comida preparada.

En cuanto terminé, me obligaron a darme una ducha y a llamar a mi madre, que amenazaba con coger otro tren si no hablaba conmigo en las dos horas siguientes. Mientras yo estaba entretenida al teléfono, ellas aprovecharon para salir a un supermercado cercano. Tras media hora de charla con mi progenitora, en la que le aseguré que iría a Alicante en un par de semanas como mucho, volvieron a llamar al timbre. Esta vez abrí a la primera. Era mejor no provocar a la Masa.

Mis amigas se quedaron conmigo todo el fin de semana. No hicimos nada especial, solo ver películas, comer palomitas y beber cerveza sin alcohol —las cabronas no habían querido comprarme un vinito para mí, con la excusa de que tenía que solidarizarme con ellas—. Por las noches nos quedamos hablando hasta las tantas, y me dejaron llorar cada vez que lo necesité.

Me vino genial desahogarme. Estaba superada por las circunstancias, porque no lo había visto venir. Era obvio que no había escogido la opción correcta al irme con Roy, pero ¿acaso la otra habría sido mejor? Si me hubiera quedado con Jorge, las fotos del balcón habrían salido a la luz. Se hubiera montado un buen escándalo y no habría podido salvar mi carrera, que en ese momento volvía a ser lo único que me quedaba.

—Blanca, ¿ya sabes lo que vas a hacer a partir de ahora? —me preguntó Vega el lunes por la mañana, antes de irse a la estación.

—Tengo que empaquetar mis cosas, este piso es de Roy….

—Me refería a si te vas a quedar en Madrid.

—Creo que sí —decidí en ese momento—. Quiero seguir trabajando y es aquí donde debo estar, aunque voy a tener que buscarme otro repre después de despedir a Angie.

—Si necesitas que llame a Hugo Silva para que te ayude, solo tienes que decirlo. —Vega me guiñó un ojo y yo me reí.

En cuanto se fueron, me puse a organizar esa nueva etapa. Lo primero, resolver la cuestión logística. Mi futuro exmarido, a través de Angie, me había ofrecido que me quedase allí todo el tiempo que me hiciera falta, pero yo no pensaba estar más de lo imprescindible.

Abrí la página web de Idealista para mirar alquileres. Después de dos años, me encantaba vivir en el centro, aunque era consciente de que los pisos eran pequeños y los precios, muy altos, pero no necesitaba demasiado sitio para mí sola, ¿o sí?

Hice un reconocimiento rápido por toda la casa, para calcular el volumen de lo que iba a llevarme. Tenía bastantes cosas, sobre todo ropa y zapatos, que no cabían en el par de maletas que habían regresado de Los Ángeles. «Lo mejor será usar cajas, de esas tipo armario que llevan una barra para colgar las prendas».

Me puse a buscarlas por internet. Encontré una tienda que me las llevaría esa misma tarde y enseguida realicé el pedido. Cuanto antes terminara de empaquetar, antes sabría cuánto espacio me haría falta en mi nuevo piso.

Lo siguiente era encontrar a otro representante. Saqué el estuche donde tenía todas las tarjetas de visita y las esparcí sobre la mesa del salón. Generalmente era Angie la que las cogía, pero a veces me daban otra a mí y siempre las guardaba porque nunca sabía cuándo las podría necesitar. Había llegado el momento.

La mayoría eran tarjetas de periodistas, algunas agencias de publicidad, centros de estudios donde querían que diéramos una *masterclass* o festivales de cine a los que solían invitarnos… Recordaba que tenía, al menos, tres o cuatro de representantes de actores, de esos que me las pasaban a escondidas en una fiesta, por si algún día decidía despedir a Angie.

Estaba muy ilusionada por empezar, al fin, mi carrera en solitario. En Hollywood me había resultado imposible conseguir otro papel porque era una completa desconocida, pero en España sería fácil. No había dejado de trabajar durante más de tres años, y estaba segura de que, a partir de entonces, mis opciones se multiplicarían, porque ya no sería necesario que Roy también estuviera en el proyecto.

Encontré cuatro tarjetas de visita y las barajé con los ojos cerrados, dejando que el azar decidiese con quién hablaría primero.

—Allá vamos —dije en voz alta.

Con la primera tarjeta no tuve mucha suerte: «El número que usted ha marcado no pertenece a ningún cliente». Llamé al teléfono fijo que indicaba en su página web, pero también daba error. Debían de haber cerrado por la crisis.

Al llamar al segundo teléfono, un hombre respondió enseguida. Apenas lo recordaba, pero él tenía muy claro quién era yo.

—Muchas gracias por llamarme, Blanca. Lo siento muchísimo, pero ahora mismo estoy centrado en representar a gente menos conocida, porque las productoras buscan caras nuevas, con menos caché. Te agradezco que hayas pensado en mí —me dijo antes de colgar.

El nombre de la tercera me resultaba familiar, como si lo hubiera leído en algún otro sitio, así que lo busqué en Google. Enseguida aparecieron un montón de noticias que la relacionaban con casos de prostitución de modelos y actrices. Rompí la tarjeta.

La cuarta representante me lo cogió a la primera, pero al explicarle cuál era el motivo de mi llamada dijo que no me podía atender. Tras mucho insistir, quedamos para vernos en su despacho tres días más tarde.

«Esto parece que me va a costar un poco más de lo que pensaba». Decidí aprovechar el resto de la mañana para hacer una búsqueda rápida por internet y tratar de concertar más reuniones para los días siguientes.

Por la tarde me llevaron las cajas y me puse a empaquetar. Comencé por el vestidor. Cuando ya había guardado la mitad de un perchero en varios armaritos de cartón, me di cuenta de que tenía demasiada ropa de fiesta que no volvería a ponerme: «No tiene sentido conservarlo todo, es el momento ideal para hacer limpieza».

Encendí la minicadena que tenía sobre el tocador, coloqué el CD que me había regalado un auxiliar —porque me gustaban los temas que ponía en su coche— y pulsé el botón para que se reprodujesen de forma aleatoria. El primero en sonar fue *Tu mirada me hace grande,* de Maldita Nerea. Era una canción melancólica que me hizo pensar en Jorge.

Aunque había tratado de justificarme, convencerme a mí misma de que no tenía otra opción para evitar el escándalo de las fotos, en mi interior sabía que había sido una egoísta. Si no, ¿por qué tenía esos remordimientos cada vez que me acordaba de la última tarde?

«Me voy en diez días», le había dicho al presentarle una decisión que había tomado sin tenerlo en cuenta, porque nuestra relación no encajaba en mis planes y no quería que me convenciera de lo contrario.

«Quédate conmigo, por favor». Recordé su mirada al pedírmelo, con la esperanza de que lo hiciera. Y yo lo había rechazado con la excusa de que él no entendía la vida de los actores. Como

si Jorge no hubiera aguantado casi un año viéndonos a escondidas ni renunciado a las pequeñas cosas que le importaban de verdad para no perjudicar mis compromisos con las marcas. Marcas que, por su parte, acababan de rescindir mi contrato para firmar uno nuevo con *Ronnifer*.

Me acordé de la elegante tristeza con la que Jorge aceptó que se había acabado lo nuestro. Respetó mis decisiones, aunque no las compartiera, sin montar ningún escándalo. Y yo me había portado como una niñata, tirándole a la mesita las llaves que me había entregado con tanta ilusión. En el fondo estaba cabreada conmigo misma, pero lo había pagado con él por no querer esperarme otro año más. Me había acostumbrado tan rápido a tenerlo de nuevo en mi vida que había dejado de apreciar lo que eso significaba.

—A lo mejor debería llamarlo —dije en voz alta mientras seleccionaba unos vestidos y los guardaba en la caja de ropa para conservar—. Aunque solo fuera para pedirle disculpas por cómo terminé con nuestra relación.

Reparé en un vestidito negro que colgaba en el perchero. Era el que llevaba en la despedida de soltera de Sofía. «Con este vestido volvió a comenzar todo». Lo saqué de la percha y me lo puse sin pensarlo.

—Lo siento mucho, Jorge. —Me miré en el espejo y metí las manos en los bolsillos.

Y, entonces, la rocé con los dedos.

Había buscado a conciencia aquella servilleta unos días antes de casarme con Roy. Al final, había dado por hecho que la habría perdido o tirado a la basura sin querer. Pero había estado allí, en mi casa, todo el tiempo, dentro del bolsillo de un vestido que ya no me había vuelto a poner porque me recordaba demasiado a Jorge.

La saqué con cuidado, muy nerviosa. Estaba doblada por la mitad. La abrí despacio.

Había escrito un «Llámame» y, debajo, su número de teléfono.

Después de todos los malentendidos que llevábamos a nuestras espaldas, ya me conocía los trucos del universo. Esta vez no pensaba ignorar lo que podría parecer una simple casualidad, ni a empezar de nuevo con mis dudas. A partir de ese momento, seguiría las señales de manera literal: si Jorge me había escrito que lo llamase, yo lo llamaría.

Expulsé todo el aire en una exhalación. «Venga, Blanca, como quitarte una tirita. Uno, dos y…».

—El número que usted ha marcado está apagado o fuera de cobertura en este momento…

«Mierda. —Me sentí aliviada y decepcionada al mismo tiempo—. Estará en una reunión, lo intentaré después de cenar». Así tendría unas horas para pensar qué decirle.

Esa noche me preparé una ensalada y unos huevos revueltos. No reconocía mi nevera, que mis amigas habían llenado hasta arriba para que no volviera a pasarme lo de la semana anterior. Mientras cocinaba, traté de imaginar la conversación con Jorge, pero después del «Lo siento» inicial ya no sabía cómo continuar. Me estaba poniendo cada vez más nerviosa.

—Lo mejor será que lo llame enseguida —dije en voz alta para infundirme valor.

Respiré hondo y conté hasta tres. Al pulsar el botón de llamada, escuché el mismo mensaje:

—El número que usted ha marcado está apagado o fuera de cobertura en este momento…

«¿Estará sin batería o habrá cambiado de número?». Era muy raro que Jorge tuviera el teléfono apagado durante tanto tiempo.

Por la mañana, a primera hora, seguía igual. También a mediodía, y probé un par de veces a partir de las seis de la tarde, porque estaba segura de que ya habría terminado de trabajar. «Qué raro, ¿debería seguir intentándolo?» Me puse a revisar sus mensajes antiguos, hasta que llegué al último que me había mandado, unas horas antes de enterarse que me mudaba a Los Ángeles.

«Para ti, puedo siempre. ¿Vienes a casa?».

Lo tomé como otra señal. Me puse unas deportivas, llamé a un taxi y fui a buscarlo a su piso.

Apreté el botón del portero automático un par de veces, pero nadie contestó. Me quedé en la calle, junto al panel, pulsando de vez en cuando. Tras veinte minutos de espera, salió una vecina. Sonreí a modo de saludo y entré con decisión al jardincillo.

El segundo portal, que daba acceso a las viviendas, también estaba cerrado. «Cómo no», pensé. Volví a llamarlo por teléfono, pero seguía apagado o fuera de cobertura. Después de casi cuarenta minutos, en los que alterné las llamadas al timbre del interfono con las que hacía a su móvil, empecé a asustarme.

«¿Y si le ha pasado algo? —Por mi cabeza se sucedieron todo tipo de situaciones dramáticas, a cada cual, peor—. ¿Y si voy a casa de sus padres? Así confirmaría que no le ha ocurrido nada. Supongo que en esta dimensión vivirán también en el mismo piso…».

En ese momento, me di cuenta de que Jorge aún no nos había presentado y no tenía ni idea de lo que les habría contado de mí. ¿Qué les iba a decir cuando me abrieran la puerta? Recordé todas las veces que su padre nos había invitado a cenar y me sentí como una idiota por haberlas rechazado. «Ahora tendría una excusa para pasarme por allí».

«Cálmate, Blanca, tienes demasiada imaginación. Casi siempre, la explicación más sencilla es la más probable». Inspiré hondo y reparé en que podría haber cambiado de número o de piso, pero había un lugar al que iba todos los días.

Seguro que también estaría allí por la mañana.

El edificio donde trabajaba Jorge estaba en un parque empresarial en la zona norte de Madrid. Una enorme construcción recubierta por una fachada acristalada de color azul, que impresionaba al verla desde la carretera, pero aún era más imponente en el interior. El vestíbulo era enorme, con paredes de cristal de dos pisos de altura y tres zonas de tornos diferenciadas —dos a los laterales y una más hacia el centro—, que parecían dar paso a diferentes espacios. Un montón de gente ruidosa lo cruzaba con prisa, porque tenían muy claro a dónde dirigirse.

Me fijé en los tornos. Era imposible colarme sin una tarjeta y, de todas maneras, no sabía a qué planta tenía que ir. Me acerqué a la vigilante de seguridad, que leía el periódico detrás del mostrador.

—Buenos días, vengo a ver a Jorge Cruz.

—¿Departamento? —preguntó sin levantar la vista.

—Eh…, Inteligencia Artificial —me inventé, intentando sonar convincente. No lo logré.

—¿Tenía una cita? —La vigilante cerró el periódico y me estudió.

—Si, a las nueve y… —Miré de reojo el reloj que estaba a su espalda. Marcaba las diez menos veinte—. La reunión era a las nueve y media, pero se me ha hecho tardísimo. Si me puede indicar la planta y abrirme la puerta…

—¿Su nombre, por favor? —Pulsó tres dígitos en el teléfono.

—Vanessa Sanz —improvisé, acordándome de una antigua compañera del colegio. Y, al igual que ella siempre hacía, añadí—: Con doble ese.

Me miró y levantó una ceja. Juraría que incluso me reconoció. «Si sabes quién soy, no haber preguntado», pensé mientras le sostenía la mirada. Se dio media vuelta y comentó algo por teléfono que no entendí, porque una pareja pasó hablando por mi lado en ese momento.

—… bien, gracias y perdona. —La vigilante se volvió hacia mí con una sonrisa de superioridad—. Señora Sanz, no hay ninguna reunión a las nueve y media con el departamento de I+D.

«Mierda, se llamaba I+D… ¿Qué le he dicho yo?».

—Necesito ver a Jorge Cruz, ¿me podría indicar en qué planta se encuentra el departamento de I+D?

—No estoy autorizada a darle esa información…

—Por favor, ¿podría simplemente decirle que he venido? —la interrumpí.

La vigilante frunció los labios, pareció dudar si era preferible hacer esa llamada o avisar a su compañero para que me sacase del edificio. Al final se decantó por la primera. Marcó otra vez el número de la extensión y se dio media vuelta. Agucé el oído, pero solo distinguí que preguntaba por Jorge Cruz y luego un «Entiendo».

—El señor Cruz no puede atenderla…

—¿Por qué? ¡Pero si no le has dicho quién soy! —respondí elevando la voz.

—Tranquilícese, señora.

Respiré hondo en un intento por relajarme. «¿Por qué no puede atenderme?». Y entonces me asusté muchísimo al darme cuenta de que Jorge tampoco estaba allí. No me cogía el teléfono, no estaba en casa y tampoco en su trabajo. A Jorge le había pasado algo mientras yo estaba en Los Ángeles jugando a las casitas con el capullo de Roy.

—¿Me podría indicar, al menos, si está en el edificio? —le pedí con el tono más calmado que supe poner, dadas las circunstancias.

—No estoy autorizada a darle esa información…

—Por favor, solo quiero saber si está bien —supliqué, a punto de llorar—. ¿No puedes avisar a alguien? Solo quiero saber que no le ha pasado nada… Solo necesito saber eso, y me iré, te lo prometo, pero, por favor…

Las lágrimas cayeron sin que pudiese evitarlo. Me tapé la cara con las manos y apoyé los codos en el mostrador. Escuché que volvía a llamar por teléfono. Intenté aguantar el llanto, pero ya no era capaz. Estaba demasiado nerviosa como para contenerme. «Por favor, que no le haya pasado nada; por favor, que no le haya pasado nada…».

—¿Preguntas por Jorge Cruz?

Alguien me dio unos toquecitos en el brazo y retiré las manos de mi rostro. Un hombre de unos treinta y tantos, vestido con traje, pelo castaño y ojos color miel me sonreía con amabilidad.

—Sí, ¿Jorge está bien? —Aguanté la respiración. Asintió con la cabeza, tranquilo, y me ofreció un paquete de clínex. Cogí un pañuelo antes de devolvérselos.

—Eres Blanca, ¿verdad? —Me hizo un gesto con la mano para que me los quedase.

—Sí —respondí, y me soné con tanta fuerza que nos dio la risa a los dos—. Perdona, no sé si ya nos conocíamos.

—No exactamente, pero me han hablado mucho de ti. —Sonrió ante mi cara de sorpresa y extendió la mano—. Soy Álvaro. Jorge y yo trabajamos juntos y… Bueno, también somos amigos desde hace muchos años.

Álvaro, el famoso Álvaro. Su amigo desde que habían compartido piso al marcharse a Estados Unidos en 1996.

—¿Álvaro, el de Connecticut? —pregunté, y él asintió—. A mí también me han hablado de ti. Creo que vuestra casera estaba empeñada en veros con el traje de luces… —Intenté sonreír y soltó una carcajada—. Perdóname el numerito, pero no sabía nada de Jorge y me he puesto muy nerviosa. Si me dices que está bien, me siento mucho mejor, aunque no quiera verme, que también lo entiendo…

—¿Has desayunado? —me interrumpió, y negué con la cabeza—. Déjame que te invite a un café.

Diez minutos más tarde estábamos los dos sentados en una de las mesas de la cafetería. Removí mi taza con demasiado ímpetu y parte del contenido se derramó. Al darme cuenta, cogí una servilleta para limpiarlo.

—Verás, Blanca —dijo Álvaro mientras yo la restregaba por la mesa—, hace varias semanas que Jorge pidió un traslado a Londres… Un traslado temporal —se apresuró a añadir cuando estrujé la servilleta mojada dentro de mi puño—. Estamos haciendo un proyecto con nuestra filial en Inglaterra y estará allí unos meses.

»Supongo que lo habrás llamado por teléfono y no te lo ha cogido, o directamente te ha salido apagado. —Asentí con la cabeza—. Es porque allí tiene otro número. Como su jefe, no debería dártelo, porque es información confidencial, pero, como su amigo sé que me mataría si no lo hiciera. Si me pregunta cómo lo has conseguido, lo negaré todo.

—Gracias. —Sonreí, y di un trago a mi café con leche, asimilando la información.

Me encontraba mucho más relajada desde que sabía el verdadero motivo por el que no había localizado a Jorge, pero no tenía muy claro a qué se debía ese traslado temporal. Estaba a punto de preguntarle, pero se me adelantó.

—Está jodido, Blanca. Muy jodido. Por eso necesitaba irse. Solo te pido que lo tengas en cuenta para no hacerle más daño. Está loco por ti y, créeme, lo sé desde Connecticut…

—¿Desde Connecticut? —Levanté las cejas—. Pero, entonces, ¿por qué volvió a intentarlo con Marta?

—Eso mismo se preguntó durante mucho tiempo después. —Soltó una carcajada—. Jorge siempre procura hacer lo correcto, pero a veces se preocupa más por la otra parte que por la suya propia. Estuvo una semana intentando tomar una decisión: «¿Hacer lo que debes o lo que dice tu instinto?», repetía a todas horas. Y era una decisión tan complicada que yo no sabía qué decirle…

»Tú no dabas señales y su ex no dejaba de llamar a todas horas, rogándole que lo intentaran otra vez. Sé que no le resultó fácil. Las semanas anteriores no había parado de repetirme lo contento que estaba porque hubieras aparecido en aquel bar.

—¿Sabías lo de La Posada? —pregunté, sorprendida.

—Es una de las primeras cosas que me contó de ti. Había conocido a una chica que sabía casi más de tecnología que él mismo, que prácticamente lo había obligado a irse a Connecticut, y con la que no tenía ninguna forma de volver a contactar porque había perdido su teléfono. Aunque, por otro lado, estaba tranquilo porque tenían una cita once años después…. Pensé que solo eras una loca.

—¿He conseguido que cambies de opinión?

—No sé qué decirte, después del pollo que le has montado a la de seguridad… —Álvaro se encogió de hombros. Sonrió al verme reír—. Me ha parecido que no eres mala persona y que, en el fondo, te preocupas por él. Y Jorge es un buen tío, se lo merece.

—En vez de su teléfono, ¿me darías su *email*? Creo que me va a resultar más fácil si escribo lo que quiero decirle. Te prometo que nunca le contaré que me lo diste tú. —Crucé mis dedos y los besé—. Palabrita.

Señores viajeros, estamos a punto de llegar a la estación de Alicante-Terminal. Renfe les agradece haber elegido nuestros servicios y esperamos volver a verlos de nuevo a bordo…

«Ya estamos otra vez aquí, Blanca —me dije al escuchar la voz de la azafata por megafonía —. Como al principio. Sin curro, sin Jorge… Parece que no aprendes ni con un viaje en el tiempo».

Lo había perdido todo, como en mi peor pesadilla. Si en la otra dimensión aún podía pensar que mi mala suerte se debía a alguno de los errores de mi adolescencia, tras permanecer catorce años en el pasado ya no me valía esa excusa, porque ese no era el motivo. El motivo se reducía, simplemente, a que era gilipollas.

Había pasado una semana y media desde que Álvaro me había dado el correo electrónico de Jorge y todavía no había sido capaz de escribirle. Cualquier cosa que añadía debajo del primer «Lo siento» me parecía egoísta, como si solo tratara de justificarme. No conseguía transmitirle que, por fin, lo había entendido.

La peor decisión de mi vida no había sido irme a Los Ángeles para salvar mi carrera. Mi problema había sido no darme cuenta de que esa no era mi carrera, sino la de Roy. Yo había renunciado a la mía mucho tiempo atrás, en el instante en el que dejé de ser Blanca Suárez para convertirme en la mitad de un *pack*. Desde entonces, todo lo que creía que hacía por mí, como marcharnos a Hollywood para cumplir sus sueños, lo había hecho, en realidad, por mi exmarido.

Jorge y Martín lo habían visto antes que yo, que solo lo comprendí después de varias llamadas y un par de reuniones con posibles representantes. Todos me habían despedido alegando que estaban más centrados en otro tipo de perfiles, o que sería desleal, porque tenían a otra representada muy parecida en su cartera. Solo una me habló con franqueza y me puso la cruda realidad delante de las narices:

—Mira, Blanca —me dijo, inclinándose hacia mí—, voy a serte sincera: tu problema es que te has quemado. Se te ha vendido como el gran amor de Roy, y estás tan asociada a su imagen que, ahora que te ha dejado, no puedo proponerte para papeles románticos porque al público le va a chirriar. —Bajé la mirada y tragué saliva—. Y de villana no te va a creer nadie. Si al menos hubieras roto tú la relación…

»El trabajo que hay que hacer contigo es mucho más complicado que con una cara nueva, porque vas a tener que demostrar el doble. Convencer a todos de que eres mucho más que la exmujer de Roy.

Y tenía razón, porque todo este tiempo había vivido a su sombra. Los papeles que aceptaba nunca eran los de heroína, sino los de la novia del héroe. Solo un complemento. No había hecho sino trabajar por los sueños de mi exmarido.

Al salir de la oficina, me lo encontré de frente. Roy me sonreía con superioridad desde lo alto de un anuncio gigante en mitad de la Gran Vía. En la lona, que cubría toda la fachada de un edificio en obras, una enorme foto de él, en blanco y negro, sobre una cama, recostado en una pose imposible pero perfecta, en la que mostraba su reloj.

«No nací con estrella. He aprendido a brillar. Colección Stars, de Roy Gonzalo».

Ese fue el momento en el que acepté mi derrota: él lo había conseguido.

Yo lo había perdido todo.

Solté las maletas en la entrada de mi apartamento y fui directa a subir la persiana del salón. Estaba feliz de estar, por fin, en mi propia casa.

Había pasado unos días con mis padres, dejando que cuidaran de mí. En un primer momento estuvo bastante bien, porque todo eran abrazos, mimos y detalles del tipo «Te voy a preparar esos canelones que tanto te gustan». Pero, a partir del tercer día, se habían puesto a opinar sobre lo que había ocurrido, porque parecía que ellos siempre lo habían visto venir, empezando por esa boda tan moderna que tuvimos, que no presagiaba nada bueno, y terminando porque no parábamos de trabajar y nunca teníamos tiempo para otras cosas. ¿Cómo íbamos a cuidar de nuestra relación? Sabía que era la forma que tenían mis padres de preocuparse por mí, pero,

después de dos días aguantando su charla, ya ni siquiera me compensaban los canelones.

La luz inundó el salón y distinguí el mar a través de los cristales, aunque no me embargó la paz de siempre. La última vez que lo había contemplado desde allí había sido junto a Jorge. Sonreí al recordar cada una de las cosas que habíamos hecho durante esos cuatro días, desde que había entrado con aquel enorme ramo de flores por la puerta. Solo habían pasado unos meses, pero parecía que había sido en otra realidad. Me miré la muñeca para comprobar si aún tenía mi tatuaje. Sí, ahí estaba.

Paseé por las demás estancias para abrir las ventanas, y en cada una de ellas me venía a la cabeza un recuerdo de los dos. Lo veía por todas partes. Al entrar en mi habitación me senté en la cama, odiándolo un poco, porque me había dado cuenta de que ese piso ya no volvería a ser solo mi refugio. Tenía que escribirle ese correo. Quería decirle muchas cosas, pero no sabía cómo expresarlas.

—Ojalá estuvieras aquí…

Miré al suelo y me fijé en un pedazo de tela gris que sobresalía por debajo de la cama. Era su camiseta. La que llevaba puesta la noche que me enseñó a preparar tortilla de patatas y que yo le había quitado de esa forma tan efusiva después de cenar, cuando entramos en la habitación sin dejar de besarnos.

Por instinto, la sostuve contra mi nariz y cerré los ojos.

«Joder, cómo te echo de menos».

Me quité la camiseta que llevaba, me puse la suya y me senté a escribir, imaginando que me envolvía con uno de sus abrazos. Esos que hacían que la realidad dejase de doler.

Tardé más de tres horas en terminar ese *email*. Al leerlo, lo borré todo, excepto las dos únicas palabras que había tenido claras desde el principio.

«Lo siento».

Era lo único importante, lo que tenía que haberle dicho hacía muchísimos años, cuando corté con él después de aquella absurda pelea, en la otra dimensión. Se lo debía desde entonces. Y era perfecto también en aquel momento.

—Mucho mejor —dije en voz alta, y se lo envié.

A los veinte minutos, recibí su respuesta.

«Qué mal lo debemos de hacer todo, porque no paramos de pedirnos disculpas». ¿Cómo estás Blanca? ¿Qué tal te va en Hollywood?».

Tuve que leerlo un par de veces, porque no me cuadraba nada que Jorge emplease conmigo ese tono irónico pasivo-agresivo. ¿De verdad no sabía nada?

«He vuelto a casa. Roy y yo nos hemos divorciado».

A los dos minutos, me contestó con otro *email*.

«¿Skype? Solo voz».

Abrí la aplicación en el móvil y me dio un vuelco el estómago al darme cuenta de que ya estaba conectado. Pulsé el botón de llamada sobre su foto e intenté controlar mi respiración, porque estaba muy nerviosa.

—¿Blanca? —lo escuché decir—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Lo siento mucho, Jorge. Siento haberlo estropeado todo.

Hablamos durante más de una hora. Le conté que nos habían pillado en el balcón de la casa rural y que esas fotos habían sido la causa de que Roy y yo nos marchásemos. Me riñó un poco por no habérselo dicho antes, pero, más que enfadado, estaba triste porque no hubiera confiado en él. Le aseguré que en Los Ángeles había aprendido la lección sobre lo que ocurre al fiarse de las personas equivocadas. Reconoció que le molestaba verme con Roy en aquellas entrevistas de

los saraos, mientras que él acudía solo a todas las reuniones familiares. Le confesé que en esas fiestas no paraba de pensar en él, y deseaba estar sentada a su lado en el restaurante, rodeados de toda su familia, cantando *Cumpleaños feliz*…

Nos sinceramos, nos pusimos en el lugar del otro. Nos pedimos perdón.

—Blanca, te agradezco muchísimo que hayamos hablado. Hace unos meses, hubiera cogido un avión y me hubiese plantado en tu apartamento, pero creo que todo esto ha sido una señal para que nos lo tomemos con calma…

»Necesito sanarme, y tú primero tienes que ordenar tu vida. Creo que es mejor que pongamos un poco de distancia antes de volver a intentarlo. Este último año contigo ha tenido momentos maravillosos, pero no quiero volver a pasar por todo lo demás.

—¿Puedo… escribirte alguna vez? —pregunté bajito, y metí la nariz por dentro de su camiseta.

—Claro que sí, me encantaría que lo hicieras —se apresuró a contestar—. Esto no es una despedida, estoy en el *email*, o a una llamada de Skype, cada vez que te apetezca. Solo te pido un poco de tiempo para recuperarme… Para que nos recuperemos los dos.

Nos quedamos en silencio. Sabía que tenía razón. Ese no era el momento para que lo volviéramos a intentar. Primero debía de arreglar mi vida, que se había convertido en un desastre. Levantarme y enfrentarme a mis circunstancias. Empezar de cero, y hacerlo por mí misma.

Dudaba si preguntarle cuándo nos veríamos de nuevo, pero escuché que me decía:

—Mira, Blanca, igual te parece una tontería, pero voy a proponerte algo… ¿Tienes papel y boli para apuntar?

Al cerrar Skype, leí otra vez lo que me había pedido que anotase.

«La Posada, 25 de marzo de 2011, a las 22:00. Barra de la planta de abajo».

Sonreí.

Por suerte, esta vez solo faltaban unos meses para nuestra cita.

CAPÍTULO 16
LO QUE TIENE QUE PASAR

Viernes, 25 de marzo de 2011

A veces, lo que tiene que pasar acaba pasando. Ocurre de una manera u otra, inevitablemente, como si existiera una fuerza mayor que lo provocara, aunque las probabilidades de que sucediera fuesen muy remotas.

Eso pensó Sofía en el hospital cuando vio a sus gemelas por primera vez. O, mejor dicho, cuando volvió a verlas por primera vez.

Durante años, había sido consciente de que tenía muy pocas opciones de recuperarlas. Incluso aunque hubiera repetido de la misma manera toda su historia con David, había miles de posibilidades de que nunca volviesen a ser las mismas: la coincidencia en la gran carrera, la alimentación en aquellos meses, un movimiento brusco… Cualquier mínimo cambio podría haber repercutido en el embarazo, alterado las condiciones, y haber hecho que ya no fueran sus niñas.

Pero, en el momento en el que las tuvo en brazos, supo que había vuelto a encontrarlas. Eran ellas: la mayor, más tranquila, con su mancha de nacimiento en el hombro derecho, y la pequeña, que no dejaba de llorar. Las gemelas incluso conservaron los nombres que les habían puesto sus padres, muchos años antes, en la otra dimensión: Una se llamó Sofía, como decidió David en aquel momento, y la otra, Alba, que era el nombre que había elegido mi amiga. Y esa vez entendíamos por qué.

—¿Llevas el regalo? —le pregunté a Vega a través de la cámara de mi teléfono móvil.

Hablábamos por Skype, por videoconferencia, porque hacía un par de meses que había vuelto a vivir en Madrid y, aunque tenía previsto pasar ese fin de semana con mis amigas en Alicante, las gemelas se habían adelantado. Por suerte, gracias a la tecnología, avanzaba junto a Vega por los pasillos del hospital, a pesar de encontrarme a cuatrocientos kilómetros de distancia. Le había pedido que entrásemos las dos juntas a conocer a las niñas, y también quería estar presente al entregarles aquel detallito.

—Sí, lo llevamos —contestó Vega, y alejó un poco la cámara para que viera a David, que movió en el aire las dos barras de fuet atadas con un lazo.

Me dio la risa. Sofía había sido muy directa con nosotras la última noche que cenamos juntas:

—Esta vez, dejaos de ramitos de flores y chorradas de esas, a mí al hospital me traéis un fuet

o jamoncito del bueno, que es lo que de verdad me hace ilusión.

El jamoncito llegaría al día siguiente, con un lote de Ibéricos que había encargado que le llevasen al hospital. Los de la tienda *online* me habían llamado por teléfono para preguntarme si era correcta la dirección de entrega. Fliparon un poco al principio, al explicarles que era para una amiga que acababa de tener bebés, pero enseguida habían visto el negocio. No me habría extrañado que, en unas semanas, cuando entrase a comprar el lote para mi otra amiga, ya hubieran tenido un apartado de «Regalos para futuras mamás».

Vega se detuvo un momento, al girar por un pasillo, para localizar el número de la habitación.

—¿Y cómo vas tú? —le pregunté—. Ya no te queda nada para ver a la tuya.

—Solo tres semanas y media…

—¿Tú no quieres una, Blanca? ¡Las tengo en oferta! —escuché decir a David por detrás.

La cara de susto que puso Vega fue todo un cuadro. Por un segundo pensé que se le iban a salir los ojos de las órbitas. Solté una carcajada y oí que su marido también se reía.

—Esta es la habitación —dijo Vega. Y añadió, dirigiéndose a David—: Ni una bromita más, te lo pido por tu madre.

Al entrar saludamos a Alba, que llevaba a una de las niñas en brazos, y a Sofía, que en ese momento terminaba de dar de mamar a la otra y se rio muchísimo al ver las dos barras de fuet.

—¿Qué tal lo llevan las mamis? —le pregunté a su mujer.

—Yo estoy acojonada por si se me caen —me contestó—, pero tu amiga las maneja como si lo hubiera hecho durante años.

—Es que son como imaginaba que serían. —Sofía nos guiñó un ojo.

—¿Como imaginabas? —preguntó Vega, que enseguida entendió lo que nos quería decir.

—Sí, exactamente como las imaginaba.

—No sabes cuánto me alegro… —En ese momento escuché unos golpecitos y me giré hacia la puerta—. Pasa.

—Blanca, te esperan en el *set.* —El ayudante de dirección se asomó al camerino.

—Tengo que colgar, pero nos vemos muy pronto. —Les mandé besos a todos.

—¡Mucha suerte esta noche! —me gritó Vega justo antes de que se cortara.

Apagué el móvil, lo guardé en el bolso y salí al pasillo, donde me esperaban para acompañarme al decorado.

Hacía dos semanas que había vuelto a trabajar. Era mi primer rodaje, casi cinco meses después de regresar de Hollywood, y estaba encantada con el guion. La historia era muy diferente a lo que estaba acostumbrada, y mi personaje era una joyita, de esos que amas u odias, pero que no deja a nadie indiferente. Era una vuelta a lo grande, como decía Elia, mi nueva repre.

La había conocido a principios de noviembre a través de Hugo. Sí, ese Hugo. Fue tan surrealista que, después de colgar, me quedé mirando el móvil durante un buen rato, porque no me lo acababa de creer.

Llevaba varios días llamando a posibles representantes. Trataba de convencerlos de que entendía la situación en la que me encontraba, y que estaba dispuesta a trabajar muy duro para revertirla, pero todos se despedían con las mismas excusas. Empezaba a plantearme si debía cambiar de profesión, cuando apareció en la pantalla un número que no tenía registrado. Di por hecho que era el comercial de alguna compañía telefónica, para hacerme una de esas ofertas que no podría rechazar. No esperaba escuchar esa voz tan conocida.

—¿Blanca?

—Sí, soy yo. —Di un trago a la botella de agua que tenía en el escritorio, porque estaba seca de tanto hablar.

—Hola, soy Hugo… —«¿Silva?», me pregunté de forma automática mientras intentaba cuadrar su imagen con la voz que escuchaba. Casi me atraganté al darme cuenta de que, efectivamente, era él—. Tu amiga Vega me ha contado que buscas repre, y conozco a una con la que trabajarías muy bien. Te mando el número por mensaje, ¿vale? Dile que vas de mi parte.

A los dos minutos, el contacto de Elia. Miré alrededor, como si esperase que aparecieran las cámaras de *Inocente, inocente* y, detrás, mis amigas con un ramo. «Pero, Blanca, mira que eres malpensada a veces, ¿cómo te iban a hacer algo así?». Por si acaso, me di una vuelta por el piso y comprobé todos los rincones, incluso dentro de los armarios. Tras asegurarme de que no era ninguna broma de mal gusto, marqué el número de Elia.

Era una tía muy maja, muy profesional. Me hablaba de forma honesta, explicándome el problema que tenía con mi imagen, el mismo que ya me había planteado aquella otra repre unas semanas atrás.

—Blanca, es difícil cambiar la forma en la que te percibe el público, pero no es imposible —me dijo Elia—. Voy a tomármelo como un reto. Creo que tienes muchas ganas de iniciar una nueva etapa y me encantaría formar parte de esa transformación.

Pero, a pesar de las ganas y la buena voluntad, resultaba muy difícil convencer a los directores de *casting* para que me hicieran una prueba. Y, si me la hacían, nunca les parecía que yo fuera la más adecuada para el papel.

Elia me pidió que no me desesperase. Era normal que al principio tardasen un poco en reubicarme, que les chocara encontrarme en un contexto diferente, pero debía insistir.

—Primero tienen que acostumbrase a verte en *castings* y otros eventos, darse cuenta de que Blanca sigue existiendo al margen de Roy, pero, en cuanto consigamos el primer papel, todo será mucho más fácil, ya verás.

Y así volví a los *photocalls* de los estrenos. Sola, pero muy feliz. También abrí un perfil de Instagram, aunque al principio la aplicación solo estuviera disponible para iPhone. Conocía a la perfección el enorme poder que tendrían en un par de años las redes sociales.

Poco después de empezar 2011, me mudé otra vez a Madrid, porque me pasaba muchas horas a la semana en el tren, yendo y viniendo desde Alicante. Jorge me ofreció que me quedara en su piso hasta que encontrase un apartamento de alquiler, y le pidió a Álvaro que me recogiera en la estación de Atocha para darme las llaves.

—¿Voy a conocer a Álvaro? —le pregunté por Skype, porque no estaba segura de lo que le habría dicho su amigo y no quería meter la pata.

—Vamos, Blanca, como si no hubiese adivinado al instante quién te había dado mi *email* de la empresa… —respondió Jorge, y los dos nos reímos—. También me ha contado la escenita que le montaste a la borde de seguridad. Le daré recuerdos de tu parte cuando la vea.

Después de nuestra primera conversación, Jorge y yo habíamos empezado a escribirnos. Al principio, una o dos veces a la semana, pero luego nos buscábamos con más frecuencia. Para Navidad hablábamos casi todos los días: mensajes cortitos si nos pasaban cosas interesantes, conversaciones largas si no teníamos nada que contar. Lo único que importaba era saber que estábamos ahí, tan cerca el uno del otro.

Los días que viví en su casa fueron muy especiales. A Jorge le encantaba imaginarme allí, con un café por las mañanas en la cocina, tumbada en el sofá viendo la tele o dormida en su cama. Yo lo sentía en cada rincón de su piso: en aquella taza de desayuno, con un chiste friki sobre programadores; en la mantita del sofá, con la que me gustaba arroparme, o en el pijama

que le había robado del armario y que nunca pensaba confesarle que me ponía para dormir. Y en cuanto descubrí que WhatsApp estaba en la App Store, prácticamente lo obligué a descargársela.

—Ya verás, esta aplicación marcará un nuevo hito en la historia, porque va a cambiar nuestra forma de comunicarnos —le dije, entusiasmada, porque, por fin, acababa de regresar al futuro.

—Me alucinas, Blanca, ¿cómo puedes saber estas cosas? Se supone que yo soy el tecnólogo, el que trabaja en un departamento de I+D…

A partir de entonces, estuvimos conectados. Nos escribíamos varias veces al día, y nos contábamos lo que hacíamos o por dónde acabábamos de pasar. Yo le mandaba una foto de mi primera tortilla de patatas. Él me respondía con otra de la cafetería de Russell Square donde me había visto por casualidad aquel verano, con Martín, casi diez años antes. Nos levantábamos con mensajes de buenos días y nos acostábamos con besos de buenas noches.

Un par de semanas después, encontré un alquiler en el centro, junto a la calle Hortaleza. Me daba un poco de pena dejar el piso de Jorge, pero entendía que se había tratado de una oferta temporal y que no debía aprovecharme. Le pregunté si quería que le diera otra vez las llaves a Álvaro, pero me dijo que no hacía falta, que ya se las devolvería a él, dos meses más tarde, cuando regresara a Madrid.

En ese momento, supe que Jorge me había perdonado.

En febrero, casi había recuperado mi vida, aunque se me resistía ese primer contrato, al que seguirían todos los demás proyectos. Elia insistía en que tenía que relajarme, pero llevaba más de tres meses haciendo *castings* sin ver resultados y cada rechazo aumentaba mi frustración.

Una de esas mañanas frías que había salido a correr por el Retiro, mientras estiraba junto al lago, me sonó el móvil. Al ver aquel número tan largo me puse nerviosa, pensando que me llamaban de la productora. Hacía tres días que había hecho uno de los mejores *castings* de mi vida y estaba segura de que me iban a dar el papel. Respiré hondo antes de descolgar.

—¿Blan?

Mi primer impulso fue cortar la llamada, pero me impactó escuchar su voz después de tantos meses. No habíamos hablado desde que había salido de su *roulotte*, porque el divorcio lo había tratado directamente con su abogado o con Angie. Había leído en las revistas que lo había dejado con Jennifer hacía unas semanas, pero no le debía de ir mal, porque estaba a punto de rodar otra película en Hollywood.

—Hola, Roy. —Fruncí los labios. No quería preguntarle qué tal estaba porque, en el fondo, me daba igual. Preferí ir directa al grano—: ¿Qué quieres?

—Lo primero, pedirte disculpas. Sé que íbamos a divorciarnos de todos modos, pero no fue la mejor manera de…

—¿De verdad íbamos a hacerlo? —lo interrumpí—. ¿Cómo era eso que decías de «Estamos juntos en esto»? —Nos quedamos en silencio. Miré mis zapatillas, sentí un poco de frío y di un par de saltitos, preparándome para ponerme en marcha otra vez—. En fin, disculpas aceptadas, gracias por llamar…

—Blanca, espera, he oído que te está resultando un poco complicado conseguir un papel.

—No quiero volver a trabajar contigo, Roy.

—No voy a pedirte que trabajes conmigo, pero conozco a un director que busca… —Me debió oír suspirar con fuerza, porque dejó la frase a medias y añadió—. Blanca, no es ninguna limosna. Tú eres mucho mejor actriz que yo y no me parece justo que estés así por mi culpa.

—¿Eso también te ha pedido Angie que me lo digas?

—Ya no trabajo con Angie, la despedí —me cortó Roy.

Aquello me pilló por sorpresa y no supe qué contestar.

—Me alegro por ti… —dije finalmente.

—Blan, te dejé tirada, estuvo fatal. Me asustó perderlo todo si se montaba un escándalo y le hice caso a Angie. Me arrepiento muchísimo, porque me di cuenta de que mandé a la mierda eso que teníamos nosotros… Ni siquiera sé cómo llamarlo, porque nunca estuvimos enamorados, pero nos queríamos de alguna forma. Lo supe en cuanto ya no estabas conmigo. —Roy suspiró —. Perdóname, por favor, creía que debía centrarme en otras cosas en esta realidad…

—Mira, Roy, déjame decirte algo —lo interrumpí—: la vida es corta, aunque la vivas dos veces. Así que hazte un favor y vete a buscarla a Santander… Gracias por la ayuda, pero no la necesito.

—Blan, déjame que…

—Adiós, Roy, espero que seas muy feliz.

Colgué el teléfono, di un par de saltitos mientras exhalaba todo el aire, y me volví a poner en marcha antes de pillar una pulmonía.

Tres días más tarde, Elia me llamó entusiasmada con el nuevo proyecto que relanzaría mi carrera. Era un personaje complicado, una mujer con un pasado oscuro, pero estaba segura de que bordaría el papel.

—Tiene buena pinta, ¿cuándo es el *casting*? —le pregunté.

—No, no hay *casting*. Es tuyo.

Después de colgarle el teléfono, le envié un mensaje a Roy.

«Mi vida, ¿por qué no te vas un ratito a la mierda?», escribí, junto con una carita sonriente.

Enseguida recibí su contestación.

«No sé de qué me hablas, reina… Yo estoy camino de Santander».

El rodaje de esa tarde acabó sobre las ocho y diez. En cuanto el ayudante de dirección dio por concluida la jornada, corrí al camerino a recoger mi bolso y cambiarme de ropa. Faltaban menos de dos horas para mi cita con Jorge y aún tenía que pasar por mi piso para ducharme.

—Blanca, unos cuántos del equipo vamos a tomar algo, ¿quieres venir con nosotros? —me preguntó la ayudante de cámara.

—Gracias, pero hoy no puedo, tengo una cita importante. —Me despedí con prisa, y subí en el coche del auxiliar.

Dos horas más tarde, me bajé de un taxi en la puerta de La Posada. Estaba nerviosa, aunque, esa vez, tenía la certeza de que Jorge iría. Entre otras cosas, porque me había mandado un mensaje de WhatsApp aquella misma mañana, antes de coger el avión, en el que me contaba las ganas que tenía de volver a verme.

Me quité el abrigo y me miré de reojo en uno de los espejos de la entrada. Siempre había sido de usar prendas oscuras como talismán, pero esa noche iba dispuesta a tentar a la suerte. Llevaba un minivestido blanco de manga francesa, recubierto de *crochet*, y unos zapatos rojos de tacón, a juego con los labios.

«A por todas, Blanca». Sonreí a mi reflejo para calmar los nervios.

Bajé las escaleras de acceso a la sala. Al entrar, la inspeccioné de un vistazo. Era temprano y no había demasiada gente, así que lo encontré enseguida. Estaba apoyado en la barra, miraba a su alrededor y, por la forma en la que sonrió cuando me vio aparecer, supe al instante que me había reconocido.

Le devolví la sonrisa y crucé despacio el local —si andaba más rápido con esos taconazos, acabaría tropezándome—. Al llegar a su lado, no pude evitar saludarlo con aquella frase:

—Vaya, así que estás aquí. Como dijiste… —Terminé con una risita.

Jorge rodeó mi cintura con el brazo y se inclinó hacia mí.

—Estás guapísima, cielo —susurró junto a mi oído, y mi piel se erizó.

Suspiré un «Gracias» y moví un poco la cabeza para mirarlo. Él hizo lo mismo, girándose en mi dirección.

Nos quedamos quietos, muy cerca. Mantuve su mirada sin pestañear, acercándome a su boca muy despacio… Pero Jorge volvió a ladear la cabeza y me rozó la mejilla con los labios. Después, se apartó deprisa. Enarqué las cejas, no me esperaba aquello.

—¿Te apetece un *gin tonic*? —preguntó, pasándome un taburete, y yo asentí.

Coloqué mi abrigo en una de las perchas bajo la barra y me senté enfrente de él, observando cómo pedía las copas. Estaba muy guapo, con unos vaqueros oscuros y aquella camisa blanca de rayas grises muy finas que no le había visto antes. También se había cortado el pelo, y me fijé en que le habían salido un par de canas. «Debe de estar a punto de cumplir los cuarenta. Está mejor que nunca».

Jorge depositó un billete de cincuenta sobre la barra mientras el camarero empujaba las copas al terminar de servirlas. Recogió el cambio, guardó la cartera en el bolsillo trasero de su pantalón y me acercó mi *gin tonic* con una sonrisa.

—Mira, Blanca, esta vez no quiero que vuelva a haber ningún malentendido entre nosotros. —Echó un vistazo rápido alrededor, encontró otro taburete y lo acercó para sentarse justo enfrente de mí. Me miró a los ojos y apoyó una mano sobre mi rodilla—. Lo primero que quiero dejar claro es que no tengo novia, ni una ex con la que me esté tomando un tiempo o que tenga cosas que recoger en mi casa. Tampoco tengo planes de volver a irme a vivir al extranjero, por lo menos durante los próximos tres años…

Le di un trago a mi *gin tonic* y acaricié con mis dedos el dorso de su mano, la que tenía encima de mi pierna.

—Me gustas, cielo —continuó—. Me gustas muchísimo, desde aquella mañana que entraste en mi sección de Informática en 1996. Y creo que me enamoré de ti en cuanto empezamos a hablar de que, en el futuro, gracias al GPS de nuestros teléfonos móviles, podríamos localizarnos en cualquier lugar del mundo, porque hasta entonces nunca había conocido a nadie que lo entendiera. —Solté una carcajada al recordarlo—. Y teniendo tan claro desde el principio lo mucho que me gustas, aún no sé cómo es posible que hayan pasado quince años y todavía no seamos una pareja… Una de verdad.

»Veo que ya no llevas la alianza y, en circunstancias normales, me lo tomaría como una confirmación de que no estás con nadie, pero hoy no quiero dar nada por hecho, así que te lo voy a preguntar: ¿sigues divorciada o te has vuelto a casar con Roy en los últimos meses?

—Sigo divorciada. —Volví a reírme.

—Menos mal… —respiró con alivio—, porque yo lo que quiero es ir contigo de la mano por la calle, salir a cenar con mi familia para celebrar un cumpleaños, acompañarte a fiestas glamurosas o besarte en los balcones de las casas rurales sin que nos importe cuántas fotos nos saquen…

Jorge se levantó de su asiento y se acercó antes de colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja. Le sonreí. Me acarició la mejilla y cogió mi mano.

—Blanca, me encantaría que tú y yo lo intentásemos de nuevo, porque estoy convencido de que, esta vez, va a funcionar. Te pediría que te casaras conmigo, pero me dijiste que no crees en las bodas, así que voy a preguntarte si te gustaría que fuésemos una pareja…

—¿Te casarías conmigo? —lo interrumpí, extrañada, porque nunca me había dicho nada

parecido en la otra dimensión.

—¡Pues claro! ¿Me habrías dicho que sí?

Me encogí de hombros y desvié la mirada. «Eso me pasa por bocazas… Dos años casada con un capullo y, encima, me autosaboteo la declaración de amor de Jorge».

—Blanca. —Puso las manos sobre mis brazos. Me volví a girar hacia él—. ¿De verdad me estás diciendo que, si te lo hubiera pedido, me habrías dicho que sí? —Asentí con timidez—. Si en la casa rural me dijiste que nunca habías creído en las bodas…

—Ya, sé que lo dije, pero…

—Por suerte esta vez sí que le he hecho caso a mi instinto. —Jorge rebuscó en los bolsillos de su chaqueta, que estaba colgada debajo de la barra, junto a la mía. Sacó una cajita que depositó en mi mano.

Al ver que se arrodillaba, abrí muchísimo los ojos por la sorpresa. «¡¿Está a punto de pasar, en serio?! —El corazón me latía muy deprisa, retumbándome en los oídos—. Ay, Dios, Blanca, la que acabas de liar». Por el rabillo del ojo vi que el camarero le hacía señas a alguien y la música cambiaba de golpe. Sonó *Need You Know*, de Lady Antebellum, y en un instante todo el local estaba a nuestro alrededor. Me mordí los labios, porque estaba tan nerviosa que me iba a dar un ataque de risa en cualquier momento.

—Blanca, ¿quieres casarte conmigo, aunque sea lo peor que puedas hacer por tu carrera?

Y abrió la caja, mostrándome un precioso solitario de oro blanco, con un pequeño diamante en el centro. Atemporal, como Jorge. Mucho menos ostentoso que el de Roy. Era el anillo de compromiso perfecto, el que habría escogido yo misma.

Asentí con la cabeza, incapaz de articular ni una sola palabra, y estiré la mano para que me lo pusiera. Lo miraba sin creerme todavía que aquello estuviera pasando de verdad. «Verás el grito de Vega cuando se lo cuente mañana».

—Menos mal que sabía que ibas a decirme que sí, cielo, porque te has quedado muda —susurró Jorge, y yo me reí, liberando tensión—. Y ahora, Blanca, espero que estés preparada, porque voy a besarte aquí, delante de todos.

Me rodeó la cintura con los brazos para atraerme hacia su cuerpo y yo lo abracé con una sonrisa. Nos miramos. Su mano subió por mi espalda. Le acaricié la nuca y se inclinó hacia mí. Levanté la barbilla y cerré los ojos. Estábamos a punto de besarnos en público y me sentía, por fin, libre.

En cuanto mis labios rozaron los suyos, todo el mundo aplaudió. Nos dejamos llevar por aquel alboroto; los besos cada vez más intensos, estrechándonos el uno contra el otro, llenos de deseo, hasta que nos dimos cuenta de que necesitábamos un poco más de intimidad.

Al separarnos, me acerqué a su oído y susurré.

—¿Vamos a tu casa?

—Vamos a donde tú quieras, cielo.

Dejamos las copas a medias y, por primera vez, salimos juntos de La Posada.

A veces, todo ocurre de una manera perfecta, a la primera. Pero, otras, es necesario un viaje en el tiempo para darnos cuenta de que, lo que queríamos, siempre lo habíamos tenido delante. Sentados en el taxi, con la cabeza apoyada en el hombro de Jorge, entrelacé mis dedos con los suyos y lo tuve claro.

Por fin el futuro era nuestro.

Y nos lo merecíamos.

UN AÑO DESPUÉS DE TODO

Madrugada del sábado al domingo,
29 de julio de 2012

—Una foto más con los abuelos…

El fotógrafo hizo una seña con la mano para que nos juntásemos un poco.

—Sonríe, *cariñico* —dijo una de mis abuelas.

—Deja a la chica, que ya sabrá ella lo que tiene que hacer —le contestó mi abuelo.

Los músculos de la cara me dolían después de varias horas sonriendo sin parar, pero supuse que era normal cuando eres tan feliz en tu boda. Me volví hacia Jorge y me di cuenta de que tenía la misma expresión que yo: juraría que también le temblaba la mejilla. Se me escapó una risita y él me miró de reojo, echándose a reír.

—Perfecto, ya pueden descansar —nos dijo el fotógrafo.

Le di un beso a mis abuelas, que, antes de volver a sentarse, me repitieron lo guapa que estaba con ese vestido de novia. En aquella ocasión era largo, de encaje blanco y con escote Bardot. Muy tradicional.

Jorge se acercó a nosotras y me cogió de la cintura.

—¿Quieres beber algo, cielo? —me susurró al oído.

—Agua, por favor —supliqué. Había aprendido de mi primera boda, y esta vez no me quedaría dormida en cuanto entrase en la habitación. Aun así, debía de haber hecho otros doscientos brindis esa noche con todos los invitados, y estaba convencida de que la resaca del día siguiente también sería memorable.

—Qué flojita eres… —bromeó mi marido. Me dio un beso y fue a buscar las bebidas.

A mitad de camino, lo interceptaron dos de sus tías. Jorge se giró hacia mí con cara de circunstancias y se encogió de hombros. Me reí. Parecía que mi botella de agua tardaría en llegar.

Di una vuelta sobre mí misma, masajeando mis mejillas con las yemas de los dedos. «¿Cómo es posible que me duelan tanto?», pensé al mirar alrededor, buscando la barra más cercana en aquella antigua bodega del siglo XVIII. Esa vez mi madre se había salido con la suya y lo habíamos celebrado en una finca. Concretamente, en la misma que se habían casado Sofía y Alba, aunque los manteles de mi boda eran morados y las flores, amarillas y rosas.

Al ver a mis amigas bailando en la pista como unas posesas, solté una carcajada. Las niñas se habían quedado con los abuelos, y ellas, después de un par de copas, llevaban una cogorza de campeonato. Vega se acercó a decirles algo y las tres dieron un gritito antes de correr hacia la cabina del DJ, donde suponía que le darían la tabarra hasta que pinchara música *remember*.

Había acudido muchísima gente, pero los conocíamos a todos, porque en esa ocasión no había invitado a nadie de mi trabajo. Ni siquiera a Hugo Silva, a pesar de que Vega, al enterarse, me amenazó con no volver a hablarme nunca más en su vida.

Calculaba a cuántos parientes tendría que sortear para llegar a la barra cuando me fijé en él: de pie, junto a una de las mesas altas, miraba en mi dirección. Le devolví la sonrisa y caminé hacia allí.

—Enhorabuena —me dijo al llegar a su altura—. Estás preciosa, Blanca.

—Gracias, Martín. —Le estreché la mano y él me dio un beso en la mejilla—. ¿Dónde está tu mujer? —Eché un vistazo alrededor.

—Ahí, bailando con mi hermano. —Hizo un gesto para señalarlos y yo me volví. Los dos estaban muy divertidos, moviéndose al ritmo de *Mambo Number 5*.

—Siempre ha bailado mejor que tú —me reí.

—A mí se me daban mejor las lentas.

—En eso tienes razón…

Como si nos hubiesen escuchado, sonaron las primeras notas de *With or without you*.

—¿Es una broma? —miré a Martín, que soltó una carcajada.

—Tendremos que bailar…, ¿vamos? —Me tendió la mano.

Jorge seguía atrapado, hablando con sus tías. Mejor dicho, ellas dos hablaban y él aguantaba el chaparrón. Cruzamos la mirada y me hizo un gesto divertido, como si pidiese socorro. Lancé un beso al aire y sonrió. Luego hizo una V con los dedos, apuntó a sus ojos y señaló a Martín, mientras vocalizaba un «Te estoy vigilando». Nos reímos los tres.

Al llegar a la pista, Martín me cogió de la cintura. Coloqué mis manos en sus hombros y nos movimos al compás de la música.

—Todo el mundo creía que tú y yo acabaríamos juntos…, y creo que eres el único con el que no me he casado —le dije.

—Algunas cosas dan más miedo que las bodas —se rio Martín.

—Y duran mucho más. —Retiré la mano de su hombro y miré el tatuaje de mi muñeca.

—Son infinitas. —Levantó su brazo para mostrarme el mismo círculo tatuado en la suya.

Sonreí. Bajó de nuevo su brazo a mi cintura. Retiré un hilo de su chaqueta y volví a apoyar mi mano en su hombro.

—Siempre ha sido él, ¿verdad? —me preguntó.

—Hubo un momento en el que fuiste tú.

—¿Cuándo?

—Pensaba que lo sabías.

—¿En aquel verano?

Asentí, y Martín sonrió. Apoyé la cabeza en su hombro. Me dio un beso en la sien y nos movimos despacio, escuchando nuestra canción y recordando aquel verano de 1997.

Muchas gracias por dejar tu reseña
en Amazon, Goodreads o en tu blog.
Te espero en redes sociales.
@aitanasanblanco

AGRADECIMIENTOS

Ha sido un placer volver a viajar en el tiempo tan bien acompañada, por eso quiero darles las gracias a todas las personas que forman parte de este libro:

A mis padres y a mi hermano, que están orgullosos de mí. Gracias por estar ahí siempre que os necesito. Os quiero muchísimo y os lo digo muy poco.

A Carlos, porque sin ti esto no sería posible. Gracias por estar a mi lado y creer en mí, por la paciencia y por seguir inspirándome unos personajes a los que les tengo mucho cariño.

A Vane, que ya se ha convertido en mi representante. Gracias por compartir todo este proceso, por las risas, por leerte las veinte versiones a medias y por seguir prestándome tanto para crear a Vega. Cuando escribo sus diálogos, escucho tu voz.

A Tamara, con quien hablo de los personajes como si fueran nuestros amigos. Gracias por aprender a leer en puzle, por intentar situarte en la historia cada vez que se me ocurre un nuevo giro y por dedicar tantos ratos a comentar escenas en borrador. Ha sido una suerte tenerte al otro lado.

A las Milenarias: Tamara (@galernica), Erica (@ericacmorales), Arya (@_aswinter), Sara (@saraf.fernandez), e Isa (@bonip_) por esa lectura cero por capítulos (nunca mejor dicho), por la *pizza* con piña y por vuestra ayuda en todas las partes del proceso. Gracias por estar ahí desde el principio.

A las lectoras cero: Adriana (@adriana_freixa), Irene (@irene_moyaa), Pilar (@pilar_n_colorado), Mapita (@lecturasmapita), Dorcas (dorcasysuslectures), Cora (@coritaking), Antonia (@mecaienunlibro) y Myriam (@myriam_lopez_ramirez). Ha sido un lujo poder contar con vosotras. Gracias por leer la novela casi a contrarreloj, por todos vuestros comentarios y por el divertidísimo debate en el chat. Me habéis dado ideas para escribir otras dos partes más por lo menos.

A L. M. Mateo (@lmmateorelatos) que convierte la corrección en la etapa más divertida (o quizá es que no pillo la ironía). Gracias por enseñarme tantos trucos y crearme tantos traumas.

A María (@mariaferrerpayeras), Irene (@irene_moyaa) y a todas las chicas de la Comunidad Romántica, que me presionaron durante todo el verano para que escribiera esta segunda parte (#SinPresión).

A Ana Cuenca, por todos esos audios que me envió sobre el embarazo y el parto de sus gemelos, que no solo fui incapaz de reproducir en la novela, sino que, además, acabaron con el poco instinto maternal que me quedaba.

A mis amigas de siempre (Vane, Mayte, Rosa, Ana C. y Ana M.) por todas las anécdotas, bromas y temazos de karaoke que hemos cantado mil veces y que he tomado prestados para que también formen parte de la vida de los personajes.

A Javi y a Vicky, que fueron tan majos de enviarme los horarios de trenes de 1996 y a mí se me olvidó darles las gracias en el primer libro.

A los que me escribieron para comentar la primera parte, con quienes me reí recordando los años noventa, me emocioné hablando de los abuelos y acabamos compartiendo ideas locas para el futuro de los personajes. Gracias por vuestras palabras de cariño.

A todas las personas que se quedaron con ganas de saber más y me animaron a continuar la

historia.

Y a ti, que acabas de leer esta novela, muchas gracias por la confianza.

AQUEL VERANO DE 1997

VIAJERAS DEL TIEMPO 3

AITANA SANBLANCO

AQUEL VERANO DE 1997

@aitanasanblanco

VIAJERAS DEL TIEMPO 3

Este libro tiene música.
Escucha su *playlist* en Spotify.

A quienes siempre fueron #teamMartín,
a pesar de todo.

Y a Adriana Freixa,
que se enamoró del padre de Sofía.

CAPÍTULO 1
SELECTIVIDAD, OTRA VEZ

Viernes, 13 de junio de 1997

«¿Cómo puede hacer tanto calor?», pensé mientras me vestía con unos vaqueros cortos y una camiseta negra de tirantes. Acababa de salir de la ducha, pero ya había empezado a sudar. Habría sido una mañana estupenda para pasarla a remojo en la piscina; sin embargo, mi realidad era otra muy diferente.

—Mierda —murmuré al ver la hora en mi despertador digital.

Recogí los apuntes esparcidos sobre la mesa, guardé el libro de Latín en la mochila y me la colgué del hombro.

—¡Mamá, me voy a estudiar! —le grité por el pasillo.

—Blanca, espera, ¿vienes a comer?

—No, volveré para la cena.

—Vale, cariño, que estudiéis mu…

Sin dejarla terminar, salí de casa y corrí escaleras abajo. Pasaban dos minutos de las ocho de la mañana y seguro que Martín ya me esperaba en la calle. A diferencia de mis amigas, mi novio siempre era puntual.

Apoyado en su moto, frente a mi puerta, disimulaba un bostezo. Un par de meses atrás, mis padres me habían pillado bajando de su Rieju; yo me había ganado una buena bronca y él había tenido que prometer que conduciría con todo el cuidado del mundo, pero, desde entonces, ya no se escondía en la esquina para recogerme.

—Buenos días, preciosidad. —Sonrió al verme salir.

—Qué sueño tienes.

—Me acosté a las dos y media, esto de la selectividad me está matando.

Nos saludamos con un beso, me pasó mi casco y se subió a la moto. Con la cabeza, me indicó que lo siguiese.

—¿Has quedado con David? —Me agarré a su cintura.

—A las nueve menos cuarto en la biblioteca general. Si no hay mucho tráfico, nos da tiempo a tomar un café. —Martín me acarició el brazo para comprobar que estaba bien sujeta, y salimos hacia el campus.

Con la cabeza pegada a su espalda, ahogué otro bostezo. Yo tampoco había dormido mucho esa noche. Faltaban solo cuatro días para que comenzasen las Pruebas de Acceso a la

Universidad y aprovechaba cualquier rato para repasar los apuntes. No había estudiado tanto en mi vida.

O, mejor dicho, esa era la segunda vez en mi vida que estudiaba tanto.

Hacía poco más de un año que mis amigas y yo habíamos viajado en el tiempo y, aunque las tres habíamos tomado decisiones que cambiarían nuestros destinos para siempre, todavía no habíamos regresado al futuro, al menos no en un salto temporal. Catorce meses más tarde, estábamos en 1997, a punto de repetir los exámenes de selectividad. Si eso no era el infierno, se le parecía demasiado.

Llegamos a la universidad quince minutos antes de la hora. Martín aparcó la moto detrás de la biblioteca y nos acercamos a la cafetería a desayunar.

Pedimos dos cortados que nos despejaron al instante, no tanto por el chute de cafeína como por la forma en la que nos abrasaron la garganta al tragarlos.

—¿Por qué sirven la leche a la temperatura del magma? —protestó Martín.

—Hoy estás muy quejica. —Le pasé la botellita de agua fría que nos trajo el camarero y recogí el cambio.

«¿Ciento ochenta por las tres cosas?». Desde que había vuelto a los noventa, todo me parecía barato. Al principio me resultaba un poco complicado contar otra vez en pesetas, pero, después de unos meses, ya le había pillado el truco.

—¿Vamos? —Martín me tendió la mano.

Caminamos hacia la puerta de la biblioteca, donde nos esperaba David.

—Buenos días, parejita.

—¿No está Vega? —pregunté.

—Viene en su coche —contestó ajustándose las gafas.

—Qué suerte tener una novia con coche propio. Los que salimos con menores no sabemos lo que es eso —bromeó Martín.

Puse los ojos en blanco. Como cumplía años en agosto, era la más joven de mis amigas y la única que aún tenía diecisiete. A mi novio, que acababa de cumplir los diecinueve, le encantaba meterse con mi edad. «Si él supiera…», pensé.

—No sé si llamarlo suerte —respondió David—. Ayer me llevó a casa y tuve los ojos cerrados durante todo el camino, convencido de que nos la íbamos a pegar de un momento a otro. Por eso, esta mañana le he dicho que me traía mi madre, pero la verdad es que he venido en bus.

Solté una carcajada. Después de veinte años de carnet, Vega conducía como un taxista: demasiado rápido y en zigzag, esquivando a los otros vehículos. No era temeridad, sino experiencia, aunque, al ser otra vez una conductora novel, no había ninguna manera de explicarlo. Tendría que recordarle que se cortase un poco antes de que a su novio le diera un ataque de ansiedad.

Subimos a la primera planta. Nos sentamos en una mesa de seis y colocamos las mochilas en las otras tres sillas libres. Nuestras amigas no tardarían demasiado en llegar, pero era mejor que les guardásemos el sitio, porque esos días, entre los exámenes finales y la selectividad, la sala se llenaba de estudiantes desde primera hora.

—¿Con qué estás? —le susurré a Martín.

—Filo.

—Repasa Aristóteles, que tengo una corazonada.

Me acordaba muy bien de lo que había salido en el examen de Filosofía: pregunta de desarrollo, a elegir entre Aristóteles y Nietzsche. En la otra dimensión había sacado un cinco,

pero esta vez estaba dispuesta a conseguir un sobresaliente. Martín sonrió.

—Te haré caso, porque, cuando dices que tienes una corazonada, siempre aciertas.

Contuve la risa. En ese momento, llegó Sofía, acompañada de su novia, Alba.

—Buenos días. —Dejó los apuntes sobre la mesa. Al ver un sitio libre, preguntó, extrañada —: ¿No ha venido Vega?

—Se quedaría hasta tarde y no se habrá despertado aún. —Me apresuré a contestar—. Sabes que las noches le cunden más.

Alguien chistó desde la mesa de al lado. David miró el reloj con inquietud.

—Tendría que haber venido con ella —suspiró.

—No tardará mucho, ya verás. —Sofía le puso una mano en el hombro para tranquilizarlo.

Vega llegó hora y media más tarde. Estábamos tan concentrados que, aunque procuró no hacer ruido al apoyar la carpeta, todos dimos un respingo.

—Lo siento, me he quedado frita.

—Buenos días, nena. —David sonrió, aliviado.

—¿Cómo estás, amor? —Se agachó a besarlo.

Sofía los miró de reojo y fingió concentrarse de nuevo en sus apuntes.

—¿Se viene alguno a almorzar? —propuse—. Necesito otro café.

—Tía, me apunto —dijo Vega—. Anoche me acosté casi a las cuatro y aún no soy persona.

—Voy con vosotras, que tengo hambre. —Martín cerró el libro—. ¿David?

—Me quedo. Estoy a tope con Física y quiero aprovechar.

—¿Alguien más? —Me giré hacia Sofía, que negó con la cabeza sin levantar la vista del papel.

—Os acompaño. —Alba rebuscó en su mochila y sacó el paquete de tabaco.

Al llegar a la calle, nos encendimos un cigarrillo y caminamos hacia la cafetería. Alba y Martín iban delante; Vega y yo, unos pasos por detrás.

—¿Le pasa algo a Sofi? —le pregunté a mi amiga—. Últimamente parece distante.

—Ni idea, tía —me respondió—. Ya sabes que, desde que estoy con David, nuestra amistad se ha resentido un poco.

Fruncí los labios. Hacía más de treinta años que éramos íntimas y me dolía que esa relación tan especial hubiera cambiado por culpa de un tío, aunque fuera su marido en la otra dimensión.

—Pero, ahora que lo dices —continuó Vega—, a mí también me parece que está bastante rara. ¿Será por los nervios? —Me sujetó la puerta del bar y entramos—. La otra vez sacó muy buena nota en selectividad, supongo que es mucha presión tener que repetirla.

—Puede ser. —Me encogí de hombros, no demasiado convencida.

—¿Qué queréis vosotras? —nos preguntó Martín al llegar a la barra.

—Un café con leche —contesté mientras apagaba la colilla en un cenicero. Vega levantó dos dedos en el aire para indicar que también quería lo mismo.

—¿Algo de comer?

Negué con la cabeza. En ese momento, el camarero trajo dos cafés y una palmera de chocolate y me apresuré en cortar un pedacito.

—Quieta, fiera. —Martín me dio un toque en la mano para que la apartase de su almuerzo. Se dirigió al camarero—: Dos cafés con leche y otra palmera, o me quedaré sin nada.

—Solo la quería probar —protesté.

—Por si acaso. —Martín me guiñó un ojo y yo me acerqué a besarlo.

Vega miró al cielo, preguntando si se podía ser más moñas que nosotros dos. Le hice una peineta, cogí un par de tazas y me dirigí a una mesa vacía.

Un rato después, llegaron Sofía y David. Mi amiga jugaba con un mechón de pelo entre los dedos y no dejaba de reírse. Vega enarcó una ceja, como si le sorprendiera verla de tan buen humor.

—¿Qué es eso tan gracioso? —preguntó, intrigada.

—Nada, un chiste sobre una fórmula matemática. Cosas nuestras. —Movió la mano para quitarle importancia—. David, ¿quieres un café?

—Sí, por favor, solo y…

—Solo y sin azúcar —completó Sofía, y se acercó a pedir a la barra. Vega la siguió con la mirada.

—¿Os podéis creer que estemos en la universidad? —David cogió una silla de la mesa de al lado, que estaba vacía, y se sentó junto a su novia.

—Aún me cuesta creerlo —contesté. Esperaba escuchar la risa de complicidad de Vega, pero tenía la vista fija en nuestra amiga y no parecía haberme oído—. ¿Ya sabes qué carrera vas a elegir?

—Al final, la primera opción será Física, en Alicante —me respondió David—. Sofía y yo hemos hablado y, si deseo orientarme hacia las renovables, es mejor que…

—¿En Alicante? —lo interrumpió Vega, que acababa de integrarse de nuevo en la conversación—. ¿Y lo de venirte conmigo a Valencia?

Sofía dejó las dos tazas de café y se sentó en la silla que quedaba libre.

—Si David desea montar su propia empresa en el futuro, es preferible que estudie aquí —explicó mientras rasgaba el azucarillo—. He oído que uno de los profesores de la carrera está muy interesado en las fuentes de energía alternativas. Seguro que muy pronto da una *masterclass* de esas que lo cambian todo. —Levantó las cejas para pedirle a Vega que no la cuestionara.

En la otra dimensión, Sofía y David tenían su propia empresa, en la que desarrollaban proyectos de energías renovables, y mi amiga no perdía la esperanza de recuperar lo que compartirían en el futuro, pero no iba a ser fácil.

Vega resopló y se cruzó de brazos.

—Entonces, quizá sea yo la que tenga que replantearse si me marcho a estudiar fuera.

—No, nena, tienes que ir a Valencia. —David se volvió hacia ella muy serio—. Llevas un año diciendo que quieres estudiar en esa facultad. Nunca me perdonaría que dejases de ir por mi culpa. —Le puso la mano en la pierna—. Además, aquí Sofía, me va a tener muy vigilado. Si alguno tiene motivos para estar celoso, debería ser yo. —Se acercó a darle un beso.

—Vaya, al final parece que sí se puede ser más moñas que nosotros dos —dije con retintín.

Mi amiga me dedicó otra peineta.

Pasamos el día en la biblioteca. Sobre las nueve de la noche, decidimos que era una buena hora para volver a casa, dijimos adiós a mis amigas y a David, que se marchaban juntos en el coche de Vega, y compartimos un cigarrillo en el *parking* antes de subirnos a la Rieju.

Al llegar a mi portal, Martín paró la moto y se quitó el casco.

—¿Quedamos mañana? —Me quité el mío al bajar.

Asintió, y estiró de mi camiseta para que me arrimase. Avancé un par de pasos.

Se acercó a mi boca, nos dimos un morreo lento porque no teníamos ninguna prisa por despedirnos. Mis dedos se deslizaron entre su pelo, los suyos se colaron bajo mi camiseta y treparon por mi espalda, erizándome la piel.

Cuando los besos subieron de intensidad, Martín bajó las manos por mi trasero y me estrujó las nalgas. Gemí en sus labios.

Un vecino salió del portal y carraspeó al pasar junto a nosotros. Nos separamos, ruborizados.

—Mañana se van mis padres al pueblo, ¿te vienes a dormir a casa? —Acarició mi cadera—. Estudiamos un rato y luego vemos una peli.

—Ya, una peli —me reí.

—Hace mucho que tú y yo no vemos una peli. —Se acercó a mi oído y susurró—: Tengo muchísimas ganas de ver una peli contigo, preciosidad.

—Lo intentaré, cariño. —Exhalé al separarnos. Le devolví mi casco y se lo colgó en el codo.

—Dile a tu madre que te quedas con Sofía para repasar inglés. —Arrancó la moto—. Así seguro que cuela.

—¿Tú te crees que mi madre es tonta? —Le di un pico—. Luego te llamo.

Se puso el casco y se marchó. Abrí el portal al tiempo que pensaba en qué excusa inventarme para quedarme a dormir con Martín.

Yo también tenía muchas ganas de ver una peli con él.

Al día siguiente, sobre las nueve de la mañana, llamé al timbre de su casa. A pesar de ser tan temprano, hacía más de veinticinco grados y no me sorprendió que me abriera la puerta sin camiseta, solo con un pantalón corto de deporte. Lo miré de arriba abajo.

—Hola, cariño. —Sonreí.

—Buenos días, preciosa. —Se inclinó para besarme.

—¿Aún no te has vestido, hijo? Ve a ponerte algo, anda, que tenemos visita. —Su madre dejó en el suelo, a nuestro lado, un capazo lleno de comida. Martín fue a su habitación, murmurando que hacía un calor insoportable.

—Como si Blanca no lo hubiera visto desnudo —musitó Rober por detrás, y su madre le echó una mirada reprobatoria.

Me ruboricé. Aunque sonase raro después de tanto tiempo, su hermano me intimidaba. Solo era un chico de veinticinco, pero tan serio y responsable que parecía mucho mayor; o tal vez en los noventa, a esa edad, se los consideraba más adultos que unas décadas más tarde. Era alto, como Martín; compartían rasgos físicos y el mismo color de ojos, pero su pelo era castaño oscuro.

—Estudiad, hija, que no os queda nada para selectividad y os jugáis mucho—me pidió su madre. Luego se volvió hacia Martín, que regresaba con una camiseta blanca de manga corta—. Os he dejado ensaladilla en la nevera, y unos filetes que ya están empanados, solo los tenéis que freír.

—Que sí, mamá. —La besó.

—Que os sea leve. —Su padre agarró el capazo y un par de bolsas que había en la entrada. Se despidieron de nosotros y se marcharon a pasar el fin de semana al pueblo.

En cuanto cerraron la puerta, Martín se asomó a su cuarto, se quitó la camiseta y la tiró sobre la cama.

—¿Quieres un café? —Me acarició la cintura.

—Sí, por favor.

Pasé a su habitación. Saqué de la mochila el libro de Mates y el estuche, y los dejé sobre la mesa del escritorio. Busqué los ejercicios de trigonometría para repasarlos. Odiaba las matemáticas. No sabía cómo había conseguido aprobarlas en la otra dimensión, y ahora tenía que volver a examinarme en selectividad. Era una horrible pesadilla.

Martín entró con dos tazas y las dejó sobre la mesa. Se sentó junto a mí.

—Gracias cariño —dije distraída, y saqué un bolígrafo del estuche.

Lo sujeté entre dos dedos, como si fuese un cigarrillo, y agarré un par de folios usados, de los que traía su padre de la gestoría antes de tirarlos y que servían para hacer operaciones en sucio por la otra cara.

Estaba leyendo el enunciado cuando el boli se me escurrió y cayó sobre el libro. Lo volví a colocar entre los dedos, en la misma posición. Noté un golpecito y se me cayó otra vez.

—¿Qué haces? —pregunté.

Sonrió, burlón. Puse los ojos en blanco y lo recogí. Martín lo volvió a tirar y soltó una risita.

—Hagamos un descanso —pidió con voz melosa.

—¿Ya? Acabo de llegar.

—Venga, preciosidad. —Retiró mi pelo hacia un lado y me mordisqueó el cuello—. Estás tan guapa que no puedo concentrarme.

Solté una carcajada, porque me daba cuenta de por dónde iban los tiros. Intenté hacerme la dura: si empezábamos así, no íbamos a estudiar nada, y yo tenía que aprobar ese examen como fuera.

—¿Quieres que suspenda? —pregunté. Sus labios ascendieron hacia el lóbulo de mi oreja—. Necesito que me expliques lo de Mates, que se me da fatal.

—Ahora mismo no tengo sangre en el cerebro, Blanca, pero te prometo que luego te explico lo que tú quieras.

Volví a reírme. Al darse cuenta de que cedía un poco, vio su oportunidad. Rodeó mi cintura con el brazo y tiró de mí. Dejé el boli en la mesa y me senté a horcajadas.

—Tienes un morro… —Le acaricié el pelo y puso cara de niño bueno. Cuando me incliné a besarlo, me agarró de las caderas y me apretó contra su erección—. Es verdad, no tienes la sangre en el cerebro precisamente —susurré, y soltó una risilla ronca.

Mordisqueé su boca con suavidad. Enseguida noté el roce de su lengua, que me pedía más, como si no fuera capaz de conformarse con ese beso tan casto. Sonreí, con los labios entreabiertos, y me dejé llevar.

Martín me gustaba un montón. Era un encanto de chico, que estaba loco por mí, con quien me entendía de maravilla. Y no sabía si eran las hormonas, que teníamos revolucionadas, pero nos atraíamos como un imán. Nos costaba parar de tocarnos cuando estábamos juntos. No comprendía cómo había sido capaz de dejarlo por el capullo de Nacho en la otra dimensión. Y, aunque esta vez no tenía ni idea de cuánto iba a durar lo nuestro, quería aprovechar cada minuto que estuviéramos juntos.

Metió las manos dentro de mi camiseta y me acarició por encima del sujetador. Suspiré en sus labios. Me moví con lentitud sobre su regazo y Martín jadeó en mi boca.

—Joder, Blanca —susurró con un gruñido. Forcejeó con los corchetes, tratando de desabrochar mi ropa interior.

Acababa de llevar mis manos atrás para ayudarlo cuando escuchamos la puerta de la entrada.

—Te dije que ese ruidito no era normal —se quejó su madre.

Nos miramos con los ojos muy abiertos. En décimas de segundo, di un salto, me senté en mi silla y fingí concentrarme en el enunciado del ejercicio. Martín agarró un puñado de folios y los sujetó encima de su pantalón. Después se inclinó sobre la mesa y señaló un punto indeterminado en mi libro.

—Primero tienes que calcular el coseno de cinco… —empezó a decir.

—¿Cómo va el estudio? —nos interrumpió su madre, que entró en la habitación. Al darse cuenta de que su hijo se había quitado la camiseta, la recogió de la cama y se la lanzó a la cabeza.

—Qué pronto habéis vuelto —dijo Martín, que intentaba vestirse con una sola mano para no

soltar los folios. Me mordí el labio para no reírme.

—Tu padre está llamando a la grúa porque se nos ha estropeado el coche. —Suspiró—. Nos tocará quedarnos aquí este fin de semana.

—Espero que no sea muy grave, la avería. —Con disimulo, coloqué mi mano sobre el muslo de Martín para que pudiera ponerse la camiseta sin que se le cayeran todos aquellos papeles.

—Ya, yo también lo espero, hija. —Se dio media vuelta para salir de la habitación, pero, antes de marcharse, añadió—: Voy a dejar la puerta abierta, que aquí hace mucho calor y os veo muy sofocados.

Ese sábado no hicimos otra cosa que estudiar. Cada veinte minutos, más o menos, su madre se asomaba a la habitación con alguna excusa absurda: que si teníamos hambre, que si nos apetecía beber algo, que si estábamos bien…

Por la tarde, se fueron a pasear con unos amigos, no sin antes advertirnos de que tardarían mucho menos de lo que pensábamos, y a mí me quedó bien claro lo que querían decir. En cuanto salieron a la calle, Martín se puso cariñoso y volvió a intentar que nos enrollásemos dándome toquecitos en el bolígrafo.

Dudé por un instante. Para ser sincera, yo también tenía muchas ganas, pero quedaban solo dos días para el examen y debíamos aprovechar. Si sacábamos una mala nota, jamás me lo perdonaría. Decidí ser responsable por los dos: al fin y al cabo, yo era la adulta.

—Ni de coña —le advertí—. Con la pillada de esta mañana he tenido bastante.

Para cuando regresaron sus padres, eran casi las diez y veíamos una peli en el sofá. Una de verdad; de Van Damme, para ser más concretos.

—¿Te quedas a cenar, Blanca? —me preguntó su madre—. Voy a hacer tortilla de patatas.

—Vale, ¿quieres que te ayude?

—No hace falta, hija —me cortó—. Además, como te haga levantarte, sé de uno que me mata, con lo a gustito que se lo ve…

Martín soltó un gruñido. Estaba tumbado, con la cabeza en un cojín que apoyaba en mis piernas, mientras yo le acariciaba el pelo.

—Luego ponemos la mesa —murmuró sin apartar la vista de la tele.

—Pero, hijo, ten un poco de cuidado y no me desmontes la funda. —Le dio un manotazo en los pies, que tenía sobre uno de los reposabrazos, y Martín encogió las piernas—. Por cierto, ¿sabes si tu hermano se ha llevado al piso las sartenes que le di? —Estiró de la tela y se puso a colocarla.

Rober se casaba, a principios de septiembre, con su novia de hacía más de cinco años, y su madre estaba como loca; compraba cualquier cosa que les pudiera hacer falta.

—Ni idea. Pregúntale a él, que está en su cuarto.

—¿No ha quedado con Ana? —Nos miró extrañada—. No se habrán peleado…

—No sé, mamá. Nosotros hemos estado estudiando hasta hace un rato.

Terminó de ajustar la funda y se marchó a la cocina. En cuanto nos dejó solos, Martín volvió a estirar las piernas y colocó los pies sobre el brazo del sofá.

—Eres un rebelde —susurré.

Él soltó una carcajada.

CAPÍTULO 2
DESEOS DE SAN JUAN

Lunes, 23 de junio de 1997

—¡Por la libertad! —gritó Vega al levantar su vaso de plástico.

—¡Por la libertad! —respondimos los demás al entrechocar los nuestros, con tanto ímpetu que derramamos sobre el suelo la mitad de su *whisky* con cola.

Mi amiga puso los ojos en blanco y se bebió de un trago el resto del contenido. Se acercó a David para que le rellenara el vaso.

Solté una risita. Eran las fiestas de Alicante, Les Fogueres de Sant Joan, y estábamos de botellón en Canalejas. Hacía tres días que los *ninots* habían invadido las calles, a la espera de ser consumidos por las llamas, y la música sonaba en las barracas y *racós* de los distritos. Aunque era lunes, al día siguiente era festivo y el parque estaba muy animado.

Saqué un cigarrillo y le pasé otro a Martín, que se lo puso en los labios y se inclinó para que le diese fuego. Encendí también el mío.

—Tenemos que dejar de fumar. —Exhalé el humo y guardé el tabaco en mi bolsito.

—Doscientas sesenta y cinco pelas por un paquete de Fortuna. —Dio una calada profunda—. Se nos va un pastizal en esto.

—Por no decir que es un vicio malísimo, que mata y esas cosas —añadí con ironía.

—¿Sabes, Blanca? —Me pasó el brazo por los hombros, aguantándose la risa—. Para ser tan cría, hay veces que hablas como si tuvieses cuarenta.

Me hice la ofendida, pero, en realidad, mi novio tenía razón. Aunque por fuera pareciese una adolescente —y casi siempre me comportase como tal—, a veces tenía momentos de lucidez y actuaba como la adulta que se suponía que era.

Iba a responderle cuando Raquel se acercó a nosotros. Se movía al ritmo de *Ese toro enamorado de la luna*, que sonaba al otro lado del parque, en una de las barracas repartidas por la ciudad, en las que las comisiones de cada barrio celebraban su propia fiesta.

—¡Por vuestra libertad, cabrones! —Levantó su vaso y brindamos con ella—. A mí me va a tocar estudiar este verano. Y en septiembre, selectividad. —Puso cara de pena.

—Qué putada, tía. —Le froté el brazo para animarla.

—El día uno empiezo en la academia, pero hasta entonces soy *libreee…*

—*Libreeee, como el sol cuando amanece…* —cantó Vega, que llegaba en ese momento. Raquel le rodeó los hombros y se unió a ella; se balancearon hacia ambos lados—, *yo soy*

liiiiibre…

—Hola. —Rubén apareció detrás.

Al oír la voz de su ex, mi amiga se detuvo en seco y chocó con Raquel, que seguía moviéndose por inercia. Los vasos de las dos acabaron en la arena, sobre un charquito.

—¡Mierda! —Raquel se agachó a recogerlos—. Voy a por otro, ¿tú quieres?

Vega asintió y se dio la vuelta para saludar a Rubén. Tuvo que disimular su decepción cuando vio que lo acompañaba Dafne, su nueva novia.

Habían empezado a salir el verano anterior, pocas semanas después de que Vega lo dejase, y parecía que les iba muy bien. Mi amiga estaba convencida de que había sentado la cabeza, pero yo tenía mis dudas. En la otra dimensión, Rubén había sido un capullo incapaz de serle fiel y me costaba creer que aquí fuera distinto.

—¿Te has hecho un tatuaje? —Martín señaló la rosa que Dafne llevaba por encima del codo, recubierta de film transparente.

—Sí, ¿te gusta? —Extendió el brazo hacia él—. Mis padres me prometieron que me lo pagarían si aprobaba selectividad.

—Mola mucho, aunque no sé si yo sería capaz —respondió Martín, que lo observaba con detenimiento—. ¿Duele?

—No es para tanto —dije sin pensar, recordando que el pequeño sol de mi tobillo había desaparecido al viajar en el tiempo—. Bueno, eso me han dicho.

—Es doloroso, pero se puede soportar —afirmó Dafne—. A mí me encantaría cubrirme el brazo entero —señaló la zona, desde el codo hasta el hombro—, pero tendré que ir poco a poco si no quiero que a mis padres les dé un infarto.

Sonreí con empatía. Llevaba meses con ganas de tatuármelo otra vez, pero, si mi madre se enteraba, seguro que me caía una buena bronca. Me tocaba esperar, al menos, a cumplir los dieciocho.

—Hay que ir a por hielos, se acaban de terminar. —Raquel volvió con otros dos vasos llenos y le pasó uno a Vega—. Hoy os toca a vosotros, Blanca.

—Vamos, preciosa. —Martín me tendió la mano y apuró de un trago su bebida.

De camino al Deshoras, pasamos por una joyería. Me fije en una pulserita de plata que tenían en el escaparate. Algunas mañanas me despertaba muy desorientada, necesitaba algo que me recordara al instante que era una viajera del tiempo.

«Esta sería perfecta», pensé, acercándome al cristal. Era rígida, tipo brazalete, pero abierta por la parte de atrás, para ajustarse a la muñeca. Tenía unas ondas grabadas en la superficie y me pareció muy original.

Martín se dio cuenta de que me detenía y se giró hacia mí.

—Esa pulsera me ha llamado la atención. —Se la señalé en la vitrina—. ¡¿Cuatro mil pesetas?! —exclamé al darme cuenta del precio.

—Pero es muy bonita.

—Sí, a lo mejor me la compro con el dinero que me den para mi cumple. —Volví a agarrarle la mano y continuamos hacia la tienda.

Al regresar al parque con los hielos, mis amigas se despedían de Rubén y Dafne. Les dijimos adiós con la mano y dejamos las bolsas en el banco, junto a las bebidas.

—Ahora vengo. —Martín fue a saludar a unos jugadores de su equipo.

Vega se acercó para ponerse otra copa. Mientras se echaba el *whisky*, miraba cómo se alejaba su ex.

—¿Te vas a beber eso? —le pregunté, porque se lo había llenado hasta el borde.

—¡Mierda! —Paró en seco al darse cuenta. Vertió una parte del contenido en el mío y se lo entregué para que lo sujetara.

—¿Qué pasa? —Desenrosqué el tapón de la Cola Tof de dos litros.

—Últimamente no paro de cruzármelos por todas partes. Como si el universo quisiera decirme algo. —Me ofreció los vasos para que echase el refresco.

—El universo se ha olvidado de que estamos aquí. —Cerré la botella y la dejé en el banco—. A estas alturas de la película, ¿no deberíamos haber regresado a 2019?

Nos subimos al respaldo y bebimos un buen trago.

—¿Crees que vamos a volver? —me preguntó mi amiga.

Me encogí de hombros. Al principio, albergaba la esperanza de despertarme otra vez en mi cama de Madrid, entre los brazos de Jorge. Estaba convencida de que, tras solucionar lo de Connecticut, nuestra relación en el futuro sería maravillosa. De un modo u otro, la frustración en su trabajo siempre había sido el origen de nuestras peleas. A partir de entonces, ya no tendríamos motivos para discutir. «Muerto el perro, se acabó la rabia».

Sin embargo, cada día que pasaba, la posibilidad de volver parecía más remota. Mis amigas y yo habíamos hecho tantos cambios que era incapaz de adivinar cómo saldríamos de allí. Y, para ser sincera, me lo estaba pasando tan bien en los noventa que aún no tenía ganas de regresar, como cuando suena el despertador y deseas dormir otros cinco minutitos.

—Me pregunto si ocurrirá como en la peli de *El efecto mariposa*, con todos los nuevos recuerdos formándose al mismo tiempo —continuó Vega—. Debe ser una locura.

—Locura será mirarnos en el espejo. Me va a costar reconocerme con treinta y nueve años. —Bebí otro trago.

—La verdad, no sé si me apetece mucho regresar al futuro, a volver a pagar facturas, tender lavadoras, ponerme la antiarrugas antes de dormir… ¡Teñirme las canas! —Vega se llevó una mano a la cabeza—. Voy a echar de menos tantísimas cosas…

—Yo también. —Mordisqueé el borde del vaso y miré a Martín, que hablaba con sus compañeros del equipo. Al percatarse de que lo observaba, me guiñó un ojo. Sonreí al instante.

Mi amiga echó un vistazo al parque; supuse que buscaba a David. Estaba sentado con Sofía junto a uno de los ficus centenarios. Por la manera en la que se reían, parecían pasárselo muy bien.

—Voy con mi novio. —Vega se bajó de un salto.

Cuando llegó hasta ellos, se sentó en sus rodillas y le pasó un brazo por los hombros. A Sofía se le congeló la sonrisa. Terminó su bebida de un trago y les comentó algo al ponerse en pie. Caminó hasta mi banco.

—¿Ya no hay *whisky*? —Rebuscó entre las bolsas de Mercadona.

Señalé el lateral en el que Vega había apoyado la botella después de servirse. Sofía se agachó a cogerla. Mientras retiraba el tapón, sujetaba el vaso con los dientes.

—Échame un poco a mí. —Se lo quité de la boca y lo sostuve junto al mío para que los rellenara. Al terminar, Sofía me pasó mi cubata y se sentó a mi lado, en el respaldo.

—Solo le ha faltado orinar alrededor —murmuró antes de dar un buen trago.

Contuve la risa. Era obvio que Vega se había puesto celosa y su reacción había sido desmedida, pero, en cierto modo, podía entenderla.

—Es su novio, Sofi, y pasas más tiempo con él que con nosotras.

—No es verdad —me interrumpió—. Bueno, a lo mejor estas semanas, que hemos estudiado selectividad juntos porque no teníamos el mismo temario que vosotras. —Se giró hacia mí—. Tú sabes que David y yo solo somos amigos. Necesito mantenerlo en mi vida, como me

aconsejasteis; hay cosas muy importantes en juego.

Coloqué una mano en su rodilla para tranquilizarla, porque se estaba poniendo a la defensiva. Mi amiga inspiró hondo.

Bebí un sorbo y busqué con la mirada a Martín. Estaba con Alba al otro lado del parque; parecía que los jugadores del equipo se habían marchado.

—¿Qué tal te va con tu chica? —le pregunté a Sofía para cambiar de tema.

—Muy bien, tengo una novia estupenda. —La sonrisa le iluminó la cara—. Es cariñosa, lista, divertida… Estoy viviendo mi adolescencia por primera vez, y aún no me lo creo. —Suspiró—. Pero a veces es muy difícil.

—¿A qué te refieres?

—A que a la gente le molesta que quieras a alguien de tu mismo sexo. Y no me mires así —añadió cuando enarqué las cejas—, yo tampoco era consciente de estas cosas hasta que he empezado a vivirlas. —Sacó un par de cigarrillos del paquete y me ofreció uno. Busqué el mechero en mi bolsito.

»Una vez, besaba a Alba en la calle y una mujer nos gritó que eso era antinatural. Y no te creas que era muy mayor, la tipa no debía tener más de treinta y cinco. —Sofía se acercó para que le diese fuego—. En otra ocasión, tuvimos que huir porque un grupito de tíos nos quería «quitar el lesbianismo a polvos».

—¡¿En serio?! —pregunté, estupefacta. Mi amiga asintió.

—La mayoría no dicen nada, pero notas que lo desaprueban. Para alguien como yo, acostumbrada a cumplir las normas, haberme convertido en un bicho raro es un auténtico suplicio. —Forzó una sonrisa—. Y doy gracias porque mis padres me apoyan, pero a mis abuelos no puedo decírselo, no lo entenderían. No paran de preguntarme si ya tengo novio. —Fijó la vista en David, que le hacía cosquillas a Vega, y dio una larga calada a su cigarro—. A veces, echo de menos mi vida en la otra dimensión.

Apuré mi cubata de un trago. A pesar de que disfrutaba mucho de haber vuelto a los noventa, no todo era tan maravilloso como recordaba. Y para mi amiga parecía peor.

Me agaché para dejar el vaso vacío en el asiento. Al incorporarme, descubrí que Martín y Alba caminaban hacia nosotras.

—Os hemos visto solitas y hemos venido a haceros compañía. —Martín apartó las bolsas para sentarse y se recostó en mis piernas.

—Tengo que aprovechar antes de que mi novia se vaya a Irlanda. —Alba rodeó el banco y abrazó a Sofía desde atrás—. Me quedan muy pocos días.

—¿Cuándo viajas? —le pregunté a mi amiga.

—El jueves. —Arrugó la nariz—. Estaré algo más de dos semanas y, aparte de por ver a mi abuela, no te creas que me apetece demasiado. Os echaré de menos. —Se giró hacia su novia, le retiró un mechón de pelo de la cara y la besó.

Aunque fue un beso muy comedido, un par de tíos que pasaban por delante les silbaron. Alba se separó de golpe. Mi amiga suspiró con resignación.

—¿Queda bebida? —David apareció junto a nosotras, seguido de Vega, Santi y Raquel. Martín le señaló la botella.

—Hoy es la noche de San Juan, tendríamos que escribir deseos en un papel y quemarlos para que se cumplan —dijo Vega.

—¿Estás segura? La última vez que deseamos algo, se cumplió a lo bestia —contesté, y las tres nos reímos a carcajadas.

—Deberíamos hacerlo —corroboró Sofía—. Y bañarnos en el mar.

—No hay huevos —nos retó Martín.

Enarqué las cejas. Nos miramos unos a otros con una media sonrisa desafiante. Enseguida nos dimos cuenta de que todos pensábamos lo mismo.

—Maricón el último —gritó Santi, y salió corriendo hacia la playa.

Veinte minutos después, le entregábamos a Vega nuestros deseos. Los habíamos escrito en lo primero que habíamos pillado: entradas de cine, *tickets* arrugados, pedacitos de un paquete de Fortuna…

—¡Por Dios, Santi! Júrame que no habías usado ese trozo de clínex —se quejó mi amiga.

—¿Y si no tenía otra cosa? —le respondió, vacilón. Soltó una carcajada ante su cara de asco.

—No le hagas ni caso, tía, que se lo he dado yo y estaba limpio. —Raquel sacó del bolso la otra mitad y se la tendió.

Sin ocultar su reticencia, Vega envolvió con ella los papelitos. Luego los depositó en un pequeño hueco en la arena y les prendió fuego. Mientras ardían, me acerqué a Martín, que me pasó un brazo por los hombros y me atrajo hacia su cuerpo.

—¿Qué has pedido? —le susurré.

—No te lo puedo decir, que, si no, no se cumple.

—Dímelo, porfa —insistí, pero negó con la cabeza. Me puse de puntillas y le di un par de besos en el cuello. Él se defendió haciéndome cosquillas. Solté una carcajada.

—¡¿Queréis parar de hacer el gilipollas?! —protestó Vega—. Habéis arruinado un momento mágico.

—Al final, por culpa de Giner, no me va a tocar la quiniela —gruñó Santi.

—La quiniela no te va a tocar porque la haces con una pirindola —le contestó David, y a Sofía le entró la risa.

—Paso de vosotros. ¡Me voy al agua! —Vega se quitó el vestido y salió disparada hacia la orilla.

—¡Nena, espérame! —David corrió tras ella, desvistiéndose por el camino hasta quedarse en ropa interior.

Se metieron a zancadas en el mar mientras soltaban gritos de la impresión. En cuanto el agua les cubrió por la cintura, se zambulleron.

—¡Venid a bañaros, que está buenísima! —Vega agitó el brazo en el aire.

—Por los chillidos que daban al entrar, no sé si creérmelo —murmuró Raquel, que pisaba las cenizas de los deseos para apagarlas bien.

—Pues yo sí me voy a meter. —Alba se quitó la ropa y animó a Sofía para que se uniese.

—¿Vamos, preciosa? —Martín me tomó de la mano y tiró de mí. Al percatarse de que dudaba, me agarró de la cintura y me cargó sobre su hombro. Santi hizo lo mismo con Raquel.

El agua estaba mucho mejor de lo que pensaba, y bañarse bajo la luz de la luna resultó una experiencia fantástica. Saltamos las siete olas para que nos diera suerte, como había leído Sofía en una revista; hicimos guerras de agua, nos sumergimos para purificarnos y salimos del mar entre alaridos porque a Santi se le ocurrió decir que había visto una medusa.

Sobre las ocho de la mañana, abrí la puerta de casa, procurando no hacer ruido. Me desvestí en la cocina, metí la ropa en la lavadora y me fui a dormir muy feliz.

Tumbada en la cama, mientras recordaba la noche, el deseo que había quemado en la playa volvió a mi mente.

«Ojalá no regresemos al futuro —repetí—. Nada me gustaría más que pasar este verano en 1997».

CAPÍTULO 3
LAS SARTENES

Jueves, 3 de julio de 1997

—Me encanta este tema —dijo Martín.

Levanté la vista del papel y le presté atención. Sentado en una silla, junto a la cama, con el radiocasete apoyado en su regazo, movía la pierna al ritmo de *Song 2*, de Blur.

—¿Lo estás grabando? —Me estiré sobre el colchón.

Asintió con la cabeza y soltó un *Woo-hoo* que me hizo sonreír. Di un trago a mi lata antes de concentrarme, otra vez, en su último relato.

Pasábamos la tarde en su cuarto, con una bolsa de Drakis y un par de cocacolas que habíamos pillado de la nevera. Aunque solo era miércoles, ya nos habíamos fundido la paga. Entre los dos, nos quedaban doscientas setenta y cinco pesetas para sobrevivir hasta el sábado. Menos mal que sus padres habían estado esa mañana en el Pryca y habían surtido la despensa.

¡Sí, sí, sí! La Canción dos *ya es número uno. Tú y yo lo sabíamos…*, irrumpió en la radio Joaquín Luqui, a pocos segundos de que el tema dejase de sonar.

—¡¿Tenía que hablar justo ahora?! —Martín echó la cabeza hacia atrás y resopló, frustrado. Sacó la cinta de la pletina e introdujo un boli Bic por uno de los agujeros—. Es para ahorrar pilas —añadió, y la hizo girar en el aire como una carraca para rebobinarla.

Por un instante, me acordé de lo fácil que era escuchar música en el futuro, en el móvil o el ordenador, cualquier canción, en cualquier momento. «¿Qué pensará si le hablo de Spotify?».

—¿Cómo te imaginas la radio dentro de veinte años? —le pregunté.

—Espero que inventen algo para quitar las voces de los locutores. No sé, alguna especie de borrador. —La cinta llegó a su tope. Retiró el boli y volvió a meterla en el radiocasete—. Y tú, ¿cómo crees que será?

—Pues… —Me tumbé boca arriba en la cama y empecé a hablar de *playlists* y reproductores de música en *streaming*. A Martín le brillaban los ojos. Al terminar, me miraba boquiabierto.

—¡Qué imaginación! Deberíamos escribir un relato juntos.

—¿Por qué no? —Solté una carcajada—. Tal vez algún día.

—Este chico ya se ha vuelto a dejar las sartenes aquí —se quejó su madre en el pasillo.

—Verás como nos pide que se las llevemos —susurró Martín, pero unos golpes en la puerta lo interrumpieron. Sin darnos tiempo a contestar, mi suegra se asomó a la habitación.

—¿Podéis llevar las sartenes a casa de tu hermano? Estoy harta de tenerlas por medio. El otro

día, tu padre casi se tropieza.

—¿Está Rober en el piso?

—Ay, hijo, creo que sí, pero no estoy segura. Os voy a prestar mis llaves, por si acaso. —Salió de la habitación. Regresó con el bolso y le tendió un juego a Martín—. Llamad antes al timbre, ¿vale?

—Tengo que echarle gasolina a la moto —dijo mi novio al cogerlas.

—¿Ya no te queda dinero?

—La vida está muy cara, mamá. —Se encogió de hombros.

Su madre suspiró y sacó una moneda de quinientas pesetas.

—Toma, y con lo que te sobre invitas a Blanca a una horchata.

—¡Si es que eres la mejor del mundo! —Dejó el radiocasete sobre la mesa y le dio un ruidoso beso en la mejilla.

—Anda, quita, zalamero. Esos cumplidos te los guardas para tu novia. —Se rio, y le hizo cosquillas para liberarse—. Las sartenes están en la entrada —añadió antes de salir.

—¿Vamos? —Martín agarró los cascos y señaló la puerta con la cabeza.

Me colgué mi bolsito en bandolera, recogí las sartenes y lo seguí.

Aparcamos la moto en el Parque de las Avenidas, delante del bloque de pisos nuevos al que Rober y Ana se mudarían después de casarse. Eché un vistazo alrededor: aún no habían terminado de urbanizar la zona ni de construir el centro comercial, y a mí me daba vértigo imaginar lo mucho que cambiaría en unos años.

—Es el séptimo A. —Martín pulsó el botón en el portero automático. Como nadie contestó, sacó las llaves que le había dado su madre.

Al salir del ascensor, llamamos varias veces al timbre y esperamos un poco.

—Parece que no están. —Abrió la cerradura y se asomó al interior—. ¿Ana? ¿Rober?

Entré tras él y empujé la puerta, pero no encajaba bien y se quedó entornada.

—Han avisado para que la arreglen. —Depositó los cascos en el suelo y le dio un golpe seco. La observó unos instantes, para comprobar que estaba bien cerrada.

Pasé a la cocina. Dejé las sartenes sobre la encimera y me bebí un vaso de agua fría. Cuando volví, no había nadie en el recibidor.

—¿Martín? —pregunté, extrañada.

—¡Estoy aquí! —lo escuché gritar a lo lejos.

Caminé por el pasillo y me asomé a la habitación de matrimonio. Estaba en semipenumbra, porque habían bajado la persiana para protegerla del calor. Mi novio se había quitado las zapatillas y estaba tumbado en la cama.

—¿Qué haces? —Me apoyé en el marco de la puerta.

—Tenemos la casa para nosotros solos y yo te tengo muchas ganas. —Extendió los brazos para que me acercase.

Solté una carcajada. Me quité el bolsito y lo dejé sobre la cómoda. Tras descalzarme, me uní a él en aquella cama enorme.

Nos besamos. En un par de movimientos, me hizo rodar sobre el colchón y se puso encima de mí.

—¿Tienes condones? —pregunté antes de volver a besarlo. Martín se tocó el bolsillo trasero del pantalón.

—Llevo uno en la cartera. —Bajó hacia mi escote, dando besitos por mi cuello—. Voy siempre preparado, por si acaso.

Cerré los ojos. Acarició con sus labios la piel alrededor de mi ombligo y estiró mi top hacia arriba para depositar más besos en mi abdomen. Levanté los brazos para que me lo sacara por la cabeza. Lo lanzó hacia atrás y mordisqueó uno de mis costados. No pude evitar reírme.

—¿Tienes cosquillas, preciosa? —Se incorporó para quitarse la camiseta, que también tiró al suelo. Asentí con otra risita. Martín se acercó a mi boca y me dio uno de esos besos largos en los que su lengua acariciaba lentamente la mía.

Cubrió mi pecho con la mano, por encima del sujetador, y lo oprimió con suavidad. Suspiré en su boca. Me bajó el tirante, besó mi hombro y llevó sus manos a mi espalda. Estiró un par de veces del cierre, sin mucho éxito. Algo frustrado, se acercó a susurrarme al oído:

—Quítatelo tú, anda. A mí me tiene manía.

Sonreí. Me arqueé un poco para desabrocharlo. En cuanto notó que se aflojaba, lo retiró con las dos manos y mordisqueó mis pezones. Se me escapó un gemido.

—Dios, Blanca, no sabes cuánto me gustas.

Subió a besarme otra vez. Le acaricié la nuca con la yema de los dedos.

—Tú a mí también —susurré entre beso y beso—. Me gustas muchísi…

—¡¿Quién está ahí?! —La luz se encendió de golpe.

Soltamos un grito. Martín se levantó de un salto y yo crucé los brazos sobre el pecho para cubrirme. Desde la puerta de la habitación, Rober nos observaba, asustado.

—¡Por Dios! Si sois vosotros… ¡Pero ¿qué hacéis en mi casa?! —Su mirada pasó de su hermano a mí. Al percatarse de que estaba medio desnuda, se tapó los ojos con la mano y se giró con rapidez para darnos la espalda—. Joder, chicos, ya os vale. ¡Al menos avisadme de que vais a venir!

Martín recogió la ropa del suelo y me lanzó mi top y mi sujetador. Los cacé al vuelo y me incorporé en la cama para vestirme.

—Mamá nos ha dado unas sartenes para que te las trajésemos —explicó mientras se ponía la camiseta—, y como no había nadie…

—Y como no había nadie, habéis aprovechado para echar un polvo en mi cama —lo interrumpió su hermano.

—Perdona. —Me puse en pie—. No volverá a ocurrir.

—Vaya susto nos habéis dado —dijo una voz desconocida.

En ese momento, nos percatamos de que su hermano no estaba solo, pero no era Ana quien lo acompañaba, sino un chico rubio con el pelo rizado, al estilo de David Bisbal.

—Este es Eloy, un colega del trabajo —nos presentó—. Ellos son mi hermanito y su novia, Blanca, que tienen las hormonas en plena eclosión adolescente.

—¿Adolescente? Si ya tengo diecinueve años —murmuró Martín, que pasaba por su lado para salir de la habitación.

—Disculpe usted, señor Giner —contestó con sorna, y le revolvió el pelo.

Caminamos deprisa hasta la entrada. Recogimos los cascos y Martín abrió la puerta. Al salir al rellano, se volvió hacia Rober mientras yo llamaba al ascensor.

—No se lo digas a mamá.

—Tranquilo, chaval, que yo también he tenido vuestra edad. —Nos despidió con unas palmaditas en la espalda.

Pulsamos el botón y se cerraron las puertas. En cuanto el ascensor empezó a bajar, nos miramos y nos entró un ataque de risa.

—¿Has visto la cara que ha puesto el amigo? —Soltó una carcajada.

—Joder, qué vergüenza. —Me tapé los ojos con las manos.

—Esto lo pagaré caro —suspiró Martín—. Me tendrá esclavizado bajo amenaza de contárselo a mis padres. Seguro que me toca ir a por el pan todo el verano.

Llegamos a la planta baja y empujé la puerta para salir. Ya en la calle, nos colocamos los cascos y mi novio se subió a la moto. Iba a hacer lo mismo cuando me di cuenta de que me había dejado el bolso.

—¿Quieres que te acompañe? —me preguntó.

—No, solo tardo un minuto. —Le entregué el casco. Un vecino abrió el portal y eché una carrerita para entrar con él.

Al salir del ascensor, la puerta de Rober se había vuelto a quedar abierta y la empujé con suavidad. Se les escuchaba en el salón. Respiré hondo. Estaba cortada porque me hubieran visto medio desnuda; cuanto menos interactuase con ellos, mejor.

Fui a hurtadillas al dormitorio, recuperé mi bandolera, que seguía sobre la cómoda, y regresé deprisa por el pasillo. Antes de marcharme, me asomé para despedirme.

—Se me había olvidado el bolso… —empecé a decir, pero, al verlos, me detuve en seco.

Rober y su amigo se besaban en el sofá. Se morreaban, más bien, porque mi cuñado le metía la lengua hasta la garganta. Al oírme, se separaron sobresaltados.

—¿Blanca?

—¡No he visto nada! —Me cubrí la cara con una mano y levanté la otra, con la que sujetaba el bolso—. Se me había olvidado esto y he entrado sin llamar porque tu puerta no cierra bien, pero ya me voy.

Me di media vuelta y choqué con la pared. «Mierda». Abrí un ojo para localizar el camino correcto y salí de allí lo más deprisa posible. Al llegar a la entrada, escuché a Rober a mi espalda:

—Espera un momento. —Me agarró del brazo y me obligó a detenerme.

—Te juro que no he visto nada. —Apreté los párpados con fuerza.

—Blanca. —Tiró de mí para que me girase. Abrí un ojo y descubrí su expresión de pánico—. No se lo cuentes a mi hermano, por favor.

—No le voy a contar nada —contesté—. Puedes confiar en mí, de verdad —añadí para tranquilizarlo.

Me observó unos segundos y asintió con la cabeza. Antes de que dijera algo más, me solté de su agarre y me marché. Por suerte, el ascensor seguía en la séptima planta y no tuve que esperar, porque habría sido demasiado incómodo.

Salí a la calle en *shock*. Martín enarcó las cejas al verme.

—¿Te ha dicho algo mi hermano? Estás pálida.

—No, no, todo bien. —Forcé una sonrisa y me puse el casco.

—¿Te apetece esa horchata?

Le dije que sí con la cabeza. Subí a la moto y me sujeté con fuerza a su cintura, abrumada por el tremendo secreto que acababa de descubrir.

A la mañana siguiente, me despertaron unos golpecitos en la puerta de mi habitación. Parpadeé un par de veces, acostumbrándome a la luz que entraba por la ventana, y busqué el despertador para ver la hora. Las nueve y diez. Volvieron a tocar.

—¡Estoy despierta!

Mi hermano se asomó a mi cuarto.

—Te llama tu novio —dijo con retintín.

Puse los ojos en blanco. Tenía cuatro años menos que yo y, aunque en el futuro nos llevábamos bien, era un dolor tratar con su versión adolescente.

Me incorporé en la cama. Bostecé una vez más antes de levantarme.

Al llegar al salón, cogí el auricular y sujeté el teléfono con la otra mano. Estiré del cable para llevármelo al baño.

—Hola, cariño. ¿Sabes que he soñado contigo? —susurré, sugerente, mientras cerraba la puerta.

—¿Blanca? Soy Rober.

«La madre que me parió».

—Perdona —carraspeé—, pensaba que eras Martín.

—Suele pasarnos, dicen que tenemos la voz parecida. —Tomó aire antes de continuar—. Oye, ¿haces algo esta mañana? ¿Podemos tomar un café?

—No voy a decir nada de…

—Lo sé —me interrumpió—, pero me gustaría hablar contigo. ¿Te recojo en media hora?

Estaba tan decidido que solo pude asentir. Le di mi dirección y quedamos en mi calle a las diez, enfrente de mi portal.

Dejé el teléfono en su sitio. Me metí en la ducha, nerviosa por lo que fuera a decirme. Rober era ese chico que siempre lo hacía todo bien, el que su madre nos ponía de ejemplo, del que presumía delante de las vecinas. Quizá por eso me intimidaba tanto, aunque nunca habría sospechado que llevara una doble vida.

Cinco minutos antes de la hora, lo esperaba abajo, fumándome un cigarrillo. Me había dicho que tenía un Seat Córdoba gris, así que lo buscaba en cualquier vehículo de ese color que pasaba. Distinguir marcas y modelos nunca ha sido mi fuerte.

Un coche se detuvo junto a la acera. Al acercarme, me di cuenta de que era él.

—Buenos días. —Me sonrió, nervioso, e hizo un gesto para que subiera—. ¿Te importa si vamos a la playa de San Juan? Se supone que estoy reunido con un cliente y no me gustaría que me pillasen.

—Sin problema. —Me abroché el cinturón.

Aparcamos en el centro comercial al que había ido varias veces con Martín. Crucé los dedos para que mi novio no se hubiera levantado con antojo de palmeras de chocolate, porque no habría sabido qué decirle si hubiera aparecido por la cafetería.

Pedimos en la barra y nos llevamos los cafés a una de las mesas del fondo, que estaban más retiradas. Tomé asiento. Rober se puso frente a mí. Nos concentramos en nuestras tazas, como si remover el azúcar requiriese de toda nuestra atención. Tras unos minutos, él rompió el silencio.

—Quiero mucho a Ana y vamos a casarnos. —Levantó la cabeza. Esperó unos instantes hasta que asentí—. Lo que pasó ayer con Eloy… —Desvió la mirada hacia un lateral y tomó aire —. No sé ni cómo explicarlo, pero no tiene nada que ver con ella.

Lo observé, a la espera de que añadiese algo más. Rober apretó los labios y se rascó el cuello con la vista fija en la pared. Lo notaba nervioso o, más que nervioso, culpable. Entendí su interés en quedar conmigo después de lo que había pasado la tarde anterior. Parecía que necesitaba hablar con alguien porque no sabía cómo enfrentarse a sus sentimientos.

—¿Te gusta Eloy? —pregunté en voz baja.

Al escuchar su nombre, se giró hacia mí. No le hizo falta responder, su cara de agobio lo decía todo.

En ese instante, aquella fachada de perfección se vino abajo. Descubrí a un chico de veinticinco años, confundido y asustado, que guardaba un secreto enorme. Como mi amiga Sofía.

—No hay nada malo en que te guste alguien de tu mismo sexo. —Extendí el brazo para

cogerle la mano. Rober me la apretó.

Durante un segundo, me pareció ver un atisbo de sonrisa, pero enseguida negó con la cabeza, como si se asustara de sus propios pensamientos.

—Voy a casarme con Ana. —Soltó mi mano y se echó hacia atrás—. No es que no la quiera, Blanca. —Exhaló con fuerza—. Es una chica fantástica que merece ser feliz, y yo voy a esforzarme para que lo sea.

—¿Crees que funcionará? —Levanté las cejas.

—¿Por qué no? —Se cruzó de brazos—. Hace cinco años que funciona.

—¿Y tú no quieres ser feliz?

Rober se encogió de hombros, se acabó de un trago el café y le hizo una seña al camarero para pedirle la cuenta.

—Yo no quiero ser marica.

Esa frase me dolió en el alma. Al pronunciarla, no hablaba de él, sino de una sociedad con demasiados prejuicios, que lo obligaba a esconder su esencia para intentar encajar. Porque si en 2019 ser gay era complicado, en 1997 era mil veces peor.

Me pasé la mano por el pelo, y me pregunté qué decirle para evitar que cometiese un error tremendo. Aunque seguir adelante con la boda le pareciera la mejor opción, casarse con Ana no haría más que complicar las cosas en el futuro. Ambos serían infelices y necesitaba hacérselo ver.

«Pero ¿cómo se lo explico?». Lo miré fijamente mientras intentaba encontrar la frase perfecta, esa que lo hiciera cambiar de opinión o, al menos, replantearse las cosas. Pero desvió la mirada y empezó a mover la pierna de manera repetitiva, como si tuviera muchas ganas de salir de allí.

El camarero trajo el *ticket*. Rober sacó del bolsillo una moneda de doscientas y la dejó sobre el platito. Miró el reloj y se puso en pie.

—¿Te importa si nos vamos? —Señaló la puerta—. Tengo una reunión a las doce y no quiero llegar tarde.

Me levanté de la mesa bastante frustrada y lo seguí en silencio hasta el *parking*. Al llegar junto a su coche, pulsó el mando del cierre centralizado y me abrió la puerta del copiloto. Nos miramos antes de subir.

—Blanca, muchas gracias por haber venido. Siento haberte molestado, creo que solo estoy un poco agobiado por la boda y…

No lo dejé terminar. Me acerqué a él y le di un abrazo. Noté cómo su cuerpo se aflojaba bajo la presión.

—Todo está bien y todo va a estar bien, Rober. Confía en mí —le susurré.

Suspiró, soltando todo el aire por la boca, y me estrechó contra él. Al separarnos, me sonrió de la misma forma sincera en que me sonreía Martín.

—Mi hermano es un capullo con mucha suerte. —Me pellizcó la nariz—. Espero que no te pierda nunca.

Le devolví la sonrisa. Me monté en su coche y cerró la puerta tras de mí. Lo seguí con la mirada mientras él rodeaba el vehículo hasta el asiento del conductor.

Lo entendía perfectamente. A mí también me gustaban dos chicos a la vez y no estaba preparada para renunciar a ninguno.

En algún momento, tendría que tomar una decisión.

CAPÍTULO 4
HACE CALOR

Sábado, 5 de julio de 1997

—*¡Y hagamos el amor en el balcón!* —cantamos a gritos todos juntos.

Hacía demasiado calor en ese *pub* de la playa de San Juan. Un calor insoportable, húmedo y bochornoso que se pegaba al cuerpo y te hacía sudar a mares. Saqué del bolso el paipay que nos habían regalado las azafatas de una marca de vodka; Martín me tomó de la cintura y se asomó por encima de mi hombro para recibir un poco de aire. Acerqué mi cara a la suya y nos abaniqué con fuerza.

—*Podrían acusarme, ella es menor de edad…* —entonó bajito en mi oído.

—Solo me quedan cuatro semanas —gruñí.

Soltó una carcajada, me dio un beso en el cuello y me pasó su cubata. Bebí y lo apoyé en mi mejilla para sentir el frío del cristal. Apiñados como sardinas en lata, con tanto humano desprendiendo calor, estaba a punto de derretirme.

Miré alrededor: Raquel, Vega y David bailaban con energía al ritmo del solo de guitarra. Martín y Santi eran algo más comedidos, de ese tipo de chicos que solo mueven una pierna y, si acaso, un poco los hombros. Unos sujetabarras de manual.

Deslicé el cubata hasta mi cuello para bajar un par de grados la temperatura de mi piel. Crucé la mirada con Alba y nos echamos a reír, porque ella hacía exactamente lo mismo.

Señalé la puerta y levanté las cejas, invitándola a tomar el aire. Movió la cabeza en un gesto afirmativo.

—Voy fuera con ella. —Le devolví el vaso a Martín.

—Vale, preciosa.

Iba a agarrar la mano que Alba me tendía cuando Raquel se acercó a los chicos y agitó sus brazos en el aire para exigirles que se pusieran a bailar. Al instante, empezaron a hacer círculos con sus cubatas, a la vez que movían el cuello al ritmo de la canción, perfectamente sincronizados, como si hubieran ensayado en casa aquella ridícula coreografía. No pude evitar reírme.

Raquel puso los ojos en blanco y volvió con los demás. Yo me sujeté a Alba con fuerza y me santigüé con la otra mano, rezando para no perdernos al cruzar la marabunta que saltaba poseída al grito de *¡Chiquilla!*

Tras cinco pisotones, cuatro codazos y dos copas derramadas por encima, salimos a la

terraza. Al igual que los bares de alrededor, ese *pub* tenía una zona exterior menos masificada en la que podías sentarte a charlar y la temperatura era más fresca o, al menos, no competía en la misma liga que el fuego del Infierno.

Encontramos una mesa libre. Alba apoyó el vaso y escurrió su vestido.

—Menos mal que no está Sofía. Siempre dice que soy un desastre.

—¿Vuelve el sábado que viene?

—El domingo. Tengo muchas ganas de verla. —Alba sacó un paquete de tabaco del bolso y me ofreció.

—No, gracias. —Lo rechacé con la mano—. Martín y yo lo hemos dejado.

—Guau, qué fuerza de voluntad. —Encendió su cigarrillo—. ¿Lleváis mucho sin fumar?

—Desde ayer —respondí—, y ya hemos discutido tres veces.

Nos reímos. Guardó el mechero dentro del paquete. Estaba a punto de meterlo en el bolso cuando un tío de unos veintitantos se nos acercó.

—¿Me das fuego?

Alba le pasó el encendedor. Aunque lo sostenía con la punta de los dedos, él le rozó la mano al cogerlo. Mi amiga apretó los labios, incómoda. Supuse que esperaba que se marchase tras encender el cigarro, pero aquel tipo no parecía estar por la labor.

—Gracias, morena. —Dejó la copa en la mesa y la observó con atención, dando una larga calada—. Eres muy guapa, ¿lo sabías?

—¿Me lo devuelves, por favor? —Alba extendió la mano.

—Vaya, ¡qué carácter! —se rio mientras le acariciaba la palma con el mechero. Mi amiga lo agarró y lo guardó en el bolso, junto al tabaco—. Así no vas a encontrar novio.

—Ya tengo pareja —le cortó, visiblemente molesta.

—Y tú, rubita —el tipo se volvió hacia mí—, ¿también tienes pareja?

Mi amiga puso los ojos en blanco, cogió la copa y se levantó de la silla para volver dentro del *pub*. Coloqué mi mano en su brazo para detenerla.

—Sí. De hecho, soy su novia, así que ya te puedes ir. —Chasqueé los dedos en el aire. Por el rabillo del ojo, vi que Alba levantaba las cejas.

—No tenéis pinta de lesbianas, vosotras dos —contestó, vacilón, señalándonos con el dedo —. A mí no me la dais.

No sabría decir si me lo tomé como una provocación o si solo tenía ganas de que aquel gilipollas se marchase de allí, pero me molestó tanto que me giré hacia mi amiga y le di un pico en los labios.

—¿Ahora nos crees?

—Rubita, si solo le has dado un piquito en…

En ese momento, supuse que por las mismas razones que yo, Alba tiró el cigarro, colocó su mano detrás de mi cabeza y se acercó a besarme. Mordisqueó mis labios con suavidad.

—Vale, ahora ya me lo empiezo a creer —añadió con voz socarrona.

Sentí su lengua y la rocé con la mía. Tal vez fuera el alcohol, que me hizo desinhibirme, pero nunca había besado a una chica y no me estaba disgustando. Acarició mi mejilla con el pulgar. Suspiré en su boca.

—¿Blanca?

Nos separamos de golpe al escuchar a Martín. Ruborizada, miré a Alba, que desvió la vista y apuró su cubata de un trago.

—¿Y este quién es? —preguntó el tipo del cigarro.

—Soy su novio, ¿tienes algún problema? —le contestó, gallito, y me pasó un brazo por los

hombros.

—No, tío, ninguno. —Se puso en pie con las manos en alto—. Sabía que eran muy guapas para ser lesbianas.

Soltó una risita, se dio media vuelta y se fue.

—Puto imbécil —murmuró Alba, enfadada, y se encendió otro cigarro. Yo me cubrí las mejillas, en las que sentía muchísimo calor.

—¿Me he perdido algo? —Martín nos miró a Alba y a mí de manera alternativa.

—No hacía falta que vinieras a salvarnos —resoplé, e intenté quitarle importancia a la situación—. Solo le hacíamos creer que éramos pareja para que nos dejase tranquilas.

—Joder —dijo Santi, que estaba a su lado—, ¡pues me lo he creído hasta yo! Vaya escenita más guapa. —Se giró a su novia—. ¿Tú no le quieres dar un besito, cariño? Porque a mí me encantaría verlo.

—No seas capullo. —Raquel le golpeó el brazo y él fingió dolor con una mueca.

—Cambiamos de garito. ¿Vamos al CBC? —sugirió David, que tomó de la mano a Vega.

Nos pusimos en marcha. Martín rodeó mi cintura y me atrajo hacia su cuerpo.

—Ese beso ha sido tan *sexy*… —me susurró.

—Sois todos unos salidos —contesté, burlona.

Alba, que caminaba delante, nos miró de reojo. Forcé una sonrisa, algo aturdida por aquella sensación: besarla había sido raro, pero también agradable, y aún trataba de asimilarlo.

La carcajada que soltó Vega me sacó de mis pensamientos.

—¡Ay, Katy Perry! Verás que risa cuando se entere Sofía.

—¿Katy Perry? —preguntó Martín, y yo me encogí de hombros, como si no tuviese ni idea de lo que quería decir.

El CBC estaba hasta arriba de gente, como La Escollera, Sausalito, Penélope, y el resto de los *pubs* de la calle. Acabamos en la cola del Voy Voy, una de las discotecas míticas de la playa de San Juan, en el que sería su último verano antes de que la derribaran para construir apartamentos.

—Mierda, están pidiendo el carnet —murmuré al ver al segurata en la puerta.

—Ponte a este lado. —Martín intercambió su sitio conmigo—. Si se lo enseñas desde ahí, no se va a fijar. —Al sacar el DNI, se le cayó un preservativo de la cartera. Levanté una ceja—. Por si acaso, que nunca se sabe. —Me guiñó un ojo y se agachó a recogerlo.

—Comprueba la fecha, que lo mismo se te ha caducado —dijo Santi, detrás de nosotros.

—No, chaval, esas cosas solo te pasan a ti —respondió Martín.

Se nos escapó la risa. Todos recordábamos esa vez que Santi se hizo el chulito al enseñarnos el condón que guardaba con las tarjetas y a Vega se le ocurrió mirar la fecha de caducidad.

—Solo eran unos meses —farfulló.

—Treinta y seis meses, para ser exactos —puntualizó mi amiga—. No sé desde cuándo lo llevabas, pero podrías haberlo tirado a la basura en mayo de 1994. —Volvimos a reírnos.

La cola avanzó deprisa. Le enseñamos los carnets al portero, que asintió distraído y nos dejó pasar. Martín me sonrió con complicidad y guardó la cartera en el bolsillo del pantalón.

Fuimos directos a la zona de la piscina, donde había más sitio para bailar. Sonaba *Samba de Janeiro* e hicimos un corrillo para abrirnos hueco entre la gente.

—¡Me encanta esta canción! —gritó Vega.

Levantó las manos y se meneó al compás. Enseguida se le unió Raquel y, poco a poco, el resto del grupo. Bailoteamos todos juntos, inventando pasos de samba sobre la marcha.

Alba parecía evitarme desde que nos habíamos dado el beso. En un par de ocasiones intenté acercarme a ella, pero se alejaba de mí con sutileza.

Por el contrario, Martín no se despegaba de mi espalda, más cariñoso que nunca.

—Voy a pedir una copa —avisé a mi chico al verla sola en la barra.

—¿Voy contigo? —Me besó el cuello con suavidad.

—No hace falta. —Retiré su mano de mi cintura, le di un pico y me escabullí antes de que insistiera en acompañarme.

Llegué a la barra y saludé a mi amiga con una sonrisa. Al percatarse de que era yo, fijó la vista en el cubata que le servían.

—¿Te pasa algo? —pregunté, extrañada.

Negó con la cabeza sin ni siquiera mirarme. Le iba a decir algo más, pero nos interrumpió la camarera.

—Son cuatrocientas pesetas.

Alba sonrió y le entregó cuatro monedas de cien. Se bebió el culín de refresco que quedaba en la botella, agarró su copa y volvió con los demás.

La seguí con la mirada. Había actuado por impulso delante de aquel imbécil, pero no me esperaba que Alba reaccionase así. Me costaba entender por qué había dejado de hablarme y bastantes sensaciones raras tenía ya en el estómago como para añadirle la culpabilidad. En el fondo, solo había sido un beso sin importancia…, ¿o no?

—¿Has pedido ya? —Vega apareció a mi lado. Sin darme tiempo a contestar, levantó la mano y llamó a la camarera—. ¿*Whisky* con limón?

Asentí. Mientras ella pedía, yo eché un vistazo alrededor. Era innegable que esa discoteca había vivido tiempos mejores: la terraza estaba algo desvencijada y la decoración resultaba un poco antigua incluso para 1997, pero era genial tomarse un cubata en uno de los locales más emblemáticos.

—¿Habías estado aquí antes? —le pregunté a mi amiga.

—Una vez, con Rubén —sonrió al evocar el recuerdo—. Había una fiesta de Ballantine's, de esas que te daban un rasca por cada copa, y estábamos empeñados en conseguir el *discman.* No nos tocó, pero acabamos con tres gafas de sol, dos llaveros, una camiseta y un montón de barritas luminosas colgadas por todas partes. —Soltó una carcajada—. Y un pedo de campeonato, por supuesto.

La camarera llegó con nuestras bebidas. Al devolvernos el cambio, nos dio también unas tarjetitas.

—Hoy hay fiesta Ballantine's —explicó—. Allí, la azafata os entregará el regalo que os haya tocado. —Señaló hacia un lateral, en el que se agolpaban varias personas en torno a una mesita. Después sacó unos tubos de plástico de una caja bajo la barra—. Y estos tubitos son fluorescentes. Los tenéis que doblar hasta que hagan clic, y empezarán a brillar. Os los podéis colgar del cuello con las cintas. —Nos tendió uno a cada una.

—Gracias —contesté, porque Vega se había quedado muda. La camarera se marchó a atender a unos chicos que la llamaban desde el otro lado. Miré a mi amiga, que tenía la vista fija en el tubito—. ¿Estás bien?

—Claro, es hoy… —Vega lo dobló por la mitad, hasta que sonó un chasquido y el líquido se volvió fosforescente. Se lo colgó del cuello y me miró, divertida—. Vamos.

Agarró la copa con una mano, mi brazo con la otra y tiró de mí. Cogí al vuelo mi *whisky* y la seguí hasta la esquina. Cuando estábamos a menos de un metro, se detuvo con brusquedad.

Enfrente de nosotras, con el cuello y los brazos cubiertos de barritas luminiscentes, Rubén y Dafne se reían porque les acababa de tocar otro llavero.

—Te lo cambio todo por el *discman* —le propuso Rubén a la azafata, y colocó sobre la

mesita los regalos que habían conseguido hasta el momento—. Y los chismes estos que brillan, también.

—Lo siento, pero no puedo. —La chica se encogió de hombros.

—Nos falta una más, amor. —Dafne le dio unas palmaditas en la espalda—. Esta vez seguro seguro que lo conseguimos.

—Toma. —Vega me tendió su tarjeta—. Yo paso de esta mierda de juego.

Estaba a punto de darse media vuelta para regresar con los demás, pero Rubén se giró y reparó en nosotras.

—¡Hola, chicas! —Recogió sus bártulos de la mesita—. Pasad, que nosotros vamos a pedir otra copa. —Agarró a Dafne de la mano y se marcharon hacia la barra sin dejar de reír.

Miré a Vega, que exhaló con fuerza y le dio un buen sorbo a su *whisky*. Apreté los labios, me sentía fatal por ella.

—¿Qué os ha tocado? —preguntó la azafata, y nos hizo dar un respingo.

—No sé, aún no nos ha dado tiempo de rascar —me excusé.

Le entregué las tarjetitas. Cogió una moneda y la frotó por encima de la zona plateada.

—Unas gafas de sol por aquí. —Me pasó una fundita con el logo de la marca y rascó la otra —. Y para ti… ¡Anda, que suerte!

Nos enseñó la tarjeta: se leía «Discman» en mayúsculas. Mientras la chica se agachaba a cogerlo, Vega y yo nos miramos asombradas, porque no dábamos crédito.

—Confirmado, el universo se parte el culo conmigo —masculló mi amiga, y apuró su copa de un trago.

El resto de la noche se nos pasó enseguida. Cuando nos quisimos dar cuenta, eran las cinco y media de la mañana y el *trenet* estaba a punto de pasar. Salimos de la discoteca, abriéndonos paso entre la gente, y echamos a correr hacia el apeadero. Martín me tendió la mano. Me agarré a él en un intento por no tropezar con mis sandalias de plataforma.

Llegamos a la parada de Palmeral al mismo tiempo que el tren. Le dijimos adiós a David, que pasaba los meses de verano en su apartamento de la playa, y nos subimos al vagón.

—Mañana te llamo, nena. —Le mandó un beso a Vega desde el andén. Después se dirigió a Martín—: Acompáñala a casa.

Mi novio levantó el pulgar y las puertas se cerraron con un pitido.

Encontramos sitio al fondo, porque a nadie parecían gustarle los asientos encarados. Nos acomodamos en un lado, frente a Raquel y Santi. Vega se sentó con Alba en el otro.

En cuanto el tren arrancó, Santi empezó a roncar. Raquel le dio unos golpecitos para que cerrase la boca y se recostó contra él.

—¿Puedo? —me preguntó Martín, que apoyó la cabeza en mi hombro.

—Claro, cariño.

Le hice una caricia en el pelo y paseé la mirada por el vagón. En las paredes, los horarios y el mapa de estaciones. También algunos carteles con ilustraciones del Trensnochador, el servicio nocturno de ferrocarril en los meses de verano.

Vega tenía la vista clavada en el *discman*. Al percatarse de que la observaba, levantó la cabeza y se encogió de hombros.

—¡Parece que al fondo hay sitio! —Aquella voz nos resultó conocida y las dos nos giramos al mismo tiempo.

Por el pasillo se acercaba Rubén, que tiraba de la mano de Dafne. Al llegar junto a nosotras, nos saludaron en voz baja para no despertar a los demás y ocuparon los dos asientos libres

enfrente de Vega.

Dafne bostezó. Con los ojos cerrados, se acurrucó contra su chico. Mi amiga apretó los labios y desvió la mirada. Nos quedamos callados, escuchando el traqueteo del tren.

—¿Te ha tocado el *discman*? —susurró Rubén al cabo de un rato. Vega asintió—. Qué suerte.

—Toma, para ti. —Mi amiga le tendió la caja—. Para que recuerdes esta noche.

Rubén le sonrió, sorprendido. Se quitó las gafas de sol, que llevaba colocadas en la cabeza, y se las entregó.

—Para que te acuerdes tú también.

—Gracias. —Vega sonrió con tristeza.

Y antes de que pudiera añadir nada más, el *trenet* se detuvo en la última parada y todos se pusieron en pie para desperezarse.

Tras dejar a mi amiga en su casa, Martín me acompañó a la mía. Llegamos a mi portal casi a las siete de la mañana y comenzaba a amanecer.

Se apoyó en la pared, junto a los telefonillos, y tiró de mí para que me acercase. Le rodeé el cuello con los brazos.

—No paro de pensar en ese beso con Alba —susurró en mi oído y me estrechó contra su cuerpo. Me reí al notar su erección.

—Eres un guarro.

—Y tú, la novia más *sexy* del mundo. —Retiró el pelo que me caía sobre un hombro y mordisqueó mi cuello con suavidad.

Se me erizó la piel. Cerré los ojos y ladeé la cabeza, disfrutando del calor de sus labios. Me encantaba que me besara en aquella zona. Martín lo sabía y aprovechaba mi debilidad.

Le acaricié la nuca con delicadeza. Buscó mi boca con la suya y me agarró del trasero con ambas manos. Me apretujé contra él. Empecé a rozarme despacio, hasta que me di cuenta de que estábamos en la calle.

—Para, para —resoplé, con la frente apoyada en su hombro—. No tenemos tiempo para gastar lo que llevas en la cartera.

—Lo sé, Blanca. —Martín se recostó en la pared y exhaló con fuerza—. Pero me vuelves loco, no lo puedo evitar.

Permanecimos abrazados mientras recuperábamos el aliento. Al mirar el reloj, me separé de un brinco.

—Tengo que subir, que como se despierte mi madre, me mata. —Saqué las llaves del bolso y busqué la del portal.

—Es el cumpleaños de mi padre —me recordó—. Vienes a comer, ¿verdad? Estará también Ana.

—Sí, ¿a las dos? —Martín asintió. Abrí la puerta y nos dimos un pico—. Hasta dentro de un rato, cariño.

—Hasta luego, preciosa. —Se despidió con un guiño—. A ver si sueño con vuestro beso, que no dejo de pensar en él.

Puse los ojos en blanco y subí corriendo a casa.

Por otros motivos, yo tampoco me lo quitaba de la cabeza.

CAPÍTULO 5
A POR EL PAN

Domingo, 6 de julio de 1997

Ahogué un bostezo al llamar al timbre. Había dormido fatal; a lo sumo, dos o tres horas. Cada vez que estaba a punto de coger el sueño, el beso de Alba invadía mi cabeza.

Me chocaba que hubiera sido tan suave, mucho más delicado que besar a un chico. En el momento incluso lo había disfrutado, pero, en cuanto se me pasó el efecto del alcohol, me moría de vergüenza al acordarme. «¿En qué cojones pensabas, Blanca?». Había actuado por impulso y tenía la sensación de haber metido la pata: por la reacción de mi amiga, lo que parecía un beso inocente quizá había tenido más importancia de la que yo le había dado en un principio.

Se escucharon pasos en el interior. Esperaba que fuera Martín, pero me abrió la puerta Rober. Por la cara que puso, me figuré que él también había pensado que era Ana. Nos miramos, un poco cortados.

—¿No está tu hermano?

—Ha ido a por el pan, viene enseguida.

Se apartó un poco, dejándome espacio para entrar. Me asomé al interior para comprobar que sus padres no estaban en el pasillo. Después de nuestra charla de unos días antes, me había quedado preocupada por él.

—¿Cómo va… todo? —le pregunté.

—Bien. —Fijó la vista en el suelo y se encogió de hombros—. Con mucho trabajo esta semana y a tope con los preparativos de la boda.

—Si en algún momento necesitas tomar un café para desahogarte, sabes que puedes contar conmigo.

Rober levantó la mirada y me devolvió la sonrisa.

—Gracias, Blanca, lo tendré en cuenta.

Hizo un gesto para que entrase. Estaba a punto de pasar cuando alguien me rodeó la cintura y me abrazó por la espalda.

—Hola, preciosidad —susurró Martín en mi oído. Al girar la cabeza, me dio un beso muy efusivo, como si lleváramos días sin vernos.

—Ya están morreándose, para variar —escuché que se reía Rober.

Me separé de golpe, sonrojada, porque creí que hablaba con sus padres, pero se lo decía a Ana, que llegaba en ese momento.

—Nene, déjalos —le contestó ella, que se acercó a darle un pico—. Son jóvenes, se quieren…, es lo normal. Lo que pasa es que tú eres un despegado.

—A Blanca le tocó el Giner sobón y a ti, el huraño. —Rober le guiñó un ojo.

Ana soltó una carcajada que me hizo sonreír. Tenía una risa contagiosa y su carácter extrovertido complementaba al de mi cuñado, más reservado y formal. Además, era una chica muy guapa, morena, con la melena rizada y los ojos verdes, que casi siempre estaba de buen humor. De esas personas tan vivas de las que era imposible no enamorarse.

—¡Martín, Gema al teléfono! —Su madre se asomó desde el salón.

—¡Voy! —Dejó el pan en la cocina y corrió a contestar.

—¿Quién es Gema? —le pregunté a Rober.

—Es una chica del pueblo —me explicó—. La conocemos de toda la vida porque vive en la misma calle que nosotros, un par de puertas más allá. Mi hermano y ella eran íntimos.

Saludamos a su madre, que volvía hacia la cocina después de poner la mesa, y pasamos al salón. Miré de reojo a Martín, preguntándome por qué nunca me había hablado de Gema. Sentado en el brazo del sofá, sujetaba el auricular con una mano mientras garabateaba en el bloc de la mesita. Debía de estar contándole algo muy gracioso, porque no paraba de reírse.

—Anda, si habéis llegado las dos a la vez. —Su padre se levantó del sillón y se acercó a nosotras.

—¡Muchas felicidades! ¿Cuántos cumples? —Extendí los brazos para entregarle una enorme caja de bombones. Ambos compartíamos adicción al chocolate.

—Cuarenta y ocho caen ya. Soy un viejo.

—¿Qué dices? ¡Si estás hecho un chaval! —Ana le dio un abrazo—. Toma, creo que Blanca y yo hemos coincidido en el regalo. ¿Por qué será?

Solté una risita. En ese momento, mi suegra volvió con los aperitivos y nos pidió que nos sentásemos a comer. Le hizo una seña a Martín, que se despidió de Gema y se acercó a la mesa.

—¿Qué te ha contado tu amor?

—Mamá… —le reprendió, señalándome con la cabeza.

—¿Tu amor? —Intenté que sonara casual, aunque ya estaba algo mosqueada.

—Ay, Blanca, hija, perdóname —se excusó mi suegra—. No te lo tomes a mal. La empezamos a llamar así de pequeñitos, porque decían que eran novios y que iban a casarse…

—Gema es solo una amiga —la cortó Martín.

Entorné los ojos al mirarlo. Me moría de curiosidad por averiguar algo más de ella, pero no era plan interrogarlo con su familia delante. Ya encontraría el momento.

—¿Y qué quería tu amiga? —Le pasé el plato de embutido.

—A nuestra peña le toca organizar este año la barra para la verbena. Mañana por la tarde harán una reunión. —Se metió en la boca un par de lonchas de lomo.

—¿La verbena del pueblo? —preguntó Ana. Martín asintió—. Las fiestas son geniales, lástima que este año me las vaya a perder.

—¿Y eso? —indagó mi suegra.

—Ese fin de semana, mis amigas me han organizado la despedida de soltera en Benidorm. —Puso cara de pena.

—Bueno, hija, ya irás otro año. —Cortó un trozo de pan—. Cuando estéis casados, te vas a hartar.

—¿Puede venir Blanca para fiestas? —le preguntó Martín a su madre.

—Claro; si sus padres la dejan, nosotros encantados.

—¿Cuándo son? —Me serví un poco de agua.

—A principios de septiembre —contestó Martín—. ¿Vendrás?

—Sí, no creo que haya problema —sonreí.

—De todas maneras, si quieres que hablemos con tus padres, avísanos —insistió ella. Le di las gracias.

Al terminar de comer, después de la Comtessa, en la que el cumpleañero sopló las velas, mi suegra empezó a recoger. Ana la siguió enseguida. Antes de levantarme para ayudar, le di una patada a Martín por debajo de la mesa.

—Tú, colabora —susurré.

Se puso en pie rechistando, pero llevó los platos sucios a la pila. Su madre lo observaba atónita.

Pasamos la tarde en el sofá: comimos bombones y vimos películas de sobremesa de Antena 3 hasta que, sobre las siete, mi suegra se levantó del sillón y llevó a la cocina las cajas vacías.

—¿Vais a salir? —preguntó Rober.

—Vamos al cine de verano —contestó su padre, que se ponía en pie—. ¿Queréis venir con nosotros?

—¿Qué película echan?

—*Una jaula de grillos.* —Su madre se asomó al salón. Hizo una seña a su marido para que fuera a cambiarse—. Es de risa, de unos que son mariquitas y tienen un hijo que se va a casar…

Rober se removió en su sitio al oír esa palabra, aunque a los demás les pasó desapercibido.

—¿Vamos con ellos? —le propuso Ana—. Mi hermana la ha visto y dice que está muy bien.

—Creo que no es de mi rollo, no sé si me va a gustar. —Mi cuñado frunció el ceño.

—No seas homófobo, cariño. —Ana puso los ojos en blanco.

—Mejor te invito a un helado. —Le dio una palmadita en la rodilla y se puso en pie—. O a ver otra película, la que tú quieras.

—Vale, pero que sea de amor —le contestó ella, que se levantó a coger el bolso—. Ni se te ocurra meterme en la sala de *Men In Black* o alguna de esas para tíos.

—Sin problema. —Rober alzó las manos para indicarle que no tenía ninguna objeción.

Cuando todos se marcharon, Martín se puso cariñoso en el sofá.

—Nos han dejado solos —me susurró entre besito y besito por el cuello—. ¿Te apetece que veamos una peli en mi habitación?

—Primero cuéntame quién es Gema. —Me eché hacia atrás.

Se quedó besando el aire. Abrió los ojos, desconcertado, y tardó unos segundos en reaccionar.

—A mi madre ya le vale. —Soltó una carcajada—. Esta se la guardo.

Al día siguiente, por la tarde, aproveché que Martín tenía esa reunión para ir a visitar a mis abuelos. Me maravillaba poder acercarme a verlos o descolgar el teléfono y escucharlos al otro lado. Aunque solo fuera por volverlos a abrazar, el viaje en el tiempo había merecido la pena.

Pasé por la joyería cercana al parque de Canalejas y me detuve a comprobar si aquella pulserita todavía estaba en el escaparate. La habían cambiado a otra vitrina y tardé unos segundos en localizarla, pero seguía allí. «¡Y encima la han rebajado casi quinientas pesetas!».

—¿Blanca?

Me tocaron el hombro y me sobresalté. Al darme la vuelta, descubrí a mi cuñado, vestido de traje, con la chaqueta bajo el brazo y un maletín en la mano, como si viniera de trabajar.

—¿Rober? ¡Qué susto me has dado! —Me llevé la mano al pecho.

—Perdona, te he llamado dos veces, pero estabas ensimismada.

—¿Ves esa pulsera? —La señalé en el cristal—. Me gustó el otro día y hoy no la encontraba. Creía que la habían vendido.

—Es muy bonita.

—Espero que aguante unas semanitas más, hasta mi cumpleaños. —Sonreí—. ¿Vas a algún sitio?

—He quedado aquí cerca, pero llego demasiado pronto. —Miró el reloj—. Cuarenta y cinco minutos antes. ¿Te apetece tomar algo?

—Sí, genial.

Entramos en un bar cercano y pedimos un par de cervezas. Mientras esperábamos a que nos las sirvieran, se hizo un silencio incómodo entre ambos, supuse que porque ninguno sabía muy bien de qué hablar. Rober metió las manos en los bolsillos y se miró los zapatos.

—El sábado besé a una chica —solté sin pensar.

Levantó la cabeza, desconcertado. Antes de que pudiera responder, el camarero dejó las cañas en la barra. Mi cuñado cogió la suya y se la bebió casi entera de un solo trago.

—¿Y bien? —preguntó al final.

—No me disgustó.

—Pero ¿te gustó? —Levantó las cejas.

—Supongo que sí, porque besar mola. —Bebí—. Pero no es lo mismo que besar a un chico.

—Ya, sé lo que quieres decir. —Esbozó una sonrisa tímida.

—¿A ti te pasó igual?

Lo observé, curiosa. Durante un par de segundos, me sostuvo la mirada. Luego apretó los labios y se giró hacia la barra.

—Supongo que a mí me pasó al revés. —Apuró su caña y llamó al camarero. Antes de pedir otra ronda, señaló mi vaso. Negué con la cabeza—. Solo una más, y cóbrate. —Dejó un billete de mil sobre la barra.

—¿Hace mucho que lo conoces? —le pregunté.

—¿A Eloy? —confirmó.

Asentí, y di otro trago a mi cerveza. El camarero regresó con la de Rober, que recogió el cambio, dejó cinco duros de propina y me hizo una seña para que nos sentásemos en una mesa. Agarré mi vaso y lo seguí.

—Lo conocí en la facultad. —Dejó su caña en la mesa, junto al maletín, y extendió la chaqueta en el respaldo antes de sentarse—. Enseguida congeniamos y nos hicimos amigos, aunque era una amistad un poco… distinta.

—¿Qué quieres decir? —Tomé asiento a su lado.

—No me trataba como al resto y supongo que yo a él tampoco. Con mis colegas jugaba al fútbol o salía de copas, y siempre acabábamos hablando de tías. Sin embargo, con Eloy… —Desvió la mirada y sonrió—. Charlábamos sobre un montón de temas y nos reíamos muchísimo. Imagino que ya me atraía, aunque me haya costado años entenderlo.

—¿Nunca ocurrió nada entre vosotros?

Rober negó, con la vista fija en la pared, y se quedó en silencio. Por un momento, temí que se hubiera arrepentido de aquel arranque de sinceridad, pero exhaló con fuerza y continuó hablando.

—Poco después conocí a Ana y empezamos a salir. Eloy y yo nos distanciamos, aunque seguíamos quedando para estudiar juntos. Ahora, pese a que trabajamos en despachos diferentes, solemos colaborar si nos surge algún asunto gordo o precisamos ayuda. Siempre lo llamo cuando me hace falta un experto mercantil. —Dio un trago a su cerveza—. Pero lo del otro día…

—El beso —dije en voz baja.

—Era la primera vez que pasaba. Hacía tiempo que no nos veíamos, le conté que me iba a casar y, no sé por qué, lo hice. Supongo que necesitaba comprobar si él sentía lo mismo.

—¿Y? —Intrigada, me incliné hacia delante.

Rober soltó una carcajada y se giró hacia mí.

—Y entró mi cuñadita y nos pilló.

Me tapé la cara con las dos manos, avergonzada, mientras él no dejaba de reírse.

—Espero que, al menos, no se enfadase contigo.

—No, tranquila. —Consultó la hora, se terminó la caña y se puso en pie—. Me parece que las dos cervezas me están haciendo efecto y todavía tenemos mucho trabajo por delante.

—¿Has quedado con Eloy? —Me levanté de la silla.

Rober asintió. Dobló la chaqueta sobre su brazo y agarró el maletín.

—Vamos. —Hizo un gesto para que pasara yo primero.

Al salir a la calle, nos dimos de bruces con Martín, que abrió los ojos como platos al vernos juntos.

—Hola, cariño. —Le di un beso en los labios—. Pensaba que estarías en la reunión.

—He llamado a tu casa al volver del pueblo y tu madre me ha dicho que ibas a visitar a tus abuelos. Me he acercado por si te veía. —Me rodeó la cintura con el brazo—. ¿Y vosotros?

—Nos hemos encontrado en la calle por casualidad y me ha invitado a una cerveza —Me encogí de hombros. Martín nos miró con suspicacia.

—Bueno, chicos, yo me tengo que ir. —Rober se acercó a darme dos besos—. Blanca, gracias por la compañía. A ti te veo en casa, chaval. —Le revolvió el pelo.

—Hasta luego, Rober —me despedí.

Me guiñó un ojo y se dio la vuelta.

—Qué bien te llevas con mi hermano, ¿no? —comentó Martín. Señaló con la barbilla al otro lado de la calle, donde estaba aparcada la moto.

Percibí el recelo en su voz. Antes de que me preguntase de qué habíamos hablado, lancé el contraataque.

—Y tú, ¿qué tal con tu amor? —pronuncié las dos últimas palabras con retintín y solté una risita.

—¿Estás celosa? —Enarcó una ceja—. Ya te conté ayer que era solo una amiga.

Intentó hacerme cosquillas, pero me liberé entre risas.

—¡Ibas a casarte con ella!

—¡Por Dios, Blanca! Tenía cinco años… —Miró al cielo, fingiendo desesperación.

Me acerqué como si fuera a besarlo. Martín se inclinó sobre mí. En el último momento, eché la cabeza hacia atrás.

—Excusitas —susurré.

Y antes de que pudiera reaccionar, corrí hacia su moto mientras él me perseguía.

CAPÍTULO 6
REESCRIBIENDO LOS RECUERDOS

Martes, 15 de julio de 1997

Me coloqué boca arriba en la toalla, miré la hora y me ajusté las gafas de sol. Mis amigas y yo pasábamos la tarde vagueando en la piscina de Sofía, porque, literalmente, no teníamos nada mejor que hacer.

—Joder, esto sí que es vida. —Levanté los brazos por encima de la cabeza y me arqueé como un gato—. Me parece increíble no tener que currar en verano.

—Recuerdo cuando tenía que hacer un *Tetris* para que me cundieran los veintidós días laborables —dijo a mi lado Vega—. ¡Y fíjate ahora! Llevamos de vacaciones casi un mes y todavía quedan dos más hasta que empiecen las clases.

—Y unos cuantos años en la universidad —me reí—. La vida en los noventa es maravillosa…

—¿Qué pasa con Alba? —nos interrumpió Sofía.

Nos pilló tan de sorpresa que nos quedamos en silencio, sin entender qué quería decir.

—¿Cómo? —pregunté al final.

—La noto muy rara desde que he vuelto de Irlanda —explicó mi amiga—. Está demasiado cariñosa y, si le pregunto qué tal estos días, evita contestarme. Le he pedido que se viniese esta tarde con nosotras, pero me ha puesto una excusa muy poco convincente y ha dicho que ya nos veríamos mañana. —Miré con disimulo a Vega, que dejó escapar una risita. Escamada, Sofía se quitó las gafas—. Vale, chicas, empezad a contarme.

Arqueé las cejas, como si no supiera de qué hablaba, Vega silbó la melodía de *I Kissed a Girl*, de Katy Perry, y la mirada inquisitiva de Sofía me atravesó. Solté un resoplido.

—Hace un par de sábados nos pasó una cosa, pero es una tontería. —Me senté con las piernas cruzadas y coloqué las gafas de sol sobre mi cabeza—. Alba y yo estábamos en la terraza de un *pub*, se nos acercó el pesadito de turno y le dijimos que éramos pareja para que nos dejase en paz, pero, como no se lo creía, nos besamos para convencerlo. —Sofía torció el gesto y yo me apresuré en añadir—: No me pongas esa cara de doña Dramas, que nosotras tres lo hemos hecho un montón de veces y nunca ha tenido la menor importancia.

Vega volvió a reírse. En la otra dimensión, cuando algún tío nos daba la brasa y nos lo queríamos quitar de encima, esa había sido nuestra táctica habitual.

—¿Os disteis un pico? —quiso confirmar Sofía, más aliviada.

—Bueno, quizás un pelín más largo —respondí.

—¿Más largo?, ¿con lengua? —Apreté los labios y me encogí de hombros—. Joder, Blanca, ya te vale.

—Lo siento, Sofi, igual se nos fue un poco de las manos, pero era para espantar a un gilipollas que estaba agobiando a tu chica. —Volví a ponerme las gafas y me tumbé en la toalla —. Besarla no estuvo mal, pero tengo muy claro que soy hetero.

—De acuerdo, hablaré con Alba. —Sofía desvió la mirada. Arrancó unas briznas de césped y jugueteó con ellas entre los dedos. Soltó una risita—. ¡Vaya cruz tengo con vosotras! Una se enrolla con mi novia y la otra con mi marido…

Aunque sonaba como una broma, al escuchar la palabra «marido», Vega se tensó. Dejó escapar un suspiro, se colocó boca abajo en la toalla y enterró la cara entre sus brazos. Sofía continuó, ajena a su malestar:

—Hace dos años, por estas fechas, David y yo estábamos en Praga con las niñas y ahora te lo estás tirando tú. —Se volvió a reír—. Es surrealista.

—No me lo estoy tirando —contestó Vega sin abrir los ojos—. Aún no nos hemos acostado juntos.

—¿En serio? —Me incorporé, sorprendida—. ¿Y por qué?

—No sé. —Vega se encogió de hombros—. Me gustaría que fuera especial y es difícil encontrar el momento perfecto.

Sofía soltó una carcajada.

—Seguro que David lo hace especial. Ya os he contado que, en nuestra primera vez, llenó la habitación de velitas e incienso. Era precioso, pero…

—Basta ya, Sofi —la cortó Vega, algo mosqueada—, que estás hablando de mi novio.

—Perdona, tía. —Puso los ojos en blanco—. Es que para mí es algo más que tu novio…

—Me parece que no te das cuenta —Vega se incorporó en la toalla y se quitó las gafas—, pero no te estoy guardando el sitio con David hasta que te aburras de Alba y quieras volver a tu vida anterior.

—¿Tú sabes lo que tenemos pendiente en el futuro?

—¡Joder, Sofía! ¿Y tú no te has planteado que la que tenía que haberse casado con él era yo? ¿Que quizá estábamos destinados a estar juntos desde el principio? ¿Y que, por tu culpa, los tres fuimos infelices durante años?

—¿Hablas en serio? —preguntó Sofía, impactada por toda esa rabia.

—Sí, hablo en serio, porque estoy harta. Harta de que me cuentes tus recuerdos con David, de que me des consejos sobre cómo debo tratarlo, y harta de las bromitas de «Vaya amiga que tengo, que se ha liado con mi marido». —Vega se levantó, sulfurada, se puso la camiseta por encima del bikini y recogió la toalla del suelo. Sofía y yo la observábamos, atónitas.

»Mira, precisamente porque soy tu amiga, voy a regalarte la oportunidad de elegir el futuro que quieras. Decidas lo que decidas, lo aceptaré. Si hace falta, me quitaré de en medio para que tú seas feliz. —Remarcó el «tú» señalándola con el dedo—. Pero te lo preguntaré una sola vez y, cuando me respondas, no volveremos a hablar del tema ni de la otra dimensión, ¿entendido?

—No me jodas, Vega —Sofía movió la cabeza hacia ambos lados, como si no pudiera creerlo.

—¿Con quién quieres estar, con Alba o con David?

—Sabes que no es tan fácil, quiero a Alba, pero necesito a mis hijas…

—¿Con quién, Sofía?

—No me hagas esto.

—¿Alba o David?

—No puedo elegir.

Vega soltó un bufido y guardó su toalla en la mochila.

—Si no te decides pronto, al final te quedarás sin ninguno. —Se la colgó al hombro y se largó a toda prisa.

La seguimos con la mirada hasta que salió de la urbanización. Sofía se giró hacia mí, boquiabierta.

—Creo que se ha pasado tres pueblos —dijo con un hilo de voz.

Apreté los labios para no contestar. Las entendía a las dos y no quería tener que tomar partido por ninguna.

—Voy a hablar con ella, luego te llamo y te cuento. —Me puse mis vaqueros cortos, recogí mi toalla y corrí detrás de Vega.

Me costó un buen rato alcanzarla. No solo andaba muy deprisa, sino que aceleraba la marcha cada vez que le pedía a gritos que me esperase.

—¡¿Quieres hacer el favor de pararte?! —Llegué a su lado, la agarré del brazo y tiré con fuerza hasta que se detuvo—. Joder, Vega, ¿qué te pasa? Sé que me estás oyendo desde el final de la calle.

—¿Que qué me pasa? —Se dio la vuelta. Tenía los ojos enrojecidos y las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

Me impactó verla en ese estado porque ella casi nunca lloraba. Dejé la toalla en el suelo y la abracé. Mi amiga se apretujó contra mí y sollozó con fuerza. Le froté la espalda, la mecí despacio hasta que se calmó.

—¿Estás mejor? —La besé en la mejilla.

Vega asintió y se limpió las lágrimas con las manos mientras sorbía fuerte por la nariz. Saqué unos clínex del bolso y se los pasé para que se sonase. Montó tal estruendo, que, por un momento, temí que fuera a desatarse el Apocalipsis.

—Estoy hecha un lío, Blanca. —Caminó hasta un banco cercano, dejó la mochila encima y sacó el paquete de tabaco—. Todas las noches, antes de dormir, pienso en David. Y todas las noches siento que le he robado el marido a mi mejor amiga. —Encendió un cigarrillo y se subió al respaldo—. Y, bueno, no solo el marido, sino también sus recuerdos de la adolescencia. ¿Te acuerdas del corazón de plata que le regaló David en su primer aniversario?

—¿El que tenía una circonita verde? —Me senté a su lado.

—Sí, ese. Le encantaba, lo llevó durante años hasta que lo perdió en aquella manifestación. —Chascó la lengua al recordar el enorme disgusto de Sofía—. Pues mira.

Vega me pasó el cigarro para que se lo sujetase. Tras rebuscar en su mochila, sacó una cajita cuadrada de color rojo. La abrió y tiró de una cadenita: al final del otro extremo, el corazón de plata con la piedra verde.

—¡Joder! —exclamé. Vega lo depositó en la palma de mi mano y yo me acerqué a contemplarlo—. Pero si es como el de Sofía…

—Es exactamente igual. —Lo tomó de mi mano y se lo puso. Luego guardó la cajita en la mochila y recuperó su cigarrillo—. David me lo regaló hace unas semanas, cuando hicimos un año juntos, pero soy incapaz de llevarlo delante de ella, porque estoy segura de que le va a afectar. Y no es solo esto. —Acarició el colgante con los dedos y dio otra calada—. ¿Sabes por qué aún no nos hemos acostado? —Se giró hacia mí. Negué con la cabeza.

»Esa noche, fuimos a su apartamento de la playa a por unas raquetas de tenis… O eso me dijo. Al entrar, me pidió que lo esperase en el recibidor, que volvía enseguida. Pasaron unos

minutos, David no regresaba y, en cuanto olí a incienso, lo supe.

Me llevé la mano a la boca, con los ojos muy abiertos. Yo también lo sabía.

—«Era precioso, pero olía tanto a pachuli que tiraba para atrás» —repetí la frase con la que lo había descrito nuestra amiga hacía veinte años.

—Sofía tenía razón. —Vega sonrió—. Era precioso, toda la habitación estaba llena de velas, y David fue muy tierno conmigo, pero yo no pude hacerlo porque no paraba de pensar en cómo se lo iba a contar a ella. Por eso, cuando empezó a desnudarme, lo detuve con la excusa de que tenía la regla y no iba a ser bonito de recordar. El pobre se sintió fatal por no haberlo previsto.

»Me encanta David, pero tengo la sensación de haberme apropiado de la relación de mi amiga y de que, entretanto, otra persona vive mis recuerdos con Rubén. —Vega miró al cielo—. Y no paro de pensar que, si Sofía tiene a sus hijas en el futuro, significará que él también me ha engañado. O que me ha dejado y he vuelto a acabar sola otra vez.

—¿Preferirías que no nacieran? —pregunté, sorprendida—. Conoces a esas niñas…

—Y las quiero muchísimo, no te equivoques —me interrumpió—. Solo tengo miedo, Blanqui. Me estoy pillando mucho por David y quiero que seamos felices sin fecha de caducidad. —Dio la última calada y tiró la colilla—. Supongo que te ocurre lo mismo.

No supe qué contestar. A decir verdad, cada día estaba más colada por Martín, pero evitaba pensar en el futuro. Daba por hecho que nuestra relación se acabaría en algún momento antes de mi cita con Jorge en La Posada. Y, para eso, aún quedaba casi una década.

—No quiero preocuparme ahora, Vega. Lo que tenga que pasar, acabará pasando.

—Claro, cabrona, como en esta dimensión te va mejor… —Sonrió—. Has tenido suerte.

Levanté los hombros y contemplé las baldosas de la acera. Mi amiga tenía razón. En la otra realidad, la universidad no había sido mi mejor época: había pasado cuatro años, sin pena ni gloria, en una carrera que aborrecía y saliendo con chicos que no me acababan de convencer. No me importaba reescribir esos recuerdos con Martín.

«Pero ¿qué va a pasar con Jorge? —se cuestionó mi voz interna—. ¿Conocerá a alguien especial en Connecticut?». Se me encogió el estómago al imaginarlo preparar el café para otra y llevárselo a la cama después de hacer el amor.

—Ayer me llamó Rubén. —Vega me sacó de mis pensamientos. Tardé un par de segundos en reaccionar.

—¿Y qué quería?

—Nada especial. —Mi amiga se encendió otro cigarrillo—. Saber qué tal me había ido selectividad, si ya tenía elegida la carrera y dónde la iba a estudiar. —Titubeó antes de añadir—: También me preguntó si podíamos vernos algún día.

—Le habrás dicho que no.

—No le he dicho ni que sí ni que no. —Exhaló el humo con la mirada perdida—. Aún no sé lo que voy a hacer.

Saqué del bolso el paquete de chicles, para engañar a las ganas de fumar.

—Tú verás, pero ya sabes cómo acaba esa historia. —Me metí en la boca un par.

—En realidad, no lo sé, Blanqui. —Mi amiga se giró hacia mí—. Sé cómo acabó en la otra dimensión, pero ¿y si en esta es diferente?

—¿Con Rubén? Ya sabes lo que opino. —Mastiqué con fuerza—. David es un buen tío, te quiere mucho y os va genial. No puedes dejarlo para intentar recuperar una relación que no funcionó. No tiene sentido. —Estiré el chicle con la lengua y soplé para llenarlo de aire.

—¿Tú no lo harías por Jorge?

La bomba me explotó en la cara.

—No es lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque no. —Me limpié con un pañuelo los restos de chicle.

Vega me observó unos segundos, como si esperase que añadiera algo más. Al ver que no lo hacía, puso los ojos en blanco.

—Una explicación cojonuda —respondió con ironía.

Resoplé con fuerza.

—Me alegra que ya estés mejor. —Me levanté del respaldo y bajé de un salto al suelo—. Llámame si necesitas hablar.

Vega asintió sin mirarme. Recogí mi toalla del banco y me largué de allí.

CAPÍTULO 7
LA CORBATA PLATEADA

Jueves, 17 de julio de 1997

—¿Cómo vas, Roberto? —Su madre llamó con los nudillos a la puerta del probador.

—Salgo enseguida.

—¡Nos tienes ansiosos por verte! —gritó Ana, sentada a mi lado.

Estábamos en una pequeña sastrería del centro de la ciudad, en la que mi cuñado se probaba el traje de novio. Martín también se iba a comprar el suyo y me había pedido que los acompañase porque quería saber mi opinión.

—¿Estáis preparados? —preguntó Rober desde dentro.

—*Naa, narananá* —Ana tarareó el tema central de la película *Prêt-à-Porter*, y yo la seguí dando palmas—, *narananá, nananá, nananá.*…

—¿Me vais a hacer desfilar? —Abrió la puerta y enarcó una ceja. A su novia se le escapó un silbido.

Llevaba un traje de tres piezas de lana fría, en color gris oscuro, casi negro, que le quedaba como un guante. El chaleco era algo más claro, tirando a plata, de un tejido recio, y la corbata alternaba los dos tonos en rayas muy finas.

Avanzó un par de pasos hacia el enorme espejo que había en la pared. Se desabrochó la chaqueta y metió una mano en el bolsillo del pantalón.

—Nene, ¡qué guapo estás! —Ana lo miró de arriba abajo.

—¿Te gusta? —Rober le sonrió a través de su reflejo—. Me parece que la corbata es un poco oscura —dudó—. ¿Tú qué opinas?

—A mí me encanta… —empezó a decir Ana, pero la interrumpió una musiquita que me resultó tremendamente familiar.

Llevaba más de un año sin escuchar un móvil y tardé unos segundos en reconocer la melodía de Nokia. Era una versión muy primitiva, como si la tocaran con un teclado Casio PT-1.

Rober sacó el teléfono del maletín, que vibraba a mi lado en el suelo, y carraspeó un par de veces antes de contestar.

—¿Hola? —Por cómo se le iluminó la cara, di por hecho que era Eloy—. Sí, estoy en la prueba, pero acabo enseguida… —Asintió con la cabeza—. Vale, ¿pasas por aquí y vamos directos? Es en la calle Bazán.

—¿Con quién habla? —preguntó mi suegra.

—Creo que es un compañero abogado —le contestó Ana—. Llevan una demanda de no sé qué.

Cinco minutos después, Eloy entraba en la tienda. Por el traje azul marino y el pelo engominado parecía venir directo del despacho. Al reconocerme, sonrió con timidez. Le devolví la sonrisa.

—Buenas tardes —nos saludó.

Rober se dio media vuelta; de pie, frente al espejo, terminaban de cogerle los bajos.

—Tardo solo un par de minutos —se excusó, algo nervioso.

—Descuida. —Eloy dejó en el suelo el maletín y metió las manos en los bolsillos del pantalón.

Se hizo un silencio incómodo que mi suegra se apresuró en romper.

—¿Qué tal el trabajo? Soy la madre de Roberto.

—Mamá, a Eloy lo conoces de la carrera, creo que ha estado en casa alguna vez —dijo mi cuñado.

—Ay, perdóname, es que os veo tan mayores que me cuesta reconoceros.

—No se preocupe.

Hablaron del tiempo. Mientras los demás comentaban el calor que había hecho por la noche, me fijé en que Eloy no apartaba los ojos de mi cuñado. Lo observaba con una media sonrisa que intensificó cuando cruzaron la mirada por el espejo.

—Esto ya está —concluyó el sastre, poniéndose en pie—. Voy a por el traje de tu hermano.

Rober repasó su imagen para asegurarse de que todo estaba bien. Eloy se le acercó.

—Te queda espectacular, aunque quizá la corbata es un poco oscura.

—Sí, yo también lo creo. —Coincidió mi cuñado—. ¿Cuál elegirías tú?

—Una en color plata. —Eloy fue a la estantería donde las tenían expuestas y seleccionó una de seda con textura acanalada, en un tono algo más claro que el chaleco. Al regresar, la sostuvo sobre la otra para que viese el efecto—. Esta te da más luz y resalta tu color de ojos. Es la corbata perfecta.

Se miraron el uno al otro y sonrieron. Por un instante, fui testigo de esa complicidad entre los dos. La atracción era evidente, tenían más química de la que nunca le había visto compartir con Ana.

—Me llevo las dos. —Agarró la corbata que Eloy sostenía sobre su pecho y dio un paso atrás —. Voy a cambiarme. —Su amigo guardó las manos en los bolsillos.

El sastre apareció con el traje de Martín y lo colgó en el otro probador.

—Te toca —le dijo a mi novio, que se levantó del sofá.

Un par de minutos después, Rober abrió su puerta y dejó la ropa sobre el mostrador.

—Perfecto, me paso entonces a principios de septiembre —le dijo al sastre. Le hizo una seña con la cabeza a Eloy, que se agachó a por el maletín.

—¿Ya os vais? —le preguntó su madre—. No paras de trabajar.

—Vamos contra reloj. Tenemos que contestar a la demanda por un conflicto societario y mañana es el último día. —Rober se agachó a darle un beso—. No sé a qué hora llegaré.

—Hijo, no he entendido nada de nada, pero eso ha sonado grave.

—No tanto como parece —se rio Eloy—. Pero aún tenemos que preparar bastante documentación.

—Que sea leve. —Ana le dio un pico a Rober—. Hablamos luego.

Mi cuñado asintió. Nos dijeron adiós con la mano y salieron de la tienda.

—Creo que el amigo de Roberto es mariquita —se lamentó mi suegra—. Pobrecillo, con lo

guapo y lo educado que es.

—Yo tengo la misma impresión —le contestó Ana—. Siempre va de punta en blanco y nunca nos ha presentado a ninguna novia. ¿Tú qué opinas, Blanca?

—No lo sé. —Me encogí de hombros y desvié la mirada. En la acera, junto al escaparate, un chico moreno observaba a su alrededor. Parecía que buscaba a alguien. Desde mi posición, no le veía bien la cara, pero me resultó muy familiar, como si lo conociera de antes.

—¿Te queda mucho, cuñado? —Ana dio un par de palmadas para meterle prisa.

Me puse en pie y me asomé al cristal con disimulo. El chico estaba de espaldas. Cuando se dio la vuelta, me quedé sin respiración.

«¿Es… Jorge?».

—¿Qué os parece? —Martín abrió la puerta y mi cuñada soltó un silbido.

—¿Has visto qué elegante está tu novio? —me preguntó su madre.

—Perdonadme un segundo —contesté sin mirar y salí corriendo de la tienda.

Al llegar a la calle, el chico ya no estaba. Me giré a ambos lados, sin saber a dónde se habría dirigido. Aquella zona del centro estaba llena de callejuelas y podría haber ido a cualquier parte.

Mi instinto me llevó a la izquierda. Subí la calle deprisa, hacia la Plaza Nueva. Estaba llena de gente, pero no había ni rastro de Jorge.

—Mierda —murmuré—. Debería haber tomado la otra dirección.

Corrí en sentido contrario, hacia una de las avenidas principales, y crucé la calle sin mirar. Un coche frenó en seco para no atropellarme. Solté un grito.

—¡Pero ¿dónde coño vas?! —me chilló el conductor, asomado a la ventanilla—. ¡¿No me has visto o qué?!

Negué con la cabeza, juntando las palmas de las manos para pedirle perdón. Di un par de pasos atrás y volví a la acera.

«¿Qué haces, Blanca? Persigues a un fantasma —dijo mi vocecita interna, y le di la razón. Por más que aquel chico me pareciese idéntico, la posibilidad de que Jorge hubiera viajado a Alicante era muy remota—. Está en Connecticut —me repetí— y, si quisiera contactar conmigo, habría llamado por teléfono».

Al regresar a la tienda, Martín ya se había cambiado. Su madre pagaba el traje, que habían metido en una bolsa.

—¿Ocurre algo? —me preguntó—. Iba a salir a buscarte.

—Perdona, me ha parecido ver a una amiga que se marchó a vivir fuera hace unos años. ¿Qué tal te queda? —Fruncí el ceño—. No te he visto.

—Vas a tener que esperar hasta el día de la boda. —Se encogió de hombros—. Pero estoy muy guapo, te aviso.

—Doy fe —confirmó Ana con una risita, y lo agarró del brazo—. Porque sé que está pillado, que si no…

Salimos a la calle y su madre nos preguntó si queríamos tomar un helado. Por la cara que puso Martín, di por hecho que no le apetecía mucho.

—Gracias, pero hemos quedado con unos amigos —improvisé.

Nos despedimos de ellas y nos marchamos en dirección contraria, sin tener muy claro a dónde ir.

—¿Vamos al parque? A lo mejor están Santi y Raquel —propuso Martín, y a mí me pareció un buen plan.

De camino hacia allí, pasamos por la joyería en la que tenían esa pulsera tan original. Me detuve un momento y la busqué en el escaparate. Al ver que ya no estaba, resoplé.

—¿Qué pasa, Blanca?

—No encuentro la pulserita que me gustaba.

—Joder. —Martín frunció el ceño—. ¿Preguntamos dentro? A lo mejor solo la han quitado de la vitrina.

El joyero nos confirmó que se había vendido. Hacía un par de días que un chico se la había llevado y ya no les quedaba ninguna otra de ese estilo.

—Qué rabia —me lamenté al salir.

—Dímelo a mí. —Martín chascó la lengua—. Había ahorrado para comprártela, pero aún me faltaban quinientas pelas. Pensaba venir a por ella este finde.

—¡¿De verdad?! —pregunté, emocionada.

—Claro, preciosa. —Me pasó el brazo por los hombros y se rascó la frente—. Ahora no sé qué regalarte para tu cumple.

—Regálame libros, que eso siempre me gusta.

—Hecho —sonrió.

Caminamos por Maisonnave, una de las avenidas comerciales de la ciudad, que estaba llena de gente. Siempre que la recorría me acordaba del año anterior, cuando Jorge había hecho la entrevista para El Corte Inglés, antes de marcharse a Connecticut. Volví a pensar en ese chico tan parecido que estaba frente a la sastrería. «¿Y si es Jorge, que ha venido de vacaciones?».

—¡Mira por dónde vas! —Una señora había chocado conmigo y regresé de golpe a la realidad.

—¿Estás bien? —me preguntó Martín.

Asentí con la cabeza. Al advertir que estábamos en la puerta de Mango, me detuve un momento.

—Voy a por el catálogo, ¿me esperas aquí? Tardo un minuto.

—Vale, pero pilla caramelos.

Entré en la tienda y me dirigí a las cajas. En una de las repisas del mostrador descansaban los catálogos de la nueva temporada. Tomé uno, un par de pegatinas rectangulares —en esta dimensión, aún no tenía la de las letras de color coral con el fondo de purpurina— y un buen puñado de sus caramelos redondos de sabores, los que tenían el logo de la marca en el envoltorio. Como la cajera no miraba, cogí otro puñado más.

Estaba a punto de irme cuando me fijé en una pareja que se probaba gafas de sol. Elegían los modelos más extravagantes y se partían de risa al verse. Enseguida me di cuenta de que el chico era Rubén, pero no iba acompañado de Dafne, sino de otra chica. Se quitó las gafas y reparé en que era Vega.

Me quedé petrificada. La observé mientras se probaba otro par, hasta que cruzamos la mirada por el espejo y la sonrisa se le congeló.

Antes de que pudiera decirme nada, me marché con rapidez. No sabía qué líos se traía mi amiga con Rubén, pero me negaba a ser su cómplice. Ya hablaría con ella más tarde.

Al salir de la tienda, casi me di de bruces con Martín.

—¿De verdad estás bien, Blanca? Hoy te noto un poco distraída.

—Sí, será el calor.

Me encogí de hombros, le di los caramelos y forcé una sonrisa.

Esa noche, al llegar a casa, sonó el teléfono.

—Un momento, que justo acaba de entrar por la puerta. —Mi padre me tendió el auricular y susurró—: Blanca, para ti.

Me lo coloqué en la oreja, lo sujeté con el hombro y estiré del cable para llevármelo al baño.

—¿Diga?

—No es lo que tú te crees —dijo mi amiga a modo de saludo.

—¿Y qué es, entonces? —respondí.

—Nos hemos encontrado de casualidad.

—¿En Mango?

—En Maisonnave.

—Ya, y yo soy tan rubia que me lo creo.

Vega soltó un suspiro larguísimo. Me senté en el suelo sin decir nada y esperé a que me contase la verdad.

—Ayer me preguntó si lo acompañaba a comprar un regalo para su madre y hemos ido a ver gafas de sol.

—¿Y qué más? —Jugueteé con el cable, estirándolo entre los dedos.

—Nada más, Blanqui, te lo prometo —dijo mi amiga, muy seria—. Me he asustado tanto al verte que, después de pagar, he vuelto corriendo a casa. Te he llamado tres veces, pregúntale a tu padre.

Apoyé la espalda en la pared y resoplé con fuerza.

—Vega, por favor, no hagas tonterías. Tienes un novio maravilloso que te quiere un montón, no lo arruines por un gilipollas que…

—Lo sé, Blanca —me cortó—. Soy mayorcita.

Nos quedamos en silencio. A veces, incluso a mí misma se me olvidaba que no éramos exactamente dos chicas de dieciocho; aunque tampoco éramos adultas o, al menos, no todo el tiempo.

—Perdona, Vega, es lo que tiene vivir en una realidad en la que la gente que conozco tiene veinte años menos que la última vez que la vi. Al final me lo acabo creyendo.

La noté sonreír al otro lado.

—Por cierto, Blanqui, dentro de nada es tu cumple. ¿Sabes ya cómo lo vas a celebrar? ¡Espero que sea distinto al de la otra dimensión!

Se me escapó una carcajada al recordarlo.

Aquella vez, lo festejé solo con mis dos amigas. Acababa de cortar con un chaval con el que había estado tres semanas y necesitaba una noche de chicas. En el segundo *pub*, se nos fue tanto la mano con los chupitos que, al salir de allí, ya estábamos borrachas. Al llegar al tercero, me di cuenta de que no llevaba el bolso. Me lo habían robado, o lo había perdido, con el dinero, las llaves y la documentación. Lo buscamos toda la noche; me peleé con todos los porteros de los garitos, que no me dejaban pasar si no les demostraba que era mayor de edad. Y, al volver a casa, a las siete de la mañana, me llevé una buena bronca de mis padres por no haberlos avisado de que alguien iba por ahí con mis llaves y mi dirección del DNI.

—Ni me lo recuerdes —le contesté a mi amiga—. Ahora me río, pero fue el peor cumpleaños de mi vida.

—Me alegro mucho de que vayamos a reescribirlo.

Me despedí de Vega y fui a cambiarme de ropa a mi habitación. Mientras me ponía cómoda, me di cuenta de que solo me quedaban dos semanas para cumplir dieciocho.

Martín ya no iba a poder meterse conmigo.

CAPÍTULO 8
UNA NOVIA DE DIECIOCHO

Domingo, 3 de agosto de 1997

No llevaba reloj, pero sabía que eran exactamente las dos y media de la mañana. Me deslizaba entre la gente camino de la barra, donde Paula se enrollaba con un morenazo cachas que estaba muy bueno. Me senté en un taburete, miré hacia arriba y Vega me hizo señas desde el reservado de la tercera planta. La saludé con la mano.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó la camarera, una chica rubia jovencita a quien no le veía la cara.

—Un *gin tonic* —le contesté. Tras pensarlo mejor, añadí—: Que sean dos, estoy esperando a alguien.

—¿A Jorge? —dijo detrás de mí otra voz—. Pierdes el tiempo.

—¿Por qué?

—Porque no va a venir.

Me desperté de súbito. Mi corazón iba a mil por hora al imaginar que nunca volvería a verlo, pero sentí su cuerpo a mi espalda y me tranquilicé. Con los ojos cerrados, me di la vuelta en la cama, apoyé la cabeza en su pecho y acaricié su abdomen.

—Buenos días, cielo —murmuré con una sonrisa, feliz de que solo hubiera sido un sueño.

—Buenos días, preciosa. —Besó mi pelo—. ¿Quién es Jorge?

Miré hacia arriba. Por un instante, no supe quién era ese chico que estaba tumbado conmigo, hasta que me fijé en el poster de *Pulp Fiction* en la pared y recordé que estaba con Martín en 1997.

La noche anterior habíamos salido de marcha por San Juan para celebrar mi cumpleaños. La fiesta había empezado en la playa, en un botellón multitudinario con todos nuestros amigos del instituto, y luego habíamos bailado en unos cuantos *pubs*, en los que nos hinchamos a brindar con chupitos para celebrar mi mayoría de edad. Acabamos borrachos, pero, por suerte, no perdí el bolso esta vez.

Sobre las seis y media, tras veinte minutos de trayecto en *trenet* y casi una hora a pie hasta casa de Martín, caímos rendidos en su cama. Habíamos dormido juntos, aprovechando que sus padres se habían ido al pueblo, aunque, para los míos, pasaba la noche con Vega.

—¿No me vas a decir quién es Jorge? —insistió.

—¿Cómo? —Me froté los ojos, sin entender por qué Martín me preguntaba por mi novio del

futuro.

—Gritabas ese nombre en sueños —se rio—. Y parecías bastante agobiada. ¿Tengo que ponerme celoso?

—¿Eres celoso? —Sonreí, juguetona. Lo besé en los labios mientras me subía encima de él.

—Superceloso. —Me acarició la espalda por dentro de la camiseta—. Soy el más celoso del mundo. A mi chica que no la toque nadie. —Se incorporó y me hizo rodar en la cama hasta quedar tumbado sobre mí—. Feliz cumpleaños, preciosidad.

—Ya tienes una novia de dieciocho. Te has salido con la tuya.

—Para ser sincero, echaré de menos meterme contigo —sonrió—, aunque también tengo muchas ganas de hacerlo con alguien que tenga la edad legal, para variar.

—¿Ah sí? ¿Crees que va a ser diferente?

—No lo sé. —Presionó con la cadera entre mis piernas y noté lo mucho que le gustaba despertarse conmigo—. Vamos a tener que comprobarlo.

Solté una carcajada. No había echado un polvo en condiciones desde que había viajado en el tiempo. Al principio porque mi cuerpo era virgen y Martín, demasiado inexperto para hacerme disfrutar. Más adelante mejoramos, pero solo éramos dos adolescentes sin coche ni casa propia y siempre lo hacíamos demasiado rápido por miedo a que nos pillasen.

Esa mañana era perfecta, teníamos tiempo, sitio y muchísimas ganas el uno del otro. Podíamos entretenernos cuanto quisiéramos.

Tuve una idea.

—Túmbate —le ordené—. Ahora te vas a acostar con una de dieciocho.

Enarcó las cejas, entre curioso y sorprendido, pero enseguida obedeció. Recorrí su cuerpo con la mirada y le hice un gesto para que se quitase el bóxer, que acabó en el suelo.

—Esto empieza muy bien —murmuró mientras se volvía a recostar.

Sonreí al verlo tan excitado. Me senté a horcajadas sobre sus muslos: sus manos se colaron bajo mi camiseta y me acariciaron con avidez. Al inclinarme a besarlo, se le escapó un gemido en mi boca.

—Quítatela, Blanca… —me pidió, impaciente.

Estiró de la prenda para sacármela por la cabeza y la lanzamos al suelo, junto a su ropa interior. Se irguió a lamer mis pezones, pero lo empujé hacia atrás y cayó sobre la cama. Me agaché a susurrarle al oído.

—Te he dicho que te tumbes.

Martín exhaló con fuerza.

Mordisqueé su cuello. Lentamente, descendí mi boca por su abdomen, disfrutando de tener el control. Lo escuchaba jadear, ansioso, como si le costara mantenerse quieto. Al notar mi aliento por debajo de su ombligo, se incorporó, boquiabierto.

—¿Vas a…?

Levanté la vista y recorrí su erección con la lengua.

Martín dio un respingo. Me acarició el pelo despacio y lo apartó de mi cara.

—Hostia —se le escapó cuando empecé a succionar.

Era la primera vez que se lo hacía y lo había pillado por sorpresa. Me miraba fascinado, casi con adoración, con la respiración acelerada. En mi vida me había sentido tan poderosa.

No duró mucho.

—Joder, Blanca, para, para… —Cerró los ojos con fuerza al tiempo que se tensaba, incapaz de contenerse.

Me eché hacia atrás. Martín soltó un gruñido y su cuerpo tembló en una sacudida.

—¡Dios! —Se tapó la cara con las manos mientras recuperaba el aliento.

Me mordí el labio y sonreí, orgullosa. Subí a tumbarme a su lado.

—Entonces, ¿crees que ha sido diferente?

—Ha sido la leche, preciosidad. —Inspiró hondo y expulsó el aire por la boca—. Pero ¿cuándo has aprendido a hacer eso?

—Ni idea, supongo que será la edad —dije con inocencia fingida. Martín soltó una carcajada.

—¿Sabes que me gusta un montón mi novia de dieciocho? —Tomó mi cara entre sus manos y me besó—. Ahora quiero devolverte el favor, pero primero necesito una ducha. Estoy… pegajoso. —Miró su vientre al decirlo—. ¿Vienes conmigo? Me muero de ganas por hacértelo yo a ti.

Se acercó a besarme de nuevo. Mordisqueó mis labios con suavidad y sentí un cosquilleo entre los muslos.

—Vamos —susurré en su boca antes de incorporarme en la cama.

En esta dimensión, aún no lo habíamos probado y tenía mucha curiosidad.

Podría haber sido un desastre, pero no estuvo nada mal. Al principio, Martín parecía algo cortado. Lo notaba inseguro, como si dudase de hacerlo bien, sin embargo, al escuchar mis jadeos, cogió confianza.

Se esmeró mucho. Estaba convencida de que había pedido consejo, porque hizo un par de trucos con la lengua que me arrancaron más de un suspiro de placer. Apoyada contra la pared, bajo el chorro de agua caliente, disfruté de sus besos y caricias hasta que acabé explotando entre gemidos.

Después de la ducha, fuimos a la cocina. Rober desayunaba de pie, junto a la encimera. Sobre el fogón apagado, la cafetera italiana inundaba la estancia con su aroma.

—Buenos días —nos saludó.

—Buenos días, cuñado. —Le devolví la sonrisa y cogí un par de tazas limpias del escurreplatos.

Serví el café y me acerqué a la nevera a por el brik de leche. Mi novio abría y cerraba puertas, rebuscando en los armarios.

—¿No hay magdalenas? —preguntó, extrañado.

Rober dejó la taza en la mesa, se acercó a su hermano y sacó la bolsa de valencianas que tenía justo enfrente de las narices.

—Recupera fuerzas, anda, que, por las voces que daba Blanca, parece que te lo has ganado. —Le dio un par de palmadas en la espalda—. Así me gusta, chaval, que dejes a los Giner en lo más alto.

Cerré el azucarero y lo miré con los ojos muy abiertos.

—¿Nos has oído? —Noté cómo me sonrojaba.

—Os he oído yo…. y todo el barrio. —Rober soltó una carcajada y agarró su taza de nuevo —. No sé lo que te habrá hecho mi hermano, pero parecía que te encantaba, cuñadita.

Me tapé la cara con las dos manos, muerta de la vergüenza. Martín me acarició la cintura.

—Es un capullo, no le hagas ni caso. —Besó mi cuello—. ¿Tienen azúcar?

Retiré mis manos y me giré hacia él, porque no entendía lo que quería decir. Al ver que señalaba los cafés, le dije que sí con la cabeza.

Los llevamos a la mesa. Estábamos a punto de sentarnos cuando el teléfono sonó en el salón.

—Seguro que es para ti —le dijo Rober—. Será Gema o alguno de la peña.

Martín resopló, agarró una magdalena y corrió a cogerlo.

Tomé asiento y di un sorbo a mi taza, con la vista clavada en el mantel de hule. Aunque la relación con mi cuñado había cambiado mucho en las últimas semanas, estaba abochornada y era incapaz de mirarlo.

—Si llego a saber que eres tan vergonzosa, no digo nada. —Rober se volvió a reír—. En serio, Blanca, no quería molestarte. Simplemente, me sorprende tanta pasión.

—Ha estado muy bien —murmuré antes de dar otro trago.

Nos quedamos en silencio. En el salón, se escuchaba hablar por teléfono a Martín.

—¿Te cuento un secreto? —Mi cuñado bajó la voz y captó mi atención—. Eloy me ha propuesto ir a tomar algo la semana que viene. Estoy bastante nervioso. —Se pasó la mano por el pelo.

—Pero no es la primera vez que quedáis los dos solos.

—Fuera del trabajo, sí. Al menos desde la universidad.

—Seguro que lo pasáis de maravilla —respondí con un guiño.

Me devolvió la sonrisa. Cuando hablaba de Eloy, sus ojos brillaban de una forma especial. Se lo notaba bastante colado.

—Por cierto —Rober se giró a por un paquetito—, muchas felicidades.

—¿Y esto?

—Me apetecía tener un detalle contigo. Hacía demasiado tiempo que le daba vueltas a la cabeza y ha sido un alivio poder hablarlo con alguien. —Dio un buen trago a su café—. Aunque no te lo creas, me has ayudado muchísimo. Me he dado cuenta de que no hay nada malo en que me guste…

Se calló de golpe. Martín acababa de colgar el teléfono y caminaba por el pasillo, como si fuera a su dormitorio. Rober me hizo una seña con la barbilla para que abriese el regalo.

Al ver lo que contenía, solté un gritito de la emoción.

—¡¿En serio?! —Me levanté de un salto y le di un abrazo—. ¡Muchas gracias! Me encanta.

—¿Qué te encanta? —Martín nos observaba desde la puerta.

—Mira lo que me ha regalado tu hermano. —Le enseñé la pulserita de plata que venía dentro de la caja.

—¿Es la que habían vendido en la joyería? —me preguntó, enarcando las cejas. Asentí, feliz. Martín miró a Rober—. ¿La compraste tú? Pero ¿cómo sabías que le gustaba esa?

—Me lo dijo Blanca, ¿por?

Mi novio frunció el ceño y negó con la cabeza. Dejó sobre la mesa un bulto rectangular, envuelto en papel de regalo de El Corte Inglés.

—Son libros, como pediste. —Se encogió de hombros y me dio la impresión de que se excusaba.

Rasgué el envoltorio con ansia, impaciente por descubrir cuáles había elegido. Eran dos: *Malena es un nombre de tango*, mi favorito de Almudena Grandes, que aún no tenía en esta dimensión, y *El fin de la eternidad*, de Isaac Asimov.

—¿Viajes en el tiempo? —me reí al echarle un vistazo a la contraportada.

—He pensado que te gustaría —contestó Martín—. Y sobre el otro… Bueno, una vez me comentaste que te llamaba la atención.

Apoyé los libros en la mesa y rodeé su cuello con los brazos.

—Me gustan muchísimo, cariño —le sonreí.

Martín se inclinó a besarme, estrechándome contra su cuerpo. Rober carraspeó.

—Chicos, voy a ducharme, que me esperan en casa de Ana para comer. —Dejó la taza en el fregadero y se dirigió a la puerta. Al pasar por mi lado, me pellizcó la nariz.

—Yo también debería irme, tengo comida familiar en casa por mi cumpleaños —le dije a Martín—. ¿Tú comes solo? Porque a mi madre no le importará que te invite a última hora.

—Me voy al pueblo —me contestó—. Me acaban de avisar de que nos juntamos esta tarde para ver lo de las barras de la verbena, pero me paso a verte al volver.

Di por hecho que había sido Gema quien lo había llamado. En el estómago noté una desazón extraña, parecida a los celos. «No seas ridícula, Blanca. Te dijo que era solo una amiga», me regañó mi voz interior.

Respiré hondo para alejar mis fantasmas, pero aquella sensación siguió ahí, como si fuera un presentimiento.

—¿Lo llevas todo? —me preguntó Martín cuando bajé de la moto en la puerta de mi casa.

Levanté la bolsa con los libros. Al ver la pulsera en mi muñeca, soltó un resoplido.

—¿Qué pasa? —Me quité el casco.

—Nada. —Se subió el suyo—. Que quería regalarte algo especial por tu cumpleaños, pero mi hermano se me adelantó.

—Me han encantado tus libros.

—Ya, pero no he sido muy original. —Se encogió de hombros—. Cumplir los dieciocho solo ocurre una vez en la vida, me habría gustado que lo recordases siempre.

Estiró de mi vestido para que me acercase. Estaba a punto de besarlo cuando se me ocurrió una idea.

—¿Tienes trescientas pesetas? —le pregunté.

Diez minutos después, aparcábamos la Rieju frente a un fotomatón. En una época en la que no existían los teléfonos móviles ni las cámaras digitales, una fotografía costaba dinero y no solíamos tomarlas tan a la ligera.

—Me gustaría que mi primera foto como mayor de edad fuera contigo. —Señalé la cabina—. Así me acordaré de este día siempre.

Me devolvió la sonrisa y, al instante, supe que le había hecho ilusión.

Se asomó al interior, dejó el casco en el suelo y reguló el asiento, dándole vueltas para bajarlo a su altura. Se atusó el pelo frente a la pantalla, comprobó que sus ojos quedaban al nivel de la marca y me llamó para que me subiera en su regazo.

—Ven aquí, preciosa.

Me senté sobre él y corrí la cortina. Martín rodeó mi cintura con el brazo.

—¿Preparada? —preguntó antes de echar el dinero en la ranura. Moví la cabeza para indicarle que sí.

Uno, dos, tres y cuatro disparos.

Salimos del fotomatón partiéndonos de risa. Recogimos los cascos del suelo y aguardamos los cinco minutos, hasta que la tira de fotos apareció en el cajetín. Fui a por ella de inmediato.

—Espera, ansiosa, que aún tiene que secarse. —Sujetó mi mano y me detuvo. En ese momento, empezó a soplar un chorro de aire para fijar el revelado. Cuando la luz se puso en verde, Martín me soltó—. Ya puedes.

Agarré la tira. Al ver la secuencia, me eché a reír.

En la primera imagen, los dos posábamos formales, con una enorme sonrisa.

En la segunda, Martín apretaba los ojos porque le había lamido la mejilla justo antes del disparo.

En la tercera, me observaba perplejo mientras yo soltaba una carcajada.

Y en la cuarta, nos comíamos la boca apasionadamente.

—Dos para ti y dos para mí —le dije. Doblé la tira por la mitad y la partí con mucho cuidado —. ¿Cuál quieres?

—Me encanta en la que te ríes —contestó. Le pasé las dos últimas fotos y las guardó en la cartera—. Ya tengo una novia de dieciocho —se agachó a darme un beso—, y creo que yo también voy a acordarme siempre de este día.

Lo primero que hice al entrar en mi habitación, fue colocar las fotos en mi corcho.

«El mejor cumpleaños de mi vida». Sonreí.

En esta dimensión, parecía que el universo iba a tratarme muy bien.

CAPÍTULO 9
SIN REBOBINAR

Miércoles, 6 de agosto de 1997

La Roca, Trainspotting, Independence Day… Deslicé la mirada por las últimas novedades y se me escapó un resoplido. Las había visto todas, varias veces, además, y ninguna me llamaba la atención.

Habíamos quedado en casa de Alba porque sus padres estaban de viaje. Sofía, Raquel y Santi habían ido a por unas *pizzas*, y a los demás nos había tocado elegir una peli en el videoclub.

Tomé la carátula de *Romeo y Julieta* y se la mostré a Vega.

—¿Y esta?

—¡Joder! —Me la robó de las manos—. ¿Cuántos años tiene DiCaprio? ¿Trece?

—Me parece que veintiuno, pero la cara tampoco le cambiará mucho en los próximos veinte. —Me la devolvió y la dejé en su sitio porque tenía el papelito de «Alquilada»—. ¿Cuál estás mirando tú?

—*Jerry Maguire*. —Vega la sujetó en el aire. Arrugué la nariz. Le dio la vuelta y echó un vistazo a la contraportada—. La verdad es que no sé qué escoger.

—Yo tampoco. —Rocé con los dedos las carátulas del estante superior—. Me pasaba lo mismo en Netflix. Miraba títulos durante horas y al final me decidía por el primero que había visto al entrar.

—Echo de menos Netflix porque no había que rebobinarlas —suspiró Vega, que agarró *Scream*. Las dos nos reímos.

—¿Y los chicos? —pregunté. Mi amiga señaló al fondo.

Me puse de puntillas y me asomé por encima de la estantería. Al otro lado del videoclub, David y Martín disimulaban al salir de aquella sección, separada del resto por una cortina de bolitas, en la que estaban las películas porno. Al darse cuenta de que los había pillado, se echaron a reír.

—¿Ya habéis elegido peli? —Sonreí, burlona, cuando llegaron a nuestra altura.

—Alguna parecía muy interesante. —Martín me abrazó desde atrás, pegándose a mi cuerpo.

—¿Cuál? *¿Fue a por trabajo y le comieron lo de abajo?* —soltó Vega, y a mí se me escapó una carcajada.

—¿Os habéis decidido? —preguntó David. Las dos negamos con la cabeza—. ¿Cogemos *Misión Imposible*?

—Uf, esa la he visto mil veces —contesté sin pensar, y agarré la carátula de *Beautiful Girls*.

—¿Cuándo? —me preguntó Martín—. Si no quisiste ir conmigo al cine.

«Perfecto, Blanca, has vuelto a meter la pata».

—Bueno, mil veces no, pero ya la he visto. Mi hermano la alquiló hace tiempo.

—No puede ser. —David señaló el rótulo de novedades—. Ha salido esta semana.

—Quería decir ayer, la alquiló ayer. Y la vi ayer.

—Pero si ayer estábamos juntos… —Martín enarcó una ceja. Empecé a sudar frío.

—¿No os dais cuenta de que Blanca no quiere verla? —Vega me echó una mano—. La pobre no sabe qué inventar para que elijáis otra.

—Exacto. ¿Vemos *Scream*? —Le lancé un beso y se la arrebaté de las manos.

—¿Y esta? —David nos enseñó la funda—. *2013. Rescate en L. A.*

Un tío con un parche en el ojo y una metralleta ocupaba media portada. En la otra media, el mismo tío surfeaba una ola de fuego. De todo el videoclub, debía de ser la única peli que no había visto.

—¿De qué va? —pregunté.

David la volteó para leer la sinopsis.

—«Año 2013. Un fortísimo terremoto ha afectado a gran parte de la ciudad de Los Ángeles, provocando graves consecuencias…». ¿La pillamos?

Miré de reojo a Vega, que puso los ojos en blanco.

—Por mí, sí —contestó Martín—. Tiene buena pinta. ¿Tú que dices, preciosa?

—¿2013? Vale, puede ser divertido conocer el futuro —respondí, y escuché cómo mi amiga también se reía.

Pagamos las trescientas pesetas del alquiler. Además, nos llevamos dos botellas de Pepsi de dos litros, unas Ruffles al jamón y un par de bolsas de Boca Bits, porque los chicos opinaban que dos *pizzas* eran poco y que se iban a quedar con hambre.

—Tenéis que traerla mañana, que es novedad —nos advirtió el dependiente—. Si no, se os cobrará recargo.

David asintió y guardó en la cartera el carnet del videoclub. Martín agarró las bolsas.

Alba vivía a un par de manzanas, en una urbanización cerca de la Plaza de los Luceros, y no tardamos mucho en llegar. Llamamos al telefonillo y enseguida sonó el zumbido de la apertura. Al salir del ascensor, la puerta estaba abierta. Se la oía trastear en la cocina.

—¿Aún no han venido los demás? —le preguntó Martín, que dejó las bolsas sobre la encimera.

—No, pero no creo que tarden —respondió mientras colocaba varios vasos sobre una bandeja.

—Vamos a poner la peli. —David agitó la cinta VHS. Martín lo siguió al salón.

—Necesito ir un momento al baño. —Vega desapareció por el pasillo.

Alba me miró de reojo y buscó un par de boles de plástico en uno de los armarios. No habíamos estado a solas desde que nos habíamos dado aquel beso y era evidente su incomodidad.

—Puedes irte con ellos si quieres. —Abrió una bolsa de Boca Bits—. Ya preparo yo esto.

Decidí ir al grano.

—¿Qué te pasa conmigo? —Me apoyé en la encimera, a su lado, pero me ignoró—. Tía, tenemos que hablar, no podemos evitarnos siempre.

Alba dejó la bolsa y resopló con fuerza.

—Bien, hablemos. —Se giró hacia mí—. Blanca, lo siento, pero no me gustas.

Abrí los ojos como platos. Estuve a punto de soltar una carcajada, pero la vi tan seria que me

mordí los labios para contener la risa.

—A ver —continuó—, que eres muy guapa y todo eso, pero yo estoy enamorada de mi novia, y no quiero que te ilusiones o te pienses algo que no es.

Nos observamos por un instante. Parecía menos tensa, como si se hubiera quitado un peso de encima después de soltarme su preocupación. Comprendí por qué me había rehuido desde esa noche.

—Puedes estar tranquila, de verdad. —Alcé las manos—. Soy hetero y lo tengo clarísimo.

—Pero el beso… —Enarcó las cejas, extrañada.

—El beso estuvo bien, pero las dos sabemos que lo hicimos para convencer a ese imbécil. No tiene más importancia —dije con una sonrisa. Y para que no cupiera ninguna duda, añadí—: Vega, Sofía y yo lo habremos hecho un millón de veces para espantar a los gilipollas.

—¿Te morreas con Sofía? —preguntó con cara de asombro.

«Joder, Blanca, hoy estás sembrada».

Quise explicarme, pero llamaron al portero automático y Alba fue hacia la entrada para contestar al telefonillo.

—Me muero de sed. —Vega regresó del baño y cogió uno de los vasos vacíos de la bandeja. Al abrir la botella de Pepsi, pareció reparar en que no estaba fría—. ¿No hay hielos? —preguntó.

—¡Mierda! Se me ha olvidado comprarlos —dijo Alba desde la puerta.

—Bajo yo, no te preocupes. —Cogí el bolsito, que estaba colgado de una silla.

—Ya está preparada la peli, los cabrones la habían devuelto sin rebobinar. —Martín se asomó a la cocina y se extrañó al verme con el bolso puesto—. ¿Dónde vas?

—A por hielo, ¿me acompañas? —Señalé la puerta. Asintió con la cabeza.

Al salir al rellano, nos cruzamos con los demás, que venían cargados con dos pares de *pizzas*.

—¿Cuatro? —pregunté, sorprendida.

—Sí, hija, sí… Santi decía que dos eran poco y que se iba a quedar con hambre —contestó Raquel con los ojos en blanco.

Martín sujetó la puerta del ascensor para que no nos lo quitaran.

—Ahora venimos —les dije—. Si falta algo más, me avisáis por WhatsApp.

Sofía y Vega se rieron. Antes de que cerrasen, escuché a David.

—Sigo sin pillar qué es eso de «guasap» que siempre os hace tanta gracia.

Diez minutos después, ya estábamos de vuelta. Habíamos sido muy rápidos porque mi novio no se fiaba de Santi ni de que aún quedase *pizza* al llegar. Para nuestra sorpresa, estaban las cuatro intactas.

—¿Aún no las has probado, chaval? —le preguntó Martín—. Qué bonito, me esperas para cenar. En el fondo, sé que te molo.

—No flipes tanto, Giner. He sufrido amenazas mientras estabais fuera. —Santi se apropió de una de las cajas, partió un trozo y, de un mordisco, se metió en la boca la mitad—. ¿La pones ya o qué?

Martín pulsó el *play* en el mando. Cogí una porción y me acurruqué a su lado en el sofá. Me pasó un brazo por los hombros.

La peli duró algo más de hora y media. Cien minutos plagados de explosiones, tiroteos y efectos digitales cutrecillos. Al terminar, Vega exhaló con fuerza.

—Dios… ¡Quiero arrancarme los ojos!

—No ha estado tan mal —se excusó David.

—¿Qué no ha estado tan mal? Amor, por lo que más quieras, no vuelvas a escoger tú —le

suplicó mi amiga.

—¿Le has dejado elegir? —Sofía se rio—. Parece mentira que no lo conozcas.

—¡Pero si ha sido la hostia! —exclamó Santi—. Serpiente es mi ídolo.

—Pues tu ídolo se ha cargado toda la tecnología del planeta. —Solté una carcajada—. Os apuesto lo que queráis a que el 2013 no tiene nada que ver.

—¿Cuántos años tendremos entonces? —preguntó Alba.

—Nosotros, treinta y cuatro. —Me volví a Martín—. Y tú, treinta y cinco.

—Madre mía, seré un abuelo. —Se llevó la mano a la frente—. Al menos, espero gustarte todavía.

Me vino a la cabeza esa vez que nos encontramos en una librería en el futuro. Se había convertido en un hombre y parecía cansado, aunque conservaba su atractivo y aquella sonrisa especial.

Recordé también que lo acompañaban su mujer y su hija, y sentí un pinchacito de tristeza. «Es probable que tenga que ocurrir así, Blanca —me consolé—. Disfruta de él mientras dure».

—Seguro que me gustas, cariño. —Le acaricié el pelo.

—Nena, ¿no te has puesto el colgante que te regalé? —le preguntó David a Vega, y me giré en su dirección.

Por un instante, mi amiga y yo nos miramos. Se tocó el cuello, como si acabara de darse cuenta de que no lo llevaba encima.

—¡Mierda! Me lo he quitado para ducharme y se me ha olvidado volver a ponérmelo —improvisó.

—¿Qué colgante? —Sofía advirtió que le ocultábamos algo.

—El que me regaló por nuestro primer aniversario —explicó Vega—. No sé si lo has visto, como has estado de viaje…

—¿Un corazón de plata con una piedrecita verde en el centro?

Vega tragó saliva y asintió.

—¿Te ha gustado? —le preguntó David, ajeno a todo.

—Es precioso —suspiró Sofía—. Me encantó nada más verlo.

Alba debió notar el tono melancólico en su voz. La abrazó desde atrás y la besó en el hombro.

—Yo te voy a regalar el corazón más bonito del mundo —le dijo bajito. Sofía sonrió.

—Por cierto, chicos. —Vega se encendió un cigarrillo—. Deberíamos hacer algo este verano, al final se pasan los días y tengo la sensación de que no lo hemos aprovechado bien.

—¿Algo? ¿Cómo qué? —pregunté, para que concretase un poco más.

—No sé, Blanqui. —Se encogió de hombros—. Podríamos irnos de viaje.

—¿Con mil pelas de paga? —contesté, burlona—. Pues como no sea a Tabarca…

Vega soltó una carcajada y se atragantó con el humo. Nos contagió la risa a los demás.

—A mí me encantaría ir al Caribe, como Curro —fantaseó Santi.

—O como mi hermano, que se va de luna de miel a Cancún —añadió Martín.

—Cancún, qué envidia. —Alba se encendió otro cigarro—. Me encantaría ir a Cancún.

—¡A ponernos hasta el culo de coco locos! —Vega hizo el gesto de beber con la mano.

—Tenemos que ir todos juntos en 2009, que ya habremos cumplido los treinta. Bueno, Martín, los treinta y uno —propuso David.

—¿Y con quién dejaremos a los niños? —le vaciló Raquel.

—Con los abuelos, por supuesto. —Martín le siguió el rollo. Me incorporé, sorprendida. No sabía si era bueno o malo que mi novio adolescente hiciera bromas sobre hijos. Al ver mi cara, se

echó a reír—. ¿No quieres que tengamos niños, preciosidad? Uno por lo menos… Una niñita rubia que se llame Blanca. —Me besó en el cuello y me hizo cosquillas.

—Y nosotros, ¿cuántas niñas vamos a tener? —le preguntó David a Vega.

Al oírlo, Sofía se levantó del sofá como un resorte.

—Ahora vengo —dijo con la voz entrecortada, y salió corriendo por el pasillo.

Crucé la mirada con Vega. Le hice un gesto con la barbilla para preguntarle si quería acompañarme, pero negó con la cabeza.

—Vuelvo enseguida. —Me puse en pie.

Al llegar junto al baño, la oí llorar. Golpeé la puerta un par de veces.

—Sofi, ábreme. Soy Blanca. —Mi amiga soltó un suspiro y descorrió el pestillo. Cerré la puerta después de entrar—. No lo han hecho a propósito.

—Lo sé. —Sofía se sentó sobre la tapa cerrada del inodoro y se limpió las lágrimas—. Primero, lo del colgante y, luego, lo de las niñas… Sé que sueno egoísta, pero no puedo evitar que me duela. —Miró al techo y sollozó.

Me senté a su lado, en el borde de la bañera, y le acaricié la espalda. De las tres, ella era la que más había perdido con el viaje en el tiempo y entendía que no era nada fácil renunciar a todo de una vez.

—Es muy duro, Blanca —continuó—. Aunque no quiera a David como un marido, lo sigo queriendo de alguna manera porque era mi familia. Él y nuestras hijas. —Se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas—. Me cuesta mucho hacerme a la idea de que no existen y de que, tal vez, nunca lo hagan. Nadie sabe lo importantes que son para mí.

—Yo lo sé, Sofi, y Vega también lo sabe. —Corté un trozo de papel higiénico y se lo pasé para que se sonara—. Ella conoce a la perfección lo que os ha quedado pendiente en el futuro, pero ahora David es su novio y sé que también es duro para ella.

Sofía bajó la cabeza y asintió, como si estuviera poniéndose en el lugar de nuestra amiga.

—Blanca, te juro que me encantaría que los dos fueran muy felices, solo es que…

—Sofi, sé que, llegado el momento, encontraremos una solución —la interrumpí para que saliera de ese bucle de pensamientos negativos—. Hasta entonces, solo nos queda confiar. —Sonreí—. Lo que tiene que pasar…

—Acaba pasando —completó Sofía, y me devolvió la sonrisa. Le di un beso ruidoso en la mejilla.

Escuchamos unos golpes en la puerta.

—Sofí, ¿estás bien? —preguntó Alba, que intentaba abrir—. Déjame pasar, por favor.

—Creo que piensa que nos estamos enrollando —le susurré con una risita.

—¡¿Qué?! —Sofía me miró perpleja— ¿Y por qué va a pensar eso?

—Ni idea. —Puse mi cara más angelical. Mi amiga soltó una carcajada.

Cuando volvimos al salón, ya habían planificado nuestro viaje. Iríamos a Calpe, a un *camping* en el que Santi y su familia pasaban los veranos en los ochenta.

—Os va a encantar, ya veréis —dijo, emocionado—. Está muy cerca de la playa, tiene bar, piscina ¡y hasta un supermercado! —Se palmeó los muslos—. ¡No se hable más! Mañana mismo llamo y lo reservo.

Martín enarcó una ceja. Miró de reojo a David, que apretó los labios y se ajustó las gafas. No parecían muy convencidos. Y por las caras que ponían mis amigas, estaban tan acojonadas como yo, pero no teníamos muchas más opciones.

Sin TripAdvisor, solo nos quedaba fiarnos de Santi.

CAPÍTULO 10
NOS VAMOS DE CAMPING

Jueves, 14 de agosto de 1997

Vega paró en doble fila, detrás del Renault 12 de Santi, y sacó la cabeza por la ventanilla.

—¡Nos vamos de *camping*! —gritó. Desde la acera, Alba y Raquel le respondieron con silbidos y aplausos.

Eran las once de la mañana y habíamos quedado en casa de Sofía para salir todos a la vez. Nos habíamos repartido en dos coches: por un lado, David, Martín y yo iríamos con Vega; por otro, Santi llevaría a las demás.

Aún no sabía cómo habíamos logrado meter en el Seat Panda dos tiendas de campaña, cuatro mochilas de ropa, una bolsa grande llena de juegos de mesa, el radiocasete y tres capazos con comida y bebida para un regimiento.

Salimos del vehículo y nos acercamos a los demás.

—¿Habéis llamado al timbre? —pregunté.

—Sí, ha dicho que bajaba enseguida —contestó Alba.

Como si nos hubieran escuchado, sonó un ruido sordo y la puerta se abrió desde dentro. Salió Sofia, con una mochila grande y la esterilla, acompañada por su padre, que cargaba dos enormes bolsas de lona.

Al instante, se me puso cara de tonta, como me ocurría siempre que aquel hombre estaba cerca. Esa mañana estaba especialmente guapo, bronceado de la playa y con una camiseta de manga corta que dejaba ver sus bíceps. Escuché que Vega ahogaba un suspiro. Me aguanté la risa.

—Hola, chicos —nos saludó. Santi fue a ayudarlo, pero él lo detuvo—. Tranquilo, chaval, que no soy tan mayor.

Después de colocar los bultos en el maletero, al mejor estilo *Tetris*, se despidió de su hija con un fuerte abrazo.

—Acuérdate de mantener el teléfono siempre cargado, Sofi, por si hay que localizarte.

—Vale, papá, no te preocupes —asintió mi amiga.

—¿Llevas un móvil? ¡Cómo mola! —exclamó David.

—¿Qué modelo es? —preguntó Santi, como si entendiera de terminales—. Yo también me he traído el busca de Coca-Cola para que me avisen si…

—Lo tienes desde el año pasado y nunca te avisa nadie. —Raquel puso los ojos en blanco.

Luego se volvió hacia el padre de Sofía y, con su mejor sonrisa, preguntó—: ¿Qué modelo has dicho que es?

—Es un Nokia 1610; el número está apuntado en la caja, por si queréis decírselo a vuestras familias —le contestó—. Pero cuidadito con las llamadas, que cuestan un riñón. Es solo para emergencias.

Asentimos. Vega, Raquel y yo, con una sonrisa bobalicona.

Nos subimos en los coches. Santi sacó el brazo por la ventanilla y le hizo una seña a Vega para que lo siguiese. David le advirtió de que no corriera demasiado, pero mi amiga enfiló la carretera a la máxima velocidad.

—Ve más despacio, nena, que nos la vamos a pegar. —Su novio tenía los nudillos blancos de agarrarse al asidero del techo.

—¡Díselo a Santi! Va a toda hostia y no lo quiero perder. —Vega resopló—. Conduce como el culo, no me extraña que tuviera ese accidente. —Puso el intermitente para cambiarse de carril.

—¿Qué accidente? —preguntó Martín tras unos segundos.

En la otra dimensión, unos meses después de sacarse el carnet, Santi había colisionado contra una furgoneta con la que no mantenía la suficiente distancia. Aunque fue algo aparatoso, salió ileso. Por suerte, aquella vez no lo acompañaba Raquel.

—El que tuvo con esa furgo… —contestó mi amiga, concentrada en la carretera.

—Eso lo has debido de soñar —la interrumpí.

Cruzamos la mirada por el retrovisor. Al darse cuenta de que se había colado, Vega apretó los labios.

—Mierda —masculló.

—¡Mira para delante, por favor! —le gritó David al ver que el coche se le iba a la derecha. Mi amiga lo enderezó de un volantazo.

Cuando llegamos al *camping*, detuvimos los vehículos en un pequeño descampado junto a la entrada.

—Qué vuelta más rara hemos dado, ¿no? —Vega echó su asiento hacia delante para que saliéramos.

—Es que el señor no quería reconocer que se había perdido. —Raquel estiró hacia arriba los brazos.

—No me he perdido —respondió Santi—. Recordaba que a la entrada del pueblo había un cartel de una tienda de muebles y, al no verlo, me he despistado.

—Claro, por eso lo más lógico era volver a la nacional y salir casi en Moraira —añadió, irónica, Sofía—. Podríamos haber preguntado.

—Los hombres de verdad no preguntamos, nos orientamos perfectamente —concluyó él, y cerró el coche con llave.

Mi amiga iba a replicarle, pero Alba le acarició el brazo para que lo dejase estar.

Vega y los chicos entraron en una pequeña construcción con un letrerito en el que se leía «Oficina»; las demás decidimos dar una vuelta de reconocimiento por las instalaciones.

Todo se veía bastante viejo: el supermercado era una tiendecita que tenía un cristal roto, arreglado con precinto de color marrón; en la piscina flotaban un montón de hojas, y el bar no era más que un chiringuito de madera con unas cuantas mesas y sillas de plástico.

—Que hubiera parcelas libres en pleno agosto nos debería haber dado alguna pista —comenté con sarcasmo.

—Hay que verlo por el lado bueno: al menos ha salido barato. —Raquel se encogió de hombros—. ¿Me esperáis? Voy al servicio.

Le entregó el bolso a Sofía y entró en la caseta donde estaban los aseos. Unos segundos después, escuchamos un grito. Nos asomamos al interior.

—Por favor, decidme que estos agujeros en el suelo no son los retretes —lloriqueó Raquel.

—Al menos ha salido barato —contesté, y Sofía soltó una carcajada.

Al regresar a la oficina, los demás nos esperaban fumándose un cigarrillo.

—¿A que es genial? —preguntó Santi, emocionado—. Está exactamente como lo recordaba.

—No me extraña, no parece que le hayan hecho ningún tipo de mantenimiento desde los ochenta —contestó Vega.

—Espérate a ver el baño —dijo Sofía, y yo me aguanté la risa.

Fuimos a las dos parcelas contiguas que nos habían asignado. Mientras nos comíamos unos bocatas, decidimos que, en una de ellas, colocaríamos las tres tiendas canadienses y, en la otra, la de Santi, que era mucho más grande, tipo chalet. En el sitio que quedaba libre, las mesas y las sillas plegables junto con la pequeña cocina de gas.

—Perfecto, vamos a poner algo de música. —Vega sacó del coche el radiocasete—. ¿Habéis traído cintas?

—Yo tengo la de Camela —contestó Raquel— y creo que la de Mónica Naranjo.

—¿Alguna más? —Vega nos miró.

Martín levantó la mano y se acercó a por su mochila.

—Mierda —murmuró al tiempo que rebuscaba, cada vez más nervioso.

—¿Qué pasa? —Por su cara me temí lo peor—. No me digas que…

—Me las he dejado en casa —confirmó casi en un susurro.

—Cojonudo, cuatro días escuchando a Camela. —Vega clamó al cielo—. Por favor, decidme que no os habéis olvidado también del *whisky*.

Tardamos más de tres horas en montar las tiendas. Las canadienses fueron relativamente sencillas de instalar: con la primera nos demoramos bastante, pero con las otras dos fue rodado porque ya les habíamos pillado el truco.

El problema llegó cuando nos tocó armar la de Santi.

Era una tienda familiar de finales de los setenta. Tenía dos compartimentos que hacían de habitaciones, otra zona de salón y un porche.

—Hay que montar primero la estructura —explicó, señalando la bolsa en la que estaban los hierros numerados—. Luego se pone la tela por encima y la elevamos entre los tres.

—Vale, a por ello. —Martín le hizo una seña a David para que lo ayudase a extender las lonas. Vega se les unió.

Me acerqué a los demás, que sacaban los hierros de las bolsas y los organizaban en el suelo.

—A ver, Sofía, lo estás poniendo mal, eso no va ahí —le dijo Santi a mi amiga, y le arrebató una barra de las manos.

—No, estaba perfecta, tú lo estás haciendo mal. —Sofía trató de cogerla, pero él se giró para impedirlo—. Joder, Santi, que estudio Física, no soy idiota.

—Por ahora, solo estás matriculada —le respondió él, que la colocó al otro lado de la cruceta.

—Al menos yo no he repetido tercero de BUP. —Mi amiga se agachó a coger la barra, pero Santi la sujetó para que no la moviese—. A veces no hay quien te aguante, chaval. —Resopló con fuerza y se marchó cabreada. Alba corrió detrás.

—Sofía tiene razón, está al revés. —Señalé la barra en el suelo. Santi negó con la cabeza, empeñado en no bajarse del burro. Solté los hierros y me acerqué a Martín—: Os ayudo con las lonas.

Entre los cuatro desenrollamos la goma inferior, y me fijé en que David y Vega estaban muy cariñosos. Cada vez que mi amiga pasaba junto a su novio, le hacía una caricia en el brazo o le daba un beso. «Debe de haber recapacitado sobre lo de Rubén».

—¡No puedo contigo cuando te pones así! —gritó Raquel. Al darnos la vuelta, se alejaba mosqueada.

—Ya se le pasará. —Santi hizo un movimiento con la mano para quitarle importancia—. Voy a montar esto, que no tenéis ni puta idea.

Al terminar, la estructura le había quedado algo endeble, pero él insistía que la había armado de la forma correcta. No quisimos discutir. Colocamos las lonas como nos indicó y lo ayudamos con las piquetas.

Mientras Raquel, Sofía y Alba preparaban la cena, los demás fuimos a darnos una ducha. Como era de esperar, solo salía templada. Me enjaboné deprisa para terminar lo más rápido posible, porque odiaba el agua fría.

Al volver a la parcela, mis amigas ponían la mesa.

—Huele muy bien. —David se sentó junto a Vega, que le pasó una cerveza—. ¿Qué hay de cenar?

—Salchichas y tabulé. —Sofía colocó en el centro una fuente enorme de ensalada.

—Tabu… ¿qué? —preguntó Martín.

—Tabulé —repitió Sofía—. Es un plato libanés hecho con sémola, tomate, cebolla y menta.

—No tiene mala pinta. —David bebió de su lata.

—Es uno de tus favoritos. —Sofía le guiñó un ojo y regresó con su novia, que retiraba las salchichas del fuego.

—No he probado esto en la vida —susurró David, extrañado. Agarró un tenedor, lo cató directamente de la ensaladera y asintió con la cabeza al saborearlo—. Pues está muy bueno.

Desde la cocina, Sofía sonrió satisfecha.

—Yo también sé hacerlo —refunfuñó Vega.

David se acercó a darle un beso, ella le echó los brazos al cuello y le comió la boca.

—¡Eh, idos a un hotel! —bromeó Santi, que sacaba una lata de la nevera.

—Créeme, chaval, nada nos gustaría más —le respondió mi amiga—. Pero solo tenemos presupuesto para venir contigo de *camping*.

—*Efectiviwonder* —afirmó David, y todos nos reímos.

Después de cenar, con la excusa de que estábamos agotados, decidimos acostarnos pronto. Fregamos los cacharros, nos dimos las buenas noches y cada uno se fue a su tienda.

Cerré la cremallera de arriba abajo. Me quité la ropa, que dejé a un lado, y me tumbé sobre los sacos con Martín.

—Hola, preciosa —susurró.

—Hola, cariño.

Enterré mis dedos en su pelo y nos besamos despacio, disfrutando de aquella intimidad. No habíamos estado a solas desde la mañana de mi cumpleaños y los dos teníamos muchas ganas de repetir.

Acarició mi muslo, colocó mi pierna alrededor de su cadera y, agarrándome de las nalgas, me subió encima de él.

—Quítate el sujetador —me pidió bajito para que no nos oyeran.

Desabroché los corchetes a mi espalda y lo retiré. Estaba a punto de besarlo de nuevo cuando escuchamos unas voces que venían de la tienda de Vega y David.

—¡Ten cuidado, amor!

Por instinto, giramos la cabeza. Nos quedamos quietos y aguzamos el oído. Como no dijeron nada más, Martín empezó a mordisquearme el cuello.

—¡Ay, joder! —volvió a gritar Vega.

—¿Te he hecho daño?

—No, es que se me ha clavado una piedra en la espalda.

Me reí con un resoplido. En la tienda de al lado, Sofía soltó una carcajada. Aguardamos en silencio, tapándonos la boca para contener la risa.

—¡¿No has traído condones?! —Vega resopló. Alguien chistó desde el otro lado del *camping*. Mi amiga bajó la voz y reformuló la pregunta—: ¿Puedes pedir uno, amor?

—Ahora vengo, nena —le respondió. Oímos la cremallera y unas pisadas en la gravilla.

—Mierda. —Martín tanteó el suelo con las manos hasta encontrar su camiseta. Me la puse lo más deprisa que pude.

—Oye, tío, ¿estás despierto? —susurró David.

—Dime. —Mi novio se asomó fuera.

—¿Me prestas un preservativo? —preguntó bastante nervioso.

—¿Prestar? Te lo regalo, ni se te ocurra devolvérmelo después.

Se me escapó una risita. Escuché a Vega reírse también en su tienda. Martín sacó la caja de condones de su mochila.

—¡¿Solo uno?! —David titubeó—. ¿Y si me lo pongo mal y necesito otro? —Mi novio suspiró y le entregó uno más—. Gracias, tío, te debo un favor muy grande.

—Ánimo. —Le palmeó la espalda. Su amigo sonrió antes de regresar.

Me tumbé sobre los sacos. Martín cerró la cremallera y vino a gatas hacia mí.

—¿Por dónde íbamos? —Me levantó la camiseta y dejó un rastro ascendente de besos sobre mi piel—. El cabrón se ha llevado los últimos condones, menos mal que todavía tengo el de la cartera…

—¡¿Ya?! —exclamó Vega, más sorprendida que decepcionada.

Me tapé la boca para no reírme, pero no pude evitarlo. Una risa floja me subió desde el estómago y se la contagié a Martín. En la tienda de al lado, Sofía y Alba también eran incapaces de contenerse.

—¡Bravo, campeón! —gritó Santi desde la otra parcela.

Martín explotó en una carcajada. Se dio media vuelta y se tumbó boca arriba, sin parar de reír.

—¡Idos a la mierda, cabrones! —soltó Vega—. ¡Ha sido precioso!

—¡Lo bueno, mejor si es breve! —le contestó Santi.

Las lágrimas me caían por las mejillas y me dolía el abdomen, que se tensaba en cada risotada.

—¡¿Sigues vivo, tío?! —le gritó mi novio—. ¡Dinos algo!

—¡Que os den por culo! —respondió David.

—¡¿Queréis callaros de una vez?! —se quejó alguien, y todos nos quedamos en silencio.

Respiramos hondo. Se nos escapó alguna risita más.

—Lo habíamos dejado por aquí. —Martín se puso encima y me besó, procurando no hacer ruido.

Rodeé sus caderas con mis piernas, se apretó contra mi cuerpo…

—¡Hostia puta! —chilló Santi, y un enorme estruendo nos sobresaltó.

Aguardamos quietos, con la respiración contenida, hasta que la cremallera se abrió de golpe.

Nos separamos con un grito.

—¿Puedo dormir con vosotros? —Raquel se tumbó entre los dos—. La tienda se nos ha caído porque mi novio es gilipollas.

Martín rodó hasta quedarse boca arriba. Se tapó la cara con las manos y se echó a reír.

—Ahora vengo —dijo al incorporarse.

—¿Dónde vas?

Agarró su toalla y se puso las chanclas.

—A darme una ducha fría, así no puedo dormir.

Me desperté sudando, aprisionada entre Martín y Raquel, sin entender muy bien dónde estaba. Algunas mañanas, mi cerebro tardaba un poco en situarse y mezclaba recuerdos de las dos dimensiones. Me froté la cara y miré alrededor: al reparar en la pulsera de mi muñeca, me ubiqué al instante.

Aún no serían ni las nueve, pero hacía muchísimo calor dentro de la tienda. Con cuidado de no despertarlos, busqué el neceser y la toalla y fui a ducharme. Santi roncaba en calzoncillos en la parcela contigua, tumbado sobre las lonas que se les habían venido abajo esa noche. Me aguanté la risa.

Entré a los baños, saludé a un par de señoras inglesas y colgué mi toalla en la puerta de una de las duchas. Mientras me quitaba la ropa, recé para que el agua saliera algo más caliente que la tarde anterior.

Estaba a punto de abrir el grifo cuando escuché a Vega.

—No puedo hablar mucho, te llamo desde un móvil que no es mío.

Miré hacia arriba. La voz se oía a través de la ventana de la caseta, así que debía de estar en la parte de atrás. Presté atención para saber con quién hablaba, confiando en que no fuera Rubén.

—¿Le gustaron las gafas a tu hermana? —Se rio Vega—. Cuánto me alegro.

«Mierda». En efecto, hablaba con él.

—No, este finde imposible —continuó mi amiga—, nos quedamos hasta el lunes, pero yo te doy un toque la semana que viene… No te preocupes. Sí, sí, perfecto… Hasta luego.

Sonó un pitido al colgar el teléfono. Me enrollé la toalla al cuerpo y corrí hacia allí.

—¡¿En serio vais a volver a quedar?!

Mi amiga se dio la vuelta, sobresaltada.

—¡Joder, Blanqui! Qué susto me has dado. —Cerró los ojos y soltó el aire por la boca. Al abrirlos, reparó en mis pintas—. ¿Dónde vas así?

—Estaba a punto de ducharme. —Señalé la ventana y apreté la toalla contra mi cuerpo—. No cambies de tema, te he oído hablar con Rubén.

Vega dejó escapar un suspiro.

—Solo somos amigos, no es el fin del mundo.

—¿Y tu novio? Anoche os oímos en la tienda…

—No te equivoques —me cortó—. David no tiene nada que ver.

—Bien —respondí.

—Bien —repitió mi amiga.

Nos mantuvimos la mirada en silencio.

—Espero que no hagas nada de lo que te puedas arrepentir —dije al final—. No me apetece verte sufrir otra vez por culpa de ese gilipollas.

Me apreté la toalla contra el cuerpo y regresé a la ducha.

El sábado por la tarde, después de comer, disfrutábamos de la sobremesa en la parcela. Martín y yo jugábamos al mus contra Santi y Raquel; Vega y David se habían ido a la tienda a dormir la siesta; Sofía y Alba ojeaban una revista, tumbadas en la toalla; y la cinta de Camela sonaba de fondo.

—*Sueño contigo, qué me has dado…* —canturreó Raquel.

—Yo sí que voy a soñar con ellos —murmuró Martín—. Voy a tener pesadillas.

Oímos unos pitidos. Santi se llevó la mano al busca de manera automática.

—No es para mí. —Frunció el ceño.

Se volvieron a escuchar los mismos tonos y nos dimos cuenta de que llamaban al móvil. Contestó Sofía.

—Sí, un segundo. —Se levantó de la toalla y caminó hacia la mesa—. Blanca, para ti. —Extendió el brazo.

—¿Quién es? —susurré. Sofía se encogió de hombros. Me coloqué el auricular en la oreja—. ¿Diga?

—Soy Rober, por favor, no le digas nada a mi hermano. —Mi cuñado sonaba bastante agobiado y me sobresalté.

—¿Qué pasa? —Me levanté de la mesa plegable. Le di mis cartas a Sofía y le hice una seña para que ocupase mi lugar—. ¿Estáis todos bien?

—Sí, sí, perdona, no te quería asustar. —Escuché el clic de un mechero y di por hecho que se había encendido un cigarrillo—. Es por… Eloy. Esta mañana me lo he cruzado por la calle; yo quería pasar de largo, pero él se ha parado a saludar y me ha presentado al tío con el que iba… —Exhaló con fuerza—. Dios, Blanca, creo que están juntos y me estoy volviendo loco al imaginarlo.

—Espera, Rober, no lo entiendo. ¿No habíais quedado la semana pasada? —Me percaté de que no habíamos hablado desde mi cumpleaños.

—Sí, quedamos, pero fue un desastre.

—¿Por qué? —Caminé por el *camping* hacia la parte trasera de las duchas, donde había más cobertura.

—Estuvimos en el bar irlandés de la Rambla y tenía la sensación de que nos miraba todo el mundo.

—Probablemente ocurriera solo en tu cabeza.

—Es lo mismo que dijo él. —Lo escuché dar una calada—. Después de un par de cervezas, me preguntó si me apetecía subir a su casa.

—¿Y cómo fue? —Me mordisqueé una uña.

—Todavía peor —se lamentó Rober—. Estaba muerto de miedo. No dejaba de pensar que quería hacer algo para lo que yo no estaba preparado.

—¿Iba a saco? —pregunté.

—No, ni siquiera me besó. —Rober se rio, nervioso—. Soy un imbécil, Blanca. Nos tomamos una copa y no paré de decir tonterías. En el momento en que se fue al servicio, aproveché para largarme de allí. No me despedí siquiera.

Me llevé la mano a la boca al imaginar aquel desastre de noche, aunque entendía su inquietud. No debía de ser fácil para Rober.

—¿Y no habíais hablado hasta hoy?

—Me llamó al día siguiente. —Escuché cómo se encendía otro cigarro—. Me dijo que solo me había invitado a su casa para que pudiésemos charlar tranquilos porque me notaba muy cohibido en el *pub* y creyó que, si estábamos los dos solos, me relajaría. Que le gustaba desde

hacía muchos años, pero que jamás me presionaría para hacer nada que yo no quisiera, y que lo llamara cuando confiase en él. —Se le escapó el alma en un suspiro—. Joder, quería morirme de la vergüenza.

—Dale un toque, tenéis que volver a quedar.

—Pero está con otro tío, me va a mandar a la mierda. —Exhaló el humo con un quejido—. Además, le dije a Ana que…

—Joder, Rober, olvídate de Ana, no puedes ponerla siempre como excusa. —Escuché unos pasos en la gravilla y me sobresalté. Al darme la vuelta, Martín estaba detrás de mí—. Vale, mamá, no te preocupes, te aviso el lunes, antes de irnos. —Colgué el teléfono.

—¿Con quién hablabas? —preguntó mi novio, algo receloso.

—Con mi madre —mentí—. ¿Ya habéis terminado la partida?

—Sí, vamos a bañarnos, ¿vienes?

Asentí, y pasamos por la tienda a recoger la toalla.

La piscina del *camping* estaba junto a un edificio de apartamentos que le tapaba la luz del sol. Fueras a la hora que fueses, el agua siempre estaba fría.

Me quité los pantalones cortos, extendí mi toalla junto a las demás y me tumbé en bikini al lado de Sofía y Alba.

—¿No te vas a meter? —me preguntó Martín, que se sacaba la camiseta.

—¿Y morir por congelación? Ni de coña.

Se agachó a darme un beso. Cogió carrerilla y se lanzó en bomba, salpicándonos a las tres. Suspiré y me coloqué boca abajo.

Cerré los ojos; en aquella esquina daba un poco el sol y se estaba de maravilla. Me puse a pensar en Rober. En esa época, enamorarse de otro chico era un auténtico problemón. Aunque se veían algunos pequeños signos de apertura, la homosexualidad en los noventa se movía entre los chistes y el tabú: a todo el mundo le hacían gracia las bromas de mariquitas, pero nadie tenía uno en su familia, o eso decían.

Mi pensamiento saltó de Rober al accidente de Santi en la otra dimensión. Me rondaba en la cabeza desde que Vega lo había comentado en el coche y, aunque tenía una idea general de lo que había sucedido, no recordaba los detalles.

—Venga, chicas, que el agua está muy buena —insistió Martín.

Alba se animó. Se quitó la camiseta y se tiró a la piscina. Sofía y yo negamos con la cabeza. Los demás nos abuchearon un par de veces, pero enseguida pasaron de nosotras.

—Oye, Sofi, ¿tú te acuerdas del accidente de Santi?

—Qué suerte tuvo el cabrón —resopló mi amiga—. Si llega a ir Raquel, no lo cuenta.

—¿Estalló el cristal o algo así?

—Una escalera atravesó el parabrisas y se clavó en el asiento del copiloto.

Levanté las cejas, horrorizada. Era una de esas anécdotas que impresionaban más por lo que podría haber pasado que por lo que ocurrió en realidad. Al ver mi cara de sorpresa, me lo contó desde el principio:

—Según me dijo Raquel, la tarde del accidente, Santi iba camino de Santa Pola a recoger no sé qué. Ella pensaba ir también, pero se habían enfadado esa mañana. Menos mal. —Miró de reojo a la piscina para asegurarse de que no estaban pendientes de nosotras.

»Llevaba una furgoneta delante, de un albañil o algo así, de la que sobresalía una escalera de hierro. Santi debía de ir a rebufo, como siempre, porque la furgo frenó en seco, la escalera salió despedida y no pudo evitar el impacto.

—Aun no entiendo cómo no le pasó nada.

—Porque no fue un golpe fuerte, supongo. —Sofía se encogió de hombros—. O porque el tío tiene una flor en el culo.

—¿Recuerdas qué día ocurrió?

—¡A por ellas! —gritaron nuestros amigos.

No me dio tiempo ni a reaccionar. Cuando me quise dar cuenta, me lanzaban a la piscina entre Martín y Santi.

Al caer al agua, me quedé sin respiración. Todos mis músculos se tensaron y el corazón me latió con fuerza. Pataleé, buscando el fondo de la piscina para impulsarme a la superficie.

Tomé una bocanada de aire al salir. Nadé hasta el bordillo y me agarré con fuerza.

—¡Sois unos capullos! —Me pasé la mano por la cara mientras se reían—. He dicho que estaba fría y que no quería bañarme.

—¡Pero si el agua está buenísima! —Martín se pegó a mi espalda y me dio un beso en el hombro. Al notarme tan mosqueada, pareció recapacitar—. Perdóname, Blanca, solo quería gastarte una broma.

—No me hace ninguna gracia. —Lo empujé hacia atrás para apartarlo.

Me había entrado agua en el oído. Ladeé la cabeza y presioné con la palma de la mano. Al fijarme en mi muñeca, me di cuenta de que la pulsera no estaba.

—¡Mi pulsera! —grité, agobiada, e intenté divisarla al fondo. Me había acostumbrado a mirarla nada más despertar, porque me tranquilizaba saber al instante en qué dimensión estaba—. ¡Joder! No quiero perderla, es muy importante para mí.

Martín suspiró antes de sumergirse. Regresó al poco con ella en la mano.

—Toma, tu pulsera. —Colocó mi palma boca arriba y me la entregó. Luego salió de la piscina y se fue a su toalla.

Lo seguí con la mirada a la vez que me la ponía. Estaba molesta con él por tirarme al agua, aunque también entendía que no había sido con mala intención. «Estamos en los noventa, Blanca, y se ha disculpado». Suspiré hondo. Algunas conductas tardarían mucho en dejar de verse normales.

Salí del agua y me tumbé boca abajo a su lado.

—Vale, te perdono, pero no vuelvas a hacerlo.

—Tranquila, me ha quedado muy claro —contestó serio.

En la piscina, nuestros amigos jugaban a hacerse aguadillas. Vega y Raquel se aliaron contra Santi: las dos se subieron encima y no pararon hasta hundirle la cabeza en el agua. Raquel levantó los brazos y soltó un grito. Martín sonrió.

Me arrimé a su cuerpo y le di un beso en el hombro.

—¿Hacemos las paces? —le susurré. Asintió con la cabeza y se giró a besarme.

—¡Ahora! —escuché que gritaba Vega.

Nos salpicaron con agua fría y los dos dimos un respingo. Sonó el clic de una cámara.

—¡Vaya cara habéis puesto! —se rio Sofía, que había disparado la foto.

—¿A ver cómo ha quedado? —le pregunté.

Por inercia, mi amiga fue a mirar la parte trasera, hasta que se dio cuenta de que era una cámara analógica.

—Cabrona… —masculló. Las tres nos echamos a reír.

El lunes, después de comer, regresamos a casa. En esa ocasión, a Martín y a mí nos tocó volver con Santi. Raquel y él habían vuelto a discutir, y Sofía y Alba preferían irse en el coche de Vega.

Durante el trayecto hasta Alicante, Santi nos habló del ordenador que le iban a regalar. Era de

un amigo de su padre, informático, que se había comprado otro mejor y no sabía qué hacer con el viejo.

—Me tiene que avisar para que vaya a buscarlo —nos contó—. Espero que no tarde mucho, porque me muero de ganas de jugar al *FIFA.*

Aparcamos en la puerta de Martín. Casi habíamos terminado de descargar cuando a Santi le sonó el busca.

—Cojonudo, ya tengo la dirección —dijo al comprobar la pantalla—. Giner, ¿te vienes? Así me echas un cable, que me da también el monitor y me va a costar llevarlo todo yo solo.

—Vale, chaval. —Martín guardó en su habitación el radiocasete y la mochila—. Dejamos a Blanca en su casa y voy contigo. ¿Está muy lejos?

—En Santa Pola —contestó Santi.

En cuanto pronunció esas dos palabras, lo tuve claro. Era la tarde del accidente.

—No, no, hoy, imposible. —Agarré del brazo a Martín—. Tenemos planes.

—¿Qué planes? —Mi novio me miró, extrañado.

—Pues… —Traté de encontrar algún motivo para que se quedara, pero solo me venía a la cabeza la imagen de esa escalera atravesando el cristal—. Es que me apetece pasar un rato contigo —improvisé.

—Si acabamos de estar juntos cuatro días… —Me abrazó por la cintura—. Hacemos una cosa, lo acompaño a recoger el ordenador y te llamo a la vuelta, ¿vale?

Lo miré a los ojos y sentí el miedo más atroz de toda mi vida. Si dejaba que se fuera con Santi, lo perdería para siempre. No podía ser así como terminase lo nuestro.

—Martín, por favor, no vayas —le supliqué, a punto de llorar.

—Pero ¿por qué?

—Porque tendréis un accidente.

Mi novio enarcó las cejas.

—Vaya tontería. —Santi soltó una carcajada.

—Tengo un mal presentimiento, cariño. —Me puse la mano sobre el estómago.

—Blanca, tranquila, no vamos a tener ningún…

—Por favor, Martín. —Desesperada, le agarré la cara con las manos—. No te pediré nada nunca más, pero no te vayas hoy con Santi.

Me abracé a él como jamás me había abrazado a nadie. Mi respiración estaba muy acelerada y el corazón me latía a toda velocidad. Tuvo que claudicar.

—Lo siento, tío, no voy a dejarla así.

—Eres un calzonazos —murmuró Santi al subirse otra vez al coche.

Estreché a mi novio con fuerza. No lo solté hasta que el Renault 12 desapareció al final de la calle.

Pasamos a su cuarto. Las cintas que había olvidado llevarse al *camping* nos esperaban sobre el escritorio. Puso una en el radiocasete y nos tumbamos a escucharla.

Respiré hondo, nerviosa, con la vista fija en la pared. En cualquier momento me preguntaría qué me había pasado y necesitaba justificar mi reacción, pero lo único que se me ocurría era que había tenido un sueño premonitorio.

—¿Estás más tranquila? —Me hizo una caricia en la mejilla—. No sé qué te ha pasado, Blanca, pero me he asustado mucho al verte así.

Sonaba *Ironic,* de Alanis Morissette, y reparé en lo sarcástico de la situación: podía decirle cualquier cosa menos la verdad, porque, si le explicaba que era una viajera del tiempo, nunca me creería.

—Ha sido una sensación muy rara, una especie de intuición. —Intenté sonreír para quitarle importancia—. Como si hubiera visto el futuro.

—¿Y qué has visto? —preguntó muy serio.

Dudé por un instante. Me sentía incapaz de inventar una historia verosímil, así que opté por decirle la verdad. Más o menos.

—Anoche soñé que Santi chocaba contra una furgoneta en la carretera de Santa Pola. A él no le pasaba nada, pero una escalera atravesaba el cristal y se empotraba en el asiento del copiloto. —Tomé aire antes de continuar—. Esta mañana no le he dado importancia, pero, al decirnos dónde iba, me ha venido a la cabeza y me he asustado muchísimo.

Martín miró al techo y exhaló, como si acabara de visualizarlo. Luego me abrazó con fuerza.

Un rato después, ya más calmada, me llevó a casa en moto. Bajé con cuidado para no perder el equilibrio, porque iba bastante cargada con la mochila y los juegos de mesa.

—¿De verdad estás mejor, Blanca? —Se quitó el casco y colgó el mío del manillar.

—Estoy bien, cariño. —Lo besé—. Supongo que mis corazonadas solo valen para los exámenes.

—Menos mal. —Sonrió—. Por un segundo, he imaginado que ocurría de verdad y me ha dado muy mal rollo.

Estaba a punto de besarlo otra vez cuando mi madre salió del portal con la bolsa de la basura.

—Ay, hija, menos mal que estás aquí. —Se puso una mano en el pecho y respiró con alivio —. Te acaba de llamar Vega muy asustada, porque vuestro amigo Santi ha tenido un accidente.

—¡¿Cómo?! —El corazón se me desbocó—. ¿Santi está bien?

—Sí, Santi está bien —dijo mi madre—, pero menos mal que el chico iba solo, porque una escalera ha salido despedida y se ha clavado contra el otro asiento.

Me llevé la mano a la boca y ahogué un grito.

—¿Cómo cojones lo sabías? —dijo Martín a mi espalda, con un hilo de voz.

Me giré hacia él. Estaba pálido y me miraba con los ojos muy abiertos, como si no se lo creyera.

—¿Cómo sabías eso, Blanca? —repitió, aterrado. Le iba a contestar, pero extendió la mano y negó con la cabeza—. No, mejor no me digas nada más.

Se puso el casco, arrancó la moto y huyó de allí, despavorido.

CAPÍTULO 11
ACOJONADOS

Lunes, 25 de agosto de 1997

No fue un golpe fuerte o el tío tenía una flor en el culo, como decía Sofía, porque, en esta dimensión, Santi también salió ileso del accidente. Supuse que, al no sufrir daños, no se acojonó con mis supuestos poderes y solo les vio el lado positivo. Incluso me llamó un par de días después y me preguntó cuál sería el resultado del Real Madrid-Atleti, por aprovechar mis dones clarividentes para ganar en la quiniela.

Quien resultó más afectado, a pesar de no haberse subido al vehículo, fue Martín. Me había enterado por Raquel de que, después de dejarme en casa, se había ido con la moto hasta Santa Pola porque necesitaba comprobarlo con sus propios ojos. Al ver la escalera empotrada contra el asiento del copiloto, comprendió lo que había estado a punto de ocurrir y le temblaron las piernas.

Los días siguientes lo llamé por teléfono muchas veces, pero siempre había salido, estaba ocupado o, justo en ese momento, no se podía poner, y luego no me devolvía la llamada. Por muchas excusas que se inventase, era obvio que me estaba evitando.

—Dice que le das miedo porque tenías muy claro lo que iba a pasar —me contó Raquel—. Yo le he dicho que debería darte las gracias. ¿Sabes que le has salvado la vida?

Lo sabía, como también sabía que mi novio no iba en ese coche en la otra dimensión. El universo y yo no nos debíamos nada.

El lunes por la tarde, después de que Rober volviera a decirme que Martín no estaba, decidí presentarme en su casa. Me abrió la puerta mi cuñado.

—¿Blanca? Ya te he dicho que mi hermano ha salido.

—¿Puedo esperarlo aquí? —Me asomé al interior con disimulo.

—Claro, pasa, estoy solo.

Me hizo una seña para que lo acompañase. Lo seguí por el pasillo hasta su cuarto, donde sonaba por los altavoces la melodía electrónica de *De qué me sirve llorar*.

—¿OBK? —pregunté.

—Sí, me grabó la cinta Eloy. —Carraspeó, porque le tembló la voz al decir su nombre—. Me la dio en el bar irlandés y no he parado de escucharla en estas dos semanas. Soy un gilipollas.

Se acercó a la minicadena y pulsó el botón de *stop*. La habitación se quedó en completo silencio.

—¿Lo has llamado? —Me quité el bolsito y lo dejé sobre la cama.

—Aún no.

—Entonces, tienes razón, eres un gilipollas.

Rober soltó una carcajada.

—Voy a por una cerveza, ¿quieres otra? —me preguntó.

—Vale, ¿te importa si pongo algo de música?

—Adelante. —Señaló la estantería y desapareció por la puerta.

Saqué la cinta de Eloy y eché un vistazo a la fila de casetes sobre una de las baldas: la mayoría eran grabadas, con el nombre de «Varios» en el lateral como única referencia. En una de ellas, reconocí la letra de Martín y decidí probar suerte. «Si se la ha grabado mi novio, seguro que mola». Quería sacarlo de aquella inercia y que sonara otro grupo ayudaría a romper el bucle.

Metí la cinta en la pletina y pulsé el *play*. Roxette empezó a cantar *Sleeping In My Car* al tiempo que Rober regresaba de la cocina. Cogí la lata que me tendió y bajé un poco el volumen para que pudiésemos hablar.

—¿Por qué no has llamado a Eloy? —Bebí. Mi cuñado desvió la mirada—. ¿No quieres quedar con él?

—Sí, pero no es tan fácil. —Dejó su cerveza en la mesa y sacó el paquete de tabaco.

—Me parece que es mucho más fácil de lo que tú crees.

—No, no lo es. —Encendió el cigarrillo que se había puesto en la boca—. Después de lo que me dijo, llamarlo para quedar sería como pedirle una cita.

—¿Y dónde está el problema? —Me senté en el borde de la cama.

—Pues que en una cita se espera que pasen cosas. —Acercó la silla del escritorio y se sentó a horcajadas—. Y yo todavía no tengo claro si soy… —Señaló el cenicero de cristal que estaba en la mesita de noche.

—¿Si eres…? —pregunté al pasárselo.

—Gay. —Levantó un poco las cejas, como si se sorprendiera de haberlo dicho en voz alta. Dejó el cenicero en el asiento, entre sus piernas, y apoyó los antebrazos en el respaldo—. Joder, Blanca, que estoy a punto de casarme…

—¿A ti te gusta Eloy? —lo interrumpí.

Sabía la respuesta, porque veía ese brillo en su cara cada vez que hablábamos de él, pero quería que Rober lo reconociera en voz alta.

Mi cuñado dio un trago a su lata sin quitarme los ojos de encima.

—Sí —dijo al final, y asintió con la cabeza—. Me gusta. —Sonrió de manera inevitable y se rio con un resoplido, aunque enseguida se le ensombreció el rostro—. ¿Y si está con ese tío que me presentó?

—Arriésgate. —Me encogí de hombros.

—¿Y qué va a pasar con Ana? ¿Y con la boda?

—Pídele una cita a Eloy y luego decides.

—¿Y si lo soy? —Me miró fijamente—. ¿Y si soy gay, Blanca? —Dio una calada profunda —. Estoy acojonado, creo que ese es el verdadero motivo por el que no lo he llamado aún.

Puse una mano en su rodilla. Rober apagó el cigarrillo en el cenicero y me la apretó.

—¿Qué harías si no tuvieras miedo? —Clavé mis ojos en los suyos. Frunció los labios y noté que dudaba por un instante, como si no se atreviera a contestar—. Me parece que lo tienes mucho más claro de lo que crees, cuñado.

—Sí, debería enfrentarme a mis sentimientos. —Inspiró hondo y expulsó el aire por la boca —. Aunque se me parte el corazón al pensar que tengo que dejar a Ana. La quiero mucho, de

verdad. Es una chica estupenda.

Lo entendía. Elegir a uno de los dos implicaba renunciar al otro, y no era fácil soltar a una persona con la que habías compartido tanto. Pero había sido testigo de esa complicidad que tenía con Eloy y sabía que mi cuñado sería tremendamente infeliz si seguía adelante con la boda.

—La noche en que la conocí me fascinó, como a todo el mundo. —Rober sonrió con melancolía—. Ni siquiera entendí por qué quiso salir conmigo, aunque ella siempre cuenta que yo era el único que la miraba a los ojos al hablarle. —Frunció el ceño—. Joder, ¿cómo le digo a mi madre que no me voy a casar con Ana? Bueno, ni con Ana ni con nadie.

—Quizá en unos años te puedas casar con Eloy.

—¿En España? No lo verán mis ojos. —Rober se rio y yo me mordí la lengua—. Por lo menos, espero que mi hermano y tú le deis esa alegría.

Escuchamos las llaves en la cerradura y luego la voz de Martín.

—¿Hola? —saludó desde la entrada.

—¡Hola! —contestamos Rober y yo a la vez.

Retiré mi mano de su rodilla justo cuando mi novio se asomaba a la puerta.

—¿Blanca? —preguntó con una mezcla de recelo y sorpresa—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a verte. —Me levanté a darle un pico—. Como no estabas, nos hemos tomado una cerveza.

Señalé con la cabeza a Rober, que alzó su lata y se la acabó de un trago.

—Pero ¿habíamos quedado hoy? —Martín parecía un poco confuso.

—No, últimamente me resulta complicado hablar contigo —contesté. Bajó la vista, avergonzado.

—Bueno, chicos, yo voy a hacer una llamada. —Rober arrugó la lata vacía con la mano y se levantó—. Blanca, me ha encantado la charla, como siempre. —La tiró a la papelera y me guiñó un ojo antes de salir.

Mi novio lo siguió con la mirada por el pasillo, hasta que oímos que se cerraba la puerta del salón.

—¿Vamos a tu cuarto? —le pregunté. Asintió con la cabeza.

Me senté en la cama al entrar en su habitación. Martín dejó el casco sobre la mesa y cambió de sitio un par de cintas de la estantería. Lo notaba nervioso, evitaba mirarme a la cara, como si le diera miedo.

—Tranquilo, no te voy a hacer nada. No soy la de la peli de *Carrie* —bromeé.

Esbozó una media sonrisa.

—El libro es mejor —contestó.

—Siempre lo es.

Se dio la vuelta y se apoyó contra el borde del escritorio, con la mirada fija en el suelo. Tomó aire.

—Perdóname, Blanca. He estado a punto de llamarte muchas veces, pero, en el último minuto, me echaba atrás. Sigo un poco acojonado…

Levantó la vista hacia mí. Alcé los hombros porque no sabía qué contestarle: a mí me ocurriría lo mismo si estuviese en su posición.

—¿Cómo sabías lo que iba a pasar? —me preguntó, muy serio.

—Lo soñé, ya te lo dije.

—Pero eran demasiados detalles. —Se frotó la cara, avanzó unos pasos y se puso en cuclillas delante de mí—. Esa tarde me fui a ver el accidente. La policía dijo que menos mal que me habías convencido para que no fuera en el coche, porque no me habría salvado. —Exhaló con

fuerza—. Y pensar que podría haber estado ahí…

—¿Entiendes por qué me puse tan nerviosa?

—Era más que eso. Estabas aterrada, como si tuvieras la certeza de que iba a ocurrir.

—Me imaginé que te perdía y me acojoné. —Le pasé los dedos por el pelo.

Martín cerró los ojos. Al instante, los abrió, como si acabara de darse cuenta de algo.

—¿Y Vega? —preguntó, suspicaz—. En su coche también dijo no sé qué de un accidente.

—Cariño, Santi conduce fatal, no era raro que algún día ocurriera una cosa así. —Al ver que dudaba, añadí—: ¿Cómo íbamos a saberlo, si no? ¿Crees que hemos viajado en el tiempo? —Solté una carcajada.

—Tienes razón. —Martín sonrió y se levantó para darme un abrazo. Me puse en pie y lo estrujé con fuerza.

—Supongo que hay cosas que no tienen explicación, solo suceden —le dije—. Quizá yo tenía que soñarlo para que tú no fueses en ese coche. —Me separé un poco de él, que me abrazaba la cintura.

Al levantar la mirada, Martín me sonrió de esa manera suya tan especial.

—Gracias, Blanca.

Le devolví la sonrisa, acariciándole la sien. Él ladeó la cabeza y se acercó a mi boca, yo cerré los ojos y entreabrí los labios.

Nos besamos con todas las ganas contenidas de la última semana. Aún me costaba asimilar lo que había estado a punto de ocurrir, pero no podía alegrarme más de que el accidente de Santi se hubiera quedado en una mera anécdota.

—Por cierto, ¿sabes que Vega también tiene corazonadas? —me contó Martín al separarnos —. Pero a ella le ocurre con los partidos de fútbol. David dice que, cuando pasa eso, es mejor no apostarse nada. Está harto de perder siempre.

«¿Premoniciones futboleras? —Me eché a reír—. Típico de Vega».

CAPÍTULO 12
LA VERBENA

Viernes, 5 de septiembre de 1997

Bajé a la calle cinco minutos antes de la hora para que Rober no tuviera que tocar el timbre. Era el fin de semana de las fiestas de su pueblo y mi cuñado se había ofrecido a llevarme en coche.

—¿Y Martín? —le pregunté, extrañada de que no viniera con nosotros.

—Me ha dejado la mochila y se ha ido con su moto. Dice que la necesitáis para moveros por allí. ¿Son de La Murciana? —Señaló la bandeja de pasteles que había comprado mi madre para que no me presentase con las manos vacías—. A mi padre le van a encantar.

Le pasé mi bolsa de viaje, que guardó en el maletero. Nos subimos al vehículo y me abroché el cinturón. Al arrancar el motor, se conectó la radio.

—Pon la música que quieras, en la guantera hay cintas.

—La radio está bien —contesté.

Sonaba *Laura no está*. La canté en voz baja mientras Rober salía de la ciudad y tomaba la autovía. Hacía al menos veinte años que no la escuchaba, pero debía de tenerla guardada en algún rincón de la memoria, porque la iba recordando verso tras verso, como por arte de magia.

Y, desde Italia, lo último de Nek, que ha sido la entrada más fuerte en lista esta semana…, dijo el locutor.

Mi cuñado enarcó las cejas.

—¿Una semana y ya te la sabes entera?

—Tengo mucho tiempo libre hasta que empiece la universidad. —Me encogí de hombros. Bajé un poco el volumen y lo miré con atención—. Por cierto, ¿no vas a contarme qué tal te fue con Eloy? Dime que no saliste corriendo…

—Tardabas demasiado en preguntarme. —Rober soltó una carcajada—. Tranquila, esta segunda vez ha sido mucho mejor. —Me miró de reojo—. Y no me fui, me quedé a dormir en su casa.

—¡¿En serio?!

Mi cuñado asintió y una sonrisa le iluminó la cara.

—¿Sabes, Blanca? Siempre me ha maravillado esa conexión tan física que tenéis mi hermano y tú, como si no pudieseis quitaros las manos de encima. Quizá me sorprendía tanto porque, hasta esa noche, nunca había sentido algo así. —Se quedó en silencio, como si estuviera recordando—. No es la primera vez que me acuesto con alguien, lo he hecho un montón de veces

con Ana, pero supongo que es muy diferente con la persona correcta. —Se giró hacia mí un instante—. Ahora entiendo de qué va eso del sexo que os lleva tan locos a los demás.

Sonreí con él. Estaba muy contenta de que hubiera admitido lo que sentía por Eloy. A partir de entonces tendría que tomar un montón de decisiones difíciles, pero merecería la pena, porque nunca lo había visto tan ilusionado.

Llegamos al pueblo. Rober aparcó en la calle frente a su puerta, en la que mi novio hablaba con una chica morena y bajita que se fumaba un cigarro. Al salir del coche, se giraron hacia nosotros.

—Hola, preciosidad. —Martín me tomó de la cintura y se agachó a darme un pico—. Mira, te presento a Gema.

—Encantada. —Me acerqué a saludarla con dos besos, pero se puso el cigarro en la boca y tuve que dar un paso atrás para no quemarme.

—¿Esta es tu novia? —Me miró de arriba abajo exhalando el humo. Tiró la colilla al suelo y la aplastó con el pie—. Giner, nos vemos en la plaza a las cinco.

Se dio media vuelta y se marchó.

Enarqué las cejas, sorprendida ante su reacción. Había dado por hecho que sería una chica encantadora, pero parecía que me equivocaba. Martín se encogió de hombros, como si disculpara a su amiga.

Nos acercamos al coche a por las mochilas. Cogí también la bandeja de pasteles que había dejado sobre el asiento.

—¿Son de La Murciana? —me preguntó—. Le van a encantar a mi padre.

Crucé la mirada con Rober y a los dos nos entró la risa.

—No se puede negar que somos hermanos. —Presionó el mando para cerrar el coche—. Vamos, que son casi las tres y me muero de hambre.

Por la tarde, nos reunimos en la plaza con los demás. Todavía estaban montando el escenario y la iluminación, pero las barras y las neveras ya estaban listas. Solo faltaba llenarlas.

Martín me presentó a sus amigos. Por suerte, parecían bastante majos y enseguida congeniamos. Cargamos las neveras de hielos, cervezas y refrescos, y organizamos las botellas de alcohol. Como éramos muchos, acabamos pronto. Abrimos un par de cervezas de litro y las repartimos en unos vasos de plástico, mientras esperábamos a un tal Juanjo, que tenía que traer las nuevas camisetas de la peña.

Unos cuantos se acercaron a charlar: Martín les hablaba mucho de mí y todos tenían curiosidad por conocerme.

Todos, menos Gema, que nos miraba desde el banco, comiendo pipas.

—Giner, ven que te cuente una cosa de esta noche —lo llamó. Mi novio resopló y me avisó de que volvía enseguida.

Me puse a hablar con tres chicas que también pasaban a la universidad ese año. Siempre habían vivido en el pueblo, pero, en septiembre, alquilarían un piso en Alicante y estaban muy emocionadas. Iba a ser un cambio brutal.

Miré alrededor hasta encontrar a Martín. Sentado en el banco, compartía un cigarrillo con Gema. Me despedí de las chicas y caminé hacia allí. Al llegar junto a él, me tendió la mano y me senté de lado sobre su regazo.

—¿Has fumado? —Le pasé un brazo por los hombros y él me rodeó la cintura—. Si hemos dejado de…

—Por Dios, tía —me cortó Gema, que puso los ojos en blanco—, es solo un cigarro, no pasa

nada.

—Pero habíamos aguantado dos meses sin fumar y esto lo echa por tierra —repliqué.

—Blanca, no me regañes como si fueras mi madre. —Mi novio trató de hacer una gracia para destensar el ambiente.

Gema exageró una carcajada. Al ver mi cara, Martín se dio cuenta de que había metido la pata y trató de recular.

—Estoy de coña, preciosidad. —Se acercó a darme un beso, pero me levanté y fui con Rober.

Pensaba que mi novio me seguiría; para mi sorpresa, se quedó sentado con Gema.

—No se lo tengas en cuenta. —Mi cuñado me pasó la litrona para que rellenara mi vaso.

—A veces parece un crío. —Resoplé.

—Tiene diecinueve, es un crío. —Rober sonrió—. De hecho, los dos lo sois, aunque tú me tienes descolocado, cuñadita.

—¿Por qué lo dices?

—¡Eh, marica! —gritó alguien, y nos giramos, sobresaltados.

Abucheaban a un chico rubio que cruzaba la plaza. Era alto y delgado, no tendría más de dieciséis o diecisiete años y llevaba una camiseta de rayas rosas. Un par de chavales tararearon la musiquilla de *Maricón de España*, de un especial de Nochevieja de Martes y Trece. Al oírlos, fijó la vista en las baldosas y apretó el paso.

Cruzó la calle tan distraído que un coche que llegaba embalado estuvo a punto de atropellarlo.

—¿Dónde vas tan rápido, Mariano? —El conductor frenó en seco y se bajó del vehículo—. ¿Has quedado con tu novio? ¡Pero no te vayas corriendo, julandrón! —le gritó entre risas.

—Ya está aquí Juanjo —dijo una de las chicas universitarias.

Torcí el gesto; me parecía un auténtico impresentable.

Los chavales que se habían reído de Mariano sacaron del coche las bolsas con las camisetas, las apoyaron en uno de los bancos y las repartieron.

—¿Amarillas? Nos van a comer los mosquitos —se quejó Gema.

—Así se nos ve mejor. —Juanjo se encogió de hombros, hizo una bola con las bolsas y se acercó a coger otra cerveza de las neveras—. ¿Qué queréis hacer ahora?

—Podríamos jugar a la botella —propuso Gema. Al instante, supe que terminaría mal.

—Creo que no es una buena idea —le contestó Martín al ver mi cara.

—¿Qué pasa, Giner? ¿Tu madre no te deja? —se rio ella.

—Yo no tengo ningún problema —respondí, mirándola fijamente.

—Pues vamos a jugar. —Se bebió lo que quedaba en la litrona y la colocó en el suelo. Hizo una seña a los demás para que se sentaran en círculo.

Mi cuñado fue el primero. La botella dio unas cuantas vueltas y apuntó a Juanjo.

—Con tíos no cuenta. —Rober se rio y la volvió a girar. Alcé las cejas cuando se paró frente a mí. —. No voy a besar a Blanca, es la novia de mi hermano… —Fue a tirar otra vez, pero Gema lo sujetó.

—O la besas a ella, o besas a Juanjo.

Rober vaciló un segundo.

—¿Te lo estás pensando, cabrón? —Juanjo soltó una carcajada—. Joder, macho, no me seas mariconazo.

Conocía a mi cuñado lo suficiente para saber que no lo haría por no molestarnos ni a su hermano ni a mí, pero, después de lo que había pasado con Mariano, no tenía ganas de que le cantasen la misma cancioncita.

Bebí de mi cerveza y me acerqué a darle un pico.

—Hecho —concluí.

—Vaya beso de mierda —se rio Gema.

Puse los ojos en blanco. Dejé mi vaso en el suelo, tomé a Rober de la nuca y le di un beso más largo, mordisqueando sus labios con suavidad.

Alguien silbó y Juanjo se echó a reír. Mi cuñado se tensó, incómodo. Al separarnos, noté cómo se ruborizaba. Crucé la mirada con Martín, que estaba desconcertado.

—Es solo un beso, no tiene importancia —traté de justificarme. Rober agarró la litrona y le dio un buen trago.

Jugó una de las universitarias, que tuvo que besar a Juanjo. Otra de ellas, a su ex. Y por el lote que se dieron un chico y una chica que se odiaban, parecía que muy pronto iban a pasar de ser enemigos a amantes.

Llegó el turno de Gema y contuve la respiración. La botella dio varias vueltas en el suelo, hasta que, al final, se detuvo.

«Mierda». Cerré los ojos un segundo y apreté los puños con fuerza. Gema sonrió.

—Giner, qué suerte has tenido —dijo con sorna.

—Creo que es mejor que dejemos aquí el juego. —Martín me miró de reojo.

—¿Dejarlo? Pero si es solo un beso, ¿o no?

Le hablaba a él, pero sabía que me lo decía a mí. Y, entonces, me di cuenta de que había caído en su trampa: al besar a mi cuñado, le había dado carta blanca a Gema para hacer lo mismo.

«No te rayes, Blanca, que no te lo note». La seguí con la mirada mientras se subía a horcajadas encima de Martín. Inspiré hondo, traté de mantener mi cara de póquer.

—Acabemos cuanto antes —le dijo él con hastío.

Gema le agarró la cara con las dos manos y le comió la boca. Empezó despacio, pero después le metió la lengua hasta la garganta. Me vino a la mente el recuerdo del año anterior, cuando se enrolló a mi espalda con aquella chica del instituto, la que tenía un lunar en la barbilla.

Me entraron ganas de llorar, como si regresara el trauma de lo que había pasado con Nacho en la otra dimensión. Que me rompieran el corazón era mi mayor miedo, y me aterraba que volviese a ocurrir.

Le robé el cigarro a mi cuñado. Hacía un montón que no fumaba y me dio un ataque de tos. Al oírme, Martín apartó a Gema con brusquedad.

—Vale, ya está. —Le dio unas palmaditas en los muslos para que se levantara. Gema se incorporó, me miró con expresión triunfante y caminó hasta su sitio.

Mi novio vino a sentarse junto a mí.

—Creía que habíamos dejado de fumar —bromeó al verme con un pitillo en la mano.

—Creía que por un cigarro no pasaba nada —le respondí, cortante.

Martín suspiró y bajó la cabeza, como si estuviera avergonzado.

—Tú has besado a mi hermano —murmuró.

—No es lo mismo —dije en voz baja—. Tu hermano es… familia.

—Para mí, Gema también lo es —se apresuró en añadir.

No contesté. Di otra calada para tranquilizarme.

Martín se acercó a darme besitos en el cuello y me hizo cosquillas.

—No te enfades conmigo, preciosa, que estamos en fiestas.

—Joder, esa es la peor excusa que he oído nunca. —Traté de aguantarme la risa, pero se me escapó.

Al ver que ya no estaba tan molesta, pasó un brazo por mi cintura y me acercó a su cuerpo.

—¿Hacemos las paces? —me susurró al oído. Lo miré de reojo y asentí.

Se acercó a darme un beso. Fue uno lento, cariñoso, que alejó todos mis viejos fantasmas.

Al separarnos, Gema me observaba muy seria.

Esta vez no me corté. Apoyé la cabeza en el hombro de Martín y sonreí victoriosa.

Unas horas después, disfrutábamos de la verbena. Había venido mucha gente de los pueblos vecinos y el ambiente estaba muy animado.

De noche no parecía la misma plaza en la que habíamos jugado a la botella. A un lado estaba la enorme barra que habían montado los de la peña; al otro, un puesto de churros que impregnaba el aire con ese olor tan característico. Enganchadas de farola a farola, ristras de bombillas de colores se alternaban con banderas de papel de todos los países del mundo.

—*Quiero ser el único que te muerda la boca.* —Martín metió las manos en los bolsillos traseros de mi pantalón. Le eché los brazos al cuello y canturreamos juntos—: *Quiero saber que la vida contigo no va a terminar…*

Sobre el escenario, un cuarteto, formado por dos chicas y dos chicos, interpretaba su propia versión de *Sin documentos*, la canción de Los Rodríguez. Ellas, con minivestidos de lentejuelas doradas; ellos, con chalecos color oro, como el resto de los músicos. Parecía un anuncio de Freixenet. En cualquier momento aparecería algún famoso para felicitarnos las fiestas.

Como la barra estaba tranquila, mi novio había aprovechado para venir a bailar conmigo o, al menos, a intentarlo, porque Martín siempre había sido más de lentas.

—Muchas gracias, señores y señoras. Vamos a hacer un descanso de veinte minutos y enseguida volvemos. ¡Somos… la Orquesta Golden!

«¿Golden? —Me reí—. Se lo han tomado al pie de la letra».

Bajaron del escenario y se echaron un cigarrillo. La gente aprovechó para ir a pedir una copa. Desde el otro lado de la plaza, Gema le hizo una seña.

—Me toca volver, ¿te pongo algo?

Me tendió la mano y lo seguí hasta la barra. Martín pasó al interior, con los demás; yo me quedé fuera, apoyada en un lateral.

Por una de las entradas de la plaza, apareció Rober. Llevaba unos vaqueros negros y la camisa blanca arremangada, de la que se había desabrochado un par de botones de más. Estaba recién duchado, con el pelo todavía húmedo, y olía a perfume.

—Qué guapo te has puesto, cuñado.

—He quedado en media hora con Eloy. —Sonrió con timidez.

Le devolví la sonrisa, y le hice una caricia en el brazo.

—Toma, preciosa. —Martín dejó sobre la barra un cubalitro de *whisky* con limón. Rober y yo nos separamos, sobresaltados—. ¿Tú quieres algo? —le preguntó a su hermano.

—Nos lo tomamos a medias —respondí yo por él.

Martín asintió, se inclinó sobre la barra y me dio un beso muy efusivo antes de irse. Me sonrojé. Agarré el vaso con ambas manos y di un buen trago para disimular. A Rober se le escapó la risa.

—Aquí estamos otra vez para seguir disfrutando de la noche con ustedes. —Una de las cantantes tomó el micrófono y se dirigió al público mientras el resto de los componentes ocupaban sus puestos—. Somos… ¡la Orquesta Golden! —Las luces del escenario parpadearon y todo el mundo aplaudió con entusiasmo.

Comenzaron a cantar una versión de *Duro de pelar*, de Rebeca. Al oír las primeras notas,

Mariano y un amigo soltaron un gritito y corrieron a bailar al centro de la plaza.

Debía de ser uno de sus temas favoritos, porque se lo sabían a la perfección. Cantaban la letra a voces y movían el puño en círculos a la altura de la cabeza, como en la coreografía.

A nuestro lado, Juanjo y otros tres chicos se rieron. Parecían estar bebidos o colocados de algo más. Rober frunció el ceño. Sacó el paquete de tabaco y me ofreció un cigarro, pero lo rechacé.

—Me parece que va a haber movida —murmuró mi cuñado al encendérselo.

Removí el cubalitro con la cañita y fijé la vista en ellos. Con los pulgares en los bolsillos, caminaron hacia el centro de la plaza y rodearon a los otros dos. Se pusieron a bailar, emulando sus movimientos de forma grotesca.

El amigo paró al instante, pero Mariano se envalentonó. Se contoneó y añadió pasos más complicados, como si fuera uno de los bailarines del videoclip.

De pronto, se cambiaron las tornas y no quedaba muy claro quién se burlaba de quién. Aunque quisieran ridiculizarlo, cuanto más bailaba Mariano, más destacaba entre los demás. Se notaba que tenía talento. La gente dejó de mirar al escenario para rodearlo.

Percibí su sonrisa de satisfacción. Era su minuto de gloria y lo estaba disfrutando. Cuando se inclinó hacia delante, se palmeó las nalgas y los demás lo imitaron, toda la plaza se cachondeó. Al darse cuenta de que el pitorreo era por ellos, Juanjo se detuvo en seco.

—A tomar por culo… ¡El maricón, al pilón!

Agarraron a Mariano entre los cuatro. Lo llevaron en volandas por la plaza y lo tiraron dentro de la fuente. Su amigo fue detrás.

La mayoría se echó a reír. Otros se encogieron de hombros y comentaron que eran cosas de chavales. Rober frunció el ceño.

—Voy al servicio —me avisó, y se abrochó los botones de la camisa.

Me giré hacia el interior de la barra y busqué a Martín. Estaba al fondo, sacudiendo una bolsa de hielos para que se despegaran unos de otros. Al darse cuenta de que lo miraba, me guiño un ojo. Le sonreí.

Cuando me volví otra vez, alguien golpeó mi cubalitro. El líquido helado me cayó por encima y me hizo soltar un grito de la impresión.

—¿Te presentas al concurso de Miss Camiseta Mojada? —Gema puso los brazos en jarras y ladeó la cabeza. Sus amigas soltaron una risita.

La rabia me subió desde el estómago. Aquello ya pasaba de castaño oscuro.

—¡Gilipollas, ¿de qué vas?! —le grité, furiosa.

Martín soltó la bolsa de hielos y corrió hacia nosotras. Se interpuso entre las dos.

—Por favor, cariño. —Negó con la cabeza, como si me pidiera que no entrase en su juego.

—Se te ve el sujetador. —Gema se asomó desde su espalda—. Giner, controla a tu novia, que va provocando a todo el pueblo.

Martín miró mi escote y yo bajé la cabeza. Mi top blanco estaba empapado y, por lo que parecía, también mi ropa interior. Pellizqué la tela con ambas manos y la separé del cuerpo. Martín se quitó su camiseta.

—Toma, póntela —Se volvió hacia Rober, que acababa de regresar—. Acompáñala a casa para que se cambie.

—Sé llegar yo sola —refunfuñé.

—¡Joder, Blanca, ¿puedes hacerme caso por una vez?! —Elevó la voz, nervioso, y yo alcé las cejas. Martín se pasó la mano por el pelo y suavizó el tono—. Por favor, deja que te acompañe mi hermano. —Se volvió hacia Gema, que puso morritos al encontrárselo a pecho

descubierto—. Y tú, ven, tengo que hablar contigo.

—Claro, Giner, así me terminas el *striptease*.

Martín resopló, la agarró de la mano y se la llevó hacia uno de los callejones. Ella levantó la otra e hizo con los dedos la señal de la victoria. Sus amigas aplaudieron.

Tardé unos segundos en asimilar lo que acababa de ocurrir. «¡¿Me deja aquí y se va con ella?!». Como la gente empezó a murmurar, me puse su camiseta por encima.

—Blanca, vamos a casa y te cambias. —Rober me puso la mano en la espalda e hizo una seña con la cabeza.

Caminamos en silencio, con la vista clavada en el suelo. La calle estaba desierta y el ambiente resultaba un poco estremecedor. Me alegré de no estar sola, aunque estaba muy enfadada porque Martín se hubiera marchado con Gema en vez de venir conmigo.

—Ha ido a echarle una buena bronca —dijo Rober, como si me leyera el pensamiento—. Por si te planteabas otra cosa.

«Cojonudo, encima soy transparente para mi cuñado».

—No le he hecho nada para que me odie tanto —respondí.

—Te envidia.

—No lo parece.

—Gema lleva enamorada de Martín desde que tenían doce años. Todo el mundo lo sabe —contestó Rober—. Y se ha liado con todos los chicos del pueblo para poner celoso a mi hermano. También lo sabe todo el mundo.

—¿Alguna vez le ha funcionado? —le pregunté, nerviosa.

—No. —Rober soltó una carcajada—. A Martín nunca le ha gustado Gema de esa forma.

—¿De verdad no han tenido nada?

—No, que yo sepa. Gema es solo una buena amiga. —Rober metió las manos en los bolsillos del pantalón—. Es probable que ella albergue la esperanza de convertirse en algo más, porque mi hermano nunca ha sido tajante en ese asunto, pero lo conozco y sé que no lo ha hecho por no hacerle daño. —Se giró hacia mí—. Está loco por ti, Blanca.

Llegamos a su calle, Eloy lo esperaba, apoyado en el coche. Al vernos, sonrió.

—¿Te importa darme diez minutos? —me preguntó Rober—. Me gustaría hablar con él.

—Tranquilo, voy a cambiarme —contesté.

Abrí la puerta. No había nadie en casa porque sus padres estaban en la verbena. Subí a la habitación y me quité las dos camisetas. El sujetador se había empapado y tenía la piel pringosa por culpa de la Fanta de limón. También me había salpicado el pelo y algunos mechones estaban pegajosos.

—Hija de puta… —murmuré.

Fui al baño y me miré en el espejo. No tenía mal aspecto, pero estaría más cómoda si me duchaba antes de vestirme otra vez. «Así no tengo que volver a la verbena oliendo a *whisky*». Abrí el grifo para que se calentara el agua y me desnudé.

Al salir de la ducha, me envolví en la toalla enorme que mi suegra había dejado para mí. Escurrí bien mi melena y me limpié los churretes de rímel con leche desmaquillante. «Voy a tener que pintarme otra vez». Froté el espejo empañado, recogí la ropa del suelo y crucé el pasillo deprisa hasta la habitación.

Saqué el neceser y una muda limpia de un cajón, y rebusqué en el armario, porque no sabía qué ponerme. Acababa de elegir un vestidito negro de tirantes cuando se abrió la puerta y me sobresalté. Era Martín.

—Joder, qué susto me has dado. —Me llevé una mano al pecho.

—Lo siento. —Cerró detrás de él—. ¿Estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo? Solo se ha reído de mí todo el pueblo —respondí, sarcástica.

—Nadie se ha reído de…

—Gema sí —lo corté, ajustándome la toalla—. Y sus amigas también. Estoy harta de ella, no ha parado de hacerme la vida imposible desde que he llegado, pero parece que tú no lo quieres ver.

—Blanca, no quiero discutir también contigo. —Resopló frustrado—. Me pongo una camiseta y me voy, que los he dejado tirados en la barra. —Abrió la puerta para marcharse.

—Muy bien, vete, ¡vete con tu amor! —le grité, y me mordí los labios porque la voz me temblaba.

Martín se dio la vuelta.

—¿Estás celosa?

—No. —Crucé los brazos, alcé la mirada y abrí mucho los ojos, iba a ponerme a llorar.

—No me gusta Gema, ¿lo sabes? —Se acercó despacio. Me encogí de hombros mientras contemplaba el techo—. Mírame, Blanca, por favor. —Bajé la cabeza y clavé mis ojos en los suyos—. No me gusta Gema —repitió, y me acarició la mejilla—. Es mi amiga y le tengo cariño, pero no tiene nada que ver con lo que siento por ti.

»Esta noche he sido muy claro con ella. Le he dicho que estoy enamorado y que nada de lo que haga lo cambiará. Que valoro su amistad, pero que tú eres muchísimo más importante, y que no voy a consentirle más tonterías.

Volví a ajustarme la toalla y miré al suelo, sin saber qué responder. Siempre había sido de terminar bruscamente con todo, no tenía mucha experiencia en ese tipo de declaraciones.

—Te quiero. —Me tomó de la barbilla. Lo miré a los ojos y repitió—: Te quiero, Blanca, no sabes cuánto.

«Yo también te quiero», pensé, y me temblaron las piernas al darme cuenta de lo que significaba. Me acababa de enfrentar a lo que sentía por Martín y todavía necesitaba asimilarlo.

Se inclinó sobre mí. Le eché los brazos al cuello y se me resbaló la toalla. Quise agacharme para recogerla, pero rodeó mi cintura y me atrajo hacia su cuerpo.

Me besó con ansia, como si necesitara mostrarme que decía la verdad. Le correspondí con las mismas ganas, algo abrumada por mis sentimientos.

Me encontraba completamente desnuda, y no solo de manera literal. Era vulnerable. Durante el último año, Martín había conseguido derribar mi muro de autoprotección. Lo había dejado entrar, solo podía confiar en que no iba a hacerme daño.

Bajó las manos por mi espalda, me agarró de las caderas y me impulsó hacia arriba para cogerme en brazos. Rodeé su cintura con mis piernas; lo besé con tanta desesperación que me faltaba el aire.

Avanzó un par de pasos y me depositó sobre la cómoda. Me rocé con suavidad contra su pecho y un gemido escapó de mis labios.

—Dios, Blanca… —susurró lleno de deseo, y presionó entre mis muslos con su cadera.

—¿Aún tienes ese condón? —pregunté. Asintió, respirando por la boca—. Dámelo.

Sacó la cartera del bolsillo trasero y me lo pasó. Miré de reojo a la puerta mientras intentaba abrirlo. Las manos me temblaban de los nervios, convencida de que, en cualquier momento, entrarían su hermano o sus padres y nos pillarían.

Me costó tanto retirar el envoltorio que lo acabé rasgando con los dientes. Martín enarcó una ceja, sorprendido por aquel impulso. Se desabrochó los pantalones y le coloqué el preservativo a tientas porque no podía dejar de mirarlo a los ojos.

—Me vuelves loco, preciosa.

Pegó su frente a la mía y empujó despacio. Me arqueé con un gemido al sentirlo dentro de mí. Se quedó quieto un instante para que me acostumbrase antes de empezar a movernos.

Con la adrenalina disparada por el temor a que nos descubriesen, enseguida aumentamos el ritmo. Me aferré a sus hombros y él me agarró de las caderas. Nos movíamos con urgencia, jadeábamos en la boca del otro.

Enterré la nariz en su cuello. Olía a Martín; a su piel y a esa mezcla de gel de ducha y Aqua de Gio que me hacía desearlo tanto. No había dejado de ponerse ese perfume desde que sabía lo mucho que me gustaba. Gemí, ahogando el sonido contra su hombro por miedo a que nos escuchasen

Al notarlo, se movió más rápido. Clavé los dedos en su espalda, mi cuerpo se tensó y supe que iba a explotar. Contuve un grito cuando el orgasmo me sacudió de abajo arriba. Él empujó tres o cuatro veces más antes de abandonarse.

Nos quedamos abrazados, acoplados el uno en el otro, calmando nuestra respiración. Le acaricié el pelo suavemente, él deslizó sus dedos por mi columna.

—Joder, Blanca, ¿cómo no voy a estar enamorado de ti? —susurró, y me dio un beso en el cuello antes de retirarse.

Sonreí con los ojos cerrados.

—No me jodas —soltó de repente, y me sobresaltó.

—¿Qué pasa?

—Creo que el condón se ha roto.

Abrí los ojos. Martín estaba pálido. Mi corazón latía deprisa, no me atrevía siquiera a respirar.

Bajé la cabeza despacio. A simple vista, se advertía que el preservativo estaba rajado, no había ninguna duda. Entré en pánico.

—Esto no puede estar pasando… —Descendí de un salto al suelo y crucé la habitación. Me retiré el pelo de la cara con las manos.

Recordé que ese era el truco de los viajes en el tiempo: al modificar la línea temporal, ya nada volvía a ser lo mismo en el futuro. El universo tenía un sentido del humor muy especial. Jorge había conseguido el trabajo de su vida en Connecticut; a cambio, parecía que a mí me tocaba pagarlo. Se me aflojaron las piernas. Me senté en el suelo y me puse a llorar.

—Blanca, respira, a lo mejor no ha pasado nada —planteó Martín.

Miré de reojo el preservativo. Mi novio suspiró y salió de la habitación, camino del baño.

Me cubrí la cara, pensé en Jorge y me di cuenta de que quizá nunca tendría nada con él porque, en esta dimensión, mi vida podría ser completamente distinta. Estaba muy agobiada, necesitaba salir de allí cuanto antes.

Me levanté, localicé la ropa limpia sobre la cama y me vestí deprisa. Cuando Martín regresó, ya me había colocado las sandalias.

—¿A dónde vas? —preguntó, pero me marché corriendo—. ¡Cariño, espera!

Me llamó varias veces, insistió en que tenía que escucharle, pero no me quise volver. Bajé las escaleras y abrí con ímpetu la puerta de la calle. Me di de bruces contra Rober, que estaba a punto de entrar.

—¿Qué ocurre, Blanca? —preguntó, alarmado.

—Llévame a casa, por favor. —Me agarré con fuerza a su camisa y sollocé.

Me acarició el pelo con torpeza. Debió de hacerle algún gesto a Martín, porque dejó de gritar y resopló, frustrado.

Viajamos todo el trayecto en silencio, con la mirada fija en la carretera, que a esas horas estaba medio vacía. Mi cuñado ni siquiera propuso encender la radio, pero no me importó. Estaba aturdida, tan sumida en mis pensamientos que había desconectado de la realidad.

Cuarenta y cinco minutos después, Rober detuvo su coche frente a mi portal.

—Espero que mi hermano no haya hecho ninguna tontería.

Tragué saliva y negué con la cabeza.

—Se nos ha roto el condón —respondí con un hilo de voz.

—Joder… —Rober exhaló con fuerza y alzó la vista al techo.

Entonces caí en la cuenta de que mi cuñado había vuelto solo a casa.

—¿Dónde está Eloy?

—Se ha acabado —contestó.

No quiso decir más. Le apreté la mano y salí del coche lo más rápido que pude.

CAPÍTULO 13
UNA SEÑAL

Sábado, 6 de septiembre de 1997

Al abrir los ojos a la mañana siguiente, lo primero que hice fue comprobar mi muñeca. Como no encontré la pulsera, miré alrededor, desubicada. «Si se supone que es el fin de semana de las fiestas, ¿por qué no estoy en casa de Martín?».

Poco a poco, regresaron a mi mente los sucesos de la noche anterior, desde la bronca con Gema hasta el susto que se habían dado mis padres cuando llamé al timbre a la una de la madrugada. Con las prisas por irme del pueblo, ni siquiera se me había ocurrido coger las llaves.

Recordé lo del condón y me tapé la cara con las manos. Al llegar a casa, dije que me había peleado con Martín, sin entrar en más detalles. A mi madre no le bastó y quiso seguir indagando, pero mi padre opinó que era muy tarde y que ya hablaríamos por la mañana.

Inspiré hondo antes de levantarme, iba a ser un día movidito.

Entre en la cocina, olía a pan tostado y a café recién hecho. Sentada a la mesa, mi madre ojeaba una revista.

—Buenos días. —Me acerqué a darle un beso.

—¿Mermelada y mantequilla? —Me ofreció una tostada, pero la rechacé.

—No tengo hambre. —Tomé asiento—. Con el café está bien.

Llené la taza hasta la mitad y la completé con leche. Le pedí que me acercara el azúcar.

—¿No me vas a contar lo que pasó? —preguntó, y observó cómo la removía.

—Ya te lo dije ayer. —Di un sorbo—. Nos enfadamos.

—Tuvo que ser algo gordo para volver a casa a esas horas.

Desvié la mirada. No me gustaba mentirle, pero no iba a decirle la verdad. Al menos, mientras pudiera evitarlo.

—Hija, qué poca confianza tienes con tu madre. —Suspiró y dio un mordisco a su tostada.

Sonó el teléfono y me levanté a cogerlo. Esperaba que no fuera mi novio, porque aún no estaba preparada para hablar sobre lo ocurrido, menos aún con mi madre merodeando.

Al descolgar, escuché un ruido de monedas, como si llamasen desde una cabina.

—¿Blanca? —preguntó al otro lado de la línea.

Me agobié tanto que colgué sin decir nada. A los pocos segundos, volvió a sonar.

—Creo que se ha cortado…

—Perdona, Martín, pero no es un buen momento.

Y antes de que pudiera contestarme, colgué otra vez.

Esperaba una tercera llamada, pero debió de quedarse sin dinero suelto. «Es mejor que hablemos esta tarde, cuando no haya gente en casa», me justifiqué, porque me sentía la peor novia del mundo. Regresé a la cocina y me terminé el café.

Casi una hora y media más tarde, llamaron de nuevo. Por suerte, esta vez era Vega. Me llevé el teléfono al baño.

—Blanqui, ¿cómo estás? David me ha contado lo que os ha pasado… con el condón. —Las tres últimas palabras las dijo entre susurros, supuse que tapando el auricular.

—¿Te lo ha contado David? —pregunté, extrañada.

—Sí, a ver… —Vega se intentó justificar—. Tu novio ha llamado al mío porque estaba muy nervioso y necesitaba desahogarse, pero le ha pedido que no se lo dijera a nadie. Y, bueno, él me lo ha contado a mí, pero le he prometido que sería una tumba así que, por favor, no le digas que te lo he dicho. ¡Y a Martín tampoco!

Inspiré hondo y me presioné el puente de la nariz.

—Estoy jodida —contesté.

—¿Qué vas a hacer, Blanqui?

—¿Qué voy a hacer? —Solté una risa nerviosa—. No puedo hacer nada, todavía no existe la píldora del día después. Esto es una pesadilla.

Nos quedamos en silencio unos instantes.

—Martín cree que vais a cortar —dijo Vega.

—¿Y por qué?

—Porque no quieres hablar con él.

—Lo que me faltaba. —Resoplé con fuerza—. Tía, desde anoche, no he parado de dar vueltas a las diferentes formas en las que este marrón afectará a mi futuro y, al mismo tiempo, no tengo certeza de que ninguna vaya a suceder. Estoy agobiada y necesito calmarme para poner las cosas en perspectiva, todo está fuera de mi control… —Me separé de la oreja el auricular para comprobar que no se oía a nadie cerca y le pregunté bajito a mi amiga—: ¿Tú sabes cuánto tengo que esperar para hacerme un test de embarazo?

—Quince días, creo —contestó—. Cómo me jode no tener internet, esto con Google se resolvía enseguida. Sofía lo sabrá, ¿quieres que la llame?

—No, creo que es mejor no hablar de embarazos con ella. Al menos, por ahora.

Escuché ruidos al otro lado de la puerta. Supuse que mi madre intentaba enterarse de la conversación y decidí que era mejor terminar la llamada.

—Vega, tengo que colgar, si quieres hablamos esta tarde, que se van mis…

—Espera, Blanqui —me interrumpió—. Necesito que me hagas un favor muy grande.

—Tu dirás.

—He quedado mañana para tomar café con Rubén. —Antes de que le respondiera, repitió—: Para tomar café, nada más. Y necesito que me cubras, porque le he dicho a David que voy a quedar contigo.

—No me jodas, Vega —resoplé—. Creía que tu ex estaba superadísimo.

—Bueno, ya sabes que hemos hablado estas semanas, y me da la impresión de que ha cambiado —se justificó—. Mira, Blanca, David se merece que lo elija totalmente convencida y, ahora mismo, siento que aún necesito cerrar ese ciclo con Rubén, comprobar que dejarlo fue la decisión correcta. Si esa historia se queda pendiente, creo que acabará rompiendo mi relación con David, porque siempre me quedará la duda de qué habría pasado si… —Mi amiga hizo una pausa—. Yo sé que, en el fondo, tú me entiendes.

«Cabrona». Apoyé la cabeza en la pared.

—Sí, te entiendo —admití, porque yo también tenía cosas pendientes en el futuro—. Pero solo te voy a cubrir una vez, así que date prisa en cerrar ese ciclo.

Me dio las gracias, quedamos en hablar la noche siguiente para que me contara cómo había ido. Tras colgar, dudé si llamar a Martín, pero dieron unos golpecitos en la puerta y me preguntaron que si me faltaba mucho, así que decidí que sería mejor esperar a esa tarde, que estaría sola en casa, y podríamos hablar tranquilos.

Mis padres no se fueron hasta casi las siete. Tenían previsto ir a la primera sesión del cine, pero a última hora cambiaron de idea y prefirieron acudir a la siguiente. La espera se me hizo interminable.

Cuando por fin salieron de casa, busqué en la agenda el número del pueblo. Lo marqué y crucé los dedos para que fuese mi novio quien contestase el teléfono.

—¿Dígame? —respondió al otro lado.

—¿Martín?

—Soy Rober, cuñadita.

Resoplé, frustrada. Después de tantas semanas, aún no había aprendido a distinguirlos.

—¿Está tu hermano?

—No, iba a casa de Gema a recoger unas cintas… —Se detuvo en seco—. ¿Quieres que lo avise? Está aquí al lado, puedo acercarme a buscarlo y decirle que te llame.

«No parece muy agobiado porque vayáis a cortar —me dijo mi voz interior—. Seguro que su amiguita ya lo está consolando».

—Déjalo, es igual —murmuré—. Ya lo llamaré en otro rato.

—Como quieras, Blanca. ¿Estás bien?

—Más o menos. —Enrosqué mi dedo en el cable del teléfono—. ¿Y tú?

—Más o menos —suspiró—. Oye, te dejaste aquí tus cosas, ¿te las acerco mañana? Nos tomamos algo si quieres.

Quedamos a las seis al día siguiente. Colgué el teléfono, encendí la tele e hice un poco de *zapping*. La mayoría de las cadenas emitían una programación especial por el funeral de Lady Di y me decanté por una película sobre su vida: necesitaba distraerme para no imaginar juntos a Gema y a Martín.

Golpeé la ventanilla de su Seat Córdoba y mi cuñado se sobresaltó. Estaba recostado en el asiento, con la mirada en el techo y, por el bote que dio, parecía tener la cabeza en otro sitio.

Le señalé el seguro del coche, que estaba bajado y no me permitía abrir la puerta. Enseguida lo subió. Metió los dedos bajo las gafas de sol para frotarse los ojos y forzó una sonrisa.

—Hola, Blanca. —Me saludó con la voz ronca. Fue a bajar el volumen de la música, pero lo detuve.

Sonaba una melodía triste, tocada al piano, que, de primeras, no reconocí. Por la voz, parecía de OBK, pero me despistaba la ausencia de sonidos electrónicos.

—¿Cuál es?

—*Canción para un cobarde*, la han compuesto para mí. —Rober suspiró—. Por cierto, antes de que se me olvide… —Se giró hacia el asiento trasero y me entregó mi bolso—. Mi madre ha metido la pulsera dentro, te la dejaste sobre el lavabo. La ropa y lo demás están en el maletero.

—Siento no haberme despedido. —La saqué del bolsito y me la puse en la muñeca—. ¿Se han enfadado?

—Les dije que os habíais peleado y que te había llevado a casa —contestó Rober—. Mi madre está mosqueada con Martín porque no quiere decirle qué pasó. —Arrancó el motor—. ¿Dónde vamos, Blanca?

Tras pensarlo un instante, le indiqué la dirección del Cheers, una cafetería que solía frecuentar con mis amigas en la otra dimensión, pero a la que hacía mucho tiempo que no íbamos. Se me ocurrió que sería un buen sitio para charlar; el ambiente era agradable y tenía una zona con sofás al fondo donde estaríamos tranquilos.

Al entrar, me fijé en que Rubén estaba en la barra, así que Vega no debía de andar lejos. «Vaya ojo, ni que nos hubiéramos puesto de acuerdo», me reí. Eché un vistazo y la busqué por el local, pero no parecía haber llegado todavía. Por un instante, dudé si proponerle a mi cuñado que nos marchásemos a otro sitio, pero decidí que era mejor quedarme y tenerlos vigilados. Por si acaso.

Acabábamos de sentarnos en los sillones cuando mi amiga apareció por la puerta. En cuanto me vio, puso los ojos en blanco. Me encogí de hombros. Se acercó a la barra y saludó con dos besos a Rubén. Eligieron una mesa que no estaba demasiado lejos, podía observarlos perfectamente desde mi sitio.

—¿Qué queréis tomar? —La camarera llegó a nuestro lado.

—¿Cerveza, como siempre? —sugirió Rober.

Estuve a punto de contestarle que sí, pero recordé que había una posibilidad de que estuviera embarazada y cambié de idea.

—Agua para mí —contesté. La camarera hizo un gesto con la barbilla y se marchó.

Rober enarcó las cejas, extrañado por mi elección, hasta que pareció darse cuenta de lo que significaba.

—No me digas que estás…

—Aún no lo sé. —Negué con la cabeza—. Tengo que esperar, al menos, quince días para hacerme un test de embarazo.

—¿Y qué pensáis hacer si…?

—Ni idea —lo corté—. No quiero adelantar acontecimientos, me agobio solo de pensarlo. —Exhalé el aire, nerviosa, y desvié la mirada. Un par de mesas más allá, Vega se reía a carcajadas de algo que le decía Rubén.

—Mi hermano te quiere mucho, Blanca. Pase lo que pase, estoy seguro de que puedes contar con él.

—Lo sé, pero… —Jugué con la pulsera alrededor de mi muñeca. No le podía decir que tenía una cita pendiente con mi novio del futuro y que eso lo cambiaría todo. Otra vez esa ansiedad me recorrió por dentro. Inspiré—. Ahora mismo necesito un poco de espacio. Al menos, hasta que sepa qué va a pasar con mi vida.

—Vale, se lo explicaré a Martín, pero vendrás a la boda, ¿verdad?

—¿Hay boda? —Abrí mucho los ojos.

La camarera llegó con las bebidas. Mi cuñado fijó la vista en su cerveza.

—Es lo mejor —dijo antes de darle un trago.

—Lo mejor ¿para quién? —pregunté, echándome un poco hacia delante.

—Lo mejor para todos. —Apoyó el vaso en la mesa y sacó un cigarrillo del paquete—. ¿No viste lo que pasó con Mariano? Me muero si se lo hacen a Eloy, por eso le pedí que se fuera. —Al encenderlo, vi que le temblaban un poco las manos—. No puedo dejarlo todo por él, es una locura. La gente no es como tú.

—Te estás equivocando, Rober. —Abrí la botella de agua y la serví en la copa. Mi cuñado

alzó los hombros y se echó hacia atrás.

Me giré hacia la otra mesa. Habían dejado de reírse y se miraban el uno al otro. Rubén se inclinó despacio sobre ella y ladeó la cabeza. Vega se mordió el labio.

«¿En serio van a besarse?». Contuve la respiración, hipnotizada, mientras él se le acercaba casi a cámara lenta.

En el último instante, Vega se echó hacia atrás y Rubén alzó las cejas, desconcertado. Mi amiga murmuró algo parecido a una disculpa, se levantó como un resorte y caminó deprisa hacia los servicios.

—Vengo enseguida —le dije a Rober.

Corrí tras ella, pero no me dio tiempo a alcanzarla. Llamé a la puerta con los nudillos.

—¡Está ocupado! —dijo desde dentro con un sollozo.

—Vega, soy yo, ábreme.

La escuché sorber por la nariz, luego descorrió el pestillo.

—No me digas nada, Blanqui —me pidió al entrar, con la mano extendida—. Tienes razón, soy idiota. —Sacó un cigarrillo de su bolso y se lo encendió—. No sé en qué cojones pensaba al quedar con Rubén.

—¿Qué ha pasado? —Me apoyé en el lavabo, junto a ella.

—Nos estábamos riendo y, de pronto, me ha dicho que me echaba de menos. —Vega contemplaba el suelo—. Que nunca supo por qué rompimos tan de repente y que, si yo quería, dejaría a su novia por mí. Y me lo he creído. —Mi amiga dio una calada y me miró—. Por un puto segundo, me lo he creído, Blanqui.

»Pero, cuando se acercaba a besarme, he entendido que esto es lo que hacía con las demás. —Apretó con fuerza el cigarro entre los dedos—. Y he recordado lo mucho que sufría al no saber dónde había ido, esa impresión de creer que estaba loca porque sospechaba de cualquiera, o de sentirme una mierda cada vez que me ponía los cuernos. —Apagó la colilla bajo el grifo antes de tirarla a la papelera—. Me he dado cuenta de que tengo un novio maravilloso al que adoro, que jamás me haría nada ni remotamente parecido. —Vega suspiró—. Y he estado a punto de joderlo todo.

—No lo has hecho. —Le sonreí.

—Dios… ¡Menos mal! —Se pasó las manos por la cara y se echó a reír—. ¡No lo he jodido, Blanca! ¡No lo he jodido! —Me abrazó con fuerza, contagiándome la risa.

Dieron unos golpecitos en la puerta y nos separamos.

—¡Ocupado! —gritó Vega—. Voy a lavarme la cara y salgo a despedirme de Rubén.

—Me alegro mucho de que se haya acabado para siempre. —Me di la vuelta para descorrer el pestillo—. David es un tío estupendo, has elegido bien.

—Tú también tienes un novio fantástico. —Vega se secó con unas toallas de papel—. ¿Has venido con su hermano? No hagas ninguna estupidez, por favor.

—Tranquila. —Negué con la cabeza. Abrí la puerta y volvimos al local.

—¿Todo bien, Blanca? —me preguntó Rober cuando regresé a los sofás.

Asentí con una sonrisa. Desde su mesa, Vega alzaba la mano para pedir la cuenta a la camarera. Se pusieron en pie y se dieron un abrazo de despedida. Suspiré, feliz de que, por fin, hubiera cerrado ese ciclo.

—¡¿Nena?! —A pesar del ruido, la voz de David se escuchó por el local.

Sobresaltada, mi amiga se giró. Su novio acababa de entrar, acompañado de Sofía, que estaba igual de sorprendida que él.

—¿No habías quedado con Blanca? —preguntó, confundido. Al darse cuenta de que

abrazaba a Rubén, abrió la boca y empezó a negar con la cabeza—. No, dime que esto no está pasando de verdad —le pidió, incrédulo.

Vega se quedó paralizada, incapaz de reaccionar, como si estuviera en *shock*. Ni siquiera le salían las palabras. David repitió la pregunta. Al no obtener respuesta, se pasó la mano por el pelo, resopló con fuerza, y salió de allí.

—¿En serio, Vega? ¿Con Rubén? —le recriminó Sofía, sin ocultar su decepción—. Eres la hostia. —Se dio media vuelta y corrió detrás de David.

Vega se giró hacia mí, con los ojos muy abiertos. Llegué hasta ella y le froté el brazo con cariño para hacerla reaccionar.

—Creo que acabo de mandarlo a la mierda, Blanqui —murmuró, y se llevó una mano a la boca.

—Bueno, chicas, yo mejor me piro, que he quedado con mi novia. —Rubén dejó trescientas pesetas sobre el *ticket*—. Ya hablaremos si eso.

Lo seguí con la mirada hasta que abandonó el local.

—Es un auténtico capullo en todas las dimensiones —le dije a mi amiga—. Lo siento un montón por Dafne, no merece estar con un tío así…

—¿Os llevo a casa? —nos interrumpió Rober al acercarse a nosotras—. Le prometí a Ana que pasaría por el piso para ayudarla a colgar las cortinas.

Me tendió mi bolso y bajó la mirada. Entendí que ya había tomado una decisión.

—Sí, vámonos. —Me lo colgué al hombro y salimos los tres de la cafetería.

Esa noche, en la cama, era incapaz de dormir. No solo hacía un calor insoportable, los recuerdos de los últimos días ocupaban mi cabeza y no parecían estar dispuestos a abandonarla.

Todo se había dado la vuelta durante ese fin de semana: Rober había roto con Eloy incluso antes de empezar; Vega había mandado a la mierda su relación perfecta con David; y yo era incapaz de pensar en Martín sin plantearme qué iba a pasar con mi vida a partir de entonces. El universo se divertía con nosotros, torciendo las cosas en el momento más inesperado.

Miré la hora en el despertador. Aún quedaba un rato para que terminase *La Gramola* y escuchar música me ayudaría a conciliar el sueño. Me levanté a por el *walkman* y sintonicé M80.

Me paso el día planeando, nuestro encuentro imaginario…

Alejandro Sanz cantaba *Mi soledad y yo*, y enseguida mi mente voló con Jorge; fantaseé con nuestra cita en La Posada, ese reencuentro tan esperado que quizá no se produjera jamás.

Terminé la canción con un nudo en la garganta. En la otra dimensión me había acostumbrado a tener las cosas tan controladas que me desesperaba la incertidumbre. Haber regresado al pasado y, aun así, ser incapaz de anticiparme a los acontecimientos, aumentaba mi ansiedad.

«Si, por lo menos, el universo me enviase una señal». Suspiré.

El corazón me dio un vuelco cuando escuché la voz de Martín por los auriculares.

—Me gustaría dedicarle a Blanca *Always*, de Bon Jovi… Porque, pase lo que pase, yo te voy a querer siempre, preciosa.

Cerré los ojos con fuerza y me eché a llorar.

—Sofía al teléfono. —Mi madre entró en mi habitación y me despertó.

Me incorporé en la cama, comprobé que la pulsera de Rober seguía en mi muñeca y me froté los ojos con las manos, camino del salón.

—¿Diga? —respondí.

—¿Qué narices hacía Vega con Rubén ayer en el Cheers?

—Cerrar un ciclo o algo así. —Reprimí un bostezo y me senté en el suelo del baño—. ¿Qué hora es?

—Las once y media. ¿Estabas dormida?

—Sí, me costó mucho coger el sueño anoche porque no paraba de pensar en… —Reparé en que no le había dicho nada de lo del condón y dejé la frase a medias —, no importa. ¿Qué me decías de Vega?

Me contó lo que había pasado en la cafetería la tarde anterior y me pareció que lo describía como si yo no lo hubiera visto. «No debió enterarse de que estaba allí». Decidí no sacarla de su error, porque tendría que haberle dado demasiadas explicaciones.

—… y David está muy jodido, porque no se esperaba que Vega le hiciera algo así —concluyó mi amiga.

—¿Algo así? ¿Le has preguntado a ella? —Estiré las piernas en el suelo—. Creo que estás sacando conclusiones precipitadas.

—¿Qué quieres que piense? Estaba allí con Ru…

—¿Y qué hacías tú con David? —la corté.

—No es lo mismo. —Se quedó en silencio, como si la hubiera pillado—. Vale, tú ganas.

—Si Vega dice que no ha pasado nada con Rubén, yo pongo la mano en el fuego por ella. Y tú también deberías —la reprendí—. Somos amigas desde hace demasiados años, ¿en serio lo vamos a fastidiar por un tío?

Suspiró al otro lado de la línea.

—Hablaré con él —dijo al final.

Estaba a punto de despedirme cuando Sofía me interrumpió.

—¿Sabes, Blanca? Ayer David me dijo que era una lástima que me gustasen las mujeres, porque a veces pensaba que los dos seríamos la pareja perfecta. —Dejó escapar una risita—. Sé que era solo una broma, pero, por un instante, me habría gustado contarle lo que nos ocurrió en la otra dimensión.

Solté un resoplido. Tenía la impresión de que nos colocaban delante del mismo cruce de caminos para elegir cuál recorreríamos esa vez; como si tuviésemos que tomar de nuevo cada decisión crucial de nuestra vida.

Y parecía que a Sofía le tocaría escoger muy pronto.

Esa tarde, sentada con Vega en una heladería de la playa de San Juan, observábamos a Sofía con David, varias mesas más allá. Habíamos quedado en que intercedería por Vega, a quien su novio no le cogía el teléfono desde la noche anterior. En cuanto estuviese más calmado y predispuesto para arreglar las cosas, las dos intercambiarían el sitio.

Por teléfono parecía un buen plan, pero, desde que habíamos llegado, Vega no había dejado de morderse las uñas. Le di un manotazo, ella suspiró y sacó otro cigarro del paquete. Golpeteó la mesa con el mechero antes de encenderlo.

—¿Y si no quiere hablar conmigo nunca más? —Aspiró tan fuerte que casi se puso a toser.

—Tranquila, es Sofía; lo convencerá. —Removí mi horchata sin apartar la mirada de ellos.

—¿Después de las cosas que le he dicho este verano?

—Tienes que confiar en ella.

Echó la cabeza hacia atrás y exhaló el humo por la boca. Bebí un par de sorbos y traté de averiguar lo que decían en la otra mesa: Sofía tenía los brazos cruzados y asentía con expresión grave. A David no le veía la cara, nos habíamos sentado a su espalda para que no reparase en nuestra presencia.

—¿Qué vas a hacer con Martín? —me preguntó Vega.

Me encogí de hombros. Había estado todo el día ocupada en arreglar los problemas de mis amigas para evitar enfrentarme a los míos.

—No lo sé, tía, no quiero pensar en eso ahora —contesté.

—Espero que tú no la cagues como yo… —Se detuvo en seco al ver que los dos se levantaban—. ¿Ya se van? —Se incorporó, nerviosa. Apoyé una mano en su hombro y le pedí que aguardase.

Sofía rodeó la mesa y le dio un abrazo a David. Mientras lo estrechaba, tenía los ojos cerrados y sonreía con tristeza. Por su expresión, enseguida supe que ella también cerraba un ciclo.

Al separarse, le hizo un gesto a Vega para que fuera a hablar con él.

—¿Estás bien, Sofi? —le pregunté cuando llegó a mi lado.

—Creo que sí. —Frunció los labios y se limpió una lagrimita—. Tienes razón, Blanca. Por mucho que me aferre a mis recuerdos, era Vega quien tendría que haber acabado con él desde el principio. —Los señaló con la barbilla—. A mí nunca me miró así.

En la otra mesa, Vega se tapó los ojos y negó con la cabeza. David sonrió, le retiró las manos de la cara y se acercó a besarla.

—¿Qué le has dicho? —pregunté, curiosa.

—Que son perfectos el uno para el otro.

Sonreí, rodeé sus hombros con el brazo y le di un sonoro beso en la mejilla.

CAPÍTULO 14
Y YO, LENTAMENTE, TE PIERDO

Viernes, 19 de septiembre de 1997

Eran las once de la mañana. Tumbada en la cama, con la mirada fija en el techo, hacía más de una hora que escuchaba en bucle la misma canción: *Cuando los sapos bailen flamenco.* Una vez tras otra, y otra, y otra vez más. Al terminar, tenía que levantarme para rebobinarla, pero no me importaba: aquel tema me recordaba a Jorge, como si, en esta dimensión, las chicas de Ella Baila Sola lo hubieran escrito para nosotros.

—*Te vas y te pierdo*… —Canturreé el estribillo y la tristeza me arrebató la voz.

Aún no me hacía a la idea de que mi vida podía cambiar a lo bestia. El año anterior, cuando Jorge se había ido a Connecticut, había dado por hecho que nos reencontraríamos en La Posada una década después y nuestra historia volvería a empezar. Como si el tiempo se hubiera congelado hasta entonces y, entretanto, disfrutase de Martín en un plano paralelo. No era más que una ilusión: cada una de mis acciones tenía consecuencias. «Algunas, irreversibles», dijo mi vocecita interna.

Exhalé con fuerza. Si estaba embarazada, tendría que olvidarme de ese futuro perfecto junto a Jorge. Y, por supuesto, de mis sueños de ser actriz. «¿Para esto he viajado al pasado? El universo no puede ser más cabrón». Lo que parecía el verano ideal se había convertido en una pesadilla.

Acabó la canción, me levanté para ponerla de nuevo y regresé a la cama mientras sonaban los últimos versos del tema anterior. Al pasar frente a mi corcho, se me fue la mirada a las fotos que Martín y yo nos habíamos hecho el día de mi cumpleaños. Les di la vuelta y me volví a tumbar.

Lo evitaba desde hacía dos semanas, quince días en los que casi no había querido ni pensar en él, como si negar su existencia borrase lo que nos había pasado. Era un mecanismo que activaba mi cerebro cuando las circunstancias me superaban, dejarlo todo en espera hasta reunir las fuerzas para enfrentarme a la realidad.

Estaba muy asustada, no solo por los cambios que ocurrirían en mi vida, también por la manera en la que afectarían a Martín. Yo quería que él consiguiera sus sueños en esta dimensión, pero, a lo mejor, el universo tenía otros planes.

Me acaricié la tripa. Me encontraba hinchada, sensible y con unas ganas infinitas de llorar, aunque esas señales no me daban ninguna pista. «¿A quién se le ocurrió que los síntomas del embarazo fueran idénticos a los del síndrome premenstrual?». Tenía que hacerme el test, no

podía permanecer más tiempo en esa especie de limbo.

Escuché unos golpecitos en la puerta.

—Blanca, te llaman. —Mi madre se asomó a mi habitación.

—¿Quién es? —pregunté tras un suspiro, y recé para que no fuera otra vez mi novio.

—Es Vega.

Me levanté de la cama. Pulsé la tecla de *stop* en la minicadena y la música dejó de sonar.

En el salón, me esperaba el teléfono descolgado. Lo agarré con una mano y tiré del cable para encerrarme en el baño.

—¿Diga? —Me senté en el suelo.

—¿Te lo has hecho ya? —susurró mi amiga.

El día anterior había ido hasta la otra punta de la ciudad a buscar una farmacia porque no quería cruzarme con ningún conocido. Encontré una pequeñita, en una calle poco transitada, y entré muy decidida a pedir un test de embarazo, pero, al llegar al mostrador, me temblaban las piernas.

—Ni siquiera fui capaz de pedirlo —contesté. Vega suspiró.

—Mis padres estarán fuera esta tarde, ¿quieres que lo compremos juntas y te lo haces aquí?

Asentí, agradecida. Mi amiga me conocía bien y sabía cuándo necesitaba ayuda.

Quedamos a las seis en la puerta de la farmacia. Dejé el teléfono en su sitio y volví a mi cuarto para seguir escuchando en bucle la misma canción.

Sobre las cinco y media, agarré el bolso y las gafas de sol, y me despedí de mi familia para ir a casa de Vega. Sabía que era demasiado pronto y que, para variar, mi amiga no llegaría a la hora, pero tenía tal agobio que necesitaba salir a la calle.

Al abrir el portal, me encontré de frente con Martín, que se fumaba un cigarro junto a los timbres. Tiró la colilla en cuanto me vio.

—¿Cómo estás, Blanca? —Se acercó, preocupado—. Iba a llamar justo ahora.

Me encogí de hombros y miré al suelo, sin saber qué contestar. Estaba avergonzada por haberlo evitado durante tantos días, también aterrada por conocer los resultados de la prueba que podría cambiar mi vida.

Volvieron las ganas de llorar. Martín debió de notar mi nerviosismo, porque me envolvió entre sus brazos. Al apretarme contra su cuerpo, rompí a llorar.

—Tranquila, preciosa, todo va a salir bien —susurró—. Y, pase lo que pase, estaré contigo, ¿vale?

Asentí con la cabeza en su pecho, incapaz de contener el llanto. Llevaba demasiados días con un nudo en la garganta y por fin había conseguido deshacerlo. Martín dejó que me desahogase; acarició mi espalda despacio, depositó besos suaves sobre mi pelo.

Respiré hondo y percibí el olor a cigarrillo en su camiseta. Habría dado lo que fuera por fumarme uno, pero bastante imprudencia llevaba ya a cuestas. Me eché hacia atrás y me froté los ojos para limpiarme las lágrimas.

—He quedado con Vega para ir a la farmacia. —Sorbí por la nariz.

—Voy con vosotras. —Se acercó a su moto y me tendió el casco, que estaba sobre el asiento. Como no me movía, lo agitó en el aire un par de veces para que lo cogiera—. ¿Qué pasa?

Titubeé. No sabía cómo decirle que quería estar a solas con mi amiga. Necesitaba explayarme, hablar sin tapujos, y ella era la única que podía entenderme. Ni siquiera se lo habíamos contado a Sofía, porque no quería que nada le trajera recuerdos de su maternidad, esa que había dejado en espera para salir con Alba.

—¿Qué pasa, Blanca? —volvió a preguntar Martín al ver que no le respondía.

—Que prefiero que no vengas. —Desvié la mirada hacia un lateral.

Colgó el casco en el manillar, apoyó las manos sobre el sillín y resopló.

—Llevo dos semanas acojonado, intentando hablar contigo, y ni siquiera me devuelves las llamadas. Habría venido antes, pero mi hermano, al que sí que le coges el teléfono, no ha parado de decirme que necesitabas espacio. Y yo le he hecho caso. —Se dio la vuelta con brusquedad—. Te he respetado para no agobiarte, aunque me subiera por las putas paredes…

Crucé los brazos. Sabía que tenía razón, pero si todo se había acabado con Jorge, me apetecía recordar el futuro y llorar con mi amiga por esas cosas que no me iban a ocurrir jamás. Inspiré hondo.

—Martín, mi vida está a punto de irse a la mierda.

—Joder, lo dices como si esto no fuera conmigo. —Sacó el tabaco y se colocó un cigarro en la boca. Al ir a encenderlo, su mirada se cruzó con la mía y pareció pensarlo mejor, porque volvió a guardarlo en la cajetilla—. Blanca, sé que un embarazo sería una enorme putada, pero en unos meses cumpliré los veinte, ya no soy un crío. Trabajaré en la gestoría con mi padre si hace falta, así podríamos alquilar un piso, irnos a vivir juntos…

Resoplé ansiosa. Necesitaba hacerme ese test con urgencia, antes de adelantar acontecimientos.

—He quedado con Vega —murmuré—. Luego te llamo.

Eché a andar hacia casa de mi amiga. No había llegado a la esquina cuando lo escuché detrás de mí:

—¿Seguro que no has quedado con Rober?

—¿Cómo? —Me giré.

—No soy imbécil, Blanca. ¿Te has liado con mi hermano?

—No digas tonterías.

—¡¿Tonterías?! —repitió, enfadado—. Lleváis todo el verano con un rollito muy raro. No paráis de ocultarme cosas y, cada vez que me doy la vuelta, os encuentro juntos. No quise creerlo cuando me lo avisó Gema. —Se frotó la cara con las manos ante mi estupefacción—. Te ha regalado esa pulsera que nunca te quitas. ¡Y ayer hablabais de cancelar la boda!

—¡¿Qué?!

—No disimules, os oí. Mi hermano decía que lo de este verano había sido maravilloso, pero que se le rompía el corazón si pensaba en dejar a Ana. —Puso los brazos en jarras—. ¿O es que no hablaba contigo?

Lo miré, desconcertada. La tarde anterior había llamado a Rober por teléfono para tratar de convencerlo de que anulara la boda y apostase por Eloy. Seguro que Martín lo había malinterpretado.

—Sí, era yo, aunque no es lo que tú pien…

—¿Estás embarazada de Rober? —me interrumpió. Me miraba con los ojos muy abiertos, como si acabase de tener una revelación.

—¡¿Qué?! ¡Por Dios, no!

—¿Entonces, Blanca? ¡Dime qué está pasando!

Me mordí el labio e inspiré hondo. Había jurado que no se lo contaría a nadie, sin embargo, esto era mil veces peor. Rober tendría que entenderlo.

—Tu hermano es gay.

—¡¿Qué?! —Me miró con incredulidad, como si le acabara de poner la excusa más absurda del mundo—. No, no lo es. Si lo fuera, yo lo sabría… —Se pasó la mano por el pelo y soltó una

carcajada nerviosa—. ¡Por Dios, si va a casarse con Ana!

—Es gay —repetí—. Y está enamorado de Eloy.

Nos mantuvimos la mirada. Me pareció que esperaba que le dijese algo más, como si esa explicación no lo hubiera satisfecho. Volvió a negar con la cabeza.

—¿Te enrollas con mi hermano y me metes esa trola? —Martín soltó un bufido—. Joder, Blanca, esto no me lo esperaba de ti.

Se colocó el casco, subió a la moto y aceleró bruscamente al irse.

El ruido del motor resonó por toda la calle.

Llegué quince minutos tarde a la farmacia, aunque mi amiga aún no había aparecido. Después de la discusión con Martín, había llamado a Rober desde una cabina para explicarle lo que acababa de pasar. Por supuesto, mi cuñado no se lo tomó bien.

—¡¿Que le has dicho qué?! Joder, Blanca, confiaba en ti.

—¿Qué querías que hiciera? Ayer te escuchó hablar conmigo y lo malinterpretó —me defendí—. Y supongo que prefiere un hermano gay a otro que se acueste con su novia.

—¿Y si se lo dice a Ana?

—¿En serio es eso lo que más te preocupa?

Nos quedamos en silencio unos segundos. La cabina hizo un ruidito de monedas al caer para avisarme de que el crédito se consumía. Eché cinco duros más.

—Vale, Blanca, tienes razón. —Suspiró al otro lado—. Sé que me equivoco al seguir adelante con la boda, pero quiero mucho a Ana y no me gustaría verla sufrir. He sido yo el que se ha metido en este berenjenal, así que seré yo quien asuma las consec…

—Si realmente la quieres —lo interrumpí—, tienes que contarle la verdad para que pueda decidir si casarse contigo. Y tienes que hacerlo ya, Rober, no te queda mucho tiempo.

Volvió a sonar el ruidito y me apresuré en despedirme, porque ya no me quedaban más monedas. Acordamos que hablaríamos después.

Cuando por fin llegó Vega, yo salía de la farmacia con el Predictor.

Ya era hora de enfrentarme a mis problemas.

—¿Todavía no has hecho pis? —Vega cerró el grifo—. Pues déjame a mí, que me estoy meando con tanto chorrito.

Me levanté de la taza y me subí los pantalones. Hacía más de diez minutos que intentaba hacerme el test, pero mi vejiga se negaba a colaborar. Si tardaba mucho más, al final pillaría una cistitis.

—¿No deberíamos llamar a Sofía? —Me apoyé en el lavabo mientras mi amiga ocupaba mi sitio.

—Pensaba que eras tú la que no quería decírselo.

Me encogí de hombros. Sofía tenía la firme creencia de que, lo que tenía que pasar, acabaría pasando, como si una fuerza superior velase por el orden del universo. Era su mantra para no perder la fe, lo único que le daba esperanza de reencontrarse con sus hijas en el futuro. Si yo estaba embarazada de Martín, su dogma se desmontaría.

De primeras, había pensado que era mejor no contarle nada para no preocuparla, pero, si existía alguna posibilidad de que las cosas no ocurriesen tal y como las habíamos dado por hecho, ella merecía saberlo.

—Vale, la llamamos. —Vega tiró de la cadena—. Pero le haces un resumen rápido y le dices que venga cagando leches. Mis padres volverán en una hora y me matarán si nos pillan con un

Predictor.

Veinte minutos después, Sofía llamó a la puerta. Por lo sofocada que estaba, había venido corriendo.

—¿Te lo has hecho ya? —resolló.

—No, te hemos esperado.

Entramos las tres en el baño. Sofía se sentó en el borde de la bañera, Vega se apoyó en el lavabo, con la mano sobre el grifo.

—¿Preparada? —preguntó. Tomé aire y asentí.

Esta vez salió bien a la primera. Le puse la tapa y lo apoyé en el inodoro. Vega marcó diez minutos en el temporizador de cocina y lo dejó junto al Predictor.

—Solo nos queda esperar.

Bajamos la mirada y contemplamos las baldosas, sumidas en nuestros propios pensamientos, como si, hasta esa tarde, no hubiéramos sido conscientes de lo que implicaba viajar al pasado. En el aire flotaba una pregunta, pero ninguna parecía atreverse a decirla en voz alta.

—¿Y si todo es diferente en esta dimensión? —murmuró Sofía al final. Las dos la miramos —. Nadie sabe lo que ocurrió, excepto nosotras.

—Pero lo vamos a recordar siempre —le contestó Vega.

Sofía la observó, esperanzada, y esbozó una sonrisa. Vega le correspondió.

De repente, abrió mucho los ojos, como si acabase de tener una idea, y se fue a su habitación. Al regresar, traía una cajita con el logo dorado de una joyería. Se la tendió a Sofía, que la abrió con curiosidad. En el interior estaba el colgante que David les había regalado a mis amigas en dos dimensiones diferentes.

—Creo que deberías tenerlo tú. —Vega la ayudó a ponérselo—. Sofi, no es mi intención borrar tus recuerdos, pero estoy enamorada de David. Es el hombre de mi vida.

—Lo sé. —Sofía jugueteó con el colgante entre sus dedos—. ¿Y qué vamos a hacer?

Vega se encogió de hombros.

—Aprender a vivir con ello.

Sonó el temporizador y las tres nos sobresaltamos.

—La suerte está echada. —Inspiré hondo y expulsé el aire por la boca—. Estoy muerta de miedo.

—¿Prefieres que lo comprobemos nosotras? —preguntó Vega.

Negué con la cabeza. Si acababa de cargarme mi futuro, quería ser yo la primera en saberlo. Me levanté de la taza y avancé unos pasos hacia el lavabo.

«Tú, yo y una niñita rubia que se llame Blanca». Recordé las palabras de Martín unas semanas atrás, la tarde en que jugábamos a imaginar nuestro futuro. Uno que me había tomado a broma, aunque parecía estar a punto de convertirse en realidad.

«¿Y si no es tan malo?», me pregunté. A fin de cuentas, yo no era una cría. Había vivido lo suficiente como para hacerme cargo de un bebé. Tal vez nunca cumpliría mi sueño de ser actriz, pero tampoco lo había logrado en la otra dimensión y no había sido una madre adolescente.

Pensé en Martín. «Te quiere, Blanca, y tú también sientes lo mismo», me dijo mi voz interior. Y tenía razón. Nunca me había planteado que fuéramos tan en serio, aunque podría funcionar. Ya no tendría que elegir entre él o Jorge, el universo se habría encargado de hacerlo por mí.

Cogí el test, le di la vuelta y contuve la respiración.

—¿Qué sale? —Vega se mordió una uña.

Lo observé unos segundos. Negué con la cabeza.

—Espera, no sé si está bien, a lo mejor hay que repetirlo.

—¡¿Cómo?! —Mi amiga me lo arrebató de la mano. Se le iluminó la cara de felicidad—. ¡Una raya!

Se abrazó a Sofía y chillaron juntas, dando saltos de emoción. Me llevé una mano al vientre porque necesitaba asimilarlo. Durante dos semanas, había rezado para que saliera negativo, pero, al ver el resultado, se me había caído el alma a los pies.

«¿No es lo que querías, Blanca? —me preguntó mi vocecita interna, que estaba tan descolocada como yo—. Ningún embarazo te impedirá cumplir tus sueños o reencontrarte con Jorge en el futuro».

—Entonces, ¿por qué me siento tan rara? —me cuestioné.

Mis amigas se giraron hacia mí.

—¡Tía, que no estás embarazada! —Vega me puso las manos en los hombros y me zarandeó, como si no hubiera entendido el significado de que apareciese una sola rayita—. ¿Qué pasa, Blanqui? ¿Te encuentras bien?

Forcé una sonrisa. Me puse en pie y moví la cabeza arriba y abajo de manera apresurada. Sofía se acercó con los brazos extendidos.

—Demasiadas emociones, ¿verdad? —Me acarició el pelo y sollocé contra su hombro.

Vega se unió a nosotras en un abrazo de grupo.

—¿Quieres llamar a Martín? —preguntó al notarme más relajada.

La seguí al salón. Marqué su número y esperé unos cuantos tonos, hasta que lo cogió mi cuñado.

—Blanca, no sé dónde está mi hermano —contestó al preguntarle por él—. ¿Ya te has hecho el test?

—No estoy embarazada —respondí. Escuché un suspiro de alivio—. ¿Tú has hablado con Ana?

—Sí, pero… —vaciló—. Creo que es mejor que te lo cuente en persona. ¿Sigues en casa de tu amiga?

Diez minutos más tarde, lo esperaba en la calle, fumándome un cigarrillo. Apuré la última calada cuando su coche gris apareció. Se detuvo a mi altura, bajó la ventanilla del copiloto y señaló un hueco libre a un par de metros.

—Voy a aparcar.

Caminé hasta allí. Rober detuvo el motor y se quitó el cinturón de seguridad.

—Siento haberme enfadado, Blanca —me dijo en cuanto entré—. Tenías razón, no debería haber esperado tanto tiempo para hablar con ella.

Sacó un paquete de tabaco del bolsillo de su camiseta. Lo sacudió en el aire hasta que asomaron un par de pitillos.

—Acabo de tirarlo. —Rechacé su ofrecimiento—. ¿Qué tal ha ido?

Se colocó uno en la boca y presionó el encendedor del vehículo.

—La boda sigue adelante. —Saltó el botón y lo acercó a su cigarro, que prendió enseguida —. Ana no quiere cancelarla a estas alturas.

—¿Le has dicho que…?

—¿Que me van los tíos? Sí —asintió con la cabeza y dio una profunda calada—, pero cree que no soy marica del todo si nos hemos acostado juntos tantas veces.

Resoplé. Ana prefería agarrarse a un clavo ardiendo y negar lo evidente.

—Dice que no puede cancelar la boda el día anterior —continuó Rober—, que ya está la familia de Ávila en casa de sus padres. Que tendría que dar muchas explicaciones, y que, si su

abuela se entera de que me gustan los hombres, seguro que le da un infarto. —Apoyó el cigarrillo en el cenicero—. Me ha dicho que a ella no le importa cómo soy, que me quiere mucho y que hará la vista gorda si en algún momento necesito… —Se frotó los ojos con los dedos y suspiró con fuerza—. Joder, Blanca, no puedo dejarla, mucho menos el día antes de casarnos. La quiero y no se merece algo así.

—¿La quieres como quieres a Eloy?

—No. —Se echó hacia atrás y fijó la vista en el techo—. Los quiero de un modo muy distinto. —Dio otra calada y expulsó el humo despacio—. Pero le he prometido a Ana que mañana la esperaría en la iglesia y soy un tío de palabra.

Echó la ceniza por la ventanilla. Me pregunté qué había ocurrido en la otra dimensión. Supuse que Rober también se había casado con Ana y nadie se había enterado de que era gay. «¿Y qué pasó luego?», se cuestionó mi vocecita interna. Seguro que, más de una vez, había deseado viajar en el tiempo para volver a este punto exacto, antes de que su vida cambiase para siempre. Recordé las palabras de Sofía el año anterior, cuando me animó a intentarlo con Martín.

—¿Y si, dentro de unos años, tienes cuarenta y te arrepientes de lo que no hiciste? Te preguntarás qué habría pasado si hubieras ido a por Eloy.

Mi cuñado se volvió hacia mí con una sonrisa triste.

—Blanca, a veces suenas como si fueras muchísimo más mayor. —Giró la llave y prendió el motor del coche—. ¿Te llevo a casa?

—¿Puedes llevarme a otro sitio? Creo que sé dónde está tu hermano.

Aparcamos en la zona de calas junto al cabo, al inicio de la playa de San Juan, donde solía ir con Martín al fugarnos las clases. Nos gustaba esa parte porque nunca había demasiada gente, aunque, en unos años, acabaría igual de masificada que el resto.

Enseguida localicé su moto. Miré alrededor, porque no debía de andar lejos. A unos metros de nosotros, sentado junto a la orilla, lanzaba piedrecitas al agua para hacerlas rebotar. Estaba muy serio. Resopló con agobio y se pasó la mano por la cabeza.

Me invadió la culpa. Había sido una egoísta al apartarlo, como si el marrón del embarazo no tuviera nada que ver con él. Durante esas dos semanas había estado tan preocupada por lo que pasaría en el futuro con Jorge que no me había parado a pensar en lo que estaría sintiendo Martín.

Rober detuvo el motor y salimos del coche. Al cerrar las puertas, mi novio se sobresaltó, pero cuando se percató de quiénes éramos, se puso en pie y se sacudió la arena de las manos.

—¿Te importa si hablo yo primero? —me preguntó mi cuñado.

—No, tranquilo.

Me apoyé sobre el capó. Él respiró hondo y caminó hacia su hermano.

—¿Eres… gay? —le preguntó Martín. Rober asintió con timidez—. ¿Y por qué no me lo habías contado?

Se encogió de hombros. No podía verle la cara, pero debía de estar a punto de llorar, porque Martín lo abrazó con fuerza.

Miré hacia el suelo. Era un momento tan íntimo que me sentí cohibida. Saqué un pitillo de mis pantalones cortos y me lo encendí. Al levantar la vista, Martín me observaba, confuso.

Tragué saliva. Moví la cabeza hacia ambos lados para darle a entender que el test era negativo. Él cerró los ojos y exhaló, aliviado.

—¿Pensabas que Blanca y yo…? —escuché que decía Rober antes de resoplar—. Chaval, eres un capullo. Yo jamás te haría algo así, y tu novia tampoco.

Se separaron despacio, dando un paso atrás. Rober le revolvió el pelo con cariño.

—¿Se lo has dicho a Ana? —preguntó Martín.

—Sí, aunque ya es tarde para cancelar la bo…

—¡¿Te vas a casar?! —lo interrumpió, confuso.

Mi cuñado metió las manos en los bolsillos.

—Es Ana; funcionará. —Pretendió sonar más convencido de lo que parecía.

—Tú sabrás… —Martín me miró de reojo.

—¿Os dejo solos? —preguntó Rober. Su hermano asintió, yo hice lo mismo.

Antes de subir al coche, mi cuñado me dio un beso en la mejilla. Sonreí y caminé hacia mi novio, que se había dado la vuelta y miraba al mar. Se agachó a coger una piedrecita.

—No estoy embarazada. —Di la última calada antes de tirar mi cigarro.

—Bien. —Martín la lanzó al agua. Rebotó un par de veces antes de hundirse—. Y supongo que ahora vas a cortar conmigo. —Miró al horizonte, fingiendo que no le importaba mi respuesta.

Si lo hubiera pretendido, aquella habría sido la ocasión perfecta para romper, porque ninguna responsabilidad nos unía. Pero yo no quería dejarlo, me había enamorado de Martín.

—Perdóname, por favor. Estaba muy asustada.

Lanzó otra piedrecita al agua. Esta vez se hundió a la primera.

—Yo también, Blanca, estaba muerto de miedo, aunque no se me pasó por la cabeza alejarme de ti. —Al darse la vuelta, debió verme tan acongojada que extendió su brazo y suspiró—. Ven aquí, preciosa.

Me acurruqué bajo su hombro y rodeé su cintura con ambas manos. Martín me estrechó con fuerza y me dio un beso en la sien. Cerré los ojos.

Nos quedamos en silencio, pegados el uno al otro, y escuchamos el romper de las olas en la orilla. Era un instante perfecto. Estaba exactamente con quien deseaba estar.

—Te quiero. —Abrí los ojos en cuanto fui consciente de que lo había dicho en voz alta.

Me separó un poco de su cuerpo, como si no estuviera seguro de haberme escuchado bien. Levanté la cabeza y encontré su mirada clavada en la mía. Decidí repetirlo para que no le quedase ninguna duda.

—Te quiero, Martín.

La sonrisa le llenó el rostro, jamás lo había visto tan feliz.

Tomó mi cara con ambas manos y se acercó a besarme. Fue un beso tierno, húmedo y lento, en el que me contaba lo mucho que me había echado de menos.

—Yo también te quiero, Blanca —susurró cuando nos separamos—, y te voy a querer siempre.

—Siempre —repetí.

Y volvimos a besarnos.

CAPÍTULO 15

SIEMPRE

Sábado, 20 de septiembre de 1997

Llamé al timbre de Martín sobre las cuatro de la tarde. Abrió la puerta descalzo, con los pantalones del traje puestos y la camisa sin abrochar. Me miró de arriba abajo y soltó un silbidito.

Sonreí, halagada. Llevaba un vestido largo de tirantes finos en un tono malva muy claro, con un chal a juego y sandalias del mismo color. La melena, en un semirrecogido con ondas que caían por mi espalda.

Martín se inclinó a besarme, eché la cabeza atrás para evitarlo.

—Me han maquillado en la peluquería, no te quiero manchar —expliqué, pero me tomó de la cintura y me plantó un beso en los labios.

—¡¿Ha venido el fotógrafo?! —Su madre se asomó desde el salón, poniéndose los pendientes.

—¡No, es Blanca! —Martín se hizo a un lado para que entrase—. Adelante, preciosa.

—¡Ay, hija! Déjame que te vea. —Vino emocionada hacia mí. Me tomó de la mano y me hizo dar una vuelta—. ¡Pero qué guapísima estás!

—Muchas gracias, tú también estás estupenda.

Nunca la había visto tan arreglada. Había elegido un vestido de color azulón, con el cuerpo de guipur y falda larga de gasa. Una mantilla negra y unos pendientes de perlas completaban el conjunto.

—Nos vamos de bodorrio —canturreó feliz—. Ven, hija, quiero que te vean mi hermana y mi cuñada. —Me tomó del brazo y Martín soltó una risita—. ¿Y tú todavía estás así? Anda, date prisa, que estamos todos listos menos tú.

Después de saludar a tías, tíos, primos y demás familiares que se tomaban un licorcito en el salón, y a los que también les pareció que iba muy guapa, pregunté por el novio.

—Está en su cuarto. —Seguí a mi suegra por el pasillo. Al llegar frente a su puerta, golpeó un par de veces antes de abrir—. Hijo, ha venido Blanca.

De pie, frente al espejo del armario, Rober se hacía el nudo de la corbata. Me fijé en que era la de color plata, la que había elegido Eloy. Terminó de ajustársela y levantó la vista. Al verme reflejada, sonrió.

—Es la corbata perfecta. —Le devolví la sonrisa.

—Lo es. —Rober me hizo una seña para que cerrase la puerta al entrar. Se puso el chaleco, que estaba extendido sobre la cama, y se abrochó los botones mirándose en el espejo. Avancé un par de pasos.

—¿Estás seguro de que quieres casar…?

—Es lo que tengo que hacer —me cortó.

—Aún estás a tiempo de parar la boda.

Rober soltó una carcajada. Se volvió despacio hacia mí.

—Blanca, no sé si te has dado cuenta, pero mi madre se ha puesto hasta una mantilla en la cabeza. Estoy muy lejos de poder parar esta boda.

Fruncí los labios, porque me sentía fatal. Durante varias semanas le había aconsejado lo mejor que había sabido para que apostase por Eloy. Aun así, él había decidido casarse. Quizá su boda con Ana era uno de esos hechos imposibles de evitar porque, de una manera u otra, acababan sucediendo.

—Tranquila, cuñadita, estaré bien. —Colocó una mano en mi hombro y me pellizcó la mejilla con la otra

Iba a contestarle cuando llamaron a la puerta.

—Ya está aquí el… —Martín se asomó a la habitación—. ¡Eh, tú! Esas manos fuera de mi chica.

—¿Ya te ha salido el machito que llevas dentro? —Puse los ojos en blanco y me giré hacia él. Al verlo, me quedé sin palabras.

El traje le sentaba de muerte. No solo estaba muy guapo, también parecía más mayor. La camisa azul resaltaba sus ojos y las hombreras de la chaqueta le ensanchaban la espalda. No tenía pinta de adolescente. Lo recorrí enterito con la mirada y me mordí el labio. Se estaba convirtiendo en un adulto, uno muy atractivo.

—¿Te gusta? —preguntó, ilusionado. Asentí despacio, con una media sonrisa.

—Vamos, hijos, al salón. —Su madre dio palmas al entrar—. Le tienen que hacer el reportaje a Roberto y aquí no cabemos todos.

Salimos de la habitación. El fotógrafo esperaba en la puerta, acompañado de su ayudante, un chaval de veintipocos con una videocámara y cuyo rostro me resultaba familiar. «¿No es ese Charlie, el *steadicam*?» me pregunté, porque me recordaba a un compañero con el que había salido un par de veces en el futuro, antes de conocer a Jorge. Al darse cuenta de que lo observaba, levantó las cejas, extrañado.

—Carlitos, ponte en esa esquina y haz una panorámica —le indicó su jefe.

«¿Carlitos?». Tuve que apretar los labios para no reírme. Mientras el chico se colocaba en un rincón, aproveché para echarle un último vistazo rápido. «Sí, es Charlie, solo que con muchos años menos».

Regresé al salón; Martín y su familia brindaban con chupitos de mistela. Su padre sirvió uno más para mí.

—Un brindis por el hermano del novio, que va hecho un galán —dijo una de sus tías, levantando el vaso—. Y por su chica, que también está muy elegante.

—A ver vosotros cuándo os casáis… —empezó a decir la otra tía, pero la madre de Martín se asomó desde el pasillo.

—No me lo líes, cuñada, que este todavía es muy joven —la interrumpió—. Y queremos mucho a Blanca, pero espero que nos den unos añitos para recuperarnos de esta boda. Seré otra vez la madrina y no quiero repetir modelito, que luego en el pueblo… —Se tocó un par de veces el labio con el dedo, dando a entender que la criticarían. Las tres se echaron a reír.

Al instante, pensé en Rober. Cancelar la boda a esas alturas habría supuesto perder dinero y dar muchas explicaciones; que Eloy fuera el motivo, lo habría complicado todavía más. Aunque la alternativa tampoco era nada fácil.

Debía de ser el peor día de su vida.

La ceremonia era a las seis, pero salimos de su casa sobre las cinco y cuarto. En la calle, nos repartimos entre los coches de su familia: Martín y yo iríamos con unos tíos, Rober y sus padres con los otros, que tenían un Mercedes nuevecito.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —le preguntó Martín a su hermano antes de subir al coche.

—No, pero ya es demasiado tarde. —Rober se encogió de hombros.

—No lo es —respondí—. Aún podemos hacer un «novio a la fuga», como en la peli de Julia Roberts.

—¿Esa la hemos visto juntos? —dudó Martín. Lo miré con cara de póquer y me maldije por seguir soltando cosas sin pensar.

—Me refería a que todavía está a tiempo de no casarse con Ana —insistí, y me volví hacia mi cuñado—. Es tu vida, tienes que pensar en lo que más te importa…

—Vamos a llegar tarde —nos apremió su madre desde el Mercedes.

—Gracias, chicos. —Rober nos dio un abrazo a cada uno—. Luego nos vemos.

Se montó en el vehículo y cerró la puerta. Su primo pitó desde el coche de atrás y nos hizo una seña para que subiésemos.

Entré a la iglesia del brazo de Martín. Las doce hileras de bancos, decoradas con flores blancas y rosas, estaban completas. Habían ido un montón de invitados, tanto por parte del novio como de la novia.

Caminamos por el pasillo, deteniéndonos cada pocos pasos para saludar a alguno de sus parientes. Todo el mundo insistía en lo bien que le quedaba el traje, y yo no hacía más que darles la razón.

Nos sentamos en la primera fila, reservada para la familia más cercana. Enseguida vino el fotógrafo. Martín me pasó el brazo por los hombros y yo incliné la cabeza. Sonreímos.

Tras el disparo del *flash*, escuchamos un murmullo y todos se giraron hacia la puerta, por donde el novio y la madrina estaban a punto de hacer su entrada. Nos pusimos en pie, como el resto de los invitados. El fotógrafo corrió hacia allí.

Por los altavoces empezó a sonar *Con Te Partirò*, que acalló el bisbiseo. Rober le ofreció el brazo a su madre y los dos echaron a andar, acompañados por la voz de Andrea Bocelli.

Rocé la palma de Martín, que entrelazó sus dedos con los míos, y observé a Rober: no sabía si era culpa de aquella música nostálgica, pero jamás había visto a un novio caminar tan triste. Al pasar a nuestro lado, nos dedicó una sonrisa llena de melancolía. Martín suspiró nervioso.

Llegaron junto al altar. Mi cuñado se dio la vuelta e inspeccionó los bancos, como si buscase a alguien. Eché un vistazo alrededor, imaginando a quién.

—¿No está Eloy? —me susurró Martín al oído.

Negué, con los labios apretados. Mi cuñado pareció darse cuenta, porque suspiró abatido y bajó la cabeza.

Recorrí la iglesia con la mirada. A pesar de ser septiembre, hacía mucho calor y las mujeres no dejaban de abanicarse. El fotógrafo, que retrataba a los invitados de las primeras filas, estuvo a punto de tropezar con uno de los primos pequeños, que escapaba de su madre por el pasillo.

Me giré de nuevo al frente. Mi cuñado aguardaba con las manos cruzadas por delante de él.

Tenía la vista fija en el suelo y se balanceaba suavemente.

—¿Qué hora es? —le pregunté a Martín.

Se subió la manga de la chaqueta y consultó su reloj. Pasaban cinco minutos de las seis, Ana no tardaría en llegar.

Solté un suspiro. «¿En serio va a casarse?». Como si me leyera el pensamiento, Rober alzó la vista y la clavó en la mía. Enarqué las cejas de modo interrogante.

No le dio tiempo a contestar. Volvimos a oír murmullos y nos giramos hacia la puerta. En la calle había revuelo, la novia debía de estar saliendo del coche. Los rezagados accedieron a la iglesia deprisa para ocupar sus asientos, sonaron los acordes de la marcha nupcial…

Y justo antes de que ella entrase, apareció Eloy. Se detuvo un instante a contemplar a Rober, esbozó una sonrisa y corrió a sentarse junto al pasillo, en uno de los últimos bancos.

Al verlo, a mi cuñado se le iluminó la cara, su expresión cambió por completo. Supuse que los invitados pensaron que era por Ana y no por aquel chico rubio con rizos que lo miraba esperanzado desde la penúltima fila.

La novia avanzó hacia el altar del brazo de su padre. Llevaba un vestido blanco de corte princesa, con escote barco y manguitas de encaje; y el pelo recogido en un moño, del que prendía un sencillo velo de tul. El ramo, compuesto por calas y rosas blancas, caía en cascada sobre la falda de vuelo.

Estaba preciosa, pero tampoco parecía feliz. Caminaba con la vista clavada en Rober, que sonreía. A mitad del pasillo, como si acabara de percatarse de que no la miraba a ella, Ana se detuvo y se giró. Mi cuñado frunció los labios y bajó la cabeza.

Tragué saliva para deshacer esa opresión. No quise ni imaginar cómo se sentiría Eloy. Aquella situación tan incómoda sucedía delante de todos, pero nadie parecía darse cuenta.

Ana llegó junto a Rober, que la besó en la mejilla, y caminaron juntos hacia sus sitios. Mi suegra le colocó el velo a la novia, extendiéndolo a su espalda.

—Podéis sentaros —dijo el cura, y la iglesia obedeció.

Fue una ceremonia bonita. Si no hubiera sabido que Rober estaba enamorado de otro, incluso me la habría creído, porque era innegable que se querían, aunque era otro tipo de amor.

Durante los votos, el cura les pidió que se pusieran en pie. Los novios se tomaron de las manos. Martín me cogió la mía y yo la estreché, nerviosa.

Al fondo de la iglesia, unos pasos resonaron por el pasillo. Era Eloy, que se marchaba apresurado. Rober lo observó alejarse sin ningún disimulo. Se oyeron algunos cuchicheos.

—Repite conmigo —El cura llamó su atención—. Yo, Roberto Giner…

—Yo, Roberto Giner…

—Te tomo a ti, Ana Gómez…

Rober inspiró hondo y se volvió hacia Ana. Se quedó callado.

—Te tomo a ti, Ana Gómez… —insistió el cura.

Los novios se miraban con expresión grave. No decían una sola palabra, pero era innegable que mantenían una conversación. Se hizo un silencio absoluto, nadie se atrevía a respirar siquiera. Apreté más fuerte a Martín.

Ana negó con la cabeza. Esbozó una sonrisa que Rober le devolvió. Se abrazaron con cariño ante las caras de estupefacción del cura y los padrinos, que no parecían entender qué ocurría.

—Tienes razón, no seríamos felices —le dijo Ana.

—Gracias, nena —respondió mi cuñado.

Y, tras besarla en la mejilla, salió corriendo detrás de Eloy.

—¡Suerte! —le gritó Martín. Sin detenerse, su hermano subió el brazo y alzó el pulgar.

Mi suegra tardó unos segundos en unir los puntos. Cuando se dio cuenta de que Rober había parado la boda para ir a buscar a su amigo, tuvo que ahogar un grito de la impresión. Confundida, se dejó caer en su asiento. Su cuñada se levantó para abanicarla. La iglesia entera explotó en un murmullo de incredulidad.

Ana le pidió el micrófono al cura. Le dio un par de golpecitos para comprobar que seguía encendido y movió el brazo para pedir silencio.

—Supongo que ha quedado claro que no hay boda. —Los invitados se callaron y le prestaron atención—. Teníamos el convite previsto en el hotel Meliá, aunque no tengo ni idea de qué se hace en estos casos. —Miró alrededor, como si esperase alguna respuesta—. Bueno, yo estaré allí tomándome un ron con cola, por si alguien quiere venir.

Se dio media vuelta, le devolvió el micro al cura y se agarró del brazo de su padre para bajar del altar.

Al ver que se dirigían hacia la puerta, el monaguillo pulsó el botón de la megafonía. Volvió a escucharse la marcha nupcial. Horrorizado, el cura le hizo señas para que la parase cuanto antes. Martín y yo nos aguantamos la risa.

—Lo siento un montón por tu madre —le dije—, pero estoy tan contenta por Rober…

—Yo también. Se merece estar con quien lo haga feliz. —Me pasó el brazo por los hombros y me atrajo hacia su cuerpo.

Contemplé a los invitados, que no paraban de cuchichear. Martín me dio un beso en el pelo y se acercó a mi oído:

—¿Vamos con Ana? No quiero ni pensar en la que se nos viene encima.

Una hora después, nos tomábamos una cerveza en el salón del hotel Meliá, en el que debería haberse celebrado el banquete. Estaba vacío, a excepción de unos cuantos amigos y familiares. La tía de Martín consolaba a mi suegra, que suspiraba ansiosa frente a una taza de tila, al igual que la madre de Ana, unas mesas más allá.

La novia había desaparecido en los lavabos con sus tres mejores amigas, aunque, de vez en cuando, alguna regresaba a la barra y pedía otra botella de ron. Cuatro o cinco parientes tomaban copas y los padres de los novios hablaban con el director del hotel. Era una situación muy incómoda.

—Tengo hambre —susurró Martín. Enarqué una ceja—. No he comido más que un bocata porque mi madre estaba en la peluquería —se excusó, encogiéndose de hombros.

Un camarero lo debió de escuchar, porque regresó con un plato de entremeses y lo depositó en la mesa. Martín le sonrió y agarró un par de trozos de queso.

—Pero ¿por qué no nos lo ha contado antes? —se lamentó su madre—. ¿Por qué ha esperado al último minuto en la iglesia, delante de todo el pueblo?

—Tranquila, Mari. —El padre de Martín regresó a la mesa y se sentó junto a su mujer. Le rodeó los hombros con el brazo.

Ella suspiró, agarró su taza y bebió un par de sorbos.

—Al menos, vosotros me daréis nietos. —Se volvió en nuestra dirección.

Martín, que acababa de meterse en la boca un dátil con beicon, casi se atragantó. Le pasé mi botellín y cruzamos una miradita de complicidad.

—Pero dentro de muchos años —respondí. «Porque si te digo que has estado a punto de ser abuela, lo mismo no pasas de esta noche», acabé la frase en mi cabeza.

—Claro, hija, dentro de muchos años.

Se abrió la puerta de golpe. Rober entró al salón, cogido de la mano de Eloy. Al percatarse de que los mirábamos, se soltaron con rapidez y caminaron hacia nuestra mesa.

—Lo siento mucho, mamá —murmuró, y agachó la cabeza.

—Ay, Roberto, ¿por qué no nos habías contado nada? —respondió ella con angustia—. Y ahora, ¿qué vamos a hacer…? —empezó a decir, pero su marido colocó la mano sobre su hombro.

—No te preocupes, hijo. —Se puso de pie y extendió los brazos. Rober se abrazó a su padre y rompió a llorar—. Está bien, tranquilo. —Le besó la cabeza y le frotó la espalda.

Martín se limpió una lágrima con el dedo. Al percatarse de que lo miraba, se rio, como si le diera vergüenza mostrar su lado sensible. Acerqué mi silla y lo rodeé con mis brazos.

Un rato después, ya más calmado, Rober se sentó a la mesa para hablar con sus padres. Martín me hizo un gesto con la barbilla y señaló una puerta lateral. Asentí con la cabeza.

Cruzamos la sala con rapidez, procurando no llamar la atención, porque no teníamos ganas de escuchar las opiniones de su familia sobre lo que había ocurrido esa tarde. Por suerte, los camareros habían empezado a desmontar las mesas y pasamos desapercibidos. Cogimos una botella de champán, de las que se enfriaban en una cubitera sobre la barra, y salimos por la parte trasera del hotel.

Tras saltar la barandilla, nos sentamos en las rocas, sobre la playa. Martín retiró la cápsula dorada y aflojó el alambre, apuntando hacia un lateral. El tapón salió disparado y desapareció entre la espuma de las olas. Sorprendido, levantó las cejas y me tendió la botella para que bebiera. Di un sorbo de champán y se la devolví.

La brisa marina me erizó la piel. Al darme cuenta de que me había dejado el chal en la silla, froté mis antebrazos desnudos y me encogí un poco hacia delante. Martín apoyó la botella en una roca, se quitó la chaqueta y me la puso sobre los hombros.

—¿Mejor? —Me rodeó con su brazo y me atrajo hacia su cuerpo. Por mi sonrisa, entendió que sí.

Se encendió un cigarrillo que compartimos en silencio. Me acurruqué contra él y escuchamos las olas del mar. Había sido una tarde muy intensa y teníamos que asimilar demasiadas emociones. Extendí el brazo para pedirle otra vez la botella. Martín dio un trago rápido y me la pasó.

—Blanca, ¿tú te casarías conmigo?

Me pilló tan desprevenida que casi escupí el champán. Tragué despacio. Esperaba una señal que aclarase que era solo una broma, pero no la hubo. Era una pregunta real y Martín aguardaba mi respuesta.

—Señor Giner, ¿me está pidiendo matrimonio? —Intenté quitarle seriedad.

—No es una propuesta en firme, preciosa —sonrió—. Según mi madre, esas proposiciones solo se contestan si hay un anillo de por medio, y yo no tengo ninguno. —Colocó las palmas de sus manos hacia arriba—. Aunque me gusta imaginar que estaremos siempre juntos, y me preguntaba si acabaríamos casados en el futu…

—Algunas cosas duran mucho más que las bodas —lo interrumpí.

—Lo sé. —Asintió mirando al mar—. Parecerá una locura, pero esta tarde, en la iglesia, me he puesto en el lugar de Rober y no me imaginaba con nadie que no fueras tú.

Inspiré hondo. En la otra dimensión nunca había creído en las bodas, me parecía que firmar un papel no garantizaba que un amor fuera eterno. Sin embargo, sentada en las rocas con Martín, entendí lo que les daba sentido: saber que, para esa persona, en ese instante, eras su «para siempre». Aunque te murieras de miedo. Aunque no supieras lo que ocurriría la mañana de después.

—¿Casarnos? —Me encogí de hombros—. ¿Quién sabe? Tal vez algún día.

Martín me devolvió la sonrisa y acarició mi mejilla con suavidad. Levanté la barbilla y entreabrí los labios. Él se inclinó sobre mí y me tomó por la nuca.

Nos besamos. Fue uno de esos besos lentos e interminables. Besar por besar, de esa manera despreocupada que perdemos al hacernos mayores, cuando la vida se encarga de convertirlo todo en urgente. «Pero esta vez no me volverá a pasar. No en esta dimensión».

Y al pensar en el futuro, tampoco pude imaginarme con nadie que no fuera Martín. Nos vi a los dos en nuestra propia casa, en una comida familiar en el pueblo, bailando *With or Without You* vestida de novia en mitad de la pista; juntos en la playa, con una niña pequeña que se llamaba como yo…

Fue una sensación tan intensa que me hizo plantearme si siempre había sido él, como si el universo me lo hubiera vuelto a poner delante para darme la oportunidad de enmendar mi gran error. Tal vez el propósito del viaje en el tiempo era que acabásemos juntos.

«¿Es así como tiene que ocurrir? —dudé—. Vega y Sofia también han elegido otras parejas». Pero ¿qué pasaría con Jorge en el futuro? ¿Y con las hijas de Sofía? Quizá todavía era muy pronto para tomar la decisión correcta, aunque tenía claro que, en ese preciso instante, Martín era mi «para siempre».

—¿Sabes, cariño? —susurré cuando nos separamos—. Hay una cosa que me encantaría hacer hoy contigo. ¿Confías en mí?

—Por supuesto, preciosa.

Entramos en el estudio de tatuajes cogidos de la mano. Era un local pequeño y angosto, con las paredes negras, prácticamente tapadas por cientos de fotografías. En el mostrador, una chica ojeaba una carpeta llena de dibujos; al fondo, tatuaban una cobra en la espalda de un tipo enorme.

Sonó la campanita que colgaba del techo. Se giraron hacia la puerta y nos observaron con curiosidad. Supuse que no entraban muchas parejitas de adolescentes vestidas de boda.

—¿Puedo ayudaros? —preguntó el tatuador, que limpiaba con un paño el exceso de tinta.

—Queremos hacernos unos tatus. —Avancé un par de pasos.

—¿Tenéis los dieciocho? —Asentí—. Bien, sentaos ahí, enseguida estoy con vosotros.

Me acomodé en una de las sillas mientras Martín contemplaba las fotos. Tenía las manos en los bolsillos del pantalón y movía la pierna de manera repetitiva.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo? —le pregunté. Sacudió la cabeza en un gesto afirmativo, sin apartar la vista de la pared—. ¿De verdad? —insistí.

—Claro, Blanca. ¿Por qué no iba a querer? —Se volvió hacia mí, extrañado.

—No sé, pareces inquieto. —Me encogí de hombros—. A lo mejor no estás convencido.

Martín respiró hondo, ladeó la cabeza y se frotó la nuca.

—Algunas cosas dan más miedo que las bodas. —Echó un vistazo alrededor y confesó en voz baja—: Tengo pánico a las agujas.

—¿Prefieres que nos vayamos? —Me levanté de mi silla.

—No, Blanca —sonrió—. Quiero tatuarme contigo.

Le devolví la sonrisa, emocionada, porque entendí que siempre podría contar con él. «Pase lo que pase», recordó mi voz interior, y me lo confirmaron sus ojos.

El tatuador terminó con aquel tipo y se nos acercó.

—¿Sabéis qué os vais a hacer? —preguntó. Los dos asentimos.

Tras desechar lo de los dos corazones y bromear con la idea del anillo, habíamos decidido tatuarnos un círculo en la muñeca. Lo habíamos elegido porque no tenía principio ni fin, no se

sabía cuándo empezaba ni dónde terminaba.

—Que sea algo sencillo, pequeño, que podamos ocultar con un reloj —expliqué. «Algo que pueda ver al despertar y comprobar enseguida en qué dimensión me encuentro», añadí para mí.

—Vale. —Se marchó detrás del mostrador. Al regresar, traía dos círculos impresos sobre una especie de calco.

Me quité la pulsera y extendimos los brazos frente a él. Limpió la zona con alcohol y nos colocó el papel para hacer la transferencia.

—Mi madre me va a matar —le dije a Martín—. Y a ti, la tuya.

—¿Después de lo de esta tarde? —Negó con una media sonrisa—. Hoy podría tatuarme una cobra como la de ese señor y mi madre ni se inmutaría.

Solté una carcajada. El tatuador retiró el calco y reveló dos círculos idénticos en un lateral de nuestras muñecas. Mi novio pegó su brazo al mío, haciendo que los dos se tocasen.

—Si ponemos uno junto al otro, ¿forman un infinito?

—¡Es verdad! —me reí. Ninguno habíamos caído en eso al elegir el tatuaje, pero el significado conjunto aún lo hacía más especial. Miré el círculo en su piel y luego en la mía—. ¿De verdad estás seguro?

—Lo estoy, Blanca. Quiero llevarte conmigo siempre.

—Siempre —repetí.

Por la radio, empezó a sonar *Always,* de Bon Jovi. Me lo tomé como una señal.

—¿Quién va primero? —nos preguntó el tatuador.

—Yo. —Martín se sentó en la silla y extendió el brazo—. Hagámoslo cuanto antes.

Miró al techo, tomó aire y lo soltó despacio por la boca. Me acerqué a cogerle la otra mano.

—¿Nervioso? —pregunté.

—Acojonado —susurró.

Dio un respingo al notar la primera punción. Me incliné a besarlo, tratando de no reírme. Nunca habría imaginado que le dieran tanto miedo.

Cuando llegó mi turno, me senté en la silla que él había ocupado unos minutos antes y coloqué mi brazo hacia arriba. Martín entrelazó sus dedos con los míos.

—Y tú, ¿no tienes miedo?

—Un poco. —Respiré hondo.

No me asustaba el dolor —ya me había tatuado antes, en la otra dimensión, y no había sido para tanto—, pero era muy consciente de lo que aquello significaba: al igual que en las bodas, ese círculo era una elección, un salto al vacío. Y yo elegía a Martín, con todas las consecuencias.

«Ojalá hubiera estudiado otra carrera y me hubiera casado con un buen chico». Recordé las palabras que formaban el deseo de aquella noche en la terraza de Vega, el que quizá había provocado mi viaje en el tiempo, y sonreí al darme cuenta de que estaba a punto de cumplirlo, porque en unos días comenzaríamos juntos la universidad. Tal vez nunca llegásemos a casarnos, pero algunas cosas dan más miedo que las bodas y duran mucho más.

Le apreté la mano. Al escuchar aquel zumbido continuo, levanté la mirada y me encontré con aquella sonrisa tan especial.

Y en ese instante, en medio del estudio de tatuajes, supe que Martín y yo siempre seríamos Martín y yo, pasase lo que pasase en el futuro.

Porque un círculo es algo perfecto.

Es infinito.

Y es para siempre.

QUINCE AÑOS DESPUÉS DE TODO

Madrugada del sábado al domingo
29 de julio de 2012
MARTÍN

Terminó de sonar nuestra canción. Los compases de *Hey Boy Hey Girl,* de The Chemical Brothers, sustituyeron a los de *With or Without You* y me sacaron de mis pensamientos. Blanca levantó la cabeza, que había apoyado en mi hombro mientras bailábamos. Parpadeó un par de veces, como si acabase de despertar.

—Tengo que volver con mi marido —murmuró. Retiró un hilo de la solapa de mi chaqueta.

—Claro, preciosa.

Se acercó a besarme en la mejilla. Rodeé su cintura con mis brazos y la estreché contra mí. Su cuerpo se acopló al mío de manera natural, como si guardase la memoria de nuestros abrazos a lo largo del tiempo. Besé su pelo. Inspiré.

Blanca olía diferente. A un perfume intenso y ambarino que no reconocía. Al separarnos, me devolvió la sonrisa.

Cruzó la pista de baile. Estaba radiante vestida de novia, más, incluso, de lo que había imaginado nunca, aunque en mis fantasías de adolescente ella no se casaba con otro. Por lo menos ese marido me caía bien, no como el capullo del actor.

Jorge la besó y le pasó el brazo por los hombros. Desvié la mirada. En cuanto localicé la barra más cercana, me acerqué a por un *gin tonic*.

—Otro, por favor —escuché que decía Rober a mi lado.

Levanté dos dedos en el aire y el camarero asintió. Tomó un par de copas limpias y las llenó de hielo. Las depositó frente a nosotros y se volvió para buscar la ginebra.

—¿Y mi mujer? —pregunté.

—Ha salido a fumar con Vega.

Rober se apoyó en la barra y contempló a los invitados. Lo imité. Eloy bailaba con Alba y Sofía. Al darse cuenta de que lo mirábamos, nos guiñó un ojo. Mi hermano le correspondió.

—Aquí tienen. —El camarero empujó los *gin tonics* que acababa de servir.

Cogí mi copa, le entregué a Rober la suya y brindamos. Di un sorbo, paseando la mirada por la pista. Al fondo, de espaldas, Blanca hablaba con su abuela.

Sonaba un tema de los ochenta. Intenté recordar el grupo que lo cantaba, tal vez fuera Depeche Mode

—Todavía la quieres, ¿verdad? —soltó de repente mi hermano.

Alcé las cejas, sorprendido.

—La quiero mucho, ya lo sabes —respondí—. Somos buenos amigos.

—Ya. —Sonrió, burlón—. Tú sigues loco por ella, a mí no me engañas, chaval. —Dejó su copa y chascó la lengua—. Lo que aún no entiendo es por qué rompisteis.

Me encogí de hombros, concentrado en esa melena rubia al otro lado del salón. Como si notase que la observaba, Blanca giró la cabeza. Nos sonreímos.

Rober soltó una carcajada, agarró su *gin tonic* y se fue a bailar con Eloy. Me dio un par de palmaditas en el hombro al pasar por mi lado. Resoplé, molesto.

En cuanto se marchó, bebí un buen trago y la busqué otra vez. Pero ya no estaba allí. Apreté los labios.

Quizá mi hermano tenía razón, aunque yo no quisiera admitirlo.

Seguía pillado por Blanca.

Y yo tampoco tenía muy claro por qué habíamos roto.

AGRADECIMIENTOS

Después de publicar mi primera novela, muchas lectoras me pidieron la historia de Blanca y Martín. Ha sido un reto viajar otra vez a los noventa y convertirlo en uno de los protagonistas, pero he disfrutado muchísimo de volver, por eso quiero darles las gracias a todos los que forman parte de este libro:

A mis padres, los primeros; muchas gracias por estar ahí siempre que os necesito, por aguantar mis explicaciones con *spoilers*; y por darle *like* a todos mis posts, *stories* y *reels* de Instagram. Os quiero mucho.

A Carlos, muchas gracias por creer en mí y por tu apoyo a la hora de embarcarme en este viaje. Sin ti, nada de esto sería posible.

A Tamara, que lee las escenas sueltas, sin ningún tipo de orden y, aun así, consigue situarse. Gracias por darme siempre tus impresiones sinceras. Escribir es mucho más fácil con amigas como tú.

A mi hermano, que le hice todo el lío para que me ayudase a resolver la escena del accidente de Santi porque estaba muy bloqueada. Gracias por las ideas y por el café.

A las lectoras cero: Tamara (@galernica), Adriana (@adriana_freixa), Alba (@albarubio), Toñi (@mecaienunlibro), Saray (@saraygallardo), Iralda (@lectorasonriente), Isabel (entrelibrosycastillos), Arya (@_aswinter) y Dorcas (@dorcasysuslectures). Muchas gracias por dedicarle tiempo a esta historia, sobre todo después de pedíroslo tan a contra reloj; y por vuestros consejos, sugerencias y momentos Rottenmeier. Me lo he pasado genial comentando con vosotras.

A Adriana Freixa, por ser mi «asesora de polvos literarios» y compartirme sus teorías frescas. Contar contigo para la supervisión de las escenas sexuales de este libro ha sido la leche.

A Alba Rubio y Joaquín Llopis, por resolver mis dudas sobre las telecomunicaciones en los noventa. Sin vosotros, no los hubiera dejado irse de *camping* tan fácilmente. Los personajes y yo os lo agradecemos.

A Irene (@irene_moyaa), María (@mariaferrerpayeras) y Cora (@coraking), por ser las primeras lectoras cero cuando solo tenía el inicio, el final y muchísimas dudas sobre la trama. Muchas gracias por las ideas, el apoyo moral y por las charlas de los pomodoros.

A L. M. Mateo (@lmmateorelatos), que todavía encuentra gerundios de posteridad en mi texto aunque yo creía tenerlos superados. Son como las cucarachas. Gracias por los trucos, los retos y por enseñarme a escribir mejor. Es genial trabajar contigo.

A todas las que me ayudaron a vestir a Rober para su boda con Ana: Elena Garquin, Ivonne Vivier, Teresa Gámez, Teresa Gutiérrez, Loli Pérez Sanclemente, Dublineta Eire, María José Povedano, Luisa Ruíz, María Ferrer Payeras, Irene Moya-Angeler y el grupo de amigos de Jesús. Gracias por descubrirme que las corbatas plateadas era «lo más» en aquella época.

A las lectoras, lectores y *bookstagramers* que escriben reseñas constructivas y maravillosas, que hacen montajes y *reels*, y los suben a sus redes sociales o que me escriben para decirme que han viajado en el tiempo, han conectado con las chicas, se han enamorado de Martín o han llorado al recordar a sus abuelos… Gracias, porque sois quienes le dais sentido a todo esto de escribir.

Muchas gracias a las chicas de la Comunidad Romántica y Secuestradoras de libros por meterme tanta presión para que siguiera escribiendo #sinpresión.

A todos los que me animaron a continuar la saga porque no querían despedirse de los personajes.

Y a ti, que acabas de leer esta novela, muchas gracias por seguir acompañándome.

SI LLEGAMOS A CUMPLIR CUARENTA

VIAJERAS DEL TIEMPO 4

AITANA SANBLANCO

SI LLEGAMOS A CUMPLIR CUARENTA

@aitanasanblanco

VIAJERAS DEL TIEMPO 4

Este libro tiene música.
Escucha su *playlist* en Spotify.

A quienes siempre creímos en los finales felices

SIETE AÑOS ANTES DE TODO

Miércoles, 6 de julio de 2005
MARTÍN

—¿Qué nos está pasando?

Cuando Blanca pronunció esa frase, el mundo se paró. Congelado. Como si lo hubiera detenido con un mando a distancia.

Habíamos vuelto a casa después de cenar con David y Vega. Faltaban solo unas semanas para su boda y, otra vez, nos habían preguntado que cuándo nos casábamos nosotros. Que llevábamos casi diez años de novios. Que ya nos tocaba. Que sería genial que tuviéramos hijos de la misma edad para que fueran al colegio juntos…

Como siempre, yo les había contestado que pronto, en cuanto ahorrásemos un poco, pero Blanca se había puesto muy tensa y no había dicho nada más en toda la noche.

Hasta ese instante, en el baño, mientras me lavaba los dientes antes de dormir.

La observé a través del espejo. Se apoyaba contra el marco de la puerta, con los brazos a la espalda y la mirada perdida en el suelo. Se mordió el labio. Le temblaba tras soltar aquella bomba.

—¿Qué quieres decir? —contesté, aunque sospechaba a qué se refería.

—Joder, Martín, ya sabes lo que quiero decir…

No era una cuestión sencilla. Aquella pregunta contenía meses de dudas. De darnos media vuelta en la cama sin abrazarnos. De besos que habían perdido la pasión. Mis latidos triplicaron su velocidad. Nada sería igual a partir de entonces. Algo se acababa de romper, había escuchado hasta el chasquido.

Dejé el cepillo en el vaso y me sequé con la toalla. Sabía que llevábamos meses en piloto automático, en una relación que parecía de dos amigos que compartían piso. Y a pesar de que dormíamos en la misma cama, nunca la había sentido tan lejos.

No estábamos en nuestro mejor momento, pero había dado por hecho que solo era una etapa. Una mala racha. Algo que les sucedía a las parejas que llevaban muchos años juntas. Nada grave. Lo superaríamos.

—¿Es por lo que ha dicho Vega? —Le acaricié la mejilla—. No hace falta que nos casemos, preciosa. Podemos seguir como hasta…

—¿Te acuerdas de cómo imaginábamos nuestro futuro? —Se echó hacia atrás para esquivar mi caricia—. Tú ibas a ser escritor y yo, actriz. Éramos ambiciosos, pero estábamos seguros de que lo conseguiríamos… —Sonrió con nostalgia. De inmediato, sacudió la cabeza y su sonrisa se

desvaneció—. Ahora hablamos de hipotecas, de bodas e hijos cuando tendríamos que estar luchando por aquellas metas. Aún estamos a tiempo, quizá en un par de años sea demasiado tarde para descubrir qué habría pasado si…

Resoplé. Ni siquiera recordaba la última vez que me había sentado al teclado. Había abandonado por completo la idea de publicar. Nunca lo lograría, por mucho que ella insistiera. No era tan bueno.

—Voy a beber agua —murmuré—, se han pasado con la sal.

Enfilé el pasillo para escapar de aquella conversación. La conocía bien: empezaría con que no tirase la toalla y acabaríamos enfadados. Mi novia era tenaz y estaba empeñadísima en que no renunciase a mis sueños.

Llegué a la cocina; saqué una botella de la nevera y bebí un buen trago. Blanca entró detrás.

—Martín, deberías terminar el manuscrito y enviarlo a esa editorial que busca nuevos talentos. Estoy convencida de…

—Ese no es un trabajo de verdad —la corté.

Puso los ojos en blanco.

—A veces me recuerdas a tu madre.

—Será porque mi madre tiene razón. Ya es difícil que te publiquen una vez. Vivir de escribir es prácticamente imposible. —Guardé la botella y cerré de un manotazo—. Tengo un buen empleo, no voy a dejarlo. Hay muchas facturas que pagar, además de la hipoteca. Y me gustaría ahorrar un poco para disfrutar de unas vacaciones de verdad, que llevamos tres veranos yendo al pueblo.

—Si con veintisiete hablas así, no quiero imaginarte a los cuarenta —respondió. Se sentó junto a la mesa.

Exhalé todo el aire por la boca para calmar los nervios. Hacía tanto que Blanca no sacaba ese tema que creía que lo había superado. Estaba claro que me equivocaba.

Un par de años antes, al acabar las prácticas de la carrera, a los dos nos habían ofrecido un contrato fijo en la misma agencia de publicidad. Yo lo había aceptado sin dudar, ella se lo había pensado un par de días antes de rechazarlo.

Nunca lo entendí. En aquella época, Blanca tenía muchísima prisa por comprar un piso. Insistía en que era el mejor momento, que no podíamos esperar mucho más. Y, cuando nos fuimos a vivir juntos, di por hecho que ya no quería marcharse a estudiar Arte Dramático.

Empezó a trabajar de azafata. Cubría eventos, hacía promociones… Siempre puestos temporales, como si no quisiera comprometerse con nada.

Ni con nadie.

Agarré un taburete y me senté frente a ella. Tenía los ojos cerrados, se masajeaba las sienes con los dedos.

—¿Qué quieres hacer tú? —Le acaricié la rodilla y esperé pacientemente hasta que me miró —. No soy imbécil, Blanca. Sé que esto no va de mí.

—Yo… —Tomó aire—. Hace mucho que sueño con ser actriz. Más de lo que te puedas imaginar. —Acarició con un dedo el círculo tatuado en mi muñeca—. Lo he ido postergando porque, si las cosas salían bien, habría tenido que mudarme a Madrid y éramos tan felices jun…

—¿Ya no lo eres?

Clavó sus ojos en los míos. Había sonado brusco y quise añadir algo más, pero un nudo en la garganta me lo impidió.

—Martín, te quiero muchísimo —me cogió la mano—, pero necesito comprobar ciertas cosas. Al menos, intentarlo —volvió a bajar la cabeza—, o no me lo perdonaré jamás.

Nos quedamos en silencio. Blanca contemplaba el suelo sin ni siquiera pestañear. Aún apretaba mi mano, pero su mente parecía estar muy lejos.

Me restregué los ojos. En el fondo, sabía que mi novia tenía razón. Me había conformado. Ya solo escribía los textos de publicidad de la agencia porque me acojonaba terminar el manuscrito y que lo leyera alguien más. Alguien que opinase que era una mierda, que se cargara mis ilusiones. Si nunca lo intentaba, nunca fracasaría. Era una lógica absurda.

Pero, aunque yo me hubiera resignado, no era justo que ella también tuviera que renunciar. Blanca tenía talento. La había visto actuar en varios cortometrajes y en un par de obras de teatro de la universidad. Brillaba. Y no era amor de novio ni algo que opinara solo yo. Lo confirmaban los aplausos del público al encenderse las luces. Podía llegar muy lejos. Y yo iba a hacer lo posible para que lo consiguiera.

Mudarnos no resultaba tan descabellado. Podría pedir una excedencia o renunciar a mi empleo. Madrid estaba repleto de agencias. Alquilar nuestro piso para pagar la hipoteca y buscar un sitio para vivir en la capital. No sabía si volveríamos en dos meses o en diez años, pero esa era la edad de atrevernos a hacer locuras. Ya sentaríamos la cabeza más adelante.

—Vale, preciosa. —Le di unas palmaditas en el muslo—. Vámonos a Madrid.

Alzó las cejas sin retirar la vista del suelo. Desconcertado, aguardé su reacción.

—Tú no quieres irte —dijo al final.

—Sí que quie…

—Acabas de decirme que tienes un buen empleo y que no quieres dejarlo. ¿Por qué te irías si no es por mí? —Negó con la cabeza—. No, Martín, esto lo tengo que intentar yo sola.

—No sé por qué no puedo acompañarte. —Me puse en pie con brusquedad—. Me pides que hagamos locuras, pero, si propongo que nos mudemos, tampoco te parece bien. —Volví a apoyarme en la encimera y crucé los brazos—. ¿Qué es lo que quieres? ¿Cortar conmigo y largarte?

Blanca levantó la mirada y me observó en silencio. No se lo había preguntado en serio, lo había soltado sin pensar. Eché hacia atrás la cabeza.

—No, esto no está pasando. —Negué con una risa incrédula.

—Todo lo hemos hecho juntos. —Le temblaba la voz—. La carrera, las prácticas, las vacaciones de verano o de Navidad… Cada decisión, crucial o irrelevante, la hemos tomado en pareja. Ya no sé quién soy sin ti.

Me froté la cara con las manos para despertar de aquella pesadilla. Siempre había creído que estar con ella desde tan joven era una suerte, porque teníamos un largo futuro por delante para compartirlo. Sin embargo, parecía que eso había jugado en mi contra. Conmigo ya lo había vivido todo.

—Sabes que hace meses que no estamos bien —continuó—. Nos hemos dejado llevar, supongo que por inercia, pero ¿es esto lo que nos espera a partir de ahora? ¿Y si un día nos damos cuenta de que nos hemos equivocado?

Me encogí de hombros. Nunca me había planteado que mi relación con Blanca pudiera ser un error. Ni siquiera en el último año. Con ella, lo quería todo. Hasta la rutina.

—Martín, ¿tú no sientes que te falta… algo más? —Se le quebró la voz.

Bajé la cabeza para contestarle que no, que tenía lo que necesitaba, y que era feliz. Aunque mi vida no fuera perfecta. Sin embargo, al ver sus ojos vidriosos, supe lo que debía decir. Por mucho que me doliese. Me lo estaba suplicando.

—Sí —mentí—. A mí me pasa lo mismo.

Fijó la vista en el suelo y empezó a llorar. Me acuclillé frente a ella. Aparté el pelo que le

caía sobre la cara y la acaricié. Cubrió mi mano con la suya y me miró, expectante.

Nada parecía real. Me sentía en completa disonancia, como si aquello le sucediese a otra persona. Blanca necesitaba volar. Sola. Y yo la quería demasiado como para retenerla.

—¿Y si… lo dejamos por un tiempo? —me escuché preguntar. Me arrepentí enseguida, pero ya estaba hecho. No había marcha atrás.

No respondió. Apretó los labios para contener un sollozo y asintió muy despacio con la cabeza. La envolví entre mis brazos. No fui capaz de separarme de ella en toda la noche.

A la mañana siguiente, se marchó de casa. Durante muchos meses, ninguno de nuestros amigos entendió lo que había ocurrido. Insistían en que nos habíamos equivocado, que parecía solo una crisis, que lo podíamos superar. Y, aunque les repetíamos que dejarlo era lo mejor para ambos, yo estaba roto por dentro.

Blanca era la mujer de mi vida.

Y nadie me había preparado para perderla.

CAPÍTULO 1
UN RECUERDO ENCONTRADO

Sábado, 15 de septiembre de 2012
BLANCA

De un tiempo perdido, a esta parte esta noche ha venido…

Subida en la escalera plegable, con medio cuerpo dentro del altillo de nuestro dormitorio, trataba de alcanzar la caja de cartón que estaba al fondo. En los altavoces del portátil sonaba *Para no olvidar*, de Los Rodríguez, en una de mis *playlists* noventeras de Spotify.

—*… un recuerdo encontrado, para quedarse conmigo…* —canturreé, haciendo equilibrios sobre el último peldaño.

No tenía ni idea de lo que contenía y me moría de curiosidad. Esa caja llevaba allí guardada más de un año, desde que, tras mi repentina pedida de mano en La Posada, me había mudado con Jorge a su piso. Nuestro piso. El mismo piso en el que habíamos vivido juntos en la otra dimensión.

Empaquetábamos nuestras cosas para llevarlas a un guardamuebles antes de empezar la reforma. Durante ese primer año de convivencia, nos habíamos dado cuenta de que se nos quedaba pequeño: yo necesitaba un vestidor para mi ropa y una salita donde estudiar los guiones sin que me molestase la tele. Mi marido, un despacho más grande, con un escritorio en condiciones y sitio para sus ordenadores y demás máquinas, porque muchos días teletrabajaba. También nos hacía falta una habitación de invitados, para cuando alguien de mi familia o mis amigas venían de visita a Madrid.

A principios de verano, un poco antes de nuestra boda, habíamos contratado a una agente inmobiliaria que nos había enseñado varias casas. Sin embargo, ya fuera por la zona en la que estaban situadas o por la distribución de las estancias, ninguna nos acababa de convencer. A eso se le sumaba el apego que le tenía a nuestro piso. Guardaba buenos recuerdos de la otra dimensión y, en esa nueva etapa, quería revivirlos con Jorge.

Por eso, al enterarnos de que el vecino de arriba se mudaba a otra ciudad y había puesto el piso en venta, le hicimos una buena oferta para quedárnoslo. Después, acudimos al estudio de arquitectura de unos amigos de Álvaro, que nos presentaron un proyecto para convertirlos en el dúplex de nuestros sueños. Nos encantó, y enseguida firmamos el contrato.

Estiré el brazo hasta alcanzar la caja con los dedos. Agarré una de las solapas, que no estaba bien cerrada, y tiré con tanta fuerza que salió despedida desde lo alto del armario. El impacto

contra el parqué resonó por la casa.

—¡¿Estás bien, cielo?! —Alarmado, Jorge entró a toda prisa en nuestra habitación.

Al descubrirme ilesa sobre la escalera, respiró con alivio. Paró la música y me tendió la mano para ayudarme a bajar.

Con el golpe, la caja se había abierto y el contenido se había desparramado. Por suerte, no se había roto nada. La mayoría eran recuerdos que me había llevado de casa de mis padres en Alicante: álbumes de fotos antiguas, un joyerito de madera, la estola de mi graduación, algunas de las notitas que mis amigas y yo nos pasábamos en clase…

Mi marido recogió un pedazo de metal que había rodado por el suelo hasta chocar con el zócalo.

—¿Para qué guardas esto? —preguntó.

—¡La pulsera que me regaló Rober! —exclamé, feliz, y se la quité de las manos para observarla con atención.

Se había ennegrecido por el paso del tiempo, pero aún se distinguían las ondas grabadas en la superficie. En una joyería podrían limpiarla para dejarla perfecta. Me parecía muy bonita, seguro que volvía a ponérmela en alguna ocasión. La coloqué en mi muñeca izquierda, donde llevaba el círculo tatuado, y me acerqué a Jorge, que ojeaba uno de los álbumes. Era el del verano que Santi nos había arrastrado a un *camping* de mala muerte. Me reí al ver a mi amigo en calzoncillos, dormido encima de las lonas de la tienda que se les cayó.

—Estos eran los baños —expliqué ante una foto en la que Vega y yo nos llevábamos las manos a la cabeza delante de las letrinas—. Y aquí creo que nos echaron agua fría, por eso tenemos esa cara de susto… —Señalé otra en la que Martín y yo mirábamos a la cámara, sorprendidos.

Jorge pasó la página y un pedacito de cartón se cayó al suelo. Al agacharme a cogerlo, me percaté de que era la tira del fotomatón de mi dieciocho cumpleaños, que Martín y yo habíamos dividido por la mitad. Yo me había quedado una parte, la otra media debía tenerla él.

Me senté en la cama y contemplé esas dos fotografías: en la de arriba posábamos formales; en la de abajo, él apretaba los ojos mientras yo sacaba la lengua. «Mis primeras fotos con dieciocho otra vez», sonreí con nostalgia. Hacía tanto tiempo que no las veía que pensaba que las había perdido.

Jorge se sentó a mi lado y me pasó un brazo por detrás de la cintura.

—Creo que esa chica jovencita me suena… —susurró en mi cuello, acariciándolo con los labios—. Hace muchos años, entró en mi sección de Informática para comprar un ordenador y me dejó completamente descolocado. Ahora creo que es una actriz famosa. —Me besó la piel y me hizo cosquillas. Me eché a reír—. Y tú, chatín, será mejor que no nos mires, porque voy a hacerle a mi mujer un montón de cosas que no son aptas para menores —le dijo al Martín adolescente de la foto.

Me quitó la tira de la mano, la colocó boca abajo sobre el colchón y me empujó hacia atrás con suavidad para que me tumbase. Volví a reírme cuando me empezó a desnudar.

—¿Otra vez, señor Cruz? —bromeé, juguetona, mientras Jorge tiraba de mis *leggins*—. Así no vamos a terminar nunca de empaquetar. No hace ni una hora que hemos salido de la cama.

—Es el momento perfecto para meternos otra vez. —Se colocó encima de mí.

Cerré los ojos al besarlo, deleitándome en cada una de sus caricias. Mi relación con Jorge era maravillosa, como la recordaba de la otra dimensión… O quizá incluso mejor. Desde que nuestro compromiso se había hecho público, habíamos dejado de escondernos y nos comportábamos como una pareja normal.

A mi marido le encantaba agarrarme de la mano en cuanto salíamos a la calle. También recogerme al acabar mi jornada de rodaje, o acompañarme a esas fiestas glamurosas a las que me invitaban. Yo ya las tenía un pelín aborrecidas; para él, eran una novedad.

Disfrutábamos de las cosas más triviales, desde hacer la compra juntos en el supermercado hasta salir a comprar churros los fines de semana para desayunar. Durante la jornada nos mandábamos mensajitos, contándonos cuánto nos echábamos de menos, y, al llegar a casa, Jorge preparaba la cena mientras yo me sentaba en la mesa de la cocina a darle conversación. Hablábamos de cómo nos había ido en el trabajo, de los últimos avances tecnológicos o de los nuevos proyectos que me proponía Elia, mi representante desde hacía casi dos años, con la que mi carrera había vuelto a despegar. No podía sentirme más afortunada.

«Saborea el presente, Blanca —dijo mi voz interior al mismo tiempo que la boca de Jorge recorría mi piel—. Te lo mereces después de lo que has tardado en llegar hasta aquí».

Gemí, con una sonrisa en los labios. Mi vida era perfecta. Por fin, después de mil contratiempos, había alcanzado el futuro al que tantas veces había soñado con volver.

Pasamos la mañana en la cama, no salimos hasta bien entrado el mediodía, cuando nuestros estómagos empezaron a rugir. Tras una ducha larga, Jorge fue a la cocina a preparar algo de comer y yo me dirigí a nuestra habitación para vestirme.

Caminé de puntillas hasta la cómoda, sorteando los álbumes de fotos y demás trastos, que seguían esparcidos por el suelo. Al ponerme la ropa interior, reparé en que la tira del fotomatón se había caído bajo la cama. La recogí con cuidado, la dejé sobre una de las mesillas y le hice una foto con mi móvil.

YO

Mira lo que me acabo de encontrar.

Se la envié porque sabía que le haría ilusión. No tardó en contestarme con un emoji sonriente.

MARTÍN

Ojalá supiera dónde guardé las mías.

Me puse los *leggings*, que Jorge había lanzado a la otra punta del dormitorio, y busqué mi sudadera. Había caído hecha un gurruño sobre la silla. Después de sacudirla un par de veces en el aire, terminé de vestirme y le contesté.

YO

Aparecerán cuando menos te lo esperes.

MARTÍN

Si se las quedó mi madre, esas no vuelven a aparecer. A ti te quiere más que a mí.

Se me escapó una risita. Martín y yo habíamos estado juntos tantos años que su hermano y sus padres seguían considerándome parte de la familia. A veces, todavía nos preguntaban que por

qué lo habíamos dejado, que no eran capaces de entenderlo. Siempre les contestábamos con evasivas: no era una pregunta sencilla de responder.

No lo dejé por Jorge. En realidad, no hubo una sola razón. Fue un cúmulo de circunstancias que estallaron a la vez.

Por aquel entonces, estaba a punto de cumplir otra vez veintiséis años y pasaba por una crisis existencial. Martín y yo acabábamos de terminar la carrera y de comprarnos un piso; trabajábamos para pagar las facturas, para irnos de vacaciones y, si quedaba algo a fin de mes, lo ahorrábamos para la boda. Éramos jóvenes haciendo lo que la sociedad esperaba de nosotros, no había espacio para nada más. Y, aunque quería mucho a mi novio, hacía varios meses que me preguntaba si toda mi vida iba a ser igual.

Mis amigas no me entendían. Supongo que yo tampoco era capaz de explicarles esa ansiedad que me invadía por las noches en la cama y que me hacía cuestionarme si era así como tenían que ocurrir las cosas. Siempre había soñado con dedicarme a una profesión que iba más allá de pasarme ocho horas sentada en una oficina, y en la otra dimensión hacía muchos años que había renunciado a ella. «¿Has viajado atrás en el tiempo y ni siquiera vas a intentar ser actriz? Es ahora o nunca», me repetía mi vocecita interna, metiéndome más presión.

Era ahora o nunca, porque también había otra cita que tenía fecha de caducidad. Una que yo misma le había propuesto a Jorge antes de irse a Connecticut. No tenía ni idea de si él aparecería por La Posada, pero yo jamás me perdonaría no haber acudido a comprobarlo.

Y luego estaba Martín.

Cuando empezamos a salir en el instituto, ni siquiera me planteé que fuéramos a durar tanto. Me había dejado llevar, día tras día, hasta acabar enamorada como una adolescente de verdad. Durante esos nueve años, habíamos crecido juntos en muchísimos aspectos. Había sido tan feliz con él que postergué cada uno de mis planes… Hasta que llegamos a ese punto muerto que nos impedía avanzar. Si lo hubiéramos intentado, quizá habríamos superado aquella crisis, pero no dejaba de pensar que, al contrario que David y que Alba, que sabía que no eran felices en la otra dimensión, Martín tenía una familia en el futuro y yo se la estaba robando. Esa idea me atormentaba y ni siquiera se lo podía contar.

No fue nada fácil empezar aquella conversación que acabaría con todo. Me dolió muchísimo perderlo, aunque, en aquel momento, sentí que era lo que tenía que hacer. Decidí que lo mejor era que el destino se encargase de guiarnos y, cuando me presentó a Gloria, la que yo sabía que se convertiría en su mujer, supe que había hecho lo correcto.

—¡La comida estará en cinco minutos! —me gritó Jorge desde la cocina.

Me despedí de Martín y mandé algunas fotos del *camping* al grupo que compartía con mis amigas, el que Vega había llamado *Bienvenidas al futuro* en un arranque de originalidad.

SOFÍA

¡Dios! El camping de los horrores. ¿Dónde estaban esas fotos?

YO

En una caja, en el altillo.

VEGA

Joder, qué recuerdos…

SOFÍA

Unos buenos, otros peores, y alguno… Visto y no visto.

YO

¿Cómo era la canción de Speedy González?

VEGA

Sois unas cabronas.

Por cierto, quiero muchísimo a mi hija Ainhoa, pero echo de menos mi vientre plano y mis caderas sin estrías…

Vega cambió el nombre del grupo a *El futuro estaba sobrevalorado.*

SOFÍA

Por lo menos tú no tienes una cicatriz que te llega hasta el ombligo.

Puse los ojos en blanco. Desde que, el año anterior, mis dos amigas habían tenido a sus hijas con unos meses de diferencia, parecía que habían empezado un concurso sobre quién estaba más perjudicada por culpa de la maternidad.

YO

Me está apeteciendo quedarme embarazada solo para poder competir con vosotras.

VEGA

Uhhh, ¿alguien va a intentarlo a tope en Bali?

YO

Ni de coña, ahora estoy centrada en mi carrera.

Aún tengo treinta y tres. Los bebés pueden esperar.

VEGA

Vaaale. ¿No tienes más fotos de esas? Son mierda de la buena.

YO

Luego os mando más, me esperan para comer.

Dejé el móvil en la cómoda y fui a la cocina con mi marido, que daba los últimos toques a un plato de pasta carbonara. Lo abracé por detrás, le di un beso en la espalda y me puse de puntillas para mirar por encima.

—Qué buena pinta…

—¿Tienes hambre, cielo? —preguntó. Asentí con la cabeza—. Esto ya está, comemos y nos echamos una siesta. —Apoyó la cuchara contra la sartén y se dio media vuelta para besarme de forma muy efusiva.

—No te van a quedar fuerzas para la luna de miel —susurré en cuanto se apartó un poco. Jorge soltó una carcajada.

—Qué flojita eres… Me parece que aún no sabes de lo que soy capaz.

Aunque habían pasado casi dos meses desde nuestra boda, habíamos tenido que retrasar el viaje por problemas con mi agenda. En la agencia donde lo habíamos reservado, nos habían asegurado que septiembre todavía era una buena época para viajar a Bali. La temporada húmeda no empezaba hasta principios de noviembre y estaría menos masificada por los turistas. Nos había parecido muy buena idea y, después de insistirle un poco, había convencido a Jorge para que se pillase el mes entero de vacaciones. Álvaro, que además de su mejor amigo era su jefe, se había llevado las manos a la cabeza, pero mi marido se había mantenido firme en su decisión.

Jorge me dio otro beso y se giró para servir los platos. Cogí vasos y cubiertos, y los llevé a la mesa.

Terminábamos de comer cuando mi móvil sonó en el dormitorio. Me giré hacia la puerta.

—Ve a contestar, cielo. —Jorge se puso de pie—. Ya recojo yo.

Caminé deprisa para llegar antes de que se cortase. Me sorprendió que fuera el hermano de Martín: después de haber encontrado la pulsera esa mañana, su llamada era una increíble casualidad.

—¡Rober! —dije en cuanto descolgué.

—¿Cómo estás, cuñadita? —me preguntó a modo de saludo.

—Muy bien —respondí con una sonrisa—. Empaquetando la casa para que comiencen las obras mientras estamos de luna de miel.

—¡Es verdad! ¿Qué día os vais?

—El lunes. —Avancé un par de pasos y me tumbé en la cama—. Estaremos en Bali hasta mediados de octubre y, al volver de viaje, nos iremos directamente al piso que hemos alquilado. Los del estudio de arquitectura nos han dicho que la reforma tardará unos tres o cuatro meses, así que, con suerte, estaremos de vuelta después de Navidad.

—No está nada mal. Tres meses fuera de casa, uno de ellos en Bali… ¿Dónde hay que firmar? —se rio. Lo notaba de muy buen humor.

—¿Y tú, qué me cuentas? No esperaba tu llamada.

—Me caso.

—¡¿En serio?! —Me incorporé, sorprendida—. ¡Enhorabuena! ¿Cuántos años lleváis juntos? ¿Diez? ¿Doce?

—El jueves hará quince.

—¡¿Quince?! Sí que te ha costado decidirte… ¿Te daba miedo que Eloy te dijera que no?

—Lo que me daba miedo era decírselo a mi madre. —Rober soltó una carcajada—. Todavía sueño algunas noches con la mantilla.

Me dejé caer de nuevo en la cama, sin parar de reír. Yo también recordaba aquella mantilla negra que se puso para la boda de su hijo con Ana… Boda que ni siquiera se llegó a celebrar porque el novio salió corriendo de la iglesia detrás de Eloy.

Fue la mejor decisión, aunque Rober eligió el momento menos apropiado. En el pueblo se montó un escándalo tremendo y su madre lo pasó fatal. No soportaba que su hijo fuera la comidilla de las vecinas. Y, aunque Eloy era un chico encantador y ella enseguida le cogió

mucho aprecio, no volví a escucharla hablar de lo que ocurrió aquella tarde en la iglesia.

—Mantilla aparte, ¿cómo se ha tomado la noticia? —pregunté, curiosa, mientras jugaba con la pulsera, que seguía en mi muñeca.

—Está encantada. Mi hermano organizó su boda tan rápido que casi no le dejó meter mano en los preparativos. Me tocará darle manga ancha para compensar. —Suspiró de una forma tan dramática que me hizo soltar una carcajada—. Será el sábado once de mayo. ¿Tú y Jorge vendréis?

—¡Por supuesto! —exclamé—. No nos la perderíamos por nada del mundo.

—Más te vale, Blanca, porque quiero que seas una de mis testigos. —Y añadió con retintín —: Ya me dirás si te traes tus propios guardaespaldas o tengo que contratar un equipo de seguridad.

—Hay que joderse —bufé.

—Tómatelo a coña si quieres, pero mi madre ha vuelto a invitar al pueblo entero… Espero que te guste firmar autógrafos, porque te vas a hinchar.

Charlamos un rato más antes de despedirnos. Al volver a la cocina, Jorge ya lo tenía todo recogido. Había fregado hasta la sartén.

—¿Buenas noticias? —preguntó al verme la cara. Asentí con la cabeza.

—¿Has estado en alguna boda gay?

El lunes por la mañana, después de desayunar, Álvaro nos llevó al aeropuerto. Habíamos quedado con él a primera hora para darle una copia de las llaves y, aunque teníamos previsto llamar a un taxi, se empeñó en que no era necesario. Entendí tanta insistencia durante el trayecto, cuando aprovechó esos veinte minutos de coche para repasar algunas cuestiones laborales que se iban a quedar pendientes.

—Todavía no me creo que te vayas de viaje un mes completo —le repitió por tercera vez al coger la salida hacia la terminal.

—Me quedaban días libres desde 2006, tengo derecho a disfrutar con mi mujer de unas buenas vacaciones —le contestó Jorge—. Ni se os ocurra llamarme, que Blanca y yo vamos a estar muy ocupados. La empresa puede funcionar sin mí.

Desconcertado, Álvaro me miró por el espejo retrovisor.

—No sé qué le has hecho, pero no lo reconozco.

Me reí. No lo reconocía ni yo.

En la otra dimensión, su trabajo había llegado a convertirse en un tema delicado. Si alguna vez discutíamos, casi siempre era por la cantidad de horas que pasaba frente al ordenador, intentando conseguir un ascenso que nunca llegaba porque no contaba con la experiencia que le exigían. Sabía que se sentía frustrado, estancado en una carrera que avanzaba mucho más lenta de lo que deseaba, pero, a veces, tenía la impresión de que su trabajo era su mayor prioridad, como si no existiera nada más.

Sin embargo, las circunstancias habían cambiado. Animarlo a marcharse a Connecticut resultó muy duro en su momento, pero el cariz que habían tomado las cosas me confirmaba que había sido la decisión correcta.

Había recuperado mi vida. El futuro no podía presentarse mejor.

CAPÍTULO 2
NOCHE DE VIERNES EN EL SOFÁ

Viernes, 22 de marzo de 2013
MARTÍN

—¿Seguro que no quieres venir? —Gloria se asomó al salón.

Aparté la mirada de la tele y me giré hacia ella. Apoyada contra el marco de la puerta, mi mujer hacía equilibrios sobre un pie para calzarse los tacones. Llevaba un vestido negro, corto y ceñido, habría jurado que no se lo había visto nunca, y los aritos de plata que le había regalado en Navidad. Se había maquillado. Mucho. El carmín rojo resaltaba sus labios gruesos. Me sorprendió verla tan arreglada.

—Martín —insistió—, todavía estás a tiempo de cambiarte.

—No, chula. —Negué con la cabeza—. Te lo vas a pasar mejor si yo no estoy.

—Como quieras —contestó con indiferencia, aunque una sutil sonrisa le curvó las comisuras —. Mejor no me esperes despierto.

Me incorporé en el sofá, pensando que se acercaría a despedirse. Gloria guardó las llaves en el bolso y cerró con fuerza al salir.

—Joder, macho. Ni un besito… —Resoplé, y me estiré para alcanzar el mando.

Había quedado con la gente de su curro. Solían juntarse un par de viernes al mes para cenar o tomar unas copas. Los maridos éramos bienvenidos, o eso decían, pero la había acompañado varias veces y no me terminaba de integrar. No ayudaba mucho que Javier, su jefe, hiciera chistes corporativos que solo entendían ellos. Ni que mi mujer le riera todas las gracias por estúpidas que fueran.

—¿De qué va tu libro? —me había preguntado la última vez, al percatarse de que dejaba de escucharlo para consultar mi móvil—. Gloria me ha dicho que, en breve, te vuelven a publicar.

Era el típico madurito guaperas que adoraba ser el centro de atención. Debía rozar los cuarenta. Aunque, salvo por las canas, parecía de mi edad. Treinta y siete, como mucho. El tío se cuidaba, había que admitirlo. Sabía que estaba casado, por la alianza y porque, en alguna ocasión, nos había hablado de su mujer, pero no la había visto nunca en ninguna de esas quedadas. Supuse que ya tendría suficiente con aguantarlo en casa.

—La novela saldrá dentro de tres meses. —Guardé mi teléfono en el bolsillo—. Es ciencia ficción, trata de…

—¡¿Es de marcianitos?! —me interrumpió. Gloria se cubrió la boca para contener una

carcajada.

—No —repliqué, algo molesto—. Trata sobre una sociedad postapocalíptica en la que la humanidad vive en ciudades subterrá…

—Suena muy interesante —me volvió a cortar, fingiendo un bostezo—, aunque prefiero esperar a la película.

Esa vez los demás también se rieron. Bebí para disimular mi malestar.

—No te enfades, chulo. Javier siempre está de coña, no iba con mala intención —lo había disculpado Gloria al volver a casa—. Y reconoce que ha sido gracioso…

—La hostia de gracioso. Me descojono con él —contesté cerrando la puerta—. Me parece que, la próxima vez, me quedo en casa. No sé si puedo soportar tantísima diversión.

Y ahí estaba, un viernes por la noche, en el sofá mientras ella salía de fiesta. Con suerte, pondrían algo bueno en la tele y no sería tan mal plan.

Cambié de canal varias veces, hasta que me topé con la cara de Blanca y me sobresalté. Hacía años que era actriz, pero aún se me hacía raro ver a mi exnovia en pantalla. Me sentía un poco *voyeur*.

Dejé el mando a un lado y me recosté. La peli estaba ambientada en la España de postguerra, y ella era una espía que intentaba sacar a su marido de la cárcel… Marido que no era otro que el capullo de Santander. Puse los ojos en blanco cuando apareció en escena y se empezaron a besar.

Roy nunca me cayó bien. Ni siquiera al principio, antes de que se convirtieran en la pareja de moda. Era un egocéntrico. Se notaba a la legua que no la haría feliz. Y no me hizo ni puta gracia que se casaran. Por muchos motivos que me diera Blanca. Me daba igual que fuese bueno para su trabajo o que al pedirle matrimonio en público no pudiera decirle que no. Al ver su cara en aquella foto, se me cayó el alma a los pies. Estaba aterrada frente a ese anillo. Horrorizada. Aunque la revista lo titulase algo como «Lágrimas de emoción en su noche más romántica».

Hablé con ella varias veces. Intenté que reconsiderase lo de la boda, estaba a punto de tomar una decisión nefasta. Veía claro que, tarde o temprano, Roy se la jugaría. Y me jodió muchísimo tener razón.

En la pantalla, la celda mugrienta dio paso a un lujoso salón de baile, donde la alta sociedad lucía sus mejores galas. Vestida con un traje largo de color dorado, Blanca descendía por la escalera de caracol.

—Te echo de menos, preciosa —le susurré.

Se dio media vuelta y sonrió. Como si me hubiera escuchado.

Hacía más de ocho años que habíamos roto y me jodía reconocer que todavía la extrañaba. Más de lo que me habría gustado. Por suerte, no con aquella intensidad.

Cuando se fue, su ausencia me dolía de una forma insoportable. Como si me hubieran arrancado un órgano vital. La primera noche soñé que todavía estaba en casa. Y cada una de las noches siguientes durante casi un mes. Mi cerebro no se resignaba a haberla perdido. Me despertaba sobresaltado. Abrazado a su almohada, intentaba entender por qué habíamos tomado aquella decisión.

Adelgacé casi diez kilos; me volví bastante antisocial. Rechazaba los planes que me proponían porque no soportaba estar con nuestros amigos. Todos tenían pareja y eran empalagosos a más no poder. En especial, David y Vega, que me recordaban demasiado a nosotros.

A los únicos que toleraba era a mi hermano y a Eloy, que reservaban las carantoñas para la intimidad. Ellos se comieron mis malas caras, mis visitas eternas a su casa para hablar de Blanca y mis lamentos cuando me bebía unas copas y me ponía a llorar por ser el gilipollas que la había

perdido para siempre.

—No seas melodramático, chaval —me interrumpió una tarde Rober, harto de escuchar la misma cantinela—. La vida da muchas vueltas. Nunca sabes lo que va a pasar.

—Si está destinado a ocurrir, da igual lo complicado que parezca —añadió Eloy, apoyando una mano en mi hombro—. A veces solo puedes esperar.

Y esperé. Esperé durante meses. Me convencí a mí mismo de que Blanca volvería a casa. De que nos daríamos otra oportunidad. No era una idea descabellada: en aquel entonces, aunque ya no estábamos juntos, todavía vivíamos en la misma ciudad y manteníamos el contacto. Comencé a quedar de nuevo con ella y nuestros amigos; a llamarla casi a diario… Incluso retomé la novela. Me encantaba enviarle los nuevos capítulos a su *email* y que los comentáramos juntos frente a unas cañas.

Pero Blanca no volvió. Tras unos cuantos *castings*, consiguió un papel en una serie y se mudó definitivamente a Madrid. Comprendí que ya nada sería igual entre nosotros. Me resigné y aprendí a quererla de lejos. La había esperado algo más de un año: era el momento de dejarla ir.

Los anuncios interrumpieron la emisión. Aproveché la pausa y fui a la cocina a por algo de cenar.

Gloria y yo solíamos hacer la compra los sábados, así que la nevera estaba casi vacía. Media docena de huevos, una bolsa de ensalada sin abrir, un tanto mustia, y, en un túper, sobras de un guiso. No tenía muy buena pinta. Mi mujer era inteligente, divertida y se le daba genial dibujar. Pero cocinar no era su fuerte. Vacié el contenido en la basura y saqué el companaje para hacerme un sándwich.

La había conocido a finales del verano de 2006 a través de Ana, la exnovia de mi hermano. Hacía varios años que no sabíamos nada de ella, por eso nos hizo tanta ilusión encontrárnosla aquella tarde por casualidad.

Rober me había invitado a tomar algo en las terrazas del puerto. Llevaba varios días insistiendo en que saliera de casa porque no era sano volver del curro y tumbarme a escuchar en bucle *Vivir sin aire*, de Maná. Se puso tan pelmazo que, al final, claudiqué.

Acabábamos de sentarnos en una mesa cuando oímos una voz familiar.

—Mira a quién tenemos aquí: ¡los hermanos Giner! —exclamó Ana tras una carcajada.

Estaba radiante. Embarazadísima. Yo no tenía mucha idea, pero me dio la sensación de que podía ponerse de parto en cualquier segundo. La acompañaba su hermana, que llevaba a dos niños de la mano.

Rober se levantó corriendo para abrazarla.

—¡Pero qué guapísima estás! —afirmó con una sonrisa—. ¿Es el primero?

—La segunda. Este también es mío. —Acarició el pelo de uno de los niños; el más pequeño —. Jordi, dile hola a Rober. Es amigo de mamá.

—¿Jordi? —Mi hermano se rio y el niño se escondió detrás de su madre—. Al final te saliste con la tuya.

—Ya sabes lo cabezota que soy —contestó, sumándose a sus risas.

No entendí nada. Miré a uno y a la otra de manera alternativa.

—Ana estaba loca por Jordi Mollà —me explicó Rober—, y tenía muy claro cuál iba a ser el nombre de nuestro primer hijo.

—Tú sugeriste que lo llamásemos Eloy —replicó ella con retintín, y mi hermano se puso tan rojo que pensé que iba a explotar. Solté una carcajada que la hizo girarse hacia mí—. Por cierto, Martín, ¡he visto a Blanca en la tele! ¿Cómo llevas lo de salir con una famosa?

—Bueno… —Metí las manos en los bolsillos. Volví la cabeza hacia el mar—. Blanca y yo

ya no estamos juntos.

—¡¿Cómo?! ¡Si estabais enamoradísimos! —exclamó, atónita.

Me encogí de hombros. No tenía ganas de seguir con esa conversación.

—A mí no me mires, yo todavía no entiendo por qué lo han dejado. —Rober levantó las manos y luego me señaló—. Y ahí lo tienes, la viva imagen de la desolación. No paro de decirle que pase página y salga con otras chicas, pero ya lo conoces, también es de ideas fijas.

Resoplé con fuerza. Cuando se ponía en plan capullo, no había quien lo aguantase. Ana me frotó el brazo de manera cariñosa. De repente, pareció tener una idea.

—Conozco a la chica perfecta para ti. —Abrió el bolso y se puso a rebuscar en él —. Se llama Gloria y va a cubrir mi baja de maternidad. Llevo una semana explicándole mis tareas. Es una chica guapísima y muy divertida, estoy segura de que congeniaríais enseguida. —Sacó su móvil, un Motorola plegable de color rosa, y lo abrió para desbloquearlo—. Dame tu número. Mañana en el trabajo le pido que te dé un toque.

Se lo di. No me apetecía nada quedar con una desconocida, pero aún menos que mi hermano me echara un sermón. Era abogado, encontraría argumentos para recriminármelo durante meses.

Nos despedimos de Ana, que me hizo jurar que le daría una oportunidad a Gloria. En cuanto se marchó, creí que Rober insistiría. Sin embargo, se sentó en la silla, dio un trago a su cerveza y se echó a reír.

—Jordi… —Movió la cabeza hacia ambos lados—. Qué cabrona.

Un par de días más tarde, Gloria me llamó. Quedamos en el bar irlandés de la Rambla. Por teléfono me había parecido maja, aunque mi intención era tomarme un café, inventarme una excusa y marcharme pronto.

Llegué diez minutos antes. Abrí la puerta e inspeccioné el local. No había apenas gente: la pareja que se besaba en un rincón, un señor mayor que bebía cerveza en la barra, y una chica morena muy guapa que levantó la cabeza según entré. Ni rastro de la melena rubia que me había descrito por teléfono. Tampoco de la blusa roja que se iba a poner. Eché un último vistazo antes de dirigirme a la barra. La morenita me miraba con atención. Le devolví la sonrisa.

Acababa de pedirme un café cuando se levantó de su mesa y se acercó.

—Perdona, ¿eres Martín?

Enarqué las cejas. No recordaba haberla visto jamás. Era más joven que yo, de unos veintidós o veintitrés años. Alta y delgada, llevaba el pelo corto, a la altura de la barbilla. Sus ojos almendrados eran muy vivos a pesar de ser tan oscuros, aunque era su boca, con esos labios carnosos, lo que más llamaba mi atención.

—¿Nos conocemos? —contesté mientras el camarero dejaba la taza frente a mí.

—Sí… Bueno, en realidad, no. —Sonrió—. Soy Gloria, la compañera de Ana.

—Por teléfono dijiste que eras rubia.

—Una mentirijilla tonta, por si no me gustabas. —Hizo un gesto con la mano para quitarle importancia—. Así habría podido largarme sin que te dieras cuenta. —Al ver mi cara de estupefacción, trató de justificarse—. Entiéndeme, estaba un poco acojonada por si resultabas ser un *cranco*… En la única foto tuya que Ana encontró, tendrías unos quince años y estabas bailando sevillanas en las fiestas de tu pueblo. —Apretó los labios para contener la risa—. Por lo que me han contado, creo que esa noche te pillaste un buen pedal.

Supe enseguida de qué foto hablaba. Durante años, mi hermano y Ana se habían cachondeado de mi pose flamenca, por no mencionar mi careto después de tres cubatas. Noté que me subían los colores. Joder con mi excuñada. Ya le valía.

—He madurado desde entonces. —Rompí el sobre del azúcar y lo eché en mi café, evitando

el contacto visual.

—Y has cambiado de estilista, gracias a Dios —ladeó la cabeza—, porque ese pelo a lo Nick Carter tenía tela…

—¿Nick Carter?

—El de los Backstreet Boys. El que los tíos fingís no conocer para que no pensemos que sois gais. —Soltó una risita y me hizo una seña para que la siguiera a su mesa—. Me has gustado, Martín. Puedes estar tranquilo.

Me descolocó tanto que tardé unos segundos en reaccionar. Gloria se giró hacia mí, extrañada de que aún estuviese en la barra. Agarré la taza y fui detrás.

—Eso es hacer trampa. —Tomé asiento frente a ella—. ¿Y si hubieras sido tú la que no me gustase a mí?

—¿Y por qué no iba a gustarte?

Lo dijo muy sorprendida, como si no contemplase otra opción. La chica venía sobradísima de autoestima.

—¿Nadie te ha dicho que eres un poquito chula?

—Continuamente —sonrió—, pero a todos os encanta.

La tarde se nos pasó volando. Ana tenía razón: Gloria era muy divertida. Tan espontánea que, cada vez que le preguntaba algo, no tenía ni idea de por dónde me podía salir. Y chula a rabiar. Aunque lejos de molestarme, eso también me hacía gracia.

Serían más de las once cuando la acompañé a casa y nos despedimos en el portal. Tras decirle lo bien que lo había pasado, no supe cómo seguir. Quería pedirle una cita, pero, a la vez, sentía que era traicionar a Blanca. Se creó un silencio incómodo entre los dos.

Fue Gloria quien lo rompió. Se acercó con decisión, me echó los brazos al cuello y me besó.

No era así como había pensado que acabaría la tarde. En mi cabeza no iba a ser más que un café rápido con una desconocida al salir de trabajar. En unas pocas horas, había cambiado todo.

—¿Mañana a las ocho aquí? —me preguntó al separarnos.

Asentí, algo desubicado todavía. Ella sonrió y metió la llave en la cerradura. Me estaba dando la vuelta para marcharme cuando pronunció mi nombre y me giré otra vez.

—¿Qué te había dicho? —Me guiñó un ojo—. Estaba claro que te iba a gustar.

Levanté la vista al cielo y suspiré, fingiendo desesperarme. Gloria soltó una carcajada y entró en el portal.

Los primeros meses juntos fueron fantásticos. Cada mínimo detalle era una gran novedad. Desde su risa, tan contagiosa, hasta su manera apasionada de besarme. Disfrutaba de empezar de cero después de tantos años en una relación. Por supuesto que todavía pensaba en Blanca, prácticamente a diario, pero ya no sentía esa opresión en el pecho que me impedía respirar. Había vuelto a ilusionarme. Y un día me sorprendí deseando que ella también encontrase a alguien y que fuera muy feliz.

No recuerdo en qué punto las cosas comenzaron a torcerse. Tal vez en cuanto dejamos de salir solos y empezamos a quedar con los demás. Aun sin estar presente, Blanca seguía ahí, en cada recuerdo, en cada conversación. Era una parte importante de nuestras vidas.

Durante mucho tiempo, justifiqué las meteduras de pata de mis amigos, las anécdotas que mi madre contaba en las comidas familiares y las comparaciones inevitables que nunca salían bien. Lo hacían sin maldad. La gente no se acostumbraba a verme con otra, como si les costara asumir que ya no estuviera con Blanca. Fue complicado y a Gloria y a mí nos terminó afectando.

Guardé en la nevera el companaje y saqué una cerveza. Al cerrar, uno de los imanes cayó al suelo. Era un pequeño DeLorean, como el de *Regreso al futuro*, que me había regalado Blanca

un par de años atrás. Lo volví a colocar en la puerta y me acordé de aquella noche en Madrid, borrachos en mi habitación de hotel, en la que me confesó que había viajado en el tiempo.

—Hay que joderse, McFly. —Me reí con un resoplido y le di un mordisco al sándwich de vuelta al salón.

Cada vez que pensaba en esa historia de las viajeras, mi parte racional se descojonaba. No tenía ningún sentido. Era imposible irse a dormir en el futuro y despertarse al día siguiente en 1996.

Aun así, la creía. No solo porque eso explicara que supiera lo del accidente de Santi y otras cincuenta premoniciones más. Tenía grabada la mirada de Blanca al rogarme que no me subiera al coche. Su miedo era real, sabía que iba a ocurrir. Y eso me salvó la vida.

Lo que llevaba años sin entender era su insistencia en que debía estar con Gloria. Tras la discusión en la boda de Alba y Sofía, llegué a tener serias dudas de que fuera para mí. Lo habríamos dejado si Blanca no me hubiera contado nada sobre ese otro futuro.

Quería a mi mujer. Sin embargo, a pesar de nuestros esfuerzos, nunca logramos encajar del todo. No conectaba con ella como lo hacía con Blanca. Gloria era pasional, en lo bueno y en lo malo, y a veces resultaba agotador. Una auténtica montaña rusa. En esos seis años, habíamos pasado por tantas subidas y bajadas que nuestra relación ya estaba resentida. Había tratado de hablarlo con Blanca en varias ocasiones, pero, cada vez que le sacaba el tema, ella repetía un «Tenéis que estar juntos» y daba por zanjada la conversación.

A lo mejor en su otra dimensión las cosas eran distintas. Tal vez uno se enamora tan fuerte de adolescente que luego ya no es capaz de sentir la misma intensidad. O quizá yo aún albergaba la esperanza de que, algún día, con Blanca, sucediera lo imposible, como estuvo a punto de pasar aquella vez en Madrid. Nunca le había contado a nadie lo mucho que me arrepentía de haberla parado esa noche, cuando nos besamos en mi habitación de hotel. Entonces creí que era lo correcto… Me equivoqué. Si yo también hubiera podido viajar en el tiempo, habría regresado a ese punto para cambiar la línea temporal. Lo tenía claro.

Me cansé de hacer *zapping*. Hacía rato que la peli se había acabado y no conseguía engancharme a ningún canal. Pensé en ponerme con la escaleta de la próxima novela, pero me daba pereza. Aún quedaban seis meses para el *deadline* de la editorial. Decidí irme a leer a la cama. Parecía que iba a ser una de esas noches en las que tardaría en conciliar el sueño.

Acababa de quedarme dormido cuando una mano fría me rozó el abdomen. Parpadeé, sobresaltado. Iba a incorporarme, pero Gloria susurró a mi espalda:

—Tranquilo, que soy yo…

Me di la vuelta despacio, hasta quedarme tumbado boca arriba. Alcé los brazos por encima de la cabeza y ella se acurrucó a mi lado. Estaba desnuda.

—¿Lo has pasado bien esta noche? —bostecé, atrayéndola hacia mi cuerpo.

—Esta noche aún no se ha terminado —respondió, juguetona, y estiró de los cordones de mi pantalón.

Me endurecí al instante, al verla tan decidida. Hacía varias semanas que parecía evitar mi contacto: cada vez que la abrazaba o me acercaba a darle un beso, se apartaba con alguna excusa.

Bajé los dedos por su espalda. Gloria lamió mi cuello y su mano envolvió mi erección. Sonreí cuando me empezó a masturbar.

—Qué cariñosa estás, chulita. ¿Tanto me has echado de menos?

No contestó. Buscó mi boca con la suya y me besó con impaciencia. Metí la mano entre sus piernas. Estaba muy excitada. Se le escapó un gemido en cuanto la acaricié.

Subí la mano a su pecho, despacio, recreándome en su piel, pero Gloria tiró de mi pijama hacia abajo y se montó a horcajadas sobre mí. Sin más preliminares. Ahogué un gruñido al deslizarme en su interior.

Empezó a moverse despacio. La luz de la ventana dibujaba su silueta. Tenía la cabeza ladeada y gemía en cada vaivén. Era increíblemente sensual. Acaricié sus muslos, la abracé por la cintura y me incorporé a besarla.

—Joder —susurré—, ¿sabes lo mucho que…?

—No hables, por favor. —Colocó los dedos sobre mis labios. Aumentó la cadencia y empezó a jadear.

La habitación se llenó de nuestros gemidos, del sonido de nuestros cuerpos chocando. El ambiente era demasiado intenso. Le pedí que bajara el ritmo o acabaría enseguida. Gloria me tapó la boca con la mano, desoyendo mi petición. Intenté concentrarme en otra cosa, pero sentí brotar aquel cosquilleo y supe que no iba a aguantar.

Sujeté sus caderas con fuerza hasta que la detuve. Apreté los dientes. Tensé mi cuerpo, tratando de contener el orgasmo.

No sirvió de nada. Me corrí sin poder evitarlo, como un puto adolescente.

Gloria abrió los ojos de golpe y echó la cabeza hacia atrás.

—Joder, Martín —se quejó, frustrada.

—Dame un minuto, chulita. —Le mordisqueé un pezón—. Enseguida estoy listo otra…

—Es igual, déjalo —resopló con rabia.

Y, sin darme tiempo a reaccionar, se levantó de la cama y desapareció en el baño.

CAPÍTULO 3
CAFÉ CON CANELA

Sábado, 23 de marzo de 2013
BLANCA

Me desperté sin prisa en la enorme cama de nuestra nueva habitación. En el piso de abajo, Jorge trasteaba en la cocina. «Ya está preparando el desayuno», sonreí, y pensé en el café con leche y canela con el que solía amanecer cada fin de semana. Me tapé con el nórdico hasta el cuello y volví a cerrar los ojos mientras aguardaba a que mi marido regresara al dormitorio.

No debían ser ni las diez y teníamos la mañana entera para remolonear. Hacía unas tres semanas que nos habíamos mudado de vuelta tras la reforma y, después de convivir con un montón de cajas a medio deshacer, al fin estaba todo colocado.

Tenía muchísimas ganas de enseñarle el piso a mis amigas. Aprovechando las vacaciones de Semana Santa, vendrían el jueves siguiente a Madrid para pasar unos días con nosotros. Me había costado mucho convencerlas de que dejasen a las niñas y se permitiesen un poquito de diversión sin sentirse malas madres. Incluso había tenido que sobornarlas con unas entradas de platea para el musical de *El Rey León*. En la otra dimensión, lo habíamos visto las tres juntas y nos había encantado. Esa vez había comprado una entrada más para que Jorge se uniera a nosotras.

Saqué los brazos del edredón y bostecé, estirándome en la cama. «Qué raro que tarde tanto en venir». El ruido de cacharros había cesado hacía rato y me parecía escucharlo hablar. Aguardé unos minutos más hasta que decidí levantarme.

Bajé a la cocina. De pie, junto a los armarios de la encimera, Jorge hablaba por el móvil. Lo separó un momento de su cara y me saludó con un beso de buenos días. Le di unos golpecitos en el brazo, pidiéndole que me dejase sitio para coger unas tazas. Él avanzó unos pasos y se sentó a la mesa.

—Si quieren que sea el trece de mayo, vamos muy justos… —lo oí decir—. Ya, ya lo sé, Álvaro, pero no es suficiente tiempo para lo que queríamos hacer.

Saqué de la nevera el brik de leche y llené una taza hasta la mitad. Agarré otra y la moví en el aire para preguntarle a Jorge si también quería un café. Asintió con la cabeza. Cogí un par de cápsulas, coloqué una en la máquina y le preparé un expreso a la vez que la leche se calentaba en el microondas.

—Dame un segundo, que no te escucho bien con este ruido. —Mi marido se puso en pie y

salió de la cocina, haciéndome una seña para indicarme que volvería enseguida.

Apoyé los codos sobre la encimera y suspiré. «¿Tan pronto se han acabado las buenas costumbres?», se quejó mi voz interior. Habría jurado que, en la otra dimensión, había tardado más tiempo en dejar de llevarme el café a la cama. Al menos, cuatro o cinco años desde que nos habíamos ido a vivir juntos, cuando empezó a levantarse temprano los fines de semana para adelantar trabajo. «No te pongas dramática, será una cosa puntual», me dije para justificarlo.

Coloqué la segunda cápsula y me preparé otro café para mí. Llevé las dos tazas a la mesa y consulté mi móvil mientras lo esperaba para desayunar.

Jorge volvió a la cocina casi cuarenta minutos después, vestido con unos vaqueros y con el pelo húmedo, como si se acabara de duchar. Agarró su taza y me dio un beso rápido en los labios.

—¿Dónde vas? —le pregunté, sorprendida.

—Voy a acercarme a la oficina un par de horitas. —Le dio un sorbo a su café—. La empresa quiere presentar la nueva herramienta a los accionistas en un mes y medio, y tengo que revisar con Álvaro un par de cosas urgentes para empezar a planificar.

—¿Ahora? Es sábado… —lloriqueé.

—Lo sé, cielo —Jorge dejó su taza en la mesa—, pero la semana que viene solo tiene tres días laborables y tenemos que organizar al equipo. No queremos perder tiempo, nos han dado muy poco margen. —Al verme algo disgustada, preguntó, confuso—: No teníamos nada previsto para hoy, ¿verdad?

—Bueno, yo tenía ciertos planes para nosotros —me puse en pie y me acerqué a mordisquear su cuello—, pero incluían mucha menos ropa de la que llevas ahora mismo.

Jorge soltó una carcajada.

—Te prometo que solo tardaré un rato. —Me agarró de la cintura y me separó despacio de su cuerpo—. Y esta tarde la vamos a pasar enterita en la cama, que esos planes tuyos tienen muy buena pinta. —Tomó mi cara entre sus manos y me besó.

—Vale, vete, anda —me reí. Lo empujé hacia atrás, intentando recuperar mi dignidad—. Dile a Álvaro que no te entretenga demasiado.

—Estaré aquí antes de que te des cuenta, cielo. —Me dio un último beso, cogió sus llaves y se marchó.

No regresó hasta pasadas las cinco y media. Tras colgar la chaqueta en el perchero, se fue directamente a su estudio, refunfuñando. Paré la película que había puesto en el DVD, me levanté del sofá y lo seguí hasta allí.

—¿Estás bien? —pregunté desde la puerta.

Jorge prendió el ordenador y se dejó caer sobre la silla.

—No, no mucho. —Se frotó los ojos con los dedos—. Lo que nos piden es una puta locura. —Me hizo una seña con la mano para que me acercase. Enarqué una ceja: lo había esperado todo el día en casa y ni siquiera me había dicho hola al entrar—. Lo siento, cielo, no te enfades —dijo al darse cuenta de que seguía parada en la puerta—, tengo la cabeza en otra parte.

—Pensaba que solo serían un par de horas.

—Ya, yo también… —resopló—, pero los fondos de nuestro departamento están a punto de agotarse, y mi empresa quiere hacer un evento para captar nuevos socios. —El monitor se encendió, Jorge introdujo la contraseña—. Pretenden que enseñemos la herramienta en la que estamos trabajando. El problema es que todavía no hemos entrenado a la máquina para reconocer determinados patrones complejos, y no tengo muy claro que lo vayamos a tener listo para mayo.

—¿Y por qué no les decís que no llegáis?

—Porque creo que aún existe una posibilidad. —Abrió un programa en su ordenador—. Si no te importa, me gustaría hacer una prueba rápida para ver si, al combinar ciertos parámetros, podemos elevar los resultados a…

Dejó la frase a medias y empezó a teclear con rapidez, absorto en lo que tenía entre manos. No parecía percatarse de que yo aún seguía en la habitación. Me invadió una sensación de invisibilidad muy familiar, una que hacía muchísimos años que no experimentaba.

—Había puesto una peli… ¿Quieres que la veamos juntos? —Intenté captar de nuevo su atención—. He hecho palomitas.

—Sí, ponla; en cuanto acabe, voy… —contestó, sin apartar la vista de la pantalla—. Esto es muy importante.

Asentí, con los labios fruncidos, y me marché al salón.

Jorge no salió de su estudio en toda la tarde. Acabó la película y todavía me dio tiempo de ver otras dos. Sobre las once y cuarto, me asomé a su puerta para darle las buenas noches. Murmuró un «Que descanses» y continuó tecleando, enfrascado en su trabajo.

Me costó dormir. Di vueltas en la cama durante un buen rato, con el incómodo presentimiento de que algo no iba bien. En un par de ocasiones, incluso estuve tentada de coger el móvil para contárselo a mis amigas, pero deseché la idea. No era más que una sensación extraña, ni siquiera tenía claro qué decirles.

Al día siguiente, me despertó el olor del café con canela que Jorge me llevó a la cama.

—Buenos días, cielo… —susurró al apoyar la taza en la mesita de noche. Estiró del edredón y comenzó a cubrir de besos cada centímetro de mi piel.

—¿Te acostaste muy tarde? —Disimulé un bostezo—. No te oí llegar.

—Un poco. Lo siento, se me fue el santo al cielo —se disculpó.

No pude decir nada más. Su boca cubrió mis labios mientras las yemas de sus dedos trepaban entre mis muslos. Mi marido estaba tan cariñoso como siempre y preferí no darle importancia a lo que había sucedido el día anterior.

«Solo ha sido algo puntual que me ha traído malos recuerdos —me dije para justificarlo—. En esta dimensión, todo es distinto. Lo que pasó no nos volverá a ocurrir».

El jueves por la mañana esperaba a mis amigas frente a la puerta de llegadas, en la nueva terminal de la estación de Atocha. Llevaba puesta una gorra y las gafas de sol, como siempre que acudía a lugares muy concurridos, para evitar que la gente me reconociera. Me situé en una esquina, tratando de no llamar mucho la atención, pero, tras el grito que soltaron las dos al verme, la multitud se giró a mirarnos.

—¡Ya estamos todas! —exclamó Vega mientras corrían hacia mí.

Sofía se había cortado el pelo en una media melena y estaba muy guapa. Vega también había pasado por la peluquería antes del viaje: si se lo alisaba por su cuenta, nunca le quedaba tan bien.

Nos abrazamos con ganas y dimos saltos en círculos. Hacía mucho tiempo que no estábamos las tres solas, sin bebés ni parejas, y mis amigas parecían muy emocionadas ante el largo fin de semana que teníamos por delante.

—¡Cómo ha cambiado este sitio! —comentó Sofía después de que tomásemos las escaleras mecánicas hacia la salida.

—¡Tú sí que has cambiado! —respondí, pasándole la mano por el pelo—. Te queda genial, aunque voy a echar de menos tus rizos.

—Alba me ha dicho lo mismo —se rio Sofía—. Y yo también voy a echarlos de menos, pero,

con dos niñas pequeñas, una melena como la que tenía era difícil de mantener.

—¿Y a mí no me dices nada? —protestó mi otra amiga.

Nos giramos hacia Vega, que no dejaba de observar a su alrededor.

—Yo ya te he dicho que estabas muy guapa… —contestó Sofía—. ¿Qué haces? ¿Buscas a alguien?

—A lo mejor podríamos pasarnos por la puerta del Sol para ver si nos encontramos con Hugo Silva. —Lo soltó tan seria que se nos escapó una carcajada—. ¡No os riais! Me encantaría saber qué tal le va la vida.

—No te preocupes. —La cogí del brazo—. La próxima vez que lo vea, le daré recuerdos de tu parte.

Pillamos un taxi que nos llevó hasta mi casa. Lo primero que les enseñé fue la habitación de invitados, que se encontraba pegada al estudio de Jorge, en el piso inferior, donde había estado nuestro antiguo dormitorio.

Vega soltó la maleta y se tiró sobre una de las dos enormes camas.

—¡Me pido la de la ventana! —gritó antes de aterrizar boca abajo en el colchón.

—Elige la que quieras, a mí me da igual. —Sofía abrió la puerta del baño y se asomó dentro —. Esto también es nuevo, ¿verdad?

—Sí, hemos redistribuido las dos plantas —expliqué—. Hay otro aseo en el pasillo y dos cuartos de baño en el piso de arriba, nos podemos arreglar las tres a la vez. ¡Hoy no tenéis excusa para llegar tarde!

—¿A qué hora es el musical? —Vega se incorporó en la cama y miró su reloj.

—A las seis —contesté—. Deberíamos salir de aquí sobre las cinco.

—¿Se apunta Jorge al final? —preguntó Sofía, que había tumbado la maleta en el suelo y sacaba sus cosas.

—Sí, está con Álvaro, pero me ha dicho que vendrá sobre las cuatro y media, que no lo esperemos para comer. —Di un par de palmadas y señalé a Vega—. Son las doce; métete en la ducha, que luego no quiero prisas.

Mi amiga puso los ojos en blanco y se dejó caer de nuevo en la cama.

A las cuatro y cincuenta y cinco, nos había dado tiempo a comer, a arreglarnos para salir e incluso a ver fotos antiguas. Sentadas en la mesa de la cocina, esperábamos a mi marido para ir al musical.

—Como no llegue en cinco minutos, me voy a cagar en todo —amenazó Vega, que hacía repiquetear sus uñas contra la madera.

—No te preocupes, será puntual —respondí.

Por enésima vez, abrí WhatsApp en mi móvil para comprobar que no tenía ningún mensaje de Jorge. Estaba a punto de preguntarle si le faltaba mucho cuando escuchamos el ruido de la llave en la cerradura. Fuimos a recibirlo a la entrada.

—Y ahora que ya estamos todos, vámonos. —Vega se colgó el bolso y agarró su chaqueta.

—Chicas, si no os importa, esta noche preferiría quedarme en casa —nos pidió Jorge—. Tengo trabajo que adelantar para la presentación.

Por el rabillo del ojo, advertí que mis amigas se miraban. Sofía apretó los labios; Vega chascó la lengua.

—Cielo, vente con nosotras —lo animé, tirando de su mano—. Te va a encantar. La música, la puesta en escena, el vestuario… Es impresionante. Merece un montón la pena, de verdad. —Me percaté de que sonaba demasiado efusiva y traté de recular un poco—. Bueno, eso es lo que dicen en las reseñas.

—Vamos juntos otro día, ¿vale? —Jorge besó mi mano antes de soltarla—. Lo siento, Blanca, esta tarde tengo muchísimo que hacer.

No quise insistirle. Le pasé la chaqueta a Sofía y nos despedimos.

—Su empresa prepara un gran evento para dentro de dos meses y los avisaron hace menos de una semana —les comenté en el portal, después de llamar al taxi—. Qué rabia que no pueda venirse con noso…

No había terminado de decir la frase cuando mis amigas se volvieron a mirar.

—¿Qué pasa? —pregunté, mosqueada.

—Es exactamente lo mismo que ocurrió en la otra dimensión —contestó Sofía.

—No… —repliqué, sin entender a qué se referían—. Jorge no vino porque estaba fuera, creo que en algún viaje.

—No, Blanqui —me corrigió Vega—. Me acuerdo muy bien de que nos puso una excusa para no venir.

Me quedé callada, porque yo lo recordaba de otra manera. «¿Es posible que mi cerebro me haya vuelto a engañar?». Ya me había sucedido antes: durante años, en la otra dimensión, había olvidado mi espantosa primera vez con Nacho en el instituto. Como si hubiese bloqueado aquella experiencia traumática para protegerme. Quizá, esa vez, con Jorge, me había pasado lo mismo. Sin poder evitarlo, me puse a temblar.

—Sí, yo también estoy segura de que no quiso ir. —Sofía me frotó el brazo—. Nos dijo que prefería quedarse en casa porque estaba trabajando en no sé qué historia y tenía muchísimo que hacer.

Las miré fijamente mientras las dos asentían. Y, entonces, al igual que me había ocurrido muchos años atrás, regresaron de golpe los recuerdos de esos dos días en la otra dimensión.

Jorge no se había despegado del ordenador con la excusa de que tenía que terminar el proyecto en el que trabajaba. Me acordé de lo molesta que había estado con él ese fin de semana, de lo incómodas que se habían sentido mis amigas y de la bronca que habíamos tenido después de que ellas se marchasen en el tren.

—Aun así, ahora las cosas son muy diferentes entre nosotros —le expliqué a Sofía—. Todo ha cambiado. Que se haya vuelto a quedar en casa es solo casualidad.

—Claro, Blanca, tranquila. —Mi amiga sonrió, condescendiente.

El taxi paró frente a nosotras. Vega abrió la puerta y nos hizo una seña para que entrásemos.

—Vamos, que al final llegaremos tarde, ya verás —se quejó, y las tres nos subimos en el coche.

A pesar de que nuestras localidades eran mucho mejores que en la otra dimensión, el espectáculo no me impactó tanto como recordaba. Tal vez las cosas parecen más especiales al vivirse por primera vez y tenía las expectativas muy altas. O quizá todavía estuviera dándole vueltas a lo de Jorge. Me asustaba que mi mente también hubiera escondido esos recuerdos. Empecé a plantearme si no me habría engañado en algo más.

—¿Qué os ha parecido? —Sofía levantó la mano para pedir más vino.

Después de la función, habíamos ido a cenar a uno de mis restaurantes favoritos en el centro de Madrid, situado en una antigua capilla medieval. Era un sitio espectacular e inesperado, con sus columnas originales y su bóveda barroca. Me encantaba ver la cara de la gente cuando lo descubría. Desde la calle, era imposible imaginar lo que se escondía tras aquella puerta.

—No sé qué decirte… —Vega torció el gesto—. Creo que la otra vez me gustó mucho más.

—A mí se me ha hecho un poquito largo. —Acerqué mi copa al camarero para que la

rellenase.

Al terminar, dejó la botella en la mesa y nos preguntó si tomaríamos postre. Las tres asentimos y pedimos una porción de tarta para compartir.

—¿Sabéis, chicas? —dijo Sofía en cuanto el camarero se retiró—. Llevo unos meses un poco preocupada por mi hija.

—¿Por cuál de las dos? —Vega agarró su copa.

—Por Sofi —respondió mi amiga—; con Albita no tengo ningún problema.

Las gemelas, que tenían poco más de dos años, se llamaban como sus madres y, a veces, era un poco complicado distinguir si se refería a su mujer o a su hija.

—¿Qué le pasa a la niña? —pregunté.

—Pues… —Mi amiga se removió en su asiento, como si no supiera por dónde empezar—. En la otra dimensión, la primera palabra que dijo Sofi fue «papá».

—¿Y? —La miré sin entenderlo.

—Ahora ha dicho «mamá».

—Bueno, más raro sería que le dijera papá a tu mujer. —Me encogí de hombros y le di un trago a mi copa de vino.

—La mía dijo «papá» —comentó Vega—. A mí me suenan las dos igual, pero David estaba tan emocionado que no he querido quitarle la ilusión.

—Ya, lo sé, las dos suenan muy parecidas, pero no es eso lo único que me preocupa. También está lo de la pelota. —Se inclinó un poco hacia delante y bajó la voz—: En la otra dimensión, Sofi tenía una pelota roja que le encantaba. Era su juguete favorito. Le gustaba tanto que, en esta, fue lo primero que le compré… —Interrumpió la narración cuando el camarero trajo el postre.

—¿Y qué pasa con esa pelota? —pregunté, curiosa, después de que nos volviera a dejar solas.

—Pues que está muerta de risa en una esquina de la habitación, creo que no ha jugado con ella ni una sola vez.

Vega agarró su copa de vino y se echó hacia atrás. Parecía algo incómoda.

—Bueno, ya sabes como son las niñas. —Tomé un pedacito de tarta con el tenedor—. Hoy les da por una cosa y mañana, por otra. Seguro que en cualquier momento agarra la pelota y ya no la suelta. ¿Qué es lo que te preocupa exactamente?

—¿Y si…, y si mi hija no es la misma? —susurró Sofía.

—¿Cómo no va a ser la misma? ¡Si hasta tiene esa mancha de nacimiento en el hombro! —exclamé.

—Por fuera sí, pero… —Sofía tomó aire—. No sé, a veces creo que deberíamos contarles a los demás que hemos viajado en el tiempo. Hay algunas cosas, como esta, que necesito comentar con…

—Olvídate —la cortó Vega—. ¿Te imaginas lo que pasaría si llegaran a enterarse? Nos tomarían por locas. No creo que una relación pueda sobrevivir a una confesión tan increíble.

Al instante, pensé en Martín, a quien, unos años atrás, le había revelado que éramos viajeras que venían del futuro. Estuve a punto de decírselo a mis amigas, pero Vega sonaba tan tajante que me acojoné. «No lo líes más —me advirtió mi voz interior—. Como se enteren de que Martín lo sabe, se va a montar una muy gorda».

—¿Tú qué opinas, Blanca? —me preguntó Sofía.

—Yo no quiero contárselo a Jorge. —Negué con la cabeza—. Nunca me creería.

Vega me señaló sin dejar de mirarla y puso cara de «¿Ves cómo tengo razón?». Sofía se

rascó la frente y dejó escapar un suspiro largo.

—Te estás preocupando de más, Sofi. —Le ofrecí el plato de tarta, pero la rechazó con la mano—. Tu hija es la misma niña. Esos argumentos son demasiado ambiguos como para sacar conclusiones precipitadas. —Me encogí de hombros—. Tienes mucho encima, con la empresa y las dos crías. Solo estás cansada…

—Sí, Blanca, creo que tienes razón. —Sofía se levantó—. Voy al baño. Ya no estoy acostumbrada a tomar vino y creo que se me ha subido a la cabeza.

Agarró el bolso y le preguntó al camarero dónde estaban los servicios. Vega y yo la observamos desde la mesa hasta que desapareció por una puerta lateral.

—¿Qué piensas tú? —Estiré el brazo y partí otro trocito de tarta. Al levantar la cabeza, Vega tenía la vista clavada en mí.

—No lo sé, Blanqui —susurró, con la voz temblorosa—. Acabo de caer en que mi hija tiene una pelota roja con la que siempre quiere jugar.

Levanté las cejas, impactada. No parecía una mera coincidencia.

—¿Insinúas que Ainhoa y Sofía…? —Moví los dedos, dando a entender que podían haberse intercambiado de alguna manera.

—Solo espero que no —concluyó Vega, y se bebió la copa de vino de un trago.

Mis amigas se marcharon el domingo. Quitando el incidente del primer día, el resto de la semana transcurrió sin contratiempos. Mi marido se sumó a la mayoría de nuestros planes y disfrutamos juntos de nuestros sitios favoritos en Madrid.

Sofía no volvió a mencionar el tema de su hija; tampoco hablamos del viaje en el tiempo, ni del Jorge de la otra dimensión. Supuse que las tres necesitábamos desconectar de nuestras preocupaciones durante unos días.

Cuando nos despedimos en la estación de Atocha, Vega me dio un fuerte abrazo y me dijo al oído:

—Me lo he pasado genial, Blanqui. Lo único que me jode es no haberme cruzado con Hugo Silva.

Nos echamos a reír. Les di un beso a cada una y nos dijimos adiós con la mano hasta que desaparecieron tras el control de equipajes.

CAPÍTULO 4
LA BODA DE ROBER

Sábado, 11 de mayo de 2013
MARTÍN

No había terminado de vestirme cuando sonó el teléfono fijo. Resoplé. Sin duda, era mi madre. Otra vez. Con esa, llevaba cuatro llamadas desde el mediodía. Y, conociéndola, todavía caería otra más, porque aún quedaba una hora y media hasta que empezara la ceremonia.

—¡Chula, ¿puedes cogerlo tú?! —grité desde la habitación mientras me anudaba la corbata.

Aguardé unos segundos, pero Gloria no respondió. El teléfono sonaba sin parar. Salí hacia el salón, escopetado.

—Hijo, ¿cómo vais? ¿Os falta mucho? Ten en cuenta que hoy es sábado y seguro que hay tráfico por la nacio…

—Mamá —la interrumpí—, estamos prácticamente listos. En diez minutos, cogemos el taxi. Vamos a llegar los primeros.

—Ay, es que me subo por las paredes. Me acaba de llamar tu tía desde el coche y me ha dicho que había un accidente a la altura del pueblo y que estaban parados en la autovía. Y no quiero que salgáis tarde, que a lo mejor pilláis trafico y…

—Tranquila, mamá —respondí, tajante—. Te dejo, que, si no, no nos da tiempo.

—Vale, cariño, ahora nos vemos.

Colgué el teléfono y lo coloqué en su base. Fui al espejo del recibidor para terminar de hacerme el nudo.

—¡¿Te queda mucho?! —Alcé la voz para que Gloria me escuchara—. ¡Mi madre nos está metiendo prisa!

Me extrañó que tampoco contestase. Me acerqué al baño y llamé con los nudillos.

—¿Estás bien, chulita?

Escuché un suspiro largo antes de que abriera.

—No me gusta nada este vestido, no sé en qué estaba pensando cuando me lo compré. —Se giró para mirarse en el espejo.

La observé con atención. Se había puesto un traje de noche largo y bastante ceñido que resaltaba su cuerpo. De un color verde agua. O azul mar. No tenía muy claro cómo llamaban a ese tono. Los tirantes se ataban al cuello y enmarcaban el escote. Le sentaba de miedo. No entendía qué había de malo en ese vestido.

—Estás guapísima. —Me coloqué detrás de ella. Rodeé su cintura con los brazos—. ¿Cuál es el problema?

—Pues que me siento embutida. —Hinchó las mejillas de aire y lo soltó de golpe—. Y que me hace unas tetas enormes. Parece que me he puesto un Wonderbra. —Se llevó las manos al pecho.

—Tienes unas tetas perfectas. —Cubrí sus manos con las mías—. Si no fuera porque mi madre es capaz de llamar a los bomberos como no lleguemos a tiempo, te demostraría ahora mismo lo impresionante que estás.

Me pegué a su espalda y la besé en el cuello. Gloria apartó mis manos con brusquedad.

—Vale, pues vámonos —bufó—. No quiero llegar tarde y tener que soportarla.

Se dio media vuelta y salió.

Coloqué mis manos en las caderas y miré al suelo. Mi mujer estaba cada vez más irritable. Saltaba por cualquier cosa. Sobre todo cuando me acercaba a acariciarla. Desde aquella última noche que me había abordado en la cama, hacía casi dos meses, parecía que le molestase que hiciera la más mínima alusión sexual.

La escuché abrir la puerta de la entrada.

—¡Martín, ¿vamos o qué?! —gritó.

Apagué la luz del baño, cogí la chaqueta, que estaba sobre una silla, y fui tras ella. Antes o después, tendríamos que hablar. No podíamos seguir así.

La boda de mi hermano y Eloy se celebraba en una finca muy pija a las afueras de la ciudad. Era uno de esos sitios de cocina de autor con una estrella Michelin, de los que les gustaban tanto a ambos. A mi madre, los platos le parecían muy sofisticados y había vuelto encantada de la prueba del menú. Mi padre bromeaba con que más de uno llamaría al Telepizza, porque seguro que se quedaban con hambre.

Lo primero que hice al entrar fue avisarlos de que ya estábamos allí. Encontré a mi madre hablando con la de Eloy ante la puerta de una salita donde los novios terminaban de arreglarse.

—Ay, hijo, menos mal que habéis llegado a tiempo. —Me ajustó la corbata después de que le diera un beso—. Me estaba empezando a preocu…

—Mari, no seas exagerada —la interrumpió mi padre, que se acercó con una copa de cava en la mano—, todavía falta casi una hora para que empiece.

—Eso se pasa en un suspiro, parece mentira que no sepas cómo son estas cosas —le contestó ella. Estiró la mano hacia Gloria—: ¡Nena, qué guapa estás! Gírate, que veamos el vestido.

Mi mujer dio una vuelta, algo incómoda. Le rodeé la cintura y la atraje hacia mi cuerpo para confortarla. Al notar mi contacto, se tensó. Retiré mi brazo.

En el taxi habíamos hecho todo el trayecto en silencio: yo, mirando por la ventanilla; ella, enfrascada en su móvil, hasta que la escuché resoplar. Al darse cuenta de que la observaba, había bloqueado el teléfono y lo había guardado en su bolso.

—Están guapísimos los dos —añadió, con una sonrisa, la madre de Eloy—. Voy dentro, a ver cómo van los chicos.

—Voy contigo —se sumó mi madre—. Vosotros id a coger sitio, deprisa, antes de que lleguen los demás.

Mi padre levantó la vista al cielo y se rio, resignado. Terminó el culín de cava y nos hizo una seña para que lo acompañásemos al jardín.

De pie, junto a la primera fila, observamos entrar a los invitados. Blanca llegó de las últimas.

Estaba preciosa, con un vestido largo de color rojo que dejaba sus hombros al descubierto. Palabra de *noséqué*, me parecía que se llamaba. Me extrañó que viniera sola, porque el nombre de su marido también aparecía en las tarjetas de las mesas. Mi hermano los había sentado con Gloria y conmigo, en la de los más allegados, junto con algunos de nuestros primos y los hermanos de Eloy.

Cruzamos la mirada y sonrió. Levanté los hombros, vocalizando el nombre de Jorge. Ella movió la mano para indicarme que luego me lo contaría. Empezó a sonar la música. Tomé asiento al lado de mi mujer.

La ceremonia fue breve y emotiva. El oficiante, amigo de mi hermano, incluso bromeó con que esperaba que, esa vez, ninguno de los novios se diera a la fuga. Mi madre fue la única que no se rio. Ni Gloria, que parecía tener la cabeza en otra parte.

Al empezar el cóctel, fui a saludar a Blanca. La rodeaba un grupito de gente del pueblo que se sacaba fotos con ella. Estaban encantados de conocer a una famosa. Sobre todo, Gema, nuestra vecina, que había venido a la boda con su marido, Juanjo, y sus tres hijos:

—Giner, haznos una foto. —Me tendió su teléfono. Volvió a posar, acompañada de su tribu —. En el trabajo no se creen que soy amiga de Blanca Suárez y necesito enseñarles pruebas.

Puse los ojos en blanco. Aún recordaba esa vez en la que Gema le tiró un cubalitro por encima en las fiestas de mi pueblo. Blanca pareció leerme la mente, porque se echó a reír.

—Ten cuidado con el vino, Gemita —le dijo con retintín—. Ya me empapaste la ropa una vez. Como se te caiga una sola gota sobre este vestido, te juro que no te vas de rositas.

—Eso fue sin querer, tía, ya lo sabes. —Movió la mano para que Juanjo y los niños se retiraran—. Ahora una de las dos solas, que la voy a poner en el Facebook.

Hice varias fotos más, hasta que se quedó satisfecha con el resultado. Le devolví el teléfono. Me acerqué a darle dos besos a Blanca.

—¿No ha venido tu marido? —le pregunté mientras ella saludaba a Gloria.

—Lo han llamado del trabajo cuando nos estábamos vistiendo. Uno de los *softwares* daba error y no llegaban con las pruebas a la presentación del lunes. —Se encogió de hombros—. Ha tenido que volver a Madrid.

Un camarero nos ofreció unos canapés de langostinos con una salsa amarilla. Cogí uno y le pasé otro a mi mujer, que lo rechazó. La miré extrañado.

—Pero si te encanta el marisco…

—Joder, Martín, que te he dicho que no quiero —protestó.

Alcé las cejas, sorprendido. Gloria inspiró hondo. Parecía a punto de añadir algo más cuando llegó mi madre.

—Ay, Blanca, ¡qué preciosísima estás! —Le dio un abrazo. Al retirarse, la tomó de la mano y la observó, fascinada—. Qué elegante, hija; este vestido es una auténtica maravilla… Mira qué gasa más fina tiene la falda —le comentó a su consuegra, que la seguía un par de pasos por detrás. Se volvió de nuevo hacia nosotros—. ¿Os está gustando el cóctel? —Hizo una seña a otro camarero para que se acercara con la bandeja—. Probad estos, son unos bocaditos de *foie* con caramelo que están deliciosos.

Blanca y yo cogimos un par. Gloria arrugó la nariz.

—Voy un momento al baño —se excusó. Caminó deprisa hacia los servicios.

Miré a Blanca, que estaba tan desconcertada como yo. Señalé con la cabeza en la dirección por la que se había marchado Gloria.

—Vengo enseguida —les dije. Las tres asintieron.

La puerta del lavabo de señoras estaba cerrada. Golpeé un par de veces con los nudillos y

llamé a mi mujer. Nadie contestó. Me apoyé en la pared y resoplé.

No tenía ni idea de lo que le pasaba. Los días anteriores no habíamos tenido ninguna discusión. De hecho, apenas habíamos cruzado palabra: Gloria había vuelto muy tarde a casa después de trabajar, y yo había estado escribiendo tan absorto que casi no había salido de mi despacho. Dudé si sería eso lo que le molestaba tanto, aunque su reacción me parecía desproporcionada.

Se abrió la puerta. Salió con los ojos algo hinchados, como si acabase de llorar. Al verme, se detuvo en seco. Me acerqué a ella con preocupación.

—¿Estás bien, chula? —Le acaricié la mejilla—. ¿Qué te pasa hoy?

—Nada. —Negó con la cabeza.

—¿Seguro? —insistí.

—¡Joder, no seas pesado! Que no me pasa naaada… —Hizo el ademán de irse, pero la detuve.

—Vamos, no me tomes por idiota. Llevas toda la tarde muy borde conmigo y aún no sé qué te he hecho.

Busqué su mirada. Levantó la vista al techo y resopló.

—Martín, no es el momento ni el lugar para tener esta conversación. Te he dicho que no me pasa nada. Volvamos a la fiesta.

—No si vas a estar así.

—¡Así, ¿cómo?! —Me miró desafiante.

—Así, quejándote por cada cosa que digo. Es la boda de mi hermano, me gustaría pasármelo bien.

—Pues, entonces, será mejor que me vaya. —Se liberó de mi brazo y echó a andar hacia la salida.

—¿En serio, Gloria? ¿Vuelves a dejarme tirado como hiciste en la boda de Sofía y Alba? —pregunté, incrédulo—. ¿Qué le digo a mi familia?

—Diles lo que quieras. —Sacó el móvil del bolso—. Yo voy a llamar a un taxi.

—Espera, me voy contigo. —La seguí.

—Ni se te ocurra —respondió, tajante—. Es la boda de tu hermano, quédate y pásatelo bien. Ya hablaremos en casa.

Abrió la puerta y se marchó.

—¡No me lo puedo creer! —Me pasé las manos por el pelo y me di la vuelta, sin entender qué acababa de ocurrir.

No era la primera vez que me montaba una escenita como esa, pero nunca habría imaginado que la repetiría en la boda de Rober. Decidía qué iba a contarle a mi madre cuando escuché que alguien entraba. Me giré. Esperaba que fuese Gloria, que se lo había pensado mejor.

Era Eloy.

—¿Todo bien, cuñado? —me preguntó—. Acabo de cruzarme con tu mujer y me ha dicho que se iba a casa.

Lo miré sin saber qué responder. Acabé por decirle la verdad. Al fin y al cabo, ya éramos oficialmente familia.

—Tranquilo. —Me dio unas palmaditas en el hombro—. Enseguida le digo al *maître* que retire la silla y el cubierto. El marido de Blanca tampoco ha venido, así que vais a estar más anchos en la mesa. Y por tu madre, ni te preocupes. Hoy no te va a dar mucho la brasa, está ocupada siendo la reina de la fiesta.

—Gracias, Eloy —sonreí.

—De nada. —Me pasó un brazo por los hombros—. Vamos, que ya están entrando en el comedor. —Abrió la puerta. Regresamos con los invitados.

Llegué a la mesa antes que Blanca, que estaba muy solicitada entre los asistentes. Cada cuatro o cinco pasos, se detenía para saludar a algún conocido del pueblo o a un miembro de mi familia. Nadie quería quedarse sin su foto de recuerdo. Ella se tomaba su tiempo con cada uno y aún no la había visto poner una mala cara. Todos parecían encantados. Además, estaba radiante con ese vesti…

Un trozo de pan me golpeó en la frente.

—Hostias, Martín, ¡estás alelado! —Mi primo se reía desde la otra punta de la mesa—. ¡Que te están hablando!

Parpadeé, confuso. A mi lado, el camarero preguntó si ese era el asiento que había que retirar.

—Sí, sí —confirmé. Me dirigí a los demás—: Gloria se encontraba mal y ha tenido que marcharse.

—Vaya, qué lástima —dijo la hermana de Eloy—. Hacía tiempo que no nos veíamos.

—Ya, es una putada. —Volví a mirar a Blanca, que se despedía de mis tíos. Enfiló el tramo que le quedaba hasta nuestra mesa.

—He posado más veces que en el último *photocall* —se rio mientras se sentaba junto a mí. Al darse cuenta de que faltaba una silla, preguntó, extrañada—: ¿Y Gloria?

Iba a responder, pero apareció mi madre. Por la cara que tenía, estaba a punto de darle un soponcio.

—Hijo, me ha dicho el *maître* que han retirado otro cubierto… —Miró alrededor—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está tu mujer?

—Se ha ido a casa.

—¡¿Por qué?! —Abrió mucho los ojos—. ¿Os habéis peleado?

—No, mamá. Se ha ido porque no se encontraba bien. —Traté de estar calmado para que se tranquilizase.

—¿Y se ha ido sola?

—Sí, no me ha dejado que la acompañara. Ha dicho que era la boda de mi hermano y que no quería que me la perdiese.

Mi madre soltó un suspiro largo, como si una gran tragedia acabara de ocurrir. Su consuegra la cogió del brazo y le dio unas palmaditas para que se relajara.

—Mari, no te preocupes. Igual es por algo que ha comido. Seguro que mañana ya se le ha pasado. —Nos sonrió y la guio hacia la mesa presidencial.

—No ha probado nada en el cóctel —escuché que le contestaba mi madre cuando se alejaban —. Y está muy delgada, a ver si va a tener anorexia de esa…

Blanca colocó la servilleta en su regazo. Me acercó su copa para que le sirviera un poco de vino. Mientras se la llenaba, se inclinó hacia mí.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja. Me encogí de hombros para no tener que contestar. Acarició mi brazo—. Venga, no te preocupes, disfrutemos de la cena. —Levantó su copa—. ¡Por los novios! —exclamó y todos brindamos.

Nos trajeron los entrantes. Era un plato muy elaborado, compuesto de un fondo de puré de verduras sobre el que descansaban unos muslitos con un rebozado crujiente. Mi primo lo miró con reparo.

—Perdone —le dijo al camarero—. ¿Esto que se supone que es?

—*Cuisses de grenouille* en tempura, crema de trigueros y salteado de setas.

—¿*Cuisedequé*? —Agarró un muslito con dos dedos.

—Ancas de rana —contestó Blanca, divertida.

—Su puta madre. —Lo dejó caer de golpe. Salpicó de crema el mantel.

—Te sacan de los macarrones con tomate, y cortocircuitas —le dijo su mujer—. Pruébalo, anda, que está muy rico.

—¿A qué sabe esta cosa? —preguntó mi primo con cara de asco. No se atrevía ni a tocarlo.

—A pollo —contesté.

Busqué con la mirada a Blanca, que se echó a reír.

—No entiendo el chiste —dijo la hermana de Eloy.

—¿No has visto Matrix? —pregunté.

—«Las máquinas no supieron concretar el sabor del pollo y por eso hay tantas cosas que saben a pollo…» —recitó Blanca, y los dos soltamos, a la vez, una carcajada—. Alguien me obligó a ver esa peli en el cine como veinte veces.

—¡Qué exagerada! —repliqué—. Fueron solo tres. Bueno, quizá otra más, en el cine de vera…

—Me aprendí los diálogos de memoria, Martín —me cortó Blanca, con cara de desesperación. Todos nos reímos.

—Debías quererlo mucho para acompañarlo a ver la misma peli tantas veces —dijo la hermana de Eloy.

—Bueno, él también hacía muchas cosas por mí. —Blanca se giró a mirarme. Le devolví la sonrisa.

Lo pasamos genial en la cena. Nos partimos con las caras de mi primo ante cada plato que nos servían. Llegó a sobornar al camarero con veinte euros para que le llevase unos huevos fritos. La hermana de Eloy le pidió a Blanca que nos contara anécdotas divertidas de los rodajes. Luego recordamos otras, más bochornosas, de nuestros veranos en el pueblo. No paramos de bromear.

Cuando los novios cortaron la tarta, dudé si mandarle un mensaje a Gloria. Me sabía fatal que se estuviera perdiendo la boda. Recordé que había sido ella la que se había querido marchar. Nadie la había obligado. En el fondo, incluso me aliviaba no tener que controlar cada palabra para que no se molestase.

Guardé el móvil en el bolsillo. Al día siguiente vería por dónde salía el sol. Esa noche, era la boda de Rober. Merecía pasármelo bien.

Después del baile nupcial, me escabullí hacia la barra en busca de un par de *gin tonics*. Me tocó esperar. Muchos de los invitados habían tenido la misma idea y los camareros no daban abasto.

A través de la cristalera, observé que Blanca se sentaba con mi hermano en uno de los bancos del patio. Jugueteó con su corbata y los dos se echaron a reír. En cuanto me sirvieron, salí fuera para unirme a ellos.

—¿Qué os hace tanta gracia? —Le pasé a Blanca una de las copas.

—¿No te has fijado? —Señaló la corbata de Rober—. Es la de su boda con Ana, la que eligió Eloy en la tienda. —Al ver mi cara de desconcierto, se volvieron a reír—. Por cierto… —agitó la muñeca y nos enseñó un brazalete plateado—, ¡yo también llevo algo que me puse en tu otra boda!

Ese sí que lo reconocí. Al instante. Aún recordaba lo mal que me sentó que mi hermano se me adelantase y se lo regalara por su dieciocho cumpleaños. Incluso llegué a pensar que ese verano se habían enrollado a mis espaldas.

—Y por detalles como este, sigues siendo mi cuñada favorita. —Rober le rodeó los hombros con el brazo y me miró—. ¿Qué pasa? ¿No hay un *gin tonic* para el novio?

—Que te lo traiga tu marido. —Di un trago.

—Ten hermanos para esto, qué poca consideración. —Besó a Blanca en la mejilla y se puso en pie—. Me voy a por un copazo. Os dejo solos, chavales.

En cuanto Rober se fue, Blanca me dedicó una sonrisa y dio unas palmaditas en el asiento. Me acomodé a su lado. Estiré mi brazo sobre el respaldo.

—Estás preciosa.

—Gracias. Tú también estás muy guapo con ese traje. —Puso una mano en mi pierna.

Bebimos, sentados el uno junto al otro, en un silencio cómodo, familiar. No necesitábamos llenarlo. Nos sentíamos a gusto.

Un par de críos pasaron corriendo. Casi chocaron con mi padre, que caminaba en la dirección contraria. Al vernos, nos guiñó un ojo. Le sonreímos.

—¿Qué tal te va con Gloria? —me preguntó Blanca.

—No demasiado bien, la verdad, pero no voy a contarte nada, porque otra vez me soltarás lo de que vienes del futuro y te empeñarás en que tenemos que arreglarlo. —Volví a beber—. Ya me conozco la cantinela, me la llevas repitiendo años, desde aquella noche en Madrid. —Exhalé, resignado—. Aunque todavía no entiendo por qué.

Blanca me observó con atención. Estaba a punto de cambiar de tema y preguntarle por Jorge cuando inspiró hondo y llevó la vista al frente.

—¿Sabes, Martín? —arrastraba ligeramente las eses. Como a mí, el alcohol había empezado a hacerle efecto—, no sé tú, pero yo a veces pienso en lo que estuvo a punto de pasar en ese hotel. Si no me hubieras frenado, no sé qué habría sido de nosotros a partir de entonces.

Me volví hacia ella, desconcertado por lo que acababa de escuchar. Aunque solíamos aludir a la noche en la que me confesó que era una viajera del tiempo, nunca habíamos hablado de lo que casi ocurrió entre nosotros al llegar al hotel.

Aún recordaba la forma en la que nos devorábamos en el ascensor. Estábamos desatados. Como si el mundo fuera a acabarse en cualquier momento. Impacientes, ávidos, ansiosos, desnudándonos a trompicones al entrar en la habitación… Hasta que la imagen de Gloria irrumpió en mi cabeza y me bloqueé. Y la cara de confusión de Blanca al sujetarla, sin entender qué me había pasado.

Me había sentido un cabrón. Ni siquiera estaba seguro de si Gloria y yo habíamos cortado de verdad y preferí hacerlo bien. Paso a paso. Resolver mi situación personal antes de hacer nada que arriesgase nuestra relación. Si lo hubiésemos jodido todo por acostarnos borrachos, nunca me lo habría perdonado.

Pero entonces Blanca me contó aquella historia inverosímil del futuro, e insistió en que me reconciliase con mi novia. Y, antes de que pudiera procesarlo, empezó a salir con Roy. Entendí que no había sido más que un calentón. ¿Y si me había equivocado?

Blanca dio otro trago a su copa. Continuó hablando, sin mirarme.

—El último año que vivimos juntos…, no sabría decir por qué tú y yo perdimos las ganas. —Se quedó unos segundos en silencio, como si quisiera recordarlo—. Debió ser la rutina, porque aquella noche, cuando llegamos a tu hotel, me di cuenta de que la atracción seguía ahí, no había desaparecido. Como si lo nuestro aún no se hubiera terminado… —Se rascó la frente y suspiró —. No sé, Martín. Supongo que hiciste lo correcto, que fue mejor que no llegara a pasar nada. Las cosas estaban donde tenían que estar y lo hubiésemos complicado.

»Sé que no me crees con lo del viaje en el tiempo, y lo entiendo, porque a veces me cuesta

creerlo hasta a mí, pero, si te digo que lo arregles con Gloria, no es por capricho. Te vi en el futuro y tengo mis razones para pensar que debes seguir con ella.

Resoplé. Después de los meses anteriores y de la bronca de esa tarde, veía complicado que Gloria y yo fuésemos a durar mucho más. Quizá solo nos quedaba pendiente una última conversación. Estiré las piernas y me apoyé contra el respaldo.

—¿Sabes, Blanca? —respondí—, no hay día en que no me arrepienta de haberte parado los pies aquella noche, en el hotel de Madrid. Hace años que me pregunto qué habría sucedido si no lo hubiera hecho…

Giró la cara hacia mí. Por su expresión, también la había pillado desprevenida. Me miraba atenta, como si esperase que imaginara ese hipotético futuro.

No me atreví. Blanca sonrió y dio unas palmaditas en mi pierna.

—Supongo que habríamos echado el polvo de nuestra vida y después nos hubiéramos lamentado durante meses —contestó, como si tratara de quitarle importancia.

Me encogí de hombros, no demasiado convencido. En mi mente, esa cuestión siempre había tenido una respuesta muy concreta, aunque nunca la hubiese verbalizado. Di otro trago a mi *gin tonic* con la vista fija en su mano, que todavía descansaba sobre mi muslo. Decidí jugármela:

—O, tal vez, tú y yo ahora estaríamos juntos.

Entrelacé mis dedos con los suyos. Blanca se quedó muy quieta, pero no apartó la mano. Lentamente, acarició la mía con el pulgar.

—Ahora estaríamos juntos —repitió en un susurro. Y levantó la cabeza para mirarme a los ojos.

El corazón se me aceleró. Nos observamos en silencio mientras ese leve roce recorría mi cuerpo con lentitud. Lo sentía en cada poro de mi piel. Una corriente cálida, como un escalofrío abrasador. Apreté su mano con más fuerza. Blanca hizo lo mismo.

Comenzó a sonar *I Love It*, de Icona Pop, y se escuchó un grito colectivo. Nos soltamos de golpe, girándonos hacia el salón. Tras la cristalera, los invitados saltaban eufóricos. Habían lanzado hasta unos globos que la gente se pasaba a manotazos.

—¿Aún estáis ahí? —Mi hermano se asomó a la puerta y nos hizo una seña para que entrásemos—. ¡Venid con nosotros!

—¿Vamos? —Blanca se puso en pie y tiró de mi brazo—. Me muero por comprobar si todavía te mueves como Robocop —añadió, divertida.

Accedí a regañadientes. No me gustaba bailar, pero por ella habría hecho lo que fuera.

Compartimos un taxi de vuelta. Su apartamento estaba en la playa, al otro extremo de la ciudad, pero le aseguré que no me importaba tardar un poco más en llegar a mi casa. A pesar de que eran más de las siete y ya amanecía, no quería que esa noche terminase.

El vehículo se detuvo frente a la puerta de su urbanización. Tapada con mi chaqueta, Blanca se había quedado dormida sobre mi hombro. No me extrañaba: debía de estar cansadísima tras la cantidad de temas que me había obligado a bailar. Le di unos toquecitos en la pierna para que se despertara.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó, conteniendo un bostezo.

Asentí. Abrí mi puerta, la más cercana a la acera, y bajé del coche. Mientras le ofrecía mi mano para ayudarla a salir, le indiqué al conductor que solo iba a acompañarla. Activó los cuatro intermitentes.

Blanca se agarró a mi brazo y recorrimos los tres o cuatro metros hasta el portal. Se soltó para sacar las llaves.

—Me he divertido tanto… —Sonrió.

—Mi hermano nos lo debía, que en su última boda nos dejó sin fiesta.

—Me parece que esa vez ni siquiera hubo boda —miró de reojo al tatuaje de su muñeca—, aunque guardo muy buen recuerdo de lo que hicimos aquella tarde.

—Yo también, preciosa. Uno imborrable.

Me sostuvo la mirada. Nos quedamos de pie junto a la puerta, como si ninguno quisiera ser el primero en despedirse. Blanca colocó una mano en mi nuca y se acercó a besar mi mejilla. Cerré los ojos al notar sus labios sobre mi piel.

—Buenas noches, Martín —susurró cerca de mi oído.

Se retiró despacio. En un acto desesperado, la envolví con mis brazos y la atraje hacia mi cuerpo. La escuché soltar un suspiro al apretujarse contra mí.

Besé su pelo. Por un instante, olvidé mis problemas. Podría haber vivido en ese abrazo para siempre. En el mundo solo estábamos ella y yo.

El sonido de un claxon rompió la magia y Blanca se echó hacia atrás con brusquedad. El taxi interrumpía el paso de un camión de la basura. Por la ventanilla, el conductor me hacía señas para que me diera prisa. Blanca se quitó mi chaqueta y me la pasó.

—Creo que tienes que irte.

—¿Quedamos mañana? —le pregunté, ilusionado.

—Claro, llámame —sonrió. Abrió la cancela y entró en el portal.

Durante el trayecto a casa, pensé en ella. En lo preciosa que estaba con ese vestido rojo, imposible de olvidar. En el sonido de su risa al recordar viejas historias de hacía tantos años. Y en aquella caricia sobre mi mano. Suave. Lenta. Susurrando ese «Ahora estaríamos juntos» con sus ojos clavados en los míos.

—Si es para ti, volverá —me había repetido Eloy al despedirnos.

Quizá no estaba todo perdido. No tenía ni idea de lo que ella habría visto en su otro futuro, pero era evidente que Gloria y yo no estábamos predestinados. Como decía mi hermano, yo seguía loco por Blanca. No podía engañar a nadie. Y eso no era justo para mi mujer.

Pagué la carrera y bajé del taxi. Mientras esperaba al ascensor, ensayé la conversación que tendría con Gloria al día siguiente. Hacía demasiado tiempo que no estábamos bien. Aunque nos queríamos mucho y lo habíamos intentado, era evidente que lo nuestro no terminaba de funcionar. Todavía éramos jóvenes, lo mejor sería que nos separásemos para rehacer nuestras vidas.

Abrí la puerta. La casa estaba a oscuras. Dejé la chaqueta en el perchero y me quité los zapatos para no hacer ruido. Me dirigía al baño cuando escuché unos sollozos que provenían del salón. Encendí la luz al entrar.

Gloria estaba en el sofá, con las piernas cruzadas sobre el asiento. Levantó la cabeza y parpadeó, desorientada.

Llevaba puesto el pijama, pero todavía no se había quitado el maquillaje. Bajo los ojos, dos enormes manchurrones negros.

—¿Te encuentras bien, chula? —pregunté, acercándome a ella.

No contestó. Sorbió por la nariz y descendió la mirada. Sujetaba algo entre las manos. En cuanto vi lo que era, se me paró el corazón.

—Yo tampoco me lo creo, Martín. Lo he hecho dos veces, esperaba que fuera un error.

Me tendió el test. Tuve que sentarme porque se me aflojaron las piernas.

Se marcaban dos rayitas bien visibles. No había ninguna duda.

Gloria estaba embarazada.

CAPÍTULO 5
LO SABÍA

Lunes, 13 de mayo de 2013
BLANCA

Esa mañana me desperté muy temprano y bajé a la playa a correr. El domingo lo había pasado de resaca en el sofá, esperando la llamada de Martín, pero mi móvil no había sonado ni una sola vez.

Desde que nos habíamos despedido en mi puerta, dos noches atrás, me costaba sacarlo de mi cabeza. Había sido curioso coincidir los dos solos en la boda de Rober. Como si hubiéramos retrocedido en el tiempo o nos hubiésemos asomado a otra nueva dimensión en la que jamás hubiéramos roto. Lo habíamos pasado tan bien que empezaba a cuestionarme si no habríamos cometido un tremendo error al dejarlo.

«A lo mejor, ahora estaríamos juntos».

Mi mente volvió a ese momento: sentados en el banco, con las manos entrelazadas y mi mirada atrapada en la suya. Imaginando en silencio lo que ninguno nos atrevíamos a preguntar.

Le había sacado el tema del hotel un poco por curiosidad, un poco por provocarlo. Habían pasado seis años desde que casi nos habíamos acostado y nunca lo habíamos vuelto a mencionar. En mi caso, porque su rechazo aún me escocía: aquella noche en Madrid había entendido que las cosas habían cambiado entre nosotros. Me había convertido en su amiga, para bien o para mal.

«O quizá no», replicó mi vocecita interna, y no supe qué responder.

Sonó *Titanium*, de David Guetta, y subí el volumen de mis auriculares. Miré el reloj, aceleré el ritmo y emprendí el camino de vuelta a mi piso, sorteando a dos mujeres que caminaban por la orilla hacia mí. La playa estaba bastante concurrida, a pesar de que era un lunes de mayo y parecía que fuera a llover.

En un rato, regresaría en tren a Madrid. Habría preferido quedarme, tomarme unas cervezas con Martín y charlar durante horas. Me tenía bastante descolocada que las cosas con Gloria no le fuesen bien. «¿Y si metí la pata al insistir en que lo arreglasen? —me cuestioné—. ¿Es posible que haya estado equivocada todos estos años?».

Tal vez, en la otra dimensión, no habían sido tan felices como yo creía. A fin de cuentas, no los había visto más que cinco o diez minutos en esa librería, era imposible juzgar su relación por un encuentro tan breve. Metí un último esprint mientras subía la cuesta hacia mi urbanización.

«Entonces, ¿qué va a pasar con su hija?». Me detuve en seco a unos metros del portal y

apoyé las manos en las caderas, inclinándome hacia delante.

Aquello escapaba totalmente a mi control. Por mucho que me empeñase, no podía animarlo a formar una familia en una relación que no funcionaba, menos aún porque pensara que era así como tenía que suceder. Incluso aunque le contase a Martín lo que había visto en el futuro, no podía darle demasiados datos sobre su hija. Solo sabía que era una niñita rubia que se llamaba Blanca.

Inspiré hondo para recuperar el aliento y me incorporé.

—Lo que tenga que pasar, acabará pasando —murmuré al sacar las llaves.

Tenía que dejar de preocuparme por la vida de Martín y concentrarme en la mía. Yo también tenía cuestiones que solucionar.

Al subirme al ascensor, revisé mi teléfono. Jorge me había escrito un mensaje esa mañana, en el que me preguntaba si mi tren llegaría a tiempo para su presentación, y todavía no le había respondido.

El sábado, justo antes de la boda, habíamos tenido una bronca monumental. No me había parecido lógico que, a menos de una hora de la ceremonia, mi marido cancelara nuestros planes y se largase a Madrid de inmediato. Al menos podría haber acudido al enlace, aunque no se hubiera quedado al convite.

Jorge había argumentado que no quería solucionar ese problema por teléfono, que prefería supervisar la corrección del *software* de manera presencial, porque era un proyecto muy importante para su carrera. Que él lo habría entendido perfectamente si la situación hubiera sido al revés. Yo le había contestado que nunca lo habría dejado tirado de ese modo porque tenía mis prioridades muy claras. Discutimos durante un buen rato y, aunque acabé por transigir para que no nos despidiésemos enfadados, no podía evitar mosquearme cada vez que me acordaba de la conversación.

Entré en casa, le escribí un breve «Allí estaré», y me metí en la ducha para no quedarme helada.

Al salir del baño, cogí mi móvil para ver la hora: pasaban siete minutos de las diez. En la pantalla, una nueva notificación de WhatsApp. No era de Jorge.

MARTÍN

¿Puedes hablar?

Ni un «Hola» ni un «Buenos días». Sentí la urgencia de sus palabras y marqué su número sin dudar.

—Blanca —contestó, con una leve ronquera—. Perdona por no llamarte ayer. Fue un día… complicado.

—¿Qué pasa? —pregunté, alarmada. Me había resultado extraño no tener noticias suyas el día anterior, pero el tono de su voz me estaba preocupando.

—Gloria está embarazada.

Cerré los ojos. «Ahí la tienes. La hija de Martín», dijo mi voz interior.

Sabía que podía ocurrir; aun así, me impactó escucharlo de su boca. Al instante, recordé todas esas veces que, de adolescentes, habíamos fantaseado con los hijos que tendríamos en el futuro, y un fuerte sentimiento de nostalgia me invadió. Martín iba a convertirse en padre, pero con otra persona. La vida se había vuelto muy seria de repente.

Me senté en el brazo del sofá. Si yo estaba aturdida, no quería ni imaginar cómo se encontraba él. Por lo que me había contado en la boda, no parecían buscar un embarazo.

—¿Y qué vais a hacer? —dije al final.

—No lo sé, Blanca, estoy acojonado. —Lo escuché tomar aire y soltarlo de golpe.

—¿Quieres que nos veamos? —pregunté—. Mi tren sale a las dos y ya tengo la maleta preparada. Podríamos quedar en la estación como en… ¿media hora? —propuse, y él asintió—. Allí nos vemos, entonces.

—Gracias, preciosa.

Colgué el teléfono y corrí a vestirme.

Martín me esperaba frente a la puerta de la estación, fumándose un cigarrillo. Tenía los ojos enrojecidos y estaba sin afeitar. En cuanto me vio bajar del taxi, tiró la colilla al suelo y se acercó deprisa.

Dejé la maleta a un lado y lo abracé. Se apretó contra mí casi con desesperación. Le froté la espalda para calmarlo, porque me pareció que temblaba un poco.

—Tranquilo, cariño. —Lo besé en la mejilla—. Vamos dentro y me lo cuentas.

Entramos en una de las cafeterías del vestíbulo y nos acomodamos en una mesa de la terraza. Enseguida vino un camarero a tomarnos nota.

—¿Qué quieres? —le pregunté a Martín.

—Me da igual —contestó sacando el paquete de tabaco.

Pedí un café con leche y una tila, y el camarero se retiró. Me giré hacia Martín, que se encendía otro cigarro con las manos temblorosas.

—¿Cómo ha pasado? —Me percaté de lo absurda que resultaba esa pregunta—. No, mejor no me lo cuentes. Sé cómo van estas cosas. —Sacudí la cabeza y suspiré—. Lo que quería decir es que pensaba que no estabais bien.

—Y no estamos bien. —Dio una calada y colocó el mechero sobre la cajetilla—. Casi ni nos acostábamos.

El camarero volvió con dos tazas y las dejó en la mesa. Asentí con la cabeza para darle las gracias. En cuanto se retiró, Martín continuó, con la vista clavada en el cenicero.

—Llevábamos meses distanciados, más de lo habitual. Le di su espacio, porque nos había funcionado las otras veces, pero resultó peor. Gloria interpretó que ya no me importaba. Ayer, cuando hablamos, me contó que incluso se había sentido atraída por Javier… Su jefe —me explicó, levantando la cabeza—. Me ha jurado que no ha pasado nada, que todo ha sido platónico y que nunca ha llegado a más, pero que disfrutaba de ese tonteo. Que la hacía sentir especial. —Resopló, mirando al cielo—. Dice que, conmigo, siempre estará a tu sombra. Haga lo que haga.

Levanté las cejas y paré de remover mi taza. «¿Seré yo la culpable de que lo suyo no funcione?». En la otra dimensión, Martín y yo nunca estuvimos juntos tantos años. Era posible que, de alguna forma, lo nuestro hubiera interferido en su relación con Gloria.

Di un sorbo a mi café. Apreté los labios porque me quemó la boca.

—¿Y tú, qué piensas? —pregunté. Martín se encogió de hombros.

—No sé, Blanca, es surrealista. —Se echó hacia atrás—. El sábado, al llegar a casa, estaba decidido a separarme de Gloria. Pero ahora, con lo del embarazo…

Empezó a mover la pierna de forma repetitiva. Puse mi mano encima y enseguida la detuvo.

—¿Habéis decidido qué hacer?

—Gloria quiere tenerlo. —Se frotó los ojos—. Dice que, si prefiero que nos divorciemos, respetará mi decisión, pero que ella me quiere y que le gustaría que nos diésemos otra

oportunidad. Que formásemos una familia. —Sacudió la ceniza y dio otra calada—. Que, a lo mejor, esto es lo que nos hacía falta para unirnos.

Fruncí el ceño. Las cosas no solían funcionar así. Por lo general, cuando llegaban los hijos, las parejas se distanciaban. Lo había visto en más de una ocasión. Tener un bebé te cambiaba la vida de una forma irreversible.

—¿Qué quieres tú? —pregunté.

—Yo… yo no me esperaba esto. —Apagó la colilla en el cenicero—. Pero ha pasado y… —Me miró a los ojos, titubeante, como si estuviera pendiente de mi reacción—. No sé, Blanca, quizá debería intentarlo.

Lo observé sin decir nada. No quería influirle de ninguna de las maneras porque ya no tenía tan claro qué debía pasar. Seguir con Gloria en esas circunstancias era una decisión muy importante, yo no podía tomarla por él. Martín se frotó la cara y suspiró.

»Le he dado muchísimas vueltas desde el sábado. Sé que mi relación está en las últimas, pero siento que ahora no es el momento de romper. Me gustaría ver crecer a mi hijo, no quiero ser un padre separado que se lo pierde todo… —Levantó las cejas, sorprendido, como si se hubiera dado cuenta de lo que acababa de decir—. Joder, me voy a convertir en padre.

—Serás un buen padre, ya lo verás. —Le di unas palmaditas en la pierna. Martín me agarró la mano antes de que la retirara.

—Voy a tener un hijo —murmuró y, por primera vez, sonrió.

Nos miramos durante unos instantes, hasta que le devolví la sonrisa. «O una hija», añadí para mí. Todo había vuelto a colocarse en el punto exacto en el que siempre tuvo que estar, aunque yo sintiera ese pinchacito en el estómago.

—Voy a tener un hijo —repitió Martín, más decidido, y dejó escapar una carcajada nerviosa —. Verás cuando mi madre se entere.

Sonreí sin ganas, le solté la mano para agarrar mi taza y le di otro sorbo a mi café, que ya había comenzado a enfriarse.

Un par de horas después, en el tren de vuelta a casa, miraba distraída por la ventanilla, escuchando *The One That Got Away* por mis auriculares. Como cantaba Katy Perry, imaginaba que en otra vida yo era la chica de Martín.

Sabía que era un pensamiento absurdo y, a la vez, algo egoísta, porque lo habíamos dejado hacía años y los dos estábamos casados, pero no lo podía evitar. El sábado me había asomado por un rato a esa otra vida y me estaba costando horrores dejarla ir. Me acordaba de nuestras miradas cómplices, las risas, su manera de tratarme, siempre tan pendiente…

Y ese abrazo en mi portal al despedirnos.

Cerré los ojos para evocar su perfume, mezclado con el olor de su piel. La presión de su cuerpo contra el mío, sus manos aferrándose a mi espalda, como si no quisiera soltarme nunca más. Al entrar en casa, tenía el corazón acelerado, como cuando era adolescente.

—Hacía tiempo que no veía a mi hermano tan feliz —me había susurrado Rober al decirnos adiós.

Solo dos días atrás, me había ido a la cama con una sonrisa, pensando que aún había algo entre nosotros, que aquello era real. Sin embargo, esa mañana nuestros caminos se habían alejado de manera irreversible. Noté que los ojos se me llenaban de lágrimas. Ni siquiera entendía por qué me afectaba tanto.

«Tú lo quisiste así —dijo mi vocecita interna—. Las cosas son exactamente como deseabas».

Me limpié con el dorso de la mano y salté en la *playlist* a la siguiente canción. Empezó a

sonar *Someone Like You*, de Adele.

—A tomar por culo el universo y el que inventó la reproducción aleatoria —mascullé, frustrada. Me arranqué los auriculares y cerré Spotify. No tenía sentido mortificarme de aquella manera.

Iba a guardar el móvil en el bolso cuando recibí un mensaje de mi repre, Elia, con la información sobre un nuevo proyecto que empezaría a rodarse en agosto. Era una serie sobre tres amigas treintañeras que tenía muy buena pinta.

En los últimos meses, los papeles que me habían ofrecido dejaban mucho que desear. Hasta en cuatro ocasiones me habían propuesto interpretar a la madre de un protagonista veinteañero…, lo que resultaba una locura, porque yo solo tenía treinta y tres. Se decía que en el cine las mujeres desaparecían después de los treinta y cinco, y empezaba a darme cuenta de que era una gran verdad.

Tras contestar a Elia pidiéndole que lo aceptase, busqué la ubicación del auditorio donde tendría lugar el evento de Jorge. Comenzaba a las siete: tenía el tiempo justo para dejar la maleta en casa, cambiarme de ropa y pillar un taxi.

Por lo que me había dicho, estaba previsto que la presentación durase alrededor de una hora, y luego habría un pequeño cóctel con los accionistas y demás invitados. Jorge me había pedido que fuera para darle apoyo moral, aunque también sabía que, si me tenía al lado, a los desconocidos les resultaba mucho más fácil acercarse y romper el hielo.

Deseaba con impaciencia que terminase aquel evento para recuperar a mi marido. En el último mes, solo nos habíamos visto durante la cena y siempre acabábamos hablando de su trabajo, como si para él no existiera nada más que esa dichosa presentación. Aunque una parte de mí entendía que se trataba de un hecho puntual, no había podido evitar que ese *déjà vu* de invisibilidad se instalara en mi cabeza.

Sabía que no era justo juzgar a Jorge por lo que nos había sucedido en la otra dimensión, ni adelantarme a unos acontecimientos que aún no habían ocurrido. Si no hubiera tenido aquellos recuerdos de nuestra relación pasada, seguramente mi estado de ánimo habría sido muy distinto. Quizá yo, al igual que Sofía, solo estaba preocupándome de más.

Bloqueé el móvil y suspiré. En unas horas, habría terminado y volveríamos a la normalidad.

Llegué con la hora pegada, después de comerme en el taxi los veinte minutos de atasco en la m³0. Le enseñé mi invitación a la azafata de la puerta y fui directa hacia el *backstage*, donde Jorge repasaba, inquieto, las tarjetas de su presentación. Cuando escuchó mis tacones, levantó la cabeza.

—Ya estás aquí. —Sonrió al verme. Pasó el brazo por mi cintura y me dio un beso—. Qué guapa estás.

—Gracias, cielo. —Me había puesto un traje de chaqueta de color rojo intenso y una camiseta lencera negra—. Así me localizarás enseguida desde el escenario.

Soltó una carcajada. Esperé a que se disculpase por haberse perdido la boda de Rober o que, al menos, hiciera algún comentario, pero solo añadió:

—¿Qué tal el viaje?

No quise tomármelo a mal. Lo achaqué a los nervios antes de subirse al escenario.

—Aburrido. —Me encogí de hombros—. ¿Cómo lo llevas? —Señalé con la cabeza sus tarjetas.

—Bien, controlado. Lo he estado preparando todo el fin de semana.

—Toma, póntelo, salimos en dos minutos. —Álvaro se acercó a nosotros y le entregó a Jorge

un micrófono de diadema, idéntico al que él mismo llevaba puesto. Se inclinó para darme dos besos—. Blanca, tengo que robarte a tu marido, nos vemos luego en el cóctel.

—¡Mucha mierda, chicos! —me despedí.

Jorge me dio otro beso rápido y me guiñó un ojo antes de salir al escenario.

La presentación fue un éxito, para nada resultó aburrida. Era una herramienta que analizaba y comparaba imágenes, y ellos lo explicaron de manera muy visual. Estaba convencida de que a todos los asistentes les había quedado claro tanto el funcionamiento como su aplicación al día a día. Lo notaba en las reacciones del público: después de tantos años acudiendo a estrenos, era una experta en identificar qué significaba cada murmullo y cada risa.

Al terminar, salimos al enorme *hall*, donde habían colocado unas mesas altas para el *catering* y una barra para servir las bebidas.

Enseguida localicé a Jorge: estaba en el centro de la estancia, acompañado por Álvaro y rodeados de un montón de gente que se había acercado a felicitarlos.

—Enhorabuena. —Le acaricié el brazo—. Habéis estado impresionantes.

—Muchas gracias, cielo. —Me sonrió y continuó hablando con la pareja que estaba junto a él.

Lo vi pletórico y muchísimo más relajado que unos días atrás. «Prueba superada», pensé, feliz, mientras lo escuchaba repetir algunas de las implementaciones que habían propuesto en el escenario.

Un camarero con una bandeja llena de bebidas se acercó a nosotros. Jorge cogió una cerveza sin detener su conversación.

—¿Qué te ha parecido, Blanca? —Álvaro tomó dos copas de vino tinto y me pasó una.

—Creo que ha estado muy bien. —Bebí un trago y sonreí, agradeciéndole el gesto—. No es fácil que algo tan técnico resulte entretenido, y vosotros habéis superado el reto con creces.

—Yo pienso igual —dijo un hombre de unos sesenta años que estaba frente a nosotros—. Es la única vez que lo he entendido a la primera. —Nos reímos los tres—. ¿Es su novia? —le preguntó a Álvaro.

—Es mi mujer. —Jorge se giró y le tendió la mano—. Jorge Cruz.

—Encantado —le respondió el señor mientras se la estrechaba—. La que viene por ahí es la mía, que ha ido a hablar con nuestra hija por teléfono. ¿Ustedes tienen hijos?

—Estamos en ello —contestó Jorge.

—No queremos hijos —dije yo a la vez.

Mi marido se volvió hacia mí, desconcertado. El señor carraspeó un par de veces y cambió de tema con rapidez.

Durante el trayecto de vuelta a casa, Jorge estuvo muy callado. Conducía en silencio, con la vista fija en la carretera.

—¿Qué te pasa? —Le pregunté cuando estábamos a punto de llegar.

—¿No quieres tener hijos? —dijo sin mirarme.

—¿Tú sí?

—Por supuesto.

Eché la cabeza hacia atrás. No me lo esperaba. Durante los doce años que habíamos estado juntos en la otra dimensión solo habíamos sacado el tema en dos ocasiones: la primera, al inicio de nuestra relación, cuando me pidió que esperásemos un poco más. En su anterior matrimonio, su exmujer había sufrido dos abortos y él aún no estaba preparado para intentarlo de nuevo.

La segunda fue un par de años antes de viajar en el tiempo. Jorge ya había cumplido los

cuarenta y cinco y me contestó que se sentía muy mayor. Intenté convencerlo de que aún no era tarde, pero, ante su negativa, no me quedó otra opción que renunciar.

Nunca había sido una mujer para quien la maternidad fuera una de sus prioridades. Sabía, por mis amigas, que no era ningún camino de rosas. Suponía muchísimo sacrificio, y ese momento de mi vida no era el más adecuado para planteármelo.

—No descarto tener hijos… algún día —le contesté a Jorge—. Ahora mismo, no estoy segura de que sea la mejor idea. Cada vez hay menos buenos papeles para mujeres de mi edad. Retirarme un par de años para dedicarme a la crianza sería un suicidio profesional. Preferiría esperar un poco para ver cómo evoluciona mi carrera, todavía tenemos tiempo.

—Blanca, tengo cuarenta y un años, ocho más que tú. No puedo esperar mucho más. No quiero ser uno de esos padres que parecen abuelos.

«No me lo puedo creer». El universo parecía empeñado en convertir ese día en el día en que todos decidían su paternidad. Giré la cabeza hacia la ventanilla, bastante molesta. Llevaba semanas aguardando con ansias la noche posterior al evento y no me apetecía pasarla discutiendo con Jorge.

«¿Y si es ahora o nunca?», me cuestioné. Entendía la postura de mi marido respecto a su edad, y quizá dentro de unos años, cuando me viniera mejor, fuera otra vez demasiado tarde. No podía pensar solo en mí. A fin de cuentas, ni siquiera retrasar la maternidad me garantizaba el éxito en mi carrera.

Entramos al garaje y aparcamos en nuestra plaza. Jorge paró el motor, pero ninguno hizo el ademán de salir del coche. Dejé escapar un suspiro.

—De acuerdo —dije al final—. En cuanto acabe de rodar en octubre, lo podemos empezar a plantear.

Mi marido se giró en mi dirección y asintió, satisfecho.

—¿Vamos, cielo? —Quitó las llaves del contacto y abrió la puerta—. Me parece que esta noche tenemos mucho que celebrar.

Inspiré hondo, forcé una sonrisa y salí del coche.

CAPÍTULO 6
EMBARAZADOS

Viernes, 2 de agosto de 2013
MARTÍN

No fui del todo consciente de que iba a convertirme en padre hasta la primera vez que escuché aquel latido. Rápido. Rítmico. Vibrante. Llenaba por completo el espacio de la habitación.

Gloria había alcanzado la decimonovena semana de embarazo. Estábamos en la consulta de la ginecóloga para su segunda ecografía. La primera me la había perdido: la cita me había pillado de viaje, en plena gira de promoción de la novela. Aquello era nuevo para mí.

—¿Lo oyes? —preguntó mi mujer. Me agarró de la mano con fuerza.

Asentí, incapaz de articular palabra. Ese sonido me retumbaba por dentro, estaba demasiado emocionado para contestar. Le acaricié la mano y sonrió.

En los últimos meses, nuestra relación había cambiado. Nos iba mejor. Gloria seguía irritable a causa de las hormonas, pero su actitud conmigo era diferente. Ya no me trataba como si fuera su enemigo.

Habíamos vuelto a hacer planes nosotros solos. Cosas simples, como tomar un helado en una terraza, ir al cine, caminar por la orilla de la playa. El olor de ciertas comidas le causaba náuseas, así que evitábamos los restaurantes.

Durante aquellos paseos, hablábamos mucho. Conversaciones largas, sobre todo acerca del bebé, pero también de los lugares que nos gustaría visitar o de lo que queríamos hacer en la vida dentro de unos años. Gloria quería viajar a Italia: Roma, Venecia, Florencia…, y conocer la Capilla Sixtina. Pensaba retomar las clases de pintura que había dejado aparcadas al entrar en la universidad, unos años antes de conocernos. Se arrepentía de no haber estudiado Bellas Artes. Le habría encantado dedicarse a lo que tanto le gustaba, aunque todavía soñaba con, algún día, hacer su propia exposición. Mientras planificábamos el futuro, había redescubierto a mi mujer.

Además, se mostraba mucho más cariñosa. No solo había dejado de rehuirme. Por las noches, en la cama, era ella la que se acurrucaba contra mí. A lo mejor, era yo quien estaba más distante. Todavía me afectaba lo que me había confesado sobre Javier. Gloria insistía en que no habían hecho nada más que tontear. Que tal vez no debería habérmelo contado, pero que quería ser sincera conmigo antes de que volviésemos a intentarlo. Lo repetía con tanta convicción que decidí creerla. Íbamos a formar una familia y no quería comenzar esa nueva etapa con desconfianza.

—Parece que está todo bien —declaró la doctora después de medir al embrión—. ¿Queréis saber el sexo del bebé?

Miré a mi mujer, que asintió, entusiasmada. No me quedaba otra que decir que sí.

Un par de días atrás, habíamos hecho nuestras apuestas. Gloria tenía clarísimo que iba a ser una niña. La notaba muy convencida, aunque sospechaba que era más su propio deseo que una verdadera intuición. Por el contrario, yo estaba completamente perdido.

De adolescentes, solía meterme con Blanca con que, en el futuro, tendríamos una hija. Una rubita y preciosa que se llamaría como ella. No era más que una broma absurda. Sin embargo, por alguna extraña razón, a Blanca la ponía muy nerviosa y a mí me encantaba picarla. Lo repetí tantas veces que terminé por creerlo. Por eso, cada vez que había tratado de imaginar al bebé, me venía a la cabeza aquella niña. Después de tantos años, me resultaba muy difícil cambiar el chip.

—¡¿Qué te había dicho, Martín?! —Gloria tiró de mi mano y me sacó de mis pensamientos —. ¡Lo sabía!

Me giré hacia la doctora, que señalaba un punto en el monitor.

—¿Es una niña? —pregunté, sorprendido.

—Sí, se puede ver aquí. —Trazó un círculo con el dedo—. ¿Es lo que queríais?

Asentí casi por inercia mientras lo asimilaba. Iba a tener una niña. No la que había imaginado con Blanca años antes, sino otra, diferente, con mi mujer. Una niña de verdad. Nuestra hija.

Me invadió una sensación extraña, difícil de describir. Felicidad teñida de nostalgia. Ilusionado por convertirme en padre, pero, a la vez, acojonado por el vuelco tan importante que estaba a punto de dar mi vida. Era inevitable. No había marcha atrás.

Y, por un instante, me resultó imposible no pensar en cómo habría sido vivirlo con Blanca.

Al salir de la consulta, fuimos directos a casa de Alba y Sofía. Ese fin de semana Blanca cumplía años y lo pasaba en Alicante. Nos había invitado a cenar en un restaurante en Altea, muy cerquita de la playa. Sin embargo, como mis amigos no tenían con quién dejar a sus hijas, y Gloria no soportaba el marisco por el embarazo, había tenido que cambiar el plan.

«Ok, celebraré mis treinta y cuatro con panchitos y medias noches, pero lo hacemos en tu casa, Sofi. No quiero escuchar más quejas de que mi apartamento no tiene protectores de enchufes ni aparatos de esos de seguridad infantil», había escrito en el grupo de WhatsApp después de veinte minutos de discusión. Al final, la celebración se había reducido a un picoteo ese viernes en casa de nuestras amigas.

Llegamos los últimos. Fue la propia cumpleañera quien abrió la puerta.

—¡Felicidades! —gritamos Gloria y yo a la vez.

—Muchas gracias —se rio. Nos dio dos besos a cada uno y nos invitó a entrar—. Están en el salón.

Dejé pasar primero a Gloria, que fue directa a saludar a los demás. Aproveché ese momento a solas para darle mi regalo a Blanca. Como todos los años, era un paquete rectangular.

—¿Qué será? —Blanca lo agitó en el aire, fingiendo que no tenía ni idea de lo que contenía.

—Espero que este no lo hayas leído.

Desde que sabía que era una viajera del tiempo, en cada cumpleaños intentaba sorprenderla con alguna novedad. Casi siempre los conocía de su otra dimensión.

—*Palmeras en la nieve.* —Acarició la portada—. No, este no lo he leído —levantó la mirada —, pero he visto la película.

—¿Han hecho la película? —pregunté, confundido.

—Todavía no. —Blanca me guiñó un ojo. Me eché a reír.

Entramos en el salón. Saludé primero a Jorge, a quien hacía unos cuantos meses que no veía. La última vez que había estado en Madrid lo había pillado fuera, en un viaje de negocios. Era un tipo agradable con el que me llevaba bastante bien. Solía tenerlo de consultor en mis novelas más futuristas. Me felicitó por mi paternidad y volvió a sentarse junto a Blanca en el sofá. Saludé a Alba, que jugaba con las gemelas.

Cogí la cerveza que me tendió David y me acerqué a las otras dos chicas, que rodeaban a Gloria. Sofía le apoyaba una mano en la barriga. Supuse que para sentir las pataditas del bebé.

—Tu mujer nos ha dicho que tenéis algo importante que decirnos. ¿Se puede saber qué es? —me preguntó Vega con impaciencia.

Todos se giraron hacia mí. Le hice un gesto a Gloria con la cabeza.

—Adelante. Cuéntaselo tú. —Tomé asiento en el otro sofá.

Mientras nuestros amigos la observaban, vino a acomodarse a mi lado. Se tomó su tiempo. Disfrutaba de ser el centro de atención.

—Esta tarde hemos estado en la ginecóloga y ya sabemos el sexo del bebé. —Me agarró la mano—. ¡Es una niña!

Vega soltó un grito y Sofía se echó a reír. Miré a Blanca, que me sonrió con una expresión extraña. No parecía muy sorprendida.

—¡¿Otra niña?! —exclamó David—. Para un equipo de fútbol no nos da, pero para montar el de baloncesto ya solo nos faltaría una. ¿No os animáis, Blanca? Yo las podría entrenar. —Se agachó a por una pelota roja que estaba tirada en un rincón. La levantó en el aire. Su hija Ainhoa y una de las gemelas de Sofía se le acercaron corriendo.

—A mí me encantaría, pero mi mujer no parece estar por la labor —bromeó Jorge, rodeándole los hombros con el brazo—. A este ritmo, voy a ser el padre más viejo de la guardería. Me van a llamar Matusalén…

Gloria soltó una carcajada. Blanca curvó las comisuras en una sonrisa tensa.

—Lo bueno de los tíos es que podéis tener hijos a cualquier edad, nosotras estamos más limitadas biológicamente —dijo Vega—. Así que no te lo pienses mucho, Blanqui, que se te va a pasar el arroz.

—Bueno, aún tengo tiempo. —Blanca se removió en el sofá.

—No tanto —dijo Vega—. ¿Te acuerdas de que decíamos que lo mejor era tener hijos más o menos a la vez para hacer planes conjuntos? Pues bien, ya solo faltas tú. Los demás hemos cumplido, hasta Martín. —Señaló en mi dirección.

Blanca se giró hacia mí. Enseguida apartó la mirada.

—Eso lo decíamos hace años, cuando las cosas eran diferentes —le replicó, nerviosa—. Ahora soy actriz. Un hijo afectaría a mi carre…

—Joder, Blanqui, no serías la primera actriz que se queda embarazada —la cortó Vega. Pareció que iba a continuar, pero Sofía movió la cabeza para pedirle que no lo hiciera. Vega levantó las manos—. Bueno, tía, no sé. Tú verás.

Nos quedamos callados, en un silencio incómodo. Fue Alba quien lo rompió.

—Por cierto —cambió de tema—, ¿habéis visto esa historia del donante de esperma que tiene como quinientos hijos? Estaban rodando una comedia en Canadá y saltó en la prensa un caso real muy parecido.

—Vaya, pues sí que se lo tomó en serio. —David trataba de separar a las dos niñas, que habían empezado a pelearse por la pelota—. En vez de un equipo de fútbol, ese tío se montó su propia liga.

Todos nos echamos a reír. Menos Blanca, que retiró de sus hombros el brazo de Jorge y se

puso en pie.

—Ahora vengo. —Se dirigió a la cocina. Sin pensármelo dos veces, me levanté y fui detrás.

Al entrar, la descubrí inclinada hacia delante, con los codos apoyados sobre la encimera. Se tapaba la cara con las manos.

—¿Estás bien, preciosa?

Debí pillarla por sorpresa, porque se sobresaltó. Se incorporó enseguida.

—Sí, este tema de los hijos me tensa, no lo puedo evitar. —Abrió el armario donde guardaban los vasos—. ¿Me pasas el agua, por favor?

Saqué una botella fría de la nevera y se la acerqué. Llenó el vaso hasta arriba. Se lo bebió deprisa, en tres o cuatro tragos.

—¿No quieres tener hijos?

—Sí, no sé… Supongo que quiero tenerlos, aunque no ahora mismo. —Dejó el vaso vacío en el fregadero—. Mañana cumplo treinta y cuatro, y cada vez hay menos papeles para mujeres de mi edad. Jorge está empeñado en que es el mejor momento, pero a mí me asusta tener un hijo ahora. Si lo dejo todo durante dos o tres años, para cuando quiera volver, se habrán olvidado de mí.

Enroscó un mechón de pelo entre sus dedos. Estaba inquieta. Apoyé una mano en su hombro para tranquilizarla.

—Lo que dices tiene mucho sentido. ¿Lo has hablado con él?

—Sí, pero es… complicado.

La observé durante unos instantes antes de atreverme a preguntar:

—¿Es solo por eso? —Blanca arrugó el entrecejo, como si no me entendiera—. ¿Estás bien con Jorge? No estuvo en la boda, ni tampoco la última vez que viniste a…

—Estamos mejor que nunca —me interrumpió—. Quizá sea eso lo que me preocupa, quedarme embarazada y que nuestra relación sea diferente. Aunque supongo que, tarde o temprano, acabará por suceder —suspiró con resignación.

No parecía muy convencida. Me chocó que hablara así, de un modo tan conformista. Ella siempre había luchado por sus sueños, estaba claro que había algo más.

—Blanca, tener un hijo es una decisión muy importante. Tienes que estar muy segura antes de dar ese paso.

Enarcó las cejas con incredulidad.

—¿Y crees que tú eres el más indicado para darme lecciones de planificación familiar? —preguntó, irónica.

—Ya… —admití. Me froté la nuca con la mano.

Tenía razón. No era el más adecuado para dar lecciones de nada. Ni siquiera sabía por qué cojones le había soltado eso. Supuse que me costaba reconocer que la vida cambiaba para todos y ella no era una excepción. Nos hacíamos mayores. Cualquier día, Blanca también se quedaría embarazada y formaría su propia familia con Jorge.

En cuanto lo imaginé, me puse nervioso. Inspiré hondo para controlar esa ansiedad. Blanca me apretó el brazo.

—Estoy bien, Martín. Gracias por preocuparte.

Hizo el ademán de volver al salón, pero la detuve.

—¿Era esto lo que esperabas cuando viajaste en el tiempo?

Al oír aquella frase, Blanca dio un respingo. Miró de reojo hacia la puerta para comprobar que nadie más nos hubiera escuchado.

—¿Qué quieres decir? —susurró.

—¿Eres feliz?

No contestó enseguida. Sus ojos se fijaron en los míos. Parecía buscar la respuesta. Como si fuera la primera vez que se planteaba aquella cuestión. La observé, lleno de esperanza.

—Sí, soy muy feliz, Martín —dijo al final—. Y deseo que tú también lo seas.

Sus palabras me atravesaron el pecho. Ya tenía la certeza de lo que me negaba a aceptar. Nunca iba a ocurrir. Blanca lo había elegido a él en todas sus dimensiones. No había nada que pudiera hacer.

Bajé la mirada. Apreté los labios en la sonrisa más forzada de mi vida.

—¡¿Traéis más cerveza?! —nos gritó David—. ¡Y un Trina para la embarazada!

—Ve con ellos, ya las llevo yo —le dije sin levantar la vista del suelo. Necesitaba estar un rato a solas para asimilarlo.

Blanca asintió. Su mano acarició mi espalda al salir.

Al volver al salón, Sofía había ocupado mi sitio. Sobre sus rodillas, una de sus gemelas se revolvía nerviosa, tratando de bajar.

—¿Habéis elegido nombre? —le preguntó a Gloria.

—A mí me gustaría llamarla Carolina —respondió ella.

—Carolina es muy bonito —confirmó Sofía—. ¿Tú qué opinas, Martín?

Dejé las cervezas en la mesa. Siempre había imaginado que, si tenía una niña, se llamaría Blanca, porque jamás se me pasó por la cabeza que fuera a tener hijos con nadie más. Y, aunque era un nombre precioso y me habría encantado llamar así a mi hija, no era una buena idea proponérselo a mi mujer.

Le pasé el refresco a Gloria y me senté en el brazo del sofá. Iba a responder que lo más importante para mí era que naciera sana cuando la niña de Sofía soltó un grito y empezó a patalear.

Su madre la dejó en el suelo para que se calmase. Al verse libre, la niña se incorporó, corrió a por la pelota roja y se la llevó a David.

—¡Juega, papá! —gritó, dejándola en su regazo.

Se hizo el silencio.

David levantó la cabeza y su mirada recorrió la habitación. Buscaba ayuda. Uno a uno, los demás lo fueron esquivando. Cuando sus ojos encontraron los míos, tampoco supe qué decir.

Hacía tres años que evitábamos mencionar ese asunto, porque era un tema tabú. Pero esa era la realidad. Era absurdo que la ignorásemos.

Las gemelas de Sofía y Alba eran hijas de David. Al menos, biológicamente. Por razones obvias, nuestras amigas habían necesitado un donante para ser madres, y sobre la mesa solo se había planteado una opción.

No había sido tan fácil. En cuanto se lo propusieron, mi amigo se negó en redondo.

—Ni de coña —me había dicho en el bar el día que me tocó convencerlo—. Sofía es mi socia en la empresa y una de las mejores amigas de mi mujer. Soy el menos indicado para poner la semillita. —Agarró su cerveza y bebió—. Además, fijo que en algún momento se volverá en mi contra. Bastante tengo con que Vega no se queda embarazada, ¡como para tener hijos con alguien más!

—Tu mujer está de acuerdo —le recordé—. Ella ha sido la primera que te lo ha propuesto.

—Lo sé, y todavía no entiendo por qué. —Se ajustó las gafas—. Esto tiene truco. Seguro que es una prueba de fidelidad o alguna mierda de esas que hacen en la radio.

—Eres un malpensado.

—Hostia, tío, ¿a ti no te parece raro? —preguntó—. ¿Qué dirías tú si Blanca te lo

propusiera?

Dijo Blanca, y no Gloria, como habría sido lo normal. Mi amigo sabía poner el dedo en la llaga.

—Si Blanca me lo propusiera, le diría que sí.

Había sido precisamente Blanca quien me había pedido que hablara con él. Parecía que, en su otra dimensión, Sofía y David habían estado casados y tenían dos niñas gemelas. Por eso era fundamental que mi amigo accediese.

—¿Le dirías que sí? —indagó, suspicaz—. ¿Se puede saber por qué?

—Porque Blanca me importa más que nada.

—Me parece que eso no tiene ningún sentido —se rio.

—A mí me parece que tiene todo el sentido —contesté muy serio—. A veces, hay que tomar decisiones complicadas que no sabes cómo van a afectar a tu vida, y la única manera de hacerlo es pensar en lo que más te importa. Y a mí siempre me ha importado que Blanca fuera feliz, aunque eso significase perderla.

—¿Por eso lo dejasteis? —David me observó, confundido. Jamás le había contado lo que pasó.

—Fue lo mejor —me apoyé en la barra—. Nuestra relación se habría convertido en un lastre.

Bebimos en silencio. Mi amigo se pasó la mano por el pelo, agobiado.

—Pero yo no quiero que me deje Vega.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —Lo miré—. ¿Crees que ella te pediría algo así si no lo hubiera pensado bien? Deberías confiar en tu mujer. Seguro que le ha dado muchas vueltas antes de sugerírtelo.

Esa noche, David les dijo que sí. Y, desde entonces, no habíamos vuelto a hablar de ello.

—¡Papáááá! ¡Juega! —lloriqueó la niña, que intentaba captar su atención.

Mi amigo seguía observándome, como si aguardara una respuesta. Solo pude encogerme de hombros. Se ajustó las gafas y trató de bromear:

—Le diría que no soy su papá, pero como le dé por pedirme una prueba de paterni…

No terminó la frase. La mirada fulminante de Vega lo hizo callar de inmediato. Sofía se echó a reír, nerviosa.

—Ha debido escuchárselo a Ainhoa. Seguro que ha pensado que te llamas así —se disculpó. Cogió en brazos a la niña y la llevó junto a su mujer—. Voy a sacar la tarta. Se hace tarde y las niñas tienen que irse a dormir.

Volvimos a casa en coche. Había sido una tarde tan intensa que no tenía muchas ganas de hablar. Saqué un CD al azar de la guantera y lo introduje en el reproductor. Comenzó a sonar *Creep,* de Radiohead.

Resoplé con una media sonrisa. Me sentía exactamente así. Un bicho raro que llevaba toda la vida enamorado de su novia del instituto, aunque estaba claro que ella nunca me elegiría a mí. Golpeteé el volante con los dedos siguiendo el ritmo de la canción.

—¿Qué te parece Carolina? —dijo Gloria de repente.

Durante un par de segundos, la pregunta me desconcertó. No entendía a quién se refería. Hasta que me di cuenta de que hablaba del nombre para el bebé. Debía gustarle mucho. Era la segunda vez que lo mencionaba aquella tarde.

—Me parece que es un nombre muy bonito —contesté, bajando el volumen de la música.

—Carolina Giner.

—Me encanta. —Sonreí.

—A Vega y a Sofía también les ha gustado. —Gloria se acarició la barriga y miró por la ventanilla.

Avanzábamos despacio entre el tráfico. Era viernes por la noche y se notaba en la cantidad de gente que transitaba por el centro. Estaba a punto de subir de nuevo el volumen cuando se giró hacia mí:

—Es la primera vez que estoy con tus amigos y no me siento fuera de lugar. —Colocó una de sus manos sobre mi muslo.

Sin apartar la vista del cristal, estiré mi mano para agarrar la suya. La acerqué a mi boca, besé sus dedos con suavidad.

—Ya eres una más, chulita.

Gloria esbozó una sonrisa antes volverse de nuevo hacia la ventanilla.

CAPÍTULO 7
NO ME DEJES SOLA

Jueves, 5 de diciembre de 2013
BLANCA

El paseíto por la playa me estaba sentando muy bien. Esa mañana había ido a visitar a mis abuelos, que se habían empeñado en que me quedase a comer, y necesitaba moverme un poco para bajar aquel platazo de judías negras con arroz con el que habría podido alimentarse una familia entera.

Habían pasado casi cinco meses desde la última vez que había estado en su casa y los había notado más mayores. A mi abuela se le empezaban a olvidar algunas cosas y mi abuelo estaba un poco más delgado. Me había propuesto ir a verlos más a menudo, aunque acudiera sola, como ese día. Si las cosas ocurrían del mismo modo que en la otra dimensión, ya no me quedaba demasiado tiempo para disfrutarlos.

Durante la comida, me habían preguntado por mi marido. Jorge llevaba la semana entera en Ámsterdam, en un viaje de negocios del que volvería al día siguiente por la tarde.

—¡Cuánto trabaja este chico! —había comentado mi abuela—. Cada vez que hablamos, nos dices que se ha marchado a alguna parte. ¿Van bien las cosas entre vosotros, cariñico?

—Tranquila, yaya, estamos bien —le había contestado yo—. En estos meses, tiene muchísimo trabajo.

Era verdad: desde la última feria tecnológica, que se celebraba cada año en septiembre, mi marido no había parado de viajar. Lo que no le había dicho a mi abuela era que sus ausencias me venían muy bien. Diría que incluso me alegraban un poquito.

Hacía poco más de un mes que Jorge había vuelto a sacar el tema de los hijos y yo había empezado a evitarlo en la cama. No era lo más maduro por mi parte, pero no se me había ocurrido otra solución mejor. Ni siquiera sabía cómo abordar una conversación con él, porque cada vez tenía menos claro si quería ser madre en el futuro. Cuando nos imaginaba con un niño, mi vocecita interna susurraba un «No lo hagas», y ni siquiera comprendía por qué.

Había intentado hablarlo con mis amigas unas semanas antes, en una de esas videollamadas a tres que hacíamos a veces. Esperaba que arrojasen algo de luz sobre mis incógnitas, pero la respuesta de Sofía había terminado de confundirme todavía más.

—¿No quieres ser madre… o no quieres ser madre con él? —me había preguntado.

—No entiendo cuál es la diferencia —le contesté.

—Yo tampoco —añadió Vega—. No tiene mucho sentido que, estando con Jorge, Blanca vaya a quedarse embarazada de otra persona.

—A mí me parece que tiene todo el sentido del mundo —insistió Sofía y las dos la miramos, expectantes—. ¿Te acuerdas de aquel verano en el que creíste que estabas embarazada de Martín?

—¿La vez que se nos rompió el condón? —pregunté. Sofía asintió.

—No te vi dar saltos de alegría cuando el Predictor salió negativo.

Levanté las cejas. Recordaba aquel momento a la perfección: las tres mordiéndonos las uñas mientras aguardábamos el resultado en el baño de los padres de Vega, y aquella sensación de vacío al ver que aparecía una única rayita.

—Es verdad, estabas un poco rara, creíamos que lo habías entendido al revés —añadió Vega, pensativa.

—No era lo mismo —contesté, desviando la mirada.

—Tienes razón, no era lo mismo. Aquello era mucho peor. Habrías sido una madre adolescente y podrías haber perdido para siempre a Jorge. Por no hablar de tu carrera de actriz… —señaló Sofía—. Que no estuvieras embarazada fue lo mejor que pudo ocurrirte. Aun así, parecías muy decepcionada.

Me había encogido de hombros, no había sabido qué responder. En aquel verano, aun con todo en contra, habría tirado para adelante con Martín porque tenía el presentimiento de que nos saldría bien. Sin embargo, con Jorge, mis sensaciones sobre una posible maternidad eran diametralmente opuestas.

Me senté en la arena y abracé mis piernas. Si Sofía estaba en lo cierto, si la cuestión era que yo no quería tener hijos con mi marido, no sabía en qué punto nos colocaba a Jorge y a mí. ¿Significaba que nuestra relación no iba bien? Sacudí la cabeza, porque me resistía a creerlo. «En la otra dimensión, tampoco tuvimos hijos y fuimos felices. No siempre las parejas que los tienen pueden decir lo mismo».

Era un asunto complejo y me sentía incapaz de tomar una decisión. No rechazaba el ser madre, pero, por algo que no sabía explicar, no me acababa de sentir a gusto con la idea. Quizá es que ni yo misma me entendía.

Cerré los ojos y alcé la cara para que me diera el solecito. A pesar de que ya estábamos en diciembre, en Alicante hacía calor. Rondaríamos sobre los dieciocho o veinte grados. Abrí mi bolso para coger las gafas de sol. Para variar, parecían haberse ido directas al fondo.

«Tengo que hacer una buena limpieza», pensé mientras rebuscaba. Siempre tenía el mismo problema: ese bolso enorme acababa lleno de mierdas que no hacían más que ocupar espacio y me impedían localizar lo que necesitaba.

Fui sacando cosas y dejándolas en mi regazo: el manojo de llaves, una pequeña agenda en la que nunca apuntaba nada, dos paquetes de chicles a la mitad, otro de clínex…, hasta que encontré la funda. Me puse las gafas y volví a echarlo todo dentro.

Lo último fueron las llaves. Por lo menos había doce en ese llavero. Además de las de mi apartamento y las de casa de mis padres, aún llevaba las del piso de Martín, donde habíamos vivido juntos casi tres años. La razón era puramente sentimental.

Al principio, cuando lo dejamos, había sido incapaz de retirarlas, porque me parecía cortar el último vínculo que nos unía. Después, me había acostumbrado tanto a verlas al lado de las demás que ese llavero habría estado desnudo sin ellas. Martín nunca me las había pedido, y yo había dado por hecho que, en algún momento, habría cambiado el bombín. Las hice tintinear en el aire y las volví a guardar en el bolso.

Me quedé un rato sentada, mirando al mar, porque no tenía nada mejor que hacer esa tarde. Jorge no llegaría hasta el sábado, Vega y David se habían ido a una casa rural sin la niña, y Sofía se había quedado al cargo de la empresa esa última semana. Conociéndola, seguro que estaba atacada. Pensé en darle un toque a Martín. Por lo que me habían contado, Gloria no salía de cuentas hasta Navidad. A lo mejor les apetecía quedar a tomar algo.

Estaba a punto de llamarlo cuando su nombre parpadeó en la pantalla.

—¡Estaba pensando en ti! —dije nada más descolgar.

Martín se rio al otro lado.

—Vaya, parece que lo de la telepatía funciona.

—¿Cómo estás? —Volvimos a reírnos porque lo preguntamos los dos a la vez—. Yo muy bien —continué—, de paseo por la playa ahora mismo.

—¿No estás en Madrid? —Chascó la lengua—. Vaya, qué putada. Me quedo esta noche y pensaba invitaros a cenar.

—¿Tenías alguna firma?

—Una fiesta navideña de la editorial. No pensaba venir, porque no me hacía mucha gracia dejar a Gloria sola, pero me ha repetido unas mil o dos mil veces que no está enferma, solo embarazada. —Se escuchó un pitido al otro lado de la línea—. Mira, hablando de ella, justo me está llamando… —Dejó la frase en el aire, como si dudara de si esperar a que colgásemos para responder.

—Contéstale —sonreí—. Luego hablamos.

—Si no te importa, me quedo más tranquilo —me dijo—. Seguramente solo sea para preguntarme si prefiero el fondo marino o la jungla africana. Se ha empeñado en pintar un mural en la habitación de la nena y todavía no tiene claro qué motivo le gusta más —se rio—. Ahora te llamo, Blanca.

Colgamos y me puse en pie. Eran casi las cuatro de la tarde y el sol me picaba en la cara. «Tantas mierdas en el bolso y no llevo ni un botecito de crema solar».

Fui paseando hacia el coche, que estaba aparcado a un par de manzanas de la playa. En Madrid solía moverme en taxi o con el de Jorge, así que habíamos optado por dejar el mío en Alicante y solo lo usaba cuando estábamos allí. Dejé el bolso en el asiento del copiloto y me senté para quitarme la arena de las zapatillas. El teléfono comenzó a vibrar. Era Martín otra vez.

—A ver si acierto —me reí—: has elegido la jungla africa…

—Gloria se ha caído de la escalera y se ha golpeado la barriga —me interrumpió—. Se ha intentado levantar, pero dice que ha empezado a notar algo raro y no sabe si está sangrando. —Su voz sonaba aterrada—. ¡Joder! ¡¿Por qué cojones se ha subido en esa puta escalera, si le pedí que esperase a que volviera de Madrid?! —Se oía ruido de fondo, como si moviese las perchas de un armario—. He llamado a una ambulancia, pero dicen que van a tardar, y sus padres tienen el teléfono apagado. Estoy haciendo la maleta para volver ahora mismo. Avisaría a Rober, pero está de viaje, y mis padres no me lo cogen… ¡No sé para qué hostias tienen un puñetero móvil si nunca contestan cuando los llamas! —Resopló, histérico—. ¡Y yo aquí, a tomar por culo! No tendría que haber venido, ¡si es que soy un gilipo…!

—Martín, relájate. —Lo corté, aparentando más serenidad de la que sentía—. Voy yo, ¿está en tu casa?

—Sí. —Escuché el ruido de la cremallera—. ¡Mierda! No vas a poder entrar, no tienes llaves.

—Tengo llaves; tengo mis llaves de casa, nunca te las devolví. —Me coloqué las zapatillas y cerré la puerta del coche—. ¿Es la misma cerradura?

—Sí, claro, ¿por qué la iba a cambiar?

—No tardo nada. —Sujeté el teléfono con el hombro mientras me abrochaba el cinturón.

—Blanca —le temblaba la voz—, por favor, no dejes que le pase nada a mi niña.

Colgué el teléfono y arranqué el motor. No podía perder ni un segundo.

Más que conducir, volé. No sabía cómo había conseguido llegar desde el Cabo de las Huertas hasta la casa de Martín en menos de siete minutos, pero seguro que recibía una multa por exceso de velocidad.

—¿Gloria? Soy Blanca —anuncié al abrir la puerta, porque no quería que se asustase.

—Blanca, estoy aquí… —dijo con un hilo de voz.

Corrí por el pasillo y me asomé a las habitaciones hasta que la encontré. Estaba tendida en el suelo sobre un charquito de líquido y no paraba de temblar. Por suerte, no era de color rojo.

—Vale, me parece que has roto aguas. —Me puse de rodillas a su lado y le agarré la mano para calmarla.

—¿No hay sangre? —Cerró los ojos, aliviada, al confirmarle que no.

—Tienes que levantarte para irnos echando leches al hospital. —Llevé su mano a mi hombro para que se sujetase a mí. Le pasé un brazo por debajo de la cintura—. Venga, arriba.

Empecé a incorporarla despacio. Gloria se sujetó la barriga y soltó un grito. Me quedé muy quieta, porque no sabía qué hacer.

—¿Es una contracción? —pregunté, muy asustada. Ella asintió, apretando la mandíbula. Esperé unos segundos para que se recuperase. En cuanto noté que su rostro se relajaba un poco, le volví a insistir—. Vamos, no nos paremos ahora.

Gloria se agarró a mis hombros. Tiré de ella con toda la fuerza del mundo, hasta que conseguí alzarla. En cuanto se puso en pie, un chorro de líquido resbaló por sus piernas. Me miró, aterrorizada.

En ese momento, no estaba segura de quién tenía más miedo de las dos. Mis conocimientos sobre partos se limitaban a lo que había visto en las películas y, al darme cuenta de lo que estaba a punto de ocurrir, las rodillas se me aflojaron.

Respiré hondo para recomponerme. «Todo va a salir bien. A esta niña no le va a pasar nada».

—Tranquila. —Le froté el brazo e intenté sonreír—. Vamos a llegar al hospital. ¿Qué necesitamos coger?

—Martín preparó una bolsa… Está en el armario —dijo con voz temblorosa.

—Perfecto, voy enseguida a por ella.

La tomé de la cintura y caminamos poco a poco hacia el pasillo, donde se quedó apoyada en la pared. Corrí hacia mi antigua habitación.

—¡Es una gris, creo que está debajo de las camisas! —me gritó—. ¡Y coge un abrigo, por favor! Todavía estoy en pijam…

No terminó la frase, porque soltó otro chillido de dolor. Supuse que había tenido una nueva contracción.

Localicé la bolsa y me la colgué del hombro. Pasé las perchas deprisa; me sentía muy extraña rebuscando entre su ropa, justo en el mismo sitio donde antes estaba la mía. Encontré un abrigo negro bastante largo y lo agarré.

—¡Ya estoy! —Volví corriendo junto a Gloria, que se doblaba del dolor, y le puse el abrigo por encima—. Apóyate en mí.

Avanzamos lentamente hasta la puerta. Acabábamos de salir al rellano cuando llamó Martín.

—Estoy con ella. —Intenté sujetar al mismo tiempo a Gloria, su bolsa, mi bolso y el móvil —. Nos vamos al hospital, parece que se ha puesto de parto. —Entramos en el ascensor y pulsé

el botón con el codo—. No te preocupes, te iré contando. ¿Dónde estás?

—En la estación de Atocha. Me dicen que no hay plazas libres en ningún tren hasta casi las diez de la noche, porque es el puente de la Constitución. —Martín resopló, muy nervioso—. Creo que voy a alquilar un coche y…

—Ni se te ocurra venir conduciendo —lo corté. Ayudé a Gloria a salir del ascensor—. Intenta cambiar el billete, o encuentra algún taxi que te quiera traer hasta aquí.

—Sí, es verdad; un taxi, mucho mejor. Voy a buscar uno. —Supuse que había echado a correr, porque su respiración se aceleró—. Por favor, dile que llegaré lo antes posible y que siento muchísimo no estar allí con ella.

—Tranquilo, ahora se lo digo. —Colgué, porque teníamos que subirnos a mi coche.

Lancé los bolsos en el asiento de atrás y abrí la puerta del copiloto. Ayudarla a entrar no fue tan difícil como me había imaginado: Gloria se puso de espaldas y se dejó caer. En cuanto metió los dos pies dentro, cerré la puerta y corrí hacia el asiento del conductor.

—Te voy a dejar la tapicería hecha una mierda —se disculpó.

—Es igual —contesté, poniéndome el cinturón, porque era lo que menos me preocupaba en ese momento. Solo quería llegar al hospital cuanto antes.

Metí la llave en el contacto, respiré hondo y arranqué el motor.

No debimos de tardar más de cinco minutos en recorrer el trayecto, pero fueron los más largos de mi vida. Cada vez que Gloria soltaba un grito, yo me tensaba y apretaba los dientes. Casi podía sentir su dolor. En cada contracción, me estrujaba el brazo con una fuerza sobrehumana. No quería ni imaginar lo que estaría sufriendo.

Según paramos en la puerta de Urgencias, llegaron dos auxiliares con una silla de ruedas y la ayudaron a salir. Di gracias por no haber tenido que hacerlo yo sola.

—Está de parto, vamos a llevarla a boxes —le dijo una a la otra, y luego se giró hacia mí—. ¿Rellena usted la hoja de ingreso? Y tiene que retirar el vehículo.

—Sí, aparco y vuelvo enseguida —le dije a Gloria, que se agarraba a mi mano.

—Blanca, no me dejes sola, por favor —suplicó, aterrada.

—No tardo nada. —Le apreté la mano y me fui deprisa a aparcar.

Al llegar al mostrador, cuando me preguntaron el nombre, me di cuenta de que no me sabía ninguno de los apellidos de Gloria. Apoyé la bolsa de maternidad en el suelo y me agaché a rebuscar en los bolsillos exteriores, rezando para que Martín hubiera metido algún tipo de documentación. Por suerte, en uno de ellos estaba su DNI.

Tras entregárselo a la recepcionista, lo llamé para decirle que ya estábamos en el hospital.

—Gracias, Blanca… —Lo escuché suspirar con alivio—. Estoy en un taxi, saliendo de Madrid. Espero estar allí en unas cuatro horas. Por favor, llámame para lo que sea.

Le aseguré que lo mantendría informado y me despedí.

En cuanto me devolvieron el carnet, me fui directa a la puerta por la que había visto que metían a Gloria. Un enfermero me cortó el paso.

—Aquí no se puede pasar.

—Vengo a acompañar a la chica que está a punto de parir. —Le enseñé su DNI, que todavía llevaba en la mano.

—Solo familiares directos. —Señaló una de las sillas de la sala de espera—. Puede sentarse allí.

—No, por favor, tengo que estar con ella —insistí—. Su marido está de camino, pero va a tardar unas horas, y ella está muy asustada.

—Cuando venga su marido, podrá acompañarla él. Mientras tanto, siéntese allí. —Me tomó

del codo y volvió a señalarme el asiento libre.

—No, no lo entiende. —Dejé los bolsos en el suelo y junté las manos, a modo de súplica—. Tengo que pasar con ella. Necesito saber que está…

—¿Usted no es Blanca Suárez, la actriz? —Una de las auxiliares que había ayudado a Gloria a bajar del coche salió por aquella puerta y me reconoció.

—Sí, soy yo —asentí, esperanzada.

La chica miró al enfermero e inclinó la cabeza hacia un lado, como pidiéndole el favor. Él la miró unos segundos, hasta que, al final, dejó escapar un gruñido.

—Bueno, por esta vez, haremos una excepción.

—Te debo una caña. —La chica le guiñó un ojo antes de dirigirse hacia mí—. Acompáñeme, le acaban de poner la vía. —Recogí las cosas del suelo y la seguí al interior—. Como ya ha dilatado bastante, la han llevado directamente a la sala de partos.

—¿El bebé está bien? —le pregunté, preocupada.

—Sí, va a nacer un poco antes de tiempo, pero está dentro de la normalidad —me explicó—. Si tiene un peso adecuado y no hay ninguna complicación, ni siquiera será necesario que vaya a la incubadora.

Me llevó a un cuartito para que dejase las cosas y me pasó una bata y unas calzas para que me las colocase. Empecé a ponerme más nerviosa.

Cuando mis amigas hablaban sobre el nacimiento de sus hijas, parecía que contasen auténticas historias de terror. En especial, Sofía con el de sus gemelas, que había sido más complicado. Siempre que llegaba al momento de la incisión, tenía que pedirle que parara, porque me entraban sudores fríos solo de imaginarlo. Un escalofrío me subió por la espalda: estaba a punto de presenciar un parto y no había tenido nueve meses para prepararme.

Recorrimos el pasillo con rapidez y entramos en aquella sala. En cuanto me vio, Gloria me llamó desde la cama con un grito.

—¡Blanca! —Estiró los brazos y fui hacia ella—. Dicen que no pueden ponerme la epidural porque es demasiado tarde y el bebé está a punto de salir. Tengo mucho miedo. —Me cogió la mano—. Ojalá estuviera Martín.

—Ya está de camino, acabo de hablar con él. —Se la apreté con fuerza, intentando sonreírle —. Tranquila, yo me voy a quedar contigo hasta que llegue.

Gloria soltó otro grito. La matrona se dirigió a nosotras desde el otro lado de la cama.

—De acuerdo, ha llegado la hora de empujar.

Fueron unos veinte o treinta minutos muy angustiosos. Por nada del mundo me habría cambiado por ella. Por suerte, no hubo ninguna complicación ni necesidad de realizar incisiones ni demás maniobras terroríficas. Ocurrió de una manera natural, aunque no menos sobrecogedora.

Cuando pensaba que Gloria no podría aguantar más, la matrona le pidió que tomase aire y empujara con fuerza en la siguiente contracción. Ella obedeció y soltó un grito desgarrador…

Y, entonces, escuchamos el llanto. La matrona le colocó al bebé sobre el pecho y, al notar el contacto con la piel de su madre, dejó de llorar. Gloria la acarició muy despacio. Enseguida la cubrieron con una mantita.

Miré esa carita, que abría y cerraba los ojos, sin entender lo que pasaba a su alrededor. «Todo está bien, todo ha salido bien». Sentí cómo cada uno de mis músculos se relajaba.

La dejaron sobre su madre un par de minutos y enseguida se la llevaron para limpiarla y hacerle unas pruebas.

—Es preciosa, ¿verdad? —Gloria me miró.

—Es perfecta. —Asentí—. ¿Ya sabéis qué nombre le vais a poner?

—Pues habíamos elegido uno, pero me parece que acabo de cambiar de idea.

Cuando llegó Martín, yo tenía en brazos a la niña. Se había quedado dormidita después de que Gloria le diera de mamar. Me parecía tan pequeña y vulnerable que me había dado mucho miedo cogerla, por si la dañaba sin querer. La matrona me había tranquilizado, enseñándome cómo sujetarla.

Se abrió la puerta de la habitación y alcé la mirada. Me lo encontré de frente, inmóvil, diría que incluso sin respirar. Dejó la maleta a un lado y avanzó despacio.

—Hola —susurré, porque no quería despertarla.

—Hola —me contestó Martín, en el mismo tono de voz.

Se acercó a su hija y acarició su manita con un dedo, muy suavemente. En un reflejo instintivo, ella se lo agarró. Me miró a los ojos, asombrado.

Y en ese instante, apareció en su cara la sonrisa más grande que le había visto jamás. Una que le llenaba la cara de una alegría inmensa. Le sonreían los ojos, que brillaban emocionados, a la vez que unas pequeñas arruguitas se le formaban alrededor.

—¿Martín? —lo llamó Gloria desde la cama.

Retiró su dedo con mucho cuidado, le besó la manita y se fue con su mujer.

—Hola, chula.

La saludó con un beso y le preguntó cómo se encontraba, si había sido muy duro, si todo había ido bien. Se lamentó por haberse marchado a Madrid y haberla dejado sola.

—No te preocupes. Blanca ha estado conmigo. —Gloria señaló con la cabeza en mi dirección —. ¿Has visto a la niña?

—Es una preciosidad… —asintió—. No sé si voy a saber cogerla.

—A mí me lo han tenido que explicar —le dije mientras me acercaba—, pero no es tan difícil como parece, solo tienes que sujetarle bien la cabeza. —Extendió los brazos y le pasé con mucho cuidado el bebé—. Vamos con papá, Blanca.

—¿Blanca? —preguntó, extrañado.

Gloria le acarició el brazo.

—Después de esta tarde, he pensado que deberíamos llamarla así. ¿Te gusta la idea?

—Me encanta. —Martín volvió a sonreír. Se sentó en la cama, sin dejar de mirar a su hija, y susurró—: Hola, Blanca.

Me quedé embobada. Durante unos segundos, imaginé que esa nenita que tenía en los brazos era nuestra y me invadió una sensación de felicidad.

«¿No quieres que tengamos niños, preciosa? —la voz del Martín adolescente resonó en mi cabeza—. Uno, por lo menos. Una niñita rubia que se llame como tú». Noté otra vez aquel pinchacito de nostalgia, porque echaba terriblemente de menos algo que jamás había pasado.

«Podría haber ocurrido si no te hubieras empeñado en que estuvieran juntos como en la otra dimensión», dijo mi vocecita interna.

«Todo está donde tiene que estar», respondí, intentando convencerme de que era lo mejor. Los había visto a los tres en la librería, siempre había tenido que ser así. Sin embargo, aun conociendo el futuro, no estaba preparada para que Martín se convirtiera en padre delante de mis ojos.

Se me formó un nudo en la garganta. Sonreí para disimularlo.

—Bueno, es tarde, os dejo solos. —Recogí mi bolso y me di media vuelta para irme.

—¡Espera, Blanca! —Con cuidado, colocó a la niña sobre el pecho de su madre y avanzó en

mi dirección—. Gracias, preciosa —susurró al rodearme con sus brazos—. Gracias por no dejar que les pasara nada.

Me apretó contra su cuerpo. Cerré los ojos, mordiéndome el labio. Después de la tensión de esa tarde, me habría encantado abandonarme en ese abrazo, pero lo único que quería era salir de allí. Escapar lejos de aquella habitación. Necesitaba tumbarme en mi cama y llorar, llorar hasta que me quedase dormida.

Al separarnos, solo pude asentir. Forcé una última sonrisa y me marché lo más rápido que pude.

CAPÍTULO 8
DESPACITO

Sábado, 16 de septiembre de 2017
BLANCA

Los siguientes cuatro años pasaron en un suspiro. El tiempo voló a una velocidad vertiginosa, como si estuviera decidido a batir algún récord. Entre trabajo y compromisos sociales, se sucedían los días, uno tras otro. Cuando me daba cuenta, se había esfumado una semana. Y después, otra. Y luego, un mes. Sin embargo, las noches en casa parecían haberse empezado a alargar, volviéndose interminables.

La mayoría las pasaba sola, ya fuera porque Jorge estaba de viaje o porque se encerraba en su estudio para acabar algún proyecto en el ordenador. Poco a poco, habíamos dejado de enviarnos mensajitos a todas horas. Los dos estábamos muy ocupados durante el día y, si coincidíamos para cenar, en vez de tener muchas cosas que contarnos sucedía justo lo contrario.

A la hora de dormir, caía agotada en la cama, sin ganas de nada más. Y, al apagar la luz, en mi mente resonaba la pregunta de Martín: «¿Era esto lo que esperabas cuando viajaste en el tiempo?».

Aunque entonces le había respondido que sí, ya no estaba tan segura. Tenía la sensación de que me estaba perdiendo mi vida. En Madrid, me encontraba lejos de mi familia y de mis amigos, y cada vez los echaba más de menos. Resultaba irónico que me sintiera atrapada en una ciudad inmensa.

En cuanto tenía ocasión, tomaba un tren y me escapaba a Alicante. Me había prometido abrazar a mis abuelos todas las veces que pudiera y, cada año, las visitas se hicieron más y más frecuentes. Las últimas fueron en el hospital, para despedirme de ellos. A pesar de mis desesperados intentos por estirar los minutos, me dejaron, uno tras otro, en las mismas fechas en que los había perdido en la otra dimensión. Y me dolió horrores, quizá incluso más que la primera vez, porque ya sabía lo que era vivir sin tenerlos.

Los primeros años, Jorge me había acompañado en cada viaje, pero, de forma paulatina, había dejado de ir. Siempre encontraba una excusa, a pesar de que jamás le cuestionaba sus motivos. Si alguien me preguntaba por él, me limitaba a responder con un «Está trabajando» y, la mayoría de las veces, era verdad.

—¿A nombre de quién tenían la reserva?

—Jorge Cruz.

—Aquí está, acompáñenme, por favor. —La *maître* tomó dos cartas y nos hizo un gesto con la mano.

La seguimos a través del restaurante hacia las mesas del fondo. En el camino, capté las miradas de algunos comensales, acompañadas del murmullo que evidenciaba que hablaban de mí. No me resultaba nuevo: en los últimos años me ocurría con demasiada frecuencia.

Mi carrera profesional no podía ir mejor. Llevaba cuatro temporadas protagonizando la misma serie, junto con otras dos actrices de mi edad. Había sido un exitazo desde su estreno, porque la gente se identificaba con las vidas imperfectas de esas tres amigas treintañeras. Yo, la primera: cada vez que leía el guion, no podía evitar acordarme de Vega y Sofía.

Mi personaje era una abogada con una gran trayectoria profesional, casada con un hombre maravilloso, que no conseguía quedarse embarazada aunque lo intentase por todos los medios. Estaba obsesionada. Lo sufría como un fracaso personal, como si tuviera alguna especie de tara, y esa situación terminaba afectando a los demás ámbitos de su vida.

Salvando las distancias, la comprendía bien. A pesar de que, en mi caso, no tener hijos era una decisión propia, a mis treinta y ocho años yo también sentía la presión social. Comenzaba en casa, con mi marido, y continuaba con los demás. El «¿Vosotros para cuándo?» se había convertido hasta en una cuestión mediática: cada vez que Jorge y yo asistíamos juntos a algún estreno, la preguntita de marras no se hacía de esperar.

Al principio, el rodaje se había convertido en mi mejor pretexto. No habría sido lógico quedarme embarazada si mi personaje era incapaz. Tras la segunda temporada tuvimos que hacer un parón, y me quedé sin argumentos.

—Dime claramente que no quieres tener hijos —me había soltado Jorge una noche después de cenar—. Puedo hacerme a la idea, pero necesito que seas sincera conmigo. No entiendo que sigas dándome largas cuando es obvio que no tienes ninguna intención.

Había tenido que admitir que ser madre ya no entraba dentro de mis planes. Hacía tiempo que lo veía muy claro, pero era incapaz de decírselo, porque me daba miedo que afectase a nuestra relación. A mi marido le costó unas semanas asimilarlo y, aunque al final me dijo que lo aceptaba, no logró disimular que estaba decepcionado.

Desde entonces, me sentía tan culpable que había priorizado cualquier otro deseo de Jorge sobre los míos, por pequeño que fuera. Para no perderlo a él, me había perdido yo.

—Aquí está su mesa, bienvenidos —dijo la *maître*.

—Muchas gracias —sonreí antes de que se retirase.

Sentado frente a nosotros, nos esperaba Álvaro, que enseguida se levantó a saludar.

—Hola, Blanca, estás guapísima…, ¡para variar!

Me reí mientras me quitaba la chaqueta y la dejaba en el respaldo de la silla. Siguiendo las tendencias, me había vestido con unos pantalones pitillo y una camisa blanca debajo de un corsé de cuero negro. Estábamos en el típico restaurante moderno de postureo, con música en vivo, donde la gente no iba precisamente a comer. Seguro que, antes de terminar la cena, ya me habrían etiquetado en tres o cuatro fotos.

Tomé asiento y desdoblé la servilleta. Con disimulo, contuve un bostezo. Esa semana habíamos empezado a rodar la última temporada de la serie y estaba agotada. Habría preferido que nos quedásemos en casa viendo una película y cenando pizza en el sofá, pero Jorge tenía la reserva hecha desde hacía más de un mes y no era plan de cancelarla. Además, esa noche, Álvaro nos iba a presentar a su nueva novia.

Llegó el camarero y nos preguntó qué deseábamos beber. Pedimos unas cervezas.

—Y retire un cubierto, por favor —le dijo Álvaro—, vamos a ser solo tres.

—¿No venías con tu chica? —le preguntó mi marido sentándose junto a mí.

—Hemos roto. No me duran nada, las mujeres. —Álvaro se encogió de hombros—. Por cierto, ¿habéis visto lo del referéndum?

Después de quince minutos de charla sobre la situación política en Cataluña, empezaron a hablar de trabajo y desconecté. Al inicio de nuestra relación, conversar de tecnología con Jorge era muy divertido. Podía seguirle el ritmo con los últimos avances porque ya los había vivido en la otra dimensión. Sin embargo, en algún punto de los últimos dos años, había perdido el hilo. Me costaba comprender los algoritmos de la inteligencia artificial que tanto le apasionaban.

Acababan de traernos el plato principal, cuando el bolso me vibró contra el muslo. Saqué el móvil para ver quién era.

MARTÍN

Tengo una duda vital: si fueras una viajera del tiempo que acaba de llegar al año 2235, ¿qué es lo primero que harías en el futuro?

YO

Depende. ¿Hay Starbucks?

MARTÍN

Uno en cada esquina. Hay cosas que no cambiarán jamás.

Me mandó unos emojis mirando hacia arriba.

YO

¿Estás escribiendo?

MARTÍN

Definiendo las tramas de la próxima novela, pero lo que se me ocurre es una mierda.

Además, tengo una visita en mi despacho que acaba de ponerse a roncar.

Me envió una foto: encogida sobre el sillón orejero, su hija dormía con la boca abierta. La había tapado con una mantita de la que sobresalían un par de peluches.

Sonreí. Quería muchísimo a las niñas de todos mis amigos, pero Blanca era mi debilidad. Cada año que pasaba, me recordaba más a Martín. No solo tenía sus ojos, también sonreía de esa manera especial. Y era tan cariñosa como su padre: cada vez que me veía, me abrazaba como si nunca más quisiera soltarme.

YO

A mí me parece monísima.

MARTÍN

Eso es porque en la foto no se escuchan los ronquidos.

En serio, no imaginaba que una niña de tres años pudiera respirar como un rinoceronte que acaba de correr un maratón.

Me reí. Antes de que pudiera contestar, recibí otro mensaje.

MARTÍN

¿Qué tal tu noche?

«Aburrida como una ostra, en un restaurante sobrevalorado, mientras mi marido pasa completamente de mí», respondí en mi cabeza

YO

Cenando en un sitio muy chulo con Jorge y Álvaro.

Nos lo estamos pasando genial.

MARTÍN

Qué bien vives.

Gloria ha salido con los del curro y yo me he quedado con Blanca. Hemos visto una peli y cenado una pizza en el sofá.

En fin, nada glamuroso para la superestrella de cine.

Le respondí unos cuantos emojis de risas, aunque mi cara no mostraba ningún tipo de expresión.

MARTÍN

No te entretengo más.

Pasadlo muy bien. Dales recuerdos a los dos.

Me despedí de Martín y volví a guardar el móvil en el bolso. Mi marido seguía inmerso en su conversación, así que me dediqué a pasear la mirada por el local. Sobre una pequeña tarima, que hacía las veces de escenario, un par de músicos preparaban sus instrumentos. Debía estar a punto de comenzar la actuación.

Me fijé en una mujer morena y guapísima, que venía directa hacia nuestra mesa. Supuse que me habría reconocido y querría pedirme una foto. Sonreí con cordialidad. Al darme cuenta de quién era, la sonrisa se me congeló en la cara.

—¿Jorge? —preguntó al llegar a nuestra altura.

Mi marido interrumpió la charla y alzó la cabeza. Habían pasado casi diez años, pero también la reconoció al instante.

—¡Marta! —Sorprendido, se levantó para abrazar a su ex—. ¿Qué haces aquí? Pensaba que te habías ido a París después de…

Dejó la frase en el aire y entendí que se refería a su ruptura. Marta le dio dos besos a Álvaro, que se había puesto en pie, y se atusó la melena.

—Sí, viví mucho tiempo allí —se giró de nuevo hacia Jorge—, pero la farmacéutica en la que trabajo abrió una oficina en España el año pasado y solicité el traslado. Llevo en Madrid desde finales de enero.

—Vaya, ¡qué casualidad! —dijo Álvaro—. Estamos preparando un nuevo proyecto y necesitábamos contactar con una multinacional de farmacia.

—Precisamente lo comentábamos ahora mismo —confirmó Jorge.

—¡No me digas! —Marta rebuscó en su bolso de mano y sacó una tarjeta de visita. Se la entregó a mi marido—. Llamadme para lo que necesitéis. Seguro que mi empresa está encantada de colaborar.

—Cuenta con ello —dijo Álvaro.

—Y, ahora, si me disculpáis, voy al servicio. —Señaló con el bolso hacia los lavabos.

—Me alegro de verte —se despidió Jorge.

—Yo también —sonrió ella.

Nos dijo adiós con la mano y forcé una sonrisa. Mi marido la siguió con la mirada y guardó su tarjeta en la cartera.

—Qué pequeño es el mundo… —comentó al sentarse.

—Un pañuelo —contesté, removiéndome en mi asiento.

Hacía muchos años que no pensaba en Marta, pero, al verla, había sentido una punzadita de celos. Todavía me dolía aquella vez en la que Jorge me había dejado para volver con ella, pocas semanas después de habernos reencontrado en La Posada.

Miré a mi marido, que conversaba de nuevo con Álvaro, y coloqué una mano en su pierna. Los años habían pasado también para él, pero, a pesar de sus canas, lo veía igual que entonces. Como si en mi mente el reloj se hubiera detenido. Jorge la acarició, distraído, mientras explicaba algunas cuestiones sobre la recopilación de datos de salud.

«No puedes sentirte mal porque se encuentre con su ex. No hace ni diez minutos estabas chateando con Martín». Fruncí los labios y traté de desterrar de mi cabeza esa sensación.

Álvaro debió captar mi malestar, porque soltó enseguida:

—Creo que es hora de cambiar de tema, estamos aburriendo a tu mujer. —Se giró hacia mí —. ¿Qué tal va el rodaje, Blanca? ¿Habéis empezado ya?

No me dio tiempo a contestar. La cantante subió al escenario y las luces de la sala redujeron su intensidad poco a poco. Cuando la guitarra tocó los primeros acordes de *Despacito*, el corazón se me aceleró.

Sonaba por todas partes, pero aún no me había acostumbrado a tararear en público aquella canción. Tenía la impresión de que la gente descubriría mi secreto, como si, de algún modo, los que me rodeaban pudiesen entender la relación de Luis Fonsi con mi viaje en el tiempo.

Además, esa melodía me recordaba que nos acercábamos sin remedio a la noche de la tormenta. Solo faltaban dos años para que alcanzásemos 2019, y ninguna teníamos ni idea de lo que nos ocurriría la mañana de después.

Había sido Vega quien, tras escuchar *Despacito* por primera vez en la radio, nos lo había planteado en un audio de cinco minutos que envió a nuestro chat de WhatsApp. Luego, en otro de sus habituales arranques, decidió cambiarle el nombre al grupo por *El milenarismo va a llegarrrr*.

—*Pasito a pasito, suave suavecito…*

Sonreí, moviendo los hombros al compás de la canción. Estaba a punto de sacar el teléfono y

grabar un vídeo para mis amigas, cuando Jorge resopló con hartazgo:

—Estoy hasta las narices de la cancioncita.

Me callé de inmediato. Crucé la mirada con Álvaro y me eché hacia atrás en la silla. Mi marido comentó algo sobre el proyecto y retomaron la conversación.

El resto de la noche me entretuve observando a la gente, que se divertía a nuestro alrededor.

CAPÍTULO 9
CLAVADITA A MÍ

Sábado, 16 de septiembre de 2017
MARTÍN

Mi hija sonaba como una vieja moto que trataba de arrancar a cámara lenta. Imposible trabajar así. Llevaba más de dos horas queriendo hilar una sola frase con sentido, pero cada vez que me venía la inspiración, un nuevo estertor se unía a la orquesta.

Intenté concentrarme en la música que sonaba bajito por mis auriculares: Prince cantaba *Purple Rain*, y la nena le hacía los coros añadiendo el retumbar de los truenos. En cualquier instante, en mi despacho empezaría a llover.

Me quité los cascos. Tras un estruendoso ronquido, Blanca gruñó un par de veces, como si el motor se hubiera gripado. Sin pretenderlo, me acordé de mi vieja Rieju. Y de la pena que me dio llevarla al desguace cuando dejó de funcionar. Abandoné el Word con el borrador abierto y me metí en un portal de moteros, dispuesto a procrastinar un rato.

Quería comprarme otra moto desde hacía años, pero, al nacer mi hija, ese deseo había pasado al final de mi lista de prioridades. En aquel entonces, cualquier asunto giraba en torno al bebé. Me habían avisado de lo mucho que cambiaba tu vida. Hasta que no me ocurrió, no fui consciente de que tenían razón.

Durante los primeros meses, me fue imposible escribir. Blanca lloraba todo el día y también toda la noche. Nada más se calmaba si la cogíamos en brazos. Mi mujer y yo nos turnábamos para cuidarla, pero en mis ratos libres solo pensaba en dormir. Era incapaz de concentrarme en otra cosa. Estaba bloqueado. Las únicas ideas que se me ocurrían eran de padres primerizos que descansaban durante una noche entera. Eso sí que era ciencia ficción.

Tras la baja de maternidad, Gloria se incorporó a su puesto y yo me quedé a cargo del bebé. Adapté mis rutinas a las suyas y mi proceso creativo se aletargó. Ese año, le propuse a mi editor que sacásemos un libro de relatos. Tiré de las historias que había escrito de adolescente y que Blanca leía tumbada en mi cama. Necesitaron una buena revisión, pero conseguimos salvar las ventas.

Cuando la niña empezó a dormir la noche entera, mis neuronas volvieron a funcionar. Escribí, casi del tirón, una bilogía distópica sobre una sociedad gobernada por una inteligencia artificial. Fue un superéxito y la editorial empezó a promocionarme como uno de sus autores estrella. A nivel profesional, me iba bastante bien. Sin embargo, con Gloria, las cosas volvieron a

enrarecerse.

Todos los planes que habíamos hecho unos años antes parecían haberse esfumado. Ni rastro de esa ilusión por exponer sus cuadros o por viajar a Italia, a pesar de que se lo propuse en varias ocasiones. Argumentaba que, con el trabajo y la niña, no tenía tiempo para nada más. Lo que sí retomó fueron las salidas nocturnas con sus amigos de la empresa. Y terminamos por distanciarnos otra vez.

Mi hija soltó un ronquido tan fuerte que me hizo dar un respingo. Abrí la cámara en el móvil y la grabé. Estuve tentado de enviarle el vídeo a Blanca, pero me había dicho que estaba cenando fuera y no quería molestarla.

Se lo mandé a mi hermano.

ROBER

Tú roncabas igual.

YO

Ni de coña.

ROBER

Pregúntale a mamá.

Cuando estabas constipado, parecías un oso con congestión nasal.

Da gracias de que en los ochenta no teníamos videocámara, que, si no, te enseñaría las pruebas.

YO

Doy gracias.

Ya tengo suficiente con las fotos.

ROBER

Pues mañana, prepárate, ha encontrado dos álbumes más.

Resoplé. Mi madre no paraba de repetir que mi hija era igual que yo cuando tenía su edad. Cada vez que comíamos con ellos, sacaba una nueva selección de fotos para demostrarlo. Al principio era gracioso. Pero, las últimas veces, Gloria ya se había empezado a mosquear.

—Algo mío tendrá… Vamos, digo yo —le había soltado el último domingo que habíamos estado en su casa.

—Bueno, del carácter, alguna cosa, pero no me dirás que en esta no son clavaditos… —le había respondido mi madre, señalando una en la que mi hermano y yo posábamos en la playa.

Gloria se había mordido la lengua para no discutir, pero a mí me había tocado aguantarla de morros durante el trayecto a casa. Supuse que al día siguiente volveríamos a tener movida.

YO

¿No salís hoy?

ROBER

A Eloy le duele la garganta.

Yo estoy leyendo el guion que me ha pasado Blanca para darle unas indicaciones.

Desde que interpretaba a una abogada en esa serie, mi hermano y ella hablaban muy a menudo. Siempre se habían llevado muy bien, pero esos últimos años tenían más confianza. Incluso se lo había llevado de acompañante a una entrega de premios en los que había estado nominada y a la que Jorge no pudo asistir. A decir verdad, mi hermano me daba un poco de envidia.

YO

Voy a ver si escribo algo.

ROBER

Ánimo, chaval.

Nos vemos mañana.

Volví al borrador. Había escrito unas diez páginas, pero la trama no me acababa de convencer. Me presionaba mucho con esta nueva novela, después de las malas críticas de la anterior, que se había publicado hacía poco.

Tras el éxito de la bilogía, la editorial quiso aprovechar el tirón y me pidió que escribiera una tercera parte. Les repetí varias veces que no podía continuar una historia en la que las máquinas habían aniquilado a los humanos. No lo quisieron entender.

—Invéntate que hay un grupo de supervivientes escondido en algún lugar —había insistido mi nuevo editor—. Una especie de resistencia que lucha por recuperar el control del planeta. Tú sabrás cómo hacerlo.

Le había contestado con un bufido. Mi antiguo editor nunca me lo habría propuesto. Era un señor mayor, fanático de Asimov, que siempre confiaba en mí. Desde que se había jubilado, su sustituto y yo no acabábamos de congeniar.

Al final, había cedido y sacamos esa continuación. No podía arrepentirme más. Solo leía reseñas negativas por todas partes. Necesitaba una buena historia para compensarlo.

Apunté un par de ideas en una libreta y seguí mirando motos en internet.

Me gustaban las de estética retro, como la Ducati Icon o la Harley Deluxe. La BWM que había visto era una pasada, pero Gloria me iba a decir que dónde iba tan flipado. Comparé durante mucho rato las otras dos opciones y, aunque la Harley era mítica, me parecía la clásica moto de la crisis de los cuarenta.

Cuando volví a mirar la hora, eran casi las dos de la mañana. Apagué el portátil y cogí a mi hija en brazos.

—Vamos a la cama, princesa —le susurré. Se agarró a mí como un monito.

La llevé dormida a su cuarto y enfilé el pasillo a oscuras hacia mi habitación.

CAPÍTULO 10
LA TEORÍA DE ROY

Jueves, 30 de noviembre de 2017
BLANCA

—¿Te importa si no voy contigo a lo de esta noche? —Jorge se asomó a la puerta del baño—. No puedo con mi alma.

Lo miré a través del espejo. Una conocida marca de *champagne* daba una fiesta navideña en uno de los hoteles más lujosos de Madrid, y yo se lo había recordado durante la semana para que no se le olvidase. Era un evento exclusivo, a Elia le había costado mucho conseguir dos invitaciones para nosotros.

No contesté. Me incliné hacia adelante para aplicarme una segunda capa de rímel. A pesar de que esa mañana le había pedido que saliera pronto del trabajo, no hacía ni diez minutos que Jorge había llegado a casa y aún estaba sin duchar. Parecía que lo hubiera hecho a propósito.

—Lo siento, Blanca —continuó, acercándose a mi espalda—. Hoy ha sido un día muy intenso y estoy agotado.

—Bien. Quédate entonces. —Metí el cepillo en el envase y lo cerré—. No me importa.

Besó mi hombro, que quedaba al descubierto con aquel mono de lentejuelas negras con cuello *halter*. Me observó con atención, como si intentase adivinar cuánto me había enfadado.

—Estás guapísima, cielo. Seguro que lo pasas muy bien.

Forcé una sonrisa. Jorge me acarició la cintura y salió enseguida del baño, antes de que me diera tiempo a cambiar de idea. Lo escuché bajar las escaleras y conectar la tele en el salón. Me subieron, de golpe, muchas ganas de llorar. Miré al techo e inspiré hondo, con los ojos muy abiertos, para evitar que esa lágrima cayese y tuviera que volver a maquillarme.

Sí que me importaba que no viniera conmigo a la fiesta, bastante, a decir verdad. De los más de diez eventos a los que había asistido ese año, mi marido solo me había acompañado a dos. A los demás, había tenido que ir completamente sola. Siempre pasaba lo mismo: me avisaba con tan poco margen que no me daba tiempo a invitar a otra persona. Yo sabía que ese no era su mundo, pero me habría encantado que se involucrase un poco más, de la misma manera que yo hacía con el suyo.

Guardé el rímel en el neceser y saqué el pintalabios para retocarme. Jorge estaba absorto en sus proyectos. No era solo que esa noche estuviera cansado y sin ánimo para ir de fiesta; la mayor parte de los días ni siquiera llegaba a tiempo para la cena. Pensaba que, tras haberse ido a

Connecticut en esta dimensión, nuestra relación sería más fácil, pero todo seguía igual. Por fuera, parecía diferente; en esencia, no había cambiado nada.

Hacía meses que no me sorprendía un domingo por la mañana trayéndome a la cama uno de sus cafés. También habíamos dejado de acostarnos. Las situaciones se repetían sin que pudiera hacer nada por evitarlo y, esa segunda vez, era mucho más consciente de hacia dónde nos llevaba esa inercia. Era como volver a ver tu película favorita deseando que cambiase el final: yo estaba segura de que en nuestra tabla cabíamos los dos, pero Jorge no se daba cuenta y eso me tenía cada vez más frustrada.

Mi móvil vibró sobre el lavabo. «Será Elia con los datos del conductor que viene a recogerme». Eran varios mensajes del grupo de WhatsApp que compartía con mis amigas, al que Vega había vuelto a cambiar el nombre por *Mucho vino y pocas nueces*.

SOFÍA
¿Ya estáis listos para el fiestorro?

VEGA
Me dais mucha envidia, cabrones. Yo tengo a la niña mala, vomitando otra vez.

SOFÍA
Las mías también, y creo que estoy a punto de caer con ellas.

VEGA
Somos las amigas madres que no tienen una mierda de glamur.
Por cierto, Blanqui, he leído que Hugo Silva también va a esa fiesta.
¡Dadle recuerdos de mi parte, por favor!

SOFÍA
¡Y mándanos fotos, que queremos veros!

YO
Voy sola, Jorge no puede venir.

Me llegó un mensaje privado de Sofía, en el que me preguntaba qué había ocurrido esa vez. Le contesté con un escueto: «Lo de siempre». Mi amiga no tardó en contestar.

SOFÍA
Blanca, no puedes seguir así.

No me apetecía tener esa conversación. Mucho menos en ese momento, porque terminaría rompiendo a llorar. Le escribí que iba con prisa y que hablaríamos al día siguiente. Me retoqué los labios y recibí un mensaje del conductor, que me avisó de que llegaría en dos minutos.

Cerré los ojos y me rocié la cara con el fijador. Le dije adiós a Jorge mientras bajaba corriendo las escaleras.

—¡Disfruta, cielo! —me gritó desde el sofá, sin apartar la vista de la tele.

Ni siquiera nos dimos un beso de despedida.

Sofía tenía razón, no podíamos seguir así. Tarde o temprano, esa situación volvería a llevarnos al mismo punto. Ese en el que no quería pensar.

Bajé del coche enfrente del hotel donde se celebraba la fiesta y busqué con la mirada a mi representante. Había bastante gente, la mayoría curiosos que se arremolinaban tras las vallas, a ambos lados de la entrada, aguardando para hacerse una foto con algún famoso. Un par de chicas gritaron mi nombre y me giré a saludarlas con la mano. Elia debió verme entonces, porque enseguida se reunió conmigo.

—¿Y tu marido? —preguntó, extrañada, al percatarse de que había llegado sola.

Me limité a encogerme de hombros como respuesta. Elia arrugó la nariz. Me frotó la espalda y me acompañó al *photocall*.

Posé con la mejor de mis sonrisas, contesté unas cuantas preguntas sobre quién había diseñado la ropa y las joyas que llevaba puestas, y mandé un mensaje navideño para los seguidores de sus redes sociales. Hice todo el paripé. Por dentro, no dejaba de pensar en Jorge. Teníamos una historia de amor muy bonita, con un viaje en el tiempo incluido, que nos había dado la oportunidad de volver a empezar. A lo mejor solo estábamos pasando por un bache. Me resistía a creer que nuestra relación volviera a fracasar.

Al terminar el último posado, me reencontré con Elia al final de la alfombra. Parecía haberme leído la mente, porque me pasó un brazo por los hombros y me susurró:

—Vamos dentro, Blanca. Creo que necesitas una copa de *champagne*.

Recorrimos un largo pasillo de paredes de espejo, cubiertas de miles de lucecitas blancas, mientras sonaba *Diamonds*, de Rihanna. El efecto era espectacular, como si estuviéramos atravesando una lluvia de estrellas. Al fondo, un pesado cortinón de terciopelo negro que una azafata apartó hacia un lado para que pasáramos.

Hicimos nuestra entrada en el inmenso salón, decorado con paneles cobrizos y el logo de la marca. Las esferas luminosas, que reposaban en el suelo, irradiaban una luz cálida que se reflejaba en la cascada de gotas de metal y creaba una atmosfera brillante y lujosa.

Un camarero se acercó a nosotras y nos ofreció dos benjamines de *champagne* con una boquilla dorada. Brindé con Elia y levanté la vista al techo, oculto tras cientos de globos en colores negro y oro que simulaban unas gigantescas burbujas. En un rincón, una pila de copas de cristal de varios metros de altura esperaba su turno para el último brindis. Era una fiesta estupenda.

El recinto estaba abarrotado de caras conocidas que lucían sus mejores galas: actores, modelos, cantantes y un sinfín de *influencers* que buscaban, con sus teléfonos móviles, la imagen perfecta para publicar en su cuenta de Instagram.

Le escribí un mensaje a Vega por nuestro grupo de WhatsApp para explicarle que iba a ser complicado encontrarme con Hugo Silva entre tanta gente. Mi amiga me pidió que le mandase unas fotos del evento, porque estaba segura de que ella sí sería capaz de distinguirlo entre los demás.

Se las estaba enviando cuando escuché, detrás de mí, aquella voz tan familiar:

—¿Blan?

Supe al instante quién era, porque no había nadie más en el mundo que me llamara así. Le di

un buen trago a mi botellita de *champagne* antes de darme la vuelta.

Hacía casi siete años que no lo veía en persona —desde que me había ido de su caravana dando un portazo, en Los Ángeles—, pero el muy cabrón todavía estaba tremendo. Mucho mejor de lo que aparentaba en las revistas. Vestía un esmoquin negro bajo el que se adivinaba aquel cuerpazo, y lucía unas cuantas canas en las sienes, al estilo de George Clooney en *Ocean's Eleven*. Los casi cuarenta le habían sentado muy bien. Esa noche parecía haberme pillado con la guardia baja, porque incluso me alegré un poquito al verlo.

—Hola, Roy.

Me acerqué a darle dos besos para saludarlo. Él pasó un brazo por mi cintura y me pegó a su cuerpo.

—Joder, reina, estás impresionante —susurró en mi oído.

Sonreí. Por el rabillo del ojo distinguí unos cuantos *flashes*. Era cuestión de minutos que colgaran esas fotos en las redes. Me separé de inmediato, como si nos hubieran pillado haciendo algo inapropiado.

—¿Qué haces por Madrid? —le pregunté tras presentarle a Elia—. Hace poco leí que preparabas un nuevo proyecto en Los Ángeles.

—Precisamente he venido por eso… —Roy colocó la mano en mi espalda y se giró hacia mi repre—. ¿Te importa si te la robo un momentito?

Elia buscó mi mirada. Teníamos un código para que pudiese intervenir si yo no me encontraba a gusto con la situación. Moví la barbilla para indicarle que no había ningún problema.

—De acuerdo, pero espero que no se te ocurra sacarle otro anillo o algo parecido.

—Descuida. —Roy se rio—. Será solo una charla entre viejos amigos.

Elia me indicó que iba a la entrada a saludar a una compañera de profesión y que estaría pendiente del móvil. Asentí con la cabeza y me dejé guiar por Roy hacia el fondo del salón.

Nos sentamos en una zona con sofás que estaba menos concurrida. Dejé el bolso sobre la mesita dorada, frente a nosotros.

—A ver… —Roy se frotó las manos, como si no supiera por dónde empezar—. Estoy preparando un nuevo proyecto en Los Ángeles, pero en esta ocasión no voy a actuar, lo voy a dirigir.

—Vaya, enhorabuena. —Abrí los ojos, sorprendida, y di otro trago a mi benjamín.

—Gracias, Blan —sonrió—. Como te decía, ese es el motivo por el que estoy aquí esta noche… Bueno, no porque vaya a dirigir una película en Hollywood, sino porque me gustaría que tú la protagonizases.

Casi me atraganté con el *champagne*. Me tapé la boca con la mano y tragué despacio, aguantándome la tos.

—Antes de que digas nada —Roy hizo un gesto con la mano para pedirme que lo dejase continuar—, que sepas que he venido a este evento solo para hablar contigo. Sabía que, si intentaba llamarte, no me cogerías el teléfono. Y quiero que tú estés en esta película, cueste lo que cueste.

—¿Por qué yo? Ya te dije que no me debes nada.

—¡Joder, Blan! —protestó, indignado—. No lo hago porque me sienta en deuda contigo. Sugerir eso sería muy condescendiente por mi parte. —Levantó la vista al techo y resopló—. Voy a serte muy claro: hemos rodado juntos tantas películas que te conozco a la perfección. Sé cuándo estás estresada, si puedo intentar que repitas una vez más tus frases o cómo sacarte de tus bloqueos. Tú y yo nos entendíamos muy bien; a veces, bastaba con mirarnos. Para mí sería muy

fácil volver a trabajar contigo, tengo claro que lo ibas a pillar a la primera. —Se echó hacia atrás —. Créeme, reina, esto lo hago por puro egoísmo.

Enarqué una ceja antes de echarme a reír.

—Vale, eso tiene mucho más sentido. —Dejé mi botella vacía sobre la mesa—. Aun así, me sorprende tanto interés.

Roy me cogió las manos y se inclinó hacia mí.

—Eres perfecta para ese papel. —Me miró a los ojos—. Es un personaje maravilloso, una heroína. A la altura de la Erin Brockovich de Julia Roberts. Tú tienes mucho talento, y en España no hay papeles así para mujeres de más de treinta y cinco… Lo hemos hablado en más de una ocasión.

—¡Roy Gonzalo! —Una chica jovencita que tenía pinta de *influencer* chilló a nuestro lado y nos sobresaltó. Nos soltamos las manos—. ¿Podemos hacernos una foto juntos para mis redes?

—Eh, sí, claro. —Roy se frotó los ojos y se puso en pie para posar con ella.

El chico que la acompañaba tomó lo que me parecieron un millón de fotos desde todos los ángulos posibles. Estaba a punto de levantarme para ir a buscar otro benjamín cuando mi exmarido le dio un toquecito en el brazo, dando por finalizada la sesión.

—Y, ahora, si me disculpas, te tengo que dejar, que estamos hablando de algo muy importante —añadió con educación.

—Ha sido un enorme placer conocerte —le dijo ella—. Por cierto, yo también soy actriz, además de *influencer* y modelo. —Le hizo unas señas al chico, que sacó del bolsillo unas tarjetas y se las pasó—. Te voy a dejar mi contacto, por si necesitas sangre nueva.

—Gracias —contestó Roy.

La chica le dio dos besos muy efusivos y se despidió con un «Llámame» mientras le hacía el gesto con la mano.

En cuanto se alejó un poco, Roy se volvió a sentar a mi lado y partió la tarjeta en dos.

—¿Qué me dices, Blan? —preguntó, esperanzado.

—No lo sé, tengo que pensarlo —contesté. La idea de rodar en Hollywood me atraía muchísimo, pero no era una decisión que pudiera tomar a la ligera, menos durante una fiesta navideña—. Necesito más información… ¿Cuándo quieres empezar?

—Me gustaría rodarla el año que viene, o el siguiente como mucho. —Se acercó un poco más, para que no nos escucharan—. Ya sabes, antes de que llegue la pandemia y se pare todo.

—¿Qué pandemia? —pregunté, sin entender.

—El COVID —respondió, como si fuera una obviedad. Ante mi cara de desconcierto, añadió —: Blan, ¿tú en qué año viajaste?

—En 2019.

—Joder… Entonces no tienes ni idea de lo que va a pasar en febrero del año siguiente.

Negué con la cabeza, poniéndome nerviosa. Durante más de veinte años había vivido con relativa serenidad, adelantándome a los sucesos catastróficos que ocurrirían en el mundo. Quedaban dieciséis meses para regresar a la ignorancia, y eso del COVID parecía que iba a ser serio.

—Roy, Blanca, ¿os podemos hacer unas fotos para la revista? —nos interrumpió un chico trajeado, que llevaba colgada al cuello una acreditación de prensa.

Roy me pasó un brazo por la cintura y exhibió la mejor de sus sonrisas. Yo tragué saliva, intentando parecer calmada. En cuanto se marcharon, se acercó a mi oído y susurró.

—Creo que debería explicártelo en un sitio más tranquilo. —Miró alrededor antes de añadir —. ¿Vamos a mi casa?

—¿A tu casa? —Alcé las cejas.

—Está cerca, y aquí no podemos hablar. —Se encogió de hombros—. Si se te ocurre otro sitio mejor, me parece bien.

Dudé un momento, pero Roy tenía razón. En la fiesta nos iban a interrumpir de continuo y yo estaba muy interesada en saber qué ocurría en el futuro.

—Vale —contesté al final—. ¿Cómo lo hacemos? Si nos vamos juntos, se va a montar un buen follón.

—Ahí hay una salida trasera. —Señaló hacia una esquina, a una puerta con un cartel de «Privado» custodiada por un par de seguratas—. El de la izquierda es de mi equipo personal. Voy yo primero y lo aviso para que te deje pasar. Te espero en diez minutos en el coche.

Cuando se marchó, le mandé un mensaje a Elia para avisarle de que me iba con Roy, porque teníamos que hablar de un posible proyecto muy importante. Sabía que mi repre era discreta y que no me iba a juzgar. Enseguida me contestó:

ELIA

Avísame si necesitas cualquier cosa.

Guardé el teléfono en el bolso y me levanté a por otra botellita de *champagne*. Lo que estaba a punto de hacer era arriesgado, porque podía malinterpretarse y ya solo me faltaba añadir más tensiones a mi matrimonio. Estaba nerviosa, pero me podía más la curiosidad por aquello del COVID.

Esperé unos minutos antes de dirigirme a la salida que me había indicado Roy. En cuanto me vio, el segurata le hizo una seña a su compañero y me llevó por unos pasillos de servicio que desembocaban en una calle lateral. Pegado a la acera, nos esperaba un vehículo negro con los cristales tintados.

«Cruza los dedos para que sea de tu exmarido y no de una mafia chunga que quiera secuestrarte».

Se abrió la puerta trasera y el corazón se me puso a cien por hora.

—¡Vamos, reina! —lo escuché gritar desde el interior.

Y, sin pensármelo dos veces, me metí a toda prisa en el coche.

Veinte minutos después, estaba en nuestra antigua casa, sentada en el sofá, mientras Roy miraba por la ventana con disimulo. En algún punto del trayecto, el conductor había tenido la impresión de que nos seguían. No iba muy desencaminado. Cuando habíamos parado frente al portal, el otro coche había aparcado en la acera, unos metros más atrás.

—¿Crees que nos han visto entrar? —le pregunté, poniéndome en pie.

—Seguramente, pero no tienen la foto que buscan. —Señaló el vehículo, que seguía aparcado en el mismo lugar—. Si la tuviesen, no estarían esperando abajo.

Me aparté de la ventana, porque no quería correr el riesgo de que me descubrieran y se montara un escándalo. Pensé en mandarle un mensaje a Jorge, pero era casi la una y seguro que ya estaría dormido. Tampoco sabía qué excusa ponerle. Ya improvisaría al llegar a casa.

—Bueno, cuéntame que es eso del COVID —lo apremié, y volví a acomodarme en el sofá.

—Déjame que te sirva una copa primero, reina.

Durante más de dos horas, me estuvo explicando lo que me pareció una historia de terror. No era capaz de imaginar cómo un simple virus había detenido el mundo por completo. La

cuarentena, el Estado de alarma, las mascarillas, los casos que no dejaban de aumentar… Parecía ciencia ficción. Al terminar, estaba consternada.

—¿Encontraron… encontrarán una cura?

—No lo sé. —Roy frunció el ceño—. Cuando yo viajé, en el verano de 2022, estábamos vacunados y ya se podía hacer vida medio normal, aunque la pandemia aún no había terminado. A partir de entonces, no tengo muy claro lo que ocurrirá.

Miré al suelo. Nos quedamos en silencio. Roy aprovechó para levantarse a por la botella de *whisky*.

—¿Tú qué crees que pasará la noche de la tormenta? —dije al final.

—No tengo ni idea, reina. —Sonrió, sirviéndose otra copa—. A veces pienso que saltaremos a la otra realidad. O que nos despertaremos otra vez en el pasado.

Señaló mi vaso con la barbilla, para saber si quería que me lo rellenara. Se lo acerqué para indicarle que sí.

—¿Piensas que volveremos a viajar en el tiempo? —Bebí un sorbo de *whisky*.

—Supongo que dependerá de lo que hayamos aprendido en este viaje.

—¿Qué quieres decir?

—¿Sabes los sucesos que parecen condenados a repetirse por mucho que intentes evitarlo? —Enroscó el tapón y dejó la botella sobre la mesa—. Es porque el universo necesita que aprendas algo de ellos.

—¿Dónde has visto eso? —pregunté, curiosa.

—En un azucarillo.

La carcajada que solté debió escucharse desde la calle.

—No te rías, Blan. La frase del azucarillo me dio la clave, luego seguí investigando y…, mira. —Se acercó a la estantería y sacó su Moleskine. Entre sus páginas, había un papel que parecía recortado de un libro, subrayado en amarillo fluorescente. Me lo tendió para que lo leyera en voz alta.

—«Aquellos que no aprenden nada de los hechos desagradables de sus vidas, fuerzan a la consciencia cósmica a que los reproduzca tantas veces sea necesario para aprender lo que enseña el drama de lo sucedido».

»Carl Jung —concluyó, y volvió a sentarse en el sofá. Me lo quedé mirando, a la espera de que añadiese algo más. Roy se frotó los ojos con los dedos—: ¿Te acuerdas de mi mujer, la que me encontré una tarde por la Gran Vía?

Asentí. Me acordaba muy bien de aquella noche, de lo jodido que había llegado a casa al entender que había cambiado tanto las cosas en el pasado que ella tenía otra vida en esta dimensión. También recordaba que la última vez que habíamos hablado por teléfono me había contado que estaba camino de Santander.

—¿Fuiste a buscarla?

—Sí —suspiró—. Indagué un poco en internet y enseguida averigüé dónde trabajaba. Era la gestora de una bolsa inmobiliaria. Me presenté una mañana en su oficina, con la excusa de que buscaba una vivienda que me sirviera como inversión. Me reconoció enseguida, como puedes suponer.

»Se acordaba bien de aquella vez que nos habíamos visto en Madrid. Yo fingí no hacerlo y le propuse invitarla a comer al que sabía que era su restaurante preferido, con la excusa de que me sentía fatal por haberme olvidado. Cuando le sugerí que pidiera la lubina en salsa verde, se quedó boquiabierta.

—Porque ella siempre la pedía, ¿verdad? —completé la frase.

—Era su plato favorito —asintió.

Me reí. Yo había hecho lo mismo con Jorge en una de nuestras primeras citas: elegí para él una pasta carbonara.

—Después de esa comida —continuó Roy—, empezamos a vernos a diario. Por la mañana me enseñaba alguna casa y después la invitaba a comer. Las sobremesas se alargaban varias horas porque estábamos tan a gusto que no parábamos de charlar. Ella estaba maravillada de lo mucho que habíamos conectado, decía que era como si pudiera meterme en su cabeza.

»Me contó que su matrimonio estaba en crisis y que su hijo estudiaba fuera desde hacía un par de años. No tardamos demasiado en acabar la tarde en un hotel. Después me la llevé de viaje. Siempre quisimos ir a Australia en la otra dimensión y, por fin, podía darle la vida con la que habíamos soñado. —Roy se removió en su asiento, algo incómodo—. Pero cada vez demandaba más de ella y supongo que eso la agobió. O quizás se sintiera culpable. Dejó de cogerme el teléfono, me ponía excusas para no quedar…

»Empecé a beber cuando no estábamos juntos. Me iba al bar a tomarme una copa y no salía de allí hasta que estaba borracho. Llegaba a casa con unas cogorzas que no podía sostenerme en pie. Hasta que, una noche, me di cuenta de que estaba ocurriendo lo mismo que en la otra realidad. Parecía diferente, pero, de alguna manera, habíamos llegado al mismo punto. Carl Jung tenía razón. Y antes de que ella me dejara, lo hice yo.

—¿La dejaste porque leíste una frase de un libro sacada de contexto? —le devolví la hoja.

—No, Blan. —La dobló en cuatro partes, volvió a meterla entre las páginas de su Moleskine y la cerró con la goma—. La dejé porque estábamos condenados a fracasar de nuevo. —Apoyó la libreta en la mesa y se echó hacia atrás—. La quería mucho, pero no sabía amarla bien. Si me empeñaba en seguir con ella, la arrastraría a ser infeliz. Ya tuvimos una oportunidad y no funcionó. En esta realidad, había vuelto a ocurrir. A pasos agigantados.

Nunca me había tomado en serio las teorías de Roy, pero lo que me contaba tenía demasiado sentido. Yo estaba experimentando lo mismo con Jorge. Me estremecí.

—¿Qué ponía en ese azucarillo exactamente?

—La frase era: «Lo que niegas, te somete; lo que aceptas, te transforma». Estaba en el suelo del último bar en el que me emborraché. Esa noche, entendí que siempre estuvo destinado a suceder de ese modo y que yo no podía hacer nada por evitarlo.

Clavó la mirada en su vaso, yo hice lo mismo en el mío. A lo largo de los años, me había preguntado por qué determinados momentos se repetían por mucho que intentásemos cambiarlos, y en qué se diferenciaban de los demás, que parecían mucho más aleatorios. La hipótesis que me planteaba Roy no iba tan desencaminada.

—Lo que tiene que pasar, acaba pasando —murmuré, acordándome de lo que decía Sofía, y algo en mi cabeza hizo clic. «¿En serio hemos tenido la clave del viaje en el tiempo delante de nuestras narices desde el principio?».

Roy dio un trago a su *whisky* y me miró.

—¿Y qué hay de ti? ¿Estás felizmente casada… o ya has aceptado que sigues colgada por tu noviete del instituto?

—¡¿Yo?! ¡¿De Martín?! —Me pilló tan de sorpresa que me salió un gallito de la impresión —. Pero si somos amigos…

—¡¿Amigos?! —Roy se echó a reír—. Reina, ese tío nunca te ha mirado como un amigo. Ni tú a él tampoco —añadió antes de que pudiera replicar—. No sé lo que os pasó para que decidieseis romper, pero seguíais colgados el uno del otro. Lo tuve clarísimo desde que lo conocí. —Se echó hacia atrás en el sillón—. Y no sabes lo muchísimo que me jodía. Nunca me

ha gustado ser el perdedor.

Miré hacia otro lado y le di un buen trago a mi *whisky*. Roy acababa de decir en voz alta lo que yo llevaba años sin reconocer. Seguía sintiendo algo por Martín, y no precisamente amistad, pero admitirlo tampoco cambiaba nada. Él tenía una familia, yo estaba casada con Jorge.

—Debería llamar a un taxi e irme a casa. —Dejé el vaso en la mesa y cogí mi bolso—. ¿Aún están ahí los del coche?

Señalé con la cabeza a la ventana y saqué mi móvil. La pantalla estaba llena de notificaciones de Instagram. Me metí en la aplicación mientras Roy iba a asomarse.

—Mierda, Blan —lo escuché maldecir—, ahora hay otros tres coches más. ¿Cómo se habrán enterado?

—Tu amiguita la *influencer* barra actriz. —Le mostré unas fotos en las que nos habían etiquetado—. Nos ha pillado.

Estuvimos cerca de media hora mirando las fotos. Habían publicado unas cuantas de los dos en la fiesta y un par de ellas en las que salíamos por separado por la puerta trasera del hotel. Por suerte, las habían hecho desde el interior y en ninguna se me veía subir al coche. Tampoco bajarme en el portal de Roy. Desde ese ángulo, quedaba cubierta por el cuerpo de mi exmarido y daba la sensación de que él había llegado solo a casa.

—Vale, reina, no te han visto entrar —repetía Roy, frotándose la cara—. A ver cómo hacemos para que tampoco te vean salir.

Aunque no parábamos de darle vueltas, no se nos ocurría nada. Llevábamos demasiado alcohol en el cuerpo como para pensar.

—No sé cómo lo vamos a hacer —le dije, desesperada—. Es un edificio antiguo que solo tiene una puerta de entrada y salida. Ni siquiera tiene *parking*. Como no me vaya volando…

Roy me miró un instante antes de gritar:

—¡Eso es, Blan! —Agarró su móvil—. Voy a llamar a mi agente para que me reserve un vuelo. —Buscó su número entre los contactos y se fue a hablar a la cocina.

Arqueé las cejas. «Ha perdido la cabeza. Por mucho dinero que tenga, es imposible que un avión venga a recogerme a Malasaña». Me dejé caer en el sofá. Unos minutos más tarde, Roy regresó.

—Hay un vuelo a Santander que sale en un par de horas —me explicó—. Bajaré yo solo a la calle para que me hagan las fotos subiendo al coche. Luego pondré un par de *stories* desde el aeropuerto. Tú espera aquí hasta que veas que se han ido. Después, avísame y te mandaré a mi conductor para que te lleve a casa. Le pago mucho dinero para que sea discreto, puedes estar tranquila. —Se desabrochó la camisa camino de la habitación—. Voy a cambiarme y a preparar una maleta.

Tardé unos segundos en asimilarlo. La idea era buena, pero me sentía un poco culpable de que se tomara tantas molestias por mí. Roy no tenía pareja, si se montaba un escándalo, yo era la única que saldría perjudicada.

—¡¿Estás seguro?! —le grité desde el salón—. ¡¿Qué vas a hacer en Santander?!

—¡Aprovecharé para visitar a mis padres, que hace mucho que no los veo! —contestó desde el dormitorio.

—¡Déjame pagarte el vuelo al menos!

Soltó una carcajada monumental.

—Ni de coña, reina. —Se asomó al salón vestido con un pantalón de chándal mientras se ponía una sudadera—. Mañana, le mandaré a tu repre el guion. Léelo y tómate tu tiempo para meditarlo, pero, antes de decirme que no, recuerda que me debes una.

Y, tras guiñarme un ojo, volvió a la habitación para terminar de hacer la maleta.

Llegué a casa a las seis y media de la mañana, sin batería en el móvil y con los dedos cruzados para que Jorge no estuviera despierto. Aún no tenía la excusa preparada para justificar lo que había ocurrido esa noche. Además, la teoría de Roy me había hecho explotar la cabeza. Quería estar sola, tenía un montón de cosas en las que pensar.

Me quité los zapatos en la entrada y agucé el oído.

—Mierda —resoplé al escuchar la ducha en el piso de arriba.

Subí las escaleras y caminé de puntillas hasta mi vestidor. Con suerte, me daría tiempo a desnudarme y a meterme en la cama antes de que saliera del baño. Me moría de ganas por quitarme el maquillaje, pero, si quería darme prisa, eso tendría que esperar hasta que me levantase.

Puse el teléfono a cargar, desaté el lazo del cuello y dejé sobre el tocador la pulsera y los pendientes. Acababa de bajarme la cremallera cuando Jorge se asomó, abrochándose los pantalones.

—Buenos días, cielo.

—Buenos días —bostecé. Terminé de quitarme el mono y lo dejé sobre la silla—. Estoy agotada, me voy a dormir.

—Qué tarde ha acabado la fiesta —me soltó al pasar por su lado.

Estuve a punto de encogerme de hombros y contestarle que sí, pero con la cantidad de fotos que nos habían hecho esa noche, no tenía ningún sentido evitar el tema. Jorge iba a enterarse de todos modos, y mejor que fuera por mí.

—He estado con Roy. —Me giré hacia él, que alzó las cejas—. Va a dirigir una película en Los Ángeles y quiere que yo la protagonice.

—Supongo que le has dicho que no…

—Aún no le he dado una respuesta, pero creo que voy a hacerla. Por lo que me ha contado, es justo el personaje que necesito para relanzar mi carrera.

—¡¿Vas a hacer otra película con Roy?! —preguntó, enfadado—. ¡No me jodas! Creía que esto ya lo habíamos superado hacía mucho tiempo. —Movió la cabeza hacia ambos lados y se fue a la habitación dando zancadas. Lo seguí.

—¿No te das cuenta de que es una grandísima oportunidad? —traté de hacerle entender—. Aquí no voy a pasar de los papeles de señora, y siento que aún tengo mucho que…

—No me lo puedo creer. —Jorge levantó la vista al techo, con los brazos en jarras—. Te vas otra vez a Hollywood.

—Todavía no es definitivo. —Me acerqué a él y busqué sus ojos con los míos—. Le he dicho que tengo que pensarlo.

—Después de lo que te hizo, ¡¿aún te lo vas a pensar?! —resopló—. ¿De verdad no aprendiste nada de lo que pasó?

Me eché hacia atrás, descolocada con aquella pregunta. «¿Y si este es uno de esos momentos que se repiten una y otra vez?». En la anterior ocasión, me había arrepentido muchísimo de haber abandonado a Jorge para marcharme con Roy a Los Ángeles. Esa maldita decisión me dejó sin nada. Incluso estuve a punto de perderlo a él. Quizá había vuelto a suceder porque el universo intentaba enseñarme una lección.

—No te vayas, Blanca. —Se sentó en la cama y se frotó la cara con las manos—. Quédate, hazlo por mí. No puedo pasar de nuevo por todo eso.

Dudé. Veía claro que aquella película era una gran oportunidad para mi carrera, la que podría

cambiarme la vida, pero tampoco quería renunciar a Jorge. «¿Y si esta vez tengo que quedarme?».

Mi marido me observaba, atento. Debía tomar una decisión.

—De acuerdo, le diré que no —claudiqué.

Se levantó de la cama y me abrazó con fuerza.

—Muchas gracias, cielo —susurró en mi oído.

Le acaricié el pelo, que todavía estaba húmedo. Jorge bajó las manos por mi espalda y me estrechó contra él. Apreté los ojos, incapaz de relajarme.

Reparé en que movía el brazo detrás de mí, como si mirase el reloj.

—Voy tarde. —Se separó de golpe y fue a coger una camisa del armario—. Me visto y me voy a currar. Recuerda que esta noche cenamos con Álvaro y con la gente del departamento.

Asentí. Me quedé quieta, de pie en medio de la habitación, contemplando cómo terminaba de vestirse. La cara de Jorge lucía una enorme sonrisa de felicidad, pero yo notaba la tensión en cada músculo de mi cuerpo. Tras ponerse los zapatos, me dio un beso rápido, cogió sus cosas y se marchó.

El portazo me hizo reaccionar. Caminé despacio hacia el baño y busqué los discos de algodón para desmaquillarme. Me sentía muy rara. Si quería salvar mi matrimonio, quedarme era la mejor decisión; aun así, no me parecía haber hecho lo correcto.

Cuando me miré al espejo, me sorprendió verme tan afligida.

«¿Estás segura, Blanca, de que esta era la vida que tanto echabas de menos?».

CAPÍTULO 11

GLORIA

Sábado, 20 de enero de 2018
MARTÍN

Me aburría muchísimo. Cada vez que quedábamos con los compañeros de Gloria me ocurría igual. Sentados en una de las terrazas de la calle Castaños, hacía rato que había desconectado de la conversación. Me entretenía observando a la gente que pasaba junto a nosotros. En especial, a los de las despedidas de soltero.

Había contado tres novios disfrazados de hawaiana; otros tres, de bebé gigante; un torero, un hada madrina y un par de enfermeras sexis que dejaban mucho que desear. Sobre todo la segunda, con esa barba poblada en la que se le enredaba la peluca rubia. El chaval me guiñó un ojo y puso morritos. Aparté la mirada. Me reí con un resoplido.

Agarré mi botellín. Traté de unirme a la charla sobre seguros de vida que mantenía a mi izquierda el de Recursos Humanos con la de Contabilidad. Apenas asentí un par de veces mientras reprimía un bostezo. Me giré hacia Gloria. Su jefe se inclinaba sobre ella y cuchicheaba en su oído. No tenía ni puta idea de qué le decía, pero mi mujer se tapó la boca y se echó a reír. Como siempre.

Esa noche habíamos dejado a la niña con mi hermano para salir a celebrar el cumpleaños de Javier. Los cuarenta y cinco lo habían pillado en pleno divorcio, pero no se lo veía muy afectado. Muy al contrario. Estaba encantado de la vida.

Se había tirado más de una hora contando sus rutinas de soltero: que si había empezado a levantarse a las seis para alinear sus chakras. Que si había dejado de comer hidratos y a duplicar las proteínas para ganar masa muscular. Que desde que iba al gimnasio, cuando andaba por la calle, notaba que se giraban a mirarlo…

Consulté mi móvil por enésima vez. Todavía eran poco más de las doce. Di un trago a mi cerveza sin alcohol y bloqueé la pantalla. Me habría tomado un copazo para aguantar aquel tostón, pero tenía que conducir. Había sido una mala idea coger el coche.

—¿Has empezado a escribir un libro nuevo? —me preguntó Javier—. Por lo que sé, las ventas del último no han ido nada bien.

No hacía ni dos días que mi editor me había llamado para darme esa información y solo se lo había contado a una persona. Miré a mi mujer, molesto. Gloria dejó su copa en la mesa.

—Voy un momento al baño —anunció, esquivando mi mirada. Agarró su bolso y se puso en

pie.

—El próximo irá mejor —me animó Javier—. Nosotros hemos cerrado el año en números récord y me voy a tomar otro *gin tonic* para celebrarlo… Avisa al camarero, Glo. —Estiró de su falda para detenerla—. Martín, ¿tú quieres algo?

Negué con la cabeza. Gloria levantó el pulgar y se marchó hacia el *pub*, sorteando a la gente de las otras mesas. Su jefe la siguió con la mirada.

—Tu mujer está buenísima, cabrón —espetó, sin apartar la vista de ella—. Si la mía hubiera tenido ese cuerpo, no me habría divorciado nunca.

Me quedé tan alucinado que no supe cómo reaccionar. Javier se giró hacia mí y soltó una carcajada, como si acabara de decir algo muy gracioso.

Me eché hacia atrás, incómodo. Apreté los dientes para contener mis ganas de calzarle una hostia. La estaba pidiendo a gritos. Podía dar gracias de que yo no fuera de los que pierden fácilmente el control.

—Mi mujer es fantástica. Soy un tío con mucha suerte —murmuré. Y volví a concentrarme en mi móvil, dando por zanjada la conversación.

Gloria volvió del baño unos quince minutos después. En cuanto se sentó a mi lado, me acerqué a susurrarle:

—¿Nos vamos a casa, chula? Me duele la cabeza.

—¿Ya? —preguntó mientras se acomodaba el bolso en el regazo.

—No me encuentro muy bien. —Me presioné con los dedos el puente de la nariz—. Quédate tú si quieres.

—No, me voy contigo.

Nos levantamos a la vez. Sus compañeros dejaron de hablar para mirarnos.

—¿Ya os vais? —Javier se puso en pie—. ¡Pero si es mi cumple!

—Otra vez será —se disculpó Gloria, encogiéndose de hombros.

La tomó de la cintura para darle dos besos.

—Ah… ya lo entiendo. Que no está la niña y vais a aprovechar —afirmó él con una sonrisilla al retirarse—. Pues, nada, chicos, a ver si le dais un hermanito.

Lo miré con cara de póker. Gloria le dio un manotazo en el hombro y se echó a reír. Nos despedimos de los demás y nos marchamos diciendo adiós con la mano.

—Qué rabia habernos ido tan pronto, lo estaba pasando muy bien —se lamentó Gloria en el coche, abrochándose el cinturón—. Bueno, así madrugo mañana y pruebo lo de la meditación. Dice Javier que le va genial, que desde que hace esa media horita por las mañanas afronta el día de otro modo.

Bajé la ventanilla e introduje el ticket del *parking* en la ranura. Se levantó la barrera y aceleré para salir. Mi mujer no paraba de hablar. Las dos copas le habían soltado la lengua.

—Podríamos meditar juntos, chulo. Últimamente, estás muy estresado. —Me acarició el muslo—. O escaparnos un fin de semana… ¡A Lanzarote! Javier ha pasado las vacaciones allí y dice que hay unas playas impresionantes. ¿No has visto lo moreno que está? Me da tanta envidia… —Soltó otra de aquellas risitas—. Entre el corte de pelo y la ropa nueva, parece que tiene diez años menos. Hay que reconocer que esos vaqueros le quedan muy…

—¿Todavía te atrae? —la corté.

—¿Qué?

—Qué si aún sientes algo por ese gilipollas.

Se giró hacia mí, boquiabierta:

—No lo dices en serio, ¿verdad?

Fruncí los labios y miré al frente. Estaba de muy mala leche. Era mejor que me callase o me arrepentiría.

Gloria seguía observándome.

—¡Me parece increíble que me vengas con esas! —se quejó—. Precisamente tú, que llevas toda la vida enamorado de Blanca.

—Eso no es verdad —mentí.

—¡Por Dios, Martín! ¡¿Cómo no va a ser verdad?! ¿Es que tú no te das cuenta de cómo la miras? —Estiró los brazos—. Cuando está cerca, se te ilumina la cara.

El semáforo se puso en rojo y detuve el coche. Moví la pierna con nerviosismo. Ya había salido el nombre de Blanca. Hacía mucho tiempo que no discutíamos por ella. Parecía que la racha se había acabado.

—No sé qué cojones tiene que ver Blanca con esto —murmuré.

—Pues… ¡todo! ¡Tiene que ver todo! —se le quebró la voz en un grito—. ¡Estoy harta de ser la otra en mi propio matrimonio!

La luz cambió a verde y pisé el acelerador. Tenía prisa por llegar y salir del coche. Empezaba a resultarme claustrofóbico.

—¿Cuántos años llevamos juntos, Martín? ¿Diez? —Gloria contó con los dedos—. Once y medio, casi doce. Doce putos años y una hija, pero la gente sigue hablando de ti y de Blanca como si nunca hubieras estado con nadie más… ¡¿Y tú me vienes ahora con lo de Javier?! —Bufó con una risa histérica—. ¡Que no pasó nada! ¡Que jamás ha pasado nada, no sé cómo te lo tengo que decir! Y no, no me voy a sentir mal porque me den un poquito de coba. A mí también me gusta que me miren así…

—¿Que te miren, cómo? ¡¿Como tú lo miras a él?! —exploté—. ¡Por Dios! Si se te pone la risita de quinceañera con cada gilipollez que dice. ¡El tío debe sentirse una estrella del humor!

—Para aquí. —Se quitó el cinturón.

—No puedo parar, estamos en medio de la calzada.

—¡Que pares, te he dicho! —chilló y tiró de la manija de la puerta.

Tuve que frenar en seco. Estaba a punto de saltar en marcha. El coche de atrás dio un volantazo brusco para evitarnos. El conductor maldijo al pasar a nuestro lado. Levanté una mano por la ventanilla en señal de disculpa.

Me volví hacia Gloria. Se había bajado y me miraba desde la puerta.

—Lo siento, chula. Me he pasado, perdóname. —Me froté la frente, arrepentido—. Venga, sube, por favor.

—No me esperes despierto. —Cerró de un portazo.

—Su puta madre. —Resoplé, llevándome las manos a la cara.

Los vehículos a nuestra espalda empezaron a pitar. Gloria corrió hasta la acera. Sin pensarlo, aparqué junto al bordillo y fui detrás.

—¡Gloria, espera! —grité. Apunté con el mando al coche para cerrarlo.

Al ver que la seguía, apretó el paso. La alcancé en unas cuantas zancadas. Con esos tacones, era imposible huir.

—Déjame. —Me apartó con la mano cuando llegué a su altura.

—No voy a dejarte sola a estas horas.

Estábamos a un par de manzanas de la zona de los bares, pero esa calle estaba mal iluminada y no me hacía ninguna gracia que se topara con algún borracho.

—Hay gente, y ya soy mayorcita. —Gloria cruzó los brazos y caminó con rapidez.

—Venga, chula, por favor. Hablamos en casa, más calmados.

—Me voy con mis compañeros —contestó sin mirarme.

—¡¿Por qué eres tan cabezota?!

—¡¿Cabezota?! —Gloria se detuvo en seco—. ¡Lo que estoy es harta! Harta de hablar y de hablar, de buscar soluciones, de intentarlo de nuevo, una y otra vez… ¡¿Y para qué, si siempre acabamos igual?! ¡¿No te das cuenta de que lo nuestro no funciona?!

Bajé la mirada y resoplé. Claro que me daba cuenta. Yo también me lo planteaba desde hacía tiempo. Por mucho que lo intentásemos, siempre terminábamos en ese mismo punto. Era irremediable. Como si nuestra relación fuera imposible de cambiar.

—Nos empeñamos en seguir adelante, pero esto no va a ningún lado. —Negó con la cabeza —. No tiene ningún sentido.

La observé en silencio. Había vuelto a cruzar los brazos y se removía, incómoda, cambiando el peso de su cuerpo de un pie al otro. Como si buscara la manera de escapar.

Fruncí los labios. Dudé un poco antes de preguntarle:

—¿Y qué quieres hacer?

—No lo sé, necesito pensar. —Se pasó la mano por el pelo y dejó escapar un largo suspiro—. Es el cumpleaños de Javier, me vuelvo al *pub*. Quiero despejarme un rato.

Escuché el eco de sus tacones mientras se alejaba. Al llegar al final de la calle, cruzó corriendo el semáforo hacia la avenida principal. Enseguida se perdió entre la gente.

Desalentado, me di media vuelta para regresar a casa.

La mañana siguiente me desperté de un salto con el sonido del WhatsApp. Me había quedado dormido con el teléfono en la mano por si me llamaba mi mujer. Apenas había pegado ojo, pendiente de cada ruido en el rellano. Ni siquiera estaba seguro de que se hubiera llevado las llaves.

Un segundo pitido me acabó de despejar. Me restregué los ojos y me incorporé en la cama. Pulsé sobre la notificación.

CHULA

No voy a ir a comer.

Recoge tú a Blanca.

Miré la hora. Eran casi las diez. Habíamos quedado a las dos con Eloy y Rober para ir juntos a casa de mis padres. Aún tenía, al menos, tres horas para solucionar la bronca de la noche anterior.

YO

Siento lo que te dije anoche.

Mándame tu ubicación y voy a buscarte.

Se tiró escribiendo un buen rato, pero su mensaje no acababa de llegar. Insistí, impaciente.

YO

Vamos a hablar, chula.

Dime dónde te recojo.

Esa vez, su respuesta no tardó en aparecer.

CHULA
No.
Te dije que necesito pensar.

Y volvió a desconectarse.

Agobiado, me pasé la mano por el pelo. Mi mujer había pasado la noche fuera y no tenía ni idea de con quién. Me temí lo peor.

No quería pensar mal, pero, entre el enfado y las copas, no resultaría extraño que se hubiese despertado en la cama de su jefe. Se me revolvió el estómago. Apreté los ojos. Traté de desterrar aquella imagen.

—Dale un voto de confianza —murmuré—. Gloria no te haría algo así.

Me fui directo a la ducha. Esperaba que el ruido del agua acallase sus risas en mi cabeza.

Sobre las once y cuarto, llamé al timbre en casa de Rober. Mi hermano me abrió la puerta en pijama y sin afeitar.

—¿No habíamos quedado a las dos? —preguntó, sorprendido. Me dio un beso en la mejilla y se asomó al rellano—. ¿Y Gloria?

—No viene.

—¿Habéis discutido?

Asentí con la cabeza porque no sabía ni cómo empezar. Rober suspiró.

—Anda, pasa y me cuentas. —Rodeó mis hombros con su brazo—. Eloy ha bajado con Blanquita a por cruasanes y en esa panadería siempre hay cola. Tardarán un rato en volver.

Fuimos directos a la cocina. Mientras Rober preparaba el café, le expliqué la bronca que habíamos tenido en el coche, su decisión de volver al *pub* y los mensajes que había recibido por la mañana. Mi hermano escuchaba en silencio, sin interrumpir. Cuando terminé, llenó las dos tazas y las llevó a la mesa.

—En el fondo, la comprendo. —Se sentó enfrente de mí—. No debe ser nada fácil haber vivido doce años como la suplente.

—No empieces tú también con que aún estoy enamorado de Blanca.

Se encogió de hombros y sonrió de medio lado. No le hacía falta responder. Su cara lo decía todo.

Crucé los brazos y me eché hacia atrás. Lo observé echarse el azúcar.

—¿Crees que Gloria me va a pedir que nos divorciemos? —pregunté, nervioso.

—No lo sé. Quizá sea lo mejor para los dos.

—No, no voy a divorciarme por eso, no estamos tan mal. —Moví la cabeza—. Yo a Gloria la quiero mucho…

—Yo también quería mucho a Ana… —Cerró el azucarero y lo empujó hacia mí—. Pero no era Eloy.

Chasqueé la lengua. Mi hermano era un abogado cojonudo. Capaz de desarmarme con una sola frase.

—De todos modos —continué—, en el hipotético caso de que aún sintiese algo por Blanca, ¿qué importa? No tengo ninguna oportunidad. Está casada, y es feliz con su marido.

—A lo mejor no les va tan bien como tú te crees.

—¿Qué quieres decir?

Escuchamos el ruido de las llaves en la cerradura y la voz de Eloy, que anunciaba que ya estaban en casa. Mi hija entró en la cocina masticando, con la camiseta llena de migas.

—¡Papi! —Corrió hacia mí—. Hemos comprado muchos *cruasán*.

Eloy se asomó tras ella, divertido.

—Se ha comido dos por el camino porque no podía esperar.

Ella se tapó la boca y se partió de risa.

—Pues si la princesa ya ha desayunado, ¡nos vamos a la ducha! —Rober cogió a mi hija y la cargó sobre su hombro.

Desaparecieron por el pasillo, riéndose. Eloy cogió una taza del armario y se sentó junto a mí.

—¿Un cruasancito, cuñado? —me ofreció, acercándome el paquete.

Negué con la cabeza. Rober tenía razón. Yo era más de palmeras de chocolate.

Pasamos el día en el pueblo con mis padres. Para justificar su ausencia, me inventé que Gloria había pasado una mala noche y no se encontraba bien. Mi madre torció el gesto con incredulidad, pero se contuvo de preguntar nada más delante de la niña.

Pasé las horas pendiente del móvil, sin noticias de mi mujer. Esperaba encontrármela al regresar. Cuando abrí la puerta, nos recibió la casa vacía.

—¿Dónde está mamá? —me preguntó mi hija, tan sorprendida como yo.

—Está… trabajando —improvisé—. Vendrá más tarde, pero ya estarás dormida.

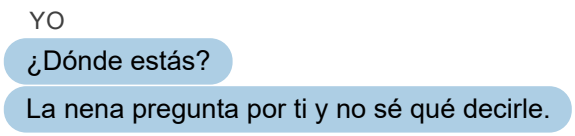
Arrugó la nariz, algo molesta. Por suerte, acababa de cumplir cuatro años y no se cuestionó por qué su madre trabajaba un domingo.

—¿Puedo ver la tele? —preguntó.

—Solo un ratito. Luego a bañarse y a dormir.

Apareció en su cara esa sonrisa suya en la que le faltaba un diente, y corrió hacia el salón. Le puse unos dibujos en Netflix. Guardé en el frigorífico el túper de paella que mi madre me había dado para Gloria.

Mientras se llenaba la bañera, le escribí.



Leyó el mensaje, pero no me contestó. Enseguida se volvió a desconectar.

Inspiré hondo y exhalé despacio, mirando al techo. Era obvio que mi relación con Gloria no funcionaba y empezaba a dudar de si llegaría a hacerlo alguna vez. Yo también estaba muy cansado de intentarlo. Tal vez, como decía Rober, lo mejor fuera separarnos.

Después de acostar a mi hija, me fui a mi estudio a trabajar en la nueva novela. Hacía como un mes, poco antes de Navidad, Blanca me había dado una idea sobre una pandemia mundial causada por un virus respiratorio de origen chino. A mí me parecía que ese tema estaba bastante trillado, pero ella insistía en que la gente necesitaba saber más para estar prevenida. No quise

preguntar. Me había contado muchos detalles, algunos demasiado concretos, de cómo se propagaría el virus por el mundo y la reacción de los gobiernos al aumentar los casos de manera exponencial.

Elegí una *playlist* en Spotify. Me coloqué los auriculares y empezó a sonar *Otherside*, de Red Hot Chilli Peppers. Abrí mi portátil para buscar qué aspecto presentaba un pangolín. Blanca me había dicho que era como un murciélago, pero tampoco lo tenía muy claro.

Mi móvil vibró un par de veces en la mesa.

CHULA

No duermo en casa.

Mañana llevaré a la nena al cole y luego hablaremos.

No había terminado de ver los mensajes, cuando recibí un tercero.

CHULA

Quiero el divorcio.

Lo leí un par de veces, incapaz de reaccionar. Llevaba todo el día sopesando aquella posibilidad, pero me impactó que ella ya estuviera tan segura.

Me cubrí la cara con las manos. No sabía cómo habíamos llegado a esa situación. Hacía menos de veinticuatro horas que habíamos salido a tomar unas copas, como una pareja normal. Volvió a mi mente la imagen de Gloria con Javier. Apreté los ojos con fuerza.

—¿Papi? —escuché a mi espalda, y me sobresalté.

Mi hija me observaba desde la puerta y parecía asustada. Me froté la cara e intenté sonreír.

—¿No puedes dormir, cariño? —pregunté, quitándome los auriculares.

La ayudé a subirse a la silla y se acurrucó en mi pecho. Le acaricié el pelo muy despacio mientras la abrazaba.

—¿Has tenido una pesadilla? —susurré en su oído. Blanca asintió, aferrándose a mí con más fuerza—. Ya somos dos, mi vida. —Suspiré.

Nos quedamos en silencio. Pegados el uno al otro para calmar nuestros propios fantasmas. Mi corazón latía acelerado. Gloria me había pedido el divorcio y no quería ni pensar en lo que estaba por venir. Cerré los ojos. Noté que empezaba a temblar.

—Duerme conmigo, papi —me pidió Blanca con un hilo de voz—. Tengo mucho miedo.

No pude decirle que no. Me puse en pie con ella en brazos. Apagué la luz del flexo y nos fuimos a la cama.

Gloria llegó por la mañana, justo cuando terminaba de peinar a la niña. Al oír las llaves, se zafó de mis manos y salió disparada hacia la puerta. Apagué la luz y la seguí.

—¡Mamá! —gritó, recorriendo el pasillo a toda velocidad.

Mi mujer se agachó para abrazarla.

—¡Hola, tesoro! —le dijo, y le cubrió la cara de besos.

La observé parado a cierta distancia. Iba vestida con unos vaqueros y un jersey ajustado de cuello alto. No parecían de Javier. Me pregunté de dónde los habría sacado.

Gloria levantó la mirada hacia mí.

—Ve a por las cosas, que nos vamos al cole. —Le dio unas palmaditas en la espalda y la niña se marchó a su habitación.

—¿Cómo estás? —la saludé una vez que nos quedamos solos.

—Bien —contestó, poniéndose en pie. Como si me leyera la mente, añadió—: La ropa es de una amiga del trabajo. He dormido las dos noches en su casa.

Apreté los labios, sintiéndome culpable por haber dudado. Al final, parecía que no había pasado nada entre ella y Javier.

—Perdóname, chula. —Me rasqué la nuca—. No tendría que haber saltado de ese modo.

—Era inevitable. —Se encogió de hombros—. Tarde o temprano tenía que ocurrir.

Blanca regresó arrastrando la mochila y el abrigo. Mi mujer lo sacudió un par de veces con la mano antes de ponérselo.

—Vuelvo enseguida —dijo al salir al rellano—. He pedido el día libre para que podamos hablar con tranquilidad.

Asentí con la cabeza y me despedí de la niña. Dudé si darle otro beso a Gloria, pero se dio media vuelta y entró en el ascensor con rapidez.

Al cerrar la puerta, me di cuenta de que aquello era real.

Mi matrimonio se había roto. Gloria y yo íbamos a divorciarnos.

Esa noche, en casa de Rober, apenas conseguí dormir. Había sido un día interminable. Me sentía agotado después de tanta tensión, pero mi mente se negaba a descansar. Volvía una y otra vez a la conversación con Gloria. Como si le costara entender que se hubiese acabado.

Durante más de seis horas, no habíamos parado de hablar. Gloria esgrimía los mismos argumentos del sábado por la noche, aunque en un tono mucho más calmado. Repetía que lo nuestro no funcionaba, que no quería ser la segunda opción, que necesitaba a alguien que estuviera loco por ella…

—Alguien como Javier —le había contestado yo, con los brazos cruzados.

—Nunca te he engañado, Martín. Te lo juro por nuestra hija —había afirmado ella, mirándome a los ojos—. Hasta ahora, jamás ha pasado nada con Javier, pero… quiero que pase. Me he dado cuenta de lo que siento por él.

Su revelación me había caído como un jarro de agua fría, no lo podía negar. Sin embargo, en cierto modo, me ayudaba a mitigar la culpa, porque cambiaba las cosas. Para ella también había alguien más. No habíamos roto solo a causa de Blanca.

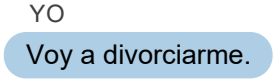
Di un par de vueltas en la cama, hasta que decidí levantarme. Agarré mi móvil y me fui a la cocina, procurando no despertar a mi hermano y a Eloy, que dormían al final del pasillo.

Habíamos pactado compartir la custodia. Como la casa era mía, Gloria iba a buscar un piso de alquiler en nuestro barrio. Mientras lo encontraba, Rober me había ofrecido quedarme con ellos el tiempo que necesitase.

Cerré la puerta, con cuidado de no hacer ruido, y me preparé un café. En mi cabeza rondaba una pregunta. Solo una persona podía contestarme.

Blanca se había empeñado mil veces en que lo arreglase con Gloria. No entendía por qué. Necesitaba saber qué era aquello que había visto y nunca me había querido contar.

Eran las siete de la mañana, con suerte estaría despierta. Entré en WhatsApp y comprobé su última hora de conexión. Hacía menos de diez minutos.



Lo leyó de inmediato. Enseguida me llamó.

—Hola, preciosa —la saludé en un susurro.

—¿Estás bien, Martín? —preguntó, preocupada—. ¿Qué ha pasado?

Por un segundo, dudé si contarle la verdad u omitir los detalles que la involucraban. No quería que se sintiera responsable. Preferí ser sincero.

Al terminar, se quedó callada unos segundos y suspiró.

—Lo siento mucho, Martín.

Me levanté de la mesa y me asomé a la galería. Aún era de noche, pero ya se veían luces encendidas en algunas ventanas.

—¿Esto no pasó en tu futuro?

—No… —titubeó—. En realidad, no lo sé. Solo os vi una vez, en una librería… A los tres.

Y, en ese preciso instante, lo entendí.

—Sabías lo de mi hija. Tu empeño en que estuviera con Gloria era por ella, ¿verdad? —confirmé. Blanca asintió al otro lado—. ¿Por qué no me lo contaste nunca?

—Porque no sabía si volvería a ocurrir así… —se justificó—. ¿Y si no hubiera pasado? ¿Y si Gloria no se hubiera quedado embarazada? ¿O si hubiera sido un niño? Que haya viajado en el tiempo no significa que pueda controlarlo todo. Ya sabes lo que estuvo a punto de pasar con David.

—Pero ¿era ella? —Contuve la respiración—. La niña que viste…, ¿era mi hija?

—Era exactamente igual. —Por el tono de su voz, intuí que sonreía—. Y también se llamaba Blanca.

Me eché a reír, aliviado. Al otro lado de la línea, sonó el timbre del interfono.

—Lo siento, cariño, te tengo que dejar —se disculpó Blanca—. El auxiliar de producción acaba de llegar para llevarme al rodaje. —Cerró de un portazo y escuché sus pisadas al bajar las escaleras—. Un beso enorme, Martín, ¡y mucho ánimo! Llámame para cualquier cosa que necesites.

Acababa de colgar cuando Rober entró en la cocina.

—Buenos días, chaval. —Me revolvió el pelo—. ¿Todo bien? Te noto contento.

Me encogí de hombros y sonreí. Me volví a asomar a la galería.

Detrás de los edificios, comenzaba a amanecer.

CAPÍTULO 12
UN ASTROFÍSICO

Sábado, 30 de junio de 2018
BLANCA

—¿Vosotras sabéis qué es un astrofísico? —Vega agarró la copa de vino y se echó hacia atrás para que el camarero retirase su plato.

—¿Un astrofísico no es el que tira las cartas? —pregunté, enarcando una ceja—. ¡Espera, no! —Extendí la mano al darme cuenta de que había dicho una gilipollez—. Eso es un *astrono*… *astrolo*… —Se me trabó la lengua—. *Astrogo*…

—Astrólogo —contestó Sofía, que era la que menos había bebido de las tres.

—*Astrógolo*… *lógolo*… *astrogógolo*… —traté de repetir. Apoyé mi copa en la mesa y suspiré—. Vale, es oficial. Voy pedo.

El camarero recogió mi plato y se marchó, conteniendo la risa.

Mis amigas y yo terminábamos de comer en un restaurante del centro. La tarde anterior había llegado a Alicante de vacaciones indefinidas. Hacía una semana que había terminado el rodaje de la última temporada y no estaba previsto que grabásemos ninguna más. Los guionistas habían cerrado las tramas de la serie en un emotivo capítulo final, en el que, después de perderlo todo, mi personaje descubría que estaba embarazada del chico que acababa de conocer.

Me había dado muchísima pena despedirme de mis compañeras actrices y del equipo. Los iba a echar de menos: hacía cinco años que formábamos una gran familia en la que nos entendíamos muy bien. Tenía ganas de hacer otros proyectos; sin embargo, ninguna de las propuestas que me enviaba Elia acababan de convencerme. Desde que Roy me había ofrecido protagonizar su película en Los Ángeles, nada estaba a la altura. Me había costado muchísimo decirle que no, pero, si quería conservar mi matrimonio, no me quedaba otra opción.

—En serio, chicas —insistió Vega—, ¿qué cojones es un astrofísico?

—¿Por qué lo preguntas? —cuestionó Sofía, suspicaz.

—Porque Ainhoa me ha dicho que, de mayor, quiere ser astrofísica, y yo le he contestado: «Muy bien, cariño», aunque no tenga ni puta idea de lo que quiere decir.

—Un astrofísico es un científico que aplica los métodos de la física para entender cómo funcionan los cuerpos celestes y los fenómenos del universo. —Sofía se cruzó de brazos—. Qué fuerte, la mía quiere ser profesora de yoga.

—Por lo menos no quiere ser *astrogógola* —la animé con unas palmaditas en la espalda.

—Lo que quiero decir es que Sofi siempre quiso ser astrofísica en la otra dimensión, pero ahora… —Fijó los ojos en Vega—. Tía, tenemos que decírselo a David.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que mi marido piense que estoy trastornada. —Vega se terminó el culín que le quedaba en la copa y me la acercó para que le echase un poco más.

—Pero ¿no te das cuenta de que les estamos ocultando una movida muy grande? —insistió Sofía—. David tiene derecho a saber que…

—No.

Vega agitó la copa vacía, metiéndome prisa. Cogí la botella y le serví un poco más. Luego le ofrecí a mi otra amiga, que negó con la cabeza.

—Yo sigo dándole vueltas a lo de la peli de Roy. —Rellené mi copa y cambié de tema para aligerar la tensión—. ¿Vosotras creéis que me he equivocado al decirle que…?

—Tu marido también es el padre de mis hijas —me interrumpió Sofía, con la mirada fija en Vega.

—No vayas por ahí —le advirtió ella.

Sofía se pasó las manos por el pelo y exhaló con desesperación.

—No entiendo por qué te cierras tanto —murmuró—. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

—¿Que no nos crea? —Vega resopló, nerviosa, y empezó a enrollar su servilleta, haciendo una especie de cilindro—. O, peor aún, ¿que nos crea y se dé cuenta de que lo hemos engañado durante años? —Apretó la servilleta con la mano y se giró hacia un lateral—. No, no me voy a arriesgar a que todo se vaya a la mierda. David es lo mejor que me ha pasado nunca.

—¿Y no se merece que le digamos la verdad? —respondió Sofía—. ¿Qué tipo de confianza tienes con él si no puedes contarle tu mayor secreto?

Bebí, alternando la mirada de una a otra, como si estuviera en un partido de *ping-pong.*

—¿Y si me pide el divorcio? ¿O si nos distanciamos tanto que se busca una amante? —Vega se pasó la mano por la frente—. Ya os ocurrió en la otra dimensión, cuando se lio con aquella madre del colegio.

—Eso estuvo fatal y no voy a justificarlo —dijo Sofía—, pero, créeme, los últimos años de nuestro matrimonio no tenían nada que ver con lo que hay entre vosotros.

—Bueno, no voy a arriesgarme. —Volvió a echarse hacia atrás en la silla.

—Que me pasara a mí no quiere decir que David vaya a hacerte lo mismo —insistió Sofía, pero Vega se limitó a encogerse de hombros—. No te reconozco, ¿desde cuándo te has vuelto tan insegura?

—Desde que queda menos de un año para que llegue la noche de la tormenta y no tengo ni puta idea de lo que va a ocurrir —dijo de carrerilla, como si llevara un rato conteniéndose—. Si ese es el tiempo que tenemos, quiero disfrutarlo con mi familia. No voy a decir nada que pueda poner en peligro mi relación.

Nos quedamos calladas mirando el mantel. Supuse que las tres pensábamos en lo que podría suceder después de aquella noche. Las opciones iban desde volver a despertarnos en los años noventa hasta regresar al futuro en la otra dimensión. Sin contar con otras nuevas que no hubiésemos valorado todavía, como que nos cayera un rayo y saltásemos por los aires o que todo hubiera sido un sueño, como en *Los Serrano*…

—¿Y tú, qué decías de la peli de Roy? —me preguntó Vega, desviando la conversación de un modo más que evidente—. ¿No le habías dicho ya que no te ibas a Los Ángeles?

—Sí, porque me lo pidió Jorge —afirmé—, aunque no paro de darle vueltas a que creo que

me he equivoca…

—Sí, te has equivocado. —Sofía se cruzó de brazos—. Perdona que sea tan directa, pero llevas años quejándote de que nunca te ofrecen un buen papel y, cuando te dan la oportunidad, tú vas y la rechazas.

—Ya, bueno, entiéndeme… —intenté justificarme—. Me pasa como a Vega, yo tampoco quiero poner en peligro mi matrimonio. Ya está todo bastante raro con Jorge desde que le confesé que no quería que tuviésemos hijos. —Bebí un poco más de vino—. Pero, cuando me acuerdo de que yo lo animé a irse a Connecticut, me duele que él no haga lo mismo por mí.

—Tu marido está siendo muy egoísta —apuntó Vega.

—Ya… —suspiré—. Últimamente, no paro de pensar en que Martín nunca me habría pedido algo así.

Mis amigas se miraron. Vega estaba a punto de hablar, pero el camarero llegó con los postres. Cogí una cucharita y partí un pedacito de tarta.

—Tengo la sensación de que Jorge y yo hemos vuelto al mismo punto y no encuentro la manera de salir de ahí —continué—. Haga lo que haga, no puedo cambiarlo yo sola.

Y no sabía si eran las dos botellas de Rioja o la necesidad de desahogarme después de haberlo rumiado durante mucho tiempo, pero, como si hubiera abierto un grifo, empecé a analizar lo que fallaba en mi matrimonio y a compararlo con los nueve años que había estado con Martín.

Mis amigas me escucharon con paciencia. Incluso después de repetirles unas trescientas veces que mi relación con Jorge no era mala, pero que no sentía que me quisiera como a mí me gustaría…

—… porque no te quiere como lo hacía Martín —terminó la frase Sofía, y las dos sonrieron.

—Blanqui, me parece acojonante que, teniéndolo tan claro como lo tienes, te cueste tantísimo darte cuenta —dijo Vega.

—Es verdad —la apoyó Sofía—. No haces más que dar vueltas a las cosas para llegar a la misma conclusión.

—¿Y qué conclusión es esa? —pregunté. Sofía enarcó una ceja para evitar responder—. No, no, no. —Moví la cabeza al entender a lo que se refería—. No puedo dejar otra vez a Jorge.

—¿Por qué? Tú misma nos has contado que no estáis bien. —Sofía me tomó la mano—. Lleváis seis años casados, más los doce de la otra dimensión, eso hacen un total de dieciocho… Sin contar el tiempo que os veíais a escondidas mientras aún no te habías divorciado de Roy. —Quise soltarme, pero me apretó la mano con fuerza—. En serio, Blanca, después de veinte años, ¿qué más necesitas para aceptar que lo vuestro no va a funcionar?

Me volví hacia Vega, buscando apoyo, pero mi amiga se echó hacia atrás.

—Opino igual que Sofi. —Encogió los hombros—. En el fondo, tienes muy claro que te encantaría volver con Martín, pero te empeñas en ignorar las señales.

—¿Qué señales? —pregunté.

—¿No te parece una señal que Martín se haya separado en esta dimensión? —Vega resopló, exasperada—. Es como si el universo te lo hubiera puesto en bandeja.

—Pero también se separó en la otra —añadió Sofía, extrañada.

—¿Cómo sabes eso? —le pregunté—. Si no teníamos contacto con él.

—David y yo nos lo encontramos una vez por la calle, poco antes de la tormenta —explicó Sofía—. Es verdad que no eran tan amigos como ahora, pero tenían buena relación. Estuvimos hablando un rato con Martín; tenía muy mala cara y nos contó que venía de firmar los papeles del divorcio.

Al escucharla, me quedé helada. Llevaba años convencida de que él no era para mí porque su futuro estaba junto a Gloria, pero eso lo cambiaba todo. A lo mejor, Roy tenía razón. Miré a mis amigas:

—¿Sabéis esas veces que las cosas se repiten de la misma forma aunque lo intentemos evitar? —les pregunté—. Creo que es porque el universo trata de enseñarnos algo.

—¿Qué quieres decir? —Vega se echó hacia delante, prestándome atención.

Les expliqué la teoría que me había contado mi exmarido poco antes de Navidad, por la que, en la vida, se te presentaban las mismas situaciones, una y otra vez, hasta que aprendías la lección. Dudé si contarles que Roy era también un viajero del tiempo como nosotras, pero decidí que era mejor omitirlo. Harían demasiadas preguntas y me reprocharían que no se lo hubiera dicho cuando me enteré.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Sofía.

—Por Carl Jung. Encontré una frase suya en Instagram y seguí investigando hasta llegar a esa conclusión.

—¡Hostia, pues tiene todo el sentido del mundo! —exclamó Vega, que se había quedado boquiabierta—. Mejor me lo pones, Blanqui. Con Jorge te ha vuelto a pasar lo mismo, así que está claro que por ahí no es.

—¿Crees que debería dejar a mi marido y volver con Martín? —pregunté mientras una oleada de nervios me subía por el estómago.

—¡Claro que sí, tienes que decírselo cuanto antes! —Entusiasmada, Vega abrió el bolso y sacó su teléfono—. Creo que han quedado esta tarde para ver el partido, voy a preguntarle a David dónde van a…

—Chicas, relajaos un poco, que se os está yendo la olla. —Sofía movió los brazos para llamar nuestra atención—. Antes de hacer algo así, hay que tener muy claras las cosas. Con unos cuantos vinos, no es el mejor momento para tomar una decisión que va a ponerlo todo patas arriba.

—Tienes razón. —Vega soltó el móvil y volvió a meterlo en el bolso—. Hay que esperar a que se nos pase el pedo. Pero, Blanqui, está tan claro… ¡Hasta el universo te está diciendo: «Amiga, date cuenta»!

Me reí. Aunque le prometí a Sofía que esperaría a que se me pasara la borrachera, ya había tomado una decisión. Las cosas con Jorge no iban a funcionar nunca, por mucho que me empeñase. Era imposible salvar una relación que estaba destinada a fracasar.

Llevaba muchos años pensando que, en la otra dimensión, lo había dejado por un estúpido arrebato, pero, tras pasar otra vez por lo mismo, me había dado cuenta de que no era así. Mi relación con Jorge nunca había sido maravillosa, como me había empeñado en creer, solo la que más me había durado… hasta que viajé en el tiempo.

Había sido Martín quien había curado mis heridas y me había enseñado a confiar. Con el que había aprendido a resolver los problemas en vez de salir corriendo; con quien podía ser yo misma, mostrarme tal y como me sentía en cada situación, y que, aun así, no dejara de quererme. Porque nunca nadie me había querido como él. Después de tantos años, por fin, lo veía claro.

—¿Pedimos la cuenta y nos vamos a tomar una copa? —pregunté.

Como un resorte, Vega levantó la mano y le hizo una seña al camarero. Sofía negó con la cabeza.

—Lo siento, chicas, id vosotras. Voy a llevar a las gemelas al cine. La semana pasada estrenaron una peli de dibujos que a Sofi le gustó muchísimo en la otra dimensión.

—¿Es la del espacio? —preguntó Vega, distraída, mientras revisaba el *ticket* que acababan de

traer—. El miércoles fue a verla Ainhoa y le encan… —No terminó la frase. Señaló la cuenta y carraspeó un par de veces—. Salimos a treinta y uno con diecinueve cada una. Treinta y cinco con la propina.

Sofía asintió y dejó el dinero en el platito. Vega y yo hicimos lo mismo.

Al salir del restaurante, nos despedimos de Sofía con un abrazo.

—No hagas locuras, Blanca, por favor —me pidió antes de irse—. Espérate, al menos hasta mañana, antes de decirles nada.

—¡Señor, sí, señor! —contesté haciendo el saludo militar. Mi amiga sacudió la cabeza y se rio.

—¡Pasadlo bien y no bebáis mucho! —Agitó la mano y se alejó calle abajo.

Le mandamos besos hasta que la perdimos de vista.

—¿Unos *gin tonics*? —Vega me pasó un brazo por los hombros—. Conozco un sitio nuevo aquí cerca que te va a encantar.

CAPÍTULO 13
CUATRO GIN TONICS Y TODO SU AMOR

Sábado, 30 de junio de 2018
MARTÍN

El *pub* irlandés de la Rambla estaba medio vacío. Había quedado con David para ver el Mundial. Además de nosotros, y de un par de chavales al otro lado de la barra, solo dos o tres mesas estaban ocupadas. Casi todas por turistas ingleses que seguían el fútbol en la pantalla gigante. Supuse que, tras la vorágine de Las Hogueras, la gente estaba agotada de tantos días de fiesta. O, a lo mejor, todavía era temprano. No debían ser ni las diez.

—Te está mirando la camarera. —David dio un trago a su cerveza.

—No empieces —resoplé.

—Que sí, hostia, que no te ha quitado el ojo de encima desde que hemos entrado.

Bebí y lo ignoré, concentrado en el partido. No hacía ni cuatro meses que me había divorciado y mi amigo estaba obsesionado con que encontrase a alguien.

—Ahí la tienes otra vez —insistió—. Y está tremenda. Tú verás.

—Joder, macho, eres peor que mi madre.

La señaló con la cabeza y me giré hacia ella. A unos tres metros, tras la barra, nos contemplaba secando unos vasos.

Debía tener más o menos nuestra edad y era muy atractiva. De esas mujeres a las que resultaba imposible no mirar. Su melena rizada era del mismo rojo intenso que sus labios y llevaba un arito de plata en la aleta izquierda de la nariz. Un enorme tatuaje le recorría el brazo derecho. Rosas cubiertas de espinas. Subían por el codo hasta el hombro, serpenteaban por su clavícula y descendían otra vez hacia el ombligo… O eso parecía insinuarse bajo los tirantes de su camiseta.

Cruzamos la mirada y sonrió. Respondí con otra sonrisa.

—Voy al servicio. —David apuró su cerveza y dejó la botella en la barra—. Pídele otra ronda, que esta la pagas tú.

Me palmeó la espalda y se fue. Levanté dos dedos en el aire. La pelirroja asintió. Terminó de secar el vaso que tenía en la mano, lo dejó en la repisa y se agachó para sacar de la nevera otros dos tercios. Fingí concentrarme en el fútbol, pero mis ojos volvían a ella. Una y otra vez. No solo era magnética, también me resultaba familiar. Esas rosas ya las había visto antes. Intenté hacer memoria mientras se acercaba.

—¿De qué nos conocemos? —pregunté, curioso, cuando llegó a mi altura.

—¿Es tu frase para ligar?

—Hace tanto que no ligo que no sabía que necesitaba una frase —respondí, alzando las cejas.

Se rio. Quitó la chapa a las botellas y las empujó hacia mí. Agarré una cerveza.

—En serio, me suenas mucho y no sé de qué —insistí antes de darle un trago.

—Pues déjame que piense… —Se apoyó en la barra con los brazos cruzados bajo el pecho. Tuve que hacer un esfuerzo para mirarla a los ojos—. Creo que no hemos trabajado juntos en ningún garito. —Negué—. ¿Del barrio? ¿Vivías por Carolinas? —Volví a indicarle que no—. Pues como no nos hayamos enrollado una noche que fuésemos muy pedo… —Cuando vio mi cara, se volvió a reír—. Habría sido en los últimos años, llevaba toda la vida con mi novio del instituto.

El recuerdo se desbloqueó. Di una palmada en la barra y sonreí, satisfecho.

—Ya sé de qué me suenas. Tú eres la novia de Fuster. De Rubén Fuster.

—Exnovia —aclaró, recalcando lo de «ex». Ladeó la cabeza y me observó unos segundos, como si tratara de ubicarme—. Sí, es verdad, tú jugabas con él al fútbol. Estabas con… esa chica que es actriz, ¿cómo se llama? —Desvió la mirada y se mordió el labio. Lo debía de tener en la punta de la lengua—. ¡Blanca! Sí, Blanca Suárez. —Me señaló—. Eres el novio de Blanca Suárez.

—Exnovio —recalqué lo de «ex» del mismo modo en que lo había hecho ella.

—¿Manuel? —preguntó.

—Martín.

—Casi. —Chasqueó la lengua—. Encantada, Martín.

Se inclinó hacia adelante. Intenté acordarme de su nombre, pero era muy difícil concentrarse con esos ojos verdes pendientes de mí. Me froté la nuca, algo avergonzado.

—Yo no me acuerdo del tuyo.

—Tranquilo, nunca se acuerda nadie. —Se encogió de hombros—. Me llamo Dafne. Y no sé en qué pensaba mi madre cuando me puso este nombre de ninfa griega.

—Dafne —repetí—. Seguro que ya no se me olvi…

—*¡Señorrita!* —gritó uno de los guiris y los dos nos giramos—. ¡Más *servesa*, por favor!

—Ahora vengo. —Dafne me guiñó un ojo y fue a atenderlos.

La seguí con la mirada hasta la mesa. Agarré mi cerveza, me apoyé en la barra y noté una vibración. En el móvil de David parpadeaba la foto de su mujer. Miré alrededor, pero no había ni rastro de mi amigo. Seguro que había salido a la calle a hacer tiempo para darme cancha. Lo dejé sonar hasta que saltó la llamada perdida.

Dafne regresó un par de minutos después. Llenó un cuenco de frutos secos, que colocó junto a mi tercio, y se puso a cortar un limón.

—Y ahora estás… ¿casado? —me preguntó.

Iba a responder cuando el teléfono de David vibró de nuevo. Además de la cara de Vega, en la pantalla aparecía «Mi amorcito».

—¿No contestas? —Señaló el móvil con el cuchillo.

—No es el mío. —Di un trago a mi cerveza—. Yo estoy… divorciado.

Se me hizo muy raro. Era la primera vez que lo decía en voz alta.

La llamada se cortó. Al instante, el móvil volvió a vibrar otra vez.

—Yo creo que deberías responder, parece que no puede esperar…

Dudé. No era mi teléfono, pero Dafne tenía razón. Podía ser urgente. Pulsé el botón verde y lo acerqué a mi oído.

—Amor, ¿dónde estás? Necesitamos ayuda. —Vega empezó a hablar sin que pudiese avisarla de que no era David—. Hemos bebido un poco… Bueno, un poco, no, hemos bebido mucho, y Blanca se ha caído y se le ha roto el tacón y nos hemos tenido que sentar aquí en esta calle que no sé qué calle es… Blanqui, ¿qué calle es esta? —Escuché a Blanca de fondo, pero no fui capaz de entender lo que decía—. Joder, cabrona, si es que tú vas mucho peor que yo. —Bufó —. Amooor, ven, porfa, que esta no puede andar y yo voy más pedo que Alfredo y… —Vega se empezó a descojonar—. De verdad, es que no sabes qué hostia se ha metido… Espera, voy a la esquina a buscar en qué calle estamos.

David apareció a mi lado. Al verme con su teléfono, enarcó una ceja.

—Es tu mujer, está con Blanca —le expliqué—. Hay que ir a buscarlas. Llevan una tajada encima que no se tienen en pie.

—¿Dónde están?

—Navas… calle Navas —dijo Vega al otro lado de la línea.

—Enseguida vamos. —Le devolví el móvil a David y salimos a toda prisa del bar.

Las encontramos sentadas en un bordillo. Se reían de un pedazo de plástico que sujetaba Blanca. Tenía el vestido sucio, arañazos en el muslo y la rodilla ensangrentada. Se había dado un buen golpe. Verla partirse de risa me tranquilizó.

—¡Miraaa, tíííaaaaaaa, son nuestros chicosss! —Blanca nos señaló con lo que resultó ser el tacón de su sandalia—. ¡*Ya'ssstamos* los cuatro! ¡Como en los viejos tiemposss!

—¿Estás bien? —Me agaché a su lado para examinar la herida. Solo era un raspón, no parecía grave.

—*Ssstoy* bien, cariño —balbuceó—. Creo que me han echado algo en la copa.

—Sí, ginebra con tónica. Cuatro veces —añadió Vega, y volvieron a troncharse.

—Joder, cómo vais. La madre que os parió. —David le tendió la mano a su mujer para ayudarla a levantarse—. A ver si os controláis un poquito, que ya no tenéis dieciséis años.

—¿Ah, no? —Blanca fingió sorprenderse—. Tía, sssaca el vino y di las palabras mágicas.

—¿Ahora? —contestó Vega—. Pero si no llueve…

La carcajada que soltaron fue monumental. Vega incluso dio un traspiés y cayó sentada en el suelo. Mi amigo me miró, perplejo.

Entre los dos volvimos a levantarla. David la sujetó por la cintura para mantenerla en pie. Ella tiró de mi brazo y susurró:

—Quédate con Blanqui, Martín, que creo que quiere decirte algo…

—¡Te he oído, cabrona! —le contestó su amiga desde el bordillo. Vega se tapó la boca para ahogar la risa.

—¿Te ocupas tú? —me preguntó David—. No puedo con las dos yo solo.

—Descuida. Mañana hablamos. —Le di una palmada en el hombro.

Vega nos lanzó unos besos y nos dijo adiós.

Cuando se fueron, me acuclillé frente a Blanca, que alargó la mano y me peinó con los dedos.

—Qué guapo eresss…

—Vaya borrachera llevas. —La tomé por las axilas e intenté levantarla—. Anda, preciosa, agárrate a mí.

—Me cuidas taaaanto… —Blanca me rodeó el cuello con los brazos—. Tendría que haberme casssado contigo. Soy imbécil por casssarme con gente que no me quiere tanto como tú.

—¿Ha pasado algo con Jorge? —pregunté, preocupado, mientras nos incorporábamos.

—Aún no. —Movió la cabeza hacia ambos lados—. Passsará, no existe ninguna forma de evitarlo… Pero ya no me importa, porque siempre fuissste tú. —Se abalanzó sobre mí e intentó

besarme. Al darse cuenta de que la rehuía, levantó las cejas—. ¿Qué haces? ¿Ya no me quieresss?

—No digas tonterías.

—¿Y por qué no me besssas? —Estudió mi cara. Debía de ver doble, porque cerró un ojo como si tratase de enfocarla—. No, no, Martín, tú, no… —Negó, alarmada—. Dime que no has dejado de quererm…

Se echó hacia atrás y perdió el equilibrio. La sujeté de la cintura para que no se cayera al suelo.

—Blanca, has bebido demasiado, creo que no eres consciente de lo que dices.

—Sí lo soy, soy consssciente de toooodo lo que digo y… ¿sabesss qué? —Colocó su dedo índice contra mi pecho—. Que te quiero, Martín, que tú eres el amor de mi vida. Tú y sssolo tú. —Presionó, dando golpecitos—. Siempre lo fuissste, pero nunca lo he sabido ver.

Me quedé sin aire. Le sostuve la mirada, intentando averiguar si lo había dicho en serio o solo era producto del alcohol. Blanca se frotó los ojos y apoyó la frente en mi hombro.

La abracé. Ella sí que era mi gran amor. Me habría encantado confesarle que aún me volvía loco, que me moría por besarla una vez más…

No podía hacerlo. No esa noche. No en esas circunstancias.

Blanca se apretujó contra mi pecho. La escuché decir mi nombre.

—¿Estás bien, preciosa? —Di un paso atrás para separarla de mi cuerpo.

Levantó la cabeza despacio y me miró.

—Martín —repitió—, te quiero taaaanto…

Sonreí. Le aparté un mechón de pelo que le caía sobre la cara.

Me devolvió la sonrisa.

Y cuando estaba a punto de mandarlo todo a la mierda y decirle que yo también la quería, Blanca dio una sacudida y me vomitó los cuatro *gin tonics* y todo su amor.

Me despertó el golpe seco de la puerta principal. Frente a mí, una hilera de muñecas me observaba desde una estantería. Parpadeé, confundido. Miré alrededor, sin saber dónde estaba. Recordé que en el cuarto de mi hija, porque Blanca había dormido en mi cama.

La noche anterior, después de la vomitera, la había dejado sentada en un portal y me había ido corriendo a por agua a un veinticuatro horas. Por suerte, no tuve que esperar la cola. Se apartaron y me dejaron pagar primero. Supuse que el olor de mi pantalón tenía la culpa.

Al volver de la tienda, Blanca se había quitado las sandalias. Tenía, al menos, medio paquete de chicles en la boca. Casi no los podía ni masticar. Le tendí una botella para que se enjuagase, la otra la vacié directamente sobre mis vaqueros.

—¿Te encuentras mejor? —pregunté.

Blanca asintió, se secó con un clínex y sacó los chicles del bolso. Se echó a la boca otros cuatro o cinco.

—*¿Quie’esss?* —me ofreció con la boca llena.

Los rechacé con la mano. Ella se encogió de hombros y los volvió a guardar.

Nos quedamos en silencio. Blanca echó un vistazo a su móvil con los ojos entornados. No debía ver nada, porque estiró poco a poco el brazo para alejarlo.

—¿Te recoge tu marido? —pregunté. Negó con la cabeza.

—*Ta’n Mad’id.* —Metió el móvil en el bolso y cerró la cremallera. Refunfuñó algo que no logré entender.

No me hacía mucha gracia dejarla sola con el pedo que llevaba, así que la invité a pasar la

noche conmigo. Aceptó al instante. No tardé ni un segundo en convencerla. Lo que sí nos costó fue llegar. Casi una hora y cincuenta euros, exactamente. Los que tuve que pagarle al único taxista que accedió a llevarnos en aquel estado.

Al entrar en casa, Blanca me preguntó si tenía colutorio.

—En el aseo del pasillo —le indiqué—. Me parece que también hay algún cepillo de dientes en el armario —añadí mientras la acompañaba.

Encontré un paquete de tres que estaba sin estrenar. Lo abrí y le pasé uno. Ella soltó un gritito de felicidad, como si le hubiera regalado un tesoro. Lo llenó de pasta hasta arriba y empezó a cepillarse.

—Me doy una ducha rápida. —A través del espejo, señalé hacia el baño del dormitorio. Asintió con la cabeza.

Hice una parada en la cocina, donde me quité los vaqueros y los metí en la lavadora. Pensé en echar también los bóxer, pero no era plan de ir en pelotas por casa con Blanca pululando por ahí. Terminé de desnudarme en el baño y entré en la ducha.

Mientras me enjabonaba, repasé la noche, que parecía sacada de un programa de cámara oculta. Blanca me había dicho que me quería. No solo eso: me había dicho que era el amor de su vida, pero que nunca lo había sabido ver. Y, aunque llevara una borrachera importante, una declaración así no la podíamos pasar por alto. Tendríamos que hablarlo en algún momento. Tal vez por la mañana, con el café.

Cerré los ojos. El agua tibia cayó por mi cuerpo y arrastró el jabón. Blanca y yo, otra vez juntos. Sonreí. Me costaba creer que fuera verdad. Recordé lo que decía Eloy: si está destinado a ocurrir, da igual lo complicado que parezca. Y tenía razón. A veces, solo se podía esperar. Había pasado mucho tiempo, pero, al final, Blanca había regresado.

—¿Me haces un huequito? —escuché detrás de mí.

Pegué un brinco. No la había oído entrar. Me fui a girar, pero caí en que estaba desnudo.

—¿Qué haces aquí? —Me cubrí la entrepierna con las manos.

—Ducharme contigo. —Pegó su cuerpo a mi espalda. Confirmé que ella también se había quitado la ropa—. ¿Me pasas el gel?

Estiró el brazo y rodeó mi cintura. Le alcancé el bote. Se separó de mí, supuse que para enjabonarse. Aunque ella estaba detrás y no podía ver nada, mi cabeza fue por libre y comenzó a visualizarlo. Casi a cámara lenta. Con todo lujo de detalles.

Apoyé la frente en las baldosas. Durante quince años, había fantaseado un millón de veces con que Blanca entrara por sorpresa en mi ducha. Tenía que cumplirse justamente esa noche. En otra vida, debía haber sido un grandísimo cabrón y el karma se lo estaba cobrando. No se me ocurría otra explicación.

—Reláájate, Martín, que no es la primera vez que nos duchamos juntos… ¿Te acuerdas en el baño de tus padres? —preguntó con una risita juguetona—. Una vez, creo que era mi cumpleaños, tu hermano dijo que mis gritos se habían escuchado por todo el barrio. —Se acercó un poco más a mi oído—. Aún recuerdo lo que me hacías aquella mañana.

Resoplé. Yo también lo recordaba. Perfectamente. Y mi cuerpo tampoco se había olvidado, por la manera en la que reaccionó.

—Ahora que lo pienso… —ahogó otra risita—, en esta ducha los vecinos también me han oído gritar.

Estaba muy cerca. Tan cerca como para girarme unos centímetros y rozar sus labios con los míos. Como para bajar mi mano por su cuerpo, deslizar mis dedos entre sus piernas y acariciarla muy despacio hasta que explotase de placer. Pero no esa noche. Los dos nos arrepentiríamos.

—Vale, ya estoy listo, voy a salir.

Me di la vuelta con brusquedad. Blanca se desestabilizó y tuve que sujetarla para que no se cayera.

Nos quedamos frente a frente.

La mirada clavada el uno en el otro.

Su respiración rozando mis labios.

Soltó un gemido y se frotó contra mí. Cada centímetro de su piel presionaba mi cuerpo desnudo. Era una puta tortura.

Tragué saliva. Solo se me ocurría una forma de salir de ahí sin hacer nada de lo que nos lamentásemos después.

—Agárrate a mí, preciosa, porque creo que hoy también van a escuchar tus gritos.

Y, antes de que pudiese replicar, eché la mano hacia atrás y giré el mando del grifo hacia el agua fría.

Desde la pared, las muñecas de mi hija sonreían cómplices. Parecían recordar aquel chillido. No quería ni pensar qué habrían imaginado los vecinos al escucharla.

Tras la ducha, cuando recuperamos el aliento, le había prestado una de mis camisetas para dormir. Ella se había acostado en mi cama y dado unas palmaditas en el colchón, invitándome a que me echase a su lado. Negué con la cabeza. Me di la vuelta para irme.

—¿Adónde vas? —preguntó, extrañada.

—Al cuarto de la nena.

—Quédate. Duerme conmigo —me rogó—. Dormir, nada más. Te prometo que no voy a provocarte.

—Es mejor que me vaya a la otra habitación.

—Por favooor, Martín —insistió, con voz lastimera—. Quédate conmigo. Solo necesito que me abraces.

Me lo pedía con tanto ahínco que no pude decirle que no. Me tumbé junto a ella y estiré el brazo sobre la almohada para que se acercase. Blanca se acurrucó en mi pecho.

—Nos vamos a morir de calor —me reí mientras la abrazaba.

Me pareció que sonreía. Le acaricié la espalda, despacio. Cerré los ojos.

Todo estaba en calma. La brisa fresca que entraba por la ventana contrastaba con su cuerpo caliente, pegado al mío. No escuchaba más que algún coche en la calle de vez en cuando, y su respiración, que se volvía poco a poco más pesada.

—Martín, ¿tú todavía me quieres? —rompió el silencio.

Suspiré. ¿Cómo no la iba a querer, si llevaba toda la vida enamorado de ella? Por supuesto que la quería, pero no pensaba contestarle a esa pregunta de cualquier modo. Necesitaba mirarla a los ojos y que entendiera lo que significaba para mí.

—Mañana hablamos, preciosa. —Le besé el pelo—. Ahora, descansa.

No respondió. Di por hecho que se había dormido. Dudé si quedarme, pero no quería que se agobiara cuando me viera a su lado al despertar. Era mejor que la dejase sola. Me retiré despacio, con cuidado de no hacer ruido, y me fui a la cama de mi hija. Debí caer rendido al instante, porque lo siguiente que recordaba era el ruido de la puerta principal.

Bostecé. Me dolía todo el cuerpo, seguramente de haber dormido encogido en esa cama tan pequeña. O de la tensión de la noche anterior. Estiré los brazos, reuniendo las fuerzas necesarias para incorporarme de una vez, y me levanté.

A pesar de haber oído el portazo, albergaba la esperanza de que Blanca no se hubiera marchado sin despedirse. Con lo que había sucedido, los dos teníamos una conversación

pendiente.

La llamé un par de veces por el pasillo y me asomé a mi habitación. No estaba allí. Había hecho la cama, juraría que incluso había puesto sábanas limpias.

—Mierda —murmuré.

Oí ruido en la cocina. Crucé los dedos para que fuera Blanca preparándose el café. Era la lavadora, que estaba en marcha. Encima, una nota de papel pisada por el bote de suavizante.

Te he cogido prestado un chándal y unas deportivas que creo que eran de Gloria. Regreso esta tarde a Madrid, se lo dejaré a Vega para que te lo devuelva.

Siento mucho lo que pasó anoche. En especial, todas las chorradas que te dije. Por favor, olvídalas. Estaba borracha y no hablaba en serio.

Somos AMIGOS y es mejor que siga siendo así.

El corazón me dio un vuelco. Tuve que leerlo otra vez porque no me lo creía.

Resoplé con fuerza, echando la cabeza atrás. ¿Qué mierda era esa? Apreté el puño y se arrugó el papel. No, no podía decirme que era el puto amor de su vida y luego pretender que lo ignorase como si nada hubiera ocurrido. Aquello lo teníamos que hablar.

Nervioso, busqué mi móvil por la casa, porque no recordaba dónde lo había dejado. Recé para no haberlo olvidado en el taxi o en el mostrador de la tienda donde había comprado las botellas de agua.

Lo encontré en el aseo del pasillo, junto al colutorio. Marqué el número de Blanca.

—Vamos, cógelo, preciosa —susurré en cuanto escuché el primer tono.

Sonó un segundo. Y un tercero. Me miré al espejo y empecé a dar golpecitos en el suelo con el pie. Cinco tonos. Seis. Después del séptimo, se cortó.

Pulsé sobre su nombre para que llamase de nuevo y fui al salón a por el cargador. Tenía poca batería y no quería que se me apagase en mitad de la llamada.

Esa vez, sonaron solo tres tonos antes de que se cortase.

—No me jodas… —Miré la pantalla, atónito, y volví a marcar.

La llamada fue directa al buzón de voz.

Estampé el teléfono contra el sofá. Me llevé las manos a la cabeza y ahogué un grito.

Me había colgado. Blanca se había largado a hurtadillas para no tener que hablar conmigo y me había colgado el puto teléfono. Sin opciones. Ni voz, ni voto. Como si no tuviera derecho a replicar.

Eché a andar por el pasillo. Abajo y arriba. Daba vueltas sin llegar a ningún lado. Desde el estómago, me subió una oleada de rabia.

—Amigos… —bufé, frenándome en seco—. Claro, porque tú eres quien decide siempre por los dos… ¡Yo solo soy el gilipollas al que le toca aceptarlo!

Me froté la cara. Recordé ese gemido en la ducha, con su cuerpo pegado al mío. La forma en la que me miró justo antes de que el chorro de agua fría nos cayese encima. Blanca y yo no éramos amigos, por mucho que se empeñase. Nos teníamos demasiadas ganas. Aunque ella quisiera negarlo y salir por piernas.

Estaba harto. Harto de ser el imbécil que siempre la ponía por encima de todo. Tendría que haberla besado en la ducha, como me estaba pidiendo. Hacerla gritar mi nombre hasta que

olvidara el suyo. Y a la mierda si se arrepentía después. Me daba igual. Era su problema, no el mío.

A ver cuándo me entraba en la puta cabeza que no era mi novia. Ya no lo era. Hacía años que había dejado de serlo, aunque yo aún fuese incapaz de aceptarlo.

Exhalé con rabia. Más me hubiera valido que David se comiera solito el marrón con las dos. Tendría que haberme quedado en el bar con la camarera sexi del tatuaje… ¿Cómo se llamaba? ¿Diana? ¿Daniela…? Miré al techo, intentando acordarme. ¡Dafne! Sí, ese me había dicho que era su nombre.

—¡Joder! —Recordé también que no le había pagado a Dafne la última ronda.

Me froté los ojos. Iría esa tarde. Le pagaría las cervezas y la invitaría a una copa.

Había llegado a mi límite.

Ya era hora de superar a Blanca.

CAPÍTULO 14

LO QUE NUNCA PENSÉ QUE DIRÍA EN ESTA DIMENSIÓN

Domingo, 1 de julio de 2018
BLANCA

—No me quiere.

—¡Por Dios! Blanqui… —Vega soltó una estrepitosa carcajada al otro lado de la línea—. ¿Cómo no te va a querer? ¡Si es Martín!

—Pues Martín ya no me quiere, me quedó bien claro anoche. —Me dejé caer en el sofá mientras mi amiga se desternillaba—. Joder, no te rías, que te lo digo en serio.

—Vale, vale, no me río. —Respiró hondo, intentando recuperar la compostura, aunque le costaba una barbaridad—. A ver, ¿qué pasó cuando nos fuimos?

—Pasó que la cagué del todo. —Me tapé los ojos con uno de los cojines—. Y ahora solo quiero que me trague la tierra y desaparecer. Y que se me pase esta resaca de la muerte. Te juro que no pienso beber una gota más de alcohol en mi vida.

—La verdad es que se nos fue un poquito de las manos. —Vega se volvió a reír—. Al final, no nos tendríamos que haber tomado esos chupitos.

«¡Joder, los chupitos!». El sabor del tequila volvió a mi boca y tuve que contener una arcada. No se nos había ido un poquito de las manos, nos habíamos pasado tres pueblos, incluso más. Habían sobrado los chupitos, los cuatro *gin tonics* y las dos botellas de vino que habíamos tomado en la comida. La única con un poquito de cabeza había sido Sofía, para variar.

Aparté el cojín y eché un vistazo a mi muslo, que había amanecido cubierto con un enorme moratón. «Menos mal que nadie grabó la hostia que me metí en la calle, porque me habría hecho viral». Lo toqué un par de veces con el dedo solo para comprobar lo mucho que me dolía.

—A ver, Blanqui. —Oí que Vega cerraba la puerta, supuse que para que David no escuchara la conversación—. ¿Qué cojones le dijiste anoche a Martín?

—Pues todo lo que Sofía me pidió que no le dijera. —Suspiré con fuerza—. Que lo quería mucho, que era el amor de mi vida y que yo debía ser gilipollas porque no lo había sabido ver. Y después… —Apreté los ojos al acordarme.

No, eso no había pasado.

«Sabes que sí, Blanca», dijo mi voz interior. Y me puse a pensar en cómo se tomaría mi representante que dejase la actuación y me escondiese en un retiro espiritual en el Tíbet. Diez o doce años por lo menos.

—¿Sigues ahí? —preguntó Vega.

—Ajá —contesté.

—¿Y después?

—Le poté encima todo lo que habíamos bebido.

Me aparté el teléfono de la oreja para no quedarme sorda por la estrepitosa carcajada que soltó.

—¡No me lo puedo creer! —se descojonaba Vega—. Eres una auténtica romántica.

—Y eso no fue lo más vergonzoso que hice anoche —me lamenté.

Le conté que Martín me había ofrecido que durmiera en su casa y que yo lo había interpretado como una insinuación. Así que, cuando me dijo que iba a ducharse, me quité la ropa y entré detrás de él. En ese momento, con la borrachera, me había parecido que tenía mucho sentido, pero ya no podría volver a mirarlo a la cara nunca más. Menos aún, después de cómo Martín había respondido a mis provocaciones con el chorro de agua helada que nos cayó encima. Vega no paraba de reír.

—¿Y solo por eso has llegado a la conclusión de que no te quiere? —preguntó mi amiga—. Llevabas un pedo como una catedral y, además, estás casada. Es lógico que no quisiera echar un polvo contigo en esas condiciones.

—Ya, eso lo puedo entender… —Exhalé—. Pero le pregunté si todavía me quería y su contestación fue «Mañana hablamos».

—¿Y cuál es el problema?

—¡Que era una pregunta muy sencilla! —exclamé ante lo que me parecía una obviedad—. Una que solo admitía dos respuestas, o sí o no. Y nadie contesta «Mañana hablamos» si quiere decir que sí.

Hice una pausa, esperando que rebatiera mis argumentos, pero mi amiga se quedó en silencio, como si me diera la razón. Angustiada, lancé el cojín al otro lado del sofá y me froté los ojos.

—Al despertarme esta mañana y recordarlo todo, me quería morir —continué, nerviosa—. Solo se me ha ocurrido dejarle una nota diciendo que éramos amigos. Amigos, en mayúsculas, para que no tuviera dudas de que me había quedado muy claro. Luego he salido corriendo. —Dejé escapar un quejido lastimero—. Y encima ahora me siento fatal por Jorge…

—Hagamos recuento de daños. —Vega intentó quitarle hierro al asunto para que me tranquilizase—. En el fondo, no pasó nada entre Martín y tú, por lo que, técnicamente, no es una infidelidad.

—¿Tú se lo dirías a tu marido si estuvieras en mi situación? —pregunté, dubitativa.

—Yo no me metería en la ducha con mi ex —respondió, tajante—. Pero es diferente, mi matrimonio no está acabado.

—A lo mejor solo estamos pasando por un bache y…

—A ver, Blanqui —me cortó—, no voy a juzgar una relación que no es la mía, porque cada uno tiene sus razones para decidir si merece la pena quedarse. Yo solo sé lo que tú nos has contado, y no hablo solo de esta dimensión. Hace mucho que no estás bien. Y ayer estabas convencida de que lo de Jorge iba a fracasar por no sé qué movidas del universo.

—Ya.

Miré al techo, acordándome de la teoría de Roy, por la que ciertos momentos se repiten para que aprendas una lección. Como si no pudieras avanzar hasta aceptar que no era por ahí, por mucho que te obcecases. Y pese a que estaba convencida de que Jorge y yo no íbamos a envejecer juntos, todavía me costaba asumirlo. Nadie te enseña cómo soltar a quien aún quieres,

aunque la vida con esa persona ya no te haga feliz.

—¿Qué vas a hacer, Blanqui?

—No lo sé.

—Me parece que sí que lo sabes —dijo mi amiga—. Lo tienes mucho más claro de lo que crees.

Suspiré. Vega tenía razón. Mi matrimonio hacía mucho que se había roto, aunque yo quisiera pensar que todavía estaba a tiempo de evitarlo. Con Jorge, ya solo había una última cosa que pudiera hacer.

Me levanté del sofá y fui hacia la habitación.

—Voy a hacer la maleta, he sacado un billete para volver a Madrid esta tarde.

—Bien. ¿Vas a hablar con Martín?

—No. —Abrí el armario y pasé unas cuantas perchas.

—Deberías llamarlo.

—No puedo. Anoche la cagué muchísimo y no sé ni qué decirle.

—Dile la verdad, es Martín. Esto tendríais que hablarlo cuanto antes.

—A lo mejor más tarde, ahora mismo no soy capaz de enfrentarme a todo a la vez.

Lancé un par de vestidos sobre el colchón mientras mi amiga resoplaba.

—Tú sabrás, Blanqui, ya eres mayorcita. —Su hija la reclamó con un grito porque quería desayunar—. Tía, tengo que dejarte, ¿a qué hora coges el tren?

—Sobre las siete y algo. Te aviso cuando vaya a llevarte su ropa, pero calcula que sobre las seis.

—Perfecto, aquí estaré. Y, Blanca, habla con él, por favor. —Su hija volvió a chillar y nos despedimos.

Colgué el teléfono y seguí pasando perchas con celeridad. «No era Jorge, te empeñaste durante años en la persona equivocada», me riñó mi vocecita interna. Saqué un par de camisetas del armario y las puse junto a los vestidos. «Pero ¿cómo voy a dejar a mi marido, con lo que he luchado por él?». En mi cabeza se mezclaban tantas ideas al mismo tiempo que era incapaz de centrarme en nada. Abrí un cajón y cogí al azar cuatro o cinco mudas. Luego volví al armario para buscar unos vaqueros. «Martín, ¿tú todavía me quieres? Mañana hablamos, preciosa. Ahora, descansa».

Me tapé la cara con las manos. «¿Cómo es posible que lo haya hecho tan mal?». En esta dimensión, me había quedado atrapada en mi propia fantasía, consumiéndome en un matrimonio que ya no se parecía en nada a como lo había imaginado. Hacía años que sentía que yo era la única que se esforzaba en que lo nuestro funcionase, pero, por mucho que lo intentara, no podía conseguir que Jorge me quisiera como a mí me gustaría…

«Que me quisiera como me quiso Martín».

Fijé la vista en mi tatuaje y una punzada de dolor me atravesó el pecho. Miré hacia arriba, solté el aire por la boca, y traté de liberar ese nudo que oprimía mi garganta.

Desde hacía varios meses, muchas noches, cuando me iba a dormir, me imaginaba cómo habría sido nuestra historia si Martín y yo nunca hubiéramos cortado. Nos habríamos casado en la playa, rodeados de nuestros amigos. Tal vez en ese viaje a Cancún que soñábamos de adolescentes. Él me acompañaría a todos los estrenos porque estaría orgulloso de mí. Yo asistiría a todas sus firmas y presentaciones, y le pediría que me leyese en la cama los nuevos capítulos en los que estuviera trabajando. Seguro que habríamos sido felices, porque siempre nos veía riendo. Y sentía tanta nostalgia de esos momentos que nunca habíamos vivido, que habría pagado por volver otra vez atrás.

El día anterior, tras la comida con mis amigas, incluso estaba convencida de que Martín era el motivo por el que había viajado en el tiempo, pero, después de lo que había pasado esa noche, era obvio que me había vuelto a equivocar. No solo estaba abochornada por lo ocurrido, sino también abatida por una tristeza inmensa.

Me senté en la cama y miré en mi móvil el listado de las últimas llamadas, donde aparecían tres perdidas de Martín. La primera me había sorprendido justo después de subirme al taxi. Al ver su nombre en la pantalla, el corazón había empezado a latirme a mucha velocidad. Me había quedado paralizada con el teléfono en la mano, sin atreverme a responder. Sabía que iba a decirme que solo éramos amigos y no me veía con fuerzas para aguantar otro rechazo.

La segunda llamada me había hecho reaccionar. Estaba a punto de contestarle cuando se terminó la batería. La tercera la acababa de ver. Supuse que habría sido mientras mi móvil estaba apagado.

Dejé el teléfono en la cama y me froté los ojos. La cabeza me dolía como si me fuera a explotar. Por mucho que me diese cuenta de que quería a Martín y que desearía que estuviéramos juntos, no entendía cómo se me había ido tanto la olla la noche anterior. En algún momento lo llamaría para hablar con él, pero, como decía Sofía, era mejor hacer las cosas con calma. Debía tener muy claro lo que le iba a decir.

Además, primero necesitaba ver a Jorge.

Me levanté de la cama, me tomé un ibuprofeno para aliviar la resaca y seguí con la maleta.

Llegué a Madrid pasadas las nueve y media, después de un viaje de poco más de dos horas que se me había hecho eterno. Me dolía todo el cuerpo, y no habría sabido decir si era por culpa de la postura o de aquel runrún que se había instalado en mi cabeza y que no me había dejado relajarme ni un minuto.

Bajé del vagón y fui directa a la parada de taxis. No tenía previsto regresar a casa, al menos, hasta finales de la semana siguiente. Lo había decidido esa mañana, al despertarme sola en la cama de Martín sintiéndome una completa imbécil. Al contarle a Jorge que adelantaba el billete para esa misma tarde, lo había pillado por sorpresa.

—Me viene fatal ir a la estación, cielo —había respondido en un audio—. Estoy en mitad de unas pruebas, no puedo dejarlo a medias para ir a buscarte.

Ya ni siquiera sabía en qué proyecto estaba trabajando y, en el fondo, me daba igual. Le contesté que no había problema, que no era necesario que me recogiese. Él concluyó con el emoji de la mano que levantaba el pulgar.

El taxista guardó mi maleta y me subí en el asiento trasero. Acababa de darle mi dirección cuando empezó a sonar *What About Us* y le pedí que subiera el volumen de la radio. Cerré los ojos, recostándome contra el respaldo, y, al igual que cantaba P!nk, yo también me pregunté qué había pasado con nosotros.

No podía ser casualidad que nuestra relación hubiera fracasado en todas las dimensiones. A pesar de que, esa segunda vez, Jorge y yo habíamos partido de un pasado muy distinto, al juntarnos habíamos regresado exactamente al mismo punto. Resultaba imposible de evitar. Como decía Roy, si me empeñaba en seguir adelante, solo nos arrastraría a ser infelices. Quizá ya lo éramos, mucho más de lo que me gustaría admitir.

Observé las luces de la ciudad a través de la ventanilla. Como en una película, recordé cada una de las veces que se había truncado nuestro final feliz. La primera, en la otra dimensión, cuando me fui a dormir la noche de la tormenta, sin saber que me despertaría en mi cuerpo de adolescente. Después, su llamada de teléfono en los noventa para contarme que se marchaba a

Connecticut. La vez que nos despedimos en una cafetería, porque él pensaba que volver con Marta era lo mejor para todos. Sus disculpas en el *pub* del estreno antes de presenciar mi pedida de mano. El mensaje de «No lo hagas, cielo» que llegó después de casarme con Roy. Nuestra ruptura en su cama al enterarse de que me marchaba a Hollywood…

Habían sido muchas las señales que yo no había entendido hasta entonces. El universo me lo había mostrado de mil maneras posibles; sin embargo, no había mayor ciego que quien no quería ver.

«Pero es Jorge». El recuerdo de aquel reencuentro en La Posada borró de golpe los demás. Se me encogió el corazón. Lo quería muchísimo y me dolía en el alma que lo nuestro tuviera que terminarse. «A lo mejor todavía estoy a tiempo de salvarnos», me dije a la desesperada, intentando convencerme de que nos quedaba una última oportunidad.

Al entrar en casa, dejé la maleta en la entrada y fui a su despacho a buscarlo. Esperaba un abrazo de mi marido o una de esas frases de «¿Cómo estas, cielo, qué tal el viaje?». Sin embargo, Jorge estaba tan enfrascado en su trabajo que no me prestó ninguna atención. De hecho, ni siquiera me miró.

—Hola, Blanca —saludó mientras tecleaba—. ¿Necesitas algo? Ya te he dicho que hoy estoy muy ocupado…

Y, aun a sabiendas de que en unos instantes todo sería diferente, le solté la única frase que nunca pensé que le diría en esta dimensión:

—Creo que es mejor que lo dejemos.

Crucé los brazos. Ya no me quedaba ninguna duda.

Habíamos llegado al final.

CAPÍTULO 15

DAFNE

Domingo, 1 de julio de 2018
MARTÍN

Estaba apoyado en la barra de un *pub* del puerto, esperando a que Dafne volviera del baño, cuando sentí vibrar el móvil en el bolsillo.

Era Blanca.

Su nombre parpadeó en la pantalla con insistencia. De golpe, regresó mi cabreo. La superestrella por fin se dignaba a devolverme las llamadas… ¡diez minutos antes de la medianoche!

—Ahora no. —Colgué el teléfono y lo guardé. Apuré de un trago mi *gin tonic* y dejé la copa en la barra.

Había estado la mañana entera subiéndome por las paredes. No me podía creer que Blanca se hubiera largado de ese modo. Ni que pretendiese que lo olvidara todo, como si no hubiera ocurrido. Me había puesto de muy mala leche, pero había confiado en que recapacitaría y me daría una explicación.

Sobre las cinco de la tarde, todavía no había tenido noticias suyas y estaba harto de esperar. Había ido al *pub* a pagarle a Dafne las cervezas. No estaba seguro de si trabajaba esa tarde o si me tocaría explicarle la situación a uno de sus compañeros. En cuanto entré y la vi, respiré, aliviado.

—Vaya, si es el del *simpa* —me había saludado con retintín.

—Lo siento, se me fue el santo al cielo. —Avergonzado, saqué un billete de veinte de la cartera—. Dime que te debo de ayer y ponme una birra.

Dafne me lo quitó de las manos.

—A las de anoche invito yo, pero esta te la cobro por adelantado, no sea que vuelvas a hacerme el truquito del teléfono —sonrió. Se dio media vuelta y se marchó hacia la caja.

Enseguida regresó con el cambio y un par de tercios.

—¿Dos? —pregunté, descolocado—. Mi amigo no viene hoy.

—El segundo es para mí. —Retiró las chapas con el abridor que llevaba colgado del cinturón y me pasó uno de ellos. Alzó el otro en el aire—. A este me invitas tú, por la cara de idiota que se me quedó.

—Me parece justo. —Lo entrechoqué.

Nos mantuvimos la mirada al beber. Dafne cruzó los brazos y se apoyó en la barra, inclinándose hacia mí.

—¿Me vas a contar lo que pasó anoche? Tengo muchísima curiosidad. —Se echó a reír ante mi cara de sorpresa—. Vale, sé que la pregunta es de muy mala educación, pero también lo es largarse sin pagar las consumiciones. Estamos empatados.

Sonreí por primera vez en ese día.

—Mi ex y la mujer de mi amigo se pusieron finas. Nada importante. —Me encogí de hombros—. Parecía más grave por teléfono.

—¿Tu ex, la actriz? —Dafne se rio—. Vale, entonces, ya entiendo por qué te fuiste tan rápido de…

—No te equivoques, no hay nada que entender —la corté—. Ella y yo solo somos amigos.

—¿Amigos? —Enarcó una ceja.

—Amigos —concluí.

Giré la cabeza mientras bebía. No quería hablar de Blanca.

Dafne lo pilló y cambió de tema.

Recordamos viejas anécdotas del equipo de mi instituto. Se acordaba de casi todos mis compañeros, de cuando asistía a los partidos de fútbol para ver jugar a Rubén. También nos contamos nuestras vidas. Le expliqué que tenía una hija y que me acababa de divorciar. Se sorprendió mucho de que me ganase la vida como escritor. Charlamos en la barra hasta que terminó su turno a las ocho y le propuse que nos tomásemos una copa en otro sitio. Aceptó enseguida.

Anduvimos hacia la zona de bares del puerto. Unos amigos suyos acababan de inaugurar un garito y quería saludarlos. A mí me pareció estupendo. Lo estaba pasando tan bien que no tenía ninguna prisa por irme a casa.

Por el camino, no paramos de tontear. Dafne se agarró a mi brazo y me rozaba con su cuerpo. A medida que avanzábamos, se arrimaba más.

—Esos vaqueros te quedan muy bien. —Echó un vistazo a mi trasero de un modo muy poco disimulado—. La verdad es que no parece que vayas a cumplir cuarenta.

—En realidad, ya los he cumplido —me reí—. El mes pasado. Repetí curso de pequeño, por eso tengo un año más.

—¡No jodas! —me miró, boquiabierta—. Pues no los aparentas, para nada. Rubén ya estaba medio calvo cuando lo dejamos.

—A mí me encanta tu tatuaje. —Paseé la mirada por esas rosas que se perdían bajo el escote de su blusa—. Me pregunto dónde terminará esa enredadera…

Dafne se detuvo y señalo un par de centímetros por debajo de su ombligo.

—Más o menos, por aquí. Y el último dibujo no es una rosa.

—Ahora me muero de curiosidad —le contesté, intrigado. Alzó las cejas un par de veces y se rio.

Me presentó a sus amigos en el *pub*. Nos acomodamos en la barra mientras nos servían dos *gin tonics*. Había bastante gente para ser domingo, pero no resultaba agobiante. Con la excusa de que la música estaba alta, Dafne se pegaba a mi cuerpo al hablar. Quizá demasiado.

Nos terminábamos las copas cuando uno de sus amigos se nos acercó.

—Os invito a unos chupitos —nos dijo—. ¿Qué queréis tomar?

—Tequila —contestó ella por los dos.

—¿Tequila? —me reí—. Tú me quieres matar.

Se acercó con una sonrisa traviesa.

—Matarte, no —susurró—. Me apetece más hacerte otras cosas.

—Ah, ¿sí? —Le pasé un brazo alrededor de la cintura y la atraje hacia mí—. ¿Como qué?

—Como… —Bajó sus labios por mi cuello.

Giré la cara despacio, hasta encontrar su boca. Empezamos a besarnos.

Su amigo dejó dos chupitos en la barra, junto a un salero y un platito con limón. Dafne se separó de mí. Lamió el dorso de su mano y esparció la sal.

Nos los bebimos de un trago, mirándonos a los ojos. Apreté la boca en cuanto el alcohol me quemó la garganta. Dafne acercó a mis labios una rodaja de limón.

—Voy al baño —dijo muy pegada a mí—. Cuando vuelva, podríamos ir a tu casa y te enseño el tatuaje.

—Me parece muy buen plan. —Y la besé otra vez antes de que se marchara.

Habían pasado más de diez minutos desde que se había ido y mi teléfono volvió a vibrar. Era Blanca, de nuevo. Colgué y levanté la vista hacia la puerta de los servicios. Salió Dafne y se abrió paso en mi dirección.

Iba a guardar el teléfono cuando recibí un mensaje.

BLANCA

¿Puedes hablar?

No, no podía hablar. No quería hablar. No me apetecía hablar con ella. Ni que fuésemos amigos. Ni acordarme de que esa misma mañana se había largado de mi casa sin avisar…

Resoplé, cabreado. Ya estaba harto. Esa noche, me iría a la cama con Dafne. Estaba decidido. Y no quería acostarme con ella pensando en otra persona.

—¿Nos vamos? —me susurró Dafne al llegar junto a mí.

No contesté. La agarré de las caderas y le comí la boca.

Mientras nos despedíamos de sus amigos, el teléfono volvió a vibrar. Sin pensarlo dos veces, bloqueé su contacto.

En cualquier otro momento, lo habría dejado todo por ella. Eso se había acabado. Yo ya no estaba para Blanca.

Solo necesitaba sacarla de mi cabeza.

Entramos en casa besándonos, quizá con excesiva desesperación. Y no tenía muy claro si esa urgencia era por la tremenda pelirroja que desabrochaba mi camisa o por mi necesidad de superar cuanto antes a Blanca, para demostrarme que podía seguir adelante sin ella.

Solté las llaves en el mueble del recibidor. Saqué mi camisa del pantalón y Dafne terminó de quitármela. La dejamos tirada en el suelo. Volvimos a besarnos con avidez. La tomé de la cintura y la conduje hacia mi habitación, desabotonando su blusa por el camino.

—Dame un segundo que me quite el bolso —me pidió cuando llegamos a los pies de mi cama.

Me separé de ella. Descruzó la bandolera y la dejó sobre la silla. Apoyó la mano en el respaldo para descalzarse. La observé mientras me desabrochaba el cinturón.

—Voy a poner música. —Saqué el móvil del bolsillo. Necesitaba dejar de escuchar a Blanca dentro de mi cabeza. Ese puñetero «¿Puedes hablar?» no había parado de repetirse desde que habíamos abandonado el *pub* para coger el taxi.

Seleccioné una *playlist* al azar. Empezó a sonar U2 con *With or Without You*. Salté enseguida

al siguiente tema. Era *Animals,* de Maroon 5.

Coloqué el móvil en la mesita, junto a la cartera, y me senté en la cama. Le pedí a Dafne que se acercase.

—Me encanta esta canción. —Avanzó descalza hacia mí. Terminó de quitarse la blusa y se subió a horcajadas sobre mi regazo.

Me rodeó el cuello con los brazos. Nos besamos. Mis manos recorrieron su cuerpo hasta alcanzar el cierre de su sujetador. No quería pensar, pero, en cuanto su pecho desnudo se apretó contra el mío, la imagen de Blanca en la ducha irrumpió sin permiso.

Sacudí la cabeza. De un movimiento, tumbé a Dafne en la cama y me puse encima. Metí las manos bajo su falda, acerqué los labios a su clavícula, traté de concentrarme en recorrer esa enredadera de rosas y espinas.

Dafne cerró los ojos, se arqueó con un gemido. Mi boca descendió por su cuerpo mientras mi enfado crecía cada vez más. Me odiaba a mí mismo por desear que fuera otra persona la que estuviera desnuda en mi cama. Tiré de su falda hacia abajo. Contuvo la respiración cuando besé el pequeño corazón que se escondía bajo la última rosa, justo rozando su ombligo.

Y me di cuenta de que no iba a ser capaz.

Apoyé la nariz en su vientre y resoplé con frustración. Ella acarició mi nuca, invitándome a seguir.

—Lo siento, no puedo —me incorporé, echándome hacia atrás.

—¿Qué pasa? —Parpadeó, sorprendida.

—No paro de pensar en mi ex.

Dafne se irguió en la cama.

—Bueno, tranquilo, es normal, acabas de divor…

—No, en mi exmujer, no… En Blanca. —Me tumbé a su lado, boca arriba. Clavé la vista en el techo—. Qué patético.

Dafne se frotó la cara y suspiró.

—Si te sirve de consuelo, yo estaba pensando en Rubén. Me pasa siempre que me acuesto con alguien, no lo puedo evitar.

—Pues vaya dos gilipollas. —Resoplé.

Me acarició el brazo y se levantó. Cogió la blusa de la silla.

—¿Ya te vas? —pregunté al ver que comenzaba a vestirse. Dafne se encogió de hombros.

—¿Y qué hago aquí? Está claro que no va a pasar nada. —Agarró una de sus sandalias y se sentó en la cama mientras se la ponía—. Además, tengo hambre. Me apetecen unos macarrones… Y necesito quitarme el maquillaje. Llevo pintada como una puerta desde el mediodía y ya me pican los ojos. —Se restregó las pestañas con el dedo y se agachó a por la otra sandalia.

—Yo también tengo hambre. —Acaricié su cadera—. Quédate y preparo algo de pasta para los dos.

Dafne se dio media vuelta. Dudó un momento, pero asintió.

—¿Tendrías algo para desmaquillarme? ¿Unas toallitas, agua micelar? —Debí de poner cara de imbécil porque se echó a reír—. ¿Jabón?

—De eso sí tengo. —Me levanté de la cama y la acompañé hasta el baño.

Diez minutos después, cuando Dafne entró en la cocina con la cara lavada, el agua ya había comenzado a hervir.

—¿Pasta de Mickey Mouse? —Señaló el envase.

—Mi hija se emperró en que se la comprara. Luego no se la comió porque le daba pena

masticar al ratoncito. —Eché la mitad del paquete en la olla mientras Dafne soltaba una carcajada—. Para acompañarla, puedes escoger entre un brik de tomate frito o una salsa de *foie* y boletus de la cesta navideña de la editorial.

Agarré cada bote en una mano y los agité en el aire para que eligiera.

—Tomate. —Señaló el tetrabrik—. Soy de grandes clásicos. ¿Tienes agua?

—En la nevera. —Saqué dos vasos del armario. Los dejé sobre la encimera.

—Y, dime —guardó la botella y se llevó su vaso a la mesa—, ¿qué pasa con Blanca?

—Es un poco largo de contar. —Removí la pasta.

—Estás de suerte. El tío que me había ligado esta noche se ha arrepentido a mitad del polvo y no tengo nada mejor que hacer.

Noté cómo me subían los colores. Mi cara debía de tener el mismo tono que el brik de tomate. Dafne se echó a reír.

—En serio, Martín —insistió, cruzando las dos piernas encima de la silla—. La última vez que estuve con vosotros era verano de 1997 y parecíais muy felices. ¿Qué os pasó?

Le conté nuestra historia. Desde que Blanca y yo nos hicimos ese tatuaje juntos al final de aquel verano hasta la nota que me había dejado esa misma mañana antes de escabullirse. Me sinceré con Dafne. Reconocí muchísimas cosas que no me había atrevido a decir en voz alta delante de nadie más. Necesitaba desahogarme tras habérmelo guardado tantos años.

Al terminar, tocó su turno. Rubén la había dejado después de casi dos décadas y un buen puñado de cuernos. Se avergonzaba de haberlo perdonado tanto, pero, más aún, de seguir enganchada a un tío que nunca la había querido bien.

—Lo peor es que lo perdonaría de nuevo si viniera a buscarme otra vez —se lamentó—. Siento que nunca podré enamorarme de nadie más.

Es curioso cómo resulta más fácil contar tus miserias a una persona que acabas de conocer. O tal vez las desgracias compartidas crean esa intimidad en unas pocas horas. En la cama, ni siquiera habíamos terminado de quitarnos la ropa. Sin embargo, como amigos, nos estábamos desnudando por completo.

Cuando nos quisimos dar cuenta, eran las ocho y media de la mañana.

Dafne y yo nos vimos un montón durante las cuatro semanas siguientes. A veces me pasaba por su trabajo y nos bebíamos unas cervezas en la barra. Otras salíamos a cenar o al cine, o se venía a mi casa un domingo por la tarde a ver una película de Netflix, tumbados en el sofá. Siempre que nos poníamos a charlar, nos acababan dando las tantas.

Ese sábado por la noche fui a recogerla al *pub*. Le había tocado cubrir la sesión de tardeo y, sobre las doce y media, estaba a punto de terminar su jornada.

—¿Nos tomamos algo aquí? —Señaló una mesa libre en la terraza—. No tengo ganas de empezar a dar vueltas para buscar otro sitio.

Fui a ocuparla antes de que alguien la pillase. A los pocos minutos, Dafne salió con dos *gin tonics* y se sentó a mi lado. Nos quedamos mirando a unos tíos de una despedida que pasaban frente a nosotros.

—¿De qué lo han vestido? —Señalé al que deduje que era el novio—. ¿De periscopio?

Dafne soltó una carcajada.

—De Satisfyer.

—¡La madre que los parió! —Agarré mi copa y me acomodé en la silla. Dafne me imitó.

—La mayoría dan vergüenza ajena, pero hay algunos muy graciosos. El otro día vi a uno que iba de Cupido y estaba muy mono… —Bebió—. ¿A ti no te disfrazaron en tu despedida? —Abrí

mucho los ojos y negué con la cabeza, horrorizado—. ¿Sabes? Te acabo de imaginar con las alitas y la túnica de corazones y estarías… divino. —Empezó a partirse ella sola—. Y de flamenca también tienes un punto… ¡No! Mejor aún, ¡de animadora!

—Eres una cabrona. Te estás descojonando —protesté, intentando no reírme. Le di unas palmaditas en la pierna—. Basta. Para ya de imaginar.

—No te mosquees, tonto, que en mi cabeza estás muy guapo con los pompones —contestó, divertida, y se acercó a mi oído—. Dame una B, dame una L, dame una…¡Aaah! —se quejó porque le pellizqué la cara interna del muslo.

—Amor, ¿ese no es Martín? —escuché la voz de Vega a mi espalda.

Dafne y yo nos giramos a la vez. De pie, justo detrás de nosotros, mis amigos nos observaban desconcertados. Retiré la mano de su muslo con disimulo.

—No sabía que hoy fueras a salir, menos aún tan bien acompañado. —David se ajustó las gafas.

—Ni yo que tuviera que darte el parte —le contesté.

—No, si ya veo que no me cuentas nada. Creía que valorabas nuestra amistad. —Se acercó a Dafne—: Encantado, soy David, examigo de este gilipollas…

—En realidad, ya nos conocemos; del instituto. —Dafne se levantó para darle dos besos—. Yo era la novia de Rubén Fuster.

—¡Hostia, Fuster! —David se golpeó la frente—. ¿Qué es de su vida? Hace mucho tiempo que no lo veo.

—No sé, yo también hace mucho tiempo que no lo veo —contestó ella—. Tres años, concretamente. Desde que lo dejamos.

Me reí de la cara de mi amigo al entender que había metido la pata.

—Amor, a veces tienes muy pocas luces —le reprochó Vega, que señaló con la mano primero a Dafne y después a mí—. Es obvio que ya no está con Rubén. —Se dio un par de golpecitos en las sienes.

—Sí, es verdad, perdóname —se disculpó David—. Me he tomado un par de vinos en la cena y no rijo bien.

—¿Ya estáis de retirada? —pregunté, esperando que me dijeran que sí.

—En realidad, buscábamos un sitio para tomar una copa, pero están las terrazas llenas. —Vega señaló las dos sillas vacías que teníamos enfrente—. ¿Os importa si nos unimos? —Antes de que pudiera contestar, se sentó con nosotros en la mesa.

Miré a David, que se encogió de hombros. Resignado, tomó asiento junto a su mujer. Vega siguió hablando como si nada.

—Oye, Dafne…, porque te llamabas Dafne, ¿verdad? —le preguntó—. Siento mucho lo de Rubén. Si lo dejasteis hace tres años, ¡llevaríais juntos un montón!

—Diecinueve, ¡imagínate!

—Nosotros ya llevamos veintidós… —empezó a decir David. Su mujer le dio un manotazo para que se callase.

—¿Y puedo preguntarte qué os pasó? —Vega acercó la silla a Dafne.

—Que con lo mono que parecía, en realidad era un cabrón. ¿Te puedes creer que me puso los cuernos un montón de veces?

—¡Qué hijo de puta! —Vega abrió muchísimo los ojos.

—¿Pedimos unas copas? —David se giró hacia ambos lados para buscar a la camarera. En cuanto la localizó, levantó el brazo para llamar su atención.

Como siempre, acabamos hablando del equipo de fútbol. David aportó nuevas anécdotas que

yo tenía olvidadas. Me sorprendió que Vega sacase el tema de Rubén cada vez que podía, como si tuviera mucho interés en conocer los detalles exactos de lo que había ocurrido en su relación. A Dafne no parecía importarle. Contestaba a cada pregunta y se explayaba en las respuestas. Habían congeniado.

—Tendríamos que tomarnos unos chupitos para celebrar el reencuentro —propuso Dafne cuando la camarera trajo la segunda ronda.

—¿Otra vez tequila? —pregunté, asustado.

—Tequila no, se me ocurre algo mejor —dijo con una sonrisita peligrosa—. ¡Marisa, saca la absenta!

Su compañera soltó una carcajada.

—¡¿Absenta?! —exclamó Vega—. Tía, no me seas cafre.

—Yo no he probado nunca la absenta —admití.

—¿No? —Dafne me miró, sorprendida—. Pues, nene, hoy va a ser tu primera vez.

Antes de que pudiera arrepentirme, la camarera volvió con la botella y cuatro vasitos. Uno a uno, los llenó con un líquido verde translúcido.

—Os dejo la botella, pero no os paséis, que ya sabes lo que puede ocurrir…

—Gracias, guapa —le contestó ella, guiñándole un ojo. Cuando se marchó, repartió los cuatro chupitos.

Me lo bebí de un trago. Esperaba que me abrasara la garganta. Sin embargo, me resultó inesperadamente suave. Ese licor tenía un cierto regusto a regaliz. También sabía a alcohol, pero nada que ver con el impacto infernal de otros chupitos a los que Dafne se empeñaba en invitarme.

—No ha sido para tanto. —Dejé el vaso vacío en la mesa—. Lo prefiero mil veces a tus tequilas.

—No seas tan rápido —se rio mientras acariciaba mi rodilla—. En diez minutos, me cuentas.

David clavó la mirada en la mano de Dafne y me sonrió con complicidad. Ese gesto cariñoso no le había pasado desapercibido. Seguro que daba por hecho que estábamos liados. No lo desmentí. Si mi amigo pensaba que ya tenía novia, no me daría más la brasa con el tema.

—Yo sí que había probado la absenta; varias veces, además. —Vega se estiró en la silla—. En una de ellas, acabamos haciendo el salto de *Dirty Dancing* en medio del *pub*…

—¡Yo también! —exclamó Dafne—. ¡Con Rubén! La gente nos hizo un corrillo y nos jalearon.

A Vega le cambio la cara en un segundo. Parpadeó un par de veces, desconcertada. Enseguida forzó una sonrisa.

—Vaya, ¡qué casualidad! —Cogió la copa y bebió, con la mirada fija en la mesa.

—Yo no me acuerdo de eso. —David se rascó la frente, como si intentara hacer memoria.

—Será por el efecto de la absenta. —Dafne se volvió a reír—. Yo tampoco me acuerdo de muchas cosas o, si las recuerdo, son como en un sueño… —Giró la botella y observó la etiqueta —. La verdad es que siempre he sido de chupitos buenos, de los de verdad. No esas mierdas de cocteleras con nombres raros que nos ponían de adolescentes en los *pubs* de la Zona.

—¿No te gustaban los cerebritos? —pregunté—. Eran mierda de la buena.

—Hostia, los putos cerebritos. —David puso cara de asco y se levantó—. Voy a pedir una botella de agua. Ha sido pensar en la cosa esa con Baileys y se me ha revuelto el estómago.

Entró en el local, tapándose la boca con la mano.

—¡Qué tiempos, cuando salías con mil pesetas y aún te sobraba para la semana! —suspiró Dafne, que se echó hacia atrás en la silla—. ¿No lo echáis de menos a veces? Ojalá pudiéramos

volver atrás…

Vega empezó a toser. Dio un trago a su *gin tonic* y carraspeó un par de veces.

—La verdad es que no. Me gusta mi vida ahora tal y como es. —Cogió un par de gominolas y se las metió en la boca—. Si tuviera que volver, lo haría todo de la misma manera. No cambiaría absolutamente nada.

—A mí me encantaría que fuera posible —contestó Dafne—. Y tengo muy claro que, si volviera a tener dieciséis, nunca nunca saldría con Rubén.

Vega la miró con una expresión extraña. Una mezcla de sorpresa y compasión. Colocó su mano sobre la de Dafne, que se la estrechó, apretando los labios.

—Voy a llevarle la botella a Marisa. —Soltó la mano de Vega y se puso en pie.

Los dos la seguimos con la mirada hasta que desapareció en el interior del *pub*.

—Es una tía muy maja, lo ha debido de pasar fatal. —Vega se giró hacia mí—. Lo peor es que la entiendo. No me preguntes cómo, pero la entiendo. A la perfección. —Bajó la mirada al suelo—. Como si yo misma lo hubiera vivido.

Y, en ese instante, comprendí por qué había estado tan rara toda la noche.

—Tú saliste con Rubén en el instituto… ¿Fue eso lo que te ocurrió en el otro futuro? —pregunté sin pensar.

Vega levantó la cabeza como un resorte.

—¿Qué?

—En el otro futuro, David estaba casado con Sofía —le expliqué. Me sentía extrañamente lúcido—. Por lo tanto, tú debías estar con Rub… —Cerré los ojos—. Mierda.

—¿Cómo sabes eso? —Me miró como si hubiera visto un fantasma. Se le había pasado de golpe la borrachera.

No contesté. Apreté los labios y miré hacia otro lado. Quería desaparecer.

—Blanca, claro. —Vega resopló—. No me lo puedo creer… —Se cubrió la cara con las manos. Enseguida las retiró—. Espera, ¡¿lo sabe David?!

—No. —Moví la cabeza—. No se lo había dicho nunca a nadie…, hasta hoy. —Agobiado, me pasé la mano por la cara—. Créeme. Ni siquiera sé por qué lo he soltado en voz alta. Ha debido ser la puta absenta.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó.

—No sé, hace bastante. Diez años, por lo menos… Blanca y yo ya no estábamos juntos, pero una noche me lo contó. Quería convencerme de que siguiera con Gloria —expliqué, apresurado. Vega me estudiaba en silencio—. No me dijo lo de mi hija hasta que me divorcié. También me explicó lo de las hijas que habían tenido Sofía y David…

—¡Joder, ahora lo entiendo todo! —Apoyó la cara en las manos y exhaló con fuerza—. Tú lo sabías. Sabías lo importante que era, por eso lo lograste convencer. —Volvió a levantar la cabeza —. ¡¿Seguro que no le contaste nada?!

—Te lo juro.

—Dios, voy a matar a Blanca… —suspiró.

Le hice una seña con la barbilla: David y Dafne acababan de salir del *pub*. Su marido avanzaba hacia nosotros con una botella de agua en la mano.

—Nena, ¿te importa si nos vamos? —le preguntó—. Estoy un poco mareado.

—Sí, yo tampoco me encuentro bien —contestó Vega.

Nos pusimos en pie. Le di un abrazo a mi amigo, que me pidió que lo llamase un día de estos. Luego me despedí de Vega. Al darnos dos besos, susurró en mi oído.

—Martín, no le cuentes nuestro secreto.

Negué con la cabeza. No tenía ninguna intención de hacerlo.
Ni de volver a beber absenta nunca más.

CAPÍTULO 16
VIAJERAS

Domingo, 29 de julio de 2018
BLANCA

Me desperté con el timbre de la puerta. Me costó un par de segundos recordar que estaba en mi apartamento, en la playa de San Juan. Desde que me había separado de Jorge, me encontraba desubicada. Hacía unas semanas que me había llevado mis cosas de nuestro piso de Madrid y aún no me había acostumbrado a vivir otra vez en Alicante.

Volvieron a llamar con insistencia y me incorporé. Por la luz de la ventana, parecía muy temprano. Miré la hora en mi móvil y descubrí tres llamadas de Vega y varios mensajes de WhatsApp a las tantas de la madrugada. Como lo tenía en silencio, ni siquiera me había enterado.

—¡Sé que estás ahí, cabrona! —la escuché gritar en el rellano—. ¡Ábreme la puta puerta!

—¡Ya voy! —chillé, y me puse los pantalones cortos que estaban sobre la silla.

Corrí por el pasillo hacia la entrada, sorteando varias cajas de mudanza por el camino. Algo muy grave debía haber pasado para que Vega se plantase en casa un domingo a las siete y cuarto de la mañana.

—¡¿Se lo has contado a Martín?! —me gritó furiosa en cuanto le abrí.

—¡¿Qué?!

—¡Que lo sabe todo! —Me señaló con el dedo—. ¡Y lo sabe todo porque tú se lo has contado!

La observé, atónita, mientras se colaba en mi casa y cerraba de un portazo. Tenía la cara roja por el cabreo y unas ojeras enormes. Pasó directa a la cocina sin preguntar.

—¡Es que no me lo puedo creer! —Soltó el bolso en la mesa y se llevó los dedos a las sienes —. Hostia, Blanca, ¡¿en qué cojones estabas pensado?!

—Tía, respira. —Apunté con las palmas al suelo y moví los brazos hacia abajo—. Me acabo me levantar y no estoy entendiendo nada. Por favor, explícame qué es lo que le he contado a…

—¡Lo del viaje en el tiempo!

Me quedé muda. No podía ni reaccionar. No me cabía en la cabeza que Martín se lo hubiera dicho de manera voluntaria. Confiaba en él, me resultaba increíble que me hubiera traicionado. Tenía que haber una explicación.

—¿Cómo te has enterado? —pregunté al final.

—Ayer nos lo encontramos en la Rambla… Nos tomamos unos chupitos de absenta y, cuando estábamos a solas, se le escapó. ¡Joder, es que esto es muy fuerte! —Vega se pasó una mano por la cara—. Tenemos que llamar a Sofía.

Sacó el móvil del bolso, buscó el contacto de nuestra amiga y pulsó el botón de videollamada. A los tres o cuatro tonos, Sofía apareció en la pantalla. Se frotaba los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Estáis bien? —preguntó, alarmada.

Las dos asentimos con la cabeza.

—Ponte los auriculares —le pidió Vega, al ver que estaba en la cama con Alba—. Es algo entre nosotras tres… —Se giró hacia mí—. O al menos eso creía yo.

Solté un bufido. Me levanté de la silla y saqué una taza del armario. Necesitaba un café.

—Pero ¿qué hora es? —preguntó Sofía en un susurro mientras avanzaba por el pasillo—. Estaba dormida.

—Las siete y media. —Vega resopló—. ¡Suerte que tú has podido dormir!

La pantalla enfocó el techo. Debía haber dejado el móvil sobre una mesa para colocarse los AirPods. Metí una cápsula en la cafetera y pulsé el botón.

—Ya. —Sofía volvió a aparecer, presionándose la oreja con el dedo—. ¿Qué ha pasado?

—¡Que Blanca le ha contado a Martín lo del viaje en el tiempo! —exclamó Vega de carrerilla, como si las palabras le quemasen en la boca.

—¡¿Qué?! —gritó. Miró a su alrededor y añadió en voz baja—. ¿Por qué se lo has contado?

—A ver, que no se lo he contado ahora mismo, se lo dije hace un montón. Creo que fue justo después de tu boda. —Apagué la cafetera y volví con la taza a la mesa—. Se había peleado con Gloria y estuvimos a punto de enrollarnos, pero se rayó. Lo intenté convencer de que volviera con ella y…

—Y no se te ocurrió nada mejor que soltárselo. —Vega terminó la frase por mí.

—No fue exactamente así —me justifiqué—, pero sí. Digamos que no encontré muchos más argumentos. —Me encogí de hombros y bebí un sorbo de café.

—¡Y se queda tan pancha! —Vega apoyó el móvil contra el frutero y se levantó—. ¡¿No te diste cuenta del marrón en el que nos metías a nosotras?!

—Pues, mira, no. Lo siento, pero no. Ni siquiera lo pensé. —Me volví hacia Sofía, que nos observaba con los ojos como platos—. Míralo por el lado bueno, gracias a eso, tú has tenido a tus hijas. Te recuerdo que fue Martín quien convenció a David de que fuera el donante…

—¡¿David lo sabe?! —exclamó Sofía.

—No —respondí, rotunda—. Martín me juró que no se lo dijo.

—Espera, Blanca, no sé si lo he entendido bien. —Sofía volvió a frotarse los ojos—. Todo este tiempo… ¿Martín ya lo sabía? Pero si decías que no querías contárselo a nadie.

—Te equivocas —la corregí—. Dije que no quería contárselo a Jorge.

—¡Hay que joderse! —Vega miró al techo y soltó una carcajada incrédula.

—Chicas, tengo un montón de preguntas y aquí no puedo hablar. Me visto y voy a tu casa. Dadme veinte minutos —nos pidió Sofía.

—Vale —contestó Vega, y cortó la videollamada.

Dejó el móvil en la encimera y sacó otra taza del armario.

—Tía, perdóname —dije casi en un susurro.

—Estoy muy enfadada, Blanqui. —Colocó una cápsula en la máquina y presionó el botón para que saliera el café.

—Ya. —Bebí otro sorbo sin quitarle la vista de encima.

Sacó el azucarero y la leche, y los llevó a la mesa. En cuanto la cafetera paró, cogió su taza y

se sentó junto a mí.

—Ayer fue una noche muy rara. —Se sirvió un poco de leche del tetrabrik—. Entre eso y lo de Dafne, apenas he dormido.

—¿Lo de Dafne?

—Dafne también estaba en el *pub* y me contó que Rubén… —Dejó de remover el azúcar y me miró—. Lo siento, Blanqui, pero creo que Martín y Dafne están juntos.

Se me paró el corazón. Agarré mi taza con fuerza, porque estuvo a punto de escurrírseme de entre las manos.

—¿Dafne, Dafne? —pregunté con un hilo de voz—. ¿Dafne la de tu Rubén? Esa Dafne… ¿con Martín? —Vega asintió—. ¿Te lo dijo él?

—No, pero nos los encontramos a los dos solos, sentados juntitos en una terraza y él le estaba metiendo mano… Blanco y en botella. —Se encogió de hombros.

Miré al suelo y tragué saliva. «Martín y Dafne». Inspiré hondo, porque sentía que estaba a punto de ponerme a llorar.

—¿Desde cuándo están saliendo? —pregunté.

—No lo sé, Blanqui. —Vega puso una mano en mi pierna—. Al volver a casa, le pregunté a David, pero él tampoco lo sabía. Martín no le había contado nada.

Dejé la taza en la mesa y me levanté. Avancé un par de pasos al suelo.

—Pero ¿Dafne no estaba todavía con Rubén? —Me volví hacia Vega—. Si los vi por la calle hace cuatro o cinco años…

—Ya no, nos dijo que habían cortado hacía tres.

Fui a la nevera y llené un vaso de agua. «Seguramente, Martín ya estaba con ella la noche de mi borrachera», asumí mientras todo empezaba a cobrar sentido. Ya tenía la explicación de por qué me había rehuido y no había contestado a mi pregunta de si todavía me quería. «Por eso insistía tanto en que hablásemos al día siguiente, para contarme que había rehecho su vida con Dafne». Bebí, procurando calmarme, aunque cada vez me encontraba peor.

Hacía casi un mes que Martín me había bloqueado en el móvil. Había tratado de hablar con él un montón de veces desde que había roto con Jorge, pero siempre que entraba en WhatsApp, el icono gris sustituía a su foto entre mis contactos. Tampoco le llegaban mis mensajes. Tenía, al menos, veinte o treinta con una sola rayita gris. Supuse que había tomado esa decisión tras agobiarlo esa noche con mis llamadas. «¡Como si no hubiera sido suficiente con haberlo acosado en la ducha!», me lamenté. O quizá Dafne y él estaban en la cama y yo no paraba de molestar. El corazón se me encogió ante esa imagen. Apreté los ojos y me tapé la cara con las manos. «Debí parecerles patética».

—Martín está con otra —murmuré—. No me lo puedo creer…

Se me escapó un sollozo. Mi amiga se levantó y me frotó la espalda.

—Ya, tía, con Dafne, ni más ni menos… No sabes lo muchísimo que te entiendo ahora mismo —dijo mi amiga, intentando consolarme—. ¡Puto universo, para ya de descojonarte de nosotras!

No pude evitar reírme. En el fondo, resultaba irónico que fuese Dafne la que había acabado con Martín después de tantos años con el ex de Vega.

—Al menos, es una buena tía… —empecé a decir.

—Es muy maja, Blanqui —me interrumpió Vega—. Y lo ha debido pasar fatal. Ayer me contó que, en diecinueve años, Rubén le puso los cuernos tantas veces como a mí. Se merece a alguien como Martín, por mucho que nos joda… —Asentí con la cabeza—. Anoche se les veía felices, parece que se llevan genial.

Retiré las manos de mi cara e inspiré hondo. Conocía un poco a Dafne y estaba de acuerdo con Vega. Se merecía a alguien que la tratara bien. «Y si Martín es feliz con ella, ¿quién soy yo para meterme en medio de esa relación?». Exhalé despacio por la boca. Lo mejor era hacerme a la idea y aceptarlo cuanto antes.

Oímos ruido en el rellano y, enseguida, el timbre sonó con insistencia. Vega y yo nos giramos a la vez.

—Abro yo —dijo mi amiga, dándome unas palmaditas en la espalda—. ¡Y que conste que sigo muy enfadada contigo! —Me señaló con el dedo mientras iba hacia la puerta.

Sofía entró en mi cocina como una bala. Tenía el pelo revuelto y la camiseta del revés. También estaba coloradísima, aunque no podía decir si era a causa de las prisas o por el cabreo.

—¡Joder, Blanca! —me gritó al entrar—. ¡¿Por qué coño no nos lo habías dicho?!

Confirmado, era del cabreo.

—Lo siento, Sofi. —Me encogí de hombros porque no sabía qué más añadir.

—No lo entiendo, Blanca. Hemos hablado un montón de veces sobre esto y nunca nos has contado que se lo habías dicho a Martín. —Tiró su bolso en la mesa, junto al de Vega—. Estoy muy enfadada contigo ahora mismo.

—Eso también se lo he dicho yo —apuntó mi otra amiga detrás de ella—. ¡Muy enfadada!

—¡¿Seguro que no lo sabe David?! —Sofía se pasó las manos por el pelo.

—No.

—¡¿Ni Alba?!

Volví a negar.

—¿Nadie más? ¿Seguro seguro? —inquirió.

Moví la cabeza hacia ambos lados… hasta que caí en que había alguien más que sabía que las tres habíamos viajado en el tiempo.

Tragué saliva.

—¿Qué pasa, Blanca? —Sofía alzó las cejas al ver mi cara de culpabilidad—. ¿Hay algo más que tengas que contarnos? No más secretos entre nosotras, por favor.

Bajé la cabeza. Respiré hondo antes de contestar:

—Lo sabe Roy —alcé la mano porque Vega estaba a punto de replicar y necesitaba que me dejara acabar la frase—, pero Roy lo sabe porque también es un viajero del tiempo, como nosotras.

—¡¿Qué?! —chilló Sofía.

—¡A tomar por culo! —Vega levantó las manos y se echó a reír.

Me crucé de brazos y miré a mis amigas: Sofía parecía estar en *shock*, con los ojos a punto de salírsele de las órbitas. Vega se había sentado en el suelo, presa de un ataque de risa histérica.

—Roy es otro viajero, claro que sí, guapi —dijo con una risotada—. ¿Y quién más? ¿Hugo Silva? ¿La reina de Inglaterra? —preguntó, limpiándose las lágrimas. Apreté los labios para no reírme—. Deberíamos hacer un club y juntarnos los jueves para merendar… Blanqui, ¿hablas tú con Jordi Hurtado?

Se me escapó una carcajada monumental. Vega me miró y comenzamos a reírnos como dos locas, ante la cara perpleja de Sofía.

—No estáis bien —repetía nuestra amiga, que movía la cabeza hacia los lados.

—¡Claro que no! —respondió Vega, a la que le había entrado hipo—. ¿No ves que Blanca acaba de decir que Roy también es un viajero?

—¡Es que Roy es un viajero! —exclamé, y las dos volvimos a partirnos de risa—. ¡Tía, que es verdad, te lo juro!

Vega se dejó caer hacia atrás, sujetándose la barriga. Yo también me senté en el suelo, porque se me aflojaron las piernas de tanto reír.

—¡Basta, chicas, que esto es muy serio! —Sofía dio un par de palmadas en el aire y nos sobresaltó—. A ver, Blanca, explícanos eso de que también es un viajero.

Estaba a punto de reírme otra vez, pero la vi tan enfadada que me contuve. Tomé aire para calmarme y les relaté cómo lo había descubierto, varios años atrás, al leer su Moleskine.

—¡Por eso no se separaba nunca de ella! —Vega se levantó y sacó la botella de agua de la nevera—. ¡Qué cabrón! El tío montándose en el dólar con los *bitcoins* y nosotras convenciendo a mi marido para lo de las gemelas.

—Sigue sin entrarme en la cabeza por qué no nos lo contaste —repitió Sofía.

—Pues por lo que Vega acaba de decir. —Señalé con la mano a mi amiga, que bebía directamente de la botella—. Yo estaba en Madrid, y vosotras tan enfrascadas en vuestros problemas que no sabía ni cómo planteároslo. —Volví a cruzar los brazos—. Luego pasó lo de Los Ángeles y me centré en mis propias historias.

—Ya, pero, Blanca… —Sofía se rascó la frente y suspiró—. En fin, es igual. ¿Y Roy sabe qué nos va a pasar la noche de la tormenta?

—No —negué con la cabeza—. Está igual que nosotras. Quizá incluso peor, porque él viajó desde 2022. —Me levanté del suelo y me senté junto a Sofía.

Les compartí lo que me había contado Roy sobre su vida en la otra dimensión: cómo le había afectado la crisis, sus problemas con el alcohol y el modo en el que se había repetido la historia al reencontrarse con su mujer unos años antes. También les expliqué lo que me había descrito sobre la pandemia de COVID que ocurriría en 2020. Al terminar, las dos me observaban horrorizadas.

—Tenemos que decírselo cuanto antes a Alba y a David —afirmó Sofía—. Queda muy poco para que pase y no sabemos lo que podría ocurrirnos. —Se giró hacia Vega, que la miró, asustada. Sofía puso una mano en su hombro—. No podemos ocultárselo más, necesitarán un tiempo para asimilarlo.

—No… —negó Vega, aunque con mucha menos fuerza que otras veces.

—Martín lo sabe —insistió Sofía—. ¿No crees que todos tendrían que estar en igualdad de condiciones?

Vega echó la cabeza hacia atrás y miró al techo. La observamos en silencio, parecía que sopesaba una decisión que le costaba demasiado tomar. Al final, exhaló con fuerza.

—Vale —aceptó—. Se lo diré yo primero a David y luego tú se lo dices a Alba, ¿de acuerdo? —Sofía asintió—. Pero dame unas semanas, necesito encontrar el momento perfecto.

—Cuatro semanas como máximo, no voy a esperar ni un minuto más —le advirtió nuestra amiga—. ¿Hay trato? —Sofía extendió la mano.

Vega dudó unos segundos hasta que se la estrechó.

A pesar de que Sofía le había dado un mes de plazo, durante las tres semanas siguientes no pasaron más de dos días sin que se lo recordara por el chat de WhatsApp.

SOFÍA

¿Se lo has dicho ya?

VEGA

No, y estoy empezando a sentirme un poquito presionada.

Vega cambió el nombre del grupo a *Sin presión!!*

Sonreí al leerlas. En el fondo, las entendía a las dos. Yo también había pasado por sus mismas emociones: desde la imperiosa necesidad de compartir mi secreto con alguien a quien quería hasta el miedo irracional a que me tachasen de loca y que las cosas cambiaran de la noche a la mañana.

Iba a contestarles alguna gilipollez cuando me llegó un mensaje privado.

VEGA
La quiero mucho, pero es más pesada que una vaca en brazos.

YO
Parece mentira que no la conozcas
Sin presión: ¿has decidido cómo se lo vas a contar a David?

VEGA
Más o menos, aunque nunca encuentro el momento adecuado.
¿Cómo lo hiciste tú con Martín?

YO
Estaba borracha.

VEGA
Me has dado una idea cojonuda.

Mi amiga se puso a grabar un audio y aproveché para revisar la última conversación que había tenido con Martín. Diez días atrás, me había desbloqueado en mi cumpleaños para mandarme un mensaje de felicitación por mis treinta y nueve.

Aquel escueto «Felicidades, Blanca» me había sorprendido tanto que no había sabido cómo reaccionar. Me habría gustado responder con cada una de las frases que aún seguían atrapadas en el chat y que nunca habían llegado a su destino, pero ¿de qué hubiera valido, a esas alturas, decirle que me había dado cuenta de lo que sentía por él? Que había roto con Jorge y que solo le pedía una última oportunidad para que intentásemos ser algo más que amigos, aunque le resultara difícil, porque estaba segurísima de que iba a funcionar…

En cambio, le había contestado con un educado «Gracias». Cualquier otra respuesta hubiera sido violenta para los dos. Más, incluso, para él, que ya tenía una nueva pareja. Debió de bastarle con eso, porque tampoco añadió nada más.

Volví al chat con Vega, que continuaba grabando el audio. «Ya verás, se avecina *podcast*», pensé, y saqué del bolso los auriculares para prepararme. Los acababa de conectar al teléfono

cuando Sofía envió otro mensaje por el grupo.

SOFÍA
¿Nos tomamos algo el miércoles?
Así te ayudamos a plantear la conversación.

VEGA
Tía, eres MUY pesada.
Por cierto, me acabas de joder un audio muy largo y ya no tengo ganas de volver a empezar.

YO
A mí me viene mejor el jueves, que acabo la publi y vuelvo a Alicante.
Lo del audio nos lo cuentas en directo.

SOFÍA
¿Jueves 19:30 en la plaza Nueva?

YO
Ok.

VEGA
Vale, pero como alguien vuelva a hacer una sola mención al temita antes del jueves, ¡¡¡paga todas las rondas!!!
Y ESO VA POR TI, SOFI.

Solté una carcajada en mitad de la calle y algunos transeúntes se giraron en mi dirección. Por suerte, no me reconoció nadie. Aproveché que llevaba puestos los auriculares para escuchar una *playlist* que me había compartido Martín hacía unos meses. Empezó a sonar *Treat You Better,* de Shawn Mendes, y sonreí con nostalgia.

Estaba en Madrid por unos días, para hacer un anuncio de perfume que empezaría a emitirse de cara a la Navidad. Desde que había acabado la serie, ninguno de los proyectos que le llegaban a Elia me acababan de convencer. Habíamos vuelto a los papeles secundarios y, esa vez, a los de madre se añadían los de divorciada o solterona de una cierta edad. Me lamentaba muchísimo de haberle dicho que no a la peli de Roy.

Con la música en mis oídos, guardé el móvil en el bolso y eché a andar hacia el hotel. Después de haber vivido trece años en Madrid, me resultaba muy extraño alojarme fuera de mi casa. Me sentía como una turista en mi propia ciudad.

Jorge se había quedado en el piso que habíamos compartido de casados. Lo había comprado él solo al regresar de Connecticut, por lo que no tuvimos ninguna duda tras nuestra separación. Se había ofrecido a pagarme la mitad de lo que invertimos juntos en la reforma, pero decliné su oferta: con lo que había ahorrado con la serie, me sobraba para estar una buena temporada sin

trabajar.

Hacía una tarde estupenda y no me apetecía pasarla metida en el hotel, así que decidí dar un paseo. Recordé que, a un par de manzanas, se encontraba aquella cafetería tan chula en la que había estado con Jorge muchísimo tiempo atrás, cuando, después de habernos reencontrado en La Posada, había roto conmigo para regresar con Marta. No había vuelto por allí desde aquella vez.

«Esta es la ocasión idónea, será como cerrar una etapa». Me acordé de la pintaza que tenía la tarta de chocolate y ya no necesité ningún otro motivo más. Era la decisión correcta. Solo esperaba que no la hubieran cerrado en todos estos años.

Apreté el paso, expectante, mientras recorría los últimos doscientos metros. Al alcanzar la fachada, sonreí. La cafetería seguía en el mismo sitio, como si no hubiese pasado el tiempo. Me asomé a la ventana y recorrí con la vista el interior: aún tenía las mismas mesas de madera oscura, sus sillas metálicas de colores, de estilo industrial, y esa vitrina pecaminosa llena de porciones de distintas tartas y pastelitos, a cada cuál más apetecible.

Me quité los auriculares. Iba a entrar cuando me fijé en el hombre que ocupaba una de las mesas del fondo y se me paró el corazón. Me bajé las gafas de sol porque no podía creer quien era.

«¿Qué hace aquí Jorge?».

Estaba sentado solo, con las manos cruzadas sobre la mesa. Alzó un poco la muñeca y consultó su reloj. Antes de que volviese a levantar la vista, me eché hacia atrás y me choqué con alguien.

—Uy, perdón. —Bajé la cabeza y me tapé la cara con la mano para que Jorge no me descubriera.

—No pasa nada —dijo una voz femenina tras de mí. Me rodeó sin mirarme y abrió la puerta, parecía que tenía prisa por llegar.

Me di media vuelta, hasta quedar de espaldas a la ventana, y me coloqué las gafas de sol. Aún no me cabía en la cabeza que aquel fuera Jorge. En una ciudad en la que resultaba imposible encontrarte con tu ex, era demasiada casualidad que coincidiéramos justo en esa cafetería.

Me giré para echar un último vistazo antes de regresar al hotel. Tenía que comprobar que mi imaginación no me había engañado.

Era él. Se había levantado de la mesa y saludaba a la mujer que acababa de entrar. Se separaron después de darse dos besos y me percaté de que se trataba de Marta. Se sentaron uno enfrente del otro sin dejar de sonreír. Enseguida, aquella camarera tan borde llegó para tomarles nota.

«No me lo puedo creer». Sentí una mezcla de emociones en la boca del estómago, una combinación de incertidumbre y dolor. Aunque tenía claro que separarnos era lo mejor para ambos, era extraño ver a quien un día quisiste tanto con una nueva persona. Los observé, absorta, a través del cristal.

Cuando la camarera se fue, Marta se levantó y señaló hacia los lavabos. Jorge asintió. Se arremangó la camisa y se giró hacia la ventana. Al descubrirme parada al otro lado, enarcó las cejas.

Le sonreí de manera fugaz; él me devolvió la sonrisa. Volví a ponerme los auriculares y me alejé calle abajo, con una sensación de *dejà vú*. Al igual que diez años antes, volvíamos a despedirnos en esa misma cafetería. Esa vez, para siempre. Ya no había marcha atrás.

Al llegar al hotel, aún estaba turbada. De algún modo, era como si la historia se hubiera vuelto a repetir. Me dejé caer en la cama y recordé aquellos días tan raros tras la boda de Sofía:

la confesión a Martín de que era una viajera para animarlo a volver con Gloria y, poco después, el rechazo de Jorge porque iba a intentarlo con Marta. Me encogí sobre el colchón, hecha un ovillo, sintiéndome tan sola como entonces.

«Lo superarás, Blanca, ya pasaste por esto una vez», me dijo mi vocecita interna.

Solo había una cosa que me había salvado en aquel entonces: mi trabajo de actriz, que se había convertido en el motor que me ayudó a salir adelante. Decidí que, esa vez, también iba a ser así. Tenía claro lo que debía hacer.

Saqué el teléfono y marqué su número, cruzando los dedos para que no fuera demasiado tarde para hacer su película en Los Ángeles. Era mi oportunidad. Estaba dispuesta, incluso, a suplicar si era necesario.

En cuanto descolgó, lo escuché reír al otro lado de la línea.

—Hola, Blan —me saludó Roy—. Sabía que, al final, me llamarías.

CAPÍTULO 17
GUASAP

Viernes, 17 de agosto de 2018
MARTÍN

—¿Sabes lo que me dijo anoche Vega? —David agarró su botellín. Antes de beber, se le escapó una risita.

—Quién sabe —respondí—. De tu mujer me espero cualquier cosa.

Miré a las niñas. Jugaban en uno de esos caballitos con muelles a unos pocos metros de nosotros. Con ellas, solíamos ir a ese parque. Tenía una heladería con terraza justo al lado, donde nos tomábamos algo mientras las vigilábamos.

Me pareció que David iba a contestar, pero volvió a reírse, como si le diera vergüenza.

—Si es algo sexual, olvídate. —Removí mi horchata sin apartar la vista de las crías—. Hay cosas que prefiero no saber.

—No, no es sexual, pero… —Se frotó los ojos por debajo de las gafas—. No, no puedo, tío. Para contarte esto, necesito algo más fuerte que una cerveza sin alcohol.

Mi hija se puso de pie sobre el caballito y le hice una seña para que se sentase. Arrugó la cara, enfurruñada.

Desde que me había encontrado a David y Vega en la terraza del *pub* de Dafne, mi amigo no había dejado de bombardearme por WhatsApp para quedar. Estaba muerto de curiosidad por que le contara cosas sobre mi supuesta novia. En los últimos veinte minutos ya me había lanzado un par de indirectas que había rehusado responder. No me habría extrañado que esa historia de Vega acabase también con una pregunta trampa.

—Voy a comprarme una moto —dije para cambiar de tema—. La Ducati Icon me tiene flipado. —Busqué una foto en mi móvil y se la enseñé.

—Joder, macho, tienes una crisis de los cuarenta de manual: la moto, la novia sexi… —Remarcó eso último con retintín y me devolvió el teléfono—. ¿Qué va a ser lo siguiente? ¿Apuntarte al gimnasio?

—Hace tres meses que voy. —Agarré el móvil. Con la otra mano, me di un par de palmadas en los abdominales—. No está de más cuidarse un poco.

—Lo que te decía, el típico cuarentón. —Se echó hacia atrás en la silla—. Por cierto, ¿sabes que Blanca se ha separado también? Te diría que ha sido el destino, pero como tú ya estás con otra…

—¿Blanca ha dejado a Jorge? —pregunté, atónito.

—Sí, hace un mes y algo, más o me… ¡Ainhoa, a ese columpio, no! ¡¿No ves que Blanquita es más pequeña que tú?! —Apoyó su botellín en la mesa y se levantó para ir con las niñas.

Lo observé mientras asimilaba aquella bomba. Recordé que mi hermano me lo había insinuado un par de veces, pero no imaginaba que las cosas les fueran tan mal. Por un segundo, quise creer que era verdad lo que me había soltado Blanca la noche de su borrachera. Pero recordé que había escrito «amigos». En mayúsculas. Y desterré la idea.

Di un sorbo y abrí WhatsApp para mirar su foto de perfil. En las últimas semanas, apenas habíamos cruzado un par de palabras. Tras ese «Gracias» tan seco, ya no me había dicho nada más. Entendía que estuviera enfadada conmigo después de haberla bloqueado durante casi un mes. Yo seguía molesto con ella. No estaba furioso, como los primeros días, pero sí bastante dolido.

La vi en línea. Dudé si enviarle un mensaje para preguntarle cómo estaba y decirle que me acababa de enterar. Ella había estado muy pendiente de mí cuando me divorcié de Gloria. Empecé a escribir, pero lo borré de inmediato. Si no me lo había contado, tendría sus motivos. Preferí esperar a que ella me escribiera primero.

Alcé la cabeza y vi que David avanzaba en mi dirección. Bloqueé la pantalla y guardé el teléfono en el bolsillo.

—Bueno, ¿y qué tal con la pelirroja? No sueltas prenda, cabrón. —Se sentó a mi lado y optó por preguntar abiertamente.

—Tú tampoco me has contado qué te dijo Vega.

Soltó un suspiro largo que terminó en otra de sus risitas.

—Pues…, a ver. —Miró al cielo y exhaló—. Anoche, según entró por la puerta, me dijo: «Tenemos que hablar», y me llevó hasta la cocina. Estaba muy seria y me acojoné. Pensaba que iba a dejarme, o a decirme que se había enamorado de otro, yo qué sé… —Se pasó la mano por la nuca—. Ya estaba sudando frío cuando, de repente, va y me suelta que… —Hizo una pausa y resopló por la nariz, como si estuviera a punto de descojonarse—. Me suelta que ha viajado en el tiempo… Pero, atención, que no solo ella. —Levantó el dedo índice y se giró hacia mí—. Que Blanca y Sofía, también. Que las tres habían venido del futuro… —Soltó una carcajada estrepitosa—. ¿Te lo puedes creer?

Enarqué las cejas. Me giré despacio hacia mi amigo, que aguardaba, atento, mi reacción.

—¿Y tú qué le dijiste? —pregunté con cautela.

—Pues que si era la del anuncio de la lejía. ¿Qué coño querías que le dijera? —Se volvió a reír—. Había pasado la tarde con la chicas y venía fina…. Seguro que se pusieron ciegas… ¡Ay, señor! —Me miró, sorprendido—: ¿No te hace gracia?

Me rasqué una ceja, sin saber qué contestar. Le había prometido a Vega que no le contaría nada a David, pero, si ellos lo habían hablado, había dejado de ser un secreto.

—Ya había escuchado esa historia.

—¡¿De Vega?! —preguntó, soltando un gallito.

—No, me lo contó Blanca hace tiempo. —Removí mi horchata antes de beber—. Que se fueron a dormir una noche de 2019 y, al día siguiente, se despertaron en 1996.

—¡Qué mamonas! Nos han gastado la misma broma a los dos… —Agarró su botellín—. ¿Y qué le contestaste tú?

Apreté los labios y dejé la horchata en la mesa.

—Vamos, tío —insistió—. No me jodas que picaste con esa gilipollez.

—A lo mejor no es una gilipollez.

Mi amigo me observó con una media sonrisa. Negó con la cabeza.

—Estas de coña. —Bebió.

—No.

—No se puede viajar en el tiempo.

—Ya lo sé.

Las niñas llegaron corriendo y nos pidieron un poco de agua. Abrimos cada uno una botella y se las tendimos. Después de dar un par de tragos, se volvieron a marchar a los columpios. Las seguimos con la mirada.

—A ver, macho —mi amigo volvió a coger la cerveza y me señaló—, yo entiendo que a ti te mola mucho *Regreso al futuro*, pero esto… Es ridículo.

Le sonreí a mi hija, que me gritaba desde lo alto del tobogán para que la mirase.

—¿Te acuerdas de cuando tu mujer se apostó esos doscientos euros contigo en el Mundial de 2010? —le dije con los ojos fijos en la cría—. ¿Cómo iba a saber Vega que lo ganaría España?

—Fue suerte, supongo —respondió.

—¿Tanta como para ganar otros cien más acertando lo de la Eurocopa en 2012?

Mi hija se deslizó hasta el suelo y levanté el pulgar. Echó a correr de nuevo hacia la escalera.

—Esa era más fácil de adivinar —se excusó mi amigo.

—¿Incluso lo del 4-0 en la final contra Italia?

David se encogió de hombros. Dio otro trago al botellín y se recostó en la silla, con la vista fija en las nubes.

—Mucha suerte tiene Vega con las apuestas —añadí—. Hace más de veinte años que no pierde ninguna.

No contestó. Contemplaba el cielo, pensativo.

Mi hija volvió a chillarme para que la mirara y se lanzó por el tobogán. Al llegar abajo, le aplaudí. Sonrió, satisfecha.

—¿Tú las crees? —me preguntó David.

Lo miré de reojo. Seguía observando las nubes. Estiré el brazo para coger mi vaso.

—Guasap —dije al final.

—¿Qué?

—Guasap —repetí.

David se incorporó y me miró extrañado. Luego abrió mucho los ojos, como si después de tanto tiempo acabara de pillar el chiste.

—¡Hostia puta! —exclamó.

Durante años, cada vez que una de las tres pronunciaba esa palabra, las otras dos se partían de risa. Ninguno entendimos nunca a qué se referían ni por qué les hacía tanta gracia. Imaginamos un montón de teorías, pero jamás le encontramos una explicación. En algún punto, las chicas se cansaron de decirlo y a nosotros se nos olvidó.

—¡¿Guasap era…WhatsApp?! —preguntó David.

—Eso parece. —Bebí.

Lo dejé a su aire para que lo procesara. Se pasó las manos por la cabeza, aturdido.

—Pero ¿cómo puede ser?

—No tengo ni puta idea.

Mi hija se tropezó al bajar de un columpio y se echó a llorar. Me levanté para acercarme a ellas.

Mientras calmaba a Blanca, eché un vistazo a David. Fruncía el ceño, confuso, con los ojos fijos en el suelo. Murmuró y negó con la cabeza, riéndose con incredulidad. Comprendía muy

bien por lo que estaba pasando. Yo había tenido la misma reacción.

—¿Vamos ahí? —Ainhoa señaló los columpios y mi hija dejó de sollozar de inmediato.

Le besé la mano que le dolía y se fueron a jugar las dos juntas. Me incorporé a la vez que se alejaban.

Volví a la mesa y me senté junto a David. Durante unos minutos, los dos nos quedamos callados, en un incómodo silencio. No sabía qué decir. La situación era demasiado surrealista incluso para cambiar de tema.

Fue mi amigo quien rompió ese mutismo.

—No me puedo creer que vaya a preguntarte esto, pero ¿qué se supone que pasó en…? ¿Cómo cojones lo llamó?

—¿La otra dimensión? —confirmé. Mi amigo asintió con la cabeza—. ¿Vega no te ha contado nada?

—No pudo, me estaba descojonando. Solo me dijo que, en su futuro, no estábamos juntos.

Fruncí el ceño. Yo no era el más adecuado para darle esa información.

—Creo que es mejor que eso lo hables con ella —contesté.

—Venga, explícamelo. Soy un tío listo, seguro que puedo entenderlo…

Chasqueé la lengua, ladeando la cabeza.

—No me jodas, Martín… ¡¿Tan malo es?! —Alzó las cejas—. ¿Yo estaba muerto o algo parecido?

—No, hombre, no.

—¿Y por qué Vega no estaba conmigo?

Dudé antes de confesar:

—Porque tú estabas casado con Sofía.

—¡¿Con Sofía?! —Se le escapó una carcajada—. ¡Vamos, no me jodas! Casado con Sofía, dice…. —Se acabó de un trago la cerveza de su botellín—. Y también teníamos a sus geme… —Dejó la frase a medias y parpadeó—. No, eso no puede ser… —Intentó reírse, pero le temblaban hasta las comisuras—. Eso no es cierto, ¿verdad?

Me miró fijamente. Apreté los labios y bajé la vista al suelo.

—No, no, y no. —Negó con la cabeza—. No habrías sido tan cabrón de…

—Lo siento, tío.

—Te estás quedando conmigo. —David exhaló una especie de risa nerviosa—. Os habéis puesto de acuerdo para gastarme una broma de mierda… —Se levantó y colocó los brazos en jarras—. La verdad es que ahora mismo no sé si os estáis riendo de mí o es que me habéis engañado todos en mi puta cara. —Movió la cabeza, mirando al cielo—. Y no sé cuál de las dos opciones es peor.

—Escúchame —le pedí, intentando calmarlo—. Sé que esto es una locura, pero, por lo que me contó Blanca, las cosas eran así. —Me puse de pie y me acerqué a mi amigo—. Sofía y tú teníais a las dos niñas, por eso era tan importante que accedieras a…

—¿Y Ainhoa? —me cortó, cruzando los brazos.

—No lo sé. —Negué—. Blanca solo me dijo que…

—Blanca, Blanca… Me metiste en un puto fregado de mil pares de narices. —Descruzó los brazos y apretó los puños—. ¡Yo creía que eras mi amigo!

Me eché hacia atrás. Lo observé pasarse las manos por la cabeza.

—También eran tus hijas, ¿preferirías que no hubieran nacido nunca?

—¡No lo sé, Martín! Ahora mismo, no puedo pensar. —David resopló—. Quédate con Ainhoa. Necesito dar una vuelta.

Se marchó. Lo observé alejarse. Desapareció tras la esquina, al final de la calle.

Volví a sentarme y me froté la cara. No podía sentirme peor. Sin quererlo, había acabado en medio de esa historia. Pero lo que más me jodía era no haber tenido en cuenta a David. Era mi mejor amigo desde el instituto. Miré a las niñas, que me observaban desde los columpios. Sonreí para tranquilizarlas.

Unos años antes, cuando Blanca me había pedido que lo convenciera, lo había hecho con mi mejor intención. Sabía lo importantes que eran las niñas para Sofía y, en general, para las tres. Iba a ser un poco raro, pero había calmado mi conciencia pensando que, al final, la última decisión la tomaría David. Tras convertirme en padre, me di cuenta de que lo había metido en un berenjenal.

Cogí mi vaso. El granizado se había derretido. Me bebí la horchata en un par de tragos mientras miraba a mi hija. Si nunca hubiera roto con Blanca, ella no habría existido. Aunque mi matrimonio con Gloria nunca terminó de funcionar, al menos habíamos hecho una cosa bien. Y, aunque no podía imaginar lo que estaría sintiendo mi amigo, era capaz de entender a Sofía a la perfección. Intentaría explicárselo a David cuando regresara.

Me quedé casi una hora en la terraza, esperando que volviera. Las niñas se acercaron a la mesa y me preguntaron si podíamos ir a jugar con las barbies. Le mandé un WhatsApp a David y me las llevé a casa.

Sobre las nueve, aún no tenía noticias suyas. Había visto mi mensaje, aunque no me había contestado. Marqué su número un par de veces. Me colgó. Decidí llamar a Vega.

—¡Martín, ¿qué ocurre?! —contestó, asustada—. Acabo de entrar en casa y no encuentro ni a la niña ni a David. ¡Dime, por favor, que no les ha pasado nada!

—Ainhoa está bien, está conmigo —la tranquilicé—. David, no lo sé. Hemos tomado algo en el parque y me ha contado que ayer le dijiste lo del… —Cerré la puerta de mi habitación, para que las niñas no me escucharan—. Lo del viaje en el tiempo. Cuando se ha enterado de que estuvo casado con Sofía, se ha rayado y…

—¡¿Se lo has contado?! —gritó Vega—. ¡Joder, Martín! ¿Por qué se lo has dicho?

—¿Qué querías que hiciera? —le contesté—. Me ha preguntado qué pasaba con vosotros en el otro futu…

—Me va a dejar; David me va a dejar —me cortó Vega—. ¡Dios! Al final me va a dejar por ocultárselo durante años.

—No te va a dejar, no digas tonterías. —Me senté en la cama. No paraba de repetir lo mismo, una y otra vez—. Vega, escúchame, por favor. David no va a dejarte.

—¿Tú crees?

—Claro que no, pero necesita tiempo para asimilarlo. Si a mí ya me cuesta entenderlo, imagínate para una mente científica como la suya.

—Vale. Intentaré estar tranquila. —Vega suspiró al otro lado—. ¿Estás en casa? Voy enseguida a recoger a Ainhoa.

Colgamos. Le mandé otro WhatsApp a David, preguntándole si estaba bien. Aparecieron las dos rayitas azules y se volvió a desconectar.

Vega llegó a mi casa veinte minutos después, visiblemente alterada. Sujetaba el móvil en una mano y señalaba la pantalla con la otra.

—Está con Sofía —fue lo primero que me dijo en cuanto le abrí—. Me acaba de escribir ella. David no me coge el teléfono, me estoy empezando a agobiar.

Iba a repetirle que no se preocupase, porque estaba seguro de que en cualquier momento le

contestaría, cuando las niñas vinieron corriendo junto a nosotros.

—Papi, ¿puede quedarse Ainhoa a dormir? —Mi hija estiró de mi camiseta.

Vega negó con la cabeza.

—Otro día, ¿vale? —Le acarició el pelo a la niña—. Hoy nos tenemos que ir, que tenemos prisa.

Se acercó a darme dos besos y cogió la mano de Ainhoa.

—Por cierto, ¿cómo está Blanca? —le pregunté mientras salían al rellano—. Me he enterado de que se ha separado de Jorge.

—Pues… está bien. —Llamó al ascensor—. Va a hacer una película en Los Ángeles con Roy.

—¡¿Con Roy?! —exclamé, perplejo, para confirmar que la había entendido bien. Con todas las personas que había en el mundo, no entendía qué hacía Blanca juntándose otra vez con ese capullo—. Pensaba que ya no tenían contacto.

—Y no lo tenían —respondió Vega—. Se encontraron hace unos meses en una fiesta y…

Llegó el ascensor. Ainhoa entró corriendo en cuanto se abrieron las puertas. Vega metió medio cuerpo dentro para impedir que se cerrasen.

—A mí Roy tampoco me cae demasiado bien, Martín. —Se encogió de hombros—. Pero creo que es justo lo que ella necesita ahora mismo.

Bajé la cabeza y asentí. Blanca había salido de mi vida mucho más deprisa de lo que me habría gustado.

—Me alegro de que esté bien. —Forcé una sonrisa—. Llámame con lo que sea.

Las niñas se dijeron adiós con la mano y nos despedimos.

Acababa de acostar a Blanca cuando llamaron al interfono. Entorné la puerta de su habitación y fui a la entrada con rapidez.

—Soy yo —respondió David por el auricular—. ¿Puedo dormir en tu sofá?

—Sube. —Presioné el botón.

Abrí la puerta y lo esperé en el rellano. Al salir del ascensor, mi amigo vino directo a darme un abrazo.

—Perdóname, tío. —Suspiró.

Le palmeé la espalda. Le hice una señal con la cabeza para que pasase.

—¿Tienes *whisky* o algo así? —Entró en el salón y se sentó en el sofá—. Vengo de ver a Sofía y necesito algo fuerte.

—Voy a mirar en la cocina.

No solía beber en casa, más que alguna cerveza de vez en cuando. Recordé que, por mi cumpleaños, la editorial me había regalado una botella. Busqué en la despensa y la encontré al fondo. Ni siquiera la había sacado de su estuche.

Volví al salón. Dejé los dos vasos en la mesa y le tendí la botella a David.

—¡Coño, un Macallan! —exclamó con sorpresa—. Y está sin abrir… Este me lo regalas por las molestias.

—Todo tuyo. —Me senté en el sillón.

Mi amigo se tomó su tiempo. Vertió un par de dedos de *whisky* en cada vaso y me pasó uno. Brindó conmigo antes de beber.

—Joder, está cojonudo. —Se acomodó en el sofá y cerró los ojos.

Di un sorbo al mío y lo observé. Aguardé a que comenzase a hablar.

—¿Sabes esas películas en las que un tío pierde la memoria y no se acuerda de nada? —

Abrió los ojos y asentí—. Llevo toda la tarde con la sensación de que estoy dentro de una. —Bebió otra vez. Chasqueó la lengua contra el paladar.

—Me imagino que…

—No, no te lo imaginas —me cortó, negando con la cabeza—. He estado escuchando, durante más de tres horas, cómo fueron veintitrés años de mi vida en un futuro que no ha ocurrido nunca… Es para volverse loco. —Se terminó lo que le quedaba en el vaso y lo apoyó en la mesa para servirse un poco más—. Si no conociera a Sofía, pensaría que es una pirada que está obsesionada conmigo…, o que me ha estado espiando durante años.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo sabe todo de mí. Me conoce incluso más que yo mismo. Mis gustos, mis manías…: desde qué tipo de calzoncillos uso hasta cómo ordeno, por colores, el cajón de los calcetines. —Ajustó sus gafas con un dedo—. Que siempre pongo el volumen de la tele en un número par. O que me ducho con el agua hirviendo y el baño se queda lleno de vaho… Y menos mal que ha sido discreta, porque solo de pensar la de cosas que habremos hecho en la cama durante más de veinte años… —Se frotó la nuca con la mano y me miró—. Joder, tío, que es mi socia en la empresa.

Sonreí, compadeciéndome de mi amigo. Debía ser muy raro estar en su situación.

—Me ha dicho que no nos fue mal, pero que, seguramente, nos habríamos divorciado. En cuanto ella hubiera reunido el valor para enfrentarse a la situación… —Me miró—. ¿Sabías que tuve una amante?

—¿Una amante… tú? —Alcé las cejas con incredulidad.

David afirmó con la cabeza.

—Una madre del colegio de las niñas. —Volvió a beber—. Ahora entiendo por qué Vega se pone tan nerviosa cuando vamos a las reuniones del AMPA.

—Me resulta muy difícil creer que tú te liases con otra a escondidas.

—A mí también, pero supongo que evolucionamos de una manera u otra según nuestras circunstancias… —Se encogió de hombros—. Sofía me ha dicho que nunca me vio tan feliz como soy con Vega, y yo no paro de pensar que, en la otra dimensión, mi mujer y yo no éramos más que dos amigos. —Dejó el vaso en la mesa y se frotó la cara con las manos—. No lo puedo entender, me cuesta muchísimo imaginarlo.

Observé a David. Me pregunté si en alguna dimensión existiría una versión de mí que fuera feliz con Blanca. En ese caso, mi hija no habría nacido jamás. Ojalá existiese una manera de tener a las dos al mismo tiempo.

—¿Habéis hablado de las niñas? —pregunté. David asintió con la cabeza.

—Me ha contado que fui muy buen padre, y que siente mucho que sus hijas se lo hayan perdido en esta dimensión, pero que entiende que es imposible tenerlo todo. Que solo con que hayan podido nacer, ya me va a estar eternamente agradecida… Aun así, me cuesta dejar de sentirme como un puto banco de esperma. —David bufó—. Joder, tío, podrías haberme avisado de esta movida.

—¿Para qué? No me habrías creído. —Me eché hacia atrás en el sillón.

—Ya, pero… eran mis hijas.

—Siempre han sido hijas tuyas, David, nadie te ocultó nada. Has estado presente en cada uno de sus cumpleaños y en otros tantos eventos de sus vidas. —Levanté la mano antes de que pudiera replicar—. Sí, estoy de acuerdo en que no es lo mismo, pero, si lo piensas, que aceptaras no fue una mala decisión… ¿O preferirías que no hubieran nacido? —Me observó rascándose la sien—. ¿O que no hubiese nacido Ainhoa y ser solo un amigo para Vega? Date cuenta de lo que

has ganado en esta dimensión…

—Ya, es todo muy complicado. —Se quitó las gafas y se frotó los ojos—. Entonces, ¿no te importa si duermo aquí? Estoy demasiado cansado para llegar a casa y tener esta conversación con Vega. Me va a explotar la cabeza.

—Quédate si quieres, pero avisa a tu mujer. Está preocupada.

Le pasé un cojín. David lo aplastó contra el brazo del sofá.

—¿Sabes que una de las gemelas quería ser astrofísica en la otra dimensión? —Se quitó los zapatos y se tumbó a lo largo—. Creo que, en ciencias, es un cerebrito. Lo ha debido sacar de mí. —Mi amigo sonrió—. Le he dicho a Sofía que se la traiga una noche a casa y le enseño a mirar por el telescopio. Lo mismo hasta se lo regalo. Ainhoa no lo usa nunca y ahí está, muerto de risa. Se emocionó mucho durante una tarde, pero hace más de un mes que ni lo toca. Ahora quiere ser diseñadora de moda, supongo que no tengo nada que hacer…

Recogí los vasos de la mesa y me acerqué a David. Pasó el brazo por detrás de su cabeza y se acomodó en el sofá.

—¿Estás bien así, corazón? —le dije con pitorreo—. ¿O te arropo con una mantita?

—Vete a tomar por culo. —Me hizo una peineta.

Fui riéndome hasta la cocina.

Al salir hacia mi habitación, lo escuché darle las buenas noches a Vega.

CAPÍTULO 18
LA LIBRERÍA

Domingo, 19 de agosto de 2018
BLANCA

Acababa de salir a mi terraza para tomarme el café cuando un mensaje de Sofía irrumpió en nuestro chat de WhatsApp. Eran más de las diez y no hacía mucho que me había despertado, tras haber pasado la noche viendo un maratón de series en el sofá.

SOFÍA
Alba me ha dejado.

Apoyé la taza en la mesa y me incorporé. Después de que David se hubiese tomado lo de nuestro viaje en el tiempo con tanta filosofía, no me esperaba esa reacción por parte de Alba.

Pulsé su contacto y la llamé. Tras un par de tonos, mi amiga me contestó llorando.

—Se ha ido, Blanca, se ha ido… —me dijo tras un sollozo—. Ha hecho la maleta y se ha ido… No sé ni cómo se lo voy a decir a las niñas….

—¿Qué ha pasado, Sofi?

—Se lo conté anoche y… —Soltó un quejido largo y agudo—. Alba se ha ido.

—Pero ¿qué te ha dicho?

Tuve que preguntárselo varias veces, porque, cuando estaba a punto de contestar, el llanto le quebraba la voz.

—Sofi, escúchame, intenta tranquilizarte —dije al final—. Voy enseguida y me lo cuentas con calma.

—Vale —respondió mi amiga sin parar de llorar.

No tardé ni veinte minutos en llegar a su casa. Sofía abrió la puerta con los ojos hinchados y el pelo recogido en una especie de moño. Aún llevaba puesto el pijama. Me abrazó según entré.

—Mi mujer me ha dejado… —murmuró mientras se echaba a temblar.

Le acaricié la espalda, esperando a que se relajase un poco antes de pedirle que me contara más. Tras unos minutos, sorbió con fuerza por la nariz y pasamos las dos al salón.

Aparté varios clínex arrugados para sentarme en el sofá. Sofía sacó otro pañuelo y se sonó con estruendo.

—Ayer, al mediodía, después de que Vega nos dijera que David ya había vuelto a casa, dejé a las niñas con mis padres para que Alba y yo pudiésemos hablar tranquilas. —Arrugó el pañuelo con el puño antes de continuar—. No sé qué coño esperaba que me dijera, pero su primera reacción fue de incredulidad absoluta. Se echó a reír, me preguntó si le estaba vacilando… Luego empezó a preocuparse por si me había dado un brote de esquizofrenia. Cuanto más le explicaba, menos me creía. Llegué a dudar de mí misma, Blanca, de si me habría vuelto loca y se me estaba yendo la olla de verdad…

Se pasó la mano por la cara, que se contrajo en una mueca de llanto. Le acaricié la pierna, tratando de reconfortarla.

—No estás loca, Sofí, fue real. Viajamos en el tiempo, las tres.

Busqué sus ojos con los míos hasta que mi amiga me miró. Asintió con la cabeza.

—Lo sé, Blanca. —Inspiró hondo antes de proseguir—. Me costó muchísimo encontrar algún recuerdo que consiguiese hacerla dudar. Siempre he tenido tanto cuidado para no meter la pata, que no era capaz de probar con hechos que no me lo había inventado… Menos mal que me acordé de lo de la alergia…

—¿La alergia de tu hija? —confirmé.

—Sí, la de Albita a los cacahuetes. —Sofía dejó el pañuelo en la mesa y se frotó los ojos—. Desde que nació, siempre he tenido mucho cuidado de que no los probase nunca, a pesar de que, en esta dimensión, la niña aún no estuviera diagnosticada. Sin embargo, hará tres años, cuando las gemelas tenían unos cuatro, Alba compró un bote de cacahuetes con miel y les ofreció. En cuanto entré en la cocina y vi que mi hija se metía un puñado en la boca, le hice escupirlos y me la llevé a urgencias de inmediato. Empezó a hincharse en el coche, menos mal que llegamos a tiempo al hospital.

»Al volver a casa, Alba estaba consternada. No tenía ni idea de que Albita fuera alérgica y estaba muy sorprendida por mi rápida reacción. Le conté que lo había leído en alguna parte y estaba emparanoiada. Lo que nunca entendió, hasta ayer, era por qué no me había llevado también a su hermana.

—Entonces, ¿conseguiste que te creyera?

—Sí, me costó un poco, pero, al final, lo hizo. Aunque fue peor… —Sofía miró al techo y los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas—. Me preguntó si en el otro futuro también teníamos a las dos niñas y le conté que en esa dimensión yo estaba casada con David… Y le entró un ataque de celos. Como si le hubiera sido infiel de algún modo. —Apretó los ojos y las lágrimas cayeron por sus mejillas.

—No puede echarte en cara cosas que pasaron en otra dimensión.

—Se lo dije, y me contestó que lo que más le dolía era que se lo hubiese ocultado. Que comparto una empresa y dos hijas con el hombre con quien estuve casada y nunca he sido sincera con ella. Que le parece que aún siento algo por David, porque no entiende por qué no se lo había contado hasta ahora… Y, en el fondo, yo tampoco lo sé. —Se lamentó con un quejido largo—. Tendría que habérselo dicho hace muchos años.

»Le pedí perdón, reconocí mi parte de culpa y le prometí que nunca más le iba a esconder las cosas. Anoche parecía que se le había pasado un poco. Incluso nos tomamos juntas un vino y nos reconciliamos en la cama…, pero, esta mañana, cuando me he levantado…

La cara se le volvió a contraer. Se la tapó con las manos y comenzó a llorar.

—La he visto… haciendo la maleta para irse… —Hipó—. Me ha dicho que no ha podido dormir…. Que se siente engañada, que me gasté nuestros ahorros de la boda para recuperar la vida que tenía con David y que ahora, por fin, lo ha entendido todo…

»Que cuando tuvimos esa crisis, justo antes de que me quedase embarazada, habría sido el momento perfecto para decírselo, pero que yo preferí seguir con mis mentiras…. —Sorbió por la nariz—. Que siente que lleva más de veinte años con una persona que ni siquiera sabe quién es, porque nunca he tenido la suficiente confianza con ella para contarle mi secreto… Y que me dejaba, que quiere viajar, recuperar el tiempo que ha perdido conmigo. —Se frotó la cara con desesperación—. Ni siquiera sé dónde está, Blanca, le he mandado un montón de mensajes, pero no me contesta a ninguno…

La abracé, porque no se me ocurría otra manera mejor de consolarla. La reacción de su mujer me había descolocado por completo. No era justo para Sofía, que llevaba años queriendo compartir con ella lo del viaje en el tiempo. Me sentí fatal por no haberla animado a decírselo antes.

El teléfono vibró en la mesita, Sofía se escabulló de mi abrazo para lanzarse a cogerlo.

—¿Es Alba? —le pregunté al ver su cara.

—Es su amiga Olga, dice que Alba está en su casa. —Se limpió la nariz con otro pañuelo—. Que no le ha querido contar lo que nos ha pasado, pero que está bien. Que acaba de sacar un billete por internet y que se va a Tailandia sin fecha de vuelta…

—¡¿A Tailandia?! —exclamé.

—Sí, dice que… ¡¿Cómo que ha dejado el trabajo?!

Pulsó la pantalla y se llevó el teléfono a la oreja. Supuse que Olga le había colgado, porque se lo quedó mirando perpleja. Estaba a punto de marcar otra vez cuando su móvil volvió a vibrar.

—«No puedo cogértelo —leyó Sofía—, Alba está en el baño y no sabe que te he avisado de que se encontraba aquí…». ¡¿En serio, rompe con todo y se va a Tailandia?! ¡¿Estamos locas o qué?!

Soltó el móvil, se levantó del sofá y empezó a caminar de un lado al otro del salón. La miré, confusa, hasta que se paró en seco.

—Blanca, ¿lo de la pandemia dónde fue? ¿En Tailandia?

—China, creo.

—La tengo que avisar.

Se acercó a coger el teléfono, pero fui más rápida que ella y se lo quité.

—¡¿Qué haces, Blanca?!

—Lo que tienes que hacer es sentarte y tranquilizarte. —Di unos golpecitos a mi lado. Sofía movió un par de veces la cabeza—. Sofi, no seas cabezota. Siéntate.

Resopló como una niña pequeña y se sentó otra vez en el sofá. Se pasó las manos por la cara.

—Olga te ha dicho que está bien, ¿no? —le dije con el tono de voz más pausado que supe poner—. Alba es mayorcita, solo tienes que darle un poco de tiempo para que recapacite. —Sofía estuvo a punto de replicar, pero la corté—. Cuanto más la agobies, peor será —insistí—. Verás como vuelve pronto. Adora a vuestras hijas, no creo que tarde más de quince días en…

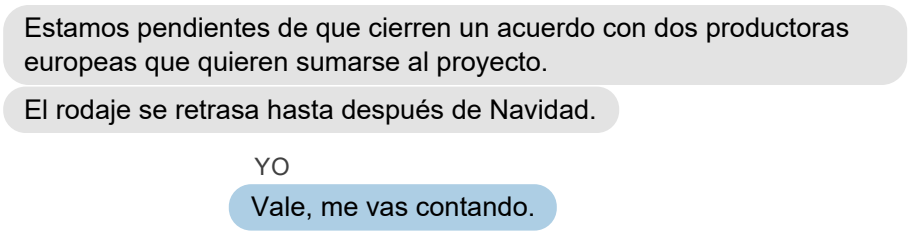
Su móvil empezó a vibrar y Sofía trató de quitármelo de las manos. Antes de devolvérselo, estiré el brazo hacia atrás para ver quién la llamaba.

—Es Vega —dije y se lo pasé.

Mientras Sofía le relataba lo que había ocurrido, saqué mi teléfono para ver si tenía alguna notificación. Roy me había enviado unos mensajes de WhatsApp.

ROY

Reina, los productores están encantados con que protagonices la película.



Me mandó el emoji de un beso y le contesté con un pulgar hacia arriba.

Bloqueé la pantalla. Ese retraso me dejaba unos cuatro meses y medio libres hasta que tuviera que viajar a Los Ángeles, porque no tenía previsto nada más.

Me recosté en el sofá y observé a mi amiga, que hablaba con Vega. Aproveché para escribir a Elia y contarle lo que acababa de decirme Roy. Dudé si pedirle que me buscase algún otro proyecto para rodar mientras tanto, pero concluí que unos meses de descanso me sentarían genial.

Al cabo de un rato, cuando mis amigas colgaron, Sofía se quedó mirando al infinito. Vega debía haberla tranquilizado, porque se la veía un poquito más calmada.

—Me ha dicho lo mismo que tú. —Sofía suspiró—. Es mejor que le dé a mi mujer un poco de espacio para que recapacite.

Me acerqué a ella y le pasé el brazo por los hombros.

—Todo va a estar bien, cariño, ya lo verás. —Le di un beso en la mejilla.

Mi amiga echó la cabeza hacia atrás y exhaló con fuerza.

—¿Me acompañas a casa de mis padres? —preguntó—. Tengo que recoger a las niñas y no sé ni cómo se lo voy a explicar…

—Claro, ve a vestirte —asentí. No quería dejarla sola con ese marrón.

Además, a pesar de las circunstancias, siempre era un buen momento para saludar a su padre.

Pasaron dos semanas y luego, otras tres, pero Alba no volvió. De Tailandia se fue a Camboya y, de ahí, a Vietnam. Mis amigas y yo seguíamos su viaje por redes sociales. Hacía varios años que Sofía y ella no actualizaban el blog y, en lugar de recuperarlo, Alba había abierto una nueva cuenta de Instagram donde colgaba sus propias publicaciones. En muy poco tiempo, los seguidores se le dispararon y se volvió muy popular.

Aunque intentara disimularlo, Sofía estaba destrozada. Cada cuatro o cinco días, su mujer le mandaba algún audio o un vídeo para las gemelas, donde les preguntaba cómo estaban y les decía cuánto las echaba de menos, pero no había querido hablar con Sofía desde que se había marchado. Durante el día, mi amiga mantenía el tipo, sobre todo delante de las niñas, que no paraban de preguntar que cuándo volvería mami a casa. Sin embargo, muchas noches, después de que se fueran a dormir, me llamaba por teléfono llorando porque necesitaba desahogarse.

—Blanca, ¿crees que lo he hecho todo mal? —me decía en cuanto descolgaba. Y a partir de ahí, venía la retahíla de autocríticas y reproches, los malditos «Y si» y los «No debería», que no cesaban de aparecer en cada recriminación.

Nos consolábamos mutuamente, porque yo también me hacía la misma pregunta. Después de vivir dos vidas, me había quedado sola. El silencio de mi casa vacía me lo recordaba a diario.

Al principio, le tenía mucho miedo a esa soledad. Ponía la tele según entraba para que el ruido de fondo acallara mis temores. Me costaba mucho hacerme a la idea de ser la única que dormía cada noche en aquella cama tan grande. Incluso echaba de menos a Jorge, a pesar de que

estaba segura de que no quería volver con él.

Luego empecé a disfrutar de mi independencia. Me marcaba mis horarios para mis propias rutinas. Salía de noche si me apetecía, o me quedaba en casa, viendo una peli con una pizza en el sofá. Aprendí que estar sola no es lo mismo que sentirse sola. Vivía mi vida a mi antojo, sin poner a ninguna otra persona por delante de mí.

Retomé algunos de mis antiguos *hobbies*, en especial, la lectura. Siempre había sido mi pasatiempo favorito, pero hacía años que lo tenía aparcado. Volví a leer en la cama, como hacía cuando estaba con Martín.

Me apunté con mi madre a un curso de cocina los sábados por la mañana. Entre semana, iba un par de días con Vega al gimnasio o le echaba una mano a Sofía, quedándome con sus hijas si ella tenía que salir a hacer recados. A veces David también iba a su casa. Les había regalado un telescopio a las gemelas y les explicaba cosas sobre el *big bang* y la formación de los planetas. Las niñas estaban fascinadas; en especial, Sofi, a quien había empezado a entusiasmarle todo lo relacionado con los fenómenos del universo.

Poco antes del puente del Día del Pilar, pasé por la puerta de Sofía y llamé al telefonillo. Había comido con mis padres y luego me había ido a dar un paseo. Después de muchos años viviendo fuera, era maravilloso estar de vuelta en mi ciudad, tan cerca de mi gente, e ir a visitarlos cada vez que me apetecía. Mi amiga contestó casi de inmediato y me invitó a subir.

Al salir del ascensor, su puerta estaba entreabierta. Pasé a la cocina, donde Sofía colocaba la compra.

—¿Te ayudo? —pregunté, dejando el abrigo y el bolso sobre la mesa.

—Saca las verduras de esa bolsa de ahí. —Señaló con la cabeza la encimera antes de ponerse a colocar las botellas de agua en uno de los armarios.

—¿Qué tal estás? —Abrí la nevera y metí las zanahorias y la lechuga en el cajón—. ¿Sabes algo de Alba? Lleva más de una semana sin publicar…

Sofía negó. Cuando iba a responder, sonó el timbre.

—Deben ser Vega y David, que se han llevado a las niñas al cine —me explicó—. ¿Puedes ir tú?

Cerré el frigorífico y fui hacia la puerta. Al abrir, me quedé pasmada.

—¡¿Quién es?! —preguntó Sofía.

—Tu mujer —respondí.

Mi amiga se asomó desde la cocina, tan perpleja como yo. Alba sonrió nerviosa. Me aparté para dejarla entrar.

—Hola, cariño. —Dejó la mochila en el suelo de la entrada y se acercó a Sofía—. Qué guapa estás….

Miré a mi amiga, que la observaba desde el quicio de la puerta, incapaz de reaccionar. Sabía que debía marcharme, pero las llaves del coche y las de mi casa estaban dentro del bolso, en la mesa de la cocina. No era el momento de interrumpirlas para pedirles pasar.

—He estado pensando mucho… y siento lo que te dije, no tenía ningún derecho a ponerme así… —Alba bajó la mirada al suelo—. Solo de imaginarte con David durante veinte años… —Suspiró—. Lo que me contaste aquella noche me superó por completo. Siempre he estado un poquito celosa de vuestra complicidad. No dejaba de pensar que, en tu otra vida, lo tenías todo.

—Tú no estabas en esa otra vida, Alba, no lo tenía todo —contestó mi amiga muy seria—. No sabes cuántas veces me lamenté de no haber sido más valiente.

—¿Por qué tardaste tanto en decírmelo, Sofi? Me dolió muchísimo que jamás me lo hubieras

contado —susurró, con la voz entrecortada. Parecía que iba a ponerse a llorar.

—Nunca quise engañarte, te lo juro. —Sofía se cruzó de brazos—. No es fácil explicarle a tu mujer que eres una viajera del tiempo.

—Supongo que no. Me ha costado mucho asimilar que hayas podido ir hacia atrás… A decir verdad, ni siquiera sé si lo comprendo. —Alba se rio, nerviosa—. En el fondo, ¿qué importa cómo haya sucedido? Me he dado cuenta de que también ha sido un regalo para mí. Una segunda oportunidad para ambas. —Mi amiga le limpió una lágrima que le caía por la mejilla—. Sé que tenemos mucho que hablar, Sofi, pero ¿podrás perdonarme? Estoy segura de que podemos arregla…

—No vuelvas a irte nunca, por favor —la cortó Sofía, abrazándola con fuerza. Alba negó con la cabeza y rompió a llorar.

Apreté los labios, conmovida. Mis amigas se querían muchísimo y estaba segura de que superarían esa crisis. Empecé a pensar en cómo colarme en la cocina sin molestarlas, pero el sonido del interfono interrumpió su abrazo. Me sequé las lágrimas con disimulo antes de responder.

—Son Vega y David —anuncié—. Vienen a traer a las gemelas.

—Me muero por ver a mis niñas. —Alba se restregó la cara—. No sabes lo mucho que las he echado de menos.

Abrió la puerta y las esperó en el rellano con los brazos abiertos. En cuanto salieron del ascensor, su hija Sofi soltó un grito y corrió hacia ella. A Albita le costó un poco más, pero, al final, se les unió en el abrazo. Acabaron las tres en el suelo.

—Nosotros nos vamos. —Cogí mis cosas y les hice una seña a mis amigos—. Me alegro de que Alba ya esté aquí.

—Muchas gracias, Blanca, por haber estado tan pendiente de mí. —Sofía se acercó a darme un abrazo.

—Para eso están las amigas. —Le di un beso en la mejilla—. Hablamos mañana.

Las cuatro nos despidieron con la mano, sin parar de sonreír.

Diciembre llegó casi sin darme cuenta. Apenas había pasado Halloween cuando los villancicos comenzaron a sonar en las tiendas y las calles se llenaron de luces. En cada uno de mis paseos por la ciudad, descubría una iluminación nueva. Lo mismo sucedía en el gimnasio, que estaba lleno de campanitas y espumillón.

Esa tarde había bajado al centro a comprar algunos regalos de Navidad. Tras el regreso de Alba, me sobraba tiempo libre porque mi amiga ya no me necesitaba con tanta frecuencia.

Iba cargada de bolsas, pero no me pude resistir a entrar en mi librería favorita. Disfrutaba tanto leyendo que, a principios de ese mes, casi había terminado con mi lista de pendientes.

Lo primero que me encontré fue el último libro que Martín había publicado. Su novela sobre la pandemia estaba expuesta en la mesa de novedades y sentí un pinchazo en el estómago al leer su nombre en la portada. No nos habíamos visto desde que me había escabullido de su casa a principios de ese verano. Tampoco habíamos vuelto a hablar, ni siquiera por WhatsApp, más allá de su mensaje de felicitación. Cogí uno de los ejemplares y empecé a hojearlo.

—Me han dicho que ese libro está muy bien —dijo una voz masculina frente a mí. Al levantar la cabeza, me encontré con unos ojos azules que me sonreían.

—Eso me han dicho a mí también —respondí con otra sonrisa—. Me pregunto cómo se le habrá ocurrido al escritor una idea tan brillante.

Lo observé mientras se reía. Estaba muy guapo. Llevaba el pelo más largo y habría jurado

que también estaba más delgado, porque ese jersey ceñido le sentaba demasiado bien. Rodeó la mesa y se acercó a darme dos besos. Percibí al instante su perfume.

—¿Cómo estás, Blanca? —Su mano me rozó la cintura y un escalofrío subió por mi espalda.

—Bien —contesté, encogiéndome de hombros. Estaba a punto de preguntarle por ese casco que llevaba en la mano cuando una voz femenina nos interrumpió.

—Vale, nene, ya he encontrado el que quería. —Una mujer pelirroja apareció detrás y Martín se giró hacia ella. Enseguida me percaté de que era Dafne—. Ay, perdona, no me había dado cuenta de que estabas hablando con alguien.

—¿Te acuerdas de Blanca? —Martín se echó hacia un lado para hacerle sitio y me fijé en que ella también llevaba otro casco en la mano. Apreté los labios en una sonrisa tensa.

—¡Claro! Soy Dafne, no sé si tú te acuerdas de mí —me saludó.

Le dije que sí, y hablamos durante un par de minutos de temas insustanciales. Mi voz interna no hacía más que repetir lo felices que se les veía juntos y yo solo quería desaparecer. La situación me resultaba muy violenta, sobre todo después de las cosas tan íntimas que le había confesado a Martín la noche de mi borrachera.

—No quiero entreteneros —concluí, incómoda—, seguramente tendréis muchas cosas que hacer.

—Pues habíamos quedado a las ocho y media con Rober —Martín miró su móvil—, pero ya vamos tarde, para variar.

Se giró hacia Dafne, que se echó a reír.

—Pagamos el libro y estoy, te lo prometo —contestó ella, antes de explicarme—: Vamos a cenar con su hermano y su marido.

—Me alegro de veros, disfrutad de la cena —les dije—. Que paséis unas buenas fiestas.

Me despedí y me di la vuelta para irme. Y en ese instante, al igual que había ocurrido en la otra dimensión, nuestras manos se tocaron. Solo fue un roce casual, pero sentí otra vez ese hormigueo recorrer mi cuerpo.

Cuando me volví a mirarlo, Martín estaba haciendo lo mismo.

CAPÍTULO 19
SIGUE JUGANDO

Jueves, 10 de enero de 2019
BLANCA

Las Navidades se pasaron muy deprisa, mucho más de lo que me habría gustado. Apenas paré en casa durante las fiestas. Ese año me había juntado con toda la gente a la que quería, porque quizá fuera la última vez que disfrutara con ellos en esa dimensión.

Al día siguiente, viajaría a Los Ángeles para los ensayos de la peli de Roy. Estaba previsto que comenzásemos a rodar a finales de febrero, pero, antes, debía tomar clases de dicción para mejorar mi acento americano, practicar esgrima y aprender a montar a caballo. Más que una película, aquello parecía una gincana.

Mientras revisaba el plan con Elia, me había dado cuenta de que el rodaje se prolongaría durante doce semanas, hasta principios de mayo. Eso significaba que me encontraría en Hollywood durante la noche de la tormenta.

—¿No vas a pasarla con nosotras? —me había preguntado Vega al llamarla para contárselo.

—Imposible, tengo que trabajar ese mismo día —me lamenté—. Y al siguiente también… Eso si no nos despertamos en cualquier otro año.

—No me lo puedo creer. —Vega hizo una pausa, como si tratara de asimilarlo. Durante más de veinte años, habíamos dado por hecho que esa noche nos reuniríamos las tres, y aquello cambiaba las cosas—. Oye, Blanqui… —añadió mi amiga, con algo de miedo en su voz—, ¿tú qué imaginas que pasará la mañana de después?

No tenía ni idea. La situación era tan surrealista que podía ocurrir cualquier cosa: desde que despertáramos otra vez en el pasado hasta que saltáramos de vuelta a la otra dimensión. Estaba acojonada, aunque intentaba seguir con mi vida, porque no había absolutamente nada que pudiéramos hacer. Quisiéramos o no, solo quedaban unos meses para alcanzar aquella fecha fatídica e iba a aprovecharlos de la mejor manera posible.

Esa tarde quedé con Rober para darle mis regalos de Reyes: para ellos, unas botellas de vino y un *panettone* de chocolate; como a su padre le encantaba el dulce, había comprado otro más para que se lo dieran el fin de semana, cuando fueran a verlos al pueblo, y también llevaba algunas cosas para la hija de Martín, a quien me daba muchísima pena no haber podido abrazar durante las Navidades.

—Hola, Blanca, adelante —me saludó Eloy al abrir la puerta—. ¡Qué cargada vienes! Dame

algo, que te ayudo.

Le entregué las botellas y los regalos de la niña y pasé al interior, donde Rober me recibió con un abrazo.

—¡Cuidado con los *panettones*! —Estiré los brazos en cruz para evitar que los aplastara con su cuerpo. Al retirarse, se los entregué—. Uno es para vosotros; el otro, ya sabes para quién.

—Muchas gracias, Blanca, mi padre se va a alegrar mucho. —Rober sonrió—. Aún no entiendo por qué no quisiste llevárselo tú misma el domingo pasado.

—Compromisos familiares —mentí. Me quité el abrigo y lo colgué junto al bolso, en el perchero.

La semana anterior, Rober me había invitado a comer en Reyes con su familia, pero me había inventado una excusa para no asistir. La verdadera razón era que Martín también estaría, probablemente acompañado, y me sentía incapaz de enfrentarme a esa situación.

Lo había estado evitando durante todas las fiestas desde que lo había visto con Dafne en la librería. Aunque sabía que llevaban unos meses juntos, aquel encuentro me había afectado. Martín había seguido adelante después de divorciarse de Gloria, y yo había perdido mi oportunidad.

—Entra y siéntate —Rober señaló la puerta del salón—. Voy a dejar esto en la cocina.

Me acomodé en el sofá. Enseguida llegaron con tres copas y una botella de vino. Eloy traía una bandeja con almendras, aceitunas y otras cosas de picar.

—Por el 2019. —Brindó Rober tras servir el vino—. Que no nos falte salud, trabajo ni amor.

Levanté mi copa y las entrechocamos. Le hice un hueco a Rober, que se sentó a mi lado en el sofá. Eloy acercó a nosotros una de las butacas.

—Bueno, cuñadita. —Rober me palmeó la pierna—. ¿Qué tal te va la vida?

—De salud y de trabajo, no me puedo quejar. —Me encogí de hombros y me incliné sobre la mesita de centro para tomar una aceituna—. El amor… ya es otra historia.

Mi excuñado miró a Eloy, que le sonrió con complicidad.

—Pues será porque no quieres —continuó Rober—, porque tengo un hermanito que también anda muy solo y desconsolado.

—Te equivocas —negué—. Martín ya está con alguien.

—¿Con quién, con la pelirroja? —Alzó las cejas, divertido—. Me parece que la que se equivoca eres tú.

Se agachó a coger unas almendras. Lo observé con suspicacia, tratando de adivinar algo más en su expresión. Esa sonrisilla en su cara me ponía algo nerviosa. Bebí de mi copa y me removí en el sofá.

—Vinieron a casa a cenar hace unas semanas —me explicó Eloy—. Habíamos dado por hecho que estaban saliendo, pero, cuando les preguntamos, ambos dejaron muy claro que su relación era solo de amistad.

—Eso no significa que no quieran intentarlo —insistí, pero Rober negó con la cabeza, chascando la lengua contra el paladar.

—Es mi hermano, lo conozco desde que nació. Sé de sobra cómo le brillan los ojos al hablar de quien está enamorado.

Fijó su mirada en la mía y el corazón me dio un vuelco. Noté cómo empezaba a sonrojarme.

—¿Y qué pretendes decir? —Me eché hacia atrás en el sofá.

—Que no entiendo por qué no estáis juntos cuando es obvio que los dos sentís algo muy fuerte. —Hizo una pausa antes de añadir—: Porque tú también lo quieres, ¿verdad?

Bajé la vista a mi copa. Claro que lo quería, lo quería muchísimo, aunque llevase meses

convencida de que lo nuestro no podía ser. Aún resonaban en mi cabeza las dos palabras que Martín me había soltado la noche de mi borrachera, antes de marcharse a dormir a la otra habitación. Ese «Mañana hablamos» me había dejado las cosas muy claras. Fruncí los labios y bebí un buen trago de vino.

—Yo lo quiero mucho, aunque él a mí no… —empecé a decir. Eloy carraspeó para disimular una sonrisa—. En serio, para Martín ya no soy más que una amiga.

Y sin que pudieran replicar, les expliqué lo que había ocurrido aquella noche fatídica: desde la cobra con la que me respondió cuando intenté besarlo hasta aquel chorro de agua helada que había dejado caer sobre nosotros. No omití nada, por muy humillante que fuera.

Al terminar, cruzaron la mirada y se echaron a reír.

—Vale, creo que ahora entendemos por qué le dejaste aquella nota al marcharte. —Eloy cogió unas almendras y se las echó a la boca.

—¿Cómo sabéis eso? —Enarqué una ceja, extrañada. Mi relato había terminado con que Martín me había dejado sola en la cama de matrimonio.

Rober dejó su copa en la mesa.

—Mi hermano nos lo contó. Bueno, una versión mucho más escueta, sin esos detalles tan escabrosos.

—Se centró más en la mañana siguiente —añadió Eloy—. Nos explicó que aquella noche habías bebido muchísimo y que, aunque quería contarte lo que sentía por ti, prefirió esperar a que estuvieras sobria para decírtelo, pero te fuiste.

Se me cortó la respiración. «Así que era por eso —me dije, sintiéndome como una imbécil—. ¿Por qué había pensado que era al revés?». Mi corazón empezó a latir con fuerza.

—Y cuando intentó hablar contigo, le colgaste. —Rober se encogió de hombros.

—¡No le colgué! —me justifiqué—. Iba a contestar, y justo se me acabó la batería.

—Entonces, está claro que ambos os habéis malinterpretado —contestó Eloy.

—Joder. —Me pasé la mano por la frente.

Lo había fastidiado todo con esa puñetera nota que escribí en un arranque de impulsividad. «¿Alguna vez dejarás de cagarla, Blanca?». Estaba claro que, aunque pasaran los años, seguía comportándome como una adolescente. «Así te será más fácil mimetizarte cuando llegue la tormenta y vuelvas a 1996».

Me bebí el vino de un trago. Rober agarró la botella y me sirvió un poco más.

—Mira, Blanca, no voy a volver a preguntarte por qué rompisteis, pero, después de tantos años, lo cierto es que aún no comprendo lo que os pasó. Solo sé que mi hermano estaba devastado. —Le echó más vino a Eloy y luego rellenó su propia copa—. Se pasaba aquí los fines de semana, tumbado en el sofá. No comía, no dormía, y solo abría la boca para hablar de ti. Nunca lo había visto tan jodido. —Dejó la botella en la mesa—. Bueno, quizá aquella vez en el instituto, cuando te enrollaste con un tal…

—¿Nacho? —pregunté.

Rober asintió.

—Le habían partido el labio de una hostia, pero era lo que menos le dolía. Se tiró todo el día en su cuarto escuchando la misma canción y, aunque el volumen estaba a tope, lo oíamos llorar. Ese día me di cuenta de que mi hermanito se había enamorado. Menos mal que luego lo arreglasteis, ¡no quiero imaginar si nunca hubierais vuelto a salir!

Me llevé la copa a los labios, sintiéndome muy culpable. No podía reparar el daño que le había causado a Martín en la otra dimensión, pero, a lo mejor, todavía tenía una oportunidad de solucionar las cosas con él antes de irme a Los Ángeles.

—¿Tú crees que aún siente algo por mí? —pregunté, esperanzada.

—Blanca, mi hermano está loco por ti, diga lo que diga. —Colocó una mano en mi hombro —. Sé de lo que hablo. Contigo tiene una conexión especial que no le he visto con nadie más. Eso que hay entre vosotros es muy difícil de conseguir. Si tú también lo quieres, tienes que decírselo.

—¿Y si… sale mal?

Rober me pellizcó la mejilla y sonrió.

—Como me dijo mi cuñadita una vez: «¿Qué harías si no tuvieras miedo?».

El taxi me dejó en la calle, frente a su puerta. Pagué la carrera y salí del coche, impaciente. No estaba segura de lo que iba a hacer, pero las dos copas de vino y las palabras de Rober me habían envalentonado.

Durante todo el trayecto, había sonado en la radio *Young and Beautiful,* de Lana del Rey, y me sentía como si estuviera dentro de una de mis propias películas. Con la orquesta resonando en mi cabeza, inspiré hondo y avancé despacio hacia el portal.

Pulsé tres veces seguidas el botón de su piso en el panel del interfono. No podía esperar ni un minuto más para contarle lo que sentía por él. Moví mi pierna con nerviosismo. Estaba a punto de llamar otra vez cuando oí unos crujidos por el altavoz.

—¿Sí? —contestó una mujer.

Me quedé muda. Tardé un par de segundos en reaccionar.

—Perdón, creo que me he equivocado. Preguntaba por Martín.

—Espera.

Sonaron de nuevo esos ruiditos metálicos antes de escucharlo.

—¿Hola?

—Soy Blanca. He venido a… —El zumbido me indicó que Martín había abierto la puerta, pero no la empujé. Lo que tenía que decirle era demasiado íntimo y quería que estuviésemos a solas—. ¿Puedes bajar, por favor? Tengo que hablar contigo. Es importante.

—Dame un momento. Me visto y bajo.

Me restregué las manos, que me habían empezado a sudar. Había dado por hecho que era Dafne quien estaba en su casa, pero me descolocó que tuviera que vestirse. «¿Acaso están desnudos?». Un nudo de nervios se me formó en el estómago. «¿Y si es otra mujer?», dudé. Solo esperaba no haber llegado demasiado tarde.

Diez minutos después, Martín salió del portal con unos vaqueros y un jersey grueso. Tenía el pelo mojado, como si acabara de ducharse. Encogió los hombros al notar el aire frío.

—Tendría que haber cogido la chaqueta —murmuró mientras la puerta se cerraba tras él.

Se inclinó a darme dos besos. El olor de su champú me recordó a la noche de mi borrachera, cuando me colé en su ducha. Sentí una punzada de vergüenza al separarnos.

—Bueno, Blanca… —Martín se frotó las manos y las acercó a su boca. Sopló para calentarlas—. ¿Qué es eso tan importante?

Me retorcí los dedos, inquieta, porque no sabía ni por dónde empezar. Aquel ataque de romanticismo sonaba mucho mejor al imaginarlo en casa de Rober.

—Pues…, no sé si lo sabes, pero me voy a Los Ángeles, a rodar una película con Roy. Es la oportunidad que estaba esperando y le he dicho que sí. Me marcho mañana. —Inspiré hondo—. Y no quería coger ese avión sin antes decirte que…

—Perdón, ¿me permite?

Me giré, sobresaltada. Detrás de mí, un vecino hacía tintinear las llaves y señalaba el portal.

Me costó un par de segundos entender que quería abrir la puerta.

—Sí, disculpe. —Martín me tomó del brazo y nos echamos hacia un lado para dejarlo pasar.

—Gracias, buenas tardes.

Lo miramos en silencio, hasta que la puerta se cerró y volvimos a quedarnos los dos solos.

—Te vas a Los Ángeles… —dijo Martín, invitándome a continuar.

—Sí, me voy a Los Ángeles para hacer una película —asentí, incapaz de retomar aquella frase. Tras la interrupción, había perdido el valor.

—Está bien, Blanca. Es lo que querías, me alegro mucho por ti. —Me palmeó el hombro y se acercó a mí, como si fuera a despedirse—. Que tengas buen via…

—No, espera. —Estiré el brazo para detenerlo y Martín dio un paso atrás—. Lo que quería decir es que siento mucho haber escrito aquella nota. Te entendí mal, pensé que habías dejado de quererme y me asusté muchísimo. Creía que lo había estropeado todo…

Cruzó los brazos sobre el pecho y encorvó los hombros. Su mirada se perdió en el suelo. Tomé aire antes de continuar:

—Cuando me desperté en tu cama, sola, me moría de vergüenza. Improvisé una excusa y salí corriendo de allí, pero no pienso nada de lo que puse en ese papel. Es justo lo contrario. Yo… te quiero —dejé que aquellas dos palabras salieran sin filtro—. Te quiero, Martín, y no precisamente como amigo.

Levantó la vista hacia mí y enarcó las cejas, pero no contestó. Mi corazón empezó a latir acelerado. No entendía nada. Había esperado un beso, un abrazo o, al menos, una sonrisa… En cambio, Martín solo me observaba en silencio. A pesar del frío que hacía en la calle, empecé a sudar.

—¿Has bebido? —preguntó al final.

—¡No! —exclamé, abriendo mucho los ojos—. Bueno, me he tomado un par de vinos con tu hermano, pero eso no cuenta…

Exhaló una risa amarga y giró la cabeza hacia un lado.

—No me lo puedo creer —murmuró.

—Te juro que no estoy borracha, Martín. —Le puse las manos en la cara para que me mirase —. Te quiero. Te quiero muchísimo. Y tenía que decírtelo antes de que…

—¿Va a ser siempre así? —Cogió mis manos con las suyas y las retiró—. ¿Te vas a tomar dos copas y a decirme cosas de las que te arrepentirás después? ¿Y qué se supone que tengo que hacer yo? Dime, Blanca, ¿qué esperas que haga?

Lo miré, atónita. Esa no era, ni de lejos, la reacción que me había imaginado. Respiró hondo, se pasó la mano por el pelo.

—Vete a Hollywood, rueda tu película. Si cuando vuelvas aún sientes lo mismo, hablamos.

—¡No lo entiendes, Martín! —exclamé, nerviosa—. Me voy para muchos meses… ¡o quizás todavía más! Me va a pillar allí la noche de la tormenta y no sé lo que pasará conmigo. A lo mejor, al despertarme por la mañana, he vuelto a 1996…

—Entonces, sigue jugando. —Sacó las llaves del bolsillo y abrió la puerta—. Con suerte, nos saldrá mejor la próxima vez.

Entró en el portal. Ni siquiera se giró para despedirse.

Me estremecí al oír el portazo. Con la espalda apoyada en la pared, me tapé la cara con las manos y rompí a llorar.

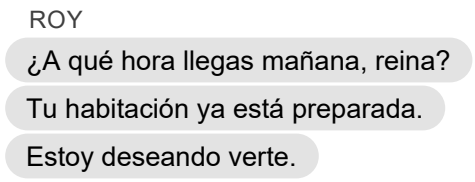
Lo había hecho fatal. El universo me había regalado la oportunidad de cambiar mi vida y yo solita me había encargado de destrozarla. Había estado ciega, aferrándome a una relación condenada a fracasar en todas las dimensiones mientras alejaba, una y otra vez, a la única

persona que me había querido de verdad.

«Y, ahora, ya es tarde».

No podía creer que me hubiera quedado sin tiempo. Quizá Martín tenía razón y lo mejor sería volver a despertarme en el pasado y comenzar de nuevo, tomando decisiones muy distintas…

Mi móvil vibró dentro del bolso. Lo saqué, con la esperanza de que se hubiera arrepentido.



Mi exmarido me había ofrecido quedarme en su casa de Los Ángeles durante el rodaje. De primeras, había rechazado su propuesta, pero él había insistido en que estaría muchísimo más cómoda que en un apartahotel. No podía alegrarme más de haberle dicho que sí. Además de mis amigas, él era el único que en realidad podía entenderme.

Me sequé los ojos con la mano. Al día siguiente, tomaría un avión, pasaría mis últimos meses en Hollywood con Roy y cruzaría los dedos para que la tormenta me devolviera a 1996.

En esa dimensión, ya no tenía nada más que perder.

CAPÍTULO 20
UN AUTÉNTICO GILIPOLLAS

Jueves, 10 de enero de 2019
MARTÍN

Entré en casa y cerré de un portazo. Después de la tardecita que llevaba intentando reparar el dichoso grifo del fregadero, lo único que me faltaba era que Blanca viniera a reírse de mí.

—Nene, ¿qué ha pasado? —me preguntó Dafne según oyó la puerta.

—Nada. —Cogí la chaqueta del perchero—. ¿Nos vamos? La peli es a las ocho y vamos a llegar tarde.

Saqué los cascos del armario y le pasé uno. Lo rechazó, negando con la cabeza.

—No me muevo de aquí hasta que no me lo cuentes —insistió—. ¿La que ha venido era Blanca?

Miré hacia el techo y exhalé con desesperación. Dafne volvió a preguntar:

—¿Era ella?

—Sí, era Blanca, en otro de sus arranques ebrios de romanticismo. —Le tendí otra vez el casco—. ¿Podemos irnos ya?

—¿Qué le has dicho? No la habrás mandado a la mierda, ¿verdad? —Dafne cruzó los brazos y me observó—. ¿Verdad, Martín?

—No exactamente.

—Se te va la olla. —Se dio la vuelta y llevó las manos a su cabeza.

—¿Y qué querías que hiciera? —me defendí—. No puede presentarse en mi casa después de tanto tiempo sin hablarnos y decirme por las buenas que está loca por mí. Vamos, eso no se lo cree nadie. —Sujeté los dos cascos con una mano y me froté los ojos con la otra—. Se va a Los Ángeles, a un rodaje. Le he dicho que haga la película y que ya hablaríamos a su vuelta. No quiero hacerme ilusiones durante meses para que después me venga con el cuento de que somos solo amigos.

—Creo que la has cagado. —Dafne se giró hacia mí—. Espero que tengas suerte y que regrese. Los trenes no siempre vuelven a pasar.

Cogió su casco, abrió la puerta y llamó al ascensor. La seguí hasta el rellano y cerré.

—¿Por qué dices eso? —Eché la llave.

—¿Cuánto hace que somos amigos, Martín? ¿Seis meses? —preguntó Dafne—. Creo que no has pasado ni un solo día sin mencionar a Blanca… —Entramos en el ascensor y pulsé el botón

del garaje—. Si no es de un recuerdo juntos, es porque alguien te ha contado algo de ella, o porque estás enfurruñado porque la has visto en algún anuncio… ¡Anda que no nos han dado la brasa en la tele esta Navidad con su dichoso perfume!

Se abrieron las puertas y la dejé pasar a ella primero. Fuimos hacia mi plaza.

—¿Y qué quieres decir? —Me agaché a quitar la cadena.

—Que no dejas de pensar en ella —respondió Dafne—. A lo mejor tú no te das cuenta, pero yo sí. Lo haces todo el rato. Menos mal que no estamos saliendo juntos, porque no lo soportaría.

Dafne se colocó el casco. Me subí a la moto y le hice una seña para que se montase detrás.

—Vamos, que aún llegamos a la última sesión. —Arranqué el motor.

Casi no me enteré de qué iba la puta peliculita. Era una comedia y debía de ser bastante buena. El público de la sala no paraba de reír. Yo me pasé la sesión dándole vueltas a lo que me había dicho Dafne.

Era consciente de que no había dejado de pensar en Blanca, al menos, en el último mes, desde que nos la encontramos en la librería. En octubre y noviembre había estado desconectado del mundo, por la promoción de la novela nueva, y casi no había visto a mis amigos.

Me había sorprendido mucho encontrármela aquella tarde. Tal vez porque la hacía en Hollywood, con Roy. Por lo que me había dicho Vega, creía que el rodaje de esa película era mucho más inminente.

Estaba preciosa. Como siempre. Daba igual que llevase un vestido largo de alfombra roja o que fuera con una coleta y sin maquillar. Siempre me había parecido la chica más guapa del mundo. Y aquella tarde lo estaba. Distraída, hojeando mi libro. Habría jurado que incluso sonrió al mirar la portada.

—Me han dicho que ese libro está muy bien —le había dicho a modo de saludo.

Me había respondido con una sonrisa tan grande que me dejó fuera de juego. Daba por hecho que estaba enfadada conmigo por haberla bloqueado. A partir de ahí, no supe qué decir. Menos mal que llegó Dafne y le dio conversación.

La habría invitado a cenar con nosotros en casa de Rober. Sabía que a mi hermano no le importaría poner un cubierto más. Sin embargo, ella parecía tener mucha prisa por irse.

Al marcharnos, en direcciones opuestas, sentí cómo los dedos de su mano acariciaban los míos. Ese roce me quemó tanto que no pude evitar darme la vuelta para mirarla de nuevo. No imaginaba que Blanca hiciera lo mismo.

Y, en ese instante, había tenido un *dejà vú* tan intenso que habría jurado que eso ya lo habíamos vivido.

—¿Nos tomamos algo? —me propuso Dafne al salir del cine—. Podemos ir al *pub* donde trabaja una amiga, está aquí al lado.

Asentí y la seguí en silencio.

—¿No te ha gustado la peli? —preguntó—. Era buenísima, me lo he pasado genial, pero tú no te has reído nada.

—No sé, no me he enterado mucho. —Bajé la vista al suelo mientras caminábamos.

—Oye, nene. —Se agarró a mi brazo—. Perdona si antes me he pasado con lo de Blanca. A lo mejor soy yo, que solo veo las cosas desde fuera. Entiendo que tú también tienes tu punto de vis…

—¿Podemos hablar de otra cosa? —la corté. Necesitaba dejar el temita por un rato. Empezaba a dudar de si no me había equivocado al decirle a Blanca que ya hablaríamos. A lo

mejor Dafne tenía razón y no volvía jamás.

—Claro. —Señaló con la cabeza el *pub* que había al final de la calle—. Mira, aquí es… Ahora mi amiga nos pone unas birras y te despejas.

Su amiga no trabajaba esa noche. Nos lo contó el camarero que estaba detrás de la barra, al que Dafne no conocía. El tío era majo, pero un poco cansino. No paraba de acercarse con alguna excusa. O con algún chupito nuevo al que nos invitaba. Le estaba tirando la caña a mi amiga de una manera más que evidente.

A Dafne no parecía importarle, respondía con una sonrisa cada vez que se acercaba. La notaba muy contenta. No sabía si era por ese tío o porque se había tomado ella sola todos los chupitos. Yo tenía que conducir.

—¿Nos vamos? —le dije después de una hora—. Mañana quiero acabar de arreglar el puto grifo y limpiar, que la semana que viene tengo a mi hija.

—Yo me quedo un ratito más. —Me devolvió el casco—. Llámame con lo que sea, ¿vale?

Nos despedimos con un abrazo.

El día siguiente lo pasé muy ocupado. Me tomó más de tres horas arreglar el dichoso grifo, pero logré que dejara de gotear. También le di un buen repaso a la casa. Quité la decoración navideña. Dafne se había empeñado en que la colocara, pese a mis reticencias. La guardé en una caja en el trastero. Luego me tocó barrer los restos de confeti, espumillón y serpentinas que aparecían en cada rincón. No sabía cómo, pero había papelitos de colores hasta dentro de la ducha. Me vino genial tener tantas cosas que hacer. Conseguí no pensar demasiado en Blanca durante el día.

El sábado por la mañana, ya se encargó mi hermano de recordármela.

ROBER
¿Puedo volver a llamar cuñadita a Blanca?

YO
¿Alguna vez has dejado de llamarla así?

ROBER
No, pero quiero saber si ya es oficial.

YO
No te entiendo una mierda.

Mi hermano me llamó por teléfono directamente.

—A ver, chaval —dijo con ese tonito condescendiente que me daba tanta rabia—, que si ya estáis juntos otra vez, que hay que explicártelo todo.

—No, no estamos juntos —respondí con un soplido.

—¿Y eso? —preguntó con asombro—. ¿No fue el jueves a tu casa?

—Sí, a decirme que me quería mucho y que se iba a Los Ángeles. Le contesté que ya hablaríamos a su vuelta. —Caminé por el pasillo hacia la cocina—. Esta vez no me dejó ninguna nota, supongo que me lo mandará por *email*…

—Mira, porque eres mi hermano y te quiero, pero es para darte de hostias hasta en el carnet

de identidad.

—Había estado contigo, bebiendo. —Saqué una taza del armario y me serví un poco más de café—. Espero que no fuera idea tuya lo de animarla a venir.

—Nos tomamos un vino; como mucho, dos… ¿De verdad le dijiste que se fuera porque creías que estaba borracha? —Rober resopló, exasperado—. No me jodas, Martín, me has dado el coñazo todas las puñeteras Navidades para que la invitara a comer en Reyes a casa de los papás… ¡¿y cuando se presenta en la tuya le pides que se largue?! —se rio con incredulidad—. Eres un gilipollas. Perdona que te lo diga así, hermanito, pero eres un auténtico gilipollas.

Dejé la cafetera italiana sobre la vitro y cogí el azucarero.

—No entiendo que Blanca no quisiera venir a comer al pueblo, pero, en cambio, se presentara aquí para decirme que…

—¡Porque pensaba que tenías novia, chaval! —me cortó—. Estaba hecha una mierda porque creía que estabas con Dafne. No sabes cómo le brillaron los ojos cuando le contamos que erais solo amigos.

Escuché a Eloy de fondo, preguntándole qué había pasado. Rober suspiró.

—Nada, cariño, que mi hermano es subnormal… —le contestó antes de dirigirse otra vez a mí—: Mira, Martín, tú sabrás, ya no eres un crío. Hace casi quince años que esperas que Blanca vuelva…. Pues bien, ya lo ha hecho. —Me colgó sin despedirse.

Durante unos segundos, me quedé mirando la pantalla. No podía verme, pero seguro que tenía una cara de imbécil descomunal. Llevé la taza a la mesa. Removí mi café y entré en mi cuenta de Instagram.

Unas ocho horas antes, Blanca había publicado una foto desde el aeropuerto. En el *post*, compartía lo ilusionada que estaba por empezar un nuevo proyecto en Los Ángeles. Prometía contar más cosas en cuanto pudiera.

Pulsé sobre el circulito alrededor de su perfil para mirar sus *stories.* Eran fotos aleatorias, de diferentes puntos de la ciudad. En la última, aparecían dos cócteles sobre la barra de un bar. Seguro que estaba con ese capullo.

Bloqueé la pantalla y dejé el teléfono. Inspiré hondo, intentando calmar mi ansiedad. Cada vez estaba más convencido de que había cometido un error al decirle que ya hablaríamos a su vuelta.

La semana siguiente tuve a mi hija. Lo de la custodia compartida lo llevábamos bastante bien. Gloria había alquilado un piso a unas pocas manzanas de casa y no habíamos tenido que cambiar a la niña de colegio.

Nuestra relación era bastante buena. Mejor incluso que de casados. Al estar tan cerca, si nos surgía un imprevisto y no teníamos con quién dejar a la cría, nos echábamos una mano. Había empezado a salir con Javier, aunque aún no tenían pensado irse a vivir juntos. Me lo contó antes de decírselo a la nena. Prefería que me enterase por ella y no porque a nuestra hija se le escapara.

—¿Tú tienes novia, papá? —me preguntó una noche mientras preparaba la cena. Negué—. ¿Por qué? Mamá tiene novio. Tú deberías tener una novia también.

A sus cinco años, empezaba a parecerse demasiado a mi madre. O a David. No sabía cuál de las dos opciones me preocupaba más.

—Bueno, pues ya me buscaré una novia. Ahora, a cenar.

Llevé los dos platos a la mesa. Mi hija se sentó y yo saqué la botella de agua de la nevera. Cogí también un par de vasos.

—Blanca podría ser tu novia —propuso, masticando un trozo de tortilla—. Es muy guapa.

El corazón me dio un vuelco. Solo me faltaba que la niña también me lo recordara. Apreté los labios, algo tenso. Dejé la botella y los vasos.

—Blanca ya fue mi novia hace muchos años. Antes de conocer a mamá.

—¿Erais novios? —Abrió los ojos como platos—. ¡¿Y os dabais besos?!

Estaba tan sorprendida que me eché a reír. Asentí con la cabeza. A mi hija se le escapó otra risita.

—¿Me pones agua? —me pidió.

Llené los dos vasos. Esperaba que me preguntase algo más, pero se puso a contarme una historia del colegio y cambiamos de tema.

Esa noche, en la cama, volví a meterme en Instagram para ver sus *stories*. Blanca había grabado un vídeo en unas caballerizas. Explicaba que aquel nuevo personaje le suponía un reto y que había empezado a tomar clases de equitación porque el guion así lo requería. También desvelaba quién era el culpable de que estuviera en Hollywood. Roy apareció a su lado y le pasó el brazo por los hombros.

—Estoy muy feliz de que sea la protagonista de mi primera película como director. No ha sido nada fácil convencerla —miró a Blanca, que se echó a reír—, pero, por suerte, ya la tengo conmigo. Siento habérosla robado, pero, tranquilos, que la voy a cuidar muy bien.

Le guiñó un ojo a la cámara justo antes de cortar. Y, aunque hablaba en plural, dirigiéndose a sus seguidores, sentí que ese mensaje era solo para mí.

El viernes siguiente, me pasé por el *pub* irlandés para ver a Dafne. No habíamos quedado, pero sabía que esa semana trabajaba solo hasta las doce. Podíamos tomar una cerveza allí y luego darnos una vuelta juntos por el Barrio.

Al entrar, la descubrí en una esquina de la barra, charlando con un tío. Estaba de perfil, pero me pareció que era el camarero que habíamos conocido la otra noche. El que no había dejado de invitarla a chupitos en el *pub*. En cuanto me vio, Dafne le apretó el brazo y vino hacia mí.

—Hola, nene, no te esperaba hoy. —Se puso de puntillas y me dio dos besos desde el otro lado de la barra—. ¿Birra o copa?

—Birra.

Dafne sacó un tercio y le quitó la chapa. Lo empujó hacia mí.

—¿Es el del otro día? —Lo señalé con disimulo antes de beber.

—Sí, se llama Iván, hemos quedado tres o cuatro veces en estas semanas y… —Se mordió el labio mientras lo miraba.

—¿Y?

Dafne soltó una risita.

—Puedes contarme que te has acostado con él —me reí—, a estas alturas, no me voy a escandalizar.

—Bueno… —Se echó hacia delante, acercándose más a mí. Bajó la voz—: Es la primera vez que me acuesto con alguien y no pienso en Rubén.

—Te gusta —afirmé. Dafne asintió—. Me alegro mucho por ti.

Ella me frotó el brazo de manera cariñosa.

—No te pongas celoso —bromeó—. Te sigo queriendo igual.

Solté una carcajada y desvié la mirada hacia la tele. Al instante, apareció Blanca en su anuncio de perfume. Fruncí el ceño. Dafne se dio cuenta.

—¿Has hablado con ella? —preguntó.

Negué con la cabeza y volví a beber. No había hablado con ella, pero no había parado de ver

sus *stories* en toda la semana. También había empezado a mirar las de Roy. Me había convertido en un *stalker* de puta madre.

Dafne se volvió hacia el chico, que le sonrió desde el otro lado de la barra. Ella le devolvió la sonrisa.

—Dime qué te debo de la cerveza, que me voy —le dije.

—Martín, lo siento, es que Iván y yo habíamos quedado hoy y…

—Tranquila, yo también te sigo queriendo igual.

Sonreí. Dafne apretó los labios, como si se sintiera fatal. Saqué un billete de diez. Lo rechazó con la mano.

—A esta te invito yo. —Volvió a ponerse de puntillas para despedirse—. Llámame mañana, ¿vale?

Asentí. Dejé el tercio vacío sobre la barra y me marché del *pub.*

Los tres meses siguientes se me hicieron larguísimos. Las semanas en las que no tenía a la niña me parecían interminables. Me sentaba a trabajar y me pasaba la mañana procrastinando en internet. O cerraba el Word y me iba al gimnasio.

Dafne había empezado a salir con Iván y estaba prácticamente desaparecida. Desde la última vez que había estado en el *pub* irlandés, a finales de enero, no nos habíamos visto más de tres o cuatro veces. Me llamaba por teléfono casi todas las semanas, pero ya no me proponía planes improvisados. Ni se presentaba en mi casa por sorpresa. Supuse que esa espontaneidad ya solo le salía con su novio. Con el de verdad.

Algunas tardes, quedaba con David a tomar algo. Se había mosqueado un poco al enterarse de que lo mío con Dafne solo había ocurrido en su imaginación. Por suerte, se le pasó pronto. Mi amigo era muy pesado, pero nada rencoroso.

Su última fijación era prever qué pasaría la noche en que las chicas viajaron al pasado en su otra dimensión. Me mandaba unos audios larguísimos con un montón de cálculos matemáticos que yo escuchaba de fondo a doble velocidad. Al final, siempre terminaba con la misma pregunta:

—¿Te imaginas que esta vez seamos nosotros los que viajemos en el tiempo?

Lo había repetido tantas veces que me lo había llegado a creer. O tal vez no fuera más que mi miedo a no poder arreglar nunca las cosas con Blanca. Las fotos y vídeos que publicaba con Roy eran tan ambiguos que no tenía muy claro si aún eran amigos o si había pasado algo más. Había empezado a reaccionar a sus publicaciones, pero no sabía cómo comenzar una conversación. Cuanto más tiempo pasaba, más difícil se me hacía escribirle un mensaje casual.

Me tumbé en el sofá. Agarré mi móvil para ver si Blanca había publicado algo nuevo. O si yo conseguía reunir el valor para enviarle un «Hola». Según me había dicho David, la noche siguiente ocurriría todo. Solo quedaban algo más de veinticuatro horas. Y estábamos a miles de kilómetros de distancia.

Me metí en su perfil. No había ninguna novedad. Tampoco en el de Roy. Iba a volver a mirar sus últimas *stories* cuando la aplicación me avisó de que ese capullo había empezado un vídeo en directo. Me resistía a pinchar en el circulito rojo que enmarcaba su foto de perfil. Dejé el móvil en la mesa y me levanté.

Fui a la cocina a beber un vaso de agua. A lo mejor me habría ido mejor una tila. Estaba seguro de que Blanca aparecería también en ese directo y tenía miedo de lo que me pudiera encontrar.

Di un par de vueltas, me froté la cara. No ver qué estaba ocurriendo me ponía más nervioso.

Era mejor enfrentarse a las cosas. Y que pasara lo que tuviera que pasar.

Regresé al salón en una carrera. Desbloqueé el móvil y apreté el botón.

Se los veía bailando en un bar, muy pegados el uno al otro. Roy la agarraba de la cintura mientras se movían al compás. Con los ojos cerrados, Blanca sonreía.

Noté una opresión en el pecho, como si me costara respirar. Salí de la aplicación. Solté el teléfono sobre el asiento y me llevé las manos a la cara. Me ardían las mejillas. Mis latidos retumbaban en mis sienes. Las masajeé para aliviar la tensión.

Intenté poner la mente en blanco, no pensar en nada, pero esa imagen se había grabado a fuego en mi cabeza. Me costaba entender a qué cojones había venido ese vídeo. No tenía ninguna relación con la puta película.

Exhalé con fuerza y me dejé caer en el sofá. Necesitaba distraerme para no seguir pensando en lo que acababa de ver.

Puse la tele e hice *zapping*, cambiando los canales a toda velocidad. Al final, dejé el informativo y traté de concentrarme en las noticias. No habían pasado ni diez minutos cuando el presentador se despidió hasta el día siguiente y comenzó la publicidad. Tras el anuncio de un banco *online* y una marca de electrodomésticos que patrocinaba un programa de cocina, apareció la cara de Blanca junto a ese puñetero perfume. Apagué la tele con el mando y me levanté.

Me acerqué a la librería y miré los títulos de las baldas. Algunos los había leído hacía poco, otros me daban pereza. Examiné los que tenía en segunda fila. Agrupados en un lateral, había algunos más antiguos, casi todos clásicos de la ciencia ficción. Mis ojos se fueron directos a *1984*, de George Orwell.

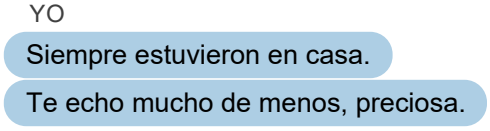
Lo saqué de la estantería. Había sido uno de mis libros favoritos de adolescente, pero no recordaba cuántos años llevaba sin leerlo. Lo abrí por la mitad y lo hojeé. Las páginas estaban amarillas. Un trocito de cartón se cayó al suelo y me agaché a recogerlo. Al darle la vuelta, mi corazón se saltó un latido.

Eran las fotos del cumpleaños de Blanca de hacía más de veinte años. Las dos imágenes que faltaban para completar la tira original. En la de arriba, ella soltaba una carcajada mientras yo la observaba perplejo. En la de abajo, nos comíamos la boca apasionadamente.

Apoyé el libro en la balda y evoqué ese momento. Blanca sentada sobre mi muslo. La presión de su cuerpo contra el mío, los dos abrazados dentro de aquel minúsculo fotomatón. Aún podía escuchar el sonido de su risa antes de callarla con un beso.

Volví a mirarnos. Habían pasado muchos años, pero seguía tan loco por ella como aquel día. Y había mandado a la mierda mi última oportunidad. Solo a un gilipollas se le ocurriría decirle que siguiera jugando.

Sin pensarlo, abrí WhatsApp y le envié una foto.



Los ojos empezaron a picarme. Miré hacia arriba y exhalé por la boca. Mi respiración salía entrecortada porque mi abdomen temblaba. Me restregué los párpados, apretándolos con fuerza, como si pudiera contener las lágrimas…

Mi hermano tenía razón.

Era un auténtico gilipollas.

CAPÍTULO 21
LA NOCHE DE LA TORMENTA

Martes, 23 de abril de 2019
BLANCA

VEGA
No me creo que no vayamos a estar las tres juntas esta noche.

Vega cambió el nombre del grupo a *Sayonara, baby.*

YO
Tía, no me agobies. Sabes que esto no ha sido por mi culpa.

Vega cambió el nombre del grupo a *Si no hay Casera, nos vamos.*

SOFÍA
Al final, sobrará vino…

VEGA
No te preocupes, Sofi, haré un esfuerzo.

Vega cambió el nombre del grupo a *Me piro, vampiro.*

SOFÍA
¿Quieres estarte quieta con los nombrecitos?

Vega cambió el nombre del grupo a *Chao, pescao.*

Vega cambió el nombre del grupo a *Nos vemos al otro lado.*
Vega cambió el nombre del grupo a *Eso es todo, amigas.*

VEGA
¡No puedo parar!

Salí de WhatsApp y miré la hora: ya eran las seis y cuarto de la tarde. Tomé aire y lo solté por la boca mientras trataba de calcular cuánto tiempo me quedaba hasta que todo ocurriese. «¿A qué hora cambiaremos de año? —me pregunté—, ¿a medianoche como con las campanadas?».

No tenía pruebas, pero tampoco dudas, de que al día siguiente volveríamos a despertarnos en 1996. Yo, por lo menos. Tenía ese «Sigue jugando» de Martín grabado en la cabeza. Visto lo visto, parecía que era mi única opción de cambiar las cosas.

Estaba tan agobiada que decidí ponerme un poco de música para relajarme. Me coloqué los auriculares y *Súbeme la radio,* de Enrique Iglesias, comenzó a sonar:

Ya no me importa nada, ni el día ni la hora, si lo he perdido todo.…

El día anterior, había bailado esa misma canción con Roy en la terraza de un bar de Los Ángeles. Solíamos ir a menudo al terminar la jornada, junto a varios compañeros del equipo. Ya éramos muy conocidos entre los empleados, desde los camareros hasta el DJ, quien no tardaba en poner música latina en cuanto cruzábamos la puerta.

Habíamos estado grabando las secuencias de la playa, que incluían un amanecer. El rodaje había comenzado a las cuatro de la madrugada y, a pesar de que no era mucho más de mediodía, estábamos agotados.

—Como algo y me voy —le había dicho a Roy tras sentarnos en una de las mesas.

—Relájate, Blan, que la tarde es joven —me había contestado él—. Hasta mañana a las ocho no tenemos que volver a rodar.

—Cómo se nota que no has tenido que ir a caballo por la orilla —me quejé—. Eres un cabrón, me has hecho repetir la secuencia cuatro veces…

—Pero has estado espectacular, reina. —Me dio un beso en la mejilla—. Y ahora te voy a invitar a un cóctel para celebrarlo.

Tomamos un par de copas y algunos sándwiches. Nos hicimos fotos y Roy las subió a sus redes sociales. Enseguida, Elia las compartió desde mi perfil. Todo el mundo estaba muy animado, pero a mí me costaba horrores integrarme en la conversación. Mi cabeza no paraba de pensar que solo quedaban veintiséis horas para que llegase la tormenta, y yo estaba a miles de kilómetros de mi ciudad. «¿Y si mañana te despiertas aquí pero en otro año? —me preguntó mi vocecita interna—. Sería imposible de justificar en casa».

—Y aquí tenemos a la estrella de la película. —Roy me pasó un brazo por los hombros y estiró el otro, apuntándonos con el teléfono, como si nos fuésemos a hacer un *selfie*.

Sonreí por inercia. Tardé un par de segundos en percatarme de que no se trataba de una foto.

—¿Estás grabando un *reel*? —le pregunté, confundida.

—Estamos en directo, reina —se carcajeó Roy—. Y ahora mismo somos más de cien mil.

Mandé un beso a sus seguidores y la pantalla no tardó en llenarse de corazoncitos rojos. Los comentarios aparecían a toda velocidad, era casi imposible leerlos.

—Llevamos despiertos desde las dos de la mañana y hemos terminado de rodar hace un rato —continuó explicando Roy—. Justo ahora, Blan me contaba lo mucho que ha disfrutado de montar por la playa…

Abrí la boca para protestar, pero el DJ pinchó *Súbeme la radio*, y algunos compañeros del equipo se levantaron para ir a la pista. Nos giramos hacia ellos.

—Baila conmigo. —Roy retiró el brazo de mi hombro y se puso en pie. Me tendió la mano.

Lo miré, manteniendo la sonrisa, aunque por dentro lo quisiera matar. No me apetecía nada que nos echáramos unos bailes, pero mi exmarido me había puesto en un compromiso en pleno directo. Retiré la silla y me levanté. Roy le pasó el móvil a su asistente.

Los compañeros nos corearon al llegar a la pista. Contoneé las caderas al ritmo de la canción mientras Roy imitaba mis pasos frente a mí. Alcé los brazos, llevé las manos a mi nuca. Él rodeó mi cintura y acompasó sus movimientos a los míos. Cerré los ojos e intenté poner la mente en blanco, dejándome llevar por la música.

Empecé a pensar en Martín, ni siquiera sabía por qué. Ese era el tipo de canción que nunca le había gustado escuchar, sobre todo, si la ponían en algún *pub* cuando estábamos de fiesta. Sonreí al recordar lo tenso que se ponía cada vez que bailábamos juntos. Lo echaba muchísimo de menos. Quizá, con suerte, ese mismo fin de semana estaríamos juntos, de botellón en los noventa, celebrando el cumpleaños de Sofía. A lo mejor, esa vez ni siquiera llegáramos a cortar. Solo tenía que asegurarme de mantenerme muy lejos de Nacho…

Roy se pegó a mi espalda y me pasó un brazo por la cintura. Sus dedos acariciaron mi abdomen, ascendiendo con lentitud.

—La manita, Roy —susurré, antes de retirarla con disimulo. Di un giro, como si fuera parte del baile, y volví a quedarme frente a él. Roy se rio.

Cerca de nosotros, su asistente seguía grabando. Le hice un gesto con la mano para pedirle que enfocara a otro lugar, pero negó con la cabeza. Por suerte, se terminó la canción.

Roy mandó un beso a sus seguidores y recuperó su móvil de manos de su asistente. Le dije al oído que me iba.

—¿Estás bien, Blan? —preguntó, extrañado—. Siempre eres el alma de la fiesta, no sé qué te pasa hoy.

—Estoy cansada —respondí, pasándome una mano por la frente—. Me apetece darme una ducha y tumbarme un rato.

—Me voy contigo, reina, que, si no, al final, me liaré.

Nos despedimos de los compañeros y pedimos un Uber para volver a su casa.

Por el camino, saqué mi móvil y abrí mi cuenta de Instagram. Revisé las reacciones al *storie* que había compartido Elia y que ya tenía más de cinco mil visitas. Deslicé el dedo por la pantalla, esperando encontrar entre ellas alguna de Martín. Últimamente, le daba *like* a casi todas mis publicaciones, aunque nunca me escribía nada.

—Reina, creo que no te he pedido perdón suficientes veces por cómo me comporté cuando pasó lo de Jennifer.

Me giré hacia Roy, que miraba al techo, con la espalda recostada en el asiento.

—No, no lo has hecho. —Apoyé el móvil en mi regazo y me froté los ojos—. Disculpas aceptadas, aunque ya me da igual.

—Te lo digo en serio, Blan. —Estiró la mano para agarrar la mía—. Fui un idiota, tendría que haberme quedado contigo…

Noté vibrar el teléfono sobre mis piernas y bajé la cabeza para mirar la notificación. Era un mensaje de Martín. Solté a Roy para coger el teléfono con ambas manos.

Había encontrado su parte de la tira del fotomatón, la que pensaba que había perdido. Toqué la pantalla y agrandé la imagen, ahogando un gritito de felicidad.

«Me encanta en la que te estás riendo», me había dicho aquel día, cuando le pregunté cuál de

las dos mitades quería que le regalase.

Miré a la Blanca de dieciocho años, que se reía despreocupada, ajena a todo lo que nos quedaba por vivir. Se nos veía tan relajados y felices que la nostalgia me invadió de una forma abrumadora. Acaricié su foto con el dedo y la imagen se redujo, regresando a la pantalla del chat.

MARTÍN

Siempre estuvieron en casa.

Te echo mucho de menos, preciosa.

Cerré los ojos. Yo también lo echaba muchísimo de menos. Me habría encantado darle un abrazo, pero me encontraba muy lejos, en la otra parte del mundo. «Ojalá pudiera teletransportarme y aparecer allí», deseé con todas mis fuerzas.

—Vaya, si es tu noviete, otra vez… —murmuró Roy. Parpadeé, de vuelta a la realidad—. Vamos, reina, ya hemos llegado.

Al salir del coche, me tomó por la cintura y avanzamos juntos hacia la entrada de su casa. Era la típica construcción de dos pisos de estilo mediterráneo, como las que salían en las películas.

Pasé yo primero y dejé el bolso sobre el mueble. Roy cerró la puerta y se pegó a mi espalda.

—¿Te he dicho alguna vez lo increíble que eres, Blan? —Retiró el pelo que me caía sobre los hombros y posó sus labios en mi cuello—. Divertida, con muchísimo talento… —Rodeó mi cintura con sus brazos—. Y tremendamente *sexy*. —Besó mi piel—. No sé ni cómo te dejé escapar…

—Para, Roy, esto es una mala idea —le pedí. Al instante, retiró sus manos y dio un paso atrás.

—Estás loca por él. —Bufó.

Me di la vuelta. Roy miraba al techo con los brazos en jarras.

—Tengo que irme hoy —le pedí en un susurro.

—No puede ser, Blan. Mañana tenemos rodaje. Espérate dos semanas y…

—No tengo dos semanas —lo corté—. Ni siquiera sé si me quedan dos días.

Roy bajó la mirada y me observó, extrañado. Inspiré hondo.

—Mañana es mi última noche —le dije—. Ya sabes, la tormenta.

No me hizo falta explicar nada más. Roy se pasó la mano por la cara con agobio.

—Joder, Blan, no puedes pedirme eso… Es una locura que te vayas así, en medio del rodaje.

—Lo sé. —Me apoyé en el mueble, bajando la vista—. Pero necesito irme, no puedo quedarme aquí.

Roy tomó aire y lo soltó de golpe por la boca. Movió la cabeza hacia ambos lados.

—Vale, reina, vete —dijo al final.

Levanté la mirada. No me lo podía creer.

—Vete —repitió—, ya me inventaré algo para retrasar el rodaje unos días. No sé, les contaré a los productores que necesito cambiar alguna localización, pediré que lo deduzcan de mis beneficios, yo qué sé… —Se mordió el labio antes de reírse con incredulidad—. El puto cabrón de tu noviete me va a salir carísimo.

—¿En serio? —pregunté con cautela.

—El lunes que viene, te quiero aquí. —Levantó un dedo en señal de advertencia—. Me la suda si vuelves a los noventa o a las pirámides de Egipto. Móntatelo como quieras, pero el lunes te quiero en el set a primera hora.

—¡Gracias, Roy! —Lo abracé con fuerza—. Gracias, gracias, gracias…

Le di un beso en la mejilla y corrí escaleras arriba. Cuando estaba a mitad de camino, me llamó:

—¡Blan! —gritó y me di la vuelta—. Me contarás lo que pasa después de la tormenta, ¿verdad?

—Ni lo dudes —le había contestado antes de ir a mi habitación para hacer la maleta.

Por megafonía anunciaron el número de mi vuelo. Abrí los ojos y detuve la música para prestar atención. Nos pedían disculpas por la demora e informaban que, en unos minutos, se abriría el embarque para el vuelo con destino a Alicante.

Me quité los auriculares y salí de Spotify. Eran las siete menos cinco en mi móvil, aunque, a causa del *jet lag*, me parecían casi las diez de la mañana.

Había llegado a Múnich hacía cuatro horas y media. El día anterior, mientras preparaba la maleta, había llamado a Elia y le había pedido que me consiguiera un billete de avión para viajar de inmediato, sin importar el precio. No había vuelos directos desde Los Ángeles, así que había tenido que hacer escala. Mis amigas estaban entusiasmadas, hasta que les había mandado un mensaje de que el segundo vuelo salía con retraso.

Volví a entrar en WhatsApp, donde Vega seguía cambiando de nombre el grupo. Debía llevar años preparándose para esa noche: era imposible que todos esos nombrecitos se le ocurrieran a la vez.

YO

Creo que tengo suerte y voy a llegar.

¡Guardadme vino!

SOFÍA

Síííííí.

VEGA

¡Menos mal!

Vega cambió el nombre del grupo a *¿Carreteras? A donde vamos no necesitamos carreteras.*

El taxi me dejó en casa de Vega pasadas las diez y media. Me habría encantado poder ver a Martín antes de la cena, pero el retraso en el aeropuerto de Múnich lo había complicado. Cuando mis amigas me abrieron la puerta, no se lo creían.

—¡Has venido, Blanqui! —Vega se lanzó sobre mí en un abrazo muy efusivo y, al momento, Sofía se nos unió. Saltamos como locas.

—¡Casi no llego! —exclamé en cuanto nos separamos para coger aire—. No sabéis lo mal que lo he pasado al retrasarse el segundo vuelo, ¡pensaba que esta noche dormía en un hotel!

—Lo importante es que ya estás aquí. —Sofía cogió mi maleta y aguantó la puerta para que entrásemos.

Vega me pasó el brazo por los hombros y fuimos al jardín trasero, donde habían puesto la mesa con tres cubiertos. Mi plato y mi copa seguían intactos; los suyos estaban llenos de cáscaras de marisco.

—Hemos decidido cenar fuera porque hace muy buena noche —dijo Sofía, que acababa de dejar mi maleta dentro de la casa.

—Me parece genial. ¿Dónde están los demás? —pregunté. Me quité la chaqueta y el bolso y los coloqué en el respaldo de la silla.

—David ha quedado con Martín; Ainhoa está con Alba y las gemelas —me explicó Vega—. Creíamos que era importante que estuviéramos un ratito las tres a solas… si conseguías llegar.

—Y mientras me esperabais, os habéis puesto hasta el culo de gambas. —Me senté a la mesa y cogí una loncha del plato de los embutidos—. Este jamón es del bueno, de Jabugo por lo menos.

—No hemos escatimado en nada —se rio Vega, que se sentó junto a mí.

—Ya veo, no cenamos cosas tan ricas en la otra dimensión. —Tomé otro par de lonchas y las metí entre dos trozos de pan—. Recuerdo que había un fuet y unas olivas, puede que también una de esas ensaladas con queso de cabra que solías preparar.

—Y el guacamole del Mercadona —añadió Sofía.

—Igualito que ahora. —Levanté con dos dedos una cigala—. Esto parece la cena de Nochevieja, debería de haberme puesto unas braguitas rojas.

Vega soltó una carcajada y rellenó su copa. Fue a echar en la mía, pero se dio cuenta de que la botella de vino se había acabado.

—Sofi, saca más vino que vamos a empezar con los deseos.

—Pero ¿aún queda vino? —preguntó Sofía y las tres nos echamos a reír.

Mientras mi amiga iba a la cocina, me puse en el plato los cinco langostinos que me habían dejado, un poco de queso y varias lonchas más de jamón. Estaba hambrienta. Apenas había comido nada desde que había salido de Los Ángeles porque tenía el estómago cerrado por los nervios.

—Blanqui, ¿tú qué crees que va a pasar? —preguntó Vega. Me encogí de hombros con la boca llena. Mi amiga miró al cielo—. A lo mejor no ocurre nada, el del tiempo ha dicho que esta noche no va a llover.

—Tampoco daban lluvias en la otra dimensión y mira dónde estamos —le contesté, antes de engullir otro langostino.

—En eso tienes razón —respondió.

Sofía regresó con la botella. La apoyó en la mesa y la abrió. Llenó su copa y la mía antes de sentarse.

—¿Os imagináis que regresamos al día siguiente de la otra dimensión? —nos dijo.

—¡Espero que no! —exclamó Vega—. A ver cómo le dices a David que ahora es mi marido.

Se les escapó a las dos una risita nerviosa, aunque se veía a la legua que a ninguna le hacía gracia.

—No podríais tener a Ainhoa. —Sofía frunció el ceño.

—Bueno, técnicamente, existe una posibilidad… —Vega volvió a beber y las dos la miramos expectantes—. Cuando me enteré de que te habías quedado embarazada en la otra dimensión, congelé mis óvulos.

—¡Eso no nos lo habías contado! —protesté, preparándome otra especie de minibocadillo.

—¡Me daba vergüenza! —Vega se tapó la cara con una mano—. Lo decidí en un arranque de locura porque pensaba que se me iba a pasar el arroz. Pero, mira, igual hice bien… Y, sí, ya sé

que sería mucha casualidad que tuviéramos a Ainhoa, pero fíjate en esta con las gemelas. —Señaló con la copa a Sofía antes de beber otra vez—. Ya sabes, lo que tiene que pasar…

—Acaba pasando —respondí, y entrechocamos las copas.

—La Virgen —dijo Sofía, todavía perpleja, y le dio un trago tan largo a su vino que Vega y yo nos volvimos a reír.

—A mí me parece que vamos a volver a 1996. —Me limpié las manos y me eché hacia atrás —. Vosotras igual no, porque habéis aprendido la lección y tenéis lo que queríais, pero yo… —Moví mi copa en círculos—. Yo estoy exactamente igual que al principio, quizá incluso peor. —Suspiré—. Creo que viajar al pasado sería lo mejor que podría ocurrirme.

—¿Estás segura? —preguntó Sofía.

La miré, dubitativa. Recordé esa primera mañana en el instituto, cuando volví a encontrarme con Martín antes de entrar en clase, y asentí.

—Sí, esta vez lo haré bien.

—Quién sabe, chicas, tal vez mañana confluyan los universos paralelos y el mundo entero explote… —Vega se encogió de hombros—. Yo solo os pido que, si volvemos a despertarnos en 1996, no me dejéis acercarme a Rubén. —Alzó su copa con demasiado ímpetu y derramó la mitad del vino en la mesa—. ¡Por las buenas decisiones!

—¡Por las buenas decisiones! —repitió Sofía, levantando la suya.

Cerré los ojos, me concentré en todos los momentos felices que había vivido junto a Martín: la mañana en que nos fugamos de clase y acabamos en la playa. Nuestra primera vez, en su habitación. Cuando nos tatuamos juntos ese mismo círculo en la muñeca el día en el que Rober no se casó con Ana…

Aquellas imágenes se agolpaban en mi mente como si fueran fotogramas de una película larguísima.

Las tardes tumbados en su cama escuchando música. Las noches que estudiábamos para los exámenes en la biblioteca de la universidad. Los veranos en el pueblo, donde bailábamos siempre los mismos temazos en la verbena. El viaje a Londres. El día que nos fuimos a vivir juntos y me cogió en brazos para cruzar la puerta…

«Eso es lo que quiero. Esta vez, no lo vamos a dejar».

Abrí los ojos, ilusionada, y levanté mi copa.

—¡Por las buenas decisiones! —grité.

Y, en aquel instante, recordé la sonrisa de Martín el día que cogió en brazos a su hija por primera vez.

«Espera…, no, no puedes volver —dijo mi voz interior—. Si lo haces, perderás esos momentos junto a Martín, porque nunca habrán ocurrido… Y, aunque intentes repetirlos, jamás será igual que vivirlos por primera vez».

El corazón me latió con fuerza, como si hubiera pulsado por error el botón de formatear. Si volvía al pasado, él ya no sería el mismo Martín que yo conocía. Habría perdido todos sus recuerdos, además de a su niña…

De pronto, una fuerte ráfaga de viento cruzó el jardín, volcó las botellas vacías de la mesa e hizo que las cáscaras de marisco se esparcieran por el césped.

—No me jodas —susurró Vega cuando el cielo se iluminó unos segundos, como si se hiciese de día.

Sofía se puso el dedo sobre los labios para que escuchásemos el silencio. Nos quedamos muy quietas, casi sin atrevernos a respirar. Negué con la cabeza, aterrada: aquello no podía estar pasando de nuevo.

Y, de repente, el brusco sonido de un trueno antes de ponerse a llover.

—¡Su puta madre! —exclamó Vega, y las dos corrieron hacia el interior de la casa para no mojarse.

Me quedé sentada en la mesa, en medio del jardín. Acababa de meter la pata hasta el fondo. Sin duda, esa era la mayor cagada de todas las de mi vida. Peor, incluso, que casarme con Roy. De un plumazo, había borrado las cosas buenas que habíamos vivido juntos Martín y yo. Levanté la cara y me eché hacia atrás, calándome con la lluvia.

—¡Vamos, Blanca! —me gritó Sofía.

Desde la puerta, mis amigas me hacían señas para que entrase con ellas. Moví la cabeza hacia los lados.

—¡No puedo, tengo que hacer una cosa! —Saqué el móvil del bolso—. ¡¿Sabéis dónde han quedado los chicos?!

—¡En el irlandés de la Rambla, creo! —contestó Vega.

—¡Gracias, os quiero! —Me levanté y corrí hacia la puerta del jardín—. ¡Nos vemos en los noventa!

Salí a la calle y marqué el número de Teletaxi. Como siempre, me dejaron en espera. Apreté el paso bajo la lluvia, en dirección a la parada que había al final de esa avenida, junto al hotel. Vega vivía en un chalet cerca del campo de Golf, y resultaba muy difícil encontrar uno que estuviera circulando por la zona.

Otro relámpago iluminó la noche y me percaté de que me había dejado la chaqueta y el bolso en su casa. «Menos mal que aún no he vuelto al pasado y puedo pagar con el móvil». Colgué a la empresa de taxis y marqué el número de Martín. Para mi sorpresa, comunicaba.

—¡Puto universo, no me jodas más! —grité, enfadada. El cielo me contestó con un trueno aterrador.

La lluvia cayó con más fuerza y eché a correr. A lo lejos, me pareció distinguir una lucecita verde en la parada. Volví a llamar a Martín. Esa vez, respondió al segundo tono.

—¡Blanca, te estaba llamando! —me dijo según descolgó—. David me acaba de decir que venías hoy.

—Sí, ha sido improvisa… —Otro trueno retumbó en el cielo y me sobresalté—. ¿Dónde estás? Necesito verte.

—En la Rambla, pero tengo la moto, voy a buscarte donde me di…

—No te preocupes, hay un taxi libre, enseguida voy.

Colgué. Recorrí los últimos metros en un esprint y me metí en el vehículo.

—Al irlandés de la Rambla, por favor.

Dejé el teléfono en el asiento y me abroché el cinturón.

—¿Blanca?

Levanté la mirada. A través del retrovisor, el conductor me observaba sorprendido. Solo sería alguien que me había visto en una película, pero sus ojos y su voz me resultaban demasiado familiares.

—¿Nos conocemos? —pregunté, despistada.

—Joder, rubita, ¿es que ya no te acuerdas de los amigos?

Al escuchar esa risa socarrona, supe de inmediato quién era.

—¿Nacho?

—Ese soy yo, no me gastes el nombre —me guiñó un ojo y arrancó.

Tomó la avenida a demasiada velocidad. Me agarré al asidero que había sobre la puerta.

—Vaya, no te hacía por la *terreta,* Blanquita. —Dio un volantazo para adelantar—. Ya no

estás casada, ¿no? Lo leí en una de esas revistas de mierda que se compra mi mujer.

No hacía más que observarme por el retrovisor y me estaba poniendo nerviosa. No solo porque parecía querer desnudarme con la mirada, sino también porque conducía pegado al culo del coche que llevábamos delante.

Alcanzamos la carretera. Cada vez que llegábamos a una rotonda, tenía que cerrar los ojos porque se incorporaba sin mirar, como si tuviera preferencia sobre los demás vehículos. Me dolía el cuerpo de estar en tensión.

Había comenzado a rezar un padrenuestro cuando me llegó un mensaje.

MARTÍN

En la Rambla hay muchísimo tráfico por la lluvia.

Te espero en la Puerta del Mar.

—Nacho, cambio de planes, déjame al final de la Explanada, junto a la casa Carbonell —le pedí mientras respondía a Martín con el emoji del pulgar.

—Eso será si este soplapollas me deja pasar… —Pitó varias veces al vehículo de delante y sacó la cabeza por la ventanilla—. ¡Quítate de en medio, *alelao*! ¡¿No ves que vas pisando huevos?!

Le echó las largas sin parar hasta que el conductor se cambió de carril. Al pasar por su lado, Nacho le dedicó una peineta. Me eché hacia abajo en el asiento, avergonzada. «¿En qué momento me gustó este imbécil?».

Pillamos una recta y Nacho aceleró. Debíamos ir a más de cien por hora. Por su propia seguridad, los coches se apartaban de nuestro camino, hasta que, al salir de un túnel, vimos un montón de vehículos parados con las luces de emergencia.

—¡Nacho, frena, que nos vamos a matar! —grité, a punto de arrancar el asidero.

Pegó tal frenazo que reboté contra el asiento de delante. Suerte que llevaba puesto el cinturón. Abrí los ojos despacio, asombrada de que estuviéramos ilesos.

—Te has cagado, ¿eh, rubita? Tú tranquila, que yo controlo.

Empezó a reírse como si hubiera dicho algo graciosísimo. Inspiré hondo y exhalé muy lentamente, tratando de regular mi respiración.

—Voy a ver qué ha pasado. —Nacho abrió su puerta para salir del coche—. Seguro que algún imbécil se ha metido una hostia porque no tiene ni puta idea de conducir…

Al oírlo, me temí lo peor. Busqué mi móvil por el suelo, al borde de un ataque.

«Por favor, que no le haya ocurrido nada a Martín».

Me contestó al primer tono.

—Blanca, ¿ya estás aquí?

En cuanto lo oí, exhalé con todo el alivio del mundo.

—No, estoy en el taxi cerca de… —Miré por la ventanilla intentando ubicarme—. Cerca del *scalextric*, pasado el centro comercial. Hay un montón de coches detenidos, creo que ha habido un acciden…

—No te muevas, voy enseguida —me colgó.

Cerré los ojos y me recosté en el asiento, concentrándome en el sonido de la lluvia contra el cristal. Para ser mi última noche en esa dimensión, estaba resultando muy completita.

—Parece que va para largo —dijo Nacho al entrar—. Si quieres, me paso al asiento de atrás y recordamos viejos tiempos…

Abrí los ojos con estupor. Oír eso era lo único que me faltaba.

—¿Qué me dices, rubita? —insistió Nacho. Me miró por el retrovisor con una sonrisilla repugnante.

—¡Que te vayas a la mierda, gilipollas!

Me quité el cinturón y salí del taxi, sin acordarme ni siquiera de pagar.

Caminé deprisa entre los vehículos, esquivando a la gente. Algunos conductores habían abierto las puertas y observaban la escena con curiosidad. Los dos coches siniestrados estaban cruzados en medio de la vía y bloqueaban el paso. El choque había sido muy aparatoso, pero, por suerte, no parecía que hubiese ningún herido.

Llegué al arcén y el teléfono me vibró en la mano. Era Martín, otra vez. Justo antes de descolgar, me fijé en que solo me quedaba un uno por ciento de batería.

—¡Blanca! Estoy parado en el…

No escuché nada más. Separé el teléfono de mi oreja y lo miré: la pantalla se había puesto en negro.

—¡No, no, no! —Pulsé los botones laterales, en un desesperado intento por que reviviera—. Por favor, no me hagas esto, tengo que saber dónde está.

Insistí tres o cuatro veces. No me podía creer que se me hubiera agotado la batería en ese preciso instante y no tuviera forma de localizar a Martín. Al darme cuenta de que mi esfuerzo era inútil, me dejé caer de cuclillas en el arcén, me tapé la cara y rompí a llorar.

Estaba agotada. En los últimos dos días, había viajado casi once mil kilómetros sin apenas dormir. Me había cruzado el mundo y, aun así, no iba a poder abrazarlo por última vez. Al día siguiente, cuando me lo encontrase de nuevo en el instituto, Martín ya no sería la misma persona. Todos nuestros recuerdos de los últimos veinte años se habrían desvanecido.

—¡¿Blanca?!

Oí mi nombre a lo lejos y me levanté de un salto. Al otro lado de la carretera, unos metros más adelante, Martín estaba junto a su moto, gritándole a su móvil con desesperación. Se pasó la mano por la cabeza, visiblemente frustrado.

—¡Estoy aquí! —Agité los brazos.

Un relámpago cruzó el cielo y la lluvia empezó a caer con más intensidad. Se giró hacia ambos lados, sin localizar de dónde provenía mi voz. Guardé el móvil en el bolsillo y atravesé deprisa los tres primeros carriles.

—¡Martíiín! —lo llamé al alcanzar la mediana que separaba ambos sentidos.

Se dio la vuelta y me vio. En un segundo, su cara pasó de la angustia a la sorpresa, para terminar en una enorme sonrisa de felicidad. Sin pensarlo, eché a correr hacia él.

—¡No, Blanca! —Extendió el brazo, alarmado.

Un coche venía directo hacia mí, a muchísima velocidad. Me frené en seco. Cerré los ojos, mi cuerpo se encogió por instinto, esperando el impacto.

«A tomar por culo en tres, dos, uno…».

El vehículo pasó rozándome justo delante de mis narices. No sabía cómo, pero había logrado esquivarme en el último segundo.

—¡Ahora! —gritó Martín, y un trueno retumbó sobre nuestras cabezas.

Crucé con rapidez los pocos metros que nos separaban y me abracé a su cintura con todas mis fuerzas. Martín me envolvió con sus brazos.

—¿Estás bien, preciosa? —Me estrechó contra su pecho mientras no paraba de temblar—. Dios, casi me muero cuando lo he visto venir.

Acarició mi pelo y lo estrujé un poco más. La tormenta estalló violentamente sobre nosotros.

El agua empapaba mi ropa, que se me pegaba al cuerpo. Estaba congelada y me estremecí. Hundí la cara en su cuello, buscando el calor de su piel.

—Estás tiritando, Blanca.

Se quitó la chaqueta y me la puso por encima de los hombros. Levanté la cabeza y lo miré, las gotas de lluvia resbalaban por mi cara.

—No quiero volver —dije, y me di cuenta de que jamás había estado más segura de nada en toda mi vida—. Sé que no lo he hecho bien, que me he equivocado muchísimas veces, pero no quiero volver. A pesar de que me encantaría corregir mis errores en el pasado, no quiero perder ni un solo momento de los que viví contigo…

Un rayo cayó muy cerca y di un respingo. Me llevé una mano al pecho. Martín la agarró con la suya y se la apreté.

—No tengo ni idea de lo que pasará esta noche —continué—, pero, si mañana amanezco en 1996, lo primero que haré será ir a buscarte, porque no quiero pasar ni un segundo lejos de ti. Eres lo mejor que me ha pasado, en cualquier dimensión posible.

Nos miramos a los ojos y volví a temblar, aunque ya no estaba segura de que fuese por el frío de la lluvia. Martín puso una mano sobre mi mejilla.

—Te quiero, Blanca. —Deslizó sus dedos entre mi pelo mojado—. Y te voy a querer siempre. Aunque siempre solo dure una noche en esta dimensión.

Se aproximó un poco más. Mis latidos retumbaban con tanta fuerza que me costaba hasta respirar. Entreabrí los labios, Martín bajó la mirada y se acercó a mi boca.

Nos besamos, con un roce lento en medio de la furia de la tormenta. Como si el tiempo se hubiera parado y pudiéramos recuperar todos los besos que nos habíamos perdido. Los que nos habíamos guardado tantos años, los que nunca nos llegamos a dar.

Subí las manos por sus hombros hasta rodear su cuello. La suya acariciaba mi nuca, bajó la otra a mi cintura y me pegó su cuerpo.

No me podía creer que estuviera pasando. No escuchaba más que mis latidos y nuestra respiración. Como si alrededor de nosotros todo hubiera desaparecido. Ni siquiera oía el retumbar de los truenos sobre nuestras cabezas. Tardé unos segundos en percatarme de que había dejado de llover.

—Vamos, preciosa. —Martín me tendió uno de los cascos y señaló su moto.

Me subí detrás y me agarré a su cintura. Acarició mi brazo para comprobar que estaba bien sujeta y arrancó.

La carretera estaba prácticamente vacía. Avanzábamos deprisa, sorteábamos los charcos que se esparcían por el asfalto. Me pegué a su espalda. A través de la tela mojada, pude sentir su calor sobre mi pecho. Subí la mano por su abdomen y noté cómo se estremecía. Me abracé a él con más fuerza.

Aparcamos en el garaje. Retiré mi casco y me peiné con los dedos mientras Martín aseguraba la moto con la cadena. Al terminar, vino sonriendo hacia mí.

Me pasó una mano por la cintura y me estiré a besarlo, porque necesitaba confirmar que lo que había sucedido era real. Cuando me retiré despacio de su boca, él me atrajo hacia su cuerpo y me volvió a besar.

Avanzamos hacia el ascensor deteniéndonos cada pocos pasos. Pulsó el botón y las puertas no tardaron en abrirse. Entré y me miré por inercia en el espejo. «Menos mal que no me he maquillado, porque ahora parecería la prima del Joker». Martín se asomó por detrás. Apretó el botón en el panel, retiró mi pelo hacia un lado y besó mi cuello.

Me di la vuelta y me apoyó contra el cristal. Nos comimos la boca en un beso cada vez más

ansioso. Su mano se coló por dentro de la chaqueta y subió por mi costado. Le acaricié la nuca y se apretujó contra mí.

Enseguida llegamos al tercer piso y las puertas se abrieron. Nos besamos durante unos segundos más, hasta que suspiró:

—Vamos, cariño.

Entramos en casa. Dejamos los cascos sobre el mueble y Martín fue hacia el armario del pasillo. Colgué su chaqueta en el perchero.

—Voy a por una toalla, que estás empapadísima —me avisó.

Solté una carcajada sin poder evitarlo, aunque sabía que no lo había dicho con ninguna segunda intención. Al escuchar mis risas, pilló el chiste y se echó a reír también. Sacó un juego de toallas, se restregó la cabeza con la más pequeña y la apoyó sobre su hombro. Desdobló la grande mientras venía hacia mí.

—Eres una malpensada. —Envolvió mi cuerpo con ella y me volví a reír.

Frotó suavemente mis brazos. Lo miré, muy quieta, dejándome hacer. Luego pasó la toalla por mi espalda y me secó el pelo. La bajó despacio hasta mis caderas y me restregó el trasero con insistencia, como si quisiera secarme hasta el pantalón. Me puse de puntillas para besarlo y le desabroché la camisa porque él tenía las manos muy ocupadas. Un leve gruñido se escapó de su boca cuando pasé las mías por su pecho, acariciando su piel.

—Tú también estás muy mojado… —bromeé.

Sonrió sobre mi boca y estiré de su camisa para sacarla del pantalón.

—Porque me vuelves loco, preciosidad.

Retiró la toalla de mis hombros y la dejó caer al suelo, junto a su camisa. Levanté los brazos para que pudiera sacarme el jersey. Su boca mordisqueó mis labios y buscó mi lengua, impaciente. Después, la bajó por mi cuello. Ladeé la cabeza y suspiré, con los ojos cerrados, notando el calor de sus manos, que subían por mi espalda.

—¿Crees que podremos llegar hasta la cama? —le pregunté después de que desabrochase mi sujetador.

—No estoy seguro —lo retiró, besuqueando mi hombro—, pero vamos a intentarlo.

Rodeó mi cintura con un brazo y se agachó para pasar el otro por detrás de mis rodillas. Cuando quise darme cuenta, me había levantado en brazos. Me reí, agarrada a su cuello mientras me llevaba por el pasillo. Al llegar a nuestra antigua habitación, me depositó en el suelo con delicadeza.

—¿Pones un poco de música? —le pedí. Martín asintió, sacando su móvil del pantalón.

Empezó a buscar una *playlist*. Me coloqué a su espalda y lo abracé desde atrás, dejando que las yemas de mis dedos acariciaran su pecho. Martín bajó una mano y la pasó por el dorso de las mías. Entrelazamos los dedos. Enseguida murmuró un «Aquí está» y apoyó su teléfono en la mesita. En cuanto se giró hacia mí, comenzó a sonar ese tema de U2 que conocíamos tan bien. Se me escapó una sonrisa.

—Me resulta imposible escuchar *With or Without You* y no pensar en ti.

—A mí me pasa lo mismo, Blanca.

Rodeé su cuello con mis brazos, Martín colocó sus manos en mi cintura y las subió con lentitud, trazando el contorno de mi cuerpo con los pulgares. Al llegar a mi pecho, acarició mis pezones y se agachó a mordisquearlos con suavidad. Me arqueé, sujetándome a sus hombros. Él colocó una mano en mi espalda; con la otra, me desabrochó el pantalón.

—No puedo creerme la suerte que tengo de que hayas vuelto —susurró en mi boca, antes de besarme otra vez.

Cerré los ojos. «Yo también tengo muchísima suerte de vivir este momento, aunque, a partir de mañana, solo pueda recordarlo yo», pensé, dispuesta a disfrutar de cada segundo que pasáramos juntos. Suspiré en sus labios cuando su mano se coló dentro de mi ropa interior.

Movió sus dedos y me arrancó un par de gemidos. Me acariciaba despacio, con un increíble autocontrol, sobre todo teniendo en cuenta la manera en la que su boca había empezado a devorar la mía. Me pegué a su pecho y me froté contra él, al ritmo que marcaba su mano dentro de mis pantalones. Volví a gemir.

—Joder… Martín.

Desabroché con urgencia el botón de sus vaqueros y comprobé que estaba tan excitado como yo. Envolví su erección y se le escapó un gruñido. Acompasé mi mano a la suya.

Notaba su cuerpo ardiendo contra mi piel. Nos besábamos con ansia, como si ya no pudiéramos esperar ni un solo segundo. Martín tomó aire y lo soltó con fuerza. Pegó su frente a la mía.

—Necesito comerte entera.

Gemí, con la respiración entrecortada. Sacó su mano despacio y me besó una vez más. Se sentó en la cama para desatarse las botas. Me apoyé en su hombro, haciendo equilibrios para quitarme las mías, mientras Martín tiraba hacia abajo de mis pantalones. Cuando nos terminamos de desnudar, estiró de mi brazo y caímos los dos sobre el colchón.

Se subió encima de mí. Le pasé las manos por el pelo, que todavía estaba húmedo, y lo peiné hacia atrás. Martín acarició mi muñeca; la acercó a su boca para besar el círculo que los dos llevábamos tatuado.

—Siempre, Blanca —susurró.

—Siempre —repetí.

Mordisqueó mi cuello, desde el lóbulo de la oreja hacia la clavícula, y suspiré con fuerza. Me encantaba que me besara en aquella zona y parecía que él aún lo recordaba bien. Cerré los ojos. Sus labios descendían por mi cuerpo al tiempo que sus manos dibujaban mis caderas con naturalidad, como si nunca hubieran dejado de hacerlo. Gemí cuando su boca rebasó mi ombligo.

—Creo que estoy más nervioso que la primera vez… —Exhaló. Se incorporó para pasar su brazo por debajo de mi pierna.

Abrí los ojos y lo miré. Sonreí para tranquilizarlo.

—Esa noche estabas muy nervioso.

—Pues imagínate ahora.

Me besó en la cara interna del muslo y subió poco a poco, dejando sobre mi piel un pequeño reguero de besos lentos. Pasé una mano por su nuca, mi corazón latía acelerado por lo que estaba a punto de pasar.

Arqueé la espalda al notar su lengua entre mis piernas. La movía con suavidad, como si me acariciase con ella.

—No recuerdo… que hiciéramos esto… en nuestra primera vez… —suspiré.

Martín succionó despacio y deslizó sus dedos dentro de mí. Me mordí el labio, conteniendo un gemido. Enredé mi mano en su pelo, me agarré a la almohada con la otra.

Mis caderas le marcaban el ritmo, que se aceleraba poco a poco, al igual que mis jadeos. Mis músculos estaban cada vez más tensos. Me acordé del grito en la ducha, la última vez que había estado en su casa, y me di cuenta de que estaba a punto de repetirlo esa noche. Apreté la almohada, aumenté la cadencia de mis gemidos.

—Los vecinos me van a… —Eché la cabeza hacia atrás, retorciendo mi cuerpo—. ¡Dios, Martín! —grité al explotar en una sacudida.

Exhalé con fuerza para calmar mi respiración. Noté que mis músculos espasmaban un par de veces más. Martín retiró sus dedos muy lentamente.

—Estoy casi segura… —suspiré, temblando—, de que no pasó esto… en nuestra primera vez…

Él se rio y besó de nuevo mi muslo antes de incorporarse. Tiré con suavidad de su pelo para pedirle que se acercara. Lo besé cuando llegó a mi altura.

—No quiero que esta noche se acabe nunca —susurré.

—Yo tampoco quiero, Blanca —contestó en el mismo tono de voz.

Mordisqueé su boca con impaciencia, porque solo quería seguir. Lo deseaba con todas las ganas del mundo. Bajé mi mano, la deslicé entre sus piernas y lo acaricié. Gimió al sentir mi contacto.

—Dame un segundo, que coja un condón —me pidió.

Estiró el brazo hacia el cajón de la mesita y sacó una caja de preservativos. Abrió uno y se lo puso. Después volvió a besarme mientras se colocaba encima de mí.

Me acomodé en la cama, con los ojos fijos en los suyos. Martín acarició mi cadera, llevó una de mis piernas a su espalda para que rodease su cintura, y empujó con lentitud. Me arqueé con un gemido al sentirlo dentro de mí. Se quedó quieto, respirando en mi boca, antes de empezar a moverse.

Nos mecimos juntos, sin parar de acariciarnos, redescubriendo cada rincón de ese otro cuerpo que habíamos conocido tan bien. Nos besábamos entre jadeos. Disfrutábamos de la intimidad que habíamos recuperado esa noche.

Apreté con mis piernas su cintura y enterré la nariz en su cuello. Habían pasado los años, pero su piel olía como siempre. Martín agarró mi muslo y tiró de mí, haciéndonos rodar en la cama hasta colocarme sobre él. Con las manos apoyadas en su pecho, balanceé las caderas, marcando un ritmo que subía de intensidad.

Se incorporó, apoyó una mano en el colchón y me sujetó por la cintura con el otro brazo. Me agarré a sus hombros y pegué mi frente a la suya, moviéndome más deprisa. Nos alimentábamos de nuestros gemidos, jadeábamos en la boca del otro…

Eché la cabeza hacia atrás. Notaba la tensión de cada músculo luchando por liberarse en otro grito. Mis caderas se dispararon en un incontrolable balanceo, hasta que ese hormigueo se apoderó por completo de mí. Me abracé a Martín, gemí con fuerza al tiempo que mi cuerpo se contraía….

—Mírame, preciosa —me pidió.

Y justo antes de que el orgasmo nos sacudiese, busqué sus ojos y lo supe, con la certeza absoluta de quien ha dejado de dudar.

Era Martín, en todas las dimensiones.

Él y yo. Antes. Ahora.

Siempre.

Un rato más tarde me miraba en el espejo del baño. Nos habíamos duchado juntos, pero yo me había demorado un poco más para acabar de secarme el pelo. Guardé el secador en el armario y me volví a lavar la cara con agua fría antes de regresar con Martín. Me aterraba quedarme dormida y que, al despertar, ya no quedasen más que los recuerdos.

Volví a la habitación, donde ya me esperaba en la cama. Sonrió al verme aparecer. Conecté mi móvil a su cargador, apagué la luz y me tumbé a su lado. Nos cubrió a los dos con el edredón y me abrazó. Me acurruqué contra él, acariciando su pecho.

—Martín… —susurré cuando el sueño comenzaba a vencerme.

—¿Sí? —respondió con un gruñido ronco que me indicó que también estaba a punto de dormirse.

—Tengo miedo. —Me abracé a él con un poco más de fuerza—. No quiero volver.

—No tengo ninguna intención de soltarte en toda la noche. —Acarició mi espalda—. Ya no voy a perderte nunca más.

Me besó en el pelo y yo sonreí. Intenté mantener los ojos abiertos, pero mis párpados pesaban demasiado y supe que no podría evitar quedarme dormida.

CAPÍTULO 22
EL DÍA DESPUÉS

Miércoles, 24 de abril de…
BLANCA

«¿Dónde estoy?», fue lo primero que pensé a la mañana siguiente, antes, incluso, de abrir los ojos. Tumbada de lado, con las piernas encogidas, no tenía muy claro cuál era esa cama. Por la firmeza del colchón, no parecía la de casa de mis padres, pero, a esas alturas de la historia, ya no ponía la mano en el fuego por nada. Era mejor comprobarlo.

«Si es mi habitación de adolescente, a mi espalda estará la pared».

Muy despacio, empecé a estirar el pie hacia atrás, hasta que mis dedos se toparon con lo que parecía una pierna. Alguien se movió detrás de mí, y mi pie regresó a su posición original. Me quedé muy quieta. No me atrevía siquiera a respirar.

Aguardé unos segundos para constatar que, quienquiera que fuese, seguía dormido. «Tiene que ser Martín», sonreí. El corazón empezó a latirme muy deprisa. Estaba a punto de abrir los ojos cuando otra idea cruzó por mi mente.

«¿Y si es Jorge? ¿Y si he regresado a la otra dimensión un día antes de la tormenta?». Era lo último que me apetecía, pero tampoco me parecía descabellado. Durante mucho tiempo lo había deseado con todas mis fuerzas, y quizá el universo se había vuelto loco con mis peticiones. A decir verdad, había cometido tantos errores a lo largo de mis dos vidas que podía haber amanecido en cualquier año.

Respiré hondo. Aquello parecía la mañana de Reyes multidimensional. Lo mejor era enfrentarse a esa realidad cuanto antes, fuera la que fuese.

«Vamos, Blanca, ha llegado la hora de averiguar dónde te encuentras… y con quién».

Contuve la respiración. Abrí lentamente los ojos.

Estaba en la habitación del piso que había compartido con Martín hacía más de quince años, cuando nos habíamos ido a vivir juntos. Desde mi posición, distinguía la mesita de noche de madera wengué, que yo misma había elegido tiempo atrás, y una ventana con la persiana a medio subir por la que se divisaba el edificio de enfrente. No había ninguna duda: era la misma cama en la que me había quedado dormida la noche anterior.

Solo me faltaba confirmar que estaba en la dimensión correcta.

Saqué el brazo de debajo del edredón para comprobar si ese pequeño círculo todavía seguía en mi muñeca… Casi chillé de alegría al verlo.

«Si estoy en el mismo lugar y no he saltado a la otra dimensión, el que está durmiendo detrás no puede ser otro que…».

—¿Martín? —pregunté, nerviosa, porque no era capaz de darme la vuelta.

Escuché un gruñido. Me pasó el brazo por la cintura y me atrajo hacia su cuerpo. Aún debía estar dormido, lo notaba respirar de un modo pausado.

—¿Martín? —repetí un par de veces, cada vez más nerviosa.

Como no contestaba, agarré su mano bajo las sábanas y estiré de ella. Necesitaba ver el tatuaje de su muñeca y cerciorarme de que era él.

Ahí estaba: un delgado círculo negro, idéntico al mío. Lo acaricié despacio con el dedo antes de besarlo.

—Buenos días… —Martín ahogó un bostezo contra la almohada y me estrechó entre sus brazos.

—Buenos días, cariño. —Cerré los ojos y sonreí. Al instante, volví a abrirlos—. ¿Qué día es hoy?

—Miércoles, creo.

—No, no. Me refiero a… ¿en qué año estamos?

Había resultado demasiado fácil superar aquella fecha nefasta. Seguro que el universo me tenía preparada alguna trampa y me había hecho despertar en el año que no era.

Martín se acercó a mi oído.

—En 2019. —Besó dulcemente mi cuello—. Bienvenida al futuro, preciosa mía.

Me embargó una absoluta sensación de felicidad. Estaba en el momento perfecto, abrazada a la persona de la que no quería separarme jamás. Lo había logrado. No sabía cómo, pero había conseguido quedarme en la dimensión correcta. Una carcajada brotó desde mi interior. Empecé a reírme sin poder evitarlo.

Martín tiró de mi cintura para que me tumbase boca arriba y aprovechó para colocarse encima de mí. Sonreía de esa manera tan especial que le iluminaba la cara. Le acaricié el pelo muy despacio.

—¿En serio estoy aquí, de verdad? —pregunté, porque todavía no era capaz de asimilarlo.

—Eso parece… —asintió, y se inclinó a besarme.

Le eché los brazos al cuello. Acaricié su nuca muy despacio y rodeé su cadera, apresándola entre mis piernas. Rodamos sobre la cama, sin dejar de comernos a besos, hasta que acabé tendida sobre él.

Habíamos dormido sin ropa y su cuerpo caliente se pegaba al mío. Sus manos recorrían mi piel con avidez. Me resultaba muy extraño estar desnuda con Martín, pero, a la vez, era de lo más normal. Como volver a casa después de haber estado mucho tiempo fuera.

Sin pretenderlo, recordé que había dejado el rodaje a medias.

—El domingo tengo que volar a Los Ángeles —le dije, entre beso y beso—. Me quedan dos semanas para acabar la película. ¿Te vienes conmigo?

—Claro —contestó sin dudar.

—¿Y tu hija?

—Hablaré con Gloria. —Bajó las manos por mi espalda y me agarró de las caderas con firmeza—. No creo que ponga problemas.

—Sabes que vamos a casa de Roy… —Sonreí mientras me incorporaba.

—¿Por qué? —se lamentó mirando al cielo—. ¿Es que no hay ningún otro sitio libre en todo Hollywood?

Solté una carcajada ante su cara de frustración.

—Te lo compensaré. —Me agaché para besarlo en el cuello.

—Eso ya me gusta más. —Volvió a hacernos rodar hasta quedarse tumbado encima—. Lo mejor será que me lo cobre por adelantado. —Mordisqueó uno de mis costados y me eché a reír —. ¿Sigues teniendo cosquillas, preciosidad?

Asentí con la cabeza. Martín subió, dándome besitos por todo el cuerpo, hasta quedarse frente a mí.

—Blanca, no te haces una idea de lo feliz que soy ahora mismo —me sonrió.

—Me lo puedo imaginar. —Le acaricié la mejilla. Cubrió mi mano con la suya y se giró para besarla.

Mi teléfono vibró en la mesita. Traté de ignorarlo, pero volvió a reclamar mi atención al zumbar unas cuantas veces más.

—Dame un segundo —le pedí mientras estiraba el brazo para cogerlo—. A lo mejor son las chicas.

No me equivocaba.

VEGA

¡Sigo aquí! ¡Sigo aquí!

O mi marido también ronca en alguna otra dimensión.

Vega cambió el nombre del grupo a *Llegó la hora de regresar al futuro.*

SOFÍA

¡¡Yo también!!

Cuando he visto la fecha en mi móvil, he soltado un grito.

No pensaba que fuera a alegrarme tanto de estar a punto de cumplir cuarenta.

VEGA

¡Dos de tres!

¿Blanca?

YO

¡Acabo de despertarme en el futuro!

SOFÍA

¡Oleeeeeeeee!

VEGA

¡¿Qué pasó anoche?!

YO

Ya os contaré, pero…

¡Estoy con Martín!

VEGA

¡¿Y qué hostias haces hablando con nosotras?!

Ponte a recuperar el tiempo perdido… ¡YA!

Se me escapó la risa. Volví a dejar el teléfono en la mesita de noche.

—Todo en orden. —Sonreí, acomodándome de nuevo en la cama—. ¿Por dónde íbamos?

—Creo que por aquí…

Martín apartó mi pelo hacia un lado y mordisqueó mi hombro con delicadeza. Un escalofrío me recorrió por completo. Subió lentamente, con su boca pegada a mi piel, y susurró en mi oído:

—¿Molestamos un poquito a los vecinos?

Los vecinos me escucharon gritar. Varias veces. Al menos dos en la cama y otra en la ducha. Estaba convencida de que, tras esa mañana, alguno ya planeaba mudarse a otra urbanización.

Al salir del baño, volvimos al dormitorio. Martín consultó unos mensajes que tenía en el móvil. Yo fui a por mi ropa, que seguía tirada en un rincón. Si los secaba con el secador, los vaqueros tenían un pase, pero mi suéter estaba hecho una pena.

—Deberíamos ir a casa de Vega a por mi maleta —dije mientras los sacudía en el aire—. Luego podemos ir a comer, deben ser casi las dos.

—Mierda —murmuró Martín, sin dejar de mirar su teléfono.

—¿Qué pasa? —pregunté, acercándome a él.

—No me acordaba de que hoy comía en el pueblo. —Se giró hacia mí.

—¿Un miércoles?

—Mi hermano y Eloy volvieron ayer de viaje y todavía les quedan unos días de vacaciones. —Dejó el móvil en la mesita y me rodeó la cintura con los brazos—. ¿Quieres venir? Mi madre no para de insistir con que a ver cuándo me echo novia.

Le eché los brazos al cuello y solté una carcajada.

—¿Qué crees que va a decir en cuanto se entere de que volvemos a estar juntos? Porque estamos juntos, ¿verdad?

Alzó las cejas, sorprendido.

—Creía que le había quedado claro a todo el barrio después de lo de esta mañana, pero, si te quedas más tranquila, puedes pedirme salir.

—¿Quiere… salir conmigo, señor Giner? —pregunté, aguantándome la risa.

Martín se inclinó hacia mí. Justo antes de besarme, susurró.

—Sí, quiero, preciosa.

A su madre casi le dio un ataque al enterarse. En el buen sentido. En todos los años que la conocía, nunca la había visto tan ilusionada.

—¡Muy buenas! —saludó Martín al abrir la puerta—. Perdonad el retraso, ha sido culpa de mi novia, que ha tardado mucho en arreglarse.

Le di un puñetazo en el brazo, haciéndome la ofendida. Como no nos había dado tiempo a ir a por la maleta, me había puesto mis vaqueros y una camisa azul claro que me había prestado

Martín. Y, aunque me había probado unas cuantas antes de decidirme por esa, estaba segura de que no me había demorado más de diez minutos en elegirla. Quince como máximo.

—Ay, ¿cómo no me avisas de que venías con alguien? —Su madre salió de la cocina secándose las manos en el delantal. Al ver que se refería a mí, miró extrañada a su hijo—. ¿Qué dices de tu novia? Si has venido con Blanca.

Martín alzó las cejas y yo me mordí el labio para contener la risa. En cuanto la mujer unió los puntos, soltó un grito.

—¡Pero qué buenísima noticia! —Se llevó las manos a la cara—. Quién lo iba a imaginar, después de tantos años.

—¡Por fin! —Rober vino corriendo y me levantó en el aire—. ¡No sabes cuánto me alegro, cuñadita!

Me eché a reír. Por el rabillo del ojo vi que Eloy le susurraba algo a Martín, que asintió con la cabeza.

—Bienvenida de nuevo a la familia, Blanca. —Su padre se acercó a mí con los brazos abiertos y una enorme sonrisa de felicidad—. En el fondo, siempre fuiste una más, creo que nunca te dejamos ir.

Lo abracé, conmovida.

—Venga, chicos, a la mesa. —Su madre se limpió una lagrimita y dio un par de palmadas antes de volver a la cocina—. He hecho arroz, pero ya debe haberse pasado, con las horas que son.

—Estará buenísimo, como siempre —sonreí. Me senté en la silla que Martín colocó junto a él.

Pasamos una tarde estupenda. Rober y Eloy nos contaron los detalles de su viaje a Berlín. Habían pasado allí la Semana Santa y les había gustado tanto la ciudad que planeaban volver en el puente de diciembre. A lo mejor Martín y yo nos uníamos a ellos. Su padre me preguntó por el trabajo. Les expliqué que nos íbamos a Hollywood durante las próximas dos semanas, hasta que acabara el rodaje que había dejado a medias.

Mientras tanto, la madre de Martín no dejaba de mirarnos con emoción. Me pareció que era la primera vez que no la escuchaba decir ni una sola palabra.

—Creo que ya está planeando vuestra boda —me susurró Rober, que estaba sentado a mi otro lado—. En cuanto nos vayamos, seguro que se pone a planchar la mantilla.

Tuve que taparme la boca para no soltar una carcajada.

Al volver del pueblo, después de recoger mi maleta en casa de Vega, fuimos a por algunas cosas a mi piso y regresamos enseguida al de Martín. Prefería dormir en el suyo porque allí me sentía como en casa. En realidad, también era mi casa. Nuestra casa. La misma en la que habíamos roto mucho tiempo atrás y donde, años después, habíamos vuelto a ser pareja.

Durante las siguientes cuarenta y ocho horas, apenas salimos de la cama. No solo recuperamos una pequeña parte del tiempo perdido —como me había obligado Vega—, también preparamos el viaje a Los Ángeles, escuchamos música, leímos, vimos una peli, enviamos algunos *emails*…

Y hablamos.

Tuvimos conversaciones de todo tipo: algunas más emotivas, cargadas de recuerdos agradables y de sueños por cumplir. Otras más difíciles, en las que reconocimos nuestros errores con la intención de no volver a repetirlos jamás. Y otras eminentemente prácticas, sobre logística, custodias compartidas e hipotecas. Decidimos cómo íbamos a compaginar nuestras

carreras y dónde íbamos a vivir. Hablábamos mientras nos acariciábamos, acostumbrándonos de nuevo al cuerpo del otro; a sentir el calor de nuestros labios en esos besos tan nuestros, lentos, interminables. Había pasado mucho tiempo y ya no éramos unos adolescentes, pero descubrimos que nos queríamos todavía con más ganas.

El viernes por la tarde, tras visitar a mis padres y a mi hermano, que se alegraron mucho de vernos juntos otra vez, fuimos a buscar a su hija para pasar con ella el fin de semana.

Martín subió a recogerla a casa de Gloria y yo los esperé en la calle, frente al portal. Habíamos quedado en que sería él quien le diría que estábamos juntos. Y aunque su hija y yo nos queríamos con locura, no pude evitar que el corazón me latiera muy deprisa cuando salieron por la puerta, cogidos de la mano.

En cuanto la niña me vio, se soltó de su padre y vino corriendo hacia mí. Me acuclillé para colocarme a su altura y la recibí con un abrazo.

—¡¿Eres la novia de papá?! —me preguntó al separarnos.

Asentí, tratando de ocultar mis nervios, y esperé su veredicto.

—Me gusta —contestó, feliz, con esa sonrisa que le llenaba la cara.

—Menos mal, ya no tengo que buscarme otra novia —bromeó Martín, que llegaba junto a nosotras cargado con una mochila de Barbie—. Vamos a casa, cariño.

La niña le cogió la mano. Con la otra, se agarró a la mía.

—¿Puede venir Blanca con nosotros?

—Vale, puede venir a casa con nosotros. —Martín me miró y se echó a reír.

—¿Y puede quedarse a dormir?

—Ya veremos —le respondió, muerto de risa.

Levanté la vista al cielo, con cara de desesperación. Su hija me estiró del brazo.

—No le hagas caso —me pidió, muy seria—. Se hace el graciosillo porque le gustas mucho, que me lo ha dicho antes.

—¡Serás chivata! —Martín se agachó a hacerle cosquillas.

La niña soltó un grito y se refugió detrás de mí. Acabamos las dos contra él mientras nos reíamos a carcajadas.

Pasamos la tarde jugando a juegos que nos inventábamos sobre la marcha. También preparamos una pizza para cenar y nos la comimos viendo una película de dibujos animados. Cuando terminó, nos pidió que volviéramos a ponerla desde el principio. Y así, otra vez más, en una especie de bucle infinito.

Sobre las diez de la noche, estaba segura de que podría haber interpretado cualquier personaje a la perfección, porque ya me había aprendido hasta los diálogos. Martín me acarició la mano y señaló con la cabeza a su hija, que se había quedado dormida sobre mis piernas.

—Voy a llevarla a la cama —dijo cogiéndola en brazos.

Apagué la tele, recogí los platos de la cena y los dejé en la cocina. Por el pasillo, camino del baño, los oí hablar en su habitación, aunque no los entendía. Supuse que le estaría leyendo algún cuento.

Después de mi ritual de cremas, que cada vez parecía llevarme más tiempo, miré a mi reflejo y sonreí. Había sido una tarde agotadora, pero estaba más feliz que nunca. Y me di cuenta de que ese era exactamente el futuro que quería, aunque no fuera el que había planeado. Cada una de mis decisiones, buenas o malas, me habían llevado hasta allí.

«A lo mejor, todo formaba parte de un plan perfecto del universo», dijo mi voz interior.

Me encogí de hombros. Lo que tenía que pasar, siempre acababa pasando, de una manera u

otra, por mucho que nos empeñásemos en remar contracorriente. Había aprendido la lección.

Al salir del baño, me di de bruces con Martín, que estaba a punto de entrar. Se disculpó con un beso y me aparté hacia un lado.

—¿Sabes lo que me ha dicho la nena? —Apretó el tubo de pasta dental, que estaba medio vacío—. Que hoy se lo ha pasado muy bien y que si mañana vas a seguir siendo mi novia.

Nos echamos a reír. Me apoyé contra la puerta y lo observé a través del espejo mientras se cepillaba los dientes. En una especie de *dejà vú*, me acordé de aquella noche de hacía catorce años cuando, en ese mismo lugar, le había soltado la frase que precipitó nuestra ruptura.

Y, como si de algún modo pudiera compensar al karma, me acerqué a la espalda de Martín y lo abracé con fuerza.

Ese sábado era el cuarenta cumpleaños de Sofía y lo celebraba con una barbacoa multitudinaria, con su familia y sus amigos. Había invitado a tanta gente que Vega le había ofrecido que lo hiciera en su chalet para que cupiésemos todos.

—Yo llamo al timbre, ¿vale? —pidió nerviosa Blanquita cuando bajamos del coche.

—Vale —contestó Martín, y la niña echó a correr—. No sé para qué corre tanto, si no llega. La voy a tener que aupar.

Cerró el coche con el mando y caminamos tranquilamente hacia la puerta, donde su hija daba saltitos delante del interfono.

—¿Qué te he dicho? —La levantó en brazos para que pulsara el botón.

Me reí. Enseguida sonó el zumbido que indicaba la apertura y empujé la puerta. Martín dejó a la niña en el suelo y me besó.

—Mi papá y Blanca son novios… ¡Y se han dado un beso! —chilló su hija al entrar.

Todos se giraron hacia nosotros. Martín levantó las cejas, sorprendido, y noté que se sonrojaba. A mí me dio la risa.

—Vaya, si ya ha llegado la parejita feliz —dijo con retintín Vega, que se acercaba a saludarnos—. Y me parece que han hecho alguna otra cosa más que darse un beso…

—¿En serio, tía? —le pregunté sin dejar de reír—. ¿No hemos cambiado nada desde el instituto?

Vega soltó una carcajada. Nos hizo una seña para que fuésemos con los demás.

—Menudas amigas tienes —bromeó Martín mientras me pasaba un brazo por los hombros.

—Lo sé. —Le hice una caricia en la espalda y sonreí—. Pensaba que ya estarías acostumbrado.

Felicitamos a la cumpleañera, que nos recibió con un abrazo, al igual que Alba. Las dos hablaban con Raquel y Santi, a quienes hacia un montón de años que no veía.

—No entiendo qué haces otra vez con este capullo —me dijo Santi—. Al final va a ser verdad eso de que Giner la tiene como una…

—¡No seas maleducado! —le gritó Raquel para que no terminara la frase.

—¡Eh, solo tengo curiosidad! —Santi se volvió hacia mí—. Blanca, por favor, confírmanos que solo es una leyenda urbana.

Hice el gesto de la cremallera y me eché a reír. Mi amigo me miró con estupor.

—Es mejor que no preguntes cosas que no quieres saber. —Martín le dio una colleja. Retrocedió para esquivar el golpe con el que Santi respondió.

—¿Alguien quiere echar una pachanga?

David llegó junto a nosotros, levantando un balón en el aire. Lo seguían todos los críos, que trataban de quitárselo, sin mucho éxito.

—Yo me apunto —dijo Martín.

—Y yo —se le sumó Santi. Se quitó las gafas de sol y se las pasó a Raquel, que las guardó en el bolso.

—Voy a por una cerveza —anuncié.

—Están allí, al fondo, en la nevera. ¿La ves? —Sofía señaló una mesa al otro lado del jardín, donde sus padres hablaban con sus tíos.

Por el camino, saludé con la cabeza a Olga, la antigua jefa de mis amigas en la asesoría, que había ido a la fiesta con un chico guapísimo, y a Paula, la prima de Sofía, que me miró con cara de odio. Aún no me había perdonado que me enrollase con Martín en el instituto, después de confesarme que a ella también le gustaba.

—Pásame otra —dijo Vega detrás de mí.

Saqué dos botellines de la neverita portátil y busqué el abridor. El padre de Sofía se giró hacia nosotras.

—¿Qué tal estáis, chicas? —nos preguntó. Las dos le sonreímos con cara de bobas—. Cómo pasa el tiempo, ¿verdad? No me creo que mi niña ya cumpla cuarenta.

—A nosotras nos cuesta creerlo también… —contesté con una risita tonta, y Vega me imitó.

Desde el otro lado del jardín, Sofía nos hizo una seña para que fuésemos al interior.

—Nos reclaman. —Agarré a Vega del brazo y nos despedimos.

—Lo que yo no me creo es que este hombre siga estando tan bueno a sus… ¿Cuántos debe tener ya? —me preguntó mi amiga cuando nos habíamos alejado un poco.

—Rondará los sesenta. —Me giré a mirarlo con disimulo.

—Pues no envejece el cabrón —contestó mi amiga—. Es como un buen vino… No, mejor aún: es como Brad Pitt.

Entramos riéndonos en la casa. Sofía nos esperaba en la cocina para darnos un abrazo.

—Chicas, aún no me creo que estemos aquí. —Levantó su cerveza y las tres brindamos.

—Yo tampoco —dije antes de beber.

Me volví hacia el ventanal, desde donde los veíamos jugar al fútbol. Corrían como posesos detrás de la pelota, las niñas los perseguían chillando.

—¿Qué creéis que pasó en la otra dimensión? —preguntó Vega. Ante mi cara de desconcierto, intentó explicarse—: El día después de que viajásemos en el tiempo… ¿Qué creéis que ocurrió?

—¿Te refieres a si nunca hubiésemos viajado? —corroboró Sofía—. No tengo ni idea.

—Supongo que jamás lo sabremos.

Me encogí de hombros y miré a Martín, que acababa de pararse de espaldas a la ventana. Como si notase que lo observaba, se dio la vuelta y me sonrió.

Y, en ese instante, tuve la certeza de que en la otra dimensión, también habíamos encontrado la manera de ser igual de felices. Porque lo que tiene que pasar…

Siempre acaba pasando.

¿Y SI NUNCA HUBIÉRAMOS VIAJADO?

Miércoles, 24 de abril de 2019
La otra dimensión
BLANCA

Me desperté con una terrible resaca. La luz que se colaba por la ventana me daba directamente en los ojos, tenía la boca seca y mi cabeza no dejaba de martillear. Mi garganta parecía hecha de esparto, necesitaba agua con urgencia.

Con los ojos aún cerrados, estiré la pierna para bajar de la cama y me di con el tobillo contra la pared. El dolor me hizo abrir los ojos de golpe.

—¡La madre que me parió! —maldije, desorientada, agarrándome el pie con las dos manos.

Me incorporé en el colchón y parpadeé unas cuantas veces. Me froté el tobillo, intentando mitigar el daño. Me había dado justo en ese pequeño sol que llevaba tatuado. Al menos, no parecía haberme roto nada.

Inspiré hondo y miré alrededor. La maleta junto a la cama me recordó lo que había ocurrido con Jorge un par de días atrás. La noche anterior, con el efecto de la borrachera, tenía muy claro que debíamos arreglar las cosas, pero esa mañana ya no estaba tan segura. Los últimos años de nuestra relación ya no se parecían en nada a cómo era al principio. Habíamos cambiado mucho. Quizá dejarlo era la mejor decisión. Alargué la mano hacia la mesita de noche y cogí el móvil, donde me esperaban dos mensajes suyos de WhatsApp.

«Agua primero», me pidió mi voz interior. Reuní todas las fuerzas posibles para levantarme de la cama, agarré el teléfono y caminé hacia la cocina como un zombi.

No había nadie en casa y deduje que mis padres se habrían ido a caminar. Desde que se habían jubilado, solían dar un buen paseo por las mañanas.

Saqué una botella de agua de la nevera y me bebí un par de vasos casi sin respirar. Pensé en hacerme un café, pero tenía el estómago revuelto por el vino de la noche anterior. Tuve que contener una arcada al recordar las tres botellas que nos habíamos pimplado en casa de Vega. «Joder, Blanca, que tenéis una edad —me reprendí—. Ya no sois adolescentes de botellón en Canalejas».

Guardé el agua en la nevera y bostecé. El reloj marcaba las nueve y media de la mañana y, por primera vez en mucho tiempo, no tenía, literalmente, nada que hacer. Decidí ducharme y salir a dar una vuelta. Me vendría bien despejarme un poco antes de encarar los dos mensajes de Jorge.

Una hora y media después, estaba sentada contemplando el mar en la playa del Cabo de Las

Huertas. Había bastante gente porque hacía un día estupendo. Llevaba tantos años fuera que no recordaba esa zona tan masificada, pero estaba llena de urbanizaciones de chalets. «Esta es una ciudad estupenda para vivir, quizá nunca debería haberme marchado». Pasé la mano por la arena, agarré un puñadito y dejé que se escurriera poco a poco entre mis dedos.

Noté vibrar el móvil en mi bolso y el corazón se me aceleró. «Será otra vez Jorge». Cerré los ojos y estiré las piernas, me concentré en el murmullo de las olas.

Aún no había sido capaz de leer sus dos mensajes. Cada vez que miraba la pantalla, notaba un vértigo extraño en el estómago. Tenía la sensación de que lo nuestro estaba a punto de terminar definitivamente y una parte de mí estaba muy asustada.

Llevábamos doce años juntos. Antes de él, ninguno había pasado de los seis meses. Había sido mi relación más larga, con muchísima diferencia, aunque los días felices con Jorge ya no eran más que un recuerdo lejano al que no dejaba de aferrarme.

«Vamos, Blanca, échale valor. No puedes alargarlo más», me animó mi vocecita interna. Inspiré hondo y sacudí mis manos para limpiar la arena. Había llegado la hora de enfrentarme a la situación.

Saqué mi móvil y abrí nuestro chat de WhatsApp. Tenía dos mensajes de la noche anterior y otro que acababa de llegar.

JORGE

¿Estás despierta?

Llevo todo el día dándole vueltas y creo que tienes razón. Hace mucho tiempo que ninguno somos felices. Es mejor que lo dejemos.

JORGE

Llámame cuando puedas hablar.

Con el móvil en la mano, me puse de pie y busqué su nombre entre mis contactos. Marqué su número y eché a andar hacia la orilla.

Hablamos durante más de una hora. No fue una conversación fácil, pero, al menos, no hubo súplicas ni promesas que sabíamos que no íbamos a cumplir. Lo nuestro se había acabado, por mucho que me doliera. No tenía sentido intentar resucitar una relación que hacía meses que había muerto. Los dos lo sabíamos.

—Blanca, habría preferido hablarlo en persona, pero es mejor que lo asumamos cuanto antes. —Jorge suspiró al otro lado de la línea—. Te quiero mucho, pero ya no soy feliz. Y, en el fondo, agradezco que tú hayas tenido el valor de dejarlo. Hace mucho que esto dejó de funcionar.

Me limpié una lágrima. Al escucharlo, mi mente había volado sin pretenderlo a la noche en que lo conocí, en la despedida de Sofía, donde se había presentado de aquella manera tan original.

—¿Puedo preguntarte algo? —le dije tras una pequeña pausa—. Cuando nos conocimos en La Posada, me dijiste una frase que me sorprendió. No la recuerdo muy bien, pero me dio la sensación de que me estabas esperando. Siempre me ha quedado esa incógnita.

—Es verdad… —suspiró—, ya no me acordaba.

Se hizo un silencio al otro lado, como si dudase de si debería contármelo. Estaba a punto de decirle que no hacía falta, que había sido una tontería, pero Jorge respondió:

—Me equivoqué de barra. Había quedado con una chica que conocí esa tarde en Badoo, pero acudí a la barra equivocada. Me di cuenta al decirme que te llamabas Blanca. Ya me habías gustado, así que salí del paso como pude.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Ella? Marta —respondió sin vacilar.

—Ni idea.

Nunca me había hablado de ninguna Marta y me sorprendió que recordase su nombre tantos años después, pero no sentí celos. Fue la señal para entender que había hecho lo correcto.

—No la volví a ver más, como puedes suponer. —Jorge resopló—. Mira, Blanca, sé que aún es pronto, pero no sé si has pensado ya qué vas a hacer a partir de ahora. Tenemos varias cosas que solucionar, sobre todo con el piso y…

—Quédate tú en el piso. Me vuelvo a Alicante —decidí en ese momento—. Hace mucho tiempo que echo de menos a mi familia y a mis amigas. Creo que ya es hora de regresar.

—Te deseo lo mejor, cielo. —Sentí que hablaba con sinceridad—. Avísame cuando vengas a recoger las cosas y hablamos con tranquilidad.

Nos despedimos con cariño y colgué el teléfono. Tomé aire y lo solté despacio por la boca. Aunque tenía el corazón encogido, me sentía extrañamente calmada. Como si hubiera tomado la mejor decisión.

«Es el primer día del resto de mi vida».

Mi estómago rugió y me di cuenta de que todavía no había desayunado. Estaba muy cerca del centro comercial y me dirigí andando hacia allí. Seguro que encontraba una cafetería.

Al entrar, fui directa a la barra y me senté en un taburete. Aún no había avisado a la camarera cuando mi bolso volvió a vibrar. Era un mensaje de nuestro grupo de WhatsApp, al que Vega había cambiado el nombre por *Cuarentañeras con resaca.*

VEGA

No vuelvo a beber.

SOFÍA

Eso no te lo crees ni jarta de vino.

VEGA

¡No digas vino, que me dan arcadas!

YO

Estamos a punto de cumplir cuarenta, pero no hemos madurado nada.

VEGA

Sofía sí.

Y yo no he perdido la esperanza de encontrar un marido maravilloso como el suyo.

Ni de tener hijos tampoco, ¡que tengo los óvulos en el congelador!

YO

¿Qué dices de los óvulos?

VEGA

Otro día os lo cuento con un vin… Con una Fanta de limón.

Sofi, ¿seguro que David no tiene un hermano gemelo perdido del que nunca nos hayáis hablado?

Si David no tiene, Hugo Silva también me hace el apaño.

SOFÍA

Que yo sepa, solo tengo un cuñado.

Ya sabes, el profe de Educación Física. El divorciado. El que te tiró los trastos una noche de borrachera… No sé si te acuerdas.

VEGA

Hostia, sí.

Pero ese no me gusta.

SOFÍA

Pues no hay ninguno más.

Cambiando de tema, ¿os acordáis de Alba, la bloguera que iba al instituto?

Hemos hablado por Instagram y ha regresado a Alicante. Me ha dicho de tomar un café y…

YO

¿Y…?

SOFÍA

Ayer no me atreví, pero os tengo que contar muchas cosas.

¿Cuándo quedamos otra vez?

Estaba a punto de escribir que yo también tenía muchas cosas que contar, pero escuché a mi lado una voz masculina:

—Por favor, ¿me pones un cortado y una palmerita de chocolate de esas que tienes ahí?

Me giré a mirarlo. Sonreí, sorprendida, al encontrarme con mi antiguo novio del instituto.

La última vez que lo había visto había sido hacía un par de años, en una librería, comprando regalos de Navidad. Entonces iba con la que deduje que era su mujer y la hija de ambos, una niñita rubia que tenía sus mismos ojos.

—¿Martín?

Se volvió hacia mí. En cuanto me reconoció, una sonrisa invadió su cara.

—¡Blanca! —exclamó, feliz, y se acercó a darme dos besos—. ¡Qué casualidad! Pensaba que vivías en Madrid.

—Sí, he estado muchos años allí, pero acabo de volver.

—¿Y eso? —preguntó—. ¿Por trabajo?

—Bueno… —Bajé la mirada al suelo y me encogí de hombros—. Lo he dejado con mi pareja.

—Vaya. —Frunció el ceño y me frotó el brazo—. Si te sirve de consuelo, ya somos dos…

La camarera dejó en la barra un cortado y una palmera de chocolate que tenía una pinta estupenda. Martín señaló con la cabeza una de las mesas del rincón.

—¿Nos sentamos allí y nos ponemos al día? —preguntó.

—Claro —Y, dirigiéndome a la camarera, añadí—: Yo quiero un café con leche.

Martín sacó un billete de veinte de la cartera.

—Cóbrate lo mío, el café con leche y… —Se giró hacia mí—. ¿Te gustan las palmeras de chocolate?

—¿A quién no le gustan las palmeras de chocolate? —me reí.

—Y otra palmera más —concluyó Martín.

—Sentaos si queréis —nos dijo la camarera—. Enseguida os lo llevo.

Por la radio del local, empezó a sonar *Despacito*, de Luis Fonsi. La tarareé, casi por inercia.

—Esta canción se te mete en el cerebro, ¿verdad? —sonrió Martín, camino de la mesa.

Estuvimos toda la mañana charlando. Los primeros minutos fueron un poco raros, pero enseguida noté una conexión. Me contó que hacía algo más de un año que se había divorciado, poco después de aquella Navidad que nos habíamos visto. Que seguía trabajando en la misma gestoría, pero que había aprovechado que tenía unos días de vacaciones para terminar su primera novela. Siempre había querido ser escritor y hacía unos meses que su hermano lo había animado a autopublicar.

—¿Y sobre qué escribes? —pregunté con interés.

—Ciencia ficción, no sé si te gusta ese género —confesó, algo cortado.

—¡Me encanta! —Apoyé mi mano sobre su brazo—. ¿Cuándo la voy a poder leer?

Martín levantó la mirada y sonrió, ilusionado. Sonreía con toda la cara, de una manera muy especial.

—Algo me dice que será muy pronto, Blanca.

Le devolví la sonrisa.

No sabía por qué, pero sentía que todo estaba a punto de comenzar.

AGRADECIMIENTOS

Un tatuaje, dos *teams*, tres años, cuatro libros y cinco mil colores de marcapáginas después, pongo fin a un viaje que comenzó en 2021 y que nunca pensé que fuera a llevarme tan lejos.

Esta saga siempre será especial para mí: las viajeras me han acompañado en una época de muchos cambios en mi vida, al igual que toda la gente maravillosa que he conocido en estos últimos años y que se ha quedado conmigo.

La historia de este viaje en el tiempo acaba con el final que los personajes me pedían desde el inicio, aunque yo, al igual que Blanca, tampoco lo supe ver. Por eso, quiero darles las gracias a las personas que me animaron a seguir y que ya forman parte de este libro:

A mis padres y a mi hermano, que están orgullosos de mí. Muchas gracias por apoyarme siempre y por aguantar mis largas explicaciones sobre las tramas en las que estoy trabajando. En especial, a mi madre, que me escucha con paciencia y que nunca se olvida de darle un *like* a mis publicaciones. Os quiero mucho, a los tres.

A Tamara (@galernica), por acompañarme desde el primer borrador de *Si volviera a tener dieciséis*, por escuchar mis trescientas temporadas de *podcast*, leer fragmentos desordenados cuando ni siquiera tengo definidos los capítulos, y por estar al otro lado cada vez que te necesito, aunque no tenga nada que ver con la novela. Gracias, reina. Mis chicos y yo te debemos muchísimo.

A Marisa (@marisasefra), por estar dispuesta a procrastinar en compañía desde muy temprano por las mañanas. Gracias por escuchar mis disertaciones y por todas las buenas ideas que me han sacado de mis bloqueos. Es fantástico encontrar a otra autora con un proceso creativo tan parecido y con la que puedas reírte tanto de todo. (Si queréis volver a los noventa, no me cansaré de recomendar su serie *Crónicas de aquello*; además de la absenta, los cafres y las viajeras tienen muchas cosas en común).

A Teresa (@leerconthea), por haber aprendido a leer en puzle, por los audios larguísimos y por el análisis exhaustivo de cada capítulo (capturas de pantalla incluidas). Me fascina que conozcas la historia de las viajeras incluso mejor que yo.

A Elena, por sacrificar el factor sorpresa y comerse todos los *spoilers* del mundo acompañados de unos cuantos vermuts. La mitad de la historia ha surgido después de ponernos a divagar hasta las tantas en una terraza.

A un equipazo de lectoras cero de lujo: Adriana Freixa (@adriana_freixa) y sus figuras retóricas en tendencia en la novela romántica actual (al padre de Sofía lo he sacado por ti, que lo sepas); Carmen Martín (@carmen.martin.escritora), por emocionarme con tus audios hasta ponerme la piel de gallina; Teresa (@loslibrosdetess), que aún no he publicado esta historia y ya me está pidiendo la siguiente (y como se me ocurra decirle que no me meta presión, me saca el dedito); Mari (@nimh78), que me odia un poquito cada vez que le mando un capítulo nuevo (en @booksnimh tiene unas funditas chulísimas con las portadas de las viajeras, echad un vistazo); Iralda (@lectorasonriente), por resistir siendo *#teamjorge* hasta el final (tu opinión discordante me ha venido muy bien); Anna (@annadrielbooks), que lo vive tanto que quiere meterse en el libro para abrazar a Martín; Lara (@lara_blanc_escritora), por todas las sugerencias y por ser mi Risto particular (sabemos que una buena crítica ayuda muchísimo); Toñi (@mecaienunlibro), por

hacer que Martín volviera a montar en moto; Alba (@lunapurple_diamonds) y Paloma (@dove.mmartin), por todos vuestros audios y comentarios hasta donde ha sido posible (la vida nos atropella a todas); y Paula (@paula_lectora_compulsiva) por leérselo casi del tirón en un tiempo récord. Gracias, chicas, por ser una parte tan importante de esta novela.

A L. M. Mateo (@lmmateorelatos), por hacer magia en cada corrección. He aprendido muchísimo contigo durante estos dos años y medio. Cada vez que repaso el manuscrito, escucho tu voz.

A Inés (@devoralibrosdemetroymedio) y a la Dra. Monika Kovacsne por resolver mis dudas a la hora de escribir el capítulo del parto. Vuestra ayuda ha sido de mucho valor (mis conocimientos médicos también se limitan a lo que sale en las películas). Gracias a Alba Rubio (@albarubio.autora) por compartirme su experiencia, y a Ana Cuenca: ese audio terrorífico sobre el nacimiento de tus gemelos es imposible de olvidar.

A Adela (@adela_aragon_art), por dibujar a mis chicos. Ha sido fantástico poder verles la cara después de tanto tiempo.

A Jonathan, por su aportación al dilema motero de Martín (al final, eligió otra moto, siempre ha ido por libre).

A lectores y *bookstagramers*, gracias por todas vuestras reseñas y vuestros *reels*, por compartir cada *post*, y por vuestros mensajes de ánimo *#sinpresión* (o con ella, qué más da). Mención especial a las chicas del *Club de lectura de Alicante*, *Secuestradoras de libros*, *Comunidad Romántica*, *Las Auténticas Devoralibros*; y a Isabel (@isalexia42): no todos los días sobornan a Megan Maxwell con una palmera de chocolate para que me pida que publique el cuarto libro.

A todos los que habéis esperado el desenlace de las viajeras con ansia y con una infinita paciencia.

Y a ti, que acabas de leer esta novela, muchas gracias por quedarte hasta el final.

Muchas gracias por dejar tu reseña
en Amazon, Goodreads o en tu blog.
Te espero en redes sociales.
@aitanasanblanco